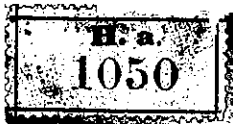


1050

1050

H-A  
1050

1050







LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO



R

JUAN DE LA FUENTE PÁRRES

EDITOR

# LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO

NOVELA NATURALISTA

HUMORÍSTICA, DE COSTUMBRES, DE CRÍMENES

Y DE HORRORES

POR

## Un Ingenio de la Corte

TOMO II



JUAN DE LA FUENTE PÁRRES

A large, stylized handwritten signature in black ink, which appears to read "Juan de la Fuente Párrés".

BARCELONA

CONSEJO DE CIENTO, 301 Y 303

MÉXICO

CALLEJÓN DE SANTA INÉS, NÚM. 5



---

Es propiedad del Editor.

---

---

Imprenta de Henrich y C.<sup>a</sup> en comandita; Pasaje Escudillers, 4 — Barcelona




# LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO

NOVELA NATURALISTA, HUMORÍSTICA  
DE COSTUMBRES, DE CRÍMENES Y DE HORRORES

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### Los Granaderos

EÑOR Gobernador, ya es un escándalo lo que pasa con las diligencias. No hay día que no la roben. La cuadrilla de los enmascarados se ha apoderado del monte y se aumenta cada día. Dicen que son ya más de ciento cincuenta, y á poco va á necesitarse infantería, caballería y hasta artillería para desalojarlos. El capitán de esa feroz cuadrilla es un hombre, no sólo valiente, sino temerario; tiene sus rasgos de generosidad y suele dar á los pasajeros que ve muy affigidos, dinero para que paguen su almuerzo, pero á los que se resisten ¡pobres de ellos! Ya sabrá usted lo que le pasó á la pobre D.<sup>a</sup> Cayetana del Prado, señora tan rica, tan respetada de todo Puebla y prima nada menos de tres gobernadores, que han gobernado bien, aunque no mejor que

usted; no es adulación, pero desde que entró usted al poder, Puebla que estaba moribunda, ha resucitado.

Quién decía esto era el secretario del gobernador de Puebla, que tenía media resma de comunicaciones delante y daba cuenta, á la hora del despacho, leyendo algunos oficios para sí, y otros en voz alta. La lectura de varios partes de los alcaldes de los pueblos cercanos al monte, dieron motivo á la conversación que se acaba de referir.

El gobernador sonrió al escuchar los elogios de su secretario, y le contestó:

—Aun no me conocen bien los poblanos; les he de hacer muchos beneficios, pero los he de meter en cintura, porque son murmuradores y descontentadizos; mas no ha llegado á mi noticia el lance á que usted se refiere.

—Lo he sabido por una casualidad y con mucha reserva, y con la misma se lo voy á referir á usted,—dijo el secretario poniéndose la pluma detrás de la oreja y colocándose cómodamente en su silla.—Si el capitán de los enmascarados llegase á saber que nosotros *hablamos* del suceso, crea usted que no tendríamos la vida segura. Al salir usted de su despacho sería asesinado por uno de los enmascarados, que ño solamente están en el camino, sino que se introducen en las ciudades disfrazados de arrieros ó de mercilleros ambulantes.

—¡Bah! eso no sería fácil. Mis granaderos dan la guardia en el Palacio y en mi casa, y lo que haré, no por miedo sino por precaución y por lo que pueda suceder, es que por donde quiera que yo vaya marchen dos granaderos á la vanguardia, dos á retaguardia y usted á mi lado. De esa manera toda tentativa es imposible, y si á pesar de eso se atreviesen algunos de esos bandidos á

atacarnos, usted recibirá los primeros golpes... pero vamos, cuénteme usted en reserva lo que ocurrió á doña Cayetana.

—Pues venia de México,—contestó el secretario,—y en el paraje nombrado la *Agua del Venerable* fué detenida la diligencia. Despojaron á los pasajeros de cuanto tenían, pero no los maltrataron. D.<sup>o</sup> Cayetana del Prado había ocultado en el seno una bolsita de seda llena de escuditos de oro, y creía haber escapado, cuando su desgracia quiso que se le saliera por debajo del vestido al bajar de la diligencia, y ¡aquí fué Troya! El capitán, furioso, la amarró á un arbol y la desnudó completamente.

—¿Completamente?—preguntó el gobernador.

—Completamente,—afirmó el secretario,—quedó delante de los pasajeros como su madre la echó al mundo.

—Curioso sería el espectáculo,—dijo riendo el gobernador.—Tan gorda, tan monstruosa, porque la señora sería hermosa en su tiempo, pero ahora... vamos, ¡D.<sup>o</sup> Cayetana desnuda!... se podría pagar por verla.

—Pues todos los pasajeros la vieron, porque así se lo exigió el capitán. A la pobre señora le costó una fiebre, y en el delirio reveló este secreto delante de las criadas que le cuidaban y éstas se lo dijeron á mi mujer.

—Pues nada de esto se supo en Puebla,—dijo el gobernador.

—Ni en México ni en ninguna parte,—le respondió el secretario.—Los pasajeros, amenazados tal vez de muerte por los ladrones, han guardado el secreto hasta la fecha, pero ahora, como decía á usted, ya no es un secreto que roben las diligencias que vienen á esta ciudad y la que baja á Veracruz. El público murmura ya, y se dice que

D. Anselmo va á suspender los viajes hasta que no esté seguro el camino.

—Eso sí es grave, porque hará mucho daño á Puebla. El gobierno general tiene la culpa de esto, pues que, según la Constitución, debe cuidar de los caminos llamados *reales*; es decir, los que parten de la capital para terminar en los puertos abiertos al comercio extranjero. ¿No es eso?

—Creo que sí, pero no estoy seguro de ello,—contestó el secretario quitándose la pluma de la oreja.

—Precisamente,—continuó el gobernador,—ha acertado usted á tomar su pluma. Escriba usted un artículo muy fuerte, diciendo que el Estado de Puebla se está arruinando á causa de la inseguridad de los caminos; que los hombres que tienen negocios no se atreven á viajar, y que de esto se sigue las pocas ventas en el comercio y la paralización de las fábricas, etc., etc.; y que el Gobierno del Estado reclama enérgicamente que la federación cumpla con sus deberes constitucionales.

—Voy á escribirlo en el acto,—dijo el secretario mo-  
jando su pluma en el tintero,—para que no se me olvide el acuerdo, ¿pero lo publicamos en el periódico oficial?

—Por supuesto. ¿Qué miedo le tengo yo al gobierno que no cuenta con un real para pagar á sus tropas? Para esto tengo también mis granaderos, que ya son cerca de quinientos, lo que sucede es que me faltan todavía trescientas gorras que deberán llegar de París dentro de dos meses.

En efecto, el gobernador había tenido empeño en formar un lucido batallón de granaderos, vestido con mucho lujo y enteramente igual á uno que hubo en Mé-

xico del que fué coronel el conde de la Cortina. Había encargado á París unas grandes gorras de pelo de oso iguales á las de los granaderos de Napoleón el Grande, que había visto pintados en la despedida de Fontainebleau y otros cuadros análogos, y se creía invulnerable con sus quinientos hombres, y no quería gastar ni un solo peso en pago de escoltas que custodiaren el camino, al menos en el territorio del Estado.

Evaristo, pues, continuaba con entera impunidad asaltando los más días, las diligencias de Puebla.

Era la misma escena, las mismas palabras groseras, las mismas amenazas para que dieran los pasajeros el dinero, la misma disposición teatral, los mismos encargos bajo pena de muerte de guardar el secreto; se podía imprimir el programa, que era invariable.

Llegando á la altura del *Agua del Venerable*, Mateo moderaba el paso del carruaje hasta que se presentaba Evaristo ó su segundo delante del carruaje, rodeado de cuatro ó cinco indios enmascarados.

Mateo contenía sus mulas, apretaba con el pié el garrote, y el sota se ponía delante para mantenerlas quietas.

Evaristo, por una portezuela, y su segundo por la otra, con pistola preparada y apuntando á los pasajeros, gritaban.

—¡Grandísimos tales! el que se atreva á mover lo mato. Venga el dinero que traigan en la bolsa, y los relojes y alhajas.

Los pasajeros humildemente vaciaban sus bolsillos y entregaban sus relojes y cuanto tenían.

—¡Apéense, grandísimos tales, y boca abajo y sin chistar ni alzar la cabeza!

Tendía á los pasajeros á veces piés con cabeza como

sardinas, los indios enmascarados con sus palos levantados los custodiaban y comenzaba el registro de la cochava y del pescante, á poco más ó menos todo como se ha ya referido, menos los diálogos con el capitán, porque los infelices viajeros no tenían el espíritu y el atrevimiento de Escandón y de Pesado, ni la protección de Mateo.

Con todo y esto los negocios no iban de lo mejor para Evaristo, pues los viajeros, seguros de que habían de ser robados, no ponían en su baul sino la ropa más vieja, y en sus bolsillos unos cuantos pesos y monedas lisas y cuartillos de cobre para que pareciesen mucho dinero siendo poca cosa; de modo que había días que el asalto no producía más que ocho ó diez pesos y alguna ropa muy usada, que era lo único que se repartía á los indios. Pensó seriamente Evaristo en atacar las diligencias que venían de Veracruz y expedicionar por otros caminos, pero le faltaba gente resuelta, pues sus indios, saliendo del terreno del monte y de los vericuetos donde hacían el carbón, nada valían. Ya veremos más adelante cómo se fué engrosando la banda y haciéndose verdaderamente terrible. De pronto no tuvo Evaristo otro camino y continuó así.

El artículo que publicó el periódico oficial del Estado de Puebla, fué como si hubiesen prendido un cohete en las espaldas del ministro de la Gobernación. Pensó acusar al gobernador de Puebla, denunciar el artículo, escribirle una carta llena de injurias y hasta ponerse en camino para insultarlo personalmente y desafiarlo, en fin, mil absurdos sugeridos por la cólera, que, como todas las pasiones, son ímpetus violentos que nos ciegan, como lo define perfectamente el padre Ripalda; pero en

cuanto al viaje, reflexionó que si no llevaba una escolta podrían robarlo y tender boca abajo en la yerba. Calmado á cabo de un cuarto de hora, no se decidió á tomar ninguna resolución hasta no consultarla con el licenciado D. Crisanto Bedolla.

Nada de grave ni de importante hacía el ministro sin consultarlo á Bedolla. El licenciado ranchero de la Encarnación era el que realmente despachaba el ministerio.

Había crecido de tal manera su influjo y ascendiente con el primer magistrado de la nación, que los ministros le tenían miedo y lo trataban con tal consideración, que en cuanto se presentaba se abrían las puertas de par en par y los porteros se esmeraban en hacerle reverencias que él contestaba graciosamente, porque, ladino como era, decía que el portero es el primer amigo que debe tener el que anda ocupado de negocios en el Palacio. En el ministerio de Gobernacion, además de que participaba del miedo que sus compañeros tenían á Bedolla, lo consideraban como un hombre sagaz á la vez que prudente y sabio.

Bedolla, observando que su condiscípulo Lamparilla era ligero en el pensar y sobrado en la conversación, tomó el rumbo contrario. Se quedaba reflexionando antes de contestar á cualquier pregunta ó entrar en una discusión importante, y después, con tono pausado, dejaba caer una especie de sentencias, á veces tan oscuras que se necesitaba descifrarlas y adivinarlas, como los antiguos oráculos de las pitonisas, y cuando pasaban las horas de consulta y de negocios serios, volvía á su tono jovial, sembrado de elogios y adulaciones que hacían ruborizar á sus interlocutores, pero los dejaba hinchados y satisfechos, pues así es la naturaleza humana.

El ministro, con un recado atento y una tarjeta, envió al portero á buscar á Bedolla, y éste no se hizo esperar. Entró sonriendo, apretando cariñosamente con sus dos manos la mano del hombre de Estado, y le preguntó en qué podía serle útil.

Cuando Bedolla leyó el párrafo insolente del periódico poblano y escuchó los proyectos de castigo y de venganza que fermentaban en la cabeza y en el corazón del ministro, tomó un aspecto imponente de seriedad, se puso el dedo en la boca, bajó los ojos y los cerró para concentrarse bien, y se quedó callado y reflexionando. El sistema que había adoptado cuando se le consultaba, era envenenar mañosamente las cuestiones y embrollarlas, para después encontrarles una solución y aumentar así cada día su fama de prudente y de sabio.

Diez ó doce minutos después abrió los ojos, se quitó el dedo de la boca y dijo:

—Sí, es verdad, siempre orgulloso y exigente ese gobernador, queriéndose sobreponer á la federación, pero bien pensado, señor ministro, no conviene darle gusto ni menos que usted forme de este pequeño incidente un negocio personal, ni por ningún motivo vaya á exponer su preciosa vida tan importante para la patria, ni siquiera corra el riesgo de que su salud se altere y tenga usted cuatro ó seis días de cama. Es un negocio oficial como otro cualquiera, y nada más, y no debe dársele otro carácter.

—Perfectamente, amigo Bedolla. Como siempre acertado en el consejo y mirando los negocios en su verdadero punto de vista. Mis ideas han tomado otro giro. Asunto oficial y nada más. Esta es la cuestión.

—Por ahora no hay que hacer mucho caso ni darle



más importancia que la que tiene. Bastará un piquete. Veremos después. ¿Si usted me permite?

—Con el mayor gusto.

El ministro se levantó de su sillón y lo cedió á Bedolla.

El licenciado, con mucha gravedad y haciendo una respetuosa caravana al ministro, se sentó, tomó una pluma y un pliego de papel marcado y escribió:

«Mejor sería que el gobernador del Estado de Puebla, en vez de gastar cuatrocientos pesos en cada gorra de pelo para los llamados granaderos, emplease esos fondos en pagar escoltas para que cuidaran el camino. Es una vergüenza que diariamente roben la diligencia en el territorio del Estado, donde nada puede hacer el gobierno federal.»

—¿Le parece á usted?—dijo Bedolla presentando el pliego de papel al ministro.

—Un poco fuerte,—dijo éste acabándolo de leer,—pero así se necesita.

—Lo que sería importante es que saliese en el diario del Gobierno.

—¡Oh! por supuesto que saldrá en el diario oficial. Si hay alguna crítica en la prensa ó cualquiera otra cosa de importancia, se le echará la culpa á los editores; y el gobierno se lavará las manos.

Terminado de pronto este asunto, Bedolla se retiró, ofreciendo que estaba dispuesto á seguirse ocupando de él y de cuantos otros se le encomendaran

Cuando el gobernador de Puebla leyó el artículo del diario oficial, le sucedió á su vez lo mismo que al ministro; parecía que un cohete le habían prendido en... las espaldas... Llamó inmediatamente á su secretario y con-

cibió de pronto proyectos á cual más horrorosos, llegando hasta el punto de tratar de pronunciarse, invitar á los otros Estados á que hiciesen lo mismo, y derribar al gobierno; pero una poderosa consideración lo obligó á cambiar sus propósitos. Las trescientas gorras de pelo que faltaban, y que en efecto costaban en París 1,200 francos cada una, no habían llegado, y él consideraba que los granaderos sin la gorra de pelo no podían tener ímpetu ni valor para la campaña, y que correrían al primer disparo que les hiciesen las tropas federales llegado el caso de un conflicto. Estaba persuadido que las gorras idénticas á las que había usado la guardia de Napoleón, comunicaban al que se las ponía un valor indomable, y aun en el caso de una derrota, contestarían lo que Víctor Hugo aseguró que habían contestado en Waterloo.

Calmado un poco su enojo por las reflexiones de su secretario, se resolvió á dirigir una enérgica comunicación al gobierno que en el acto le dictó, y decía así:

«Con el mayor asombro y con el más profundo sentimiento, he leído en el periódico oficial un párrafo en que se ataca y se calumnia al Estado con motivo de la formación de un batallón de granaderos.

»El Estado de mi mando es *Libre, Soberano é Independiente*, y en consecuencia tiene el derecho de emplear sus rentas de la manera que le agrada y crea más conveniente.

»Si se ha levantado y puesto sobre las armas un batallón de granaderos, es para defender las libertades públicas y especialmente para conservar incólumes los derechos y soberanía de los pueblos que componen el Estado, y no por eso desatiende sus demás obligaciones, y en lo que toca á la paz y á la seguridad que se disfruta,

como es un *hecho*, inútil parece ningún género de observaciones, y si las diligencias son atacadas los más de los días de la semana por una numerosa cuadrilla de enmascarados, esto pasa en el *camino real* que está al cuidado de la Federación, y á propósito podría yo permitirme alguna alusión, pero no lo hago por el respeto que merece el alto carácter del primer magistrado de la República, pero sí debo decir, con la energía que me da una conciencia libre de todo reproche, que si el Estado es tratado otra vez de la manera que lo hace el diario oficial, se verá precisado á reasumir su soberanía y salvar su responsabilidad, por las funestas consecuencias que necesariamente sobrevendrán para la paz de la República.»

El secretario, por supuesto, no sólo aprobó la comunicación, sino que dijo que estaba redactada con una dosis de dignidad mezclada con otra dosis de energía, que él mismo no hubiese sido capaz de escribirla en tres días. Puesta en limpio, fué inmediatamente enviada por el correo.

—Lo que me preocupa,—dijo el gobernador al secretario,—son las gorras de los granaderos, y por eso me he ido con mucho tiento, y medido las palabras, al menos para ganar tiempo por si las tropas federales se nos viniesen encima. Es imposible presentar doscientos hombres con gorras de pelo y trescientos con gorras de cuartel y mal vestidos de brín como reclutas. Estoy seguro que todos echarán á correr, particularmente si Baninelli viene con su cuerpo de infantería de línea mandando la expedición. Es hombre atroz, que no vé pelo ni tamaño. ¿No habría modo de conseguir aquí, en México ó en cualquier parte que nos hicieran esas gorras? Cuando

vinieran de París las que hemos encargado servirían para otro batallón.

—Imposible, señor gobernador,—le contestó el secretario;—como lo sabe usted bien, son de piel de oso, y necesitábamos lo menos trescientos osos. En la sierra de la hacienda de Atlamajac, dicen que háy muchos osos, pero nadie los ha visto.

En cada gorra,—continuó diciendo el secretario,—entra una piel entera, y no me acuerdo en qué libro he leído que el tamaño de las gorras de los granaderos de Napoleón era parte muy esencial en el éxito de las batallas. Apenas veían los prusianos asomar por una calle las enormes gorras de los granaderos, cuando abandonaban los puestos y corrían á guarecerse donde podían. Unos cuantos balazos y negocio concluído.

Así siguieron discurriendo el resto de la noche, y cuando el gobernador se retiró á acostar á su casa, no las tenía todas consigo, y se arrepintió de haber mandado al correo la comunicación, que en la tarde del día siguiente estaba en el bufete del ministro de Gobernación.

El insigne Bedolla fué llamado otra vez con urgencia.

—Lea usted, lea usted, amigo Bedolla, y verá la explosión que ha producido su párrafo. Me lo temía yo. El Estado de Puebla reasume su soberanía ahora que precisamente estamos amenazados de una coalición. Los Estados de Jalisco, Sonora y Sinaloa quieren reasumir también su soberanía, y si así seguimos, nos vamos á quedar reducidos al Distrito Federal. El país se disuelve, y los americanos, que no nos quitan la vista... ya usted comprenderá, la presa es fácil y segura.

—Ya me lo esperaba también yo,—contestó Bedolla con mucha calma y sonriendo;—el piquete le ha dolido.

—¡Caramba, si le ha dolido! pero no hay que alarmarse, y sobre todo, que por ahora no sepa nada el presidente, porque es capaz de salir en persona con la guarnición de México y caerle al gobernador y hacerlo pedazos á él y á sus granaderos.

—Yo tengo grande influjo y amistad con el gobernador de Puebla. En el fondo es una persona excelente y un buen patriota. Tiene sólo la manía de sus granaderos, ¿qué quiere usted? Los hombres no somos perfectos, y cada cual tiene sus ideas favoritas. Creo componer el asunto, y si usted quiere...

—¿Cómo que no he de querer? usted que dió el piquete debe curar la herida... Mañana mismo váyase usted á Puebla, y en lo confidencial... que retire la comunicación... y todo quedará concluído, y dejémoslo en paz con sus granaderos.

—Por servir á usted daría hasta la vida, señor ministro, y espero darle buenas cuentas, pero se necesita una fuerte escolta y algo para gastos, pues es necesario presentarse en la ciudad de los Angeles con todo el aparato y dignidad necesarias.

—Cuanto usted quiera. Lo arreglaré todo, y esta tarde tendrá usted mil pesos en su casa.

—¿Y mi secretario? porque es preciso llevar secretario. Representando á usted no querría yo hacer un papel desairado ni ridículo.

—Bien, dos mil pesos, y á la madrugada encontrará usted en la garita de San Lázaro una diligencia extraordinaria y un escuadrón de caballería.

—Será bastante para atacar á los enmascarados si se presentan?

—Buena reflexión,—dijo el ministro,—serán dos es-

cuadrones de los mejores regimientos, pero mucha reserva, que no se trascienda nada. La tropa saldrá de México y entrará á Puebla con el pretexto de reforzar la conducta que en efecto salió hace tres ó cuatro días, pero estará á las órdenes de usted.

Los dos amigos se estrecharon las manos.

En efecto, al día siguiente al salir la luz, el licenciado D. Crisanto Bedolla como comisionado, y su condiscípulo el licenciado D. Crisanto Lamparilla como su secretario, salían de la garita de San Lázaro seguidos de dos escuadrones de caballería con dirección á Puebla.


Durmieron en la hacienda de la Asunción, donde los obsequió D. Mariano Riva Palacio, á quien contaron muy en reserva la importante comisión que iban á desempeñar, y continuaron su camino.

Evaristo, que era en realidad el que ocasionaba el conflicto entre el gobernador de Puebla y el ministro y que iba á ocasionar el trastorno completo de la República, se puso ese día en campaña, colocó á distancia sus espías y él mismo, sin máscara, recorrió el camino, y cual fué su sorpresa de ver antes de la hora acostumbrada avanzar lentamente una diligencia seguida de una tropa numerosa. Volvió la grupa y á galope llegó á su campamento de la *Agua del Venerable*, disolvió á sus indios enviándolos á su carboneras, y él y D. Hilario no pararon hasta el rancho de los Coyotes.

Bedolla y Lamparilla no encontraron ni una alma en el camino, y las cuatro diligencias de Zurutuza hicieron ese día su viaje sin el menor accidente.

## CAPÍTULO II

### Misión diplomática de Bedolla

A diligencia extraordinaria que conducía á Bedolla y á su secretario Lamparilla llegó felizmente á la garita y siguió muy despacio por las calles para no llamar la atención. La escolta se quedó atrás y entró después por otra garita. La conducta había en efecto salido el día anterior, y el público no se alarmó, porque frecuentemente pasaban tropas de ida ó de vuelta á Veracruz, que no se metían para nada con los bandidos, y á las que Evaristo, por supuesto, dejaba el paso franco, ocultándose, cuando tenía oportuno aviso de sus espías, ó fingiéndose caminante pacífico.

Luego que el licenciado Bedolla y Lamparilla se quitaron el polvo del camino y tomaron algún refrigerio en su cuarto, salieron á la calle, y se dirigieron en casa de un rico comerciante extranjero que tenía mucha amistad é influjo con el gobernador, y lo instruyeron del motivo

de su viaje, añadiendo que el presidente estaba muy indignado, resuelto á hacer una campaña sobre Puebla, y que se disponía una columna de cuatro mil hombres y veinte piezas de artillería que se pondría en marcha, si en el término de tres días no regresaba él á dar buenas cuentas de su misión, y que por el interés del comercio y de la paz pública, lo conjuraba á que fuese inmediatamente á prevenir en reserva al gobernador, imponiéndolo del peligro que corría el Estado, y pidiéndole una conferencia.

Lamparilla conocía de vista al gobernador, pero Bedolla, no sólo no tenía amistad é influjo con él, pero en su vida lo había visto, y al comerciante extranjero rico lo encontró una vez en el ministerio de Hacienda y fué presentado por el ministro como una de las notabilidades del interior. Cambiaron un apretón de manos y no pasó más, pero Bedolla, que nada desperdiciaba, se acordó en el momento en que recibía la misión de pacificador, que ese comerciante rico podría servirle eficazmente, como en efecto sucedió.

En la noche siguiente, ya tarde, fueron introducidos Bedolla y Lamparilla al despacho del gobernador, el que los recibió con la mayor amabilidad y les hizo todo género de cumplimientos, con cuanto tienen de suave y de agradable las costumbres poblanas, y entraron, después de fumar cigarro tras de cigarro, en una grave conferencia.

El gobernador se mostró al principio muy quejoso é indignado de la conducta del gobierno, no dejó de exagerar los recursos de dinero que tenía el Estado; el valor reconocido y probado de los poblanos, particularmente de los tejedores y artesanos del barrio del Alto; la



disciplina de sus tropas, especialmente del batallón de granaderos, que aseguró que todos, sin excepción, eran unos verdaderos leones que harían pedazos á cualquier fuerza que se les presentara delante.

Cuando el licenciado Bedolla observó que el gobernador la echaba de valiente y de resuelto, se acercó á él, al mismo tiempo que hizo con los ojos una seña á Lamparilla, el que se levantó como cansado de estar sentado, y esperezándose sacó un cigarro y se fué como distraído á fumar al otro extremo de la pieza.

Bedolla se acercó más hasta estar muy cerca del oído del gobernador.

—Mi secretario es hombre de toda confianza, y sin embargo, vale más que no escuche lo que voy á decir á usted en toda reserva y en el seno de la amistad.

El gobernador acercó su silla á la de Bedolla y se puso á escuchar con el mayor interés.

—Soy el amigo íntimo del ministro de la Gobernación. Hace años que nos tratamos con la mayor confianza, soy casi su condiscípulo; nada hace de importancia sin consultármelo, y él que aprecia á usted mucho y lo considera como uno de los mejores gobernadores de la Federación, me ha mandado cerca de usted en lo confidencial, y me ha autorizado para que le revele la verdadera situación de las cosas.

El presidente de la República, desde el momento que se le dió cuenta de la comunicación de usted, se puso furioso y dijo que juraba exterminar á usted y á sus granaderos, y añadió que él mismo iba á hacer con la mayor brevedad los preparativos para ocupar á Puebla militarmente y declararla en estado de sitio. Mandó llamar á su amigo D. Manuel Escandón, y éste, unido con

otros ricos á quienes domina tratándose de negocios, va á hacer un préstamo de ochocientos mil pesos al contado, y en la noche misma salió un extraordinario para que viniese la división de Jalisco que tiene seis mil hombres.

En México habrá cosa de unos nueve á diez mil. De pronto, es decir, hoy mismo que estamos hablando, se organizará una fuerza con un batallón de infantería, dos regimientos de caballería y una batería de campaña, todo al mando del coronel Baninelli, que se situará en San Martín á esperar órdenes. Nada de esto se sabe en la ciudad, pues se ha obrado con la mayor actividad y reserva, pero antes de cuatro días tendrá usted la tempestad encima, y en tan corto tiempo no es posible ni levantar fuerzas ni fortificar la ciudad, ni apelar á los demás Estados.

La simpatía que he tenido por usted, aun cuando no tenía el honor de conocerlo, me inspiraron la idea, y sin duda fué inspiración del cielo, de hablar de este negocio al ministro de Gobernación, y me ofrecí para venir á hablar con usted haciendo gastos y corriendo riesgos en el camino, y por casualidad encontré una fuerza de caballería que va á reforzar la conducta, y á eso he debido no ser asaltado y maltratado por los bandidos de Río Frío.

Ya sabe usted, pues, lo que pasa, y aquí me tiene á sus órdenes dispuesto á servirlo en todo y por todo y á sacrificarme si es posible por el bien de la patria, pero especialmente por usted, para darle una prueba de que el aprecio que le tengo no es una palabra vana.

La interesante confidencia de Bedolla hizo una impresión profunda en el ánimo del gobernador, y por un momento se le desvaneció la ilusión de sus granaderos y

palpó la triste realidad. Las remisiones á París para la compra de las gorras de pieles de oso, los gastos de vestuario, correaje y armamento, y sobre todo, el pago de una fuerza superior á los recursos del Estado, habían hecho un agujero en la Tesorería. Por pocos que se supusieran los recursos del gobierno general, siempre eran superiores á los del Estado, y no era posible resistir á una invasión rápida de cuatro á seis mil hombres.

Vió, pues, como quien dice, el cielo abierto, y consideró que Bedolla venía realmente á sacarlo de una situación comprometida; así es que haciéndole mil elogios por su abnegación y templando el tono decisivo con que había comenzado la conferencia, le dijo:

—¿Pero qué medio digno y honroso le ocurre á usted, señor Bedolla, para salir de esta dificultad?

—El medio es muy sencillo,—contestó el licenciado.  
—Retirar la comunicación

—¿Y el párrafo atroz que publicó el diario oficial?

—Eso no es nada,—se apresuró á decir Bedolla acercándose de nuevo al oído del gobernador.—Sepa usted que el ministro de Gobernación es buen amigo de usted, y lo aprecia mucho, y reconoce los servicios que usted presta á la patria en el gobierno del Estado. Se indignó mucho cuando leyó el párrafo, y averiguó que fué introducido furtivamente al periódico por una persona á quien sin duda no pudo usted ó no consideró digna de ser diputado en las pasadas elecciones, pero se hará una rectificación y el redactor del diario será reemplazado por otro que sea más cuidadoso.

—Si es así podemos terminar este desagradable asunto, y la comunicación se retirará, y gracias, muchas gra-

cias, señor licenciado. Usted ha tocado el punto de la dificultad con un acierto tal, que deja á cubierto el honor del Estado y del gobierno federal. Ya malicio quién puede ser el autor del párrafo, por el apunte que usted me ha dado. Es un cierto Olivares, intrigante y mala persona que redactaba aquí un periódico *descamisado* de oposición, y consiguió, no sé cómo, un empleo en México. Tuvo el descaro de escribirme que lo hiciese diputado, y como en su carta deslizó ciertas frases que equivalían á una amenaza, le contesté secamente que nunca me mezclaba en los asuntos de elecciones, y que dejaba al pueblo enteramente libre para que escogiese sus mandatarios. Llegado el momento, vino á esta ciudad y á Atlixco á trabajar para lograr su intento, pero ya debe usted suponer que sufrió la más completa y vergonzosa derrota, y sacó únicamente dos votos.

—El mismo, el mismo debe haber sido,—dijo Bedolla,—no lo conozco, mas por las señas que usted me da, algo he oído hablar de él. Ya lo vigilaremos.

—Olivares,—continuó el gobernador,—no pudo salir ni de suplente, pero sí me revolvió las cosas con cartas de recomendación que trajo para distintas personas y resultaron de diputados tres ó cuatro personas que no me gustaron, que no se han portado bien y que ni son hijos del Estado. Uno es de Mascota, el otro de San Juan del Río, el tercero de Candela, que ni sé por dónde queda... ya verá usted que clase de representantes ha tenido Puebla.

—No hay que andarse por las ramas ni tener escrúpulos, señor gobernador,—le interrumpió Bedolla;—si deja usted al pueblo libre para que elija sus diputados, elegirá lo peor y tendrá usted sentados en las curules, dán-

dose mucha importancia, á los tinterillos y enredadores de los pueblos más rabones.

—Dice usted perfectamente, y no me sucederá así en las elecciones que están ya próximas, dentro de dos meses nada menos; saldrán todos los diputados de mi entera confianza, de modo que en los casos que se ofrezcan defiendan al Estado y le presten servicios oponiéndose contra la tiranía del Gobierno federal. Si yo puedo algo y tengo algún influjo,—continuó diciendo el gobernador acercándose al oído de Bedolla,—usted será uno de los representantes.

—¡Tanto honor! ¡tanta bondad, señor gobernador!... se lo agradezco á usted en el alma, pero dedicado á la magistratura, á lo que aspiro es á formarme con el tiempo un bufete independiente, que ya lo tendría, pero el presidente y los ministros se han empeñado en que continúe en el juzgado, y ya ve usted... imposible de desairarles, pero si me atreviese á hacer una recomendación la haría en favor de mi secretario, el licenciado Lamparilla, á quien ya tuve el honor de presentar á usted. ¡Muchacho más inteligente y más despierto!... vaya... un tesoro... no lo encontrará usted en toda la República... Acércate, Crisanto, y da las gracias al señor gobernador.

Lamparilla, que había permanecido al otro extremo del salón fumando y registrando los libros de un estante, se volvió al llamado de Bedolla é hizo una desembarazosa caravana al gobernador, y preguntó como si nada hubiese escuchado.

—¿De qué se trata?

—Nada, nada, señor licenciado Lamparilla, no tiene usted por qué darme las gracias,—se apresuró á decir el gobernador,—las elecciones no siempre son seguras y

resultan victoriosos los que menos se piensan, pero hombres como ustedes merecen figurar como miembros de la representación nacional.

Los dos Crisantos estrecharon la mano del gobernador y le hicieron dos ó tres genuflexiones muy expresivas.

El gobernador, contentísimo en en el fondo de haber salido del mal paso, estrechó á su vez la mano de los que consideraba como sus salvadores, y los invitó á que volvieran á tomar sus asientos.

—Pienso salir mañana, señor gobernador,—dijo Bedolla,—porque la dilación nos puede poner en un grave peligro, y además yo soy así... activo... de que cae un negocio en mis manos, no descanso hasta que lo concluyo mal ó bien.

—Lo mismo soy yo,—dijo el gobernador.—Nos parecemos en eso.

—Lo mismo soy yo,—añadió Lamparilla,—sin agravio de ustedes. Nos parecemos.

—Ya sabrá usted, señor gobernador,—añadió Bedolla,—que en momentos, se puede decir, descubrí los asesinos de esa infeliz mujer camarista de la hija del conde del Sauz, les formé la causa, los condené á muerte y ya estuvieran ahorcados hace tiempo á no ser por empeños y por intrigas, y en la revisión se ha dicho que las pruebas no son plenas... qué sé yo, en fin, aún están en la cárcel... pero dejemos eso, ya nadie se acuerda y vamos á lo esencial. ¿Qué digo á mi buen amigo el ministro que me aguardará impaciente?

—Que salvando el honor del Estado tiene usted mis amplios poderes. Por mi parte considero este asunto arreglado y terminado, y en el primer viaje que haga á

México, tendré el gusto de que el señor ministro y el señor presidente vean mis granaderos y seguro estoy que quedarán admirados de ver en México, soldados iguales á los de Napoleón el Grande. Eso siempre hace honor á la Nación.

Con mil protestas de amistad y apretones de mano se despidieron del gobernador comisionado y secretario, y regresaron á México, acompañados de su escolta, y no encontraron en el camino más que unos pobres indios, rejuntando en las orillas del bosque las ramas y la madera caída de los árboles secos y viejos.

El regreso de los dos plenipotenciarios y la conferencia con el ministro de Gobernación fué un triunfo completo.

—Nos encontramos,—dijo Bedolla á su excelencia luego que cambiaron saludos y palabras de costumbre,—con que el hombre estaba inflexible, lleno de vanidad y de orgullo, trayendo siempre á la conferencia, conviniere ó no, á sus quinientos granaderos, amenazando con levantar al barrio del Alto, dispuesto á hacer fosos y parapetos en las bocas calles de la ciudad, y quién sabe á cuántas cosas más. Disparate, por supuesto, pero yo lo calmé, ya sabe usted mi modo. Escuchar... meditar y reflexionar antes de resolver ninguna cuestión.

—Ya he observado,—le respondió el ministro,—que no es usted de esos hombres fogosos y ligeros que resuelven al momento cualquiera cuestión sin imponerse de los antecedentes y sin herir en su verdadero punto de vista. Su talento de usted es reflexivo. No sabe usted cuánto ha ganado en mundo y en experiencia desde que vino usted á la capital y entró en la política y en los negocios. Yo me alegro infinito de haberle reconocido su capaci-

dad desde la primera entrevista que tuvimos. A mí no se me escapa nadie, amigo Bedolla. Tengo un ojo, y yo sé muy bien de la gente que me rodeo.—El ministro dió suaves palmadas en las rodillas de Bedolla y echó una mirada maliciosa á Lamparilla.—En cuanto á este tuno del licenciado Lamparilla, ya somos amigos viejos; vivo, activo, de un talento clarísimo... pero le falta el aplomo y el reposo del licenciado Bedolla; pero vamos á ver en qué paró nuestro gobernador y sus granaderos.

—Inútil es decirlo á usted, pues lo ha adivinado ya. Sumisión completa al gobierno general, mejor dicho, á usted que, aquí entre nos,—y el licenciado Bedolla se atrevió á corresponder las palmaditas,—es el alma del gabinete.

—Ni diga usted eso... algún influjo con el señor presidente y nada más... pero cuénteme usted los pormenores, que el asunto que tan feliz desenlace ha tenido me interesa demasiado, y ya que han pasado las cosas, contaré toda esta historia al presidente sin dejar de decirle la parte tan activa que usted ha tenido.

—¡Qué discusión tan acalorada y qué palabras tan terribles se cruzaron entre nosotros en el curso del debate! Lamparilla se lo puede decir á usted mejor que yo... pero vencimos al fin. El amenazaba y yo más; él llegó á levantar la voz, y yo con entereza y algo de severidad le marqué el alto como suele decirse, y después con calma lo fuí conduciendo por la mano al fondo de la cuestión, como le referí al principio.

—Bien,—dijo el ministro,—pero ¿cuáles han sido las bases del arreglo?

—Pues nada, no hay bases, sumisión completa. Triunfamos. Retira la comunicación.



—Bien, muy bien,—interrumpió el ministro,—pero ¿con qué condiciones?

—Casi ninguna. La rectificación en el diario oficial, diciendo que el párrafo era extraño á la redacción y que uno de los editores del diario queda separado. Alguna ha de ser la víctima. Al redactor se le da un empleillo en una aduana marítima y quedará muy contento. ¿Qué le parece á usted.

—Aprobado todo, y escríbale usted mañana mismo al gobernador. Espero que él me dirigirá alguna carta y se la contestaré con la mayor atención, y para usted, amigo mío muy querido, tantas y tantas gracias, lo mismo que á mi antiguo amigo Lamparilla; han quedado muy bien, se ha evitado un gran conflicto que ha ahorrado mucha sangre á la República.

El ministro estrechó las manos de los dos plenipotenciarios, y acercándose á ellos les dijo en el oído:

—Repito como gobernante las gracias. Ese diablo del gobernador nos hubiese puesto en grave aprieto con sus granaderos. No hay un peso en la Tesorería, el ministro de Hacienda quiere renunciar, y los agiotistas roban más al Gobierno que los ladrones de Río Frío á los pasajeros. Si no aseguran un doscientos por ciento de ganancia no sueltan un peso. Muy en reserva todo lo que ha pasado, y espero que aun nos veremos mañana para dejar redondeado el asunto.

Bedolla y Lamparilla se retiraron y no pudieron contener la risa cuando acabaron de bajar la escalera de Palacio.

—Cada día sube tu reputación, y no sé dónde vas á parar,—le dijo Lamparilla á Bedolla.

—Probablemente al ministerio, y lo mejor que va á

sucedier es que me rogarán con el puesto y renunciaré.

—Sería una necesidad de que te arrepentirías.

—Ni lo creas; esto me hará más interesante y más grande á los ojos del público. Un hombre que rehusa un ministerio es porque vale algo, y más adelante podré, no sólo obtener un ministerio, sino encargarme de formar, es decir, mandar á la nación.

—Puede que digas bien, Bedolla; tienes más mañas que yo. Por el pronto no nos ha ido tan mal. Una talega de pesos y una diputación, porque de seguro en Julio seremos diputados por Puebla.

Los dos amigos se separaron, quedando en verse al día siguiente para almorzar juntos y beber una copa de Champaña para celebrar el buen éxito de sus ensayos diplomáticos.

Evaristo estaba lejos de pensar que había puesto á la nación á dos dedos de su pérdida, y de que el juez que lo había condenado á muerte en rebeldía acababa de desempeñar por causa de él una importante misión diplomática que lo había puesto en el camino para llegar á ser uno de los más grandes hombres de la República.

### CAPÍTULO III

## La ópera en el monte

**N**o que modificó de una manera notable las operaciones de Evaristo y de sus enmascarados, que se habían sistemado de una manera tan regular y arreglada, como cualquiera institución pública, fué un incidente con que no podía contar ni estar á cabo de ciertas cosas que pasaban en México, y que él no sabía.

Hacia bastante tiempo que en el Teatro Principal, pues no había otro, funcionaba una compañía de ópera tan buena y tan completa como no se ha visto otra hasta que vino á México la deliciosa é inolvidable Sontag (1).

Marietta Albini era una alta y robusta mujer, blanca como la leche, de porte majestuoso, de ojos pequeños pero muy negros y una perfecta nariz romana que le na-

---

(1) La Sontag, que no ha tenido otra que le iguale en belleza y en voz de ángel, murió en México del cólera asiático, que en esos días invadió á México con una fuerza terrible.

cía de la frente, como á las que se ven en los museos. Albini era una Norma como jamás había pisado el teatro.

Adela Cesari, ó era ó parecía napolitana, llena de atractivos al mirar, al hablar, al reir, al moverse, al andar, toda ella era gracia y voluptuosidad. Y las dos, una tiple y la otra contralto, ¡qué escuela, qué voz, qué expresión para cantar! y en el trato y la conversación, ¡qué finas, qué seductoras, qué agradables! La ciudad entera estaba enamorada de ellas.

Después Musatti, un delicioso tenorcillo, por el estilo de Nicolini y Sirletti, fogoso y arrebatador, y Galli, un bajo profundo que hacía temblar el teatro cuando cantaba la ária del *Duque de Caldosa*, y Spontini, un bufo popular y simpático que tuteaba á todo México, y para completar el cuadro, la buena y simpática Magdalena y un acompañamiento de partes secundarias y coristas graciosas y atractivas hasta más no poder.

Cuando Marietta cantó la primera vez la *Norma*, fué tal la ilusión del público, que se persuadió que lo que pasaba en la escena era verdad, y no sólo hubo aplausos frenéticos, sino lágrimas, suspiros, apretones de manos, quejidos; hasta los hombres lloraron, y poco faltó para que los espectadores saltaran al foro, libertasen á Norma con todo y sus hijos, se llevasen á Adalgisa é hicieran trizas á Pancho Vivanco y sus coristas que desempeñaban el papel feroz de sacerdotes de Irmensul.

Cuando la Cesari salió al palco escénico en el *Condestable de Chester*, dejando, no adivinar, sino ver de una manera fascinadora sus admirables formas, estatua de Fidias, el entusiasmo del público no tuvo límites. Se aplaudía, no sólo con las manos, sino con los piés, con los bastones, con las bancas, con todo lo que podía ha-

cer ruido, y las mujeres mismas no pudieron resistir á la fascinación de la belleza y de las gracias de aquella aparición, como de otro mundo de delicias.

La noche del beneficio de la Albini, su cuarto estaba literalmente cubierto de flores y de regalos.

Al fin del segundo acto se presentaron tres lacayos conduciendo cada uno una talega de mil pesos nuevos, atada con cordones y cintas de seda. Era el obsequio del viejo conde de Regla, que siempre tenía su palco, aunque rara vez concurría al teatro.

La noche del beneficio de la Cesari, también su cuarto estaba cubierto de flores y de obsequios, y al fin del segundo acto, dos lacayos entraron conduciendo en una charola de plata, un aderezo de brillantes que valía cinco mil pesos.

Era el regalo del conde de la Cortina, que para amores nunca fué viejo.

*La Norma, La Urraca Ladrona, El Pirata, El Condestable de Chester, La Italiana en Argel, Isabel de Inglaterra, La Casa Deshabitada*, eran las óperas favoritas del repertorio que tenían á México en una especie de encanto que no permitía que nadie se ocupase de otra cosa ni hablase más que de la ópera. Los mismos partidos políticos, tan vehementes entonces, se calmaron; las logias masónicas dormitaban, los *hermanos* preferían irse al teatro, y la *tenida* quedaba en la soledad y los triángulos y escuadras vigilados sólo por el ojo del Espíritu Santo que se cerraba de sueño. Yorkinos y escoceces firmaron una tregua; los que no tenían dinero, empeñaron sus alhajas en el Montepío, para continuar abonados al teatro, y los empleados de algunas oficinas vendieron sus sueldos á los usureros.

Se formaron dos partidos, *Albinistas* y *Cesaristas*, á cual más formidables y entusiastas, y nunca faltaban en las noches acaloradas disputas, pues al entrar y salir del teatro se formaban en el vestibulo corrillos á cual más intransigentes. Gritos, porrazos en ocasiones, y á veces duelos serios entre gentes de rango y de posición social. Ni güelfos y gibelinos en Italia, ni yorkinos y escoseses, se habían detestado más, ni armado más ruido y algazara que los albinistas y cesaristas en México. Los albinistas representaban el partido popular. Los cesaristas el partido aristocrático. Abiertamente el conde de la Cortina, tan sabio como enamorado, se había puesto á la cabeza del partido cesarista, mientras el conde de Regla se había limitado á enviar á la Albini sus tres talegas de pesos nuevos, y á no faltar una noche cuando ella salía á las tablas, pero todo el mundo daba por sentado que el viejo conde era el jefe del poderoso partido albinista (1).

Quién sabe cuantos meses ó quizá años permaneció la compañía en México deleitando á todo el mundo sin excepción, pues hasta los muchachos de la calle silbaban la *Casta diva* y la aria del *Condestable*, pero, como todas la cosas del mundo, tuvo su término, y fué un día de luto cuando miraron salir dos ó tres diligencias llenas de artistas y de coristas, que cual más cual menos habían hecho una pequeña fortuna y regresaban contentos

---

(1) Se notarán muchos anacronismos en esta novela, y se ha hecho la advertencia necesaria en el prólogo. La existencia de la compañía de ópera á que se refiere este capítulo, es, por ejemplo, anterior á la época en que Baninelli figuró como uno de los más intrépidos oficiales, y por ese estilo hay otras escenas, pero se ha querido formar un cuadro de personajes y sucesos, aunque sean á poco más ó menos de distintas épocas. Puede perdonarse esto en la novela, en obsequio de darle mayor interés.

á la bella Italia, llevando consigo sus trajes de reinas, de pastoras, de sacerdotisas, de caballeros y de duques. Las monedas, con excepción de un poco de oro para el camino, lo habían remitido en letras de cambio ó por la conducta.

¿Robar á esos ruiseñores, á esas calandrias venidas de los jardines de los cielos, tocar á esas beldades escapadas de los museos de Roma?

Imposible; yorkinos y escoceses se pusieron de acuerdo y se dieron pasos, se habló muy seriamente al comandante general, y en consecuencia, el camino se llenó de escoltas de caballería, y los numerosos amigos y admiradores de las *virtuosas*, salieron á acompañarlas hasta al Peñón Viejo.

No obstante el brillante éxito y la notoria habilidad con que desempeñaron su misión Bedolla y Lamparilla, las cosas se pusieron para los infelices caminantes en peor estado. Hubo, en efecto, una reconciliación oficial entre el gobernador y el ministro de la Gobernación, pero como los dos tenían una herida en el amor propio, que es más enconosa que cualquier otra, quedaron en su *foro interno* perfectamente enemigos y dispuestos, si no á vengarse, sí á desquitarse. De pronto para que la responsabilidad de los robos en el camino recayera sobre el ministro, el gobernador mandó retirar las fuerzas pequeñas que había en los pueblos, y que servían de algún respeto, y por su parte el ministro, para que el descrédito viniese á las espaldas del gobernador, hizo de modo que desde México hasta Veracruz no hubiese ni un soldado federal; así Evaristo quedó tan á sus anchas, que era el soberano absoluto de la montaña. Los pasajeros estaban tan resignados, que en cuanto el cochero detenía sus

mulas, los que iban dentro de la diligencia se bajaban, vaciaban sus bolsas en las manos de Evaristo y de Hilario, y se tendían humildemente boca abajo. Los bandidos, abusando de esa mansedumbre, y enorgullecidos con la impunidad, solían dar de puntapiés á los infelices, dejarlos apenas con la camisa, aunque estuviese helando, y si algunas mujeres de regulares bigotes se arriesgaban á atravesar el monte, malas lenguas decían, aunque con mucha reserva, que lo pasaban muy bien ó muy mal, porque los enmascarados habían dado en ser un poco aficionados al bello sexo.

Es menester repetir que los amigos de las *divas*, ni remotamente se figuraban que pudiera sucederles el menor percance, pero no contaban con que el comandante general, aunque casado y excelente padre de familia, durante toda la temporada no había pensado más que en la ópera, en las coristas y especialmente en la Cesari, y celoso del público entero que no le quitaba los anteojos cuando salía vestida de Condestable, y despedido de no haber alcanzado más que una que otra mirada y tenido conversaciones sin consecuencia, en vez de poner de su parte lo que era necesario para la seguridad del viaje, tuvo allá en sus adentros la maligna intención de que los ladrones hicieran lo que él no había podido alcanzar ni de la más fea, ó mejor dicho, de la menos bonita de las seductoras coristas italianas. ¡Qué perversa es la naturaleza humana! pero así es en ocasiones, cuando no siempre.

Escogió, pues, para las escoltas del camino unos escuadrones de cívicos, mal organizados, peor vestidos y con caballos tan flacos, que un viento fuerte que les cogiese en la llanura, podía fácilmente derribarlos.



La despedida en el Peñón Viejo de los desdichados adoradores de las bellezas que se iban á tierras lejanas, fué muy tierna, pero regresaron tranquilos, luego que los dos coches llenos y cargados hasta el techo de sacos, baules, sombrereras y mil otros accesorios teatrales, enfilaron la calzada de Ayotla, seguidos de veinticinco hombres llenos de brío y de entusiasmo que azotaban y apaleaban sus pobres caballos, para ir al paso de la diligencia y no separarse del lado de las portezuelas. Con mil penas llegaron á Ayotla, y allí rindieron la jornada, y otra escolta al mando de otro oficial continuó el servicio. Esa sí no pudo seguir los coches, por más que martirizaron hasta con las espadas á los flaquísimos caballos, algunos tropezaron, y cayeron con todo y soldado, sin poderse ya levantar.

Los cocheros, por miedo de la multa y por que no les convenía que hubiese balazos y campaña, no querían moderar el paso, el oficial gritaba y trinaba, y á medida que conjuraba á los cocheros á que se detuvieran, el látigo tronaba y las robustas mulas volaban por entre el polvo del camino. Al fin el oficial se dió por vencido, detuvo los pocos soldados que lo seguían, pues los demás habían quedado rezagados por el camino, y dijo:

—Que se los lleve el diablo, pues que no se quieren detener, y me alegro mucho, pues cuatro ladrones bien montados habrían dado cuenta con mi escuadrón, y quién sabe qué suerte habría corrido.

Volvió grupas, se ladeó en la silla, encendió su cigarro y estaba de vuelta en Ayotla á la vez que los viajeros entraban en lo más peligroso del camino donde ya no había ni asomos de fuerzas.

Al observar que la escolta se había retirado, y la com-

pleta soledad del camino, pues por rara casualidad en ese día no había ni recuas de arrieros, ni indios con sus atajos de burros, y sólo algunos siniestros mendigos (espías de Evaristo), se acercaban á las portezuelas cojeando y tendían para implorar una limosna mugrosos sombreros de petate, el terror más grave se apoderó de los cantantes, y hacían en su lengua seguramente recuerdos de *Fra-Diavolo*, cuando al entrar en un terreno sombrío escucharon el terrible grito.

—¡Alto ahí! grandísimos...

Era, como ya se ha dicho, el usual y cariñoso saludo de Evaristo.

Las diligencias se detuvieron, y no sólo los enmascarados las rodearon amenazando con sus garrotes, sino cinco ó seis más de á caballo, antiguos conocidos de Hilario, con que se había reformado la cuadrilla, queriendo ya dar vuelo y establecer más en grande la negociación que iba decayendo de día en día á causa de los pocos pasajeros y de la escasez de sus bolsas y pobreza de sus maletas.

Giacomo Vellani era el marido de Marieta Albini. Más alto que ella, que es mucho decir, de color un poco más subido que trigueño, gran bigote y perilla negra que le cubría hasta muy abajo el labio superior, tenía más de árabe y de griego de las islas, que de italiano, desvió con la mano el cañón de la pistola de Hilario que apuntaba rectamente á la cara de Norma y llevó la otra á un largo puñal que tenía en el bolsillo, estando resuelto á vender cara su vida, pero salvar la de su mujer.

Hilario, un poco sorprendido de ese aparato de resistencia, quiso intimidar, retiró la pistola y la disparó al aire.

—¡*Dio di Dio!*—gritaron las bellas italianas, encogién-

dose todas, tapándose los ojos y queriendo guarecerse las unas con las otras, pero no fué un grito destemplado como el de las señoras principales de Puebla, sino una armonía que brotó de aquellas gargantas que continuaban diciendo en italiano, quién sabe cuantas cosas, y parecía más bien el ensayo de un coro de Rosini. Evaristo no dejó de notarlo, y retirando la pistola, dirigió á Hilario una de esas palabras enérgicas del idioma español, reprendiéndole porque sin necesidad y sobre todo sin su orden había disparado su pistola.

Las mulas que tenían pocas semanas de servicio se espantaron, y á no haber sido por el sota que estaba delante y los fuertes puños de Mateo, habrían partido á escape y hecho pedazos el carruaje y los que iban dentro.

—Eso no es lo tratado, *valedor*,—le dijo Mateo á Evaristo con mal humor, ó mejor dicho con grosería.—O semos ó no semos, ¿y para qué es comprometerse á lo que no se ha de cumplir? Si no estoy tan prevenido, me matan estas mulas que son cerreras y relajadas (y ya se lo había dicho). ¿Y qué le resultaba de eso? Además son cantantes; tienen *menistro* como D. Rafael, y son cómicos del teatro de México, y le ha de ir mal. Mejor será que los deje dentro del coche, y haga que le canten algo. Ya sabe, *valedor*, me encargaron que cuidara la carga y tengo mis obligaciones en la ciudad.

—Bueno, por que tú te empeñas, Mateo,—le respondió Evaristo,—pero ¿qué traen?

—Pues de eso si no sé, pero vestidos de reyes y de todas clases con galones de oro y de plata. Si quiere, regístrelos, pero breve, porque ya sabe á la hora que tengo de llegar precisamente á Puebla.

Mientras pasaba este corto diálogo entre Evaristo á caballo y Mateo en su pescante, conteniendo con esfuerzo su tiro cerrero de mulas, las italianas se habían recobrado del susto, y los indios enmascarados vaciado la covacha, regando por el camino baules, maletas y sacos. Mateo se inclinó un poco para hablarles á los de la diligencia; les dijo que entregaran las llaves, que no intentarían resistir y que no tuvieran cuidado.

Se acercó de nuevo Evaristo á la portezuela con mejores maneras, les pidió la llaves y el dinero, les aseguró que nada les sucedería si obedecían lo que mandase y no intentaban hacer ninguna resistencia.

Apresuráronse las italianas á dar cuanto oro menudo tenían, y la cosecha de escudos no fué tan mala, con lo que se contentó el bandido sin exigir más, y fué á visitar los equipajes. Entre la ropa de uso se encontraban vestidos y adornos de teatro que no habían podido colocarse en las cajas que días antes habían enviado por la línea de carros; así Hilario y sus indios habían sacado ya un magnífico traje de reina de Babilonia; el de condestable de Chester, con que la Cesari trastornaba las cabezas de los abonados; el de la vestal Adalgisa y otros por ese estilo. Los indios de la sierra de Chalma, que veían asombrados por primera vez aquello, no disimularon su sorpresa, y creyeron que eran ornamentos de iglesia ó de personajes tan elevados, que jamás habían pensado que transitarían por un camino donde acostumbraban ver á los pasajeros con vestidos comunes, zarapes y capotones, y nada de telas finas, de terciopelo y de galones de oro y plata.

—Todo eso es falso, *valedor*,—le dijo Mateo á Evaristo.—Si quema los galones, no sacará más que cobre, y

si se roba los vestidos, como son tan conocidos como de cómicos, donde quiera los descubrirán. Déjeselos, hágalos cantar y despachemos, que se me va haciendo tarde.

Los cocheros de Zurutuza no eran de ninguna manera cómplices, pero, á fin de que la línea pudiese subsistir, y para que no los maltrataran y mataran, habían tenido que transigir, desde tiempos muy atrás, con los bandidos que á temporadas, y á veces largas, aparecían por las montañas de Río Frío, y habían concluído, especialmente Mateo el Yanqui, Juan el Diablo, Marcelino y Ruperto que servían la línea de Veracruz, por ejercer cierto dominio, logrando la grandísima ventaja de que no los registraran, y de esta manera conducían con entera seguridad cartas de importancia, dinero, relojes de oro y alhajas que entregaban religiosamente á los viajeros á su llegada á Puebla, á Jalapa ó á Veracruz. Esta influencia era más grande respecto de Evaristo. Ladrón se podía decir nuevo, queriendo guardar su reputación de agricultor, todavía sin hombres determinados y valientes que lo acompañasen, y sin estar relacionado para ocultar y vender lo robado, estaba casi subordinado á los cocheros que lo amenazaban con que si los fastidiaba mucho y ejercía violencias con personas notables y ricas como Escandón, Pesado y otros, se suspendería la línea y quedaría entonces reducido á asaltar arrieros é indios, que también á su tiempo sabrían tomar las veredas del monte.

En cuanto á D. Rafael Veraza, no hay ni qué hablar; hacía regularmente su viaje de ida y vuelta á Veracruz.

Al llegar á los parajes peligrosos, usaba de su pito de la manera convenida, y á los pocos minutos salían de la

vereda del monte dos ó tres indios que lo acompañaban con el sombrero en la mano hasta la posta, y las más veces Hilario ó el mismo Evaristo, con los cuales tomaba un trago de cognac, encendía su cigarro, montaba en el caballo fresco, y más que corría volaba por los derrumbaderos, azotando á derecha é izquierda las ancas de los rocines, acostumbrados también á piedras, peñascos, zanjas, barro y ladrones.

El amo D. Anselmo, cada vez que por los negocios de su casa ó por respirar el aire de la mar se le antojaba ir á Veracruz, mandaba poner dobles tiros en las postas, y en un coche extraordinario, con Mateo y Marcelino de cocheros, emprendía sólo el viaje sin armas ningunas, y lejos de esconderse dentro del carruaje iba sacando por la portezuela su faz rubicunda, y sonriendo á los árboles, á los magueyes y á los campos de cebada. En el tránsito, en vez de ser atacado ó molestado, arrieros, indios, rancheros y ladrones, se quitaban el sombrero y saludaban, diciéndole: «buen viaje, amo D. Anselmo, y que Dios lo lleve con bien.» Cuando las diligencias ordinarias llegaban á Puebla, ya D. Anselmo, rasurado, lavado y vestido de limpio, estaba ceremoniosamente sentado en la cabecera de la mesa del comedor de la casa, esperando á los viajeros para dar la señal con una campanilla de que se sirviese la sopa.

Tal, ó poco menos, era el estado que guardaba el camino de Veracruz, en la época en que pasaban esos acontecimientos, siendo inútil decir que aparecían sus partidas, que nada tenían que ver con Evaristo, por el rumbo de Chalco, por el Pinal de San Agustín, en las cercanías de Perote, y realmente no se disfrutaba de una seguridad completa sino de Jalapa á Veracruz. Llegó el

caso de que la diligencia fuese asaltada y robada cuatro veces.

Sigamos todavía un poco más con nuestras bellas italianas y con los eximios cantantes.

Mateo no consideró suficiente la recomendación que desde el pescante había hecho á Evaristo, sino que entregó por un momento las riendas al sota y descendió á hablar con él y con Hilario.

—*Compas* (1),—les dijo.—Traigo de los señores de México un encargo especial de que el coche pase bien y que no se toque el pelo á los pasajeros, que, como les dije, son cómicos y cantantes, y lo que ganaron en el teatro ya lo mandaron para su tierra en la conducta que pasó la semana pasada, todo lo que lo ha platicado el amo D. Anselmo en el patio de la casa. Si hay queja del monte, el amo me dijo que suspendía por seis meses el viaje, ó hasta que acabara la tropa con ustedes, con que ya saben lo que hacen, y como me han dado una buena gala y soy completo, de mi parte les quiero convidar.

Mateo metió mano á la profunda bolsa de sus calzones de vaqueta que le servían para sol y agua en el camino, y sacó cuatro onzas que dividió entre Evaristo y su segundo.

El caso había sido que el conde de la Cortina buscó á Mateo personalmente la víspera, y poniéndole diez onzas de oro en la mano, le dijo:

—¿Me respondes de la seguridad de las gentes que van mañana en tu coche á Veracruz?

—No tenga su señoría cuidado, (Mateo nunca se abría hasta decir *su merced* como los indios),—le contestó,

---

(1) *Compa*. Compadre, compañero, amigo. Todo esto quiere decir esta palabra, en el lenguaje de la gente baja.

—si algo sucede, me puede mandar cortar la cabeza cuando vuelva del viaje.

—Fío en tí; cuida especialmente á las señoras... son bonitas... ¿me entiendes? que no les toquen ni al pelo.

Mateo sonrió maliciosamente, se guardó el oro en las profundidades de sus chaparreras, y repitió:

—Quede su señoría sin cuidado.

Esto explica el afán de Mateo y su interesante diálogo con el bandido, y para el mejor desempeño de su comisión, supuesto que había ofrecido su cabeza en garantía, él mismo abrió la portezuela del coche y dió respetuosamente á las divas su mano, vestida de un sucio guante de gruesa gamuza.

—No tengan miedo, ya estoy arreglado con el capitán, pero si les dice que canten, es menester cantar, que vale más eso que no que las desnuden como ya lo han hecho con unas señoras principales de Puebla y con otras, y el señor conde me encargó mucho... que me dejara matar antes que permitir... le dije que con mi cabeza le respondía... bajen sin temblar ni demostrar miedo, al contrario...

Asustadas, sin poderlo remediar, temblándoles un poco las rodillas y las manos con que apretaban la de Mateo, apareció un grupo pintoresco en la calzada sombreada por los frondosos árboles del bosque, en cuyas ramas se mecían ufanos y daban sus trinos al viento los cantores de las selvas.

*Fichus* de lana roja ó azul, mascadas rayadas de colores diversos engastaban las fisonomías un poco pálidas y descompuestas con la duda de la suerte que podían correr, á pesar de las seguridades y buenas palabras de Mateo, y sus expresivos y negros ojos italianos se dirigían



inquietos, ya á Mateo, ya á Evaristo y á los horrorosos enmascarados que, conforme á su consigna, mantenían levantados sus garrotes para dejarlos caer á la menor señal sobre la cabeza de los viajeros.

Vellani, revolviendo sus ojos terribles, y con el espeso bigote cerdoso y erizado, se mantenía altivo en medio del grupo de mujeres, con la mano en el mango del puñal que tenía en el bolsillo izquierdo, y pronto á herir al menor indicio de un ataque. Su cabeza y su cara casi negra sobresalían como una extraña aparición de entre el grupo de colores chillantes que formaban los peinados y abrigos de las cantatrices.

Evaristo y sus indios no pudieron resistir á la agradable impresión que les causaba aquel grupo de bellísimas mujeres vestidas con cierta novedad y fantasía; que no manifestaban temor ninguno, y también les impuso algo la cabeza alborotada y la fisonomía terrible y decididamente resuelta de Vellani.

—El capitán,—dijo Mateo,—que es amigote, me ha dicho que no tienen por qué asustarse, que nada les hará, pues que le han dado de buena voluntad el poco dinero que traían.

Evaristo hizo una señal de asentimiento, miró también á los indios, que bajaron los garrotes y se retiraron á cierta distancia.

—Pero el capitán,—continuó Mateo,—no ha podido ir á la ópera, como se lo pueden figurar, teniendo muchas ocupaciones de día y de noche en el camino; ya le he dicho que todos los que vienen son cantantes y personas muy buenas que ya se van á su tierra... desea que le canten una ó dos cosas de las mejores, y yo se lo ruego para irnos, porque se me hace tarde y me costará

pagar diez pesos de multa que nunca perdona D. Anselmo á sus cocheros.

Los artistas, ya más tranquilos, se miraron unos á otros y convinieron en que era necesario obedecer á Mateo, que era su salvador, y cantar.

Evaristo les hizo seña que le siguieran y los condujo al grupo de los magníficos árboles que ya conoce el lector, donde encontraron una agradable sombra y un césped verde lleno de margaritas blancas y amarillas.

La Cesari, que en vez de estar asustada gozaba con esa aventura que tenía mucho de italiana, dió el ejemplo, siguió á Evaristo y les dijo:

—Cantemos, cantemos algo que les deje un recuerdo á estos buenos ladrones. El signor Galli comenzará.

Galli, hombre ya de edad, delgado pero derecho y fuerte y con las visibles muestras de la hermosura varonil de su juventud, había permanecido sin miedo y sin jactancia, como silencioso observador; sin decir una palabra, se separó del grupo, salió del recinto de árboles y entró por otro lado, como si estuviera en el foro del teatro y entonó con una voz poderosa, una aria... ¿aria del *Pirata*? ¿de *Mahomet II*? ¿de *Semíramis*? Quién sabe. Una aria que le inspiró la majestad del bosque profundo, la soledad del sitio, la situación de unos extranjeros á la merced de numerosos bandidos, amparados y defendidos únicamente por el cochero de la diligencia que los conducía al mar, para lograr, sufriendo los nuevos riesgos del Océano, llegar por fin á su deliciosa Italia á descansar y disfrutar de las economías, fruto de una larga y brillante carrera artística. Galli cantó en la selva como jamás había cantado en el teatro. Evaristo, que no tenía

idea de estas grandezas del genio, quedó como clavado y sin movimiento en el árbol en que se recargaba. Los enmascarados, inconscientemente, se fueron acercando poco á poco como atraídos por este nuevo Orfeo.

Luego que acabó Galli, la Cesari, dominada (como mujer) más que Galli por idénticos sentimientos, se presentó en ese foro bellísimo y salvaje, se arrancó los peinados y tocas de seda que la cubrían la cabeza, arrojó al suelo el abrigo de camino que la envolvía y apareció como una maga fantástica, erguida, hermosa, con una túnica de seda azul celeste ceñida con un cinturón de galón de oro, y comenzó á cantar. ¿Qué cantaba? Lo mismo que Galli, improvisaciones, notas que no había escrito ningún maestro, juegos de garganta y trinos y gorjeos de ave del paraíso que no se habían oído en ningún teatro, maravillas de melodías, cascadas de gotas de oro que salían por los labios voluptuosos y encarnados de aquella reina de la selva, de aquella fugitiva hechicera de las sombrías profundidades de la montaña.

Los árboles se cubrieron de pájaros que escucharon atenta y silenciosamente, y luego que cesaron las armonías se volaron en ruidosa algazara á las copas de otros árboles, queriendo imitar y repetir las notas que habían escuchado.

Evaristo, entusiasmado, con un sentimiento más bien de admiración que no sensual, se lanzó á abrazar á la bella Cesari, pero ésta dió un paso atrás y presentó su suave y rosada mejilla á Evaristo, que imprimió en ella un beso que debieron también escuchar las aves.


Evaristo intentaba algo más. La Cesari retrocedió, tendió una mano para contenerlo y clavó con autoridad sus grandes ojos en el bandido.

—Nada más, signor,—é irguiendo la cabeza como si ella fuera el capitán, condujo á los viajeros al coche y ordenó á Mateo que subiera al pescante.

Al tronar el látigo y partir las mulas, la Cesari sacó su redondo brazo por la portezuela y saludó graciosamente al capitán de los ladrones de la montaña.

#### CAPÍTULO IV

### ¿Qué dirán los extranjeros?

A hemos dicho que no pasaba semana sin que en un punto ú otro del camino de México á Veracruz fuesen robadas las diligencias; pero como se trataba de pasajeros desconocidos, de gentes que no tenían como Escandón, Pesado y Couto una alta posición social, nadie hacía caso, ni menos los gobernantes, que se ocupaban de asuntos para ellos más graves y provechosos, y, cuando la prensa ó el comercio alzaban un poco la voz, los funcionarios públicos se echaban la culpa unos á otros, se volvía asunto de Estado y de diplomacia, siendo necesario que para evitar un conflicto, personas tan dignas y caracterizadas como Bedolla y Lamparilla, intervinieran para que al fin quedasen las cosas en peor estado; pero cuando se trató de una compañía de ópera, de muchachas bonitas y de extranjeros ya fué otra cosa; pero tenemos antes que explicar

por qué Evaristo se prestó á la extraña fantasía del cochero Mateo, de que cantasen los artistas, recurso que le ocurrió para que no sufriesen ninguna clase de daño y cumplir la palabra que le dió al conde de la Cortina.

Mateo era hombre tal que si su comisión no hubiese tenido buen éxito, habría rogado al conde ó á D. Anselmo que le cortaran la cabeza ó cuando menos devuelto su gratificación de diez onzas. Su vanidad era conducir un coche como nadie por el más pésimo camino y dominar á los ladrones por asesinos y terribles que se les supusiese.

Evaristo, en sus terrenos y jurisdicción señorial de la montaña, no atacaba jamás á las recuas de arrieros, ni á los pesados carros de mercancías, ni á los indios de los que no podía sacar más que unas cuantas cuartillas de cobre y á las diligencias las dejaba libres á largas temporadas por varias razones. Tenía que contemporizar con los cocheros, que lo amenazaban frecuentemente con levantar la línea; necesitaba que sus indios trabajaran en el carbón y en el campo para desviar las sospechas y justificar así su residencia en el corazón de la montaña. Además necesitaba él é Hilario recibir y pagar á intervalos las visitas del administrador de la Blanca, que cada vez estaba más contento del arrendatario y hacía los mayores elogios de él en los pueblos de Texcoco y Chalco los días de feria en que se reunía con los administradores de las haciendas de la comarca; pero todo esto no era lo principal, sino Cecilia.

No quitaba Evaristo el dedo del renglón, como se dice, y Cecilia era el punto fijo de sus pensamientos, y después de revolver mil proyectos en su cabeza, á cual más

disparatados, no salía de esta diyuntiva: *O ha de ser mía, ó la mato.*

Así á cada momento buscaba él mismo un pretexto para bajar á Chalco, ya á cambiar un caballo, ya á comprar alguna ropa ó herramientas, ya á vender carbón, maíz ó cebada, y, en efecto, el dinero y los negocitos no le faltaban: había logrado ver de lejos una que otra vez á Cecilia, cuando llegaba cada semana con su trajinera; pero sin atreverse á entrar á su casa desde la rociada de agua caliente y la tunda de escobazos que le dieron las dos Marías.

Dos ó tres ocasiones extendió sus excursiones hasta la capital, y, disfrazado y en las noches, rondó por la casa de la Acequia, reconoció las paredes, las puertas y ventanas, la altura de la azotea, los escondites en los callejones cercanos, la clase de vecinos (que no todos eran de la mejor conducta), y á poco más ó menos se enteró del método de vida que seguía Cecilia, que era el trabajar desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche en su puesto de la Plaza del Volador, donde se desayunaba y comía, y retirarse en la noche á su casa con sus dos Marías, dando antes un corto paseo por el portal de las Flores. Cada una ó dos semanas hacía el viaje entre Chalco y México; ningún hombre dormía dentro de la casa, ningún sereno cuidaba la puerta ni la azotea, y en el muelle ó canal que entraba al patio, dormía dentro de la canoa un remero que las más noches tomaba sus fuertes tragos de chinguirito (1) antes de acostarse, y dormía la *tranca* (2), al grado que alguna de las Marías tenía en

---

(1) Aguardiente de caña, compuesto con alumbre y agua. Es casi un veneno.

(2) Dormir la borrachera.

la madrugada que tirarlo por las piernas y arrastrarlo hasta la mitad de la canoa para que despertase.

Para alguno de los diversos planes que se proponía realizar Evaristo estas indagaciones eran preciosas. Paredes débiles de adobe. Patio con libre entrada por el canal. Remeros siempre borrachos. Ventanas bajas con rejas de madera. Puertas no muy sólidas. ¡Qué datos tan importantes para un ladrón!

En uno de los viajes en que completó sus observaciones, fué á dar á Chalco muy satisfecho, se preparó á todo riesgo á hacer una visita á Cecilia y afrontar con calma la furia de las dos Marías.

Dió la casualidad de que cuando Evaristo se acercaba al zaguán Cecilia venía de la parroquia. Aunque Evaristo había cambiado de figura, pues estaba más gordo, rasurado completamente y pelado á peine y hacía ya tiempo que no lo había visto, lo reconoció al momento, más que todo por la sensación extraña que le causó el timbre de su voz y su mirada, entre torba, vengativa y amorosa. El lenguaje de los ojos sólo lo comprenden otros ojos que ya se hayan mirado, y queda sin expresión y significado para los indiferentes.

Cecilia sentía cuando se encontraba con Evaristo una especie de fascinación dolorosa que no se podía explicar, y se sentía á su pesar atraída hacia él como el conejo tímido á la boca del boa.

Detúvose Cecilia, se estremeció ligeramente, quiso seguir á su casa, que estaba á dos pasos; pero no pudo y quedó como clavada en el suelo.

No escapó á Evaristo la sorpresa y conmoción de Cecilia y se aprovechó de ella.

—No hay que asustarse D.<sup>a</sup> Cecilia. No trato de ven-



garme como usted podría creer. Por el contrario, vengo á pedirle á usted perdón. Fuí muy atrevido al introducirme á la casa de usted y hasta su mismo cuarto donde se estaba bañando; pero, qué quiere usted, D.<sup>a</sup> Cecilia, los hombres no somos dueños de contenernos, y hacemos á veces cosas de que tenemos que arrepentirnos, pero ya eso pasó y usted, que tiene un buen corazón, me perdonará y no será rencorosa. Ya había usted sabido que tuve mis dificultades al entrar al rancho abandonado de los Coyotes; pero ya voy bien, las cosechas no han sido malas, el carbón que despacho en las canoas de los Trujanos me da que comer, y quiero estar bien con las gentes de Chalco y de Texcoco como vecino; lo primero que pensé fué en aprovechar la primera ocasión para hablarle y que usted no tuviese nada malo conmigo. Ya soy otro hombre, D.<sup>a</sup> Cecilia, créamelo por su vida, y así amigos, cada uno en su trabajo y su giro, no tendremos que odiarnos.

—Yo ni odio ni me meto con nadie y en lo que no me interesa,—le contestó Cecilia algo repuesta y adelantándose á tocar la puerta de su casa;—pero lo que no me gusta es que se metan conmigo; pero ya que usted se ha adelantado á satisfacerme y confiesa que no hizo bien, asunto acabado y como siempre, nada me queda aquí.

Cecilia llevó la mano á su pecho, entró en el zaguán é iba á dar á Evaristo con la puerta en las narices cuando reflexionó que no hacía bien en granjearse un enemigo, que, arrepentido, le había pedido humildemente perdón.

—Pase si gusta, descansará y tomará algo,—le dijo á Evaristo haciéndole lugar para que entrara.

Evaristo no esperó que se lo dijera dos veces, sino

que entró lleno de gusto al patio, donde la otra vez tuvo que correr vergonzosamente para que no lo matasen á escobazos las dos Marías.

—Tendrá muchos defectos, D. Cecilia; pero su corazón es como una casa. Se lo agradezco y ya verá que no volveré nunca á molestarla, y, además, me vivo meses enteros en el rancho, y á Chalco vengo ó de paso, ó á cobrar mis cuentas de cebada y carbón.

—Como guste,—le respondió Cecilia.

Le hizo seña de que entrara al comedor y se sentara, y ella salió gritándole á una de las dos Marías, precaución que le pareció necesaria no obstante las protestas de enmienda y la plácida y resignada fisonomía de Evaristo.

María colocó en la mesa vasos y dos botellas de licor.

—No le hará mal,—dijo Cecilia sirviéndole;—es un licor de canela que me regaló hace tiempo D. Muñoz, el de la tienda de la esquina de la calle Real.

—¿Y usted no toma nada, D.<sup>a</sup> Cecilia?—le dijo Evaristo sirviéndole en el otro vaso.

—Ni gota; mi pulque á las horas de comer y es todo; se lo agradezco.

—Entonces, á la salud de usted,—y Evaristo apuró el vasito lleno del licor de canela regalado por D. Muñoz, que tampoco quitaba el dedo del renglón y se moría de amor por Cecilia.

Evaristo estuvo muy comedido, platicó de las ventas de carbón, de maíz, de cebada, de siembras de trigo temporal, de frutas de la tierra caliente; pero ni una palabra de amor que hiciese perder á Cecilia la confianza que trataba de ganar.

Echó su último trago y se levantó del asiento para

marcharse. Cecilia ya lo deseaba. La presencia de aquel hombre no dejaba de agradarle; pero le hacía daño, la tenía en una situación como la que experimenta una persona que cree que le va á suceder una desgracia.

—Un favor por despedida, D.<sup>a</sup> Cecilia.

—Lo que mande, siendo posible, —le contestó Cecilia.

—En los viajes que suelo hacer á México para cobrar mis cuentas, me ha ocurrido entrar al Montepío en los días de remate, y cuando encuentro alhajitas baratas, pero muy baratas, las compro, porque todo es comerciar, y cuando se encuentran onzas de oro á catorce pesos, es una ganga... ya ve usted... ¿Qué le parece?

—Bien hecho, y así es como he comprado las pocas que tengo,—contestó Cecilia con naturalidad y no sabiendo á donde iría á parar Evaristo con esta conversación.

—Pues bien, D.<sup>a</sup> Cecilia, ayer, que fué día de almoneada, lo aproveché, y vea usted la *ancheta*.

Evaristo puso en las manos de Cecilia un papel bien atado con una cinta.

—Abralo usted y vea si hice buena compra, D.<sup>a</sup> Cecilia.

Con esto volvieron á sentarse donde estaban y Cecilia desató la cinta y abrió el paquete.

Anillos de oro con algunas piedras finas, cigarreras de plata y oro, un par de aretes antiguos de filigrana y diamantes, relicarios, un hilo de perlas no muy gruesas; pero muy purejas, sartas de corales, rosarios y cucharas de plata y otras cosas de menor importancia.

Cecilia examinó todas estas baratijas, oxidadas y amarradas con listones sucios, con la curiosidad de una mu-

jer, las envolvió en su papel y se las devolvió á Evaristo, diciéndole:

—Hay cosas bonitas y otras muy feas y sucias, y no sé por qué; pero se me figuran robadas.

Evaristo, al oír estas palabras dichas con la mayor naturalidad por Cecilia, se puso blanco como un papel y se le figuró que Cecilia sabía ya algo de sus hazañas en el monte; pero procuró reponerse y disimular y contestó con cierta calma é indiferencia:

—No lo creo, D.<sup>a</sup> Cecilia; pero puede que tenga usted razón. En el Montepío reciben toda clase de prendas sin averiguar de dónde vienen. Buenos estaban para pesquisas antes de prestar el dinero.

Cecilia, sin maliciar nada, había instintivamente adivinado quizá también por la manera como estaban atadas y la disparidad de prendas.

Eran parte de los robos hechos á las señoras principales de Puebla y otros desgraciados viajeros.

Evaristo continuó ya tranquilo platicando con Cecilia.

—Precisamente,—le dijo,—quería pedirle el favor de que me guardase por dos ó tres horas estas alhajas. Voy á la Venta de Río Frío á ajustar con el fondista una entrega de carbón, y como sabrá usted que por allí esperan los *macutenos* á la diligencia no quisiera ir con estas baratijas en la bolsa. No es que yo tenga miedo á los ladrones que nunca atacan al que está bien montado y armado como yo, ni conmigo se meten, que no saldrían muy bien; pero nada cuesta una precaución.

—No finja usted ningún pretexto,—le contestó Cecilia,—para hacerme un regalo, porque ya sabe que no lo he de recibir.

—Ni Dios que lo permita,—le respondió Evaristo,—y

por ésta,—é hizo con su mano la señal de la Cruz,—le juro que le digo la verdad, y si quisiera regalarle sería otra cosa mejor y se lo diría con franqueza, que usted merece más, y además basta que usted haya pensado que estas alhajas son robadas para quitarme toda intención de ofrecerle algunas. Son para comerciar y nada más.

Evaristo sacó de la bolsa de su chalco un reloj viejo de plata, y le dijo:

—Son las nueve, á eso de la una ó á las dos estaré de vuelta, y si usted tiene que salir ó no quiere que la moleste, deje las prendas á una de sus muchachas, que ya no me darán de escobazos y las recogeré; pero hágame el favor de guardármelas por un rato.

¿Con que de veras me ha perdonado, D.<sup>a</sup> Cecilia?—continuó dulcificando su voz lo más que pudo;—¿no le queda nada dentro á fe de mujer honrada.

—Nada, ya se lo dije, y no hay que hablar más de eso,—le respondió sencillamente Cecilia.

—No sabe cuánto se lo agradezco, y de veras aquí la tendré siempre por tan buena como es,—dijo con cierta emoción, poniéndose la mano en el pecho y tendiéndola después á la trajinera, que ya estaba en pié deseando que se acabase de marchar Evaristo.

Cecilia dió la mano al bandido, y sin pensarlo, sin quererlo, se la estrechó como si fuese su amante que partía á un viaje lejano, dió la vuelta echándola también una mirada sin voluntad, sin reflexión, como impulsada de un movimiento nervioso superior á ella, guardó el bultito de alhajas en su seno y se entró á sus piezas.

Evaristo quedó un momento como petrificado del placer tan inmenso que le causó este repentino cambio de

la indiferencia y del desprecio al amor, al verdadero amor, porque el apretón de mano y la mirada eran los signos evidentes de lo que pasaba en el corazón de Cecilia.

A los pocos minutos salió Evaristo lentamente del patio y se dirigió al mesón á buscar su caballo.

—Es mía ya,—dijo;—no ha podido resistir más. Desde el momento que puse el pié en su canoa en el embarcadero de San Lázaro, conocí que esta mujer me quería. No sé qué diablos tengo para las mujeres, apenas pongo los ojos en ellas y no pueden resistirme. Lo mismo Casilda, lo mismo Tules, lo mismo todas las de la pulquería de los Pelos, por ellas me ví en peligro de ser asesinado por sus queridos. ¡Qué diablos tengo yo!—repitió muy alegre;—¡y qué bien me salió la estratajema de las alhajas! Con el pretexto de recogerlas volveré otro día á ver á Cecilia y la encontraré ya más franca... ya mordió el anzuelo. Si se queda con las alhajas, tanto mejor, es decir, que ya le puedo seguir haciendo regalos, y tendré mucho cuidado en registrar completamente á los viajeros de la diligencia, y si un día quebramos, la tengo cogida como receptadora de prendas robadas. Mía, mía, por los cuatro costados.

Y con este alegre soliloquio llegó al mesón, montó en el caballo, un poco flaco y flojo con que de intento se presentaba en Chalco, y no paró hasta el rancho de los Coyotes, donde lo esperaban ya Hilario y los enmascarados, con la noticia de que las diligencias del día siguiente vendrían llenas de pasajeros. Uno de los enmascarados había estado en la casa de diligencias á vender carbón para la fragua.

Evaristo tenía tan buen humor y estaba tan contento,

que no pensaba más que en Cecilia, y habría prescindido de la expedición al monte al día siguiente, á no ser por la esperanza que tenía de encontrar algunos anillos ú otras joyas curiosas que regalar á Cecilia luego que estuviesen establecidas sus relaciones, lo que consiguió en efecto, pues las italianas, por miedo y por hacerse más gratas al *Capitano*, le dieron algunos anillos de poco valor, pero muy curiosos, como obra de los plateros romanos y florentinos, pero salvo ésto, Evaristo tenía tan benévolas disposiciones y hasta tan buen corazón en ese día, que condescendió á todo lo que Mateo le propuso.

La linda Cesari y la majestuosa Albini estaban muy distantes de creer que el apretón de mano de una frutera les había salvado de las violencias y quizá de la muerte. Los indios, humildes al principio, se habían vuelto insolentes, y cuando veían mujeres, Evaristo mismo no los podía contener.






## CAPÍTULO V

### ¿Qué dirán los extranjeros?

Continúa

 IGAMOS con el hilo de nuestra narración, interrumpido con un episodio que no deja de ser interesante para fijarse en lo que son las cosas de este mundo y cómo depende la suerte y la vida de las gentes de las circunstancias más insignificantes. Si las dos Marías hubiesen dado otra tanda de escobazos á Evaristo, su cólera habría recaído en las italianas, y en vez de tratarlas bien, admirar su belleza y escuchar su canto, él y sus indios se habrían entregado á las más atroces violencias, y los extranjeros, con mucha justicia, habrían tenido mucho mal que decir del país.

¿Cómo sin que hubiese telégrafo eléctrico, ni de ninguna otra clase, se supo el robo al mismo tiempo en México y en Puebla? Hasta ahora no se ha podido averiguarlo, pero así sucedió.

Mateo y el otro cochero llegaron veinte minutos des-

pués de la hora de reglamento, pero con las mulas frescas que echaban centellas contra las piedras de la calle, y entraron como siempre con la velocidad del rayo en el gran patio de la casa de diligencias de Puebla. Una multitud curiosa que estaba esperando en la calle se precipitó á las portezuelas, y los abonados que vivían en la casa hacían á un tiempo mil preguntas á Mateo.

—¿Con que la cosa estuvo fea?—le decía uno.

—No quedó ni una sola de las pasajeras que no fuese robada.

—Pero hasta la camisa les quitaron, y quién sabe cómo podrán bajar del coche y subir á sus cuartos si no les dan alguna ropa para cubrirse sus carnes.

—¡Qué infamia!—decían varios en coro.—¿Qué van á decir los extranjeros de nosotros?

—La culpa la tiene el gobernador, que cuanto dinero entra en la caja del Estado, lo gasta inmediatamente en esos granaderos que se desayunan con café con leche, y en la comida les sirven hasta camotitos de Santa Clara.

—No es lo peor el robo, sino lo demás que dicen que pasó. ¡Pobres cantantes! ¡qué apuraciones, y qué susto, y qué congoja, y la posición comprometida de los maridos y de los parientes ó hermanos!

—Más de ochenta ladrones, todos enmascarados, rodearon las diligencias, y como siempre, la escolta llegó después de buena hora; cuando los ladrones habían saciado sus apetitos y fugádose á sus madrigueras donde nadie se atreve á atacarlos.

—Pero ni eso siquiera; aseguran que apenas vió la escolta á los enmascarados, cuando se dispersó, y los soldados aprovecharon la ocasión para desertarse con armas y caballos.

—¿Pero quién vió todo eso y quién lo ha contado, cuando acaba de llegar la diligencia?—dijo uno de los curiosos.

—Toma,—le contestó otro.—El que presencié todo fué el administrador del Molino de Santo Domingo, que venía en el techo y se apeó en la garita donde lo esperaban sus mozos. Entró á la tienda de la esquina de la calle de los Morados y allí contó todo con sus pelos y sus lanas.

—¿Pero qué dice Mateo? Vamos, Mateo, cuenta; ¿es cierto todo esto?

Mateo sonreía maliciosamente y guardaba silencio; pero seguían incitándole hasta que se enfadó.

—Dejen bajar á los pasajeros,—les dijo,—y de mí no han de sacar nada; Mateo cumple con su obligación al conducir bien el coche, y no tiene necesidad de contar nada, ni de hablar una palabra.

Al mismo tiempo tiró las riendas á los mozos, entregó su cartera de viaje al administrador que se presentaba á ese tiempo, y él mismo abrió las portezuelas para que descendieran las hermosas italianas.

Agua se les hacía la boca á los curiosos poblanos, que son más curiosos y afectos á saber pormenores interiores que cualesquiera de las gentes de otros Estados, pues se figuraban que las viajeras, cuya fama de hermosura y habilidad era conocida, estaban á poco más ó menos en el traje de nuestra madre Eva, y se les proporcionaba gratis un espectáculo nunca visto en la muy católica y mística población de los Angeles, pero no fué como lo deseaban. Las italianas, haciendo cabeza Adela Cesari, fueron poniendo sucesivamente el pié en el estribo y descendiendo á tierra, perfectamente cubiertas con sus

vestidos de viaje, y en vez de tristeza y lágrimas sus fisonomías expresaban la satisfacción y alegría naturales por haber llegado sanas y salvas á la ciudad, después de la extraña aventura en el monte de Río Frío.

Con todo y esto, buenos eran los poblanos para hacerlos comulgar con ruedas de molino. Se retiraron diciendo que las ojeras, el desorden de los cabellos, el mucho polvo en los vestidos y la alegría que trataban de aparentar y el silencio de Mateo, eran otras tantas pruebas de que había pasado en el camino algo horroroso, cosa de taparse los ojos, que todos los pasajeros estaban interesados en ocultar. Las cartas que los comerciantes poblanos escribieron á sus corresponsales estaban llenas de detalles á cuál más interesantes.

En México no pudieron los curiosos, como en Puebla, cerciorarse de que al menos los cantantes estaban con vida; así las noticias tenían un carácter de gravedad tal, que se transmitían en los primeros momentos en voz baja, y encargando mucho el secreto, y concluían siempre con el mismo ritornelo:

—La ropa sucia se lava dentro de casa; vale más que nada se sepa. ¿Qué dirán los extranjeros?

Pero al cabo de dos horas, parvadas de muchachos recorrían las calles del Empedradillo, Plateros y los Portales, gritando:

—*La noticia extraordinaria de ahora.* Relación de los robos y asesinatos perpetrados por los bandidos de Río Frío, en las personas de los operistas y de las operistas.

Era una cuartilla de papel, publicada en la imprenta anónima del callejón de la Garrapata. Valía un octavo, y los que pasaban en la calle se la arrebataban á los muchachos que corrían por más ejemplares. El efecto fué

prodigioso, y el lance, con cuantos horrores le ocurrió al redactor ó impresor, fué sabido desde los niños que entraban ó salían de la escuela, hasta los ministros de Estado, las legaciones y el supremo magistrado de la nación.

Se olvidó la política, los negocios y las funciones de iglesia, y la ciudad no se ocupó ese día más que del asalto de las diligencias, y las cartas que llegaron en la noche de Puebla, no hacían más que confirmar lo que tan oportunamente había publicado la noticia extraordinaria del callejón de la Garrapata.

Bedolla y Lamparilla, sin ser llamados, se presentaron en Palacio para tomar lenguas, pero más que todo para procurarse con ese motivo otra comisión que les produjese un par de talegas de pesos y la promesa de otra curul. Los ministros extranjeros aprovecharon la ocasión para molestar al gobierno y hacer valer las fuerzas navales de sus monarcas, se reunieron en junta y acordaron dirigir una nota colectiva, y los diputados de oposición se prepararon para hacer fuertes interpellaciones al Gobierno.

Todo esto era poca cosa, comparado con la cólera y la indignación y los deseos de sangre y venganza de los albinistas y cesaristas. Todos á una voz exclamaron:

—¡Qué horror! ¡qué mengua para el gobierno y para la nación. ¡Qué dirán los extranjeros? Ni por todo el oro del mundo volverá á México una compañía de ópera. En un momento han perdido el fruto de años de trabajo y de economía, y hasta sus trajes de teatro. Los bandidos no les han perdonado ni la burla, y se han vestido con el traje de condestable de Chester de la divina Adela.

—Y con el traje de *Norma* de la majestuosa Marieta.

—Y no es lo peor eso, sino... que... —decía otro.

—Puede que haya exageración,—exclamaba el de más allá.

Especie de junta tumultuosa en el café del teatro, de la que resultó la reconciliación de los dos partidos. Se estrecharon las manos, se dieron de abrazos, y decidieron que, pues la ofensa era común, deberían unirse para vengarla, sin hacer caso del Gobierno ni de sus soldados, que no servían sino para comerle medio lado á la nación.

La brillante y lucida juventud aristocrática que en sus briosos caballos caracoleaba todas las tardes en el paseo de Bucareli, siguiendo los coches de las muchachas ricas, se levantó *como un solo hombre* y decidió armarse inmediatamente y salir á campaña á perseguir á los bandidos de Río Frío hasta sus propias madrigueras y exterminarlos, no dejando más que uno con vida para que pudiera contar á todos, y por todas partes, el terrible castigo de los que se habían atrevido á ultrajar á las diosas del canto.

Se organizaron en efecto, y al día siguiente, en fogosos caballos y armados de espadas, pistolas y reatas, salieron por la garita de San Lázaro, cosa de cuarenta jinetes. Los enmascarados eran más de ciento cincuenta, pero eso nada importaba. El valor y la justicia de la causa aseguraban el completo triunfo.

Recorrieron el camino, creyendo en cada torno de la calzada encontrar á los enemigos; sacaban las espadas, prendían la espuela á los caballos, y cada uno quería ser el primero en medirse con los bandidos, pero no encontraban más que grupos de indios, dando, como de costumbre, palos en las orejas y ancas de sus flacos bu-

rros. Después de haber pasado en la venta una mala noche, regresaron al día siguiente á la ciudad en jácara y algazara, dando tajos y reveses á los troncos de los árboles y ramajes de las orillas del bosque, y contando á su llegada maravillas de audacia y de valor. Los bandideros habían escapado, según contaban, gracias á sus buenos caballos, pero algunos de ellos deberían haber sido heridos, pues casi á quema ropa les dispararon muchos balazos, y según noticias que habían adquirido de algunos pasajeros, toda la banda se dispersó para juntarse en el monte de las haciendas de San Vicente y Chiconcuac, que es muy cerrado, y allí tenían sus cuevas y escondites.

Por ese estilo cada uno de los campeones inventaba una historia que contaba á su familia y amigos, lo que aumentaba la curiosidad y el interés del suceso.

El único que sabía la verdad era el conde de la Cortina, á quien Mateo había referido hasta los más insignificantes pormenores del lance, asegurándole que las operistas regresaban á su tierra vírgenes como vinieron; que los maridos de las que eran casadas nada vieron de malo, y que el capitán, que tuvo ímpetus de lanzarse sobre la Cesari, se contentó con sólo darle un beso en el carrillo izquierdo. El conde rió mucho al oír esta historia, regaló á Mateo otras dos onzas de oro y dejó correr las noticias variadas y los cuentos exagerados de la calle.

Evaristo, metido en su monte, en sus carboneras y su rancho, estaba muy lejos de creer que su comportamiento medio romántico y hasta fabuloso con las operistas, había levantado una tan grande polvareda, así que continuó deteniendo cada dos ó tres días las diligencia

tanto de subida como de bajada, volviendo á sus fórmulas y método antiguo, que ya conoce el lector.

El comandante de la plaza de México recibió orden de establecer escoltas en el camino, y que dos soldados de caballería con sus carabinas y sables subiesen en el techo de la diligencia y la acompañasen hasta Puebla.

Un día, y apenas habían pasado quince del lance de los operistas, los espías que tenía Evaristo en el camino vinieron corriendo por las veredas del monte, y le dijeron que venían soldados en el techo, y á pocos minutos se oyó el ruido de las ruedas del coche. No hubo tiempo para huir, ni para organizar un ataque, ni pensar en nada. La diligencia fué saliendo del recodo del camino y presentándose delante de los enmascarados. Mateo venía dando una especie de lección á los soldados, aconsejándoles que no hiciesen resistencia, pero éstos, apenas divisaron á los bandidos, cuando hicieron fuego con sus tercerolas que ya tenían preparadas en medio de sus piernas. Evaristo é Hilario hicieron fuego al mismo tiempo, y un minuto después los tres indios que estaban armados de los viejos fusiles dejaron ir los tiros sobre el costado del carruaje. Un momento una nube de humo envolvió el repentino cuadro. Uno de los soldados cayó al suelo herido mortalmente, Mateo sintió un fuerte escozor en una oreja: la bala de la pistola de Hilario le había llevado un pedazo y rozado ligeramente el cuello. El sota, que vio apuntar á Hilario, le aplicó un *bijarrazo* en la cabeza que le hizo caer del caballo, y del centro de la diligencia brotó un clamor, un grito de dolor y una exclamación terrible: *Godam*. Un inglés, director de las minas de Bolaños, resultó herido en un brazo, y la misma bala de los fusiles retacados de los indios había lle-









Parres - Editor.

B. R.

Lit. M. Pujadas - Barcelona.

## Ataque de la diligencia.

© Biblioteca Nacional de España



vado la punta de la nariz á la esposa del inglés. Todo esto pasó en instantes, en un abrir y cerrar de ojos, como un relámpago. Mateo tronó el látigo, sin hacer ya caso de los gritos ni de los balazos que disparaban desde dentro de la diligencia otros dos mineros ingleses, y las mulas asustadas y casi desbocadas partieron como alma que se llevan los diablos.

Cuando Evaristo mismo volvió de la sorpresa, porque sorpresa fué para él la llegada de la diligencia con soldados que desde que lo vieron le descerrajaron de balazos, vió al soldado moribundo en medio de un charco de sangre y á Hilario tirado al pié de su caballo con los ojos cerrados y sin movimiento, á uno de los indios con la mano traspasada seguramente con una bala de los ingleses, y á los otros escondidos con sus garrotes detrás de los árboles, lleno de furor por la muerte de su segundo, acabó, con su espada, de matar al soldado que con voz casi extinguida le pedía misericordia, hizo que levantaran lo indios á Hilario, todo descoyuntado y flojo como si fuese un manequín de trapo, y se apresuró á internarse en el monte, ganar las carboneras y después el rancho, temiendo que viniese una escolta, como sucedió, pero llegó al galope tendido y con las espadas desenvainadas, cuando todo había concluído y los bandidos estaban en sus madrigueras.

La noticia de este suceso, que se propagó en Puebla y en México con más rapidez que la de los operistas, puso en alarma á la capital, que ya iba olvidando á las cantantes, y en esta vez no fueron sólo los cesaristas y albinistas y los jóvenes calaveras de moda los que armaron el ruido y el escándalo, sino el público todo y los extranjeros dedicados al comercio y á la minería. Los italianos,

que eran de diferentes provincias, no tenían representante especial, pero los súbditos de S. M. B. sí tenían á su ministro, que estaba acostumbrado á que los ladrones respetaran y dejaran pasar cada mes su correo sin más defensa que la bandera inglesa que en la varita de membrillo con que azotaba al caballo solía enarbolar Rafael Veraza cuando temía algún peligro.

Los ministros de Inglaterra, de Francia y de Prusia, sin pedir audiencia se presentaron al ministro de Relaciones.

—Los atentados que se cometen diariamente en la República,—dijeron al secretario del Estado Mexicano, después de hacerle graciosas cortesías y de estrecharle afectuosamente la mano,—han llamado fuertemente la atención de nuestros gobiernos, y no cumpliríamos con el deber que tenemos de mantener y estrechar las buenas relaciones que tenemos con este país si no manifestáramos á su excelencia el profundo disgusto que nos han causado los dos últimos asaltos de las diligencias, en los que han pasado escenas atroces, siendo violadas y robadas las artistas de la compañía de ópera italiana.

—Debo protestar, Sr. Ministro,—dijo el de Relaciones,—contra esos rumores, que son del todo punto inexactos. El señor conde de la Cortina, que ha tenido motivo de saber con exactitud lo que ha pasado por medio del cochero, se ha acercado á este ministerio á tranquilizarlo, y el gobierno de la República está seguro que en punto á violaciones y á ultrajes... no ha habido más que lo que...

—Yo espero de la cortesía y del buen criterio de vucencia,—interrumpió el ministro de Francia,—que el gobierno no dará más crédito á un cochero que á los ministros de las *potencias amigas*, que están aquí presen-

tes. La rectificación de una especie semejante daría un motivo bastante para considerarla como una ofensa que es seguro que no tolerarían nuestros gobiernos.

El ministro mexicano, alarmado con el tono altanero del francés, explicó que no era al cochero á quien se le daba el crédito sino al conde de la Cortina que, amigo especial de algunas de las cantantes, había tomado de antemano medidas muy eficaces para que en caso de un asalto fuesen bien tratados los pasajeros, como en efecto sucedió, y que él y su gobierno ni por un momento habían tenido la intención de ofender á los dignos representantes de las *Naciones amigas*, con las cuales el gobierno de la República deseaba estrechar más y más sus cordiales relaciones.

El ministro francés con estas explicaciones se calmó é hizo dos ó tres inclinaciones amistosas desde su silla.

El inglés, á pesar de la tradicional gravedad británica, sonrió al oír la historia de las violaciones y ultrajes que corría todavía de boca en boca. El sabía la verdad, pues el conde de la Cortina se lo había contado todo, pero esta sonrisa fué momentánea y casi imperceptible, y volviendo á tomar su aire excesivamente grave y en tono compasado y solemne, dijo:

—Lo que no se puede negar es que en el último asalto ha habido balazos y ataques violentos, que tres súbditos de S. M. B. han sido heridos, que mistres Allen tiene un pedazo menos de nariz y que aunque la herida no es de gravedad, quedará desfigurada, lo que es quizá peor que la muerte para una belleza inglesa. El gobierno de S. M. B. espera primero que los ladrones serán perseguidos, aprehendidos y castigados severamente, y segundo que se otorgará una indemnización conveniente por

los daños y perjuicios que han sufrido los súbditos de S. M. B., que después de haber hecho enormes beneficios á México con sus trabajos en las minas, se retiraban pacíficamente á Inglaterra y á Irlanda.

Acabando esta arenga, dicha de una manera decisiva y que no admitía discusión, el ministro se levantó, saludó cortésmente á nuestro secretario de Relaciones y se dirigió á la puerta, donde le siguieron los demás, dejándolo atónito y persuadido que el lance de Río Frío y el fragmento de narices de mistres Allen no dejaría de costar á la Nación dos ó trescientos mil pesos. Antes de dar cuenta al presidente de este importante acontecimiento, quiso oír la opinión y tomar el consejo del licenciado Bedolla, lo mandó llamar y estuvieron encerrados como dos horas. Lamparilla lo acompañó, pero no entró al gabinete del ministro, sino que se quedó en la antesala esperando, pero esto bastó para que se diese importancia y contase á sus amigos cuando los encontraba en los juzgados, que el ministro de Relaciones le llamaba á cada momento para consultarle negocios de la más grande reserva é importancia.

Cuando el ministro de Relaciones, después de oír la opinión de Bedolla, subió á dar cuenta al presidente de la visita que había recibido de los embajadores, no sólo sabía con todos sus pormenores el suceso, sino desfigurado considerablemente. El inglés, director de las minas de Bolaños, estaba agonizando en Puebla, y mistres Allen, en el mismo estado con las narices enteramente perforadas. D. Anselmo le había escrito una carta diciéndole que los cocheros se negaban á hacer el viaje á Veracruz ni aun cuando se les duplicara el sueldo, y en consecuencia tenía que suspender la carrera de las dili-



gencias. Los periódicos de todos los partidos y colores que tenía sobre la mesa, no hablaban de otra cosa más que de la violación de las italianas y del asesinato de los ingleses, y el público, según sabía el presidente por relaciones verídicas de sus ayudantes, no se ocupaba de otra cosa, y esperaba el remedio, de él y nada más que de él, porque los jueces, con excepción de Bedolla, no servían para maldita la cosa; así el ministro que lo vió tan irri-tado, no se atrevió á decirle lo que verdaderamente ha-bía pasado, limitándose á referirle que por ceremonia y por dar gusto al comercio, los ministros extranjeros lo habían visitado, pero que la entrevista había sido de las más cordiales y que nada había que temer de las *Nacio-nes amigas*.

—Pronto, pronto acabará esta situación que tiene en alarma á todo el público,—dijo el presidente cuando acabó de oír á su ministro.—Lo de las operistas me cayó en gracia, pues el conde de la Cortina me refirió lo que pasó realmente, pero esto de matar á los soldados y de herir á los pasajeros ya es grave y no lo sufriré. Yo me encargo de acabar con los ladrones, no necesitan los ministros poner circulares ni hacer excitativas á los gober-nadores que no hacen caso de ellas. Yo mismo dictaré las medidas que crea necesarias, y ya verá usted el re-sultado, y los embajadores que han visitado á usted me visitarán á mí para darme las gracias. De pronto es me-nester ahorcar á estos reos que condenó á muerte y aprehendió el licenciado Bedolla, único juez que conoce sus deberes, y ya tendremos con esto para que se entre-tenga el público y los ministros extranjeros, mientras sur-ten efecto mis providencias. Sólo me falta que venga Ba-ninelli de Guanajuato y ya lo mandé llamar. Verán en

México lo que es un gobierno enérgico. Con que señor ministro, póngase usted de acuerdo con el de Justicia, y quedan ustedes encargados de que esos reos sean ahorcados antes de ocho días.

El ministro se quedó estupefacto con el acuerdo, pero no hubo remedio; de la presidencia se dirigió á ver á su compañero, se mandó buscar á Bedolla, que no tardó en llegar, y los tres personajes se encerraron para disponer la manera de que fuesen ahorcados antes de ocho días los reos que hacía meses y meses estaban olvidados en la cárcel de córte.

## CAPÍTULO VI

### El triunfo de Bedolla

**P**ENAS había salido Evaristo del zahuán, cuando Cecilia conoció la falta tan grande que había cometido al estrecharle la mano como si fuese su amigo viejo ó su amante, pero sobre todo en haber consentido en recibir las alhajas. Los relicarios y anillos oxidados, las perlas ensartadas en hebras de pita y con lazos de listón mugrientos, el conjunto todo oliendo á seno sudoso de mujer, le parecían evidentemente robadas, y se figuraba que los envoltoritos de trapo negro que las contenían estaban ardiendo y le quemaban las manos, pero no había remedio, había cometido una debilidad de que se arrepentía, y el recurso de salir y llamar á Evaristo era peor, pues de seguro se figuraría que ella lo buscaba de nuevo y quién sabe á qué especie de libertades se podía entregar.

Ya hemos visto en los capítulos anteriores como esta

debilidad de Cecilia salvó la vida y otras cosas más á las reinas del canto italiano, y sobre todo el honor de México comprometido ante los extranjeros, pero ella, que ignoraba tan grandes cosas, tenía el títere pegado en la cabeza y no sabía qué hacer con aquellas prendas que un día ú otro le podrían ocasionar un mal. ¿Contarle el caso á Lamparilla? ni por pienso. Le armaría un escándalo; celoso como estaba desde el primer momento que vió al tornero á bordo de la canoa, creería á pié juntillas que estaba ya en relaciones amorosas y perdería el apoyo de este buen amigo, por el que tenía además un sentimiento que se iba pareciendo mucho al amor. Decidió, pues, consultar con D. Pedro Martín de Olañeta, y aun entregarle los siniestros envoltoritos negros, y si Evaristo los reclamaba, ya se vería.

En efecto, uno de los días en que D. Pedro Martín solía ir al puesto á escoger su fruta y conducirla él mismo á su casa en su pañuelo paliacate, bamboleando compasadamente su brazo derecho con su bastón de puño de oro debajo del izquierdo, Cecilia se esmeró en presentarle las mejores piezas: naranjas con la corteza como de oro; mameyes rojos como el carmín; plátanos tiernos y ahucates que eran una mantequilla. Contento el viejo licenciado, amarraba con cuidado las puntas del paliacate para que no se fuesen á caer, y mientras hacía este trabajo escuchaba las confidencias de Cecilia, que le fueron interesando más y más hasta el grado que consintió en recibir las alhajas para examinarlas y guardarlas hasta que se las volviese á pedir. Una luz se había hecho en la oscuridad del proceso que tan defectuosamente instruyó Bedolla. El misterioso pasajero de la canoa, el tenaz enamorado de la frutera era, á no dudarlo, el asesino de

Tules y el capitán de los enmascarados de Río Frío que tanto habían dado que decir en los últimos días.

Para un viejo criminalista como D. Pedro, el encontrar un indicio, el escuchar un cuento sencillo que se relacionase con el descubrimiento de un criminal, el tener quizá una prueba en las manos, eran cosas tan importantes como para un anticuario encontrar un ídolo zapoteca de serpentina, ó una máscara de obsidiana; así acabó de atar muy contento las puntas de su pañuelo, pues había quedado como enajenado y suspenso con la narración, guardó las alhajas en las profundas bolsas de su levita, tranquilizó á Cecilia con palabras cariñosas, y antes de entrar á su casa se fué al convento de San Bernardo á ver á Casilda. Había un mes que ni aun pasaba por el convento y ya le parecía un siglo. Casilda no se hizo esperar y apareció en la portería saludando á don Pedro con los ojos, con la boca, con la expresión toda de su fisonomía, y tomándole una mano se la besó respetuosamente. Con la quietud, los buenos alimentos y el trabajo metódico del convento, los atractivos naturales de Casilda habían subido infinitamente de valor. Era una sorprendente belleza, y además sus maneras dulces, la fuerza de sus brazos para el trabajo, su habilidad para la cocina y especialmente para los pasteles y postres, le habían granjeado el cariño, no sólo de la religiosa á cuyo cargo estaba, sino de toda la comunidad. Casilda, concluidas sus obligaciones diarias del aseo de la celda y costura, se dedicaba á hacer *camotitos*, que rivalizaban con los de Puebla, y las famosas empanadas de San Bernardo, que se servían diariamente en la mesa de las casas aristocráticas y solariegas de México.

De todo esto platicó D. Pedro Martín con Casilda y

las religiosas torneras, concluyó por regalarles su pañuelo de la excelente fruta de Cecilia y recibir en compensación media docena de las sabrosas empanadas y cuatro platitos de postre que en una curiosa cesta adornada de listones rojos con su limpia servilleta, que se encargó de conducir á su casa una de tantas mandaderas que están en las porterías de los conventos. La fruta fué reemplazada en el camino con otra, aunque menos buena.

Nunca las hermanas habían visto á D. Pedro más de buen humor; les parecía que se había remozado y que tenía diez años menos. Al sentarse á la mesa recibió una carta que un criado había dejado dos horas antes. Era del marqués de Valle Alegre en la que le refería la espléndida recepción que le había hecho el conde, la belleza todavía maravillosa de Mariana, lo de los 300 mil pesos que recibiría de dote y que estaban depositados en la Casa moneda, y por último su próximo casamiento y su inmediato regreso á la capital.

Llena el alma de D. Pedro Martín de esa alegría que producen los pensamientos amorosos y las esperanzas más ó menos lejanas de realizarlos, tomó su café, fumó su cigarro y después pasó á su recámara á echar un *pis-to* como acostumbraba, pero más que todo á reconstituir con la imaginación la escena que tanta impresión le hizo, y no tenía más que cerrar los ojos para ver de nuevo el busto desnudo y opulento de Casilda engastado en el rico cortinaje carmesí de su balcón.

Ese día, sin saber por qué, le había parecido Casilda, no solo más hermosa, sino más seductora. Con el aire modesto y las miradas apacibles, las sonrisas plácidas y las maneras de gente fina que había adquirido con su residencia en el convento, le parecía otra mujer nueva, y

la posibilidad de que poco á poco se acercase Casilda á la esfera en que el vivía, le halagaba mucho y se formaba la ilusión de que un día pudiese decir:

—Casilda es como mis hermanas, iguales maneras, las mismas frases en la conversación, la misma discreción y la misma modestia en el vestir. Diré que es una sobrina que vivía en Zacatecas ó en cualquier parte, nadie sabrá su historia y será mi mujer.

Se comprende muy bien el interés con que escuchó las aventuras de Cecilia, pues que lo conducían á descubrir que el capitán de los bandidos era el asesino de Tules, y una vez aprehendido, juzgado y castigado, Casilda quedaba libre de ese perseguidor cuyo nombre sólo le causaba terror y cuyo recuerdo la atormentaba y la ponía triste.

Contento, arrullado así en su cómodo lecho, cerraba y abría los ojos hasta que se apoderó de él ese agradable sopor que precede el momento que va á venir un sueño tranquilo y á perderse la conciencia de la vida real.

Destemplados gritos en la calle, de muchachos, mujeres y ciegos que voceaban un papel, lo volvieron á la realidad de la vida.

—*¡El Diario de los ahorcados! ¡Relación de los horrosos crímenes cometidos en la Estampa de Regina!*

Y repetían continuamente estos gritos que se alejaban, para dejarse oír los otros nuevos *papeleros* que venían de otras calles.

D. Pedro Martín se levantó incómodo, bajó de la cama y tocó la campanilla para que la criada ó el portero le comprasen los impresos, y á pocos minutos los tenía ya en la mano.

—Son seguramente los reos que ha juzgado Bedolla, —dijo D. Pedro Martín,—y no pueden ser otros. Ha llegado para mí lo que se llama *un caso de conciencia*. ¡Y pensar que si por una desgracia hubiese caído Casilda en manos de ese salvaje, estaría también sentenciada á muerte!

Se paseó agitado por la recámara, pero al fin se sentó en su sillón y se puso los anteojos.

—Tengamos calma, leamos, y ya reflexionaré lo que debo hacer.

Los papeles eran de una imprenta anónima con unos caracteres de letra casi inteligibles y un pésimo grabado en plomo que representaban dos hombres y dos mujeres sentados en unos banquitos y el verdugo apretándoles la mascada. D. Pedro instintivamente quiso borrar con el dedo las figuras que estaban en el encabezamiento del proceso popular, hizo un gesto y comenzó á leer:

«Vamos, á fuer de patriotas y de buenos mexicanos, á imponer al respetable público de los crímenes cometidos en la Estampa de Regina, ese antro negro y profundo de la maldad, inspirada seguramente por el demonio, pero la Providencia, que nunca deja sin castigo al criminal por más que se esconda, hizo que viniese á tener en las manos la balanza de la justicia un juez integérrimo, justiciero y terrible, el licenciado D. Crisanto de Bedolla y Rangel, y gracias á su actividad descubrió el crimen, y los reos, convictos y confesos, van á satisfacer á la vindicta pública.

»Para que el público conozca á estos criminales á la vez que desgraciados, comencemos por la más culpable.

»Jacinta, (alias Tijerina)...»



D. Pedro Martín, temblándole las manos, recorrió rápidamente el papel, temiendo encontrarse con los nombres de Casilda y de Juan. Afortunadamente el autor anónimo del *Diario de los ahorcados* no se había ocupado de ellos.

—¡Gracias á Dios!—dijo D. Pedro Martín suspirando, y continuó su lectura:

«Jacinta (alias Tijerina), de cuarenta y cinco años de edad, pelo muy negro y abundante, ojos garzos, nariz y boca muy grandes: con todo y esto, se conoce que en su temprana edad no sería fea. Esta infame mujer se casó con un honrado carpintero; el matrimonio tuvo tres hijos á los que abandonó, lo mismo que al marido, robándole un poco de dinero que había ahorrado y largándose con un arriero. Cuando el arriero se cansó de ella le dió una paliza y la echó. Entonces ella, sin pizca de vergüenza, volvió á jirimiquiarle al marido, que tuvo la flaqueza de recibirla, pero le dió tan mala vida, que se la quitó á pesadumbres y volvió á abandonar á sus hijos, que los recogió el Hospicio. Con el pretexto de ser lavandera, se mudó á la casa del Tornito, donde entabló relaciones ilícitas con un tal Evaristo, de oficio tornero, que vivía en el cuarto principal, pero como este Evaristo dizque era casado con una muchacha bonita que dizque pasaba por hija natural de un conde muy rico que la protegía y le regalaba anillos de oro y otras cosas, la Tijerina y el tornero se confabularon para deshacerse de ella y robarla como se dirá más abajo.

»*María Agata Mendoza* (alias la *Gatita*). Mujer ya como de treinta años, chaparrita, delgada, medio bonita y muy zalamera, pero con un alma de demonio. Ya

se le habían averiguado que se metía en las familias, inventaba chismes y descomponía los matrimonios para quedarse con el marido, con el hermano ó con el hijo. Estuvo cinco meses en las *Arrecogidas* por un robo de unos cubiertos de plata en una casa donde se metió de cocinera. Con el pretexto de ser cocinera de casa grande vino á vivir á la casa de Regina. Dizque era casada con un barretero que se iba á trabajar á las minas de Real del Monte, que no venía más que cada mes y le traía polvo de plata envuelto en unos trapitos, y los dos iban á venderlo á los plateros de la Alcaicería, pero luego que se mudó el tal Evaristo al cuarto principal, el barretero desapareció. Se decía que entre Evaristo y ella lo habían matado y enterrado debajo de las vigas, lo que es creíble, pues todavía cuando entra uno al cuarto *jiede* muy feo. Para no cansar al lector con la relación de los crímenes de esta mujer, le diremos que resultó también querida del tal Evaristo, y ella y Jacinta vivían á pierna suelta y se iban á pasear y á emborrachar los lunes á costa de la mujer legítima. En cuanto á genio, lo tenía lo mismo que la Tijerina, endemoniado, pero era hipócrita, parecía que no sabía quebrar un plato, y por eso en la vecindad le pusieron la *Gatita*. Fué también cómplice, pues que ayudó á matar á la hija natural del conde y á robar las prendas que tenía.

»Tiburcio (alias *Tejidor*), de cuarenta y cinco años, dizque de oficio sastre, casado y él enfermo, con siete hijos, su cuñada, su mujer y su tía. En la realidad este no era más que vago, pues la mujer y la cuñada, lavando y cosiendo ajeno, lo mantenían. Por escandaloso en las pulquerías ha entrado y salido seis veces á la cárcel, y era el compañero inseparable del tornero, y los

dos no dejaban de hacer San Lunes, ya en la Viga, ya en Santa Aníta.

»Mauro (alias el *Pedrero*), peor de borracho, de maleta y de pleitista que el anterior. Ese también era casado, y echó á sus hijos á la calle, y se vino á vivir con su amacia al cuarto número 7 de la casa de la Estampa de Regina. La amacia del Pedrero y la mujer de Evaristo chocaron un día en el baño por cuestión de una piedra para lavar la ropa, se hicieron de razones, se agarraron de los cabellos y la mujer de Evaristo, que pudo más, la arañó, le mordió las narices y la puso al parto. El Pedrero no quiso decir nada á Evaristo, porque le tuvo miedo, pero le cogió una tirria á la *rota* hija del conde y juró vengarse, y de aquí vino que dos meses después ayudase al asesinato.

»Los dos sujetos que se han mentado, uno después del otro, son de grande talla, feos, de cabezas mechudas, echadores y baladrones, prietotes ellos y merecen bien la horca á la que los ha sentenciado el señor juez Bedolla por perversos y asesinos.

»Vamos ahora á referir el crimen tal como lo vierón sujetos verídicos y dignos de toda creencia. Toda la semana hubo las Posadas en la maldecida casa de la Estampa de Regina. La noche buena muchos escándalos, y cohetes, y obleas, y gritos de los muchachos de las casas vecinas que se juntaron, de modo que hasta el alcalde del barrio tuvo que ir á que cerraran la puerta, amenazándolos que los llevaría á la cárcel, si no se contenían, pero eso no fué nada, en la Pascua fué lo mejor.

»El domingo, cosa de las once de la mañana, salió Evaristo de la casa, acompañado del Tejedor y del Pe-

drero y se fueron abrazados como *compas* á la pulquería de los Pelos; allí bailaron y bebieron, y regresaron á la casa de la Estampa de Regina medio borrachos, mandaron traer tepache y aguardiente y comenzaron á cantar versos obscenos y á abrazar y pellizcar á la *Gatita* y á la Tijerina. La mujer de Evaristo, naturalmente no lo pudo soportar, y se le fué encima á las mordidas y á los araños á las dos amacias del tornero. Aquí fué Troya, pero las otras vecinas, especialmente D.<sup>a</sup> Rafaela, la que hace las *jaleas y los antes de mamey* y á quien todos respetan, los puso en paz. La casera, que ha sido la principal encubridora del crimen, cerró su puerta y apagó el cabo de sebo que ardía en el farol, y todo pareció quedar en paz y en el silencio. No fué así. El tornero con sus amigos se encerraron en el cuarto de la *Gatita* y allí resolvieron el matar á la D.<sup>a</sup> Tules. Entró el marido por delante, y le buscó pleito insultándola y diciéndole cosas para que ella saltara las trancas, como en efecto sucedió, pues le tiró una bofetada y le lastimó un ojo; entonces el tornero, de un revés la tiró al suelo; entonces entraron los otros como montoneros, se apoderaron de la Tules, la desnudaron, la amarraron á un banco, y ya uno le da un picotón con una lezna, ya otro con una sierra comienza á cortarle un brazo, ya el marido quería con un formón hacerle un dibujo en una pierna...»

D. Pedro Martín no pudo aguantar más, estrujó el papelucho y lo tiró al suelo.

—¡Qué horrores, qué infamias, qué calumnias y qué mentiras para sacar el dinero al público! Con razón es una imprenta anónima. Ningún impresor, por malo y ramplón que fuese, podía poner su nombre al pié de ese

escrito lleno de disparates y de mentiras del principio al fin; pero lo terrible de todo esto es que en efecto esos supuestos reos van á ser sacrificados. El peso de la opinión pública, y á causa de los últimos robos, y de la autoridad del gobierno los magistrados, sin acabar quizá de leer una causa tan complicada de intento y tan irregular, han confirmado la sentencia inicua de Bedolla.

Era ya tarde, nada se podía hacer, así D. Pedro Martín se propuso obrar con actividad el día siguiente. La noche fué para él larga é inquieta. Al dormirse, y aún durmiendo se le figuraba que leía el disparatado papelucho, y que, creídas por el público ligero é ignorante cuantas mentiras decía, le sería difícil obtener la gracia del indulto que estaba decidido á implorar del presidente de la República. Levantóse agitado y hasta calenturiento, y luego que fué hora salió á la calle, proponiéndose ver y hablar con esas infelices gentes que iban á entrar en capilla, y después dirigirse al palacio, ver al presidente y pedirle la gracia aun cuando el magistrado antiguo, orgulloso y lleno de dignidad, tuviese que ponerse de rodillas.

Cuando llegó D. Pedro Martín á la cárcel de Côte, encontró una multitud de gente curiosa que creía que ya iban á salir los reos á la horca, y se aglomeraba á la puerta, dándose empujones é injuriándose, y entre estas gentes se hallaban los amigos y parientes de los que iban á ser ajusticiados, derramando lágrimas y exhalando dolorosos lamentos.

—¡Mentiras, mentiras infames, las que dice ese papel que gritan los muchachos! Mi hermana Jacinta no era capaz de matar á nadie. Se quitó de cocinera por no

matar las gallinas y tomó el oficio de lavandera. Siempre ha sido buena mujer y buena madre, y ha trabajado hasta reventar por mantener y educar á sus hijos. Su desgracia la llevó á esa maldita casa de la Estampa de Regina donde se cometió el crimen, pero todo el mundo sabe quién fué, menos el juez que ha condenado á mí pobre hermana Jacinta. ¡Ay! ¡Ay Dios mío! esto es imposible, es una injusticia, es un horror, y no hay ni á quien ver, ni á quien rogar. ¡Cómo son malos y crueles estos jueces, y Dios los ha de castigar porque dejan pasearse en la calle á los asesinos y matan á los inocentes! Todos saben que el tornero, que era un balandrón, mató á su mujer en una borrachera, y el muchacho aprendiz escapó por milagro. D.<sup>a</sup> Rafaela, la que hace las jaleas, lo sabe bien, lo ha dicho, pero no le han hecho caso.

Esta relación, interrumpida á cada momento por sollozos, gritos y lágrimas, la hacía la infeliz hermana de Jacinta á la multitud agrupada, que aumentaba cada vez más, y unos creían que era la verdad, que bastante se probaba con tan sinceros lamentos, mientras otros creían como un evangelio los horrores que refería el *Diario de los ahorcados*, y decían :

—No hay que hacer caso de lágrimas de viejas. Que los ahorquen á todos, asesinos y ladrones que no dejan que salga uno seguro después de las diez de la noche. Jueces como el licenciado Bedolla necesitamos, que se amarren los calzones y que no se dejen seducir ni por lágrimas de viejas ni por las risas de las muchachas; pues que cometieron el crimen, que lo paguen.

Y como respondiendo á esto, los sollozos y las protestas de los parientes y amigos eran más fuertes y más re-

petidos hasta el grado que los guardias municipales tuvieron que amenazar y dispersar á la gente.

D. Pedro Martín sacó del bolsillo el paliacate en que conducía la fruta, se limpió los ojos y logró llegar, no sin mucha dificultad, á la puerta de la cárcel. Luego que lo reconocieron los dependientes y policías, lo saludaron respetuosamente, le abrieron paso y le facilitaron la entrada. D. Pedro Martín, que tantos años había sido juez de letras, era conocido y respetado de todo ese mundo judicial empleado en los juzgados, en las cárceles y en los presidios. A muchos los había colocado, otros habían estado á su servicio inmediato, y su fama de letrado muy sabio y de juez incorruptible y recto, le había granjeado la consideración general y aún la de las personas que sólo lo conocían de nombre. Para los empleados de la cárcel, Bedolla era un advenedizo ignorante, un ranche-ro con ribetes de cortesano, y apenas daba la vuelta, cuando se burlaban de él; cualquiera de los escribientes y tinterillos, sabían más que él en materia criminal. Todos decían á voz en cuello, y no importándoles un pito que lo supiese Bedolla, que la causa estaba muy mal formada; que había declaraciones falsas; que el secretario, fiado en que los supuestos reos no sabían leer ni escribir, había puesto lo que se le había dado la gana para sacarlos convictos y confesos; que todo esto no era más que una maniobra para que Bedolla, que era un aspirante y un ambicioso, se acreditara como un magistrado superior en saber y en energía á D. Pedro Martín, que le había precedido, pero que no era digno ni siquiera de ser su pasante. Bedolla, por su petulancia y su orgullo, cuando se trataba de los subalternos y de gente pobre, era generalmente odiado de los

curiales, mientras los supuestos reos condenados y pudriéndose meses y meses en la cárcel, tenían las simpatías de todo el que por el acento de verdad con que hablaban y contaban lo que sabían del asesinato de Tules, quedaban en el acto convencidos de su inocencia.

Luego que Bedolla recibió con los autos la confirmación de su sentencia, tan á propósito para satisfacer á la vindicta pública, contentar al respetable público que de cualquier manera quería cuando menos un ahorcado, y sobre todo que los extranjeros dijeran que éramos un pueblo civilizado y digno de figurar en el catálogo de las naciones, mandó llamar á su condiscípulo Lamparilla.

—Yo mismo,—le dijo en cuanto lo vió,—rebajando mi dignidad, pues no soy yo como esos viejos abogados que tienen la despreocupación de venir cargando su pañuelo de fruta, he escogido un guajolote y ordenado á tu amiga y favorita la famosa Cecilia, que el jueves mande á casa la mejor fruta. Tendremos un buen almuerzo: mole de guajolote, chiles rellenos y lo demás que se pueda.

—No comprendo,—le dijo Lamparilla,—ni sé por qué...

—¿Dónde se te ha ido el talento, Crisanto? No ves...—y le mostraba los autos.—La sentencia en la célebre causa de Evaristo el tornero, ha sido confirmada. Los reos entran mañana en capilla, nuestro triunfo es completo, el ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos es ya mío, y de ahí... quién sabe... la Presidencia de la República está cerca... no siempre han de ser soldados los que manden y dominen á este infeliz país... Es necesario acabar con el cesarismo.

Y se restregó las manos y mandó poner á los reos en



capilla, con orden estricta de que estuviesen incomunicados, menos para el confesor. Temía que sus palabras de verdad, que demostraban su inocencia, hiciesen ánimo en algunos, y con esto se dudase de la justicia con que los había condenado.

Pero las órdenes de incomunicación no podían en ningún caso referirse á D. Pedro Martín, que entraba y salía por las oficinas y juzgados y por las cárceles como magistrado que dominaba con sólo su presencia, hasta la misma Côte Suprema de Justicia, así que apenas indicó sus deseos, cuando fué conducido á la pieza donde estaban las dos desgraciadas mujeres. Antes le informaron que todo ese papelucho que tenía por título el *Diario de los ahorcados* era obra de un endiablado tinterillo que ganaba mucho dinero escribiendo y publicando á cada momento anónimos con cuantas noticias podían alarmar al público, y que había semanas que entre él y el impresor ganaban más de sesenta pesos.

Los supuestos reos condenados por Bedolla y todavía calumniados por el papelucho anónimo, eran gentes pobres, pero sencillas y honradas que vivían de su trabajo, no habían cometido ningún delito ni tenían antecedentes para haber merecido y ser conocidos con *sobre nombres*.

Jacinta Tejerina, María Agata Mendoza, Tiburcio Tejedor y Mauro Pedraza, así se llamaban, y de su apellido había el tinterillo forjado el *alias* que se aplica á los malvados y ladrones.

Aun cuando no se les había notificado la sentencia, ya tenían la noticia, que los mismos carceleros se la habían dado, con todas las precauciones y miramientos que se usan en tales casos, pero al fin tuvieron que saber la triste realidad. Confiados en su inocencia, habían soportado

con cierta resignación los horrores de la prisión, con la esperanza de que el día menos pensado se les abrirían las puertas, así es que la confirmación de su sentencia de muerte les cayó como una verdadera cuchilla en el cuello.

Jacinta, luego que entre las palabras equívocas que le decían se convenció de que no había ya remedio ni esperanza, y que dentro de tres días debería ser ahorcada, cayó sin sentido, y cuando á cabo de diez horas volvió en sí, una calentura ardiente la devoraba.

Agata prorumpió en gritos desgarradores que terminaban en convulsiones nerviosas. Era todavía joven, dejaba tres hijos de corta edad y no quería salir todavía de este mundo por malo que fuese. Acostumbrados los dependientes de la cárcel á las lágrimas, á las miserias y á los crímenes de tantos reos, no fueron, sin embargo, indiferentes á la suerte de las pobres mujeres, y les prodigaron cuantas atenciones eran posibles, pero, se supone, todo era ineficaz. Es imposible tranquilizar ni persuadir á la conformidad al que va á morir en medio de la plenitud de su vida, y sobre todo víctima de la ligereza y de la vanidad de un juez ignorante.

D.<sup>a</sup> Rafaela la dulcera, que, como se ha visto, y debido á su indiferencia y firmeza no cayó en las garras de Bedolla y quedó de casera, había sido siempre uraño y hasta grosera con los vecinos. Permanecía siempre sola y ocupada en su cuarto preparando su fruta para las conservas, y haciendo sus postres de coco y de almendra, y cuando salía y entraba, apenas les bajaba la cabeza y decía entre dientes algunas palabras que más parecían gruñido de enojo que no saludo de cariño, pero desde el momento que ya fueron declaradas bien presas,

no cesó de ir casi diariamente á la cárcel á visitarlas, y cuando supo que para mantener á sus hijos y parientes y para proporcionarse mejores alimentos que los inmundos que les solía dar el contratista de cárceles habían empeñado y vendido hasta su camisa y agotado sus recursos, sin hacer alarde y sin decirlo á nadie, separaba diariamente la mitad de lo que le producía su trabajo y lo distribuía entre los presos y sus familias, y cada vez que iba con su semblante serio y su hablar lacónico y seco, se les figuraba á los pobres presos que veían á una madre, como al único sér que se interesaba y se acercaba á consolarlos en las tinieblas de la prisión.

Cuando D. Pedro Martín llegó al cuarto donde estaban las dos mujeres, se hallaba allí también D.<sup>a</sup> Rafaela la dulcera, á quien Bedolla, por un rasgo de generosidad, había permitido la entrada libre.

—Viene á visitar á ustedes,—les dijo el director ó jefe de la cárcel,—el señor licenciado D. Pedro Martín, que es juez de letras.

Al oír ese nombre, Jacinta escondió su cabeza entre el rebozo, y Agata exhaló un grito nervioso.

—No, no soy juez, desgraciadamente para ustedes, que no estarían en este amargo trance,—dijo D. Pedro Martín,—sino un hombre que viene á visitarlas y á procurar hacer cuanto sea posible para salvarlas.

Jacinta descubrió su cara, enclavijó las manos y dirigió al viejo abogado una mirada, y de esos ojos moribundos y casi apagados bajaron dos lágrimas que decían lo que no podía expresar su boca.

Agata exclamó con un grito doloroso, queriendo arrojarle á los piés de D. Pedro.

—¡Por Cristo y Señor sacramentado, que somos ino-

centes y nos van á matar, dejando en la orfandad y la hambre á nuestros hijos!

—Un torrente de lágrimas y de gemidos querían ahogar á la infeliz y no le dejaban decir más.

D. Pedro Martín se hizo el fuerte y les contestó:

—No hay que perder la esperanza; calma, calma, ya veremos lo que se hace; bastante sé que son inocentes; el presidente tiene buen corazón. Cuando les notifiquen la sentencia apelen al recurso de indulto. Yo arreglaré esto; voy á trabajar sin descanso.

Pero diciendo esto y algunas cosas entre dientes, tuvo que apelar al paliacate, que por cierto no lo retiró seco de sus ojos.

## CAPÍTULO VII

### Los reos de muerte

**D**ON Pedro Martín de Olañeta fué conducido por el jefe de la prisión al separo donde estaban los dos supuestos cómplices de Evaristo. Era una pieza inmunda, con una luz dudosa que le venía por un tragaluz de vidrios verdiosos, tan llenos de polvo, que, como si fuesen una gruesa nube, interrumpían su camino al sol. Olores de cuanto tiene de desagradable y de sobrante la naturaleza humana, mezclados con humedad y humo, que sin duda venía de alguna cocina, hicieron que el viejo abogado pasase su paliate de sus ojos á la nariz. En un rincón, sobre una tarima, había acostada una figura siniestra y otra en el otro sentada en una silla, ya negra de grasa. Eran los dos condenados á muerte, que se les condujo allí mientras que se les notificaba su sentencia y entraban en capilla.

D. Pedro Martín pidió una luz, porque entrando de

la claridad del patio, no veía más que sombras y borrones. Con la débil y amarillosa llanita de una vela de sebo, que no tardó en traer uno de los presos de confianza que servía de mozo, pudo ya observar el calabozo y los que lo habitaban.

El uno era gordo, chaparro, casi cuadrado; el otro, alto, muy flaco. Con unos mismos alimentos, con los mismos pesares, respirando el mismo ambiente, el uno engordó monstruosamente, mientras el otro había perdido toda su carne y no tenía más que el pellejo y los huesos, lo que se podía notar porque cuando vió á D. Pedro Martín, á quien conocía de vista y de reputación se levantó, alzó los ojos al cielo y se le figuró que lo venía á salvar. Los dos tenían el pelo crecido, alborotado y erizo; los dos vestían ya andrajos podridos con la mugre y el sudor... Con sólo verlos, D. Pedro Martín tuvo que pasar otra vez su paliacate de las narices á los ojos.

Los dos quisieron hablar, pero no pudieron. D. Pedro comprendió cuanto tenían aquellos pechos de rabia, de encono y de despecho contra la sociedad que así los trataba, y contra Bedolla que los había condenado á la infamia y á la muerte. Se hubieran ahogado, si estos sentimientos juntos hubiera sido posible que saliesen á un tiempo traduciéndose por las articulaciones del idioma.

—Lo sé, lo sé todo, por una de esas casualidades raras que parecen milagros,—les dijo D. Pedro en voz muy suave é insinuante;—persuadido de que vosotros y las pobres mujeres que acabo de dejar son inocentes, vengo á aconsejarles que cuando les notifiquen la sentencia, apelen al recurso de indulto, y yo les prometo hacer cuanto sea posible en lo humano para salvarlos. Nada

seguro les puedo prometer; pero al menos les traigo algún consuelo y una esperanza, aunque remota.

Al oír entre las tinieblas esa voz suave y amiga que venía como á reforzar ó añadir el hilo de su vida casi roto, el hombre gordo se agitó como una masa informe en la silla y cayó abrazando las rodillas del licenciado; el otro, que estaba más lejos en la tarima, alzó dos veces sus flacos brazos como dos aspas de molino y se dejó caer sin fuerzas en la tarima sin poder acercarse al benefactor que repentinamente se les presentaba.

Un momento de silencio solemne. Reos, abogado, mozo y jefe de la prisión permanecieron mudos como unas estatuas en aquellas tinieblas mefíticas.

—Nos encuentra usted con vida aquí,—señor licenciado,—dijo el de los largos brazos con una voz ahuecada por la tisis,—porque Dios es grande y le he pedido me la conserve para vengarme y por mis pobres hijos. Tengo tres y todos pequeños. No sabe usted lo que ha hecho mi mujer para vivir y sostenerlos y sostenerme á mí en esta cárcel. Por fortuna estaba en casa de una parienta suya cuando nos cayó la tropa, que si no aquí estaría también y condenada á muerte como yo. Como no siempre hay trabajo para los pobres, hoy empeña una prenda, mañana otra, hasta que ha acabado con todo. La última vez que vino á verme ya no tenía más que las enaguas y su rebozo pegado al cuerpo. Estaban para echarla del cuarto, y lo que me puede más, que ya no me habló de mi hijo, el más chico. Estaba enfermo y no había para el médico, ni para la botica, y me late que ya se murió y estará tirado en un petate, pues no tendrá ni con qué enterrarlo. Ya estaría aquí si no fuese eso; pero Dios es grande y quizá me guardará

la vida para vengarme. Si escapo, juro por la Virgen de Guadalupe que he de beber hasta la última gota de la sangre de ese juez Bedolla, que ha condenado á los inocentes dejando al culpable que se estará paseando tal vez en las calles.

Con esfuerzo pudo acabar de decir las últimas palabras, alzó de nuevo los largos brazos, agitándolos como aspas de molino y se dejó caer en la tarima fatigado de este supremo esfuerzo.

D. Pedro pensó que una de las mujeres que lanzaba en la puerta de la cárcel dolorosos gritos, era la mujer del desgraciado preso, y que el hijo enfermo no existiría ya.

—¡Con cuanta razón,—dijo para sí D. Pedro,—desea este hombre vivir para vengarse!

Pero al momento le vino la reacción de sus sentimientos cristianos y dijo recio con cuanta energía pudo:

—No, no hay que tener esos propósitos siniestros; el juez podrá haberse equivocado, la causa no estará bien instruída; pero de seguro, si estuviese persuadido como yo de que el único culpable es el tornero, no los habría condenado á muerte. Los jueces, en el desempeño de nuestros deberes, tenemos que ser severos y á veces crueles, y si persisten ustedes en ideas de sangre y de asesinato, yo de veras, no me encargaré de salvarlos.

El preso flaco volvió á levantar sus flacos brazos y los dejó caer de nuevo sin poder hablar, porque la fatiga se lo impedía; pero el preso gordo, dijo:

—La verdad, señor licenciado, lo mismo he pensado yo; pero no tuve valor de decírselo. El pobre de mi compañero de cárcel tiene mujer é hijos, y yo tengo á Vicenta. Ibamos á casarnos, y esperaba yo hacer unos poqui-



tos de reales en un puesto de chicharrón y tocinería que tenía en la plaza, cuando vino la desgracia. Usted no puede saber lo que ha hecho Vicenta y cómo se ha portado en todo el tiempo que he estado preso. No me ha faltado, ni el almuerzo, ni la cena, ni el traguito de aguardiente á que estaba yo acostumbrado á las once. Ella se ha dado maña para todo; pero días y días, y semanas y semanas, y lo mismo. Venían señores y licenciados de tiempo en tiempo diz que á defendernos y no sé con qué otros motivos, y nos prometían la libertad, y nada, ni volvían, y Vicenta, de tanto trabajar, de tanto llorar, de no comer á veces, pues lo poco que conseguía era para mí, cayó enferma y está en el Hospital...

Y al decir esto se le escapó un sollozo que quiso reprimir, y las palabras se le anudaron en la garganta.

—Bien, bien,—dijo D. Pedro Martín, que ya no podía soportar más esta escena, y se ahogaba con la atmósfera viciada del calabozo;—ya les he dicho que no descansaré hasta que consiga la gracia del Presidente; pero no hay que pensar en venganzas ni en tonterías, porque entonces me veré obligado á abandonarlos.

Los presos no podían menos sino de obedecerle, y le prometieron que si lograban escapar de la muerte y recobrar su libertad no atentarian contra la vida de Bedolla.

D. Pedro salió de la prisión, no sólo preocupado, sino casi enfermo á consecuencia de la impresión que le hicieron las escenas que acabamos de referir, que para él no eran nuevas y más terribles las había presenciado en la cárcel y en su juzgado en los muchos años que había ejercido la magistratura; pero en este caso entraban por mucho las afecciones que tenía por Casilda y por Juan,

y el convencimiento íntimo de la inocencia de los que próximamente iban á ser castigados con la pena de muerte.

Sin embargo, en vez de retirarse á su casa y tomar alguna medicina y reposar un par de horas, hizo un acto de energía y se dirigió á palacio, decidido á no salir de allí hasta no ver al presidente y obtener el perdón de los supuestos cómplices de Evaristo.

—No merecía Bedolla lo que he hecho por él,—iba diciendo en voz que hubiera oído cualquiera que hubiese pasado á cuatro pasos de distancia;—no lo merece,—continuaba diciendo al mismo tiempo que poco á poco subía las pesadas escaleras del palacio;—pero he cumplido con un deber calmando la justa ira de esos hombres despechados y martirizado con cuantos infortunios y dolores tiene la vida humana; que lo sepa ó no Bedolla, poco me importa...

—Pensando en mí seguramente venía mi respetable compañero y amigo, pues he creído oír mi nombre en sus labios. Mi sabio compañero, sin duda tiene la manía de hablar solo como yo. Lo mayor parte de los hombres estudiosos hacemos lo mismo.

Era Bedolla en persona el que pronunciaba estas palabras y tendía la mano con fingido afecto al viejo licenciado, que no dejó de sorprenderse con ese brusco encuentro. Bedolla salía de los ministerios, descendía las escaleras é iba precisamente á la cárcel á dar las disposiciones necesarias para que se llenaran los requisitos y formalidades de la ley, y los usos y costumbres carceleros que preceden á las ejecuciones de justicia y de las que tendremos que ocuparnos más adelante con más detenimiento.

—Estamos de enhorabuena,—continuó Bedolla,—ó mejor dicho, la sociedad de México. Por fin los reos del horroroso crimen de la casa de la Estampa de Regina van á ser castigados. Usted, compañero, conoce esa curiosa y complicada causa, más célebre ella sola que todas las causas célebres francesas, y convendrá usted en que los magistrados (cuyo saber respeto) han andado demasiado lentos, y ha sido necesario que la opinión pública y los horribles asesinatos de los bandidos de Río Frío, que han hasta mutilado á una hermosa y respetable inglesa, los obliguen á confirmar mi sentencia, y ahora sí no hay remedio ni escapatoria. El defensor apeló al recurso de indulto; pero el Presidente está resuelto á negárselo y á no ceder ni á ruegos ni á lágrimas. La ley y nada más que la ley.

D. Pedro Martín soltó la mano que Bedolla le había tenido oprimida entre las suyas durante esta peroración, se lo quedó mirando con un aire terrible y acabó lentamente de subir la gran escalera.

—¡Viejo, loco y maniático!—dijo Bedolla bajando de prisa;—¡qué mosca le habrá picado! Envidia, sin duda, porque no fué él quien instruyó esta causa. En toda su vida hubiese podido descubrir á los asesinos.

D. Pedro entró á los salones de la presidencia, y en efecto, lo que se llama opinión pública estaba exaltada y necesitaba para calmarse una víctima. El presidente mismo estaba hasta cierto punto comprometido á usar de una energía extraordinaria para que los extranjeros no dijese que en México se asaltaba y se asesinaba á los ingleses, italianos y franceses, y los criminales gozaban de la más completa impunidad.

Esperó más de una hora en la antesala llena de gentes

de todas clases de la sociedad que iban á sus negocios, y que en lo general se ocupaban del asunto del día no cansándose en elogiar á Bedolla.

—Juez como éste necesitamos,—decían;—ese va recto, no se deja ni enternecer, ni cohechar. Para él las faldas y el dinero es lo mismo que nada.

D. Pedro Martín, indignado, descorazonado, casi insultado, pues muchos de los que decían esto en voz alta lo conocían y sabían que había sido juez, se levantó para retirarse, y llegaba á la puerta cuando encontró en ella á uno de los ayudantes, joven de muchas relaciones en la sociedad de México, medio pariente del marqués de Valle Alegre, y que no sólo conocía á D. Pedro Martín, sino que le estaba muy agradecido por que lo había servido en una cuestión de intereses con un *montero* (1).

—Supongo que ya vió usted al presidente,—le dijo el joven coronel saludándolo afectuosamente.

—Vine á eso, y me retiraba para volver en la noche. Hay mucha gente y no he podido ni aun hablar al ayudante de guardia,—le contestó D. Pedro.

Verá usted al presidente en el acto,—le contestó el ayudante.—Personas como usted no deben hacer ante-sala.

Lo tomó del brazo, lo condujo por un corredor hasta una puerta excusada que abrió con una llave que traía en el bolsillo, lo dejó sentado en un lujoso gabinete, y diez minutos después fué el presidente mismo quien entró á donde estaba D. Pedro.

—Cuanto siento, Sr. D. Pedro,—le dijo el presidente,—que haya usted permanecido más de una hora en la

(1) Jugador. Se dice generalmente de los capitalistas ó dueños de casa de monte, ó casa de juego.

antesala. No lo sabía, y para otra vez, hágame favor de prevenirme la visita el día anterior por una carta y en el acto será recibido; para personas como usted el palacio y la presidencia no tienen puertas.

—Señor presidente,—dijo D. Pedro levantándose é inclinándose respetuosamente,—si tanta bondad y consideración se extiende á lo que quizá temerariamente vengo á pedirle, mi gratitud no tendrá límites, y mi persona estará siempre á sus órdenes para servirle como quiera y cuando lo mande.

—¿Qué podrá pedir una persona tan independiente, tan honrada y tan digna como usted, que no pueda yo concederle si está en mis facultades?

—Tiene usted la facultad misma que tiene Dios, la de perdonar, de dar la vida al que la va á perder, y yo vengo á pedirle el indulto de dos hombres y dos mujeres condenados á muerte y que van á entrar hoy ó mañana en capilla.

—¡Cómo!—contestó el presidente levantándose del sillón donde se había sentado y mirando á D. Pedro Martín con un aire tan severo que le hizo de pronto bajar los ojos.—¿Cómo usted, magistrado íntegro, juez inflexible, hombre cuya rectitud es conocida en toda la República, viene á interesarse por la vida de unos miserables asesinos?—No, Sr. D. Pedro, quisiera complacer á usted, pero hasta ese punto no. Caería yo en el más completo desprecio de la sociedad. Indultar y volver á dar vida á unas víboras, echándolas para que devoren á esta sociedad... no, por ningún motivo. Pídame usted cuanto quiera y yo pueda darle como gobernante, pero no me haga usted cometer un acto de debilidad que comprometería hasta nuestras relaciones extranjeras. Usted sabe



como las diligencias han sido atacadas; como han sido robadas y violadas las cantantes italianas que eran la adoración de México; como á pocos días hubo una verdadera batalla, cuatro ó seis soldados muertos, mineros ingleses heridos y lo que fué peor la mujer del director, una hermosa mujer por cierto, porque estuvo con su marido á despedirse, quedará desfigurada para el resto de su vida, y no sabemos hasta ahora cómo se compondrá este negocio, ni cuantos miles de pesos costará á la nación. He jurado exterminar á los bandidos y lo haré. Nada me hará variar esta resolución.

—Si el señor presidente me permite hablar,—contestó D. Pedro Martín con su voz solemne y entera,—le diré que su resolución de restablecer en toda su plenitud la garantía de la vida, que es la primera que debe gozar el hombre en todo país civilizado, no puede ser nunca debidamente elogiada. La apoyo con mi débil voz y añado que he dado pruebas de ser inflexible en el cumplimiento de mis deberes en los largos años que he sido encargado de administrar justicia, pero este caso es único y distinto. Las gentes por quienes me vengo á interesar son inocentes, completamente inocentes. No se trata de ataques á los viajeros en los caminos reales, ni de violencias contra los extranjeros. Un simple asesinato en una casa de vecindad por un artesano, tan hábil en su oficio de tornero como borracho, vicioso y malvado, y ese asesino, que no se persiguió oportunamente, estoy seguro que es el mismo que ha cometido esos horrores en el monte de Río Frío, y los que van á morir, vecinos pacíficos y honrados que vivían en la casa, fueron aprendidos, acobardados y enredados sin saberlo en la causa, y por último condenados á muerte por un juez ligero que

me substituyó y cuya vanidad se empeñó en sacarlos culpables.

—Pero eso, permítame usted Sr. D. Pedro Martín, que le diga que puede no ser cierto y que usted está mal informado. El licenciado Bedolla me ha hablado diversas veces de ese asunto, casi me ha contado la causa entera. Bedolla, Sr. D. Pedro, sin agravio de usted que es un sabio, un magistrado respetable, es un hombre activo, perpicaz, enérgico, un hombre, en fin, completo y preciso para un gobierno que lo sabe tratar y aprovecharse de sus brillantes cualidades.

D. Pedro Martín, á riesgo de perder lo que había avanzado en el ánimo del presidente y de comprometer la vida de los que quería salvar, no pudo contenerse, y poniéndose en pié, con una voz hueca y dura como de profeta, dijo:

—Señor presidente, por el bien de la nación, y por la persona de usted, al que tengo la más sincera adhesión y profundo respeto, tengo que decir con toda energía, la verdad, la pura verdad.

Bedolla es un charlatán, un intrigante y un malvado que ha logrado sorprender con embustes, con servicios fingidos y con mentiras, la buena fe del gobierno. Estudiante ramplón de un pueblo del interior, hijo de un pobre barbero honrado, ya no lo podían sufrir ni las autoridades ni los vecinos, y el mismo gobernador lo recomendó para sacarlo del Estado donde revolvía á los pueblos de indios por un lado para que invadieran tierras ajenas, mientras instigaba á los hacendados para que se tomaran las que los indígenas poseían desde el tiempo de Cortés. El gobernador lo ha sostenido hasta cierto punto con tal de que no volviese al Estado; pero

en resumen, es el más descarado bribón que yo conozco, y además repito, malvado y asesino, pues para satisfacer su vanidad y sus aspiraciones, manda á la horca á los que él mismo y en el fondo de su conciencia, si la tiene, no está persuadido de que sean verdaderos culpables, y aun cuando lo fueran, conforme á las leyes no merecían la última pena. Todo lo he sabido por el licenciado Lamparilla, joven abogado á quien yo he protegido y me ha contado, entre negocio y negocio é inocentemente la vida de Bedolla.

Señor presidente,—continuó D. Pedro Martín con un acento todavía más enérgico,—he venido más que á implorar gracia á impedir que un general que tantas glorias ha dado á su patria, sea realmente, negando el indulto, el miserable cómplice de un asesinato jurídico.

El diálogo había pasado estando los dos personajes en pié. El presidente, cuando acabó D. Pedro de decir las últimas y terribles palabras, se dejó caer como descoyuntado y triste en el sillón, se quedó con la cabeza baja y un dedo en la boca reflexionando. La reputación que tenía D. Pedro Martín de sabio, de honrado, de justiciero, y la fuerza y convicción de su alma que había salido por sus labios, no dejaron ya duda al presidente pensando rápidamente en las escenas que habían pasado entre él y Bedolla con motivo de la prensa, de las elecciones, de las logias, y de los chismes que no dejaba de hacerle con la mayor hipocresía contra los ministros y contra los jefes de oficinas, se convenció de que D. Pedro Martín tenía razón de que Bedolla era un falso amigo, un aspirante vanidoso y en una palabra, un redomado bribón.

—Puede ser que tenga usted razón,—dijo á D. Pedro, —creemos los hombres tener experiencia y á la hora



misma de la muerte tenemos algo nuevo que aprender; pero volviendo á la cuestión principal; ¿qué pruebas tiene usted de la inocencia de esas gentes?

—La casualidad me las proporcionó, y aunque tenga que revelarles cosas íntimas y de familia, creo que debo corresponder á su bondad y confianza y bastante razón tiene usted, señor presidente, en pedirme las pruebas antes de decidirse á hacer un acto de clemencia.

D. Pedro Martín refirió, sin omitir nada, como fueron Juan y Casilda á dar á su casa; como platicando entre sí, sin ni siquiera sospechar que fuesen escuchados, refirieron quién era el tornero y sus antecedentes y la manera como Tules fué asesinada sin que ninguno de los vecinos de la casa fuese cómplice, ni aun supieran el suceso sino cuando la casera abrió el cuarto.

—¿Cómo es,—preguntó asombrado el presidente,—que los supuestos reos están convictos y confesos?

—No creo que eso conste literalmente en la causa que apenas leí cuando no estaba concluída, pero es muy fácil. Los que son ladrones y asesinos de profesión, estudian sus respuestas, niegan, contestan negativamente á todos los cargos, ó declaran de adrede cosas que hacen perder al juez el hilo del crimen. Los que son inocentes se ven, por el contrario sobrecogidos de un terror pánico delante del juez, ven con horror la cárcel, se turban, se contradicen y suelen resultar, por sus mismas declaraciones, culpables de delitos que no han cometido. Esto evidentemente ha sucedido en este caso, y no sé, en verdad, como magistrados tan circunspectos y doctos han aprobado la sentencia de ese inicuo y desatentado Bedolla.

La narración familiar del licenciado Olañeta, no sólo

calmó, sino que divirtió al presidente, que no dejó de sospechar que, á pesar de la severidad de costumbres del abogado, había algo de exageración y de entusiasmo al hablar de Casilda. Sereno ya su ánimo, prometió al licenciado que mandaría suspender la ejecución de pronto, que esperaba al coronel Baninelli para que hiciese una correría por el monte, y no parase hasta encontrar y castigar á los bandidos, que esta medida era muy reservada, que quería sorprender á la ciudad con el resultado, y que entonces caía bien el que perdonase á los que, aunque fuesen culpables como cómplices de un asesinato, no habían tenido ninguna parte en los atentados cometidos en Río Frío.

D. Pedro Martín salió de la presidencia con el corazón ancho, bajó las altas escaleras del palacio alegre y ligero como si tuviese veinte años y voló con el contento y la satisfacción de quien hace una buena obra á llevar la luminosa esperanza de la vida á la mefítica oscuridad del calabozo de la cárcel.

Al escuchar los condenados á muerte, que el viejo licenciado les traía la vida, el hombre gordó cayó de nuevo en tierra abrazando las rodillas de su salvador. El hombre enteco y consumido se enderezó con esfuerzo, pronunció una palabra confusa pero llena de ternura, alzó sus flacos brazos, y los removió un instante como las aspas de un molino, y cayó en la tarima para no volverse á levantar, haciendo con sus huesos un aterrador y extraño ruido.

## CAPÍTULO VIII

### Tragedia de los enmascarados

**G**RACIAS á Dios, Baninelli; lo esperaba yo á usted con impaciencia. ¿Qué hacía usted?

—Caminar, mi general. Inmediatamente que recibí la orden de usted, mandé buscar un asiento en la diligencia; estaba completa y fué menester dejar en tierra á última hora un pasajero, que reclamó, gritó y pateó, pero no hubo remedio, ocupé su asiento y me tiene usted á sus órdenes aun sin quitarme el polvo del camino. Mi general me perdonará.

—Los oficiales deben ser aseados y vestir el uniforme con propiedad y arreglado á la ordenanza, pero al último, no son unas damas, y el polvo del camino y el olor de la pólvora les sienta siempre bien.

Este diálogo pasaba entre el presidente de la República y el coronel Baninelli, que en efecto, estaba tan lleno de polvo que al moverse para tomar una silla casi oscureció el lujoso gabinete.

—Siéntese usted, que vendrá cansado,—continuó el presidente,—y hablaremos despacio. ¿Ya sabe usted lo que ha pasado?

—¿Lo de los operistas, no es verdad? Ni tiene usted idea de los cuentos que hay sobre este lance. Todo Guanajuato se ha ocupado de esto, y cuidado que los guanajuatenses no hablan más que de minas, de *montones* (1), y de barras de plata.

—Pues eso no fué nada, aunque mucho ha dado que decir, y yo sé la verdad de las cosas. Lo más grave fué el segundo asalto, donde hubo cuchilladas y balazos, y salió herido un minero y su señora lastimada gravemente en la nariz. El ministro inglés ha estado á hacerme una visita, se ha quejado muy moderadamente, pero añadió que si no se ponía remedio ni se procuraba perseguir á los ladrones y hacer un castigo ejemplar, S. M. la reina Victoria se vería obligada á mandar á Veracruz algunos buques de guerra para cuidar de la vida y de los intereses de sus súbditos. Ya ve usted, esto sería una vergüenza, alteraría notablemente las cordiales relaciones que existen entre México y la Gran Bretaña y no tendríamos su apoyo para moderar ó calmar á la Francia, cuyo ministro, más exigente que el inglés y el prusiano, y á veces altanero, nos amenaza con sus navíos de guerra, con la cólera de Luis Felipe y con los invencibles soldados franceses, y con no sé cuantas patrañas, no obstante que ningún francés ha sufrido ningún ataque y que los peluqueros y modistas de la calle de Plateros están tan quietos y seguros como si estuviesen en París, pero qué quiere usted, en el fondo tienen razón

---

(1) En Guanajuato, la piedra que se extrae de las minas se aglomera en *montones*, y así se vende al mejor postor.

para exigir que haya seguridad en los caminos y en las ciudades. Yo he prometido solemnemente al ministro inglés que los bandidos de Río Frío serían perseguidos, aprehendidos y castigados. Quiero dar una sorpresa á México, y usted va á hacer esa hazaña, que es cualquier cosa para usted que las ha visto mayores en Tampico y otras partes.

—Mi general tiene razón en todo lo que dice, y lo que yo puedo prometerle, es que perseguiré á los ladrones, que registraré el monte de aquí á Puebla, y que haré cuanto pueda, pero en cuanto á aprehenderlos, eso es difícil, quizá están á muchas leguas de aquí y han ido á refugiarse á las montañas del interior.

—Nada de eso; aquí están, es decir, en sus madrigueras de Río Frío, robando como siempre las diligencias; fiados en que no se les persigue, y yo los he dejado todo este tiempo para prepararles un buen golpe definitivo que nos quite para siempre esa canalla que interrumpe, como si fuese una potencia, la circulación del principal camino de la República. Con que ahí los tiene usted, se los he reservado precisamente para que ensaye uno de esos golpes rápidos que sabe usted dar.

—Siendo así, mi general, quizá le daré cuenta con un buen resultado,—contestó Baninelli;—pero me dejará obrar y me dará cuantas facultades sean necesarias.

—Todas las que usted quiera y las tiene desde este momento. Escoja usted la tropa que le agrade, organice su expedición con la mayor reserva y de manera que nos dé el resultado, y por todo lo demás que pueda ocurrir aquí me tiene usted á mí para apoyarlo y defenderlo, como lo hago con los soldados valientes y leales como usted.

—No quiera el diablo, mi general, que me vaya á suceder lo que con la desgraciada expedición contra Gonzalitos, pero mi general sabe bien que á causa de la deserción de Robreño, con cuyo valor y obediencia contaba, se desbandó la fuerza y no pude darle el golpe que le tenía preparado.

—¿Y qué ha sucedido con ese oficial en el que tenía yo tantas esperanzas y que tan buenos golpes daba á los indios bárbaros en la frontera?—preguntó con interés el presidente.

—Mi general sabe que fué condenado á muerte por el consejo de guerra... sabe Dios dónde anda prófugo, desgraciado... uno de los mejores oficiales que he conocido, y además amigo íntimo, pero se lo previne, y el día que lo encuentre, identificando su persona tendré que fusilarlo. Mi general sabe como soy, tratándose de la ordenanza y del servicio.

—Bien, Baninelli, bien; dejemos eso y no perdamos tiempo. Váyase usted á ver con el ministro de la Guerra, que ya tiene mis instrucciones, y no vuelva á presentarse sino cuando haya acabado con los bandidos, me haya limpiado todo ese monte y dejado á los pueblos en completa seguridad, nombrando en los distritos hombres de á caballo y de resolución que vigilen por la seguridad de los habitantes y viajeros. Ya verá México que en una semana hacemos lo que no pueden hacer en años jueces como ese pícaro charlatán de Bedolla, que ha condenado á muerte á cuatro inocentes, y el culpable precisamente es el jefe de los bandidos. Le recomiendo á usted lo persiga sin descanso, y si logra cogerlo, lo fusile en el acto sin más averiguación.

Baninelli saludó respetuosamente á su general, que le

tendió la mano y pasó á la secretaría de Guerra para organizar su expedición.

Baninelli era oficial educado en la buena y rígida escuela antigua que produjo generales como D. Mariano Arista, D. Gabriel Durán, D. Juan Andrade y D. Pámfilo Galindo, y coroneles como Barberi, Pepe Uruga, Pepe Oñate y Pepe Carrasco.

Le repugnaba del oficio de *cuico*, como se le decía generalmente en ese tiempo á los que estaban encargados de perseguir á los ladrones, pero tuvo que obedecer porque nada podía negar al jefe de la nación que lo distinguía de una manera particular, y era como quien dice su favorito para las empresas más difíciles y arriesgadas.

Una vez resuelto á obrar, formó capricho y asunto de amor propio, y puso sus cinco sentidos en organizar la batida del monte, de modo que le diera un resultado completo. Estaba, además, seguro que si lograba su objeto tendría un ascenso y la doble estimación y confianza del general presidente.

Si el favorito del presidente era Baninelli, el favorito de Baninelli era el cabo Franco, con el que más adelante haremos amplio conocimiento.

—Escucha, Franco,—le dijo el coronel tan luego como llegó al cuartel después de haber arreglado lo necesario con el ministro de la Guerra;—vamos á hacer una cosa que nunca hemos hecho, y es destruir una madriguera de ladrones.

—Es verdad, mi coronel, pero en el mundo fuerza es saber de todo. Mi coronel me ordenará lo que á mí toque,—le contestó Franco, quitándose la gorra de cuartel y poniendo en la frente los dedos de su mano derecha.

—Toma la mitad de la primera compañía, la disfrazas de indios, mejor dicho, de peones de esos que van á las haciendas á trabajar; no tienes necesidad más que salgan con el calzoncillo blanco, una frazada y sombrero de petate, que muchos tenemos de los reclutas, y algunos instrumentos de zapa. Te largas con los soldados y pian piano llegan hasta donde estén los ladrones de Río Frío. Si son detenidos y robados, tanto mejor, y para eso llevaréis en cobre el sueldo de cuatro días; si les hacen preguntas responderán que son peones de los peajes que van á trabajar á la *Olla*. En esa expedición has por explorar las veredas, barrancos y cuevas; te quedarás tú y algunos para mirar como roban la diligencia, qué armas tienen, cuántos son los ladrones.....

—Ya entendí á mi coronel; no me diga más... Sé lo que tengo que hacer. ¿Cuándo debo marchar?

—Mañana martes en la madrugada, y estarás aquí de vuelta con todas las noticias el jueves ó viernes en la noche. Un día más ó menos no hace al caso con tal de que veas, de la manera que puedas, robar la diligencia.

—Muy bien, mi coronel; voy á disponerlo todo, y al toque de diana, estaré ya en la garita con mi gente.

Baninelli sabía que pocas palabras tenía que decirle á Franco para ser perfectamente comprendido.

En la noche hizo salir Baninelli un escuadrón de caballería por la garita de la Candelaria con orden de que sin pasar por el camino real, fuese á situarse á la retaguardia del monte de Río Frío, sobre el camino de San Martín, para cortar la retirada á los ladrones de á caballo que intentasen escapar por ese rumbo, y dió órdenes terminantes al oficial para que aprehendiese á todo sospechoso.



El cabo Franco regresó de su expedición y refirió á su coronel cuanto deseaba saber. Los enmascarados estaban en quieta y pacífica posesión del monte y se habían reforzado con bastante gente de á caballo, armada con machetes y pistolas. Efectivamente, los rancheros sin colocación en las haciendas del Estado de México y los vagos y viciosos de los pueblos de la comarca habían hecho su madriguera en Tepetlaxtoc, donde tenían acobardados á los vecinos honrados, venían de cuando en cuando á reforzar la cuadrilla de Evaristo, que les pagaba un par de pesos diarios y les convidaba un poquito de lo que producía el robo. Cuando unos se iban, otros venían á presentársele, y así Evaristo había hecho conocimiento con toda la mala gente del rumbo, sin que esa mala gente, de quien desconfiaba, conociese ni frecuentase el rancho de los Coyotes ni supiese que su propietario fuese al mismo tiempo el capitán de los enmascarados. Eran más bien ladrones ambulantes del monte que obraban por su propia cuenta cuando podían, ó con Evaristo para tener un diario asegurado, y cuando acababan su trabajo se marchaban á sus pueblos ó dormían en el monte envueltos en sus jorongos, dejando persogado su caballo para que comiese la grama y no se extravíase. Todo esto no lo pudo saber el cabo Franco, pero sí calcular el número de gente, la disposición que tenían en la montaña, las veredas por donde podrían escapar, el punto del camino real donde detenían el coche y los procedimientos de que usaban, que eran á poco más ó menos los mismos que ya conoce el lector; en una palabra, el vivaracho cabo, como si fuese un jefe de estado mayor, reconoció bien al enemigo y el campo donde debía darse la batalla.

Evaristo, por su parte, desde el último lance había modificado mucho su plan de campaña, temiendo que viniesen soldados en el techo y pasajeros armados dentro de los coches, y no se limitaba ya á presentar sus indios enmascarados armados de garrotes, sino un pelotón de gente montada en muy buenos caballos, con pistola en mano, que rodeaba la diligencia, imponía silencio y estaba dispuesta á sostener cualquier ataque, pero no había llegado ese caso, porque, según orden expresa de la comandancia de México, habían continuado las cosas como estaban antes, es decir, ni escoltas en el camino, ni soldados de caballería en el techo del coche.

Los sábados y domingos, por lo común, el camino estaba solo y seguro. Evaristo hacía su raya y sus cuentas, repartía el dinero ganado en la semana y daba licencia á la mitad de la cuadrilla para que bajase al pueblo á beber su tlachique, y el domingo, tanto los indios como los de Tepetlaxtoc no perdonaban la misa y el sermón en la parroquia de Texcoco, donde á la hora en que el cura, revestido de su casulla de tela de oro, levantaba la hostia y el ayudante daba vuelta á la rueda de campanillas, se les veía de rodillas dándose bárbaros golpes de pecho que hacían resonar las bóvedas de la iglesia.

Baninelli no estaba al tanto de esto, pero fuese por casualidad ó porque quiso completar sus noticias y disposiciones, un lunes á las diez de la noche salió con un escuadrón por una garita de la ciudad, precisamente opuesta á la del camino de Puebla; y poco á poco ganó el camino, calculando llegar al lugar del peligro y con absoluta precisión á la hora oportuna. No hay para qué decir que la retaguardia sobre el camino de Puebla estaba ya cubierta con piquetes de caballería.

A las cuatro de la mañana del mismo lunes los pasajeros para Veracruz llegaron al callejón de Dolores, envueltos en sus capotones y jorongos, y con sus maletas y bultos en la mano. Entraron al coche y ya iba Mateo á tronar el látigo cuando se presentó el cabo Franco que estaba en acecho hacía una hora y presentó una orden de la comandancia general. Los pasajeros tuvieron de grado ó por fuerza que salir y en su lugar entraron el cabo Franco y ocho soldados armados hasta los dientes, otros dos soldados sin uniforme, y con sus fusiles fueron colocados en el techo.

Así partió el carruaje echando chispas, y Mateo contentísimo de que Evaristo é Hilario, que restablecido de la pedrada había vuelto á presentarse más altanero é insolente, llevasen su merecido. El sota hizo en el camino una buena provisión de piedras para aprovechar el buen momento de acertarle á Hilario en la frente ó en la boca, de modo que no se volviera á levantar ó perdiese los dientes, las muelas y hasta las quijadas. La diligencia caminó á un paso calculado para dar el tiempo preciso á Baninelli, encontró en el tránsito á varios viajeros, ya á pié, ó ya á caballo, y Franco les intimó la orden de no seguir adelante si no después de un hora. A varios indios que Mateo le dijo que bien podían ser espías, los internó un poco al monte y los amarró sólidamente á los árboles.

El cabo Franco iba provisto de cuerdas para amarrar y para ahorcar; de armas de fuego para fusilar; de instrumentos de zapa para abrir zanjas y sepulturas ó destruir palizadas y fortificaciones; de botiquín y de hilas y vendas para los heridos, y de un par de camillas para conducir heridos ó muertos. Era un magnífico equipaje

con el que se iban á encontrar los ladrones. Baninelli todo lo había previsto y quería hacer una campaña definitiva.

La diligencia venía en ese día como un poderoso castillo lleno de proyectiles de toda especie, y con gente que les había de cantar á los bandidos de Río Frío otra canción muy diferente de las que oyeron á los operistas.

Evaristo había bajado á Chalco y había logrado ver salir de la tienda de D. Muñoz y atravesar la plaza á Cecilia, vestida con unas enaguas de raso azul oscuro, calzado negro de seda y un fino rebozo de Tenancingo, arrebujaado graciosamente y andando con esa cadencia natural y garbosa que tenía locos á todos los de Chalco, desde el cura hasta el prefecto. Hilario, muy aliviado de su pedrada, se había quitado la venda y parche que tenía en el chinchón, y los macutenos de Tepetlaxtoc habían despojado á un mozo de Coxtitlan de una castaña de vino Jerez añejo, de quesos finos extranjeros, de bizcochos, pan fresco y de otras cosas exquisitas que D. Juan María Flores mandaba de regalo á su administrador D. Antonio Palomo. Todo esto los tenía locos de contentos, así que se propusieron almorzar en grande, hacer un verdadero día de campo mientras llegaba la diligencia, y si venían mujeres estaban decididos á divertirse alegremente con ellas. Con una poca de cecina y guajes, con aguardiente, gordas de elote, que siempre tenían los indios enmascarados, y las provisiones de Palomo, improvisaron un banquete, encendieron una lumbrada para calentar la comida y comenzaron á beber, á reir y á cantar canciones obscenas, queriendo imitar y remedar á los operistas. Unos conservaban su máscara, otros se la quitaron y la tiraron al suelo diciendo que

ellos eran muy hombres y no necesitaban disfrazarse y que bastante los conocían ya en Texcoco, en Chalco y en Tepetlaxtoc, y con las estrepitosas carcajadas, el bullicio y la alegría que les inspiraba el Jerez seco y el aguardiente de Cuernavaca, no oyeron la diligencia que, cuando menos pensaron, se les presentó delante.

Apenas Evaristo, montado en el magnífico caballo del ranchero que encontró muerto en el monte, se puso de un salto al frente y marcó el alto con su ordinaria y soez amenaza de costumbre, cuando del coche, como si fuera un castillo, brotó una llamarada cuyo humo denso envolvió por un momento toda la escena. La sorpresa de los ladrones fué tal que ni dispararon sus armas, y tanto los que estaban á caballo como los de á pié, corrieron aturdidos por un lado y por otro, pero Evaristo les gritó echando horribles juramentos y pronto se rehicieron y rodearon el carruaje. Ya el cabo Franco y sus soldados habían salido de él, y formándose un parapeto con las ruedas y con la caja cargaban sus fusiles y se prepararon á la defensa, porque los enemigos eran tres veces más numerosos.

Evaristo estaba muy lejos de creer que eran soldados, y tan aturdido estaba, que se le figuró que eran mujeres y que sólo algunos pasajeros, como en la vez pasada, habían hecho fuego.

—¡Ríndanse con mil demonios, grandísimos cobardes ó mueren todos! ¡Aquí estamos, no les tenemos miedo á sus pistolas! ¡Boca á bajo en el suelo, ó no queda uno con vida!

El cabo Franco y sus soldados, que se iban haciendo conocer á medida que se despejaba el humo, desengañaron á Evaristo de que en vez de mujeres tenía que arre-

glar sus cuentas con las gorras azules de cuartel que divisaba por entre los rayos de las ruedas y detrás de los cortinajes negros de cuero de la diligencia.

—¡Fuego, muchachos!—gritó Franco, y los muchachos dispararon tan bien sus fusiles, que dos de los de Tepetlaxtoc cayeron muertos al suelo, fugándose sus caballos.

—¡Fuego y matarlos á todos,—contestó Hilario; pero Evaristo, que en el fondo era un cobardón, en vez de avanzar se guareció en un grupo de árboles y desde allí disparaba sus pistolas.

Los de Tepetlaxtoc, valientes y excitados con el vino de Jerez y el aguardiente, dispararon sus pistolas sobre los soldados, sacaron las espadas y machetes, se alzaron la lorenzana del sombrero, y jurando como diablos se fueron sobre los once soldados, pues los del techo habían descendido para reunirse con sus compañeros.

De los soldados, unos voltearon los fusiles por la culata, otros sacaron también sus rifles y sus bayonetas y se trabó una horrorosa pelea. Mateo, con bastante esfuerzo, contenía las mulas para no privar de la defensa que proporcionaba el carruaje á los soldados, mientras el *sota* trataba de acertarle una buena pedrada en la cabeza á Hilario.

Todo esto pasó en instantes; los lances y las escenas se sucedieron sin intermisión, y una tras otra desde que llegó la diligencia, hasta el punto en que alderredor de ella más de treinta hombres se daban de golpes y trataban de matarse con toda clase de armas. Los gritos de rabia, de venganza y de dolor de los heridos, se podían haber oído por lo menos á media legua de distancia. Los indios garroteros enmascarados, desde el principio

del combate se deslizaron como unas culebras entre la yerba y no pararon hasta la carbonería, donde inmediatamente encendieron sus fraguas y se pusieron á hacer carbón como lo tenían de costumbre, para que si por acaso llegase allí alguna fuerza se convenciese de que nada tenían ellos de común con los ladrones.

Cinco de los soldados estaban ya fuera de combate, y los de Tepetlaxtóc, frenéticos, querían acabar con ellos y vengar á sus dos compañeros tendidos y muertos allí cerca. El cabo Franco no cejaba.

—¡Los soldados del coronel Baninelli no se rinden nunca, cabrones! ¡Allá vá!

Y descargó con la culata de su fusil á uno de los de á caballo que lo derribó al suelo con todo y la bestia. Entre tanto otros vinieron por detrás del coche y estaban ya matando á cuchilladas á dos de los soldados que se defendían con una pala de fierro, y quién sabe cómo habrían pasado las cosas, cuando asomaron por un recodo del monte los morriones y las capas amarillas de los dragones, á cuya cabeza venía el coronel Baninelli.

—¡Aquí estamos, mi coronel, ya hemos doblado á cuatro de ellos,—gritó el cabo Franco blandiendo de nuevo el fusil, cuya pesada culata hizo pedazos un costado del coche, pues el bandido á quien iba dirigido el golpe lo evitó.

Baninelli, el primero, se lanzó espada en mano sobre el grupo, que vaciló, se hizo remolino, se defendió débilmente, y organizándose en filas de á tres y de á cuatro echaron todos á correr á escape, y los dragones tras ellos al mando del capitán. Baninelli se quedó allí con sus ayudantes y una escolta para averiguar lo que había pasado y dictar sus disposiciones. Esperaba que las

fuerzas que estaban á retaguardia detendrían á los fugitivos, y que entre dos fuegos tendrían que rendirse ó morir.

Había un caballo muerto y cuatro cadáveres de los macutenos de Tepetlaxtoc. El cabo Franco estaba herido de una mano y perdía mucha sangre; cuatro soldados estaban también lastimados más ó menos, pero ninguno de gravedad. Mateo, que aguantó impasible toda la refriega y dominando su pescante, tenía traspasado el sombrero de tres balas; al sota le había dado el mismo Hilario en contestación de las pedradas en el sombrero, una cuchillada tan tremenda que le rebañó las chaparreras de chivo, pero apenas le tocó la pierna, el carruaje hecho pedazos y todo aquel terreno regado de sangre. Inmediatamente dispuso Baninelli que el practicante hiciese las primeras curaciones. Se sacó de la covacha el botiquín, las provisiones y los instrumentos de zapa, y se improvisó una tienda de campaña donde se colocaron á los heridos. Un ayudante con unos dragones fué á hacer un reconocimiento al monte y encontró el campamento de los ladrones con la lumbre todavía encendida, la cecina caliente, la castaña y los guajes con algún licor, una jaranita, tortillas y gordas, y las más caras que se habían quitado y tirado al suelo los de Tepetlaxtoc.

Baninelli se propuso, luego que terminaran las curaciones y regresaran los dragones que perseguían á los bandidos, sestear en el mismo campamento de ellos y regresar á dormir á la venta de Río Frío.

—¿Enterramos á estos bandidos, mi coronel?—le preguntó el cabo Franco á Baninelli.

—Mejor será que te estés quieto, y si puedes duerme un rato, que tu herida no es cualquier cosa.



—Casi nada, mi coronel, ya me vendó bien el doctor; se ha contenido la sangre y no tengo dolor alguno,—respondió el cabo, que en efecto, tenía ya su mano curada y sostenida por una venda que le pendía del cuello.

Baninelli hizo, sin embargo, retirar al cabo y mandó que á los bandidos que estaban tirados, los colgasen en los árboles mismos debajo los cuales estaba la diligencia. Antes los registraron y les encontraron instrumentos de lumbre, cigarros y poca cosa en dinero.

Los soldados, afanosos, riendo y contentos como si se hubieren sacado la lotería, pasaron unas reatas al cuello de aquellos cadáveres con los ojos todavía abiertos y vidriosos, y brotándoles sangre por una parte y por otra, los arrastraron hasta el pié de los oyameles, echaron en los brazos más gruesos las reatas, tiraron del otro lado de ellos é izaron los cadáveres flexibles y desconyuntados que se balanceaban y movían las piernas con el chiflón de viento que venía de cuando en cuando de las cañadas de la montaña.

En estas y las otras volvieron los dragones fatigados y cubiertos de polvo sin haber podido aprehender ni uno solo de los bandidos, porque uno tomaba por la izquierda del monte, otro por la derecha, otro se perdía de vista por la ligereza de su caballo, y como los perseguidores eran *caballería pesada* y los bandidos *caballería ligera*, así se fueron desapareciendo y liquidando, de modo que á las tres leguas ya no se veía ninguno, y la fuerza que estaba á retaguardia ya nada tuvo que hacer y regresó en unión de la vanguardia al campamento.

Baninelli se puso furioso, tronó, gritó y pateó, pero los oficiales le dieron tales razones, que tuvo que vencerse. Cuatro hombres colgados en los árboles no era

nada para contentar al Presidente y al público, y además la agarrada que se dieron junto al carruaje sus soldados y los bandidos, era más bien una derrota que no una victoria. El, Baninelli, el brazo derecho del Presidente para las cosas difíciles de la guerra, no podía volver así á México; en fin, por el pronto, como la luz iba faltando, la tropa y caballos estaban cansados, resolvió irse á la Venta, pasar allí la noche y al siguiente día hacer el mismo una excursión en la montaña y en los pueblos de la comarca.

No hay para qué decir que el famoso Evaristo y su segundo Hilario fueron los primeros que escaparon, y gracias al conocimiento que tenían del terreno y á la ligereza de sus caballos, llegaron al rancho de los Coyotes, ligeramente contusos con las pedradas del sota, que se había propuesto matarlos así, porque sin saber por qué, les tenía un odio particular.

Al toque de diana, Baninelli movió su campo, dividió sus fuerzas de infantería y caballería, designándoles el terreno que debían recorrer y dándoles cita para el mismo lugar donde el día anterior se había librado el combate. La diligencia con la caja hecha un arnero, y desquebrajada con los culatazos y machetazos, regresó á México, dándose instrucciones á Mateo, para que entrase de noche y no contase lo sucedido más que á D. Anselmo. Baninelli quería en persona dar cuenta de lo ocurrido y esperaba sin saber por qué, que obtendría un mejor resultado.

Los pasajeros que se quedaron el día anterior, salieron á la hora de costumbre sin saber lo que había pasado y resignados á ser robados. Encontraron el camino enteramente solo; la refriega del día anterior había ahuyen-

tado á los indios traficantes de las cercanías. Esas gentes del campo y de la montaña, parece que reciben las noticias de los pájaros, y algo hay de eso por el graznido de los aguiluchos y cuervos y de los ganados espantados, y de los perros que ladran de noche, pero el caso es que ellos lo saben todo.

La sorpresa de los pasajeros aumentó cuando al llegar al grupo de árboles de la Agua del Venerable, observaron en el aire cuatro figuras horrendas como de osos, balanceándose compasadamente y dándose una contra otra con los pechos y las espaldas como si estuviesen peleando en el aire. Eran los macutenos de Tepetlaxtoc que tenían todavía sus chaparreras de chivo y sus cotonas de pelo, pues así había querido Baninelli que los colgaran. Mateo y el Sota, señalados y odiados ya por toda la gente mala del rumbo, cambiaron ese día de línea, y en lo de adelante hacían el servicio entre Querétaro y Guanajuato. Ya nos volveremos á encontrar con ese tipo singular de cochero.

Los diferentes trozos de tropa que, como hemos dicho, salieron en la madrugada, caminaron cuatro ó seis horas en diversas direcciones, en el interior de la montaña, subiendo y bajando cuestras, cruzando barrancos y registrando veredas, mirando por aquí y por allá, sin encontrar más que conejos, liebres y venados que pasaban muy cerca tranquilos y confiados, pues no hay como en Europa nobles y aun coronados asesinos que cada año hacen una fiesta y una gala con la traidora matanza de esos inofensivos y tímidos animales.

Cansados y aburridos los jefes de estas pequeñas partidas de no encontrar ni traza de bandidos, fueron regresando y reuniéndose en el lugar de la cita donde Ba-

ninelli, que tampoco había encontrado nada, los esperaba impaciente.

El cabo Franco, con los soldados heridos, no habían quedado ociosos. Sus heridas no eran graves; el practicante los había curado bien, y esa gente de la tropa mexicana es fuerte y resistente como si fuese hecha de cuero más bien que de carne; así poco á poco hicieron su deber y llegaron los últimos al campamento, pero también sin ningún resultado.

Baninelli, cuando se ponía furioso, apenas se le podía hablar, pero cuando se ponía triste y bajaba la cabeza, era peor; ninguno se atrevía á hablarle; era que se quería dar un tiro ó dárselo al primero que le dirigiera la palabra.

Sentóse en una piedra debajo de uno de los árboles de la Agua del Venerable sin hablar una palabra, y todos sus subalternos silenciosos y en pié al derredor de él, no se atrevían á darle cuenta del resultado de su comisión. Ni lo necesitaban; bien había visto el jefe que venían con las manos vacías.

Iba cayendo la tarde y poniéndose aquel lugar sombrío como el alma de Baninelli.

Las diligencias de ida y vuelta habían pasado sin novedad.

La noche estaba cercana.

Nadie hablaba, nadie se movía. ¿Qué hacer? Baninelli estaba resuelto á no regresar á México. Si en el rato de la noche no ocurría algo que modificara la situación, en la madrugada estaba resuelto á darse un tiro.

El cabo Franco, enseñándole su brazo vendado, se atrevió á hablarle.

—Mi coronel,—le dijo,—creo haber encontrado la

pista, y es menester que la sigamos antes que se haga de noche.

—Aunque tú no quieras, si lo que dices es verdad y encontramos á los bandidos, dentro de una semana serás el capitán de la segunda compañía,—le respondió Baninelli levantándose muy animado.

—Si mi capitán quiere venir...

—Como que no, en el acto;—y los dos entraron en una vereda seguidos de una escolta de infantería con los fusiles cargados y bayoneta calada.

—Las máscaras negras que encontré tiradas en donde los ladrones estaban comiendo llamaron mi atención,—dijo el cabo Franco á Baninelli,—y me puse á andar y á registrar, y como á cien varas me encontré otra, y más adelante otra, y así aquí tengo tres. Siguiendo la pista de estas máscaras tenemos que llegar á la madriguera.

Baninelli pareció algo desconcertado. Buscar en un bosque enmarañado, por sólo una que otra máscara olvidada en la carrera y en el susto, no era cosa fácil, pero en el fondo reconocía que el cabo tenía razón y que era necesario seguir la exploración. Así continuaron andando, y registrando todo cuidadosamente descendieron por una barranca poco profunda, porque les pareció ver algo negro como una máscara. No era nada, pero encumbraron al otro lado, y allí sí, el mismo Baninelli levantó una y dijo con el mayor entusiasmo:

—Ya los tenemos, muchachos; mucho cuidado y ojo á todos los lados, que cuando menos lo pensemos nos van á descerrajar de entre las yerbas una descarga de balazos.

A los cien pasos el bosque estaba más despejado y pudieron notar una humareda que no distaba mucho.

—Están haciendo carbón por aquí cerca, mi coronel, —dijo el cabo,—pero si á usía le parece iremos allá, porque podríamos encontrar alguna gente que nos podría dar noticias.

En esto encontraron otra máscara; Baninelli no vaciló y á los quince minutos estaban ya en la carbonera de Evaristo. Encontraron á los carboneros, los unos dormidos ó fingiendo dormir, envueltos en sus frazadas; otros atizando el fuego; otros cortando retoños de madroño, pero todo en la mayor tranquilidad y calma. Unas cuantas chozas pequeñas de piedra suelta y ramajes, montones bien ordenados de carbón labrado, algunas vigas, ramajes é instrumentos de monte y labranza tirados en el suelo. Las chozas vacías y por todo mueble un petate, un cántaro, y en alguna un metate y trastes ordinarios. El sitio era apartado, cercado de árboles de un verde que tiraba á negro; parecía más bien un pedazo de monte como vestido de luto y propio para un campo santo. Sólo disminuía algo la tristeza, el ruido juguetón y sonoro de una fuente clara que corría por allí cerca y donde ansiosos y cansados fueron á apagar su sed los soldados de Baninelli.

Los indios carboneros ni se movieron, ni se alteraron á la llegada del coronel y de los que lo seguían, sino que cada cual siguió haciendo su trabajo, ó acostado sin levantar siquiera la cabeza. Eran mañas y lecciones que les habían enseñado Hilario y Evaristo para cuando llegara el caso, y además el carácter del indio montañés es así hosco é indiferente.

—¡Ea, salvajes!—les gritó colérico Baninelli;—¿no saben hablar? ven que llegan gentes y ni siquiera levantan la cabeza. Levántense, brutos, y todos los que haya

aquí á formar y á responder á las preguntas que les voy á hacer.

Al decir esto recorría rápidamente la especie de plaza que constituía la fábrica, y despertaba á puntapiés á los que estaban en el suelo acostados y envueltos en sus frazadas, mientras el cabo entraba en las chozas para ver si encontraba máscaras, armas ú otras cosas que pudiesen darle pruebas de que allí estaba la madriguera de los bandidos.

Los indios se fueron levantando perezosa y humildemente, y con el sombrero viejo de petate en la mano, agrupándose cerca de donde Baninelli había hecho alto sentándose en un grueso tronco de árbol, de esos que se destinan para partir la carne, y de los que había varios por allí que Evaristo vendía á muy buen precio.

—¿Han oído anoche balazos por el monte?

—No, pacresito; como trabajamos tanto de día, nos dormimos en la noche y nada oímos.

—Qué pacresito ni qué...—les dijo Baninelli;—yo soy coronel que les he de dar muchas cuchilladas si no me dicen la verdad, y no se les figure que están hablando con uno de esos curas tan animales como ustedes. Mi coronel, y nada más, mi coronel, así deben decir. ¿Ha pasado alguna gente á pié ó á caballo ayer tarde ó en la noche por aquí?

—Ni una alma, mi coronel, contestaron en coro.

Por ese estilo y echando ternos y juramentos les siguió haciendo varias preguntas, á las que contestaron siempre negativamente. Por más amenazas que les hizo Baninelli no pudo sacar más, y volvió á decaer su ánimo.

—Estos indios han debido oír los tiros,—le dijo á su

ayudante,—pues por el aire no está muy lejos este lugar del camino real; han de saber perfectamente dónde está la madriguera de los bandidos, y los han de conocer, pero se dejarán matar antes de decir algo...

—Ya los tenemos y no hay que dejarlos escapar, mi coronel. Ya he encontrado otra máscara y estos dos fusiles ocultos debajo de unas ramas; tropecé con ellos por casualidad. Con estos fusiles se ha hecho fuego ayer; no se necesita ser soldado para conocerlo. Vea usted, mi coronel.

Baninelli examinó los fusiles y no le cupo duda. Llamó inmediatamente á los soldados que estaban junto á la fuente de agua, y con la bayoneta calada rodearon á los indios para que no pudiesen escaparse: uno de ellos había permanecido acostado junto á unas vigas envuelto en su frazada. El cabo Franco le dió un puntapié, le arrancó bruscamente la frazada, y el indio al levantarse y ajustarse sus calzoncillos blancos, dejó descubrir, enredada en su cintura, alguna cosa que relumbraba y que quiso cubrir, lo que no se escapó á la perspicacia del cabo. Lo condujo á donde estaban los demás, y registrados, se descubrió que cada uno tenía un cinturón dorado de los druidas. El día que los cantantes fueron asaltados, mientras Evaristo é Hilario estaban entretenidos con las conferencias con Mateo y el canto maravilloso de la Cesari, los indios pudieron apartar y ocultar un bulto que contenía varios objetos de teatro, que por ser de galones finos llevaban los viajeros entre su equipaje. Todas esas baratijas doradas tenían mucha importancia para los indios, pues les parecían como vestidos de santos, y se les figuró que teniendo esos cinturones atados á su cintura no les sucedería ningún mal, así más por su-



perstición que por codicia, no pudieron prescindir de robárselos.

—No hay que andar ni que buscar más,—dijo Baninelli á Franco.—Estos son los ladrones. Con las máscaras que nos han guiado aquí y las prendas pertenecientes á la compañía de ópera, tenemos suficientes pruebas. Has ganado bien las presillas de capitán. Amarren codo con codo á esa canalla y regresemos al campamento.

Dicho y hecho, fueron amarrados como un cohete, y entre dos filas, marcharon custodiados por Franco al lugar fatal donde habían cometido sus depredaciones.

Ya entre tinieblas y silbando por entre las ramas de los árboles un viento frío, pudieron sin extraviarse, merced al instinto natural para guiarse del cabo Franco, llegar á la Agua del Venerable, donde estaban acampados los dragones, el resto de la infantería y los soldados heridos.

Se encendieron unas lumbradas, y á la vacilante y humosa luz de los ocotes, Baninelli formó una breve sumaria.

Preguntó á los indios sus nombres y todos respondieron que se llamaban José.

—¿De qué tierra?

—De ninguna,—contestaron.

—¿Qué profesión tenían?

—Carboneros.

—¿De cuenta de quién trabajaban?

—De ellos mismos que hacían su carbón y lo cargaban en las espaldas y lo iban á vender á México.

Insistió mucho Baninelli en que le dijeran quién era el capitán. Los amenazó con ahorcarlos, les rogó, les prometió perdonarles la vida, les ofreció dinero, todo

fué inútil, á nada contestaron y sólo agachaban la cabeza, y querían rascársela, pero no podían porque estaban atados por los codos.

—¿Hace meses que están ustedes robando en este camino?

—Haciendo no más carbón, mi coronel,—respondió el menos obstinado.

—¿Dónde cogieron estos cinturones que tenían enredados en la cintura?

—Los encontramos entre las yerbas del monte.

—¡Cáscaras!—dijo Baninelli;—qué obstinación, qué audacia y qué sangre fría la de estos indios. Yo les quemaría, no las plantas de los piés, sino hasta los huesos; tal rabia da que nieguen lo que se está mirando. Jamás dirán quién es capitán de ellos, porque toda esta banda tiene un capitán y gente de á caballo que se supo escapar á tiempo. Ya la buscaré en los pueblos. Por ahora, Franco, es asunto concluído, que enciendan más hogueras, pues apenas vemos, y vamos á colgar en los árboles á toda esta canalla. Bien distribuídos, lo más alto que se pueda, para que los pasajeros de la diligencia los vean bien mañana.

Franco y sus soldados comenzaron á trabajar, escogiendo los árboles, subiendo como monos por el tronco hasta alcanzar un brazo, pasando las cuerdas, cortando ramas de ocote y encendiendo lumbreras, cuya luz siniestra alumbraba á intervalos las negras profundidades del bosque. No costó poco trabajo esta previa operación que concluyó cerca de las doce de la noche.

Se había tocado la retreta con todas las formalidades de ordenanza, y la tropa había continuado el servicio y la fatiga, sin omitirse las patrullas que recorrían el cami-

no y los costados del monte para evitar una sorpresa, pues Baninelli pensaba que bien podían los de á caballo volver al abrigo de la oscuridad, y por lo menos disparar tiros y matarle alguna gente; pero nada de eso hubo. Evaristo é Hilario fueron despertados por el único enmascarado que pudo escapar, y que les contó que todos los carboneros habían sido amarrados por la tropa, y que él, que estaba cortando leña, pudo ocultarse entre el ramaje, ver lo que pasaba y correr después hasta llegar al rancho. En cuanto á los de Tepetlaxtoc, se hallaban muy tranquilos durmiendo en sus casas.

A las doce de la noche Baninelli dispuso que se diese á la tropa algo de comer de las provisiones que había llevado el cabo Franco, y un trago de aguardiente. La tropa se formó después, y uno á uno fueron colgados en los árboles los enmascarados, que se dejaban conducir sin hablar una sola palabra. Al caer el cuerpo y estrecharse en el cuello el lazo corredizo, solía oirse una especie de crujido de carne viva que se rasga, ó un quejido ahogado, y bien ó mal ahorcados se estremecían en el aire con horrosas convulsiones.

Se exageraban y aparecían más siniestras las figuras con los destellos rojos, la humareda de las hogueras y el ventarrón nocturno que arrancaba las hojas de los árboles y silbaba lúgubre entre las ramas.

—

A la mañana siguiente Baninelli se puso en marcha con su tropa en dirección á los pueblos más cercanos, con el fin de buscar entre la gente honrada de ellos personas que quisiesen hacerse cargo de levantar partidas, para cumplir así con las instrucciones que había reci-

do. Estas fuerzas, en corto número, serían pagadas por el gobierno federal mientras no se restableciese la seguridad, y la persona que los mandase, tendría en cada demarcación el título de *Capitán de rurales*, y las facultades necesarias para catear casas, registrar las haciendas y ranchos, persiguiendo, en una palabra, de todas las maneras posibles á los bandidos y fusilándolos ó ahorcándolos sin compasión ninguna, una vez identificada su persona. Estas facultades eran reservadas. En lo público debían sólo rondar los caminos, acompañar la diligencia y coches, y situarse en los puntos boscosos ó difíciles donde hubiese peligro de que los viajeros fuesen robados impunemente.

En vez de seguir el camino real, quiso el coronel hacer su última exploración en el monte, y entró en él, guiado por Franco, que no tardó en extraviarse, preocupado con encontrar acaso máscaras ú otros indicios para descubrir una nueva madriguera, y por poco sucede, pues pasaron á muy poca distancia del rancho de los Coyotes. Los detuvo una barranca poco profunda pero difícil para la caballería; siguieron una vereda ancha á la izquierda, y sin quererlo ni saberlo, fueron á dar á la hacienda Blanca, donde los recibió el administrador con el miedo y respeto que se tiene en el campo á las tropas en marcha, y rogó al coronel que descansase un rato, le ofreció de almorzar y un refrigerio para sus soldados.

Baninelli pensó que, además de la necesidad que tenía de comer, como quien dice algo caliente, podía aprovechar la oportunidad para tomar informes de las personas que podrían ser á propósito para *capitanes de rurales*.

Bien que mal, el administrador de la Blanca se dió

trazas para que la mesa no fuese del todo mala, y el jefe de la expedición se puso de buen humor, almorzó con apetito y platicó largamente con el buen hombre. Contóle, por supuesto, que había colgado la noche anterior en los árboles del monte de Río Frío á quince bandidos, y que todo aquel rumbo estaba ya muy seguro, pero que para que continuase así, era necesario encontrar un hombre resuelto que quisiese ser *Capitán de rurales* y levantar una fuerza de quince ó veinte hombres de á caballo, que el gobierno pagaría bien y puntualmente por algunos meses, y que restablecida la seguridad, se retirarían á su casa ó continuarían, si era su voluntad, en la caballería de línea.

—Muy difícil, señor coronel, es encontrar el hombre que usted desea. Las gentes de los pueblos están acobardadas y no quieren mezclarse en esas cosas. Ya ve usted, se aprehenden ladrones, se les manda á México. Allí no se les hace nada y siempre tienen testigos que abonen su conducta. Están unos cuantos meses en la cárcel, salen y vuelven á sus pueblos á vengarse.

—Pues amigo,—dijo Baninelli,—yo no me voy de la hacienda, sin que usted me indique una persona. Piénselo usted bien, y le tendrá cuenta, porque son los hacendados los que primero que nadie deben estar interesados en la seguridad de los caminos, y si ustedes no ayudan, ¿qué quieren que haga el gobierno federal?

El administrador se quedó callado y pensativo, y Baninelli impaciente y moviendo sus pequeños y chispeantes ojos esperando la respuesta.

—Ya tengo mi hombre, señor coronel; ya lo encontré, que ni mandado hacer. ¡Qué tonto soy! ¡Cómo no me había ocurrido! El arrendatario del rancho de los Coyo-

tes, D. Pedro Sánchez. Hombre valiente, de á caballo, tenaz y que ha limpiado de la mala gente toda esa parte del monte que pertenece á esta finca. Cuando tomó el rancho en arrendamiento era uná ruina y una madriguera de animales feroces y de hombres más feroces todavía, y quisiera yo que lo viese usted hoy, todo seguro, bien cultivado... vaya, como le decía yo á usted, ni mandado hacer.

—¿Y dónde está ese D. Pedro Sánchez?—preguntó Baninelli.

—Pues debe de estar en el rancho.

—¿Y está muy lejos de aquí?

—Por el camino real muy lejos, pero por la vereda muy cerca.

—Pues en el acto mándelo usted llamar, y mientras, me permitirá que duerma una siesta, pues anoche no pegué los ojos. No crea usted que nos costó poco trabajo ahorcar á tanto bandido.

Baninelli despachó su tropa á Texcoco, quedándose con una escolta de caballería, se entró á dormir, y entre tanto el administrador despachó un propio á caballo con orden de traerse precisamente al D. Pedro Sánchez, pues con ese nombre recordará el lector que se hizo conocer Evaristo desde que desembarcó en Chalco, después del horroroso naufragio de la trajinera de Cecilia.

Cuando el mozo le entregó la carta en que el administrador de la Blanca le decía que en el acto montase á caballo y viniese á presentarse al coronel Baninelli, creyó llegado el último día de su vida, y se le figuró que detrás del mozo venían ya los soldados á prenderle. Ensiló inmediatamente su caballo, y pensó fugarse y ganar el monte de Chalma, pero tenía ya dinero, semillas y

animales en el rancho, era ya un rico de pueblo, y fugándose todo lo perdía y se condenaba él mismo á una vida errante, que no podía tener otro término que la cárcel y la horca.

—Lo que ha de suceder más tarde que suceda hoy, lo mismo da,—dijo, y se resolvió á seguir al mozo, y á presentarse ante Baninelli.

Llegó al pardear la tarde á la Blanca, y en la puerta de la casa se encontró con el administrador y el coronel que lo habían divisado y lo esperaban.

—Gracias á Dios,—dijo el administrador,—que llegó usted, amigo D. Pedro, el coronel estaba ya impaciente. Aquí tiene usted, señor coronel, á la persona de quien hemos hablado, y espero que no se rehusará á servir al gobierno, recibir el nombramiento de capitán y levantar la gente necesaria, lo que le será muy fácil, pues ya tiene muchas relaciones en todos estos pueblos.

Evaristo se desvaneció de la sorpresa que le causó este lenguaje del administrador; creyó que se burlaba de él ó que lo engañaba para que no arrancase á correr y se fugase, pues no había podido apearse del caballo.

—Baje del caballo, amigo,—le dijo Baninelli;—entramos y hablaremos.

Evaristo se apeó del caballo y entró con miedo al despacho del administrador, pensó que le habían tendido hábilmente una red, y que ya no era posible escapar; pero á poco, el tono hasta cierto punto afable y persuasivo en que continuó hablándole Baninelli, lo persuadió de que aquello era cierto, y no se podía ni explicar cómo había escapado de la refriega y cómo en vez de estar colgado en los árboles en compañía de sus indios, se le nombraba por el gobierno capitán para perseguir á los

bandidos y se le daba derecho de vida y muerte sobre los habitantes de los pueblos de la falda de la montaña.

Incoherencia constante de las cosas humanas.

El D. Pedro Sánchez (alias el Tornero), recibió provisionalmente el título de capitán firmado por Baninelli, el que de pronto le dió las más amplias y terribles facultades, prometiéndole que recibiría su despacho del ministerio de la Guerra, luego que avisase que había reunido quince ó veinte hombres. ¿Qué no prometería Evaristo? Inútil es decirlo.

En la misma tarde marchó Baninelli con su escolta á Texcoco, y al día siguiente entraba á México, sin ruido de tambor ni trompeta, y sin quitarse el polvo del camino se presentaba al Presidente de la República.

—Ninguna novedad, mi general,—le dijo después de saludarlo respetuosamente.—Cuatro heridos de mi regimiento y quince bandidos colgados en los árboles.

---

Durante diez ó doce días los enmascarados estuvieron meciéndose en sus cuerdas con el recio viento de la montaña, hasta que los aguiluchos y gabilanes los acabaron de devorar.

Las mujeres que pasaban en la diligencia se tapaban los ojos, y los indios se quitaban el sombrero y rezaban un credo.

Los reos condenados á muerte por el licenciado Bedolla y Rangel, salieron en libertad, menos el de los largos brazos, que lo condujeron al campo santo en el sucio ataúd de la cárcel.

Su mujer y tres muchachos casi desnudos, iban detrás llorando é implorando la caridad pública.



## CAPÍTULO IX

### El cabo Franco

**L**os asuntos del gran Bedolla y Rangel iban de mal en peor. La sorpresa que le causó la providencia que suspendía la ejecución de los reos que él había condenado á muerte, fué tal, que se retiró á su casa con basca y desvanecimientos, y en tres días no pudo asistir al juzgado, tuvo que llamar al médico, que lo puso peor, y de vergüenza y de rabia no se dejó ver más que de su condiscípulo Lamparilla.

Restablecido y sacando fuerzas de flaqueza, se decidió, buscando siempre un pretexto, á ir al palacio á continuar sus visitas y adulaciones. Con su aire de superioridad, entre afable y orgulloso, sus grandes pasos majestuosos y estudiados, penetró, como lo tenía de costumbre, en los salones de la presidencia, bajó la cabeza para hacer un saludo protector á los que esperaban la audiencia, y tendió una amistosa mano al ayudante de

guardia que era su antiguo conocido y el que de preferencia le facilitaba el acceso hasta la alta persona del primer magistrado de la República. El ayudante, con cierta seriedad, en vez de estrecharle la mano le presentó dos dedos tiesos y fríos que Bedolla oprimió con susto y cólera. Entróse el ayudante á anunciarlo y salió al momento diciéndole en voz que pudieran oír los que estaban cerca.

—El señor Presidente dice que no puede recibir á usted por las urgentes ocupaciones que tiene en este momento, pero que si algo se le ofrece puede usted dirigirse por escrito al ministerio respectivo.

Bedolla se puso como un muerto, dejó caer los brazos, y con la boca sin saliva se le pegaron los labios y no pudo hablar.

El ayudante lo dejó plantado y pasó á revisar á los muchos que esperaban, ya sentados en los sillones y sofás, ya de pié platicando en los rincones de las ventanas.

—¿El señor licenciado Rodríguez de San Gabriel?

—Aquí presente,—contestó saliendo de entre un grupo de diputados.

—S. E. dice que puede usted pasar.

El ayudante y Rodríguez de San Gabriel desaparecieron detrás de la puerta del salón presidencial, y Bedolla y Rangel, con la muerte en el alma, tomó un corredor y la puerta excusada que ya conocía, para no pasar una triste revista, ni saludar á las personas que habían sido testigos del clásico desaire del Presidente.

Al descender las escaleras, recobró un poco el ánimo y se decidió á visitar á los ministros. Quizá podría aclarar el misterio y recobrar por medio de alguno de ellos la amistad y la influencia perdidas. Comenzó por el de

Justicia. El portero se puso enfrente de la puerta vidriera con el picaporte en la mano.

—El señor ministro ha dado orden que nadie entre.

—¿Ni yo?—le dijo Bedolla con cierto tono de despecho.

—Nadie más que los ayudantes de la presidencia.

En ese momento llegó D. Pedro Martín de Olañeta, que pasó sin apercibirse de que su compañero Bedolla estaba allí.

—Pase usted esta tarjeta al señor ministro,—dijo don Pedro Martín.

El portero entró con la tarjeta y salió al mismo momento diciendo:

—El señor licenciado puede entrar;—y en efecto, la vidriera se cerró detrás del viejo abogado.

Bedolla estaba á punto de volverse loco; ya no le cabía duda de su completa desgracia. Sin embargo, no se dió por vencido y pasó á ver al ministro de la Guerra con el que creía tener estrecha amistad. La casualidad quiso que al mismo tiempo que él llegaba el ministro salía un poco de prisa. No hubo remedio, tuvieron que hablar.

—El Presidente no está muy contento que digamos de usted, amigo licenciado,—le dijo el ministro continuando su camino y sin darle la mano.

—No sé en qué he podido desagradarlo, señor ministro, y precisamente venía yo...

—Ya vé usted, en tres días hemos limpiado el camino de Río Frío, mientras usted dilató meses y meses en una causa de uno de tantos asesinatos que se cometen por borracheras y por celos, y resultó que el capitán de los bandidos de Río Frío era nada menos el asesino que no pudo usted encontrar, y para quedar bien, condenó us-

ted á muerte á unos pobres diablos que ya están en libertad. Dispense la franqueza, licenciado, pero los militares somos así, estamos acostumbrados á hablar claro, y ya verá que cosas como estas no deben de ser muy del agrado del Presidente... Cúidese usted mucho, y lo que se ofrezca ya sabe que soy su amigo.

Diciendo esto bajó las escaleras y dejó á Bedolla en el corredor con un palmo de narices.

El gran Bedolla quiso apurar hasta la última gota del amargo cáliz y bajó al ministerio de Relaciones decidido á tener una explicación, á amenazar con la prensa si era necesario, á suplicar y á humillarse si no había otro remedio, pero esta enérgica resolución no tuvo efecto. Bedolla, gracias á que el portero estaba descuidado, pudo penetrar hasta la antesala, y desde allí oyó la voz del ministro que reía y platicaba con el oficial mayor ó con alguna otra persona. Al cabo de un cuarto de hora apareció el portero con la caja de la correspondencia.

—Si le avisa usted al señor ministro me hará un gran favor,—le dijo Bedolla con la voz más amable que pudo; —ya me conoce usted, soy Bedolla, el amigo del señor ministro; no quise entrar porque creo está en el acuerdo.

El portero entró con la caja de caoba llena de cartas y dió el recado.

—Dígale usted á ese licenciado,—respondió el ministro al portero en voz tan alta que Bedolla no perdió una palabra,—que no estoy ni aquí ni en mi casa, que salí fuera de México y que no se sabe cuando regresaré. Es un compromiso,—continuó dirigiéndose al oficial mayor con quien *acordaba* en efecto,—pero el Presidente ha dado orden de que no se le reciba en los ministerios.

Bedolla no esperó á que saliese el portero y le diese

el recado. Era el colmo. Bajó la escalera, no sólo con basca y desvanecimientos, sino mirando ruedas verdes, rojas y de todos colores, tomó un coche del sitio, porque ya se caía, que lo condujo á su casa, y en tres días no pudo concurrir al juzgado. Su médico le dijo que lo que tenía era recargo de bilis.

La desgracia de Bedolla no dejó de traslucirse en el público al cabo de pocos días, y se le veía en el despacho de su juzgado tristón y pensativo. Durante su privanza había vivido como gran señor, comprando buenas alhajas y plata labrada en casa de Soriano, muebles forrados de brocatel, y como le regalaron un par de mulas, muestra de gratitud por haber libertado de la cárcel á un *chalán* que había vendido cuatro caballos mañosos y lacrados á D.<sup>a</sup> Dominga de Arratia, tuvo que *echar coche*, pero todo esto era al fiado, ó en abonos y tapando agujeros; con los recursos extraordinarios que por un motivo ó por otro sacaba de la Tesorería, la iba pasando bien. Repentinamente cesaron las comisiones, las subvenciones para periódicos, los gastos para las elecciones y hasta el pago de su sueldo, pues recibía de tarde en tarde prorratesos de diez y quince pesos, la alarma se propagó, el propietario de la casa en que vivía le notificó que se mudase, y las cuentas llovían desde que amanecía Dios hasta las cinco de la tarde, y cuatro ó seis acreedores lo esperaban en la puerta cuando regresaba del juzgado.

Pero no era esto lo peor, sino que el negocio capital de la restitución de sus bienes á Moctezuma III, en el que habían trabajado sin descanso él y Lamparilla y que estaba á punto de resolverse en su favor, vino completamente abajo. El ministro declaró que en efecto las haciendas pertenecieron al poderoso emperador de los az-

tecas Moctezuma I, y que los Melquiades eran unos de- tentadores y además revoltosos incorregibles, pero que en virtud de nuevos documentos que se habían tenido á la vista, esos cuantiosos bienes, con la adición de los dos volcanes, pertenecían á un duque muy poderoso que residía en Madrid, descendiente directo de Moctezuma, y no faltaba para ponerlo en posesión más que una fe de bautismo que su apoderado en México había ofrecido presentar de un momento á otro.

Lamparilla no tenía coche, ni el lujo de Bedolla, y se sostenía regularmente con las migajas de su condiscípulo y con los negocitos que le daba D. Pedro Martín de Olañeta, esperando siempre y con una paciencia y constancia ejemplares que terminase el ruidoso negocio de los Melquiades, para entrar en posesión de las hermosas fincas de la falda del volcán y fijar de un solo golpe su fortuna, casarse con Cecilia y raparse una vida de ran- chero rico, abandonando los chismes y los disgustos del foro. En cuanto á Bedolla, otras eran sus ideas en cuanto fuese rico. El dinero le facilitaría el camino para llegar á la silla ministerial, pero de pronto renunciaría el juzgado, gastaría cuanto dinero fuese necesario para que, ayudado y protegido por el gobernador de Puebla saliese de diputado; tomaría una casa de primer orden en el Empedradillo, ó en la calle de Plateros; en vez de un coche tendría dos; daría cada semana una comida á los periodistas y hombres políticos, y buscaría por último una muchacha rica y de la aristocracia con quien casarse, y ya le había echado el ojo á la más joven de las hermanas del marqués de Valle Alegre y la seguía á la iglesia, al paseo, al teatro y á todas partes. Trató de indagar qué fortuna tendría á la que llamaba ya *su futura*

*mujer*, y no obstante el embargo de las haciendas, que naturalmente supo, lo tranquilizó Lamparilla diciéndole que la casa de los Valle Alegre era muy rica y poderosa, que cada una de las hermanas tenía su capital separado que pasaría de cien mil pesos, y que además el marqués de Valle Alegre había marchado á casarse con la condesa del Sauz, que tenía más de dos millones de duros.

Crisanto Lamparilla, y Crisanto Bedolla y Rangel, (pues ya se había añadido este segundo apellido), almorzaban juntos los domingos, platicaban largas horas, bebían champaña y se forjaban ilusiones á cual más doradas y alhagüeñas, contaban con ganar cada uno lo menos trescientos mil pesos. Allá como cosa extraña y olvidada hablaban del pobre de Moctezuma III, de doña Pascuala y de su hijo, que era nada menos que ahijado de Lamparilla. A toda esa gente la contentarían con un rancho. Las mejores haciendas serían para ellos.

Pero todo este magnífico castillo de naipes vino á tierra en el momento menos pensado.

Sin dañada intención, sin animosidad personal, guiado únicamente por un sentimiento de caridad y de justicia, el licenciado D. Pedro Martín de Olañeta había logrado coger en un buen cuarto de hora al jefe Supremo de la Nación y había derribado el débil pedestal en que había logrado encaramarse el ya engreído y orgulloso Bedolla, y en su caída arrastró á su satélite y amigo el licenciado Lamparilla.

—

Los dos Crisantos tuvieron un día una conferencia muy seria sobre la situación financiera que guardaban, que no podía ser peor, atendidos los crecidos gastos que te-

nían que hacer para sostener su rango ante el público, y que su desgracia en palacio no se hiciese popular y cayesen en el más completo desprecio.

—No nos queda más remedio ni podemos encontrar nuestro modo de vivir más que en la revolución,—dijo Bedolla.

—¿Pero cómo diablos quieres que hagamos una revolución que pueda echar abajo el gobierno?—le contestó Lamparilla.—Somos demasiado insignificantes; estamos completamente aislados, y si nos metemos á valientes, te expones á perder tu juzgado, que por aquí y por allá te da siquiera para comer y yo la amistad del licenciado Olañeta, que me proporciona negocios, y gracias á eso vamos viviendo.

—Ya se deja entender que nosotros no podemos hacer nada, pero otros lo harán. El tirano de palacio me ha tirado el guante y es menester recogerle; no hay enemigo chico, y ten presente que mientras este ministro esté en el poder, no tenemos ni la más remota esperanza de ganar el pleito á los Melquiades y ponernos nosotros en posesión de los bienes de Moctezuma III.

Por este estilo siguieron platicando y formando diversos proyectos, que á poco abandonaban por absurdos ó difíciles; por fin resolvieron de cualquier manera el comenzar á *trabajar*, y de pronto comenzaron, en efecto, por los anónimos. Lamparilla tenía una maravillosa facilidad para imitar toda clase de escrituras, hasta el grado que la misma persona cuya letra falsificaba, afirmaba que era suya.

Convinieron en vez de ir al teatro, encerrarse en la noche en casa de Lamparilla y despachar su correo.

Anónimos á dos ó tres gobernadores imitando la letra



del ministro de Gobernación, diciéndoles que la *revolución se falseaba*, que se pretendía entronizar la dictadura, que dos de los ministros estaban en favor, y dos en contra, é iban á renunciar sus carteras. Este anónimo recibía su confirmación en un suelto de algún periódico, que sugerían por diversos caminos á alguno de los diarios de oposición.

Anónimo á un coronel de un cuerpo, imitando la letra del ministro de la Guerra, diciéndole que el Presidente desconfiaba de él y lo iba á separar del mando.

Anónimo al gobernador de Puebla imitando la letra del comerciante su amigo, asegurándole que se formaba secretamente una fuerza, para caerle el día menos pensado y disolverle sus granaderos.

Por este estilo discurrían todas las noches las más atroces mentiras que tenían ciertos visos de verdad y se esmeraron en dirigir esta correspondencia á los Estados del interior, donde menos podía averiguarse la verdad. Al principio fué trabajo perdido, pues los que recibían los anónimos, ó no hacían caso, ó los rompían, y no se volvían á acordar de ellos, pero poco á poco la desconfianza fué grande en Guadalajara, donde sobraban los motivos de descontento. El comandante general escribió al Presidente que no veía muy clara la marcha de las autoridades del Estado, que amenazaba, sin saberse exactamente por qué, una revolución, y que estando los regimientos en cuadro por la deserción diaria, necesitaba reclutas y algún batallón de toda confianza para que en caso ofrecido se pudiera reprimir cualquier intenciona.

Como de cajón, Baninelli, que estaba entonces por la costa de Veracruz, fué llamado para marchar á Jalisco

con su batallón y conducir trescientos ó cuatrocientos reclutas, y como de cajón también fué el cabo Franco el comisionado por su coronel para *coger leva* (1) y marchar á la vanguardia.

Ya que hemos hecho conocimiento con el cabo Franco en el monte de Río Frío y en las carboneras de los enmascarados, diremos algunas más palabras sobre él. Sus padres eran de humilde nacimiento. La madre costurera, el padre sacristán. Los dos de color oscuro y pelo negro. El hijo muy blanco, rubio y de ojos azules. El padre y la madre muy quietos, tímidos y devotos, y el hijo vivo, sagaz, turbulento y atrevido. Mientras estuvo en la escuela, donde aprendió á leer y escribir bien en la mitad del tiempo que cualquier otro muchacho, no había día que no riñese y golpease á alguno de sus condiscípulos; el mismo maestro le alzaba pelo, hasta que al fin se hizo el ánimo y lo despidió de la escuela. El día que los padres lo quisieron poner en un colegio, se largó de su casa, se fué á presentar á un regimiento y sentó plaza de pito.

¿Por qué se fué al regimiento y sentó plaza de pito? La explicación es muy fácil. Así como Lamparilla tenía particulares aptitudes para enredar los negocios é imitar cualquiera letra, Francisco, que por abreviatura le llamaban Franco, la tenía para golpear y vencer á cualquiera que se le ponía delante, y para tocar cualquiera instrumento de viento. Con un carrizo hacía una flauta y tocaba como cuentan que allá en remotos tiempos tocaba Apolo, y con un pedazo de papel hacía una corneta, y como

---

(1) La recluta del ejército se hacía en ese tiempo cogiendo á cuantos hombres encontraban en las calles, llevándolos al cuartel, filiándolos en el regimiento, rapándoles la cabeza y vistiéndoles con el uniforme.

además era aficionado al extremo á los soldados, no des- perdiaba ocasión de seguir á las guardias que se re- levaban en palacio, ni de asistir al ejercicio de fuego que hacía la tropa en los potreros, acompañando con los instrumentos de papel y madera que él mismo fabri- caba, los toques de ordenanza. Concluyó por conocer y trabar amistad con los muchachos de las bandas, y en- traba y salía á los cuarteles como si fuera su casa. Todo esto lo ignoraba el unifensivo sacristán, y no se enteró de ello sino cuando fué á reclamar á su hijo al cuartel. Ya estaba filiado, rapado y con su uniforme, y no hubo remedio, el coronel fué inflexible y el muchacho, que to- caba admirablemente el pito, se quedó de soldado. No tardó en tener una camorra con los otros pitos. Tuvo miedo á la vara del cabo, se desertó y se refugió en su casa, y su padre el sacristán lo escondió en la iglesia, donde estuvo más de dos meses durmiendo en los con- fesionarios y en las tarismas de los altares. El día menos pensado se escapó y se fué á presentar á otro regimiento, donde lo recibieron y lo perdonaron, en atención á su edad y á lo bien que tocaba los instrumentos de bronce.

En el curso de dos ó tres años se desertó como veinte veces, y otras tantas se volvió á presentar, hasta que fué á dar al regimiento de Baninelli, que había oído hablar mucho de él á los jefes y oficiales de los otros regi- mientos.

—Ya sé la casta de pájaro que eres,—le dijo Baninelli tirándole las orejas.—Te voy á admitir cerrando los ojos sobre tus muchas deserciones, pero conmigo no juegas; á la primera vez que faltes del cuartel, te mando dar veinticinco palos, y si consumas la deserción, te busco aunque te ocultes en los profundos infiernos, y de allí te

saco y te fusilo. Piénsalo bien, ya no eres un muchacho sino un hombre. Si no te agrada vete, nada te sucederá, te lo aseguro, y procuraré tu licencia absoluta para que ninguno te pueda perseguir.

Franco se quedó pensativo unos cinco minutos y después respondió:

—Mi coronel, me gusta su genio de usted, me quedo, y convenido; el día que me desierte hará usía bien de fusilarme. No diré ni esta boca es mía.

Desde ese momento Franco ganó la confianza y el cariño del coronel, y no pasó mucho tiempo sin que lo ascendiese á cabo y le dispensase toda su confianza. Lo más difícil, lo más peligroso y lo más atrevido se encomendaba á Franco, y ya hemos visto cómo se portó en la expedición contra los bandidos de Río Frío.

Baninelli le cumplió la palabra que tan ligeramente le dió en la montaña. No era fácil que de un salto pasase de cabo á capitán, y no le costó poco trabajo.

Cuando Baninelli dió el parte oficial de su campaña, y platicó largamente de ella al Presidente, éste le dijo:

—Ha hecho usted más de lo que yo esperaba; la ciudad está contenta y el prestigio del gobierno ha subido un ciento por ciento. Los ministros extranjeros me han hecho una visita, y las narices de la inglesa, que ya está casi buena, nos han costado una friolera. Crea usted que llegué á temer un rompimiento formal con las potencias extranjeras. Usted, pues, ha prestado un servicio distinguido á su patria, y voy á ordenar al ministro de la Guerra que extienda á usted su despacho de general de Brigada, le mandaré bordar una banda verde y se la regalaré.

—Mi general,—le respondió Baninelli,—admito la

banda, la guardaré como una reliquia y me la ceñiré el día que la gane como gané mis estrellas de coronel peleando en Tampico contra los españoles, pero una campaña de una semana contra unos miserables indios, no vale la pena. Lo que pido á mi general y no me lo negará, son las presillas de capitán para Franco. El lo ha hecho todo. Si no lo llevo á la expedición me vuelvo como fuí, mejor dicho, no vuelvo, me habría pegado un tiro.

El Presidente insistió en que Baninelli fuese general de brigada, y Baninelli en que fuese Franco capitán, asegurándole que los oficiales de su regimiento no se darían por ofendidos, porque él les explicaría las circunstancias particulares del caso.

Baninelli ganó, y Franco, que había comenzado como pito de la banda, á pesar de sus calaveradas y deserciones, se plantó el uniforme que le regaló Baninelli y las presillas de capitán.

Terminada esta precisa digresión, pues que Franco volverá á figurar en esta famosa é histórica novela, volvamos á ocuparnos de nuestros amigos los licenciados.

*El que al cielo escupe, á la cara le cae*, y no hay refrán más cierto. Ni Lamparilla, ni Bedolla y Rangel, por más que escribían, que intrigaban, que chismeaban y que mañosamente hacían deslizar parrafillos subversivos en los periódicos, veían el resultado práctico de sus trabajos revolucionarios, las cosas políticas seguían en el mismo estado y el gobierno, con el golpe decisivo que dió Baninelli á los ladrones de Río Frío y el acertado nombramiento de Evaristo para capitán de rurales, parecía más firme y seguro que nunca, pero lo que se hallaba en un estado pésimo eran los bolsillos de los dos condiscípulos

y amigos. El propietario de la casa que habitaba Bedolla (muy cara de renta), y Soriano, á quien le había comprado muchas alhajas, habían ya visto á D. Pedro Martín de Olañeta para que se encargara de esos negocios y demandara á Bedolla. Por compañerismo y consideración había llamado Olañeta á Lamparilla para advertirle y aconsejarle que procurase que Bedolla se compusiese amigablemente con sus acreedores y que él no procedería á la demanda sino cuando ya no hubiese otro remedio.

Platicaron sobre esto los dos Crisantos, y agotando expedientes y recursos, no encontraron otro sino recurrir á D.<sup>a</sup> Pascuala, sin sospechar siquiera que por causa de sus intrigas, maquinaciones y anónimos, habían preparado una formidable tempestad sobre la persona misma de quien esperaban sacar recursos.

Lamparilla, lleno de esperanza, mejor dicho, persuadido que obtendría de su comadre los recursos necesarios para salir de la situación extrema en que se encontraban él y su amigo, ensilló su caballo una mañana muy temprano, y á todo galope se dirigió al rancho de Santa María de la Ladrillera.

La mañana, con el sol radiando en un cielo despejado y azul, más bien estaba tibia que fresca. Al acercarse Lamparilla al rancho que hacía mucho tiempo no visitaba, hirieron sus ojos los bien cultivados campos donde á impulsos de un viento suave se balanceaban las airosas y verdes cañas de maíz que se doblaban y parecían quebrarse con el peso de los gruesos elotes que ya dejaban ver sus tornasolados cabellos, las tablas de cebada con las espigas cuajadas de granos, los asnos gordos y los caballos lustrosos y bien cuidados que pastaban en el ce-

rro. Se acercó más, y la casa pintada de nuevo de colores vivos con su pequeño y florido jardín delante de las ventanas, y los perros y corderillos blancos corriendo y saltando por allí cerca, presentaban un aspecto tan apacible y tan encantador que parecía otro rancho distinto del que tuvo ocasión de conocer el lector con motivo de la enfermedad de D.<sup>a</sup> Pascuala y de las visitas que le hicieron las brujas. Todo esto era el resultado visible del trabajo de los que habitaban el rancho. D.<sup>a</sup> Pascuala engordaba cochinos y hacía morcillas y chicharrones, y esto y su manteca blanca y limpia y su carne salada y conservada, le daban un producto muy regular sin contar que hacía quesos, requesones y mantequilla. Juan se dedicaba á llevar las cuentas, á medir la cebada, á formar las barcinas de paja, y Moctezuma III y Pascual enseñados por D.<sup>a</sup> Pascuala, eran unos buenos agricultores que labraban bien la tierra muchas veces guiando personalmente sus yuntas de bueyes. Uno ú otro iban los más días á la ciudad á procurar la venta de sus semillas, y á comprar instrumentos de labranza, ropa para los peones y lo demás que necesitaban para el servicio de la finca.

Lamparilla moderó el paso para dar resuello á su caballo, y habría llegado sin ser sentido hasta la sala de la casa si no hubiera sido por los perros que en grupo salieron á encontrarlo, á ladrar y hacerle fiestas, pues ya lo conocían, y desde que nacieron eran sus amigos.

D.<sup>a</sup> Pascuala salió de su cocina donde preparaba una gran vasija de leche para convertirla en quesos y requesones.

Los muchachos aun no venían del campo, y D. Espiridión, más gordo, con el bigote más cerdoso y más pa-

rado, y el labio inferior más grueso y más morado, se levantaba en ese momento. Estaba más aliviado y con la habla más expedita.

El licenciado se apeó, entregó las riendas de su caballo á un peón, y su comadre más fresca y más robusta y como si no hubiesen pasado días, meses y años sobre ella, le tendió los brazos con sincero cariño y lo introdujo en la sala.

—Como se da usted desear, compadre,—le dijo;—ni por la enfermedad de Espiridión, ni siquiera por venir de cuando en cuando á almorzar unas quesadillas con su comadre, se le vé á usted la cara. Me las tiene usted que pagar, y el Cardillo me ha dicho que no se ocupa usted más que de Cecilia y que semanas enteras se está usted en Chalco.

—Verdad es, comadre, que suelo ir á Chalco, pero más que por los asuntos que tengo entre manos de Cecilia, hago el viaje por los de usted, porque allí adquiero noticias de cómo manejan las haciendas los Melquiades, del maíz y trigo que venden, y lo que es más importante, de los manejos que ponen en planta contra nosotros. Le aseguro á usted que nos están robando como quien dice, año por año, unos veinte ó treinta mil pesos.

—¡Dios que nos valga, compadre!—¿Tanto así?

—Tanto así, comadre, y precisamente eso me trae aquí. Hemos sufrido un pequeño trastorno. El ministro me iba á dar la orden para tomar posesión de las fincas y arrojar á los Melquiades de ellas y hasta del pueblo de Ameca, y contaba yo con que el comandante general me diese la fuerza armada necesaria, pero le digo á usted que hemos sufrido un pequeño trastorno. El ministro ha tenido un disgustillo con mi amigo el juez Bedo-



lla, por causa de unas cuentas que no se han podido pagar. ¿Qué quiere usted? cosas de la política, misterios de palacio que no puedo revelar á usted y que acaso no entendería, porque sólo los que andamos en negocios los entendemos... para no cansar á usted, necesitamos unos tres ó cuatro mil pesos. Ya sabe usted que cuando tengo dinero, lejos de cobrarle honorarios le suplo á usted cuanto necesita ¿no es verdad?

—Y como que sí es, compadre, y si no fuese por el arreglo que usted me hizo con el licenciado Olañeta, ya el pobre de Espiridión y yo con mi hijo y con Moctezuma III, estaríamos en la calle pidiendo limosna. Dios nos ha favorecido, ya vé usted como está este rancho que ya es hacienda, y hacienda grande y buena que produce plata y harta. Ya pagué á Jipila lo que le tomamos prestado, y con eso le he comprado del otro lado del cerro una tierrita y unas casas y vive muy contenta, y ya tiene siembras y magueyes, y es como quien dice rica, pero no abandona su oficio de herbolaria y ella es la que me cuenta las cosas de usted y de D.<sup>a</sup> Cecilia. No deja usted de ser buen bribón, compadrito.

La buena de D.<sup>a</sup> Pascuala, pasó suave y afectuosamente la mano por debajo de la barba de Lamparilla, el que con esta demostración consideró que su negocio estaba ganado y que no dilataría mucho en sacar de D.<sup>a</sup> Pascuala más dinero del que necesitaba.

—Poca cosa hay en el baul que usted conoce, compadre, porque, como le acabo de decir, pagué ya á Jipila; pero hemos hecho una troje nueva, pintado la casa que estaba muy triste, la cocina tiene brasero, las caballerezas, pesebre, y de cuenta del rancho se ha compuesto una parte de la calzada, y ya notaría usted la diferencia,

carretones y coches pueden venir hasta la puerta; pero ya veremos qué se hace, no ha de faltar, y si en eso consiste en que ganemos el pleito de Moctezuma III, se hará un sacrificio... me ocurre...

A este tiempo y antes de que D.<sup>a</sup> Pascuala le dijera á Lamparilla lo que le ocurría, hicieron una repentina irrupción en la sala los tres muchachos; es decir, Juan, Moctezuma III y Espiridión; venían del campo y del cerro, donde cada uno trabajaba, y siendo hora del almuerzo y teniendo mucha hambre venían á urgir á D.<sup>a</sup> Pascuala, que á los tres los quería como hijos.

Lamparilla los encontró muy guapos, los abrazó, les hizo muchos elogios, por lo bien que se portaban y el buen estado en que tenían la finca, y mientras ellos salieron á ver los caballos y jugar con los perros, Lamparilla continuó su conferencia, que era lo que más le importaba.

D.<sup>a</sup> Pascuala al fin, con la buena voluntad con que se prestaba á cuanto quería Lamparilla y que lo consideraba como el único hombre sabio que había en el mundo, le prometió que en el momento que vendiera su cosecha de maíz podría disponer de dos ó tres mil pesos, y que entre tanto registraría el baul y le daría lo que pudiera, quedándose sólo con lo muy preciso para sus rayas y gasto.

Lamparilla vió el cielo abierto, pues con esa suma, él y su amigo Bedolla cubrían de pronto sus compromisos, y después Dios diría. La revolución podría estallar de un momento á otro, el ministerio caer y reanudarse el negocio de los bienes de Moctezuma III, y tampoco sería difícil una reconciliación con el Presidente, y ya discurrirían el modo de adularlo, de prestarle un nuevo

servicio y de volver á su gracia. Lleno de alegría y de ilusiones con esos nuevos castillos en el aire que reemplazaban hasta cierto punto el edificio de naipes recientemente demolido, salió á recorrer las milpas y se cercioró de que en efecto la cosecha debería ser abundantísima. La mayor parte de las cañas tenían dos elotes y algunas tres y cuatro. El grano había cuajado y las heladas no podían hacerle ya daño. Volvió á la casa donde D.<sup>a</sup> Pascuala, también muy contenta con la visita de su compadre, había preparado el almuerzo. Iban á sentarse todos á la mesa cuando escucharon un concierto lejano de pitos y tambores. Lamparilla subió á la azotea, y entre una nube de polvo pudo descubrir una tropa de infantería que avanzaba á paso redoblado en la dirección del rancho. Al batallón seguía una *cuerda* como de doscientos hombres custodiados por caballería, y después una recua cargada con parque, vestuario y el depósito del regimiento. Lamparilla, se figuró que pasarían de largo, tomarían cuando más una poca de agua, y bajó á decirle á D.<sup>a</sup> Pascuala que mandase preparar unos cántaros de agua fresca. Por precaución y para no tener que ofrecerles de almorzar á los oficiales, entre todos quitaron la mesa, escondieron el pan, el pulque y el vino y volvieron á la cocina los guisados que estaban ya servidos.

No terminaban este rápido movimiento, cuando entró hasta en medio de la sala un sargento seguido de cuatro soldados. Descansaron con estrépito sus fusiles, rajando los ladrillos con las culatas.

—Alojamiento y raciones de carne y maíz para mi capitán, su tropa y oficiales, doscientos reclutas y los arrieros y su recua,—dijo bruscamente el sargento poniendo-

se más bien por costumbre que por respeto dos dedos de la mano derecha en la frente.

—¡Santo Dios!—dijo D.<sup>o</sup> Pascuala,—cómo hemos de alojar tanta gente en este rancho que es chico como una cáscara de nuez.

—Imposible, sargento,—dijo Lamparilla con cierto tono de autoridad.—¿Dónde está el comandante de la fuerza? voy á hablar con él.

El sargento, sin responder, mandó echar armas al hombro y salió; pero casi inmediatamente y mientras Lamparilla buscaba su sombrero, el comandante de la fuerza se presentó. Era el cabo Franco, que le continuaremos llamando así, aunque ya, como hemos dicho, vestía su uniforme nuevo aunque empolvado, y estaba guapo, gallardo y simpático, con su pelo rubio, sus colores frescos en los carrillos y sus grandes ojos de un azul claro.

—No hay remedio; como se pueda tienen de darnos alojamiento,—dijo al entrar y dirigiéndose á D.<sup>o</sup> Pascuala y á Lamparilla, que, asustados de esta repentina irrupción, no sabían qué hacer.—Ya tengo mucha experiencia, en los pueblos,—continuó Franco,—nada se encuentra y tiene uno que andar á vueltas con los alcaldes, mientras en los ranchos nunca falta una res ó un carnero que matar, y en cuanto á maíz y cebada, siempre sobran.

Al decir esto se sentó sin ceremonia en el canapé, se limpió el sudor y dijo al sargento que con sus cuatro soldados había vuelto á entrar:

—Que lleven mi caballo, los de los oficiales y los del piquete de caballería á la caballeriza y les echen cuatro cuartillos de cebada á cada uno; que la tropa se aloje en

las trojes; que los reclutas vayan al corral, y las mulas de carga échenlas á las milpas para que coman caña, que está muy verde y muy fresca, y usted, patrona porque supongo que usted es la dueña de este rancho, disponga que nos den de almorzar bien; somos cinco oficiales; que maten una res para la tropa y los reclutas y que entreguen á los arrieros una carga de maíz para que hagan sus tortillas. Si tiene usted, que sí tendrá, un poco de chile colorado, tanto mejor, ya sabe usted que dándoles á nuestra gente tortillas y chile están de lo más contentos.

—Está bien, mi capitán,—dijo el sargento, y salió con sus cuatro soldados á cumplir las órdenes que acababa de escuchar.

—Pero capitán,—dijo Lamparilla,—eso es arruinar completamente esta finca. No puede ser, se dará maíz y cebada, res no tenemos nada más que las yuntas y algunas vacas de ordeña.

—Tanto mejor,—dijo Franco,—con un par de vacas de ordeña me basta. La carne será mejor, pero á todo esto, ¿quién es usted y qué papel representa?

—Soy el licenciado Crisanto Lamparilla.

—¿Es usted el dueño de este rancho?

—No, señor, sino...

—Pues entonces en nada tiene usted que meterse. ¿La señora es la dueña?

—Sí, señor capitán,—contestó D.<sup>a</sup> Pascuala.

—Pues entonces con usted me entiendo y ese licenciado puede irse á su casa, pues nada tiene que ver aquí. Con que vaya usted á dar sus órdenes. ¡Eh! el maíz, una vaca, pastura para los caballos y el almuerzo para nosotros, pronto, que apenas nos hemos desayunado. Esta-

remos aquí dos ó tres días porque aguardamos al coronel con el resto de la fuerza.

D.<sup>a</sup> Pascuala, dominada por el tono decisivo del cabo Franco, fué á la cocina á disponer que volvieran á la mesa los sabrosos guisos que había preparado para su compadre, para que se los almorzaran los oficiales; los muchachos se dirigieron á las trojes para entregar el maíz, y al corral para que se instalasen la cuerda de reclutas, y Lamparilla, azorado, quedó en la sala, á donde salió D. Espiridión, revolviendo sus saltonas pupilas, con el labio inferior colgándole y dando evidentes señales de un terror profundo. Lamparilla pudo sostenerlo para que no cayese al suelo y lo instaló en el canapé.

—Licen... cen... cenciado... me han echa... chado de mi recá... ca... cámara.

Era la verdad. El cabo Franco tomó de los hombros al pobre D. Espiridión, que al ruido de los tambores se había levantado con mucho trabajo de su cama y trataba de saber lo que pasaba. En un abrir y cerrar de ojos la tropa se había apoderado enteramente del rancho, sin pedir permiso y sin miramiento de ninguna clase.

Los arrieros hicieron su *hato* en un costado de la casa, y las mulas, viéndose libres, se dirigieron, sin que nadie se lo dijera, á las milpas, dando respingos, tirando patadas de alegría, revolcándose y arrancando con sus fuertes y blancos dientes las mazorcas de maíz y quebrando cañas á diestro y siniestro. A las mulas siguieron los caballos conducidos por los asistentes y cuatro ó seis dragones, á pretexto de espantar las mulas, se metieron á caballo por los surcos á recoger elotes y calabacitas. En menos de quince minutos dos hermosas tablas de maíz quedaron aniquiladas.

Por el corral y las caballerizas las escenas eran no menos lastimosas. La vaca más bonita y más lechera, que era todo el querer de D.<sup>a</sup> Pascuala y que se llamaba la *Consentida*, estaba ya en tierra amarrada de piés y manos y con una profunda herida en el cuello, de donde manaba un chorro de sangre, y así medio viva, le cortaban la piel los soldados cocineros y le sacaban los mejores trozos de carne.

Dos borregos y un chivo que gritaba dolorosamente, estaban también amarrados y heridos. A los caballos de la hacienda los habían echado á la calzada, y puesto en el pesebre á los del cabo Franco y sus oficiales. Los asistentes metieron en la recámara de D.<sup>a</sup> Pascuala el baul, la montura, las armas del capitán y oficiales, la sala fué declarada cuartel, se nombró y montó la guardia, y realmente de las piezas de la casa no quedaron expeditas más que el comedor y la cocina, que el mismo cabo Franco había reservado para poder almorzar con descanso él y los suyos.

Los reclutas, amarrados en mancuernos, fueron instalados á varazos en el corral; pues los cabos, para no dejar descansar á su vara, hacían uso de ella sin motivo, descargándola sobre los traseros y espaldas del montón que iba entrando. En seguida se encendieron unas lumbradas con la leña que D.<sup>a</sup> Pascuala tenía en su cocina, y se les arrojaron á los reclutas unos trozos de carne como á fieras y se les distribuyeron los cántaros de agua que Lamparilla había mandado preparar, creyendo que era lo único que tenía que dar el rancho.

Como todo esto sucedía en momentos y eran los destrozos simultáneos, los tres muchachos corrían aquí y acullá, uno espantando las mulas y haciéndolas salir de

las milpas; otro acudiendo á la troje para que no desperdiciaran y derramasen el maíz; el otro recogiendo las vacas y encerrándolas en una caballeriza para evitar que corrieran la suerte de la Consentida, y Moctezuma III, con cierta energía, conteniendo y peleándose con los arrieros y soldados, sin lograr que le hicieran el menor caso, pues decían que no reconocían más autoridad que la de su capitán.

Ya el cabo Franco, dos tenientes y dos subtenientes estaban sentados en la mesa y comenzaban á saborear los guisados servidos, cuando D.<sup>a</sup> Pascuala supo que su vaca Consentida había sido matada y repartida su carne á los soldados y reclutas. Soltó la cazuela de frijoles que tenía en la mano, se soltó dando de gritos y se dirigió al comedor diciendo sin miedo ni miramiento las palabras más duras contra el capitán; salió á fuera de la casa, y enterándose con una sola ojeada de los destrozos que había hecho la tropa, su cólera no tuvo límites. El cabo Franco se rió al principio á carcajadas, pero continuando D.<sup>a</sup> Pascuala llamándole ladrón, y asesino, y saqueador, y maldito, se formalizó y la amenazó con mandarla amarrar y teparle la boca con un pañuelo para que no siguiese hablando. Los muchachos que entraban en ese momento á quejarse con el capitán de los desmanes de los arrieros y de los soldados, tomaron la defensa de D.<sup>a</sup> Pascuala y quisieron echarla de valientes.

—Qué buena ocasión y qué buenos reclutas,—dijo el cabo Franco.—Valen más estos tres que los doscientos que están en el corral; ya dentro de cinco minutos no hablarán tan gordo. Los voy á mandar cortar el pelo á peine conforme á ordenanza, á ponerles una gorra de cuartel y á pasarlos por cajas.



Y dicho y hecho, hizo sentar sucesivamente á Espiridión, á Juan y á Moctezuma III, amenazándolos que los mandaba fusilar si se movían. Los raparon, les pusieron su gorra de cuartel, y amarrados codo con codo fueron conducidos al corral á formar parte de la cuerda.

—Es una precaución para que no se me escapen, que si se portan bien y saben escribir llegarán pronto á ser cabos, como yo he sido muchos años, y ya me ven ustedes, ahora soy todo un capitán.

Del furor pasó D.<sup>a</sup> Pascuala á las lágrimas. Sollozaba que daba lástima, quería abrazar las rodillas del cabo Franco y le prometía darle todo el rancho con tal de que le dejase á los muchachos.

Lamparilla intervino también, suplicó al capitán, trató de convencerlo con mil argumentos de que debía dejar libres á los muchachos, y en compensación no se quejarían, ni reclamarían los daños que su tropa había hecho á la finca, pero notando que el cabo Franco era inflexible y se sonreía como única contestación á sus discursos, tuvo la tontera de amenazarlo y decirle que el ministro de la Guerra y el comandante general eran sus amigos y que se quejaría, y contaría, y comprobaría con testigos los daños que había hecho y los desmanes que había cometido hasta el grado de llevarse presos á los dueños del rancho.

—Vea usted lo que son las cosas,—le contestó el cabo Franco con la mayor calma y acabándose de beber un vaso de pulque.—Las lágrimas de la patrona me habían hecho impresión, al fin le hemos matado su vaca y esos brutos arrieros dejaron ir la mulada á la milpa; quería darle un susto por las injurias que me dijo, y soltarle esta noche á esos muchachos, pero ya que me amenaza

usted, ahora me los llevo de veras y quiero ver lo que sucede. Tengo orden de reclutar el batallón y no han de ser únicamente los indios los que hagan el servicio. Yo mandaré un oficial á mi coronel dándole parte y diciéndole que ya los pasé por cajas y usted quájese á quien quiera. Ustedes los licenciados han sido siempre enemigos del ejército. Con razón el Presidente no los puede ver ni pintados. En cuanto á usted, monte á caballo y váyase á hacer el chisme, porque si está usted dos horas aquí, lo mando pelar y pasar por cajas, y trabajo le costará salir del cuartel.

Lamparilla, indignado, pero lleno de miedo al mismo tiempo, reconoció su imprudencia, montó á caballo y salió del rancho á escape, asegurándole á D.<sup>o</sup> Pascuala que iba á mover cielo y tierra y que al día siguiente volvería con la orden para poner en libertad á los muchachos.

—Ya lo ve usted, compadre,—le dijo D.<sup>o</sup> Pascuala, enjugándose los ojos,—arruinada en un momento, imposible de auxiliar á usted; del maíz que ha quedado en pié no se sacarán ni 500 pesos, pero haga lo que pueda, empeñe el rancho, con tal que me consiga la libertad de estas criaturas.

El cabo Franco, cuando acabó de almorzar y tomó su café que D.<sup>o</sup> Pascuala le sirvió para tenerlo grato y ver si conseguía ablandarlo, puso algún orden en su tropa, pero ya sin resultado. El daño estaba hecho. En la noche dejó el comedor libre y allí se acomodaron D.<sup>o</sup> Pascuala y D. Espiridión, que con los ojos saltones y como un imbécil había presenciado toda la tragedia, queriendo pronunciar alguna palabra, quedándose con la boca abierta sin poderlo conseguir. Los muchachos, á ruegos

de D.<sup>a</sup> Pascuala, fueron desatados y vinieron á dormir á la troje con centinela de vista.

Lamparilla por interés propio y por hacer un nuevo servicio á su comadre y tener motivo para cobrarle honorarios, luego que llegó á México se puso en campaña. Con mil trabajos logró ver al ministro de la Guerra, al que contó las escenas casi salvajes que habían pasado cerca de la capital.

—La tropa es así; ¿qué quiere usted?—le contestó fríamente el ministro de la Guerra.—En resumen yo no veo nada de grave: una vaca matada para alimento de los soldados y reclutas y unas cuantas cañas de maíz quebradas, cosa de cuarenta ó cincuenta pesos. Daré orden para que de gastos extraordinarios se le paguen á la dueña del rancho, pero en cuanto á los muchachos cogidos de leva, es cosa de la comandancia general y del coronel del cuerpo. Véalos usted, pero si están pasados por cajas no hay remedio. Cuando llegue el batallón á Guadalajara, véame usted para ver lo que se puede hacer.

Lamparilla logró al día siguiente hablar con el comandante general.

—Ya sé lo que me va usted á decir. Imposible. Ya el coronel me dió parte. Todos los reclutas que tiene están *pasados por cajas*.

Al coronel Baninelli no lo pudo encontrar, porque en la mañana había salido con dirección á Querétaro con el resto del batallón.

Montó Lamparilla á caballo y se dirigió al rancho.

El cabo Franco, con sus soldados, sus arrieros y su cuerda, habían salido en la media noche para Cuautitlan llevándose como reclutas y ya vestidos de soldados con

sus fusiles al hombro al hijo de D.<sup>a</sup> Pascuala, á Juan Robreño y á Moctezuma III.

Lamparilla, desde que se aproximó y tomó la calzada que conducía á la casa, notó, no sólo los desastres que había causado la invasión del día anterior, sino la más completa soledad. Los mozos y peones habían huído en la misma noche por temor de ser cogidos de leva; los caballos, burros y vacas, dentro de las milpas acabándolas de destrozar; los perros moribundos á causa de los palos y pedradas que les habían dado los arrieros.


Desolación y soledad. Las puertas de la casa abiertas y las rejas de las ventanas torcidas. Penetró hasta la sala.

D. Espiridión, tirado en el suelo muerto, con los ojos saltados y la boca abierta como amenazando al cabo Franco.

D.<sup>a</sup> Pascuala desmayada en el canapé, y Jipila en un rincón exhalando dolorosos gemidos.

## CAPÍTULO X

### El capitán de rurales

os valentones de Tepetlaxtoc no quedaron muy contentos de la conducta de Evaristo en el ataque que sufrieron por las fuerzas del coronel Banninelli. Decían en la pulquería del pueblo que era un gallina, un collón, un sinvergüenza que se había *juído* en cuanto vió á las capas amarillas; que si él, como capitán que era de la cuadrilla, se hubiese puesto á la cabeza de ellos, se habrían zumbado redonda á la caballería de línea y hasta cogido preso al coronel.

De los indios enmascarados decían blasfemia y media. De cobardes y animales no les bajaban un punto, y se alegraban que los hubieran colgado en los árboles, como se cuelga á los coyotes y á las zorras para que sirvan de espantajo en las milpas, y como tenían á deshonra que dos de los muchachos de Tepetlaxtoc estuviesen colgados en los árboles en compañía de tan miserables brutos, á

la noche siguiente á la derrota montaron á caballo, llegaron á las tres de la mañana al camino de Río Frío, descolgaron á sus compañeros, hicieron una sepultura en el monte, los enterraron, después se hincaron de rodillas, les rezaron un padre nuestro y un ave-maría por el descanso de su alma y volvieron á montar á caballo, y antes de medio día iban entrando, uno á uno en el pueblo, de modo que los pasajeros ya sólo miraban, balanceándose en el aire las piernas prietas y desnudas de los enmascarados que tenían la cara y el pecho, ya medio comidos por los gavilanes y aguiluchos.

Evaristo, añadían, no se había portado bien, dejando abandonados á esas gentes para que se las comieran los zopilotes; repetían que á la *mejor se había rajado*, y se proponían cuando viniese Evaristo al pueblo, convidarlo á tomar pulque, y buscarle camorra, provocarlo y pelearse con él para saber si cara á cara y hombre á hombre, era capaz de sostenerse y no se iría para atrás como un gallina.

Evaristo, no obstante esta mala disposición de la gente de Tepetlaxtoc que no ignoraba, porque Hilario que los oyó, pocos días después se lo había contado, se presentó en el pueblo y los convidó como tenía de costumbre á tomar un vaso del *Tlamapa fino* de la hacienda de D. Manuel Campero.

—Ya saben,—les dijo,—que soy capitán de rurales, y D. Juan Baninelli me ha dado facultad para levantar fuerzas, para perseguir á los ladrones no sólo en el monte, sino en los pueblos y sacarlos de noche y colgarlos en los árboles como él nos hubiera colgado á todos si nos hubiese agarrado; pero quiero que seamos amigos y com-

pas hasta la pared de enfrente; conqué vénganse conmigo con sus armas y caballo, ya nos dará el gobierno nuestro sueldo y veremos después cómo arreglamos nuestro modo de vivir. Ya de los indios que para maldita la cosa me servían, no me queda más que uno, y tengo ahora otros que no saben nada de lo pasado y trabajan en el campo como cristianos, y *san se acabó...* con que, ¿qué tienen que contestar?

—Pues *compas* y nada más,—respondieron los valentones, y se estrecharon y se sacudieron las manos sucias y callosas, bebieron hasta más no poder el pulque fino de D. Manuel Campero, y la compañía de rurales para custodiar el camino de Veracruz quedó formada. Evaristo tuvo la audacia de ir á México y con el nombramiento provisional de Baninelli y las instrucciones que le había dado se presentó á la comandancia, y en menos de una semana arregló cuanto era necesario y volvió con su despacho de capitán, y la orden para que le abonaran las aduanas de Texcoco y Chalco haberes para veinticinco hombres á un peso diario cada uno. El gobernador del Estado de México se había entendido con el gobierno general y estaba muy contento de que hubiese una fuerza que cuidase su Estado y fuese pagada por la Federación, y se avanzó hasta escribir una carta muy afectuosa á Evaristo llamándole *Estimado amigo*, y diciéndole que confiaba en su patriotismo y valor para que pronto se viese restablecida la seguridad personal en esa parte del Estado. Con todo y esto los vecinos honrados de Texcoco, de Chalco y de Tepetlaxtoc, y aun el mismo administrador de la Blanca que lo había recomendado, fueron atando cabitos y casi no tuvieron duda de que Evaristo no era extraño á los acontecimien-

tos de Río Frío, pues que resultaron pruebas contra los carboneros que trabajaban por su cuenta, y además la amistad que tenía con la mala gente de Tepetlaxtoc daba mucho que decir aun cuando él había tenido cuidado de contar á todo el mundo que se llevaba con aquellas gentes porque, hallándose solo y casi aislado en el rancho de los Coyotes, valía más tener amigos que no verse robado y asesinado la noche menos pensada.

Pero sea lo que fuere, los que así sospechaban tenían tanto miedo, que ni á su sombra se atrevían contar lo que pensaban. Evaristo, un cobardón vicioso, pero afortunado, había logrado la fama de valiente en la comarca que habitaba, y se había hecho temer, lo mismo que Bedolla en su línea de político y de intrigante, se había captado la amistad y la consideración de los ministros, magistrados y gente principal de la capital. Un par de personajes insignificantes, aparecidos repentinamente en la sociedad, habían sido causa de singulares acontecimientos, hasta el grado de poner en peligro inminente las relaciones de México con las naciones poderosas de Europa. ¡Misterios humanos, que cuando se cuentan en la simple forma que van pasando, se parecen mucho á una novela!

La seguridad del camino de Veracruz se restableció en lo aparente, pero los pasajeros de la diligencia no dejaban de llevar sustos en la parte boscosa de la calzada, ni de dar, aunque en otra forma, bastante dinero.

Cuando menos lo esperaban, ya en un punto, ya en otro, salían de la espesura de las yerbas y de los árboles diez ó quince hombres montados en buenos caballos y armados hasta los dientes, que rodeaban la diligencia, y alguno de ellos, que fungía de jefe, se acercaba á la por-



tezuela, se quitaba el sombrero y decía con una voz hueca y frecuentemente aguardientosa:

—Buenos días, caballeros. *Es la escolta del camino.*

Pero las fisonomías de toda la escolta eran tan sospechosas y patibularias, que á los pasajeros, y especialmente á las pasajeras, les brincaba el corazón. Galopaba así la escolta una media hora junto al coche, haciendo sonar los sables y tercerolas, y levantando una polvareda espesa, y cuando les daba la gana, el jefe volvía á saludar y decía:

—*Se retira la escolta.*

Y uno á uno de los que la formaba iba sucesivamente tendiendo su sombrero é introduciéndolo hasta dentro, diciendo:

—*Lo que gusten dar, caballeros.*

Llovían pesos y pesetas en los sombreros hasta que no quedaba ni polvo en el bolsillo á los pasajeros. En seguida metían las espuelas á los jacos y como demonios desaparecían en el recodo de la montaña. El gobierno estaba muy satisfecho y contento, y los que tenían que hacer el viaje á Veracruz llevaban por lo común dos pesos para almorzar, dos pesos para lo que se pudiera ofrecer y dos ó tres pesos para las escoltas, pues á veces se repetía tres ó cuatro veces la escena en Amozoc, en el Pinal y al llegar ó salir de Perote.

Evaristo dejó el cuidado inmediato de las escoltas á Hilario, y él, con un par de valentones detrás, recorría los pueblos indagando la vida y milagros de todo el mundo, tratando de trabar conocimiento y relaciones con las muchachas que le parecían más fáciles y bonitas, amenazando á todos los pueblos y bajo el pretexto de purgar el país de bandidos, imponiendo su autoridad

aun á los alcaldes y regidores, de modo que unos por que algo tenían que les remordiera la conciencia y otros por miedo de ser calumniados y perseguidos, lo recibían con el sombrero en la mano, le daban de almorzar de balde, y ya le regalaban un manojó de gallinas, ya un guajolote, ya una burra lechera y hasta caballos de algún valor. De vez en cuando venía á la capital en busca del coronel Baninelli, á quien logró ver una vez, y de las autoridades civiles y militares, con quien estaba en relaciones con motivo del desempeño de su comisión, les contaba mil mentiras y exageraba su constante trabajo y vigilancia.

Una vez un barillero que llevaba su papelera de cristal, con alfileres, bolitas de hilo, estampitas de santos y otras baratijas, fué robado y asesinado por el rumbo del Molino de Flores. Evaristo quiso imitar á Baninelli y se echó á buscar el autor del delito, pero imposible que lo encontrase. El lance había seguramente pasado en la noche, el barillero, estaba tendido en medio del camino en calzoncillos blancos, cubierto de sangre, con seis ú ocho puñaladas y la papelera hecha pedazos á poca distancia. Esto era todo. Evaristo, no se dió por vencido, espíó al primer indio que pasase solo con sus burros. A los dos días de observación un desgraciado que había conducido ladrillo á la fábrica de hilados, fué aprehendido por el mismo Evaristo, y sin más ceremonia lo colgó en un *Piru*, despachó con uno de los valentones los burros al rancho, y él se fué en el acto, seguido de otros dos, á dar personalmente el parte á México.

—Nos van á dar malos ratos los periodistas,—le dijo el mayor de plaza,—pero desgraciadamente no hay otro medio de acabar con los ladrones. Ya veremos, pero

pierda cuidado, que se le sostendrá, pues basta que sea amigo del coronel Baninelli.

—Verdaderamente es un barbaján,—dijo el mayor.

Y desde ese día corrió la voz en México, de que ese barbaján de D. Pedro Sánchez que andaba por el monte, era que ni mandado hacer para acabar con los ladrones. En los pueblos donde se supo el caso, unos lo elogiaban y otros le cogieron más miedo. De cualquiera manera, el prestigio de Evaristo aumentó considerablemente.

Un día, montado en un caballo soberbio que le habían regalado en la hacienda de Chapingo y seguido de sus dos valentones, se presentó en Chalco y tocó en la puerta principal de la casa de Cecilia, la que salió á abrir, pues se hallaba en el patio en aquel momento ayudando á regar y barrer á María Pantaleona, entretenida con unas macetas que tenían flores, y encantada con sus queridas golondrinas, que hacían sus preparativos para marcharse y dejar sus nidos arreglados para la primavera siguiente. Como sucedía siempre que veía á Evaristo, se estremecía y se turbaba, pero se repuso inmediatamente y no pudo menos que saludarlo de buena voluntad y decirle que se apease, descansase un rato y que tomase café, chocolate ó un trago de mezcal.

Evaristo no esperó que se lo dijera dos veces; se apeó, dejó su caballo en manos de sus satélites de fisonomías siniestras, y cinco minutos después estaba frente á frente de Cecilia en la consabida pieza donde comió y bebió tres días seguidos después del naufragio.

Cecilia estaba en ese momento como *de dentro de casa*. Unas enaguas comunes de indiana fondo blanco y dibujos y flores rojos; un rebozo del portal de las flores; el pelo un poco alborotado; las trenzas á medio hacer, ata-

das con listones amarillos, y la cara con gotas pequeñísimas del sudor que brotaba de sus poros á causa de la fatiga de barrer, sacudir y pasar las macetas de un lado á otro; pero sus ojos tenían el brillo y expresión de siempre y las gotitas de sudor con el reflejo y los rayos del sol parecían pequeños diamantes incrustados en su piel rosada y sedosa. Este singular aspecto, nuevo para Evaristo, le produjo una exaltación más exigente y activa que en las diversas ocasiones que había platicado con la encantadora frutera. Se la quedó mirando con unos ojos de tempestad terrible que no presagiaban nada bueno. Cecilia sintió como si le hubiesen tocado las espaldas con una varita de acero, ó como si pasase una corriente de alfileres por su cuerpo. Singular fenómeno nervioso que cualquiera de los lectores habrá experimentado cuando ha tenido una sorpresa ó una fuerte sensación de amor y de miedo.

Evaristo, con el carácter de capitán de rurales y con el mando absoluto y podía decirse el dominio entero de casi una provincia, se había hecho la ilusión de que ya era no sólo hombre de bien, sino un personaje importante en la milicia, y continuando así, quién sabe si con el tiempo iría á dar hasta coronel y hasta á general con el mando de un Estado. Su carrera más que equívoca y sus aspiraciones, eran muy semejantes á las de Bedolla. Cada uno en su línea quería clavar la rueda de la fortuna.

Bedolla, casándose con una rica heredera de la noble y antigua casa de Valle Alegre.

Evaristo, enlazando su vida para siempre con la más rica y más guapa de las trajineras de Chalco y de las fruterías del Mercado mayor de México.

El destino y la carrera del hombre, cualquiera que

sea su nacimiento y el lugar que ocupe en la sociedad, las más veces se decide por el influjo, el amor ó el desdén de una mujer, y Evaristo, aparte sus instintos salvajes y su propensión al asesinato y al robo, desde que vió á Cecilia á bordo de la canoa acabó su pasión por Casilda, y ya no tuvo más idea fija que apoderarse de Cecilia por cuantos medios le sugiriesen las circunstancias. Ningunas más favorables se le presentaban desde el momento en que en vez de haber sido ahorcado por el terrible Baninelli, había recibido de él mismo la investidura de capitán de rurales. Por otra parte, el rancho pocos años antes desierto é inculto, se había convertido en una finca productiva y podía alegar á Cecilia que si ella con sus canoas y su fruta ganaba buen dinero, él, con sus siembras, al fin del año utilizaba quizá más. No le cabía duda de que con tales condiciones sería aceptado por Cecilia, y ya una vez casado y establecido, se iría poco á poco deshaciendo de sus cómplices exponiéndolos á un lance, sembrando la discordia entre ellos, emborrachándolos para que se peleasen y se matasen entre sí como fieras, reemplazándolos con rancheros y mozos honrados de las haciendas, concluyendo por organizar una fuerza disciplinada y buena que de veras persiguiese á los ladrones. El robaría los fondos de su misma tropa, se haría regalar cada vez cosas más valiosas de los hacendados y vecinos ricos y de los indios que tienen su dinero enterrado, y la vida no le costaría nada. Caballos, mulas, gallinas, verduras, carneros, todo lo tendría de balde, y lo más importante, el favor y el apoyo del coronel Baninelli. Era un cambio casi de frente, pero todo dependía de Cecilia, y en esta vez iba ella á decidir definitivamente del curso de su vida.

Con estas y otras ideas análogas y á cual más lisongeras, entabló Evaristo la conversación.

—D.<sup>a</sup> Cecilia,—le dijo arrimando su silla hasta tocarle con la rodilla;—ya sabrá usted que soy capitán de rurales, que mando en todos estos pueblos y que no hay quien me *tosa* ni se me quede mirando. ¿Quién le había de decir á usted que ese pobre desconocido á quien le dió usted pasaje en su trajinera y que no tenía sino unas cuatro ó seis onzas amarradas á la cintura sería hoy un hacendado rico y además un capitán del gobierno.

—Mucho me alegro,—le contestó Cecilia retirando su silla, cambiando de postura y envolviéndose la cabeza con su rebozo azul.

—Siempre es usted conmigo despegada y desconfiada,—continuó Evaristo aproximando más su silla.—Si le digo que soy capitán, y que si no soy rico al menos tengo cuatro reales, como quien dice, es porque todo es por usted y para usted.

—Se lo agradezco,—respondió Cecilia volviendo á retirar su silla con cierta impaciencia,—pero cada uno está dedicado á su trabajo y gana lo que Dios le da. Le repito que me alegro, y si continúa trabajando, será coronel y será más rico ¿qué más da?

—Para qué andarnos con rodeos, D.<sup>a</sup> Cecilia, y ya que se hace usted la desentendida como todas las mujeres, le hablaré clarito y sin que me quede nada dentro. Me quiero casar con usted, y de esto venía á hablar, y por eso le vuelvo á decir que usted será la capitana; usted será la dueña del rancho de los Coyotes, y usted hará de mí lo que quiera, y no vaya á decir ahora que es por interés, para nada quiero ni sus canoas ni su fruta, lo que quiero es su persona y nada más.

Evaristo, orgulloso con su autoridad de capitán y creyendo que su elocuente peroración había producido efecto, tiró á un lado el sombrero que tenía puesto y se atrevió á echar el brazo al cuello de Cecilia. Esta, con un movimiento de la cabeza, se escapó y se puso en pié.

—Siempre ha de ser usted atrevido,—le dijo con enojo,—ya sabe que de nadie sufro llanezas. Siéntese y hablemos en razón.

—Tiene usted muchísima razón, D.<sup>a</sup> Cecilia, no se me quita lo majadero por más que hago, ni á usted lo linda, que provocaría á un santo.

—Yo no provooco á nadie. Dios me hizo como soy y no tengo la culpa si los hombres son atrevidos. Siéntese.

Los dos volvieron á sentarse.

—Voy á contestarle sin rodeos, como usted dice, y vale más así que no engañar. Yo no me he de casar ni con usted ni con nadie. Me gusta mi trabajo, mi libertad, hacer mi voluntad y gastar mi dinero sin tener que darle cuenta á nadie.

—Si eso es no más, será usted tan libre como ahora D.<sup>a</sup> Cecilia. Trabajaré ó no, como quiera; vivirá aquí ó en el rancho; gastará su dinero, sin que yo le tome cuenta, que al cabo es suyo y no mío, hará lo que quiera de mí, menos...

—¿Por quién me toma, entonces?—le contestó Cecilia con viveza,—y ya ve que empezamos aun antes de ser casados. Precisamente por eso no quiero perrito que me ladre. Si soy mala ó buena á nadie le importa, y si entro y si salgo, tampoco. Ya le dije y para qué es hablar más, y pues que será la última vez que nos veamos,

tenga presente que no he de ser ni su querida ni su mujer. Si quiere que nos separemos amigos, mejor, tome un trago y váyase, que precisamente por ser ya capitán, es mayor el escándalo dejando el caballo en la puerta con los dos que trae de soldados ó de mozos.

Cecilia fué al armario, sacó una botella de mezcal y unas copas, las llenó y presentó una á Evaristo.

—Crea, D.<sup>a</sup> Cecilia, que en lo que llevo de vida, nadie me ha tratado como usted, y otra que hubiera sido, habría ido á recoger los dientes al suelo.

—Y no habría usted ido por la respuesta á Roma. Si no sabe es menester que lo sepa. De nadie me he dejado tocar en la vida desde que tenía siete años. Siéntese, beba y acabemos, que tengo que recibir unos arrieros y arreglar mi trajinera para que salga en la tarde para San Lázaro.

Evaristo, contrariado visiblemente, pues no se figuraba que nadie podía ya oponerse á la voluntad de un capitán de rurales, tuvo, sin embargo, que obedecer, se sentó, y sin ser ya invitado, comenzó á echarse en el vaso buenas raciones de mezcal. Cecilia apenas mojaba los labios.

—No se canse usted, D.<sup>a</sup> Cecilia,—le decía chupándose los labios y tronando la lengua,—un día ú otro ha de ser mía. No sé qué tiene para los hombres que una mujer se les resista, y mientras más se hace la beata y la hipócrita, más nos gusta y más nos empeñamos en tenerla, y ya sabe usted también, quien porfía mata venado, y este venado lo he de matar;—y al acabar su frase y apurar el vaso hasta la última gota, se acercaba más á Cecilia y le tomaba la barba redonda con los dedos y quería hacerle cosquillas en el gracioso ollito que un poeta había dicho que era el nido de amor.



Cecilia estaba ya violenta, se retiraba á medida que Evaristo se acercaba, y así fueron dando vuelta á la mesa.

—Oiga *Don*,—le dijo Cecilia marcando con esa palabra su desprecio y sin quererle llamar D. Pedro Sánchez,—ya ha durado mucho la visita y crea que me va encajorando. Déjeme en mí que hacer y usted váyase á dizque coger ladrones, que el ladrón que coja me lo claven en la frente.

Evaristo tuvo un relámpago de cólera que salió por sus ojos, y Cecilia por un momento tuvo miedo y creyó haberle dicho demasiado.

—D.<sup>a</sup> Cecilia,—gritó Evaristo, cogiéndole el brazo y apretádoselo fuertemente hasta dejarle un cardenal morado,—por lo que tiene de mujer y de cristiana, no me diga más si no quiere tener la suerte de...

Iba Evaristo á pronunciar el nombre de Tules, cuando pensó que se perdía, y con una aparente calma y soltando el brazo de Cecilia, dijo:

—La suerte de un cobarde que se atrevió á medirse conmigo en cierta mañana, y todavía está en el hospital de San Andrés.

Cecilia, sorprendida con este brusco ataque, no pudo de pronto responder, y lo que hizo fué sacudir su brazo y rechazar á Evaristo con la otra mano.

María Pantaleona, desde que Evaristo entró á las habitaciones de Cecilia, había estado en observación y escuchando la conversación, fingiendo ó tratando efectivamente de componer una losa grande del patio, y alternativamente usaba para levantarla y colocarla de una barreta de fierro y de una pala. Cuando notó que la conversación iba convirtiéndose en un pleito y que

Evaristo pasaba á las vías de hecho, se presentó en la puerta con su barreta en la mano.

Las dos Marías eran como los perros. Su único amor, su único pensamiento, su Dios, para decirlo de una vez, era Cecilia. Huérfanas, sin saber quién había sido su padre y habiendo perdido á su madre cuando eran pequeñas, querían á su ama más que lo que hubiesen querido á su madre, y ambas, sin vacilar, se habrían arrojado á una hoguera por salvarle la vida; pero mientras la una era un poco tímida y excesivamente cariñosa, pues siempre estaba besando y acariciando á Cecilia, María Pantaleona era despegada, en la apariencia, pero muy resuelta y muy capaz de cualquier cosa. Como la mayor parte de los de su raza, no conocía la sensación nerviosa que se llama miedo.

No hay loco que coma lumbre, y Evaristo, á pesar de su soberbia humillada y de su lujuria vencida, recordó la tanda de escobazos que le propinaron las dos criadas, y se contuvo y cambió de tono, dijo algunas palabras incoherentes y se sentó en su silla con una aparente tranquilidad.

—¿Se le ofrecía algo á D.<sup>a</sup> Cecilia?—dijo María Pantaleona mirando fijamente á Evaristo.

—Nada,—le respondió Cecilia,—continúa tu trabajo, ya *Don* se va á marchar y se estaba despidiendo.

María Pantaleona se retiró, pero sin perder de vista desde el corredor el lugar donde pasaba la escena que se acaba de contar.

—Oiga *Don*,—continuó Cecilia digiéndose á Evaristo,—no he querido hacer un escándalo como el de meses pasados. Váyase en paz y prométame no volver ni mezclarse para nada conmigo, que yo haré lo mismo y acabemos.

—Bueno, D.<sup>a</sup> Cecilia, pues usted lo quiere, acabemos; pero acabemos como amigos y eso le tendrá más cuenta. Devuélvame mis alhajas que le dí á guardar, y así acabemos de una vez.

Cecilia se turbó, y en aquel momento se arrepintió de haberlas confiado á D. Pedro Martín de Olañeta, de haberle contado ciertas historias secretas, recibiendo al mismo tiempo las confidencias del abogado, que no faltaba un solo día en acudir al mercado y recoger su fruta en su ancho pañuelo paliacate.

—Las prendas que usted me dejó á fuerza á guardar, apenas las ví, pero como había perlas y diamantes viejos, las llevé á México para que estuvieran más seguras y las dí á guardar. Se las tendré aquí dentro de tres días y María Pantaleona se las entregará.

—No sé si tal cosa es mentira ó verdad, pero no me importa, es igual. Siéntese cinco minutos, D.<sup>a</sup> Cecilia, hablemos en razón y le probaré que es imposible que se me escape, y que usted ha de ser mía, y nada más que mía, por bien ó por mal.

—Eso lo veremos; le vuelvo á repetir que no me conoce bien, y que lo que tiene que hacer es largarse y pronto.

—Siéntese, le digo, y óigame dos palabras.

Cecilia, que ya no sabía qué hacer, compuso con cólera sus enaguas, se embozó bien en su rebozo y se sentó.

—Soy capitán de rurales.

—Ya lo sé.

—Soy capitán de rurales,—continuó Evaristo,—y el coronel Baninelli me ha dado facultad para perseguir á los ladrones.

—¿Y eso qué me importa á mí?—le contestó Cecilia.

—Y mucho que le importa, y se lo voy á decir. Ahorita mismo, entran mis soldados, la amarran codo con codo, lo mismo que á esa c... de criada, que me he de vengar de ella, y las mando ó las llevo á caballo ó en canoa, ó como pueda, y las meto en la cárcel acusándola como cómplice y encubridora de los ladrones, y ya tendrá que entregar las alhajas y decir de dónde las cogió.

Apenas acabó de escuchar Cecilia estas palabras, cuando gritó á Pantaleona:

—Cierra la puerta con el cerrojo y ven con tu barra.

—Es usted *Don*,—le dijo encarándose resueltamente con Evaristo,—tan pícaro y tan desalmado como animal. ¡Acusarme de ladrona y de cómplice! En ese caso cómplice de usted, que me entregó las alhajas.

—La animal es usted, D.<sup>a</sup> Cecilia. ¿Cómo le habían de creer semejante cuento? Yo soy capitán de rurales y usted una frutera ordinaria. Yo cuento con el coronel Banninelli y usted con ese saparratroso y cobarde licenciado que ya he sabido se llama Lamparilla, que de una bofetada lo tiendo muerto en el suelo, y parece que usted no conoce ni sabe lo que pasa, mientras se averiguan las cosas si cae usted en manos del juez Bedolla ó de otro, que todos son lo mismo, se podrirá en la cárcel teniendo que condescender con cuantos quieran, y lo que es la honra, como usted dice, no se la vuelve ni Dios. Escoja ahora mismo entre eso y ser la mujer de un hacendado, de un capitán de rurales y de un hombre completo y valiente que la traerá en las palmas de las manos... no sea tonta, no sea cabezuda... en lugar de acabar... entendámonos. Deme siquiera una esperanza; me marcharé al momento y seré su amigo.

Cecilia, cuando escuchaba esto, no podía contener su rabia; la cólera la ahogaba y se desbordó en injurias de tal manera, que estuvo á punto de perder la razón.

—Me quiere coger este grandísimo... por la fuerza, y eso no será,—dijo Cecilia echando espuma por los extremos de su boca,—usted no me conoce á mí, y yo lo conozco á usted, y lo entregaré á la horca que es lo que merece. Usted, *Don*, no se llama Pedro Sánchez, sino Evaristo, tornero de oficio y ladrón de profesión; usted es el asesino de su pobre mujer que se llamaba D.<sup>a</sup> Tules, y usted es el capitán de los ladrones que han estado robando y matando en Río Frío. ¿Cree usted que no se saben las cosas? pues en la plaza del mercado todo se sabe, hasta lo que sueñan las gentes cuando duermen en su casa. Las alhajas están en poder del licenciado Olañeta, que ha averiguado que se las robó usted á una señora de Puebla hermana de un Gobernador... con que, ande, aquí estoy, amárreme codo con codo y lléveme á la cárcel si se atreve.

Cecilia, con los ojos echando rayos, las mejillas encendidas, el abundante cabello en desorden que le caía por la frente y las espaldas, el rebozo terciado que dejaba descubierto en parte un seno que se agitaba como si dentro hirvieran las lavas de un volcán, se encaró con Evaristo poniendo sus manos en la cintura como las andaluzas que van á pelear y á hundirse el puñal, y le repitió:

—Amárreme, cobarde. Atrévase, si es hombre, á acusarme de ladrona.

Evaristo se sintió perdido. Esta mujer sabía su nombre, su historia, su vida entera, lo mismo que si hubiese

sido su mujer. Era Tules que, bajo otra forma de mujer robusta, hermosa, pero resuelta y terrible, se le aparecía de improviso para arrastrarlo á la cárcel y á la horca. Y no era la frutera pobre y aislada, sino que detrás de ella estaba un personaje poderoso de México que tenía las pruebas en su poder y que había hecho ya sus pesquisas é indagaciones. Sí, Cecilia, parte por casualidad y parte porque en la plaza del mercado se sabe cuanto pasa en la ciudad; él por su doble carácter de agricultor forrado en un ladrón, había procurado imponerse de muchas cosas y conocer á muchas gentes, y conocía y sabía lo que pasaba en la ciudad, quién era Bedolla, quién era Lamparilla y quién era D. Pedro Martín de Olañeta; así Cecilia tenía gente que la sacaría de cualquiera dificultad, y sus declaraciones serían creídas y el juez Bedolla encontraría la oportunidad de acreditarse condenando al verdadero culpable.

Las reflexiones y pensamientos que hacen las gentes, parecen minuciosas y largas, cuando se escriben, y sin embargo pasan como un relámpago en esa admirable é incomprensible máquina que se llama cerebro, y así pasaron rápidas en el de Evaristo.

No tenía más remedio que matar á Cecilia para que su vida estuviese segura, y además el sentimiento de amor se había cambiado en el de venganza contra la mujer que lo había insultado y despreciado... No había otro camino. Ya sabría él aprovechar el miedo que le tenían en los pueblos y el concepto que gozaba en el gobierno como capitán de rurales, para inventar un cuento, decir que Cecilia y su criada habían sido asesinadas por los ladrones por robarlas, y buscar uno ó dos infelices inocentes á quien colgar en los árboles, como había colgado

á uno por el asesinato del barillero. Después de matar á Cecilia, mataría á esa india pequeña y débil que con una patada en el vientre le reventaría las tripas. Ilusiones y proyectos de bandido caído en una red, que le vinieron también como relámpago.

Cuando Cecilia se le encaró y lo provocaba con los ojos y con enérgicas interpelaciones, Evaristo se quedó por el momento mudo, pero revolviendo los ojos centelleantes, y pasando convulsivamente sus manos crispadas por su cuerpo para buscar una arma. Su espada la había dejado colgada en la silla del caballo. Cargaba siempre puñal, pero en aquel momento se le figuró que lo había olvidado y no lo encontraba... lanzarse á la lucha cuerpo á cuerpo con Cecilia no era fácil; la trajinera tenía un cuerpo admirable de diosa antigua, pero constituída como Hércules, y además vendría Pantaleona y sería vencido por las dos mujeres... los instantes en que buscaba por su cuerpo la arma sin encontrarla, fueron de una agonía rabiosa... estaba perdido, y no le quedaba más que pedir perdón á Cecilia, implorarla de rodillas y salir como un cobarde. Eso no... no podía resolverse á este trance... por fin encontró en el bolsillo izquierdo de su chaqueta el puñal enredado en el pañuelo y los cigarros y los puros... le costó un poco de trabajo, su mano convulsa no acertaba...

—¡Oh! ¡oh!—gritó sonriendo de una manera siniestra, —ya está aquí...

Lo sacó, levantó el brazo y saltó sobre Cecilia... le habría entrado en el corazón, no solo el puñal, sino el mango y hasta el puño de Evaristo.

María Pantaleona, desde que comenzó la escena, arrastrándose como una culebra y aprovechando el momento

en que ni Evaristo ni Cecilia la veían, preocupados como estaban, entró al cuarto y se ocultó tras el respaldo de un sillón.

Con la misma rapidez eléctrica con que habían pasado los pensamientos criminales por el cerebro del bandido, así pasaron también por el de Pantaleona. Salvar á su ama y matar á Evaristo. Salió como una aparición terrible de detrás del sillón y con la barreta levantada con las dos manos la dejó caer sobre la cabeza del asesino.

Dos líneas más y la cabeza habría quedado hecha pedazos; pero el puñal que iba á traspasar el turgente seno de la frutera cayó al suelo, y Evaristo lanzó un grito de dolor; sus dedos y su puño seguramente estaban desquebrajados. Sin embargo, quiso lanzarse sobre Pantaleona para desarmarla, pero Cecilia recogió el puñal del suelo, se lanzó sobre Evaristo, lo arrinconó contra la pared, le apretó el cuello con la mano izquierda y levantó la derecha armada del puñal.

—¡Miserable asesino, alma negra y hedionda de sapo, vas á pagar lo que hiciste con tu mujer!

—¡D.<sup>a</sup> Cecilia!—gritó Pantaleona conteniéndole el brazo,—no lo mate usted, seremos perdidas entonces; déjelo que se vaya, ya escarmentará, Dios lo castigará. Al fin y al cabo nosotras no tenemos miedo á nadie.

Con esta reflexión, dicha con calma, con una especie de simplicidad como si hubiese pasado una escena insignificante, despertó á Cecilia de esa especie de paroxismo de rabia y de furor.

—Dices bien; sabandijas como éste se les machuca con el pié. Lárguese pronto,—le dijo Cecilia dándole un puntapié en el trasero,—y ya que me conoce, le repito que









J. F. Párras - Editor.

B. R.

Lit. M. Puigadas

Cecilia.





no le tengo miedo. Lo desafío donde quiera y como quiera.

Evaristo quería hablar, volverse, luchar, pero Pantaleona tenía su barreta y Cecilia el puñal.

Así que estuvo en la puerta principal, Pantaleona la abrió lo muy necesario para que pasase, y Cecilia le dió otro puntapié.

Las mujeres suelen hacer esfuerzos viriles, pero cuando llegan á cierto punto son vencidas por la naturaleza misma de su delicada organización.

Pantaleona cerró bien la puerta, y Cecilia apenas tuvo tiempo de atravesar el patio, llegar á su recámara y caer sin sentido en su cama.

—¡El indino!—dijo Pantaleona con calma, cuando vió su ama en tal estado,—puede ser que hubiera sido mejor haberlo matado.

Pantaleona con verdadero cariño de hija, atendió á Cecilia con friegas, olores de yerbas aromáticas y otros remedios caseros, pero no fué despertando de ese sopor repentino que congestionó su cerebro, sino ya muy entrada la tarde.

La reacción femenina era completa. Del valor intrépido y de la cólera furiosa pasó á las aprehensiones y al miedo.

—Nada, Pantaleona,—le dijo,—no te ocupes de despachar la canoa, que se quede como está y ya le encargaré mis negocios á D. Muñoz. Vámonos ahora mismo, aunque sea en la chalupa, porque este hombre va á volver esta noche con sus bandidos y nos asesinará sin remedio.

A toda prisa arreglaron las cosas de la casa y se embarcaron en una chalupa donde apenas cabían las dos.

A la media noche, casi á la misma hora del naufragio y con la luna llena, se deslizaba entre ondas y rieles de plata, con la velocidad de un cisne, la pequeña embarcación que conducía á México á las dos mujeres fuertes que habían luchado y vencido al terrible bandido de Río Frío.

## CAPÍTULO XI

### Los almacenes de fruta

**E**L canal cenagoso é infecto donde flotan hojas de lechuga, troncos de col y á veces zanahorias y rábanos enteros, que penetra en la ciudad y que no hace muchos años llegaba hasta la puertecita secreta del costado del palacio, fué seguramente en los tiempos anteriores á la conquista el lugar más concurrido y alegre de Tenochtitlan, pues era como el puerto que comunicaba á los reinos de Chalco y de Texcoco con la capital del imperio de Moctezuma. Sin embargo de haberse trastornado todo durante el largo sitio que puso Cortés á la ciudad y demolido después intencionalmente el templo mayor y las hermosas calles que desembocaban en la plaza, la *acequia* conservó su importancia, y ya hemos visto que durante muchos años y hasta hoy, ese rumbo, aunque desaseado y extraño por sus casas y construcciones, que parecen más bien formar

un pueblo separado, es el más comerciante, el más activo y el más bullicioso de los barrios de la gran capital moderna.

A lo largo del canal, viejas construcciones de uno y otro lado con sus fachadas amaratas de tetzontle ó pintadas de cal ó de colores fuertes, con sus balconerías irregulares de fierro, sus ventanas con rejas gruesas, forman una calle comunicada por puentes, que no deja de tener su novedad, especialmente en ciertas horas del día, en que las aguas turbias de la acequia están casi cubiertas de chalupas y de canoas cargadas de maíz, de cebada, de legumbres, de frutas y de flores, y como allí se van á surtir *de primera mano los revendedores* de fruta que andan en la calle y se sitúan en los zahuanes y esquinas por toda la ciudad, y como las indias é indios visten á poco más ó menos sus trajes primitivos, no sólo para los extranjeros, sino aun para los mismos mexicanos *ilustrados y parisienses* que habitan el centro, tiene cierta *novedad antigua* más interesante todavía para el que estudia las costumbres populares.

El piso bajo de las casas está ocupado con tiendas y comercios de la más desagradable apariencia, pero todos de lo más esencial é importante para la vida, tanto, que podría llamarse ese barrio el gran almacén de la alimentación de los hombres y de los animales.

Tocinerías con una instalación singular, y aparte la grasa y el olor no muy agradable, presentan un aspecto único en su género y que no se encuentra en Europa, ni aun en las ciudades de España que tanto se parecen á las nuestras. En un mostrador semicircular que entra un poco en la pieza, barnizado y lustroso con la misma grasa, se ostentan tres ó cuatro sartenes de hoja de lata



llenos, en forma de pirámides blancas y bruñidas, de la manteca de puerco, adornada con labores de hojillas de amapola y de rosa. Otros sartenes de las mismas dimensiones contienen *tostadas* hechas con la piel del cochino, y que llaman *chicharrones*; otras idénticas con trocitos de carne frita que nombran *carnitas*. En el corto espacio que queda libre del mostrador está una tabla gruesa de fresno, donde pican, parten la carne y hacen el despacho. Pero lo más importante y vistoso es el tapanco ó coronamiento del mostrador. En el centro hay siempre un cuadro de madera dorado, con la imagen del Divino rostro ó de algún santo de la devoción del dueño, alumbrada constantemente por dos ó cuatro velas colocadas en elegantes arbotantes, con sus mamaderas de cristal. De los lados de la imagen parte una especie de balaustrada calada y vistosa, formada con panes de jabón blanco adornado con flores rojas de papel y banderitas de oro volador, y en la orilla de esa balaustrada cuelgan guirnaldas de longaniza y chorizos alternando con jamones que sirven como de grandes borlas á esta decoración, que incita el apetito de los que pasan y nunca dejan de detenerse en la puerta y concluir por comprar una cuartilla de *carnitas* ó de longaniza, y sobre todo de chicharrón, condimento indispensable para el chile y los frijoles.

Las pulquerías es otra tentación y muy peligrosa por las riñas que resultan. Una robusta muchacha pintada en el centro de la pared con las mejillas coloradas y redondas, su penacho de plumas y vestida de una ropa ligera salpicada con figuritas de esmalte de colores, preside la pulquería y parece que incita á los parroquianos dejándoles ver sus abultados pechos, sus gruesas pan-

torrillas y sus piés pequeños calzados con *cacles* (1). Es la *América* en persona, que tiene de por fuera que figurar y ser la soberana de esas singulares tabernas donde se expende el licor que descubrió la hermosa *Xochitl*. Ya hemos hablado al principio de esas pulquerías al aire libre, resguardadas únicamente por un tejado, pero las *casillas*, como se les llama oficialmente, situadas en diversas calles, presentan un aspecto todavía más característico en el puente de la Leña.

Otro de los comercios casi exclusivo de esa parte de la ciudad, son las *Pajerías*. Una pequeña barca de paja colgada en el centro de la puerta y flotando en el viento, indica á los cocheros el lugar donde deben abastecerse y adquirir á costa de las mulas y caballos que cuidan, un diario mayor que el sueldo que ganan. De uno y otro lado de la puerta una fila de costales abiertos de cebada y de maíz y de semilla de nabo, y á veces de frijoles ocupan toda la acera. El interior es un verdadero almacén, la mitad ocupado con paja y la otra con sacos de maíz y de cebada que llegan hasta el techo.

Las carbonerías son, no sólo puntos, sino manchas negras que resaltan en las fachadas blancas con sus mochetas azules ó amarillas. En el fondo *sacas* de carbón hechas con un zacate áspero y cortante; en la puerta amontonados canastillos copados de carbón, y sentados en unos banquillos, el carbonero y la carbonera, tiznados más negros que los negros de Africa, con grandes cabezas enmarañadas y unos ojos ribeteados de encarnado, semejándose á los monstruos increíbles que inven-

---

(1) *Cacles*.—Calzado parecido al de las mujeres romanas. Los de los hombres, que todavía usan, es, una suela de cuero atada con correas que pasan por entre los dedos de los piés y se atan en el principio de la pierna.

tan las nodrizas y cocineras para asustar á los niños é impedir que hagan travesuras.

En cuanto á leña, se encuentran amontonadas rajas formando *zontles*, en las canoas, en las orillas del canal, en las puertas de las casas; en una palabra, carbón, leña, tablas, maíz, cebada, legumbres, flores y frutas, son los artículos que se abastecen á los trescientos ó cuatrocientos mil habitantes de la ciudad.

Hay un día del año en que este barrio, desdeñado de la aristocracia, se transforma y presenta un delicioso aspecto, este día es el viernes de Dolores. Las más lindas muchachas vestidas con ricos trajes de seda negro, con sus mantillas costosísimas de punto francés ó de Barcelona, ostentando en sus peinados y dedos, diamantes y rubíes, descienden de sus carruajes en la calle de la Acequia, y con ese garbo natural y encantador de las mexicanas, suben y atraviesan los puentes y se pasean por las dos orillas del canal, admirando la multitud de chalupas llenas de rosas de Castilla, de azucenas, de espuela de caballero, de amapolas de mil colores y de claveles, pero con tal profusión, que las aguas desaparecen para dar lugar á una especie de gran jardín flotante cuyos vivos olores destierran los miasmas desagradables que se desprenden de las tocinerías, carbonerías y paje-rías que se han descrito.

El vecindario del barrio corresponde con galantería á esta visita anual. Las calles muy barridas y regadas con hojas de rosa; los viejos y negros balcones de fierro adornados con cortinas blancas ó de damasco de China; arcos de *tule* con las grandes flores amarillas del *sempasuchil* y girasol, adornan las puertas de las accesorias; los tocineros doran y platean los jamones; los pulqueros

pintan de nuevo sus tinajas; la gente se viste de limpio, y hasta los carboneros se sacuden un poco el polvo negro y se mudan camisa, y en las pajarías aparecen manojos de amapolas y de verde y fresca alfalfa.

Limpian el canal recogiendo los desperdicios, basuras y yerbas, se colocan á un lado y á distancia las pesadas trajineras para no estorbar á las chalupas que van y vienen, y las inditas que las conducen, muy aseadas y peinadas, tienen cierta gracia que da idea que en el reinado de Moctezuma pudo haber bellezas notables que llamaban la atención, como la llamó en la córte de España la famosa D.<sup>a</sup> Isabel.

El vecindario es también característico y adecuado á la localidad. La base ó cuadro del vecindario se compone de viejos y de viejecitas de setenta, de ochenta y no pocos de cien años, desmintiendo con esto los preceptos de la higiene. La humedad, las emanaciones de la acequia, el ningún aseo de las calles, debían influir activamente en la duración de la vida. Nada de eso; los pulqueros y tocineros, son en lo general de una salud envidiable y de una gordura monstruosa, y los carboneros se conservan por eternidades, exentos de toda corrupción, con el polvo que tragan y de que están cubiertos. Otra parte de los vecinos son más bien de Chalco, de Texcoco, de Ameca, de Cuautla, de Amilpas. Tienen su comercio de granos y fruta, y en vez de hacer continuos viajes en las trajineras, concluyen por tomar una habitación en el puente de la Leña y tener, como las grandes casas de comercio, el despacho en la capital, conservando en su pueblo la casa materna, como hemos visto que lo hacía Cecilia.

Y todo ese barrio de gente descuidada, mal vestida,

de aspecto pobre, es por el contrario de ricos, no ricos como los aventureros y agiotistas, que sacan su fortuna de la tesorería general, sino ricos por el trabajo de la tierra y del comercio.

Muchos de esos carboneros que se les veía sentados en la puerta de su almacén comiendo *carnitas* con chile verde y tortillas, hacían compras en las haciendas de cuatro y cinco mil pesos de leña y carbón, y cuando don Antero, el de Soquiapan, tenía algún apuro para sus cajas, siempre encontraba con facilidad una ó dos talegas de pesos, sin usura ni libranzas, sino bajo la garantía de pagarles en leña, maíz ó carbón.

Los Trujanos tenían una flota entera de trajineras, y en sus almacenes nunca faltaban mil ó dos mil cargas de maíz y otras tantas de cebada. D. Sabas, el jefe de la casa, era conocido y respetado en el puente de la Leña, como D. Gregorio en la calle de Santo Domingo. Su firma era pan bendito, y su palabra mejor que una escritura hecha ante el escribano Cueva.

Los Melquiades, los malévolos Melquiades, detentadores de la inmensa fortuna del pobre Moctezuma III, encontraban siempre dinero con los comerciantes del puente de la Leña, para gastarlo y dilapidarlo en comilonas, toros y fiestas de iglesia, que promovían de intento para ganar popularidad, y que los indios y rancheros se sublevasen si algún día venían por la fuerza á despojarlos de lo que se habían malamente apropiado.

De Cecilia ni se diga. Pasaba en toda la vecindad lo mismo que en Chalco por una de las más ricas trajineras, y si hubiera necesitado reunir cuatro ó cinco mil pesos, no habría dilatado cinco minutos dirigiéndose á los Trujanos ó á los tiznados carboneros. Además, la

querían bien, porque era una mujer honrada y trabajadora y no decía más que lo que le salía del corazón, y á estas buenas cualidades se añadía que era guapa, simpática y caritativa. Los cojos y lisiados siempre tenían una tortilla que comer y algo en cobre que no dejaban de utilizar para echar en los tendejones su trago de aguardiente.

Pero de los comercios de que se ha dado una ligera idea y de otros que omitimos por no alargar el capítulo, el más curioso es de los almacenes de fruta (1). Se cree generalmente por los que comen fruta en sus bien abastecidas mesas de México, que el trabajo consiste únicamente en cortarla y traerla á vender al mercado. Nada de eso. La fruta, particularmente la de tierra caliente, se compra, por los comerciantes que se dedican á ese ramo, á los cultivadores ó dueños de huertas, á un precio ínfimo y en grandes cantidades. Estos, ya por los canales ó ya por el camino real, la conducen al puente de la Leña, y allí las fruteras del mercado, que como Cecilia comercian en grande, la compran de segunda mano á más precio, la depositan en sus almacenes y la van vendiendo diariamente al menudeo á las fruteras de las esquinas y fruteros ambulantes, que desde las diez de la mañana recorren las calles pregonando las diversas clases que contienen sus apetitosos y pesados canastos que con facilidad y desembarazo llevan en la cabeza.

Hablaremos del almacén de fruta de Cecilia, y con esto se tendrá una idea de los demás. El frente daba á las orillas de la acequia, y por la espalda á una calle

---

(1) Estas descripciones se refieren á épocas pasadas. En la actualidad ignoro si aun el puente de la Leña presenta el mismo aspecto que hace años, y si aun existen los almacenes de fruta.

sin empedrado ni alumbrado en las noches, en cuyo centro había un caño aún más inmundo que los del callejón de la Condesa y Chapitel de Santa Catarina, que ya conoce el lector. La tal calle estaba formada de casas en ruina y de cercas de adobe ya casi negro, que permitían ver por los derrumbes, que eran extensos corrales, donde de noche se encerraban vacas y burros mediante una corta retribución por cabeza. El vecindario se componía de misteriosos personajes, que permanecían la mayor parte del día encerrados en unos cuartos lóbregos y húmedos, pues levantando alguna de sus vigas podridas se encontraba el terreno lleno de agua turbia y sucia producida por las filtraciones del canal. De noche se veían salir uno, á uno hombres y mujeres, envueltos en sus frazadas y rebozos, de fisonomías siniestras y de andar sospechoso, como queriendo ocultarse ó como si temieran ser sorprendidos. Si esas gentes tenían la honrosa profesión de despojar á sus prójimos, no se puede decir con certeza; pero lo que sí se puede asegurar, que ese conjunto de callejones y de corrales que se comunicaban con la calle principal y con el callejón de la Trapana, y que en conjunto formaban un pueblo escondido detrás de las casas altas que tenían su frente al canal, era el rumbo más tenebroso y al mismo tiempo el más seguro de toda la capital. Jamás se oía decir nada de robos, de asesinatos, ni de pleitos, ni heridas, y el músico Sayas, que habitaba en una casa de vecindad de la Trapana, se retiraba del teatro á las doce de la noche y á la una de la mañana, seguido de un muchachillo que cargaba su violoncello, y en diez años no había tenido ni siquiera amagos. Los personajes equívocos y misteriosos que solían encontrarlo, le decían:

—Buenas noches, Sr. Sayas,—y metían en la cerradura de sus casas una llave que no hacía ruido al manejarla, y desaparecían como si fuesen maniqués de una comedia de magia.

En algún capítulo hemos hablado del interior de la casa de que era propietaria Cecilia en la capital; necesitamos, por lo que va á pasar en ella y por dar una idea de los almacenes de fruta, hacer una descripción más minuciosa.

La fachada medía cosa de cuarenta varas de largo. En el centro había un zahuán alto y ancho que, aunque viejo, se había conservado bien por ser de madera de cedro. Del lado izquierdo del zahuán había tres ventanas con gruesas rejas de hierro, y del derecho una puerta pequeña y varias ventanillas y ojos de buey que daban una escasa luz á los cuartos interiores. El primer patio era inmenso, empedrado con grandes piedras redondas de río, y podrían haber entrado á él cómodamente cuatro ó seis coches, pero en lugar de coches, que no pueden transitar por lo angosto de las calles, entraban canoas trajineras, pues Cecilia había hecho cavar un canal que llegaba hasta el fondo, donde había un *cobertizo de tejamanil* para depositar la azúcar, la miel y el aguardiente de que venían cargadas sus canoas. En tiempo de lluvias, cuando se desbordaban las lagunas y la acequia se llenaba, las aguas penetraban hasta el canal de la casa, y las canoas podían entrar cómodamente, y cerrada la puerta, flota y mercancías quedaban tan seguras como en el mejor muelle. En tiempo de secas no era esto posible, y las canoas y chalupas quedaban en seco y la gran puerta entreabierta, pues la seguridad en ese barrio era tal, que Cecilia había perdido completamente el mie-



do á los ladrones; sin embargo, por precaución siempre dormía un remero en una de las canoas, encendiendo antes de recogerse un farolillo con una vela de sebo, que duraba hasta las once ó doce de la noche. Después todo quedaba en el silencio y en la oscuridad.

El patio con el canal en el centro y el cobertizo en el fondo, estaba rodeado de cuartos en los que se guardaba la fruta. Dos ó tres estaban ocupados con naranjas amontonadas en los rincones, otros con racimos de plátanos pendientes de cuerdas fijadas en uno y otro extremo de la pared, otro con chicos zapotes, chirimoyas y mangos, que como frutas delicadas estaban formadas en filas en el suelo en tablones, y separadas unas de otras para evitar el que se pudriesen; en fin, otro y otros llenos de limas, de piñas y de cocos, de granada roja, de *xicamas*, de zapote amarillo, de papayas, de calabazas, de cuanto produce de aromático y de azucarado la tierra caliente, y para que no faltase el surtido, había también manzanas, perones, duraznos y otras frutas de la tierra fría.

La visita á los diferentes almacenes era realmente una novedad. El amarillo dorado de las naranjas aglomeradas más que en cientos en millares, el verde tierno y suave de las limas, los plátanos que iban madurando y tomando los colores y cambiantes del carey, los cocos con su vestido de barbas de un color indefinible entre carmelita y amarillo, las granadas con sus chapas de color rojas sobre fondo blanquecino ó amarillo pálido, las calabazas enormes con su arrugada corteza; toda esta variedad, en fin, de producciones de la naturaleza, recreaba la vista y el olfato con exceso, hasta producir desvanecimientos, y llamaba la atención por la gran cantidad reunida de tontas frutas en la estación del in-

vierno. Algunos extranjeros que visitaban los grandes almacenes de Cecilia no podían creer lo que veían sus ojos. Las naranjas en Inglaterra están cuidadosamente envueltas en papel de China y valen una libra esterlina la docena, y en Francia las legumbres y la fruta se vende por peso, y no imaginaban tal profusión ni el ínfimo precio á que se vendían.

De día estos depósitos estaban abiertos de par en par, y los regatones entraban y salían desde las seis de la mañana para examinar el estado de las frutas y hacer su provisión surtida de cuantas encontraban. A las diez terminaba la venta. Cecilia atendía á veces este negocio, otras lo dejaba á una de las Marías, y ella se iba á presidir al puesto del mercado.

De este gran patio, siempre impregnado de tan distintos y fuertes olores que neutralizaban los muy desagradables que por las tardes suelen venir de las lagunas y pantanos que rodean la ciudad, se entraba á un callejón que conducía á un extenso corral donde Cecilia tenía gallinas, gualotes y una puerca con seis ú ocho marraños que gruñían desde que salía el sol, y de dos vacas que le daban leche sobrada para la casa. A este corral seguía otro, con su cerca de adobe muy alta que formaba parte de la sucia y extraña calle que se ha descrito. La extensísima construcción era toda de adobes, de cascajo, de piedra suelta, de tetzontle, vieja, cayéndose aquí, presentando grietas profundas en las paredes, necesitando sostener con *madres* y puntales los techos de los cuartos y tapar los agujeros y destrozos que hacían los aguaceros en las paredes y cimientos. Cecilia hacía las reparaciones que eran muy necesarias, pero componerla radicalmente la era imposible. Los *sobrestantes*

le habían dicho que necesitaría quince ó veinte mil pesos, y no era tan rica para eso.

Las piezas que ella y las Marías habitaban, era lo menos ruinoso del gran almacén de fruta. Una cocina amarilla del humo y no escasa de hollín con un brasero de extremo á extremo, muy limpio, lo mismo que el suelo de ladrillos, flojos y gastados; sartenes, ollas, cazuelas, cedazos y diferentes trastes de barro vidriado, en tal abundancia, que no había lugar desocupado en la pared para colgarlos. Seguía una pieza donde dormían las dos Marías, en unos colchones que enrollaban cuando se levantaban y los ponían sobre otros viejos y manchados que pertenecían á la canoa trajinera y que se lavaban y rellenaban á medida que se necesitaban, y en una cuerda fijada en uno y otro extremo de la pared, colgadas las enaguas y ropa de las criadas. La pared descascarada y dejando descubrir sobre las diferentes manos de cal que había recibido el friso curioso que había adornado esa pieza ochenta ó cien años antes. A esa pieza seguía otra muy grande, ocupada con baules, cajas antiguas y diferentes muebles inútiles, y de esta pieza se entraba á la recámara de Cecilia, que era lo mejor. El piso con vigas nuevas y pintadas, al menos cada mes, con *sacatlascalé*, las paredes con una pintura de cal azul pálido, y las vigas viejas, pero limpias, sostenidas por dos gruesas maderas forradas de papel dorado, lujo extraordinario que había costado diez ó doce pesos á Cecilia. La cama de banco verde con su rodapié y cabecera, charoladas color de café, no tenía el lujo de almohadones, encajes y sobre-camas que la de Chalco, pero no presentaba mal aspecto, cubierta con un jorongo encarnado y blanco de San Miguel y dos almohadas largas de

sangaleta con sus fundas muy limpias. Un canapé y una docena de sillas de tule, hechas por los remeros bajo la dirección de Cecilia, formaban el estrado, y por alfombras gruesos y lustrosos petates de Xochimilco. Junto á la cama había un mueble que resaltaba y formaba contraste con la sencillez de los demás. Era un ropero flamenco del tiempo de Carlos V, y no era temerario pensar que pudo acaso haber estado en alguno de los palacios del célebre y guerrero emperador. Cuando se abrían las puertas era más bien que ropero un grande y admirable tríptico. Sobre fondo rojo, que no había perdido nada de su fuerza, estaba pintada en las puertas la adoración de los reyes magos con sus trajes fantásticos recamados de oro y de pedrería, completando el espacio de las puertas los camellos y la servidumbre. En el fondo la cuna con la Virgen, San José, el niño Dios y el buey y la mula, pero todo de mano maestra, con cierto gusto bizantino por el recargo del dorado, pero las figuras como si Alberto Dureró ó Francisco Francia las hubiesen pintado. Allí, sucio y cubierto de telarañas, encontró este mueble Cecilia cuando compró la casa, lo limpió y lo destinó para guardar su ropa, y más adelante descubrió por casualidad que en el fondo había secretos y cajoncitos tan bien disimulados, que el más escrupuloso registro no hubiese bastado para descubrirlos. Se aprovechó de su descubrimiento y los iba llenando de pesos y escudos, fruto de sus economías. Los viernes, cuando no estaba en Chalco, á las ocho de la noche, abría el tríptico, é hincadas de rodillas ella y sus dos Marías rezaban la *corona*. Fuera de esto la recámara no presentaba nada de particular más que unas cuantas estampas de santos clavadas en la pared con tachuelas

doradas y una mesa de madera de pino que servía para comer, planchar y para cuanto se ofrecía.

Tal era el almacén de fruta de Cecilia, y como él, había seis ú ocho, poco más ó menos parecidos, en ese célebre barrio de la Acequia, de que hemos tratado de dar una idea.

Evaristo, como la mayor parte de los agricultores de Chalco y Texcoco, tenía sus relaciones de comercio con los Trujanos, con los carboneros y con los dueños de tendejones, á los que vendía granos, leña y carbón, pero no le había convenido hacerse conocer personalmente, y hacía sus tratos y cobros por conducto del administrador de la Blanca. Podía, pues, presentarse en esas calles sin inconveniente y pasar desapercibido como uno de tantos.

Desde que fué arrojado por Cecilia y herido, más en el alma que en la mano, se propuso resueltamente acabar con ella y con sus dos criadas. Dejó por unos días el mando de la escolta á Hilario, y él se vino de incógnito á establecerse á México, con el objeto de madurar un golpe decisivo y seguro. Tomó un cuarto en un mesón de Tezontlale para vivir aparentemente en él, y una accesoria con dos piezas en el callejón de la Trapana, donde fijó su residencia, y puso una carbonería á cargo del enmascarado que había escapado del desastre de Río Frio, y con el cual podía contar enteramente.

Cuanta rabia, despecho y desesperación puedan tener los condenados del infierno, tanta así hervía en su negro corazón. Las ilusiones de vida quieta y pacífica al lado de Cecilia, si hubiera condescendido á casarse con él, habían desaparecido, y aun los sentimientos puramente

brutales que despertaba en su ansiosa y loca imaginación, la vista de tantos atractivos y de tanto donaire natural, se convirtieron en un odio rabioso, añadiéndose á esto el miedo que le causaba la mujer que lo conocía, que sabía sus secretos y que lo podía perder á la hora que se le antojase. Durante muchos días temió el ser llamado por el comandante general ó aprehendido y fusilado en el acto por el coronel Baninelli, pero cada uno había guardado su secreto y su amenaza. Cecilia á su vez, llena de terror, guardó el más profundo silencio y se limitó á no volver á Chalco, y él, casi seguro que una delación en contra de la trajinera no tendría ningún resultado, se limitó también á callar, contando á Hilario y á los que lo encontraban, que su caballo tropezó, y él al caer, se había lastimado la mano; pero tal estado de cosas no podía durar y no había alternativa. Cecilia y él no cabían ya en la tierra. O él ó Cecilia debían morir, y se resolvió á jugar el todo por el todo. Ya hemos dicho en otros capítulos que Evaristo acostumbraba espiar á Cecilia y rondar su casa, tratando de conocer las entradas y salidas, la situación interior de las piezas y las costumbres y hábitos domésticos de esa aislada familia que vivía en el almacén de frutas, pero desde que se ratificó en su designio, era una especie de araña maligna que esperaba la mosca para asirla con sus tenazas y chuparle la sangre. La situación de la accesoria que ocupaba en el callejón de la Trapana, le proporcionaba observar cuanto pasaba en el almacén. Se tizó la cara, vistió una camisa ordinaria de cambaya azul, unos calzones de cuero y un sombrero de petate, y despachaba á los marchantes alternando con el indio. Varias veces vió entrar á Cecilia por el zahuán chico, por donde se manejaba.

Impetus le daban de arrojarle sobre ella y cosería á puñaladas, pero lo que quería era la venganza, al mismo tiempo que la impunidad. Tenía pensado que, para alejar hasta las más remotas sospechas, la misma noche que consumara el crimen, apareciese dando una batalla descomunal en el monte á imaginarios ladrones, lo que le era muy fácil poniéndose de acuerdo con Hilario. Cecilia sería asesinada á la media noche, él tendría apostado á Hilario con caballos fuera de la garita, saldría á la madrugada y galopando recio, llegarían al monte á las diez ú once de la mañana, fingirían un encuentro, y colgarían en los árboles á los dos ó tres primeros infelices que encontrasen, para que los viesen los pasajeros de la diligencia, y él dirigiría el parte á México, firmado en Río Frío á las doce de la noche.

Pensando en este y en otros planes pasaba el día, y en la noche, mientras el indio se dormía, él entreabría la puerta, apagaba el farolito con el cabo de sebo que ardía hasta las ocho de la noche y se ponía á observar atentamente lo que pasaba en el barrio. A las seis de la tarde estaba muy concurrido, indios é indias, criados y mozos y cargadores iban y venían con sus mandados, entraban y salían á los almacenes de fruta, tendejones y pajerías; pero á las ocho de la noche todos se retiraban, las calles aparecían como desiertas, y el último tendejón que se cerraba y que hacía contraesquina con la casa de Cecilia, era el de un D. Joaquinito, que tenía una mujer ya anciana. Dando las nueve de la noche, se metían á acostar y no le abrían á nadie hasta las siete de la siguiente mañana. Los vecinos honrados se retiraban cuando más tarde á las diez, en que se cerraban las casas de vecindad, y los personajes equívocos de que hemos hablado, sa-

lían de sus escondrijos á las once de la noche y no volían hasta las cuatro ó cinco de la mañana.

Entre las doce y la una de la mañana, se oían sonar unos tacones por el empedrado; luego nada, porque los callejones ya no lo tenían, y á poco aparecía como una fantasma la figura gorda, pequeña y casi cuadrada del músico Sayas, seguido de su muchacho cargando el violoncello. Una vez que entraban á la casa, que estaba á muy poca distancia de la carbonería, todo aquel rumbo quedaba en la más completa oscuridad, pues no había un solo farol, y el silencio no era turbado sino por los ladridos lejanos de los perros, el mugido de las vacas de los corrales y el canto de los gallos.

Evaristo se aseguró que desde la una de la mañana hasta las tres ó cuatro, él sería la única persona despierta en el barrio, y era más de lo que necesitaba. En las noches oscuras, luego que el músico Sayas entraba, él salía con unos instrumentos que de intento mandó hacer, y sin ruido y lentamente iba quitando las piedras y cavando un agujero por donde cupiese un hombre, en la parte baja de la casa de Cecilia y en el lugar que había calculado por sus observaciones que daría á la pieza intermedia entre las recámaras donde dormía Cecilia y las Marías. Cuando había profundizado algo, volvía á colocar las piedras con mucho arte para que nada se notara en el exterior, se retiraba y cerraba su carbonería. Así continuó su trabajo, que cuidaba de examinar durante el día, y cuando estuvo seguro de que sólo necesitaba retirar con la mano una piedra de chiluca para poder penetrar cómodamente al interior, resolvió dar el golpe.

Su plan era entrar él por el agujero y después el indio, los dos armados de puñales. El indio se dirigiría á la



pieza de la izquierda donde dormían las criadas, y sin hablarles una palabra les daría de puñaladas. El tomaría la recámara de la derecha y haría lo mismo con Cecilia, y tendría el doble placer de hacerla desaparecer, siguiendo una escena que podría, si resucitase, envidiar el célebre marqués de Sada.

Escogió una de esas noches lóbregas y tempestuosas, en que se suceden los aguaceros, las calles parecen ríos, y los serenos, que no había uno sólo á quinientas varas de distancia, se meten en los zahuanes, de modo que, aunque haya gritos y vocerío dentro de una casa, no los escucha más que Dios. Poco antes de las nueve comenzaba, con una corta lluvia, nubes gruesas y relámpagos lejanos, á presagiar lo que sería el resto de la noche. Evaristo salió de la carbonería y se dirigió en busca del indio remero que se quedaba de velador en una de las canoas de la casa de Cecilia. Ese remero, los más días, era tertuliano de la carbonería. Los dos carboneros, pero especialmente Evaristo, lo convidaban á comer en los tendejones pambacitos con *chilpotle* y tragos de chinguirito, y por él había sabido cuantos pormenores necesitaba, y estaba seguro de no haber equivocado el punto preciso de la horadación y de penetrar al cuarto intermedio que siempre estaba alumbrado con una mariposa que ardía en su vaso de aceite, en una repisa colocada delante de la imagen de una Virgen de los Dolores, de la cual era muy devota María Pantaleona.

Rondó Evaristo como media hora, y ya desesperaba de encontrar al remero cuando lo vió venir con su farolito encendido, trastravillando, pues había absorbido ya cuatro ó cinco vasitos de chinguirito. Era lo que precisamente se necesitaba; pero no contento con esto, lo

convidó á que fuesen al tendejón de la contraesquina que no cerraba sino hasta las diez. Vaso tras de vaso, no cesaban de hablar del precio del carbón y de la patrona Cecilia, que era muy rica, y de su casa, y de un ropero colorado que abría á las nueve de la noche y se hincaba de rodillas á rezar el rosario, y el remero y el carbonero muy tizado y con crecidos cabellos, bebían y decían que estaban prontos á dar la vida por Cecilia y servirla hasta de balde, y D. Joaquinito el tendero, que la conocía, decía lo mismo y les servía aguardiente en los vasitos, de modo que estaba ya vacío su grande frasco cuadrado, pero Evaristo no bebía, sino que al disimulo derramaba el liquido y después se empinaba el vaso y lo dejaba caer con estrépito en el mostrador fingiéndose el borracho. Dando las diez, D. Joaquinito los echó, Evaristo tiró en el mostrador un puñado de cuartillas de cobre, y remero y carbonero del brazo salieron á la calle tambaleando y haciendo zetas, á tal grado, que el tendero creyó que á pocos pasos caerían sin sentido en el suelo, pero él había vendido su chinguirito compuesto con agua y alumbre, y poco le importaba, y cerró su puerta, diciendo:

—Ya se los llevará el diablo ó el sereno.

Evaristo condujo casi en peso al remero hasta la canoa y lo dejó acostado y sin sentido, con el farolito para que no llamase la atención á alguno que pudiera pasar y estuviese acostumbrado á verlo encendido hasta las once ó doce de la noche.

Fuese en seguida á la carbonería, apagó su luz, entreabrió la puerta y se puso en observación. El indio, acostado en unas sacas de carbón, dormía profundamente.

Las nubes cargadas de electricidad, se iban acercando más y más á la ciudad, los relámpagos menudeaban y una lluvia fina había empapado las siniestras calles y formado charcos y lodazales.

Oscuridad profunda, y ni una alma en las calles. Los vecinos misteriosos de la casa de la Trapaná y de las otras contiguas comenzaron á salir, envueltos en sus frazadas y á desaparecer entre aquella multitud de vericuetos y de angostos callejones. Cuando pasaban cerca, Evaristo cerraba su puerta apenas entreabierta.

Las once sonaron en los relojes de varias iglesias.

A las once y media, aguacero tras de aguacero, relámpagos sin cesar que iluminaban el canal lleno de canoas trajineras, los puentes, las casas, las torres y cúpulas de las iglesias, y todo tomaba el aspecto fantástico de una ciudad ardiendo como Gomorra con un fuego azufroso. Dos ó tres rayos se desprendieron y uno cayó muy cerca. Evaristo oyó un grito de espanto y ruido y vocerío de gentes que se acercaban. Cerró enteramente su puerta y espío por un agujero. Eran unas familias del barrio que regresaban del teatro en medio de aquella turbonada, las mujeres empapadas, con la ropa arriba de las rodillas, y los hombres con los paraguas volteados al revés y hechos pedazos con la fuerza del viento. El rayo que cayó á corta distancia, los asustó, las mujeres arrojaron un grito, pero se repusieron pronto, y como era gente alegre rieron á carcajadas de su miedo, hablaron del teatro, de lo que les costaba por el daño que habían recibido sus vestidos y sombreros, y llevando en paciencia su mala ventura, fueron alejándose y perdiéndose sus voces y personas entre las profundas tinieblas de la noche. Veinte minutos después nuevas voces y nuevos pa-

sos. Era el músico Sayas que regañaba á su muchacho porque no había puesto la funda á su violoncello y temía que hubiese entrado la agua por las rendijas de la vieja caja en que lo guardaba. Llegó á la puerta de la casa, introdujo la llave, y él y su muchacho, á quien aplicó un buen coscorrón al entrar, desaparecieron y volvieron el silencio y las tinieblas cada vez más espesas.

Evaristo estaba ya en aptitud de obrar, nadie debería ya pasar por todo el barrio de la Acequia. Los serenos, muy lejanos, estaban sin duda abrigados y dormidos en casa de sus amigos los tenderos.

Cerró su puerta, despertó bien al indio, sacudiéndolo fuertemente, le hizo tomar un trago de aguardiente y le dió dos puñales muy largos y afilados.

—Escucha bien lo que te voy á decir. Sígueme. Voy á entrar por un agujero que hay ya hecho en casa de la trajinera. Tú entrarás tras de mí. Te diriges muy en silencio á la pieza que yo te señale, y entras hasta el rincón del fondo. Allí encontrarás en la cama dormidas á dos mujeres, y antes de que puedan despertar y gritar dales muchas y fuertes puñaladas por la cara, por el pecho, por todas partes, y no ceses de herir hasta que las mates. Si no obedeces, te mato yo esta noche.

El indio, que era el más bruto y el más cruel de todos los que formaron la cuadrilla de los enmascarados, cogió los puñales, se los colocó en la faja de la cintura, se envolvió en su frazada negra del polvo del carbón, y contestó lacónicamente:

—No tenga cuidado, mi capitán.

Cerraron la carbonería y salieron con precaución, disimulándose contra las paredes y así llegaron hasta la horadación. La reconoció Evaristo con cuidado y la en-

contró á su satisfacción, no se necesitaba más que quitar las piedras ya flojas y el cascajo, retirar la tapa de chiluca y entrar sin necesidad de hacer ruido. Si las mujeres, que probablemente dormían muy tranquilas, despertaban y daban de gritos pidiendo auxilio, nadie las oiría; si se defendían y era lo más probable, emprenderían él y su indio una lucha á puñaladas y la victoria era segura, pero aun cuando no lo fuera, algo se había de arriesgar. Evaristo se proponía luego que acabase con Cecilia y sus criadas, matar por detrás al último de los enmascarados para que nadie pudiese ser testigo de su crimen.

Había ya vaciado con mucho tiento y cuidado el cascajo y piedras y se disponía á quitar la piedra de chiluca para entrar, cuando se acordó del indio remero que había dejado en la canoa, y reflexionó que la lluvia y el fresco de la noche, podían haber disipado la borrachera, y se levantaría tal vez buscando el farolillo ó le daría la gana de rondar por la casa, como era su obligación, y se lo había encargado su ama. Dejó al último de los enmascarados cuidando el agujero, encargándole que no se moviese, y él se dirigió á la canoa, que como se ha dicho, estaba en el patio á poca distancia de la puerta principal que estaba entreabierta. Las aguas de la acequia, crecidas con las lluvias, entraban á esa especie de muelle y hacían flotar la canoa.

Evaristo, con la agua hasta cerca de la rodilla, penetró al patio, subió á la canoa y examinó el estado del remero. Roncaba estrepitosamente en medio de un charco de agua con lodo, basuras y paja; pero se removía de un lado á otro, de tiempo en tiempo exhalaba una especie de rugido, y decía palabras incoherentes, y llamaba á D.<sup>a</sup> Cecilia. Decididamente la influencia del alcohol iba

á terminar, y si había gritos y lucha, el remero los oiría, pues el agujero estaba en el costado de la casa y á corta distancia.

Evaristo no vaciló, se acercó al remero, le buscó con la mano izquierda el corazón, y así que lo sintió latir, con la derecha le colocó la punta de su largo puñal, y aprovechando la rápida luz de un relámpago, se lo hundió hasta el mango. No contento con esto, hizo picadillo la cara del remero, después limpió el puñal en las húmedas mechadas de la víctima, y con precauciones de gato montés que se siente perseguido, más bien arrastrándose entre el lodo y charcos, dió la vuelta de la casa y regresó al agujero. Por el cobarde asesinato que acababa de perpetrar ó por otros pensamientos siniestros, tuvo miedo y no se atrevió á entrar, pero sí quitó la piedra de chiluca y le dijo á su indio:

—Entra primero y yo te sigo.

El indio, con repugnancia, meneaba la cabeza y no quería aventurarse, pero Evaristo lo amenazó con su puñal, y tuvo que obedecer y se tendió en el suelo.

—Si ves que hay luz encendida, oyes ruido, en las piezas, ó ves gente despierta, retiras inmediatamente la cabeza; si todo está quieto y oscuro me lo dices y yo entraré inmediatamente.

El indio no contestó pero introdujo la cabeza, y casi al mismo tiempo el resto de su cuerpo hasta que desaparecieron sus piés, en la oscura tronera. Una voz dijo desde dentro muy quedo:

—Puede entrar. Todo oscuro y quieto.

No dejaron de llamar la atención de Evaristo los términos regulares y pulcros del llamamiento, pero no obstante se tendió en el suelo y comenzó con precaución á

introducir su cabeza, no había penetrado aún el cuello, cuando se sintió asido de las melenas de la frente por una mano fuerte que lo tiraba para introducirlo adentro, y al mismo tiempo sintió la punta de un puñal. Quiso retirarse inmediatamente, pero otra mano se apoderó de otro mechón y su esfuerzo fué inútil.

—¡Ah! maldita Cecilia, siento tus manos fuertes de arriera y de trajinera, y tu venganza del infierno, pero no te has de salir con la tuya, mis gentes están aquí, y ahora mismo rompo las puertas de tu casa, entro, te llevo presa y te ahorco en el monte... suelta, suelta... demonio... suelta... te prometo no decir nada... suelta... jamás te volveré á ver ni acercarme á una legua de donde tú estés... suelta... por el alma de tu madre.

Evaristo, formando palanca con sus brazos apoyados contra la pared, trataba de retirar su cabeza, amenazando unas veces, jurando y pidiendo perdón otras...

Imposible, la persona que lo tenía asido de los cabellos, en el interior del cuarto, formaba también palanca poniendo los piés contra la pared. Esta lucha terrible duró menos de cinco minutos.

La persona que tenía asida á Evaristo, cayó de espaldas en el cuarto quedándose con un mechón de cabellos, con todo y la piel del casco en la mano, mientras Evaristo se revolcaba de dolor entre el cascajo y los escombros de la tenebrosa calle.





## CAPÍTULO XII

### El tumulto


A puñalada que Maria Pantaleona dió al último de los enmascarados en la arteria carótida, ocasionó que se vaciara completamente, y el cuarto estaba inundado de sangre. La escasa luz de la mariposita que ardía delante de la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, y el rápido y fantástico reflejo de los relámpagos que entraban por las altas claraboyas, y por el agujero daban momento á momento á ese cuarto, con sus paredes húmedas y salpicados de manchones pardos y negros, un aspecto el más aterrador. Los barriles vacíos amontonados en los rincones parecían animarse y moverse, los palos y trastos viejos tomaban extrañas figuras, las ratas salían en gran número de sus escondites, miraban con sus ojillos azorados el cadáver monstruo del indio, nadando en una sangre negra, querían acercarse, pero no se atrevían y huían espantadas. La

imagen misma de la Virgen parecía más consternada y llorosa, María Pantaleona no tenía en cuenta este aspecto siniestro y permaneció sentada junto al agujero con su largo puñal en una mano y el mechón de cabellos de Evaristo en la otra.

A la tormenta de la noche había seguido, como es común en México, una mañana clara y fresca. Luego que entraron por las claraboyas los primeros rayos del sol, Pantaleona se dirigió á la recámara de Cecilia que contra su voluntad dormía, á causa del mucho trabajo del día anterior, en que había recibido y despachado dos trajineras cargadas de azúcar y peloncillo.

—D.<sup>a</sup> Cecilia, despierte usted, que van á dar las seis, —le dijo María,—que ya hay mucha gente y mucho trajín en la calle;—y al decir esto abrió una de las ventanas.

Cecilia se sentó, se limpió los ojos, miró á Pantaleona y dió un grito...

—¡Señora mía de los Dolores! ¿Qué es esto, qué ha sucedido, mujer que estás como si te hubieses bañado en una tina de sangre?

—No se asuste, D.<sup>a</sup> Cecilia, ya le contaré, no es nada, y yo no tengo ni siquiera un araño, levántese y venga.

Cecilia se puso violentamente unas enaguas, metió sus piés en sus zapatos de raso, se envolvió en su rebozo y siguió llena de susto á María, no pudiendo ni conjeturar lo que había acontecido.

Los rayos del sol de la claraboya formando una ancha banda llena de ese polvo de oro que se mueve, que sube, que baja, que forma iris cambiantes como si volaran millones de microscópicos animalillos de esmalte de

colores, venía á terminar en la cara deforme y sangrienta del indio asesinado, cuyos ojos abiertos y desencajados amenazaban todavía á Pantaleona. Por las desigualdades del suelo mal enladrillado, corrían hilos de sangre que terminaban en morados manchones coagulados. Cecilia pisó aquí y allá sin saber lo que hacía, empapó su calzado claro, sintió frío en sus piés y piernas y retrocedió.

—¡Qué horror!—exclamó tapándose los ojos.—¡Qué has hecho? ¿qué ha pasado? ¿cómo ha sido mi sueño tan pesado que nada he sentido? Dime pronto que me vuelvo loca. ¿En mi casa un asesinato? ¿Qué va á ser de nosotras? Vámonos de aquí, yo no quiero mirar ese hombre, que, muerto como está, parece que nos quiere matar.

Entraron á la recámara, y Cecilia, conmovida y nerviosa hasta el extremo, tiró á un rincón el calzado empapado en sangre, se lavó los piés y las piernas, y cayó anonadada en la gruesa estera que le servía de tapete.

María Pantalcona la tranquilizó, le acabó de enjugar los piés y le contó lo que había pasado.

Hacía más de quince días que había oído á ciertas horas desde su recámara un ruido, como el de un animal que escarvaba el suelo ó la pared. Al principio creyó que eran las ratas, pero dos días después se propuso escuchar con atención para darse cuenta de lo que pasaba. El ruido, las carreras y los pleitos de las ratas ya los conocía, y se fijó también en que el que ella oía comenzaba á poco más ó menos desde las dos hasta las tres ó cuatro de la mañana, cesando siempre antes de amanecer. A los ocho días de esta observación, se convenció

de que el ruido procedía de la calle y que la horadación que se trataba de hacer, vendría á dar al centro del galerón donde se guardaban los barriles y huacales vacíos y palos viejos. Recorrió un día el exterior de la casa antes de irse al mercado, y vió las piedras flojas y colocadas después con cuidado, no sin dejar algún polvo y cascajo.

—¿Para qué decir á usted nada, D.<sup>a</sup> Cecilia?—continuó Pantaleona, con mucha calma y como si nada de funesto y de grave hubiese pasado;—la habría asustado en balde. Yo luego me pensé: ó son los ladrones que se tratan de meter para robarnos, ó es ese demonio de D. Pedro Sánchez que se quería vengar de la zurra que le dimos, y se ha atrevido á agujerear la pared para entrar y matarnos; pero también me dije, que lo primero que metería era la cabeza, y que si yo lo cojía de los cabellos y le atravesaba el pescuezo con el cuchillo con que se destronan las piñas, no diría ni pío, y á mí nada me podría hacer. Dicho y hecho, D.<sup>a</sup> Cecilia, á la tercera noche que me quedé en vela junto al agujero, pues que no faltaba más que quitar la última tapa de chiluca, cá-tate que veo que un cabezón se va apareciendo, lo cojo de las greñas y zas, le metí el cuchillo que creo lo degollé,... ni chistó. Lo jalé para dentro y dije muy quedito. «Entre, que todos duermen,» ó no sé qué cosa más, y al instante apareció otra cabeza con unos pelos sobre la frente que daban miedo, que lo agarro, que se retira para salirse, pues conoció la trampa; que jalo yo otra vez con las dos manos temiendo que se me fuese, que jala él y empieza á echar por esa boca desvergüenzas y después á prometer y á *juliarse*, y jalo yo más fuerte, poniendo los piés contra la *pader* y con mi cuchillo en la

boca, ya aburrída le iba á dar una buena en el cogote, cuando se me queda en las manos el mechón de cabellos con todo y el casco... aquí está, es de D. Pedro Sánchez, y con esto y que le vean la cabeza, nos lo merendamos, D.<sup>a</sup> Cecilia, y nos quitamos de este demonio que no nos deja sosiego á vida.

María Pantaleona enseñó á Cecilia un gran mechón de cabellos, adheridos á un pedazo de piel ligeramente teñida de sangre.

—Hemos escapado, y si no ha sido por tí, muchacha, á estas horas yo soy la que estoy nadando en sangre, en mi cama,—dijo Cecilia,—trayendo contra su seno á Pantaleona y abrazándola fuertemente. ¿Pero cómo tuviste valor?...

—Pues nada, que me había de suceder, el hombre metido entre la pared sin poder moverse, y yo con mi cuchillo y piedras y la barreta cerca...

—¿Qué hacemos ahora?—dijo Cecilia.

—Pues yo no sé, D.<sup>a</sup> Cecilia, usted determinará; pero lo mejor sería ir á llamar al licenciado Lamparilla.

—Corre, corre, dices bien; lávate y múdate ropa y te vuelves con él. Es temprano y no se ha de haber levantado todavía.

María Pánfila, que nada había sentido, se levantó como de costumbre á las cinco de la mañana, se puso á barrer su recámara, á lavar el brasero y disponer el recaudo para el almuerzo, y después salió al patio á abrir los almacenes, pues ya era la hora en que acostumbraban venir á comprar los regatones.

El desgraciado remero asesinado vivía en una choza de zacate, en el pueblo de Santa Anita. Su mujer, su hermana y su hija, que tenía doce ó catorce años, culti-

vaban la tierra y venían todos los días á vender sus cebollas, rábanos y nabos, y cualquiera de las tres surtía en la casa de Cecilia una canasta, la cargaba en la cabeza y se echaba por la ciudad, entrando en los patios de las casas y pregonando con esa especie de cadencia chillona que es la delicia de los muchachos, todas las diferentes frutas.

En la mañana, antes de arreglar su fruta y legumbres, compraban su atole, y con las gordas de elote untadas de chile, hacían en compañía del remero un alegre desayuno en la canoa cuando estaba flotando, ó en un rincón del patio de la casa. Después cada uno marchaba por su lado á buscar su vida, y á la tarde se juntaban allí mismo, y se embarcaban en su chalupa á la chinampa. El remero, ya de guardia en la casa, ó ya en servicio á bordo de las trajineras, ganaba dos reales y medio diarios, y las mujeres vendiendo las legumbres y fruta, bien hacían diariamente un par de pesos. Como las inditas eran *enredadas*, y todo el vestido del remero se componía de una camisa, unos calzoncillos de *manta* (1), un sombrero de petate y una frazada, no sólo eran felices, sino ricos.

Esa mañana, en cuanto atracaron su chalupa compraron su atole y entraron al muelle de la casa de Cecilia, muy contentas con sus grandes jarros de atole echando vapor y saludando al remero con sus tiernas y amorosas palabras aztecas, en vez de encontrarlo sentado envuelto en su frazada, vieron horrorizadas un cadáver flotando entre una agua lodosa y enrojecida. Soltaron los

---

(1) Lienzo de algodón trigueño ó blanco, que se fabrica en México y del cual se visten los indios y gente pobre.

jarros de atole y comenzaron á dar lastimosos gritos y á arrancarse los cabellos, diciendo en su lengua quién sabe cuántas cosas dolorosas que el llanto atoraba en su garganta. La pobrecita muchacha, sin cuidarse del agua, se arrodilló y besaba la cara desfigurada y hecha picadillo de su padre, queriendo con sus manos acomodarle y pegarle los pedazos de carrillo y de nariz que le colgaban, figurándose tal vez que con esto le volvería la vida. María Pánfila acudió á los gritos, cada vez más fuertes y dolorosos de las indias, y en un instante acudieron las demás inditas, que estaban en la acequia con sus chalupas, los remeros, los regatones, los vecinos, las placeras que venían á comprar, los que pasaban; un mundo, en fin, de gente que llenó el patio de la casa, que se puso á vociferar, á empujarse, para ver de cerca lo que pasaba, y á llorar y á gritar, porque los de Santa Anita que allí se hallaban eran ó parientes ó conocidos del remero asesinado con una refinada crueldad por Evaristo.

La sorpresa de María Pánfila, que al contrario de la otra era impresionable y algo tímida, se asustó al grado de no poder ni hablar cuando, entrando á la lóbrega bodega en busca de su ama para imponerla de lo que había visto y explicarle la causa de los gritos y sollozos, tropezó con el cadáver del último de los enmascarados.

Ya reunidas las tres, hablaron, se explicaron y pensaron en lo que deberían hacer y decidieron que María Pánfila iría á llamar al alcalde del barrio, que María Pantaleona correría en busca de Lamparilla, quedándose Cecilia en la casa para explicar lo mejor que pudiese el suceso á los numerosos curiosos, lo que ya era necesario, pues no sólo continuaban entrando al patio, sino

que invadían sus piezas y querían ver al otro indio matado, y el agujero por donde se había metido.

Llegó á poco el alcalde, que pudo, con mucha dificultad, poder acercarse hasta donde estaba Cecilia rodeada de mucha gente, la llamó á su recámara y la interrogó.

Cecilia le contó lo ocurrido sin mentar para nada á Evaristo, ni decirle las sospechas ó casi certidumbre que tenía de que el capitán de rurales había sido el autor del asesinato del remero y el que había hecho la horadación.

—¿Y dónde está María Pantaleona que tuvo ese valor increíble y que, en verdad, no me explico bien?—dijo el alcalde.

—María Pantaleona,—le contestó Cecilia,—ha ido en busca de mi licenciado, que es el que dirige mis negocios, y ya ve usted que en este trance tengo más que nunca necesidad de él.

—¡Ya lo creo!—dijo el alcalde con cierta intención maligna;—porque ¿quién quita que se haya hecho el agujero de intento para disimular un crimen?...

—¿Cómo? ¿se atrevería usted á creer,—le interrumpió Cecilia, poniéndose roja de cólera,—que mis criadas han cometido un crimen acabando con este ladrón que venía á matarnos en nuestra misma cama? ¡Era lo único que me faltaba!

—Yo, ni creo, ni dejo de creer, D.<sup>a</sup> Cecilia. Aquí dentro de la misma casa de usted encuentro un hombre muerto y otro en la canoa; yo no sé quién los mató, ni cómo; mi deber únicamente es hacer las primeras averiguaciones y suponer con fundamento, que todos son culpables ó cómplices, y llevarme á la cárcel á los



muertos y á los vivos. Allá el juez de turno sabrá á quiénes suelta y á quiénes pone incomunicados. Conque, por de pronto, D.<sup>a</sup> Cecilia, vístase bien, porque así no está usted para salir á la calle, y prepárese á acompañarme á la cárcel. Por mucha consideración, y por lo mucho que la quiero á usted, lo más que haré será mandar por un coche del sitio, acompañarla y entregarla al juez.

El alcalde de barrio era efectivamente uno de los muchos aficionados que tenía Cecilia, la perseguía y le había hecho diversas proposiciones, aunque ninguna de casamiento. No era del todo despreciable. Tendría unos treinta y cinco años, de no mala figura, con sus zapatos de gamuza amarilla, sus calzoneras con cachirulos del mismo color y su buen sombrero jarano blanco con toquillas de galón de oro. Daba su pala y no era desdeñado de las recamareras y de las muchachas de los tendejones de la vecindad, y además era primo de los Trujanos, tenía una pajería bien surtida y hacía sus viajes en la trajinera de Cecilia ó á caballo para rescatar maíz en Chalco los días de feria; pero Cecilia, enteramente refractaria á los amores ligeros, no había hecho caso de las atenciones y pláticas del alcalde, y éste, un poco picado, aunque no tanto como el bandido Evaristo, no dejó de aprovechar la ocasión para imponer su autoridad y ejercer una pequeña venganza.

—¡Bonita es la justicia de México!—dijo Cecilia muy colérica; — ¡conque después de que agujerean la pared y se meten en su casa á la madrugada para cogerla dormida y matarla, todavía se quiere que acompañe uno al muerto y vaya á la cárcel!

—No hay que enfadarse por tan poca cosa, D.<sup>a</sup> Cecilia,

—contestó con mucha calma el alcalde,—y no sé de qué se asombra usted, que está cansada de ver todos los días pasar los muertos y detrás á los reos. Es la costumbre.

—Pero yo no soy *rea*,—le interrumpió Cecilia,—y por lo demás no me saque argumentos, D. Tomás, porque primero me hará usted mil pedazos que dejarme llevar á la cárcel. ¡Qué sería de mi puesto de fruta, de mis intereses en Chalco si me sumieran en la cárcel cuatro meses ó cuatro años!... ¿quién querría hablar conmigo ni darme siquiera los buenos días?... ¡mi ruina y mi desgracia para toda la vida!... Ya verá, D. Tomás, que estoy resuelta...

Cecilia dió algunos pasos, abrió el tríptico y sacó un puñal, el mismo que hemos dicho que cargaba en su cintura para hacerse respetar de remeros, arrieros y verduleras con quienes tenía siempre que andar á vueltas.

—Mire, D. Tomás,—continuó Cecilia con un acento resuelto y sacando el puñal de una curiosa vaina bordada de oro y arimándose lo á la cara,—por la alma de mi madre le juro que antes de salir de aquí entre soldados me hundo este puñal en el corazón y acabamos, pero yo no iré entre filas.

—Pues ni irá usted entre filas ni se hundirá el puñal en ese seno que pide besos y caricias y no heridas ni sangre, que bastante hay ya aquí.

Por un movimiento rápido que no aguardaba Cecilia, D. Tomás le quitó el puñal, y blandiéndolo y levantando el brazo amenazó á Cecilia, y dijo riendo:

—¿Quién es el que manda ahora? No sea tonta, doña Cecilia, ya le dije que no iría usted entre filas, sino que

la llevaría en coche; alístese pronto, porque ya se junta mucha gente, y aunque yo no quiera, me verá obligado á pedir auxilio al cuartel de la Santísima.

Viéndose Cecilia tan repentinamente desarmada, y notando en la fisonomía del alcalde que lo que quería únicamente era mortificarla, se resolvió á sacar el mejor partido de la posición difícil en que se encontraba.

—Mire, D. Tomás,—le dijo,—me ha jugado usted una traición, y eso no hacen los hombres como usted. Deme mi puñal y no haré más que guardarlo; la cólera lleva á uno á donde no quisiera ir. Esperemos que venga mi licenciado é iré, no digo entre filas, sino al infierno si él me lo manda.

Cecilia tenía ya algo más que afecto por Lamparilla, y además lo consideraba como un prodigio de sabiduría, como un hombre superior que lo podía todo, hasta el grado de haber quitado de la administración de la plaza al temible masón San Justo.

Cecilia y D.<sup>a</sup> Pascuala, en su interior, tenían la misma admiración y rendían igual culto al licenciado Lamparilla, pero el poderoso Lamparilla, á quien había ido á buscar María Pantaleona, no parecía, y en efecto cada vez era más numerosa la gente. Era ya un verdadero tumulto.

—Estoy conforme,—le contestó el alcalde,—y ya verá con esto que le doy una prueba de lo mucho que la quiero aunque usted no me corresponde ni hace maldito el caso de mí. Prométame no moverse de aquí, y voy en busca de los ayudantes de acera para que sosieguen á esta gente y busquen unas escaleras para llevar á los muertos.

—Lo prometo, y yo misma voy á cerrar mis puertas, que para los que están en el patio no hay remedio aunque vengan los ayudantes de acera.

D. Tomás salió abriéndose camino á codazos y empujones, y Cecilia dijo á los que estaban ya en sus piezas que tenía que cerrarlas por orden del alcalde, como en efecto lo hizo.

Lamparilla no llegaba ni María Pantaleona tampoco, y sin embargo ya era tiempo. La situación no podía prolongarse más. La gente se atumultaba y ya se trataba de echar sobre las puertas para ver dentro de la casa el indio matado por la valiente Cecilia, pues para la multitud ella era la heroína y no su criada, lo cual había hecho que aumentara el prestigio que tenía adquirido en todo el barrio.

Mientras el alcalde D. Tomás se dirigía á buscar á los ayudantes de acera y cerrar su comercio que momentáneamente había dejado al cuidado de un muchacho que le servía de dependiente, la cocinera del licenciado Bedolla, que acostumbraba hacer sus provisiones en el puente de la Leña, se dirigió á pasos precipitados á la casa refiriendo á su amo que una mujer había matado á su amante dentro de su casa y el amante había matado antes á un remero por celos, y que el barrio se estaba levantando, que había tumulto, y otras cosas por ese estilo, que le habían arrebatado la canasta y el dinero del gasto, y que no podía hacer de almuerzo más que huevos estrellados y los frijoles que habían sobrado de la cena de la noche anterior.

La astuta cocinera aprovechó la ocasión para apropiarse los doce reales que le daba diariamente Bedolla (que á eso estaba reducido), inventando un cuento, que

sin embargo cogió el juez al vuelo. Se le presentaba la ocasión de desplegar su energía y su actividad y reparar el malísimo resultado de la célebre causa de los supuestos asesinos de Tules. No hizo maldito el caso de la pérdida de la canasta y del dinero, sacó los últimos dos pesos que le quedaban por el momento, se los dió á la cocinera para que fuese á comprar lo necesario para el almuerzo y comida del día, pero antes le hizo diversas preguntas, que le fueron contestadas con las más clásicas mentiras y exageraciones. Se acabó de vestir y sacó el reloj. Era justamente la hora en que el secretario acostumbraba ir á platicarle, á contarle los chismes de la noche anterior y á tomar sus órdenes para el despacho, y lo que tendría que hacer si algo ocurría de grave mientras él digería su almuerzo y llegaba al juzgado, que siempre era lo más tarde posible.

—Tenemos tumulto por el puente de la Leña. Una mujer ha asesinado á su *amasio* y el amasio ha asesinado á un remero. La cocinera lo ha visto todo; perdió los doce reales del gasto, pero eso no importa, mejor, es una fortuna para el juzgado,—dijo Bedolla luego que vió entrar al secretario.

Corra usted, pida un auxilio en el cuartel más cercano, y usted mismo sosiega el tumulto, que no ha de ser gran cosa, aprehende usted á la amasia y á los cómplices, en fin, á cualquiera, porque es necesario que detrás de las escaleras de los muertos venga el reo; un reo cualquiera. ¿Usted me comprende? Sin reo no podemos hacer nada.

El secretario quería responder, pero Bedolla no se lo permitió.

—Corra usted, corra usted, ya tendremos tiempo para platicar; yo me voy inmediatamente al juzgado; y allá

lo espero con el resultado. ¡Qué fortuna que me haya tocado hoy el turno!

El secretario diez minutos después estaba en el cuartel de la Santísima, dijo al oficial de guardia su nombre y empleo, le pidió un auxilio y obtuvo cuatro hombres y un cabo, y á la cabeza de esta respetable fuerza, penetró entre la multitud, que cada vez era más bulliciosa y compacta, y llegó hasta el almacén de fruta de Cecilia.

Ya el alcalde venía por otro rumbo con tres ó cuatro ayudantes de acera y seis ú ocho *cuicos*, habían aparecido por allí con sus espadas desenvainadas, repartiendo cintarazos á diestra y siniestra á los curiosos y á los mozos y criadas que, como la cocinera de Bedolla, acostumbraban comprar sus legumbres y fruta en ese barrio. Todas estas fuerzas reunidas dispersaron de pronto la multitud y rodearon la casa de Cecilia. Fué naturalmente el secretario del juzgado el que se hizo cargo de las primeras diligencias. Papel, tintero y una mala pluma se encontraron en la casa de Cecilia. El secretario se puso á dictar y el alcalde á escribir. Examinaron al remero asesinado y al indio casi degollado, reconocieron la horadación, recibieron las declaraciones de varios testigos que inventaron cuentos por decir algo, é interrogaron á Cecilia. Como el último de los enmascarados estaba negro con el carbón y la sangre, no se necesitaba de mucha perspicacia para calificarlo de carbonero, acudieron á la carbonería de enfrente, que estaba cerrada, rompieron la puerta y no encontraron más que unas cuantas sacas de carbón, unas cuartillas de cobre y unas frazadas viejas y mugrientas. El secretario hizo constar todo esto en las diligencias, y como tanto el cadáver del re-

mero y el del indio apestaban á chinguirito, le ocurrió preguntar cuál era el tendejón más inmediato; no faltó quien respondiera que el de la Santísima, añadiendo que era el más escandaloso y que vendía aguardiente hasta pasadas las once de la noche. El secretario mandó traer á D. Joaquinito, el que no tuvo dificultad en declarar que los dos carboneros, que eran sus parroquianos, habían efectivamente estado bebiendo hasta cosa de las nueve de la noche, hora en que, conforme á la licencia que tenía del gobernador, había cerrado su puerta echando á empujones á la calle á los dos borrachos.

Considerando el secretario que con las diligencias que había practicado bastaba, á reserva de continuarlas en el juzgado, determinó que Cecilia, la criada María y don Joaquinito debían ser conducidos presos á la Diputación, precediéndoles los muertos, cada uno amarrado en su respectiva escalera, y que la casa de Cecilia quedaría á cargo y bajo la responsabilidad de D. Tomás el alcalde.

Los *cuicos* comenzaron á ejecutar esta determinación, que fué notificada á Cecilia.

Mientras esto pasaba, la gente se había vuelto á aglomerar en el patio, en las puertas, en la horadación, en los puentes, en el espacio que forma una angosta calle entre el canal y los edificios, y comenzaban chiflidos y gritos, especialmente de multitud de chicuelos que, en vez de entrar á la escuela lancasteriana del barrio, se habían quedado en la calle para ver á los dos matados, y correr por aquí, por allá, robarse las naranjas y las limas de los puestos de fruta y arrebatarse las canastas á las cocineras, tirando al suelo los garbanzos,

los cominos, el azafrán, las tortillas, tortas de pan y velas de á *claco* (1).

Uno de tantos muchachos que, oculto detrás de la puerta, escuchó la disposición del secretario del Juzgado, salió de su escondite, se hizo paso entre la multitud y comenzó á gritar con un chillido agudo y compasado:

—¡Ya se llevan presa á D.<sup>a</sup> Cecilia!

Con la rapidez de la electricidad se propagó la noticia por las calles y puentes del canal. Los pulqueros, los carboneros, los de las pajerías y tendejones salieron á las puertas, dejaron sus comercios ó abandonados por un momento ó al cuidado de los dependientes y se acercaron al almacén de fruta. Los gritos aumentaban y toda la muchachería reunida gritaba:

—¡Que se llevan presa á D.<sup>a</sup> Cecilia!

Y tiraban tronchos de col, naranjas, limas y sapotes prietos que se estrechaban en la cara de los *cuicos*, que trataban de asustar y dispersar á los muchachos, ya divididos en bandos, que giraban con velocidad, formaban remolinos y escapaban con facilidad á las persecuciones de los policías, que los querían coger por los cabellos ó por el cuello.

A poco se juntaron á los muchachos, los *pelados* (2) y los remeros de las trajineras, que brincaron á la orilla, armados con sus largos y gruesos remos. Entre toda esa gente, lo mismo que entre las inditas de Santa Anita é Ixtacalco era muy popular Cecilia, y el grito de los muchachos y la horrible injusticia que se cometía en llevar presa entre filas á una mujer del rango de Cecilia, que

(1) Moneda de cobre que ya no existe. Un peso duro se dividía en 8 reales, 16 medios, 32 cuartillas y 64 *clacos*.

(2) Gente del pueblo bajo.



había tenido el arrojado de matar á los asesinos y ladrones que entraron en su casa, despertaron el odio instintivo á la policía y la verdadera cólera popular se manifestó. Los cuicos sacaron otra vez sus largas espadas, y los hombres en bandadas también sustituyeron á los muchachos y comenzaron á llover piedras sobre los desgraciados policías, haciéndolos huir, descalabrados y magulladas las espaldas.

El tumulto estaba en toda su fuerza y desarrollo. El cabo no podía separarse de la casa de Cecilia; dos soldados estaban junto al remero asesinado y dos guardaban las puertas de la casa y la horadación. El cabo consideró además que sus fuerzas eran insuficientes, y lo que hizo fué ponerse á cubierto él y sus soldados, lo mejor posible, de las pedradas que ya les andaban cerca, y los otros dos soldados se metieron á la casa de Cecilia y cerraron bien las puertas.

Entonces ya no tuvo límites el furor popular. Los pedrados se echaron sobre un tendejón y en instantes lo dejaron vacío. Las inditas de las chalupas lloraban y se lamentaban á gritos en idioma azteca, no sólo porque se llevaban presa á D.<sup>a</sup> Cecilia, sino porque algunas de esas mujeres atrevidas y de rompe y rasga del barrio, se habían aprovechado del tumulto para sacarse de las chalupas, sin pagar, los manojos de verdolagas, de romeritos, de zanahorias y cebollas. Los pulqueros y dueños de tiendas volvieron á sus comercios, invadidos por pelotones, que gritaban «¡mueran los cuicos y viva doña Cecilia!» y pedían con insolencia pulque y aguardiente para emborracharse.

El tumulto, con toda su gritería y actividad febril, avanzaba é invadía el barrio de la Santísima, las puer-

tas de los zahuanes y accesorias se cerraban, las familias enteras ocupaban los balcones y mandaban preguntar á los aguadores de la fuente el motivo de tanto alboroto, y cuentos y versiones diversas circulaban sin que nadie acertase con la verdad.

Fué en estos momentos cuando apareció Lamparilla, acompañado de Pantaleona; llegó á la iglesia de Santa Inés y siguió á pasos precipitados por el callejón del Amor de Dios. No le cupo duda que el drama que se había desenlazado sangrientamente en casa de Cecilia era la causa de la conmoción, y tembló con la idea de que algo mal hubiese pasado á la guapa mujer, de quien cada día estaba más enamorado. Cuando llegó Pantaleona á su casa, estaba todavía durmiendo, y por mucha prisa que se dió, no pudo acabar su *toilete* tan pronto como el caso requería. Se le pasó por las mentes que en el lance deberían haber tenido parte, ó el siniestro pasajero de la canoa, que los acompañó en el naufragio, ó el masón San Justo, que arrojado de la portería de la loggia, andaba en compañía de mala gente, echándola de Marat y amenazando con su venganza á él y á la frutera. Considerar á Cecilia herida ó muerta, fué para él un pensamiento que lo hizo materialmente correr hasta el cuartel, donde contaba con el teniente coronel y varios oficiales que eran sus amigos. En dos brincos, y dejando atrás á Pantaleona, llegó, en efecto, y por fortuna estaba el teniente coronel, que, alarmado con la bulla y gritos que hasta allí se oían, había mandado formar la guardia, esperando que alguno de los soldados que fueron con el secretario del Juzgado, volviese á dar razón de lo que pasaba. Consiguió Lamparilla un refuerzo de veinte hombres al mando de un teniente, y con esta fuerza,

marchando á paso veloz, con el arma al brazo penetró con brío, como si fuese á asaltar una fortaleza, á lo más intrincado y espeso del tumulto. Los soldados despejaban á derecha é izquierda, con el fusil tendido, á la gente que les impedía el paso, y Lamparilla, con el teniente, les amonestaban que estuviese quieto todo el mundo, pues que de lo contrario harían uso de la fuerza; pero nada, cada vez más compacta la multitud, emplearon mucho tiempo en atravesar el puente y pasar á la calle angosta que quedaba entre las casas y el canal.

El teniente, que era un verdadero muchacho que comenzaba su carrera y no aguantaba muchas pulgas, le dijo á Lamparilla:

—Licenciado, ya voy perdiendo la paciencia con esta gente, y si pasamos por esta calle tan angosta y mal empedrada, pueden muy bien envolvernos y echarnos al agua.

Algunas coles y zanahorias y también terrones y piedras cayeron sobre la tropa al descender del puente.

—Ya lo ve usted, licenciado, se burlan de nosotros como de los cuicos. Es necesario disparar unos tiros al aire, y si no se aquietan, les echo bala y los dispersó á la bayoneta. Yo no me he de dejar burlar.

Mandó disparar, en efecto, cuatro ó seis tiros al aire, y como en una suerte de teatro que hubiese hundido debajo de la trampa á un ejército entero, la calle y los puentes quedaron despejados y solos, y los pelados, al huir, arrojaron de lejos su última descarga de piedras, que ya no llegó á los valientes soldados á cuyo frente se hallaba el no menos valiente Lamparilla, que no dejó de recordar la situación análoga en Ameca, cuando fué asaltado por los Melquiades.

El licenciado penetró ansioso y latiéndole el corazón hasta la recámara de Cecilia y la encontró muy tranquila sentada en su silla, los centinelas en la puerta con el arma al brazo, pero muy respetuosos con la propietaria de la casa. La otra María cuidaba los almacenes de fruta que no habían sido invadidos, ni faltaba una sola piña ni una naranja, pues tanto así era el cariño y la consideración que todos le tenían á la frutera.

—¡Cecilia! ¡Cecilia! —le dijo Lamparilla, queriendo arrojarle en sus brazos,—¿no estás herida? ¿te han hecho algo? ¿por qué este alboroto y este tumulto en todo el barrio?

Cecilia tenía en la camisa, en el rebozo y en las enaguas de indiana de color claro algunas manchas de sangre.

—No, nada tengo, licenciado, y bendito sea Dios que vino pronto, —le respondió Cecilia dándole un apretón de mano.—Esta sangre es del indio asesino que está degollado en la otra pieza, y el tumulto lo han ocasionado los *cuicos*, que me querían llevar á la cárcel; pero se lo dije clarito á D. Tomás, el alcalde: me habrían llevado á la cárcel muerta, pero viva... cuando, ni con todo el regimiento que está en el cuartel de la Santísima...

—Bien hecho; ni por qué te habían de llevar, cuando tú has debido ser asesinada, á no ser por Pantaleona, que me lo ha contado todo.

En esto fué entrando Pantaleona, que no había cesado de seguir á Lamparilla, pero que envuelta en el tumulto no pudo seguir su camino sino cuando al estallido de los tiros se despejó la calle.

—Pensando en Cecilia te había olvidado,—dijo Lamparilla;—pero ven acá, tú eres una mujer fuerte de la

Escritura, te daré un abrazo; tú has salvado á tu ama, y tampoco irás á la cárcel.

—Venga y verá, señor licenciado,—le dijo Cecilia á Lamparilla, tomándolo de la mano y entrando con él en la especie de galera siniestra.

Lamparilla retrocedió aterrorizado al contemplar aquel indio, deforme, con la cabellera negra como de gruesas cerdas, los ojos grandes saftados de sus órbitas y la cabeza con una plasta de sangre coagulada, casi separada del tronco. El oficialillo, que entraba en aquel momento, y que había sido en el camino instruído del suceso, no dejó tampoco de horrorizarse y de retroceder un paso; pero en el mismo momento se repuso y dijo:

—Bien hecho; lo aseguré, y ya no volverá este monstruo á entrar por otro agujero. Venga esa Pantaleona y le daré un abrazo.

Pantaleona, indiferente y fría, se dejó dar cuantos abrazos quisieron Lamparilla y el oficial, y se encaminó á la cocina para ver de preparar algo de comer para su ama, que suponía que no había probado bocado desde la terrible madrugada.

—Pero el alcalde ¿dónde está?—preguntó Lamparilla.

—Sépalos Dios, y mejor que se hayan ido,—contestó Cecilia,—porque para echarlo á perder, con uno bastaba.

El alcalde y el secretario y los ayudantes de acera, en cuanto vieron que el tumulto tomaba alarmantes proporciones se deslizaron y se escondieron quién sabe dónde; pero desde el momento en que con los disparos de la tropa quedaron casi solas las calles y puentes, apare-

cieron echando bravatas y pretendiendo que Cecilia, sus dos criadas, los remeros que habían tomado parte en el tumulto, y aun las inditas de las chalupas, deberían ser conducidos á la cárcel. Acalorada discusión entablóse entre todos estos personajes en cuanto se reunieron en la casa de Cecilia; cada uno quería mandar y disponer á su antojo, pero por fin Lamparilla, con el apoyo del valiente oficialillo, dominó y se hizo respetar del alcalde de barrio, que era el más obstinado é insolente.

—Licenciado, yo haré lo que usted quiera, —dijo el secretario; —pero es necesario que presentemos un reo. Es imposible que vayan dos muertos delante sin que vaya también el reo por detrás. ¿Qué dirá el público?

—Tiene usted razón, —contestó Lamparilla, —y además, Bedolla necesita de algunos á quien tomar declaración, y sumir de pronto en la cárcel. ¿Qué averiguaciones ha hecho usted?

—He averiguado que los autores del crimen son dos carboneros, el uno se metió por la horadación y lo mató Cecilia la frutera.

—Eso es mentira, lo mató la criada Pantaleona, pero ni Pantaleona ni Cecilia irán por ningún motivo á la cárcel. Están bajo mi protección y Bedolla no dirá esta boca es mía.

—Parece que el dueño del tendejón de la esquina, donde bebieron aguardiente los dos carboneros, es cómplice, pues se trataba de robar la casa.

—Ya tenemos reo, —le contestó Lamparilla, —vaya usted al tendejón y tráigalo de una oreja.

Mientras pasaba este diálogo en un rincón del fondo de la pieza, y el secretario acompañado de dos soldados se dirigía á la tienda de D. Joaquinito, el alcalde del

barrio, D. Tomás, disputaba en la puerta de la calle con el teniente que mandaba el piquete de tropa. De palabra en palabra, fueron acalorándose y subiendo de tono, hasta el grado de insultarse mutuamente con los epítetos más groseros. D. Tomas, fanfarrón y orgulloso con el cargo que ejercía, quiso dominar é imponerse al oficial, que era muy joven, delgado, afinado y que á primera vista aparecía como débil é incapaz de resistir á la fuerza hercúlea del alcalde y á los argumentos con que sostenía que era el único que en esos momentos debía mandar y disponer lo que le pareciese conveniente, estaba encaprichado en que á Cecilia y á Pantaleona se les atasen las manos y fuesen conducidas así por las calles hasta la Diputación, y además seis ú ocho remeros, por lo menos cuatro indias de las chalupas y seis ú ocho pelados que él conocía y habían sido causa del tumulto; en una palabra, treinta ó cuarenta presos, pues con esto, pensaba acreditar su celo, captarse la voluntad del gobernador y de los jueces de lo criminal, afirmarse en el poder y desquitarse así de los desdenes de Cecilia.

El oficial, por su parte, alegaba que él nada tenía que ver con los alcaldes de barrio, y que no obedecería más órdenes que las del licenciado Lamparilla, pues era él quien había sacado el auxilio del cuartel. Sin cejar ni el uno ni el otro de sus opiniones continuaban la disputa.

El alcalde de barrio le dijo al fin:

—Yo me tengo la culpa de disputar con mocosos malcriados, que en vez de mandar las armas, podían mejor ir á la escuela á aprender á leer.

Nunca tal hubiese dicho estas palabras, cuando el oficialillo, agarró por el pescuezo al alcalde con una vio-

lencia y fuerza que el insolente funcionario no sospechaba y le sacudió como si fuese un muñeco.

El alcalde quiso libertarse y metió el puño cerrado en el pecho del oficialillo. Este lo soltó del cuello, y enarbolando el brazo le largó tan soberbia cachetada, que lo hizo dar tres pasos atrás, y como el alcalde venía-sele encima, sacó su espada de parada, y le habría atravesado el vientre á no haberlo impedido Lamparilla, que había escuchado las últimas palabras de la cuestión y acudió en ese momento, y contuvo al oficial.

—A la cárcel este insolente que no tuvo valor para aquietar el tumulto,—dijo Lamparilla,—y se atreve á insultar á la autoridad.

—El es el quien me ha insultado, ateniéndose á la fuerza,—gritó el alcalde.

—Silencio y que lo amarren,—dijo el oficial,—ya iba yo á hacer una trastada matando á este miserable.

A una seña del oficial, acudieron dos soldados á sujetarlo por los brazos, mientras otro buscó un cordel, que no le fué difícil encontrar entre los chismes de la casa, lo amarraron fuertemente con las manos por detrás y lo consignaron á un rincón del patio con centinela de vista, sin cuidarse de sus vociferaciones.

La gente curiosa se iba reuniendo otra vez y trataba de averiguar si en efecto se llevarían presa á Cecilia pero Lamparilla los tranquilizó, diciéndoles que en vez de llevarse á Cecilia, el alcalde era el que iba preso, por haberle faltado al oficial. Los muchachos, que habían vuelto á salir de sus escondites, chiflaron y aplaudieron con las manos y con gritos destemplados y aprovecharon la oportunidad para tirar al alcalde algunos naranjazos que se estrellaron en la cara roja y furiosa del alcalde



que tenía muy mala fama en el barrio y era detestado por su tono altanero, especialmente de los muchachos que se atrevían á cogerle en la puerta de su pajaría unas ramas de trébol ó un puñado de cebada, y les propinaba cada vez que los veía, fuertes chicotazos en los piés desnudos.


El secretario llegó á ese tiempo con D. Joaquinito del brazo, que venía azorado y no sabía lo que le pasaba. Sin decirle una palabra lo amarraron los soldados con las manos por detrás, á pesar de sus lamentos y súplicas y lo colocaron con centinela de vista en el otro ángulo del patio.

—Ya tenemos dos reos,—dijo Lamparilla al secretario,  
—Bedolla va á ponerse muy contento.



### CAPÍTULO XIII

## La procesión de Lamparilla

E va juntando mucha gente y es preciso que organicemos la procesión,—dijo muy alegre Lamparilla al oficial.

—Como usted quiera,—le contestó,—estoy á sus órdenes.

Lamparilla estaba como una aleluya, había triunfado de todos los obstáculos, mandaba en jefe, y había logrado prestar á Cecilia un señalado servicio y contaba con que en la primera vez que pudiera hablar con ella, ó renovar sus sabrosos almuerzos en Chalco, la persuadiría á que fuese su esposa, pues estaba decidido á casarse con ella y no esperaba más que la oportunidad de enderezar el delicado negocio de los cuantiosos bienes de Moctezuma III, para realizar sus deliciosos sueños de ventura y establecerse en las cercanías de Ameca, como rico hacendado, en compañía de la mujer que cada vez que la

veía le formaba nuevas y punzantes ilusiones. Si Cecilia se hubiese prestado á la más insignificante caricia, es claro que habría resfriado mucho el entusiasmo de nuestro licenciado. No había descuidado tampoco los intereses de su comadre D.<sup>a</sup> Pascuala. Al día siguiente de la funesta invasión del cabo Franco, volvió á la Ladrillera, dispuso el entierro de D. Espiridión, y condujo á doña Pascuala, (enferma todavía á causa de la cólera, del susto y también del pesar de la muerte de su marido, que al fin la había acompañado tantos años), á una casa del pueblo de Tlalnepantla, al cuidado de la familia del administrador de la hacienda de los Ahuehuetes, que se prestó de buena voluntad á acompañarla y á consolarla en su gran infortunio. Jipila quedó encargada y como dueña del rancho, y como india inteligente y honrada, trató de reparar en lo posible los daños de la invasión de los militares. Tampoco había olvidado Lamparilla á los muchachos que se llevó de leva el cabo Franco, pero sus esfuerzos habían sido inútiles hasta entonces. Rodando del ministerio á la comandancia, y de la comandancia al ministerio, lo más que había obtenido era que el oficial mayor de guerra escribiese una carta expresiva á Baninelli, y como este jefe caminaba por aquí y por allá, según las instrucciones distintas que recibía cada correo del gobierno, no había podido obtenerse contestación.

Lamparilla además estaba como una sonaja, porque el día anterior, á fuerza de tanto subir y bajar las grandes escaleras de Palacio, y de moler á mañana y tarde al ministro de Hacienda, había obtenido quinientos pesos á cuenta de réditos de los bienes de Moctezuma III, de los cuales se proponía dar cien pesos á D.<sup>a</sup> Pascuala, cien á Bedolla y aplicarse trescientos á cuenta de hono-

rarios, con los cuales podía salir de algunos compromisos y comprar una sarta de perlitas para regalársela á Cecilia. Ya que de paso hemos dado algunas noticias de nuestros antiguos conocidos del rancho de Santa María de la Ladrillera, volvámonos al puente de la Leña y á la casa de Cecilia.

El secretario del Juzgado fué con la aprobación del oficial el encargado de organizar lo que Lamparilla llamaba alegremente una procesión. Los curiosos que estaban más cerca y que no se habían querido quitar, no obstante los culatazos que de cuando en cuando les repartían los soldados que rodeaban la casa, fueron materialmente agarrados por el cuello y obligados á hacer lo que se les mandaba. Poco se perdía. Eran ensabanados sin oficio ni beneficio, y quizá algunos de los personajes misteriosos que salían de noche de las casas del callejón de la Trapana á hacer sus excursiones y fechorías por los otros barrios de la ciudad. El oficial con espada en mano los amenazaba con la vista, y resignados y sin replicar comenzaron á trabajar.

Al indio enmascarado lo sacaron arrastrando por los piés por la misma horadación, pues Cecilia no quiso absolutamente que pasase por las otras piezas ni por el patio.

Pantaleona, al verlo salir así, con una perfecta calma, dijo:

—¡El indino! Todo lo merecía este *nahuatl* (1).

Al salir del agujero tropezó la cabeza del enmascarado con una piedra y se le rasgó más la herida profunda que le había hecho Pantaleona en el cuello.

---

(1) *Nahuatl*, monstruo horroroso.

Siguieron tirándolo de los piés, y la cabeza monstruosa dando saltos al chocar con las piedras redondas de la calle. Así llegaron hasta donde estaban las escaleras. Lo amarraron en una de ellas por los piés y por el pecho y lo recargaron contra la pared del patio. La cabeza, chorreando sangre todavía, colgaba y pendía de un pedazo de pellejo. En seguida sacaron al remero con los retazos de cachetes y de narices colgándole y empapado en una agua sangrienta, lo colocaron y lo amarraron de la misma manera en la otra escalera y lo arrimaron á la pared junto al otro muerto.

Lamparilla y el oficial no quisieron ver los monstruos sangrientos, volvieron las espaldas, sacaron lumbré con sus instrumentos y se pusieron á fumar. El secretario del juzgado, acostumbrado á estos espectáculos, daba sus órdenes y apresuraba el trabajo con la más grande indiferencia.

—Tápenlos bien donde se debe y amárrenlos fuerte, no se vayan á voltear en el camino, y tengan cuidado con la cabeza del indio, que ya se le cae y es necesario que llegue entero al juzgado.

Lamparilla entró á la casa á despedirse de Cecilia y de las criadas, les aseguró que no serían molestadas, y que para las nuevas declaraciones él vendría por ellas en coche y arreglaría con Bedolla que fuesen á hora en que hubiera menos gente, y si era posible de noche.

Terminados entre tanto los trabajos preparatorios, Lamparilla organizó su procesión.

Delante un piquete de soldados, en seguida las dos escaleras con los muertos, detrás de los muertos el infeliz D. Joaquinito y el alcalde amarradas las manos por detrás. D. Joaquinito marchaba con dificultad vacilando y

tropezando en las piedras, con la cabeza agachada para que no le viesan, el alcalde, por el contrario, con la cabeza erguida, el paso firme, protestando de la arbitrariedad que se cometía con él, y diciendo que iba á acusar al oficial y á Lamparilla, y que ya verían lo que se les esperaba. Seguían á los reos otro piquete de soldados y el oficial. Lamparilla se había adelantado y tomado la acera. Seguía una multitud de gente detrás y en los costados, que con dificultad separaban el resto de los soldados, formando una fila de cada lado. Así caminaron por la Santísima, Santa Inés, la Moneda y costado del Palacio. El cadáver del remero iba dejando un rastro de agua sanguinolenta é infecta que chorreaba, y que atraía á los perros callejeros que entraban y salían por entre la gente y las filas de los soldados, y que iban olfateando y se retiraban á poco como con un visible disgusto, haciendo gestos y levantando las narices para que les entrase el aire y disipase los miasmas que habían respirado. La cabeza del enmascarado, tanto colgaba de un lado como de otro, siguiendo el movimiento y compás del menudo trote de los que cargaban la escalera; al fin, en uno de esos meneos lúgubres y amenazantes que asustaban y hacían retirar del balcón á las niñas curiosas que salían al escuchar el rumor insólito de la calle, la cabeza se desprendió del último pellejo que la sostenía y rodó por el suelo, con una especie de violencia y de rabia como si tuviera todavía vida y quisiese vengarse de Pantalona. Frente del baluarte de Palacio se detuvo la procesión, como decía Lamparilla. La cabeza del último de los enmascarados fué perseguida en su fuga, agarrada por los cabellos erizos y cerdosos, colocada sobre la barriga del cuerpo de que había formado parte y atada só-

lídamente con unos cordeles que le arrebataron á uno de los cargadores que estaban en la esquina. Volvió á ponerse en marcha la horrible y sangrienta procesión, y seguida de un concurso numeroso llegó á la Diputación.

Las escaleras con sus muertos fueron colocadas en la banqueta del palacio municipal, fuera de la arquería y frente á unas dos docenas de coches redondos, pesados y viejos, con sus mulas flacas, devoradas por los moscones y tábanos.

Bedolla, sentado en su sillón de baqueta, esperaba lleno de majestad el resultado de la comisión que dió á su secretario al saber por el seguro conducto de su cocinera el tumulto del puente de la Leña.

El secretario, con lo que había visto, tuvo lo bastante para sentar las primeras diligencias. Se tomó declaración al oficial, á dos sargentos y á Lamparilla, y llegó su turno á D. Joaquinito y á D. Tomás el alcalde de barrio, que se les hizo subir las escaleras del Palacio, amarrados como habían venido, y entre dos espesas filas de curiosos que formaban valla. D. Joaquinito relató su vida y milagros, protestó que era tan inocente como el día en que lo habían bautizado, pero el alcalde de barrio, rabioso y no sabiendo con quién desquitarse, interrumpía y lo acriminaba diciendo que era un receptor, que admitía prendas robadas y vendía aguardiente hasta las once y doce de la noche.

Concluída la declaración de D. Joaquinito, que dijo cuanto pudo en su defensa, pero que el secretario no sentó sino lo que se le dió la gana, siguió el alcalde, que se manifestó insolente, insultó de nuevo al oficial y á Lamparilla, llamándoles entremetidos, y concluyó por



pedir que se le desatara, se le pusiese en libertad y se le diese una satisfacción.

Bedolla, después de una madura reflexión, de hablar algunas palabras en secreto con el secretario y de guiñar el ojo á Lamparilla, decretó lo siguiente:

—«Cítese á la trajinera Cecilia y á su criada Pantaleona. Los presuntos reos el uno (alias Joaquinito), y el otro, Tomás, alcalde del barrio, serán reducidos á prisión y puestos inmediatamente incomunicados en un separo hasta tanto termina la presente sumaria. Cítese á los dos carboneros, presuntos autores del atentado cometido en la casa de Cecilia (alias *la Trajinera*) haciendo una horadación por la pared de la calle, é introduciéndose por ella, con el designio de robar y matar á la dicha trajinera y sus dos criadas.»

Bedolla se levantó de su sillón y salió en compañía de Lamparilla y del oficial. Los dos presuntos criminales, á pesar de sus protestas, fueron llevados á la cárcel y puestos incomunicados en unas piezas negras, infectas y llenas de sabandijas.

Los muertos fueron llevados á la Acordada á continuar de pronto su eterno sueño á la banca fría y sangrienta, el oficial se retiró con su tropa al cuartel y los cuicos, que huyendo del tumulto se habían reunido en la Diputación, dispersaron á la multitud haciendo prodigios de valor y amenazando con sus largas espadas desnudas á todos los que pasaban.

Cecilia y las dos Marías, tan luego como la gente se dispersó y volvió á sus ocupaciones, y la fúnebre procesión organizada por Lamparilla se alejó tomando el rumbo de la Plaza Mayor, se ocuparon activamente de reparar los desastres, tapando con tierra y piedras la ho-

radación y echando cántaros de agua á los suelos manchados con la sangre del último de los enmascarados. Concluído este tráfago, aseadas y vestidas de limpio, y seguras de que mediante la protección de Lamparilla no serían molestadas, se sentaron á saborear como si nada hubiese pasado los excitantes guisos de chile, queso, ahuate y tortillas calientes. Lamparilla se presentó al caer la tarde, les contó que el alcalde y el llamado don Joaquinito habían quedado presos é incomunicados, que él, firmando el signo de la cruz, había hecho ante el juzgado las declaraciones necesarias, y que en la ciudad no se hablaba de otra cosa, elogiando y admirando el valor que habían tenido, castigando con la muerte á los ladrones que habían intentado robarlas.

Cecilia se dejó dar un beso en un carrillo y abrazar fuertemente por Lamparilla, diciéndole:

—Ahora menos que antes, señor Licenciado. ¿Qué dirán las gentes de una mujer que fué causa de un tumulto y estuvo en un tris de ser llevada entre filas á la cárcel? Se avergonzaría usted y me aborrecería, y yo me arrojaría de cabeza en el canal para no salir ya nunca de él.

—Nada importa todo esto,—respondió Lamparilla entusiasmado, pretendiendo besar los labios gruesos y encarnados de la frutera,—deja que gane el negocio de los bienes de Moctezuma III, y no habrá obstáculo. Tendremos grandes y hermosas haciendas, tú las manejarás y dejarás tu puesto, tus canoas y tus casas á Pantaleona, que bien lo merece, pues que te ha salvado la vida.

Cecilia, no sólo estaba agradecida por el servicio que le había prestado Lamparilla librándola de las garras del alcalde de barrio, sino preocupada ya con el sentimiento

tierno, que no puede evitar cualquiera mujer cuando se persuade que es sinceramente amada, y en el fondo estaba decidida á entregarse enteramente al licenciado si, ganando el pleito á los Melquiades, lograba entrar en posesión de las haciendas. Ella sería muy útil trabajando y dirigiendo las fincas, y el licenciado viviendo con ella en el campo, no tendría motivo de avergonzarse, ni le vendría la idea de aborrecerla. Entraba también por mucho la necesidad de tener un hombre que la defendiese de la obstinada persecución de Evaristo. Realmente sentía que no se hallaba segura ni en su casa de Chalco, ni en el almacén de fruta, ni en el puesto mismo de la plaza del Volador. Un día ú otro Evaristo mandaría un asesino, que, fingiéndose el borracho, la mataría de una pedrada ó de un trancazo en la cabeza. Como todo esto y algo más pasaba por su mente cuando Lamparilla la acariciaba, sin reflexión ni voluntad propia, dejó entreabiertos y abandonados sus labios como la flor roja de los jardines que abre sus hojas en las mañanas de primavera y la arranca el primero que pasa, y Lamparilla, entusiasmado, pudo gozar un instante de ese suave contacto y aspirar el perfume que exhala la mujer limpia, sana y en el pleno desarrollo de su edad.

Cecilia no volvió la cara á otro lado, ni rechazó á Lamparilla. Habría sido una ingratitud desairar y causar un pesar al que acababa de evitarle la vergüenza y los ultrajes á que trataron de sujetarla, pocas horas antes, el secretario del juzgado y el alcalde de barrio; por el contrario, clavando sus brillantes ojos un poco húmedos en Lamparilla, le preguntó con interés:

—¿Cuando cree usted ganar ese pleito de que tantas veces me ha hablado?

—Quizá muy pronto, dentro de dos meses, dentro de dos ó tres semanas tal vez,—le contestó Lamparilla muy contento, pero algo turbado y conmovido por la victoria que acababa de obtener;—depende de una noticia que espero de Guadalajara y no tardará en venir. ¿Quién más interesado que yo en terminar un asunto que va á hacerme feliz, como ningún hombre lo será, si tú consientes en acompañarme?

—Bueno, bueno, y yo me alegraré mucho,—contestó Cecilia,—pero ya veremos cuando llegue el día en que me avise que todo está arreglado. Por ahora ¿para qué pensar en cosas que tienen tantas dificultades y puede que nunca se realicen?

Así de estas y de otras cosas y del suceso del día continuaron hablando Cecilia y el licenciado, hasta que se hizo de noche. Lamparilla le aseguró que nada tenía que temer del alcalde D. Tomás, pues no saldría en muchas semanas de la cárcel, que sería reclamado por la autoridad, acusado de conato de homicidio en la persona de un oficial en servicio y juzgado en consejo de guerra y condenado tal vez á ser pasado por las armas.

Luego que partió Lamparilla, Cecilia se vistió con ropa modesta y oscura, y acompañada de María Pantaleona, se fué á la casa del Lic. D. Pedro Martín de Olañeta, á quien encontró leyendo una carta de Casilda, de la que nos ocuparemos en su lugar. La muchacha había aprovechado su tiempo en el convento; además de su especialidad para los postres y pasteles, bordaba y cosía perfectamente, escribía una letra pequeña y clara, y sus cartas parecían dictadas por una persona de talento y fina educación. D. Pedro Martín estaba muy contento, recibió á Cecilia perfectamente, la hizo sentar y referir

el suceso con todos sus pormenores, que ya sabía muy desfigurado por los *alcances* de los periódicos y noticias extraordinarias que los muchachos gritaban en las calles.

—No tenga usted duda, señor licenciado,—le dijo Cecilia cuando concluyó su narración,—es él, y nada más que él. Aquí tiene usted el mechón de cabellos con un pedazo de casco que se quedó en manos de Pantaleona. Conozco sus mechas negras y espesas como si fuesen las mías. Desde que tuve la desgracia de darle pasaje en mi trajinera, se me grabó su figura de tal manera, que parece que la estoy mirando de día y de noche; ya con bigote y espesas patillas, ó sin esto y rapado como fraile, pues cambia á cada momento, lo conozco y le señalaría entre mil. Este hombre ha jurado acabar conmigo, y concluirá por salirse con la suya, si Dios no lo remedia, señor licenciado, ó yo aburrída y desesperada no me resuelvo un día á acabar con él, y salga lo que salga, hacer un disparate, pues que las mujeres, una vez que nos decidimos, no nos contiene ni el puente de la Leña.

—No hay nada que hacer por el pronto, Cecilia,—le dijo D. Pedro Martín, cogiendo con dos dedos y con una especie de horror la mecha de Evaristo y guardándola en una caja vieja de cartón,—ya vendrá su tiempo cuando menos lo esperemos. ¿Qué vamos á hacer ahora contra un capitán de rurales en quien el gobierno ha puesto su confianza, protegido por el coronel Baninelli, que lo juzga como el hombre más valiente de la provincia de Chalco? Todo lo sé, y sigo desde mi casa la pista á ese bandido. Mucho cuidado y mucha precaución, Cecilia, y no hay que decir ni una palabra á nadie de

estas cosas. Te complicarías en una causa que no terminaría nunca, y abandonando tus intereses, concluirías por arruinarte si antes no te mataba ese hombre.

D. Pedro despidió cariñosamente á Cecilia, la que le prometió mandarle al día siguiente la mejor fruta, y las hermanas, que vieron entrar á la frutera, se quedaron detrás de las mamparas y escucharon parte de la conversación.

Fué tanta la curiosidad y el interés que despertó en México el drama del puente de la Leña, que hasta las señoras de saya y mantilla entraban á la plaza y se acercaban al puesto para conocer á la valerosa mujer que sin recurrir á la policía, sin alborotar el barrio y sin más auxilio que el de Dios, no sólo se defendió, sino que castigó terriblemente á los ladrones y asesinos, porque se decía que Cecilia había sucesivamente tirado por los cabellos á seis ladrones, matándolos después como cordeiros en su propia recámara.

La frutera, en efecto, al día siguiente fué á dirigir su puesto al mercado, no pensando volver ya á Chalco en mucho tiempo, y escribió á don Muñoz, que ella siempre insistía que era el *Visitador de México*, para que le comprase ó se encargase á medias de sus negociaciones. Fué tanta la gente que concurría á comprar la fruta, que en una semana quedaron vacíos los almacenes; los marchantes, sin exceptuar á D. Pedro Martín de Olañeta y á los magistrados de la córte, no cesaban de concurrir á llenar sus pañuelos y de hacerle los más exagerados elogios por su valor, pues por más que les repetía que ella dormía profundamente cuando aconteció el suceso, no la querían creer y se quedaban mirando con cierta admiración mezclada de miedo á la robusta y gua-

pa heroína cuya hazaña se recordaba todavía algunos años después.

Cecilia y las dos Marías volvieron á su vida habitual, sin más diferencia que pusieron un velador en la azotea de la casa, y otro en la calle, con su farolito, su chuzo y su pito para pedir auxilio en caso de necesidad. Un detalle todavía más importante. Lamparilla, disfrazado, esperaba á Cecilia en las cercanías de la plaza, y la acompañaba hasta su casa. En una de sus sabrosas pláticas y en una noche lluviosa y cargada de electricidad (y sin duda mucho influyó esto), Cecilia le dijo:

—Pues que usted lo quiere, licenciado, me casaré con usted luego que gane el negocio del rey Moctezuma III; lo quiero á usted bien y de todo corazón.

Lamparilla, casi loco de entusiasmo, fué á participar á Bedolla su buena suerte, rogándole terminara la causa para que la frutera y sus Marías no tuviesen necesidad de ser ya citadas al juzgado.

Bedolla de pronto declaró bien preso á D. Joaquinito y entregó á la autoridad militar al insolente alcalde, el cual, mientras se le formaba el juicio por conatos de asesinato en la persona de un oficial en servicio, fué enviado á la fortaleza de Perote.





## CAPÍTULO XIV

### Terrible combate en Río Frío

**VARISTO**, medio aturdido, mojado, sangrándole el casco y furioso como un perro atacado de hidrofobia, tuvo, sin embargo, la serenidad suficiente para tomar sus precauciones. Se dirigió á la carbonería, cogió á tientas una frazada, dos canastos y un sombrero de petate, cerró la puerta, y echándose la llave en la bolsa, se deslizó arrimándose á las paredes por el laberinto de callejones fangosos y solitarios y se alejó de aquel rumbo, temiendo ser perseguido y alcanzado por las terribles mujeres que habitaban el almacén de fruta. La noche negra y todavía lluviosa lo favoreció, y sin encontrar más que algunos serenos dormidos, llegó á la garita de Guadalupe á esperar que la abriesen á la llegada de los atajos de pulque. Salió á la calzada sin ser notado y caminó deprisa hasta la llanura árida y solitaria de Za-coalco, descansando en los jacales ya arruinados donde

vivieron las brujas, y allí al amanecer un día nebuloso y húmedo lo fué á encontrar Hilario con una parte de los soldados que formaban la escolta. Montó á caballo y más bien corriendo que galopando llegaron todos sin novedad al rancho de los Coyotes, donde estaba el resto de la escolta y además muchos de los valentones de Tepetlaxtoc.

—Amigos,—les dijo Evaristo, que ya se había lavado y cambiado el traje mojado y sucio de carbonero por el vistoso y plateado de capitán de rurales;—hoy, en vez de escoltar, tenemos que asaltar las dos diligencias que se reunen en la venta de Río Frío, pues un viejo alemán ha puesto una nueva fonda y los pasajeros almuerzan todos allí, y después cada uno sigue su camino.

—Como usted quiera,—respondieron en coro los de Tepetlaxtoc,—aquí estamos para rifarnos.

—No se necesita tanto, —contestó Evaristo,—y por el contrario, no correrá sangre. ¿Cuántos somos?

Hilario se puso á reflexionar y á contar los presentes.

—Treinta y uno que están aquí, cinco en la Agua del Venerable y diez que andan en el camino de Ayotla á la venta, son en junto cuarenta y seis, y el capitán y yo; como quien dice cincuenta hombres, pues nosotros vamos por dos y hasta por cuatro; así, la verdad es que somos cincuenta y dos y *naide* se nos para delante.

—Sobra con eso,—dijo Evaristo.—Oigan bien lo que les voy á decir:

Quiten las balas luego á las paradas de cartuchos, y vámonos á galope y por las veredas para llegar á tiempo. La mitad seremos ladrones que asaltarán las diligencias, luego que los pasajeros estén montados y el cochero haya remudado las mulas, y la otra mitad sere-

mos escolta que defenderá las diligencias y atacará á los ladrones, pero todito de mentiras, muchos balazos sin bala, muchos sablazos y caballazos sin lastimarse. Los ladrones al fin serán vencidos y escapan á uña de caballo, la escolta ganará, de modo que los pasajeros vean todo y puedan dar razón, y en seguida me iré yo á México á dar parte y sacar los haberes, pues la aduana de Texcoco no tiene ni un real y se nos deben, como quien dice, dos meses que se cumplen pasado mañana, y ya saben que se ha vivido de las galitas que nos dan los pasajeros. Con que ya saben, todito de mentira, pero bien hecho.

Los de la escolta y los de Tepetlaxtoc percibieron la malicia del capitán, que trataba de darse importancia sin exponer el pellejo; pero sin sospechar siquiera el verdadero motivo de este simulacro, prometieron que se portarian bien y que el capitán quedaría contento, y riendo á carcajadas y picando los hijares de los caballos y haciéndolos caracolear y saltar partieron á galope tendido, tomando las diferentes veredas que conocían con los ojos cerrados y que iban á terminar en el camino real.

Como mediante las escoltas y la fuerte contribución que exigían á los viajeros ya hacía tiempo que no se oía decir ni una palabra de robos ni de asaltos, las diligencias iban y venían llenas, y los pasajeros, sin la menor desconfianza, preparados únicamente á echar algunos pesos en los sombreros de los rurales.

Llegaron, pues, sucesivamente á la venta de Río Frío las dos diligencias á eso de las doce y media del día que siguió á la tenebrosa tragedia de la casa de Cecilia; los pasajeros descendieron, almorzaron con apetito y sabo-

rearon despacio los guisos medio franceses y medio alemanes que les sirvió el nuevo fondista, y limpiándose labios y dientes, se acomodaron bien en los coches para echar un pisto y concluir la jornada.

No bien habían subido los cocheros al pescante y los postillones se disponían á soltar el tiro, cuando se escucharon por el monte unos disparos de fusil, un grupo de hombres á caballo salió del bosque, marcó el alto, y rodeando los carruajes notificaron con las rasposas palabras de costumbre á los pasajeros que entregaran sus relojes y dinero y se dispusiesen á bajar y abrir sus baules y maletas.

Pero no pasaron diez minutos sin que bajara del lado opuesto otro grupo más numeroso, á cuya cabeza se presentó Evaristo gritando con una voz estentórea:

—¡Aquí está la escolta del gobierno, grandísimos collones, y no tengan cuidado, señores pasajeros, que aquí está Pedro Sánchez!

Y *prum, bourum prum prum*, una descarga cerrada de tercerolas y de pistolas sobre la diligencia, de donde salió un solo grito desgarrador y lastimero, como de muerte, que lanzaron los pasajeros, que creyeron que era el último día de su vida. A la descarga cerrada de los fingidos soldados de la escolta, contestaron con otra los fingidos, ó, más bien dicho, los verdaderos ladrones, y así estuvieron batiéndose durante media hora, envolviendo á la diligencia en una espesa nube de humo azufroso hasta que acabaron las paradas de cartuchos sin bala que les había repartido Evaristo. Cesó el fuego y comenzó el ataque á la arma blanca. Sacaron los contendientes las espadas y Evaristo, seguro de que nada le habían de hacer, fué el primero en atacar á los con-

trarios, lanzando su brioso caballo, el mismo que pertenecía al ranchero de Tula asesinado en el monte, y que era su favorito y montaba en las ocasiones solemnes en que pensaba que era necesario correr. Fué una de caballos, de choques de espadas que rechinaban y echaban chispas como si fueran piedra y eslabón, y su entusiasmo en este simulacro fué tal, que muchos cayeron al suelo y fueron pisoteados por los caballos, y Evaristo mismo recibió en la misma mano que le lastimó Pantaleona una cuchillada que poco faltó para que le dividiera los dedos. Evaristo, al dolor que sintió, tiró un tajo al que tenía más cerca y le partió el carrillo derecho, y echando por esa boca juramentos y maldiciones se metió de recio y de veras. Los que hacían el papel de ladrones echaron á correr, y Evaristo y los suyos, al alcance y á carrera tendida, azotando sus caballos y gritándose insolencias. Por fin Evaristo pensó en que la farsa debía cesar, y regresó á la venta.

Las pasajeras estaban sin sentido y como muertas, una de ellas, en estado interesante, dió á luz un robusto niño, que en vez de llorar y de ser atacado de alferecía, parecía divertirse con el estruendo de los tiros y la vocería de los bandidos, y entreabría sus ojillos, y agitaba sus manecitas. La madre, con el amor de madre que le daba valor y fuerzas, cubría con su cuerpo al angelito que había venido al mundo en tan fatal momento, y que anunciaba que sería á los veinte años un hombre impávido y terrible como Osollo ó como Miramón; mistres Allen, completamente curada de sus narices, que regresaba á su país en compañía de su marido y confiada en la absoluta seguridad del camino, fué de nuevo herida en una oreja. La única bala que por descuido quedó en

algún cartucho, debió haberla matado. Le pasó muy cerca del cerebro, y le llevó un pedacito de oreja, con todo y el arete de oro y diamantes. En esta vez no había motivo de queja, pues que las escoltas del gobierno se habían batido valientemente y puesto en fuga á los ladrones. El director de las minas de Bolaños era testigo de la lucha de más de media hora, y creyendo injusta é inútil cualquiera reclamación, lo que hizo fué forrar de tafetán inglés la oreja de mister Allen y continuar su camino con propósito, si llegaba con vida á Londres, de no volver á México aun cuando todo el cerro de Bolaños fuese de oro macizo.

Evaristo, desangrándose de la mano, volvió de la persecución encarnizada que hizo á los fingidos ladrones, y los pasajeros, no sólo pudieron ver su herida, sino que sacaron sus pañuelos, restañaron su sangre, y el director de Bolaños le dió un pedazo de tafetán inglés y le vendó la mano con un pañuelo que la buena mistres Allen sacó de su maleta de viaje. Con retardo de más de una hora las diligencias continuaron su camino.

Evaristo era de una constitución de fierro, y acostumbrado á la fatiga y al trabajo desde que ejercía honradamente el oficio de tornero, soportaba las más grandes fatigas, y concluía por sufrir los dolores físicos y sobreponerse á ellos cuando la necesidad lo exigía. Bebía licor para darse ánimo, pero no era borracho consuetudinario; era osado, violento y atrevido, pero cobarde en el fondo, y desde que asesinó á Tules, la sangre no le causaba horror y veía con la más completa indiferencia la muerte ó el sufrimiento de sus semejantes. Tenía pasión por los caballos, porque le eran útiles, pero odio á los demás animales, y aun á los perros que le eran necesari-

rios en el rancho, los pasaba de parte á parte con su espada cuando le incomodaban y buscaba otros que corrían la misma suerte; así en esta ocasión, á pesar de estar herido, de haberse desangrado y de estar amenazado de un cáncer en la cabeza, á consecuencia del tirón que le había dado Pantaleona, arrancándole un pedazo de pellejo del casco, hizo un esfuerzo considerando que era su salvación, y dejando el mando á Hilario se dirigió con diez hombres escogidos á México, á presentarse al gobernador y comandante general y dar él mismo el parte de la batalla que comprobarían con su testimonio los pasajeros de la diligencia. Temía que Cecilia lo hubiese denunciado y que el licenciado D. Pedro Martín de Olañeta estuviese ya en Palacio imponiendo á las autoridades qué casta de pájaro era D. Pedro Sánchez, capitán de rurales. Un rasgo de audacia semejante al que tuvo cuando lo llamó Baninelli lo salvaría, y si en esta vez salía triunfante, ya pensaría como un día ú otro, sea personalmente ó de cualquiera manera, haría desaparecer de la tierra á la trajinera y al viejo licenciado. A Lamparilla no le temía, y lo despreciaba.

Hilario levantó el campo. De los valentones de Tepe-tlaxtloc tres habían sido lastimados en el simulacro. Uno que cayó contra una peña, estaba muerto, con el cerebro hecho pedazos; los otros dos con las costillas rotas; los caballos se habían escapado.

Hilario mandó formar unas parihuelas con ramas y jorongos, colocó á los lastimados en ellas, y obligando á los indios que pasaban por el camino á que los cargasen los mandó con una escolta á México al hospital de San Andrés, para que al mismo tiempo que los curasen, fuesen una prueba irrecusable de la reñida batalla. Al

muerto lo mandó desnudar y colgar en un árbol, para que los pasajeros de la diligencia lo viesan. El con el resto de la gente marchó á Texcoco, donde entró en triunfo á galope tendido hasta la Prefectura. Informó verbalmente de lo ocurrido al prefecto, exagerándole el número de ladrones que tuvieron que combatir, pues, según noticias, procedían de las bandas del cerro de la Mañinche y del Pinal de San Agustín. En seguida se dirigieron al rancho de los Coyotes, y toda la noche fué de borrachera y de cena, de modo que acabaron con las provisiones de la despensa de Evaristo.

Evaristo, con calentura y casi cayendo del caballo, llegó á México cerca de las diez de la noche, y apenas pudo entrar al mesón del Chino, alojar su tropa y dejarse caer en una de esas camas de ladrillo sucias y llenas de chinches que por todo mueble tenían los cuartos de estos hospitalarios hoteles. La calentura se aumentó, y toda la noche fué presa de pesadillas horrosas. Ya veía á Cecilia con su linda cara, ya convertida en una furia con los ojos inyectados de sangre, dándole de puñaladas, ya conducido á la cárcel por una docena de *cuicos* á quienes mandaba D. Pedro Martín, ya conducido con los ojos vendados á la plazuela de Mixcalco, donde lo esperaba el verdugo. Amaneció Dios y con la luz se disiparon los fantasmas que lo habían acosado en la noche; la calentura desapareció y triunfando su fuerte constitución, se quitó el polvo, sacudió sus vestidos, se lavó en la pileta del patio y el huésped le proporcionó vendas de trapos viejos y un pañuelo con el que se envolvió bien la mano. Después de un buen desayuno de café aguado y panbasitos calientes de que participó la escolta, montaron á caballo, y á galope por las calles no



pararon hasta la puerta grande del Palacio nacional.

Ya se sabía en México por los pasajeros la reñida y sangrienta batalla de la venta de Río Frío, así en cuanto se anunció en el ministerio de la Guerra que el capitán Pedro Sánchez se presentaba en persona, las puertas se le abrieron de par en par, el ministro lo hizo sentar, y escuchó atento la narración del suceso.

Pedro Sánchez, haciendo ver al ministro como quien quiere y no quiere, su mano envuelta en el pañuelo blanco que tenía manchas de sangre, le refirió con aparente sencillez y como si fuese un veterano acostumbrado á las batallas y al fuego, que había tenido noticias por sus exploradores, que una reunión considerable de malhechores se hallaba en la falda de la Malinche, reforzada con toda la gente mala de Amozoque y del Pinal de San Agustín, formando una cuadrilla muy numerosa con el designio de sorprender las escoltas del gobierno, de pasarlas á cuchillo y de enseñorearse de la montaña, y seguir después, sin que nadie se los pudiese impedir, robando coches, carros, diligencias, arrieros y caminantes de á pié y de á caballo, sin perdonar á alma viviente, matando á todo el que opusiera la menor resistencia; que él, enterado de todo, reunió toda su gente, que aumentó con varios vecinos de los pueblos, que por ser sus amigos le ofrecieron ayudarle, y que con tales elementos pudo prepararles una emboscada y dejó llegar á la numerosa cuadrilla hasta la venta de Río Frío, y cuando menos lo pensaban y se preparaban á despojar á los pasajeros de las dos diligencias, salió del monte con las escoltas, les cayó encima, los hizo pedazos y los derrotó, haciéndolos huir vergonzosamente. Que la batalla, pues verdadera batalla hubo, duró cerca de una hora, que de

su gente salieron ocho lastimados y un muerto, pero que los ladrones tuvieron muchos heridos que se llevaron y como diez muertos que mandó enterrar en el monte, colgando uno solo en los árboles, para escarmiento de pícaros; que él había sido herido en la cabeza (que tenía envuelta en una mascada roja) y en una mano, y que aunque sentía grandes dolores, no hacía caso de ellos, y tenía, por el contrario, mucho gusto en dar un testimonio de la fidelidad con que llenaba el encargo que le confirió el gobierno; que por último, nada pedía para él, pero que consideraba muy justo que á sus rurales se les diese un mes extraordinario de haberes.

El ministro le contestó que había oído con satisfacción el relato, que lo felicitaba á él y á sus valientes voluntarios, que extendiera el parte por escrito y que quería tener la satisfacción de presentarlo á su excelencia el Presidente, que tendría mucho gusto de conocer á tan bizarro oficial, que probablemente lo mandaría incorporar en el ejército de línea y aun lo haría su ayudante.

En efecto, el ministro se levantó de su sillón, y atravesando el ancho corredor, se introdujo seguido de Evaristo á los salones de la presidencia. Un ayudante, el jovencito amigo de D. Pedro Martín, salió á pocos momentos é introdujo á Evaristo al suntuoso gabinete del Presidente, que estaba junto á una mesa, majestuosamente sentado en su sillón.

Cuando vió la figura siniestra de Evaristo, más extraña con el pañuelo de seda rojo que le cubría hasta cerca de la frente y realzaba más lo negro de sus ojos feroces y malignos, se removió un poco en el sillón, cambió de postura é hizo un gesto que manifestaba claramente su disgusto.

—¿Usted es Pedro Sánchez (no le concedió el don), el capitán de rurales recomendado de Baninelli?—le dijo secamente.

—Sí señor,—respondió Evaristo.

—General Presidente,—le interrumpió,—y pues es usted militar al servicio del gobierno, debe comenzar por dar el tratamiento á las autoridades.

—Mi general... —murmuró Evaristo desconcertado, temblando en su interior y no pudiendo sostener la mirada fija é indagadora del primer magistrado de la Nación.—Yo fuí, mi general Presidente, el que derrotó á los bandidos de Río Frío... en el monte... y maté y me mataron... y...

Evaristo, aterrorizado con la fisonomía severa del Presidente que por primera vez veía, se turbaba, no sabía qué decir y se le figuraba que sus miradas penetraban en el fondo de su sér, que conocía sus crímenes y sus supercherías y que, informado por D. Pedro Martín de Olañeta, en vez de otorgarle un premio iba á mandarlo fusilar.

—Lo sé, lo sé todo,—le interrumpió el Presidente,—ya me ha dado cuenta el señor ministro de la Guerra. Ha cumplido usted con su deber, y puede retirarse.

Evaristo, sin saber por qué puerta salir, y aturdido y corrido con la áspera recepción, tuvo el tonto atrevimiento de querer estrechar la mano del Presidente. Este la retiró con desprecio, y con una mirada de autoridad le indicó que saliese.

El ministro de la Guerra tuvo necesidad de tomar á Evaristo del brazo y conducirlo hasta la salida.

—Este hombre no me agrada,—dijo el Presidente al ministro luego que se cerró la puerta tras de Evaristo;—

creo que Baninelli se equivocó en su elección, como yo me equivoqué con la de ese licenciado Bedolla, y cuidado que yo he vivido mucho y conozco á los hombres con sólo hablar con ellos y mirarlos un cuarto de hora.

—El, sin embargo, es valiente y ha dado pruebas en esta ocasión; salió herido y no sería malo darle una recompensa,—dijo el ministro.

—Cualquier cosa, lo que usted quiera, señor ministro; por mi cuenta lo mandaría fusilar, y esté seguro que la mitad de lo que le ha contado es mentira. Estos rancheiros son malos y ladinos, como Bedolla. Este Bedolla lo tengo entre ceja y ceja. ¡Haberme engañado á mí!... Es menester que vea usted á D. Pedro Martín de Olañeta, que lo persuade, que le ruegue vuelva al juzgado; no es posible tener más tiempo á Bedolla en un puesto público. Preferiría á su amigo Lamparilla. Al menos, es más joven, simpático y un poco travieso... No me disgustan esta clase de hombres.

El ministro siguió dando cuenta de sus negocios, mientras Evaristo salió del Palacio, se presentó por deber al gobernador, que tampoco fué muy amable con él, y de allí fué al mesón á echarse al camaranchón con más calentura que el día anterior, y en su rabia infernal no cesó de meditar cómo mataría, no sólo á Cecilia y á don Pedro Martín, sino al Presidente de la República.

Al día siguiente, se levantó un poco mejor, escribió el parte de la célebre batalla, y él mismo lo llevó al ministro de la Guerra.

—El Sr. Presidente,—le dijo el ministro,—estaba un poco indispuerto ayer y de mal humor, pero ya lo he calmado y ha consentido en que yo dé á usted el grado

de teniente coronel. Se dará á usted una buena contestación y se publicará todo en el *Diario Oficial*.

Evaristo respiró y un gran peso se le quitó del corazón. Ni Cecilia, ni D. Pedro Martín, lo habían denunciado, pero mientras vivan,—se dijo,—no podré dormir tranquilo.


Evaristo regresó á las tierras de su mando, ostentando en los pueblos pequeños del tránsito y aun en el mismo Texcoco su triunfo y su insolencia, exigiendo caballos para la remuda de sus rurales y recibiendo gallinas y pavos, que los vecinos le daban por miedo, y que conducían atados en los tientos los satélites que lo seguían.

Una semana de fiestas y cenas y borracheras en el rancho de los Coyotes.



## CAPÍTULO XV

### Revolución más formidable que el tumulto

AS semillas revolucionarias que sembraron Lamparilla y Bedolla no fueron del todo estériles. Puebla, Jalisco y Sinaloa han sido siempre Estados que han dado muchos dolores de cabeza á los Presidentes de la República. El uno con sus granaderos y sus valientes tejedores del barrio del Alto, el otro con su refrán guerrero y popular de «*Jalisco nunca pierde,*» y el último con su aduana de Mazatlan, que mucho tiempo fué nido de contrabandistas amparados con banderas extranjeras, han conservado cierta preponderancia y mantenido cierto orgullo local, que ha ido disminuyendo gradualmente y que ha terminado del todo con la construcción de los telégrafos y de los caminos de fierro; pero sigamos nuestra novelesca historia, colocándonos en la época, relativamente atrasada y oscura, en que pasaron los acontecimientos que desde el principio hemos referido.

Un cierto Valentín Cruz, de mucha fama, en Guadalajara, especialmente en el barrio de San Pedro, era el corresponsal de Bedolla. Este Valentín Cruz tenía una historia interesante. Arriero desde que tenía veinte años, hacía viajes de Guadalajara á San Blas y de Tepic á Guadalajara, pero nunca se le encontraba en el camino real, ni entraba á las poblaciones con la luz del día. Era arriero contrabandista. Los buques alijaban en alta mar y descargaban en la costa sus lanchones, y Valentín recogía los fardos, los cargaba en sus mulas y los descargaba sin que lo vieran las aduanas donde le convenía á los comerciantes. A los treinta años Valentín era dueño de dos buenas recuas de mulas de siete cuartas, de laso y reata y el ojo derecho de los comerciantes y de las gentes de la costa, interesadas en su mayor parte en el contrabando, que mal que bien les producía algo.

Cuando había en las aduanas empleados y resguardo celosos. Valentín suspendía sus viajes; ponía su mulada en los potreros ó en caballeriza, y los pueblos y rancharías se veían reducidos á una pobreza tal, que muchos de los vecinos no tenían más recurso que meterse á ladrones, organizar una ó más cuadrillas y echarse á robar por los caminos entre Jalisco, Zacatecas y Sinaloa.

Valentín Cruz, como ya era rico (es decir rico de pueblo), concluyó por cansarse de estas alternativas; vendió sus recuas en la feria de Lagos, y con esto y lo que ya tenía guardado en casa de uno de sus patrones, compró unas tierras, unos corrales, unas casitas y se resolvió á vivir como gran señor sin trabajar más. Entró en la buena vida, abandonando las queridas que tenía en cada pueblo por donde pasaba en sus viajes misteriosos, y casándose con una muchacha de San Pedro que con su



madre y hermano era propietaria de dos casas en la ciudad. Los primeros meses vivieron, no sólo bien, sino en medio de delicias y placeres á su modo. Almuerzos y comidas con amigos y amigas, viajes á la laguna de Chapala, á Tepic y á la cascada de Juanacatlan, y en esto, gastando dinero en grande. Las cosas cambiaron antes de que concluyese el año de la luna de miel. Valentín dió en encelarse de los amigos mismos que él convidaba á sus festines, y su mujer á preferir los amigos al marido.

Después de un almuerzo, pleito; á la madrugada, al concluir un fandango, palabrotas y golpes, que la mujer devolvía; por último un día Valentín aventó una botella llena de mezcal, con tan buen tino, que se estrelló en la frente de la desgraciada esposa, que cayó bañada en sangre y falleció á los cuatro días. Valentín fué conducido á la cárcel, se le formó causa, y al cabo de los seis meses salió bajo de fianza y se le echó tierra al asunto.

El cuñado estaba en México, y cuando regresó y se enteró que su hermana no había muerto á consecuencia de una caída, como se lo había escrito Valentín, si no matada por él, trató de vengarse, y en la primera ocasión lo provocó, se hicieron de razones, vinieron á las manos, y Valentín, que estaba armado, mientras el cuñado lo tomaba por los cabellos y le sacudía trompones en la cara, Valentín le hundió un puñal en el estómago y lo dejó muerto en el sitio. Nueva causa y nueva prisión; pero antes de tres meses volvió á salir, bajo de fianza, pues pudo justificar que había obrado en defensa propia. Se le echó también tierra á la causa, y Valentín, medio arruinado, con lo que le quedó puso una tienda en San Pedro, donde vendía licores y prestaba sobre

prendas; se dedicó á la bebida y á la política, convirtiéndose en una especie de tribuno con quien era preciso contar para las elecciones, para los pronunciamientos, para todo. No se movía la hoja del árbol sin la voluntad de Valentín. La muerte de los dos hijos acabó en breve con la vida de la pobre madre, pero estos verdaderos asesinatos, hechos realmente con alevosía y ventaja, realzaron el prestigio de Valentín entre el populacho, «*Don Cruz no se deja de naide,*» decían los chinacos, y con esto fué bastante para declararlo valiente y reconocerlo por caudillo.

La influencia y autoridad de Valentín humillaba y pesaba como un plomo sobre el gobernador, y había ya intentado varios medios para quitarlo de Guadalajara, pero todos sin resultado. Se resolvió, pues, contando con los magistrados, á removerle las causas pendientes, y aconteció esto á la sazón que Bedolla, caído de la gracia de la República, se metió á conspirador. Con motivo de los viajes y contrabandos que hacía Valentín, había estado en el pueblo donde nació Bedolla, y había trabado amistad con él, y aun le había ayudado, porque estaba en armonía con sus especulaciones contrabandistas á sublevar á los pueblos de indios é invadir las haciendas, como había sucedido ya á la de San Leonel. Bedolla, desde su elevación rápida en la capital, se había cartea-do con sus amigos del interior, y muy especialmente con Valentín, y las cartas de recomendación que obtuvo de los ministros en favor de su amigo influyeron mucho en dar al olvido las causas que se le formaron por los crímenes que ya hemos referido.

El gobernador de Jalisco, fijo en su idea de quitarse de semejante estorbo y creyendo que no era extraño Va-

lentin á los rumores que circulaban de un próximo pronunciamiento, dió la orden de prenderlo y entregarlo á sus jueces para que prosiguiesen las causas que aun estaban abiertas. Súpolo Valentín por una indiscreción que valió diez pesos al escribiente del juzgado, y no tuvo ya más arbitrio que pronunciarse, contando con que Bedolla y Lamparilla le ayudarían con los poderosos elementos que él creía tenían estos personajes.

La noche menos pensada, la tienda de licores y prendas del barrio de San Pedro se convirtió en cuartel general, donde se reunieron cerca de trescientos chinacos, mal armados, pero decididos, valientes y, algo tomados con algunas botellas de mezcal de la tienda, comenzaron á gritar *mueras* al gobernador.

La noche se pasó *en bola* y alegría, y la primera noticia que tuvo el gobernador al levantarse fué una proclama de Valentín, que apareció también fijada en algunas esquinas y regada en las calles.

Hela aquí:

«JALISCO NUNCA PIERDE

»Jalicienses:

»La tiranía ha llegado ya al colmo y los pueblos libres de la República no la pueden ya tolerar. Recobran su soberanía y apelan á la revolución como única tabla que salvará las instituciones y las libertades de los ciudadanos.

»Cuento con los valientes tapatíos que bastan para conquistar el resto de la República y subyugar á los Estados rebeldes; pero no será necesario llegar á esos extremos, pues estoy cierto que dentro de un mes contaré

con los ocho millones de habitantes que tiene la heroica nación mexicana.

»Por estas y otras consideraciones que omito, y que expondré en un largo manifiesto luego que haya ocupado la capital de la República y esté en posesión del gobierno, he resuelto tomar las armas y proclamar el siguiente plan:

JALISCO NUNCA PIERDE

»Art. 1.º Cesan en sus funciones las autoridades del Estado.

»Art. 2.º Serán puestos en libertad inmediatamente los presos por delitos políticos y los de delitos leves.

»Art. 3.º Las contribuciones onerosas del Estado, quedan reducidas á 50 por 100.

»Art. 4.º Serán ocupadas las rentas del tabaco, y el Estado entrará en adelante en la posesión de la fábrica y estanquillos.

»Art. 5.º Cesan en sus funciones desde esta fecha los ministros de México, y las providencias que dicten serán nulas y de ningún valor.

»Art. 6.º La aduana marítima de San Blas pertenecerá al Estado, que establecerá el arancel liberal que crea más conveniente.

»La persona del Presidente de la República será respetada y continuará en el mando si se adhiere al presente plan, y lo mismo sucederá con los gobernadores y comandantes generales de los Estados.

»Cuartel general en San Pedro á las doce de la noche del mes de Diciembre de 18...

»Jalisco nunca pierde.

»Conciudadanos, vuestro general y amigo,

VALENTÍN CRUZ.»

Este plan se lo había dado el mismo escribiente que le avisó de que se trataba de encerrarlo en la cárcel, y al escribiente se lo dictó el jefe de una casa de comercio, que esperaba en esos días un buque procedente de Europa y cargado hasta la cubierta. Se trataba de un ahorro de derechos y de aprovechar la asonada de Valentín para hacer la descarga en la playa.

Valentín había comenzado por nombrarse general (como más tarde se nombró, con sólo el voto de su ayudante, Presidente en Córdoba un célebre personaje de la intervención), por ocupar los estanquillos, cogerse los tabacos y dinero y decretar una contribución de doce pesos mensuales á todos los varones de más de diez y ocho años, bajo la pena, si no le pagaban al tercero día, de ser condenados por el resto de su vida al servicio de las armas. Valentín además era un financiero terrible. De las diversas sugerencias y planes que le había enviado Bedolla en papelitos sueltos y con la letra al revés, añadió al plan que se acaba de leer, el artículo relativo á la remoción de los ministros. Era el tema favorito é invariable de Bedolla y de Lamparilla. Con otro ministerio tenían por lo menos noventa probabilidades de ganar el negocio de los bienes de Moctezuma III y aniquilar á los Melquiades, haciéndolos fusilar si era posible.

No tardó en propagarse la alarma en la extensa ciudad de Guadalajara. La gente ociosa é inquieta circulaba en bandadas por las calles; como de costumbre, las puertas de las tiendas se cerraban y en el Palacio se agolpaba la gente tratando de indagar noticias y pretendiendo saber lo que se haría para sofocar el pronunciamiento. Algunos se avanzaron á decir que no pasaría una hora sin que las fuerzas de Valentín Cruz, que eran

ya de miles de hombres, se presentasen á tomar el Palacio á fuego y sangre, y que lo mejor era que el gobernador, que al mismo tiempo era comandante general, celebrase una capitulación honrosa, seguros de que el dicho Valentín Cruz, que era tan valiente como generoso, le perdonaría la vida y lo dejaría salir libre de la ciudad, así como á las autoridades que no quisiesen adherirse al plan, para que fuesen á México y persuadiesen al Presidente y á sus ministros que serían respetados sus bienes y vidas á condición de no mandar fuerzas para combatir y asesinar al pueblo.

El gobernador se vestía á toda prisa, daba al mismo tiempo sus órdenes á los ayudantes, y al escuchar el relato de lo que se decía en la calle, montaba en cólera y echaba rayos y centellas.

—Primero me dejaría freir en aceite que capitular con ese arriero asesino, que lo han dejado tomar ínfulas en Jalisco por las recomendaciones que le ha procurado ese licenciado Bedolla de México, que será otro pícaro.

—Sólo hay parque para ocho tiros,—dijo un ayudante que entró precipitadamente.

—Se lo tenía dicho ya hace un mes al ministro de la Guerra. Me ha dejado sin artillería, sin parque, sin tropas. Apenas entra un regimiento cuando á los tres días lo mandan salir, ya para Zacatecas, ya para Sinaloa, y no me dejan más que los piquetes y los reclutas. Y este Baninelli, que no acaba de llegar; parece que vienen los soldados en tortugas. Si los hubiese hecho andar veinte leguas diarias habría llegado hace una semana, y este bandido de Valentín Cruz no se hubiese atrevido á nada.

Jurando y refunfuñando, el gobernador se ciñó su es-

pada, y él mismo colocó en las puertas del Palacio una batería de piecitas de á cuatro con sus ocho tiros, formó la guardia y pasó á los cuarteles para organizar una columna con los piquetes y reclutas mal vestidos que componían la guarnición, que en total no excedía de 500 hombres. Estaba al principio decidido á marchar á San Pedro y atacar en su cuartel general á Valentín Cruz, pero temió que en el camino se le desertaran los reclutas y los pocos soldados de línea con que contaba; así decidió quedarse á la defensiva y resistir á todo trance si era atacado, hasta que Baninelli llegase, y no podía tardar.

La ansiedad crecía por momentos; la gente brava de los barrios, más brava que los tejedores de Puebla, se hacía remolinos, y comenzaba á repetir el refrán ó divisa tapatia «*Jalisco nunca pierde,*» y el frente del Palacio se llenaba de gente sospechosa. La comunicación con San Pedro y las demás salidas que comunican á la capital de Jalisco, estaba cortada; los víveres encarecieron en el mismo momento, como si se hubiese pasado un sitio de seis meses, y en las panaderías vociferaba la gente porque el pan se había acabado, y con esto el descontento de los habitantes se manifestaba claramente y la posición del gobernador se hacía á cada hora más difícil.

El general Valentín Cruz contaba ya con cosa de seiscientos hombres. El mezcal de su tienda se estaba agotando y daba ya órdenes para que se ocupasen (sin pagar) los licores que existiesen en las demás.

Pero Baninelli no llegaba y ya perdía la esperanza el gobernador.

Sin embargo, Baninelli caminaba á marchas do-

bles, y el nuevo general Valentín Cruz ignoraba que con anticipación se había decidido en México enviar fuerzas para evitar una asonada en Jalisco.

En efecto, desde San Juan de los Lagos, Baninelli arregló su plan de campaña con el capitán Franco, ó mejor dicho con el cabo Franco, pues así continuaremos llamándole, así le llamaba Baninelli y así le gustaba á él que lo llamasen.

—Mira, cabo Franco, te adelantas un poco con tu compañía, escoges los mejores muchachos de la segunda, me ocupas á San Pedro y me esperas allí, que no tardaré en llegar. Si hallas resistencia, ya sabes, una descarga á diez pasos y á la bayoneta, y no me dejas uno á vida. Toma lenguas por el camino y acuérdate del monte de Río Frío, quizás tendrás en esta campaña el grado de teniente coronel.

—Muy bien, mi coronel.

Baninelli había caminado á marchas forzadas desde que salió de Cuautitlan, y jornada hizo que pasó de quince leguas. El cabo Franco con dos compañías se separó desde San Juan del grueso de la fuerza, y tan astutamente tomó lenguas con los que encontraba en el camino, que supo el pronunciamiento de San Pedro, el nuevo general que lo acaudillaba, las fuerzas que tenía, el lugar preciso donde estaba la tienda y el desorden en que se hallaban los llamados libertadores. Obró en consecuencia y llegó sin ser sentido, cosa de las once de la noche, á las cercanías de San Pedro. Allí dió una hora de descanso y un trago de aguardiente á su tropa, formó su columna y les echó esta corta arenga, tan eficaz y sublime como la del gran Napoleón, delante de las Pirámides:



—Muchachos, no hay *que rajarse*. Fuego cuando yo lo mande y después á la bayoneta.

—¡Viva nuestro capitán!—gritaron los soldados.

—No hay que hacer ruido. Adelante y mucho silencio.

Se pusieron inmediatamente en marcha.

Los partidarios del general Valentín, seguros de que el gobernador que estaba á la defensiva no los atacaría, bebían mezcal, reían, cantaban versitos picarescos y taconeaban jarabes y *tapatios* con las chinas que habían venido de la ciudad.

Repentinamente una descarga cerrada. Algunas de las parejas de baile cayeron á tierra, heridas, muertas ó simplemente asustadas, y después una de bayonetazos y de golpes con las culatas de los fusiles sobre los grupos compactos, que aquello que creían mentira, pues lo menos que esperaban era un ataque, parecía el día del juicio. Las fogatas se apagaron, las calles regadas de muertos y solas completamente, pues toda la multitud se había escapado y desaparecido en instantes.

El cabo Franco ocupó el cuartel general, es decir, la tienda de Valentín, donde encontró todavía algún resto que en el acto repartió á sus soldados, que pasaron ya muy alegremente la noche con un abundante rancho y sus buenos tragos de mezcal.

A la madrugada llegó Baninelli. El cabo Franco marcó el alto á la fuerza y recibió con las formalidades de ordenanza á su jefe.

—Ninguna novedad tiene usted, mi coronel. El enemigo en completa dispersión ha huído rumbo á Mascocta, dejando en el campo algunos muertos y muchos heridos. Por nuestra parte tres lastimados.

Los tres lastimados ¡funesta casualidad! eran Moctezuma III, herido de un garrotazo en las espaldas; el hijo de D.<sup>a</sup> Pascuala, cojo, porque cayó al suelo, sin duda de susto, y lo pisó un caballo (porque Valentín Cruz había reunido un escuadrón compuesto sólo de veinte hombres que fueron los primeros en emprender la fuga), y el pobre de Juan, con un sablazo en la cabeza que le había partido el pellejo, pero no le había interesado el cráneo.

El cabo Franco, observando en el camino la docilidad de sus tres reclutas, así como su fuerza muscular y la facilidad con que hacían sin fatigarse jornadas de diez y doce leguas, los había tomado cariño, agregado á lo que él llamaba su estado mayor y querido que en la primera ocasión recibiesen el bautismo de fuego, para que en lo de adelante fuesen unos verdaderos veteranos, proponiéndose recomendarlos para cabos, pues sabían escribir.

Animado de tan buenos sentimientos, les echó una de las arengas napoleónicas que acostumbraba.

—*No hay que arrugarse y adentro*,—les dijo dándoles de plano con su espada en las espaldas, los empujó en las tinieblas, y él mismo, poniéndose á la cabeza de su fuerza, se echó como una fiera sobre la masa de revoltosos y los derrotó en pocos minutos de la manera que se ha referido.

Baninelli ocupó y registró minuciosamente la casa de Valentín Cruz, encontrando un paquete de papeles; dispuso que los heridos fuesen distribuidos en las casas particulares y los muertos se enterrasen donde se pudiese, é hizo inmediatamente su entrada solemne por las calles de Guadalajara, haciendo resonar su alegre banda de pitos, clarines y tambores, y tocando su bien adiestrada charanga las mejores piezas de moda.

Cuando el gobernador menos lo creía, estaba ya la fuerza delante del Palacio, y Baninelli se apeaba de su caballo, sudoroso y cansado, y le daba un abrazo, pues eran íntimos amigos.

Diez minutos después las campanas repicaban á vuelo, y las gentes alegres y curiosas circulaban en las calles. Los contrabandistas de Tepic y de San Blas, encerrados en sus escritorios, eran los únicos tristes y cabizbajos.



## CAPÍTULO XVI

### Víctima del despotismo

**B**ANINELLI dirigió al gobierno el parte con el mismo laconismo y sencillez con que acostumbraba el cabo Franco hacer sus arengas y proclamas á sus soldados en los momentos de peligro.

«Llegué á marchas forzadas cuando menos se esperaba,—decía el parte de Baninelli.—Mi vanguardia derrotó completamente á los revoltosos en la media noche del 8 de... de 18... Incluyo el estado de muertos y heridos. En las tropas de mi mando hubo tres heridos. Uno de ellos se llama Moctezuma, y dice ser descendiente del emperador de México. Recomiendo el comportamiento del capitán Franco y de los tres reclutas heridos. Cuartel general en San Pedro, etc., etc.»

Baninelli envió directamente al Presidente, y sin leer, las muchas cartas que contenía el paquete que encontró en la casa de Valentín Cruz, y permaneció en San Pedro esperando órdenes.

Por extraordinario (1) recibió la respuesta:

«Persiga usted al enemigo sin descanso. A los cabecillas y oficiales que coja, los fusila usted en el acto, y á los soldados los incorpora á su regimiento.»

A la llegada del parte de Baninelli, el ministro de la Guerra, ó más bien sus aduladores y pegadizos, corrieron ellos mismos á la calle y mandaron repicar á vuelo las campanas de la catedral y demás iglesias, y una batería de artillería hizo una salva delante del palacio, de quién sabe cuántos cañonazos. Un taco acertó á pegar en el hombro á uno de tantos muchachos curiosos, y fué ésta la mayor desgracia que ocurrió en esta célebre campaña, pues el tal muchacho, que cayó como si hubiese recibido la bala en la cabeza, fué conducido al hospital de San Andrés y no salió sino al cabo de dos meses y con un hombro más alto que el otro.

El Presidente, con tanta felicitación como recibió y tanto adulator que aprovechó la ocasión para pedirle dinero y empleos, dejó como olvidado en su mesa el paquete, y no fué sino ocho días después cuando tropezó con el pliego, mandó al ayudante que cerrase las puertas, que nadie lo interrumpiese y se puso á examinar uno por uno los documentos que contenía. Eran cartas y papelitos sin firma, de diversos caracteres de letra; los unos incomprensibles, pero que daban á entender que entre Valentín Cruz y los corresponsales ó *correspondientes* de México había relaciones anteriores é íntimas, no de asuntos privados, sino absolutamente políticos. Otras cartas estaban firmadas y se reducían á negocios

---

(1) *Correo*, que caminaba violentamente por la posta, á veces veinte leguas por día, y en casos urgentes era el medio de comunicación de que se servía el gobierno.

de agricultura, comercio y arriería; pero en las fórmulas y frases se adivinaba que contenían una clave que el Presidente reconoció desde luego; pero que no era posible descifrar. Por ejemplo, se decía: *Tendré listas las mil pacas de algodón para conducir las á Guadalajara, y usted disponga de ellas.*

¿Quién diablos había de mandar mil pacas de algodón á Guadalajara cuando no existía ninguna fábrica de tejidos? Así, evidentemente, lo que significaba esta carta, era que irían mil soldados, ó mil revoltosos, ó mil indios. También podría conjeturarse que se mandarían mil pesos, ó mil pesetas, para fomentar con esta suma un tumulto, una sublevación ó un pronunciamiento en forma, como sucedió.

Pero, ¿quién era el que tenía listas las misteriosas pacas? Anda vete, imposible de adivinar, y el Presidente leía otro papel, y se perdía en conjeturas. Después de recorrer rápidamente tal género de documentos, si no pudo descifrarlos, si adquirió el convencimiento de que se tramaba una grande conspiración en toda la república, cuyo centro era el Estado de Jalisco, en su capital ó en alguno de sus pueblos, como en efecto aconteció en San Pedro, ya no le cupo ninguna duda, y pensó con razón que Valentín Cruz era uno de tantos agentes ó quizá el principal; pero que en México existía el *Directorio*, compuesto de personas de categoría y de importancia.

En este examen, que había ya durado más de una hora, llamó particularmente su atención, la diversidad de caracteres de letra, y algunas se parecían á la de sus ministros, y eran, como maliciará el lector, por lo que antes hemos dicho, obra de la sorprendente habilidad

de Lamparilla, escritas con más precauciones y misterios de los que eran necesarios, para el caso ya previsto de que si caían en manos de la autoridad, las sospechas recayesen en los elevados funcionarios que estaban cerca de la persona del Presidente y á quienes otorgaba su entera confianza.

Inquieto, disgustado y cansado el Presidente y doliéndole la cabeza, se disponía á clasificar las cartas ya leídas y á colocarlas en su cubierta, cuando observó que había en el suelo dos ó tres papeles que se habian caído sin que lo hubiese notado. Uno de ellos era una carta firmada.

«Enterado de todo. Apresure usted los negocios, porque urge. Mándeme, si le es posible, dinero, que necesito con urgencia para seguir los trabajos. Más de una semana he estado enfermo, y por eso no le he escrito.

»Sabe que de corazón soy su amigo,

*Lic. Bedolla.»*

—Me la va á pagar este pícaro,—dijo el Presidente luego que acabó de leer la carta.—Lo voy á secar en una prisión hasta que no me descubra el hilo de esta revolución; más adelante lo mandaré fusilar. Estoy rodeado de malvados y traidores, y mis mismos ministros son los primeros que conspiran contra mí. Con razón me decía Basadre que si me echaba en manos de los monarquistas correría la misma suerte que Guerrero. Ya veremos, los tengo entre mis manos.

El Presidente clasificó cuidadosamente los interesantes papeles, los colocó en una cubierta, los ató cuidadosamente con una cinta, los guardó en un armario, lo ce-



rró y se guardó la llave en el bolsillo, y dijo muy satisfecho, tocándose el pantalón:

—Aquí los tengo todos presos, y no saldrán sino á la horca ó al destierro. Este Baninelli vale la plata. Cuando acabe su campaña y vuelva á presentármese lo recibiré con la banda de general de brigada. Me ha quitado de encima una guerra extranjera, batiendo á los bandidos de Río Frío, y ahora una formidable revolución que me hubiera quizá lanzado de la silla presidencial. A los tres reclutas los haré oficiales y al capitán Franco teniente coronel.

Cuando los ministros entraron al Consejo, el Presidente estaba muy alegre y los recibió con más afabilidad que los días precedentes. Las inocentes criaturas no sabían lo que se les esperaba.

Durante algunos días les dictaba acuerdos muy largos que guardaba para dizque rectificarlos, y era para compararlos con las cartas y papeles de Valentín Cruz, hasta que adquirió la más perfecta convicción de su culpabilidad, menos la del ministro de Hacienda, no habiendo encontrado semejanza de su letra en ninguno de los papeles que había registrado.

En la noche llamó á los jefes del partido moderado y convino con ellos un nuevo ministerio, y el periódico oficial dijo al día siguiente:

#### «NUEVO GABINETE

»Habiendo renunciado por razones de conveniencia pública y á causa también de su quebrantada salud, los señores ministros de Relaciones, Justicia y Guerra, su excelencia el Presidente, con mucho sentimiento, ha

tenido á bien admitírselas, disponiendo que queden los oficiales mayores encargados interinamente del despacho, hasta que se forme un ministerio en que estén representados todos los partidos y se satisfagan las justas aspiraciones de la nación.»

El Presidente ordenó á un ayudante que fuese á la casa de D. Pedro Martín de Olañeta, y quisiere ó no, se lo trajese en el acto.

—Señor D. Pedro, —le dijo en cuanto se lo presentó el ayudante,—me va á prestar un servicio, ó, mejor dicho, á la nación.

Va usted á hacerse cargo del juzgado. He separado á ese bribón de Bedolla, y ya verá la suerte que le espera.

—Señor general, me honra usted mucho, pero necesitaría antes...

—Será después,—le interrumpió el Presidente.—Tendrá usted mi apoyo y se llenarán por el gobierno los deseos de usted para el buen servicio. No necesito recordarle lo que me ofreció cuando...

—Es verdad; en vez de replicar, lo que debo es agradecerle su confianza. Acepto y quedo á sus órdenes.

—Ya podrá usted hacer algo, señor D. Pedro,—le dijo el Presidente sonriendo maliciosamente y estrechándole la mano,—por esa buena muchacha Casilda, acabando por descubrir á su perseguidor y aplicarle la ley, como merece.

D. Pedro se mortificó y se puso encarnado, pero estrechó á su vez la mano del Presidente, no pareciéndole mal en el fondo que el primer magistrado de la nación se permitiese con él estas amistosas confianzas.

Cuando D. Pedro se retiró tocó la campanilla y el ayudante entró.

—Tome usted un coche, va en él á la casa del licenciado Bedolla, ó al juzgado, á donde lo encuentre usted, lo aprehende, lo conduce á la prisión militar de Santiago y lo entrega al comandante con orden de que lo ponga incomunicado, y no vuelve á presentarse aquí hasta que todo esto quede hecho.

El ayudante salió, haciendo una respetuosa reverencia, dando á entender con esto que las órdenes serían fielmente cumplidas.

—Lo que es por ahora está conjurada la tormenta,—dijo el Presidente dejándose caer en el sillón;—ya veremos lo que sigue. En sustancia, la nación la gobernamos Yo, dirigiendo la política; Baninelli, derrotando á los pronunciados, y ese bandido de Río Frío, ahorcando ladrones en el camino, aunque no sé por qué se me ha clavado la idea en la cabeza de que él es el primer bandolero y el primero que debía ser ahorcado. Lo dejaremos, pues que por ahora me es útil, mientras yo mismo aclaro las cosas. Sea como fuere, lo que es en este momento, la tormenta revolucionaria ha concluído. Mañana veremos.

Una tempestad en un vaso de agua.

---

No es nuestra idea el ocuparnos á cada momento de política y de periodistas, pero no podemos dispensarnos de aprovechar la ocasión para hacer un justo elogio de los adelantos de la prensa y de poner de manifiesto el juicio, el tacto, la exactitud, sea dicho de una vez, la

filosofía con que trataban las más espinosas cuestiones los mismos escritores que al principio de esta historia publicaron tan luminosos artículos relativos al caso raro del rancho de Santa María de la Ladrillera y llamaron justamente la atención del gobierno y de los doctores de la Universidad, sobre el fenómeno digno de estudiarse que presentaba el vientre de D.<sup>a</sup> Pascuala.

La edad, la experiencia y el estudio habían dado á sus artículos cierto aplomo y solidez de que antes carecían, y, sobre todo, no escribían una línea sin estar absolutamente seguros de la verdad. El lector podrá juzgar por el artículo siguiente, publicado en el famoso diario que redactaban y que por un efecto de su modestia le habían puesto el título de *La Sabiduría*.

#### « DIOS SALVE Á LA REPÚBLICA

»Retiramos el editorial que teníamos escrito sobre las importantísimas cuestiones de la contrata de carros nocturnos y limpia de las atargeas, para dar noticia á nuestros lectores de los graves acontecimientos de estos últimos días, que han conmovido profundamente á los ilustrados habitantes de esta grandiosa ciudad de los palacios, como la llamó el riquísimo y noble italiano conde de Beltrami, que la visitó hace cuarenta años. Asesinatos, robos, asaltos, combates, pronunciamientos y quién sabe cuantas cosas más. Vamos por partes, aunque de verdad, son tantas las ideas que se agolpan á nuestra frente, que no sabemos ni por donde empezar.

»Era una noche de las más tenebrosas que hemos tenido en la temporada, y el bello cielo de México se convirtió en una inmensa carpeta de terciopelo negro que

se iluminaba á cada minuto con la pálida luz de los relámpagos. Cayeron rayos, no sabemos cuantos, pero nosotros, que no quisimos dormir para poder dar, si era necesario, en *La Sabiduría* una descripción de la tempestad, contamos siete, de los cuales uno cayó en la torre de San Agustín, dos en la de Santo Domingo, bajando por la pared, haciendo una cuarteadura y llevándose la reja de una ventanilla; de los demás no sabemos á punto fijo, pero fueron por el puente de la Leña y la Soledad de Santa Cruz. Fué esa noche tremenda la que escogió una banda de ladrones para llevar á efecto el horroroso atentado que hacía semanas meditaban. Se trataba de robar y asesinar á una mujer muy rica que conoce todo el que tiene afición á las variadas frutas que produce nuestro fértil suelo, y que se llama Cecilia la Trajinera, porque tiene canoas y comercio en Chalco. Esta trajinera vive sola, (porque nunca se ha querido casar), con dos criadas y dos ó tres remeros que hacen de noche el oficio de serenos en una casa muy vieja, pero muy grande, situada por el callejón de la Trapana y que se comunica con la acequia.

»El plan de los ladrones era meterse por unas ventanas que tenían rejas de madera ya apolilladas, pero como Cecilia medio compuso la casa y cambió las rejas de madera y puso otras de hierro, se les frustró su primitivo plan, y entonces apelaron á hacer una horadación, lo que llevaron á efecto sin costarles trabajo, porque las paredes, aunque gruesas, se están desmoronando. Se proponían los ladrones matar primero á los remeros, entrar después por el agujero, apoderarse de Cecilia y de las dos criadas, amarrarlas, asesinarlas y después robar cuanto pudieran, pues Cecilia es muy rica y tiene

guardado mucho dinero en oro en un ropero colorado, antiguo y con pintarrajos por dentro (que nosotros hemos visto), cargar en seguida una canoa con todo el robo, y ellos, haciendo de remeros, dirigirse á Chalco, forzar las puertas de la casa, (pues, como hemos dicho, Cecilia es muy rica y tiene una magnífica casa en Chalco, aunque muy aislada), robarla también y largarse á la tierra caliente, tomando el rumbo de Acapulco, donde es imposible toda persecución, pues la tropa ó policía que se atreve á pasar el Mescal es víctima de los *pintos* y del mal clima.

»¡Qué plan tan diabólico, pero tan bien combinado! Pero el de Cecilia fué mejor. No sabemos cómo se puso al tanto de lo que maquinaban los ladrones; el caso es que se calló la boca, los dejó hacer la horadación y estuvieron ella y sus criadas velando durante ocho días. La noche del aguacero y de los rayos oyeron un ruido como de ratas que escarban y roen, se armaron de unos cuchillos muy afilados y se pusieron al lado de la horadación. Pasadas las doce sintieron pasos en la calle, oyeron que varios hablaban en voz baja, y á poco fué presentándoseles la cabeza del ladrón que penetraba como la culebra en su nido. Agarraron las mechas de la cabeza; tiraron al ladrón para dentro, y antes de que pudiera gritar y advertir á los que estaban afuera, lo cosieron á puñaladas. Se presentó otra cabeza, y el mismo método, y así hasta siete; el octavo, noveno y décimo, pues la banda se componía de diez, se escaparon y huyeron, sin que sepa á donde se han escondido. ¡Qué valor de mujeres! pero también ¡qué refinamiento de crueldad con las infelices víctimas! Nosotros mismos, hombres vigorosos y resueltos y que hemos andado en campaña,

no hubiéramos tenido valor ni corazón para estar tirando de los cabellos á tanta cabeza, para inmolar después á hombres ya dados é indefensos, y como decía el esclarecido poeta Delile: «*De la justicia á la venganza no hay más que un paso.*»

»Concluída la matanza, la trajinera y sus criadas se pusieron á cenar sin lavarse siquiera las manos, y después durmieron tranquilamente hasta que amaneció y fueron á dar parte al alcalde, el que por pronta providencia quiso mandar á la cárcel á las culpables, pero ellas se resistieron, y á cosa de las diez de la mañana, los barrios de la Soledad de Santa Cruz y puente de la Leña se habían levantado y amenazaba cundir la sublevación por los otros barrios de México. La trajinera es una mujer que goza de mucha popularidad, y el pueblo se oponía á que se la llevaran presa. Apedrearon á la policía y la vinieron persiguiendo hasta la Diputación, y mirándose ya solos los vagos y los ladronzuelos que abundan por esos rumbos, se echaron sobre cuatro ó seis tendejones, los saquearon y lastimaron á los dueños, algunos de gravedad, que fueron después conducidos al hospital de San Andrés. Como el tumulto crecía y le avisaron al coronel del regimiento que ocupa el cuartel de la Santísima, mandó en el acto dos compañías, que echaron una descarga de bala rasa sobre el pueblo, y así pudo penetrar hasta la casa de Cecilia, que se había encerrado, y ella y sus criadas, con puñal en mano, estaban completamente resueltas á hacer una desesperada resistencia.

»México y sus beneméritos habitantes han escapado en una tabla. El peligro ha sido inminente y nada faltó para que se repitieran las dolorosas escenas del año 1828,

pero la energía y valor de nuestros sufridos soldados han evitado á la ciudad daños de mucha trascendencia, y lo que es más, el vergonzoso espectáculo delante de los extranjeros de una populosa ciudad indefensa y entregada á la voluntad de las turbas.

»Hubo un incidente curioso que no debemos dejar desapercibido. El oficial que mandaba la tropa se hizo de razones con el alcalde por cuestiones de jurisdicción. El oficial que sí, el alcalde que no, hasta que llegaron á las manos. El alcalde sacó un puñal y por poco mata al oficial, y el oficial sacó su espada y por poco mata al alcalde, pero al fin ni uno ni otro se hicieron nada, porque metió paz el secretario del juez de turno que había sido enviado expresamente por el licenciado Bedolla.

»Sosegado el tumulto, fueron conducidos á la Diputación entre filas los cadáveres y los reos (que nosotros hemos visto con nuestros propios ojos), y el licenciado Bedolla comenzó á instruir la causa con la actividad que le es característica. Aunque amigos de este célebre criminalista, á fuer de imparciales tenemos que hacer la observación de que en esta vez no se ha manejado con la energía que desplegó cuando instruyó la causa del asesinato de la hija natural del conde de\*\*\* y de los escándalos de la casa de vecindad de la Estampa de Regina, y si los reos no pagaron su crimen, fué debido á la clemencia del primer magistrado de la Nación que los indultó.

»Tanto Cecilia la Trajinera como sus criadas, debieron haber sido presas, juzgadas y sentenciadas. Nada de esto ha sucedido y han quedado en su casa gozando de la más amplia libertad, mediante la influencia de personas cuyo nombre no queremos mencionar porque nos



ligan con ellas relaciones de parentesco ó de amistad, que, como nuestros lectores lo conocerán son sagradas. Bien que Cecilia y cómplices obrasen en propia defensa y hayan acabado una verdadera hazaña, propia de los tiempos fabulosos de la Edad Media, debieron en el momento que sospecharon que iban á ser robadas, haberse dirigido al gobernador, al juez, al alcalde, en fin, á cualquiera autoridad, porque nadie tiene derecho de hacerse justicia por su mano. ¿Dónde íbamos á dar si todos hicieran lo que *Cecilia y cómplices*? Acabarían las garantías más preciosas, los derechos del hombre serían letra muerta, y la sociedad se convertiría en un caos insondable y oscuro. Aunque parezca una paradoxa, ó un contrasentido, los criminales, por lo mismo que son criminales, tienen derecho á las garantías que otorgan las leyes á los ciudadanos de un país libre que rescató de la tiranía de trescientos años el héroe de Dolores. Esos siete cadáveres, inmolados por unas verduleras rabiosas y sedientas de sangre, piden justicia, y no lo deseamos, pero el sueño tranquilo del licenciado Bedolla ha de ser turbado muchas noches con siniestras apariciones.

»Mientras pasaba en medio de la tenebrosa noche el drama sangriento que someramente hemos fielmente referido, se fraguaba en lo más intrincado de nuestras elevadas montañas una conjuración contra la vida y propiedad de los viajeros. Malhechores y gente perdida de los cuatro puntos cardinales de la República, se habían dado cita en un lugar inaccesible cercano á Río Frío, y efectivamente, llegaron á reunirse cosa de doscientos bien montados y armados. Su objeto principal era dar un golpe á la *conducta* que debía salir de México el día... por no sabemos qué motivo se transfirió su salida

para la semana siguiente, y eso la salvó y salvó también de su ruina al sufrido comercio de esta capital, bastante agobiado con el peso de enormes contribuciones.

»Por fortuna nuestra, ó más bien dicho, del comercio, hay en la montaña un hombre activo, resuelto y de un valor que raya hasta la temeridad. Tal es D. Pedro Sánchez, rico hacendado de por Texcoco, ó de por Chalco, no sabemos bien. Es rico, le sobra con que vivir sin necesitar de nadie, pero tiene tal odio á los ladrones, que ha aceptado del gobierno el empleo de capitán de rurales, por sólo el placer de perseguirlos y batirse con ellos. No hay que jugar con el bandido que cae en sus manos, de seguro que amanece colgado en los árboles.

»D. Pedro Sánchez, como decíamos, se hizo el desentendido, dejó reunir á los ladrones, les puso una emboscada, y cuando ellos salieron para atacar las diligencias, les cayó como un rayo, los desbarató completamente, no sin que se trabase una verdadera batalla y quedase el campo cubierto materialmente de muertos y heridos. El mismo capitán Sánchez recibió varias heridas graves en la cabeza y en las manos, y uno de nuestros colaboradores lo vió entrar al patio de Palacio á la cabeza de cincuenta de sus valientes rurales, pues él mismo quiso dar personalmente el parte y presentarse al Presidente de la República, el que lo recibió con la mayor benevolencia y no pudo menos de estrecharle la mano y elevarlo al rango de coronel, con el mando de los distritos de Texcoco, Chalco y *Tierra Fria*.

»Pero grave como es lo que hemos referido, son tortas y pan pintado, comparándolo con el estado de nuestra política. Los elementos más explosibles y variados fermentan de una manera espantosa en la caldera revo-

lucionaria. Una vasta conspiración como una red abraza los más poderosos y ricos Estados de la República. Abortó en la capital de Jalisco, pero el gobernador estuvo quince días sitiado en el Palacio, hasta la llegada del coronel Baninelli, que por casualidad pasaba cerca de San Pedro, pues su verdadero rumbo, según sabe también uno de nuestros colaboradores, era Zacatecas. Entre los pronunciados de San Pedro se trabó una lucha más terrible que la del monte de Río Frío; la suerte estaba indecisa, y Baninelli propuso una capitulación, y el denodado y pundonoroso general Valentín Cruz, en obvio del derramamiento de sangre, la aceptó, y con tambor batiente y banderas desplegadas se retiró rumbo á Mascota. La revolución, pues, está en pié, y lejos de acabar, es ahora cuando comienza.

»*¡Dios salve á la República!*»

#### «ALCANCE Á ÚLTIMA HORA

»Impreso ya nuestro diario, hemos adquirido nuevas noticias y tenemos que hacer algunas rectificaciones. Los asesinados del puente de la Leña no fueron siete sino uno dentro y otro fuera que era remero. El principal culpable llamado *El Joaquinito* ha sido aprehendido y está incomunicado.

»El capitán D. Pedro Sánchez entró á Palacio, no con cincuenta, sino con cinco hombres de escolta.

»El denodado general Valentín Cruz, no capituló, sino que fué batido, y merced á su sangre fría y valor pudo escapar á uña de caballo. Loor á nuestros valientes soldados.

»*Dios salve á la República!*»

## «A ÚLTIMA HORA

»Vuelven las nubes encapotadas á cubrir nuestro horizonte político. La casa del licenciado Bedolla ha sido allanada á deshoras de la noche, y él, desnudo, arrebatado de su tranquilo sueño y conducido á la fortaleza de Santiago. Esto es muy grave. La prisión de un personaje tan importante como el señor de Bedolla y Rangel, es un verdadero acontecimiento en la capital. Mucho tememos que tan distinguido ciudadano sea una víctima de la tiranía, con razón tenemos que exclamar al terminar nuestro artículo:

»*¡¡¡Dios salve á la República!!!*»

*Redactores.*

## CAPÍTULO XVII

### Cambia la escena

**E**l licenciado D. Crisanto de Bedolla y Rangel era un hombre muerto. La prisión lo resucitó. Desde que, á no dudarlo, se supo por el acreditado periódico *La Sabiduría* que no cabía duda de que estaba incomunicado en uno de los lóbregos y sucios cuartos del antiguo convento de Santiago, convertido en prisión militar, el público, es decir, el público que se ocupa y vive de chismes de política y que espera mejorar de fortuna con uno ó más cambios de personal en el ministerio, lo consideró como un personaje gigantesco y sobrenatural que tenía en su mano cerrada la suerte y los destinos de la República, y no tenía más que abrirla para que salieran, según su voluntad, un enjambre de desgracias ó una lluvia de oro que vendría á fertilizar las profundas bolsas vacías y secas de los partidarios y del partido vencido ó caído que hacía la oposición al gobierno existente.

Durante una semana permaneció Bedolla incomunicado, durmiendo en un petate, sin una silla en que sentarse, ni una mesa en que comer, y ni Lamparilla mismo obtuvo permiso para verlo, ni se le permitió que le llevaran cama y los muebles más indispensables. Se hacía cruces el licenciado, pensaba día y noche y no podía acertar con la causa que había determinado al Presidente á tratarlo tan cruelmente. Su conciencia le acusaba en verdad, pero jamás había escrito una carta con su letra ni menos se acordaba de haber firmado nada que pudiera comprometerlo. Sus sospechas recaían contra D. Pedro Martín de Olañeta, que por ocupar su puesto lo habría denunciado, y aun llegó á dudar de la amistad de su tocayo y discípulo Lamparilla.

—Bien mirado,—decía Bedolla sentado en su petate en un ángulo de la celda que ocupaba,—vale más que el tirano se haya descarado, porque de esta manera mi situación política quedará bien definida, y seré jefe de partido, y lucharé frente á frente con el poder, y á cuántos hemos visto que tal vez de esta misma celda que ocupó han salido para el Palacio á ocupar un ministerio. Si consiguiera Lamparilla que me trajesen mi cama, un sillón, un canapé, la comida de mi casa y me dejaran dar un paseo por los corredores, sería relativamente feliz. Llevo tres noches de no dormir, la detestable comida de los bodegones de Santa Ana me ha estragado el estómago. Tres ó cuatro semanas más y no saldría vivo.

Bedolla, de estas reflexiones pasaba á la tristeza y al abatimiento, y el cuarto y quinto día pensaba de otra manera, y sufría tanto de los insectos, del insomnio y de la soledad é incomunicación, que se tiraba de los cabellos y las lágrimas le venían á los ojos. Un sentimiento

indefinible, que podría llamarse remordimiento de conciencia, lo atormentaba. ¿Los infelices vecinos de la casa de la Estampa de Regina eran verdaderamente culpables? ¿No fué ligero, vanidoso y cruel y hasta asesino al haberlos hecho sufrir meses en la cárcel y condenándolos á muerte sin la plena prueba de su culpabilidad, y aun contra el tenor mismo de las leyes que no señalan iguales penas para los asesinos que para sus cómplices? Casi se alegraba de que el Presidente los hubiese indultado, porque los espectros sangrientos de sus víctimas se le habrían aparecido en las altas horas de la noche en el sombrío calabozo que ocupaba.

La esperanza y la luz del día borrraban estas ideas y decía:

—Al fin hice bien; esas gentes ordinarias y viciosas no son lo mismo que yo. Ellas viven á poco más ó menos en cuartos tan lóbregos é infectos como éste. No pensemos más en esas patrañas. Ya me la pagará ese viejo hipócrita y malvado de D. Pedro Martín. *Arrieros somos y en el campo andamos*. Su día le ha de llegar, y los martirios que estoy sufriendo los ha de pagar bien caros, hasta con la vida.

Al fin de la semana el mismo ayudante se presentó en la prisión, y sin saludar á Bedolla le dijo secamente:

—De orden del Presidente está usted comunicado.

El Presidente había estado durante la semana pensando qué haría, sin resolverse á nada. La carta que lo obligó á mandar poner preso á Bedolla no era en juicio una prueba suficiente, así, aun cuando fuese juzgado como conspirador por la autoridad militar, tendría que ser absuelto y el ridículo caía sobre el gobierno. Además, fueron tantas las cartas y recomendaciones verbales en fa-

vor del presunto culpable, que no pudo resistir. El primer momento de cólera había pasado, Baninelli había destruído al enemigo, y el nuevo ministerio opinaba que debían adoptarse medidas de conciliación y no de rigor, pero el razonamiento que influyó más en su ánimo fué el de uno de sus más íntimos y allegados partidarios y amigos, que le dijo:

—Está usted haciendo, sin saberlo, un héroe á Bedolla. No es más que una de esas notabilidades de provincia que vienen á darse importancia en la capital, y no tiene más mérito que es hombre de acción, y si ha medrado algo desde que está en México es debido á la protección de usted. Tenerlo preso equivale á confesar que se le tiene miedo y que vale algo. El desprecio es lo único que merece, y el desprecio del gobierno lo reducirá á la humilde condición que tenía en su pueblo.

El Presidente se limitó de pronto á levantar la incomunicación.

Desde que se supo que ya se podía hablar con el personaje que había excitado la cólera del Presidente, y que se había declarado su perseguidor y enemigo personal, el prestigio de Bedolla aumentó un ciento por ciento. Desde las once de la mañana, hasta las cuatro de la tarde, no cesaban las visitas de personas de todos los partidos, que aprovechaban la ocasión para saludar al que había sido bastante influyente para sublevar al Estado de Jalisco y hacer vacilar en su silla al tirano que se había encaramado en el gobierno.

Ya Bedolla tenía un catre y un colchón con su ropa de dormir, un canapé, una mesa y unas cuantas sillas; le traían en un portavianda su almuerzo y su comida, y pasaba los días en tertulia como un príncipe destrona-



do que un día ú otro puede volver al poder; pero él, con suma modestia y haciéndose la víctima, no dejaba de referir á los que él titulaba sus leales y buenos amigos, los sufrimientos de los primeros días de su prisión, la falta de urbanidad del ayudante y el rigor del comandante de la fortaleza.

—Si no hubiera sido por los soldados, me muero de hambre y de frío. Ellos, los pobres, me han convidado de su escaso rancho; ellos, los pobres, me han prestado sus jergas para taparme. Podría enseñar á ustedes las espaldas, donde todavía tengo grabadas las labores del petate.

—¡Pobre licenciado Bedolla, víctima del despotismo! —se decían unos á otros en voz baja, tratando de sacar en limpio la causa que había originado su prisión y los pormenores del grave choque que tuvo con el Presidente, de quien meses antes era el favorito.

En ese punto Bedolla era más modesto, y aseguraba que él jamás había faltado en lo más leve al respeto y á la amistad, que la verdad era que diferían en algunos puntos de política que él le había *aconsejado*, pero que no habiéndose llevado de sus *consejos*, había estallado la revolución en Jalisco, donde el sanguinario Baninelli había hecho *horrores*, pero que él ponía la mano en su corazón y se consideraba completamente inocente, y que suponía que su prisión la había originado alguna calumnia de los muchos enemigos que tenía, porque en el cumplimiento de sus deberes, ni andaba con contemplaciones, ni transigía con nadie.

De verdad ó de mentira, muchos de los que lo visitaban le ofrecían sus servicios, le estrechaban la mano y salían diciendo:



—Qué buen talento tiene este licenciado; se hace un poco la mosca muerta, pero á pesar de eso no puede negar que es *hombre de acción*. Quién sabe á dónde irá á dar, y bueno es que le hayamos hecho su visita. Nada cuesta estar bien con todos los partidos.

Bedolla se llenaba de orgullo, correspondía los apretones de mano y daba gracias á Dios (aunque no creía mucho en él), de que le hubiese ocurrido al Presidente ponerlo preso, con tal de que las cosas pasasen adelante.

Cuando lo dejaban solo las visitas, aprovechaba la oportunidad para contestar las cartas que recibía y echar sus tiempos á ciertas personas ricas.

«Muy respetable y estimado amigo:

»Privado de mi empleo y de mis bienes, y reducido á una estrecha prisión, aunque con mortificación, ocurro á la generosidad de usted, suplicándole me haga el favor de prestarme 200 pesos que le devolveré tan luego como me halle libre y reciba de mi país fondos que espero de un momento á otro, procedentes de las rentas de mis fincas.

»Dándole las gracias de antemano, quedo á su disposición como su más atento S. S., Q. B. S. M.,

»*Lic. Crisanto de Bedolla y Rangel.*

»En su estrecha prisión de la fortaleza de Santiago Tlaltelolco.»

Así escribía diariamente cinco ó seis epístolas, que Lamparilla hacía llegar á su destino. Unos contestaban de acuerdo, y remitían el dinero; otros se excusaban, y el mayor número, queriendo más bien perder el amigo

que el dinero, le devolvían la carta con otro sobre-escrito, y no volvían á aparecer á visitarlo.

Sin embargo de estos desdenes, que eran otros tantos desengaños de lo que son las gentes en tratándose de dinero, Bedolla había reunido unos dos mil pesos, sin contar lo que Lamparilla, á título de honorarios ó agencias, se aplicaba sobre las cartas que, como ellos decían, *sur-tian efecto*.

Durante tres semanas era un verdadero jubileo. Una fila de coches estaba siempre en la puerta, y una fila de gentes subían y bajaban por las viejas escaleras. Los ociosos y descontentos habían formado una especie de punto de reunión para hablar de política y tomar el sol en los corredores.

El comandante de la prisión llegó á molestarse, puso en conocimiento del gobierno lo que pasaba, y el Presidente se decidió á hacer cesar tal estado de cosas.

Una mañana se presentó el mismo ayudante, regañó de parte del Presidente al comandante de la prisión por su tolerancia, echó á la calle groseramente á las visitas, y cuando Bedolla estuvo solo, sin saludarlo le dijo secamente:

—De orden del Presidente, prepárese usted para salir dentro de cuatro días para la isla de los Caballos (1), y entre tanto queda usted incomunicado.

Bedolla se puso como un muerto, quiso decir algo al ayudante, pero éste había ya salido, sin siquiera volver la cabeza. Bedolla le era muy antipático por haber sentenciado á muerte á los vecinos de la Estampa de Regina, y lo trataba lo peor que podía.

---

(1) La isla de los Caballos está situada en la costa de Acapulco. Es un lugar desierto é insalubre, donde solía el gobierno mandar á los reos políticos.

Lamparilla, como lo tenía de costumbre, visitaba á su condiscípulo los más días, á la hora que se lo permitían sus amores y sus ocupaciones, entre las que contaba la muy importante de dar los buenos días á Cecilia, hablarle algunas palabras y preguntarle si algo se le ofrecía.

Lamparilla estaba medio loco de alegría después que Cecilia (al revés de lo que siempre acontece y toca al hombre) le había dado palabra de casamiento y revolvía en su cabeza mil proyectos hasta el de transar y reconciliarse con los Melquiades, con tal de terminar el complicado negocio de los cuantiosísimos bienes de Moctezuma I. Sin concluir ese negocio, el casamiento era imposible; Cecilia se lo había repetido. No quería ella ponerse en el más completo ridículo viviendo en la capital y vistiendo el traje de las señoras ricas que no sabría llevar, á la vez que con el de China y mujer del pueblo era la admiración de cuantos miraban su pié desnudo, terso y rebozando un trozo lustroso de su empeine, sobre el calzado fino de seda.

A la pregunta de estampilla, Cecilia respondió un día al licenciado:

—Se me ofrece, señor licenciado...

—¿Por qué no me dices Crisanto? te lo he suplicado, —le interrumpió Lamparilla.

—Eso será después y cuando se gane ese pleito que nunca se ganará,—le respondió Cecilia,—aun entonces quién sabe si lo podré hacer, pues los pobres siempre tenemos respeto á los decentes y á los ricos como usted.

En esos momentos Lamparilla no tenía diez pesos juntos y se le figuró que la frutera se burlaba de él; y medio enojado, le dijo con seriedad:

—Vamos, acaba, ¿qué se te ofrece?

—Se me ofrece, señor licenciado,—continuó Cecilia sin notar la seriedad de su pretendiente,—que las cosas no pueden quedarse como están. No me parece que sea culpable el viejecito del tendejón de la esquina, pero no me quiero meter en eso, sino en lo que me toca. Nada tengo que hacer con la justicia, y todo el mundo, y el primero usted, sabe lo que pasó. ¿Por qué no se me deja quieta y no que cada rato con lo que ustedes dicen que se llaman *diligencias* y tengo que firmar abajo de lo que escriben, en un papel tan malo que trabajo me cuesta, y la verdad, no sé lo qué firmo, y un día firmaré mi sentencia de muerte? Pues que usted dice que es tan amigo del juez, se me ofrece que me dejen en paz, y es cuanto... y no me parece mucho.

—Quedarás servida y pronto. Dejaré para mañana la visita de D. Pedro Martín y me voy en el acto á buscar al juez y tratar de que se termine, en lo que á tí toca, el negocio.

—¿Y á Pantalcona, que le toca más que á mí?

—Por supuesto, y no hay ni para qué decirlo. Dentro de una semana, cuando más, concluirá,—le contestó muy contento de poder prestar á su idolatrada frutera un nuevo servicio.

De la casa de Cecilia, donde había tenido lugar esta corta conferencia, Lamparilla se dirigió á la de Bedolla, y la conferencia que iba á tener con él debería ser más larga y de doble interés. La asonada de Jalisco, si no se propagaba y triunfaba, por lo menos desorganizaría el ministerio, y con otras personas en esos puestos, quizá resolverían favorablemente él y Bedolla la cuestión del dinero que les faltaba; ya habría una reconciliación con el Presidente; y sobre todo volverían á enderezar el ne-

gocio de los bienes de Moctezuma III, que en esos momentos era enteramente favorable á los reclamantes de España.

Ni Lamparilla ni Bedolla se creían autores de la revolución, pero sí sospechaban que sus intrigas, los anónimos enviados con profusión á multitud de personas y las cartas con sentencias y palabras equívocas y misteriosas imitando la letra de ministros, coroneles y oficiales, habían surtido efecto, y que sin que ellos mismos lo supieran se había organizado una conspiración de importancia. Verdad es que Valentín Cruz no había escrito más que una vez á Bedolla, pero había recibido por el correo unos diez ejemplares del plan en que figuraba el artículo importante de pedir la separación de los ministros. Con estas y otras ideas análogas, llegó á la casa de su amigo y subió las escaleras. El portero quería hablarle, pero no le hizo caso, se entró en la recámara que encontró en el más grande desorden, registró las piezas y no encontró ni aun á la cocinera. Fué entonces cuando hizo caso al portero que lo seguía, y supo por él que Bedolla había sido arrebatado tan violentamente durante la noche, que ni los calzoncillos blancos ni los calcetines se pudo poner, y en efecto, estaban tirados en el suelo.

El primer sentimiento de Lamparilla no fué indagar dónde había sido llevado su amigo, para socorrerlo é interesarle por él, sino cuidar su propia persona, marcharse de la casa y esconderse. Estaba seguro que la conspiración había sido descubierta, y que la vanidad ó la imprudencia de Bedolla los había comprometido. Ordenó al portero que recogiese y guardase la ropa esparcida por las piezas, que despidiese de pronto á la cocinera cuando regresase, y que cerrase la casa, y que él volvería al

día siguiente. Dadas estas disposiciones, volvió á bajar las escaleras, y con precaución y mirando de un lado á otro y evitando los conocidos para no detenerse en hablarles, llegó al convento de San Francisco, donde pidió hospitalidad y asilo al padre Pinzón (del que nos ocuparemos en su lugar), el que no tuvo dificultad en concedérsela y le destinó una de las celdas más apartadas. Allí fué sabiendo sucesivamente lo que pasaba. La noticia de la derrota de Valentín Cruz lo abatió á tal grado, que el padre Pinzón lo creyó enfermo, y á fe que había razón para ello. Sus esperanzas de un próximo casamiento se desvanecían como el humo, y los bienes que él codiciaba, porque los consideraba como suyos, olvidándose del heredero y de D.<sup>a</sup> Pascuala, se repartirían en definitiva entre los Melquiades y los de España, y él quedaría reducido á los negocios que le proporcionaba D. Pedro Martín de Olañeta sin probabilidades de hacer una fortuna que le permitiese comprar una hacienda.

La noticia del cambio de ministros, entre los que contaba uno que podría ayudarlo en sus asuntos, y la vuelta de D. Pedro Martín al juzgado, le volvieron el ánimo, y casi se alegró de que Bedolla estuviese preso.

—Este Bedolla,—dijo, como si alguno lo escuchara,—tiene más presunción que talento; su amor propio le pierde y ya se cree él mismo un hombre importante, y si no fuera por mí, no habría sido ni alcalde de barrio. Alguna de sus cartas ha caído en manos del gobierno, ó ha hecho por pura vanidad una tontera. En cuanto á mí, estoy seguro no he escrito á nadie con mi nombre, y desafío al más consumado maestro de escuela á que descubra que yo he escrito\*las que se parecen á la letra de los ministros. ¡Claro, ya tengo la clave! por eso han

abandonado sus sillas los ministros, y no sería extraño, ¡tanto se vé en nuestro país! que los ahorcaran en unión de Bedolla. Me alegraría; por bestia.

Fortalecido con tal género de reflexiones, se atrevió á salir á la calle, y creyó que era mejor afrontar la situación de una vez, presentarse en la prisión de Bedolla tan luego como estuviese comunicado y llenar, aunque fuese en apariencia, los deberes de la amistad. Lo hemos visto prestando diversos servicios á Bedolla en su desgracia y aprovechando la ocasión de sisar algo de los dineros que colectaba por medio de las cartas de que se ha dado ya muestra.

Cuando Lamparilla fué á visitar á D. Pedro Martín y á darle la enhorabuena, ya este magistrado había puesto en libertad al desgraciado D. Joaquinito y terminado la causa en lo relativo á Cecilia y á Pantaleona, declarando que la primera no era culpable de la muerte del ladrón, pues que el suceso había pasado mientras ella dormía, y que en cuanto á Pantaleona había obrado en propia defensa, todo lo cual estaba bien probado por las diligencias que había practicado su antecesor y las que él había continuado y constaban en la causa, y que ésta quedaba abierta contra el autor ó autores que habían practicado la horadación para introducirse á la casa, robarla y asesinar á los que la habitaban, como lo habían hecho con el remero que se encontraba en la canoa.

Aprovechó la oportunidad para hablar á D. Pedro Martín del asunto pendiente de Moctezuma III.

—Registrando unos papeles antiguos del marqués de Valle Alegre,—le contestó D. Pedro,—me he encontrado una real orden del emperador Carlos V, relativa á los terrenos que reclamaban como suyos los antecesores del



actual marqués, y que lindaban con los que pertenecían á los reyes aztecas, y la cuestión está claramente resuelta en favor de los herederos de Moctezuma. Seguramente era la real cédula que debe encontrarse en el Ayuntamiento de Ameca y que usted fué á buscar. Con razón los Melquiades se opusieron y prefirieron matar á usted antes que permitir que registrase el Archivo. Con esta real cédula tiene usted ganado redondo el punto á los de Madrid y no falta sino la fe de bautismo del ahijado de D.<sup>a</sup> Pascuala, que usted llama Moctezuma III, para que el gobierno haga la declaración terminante y ponga el legítimo heredero en posesión de los bienes, que de veras son cuantiosos, y yo sé mejor que usted cuáles son, pues que he leído todos los voluminosos títulos del marquesado de Valle Alegre y se hace mención de la mayor parte de ellos, con motivo á linderos y á concesiones de tierras hechas por Carlos V y la reina doña Juana.

Lamparilla no acabó de escuchar á D. Pedro Martín, sino que prorumpió en exclamaciones tan desacordes, y se atrevió á abrazar al magistrado no obstante el respeto que le tenía.

—Usted, Sr. D. Pedro, que ha sido mi protector, va á ser el patrono de ese negocio, será para usted una fortuna que bien merece por sus años de estudio y de servicios á la patria. Renuncie hoy mismo el juzgado y dedíquese á este negocio, justo y legal, según usted mismo lo ha calificado; sus honorarios serán una hacienda, donde irá usted á descansar, á reponer su salud y á vivir feliz é independiente por el resto de la vida.

D. Pedro Martín sonrió tristemente. Se le paseó por la cabeza, que bien podría realizar en compañía de Ca-

silda ese idilio pastoral que con tanto entusiasmo le proponía Lamparilla. El negocio presentaba por todos lados buen aspecto, y la fe de bautismo de Moctezuma III podría fácilmente encontrarse en una de las parroquias de México ó de los pueblos del valle, quizá en Ameca mismo. No era obra más que de paciencia y de gastar algún dinero. Se quedó un momento con la cabeza inclinada y reflexionando. Después de unos momentos, contestó con una sonrisa amarga:

—Imposible, he admitido el juzgado y no volveré á separarme sin la voluntad del Presidente. Me concedió la vida de los infelices que la torpeza ó maldad de su amigo de usted Bedolla había condenado á muerte, y en cambio le ofrecí mis servicios. Cuando me ha ocupado, he cumplido mi palabra, usted habría hecho lo mismo ¿no es verdad?

—Tiene usted razón; pero creo que el servicio del juzgado no impediría que se ocupase usted de un asunto enteramente ajeno y distinto de los que se versan...

—Consejos y nada más puedo dar á usted, y cuando juzgue usted que es oportunidad de continuar el negocio, no creo habrá dificultad de que un escribano saque copia de lo conducente que se halla entre los títulos de la hacienda de Coxtitlan que perteneció al marquesado de Valle Alegre, pero le escribiré al marqués, sin cuyo consentimiento nada puedo hacer.

Lamparilla no quedó muy contento con esta cortapisa; pero al fin, confiado en la bondadosa protección que le dispensaba el licenciado, se retiró deshaciéndose antes en agradecimientos y estrechando varias veces la mano de D. Pedro Martín. No es necesario decir que en el acto y sin pensar en comer ni menos en ir á visitar al

preso, se fué en busca de Cecilia, á la que anunció que el negocio estaba ganado, que antes de un mes estaría en posesión de las haciendas, que dispusiera todas sus cosas, vendiese las canoas y las casas de México y Chalco, ó dejase sus negocios á cargo de Pantaleona y dispusiese lo necesario para la boda.

Cecilia no se hallaba segura ni en Chalco, ni en su casa de México, ni aun en el mismo puesto de la plaza, lleno constantemente de gente y cercana á Palacio. Se le figuraba que Evaristo personalmente le acechaba á todas horas, y en cada gente desconocida que pasaba cerca de ella creía ver un asesino que le hundiría por detrás un puñal. Tenía bastante energía y valor para luchar personalmente con Evaristo, pero la acobardaba el asesino invisible; así las proposiciones de Lamparilla fueron muy bien acogidas y cerró los ojos sobre los inconvenientes de un matrimonio desigual, con tal de tener una persona que la protegiera y de abandonar México y Chalco y vivir encerrada pero segura en una de las haciendas de que iba á ser dueño Lamparilla.

No eran de igual naturaleza las impresiones y pensamientos de D. Pedro Martín. La asonada de San Pedro y su pronta y aparente conclusión habían modificado ó cambiado las escenas de la vida de nuestros personajes. Bedolla, sentenciado á destierro de quién sabe cuantos meses ó años á la mortífera isla de los Caballos; Lamparilla en vísperas de hacerse dueño de valiosas y pintorescas haciendas; los tres muchachos habitantes de Santa María de la Ladrillera, con las ginetas de sargentos, pues Baninelli, informado por el cabo Franco, los había hecho sargentos en el mismo campo de batalla y el gobierno lo había aprobado; D. Pedro Martín vuelto al

despacho de su juzgado, y en la más crítica y difícil situación. Sabía y tenía las pruebas de que el capitán de rurales que en tan pocos meses había logrado una fama de honrado y de valiente, no era otro más que el asesino de Tules, el jefe de los bandidos de Río Frío y el autor de la horadación de la casa de Cecilia, ¿pero podría al mismo tiempo ser acusador, testigo y juez?

Imposible. ¿Inducir y obligar á Cecilia á que fuese acusadora? Tampoco. Era perjudicar y complicar en una causa á una mujer cuyas prendas conocía y estimaba y entregarla á la venganza de Evaristo, si no era por cualquier motivo castigado con la pena de muerte ó con cadena perpetua. ¿Hacer conocer en lo particular al Presidente la clase de persona que era el famoso capitán de rurales? Era lo más práctico, pero el papel de denunciante le desagradaba y también temía que por los servicios reales ó fingidos que había prestado en los últimos días, el Presidente no diese mucha importancia á esta confidencia, ó cerrase el ojo de pronto, atendido el estado incierto de la política y los rumores que circulaban de una próxima y formidable revolución, no obstante la derrota de Valentín Cruz y el cambio de ministerio. Aconsejar instigar al Presidente á que mandase á Baninelli (puesto que ya no era necesaria su presencia en Guadalajara) para que sorprendiese á la fingida escolta que no era más que una banda de ladrones, y colgase en un árbol al capitán de rurales, era lo más fácil y definitivo, pero no cabía en el carácter recto y en los sentimientos religiosos de D. Pedro Martín un proceder semejante, fuese con el más detestable asesino como era Evaristo; así desechó ese extremo como mal pensamiento y los otros como difíciles y sembrados de incon-

venientes en la práctica; así se limitó de pronto á lo legal y posible en la causa del ataque á la casa de Cecilia, y se reservó á cavilar para tratar de dar una solución á lo demás. Era, pues, D. Pedro Martín, un hombre desgraciado, tolerando á sabiendas que mientras era juez, fuese jefe de la seguridad del camino más concurrido de la República el asesino condenado á muerte por su mismo antecesor. No tenía más que decir una palabra, pero esa palabra no la podía decir. Aumentó más su disgusto y las turbaciones de su conciencia el artículo del interesante y popular periódico *La Sabiduría*, que ya conocen nuestros lectores, y del cual recibió seis ejemplares. Después de la grande y solemne frase *¡Dios salve á la República!* inventada un día 16 de Setiembre por uno de nuestros grandes políticos y hombres de Estado, había un suelto que decía:

«Para sustituir en el Juzgado al inteligente y enérgico abogado Sr. D. Crisanto de Bedolla y Rangel, el ministerio respectivo ha nombrado al antiguo *licenciado Pedro Martín de Olañeta*, que lo había desempeñado antes.»

En cuanto á Evaristo, su comportamiento desde que regresó á lo que él llamaba ya *sus tierras*, con el grado de teniente coronel, fué de los más irregulares y arbitrarios (se entiende con los indios y gente pobre é indefensa), exigiendo ya sin disimulo una contribución semanal de pollos, quesos, mantequillas, legumbres y cuanto más podía; de manera, que vivía en medio de la abundancia, pero atormentado con la idea de ser denunciado por Cecilia, por D. Pedro Martín y aun por el mismo

Lamparilla, que miraba con desprecio, pero que llegó á temer. Resolvió, pues, matar á los tres, juntos ó separados, á una misma hora, ó en distintas épocas. El caso era destruirlos, y hacer recaer las sospechas sobre cualesquiera persona, para alejarlas de él.

Determinó, pues, que Cecilia sería matada á pedradas en su mismo puesto de fruta de la Plaza del Volador; que D. Pedro Martín moriría envenenado por la misma Cecilia, y Lamparilla asesinado por sus mismos mozos en uno de los viajes que hacía á Chalco.

Esto era fácil, ó difícil. Evaristo, durante días y noches, fácil ó difícil, resolvió que se había de hacer en el más corto tiempo posible.

## CAPÍTULO XVIII

### Juan fusila á su padre

**B**ANINELLI recibió por extraordinario violento la orden para perseguir á Valentín Cruz, hasta exterminarlo. En la misma noche salió su vanguardia al mando del cabo Franco, y él, dejando el depósito de los cuerpos y una compañía de infantería al cuidado del gobernador, marchó al día siguiente.

Fué una correría fantástica, que dejaba azoradas y consternadas á las pequeñas y pobres poblaciones por donde pasaban los pronunciados que huían y las tropas de línea que los perseguían sin parar.

Llegaba Valentín Cruz con su chusma. Lo primero que hacía era llamar al alcalde ó al prefecto, exigirle en el término de una hora raciones, bagajes y dinero, bajo la pena de ser fusilado. El alcalde hacía lo que podía, ejerciendo á su vez su autoridad sobre los vecinos más pudientes. Quién daba un caballo flaco, quién una carga

de maíz picado, tres ó cuatro pesos, ó cuando menos una mula llena de mataduras, cualquier cosa, lo peor que tenían en la mano, con tal de librarse de ir á la cárcel, ó concitarse la mala voluntad del alcalde. Los partidarios de Valentín Cruz, que se aumentaban con los vagos y malas cabezas del pueblo, entraban á las tiendas ó la tienda, pues en algunas partes no había sino una sola, bebían, se comían el queso y el pan sin pagar nada, y á poco salían precipitadamente dejando á los vecinos temblando, y daban por bien empleada la forzada contribución, con tal de que no volviesen.

Al día siguiente aparecía el cabo Franco y su tropa, y á pocas horas Baninelli con el grueso de la infantería y la caballería. Nueva requisición. El cabo Franco (es preciso no olvidar que era capitán) mandaba reunir el Ayuntamiento entero, al alcalde primero ó al prefecto y les decía en su lenguaje conciso:

—Me voy á llevar á todos presos por traidores al gobierno. Ayer ó antier han estado aquí los pronunciados y el pueblo todo los ha acogido con entusiasmo, dándoles dinero y víveres y buenos caballos. Me la van á pagar. Si no me dan raciones para mi tropa, caballos de remuda, les dejaré los cansados y una buena recua de mulas para cargar el parque, el depósito y el archivo de la Comisaría de guerra, los amarro codo con codo, los hago filiar en el regimiento y todos marchamos á batir al enemigo.

El Ayuntamiento, el alcalde ó prefecto protestaban que eran inocentes, que forzados bajo pena de muerte por Valentín Cruz le habían dado en dinero una friolera que no pasaba de cincuenta pesos, y en cuanto á bagajes, unos cuantos caballos viejos y lacrados, y tres ó



cuatro mulas inservibles y llenas de mataduras y con todo y lo que le dieron para nada le servía, ni aun eso le habrían facilitado á no ser por la fuerza y porque temieron que Valentín Cruz, llevando á efecto sus amenazas, cometiese una arbitrariedad (como si no fuesen bastantes las que cometía), fusilando á uno, dos ó tres inocentes.

El cabo Franco no entendía por ese lado, y sordo de las dos orejas, ningún valor daba á las mil excusas del género que hemos indicado, y sostenía sus órdenes con la más decidida energía, y les decía:

—Cuidado con darme gato por liebre, mis amigos, que yo soy suave y amante como una doncella, pero cuando me engañan, un tigre hambriento es manso cordero comparado conmigo cuando se me sube á la cabeza todo lo Franco; con que á obrar, que no hay tiempo que perder, y antes de que amanezca tengo que seguir mi camino y dejar preparado todo para cuando llegue el coronel, que no tardará.

El cabo Franco, que no se andaba con contemplaciones ni cumplimientos, se instalaba en las Casas Consistoriales ó en la del prefecto, comía y bebía él y su tropa, preparaba todo para cuando llegara el coronel Baninelli y salía á deshoras de la noche, de modo que cuando los habitantes despertaban se encontraban con el pueblo desocupado, pues ya él llevaba vencida una buena parte de la jornada.

Valentín Cruz, al huir de su cuartel general de San Pedro, fué seguido de una docena de los suyos que estaban á caballo; los que no lo tenían, que eran los más, lo siguieron á pié, ó se dispersaron ó escondieron, pero en los pueblos y haciendas por donde pasaba,

lo primero que hacía era apoderarse de los mejores caballos, y de las armas que podía, montaba su gente de á pié y continuaba su marcha rápida. Cuando llegó á Mascota, relativamente tenía mejor y más gente que en San Pedro.

Por precipitada que fuese la marcha del cabo Franco, la de Valentín Cruz lo era más y no pudo darle alcance. En Mascota se detuvo para organizar sus fuerzas, pero apenas tuvo noticia de que las tropas de Baninelli reunidas y con una pieza de montaña que habían sacado de Guadalajara se acercaban, cuando dió la estampida tratando de ganar la sierra, donde no podría ser fácilmente atacado, ó si lo era, se defendería mejor ó disolvería sus hombres dándoles cita para otro lugar si le convenía. Baninelli creyó dar fin á la campaña, pedir instrucciones á México y situar entre tanto su cuartel general en Mascota, desde cuyo punto protegía á los Estados de Jalisco, Zacatecas y Durango. Como su comisario tenía regulares fondos enviados de México, el cabo Franco no tuvo necesidad de continuar sus atrocidades ni de arruinar ranchos, como lo hizo á su salida de México con el de Santa María de la Ladrillera, y ya que recordamos á esta pintoresca propiedad donde comenzaron las escenas de nuestra historia, diremos que los tres muchachos que fueron filiados en el regimiento de Baninelli eran los favoritos del cabo Franco, que los quería verdaderamente, pero era lo que podría llamarse un amor militar. Prendado de su buen carácter y fijando su atención en su constitución vigorosa que resistía al sol, á las aguas, á la hambre y á la continua fatiga que ocasionaba la persecución de un enemigo que parecía más bien cabalgar en venados que no en caballos, y que los

obligaba á caminar de doce y catorce leguas sin tomar á veces ni el rancho, sino cuando vencían la jornada, se propuso educarlos para soldados, así es que los tenía á su lado, los colocaba de avanzada, les mandaba como espías antes de entrar él á los pueblos, y cuando había lances de guerra, como en San Pedro, los hacía entrar los primeros y siempre iban como cien varas de distancia de la tropa que mandaba, de suerte que eran la vanguardia de la vanguardia.

Los muchachos, rabiosos al principio y pensando atrocidades para vengarse del cabo Franco, concluyeron por calmarse, por conformarse á su situación y aun entusiasmarse por la carrera militar, cuando se vieron con sus ginetas de sargento y con mando y autoridad sobre los mismos reclutas que habían visto amarrados en el corral del rancho. De esa gente, una parte desertó en las marchas, otras se enfermó y se fué quedando en los pueblos y el menor número fué incorporado en diversas compañías. Entraba por mucho la esperanza que tenían de que el licenciado Lamparilla haría mucho por ellos y de un momento á otro llegaría la orden para su libertad. Ignoraban la muerte de D. Espiridión y la grave enfermedad de D.<sup>a</sup> Pascuala, y pensaban también que gastaría cualquier dinero para buscarles reemplazos y volverlos á su lado. A los veinte años se acepta cualquiera situación y se saca partido de la misma desgracia. Juan, por su parte pensaba en Casilda; á imitación del cabo Franco se proponía cuando la ocasión se le presentase, distinguirse y ejecutar verdaderas hazañas para llegar á ser oficial, merecer el aprecio de su jefe y servir siempre bajo sus órdenes. Baninelli, desde que fué informado por Franco del valor con que los tres reclutas

se manejaron en San Pedro repartiendo culatazos y golpes á diestra y siniestra, hasta poner en fuga á los enemigos, y cayendo heridos todavía peleaban y se defendían, los había distinguido asistiendo á su curación, y llamándolos los mejores soldados de su regimiento. Esto les medio voló la cabeza y estuvieron á punto de olvidar su rancho, su libertad y las comodidades de que disfrutaban en su casa. Para Juan, el hijo adoptivo de ña Nastasita, era una fortuna. El no era ni dueño de Santa María de la Ladrillera, ni el heredero de Moctezuma I, sino simplemente un huérfano, sin más apoyo que el del licenciado Olañeta, en cuya casa volvería á servir como criado, y nada más. ¡Qué diferencia de un criado á un teniente, á un capitán! Más adelante, con esta posición y estas ínfulas, se casaría con Casilda, que probablemente como él, era una huérfana sin más protección que la del licenciado, y como él, criada, recamarera ó cocinera, lo mismo da. ¡Qué diferencia entre una sirvienta y la esposa de un capitán! Fuerte y decidido por este género de reflexiones, aprovechó una oportunidad para acercarse al coronel y manifestarle que, lejos de abandonar el regimiento, aun cuando llegase la orden de México, estaba decidido á seguir la carrera militar y servir toda su vida á las órdenes de un jefe tan valiente, que le rogaba lo pusiere en los lugares de más peligro, porque quería imitar el valor de su capitán Franco y llegar á ser como él un oficial apreciado y considerado por su coronel. A Baninelli le gustaba mucho este proceder, y el cuadro de su regimiento, que contaba siempre 1,200 plazas, estaba compuesto de gente de esta clase. Los reclutas indígenas se desertaban tan luego como podían, pero los soldados voluntarios y viejos aun cuan-

do los derrotaran volvían á su cuartel, como lo habían hecho varias veces el cabo Franco y muchos otros.

Baninelli dió una palmada al hombro á Juan y le dijo:

—Tú has hecho, á poco más ó menos, lo que el cabo Franco; tienes vocación de soldado y yo te protegeré, te haré soldado de veras y adelantarás. Quitate el vestido de soldado, y te vas con el *Emperador*, (porque ya toda la tropa le decía riendo *Emperador* á Moctezuma III), y disfrazados de paisanos viandantes, me recorren los pueblos de las cercanías, miran lo que hay, indagan si hay cerca ó lejos pronunciados ó ladrones, en fin, quiero saber lo que pasa, no por los alcaldes y vecinos, sino por mis propios soldados y como si yo lo viese. Franco les dará instrucciones. Desde hoy eres mi protegido y te llamaré como una distinción el sargento Juan, como llamé y llamo todavía el cabo Franco, aun cuando es capitán.

Juan, muy contento, fué á contar lo ocurrido al cabo Franco, tomó sus instrucciones, y al día siguiente salió á su correría en compañía del Emperador, disfrazados de paisanos viandantes. Podían haberse desertado y no lo hicieron. Tenían ya una especie de cariño al regimiento y una especie de orgullo por las heridas, aunque leves, recibidas en su primera campaña. Baninelli quiso, más que adquirir, hacer una prueba. Si volvían al cuartel general á los tres días que les había señalado, podía estar seguro de ellos y contar con dos mocetones adictos, fuertes y voluntarios como él quería que fuesen los 1,200 hombres de que se componía su regimiento.

Entre tanto recibía Baninelli instrucciones del gobierno, no descuidaba de la disciplina de sus tropas ni de la vigilancia en el país á diez ó quince leguas de distancia. En las tardes sacaba á sus soldados á hacer *ejercicio de*

*fuego*, y otras veces, con una corta escolta de caballería, recorría distancias especialmente por los rumbos donde se le decía que podría haber partidarios y agentes de Valentín Cruz.

Una tarde regresaba ya al anochecer á su cuartel general, y atravesaba una cañada estrecha en los momentos en que la luz del día lucha con las tinieblas de la noche, cuando vió venir un caballero envuelto hasta los ojos en un jorongo y montando un arrogante caballo que traía á media rienda. En tiempos tranquilos nada hubiese tenido de particular este encuentro y habría dejado pasar al jinete, pero en la situación en que se hallaba el país, invadido por las chusmas que de grado ó por fuerza había levantado Valentín Cruz, creyó deber marcarle el *alto*.

El caballero picó á su caballo con las espuelas, y sin desembozarse sacó la espada. Baninelli hizo otro tanto y los dos se acercaron y estuvieron á punto de comenzar una lucha. Un rayo de sol que se hizo paso por la abra de una montaña, iluminó la figura del caballero pues al sacar la espada había caído el jorongo de un lado y quedado descubierta su fisonomía varonil, que una barba negra cerrada, hacía más resuelta.

—¡Juan!—exclamó Baninelli.

—¡Juan!—exclamó también Robreño.

—¿Qué has venido á hacer por aquí, y por qué me has encontrado? Desgraciado de tí, me vas á dar el más gran disgusto que espero pasar en mi vida,—le dijo Baninelli deteniendo el caballo, y envainando la espada.

—Te buscaba, Juan,—le respondió Robreño,—y he andado leguas y leguas antes de encontrarte. Luego que ví la escolta supuse que eras tú, y si saqué la espada fué

en la desconfianza de que fuese otro jefe y me acometiese, juzgándome como uno de los muchos sublevados que andan por estos caminos, pero te repito te buscaba, y cualquiera que sea mi suerte me he alegrado de encontrarte.

—Ven,—le contestó Baninelli,—vamos al pueblo donde tengo mi cuartel general, y allí te diré lo que te espera y lo que me obligas á hacer por tu imprudencia. Yo no te he buscado y he procurado olvidar que por tí quedé por primera vez en mi vida en el más completo ridículo. Ese miserable del Gonzalitos, que no es ni cabo de escuadra, se burló de mí y se me escapó cuando debía haberlo cogido y fusilado.

Juan Robreño no contestó nada. Envainó su espada, se embozó hasta los ojos en su jorongo y así continuaron caminando en silencio al lado el uno del otro hasta que llegaron á la casa del pueblo que servía de habitación y de cuartel general á Baninelli.

Apeáronse y entraron en la sala que ocupaba Baninelli, llena de baules, armas y estorbos de todo género, y por todos muebles un catre de campaña, una mesa de madera de pino, tres ó cuatro sillas y un cabo de vela de sebo puesta en el cuello de una botella á guisa de candelero.

Los asistentes sirvieron una frugal cena que los dos comieron en silencio y con poco apetito. Una botella de vino de Jerez era lo único digno de mencionarse. Baninelli llenó dos vasos pequeños y presentó uno á Juan Robreño; éste lo aceptó y quiso tocarlo con el del coronel.

—Eso no,—dijo Baninelli,—no puede ser. Equivaldría á una traición y á una burla. No puedo brindar contigo.

Ya puedes figurarte lo que te espera y no puedo brindar por tu muerte.

—Es verdad, tienes razón. Era una prueba que quería hacer. Bebo porque tengo sed y nada más.

Juan Robreño, un poco pálido, pero sin temblarle la mano, bebió el vino y depositó el vaso vacío sobre la mesa.

—¿Me querrás decir ahora por qué desertaste en los momentos mismos en que era más necesaria tu presencia? Hubieses esperado cinco, seis horas, un día más, yo te habría dado el permiso y hoy de seguro serías coronel como yo y mandarías una brigada como yo.

Juan Robreño sacó de su bolsa un papel envuelto en un sobre, y algo sucio y maltratado.

—Saca la carta que contiene y lee,—le dijo á Baninelli, tendiéndole el sobre.

Baninelli leyó con mucha atención.

Era la carta de Mariana, la carta que escribió delante de la milagrosa Virgen de la Piedad, medio borrada con sus lágrimas, en los momentos supremos en que iba á dar á luz al recluta protegido en esos mismos momentos por el cabo Franco.

Cuando observó Robreño que el coronel había terminado la lectura, le preguntó:

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

—Lo mismo que tú; desertarme,—le respondió devolviéndole la carta.

—¿Entonces?...—le preguntó Robreño con algún interés.

—Habría volado al socorro de mi mujer ó de mi querida y en seguida presentádome á mi superior para que se formara la causa, defenderme yo mismo y ser absuel-



to ó condenado á muerte, y caminado al lugar de la ejecución firme, sin temblar, como no debe temblar jamás un soldado. Tú no has hecho eso. Quizás te habrías salvado; has cometido una falta y muy grande y debes recibir el castigo.

—Tenía de una manera ó de otra que hacer saber la causa de mi ausencia momentánea, pues no fué deserción, y el honor de Mariana y mi padre y el conde... un escándalo... en fin, perdí la razón, hice lo que hubiese hecho un loco, pero en fin, ya estoy aquí...

Mi padre, que está en la hacienda en una posición tan crítica que un día ú otro tiene que matar al conde ó dejarse matar por él, me ordenó me pusiese en camino para México y aprovechase la proximidad de una fiesta nacional para pedir el indulto, y conseguido éste y libre y con dinero (pues mi padre tiene más del que necesita), pedir la mano de Mariana al conde, lo que conseguiría con el apoyo poderoso del marqués de Valle Alegre. Este es el compendio de la, hasta ahora, funesta historia, que sería larga de contar, pero antes quise buscarte, y en Zacatecas me informé de tus campañas, de tus victorias sobre los revoltosos de Jalisco, y el lugar probable donde podía encontrarte para pedir el indulto primero á tí y después al jefe de la República.

—Segunda falta, otro error perjudicial; debías haberte dirigido primero á México. Perdonado por el Presidente ¿qué podía yo hacerte? En tanto que ahora... ya recordarás lo que convinimos cuando entraste á servir á mis órdenes. No puedo retroceder ni relajar la disciplina. Si mis oficiales saben, como llegarán á saber algún día, que he dejado deliberadamente impune tu delito de deserción, no podré contar con ellos, desertarán también á

la hora que les dé la gana y me dejarán solo al frente del enemigo. Para qué hablar, me conoces, que soy inflexible.

—Es verdad, tienes razón, y yo tengo la culpa de todo. Por lo menos no seré débil ni cobarde á la hora suprema.

—Te propongo una cosa para que veas que no he cesado de ser tu amigo ni un solo momento. Monta esta noche en tu caballo, lárgate y no te me presentes otra vez, haré cuenta que no te he visto desde nuestra despedida en las montañas de Toluca.

—No acepto la vida así; para nada me sirve. Estoy á tus órdenes.

—Bien, entonces vé á alojarte con el cabo Franco al cuartel.

Juan se levantó de su asiento sin aparente emoción y tendió la mano á Baninelli.

—No, tampoco, no conviene, no puedo estrecharte la mano, sería una villanía. Vé y dí al cabo Franco, ó mejor dicho, al capitán Franco, pues es ya capitán por su valor y por su subordinación, y dile que se me presente en el acto.

Juan inclinó respetuosamente la cabeza para dar á entender que cumplía sencillamente una orden de su jefe, se dirigió al cuartel que estaba á poca distancia, se constituyó prisionero y comunicó la orden á Franco, el que inmediatamente se presentó al coronel.

—Raras veces me he arrepentido en mi vida de haber adoptado la carrera de militar. Es mi vocación, me lijonjea el mando, no me cansan ni el servicio ni los caminos, y perseguir y batir al enemigo me llena de orgullo, preocupaciones todas, Franco,—le dijo el coronel

antes de saludarlo,—pero en casos como éste, maldigo hasta la hora en que nací y el momento menguado en que mi padre me hizo cadete de su regimiento. Tú no puedes comprender esto todavía. Tengo que mandar fusilar á Juan Robreño, era mi mejor oficial, tú lo sabes, y es todavía, y en estos momentos más que antes, el amigo que más quiero. Tú no puedes comprender esto; te lo repito.

Es preciso que se cumpla lo que manda la ordenanza y no hay remedio, pero al mismo tiempo me duele aquí,—continuó señalándose el corazón,—como si me hubiesen ya dado de balazos. Te entrego á Juan Robreño, tú sabes tu deber. Puede que tenga que escribir ó que encargarte algo. Trátalo muy bien, que beba y que coma lo que quiera. No le pongas centinela de vista, no digas que va á ser fusilado. Si se fuga, tanto mejor para mí, pero no lo hará, estoy seguro de ello, aun cuando se lo dijeras. Retírate, y que á no ser por una cosa muy urgente que nadie me vea hasta que me des cuenta de lo que haya pasado para mandar el parte á México.

El cabo Franco, no obstante ser capitán, tenía tanto respeto á Baninelli como cuando era cabo, y el respeto estaba también mezclado con un cariño sincero, pues le debía sus adelantos y su carrera, y no ignoraba, porque se lo habían contado los oficiales, que rehusó la banda de general, con tal de conseguir para él (Franco) las presillas de capitán. Sin dar señal ninguna de ternura ni permitirse ninguna observación, respondió llevándose los dedos de la mano derecha á su frente como si fuese soldado:

—Está bien, mi coronel. Sé lo que tengo que hacer,—y se retiró en silencio.

Baninelli, que jamás bebía más que vino y en poca cantidad, pidió al asistente un vaso de mezcal, bebió la mitad de él, cerró su puerta y se arrojó con una especie de rabia á su catre.

El cabo Franco no se dirigió directamente al cuartel, sino que salió fuera de las casas del pueblo y buscó un sitio solitario y apartado donde había unos cuantos jacales arruinados y vacíos y tres ó cuatro árboles torcidos y muriendo á causa de lo seco del terreno.

—Aquí,—dijo,—está de lo más propio para la ejecución. Los tiros los puede oír en su recámara el coronel. Las órdenes que me ha comunicado las entiendo perfectamente, y aunque no las entendiera, no había yo de ser el verdugo de este oficial tan guapo y tan valiente. Quizá sé su historia mejor que el coronel. Sus asistentes me han contado sus amores con una muchacha muy linda hija de un conde. Creen las gentes que nada saben los inferiores y los pobres, y nada se nos escapa. Cosas de mujeres y nada más. ¡Qué idea del coronel! debió en vez de mandarlo fusilar, recomendarlo al ministro de la Guerra para que le concediera el indulto, pero tratándose de la ordenanza, tiene caprichos el coronel que no le quita ni Dios Padre. Veremos cómo puedo arreglar las cosas, y si algunas resultas hay, de algo me ha de servir el exponer el pellejo todos los días. El coronel brincaré y echaré por esa boca, pero después se alegrará. Lo conozco bien.

Acabado este monólogo escogió el más grueso de los raquíticos árboles, y dijo:

—Aquí será fusilado.

Durante el día pocas palabras se atravesaron entre el cabo Franco y Juan Robreño, el que permaneció en el

cuarto de prevención sentado inmóvil en un banquillo con la cabeza entre las manos. Comió poco y fumó mucho. Los soldados lo veían con respeto, no sabían lo que iba á pasar y no se atrevían á hablar una palabra.

Franco nombró para un servicio especial á siete hombres y un cabo, cargó él mismo los fusiles sacando la bala á los cartuchos. Los siete hombres se componían de los tres reclutas del rancho de Santa María, y de indígenas que apenas sabían tomar el fusil. Todo esto era muy irregular, pero el cabo Franco estaba autorizado para hacer lo que le diera la gana, y en campaña y cuando no lo sabía Baninelli se relajaban mucho los usos y costumbres militares. El caso era también extraordinario y especial. A eso de las cuatro de la mañana, el cabo Franco entró al cuarto de banderas y despertó á Juan Robreño que, sentado en un banquillo y envuelto en su jorongo, dormitaba recargado en el rincón de la pared de adobe.

—Mi capitán,—le dijo Franco,—si viniese usted á mi alojamiento tendría mucho gusto en que tomásemos un trago juntos. Querría yo que todo estuviese concluído antes del toque de diana y cuanto más pronto mejor.

Juan Robreño se restregó los ojos, se levantó del banquillo y siguió con paso firme al cabo Franco, hasta que llegaron á una casa baja de adobe de pobre apariencia, como la mayor parte de las casas del pueblo, pero amueblada con una comodidad y decencia relativas. Franco sabía escoger y procurarse el mejor alojamiento en los pueblos donde debía permanecer algunos días.

Sentáronse delante de una pequeña mesa, donde había dos velas de sebo encendidas, unas botellas de mezcal y unos vasos.

—Los militares, mi capitán,—dijo Franco, que se consideraba todavía cabo y nunca quería creerse igual á los que habían sido sus jefes,—tenemos la vida vendida, como dicen muy bien las mujeres. A la hora menos pensada un balazo ó una lanzada en el pecho y se acabó, así lo mismo es una cosa que otra. Echemos un trago, y mi capitán no me querrá mal ni... porque es duro, pero ya lo sabe usted, tengo que cumplir las órdenes del coronel.

Juan Robreño tomó el vaso lleno de licor, bebió unos tragos y se sentó con tranquilidad.

—No vayas á figurarte que tengo miedo,—le contestó Juan Robreño sentándose con aparente tranquilidad en la silla que le ofreció,—sino que el hombre deja en la tierra cuando le viene la muerte, algo que se quisiera llevar al otro mundo; por lo demás, mi vida es tan mala, tan extravagante, tan sin remedio posible, que estoy por agradecerle á Juan que haya puesto término á ella, porque las esperanzas que tenía yo en el indulto eran tan remotas, y después del indulto, si lo hubiera conseguido seguía la lucha y las dificultades invencibles... qué diablos, vale más concluir y dices bien, cuanto más pronto mejor. No te andes con medias palabras, vamos...

—Otro trago, mi capitán... no urge tanto, tenemos tiempo,—le respondió Franco llenándole el vaso,—la diana se toca á las seis.

Juan Robreño, aunque animoso de suyo y desesperado por su mala suerte, tenía, como todos los hombres, el instinto de la conservación, y la esperanza, que vive en el corazón hasta el último instante, le presentaba cuadros á cual más halagüeños para el porvenir. Quiso, sin

duda, darse valor y apuró el vaso que tenía ya en la mano. Era lo que quería el cabo Franco.

—¿Le ocurre á usted, mi capitán, hacerme algún encargo?

—¿Tienes tinta y papel?

—Y como que tengo todo lo necesario.

Buscó tintero y papel en una caja que contenía el archivo ó papelería del regimiento, y los puso sobre la mesa.

Juan Robreño escribió:

«¡Mariana querida! ¡Adiós!

»Juan.»

—Si algún día vas por la hacienda del Sauz, ó tienes una persona de tu entera confianza á quien confiarle esta carta, haz que llegue á manos de la condesa.

—Descuide usted, mi capitán, me daré traza de que llegue y pronto á manos de la señora condesa... vaya y que llegará. Yo mismo se la entregaré. Pediré al coronel que me dé licencia, que me encargue una comisión, y quién sabe si persiguiendo á Valentín Cruz, iremos á dar allá, pero siéntese usted, mi capitán. Platiqueme, desahóguese conmigo, que lo he querido como al coronel, y bebamos el último trago.

Juan Robreño le contó algo de lo que en su lugar sabrá también el lector, y entre tragos y cigarros llegó la hora que creyó el cabo Franco oportuna para la ejecución atendido el estado intermedio entre la razón y la embriaguez á causa del licor bebido por Robreño.

—Vamos,—le dijo Franco,—deme usted el brazo. El sitio escogido es solitario y muy á propósito. Hay un ár-

bol para que se recargue mi capitán y no se azote contra el suelo. Los soldados que he escogido son los mejores tiradores. Cinco, ¿qué cinco? un minuto y todo estará concluido. Deme el brazo, mi capitán, y en marcha.

—No, no lo necesito, Franco, dices bien, menos de un minuto tal vez, y si la vida es dura como la mía, de nada sirve. ¡Vamos!

Franco tomó del brazo á Juan Robreño, que no resistió y caminaron en la oscuridad de la noche, al sitio solitario que había elegido.

—Aquí está el árbol que le dije. Es un triste árbol que apenas tiene hojas, pero forma con una de sus ramas una especie de respaldo en que puede recargarse cuando los muchachos hagan fuego, y así no caerá al suelo. No tiene usted idea, mi capitán, de lo que me puede el ruido que hace el fusilado cuando da un zapotazo en el suelo. Es lo que me da lástima. Ya he fusilado un oficial y tres soldados, y siempre lo mismo. Acomódese usted bien, que el pelotón está listo.

Juan Robreño no contestó, pero siguió el consejo del cabo Franco y se acomodó en esa especie de respaldo de sillón que formaba el tronco torcido y las ramas del árbol viejo, que en efecto tenía una que otra hoja seca que caía con el viento frío del invierno que soplaba todos los días en la madrugada.

El cabo Franco se acercó á Juan Robreño y le dijo al oído:

—Si mi capitán quiere fugarse es todavía tiempo. Su caballo y armas están listos, no tiene más que montar y ojos que te vieron ir. Cuando amanezca ya se habrá tragado algunas leguas.

—No, no, te lo agradezco,—respondió Juan Robreño



buscando la mano del cabo Franco y estrechándosela con efusión,—no me conviene. He dado mi palabra desde el monte de Toluca á Baninelli, y tengo que cumplirla. Despacha pronto, estoy ya bien acomodado.

—¿Quiere mi capitán que le vende los ojos?

—Ni lo vuelvas á decir otra vez. Me darías un disgusto y creería que no eres mi amigo. Despacha.

El cabo Franco se dirigió al pelotón de reclutas que estaba esperando órdenes desde las cuatro de la mañana detrás de los abandonados jacales de paja.

—Muchachos,—les dijo,—tenéis que cumplir lo mismo que yo con un deber muy penoso. Entrar en una acción, recibir el fuego del enemigo, oír silbar las balas y repartir golpes por todos lados, no es nada, lo acabamos de hacer en San Pedro; pero fusilar á un hombre á sangre fría, es un sacrificio, y más cuando se trata de un oficial valiente y amigo querido de nuestro coronel, pero la ordenanza antes que todo... con que, adelante, armas al hombro y en marcha...

—Mi capitán,—dijeron Moctezuma III y Juan,—preferimos ser fusilados antes que fusilar á ese oficial, que sin duda es el que hemos visto ayer en el cuarto de banderas.

—El mismo,—respondió el cabo Franco,—y nadie lo puede querer como yo... no hay que discutir ni que replicar, la ordenanza manda obedecer al soldado sin que pueda replicar ni hacer observaciones á su superior... con que adelante... al hombro... en marcha.

Ninguno replicó más, y el cabo Franco condujo al pelotón á veinte pasos de distancia del árbol donde Robreño estaba inmóvil, recargado contra el tronco.

Juan había entrado antes que ninguno á San Pedro,

se le habían venido encima cuatro, cinco, quién sabe cuántos enemigos, con palos, con espadas, con puñales. El, por la propia defensa, había resistido descargando su fusil sobre el grupo, y después volteándolo por la culata había repartido golpes con tal furia y vigor, que en menos de cinco minutos puso en dispersión á los que lo atacaban, quedando libre á costa de un garrotazo que recibió en las espaldas. No había tenido miedo, pero matar á un hombre indefenso, verlo caer sangriento y hecho pedazos, lo llenó de terror y recordó la noche sangrienta y su lucha desesperada con el tornero de la Estampa de Regina. Estuvo á puntó de tirar el fusil y correr, correr, como había corrido por la calles de México hasta refugiarse en el mercado, pero cuando iba á ejecutar este movimiento nervioso, reflexionó que era inútil.

—Al fin han de matar á este oficial, pero no será la bala de mi fusil la que lo hiera. Tiraré muy alto y quizá tendré fuerzas para no caer, como el infeliz caerá... adelante,—y marchó á la voz imperiosa del cabo Franco.

Formóse el pelotón frente de Robreño. El cabo Franco, dijo:

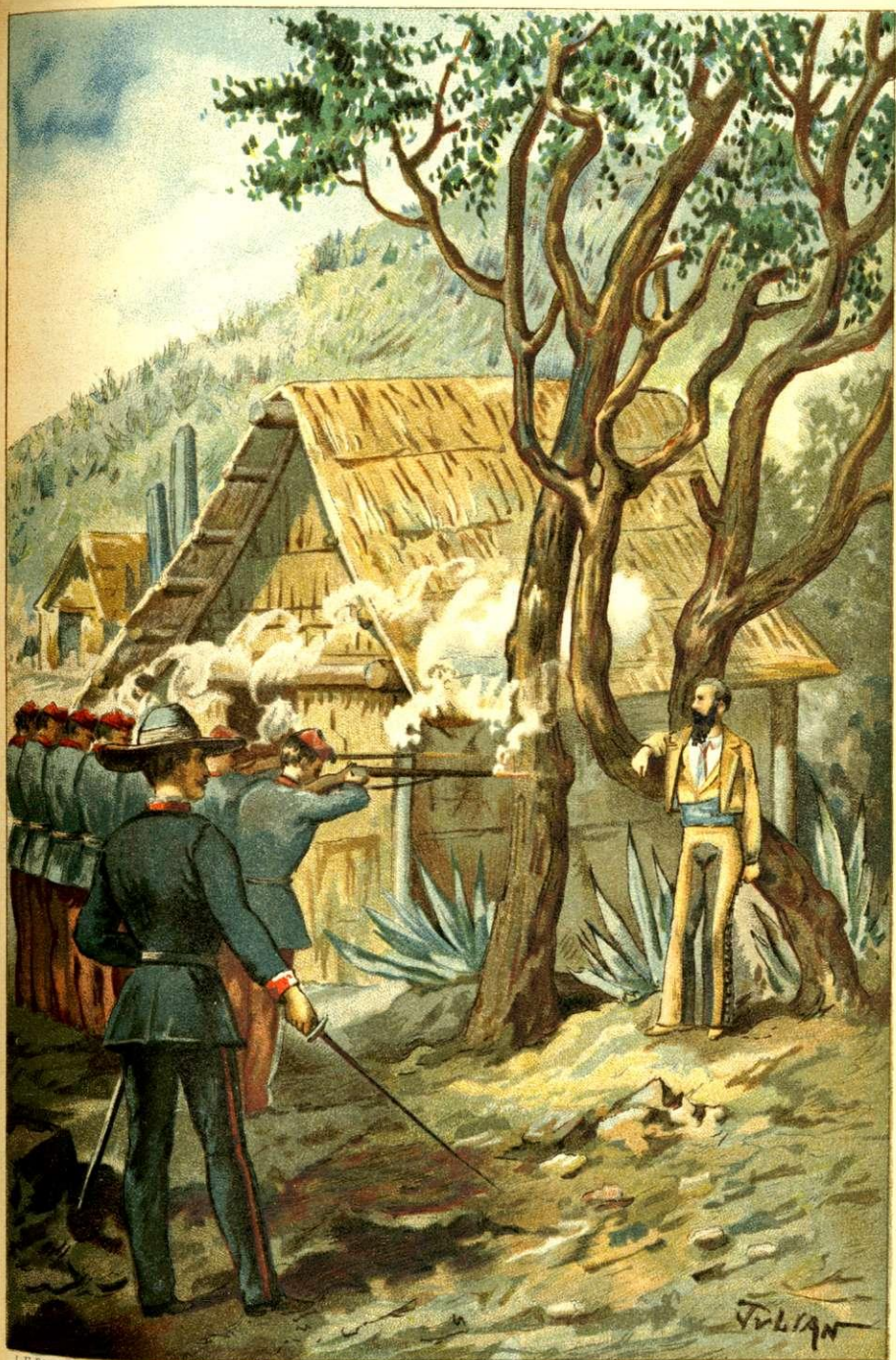
—¡Firmes! ¡Apunten! ¡Fuego!...

Una descarga cerrada como si la hubieran ejecutado los mejores soldados del regimiento asustó á los gallos que cantaban y á las urracas y pájaros que despertaban, comenzaban sus alegres gorgeos y se volaron lejos de las ramas desnudas del árbol torcido donde se había reclinado Juan Robreño para terminar su fatigosa vida.

El horizonte comenzaba á pintarse con una raya amarilla y luminosa, y á esta media luz triste, el cabo Franco vió cuando se disipó el humo, tendido en el suelo el cadáver de Robreño.







J. F. Ferrés - Editor.

B. R.

Lit. V. Barcelona.


Juan fusilando à su padre.





## CAPÍTULO XIX

### Aventuras de los tres reclutas

E acercó el cabo Franco, y su mano se tiñó con la sangre caliente que brotaba de una herida que tenía en la cabeza cerca de la frente el desgraciado Juan Robreño.

—¡Maldita sea mi estampa!—gritó metiendo mano á sus cabellos y arrancándoselos con rabia.—He matado al capitán. Soy un bruto y un salvaje. Seguramente dejé una bala en alguno de los cartuchos, y debe ser el tiro de Juan el que le ha pegado, pues estaba precisamente en línea recta, y estos reclutas, que no saben ni aun disparar, han aprovechado el único cartucho que tenía bala, pero... yo soy el recluta y el que tengo la culpa. ¿Qué voy á decir al coronel?...

Se acercó más, tentó y registró todo el cuerpo de Robreño. No tenía más que esa herida; su corazón latía y su respiración no era trabajosa. El cabo Franco recogió su

kepi, que había votado al suelo, y llamó á Juan el recluta.

—Mira, Juan, entre tú y el Emperador, que sois mozos fortachones, me cargan con mucho cuidado al capitán que todavía respira y que es necesario que salvemos; caminen á la casa del cura. Ya los sigo.

Mandó retirar al cuartel el resto del pelotón, y Juan y el Emperador, que en efecto tenían unas fuerzas de Hércules, levantaron con cuidado y facilidad como si fuese una pluma, al capitán herido y se encaminaron á la parroquia, mientras Franco corrió á su alojamiento y tomó del botiquín las vendas y medicinas que creyó más propias é indispensables para la primera curación. Era ya práctico en la cirugía, pues frecuentemente, después de una acción, ayudaba á los médicos y practicantes del regimiento.

Las campanas de la pequeña torre de la iglesia tocaban el alba, el sacristán abría las puertas de la iglesia y preparaba los altares y ornamentos para la misa de cinco, que tenía costumbre de decir el cura, y á la que acudían la mayor parte de las gentes del pueblo.

El cabo Franco, sin ceremonia, se introdujo en la iglesia, seguido del Emperador y de Juan, que sostenían el cuerpo de Robreño, el uno de la cabeza y espaldas, y el otro de la cintura y piernas, colocado de tal manera que parecía que le habían formado con sus brazos una hamaca. Siguió el grupo por la sacristía, y de allí hasta la sala del curato, donde encontraron ya al cura dispuesto á bajar y decir su misa.

Era el cura un viejo clérigo, de cosa de sesenta años, corrido de mundo en su juventud, sabio, bueno, caritativo y filósofo en su mayor edad. Había visto muchas y



extrañas cosas en las revoluciones y en la política; conocía íntimamente á Valentín Cruz, á Baninelli, á este general, al otro coronel, á muchos jefes, en fin, que habían pasado ó estacionado en el pueblo de Mascota, donde llevaba cerca de doce años de ser cura. Ningún asombro le causó el ver entrar al cabo Franco, seguido de los soldados que conducían un herido. Había escuchado entre sueños tiros de fusil lejanos, que tampoco llamaron su atención. Pensó que se había acercado alguna partida de pronunciados y que todo se había reducido á una escaramuza, puesto que en la plaza y en las calles cercanas había silencio y tranquilidad y los vigías de la torre no habían dado aviso con ciertos toques de campana que había ordenado el comandante de las fuerzas.

—En mi cama, en mi cama. Esa es la caridad y es mi deber,—le dijo al cabo Franco, antes de saludarlo y de preguntarle por qué llevaba allí al herido, teniendo en el pueblo cuartel y hospital militar.

El mismo cura retiró un colchón, sacó de un ropero almohadas y ropas de cama, y Juan y el Emperador colocaron cuidadosamente al herido y se marcharon á una señal que les hizo su jefe.

—Me voy á confesar con usted, señor cura, pues lo que voy á decirle es bajo el sigilo de la confesión, y entonces comprenderá por qué no he conducido á este capitán, que creo gravemente herido, al cuartel ó al hospital de sangre, y he venido, pasando por la iglesia á depositarlo en la casa de usted, más bien, á entregárselo, y ya traeré, luego que le haya hecho la primera curación, su caballo, sus armas y su ropa. Todo es un misterio y un secreto.

Refirióle lo que sabía de más señalado é importante

de la vida de Robreño, y especialmente el lance de la ejecución de justicia que acababa de pasar, explicándole que su jefe, el coronel Baninelli, se había encontrado entre su deber de cumplir la ordenanza y sus sentimientos de amigo íntimo, y que habiéndosele confiado la ejecución, él había creído adivinar la idea dominante de su jefe, y cumplir con la fórmula fusilándolo y salvándole realmente la vida, y que la herida era causada por una bala que había por inadvertencia quedado en un cartucho.

—Haga usted de cuenta, señor cura, que me he confesado con usted, pero lo que importa en este momento es curarlo, y algo me entiendo en esto haciendo años que soy militar y he practicado con los médicos, cuando las circunstancias me lo han permitido.

Con asombro y duda escuchó el cura esta extraña narración, y tan pronto se le paseaba por la cabeza que era una venganza política, como se inclinaba á creer un rarísimo acto de clemencia. Para el cura, Baninelli pasaba por uno de tantos militares atrabiliarios que cuentan por nada la vida humana y están familiarizados con las desgracias y la sangre; pero dejó para más tarde ampliar en su mente estas reflexiones, y dijo al cabo Franco:

—Pierda usted cuidado, que lo que me ha contado será como si lo hubiese encerrado en una tumba, y serviré á este infortunado como si fuese yo su padre; porque efectivamente debo ser el padre de los necesitados y desvalidos, pero dejemos por ahora todo esto, que ya bastante sé, y procedamos á la curación.

Juan Robreño respiraba, pero á pesar de lo tostado por el sol, se notaba la palidez de su semblante, y su desmayo se parecía un poco á la muerte.

El cabo Franco creyó de pronto que no duraría media hora, pero lavó la cara y los cabellos del paciente con agua fresca y con alcohol y notó que la herida no era grave. La bala había seguido la curva del cráneo, sin fracturarlo y sólo había un surco sin carne ni cabellos. Lavó de nuevo la llaga, le aplicó ungüentos y vendas y, seguro de que Robreño no moriría, se marchó recomendándolo al cura porque escuchó el toque de diana.

Baninelli no había dormido en toda la noche, y oyó los tiros. Temía que el cabo Franco no hubiese comprendido bien sus órdenes y estaba inquieto.

—Ninguna novedad, mi coronel,—le dijo siguiendo sus antiguas hábitos de soldado.—El capitán ha sido fusilado á las cuatro y media de la mañana como usted mandó.

Baninelli se lo quedó mirando fijamente.

—Entendido, mi coronel. Una herida leve, por inadvertencia; no es nada. En una semana estará bueno. Lo entregué al cura.

—Bien,—le contestó Baninelli.—Tenemos que marchar dentro de una hora. Acabo de recibir un extraordinario de México.

—Listo, mi coronel, á la vanguardia como siempre.

Acabada la diana, Baninelli mandó dar el primer toque de marcha. El cabo Franco llevó á la casa del cura el caballo, las armas, la *targarnina* (1) y una bolsita de seda llena de oro. Robreño no había vuelto en sí, pero en su rostro éra fácil reconocer que la curación le había hecho provecho.

---

(1) Maleta de gamuza amarilla que usaban los soldados de la frontera del Norte, donde llevaban su ropa, tabaco y cecina para alimentarse en el camino.

—Señor cura, le entrego á usted á un hombre que ha muerto para el mundo; cuando resucite, que resucitará, tomará un nuevo nombre, inventará parientes ó no los inventará, nadie lo perseguirá ya, pero tampoco nadie lo reconocerá. Es lo más singular que he visto en los años que tengo de vida y de servir en la carrera de las armas. Usted, señor cura, lo auxiliará, le dará sus consejos. Si sigue mal, haga que lo vea el médico del pueblo, si lo hay, ó llame al del más cercano. Con el oro que hay en este bolsillo sobra para sus gastos y su curación, porque vivirá, y mucho que sí; es como yo, fuerte, robusto y habría aguantado bien los siete balazos. Yo me marché con la tropa, y dejamos al pueblo tranquilo, que se alegrará mucho al ver que nos alejamos quizá para no volver.

No daban las siete de la mañana cuando el cabo Franco á la vanguardia y Baninelli con sus infantes, caballos y comisaría, ambulancia y trenes, salían de Mascota, rumbo á Zacatecas.

Cada día, como hemos dicho, era mayor el afecto que el cabo Franco tenía por los tres reclutas. Su exactitud en el servicio, su aspecto ya casi marcial, el buen humor que tenían siempre y su robustez y fuerza muscular le llamaban mucho la atención. Caminaban siempre á su lado; mandando alternativamente la descubierta, los ocupaba como escuchas y exploradores, y para estos servicios les había dado caballos, de los muchos que recogía á título de requisición en las haciendas y pueblos por donde transitaban.

Juan, ni remotamente podía sospechar que había fusilado á su padre, que la bala que lo hirió era de su fusil y que lo había llevado en sus brazos hasta la casa del

cura de Mascota, pero estas escenas le causaron una impresión quizá todavía más profunda que la del asesinato de Tules. Esta memoria, como un corolario preciso, le traía la de la pobrecita trapera, que lo libró de las mordidas de los perros; la de Cecilia, que lo recogió; la de D. Pedro Martín, que lo escondió en su casa, y no hay para qué decir que Casilda bailaba siempre en su imaginación, mezclándose, viniese ó no al caso, en todas estas escenas. La afección y el buen modo con que lo trataba el cabo Franco lo consolaban, y, no obstante la fatiga de la campaña, se consideraba feliz; pero temía que cambiase su suerte, porque siempre que llegaba á conformarse con la vida y á sentirse bien relativamente, venía un suceso inesperado á cambiar su existencia. Espiridión y el Emperador, como le decía el cabo Franco á Moctezuma III, lo querían también y estaban frecuentemente juntos, y no pudiendo aspirar á más, se consideraba dichoso de continuar en la carrera militar. Así iba pensando, cuando salieron de Mascota y caminaban por las ardientes y tortuosas calzadas rumbo á Zacatecas.

Las marchas y contramarchas de la brigada ligera de Baninelli fueron idénticas á las que ya hemos descrito. Bagajes, alojamientos, raciones, y por aquí cogen un caballo, por allí una mula, dejando en el camino las bestias cansadas ó lastimadas con el mal trato de los arrieros. Unos alcaldes eran hostiles y negaban á la brigada todo género de auxilios; otros, que eran partidarios del gobierno, exprimían á los vecinos y daban á la tropa más de lo que necesitaba y pedía. Así pasaron muchos días sin que Baninelli pudiese alcanzar un resultado final. Valentín Cruz huía, aumentando ó disminuyendo sus fuerzas, sin hacer alto sino unas cuantas horas, y sin

presentar batalla, lo que ocasionaba una fatiga inútil á la brigada, que cada día iba á menos por la desertión y por la absoluta falta de recursos, que no podía remitirle el gobierno á pueblos pequeños, donde el comerciante más rico no tenía quinientos pesos juntos.

Valentín Cruz, á su paso, como si fuese un pequeño Atila, no dejaba ni yerba, de modo que cuando Baninelli llegaba, apenas tenía unos cuantos sacos de haba seca ó de frijoles para dar un escaso rancho á la tropa. El que no conozca al soldado mexicano apenas podrá creer cómo con escasísimo alimento puede caminar por senderos ásperos y quebrados diez y doce leguas diarias, si se ofrece batirse con brío y denuedo como si acabase de comer bien y echar buenos tragos de aguardiente. Sin embargo, el sufrimiento humano tiene sus límites, y la brigada de Baninelli no podía ya más, lo que causaba que su jefe estuviese de humor de todos los diablos, y nadie más que el cabo Franco se atrevía á hablarle y era bien recibido, y vamos á explicar el motivo de esta preferencia. En primer lugar Franco era el niño mimado del coronel, pero no era eso lo principal, porque con todo y ello solía Franco aguantar terribles tempestades de rayos y centellas, de las que no hacía caso, pues pasaban con la misma rapidez con que venían, sino los cuidados y mimos de que disfrutaba el coronel, á pesar de la desolación de los pueblos por donde transitaba. El cabo Franco hacía dos ó tres años que había adquirido una alhaja de inestimable precio. Esta alhaja era una cocinera. Mujer de más de cuarenta años, fea, hasta no producir tentación alguna, ni aun en campaña, pero robusta sin ser gorda, muy limpia hasta donde se lo permitía su escaso equipaje y el polvo del camino, y sobre

todo activa y de inagotables recursos para sacar partido de las malas situaciones. Caminaba con la brigada en un caballo robusto y cuidado con esmero por ella misma, con la cara envuelta en un pañuelo de modo que apenas se le veían los ojos, con un ancho sombrero de petate con su barboquejo, para que no se le volara, con su jorongo embrocado y rodeada de cacerolas y cubos colgados en la silla, no se cuidaba si estaba cerca ó lejos el enemigo, y entraba la primera á los pueblos y se dirigía á la mejor tienda y á la plaza si era día de tianguis. Compraba lo necesario con dinero al contado, y en el acto en un cuarto, ó patio del mesón, ó en la plaza, debajo de un árbol, ó donde encontraba sombra, descendía con facilidad y presteza, y descolgaba del caballo, como si fuese de un tinajero, su batería de cocina y disponía lo necesario para un buen almuerzo ó comida, según la hora en que se vencía la jornada. Mientras se encendía el fuego, se calentaba el agua y se cocían las legumbres que había adquirido y si no las había los garbanzos, arroz ó frijoles, acomodaba su caballo en algún corral, lo limpiaba, lo hacía revolcar, le daba agua y lo dejaba en el pesebre bien provisto de hojas de caña de cebada, y cuando no había otra cosa, de zacate ó de paja. Se daba el título de cocinera mayor del general en jefe, y echaba con profusión pesos y pesetas en el mostrador; todos, como quien dice, se quitaban el sombrero delante de ella y la servían al pensamiento. La riqueza y podría decirse opulencia relativa, provenía de que desde que el cabo Franco ascendió á capitán era la depositaria de los haberes de la compañía, llevaba la cuenta con mucha exactitud con granos de maíz, y por mucha que fuera la falta de haberes, siempre tenía en caja más

de cien pesos. Cuando, no obstante el dinero en mano, no encontraba nada para su cocina, se metía á los sembrados, de parte de Dios, que puede más que nadie. Cosechaba calabacitas, quelites y verdolagas en las milpas, y de los corrales extraía por entre las cercas de palo ó por encima de las de piedra, dos y hasta cuatro ó seis gallinas por medio de un aparato de su invención. Ataba bien á una cuerda un pedazo de carne y la lanzaba en medio del corral. Las gallinas acudían y tragaba la carne con todo y cuerda la polla más lista y más gorda. Entonces Micaela, que así se llamaba esta excelente mujer, tiraba suavemente atrayéndose á la gallina, y así que la tenía á mano le torcía violentamente el pescuezo. Si el tiempo se lo permitía y no era observada, repetía la pesca, y así se retiraba con tres ó cuatro de las mejores gallinas sin que costaran ni un *tlaco*, regresando á su lumbre, que estaba ya bien encendida y el agua hirviendo en las ollas.

Cuando la tropa, cansada y hambrienta, apenas tenía por todo rancho un arroz sin sal, cocido en agua turbia, habas duras y unas cuantas tortillas frías untadas con chile, Baninelli almorzaba un arroz blanco con ajo, unos frijoles bien fritos y una gallina cocida con su buena salsa de tomate, debido esto al cuidado de Micaela. Cuando terminaba su colación el coronel, seguía el banquete del cabo Franco, en el que se encontraba jamón, mantequilla, chorizos fritos, gallina guisada, quesadillas de flor de calabaza, morcón y cuanto más encontraba comprado ó adquirido por la astucia de la excelente cocinera. Mal que bien caminaron así nuestros amigos, siempre con ánimo esforzado y deseando por la noche encontrar al enemigo, el día siguiente batirse con él y



terminar gloriosamente la campaña, pero no fué así y sus deseos y su bizarría eran completamente ineficaces; las marchas del enemigo eran tan rápidas, que por más esfuerzos que hizo la vanguardia de Baninelli, jamás los pudo alcanzar, y en los mesones y posadas dejaban los pronunciados escritos con carbón en las paredes atroces insolencias contra las tropas de línea y el gobierno de Jalisco.

Uno de tantos días la jornada fué difícil y fatigosa. Lomas eriazas que se sucedían las unas á las otras, é interminables subidas y bajadas que fatigaban, no sólo á los infantes, sino también á la caballería; una que otra mota de yerbas malsanas de un verde tirando á negro, seguramente venenosas, pues las mulas de carga las olían y se apartaban sin querer morder ni una yerba; polvo, calor y sed devoradora. El terreno se prolongaba así, monótono y triste hasta un horizonte que parecía interminable, pues mientras más se caminaba más se alejaba, sin cambiar su incansable uniformidad. Baninelli estaba furioso, y cualquiera que se le hubiese presentado, con excepción del cabo Franco, lo hubiese mandado fusilar.

Así, andando, subiendo y bajando, se acabó la tarde y vino la noche calurosa y negra sin que se vislumbrara ni la luz de una ciudad ni la fogata de una cabaña. Hombres y caballos caían cansados en aquel polvo blanco y ardiente, y el cabo Franco y los reclutas, confesaron que si dentro de una hora no encontraban un pueblo ó hacienda, no continuarían más, aunque el coronel Baninelli se los mandase. Era una rebelión completa, causada por el hambre, la sed y el cansancio. Por fin, y cuando menos lo esperaban, se encontraron en la

plaza de una población que por el aspecto de la plaza, de la iglesia que estaba en frente y de las casas que la rodeaban, parecía ser de alguna importancia, pero esa población estaba desierta. Encontró la brigada alojamientos de sobra, porque todas las casas, sin excepción, estaban abiertas y abandonadas, pero ningunos víveres ni recursos. La única tienda vacía completamente, y la cocinera Micaela agotó sus recursos é industrias, que nunca le faltaban, sin poder encontrar ni una mazorca de maíz, ni una legumbre, ni un puñado de chícharos, ni una gallina que pescar. Esa noche los soldados, que no habían comido al medio día, no tuvieron ni una tortilla que cenar en la noche, y Baninelli, el cabo Franco y los tres reclutas tuvieron que conformarse con unos mendrugos de pan duro que Micaela había guardado para espesar y condimentar las salsas. Después de buscar agua por todas partes dieron con un pozo que tenía su cubo de cuero y su larga cuerda pendiente de una garrucha y pudieron extraer á la profundidad de cincuenta varas una agua clara, però salada, al punto que produjo náuseas á los que la bebían con avidez, y á poco dolores y descomposición de estómago.

El cabo Franco tuvo que arengar á su vanguardia:

—Muchachos, no hay que *rajarse* ni beber más agua. Mañana encontraremos que comer y la agua de un río. Yo he andado otra vez por estas malditas tierras. ¡A dormir!

Baninelli, ni bebió un trago de agua, ni quiso comer los mendrugos duros que le presentó Micaela. Echó á la cocinera y al cabo Franco unos cuantos ternos, se envolvió en su capotón militar, y como última palabra, dijo:

—Si alcanzo á Valentín Cruz, no le doy ni cinco minutos. A las tres de la mañana el primer toque, á las tres y media el segundo y á las cuatro en marcha.

El cabo Franco y los tres reclutas se repartieron como hermanos dos tortillas duras y un pedazo de cecina, y pudieron, á fuer de la fatiga que los tenía hechos pedazos, dormir un par de horas.

A las cuatro y cuarto la brigada estaba en marcha por senderos todavía más difíciles y ásperos que los del día anterior. Por fortuna encontraron los exploradores un charco de agua, rodeado de árboles, y allí sestearon, agotaron el agua hasta el grado de chuparse el lodo; pero esto les dió la vida y pudieron llegar también ya de noche á un pueblo que encontraron igualmente abandonado. Micaela se echó en busca de gallinas, de carneros y de legumbres. Nada, las chozas vacías; los campos secos y con el rastrojo de la reciente cosecha, de modo que los caballos y mulas fueron los mejor librados. Agua fresca en abundancia de un arroyo cercano, que se derramaba y se perdía en el agujero de un cerro é iba á formar probablemente un río subterráneo. Concluyó Micaela por encontrar en un jacal un depósito de mazorcas de maíz, y oyó gruñir á un desgraciado cochino que estaba encerrado en el corral inmediato. Ya los soldados habían escuchado este gruñido, que para ellos era la vida, pues llevaban treinta y seis horas de ayuno. Sin cuidarse de la disciplina y sin temor de la severidad de Baninelli se habían desbandado, hecho pedazos la cerca del corral y precipitándose sobre el cochino, dándole sablazos, bayonetazos y puñaladas, hasta hacerlo un picadillo, á pesar de los gritos desgarradores del infeliz animal. Micaela pudo traerlos á la razón, prometiéndoles

guisar el cochino y aprovechar hasta la última gota de su sangre. En efecto, cargaron dos soldados con el animal ya muerto, hasta el campamento de Micaela, la que hizo una buena lumbrada, y rodeada de cacerolas, antes de dos horas había hecho tantas y tan sabrosas preparaciones que bastaron para saciar el atrasado apetito de los hambrientos militares. En un jacal había encontrado un soldado sal y jilomates. El Emperador, que con calma recorrió una á una las chozas, llevó á la cocinera chile, cebollas, ajos y unas bolas de masa de maíz preparadas el día anterior, con las que pudieran hacerse tortillas. El Emperador fué aclamado por toda la brigada, y mereció el honor de ser llamado por Baninelli y de merecer una sonrisa, pues el jefe, ante un *rimero* de tortillas calientes y un trozo de tocino asado, había desarrugado el ceño.

—Ya le haremos pagar muy caro á Valentín Cruz estos trabajos. Cuento contigo, Emperador, y si continúas portándote bien, pronto serás capitán, como el cabo Franco.

## CAPÍTULO XX

### Derrota del cabo Franco

**P**L salir la brigada del pueblo, ó más bien dicho, de la ranchería, donde por una gran fortuna les dió materialmente la vida el desgraciado cochino que fué víctima del furor de más de doscientos soldados hambrientos, atravesó ya con buen ánimo un *cañón* (1) fresco, pues corría en el centro un arroyuelo parlero y clarísimo, y mariposas y pájaros volaban y casi cubrían el ramaje de las plantas silvestres. Un hombre, sudando como si acabase de salir de un baño de vapor y con el caballo que apenas podía andar, no obstante de tener los ijares destrozados y chorreando sangre, se presentó al coronel Baninelli. Era un extraordinario del gobernador de Jalisco. El correo traía en la suela de unos gruesos zapatones un pequeñísimo papel que el coronel desarrolló y leyó :

---

(1) Llamam cañón en México al camino estrecho entre dos altas montañas.

«Está usted rodeado de enemigos y va á caer en una emboscada al salir del *Cañón de los Cinco Señores*. Si no tiene mucho cuidado y si las tropas no se baten hasta morir, será usted derrotado y perdido para siempre. Animo, compañero, y decisión para exterminar de una vez á los bandidos.»

Baninelli llamó en el acto al cabo Franco y al Emperador, les enseñó la comunicación del gobernador y les dió sus instrucciones. La brigada toda, que caminaba en desorden, se organizó á las voces de mando de su jefe, como si tuviese ya el enemigo al frente, y así caminó todo el día sin comer, y al caer la tarde salió sin novedad del *Cañón de los Cinco Señores*, sin haber visto á alma nacida. Cerca de las nueve de la noche entró en un pueblecillo que á primera vista presentaba el mismo aspecto que los anteriores. Se estableció de pronto el campamento en medio de una plazoleta, y Micaela, el cabo Franco y el Emperador fueron los primeros en explorar los jacales que partían en línea recta de la plaza y formaban una larga calle que terminaba en una capilla y dos casas de alto y de piedra con unos miradores ó jaulas de madera avanzadas como una vara sobre las fachadas. Eran el curato y la casa municipal cerradas, sin una luz en los balcones y silenciosas, como si nadie viviese en ellas. A su regreso por la angosta calle, escucharon, ya en una choza, ya en otra, gemidos dolorosos como de personas que han sido heridas ó que las estuviesen atormentando. Se figuraron que Valentín Cruz había atacado la población y que resistiéndose los habitantes á darle dinero ó víveres, los había maltratado. No quisieron entrar en aquellas oscuridades, donde podían muy bien haberse ocultado los enemigos, regresa-

ron á la plaza y refirieron al jefe lo que habían visto. Baninelli dispuso que toda la noche estuviese la tropa sobre las armas, y él mismo, montado á caballo, rondó por las cercanías, hasta que amaneció. Hizo entonces un cauteloso reconocimiento. En la calle única de que hemos hablado, unas chozas estaban vacías, otras con dos ó tres muertos, y en las más con gentes tiradas en el pavimento húmedo de tierra, retorciéndose y revolcándose y exhalando dolorosos ayes, á causa de los calambres que les retorcían las piernas y brazos hasta darles la figura de esas columnas torneadas que llaman salomónicas. Se retiraban consternados de una choza y entraban en otra donde se repetían las mismas escenas. Muchos de esos desgraciados parecía que habían hecho un esfuerzo para salir y buscar socorro, y faltándoles las fuerzas, estaban agonizantes en las puertas ó muertos á poca distancia de su domicilio. Así caminaron hasta el curato. La iglesia estaba abierta, y en las gradas del altar mayor el sacristán, oprimiéndose el estómago con las dos manos, y dando gritos cada vez que le atacaban los dolores y las náuseas. Subieron por fin al curato, y no encontrando á nadie que los recibiera, penetraron por las piezas de la casa hasta la recámara del cura, al que encontraron en cama desfigurado y cadavérico, pero en un estado relativamente mejor que el de los enfermos que habían visto en las casas.

Luego que el cura vió á los que de rondón se introdujeron hasta su lecho, hizo un esfuerzo para sentarse y reclinarse en las almohadas. Baninelli, que era feroz y hasta inhumano en el calor de las batallas, después que terminaban era el primero en atender á los heridos, aunque fuesen del enemigo, é infinidad de ocasiones él

mismo los sostenía en sus brazos, mientras los cirujanos y practicantes les cortaban las piernas y los brazos. Con lo que había visto en el pueblo tenía ya motivo para estar disgustado, pero el espectáculo del viejo cura muriéndose en el abandono y aislamiento de una casa de paredes de adobe negro, sombría y medio arruinada, le impresionó, y casi inconscientemente tomó al cura por los brazos y lo ayudó á acomodarse contra la cabecera.

—No venimos á hacer daño alguno al pueblo, ni mucho menos á usted, padre cura, y muy al contrario, tenemos médicos y un botiquín bien surtido, y auxiliaremos á usted y los pobres del pueblo.

—Creo que por la misericordia de Dios he escapado ya,—respondió el cura con una voz tan débil que era necesario acercarse mucho á él para entenderlo;—pues que ustedes han venido á salvarme. Lo que tengo ahora es hambre y sed. Creo que los habitantes del pueblo han huído ó se han muerto. He agotado el vaso de agua que está en esta mesa y no he podido tener fuerzas para ir á la cocina á llenarlo. Agua, una gota de agua por el amor de Dios, que siento que me quemaré por dentro si no la tomo.

Juan, apenas oyó esto cuando fué á la cocina y volvió con un vaso lleno de agua cristalina que el cura, á pesar de su debilidad, arrebató de las manos de Juan, lo apuró hasta la última gota y cayó en seguida en una almohada, como si en vez de agua hubiese tomado un tósigo. Baninelli y los que lo acompañaban creyeron que había espirado.

—Al menos murió,—dijo Baninelli,—después de haber saciado su sed.

El Emperador, sin que nadie se lo hubiese ordenado,



bajó en dos brincos la escalera del cuarto y corrió á la plaza en busca de los médicos y de las medicinas.

Volvió con dos practicantes, y cargando el botiquín antes de que Baninelli hubiese podido salir de la estupefacción que le causó el inesperado espectáculo de un pueblo convertido en un cementerio.

Pasó pronto la crisis que causó al cura el gran vaso de agua, y recobró sus fuerzas con una copa de vino y unas pastillas sustanciosas que había entre el surtido del botiquín, precisamente para dar fuerzas á los heridos, después de las operaciones y en los casos en que hubiesen pasado muchas horas sin alimento.

Cuando pudo ya platicar refirió á Baninelli que Valentín Cruz había pasado rápidamente hacia tres días por el pueblo, y que enojado porque no se le dieron los recursos que pedía, se llevó preso al alcalde y á pié, habiéndole robado el caballo que le mandó su hijo político; que al día siguiente de la salida de Valentín Cruz, se había presentado en la mañana un caso de cólera morbo fulminante, y en la noche como cincuenta, de los que murieron más de la mitad. Los habitantes, presa del pánico, habían huído, dejando abandonadas sus casas y sus intereses del campo; que el sacristán y él, personalmente, hicieron cuanto su deber les ordenaba, asistiendo y consolando á los enfermos y enterrando los muertos para evitar el contagio, pero que, atacados ellos mismos de la enfermedad, ya no pudieron salir del curato y suponía él que era la única persona viva que quedaba, puesto que el sacristán no se le había presentado.

Baninelli, que no necesitaba de la narración del cura, pues desde luego había comprendido que una terrible epidemia había invadido al pueblo, ofreció al cura que

se le llevaría en una ambulancia para no dejarlo perecer, y se dirigió á su campamento para ordenar la inmediata marcha. En el camino encontrarían algo que comer, pero en todo caso no era cuerdo permanecer en ese lugar apestado, ni una hora más. Juan, el Emperador, el hijo de D.<sup>a</sup> Pascuala y el cabo Franco, antes de seguir á Baninelli entraron á la cocina y bebieron jarros y jarros de una agua cristalina y fresca que estaba en un barril (1). Entraron á la iglesia; el sacristán había muerto. Su cara estaba azul como si la hubiesen pintado con añil y su cuerpo retorcido como un saca-corchos.

A su llegada á la plaza donde, como se ha dicho, estaba el campamento, se enteró con espanto Baninelli de que más de cien hombres de su tropa habían sido atacados y cerca de la mitad á punto de morir.

Micaela la cocinera llegó con unas mazorcas de maíz, un cordero, algunas gallinas y guajolotes que había encontrado en las casas abandonadas, y el cabo Franco, el Emperador y Juan, tomaron el rumbo del campo y volvieron á poco con un buey viejo y flaco. Baninelli suspendió la marcha, no queriendo dejar abandonados á los enfermos, y el rancho á medio día preparado por Micaela no fué del todo malo.

La noche siguiente fué para Baninelli más terrible que cuantas había pasado durante los años de su carrera militar. Sus soldados, que sufrían las operaciones más crueles sin chistar y mordiendo un pañuelo, lanzaban sin poderlo evitar quejidos lastimosos con los calambres, y se retorcían en el suelo de la plaza, empedrado

---

(1) El célebre D. Joaquín Patiño, que se hallaba preso por causa de una reyerta con Bablot en una celda de San Francisco cuando estalló el cólera en México, se curó bebiendo mucha agua casi helada.

con pedazos de peñascos agudos y filosos. Los que estaban buenos, y ayudando á curar á los enfermos, repentinamente llevaban las manos á su estómago y caían en tierra. De los atacados del día anterior habían muerto cosa de cuarenta. Al salir la luz del tercer día el espectáculo era horrible. La pequeña plaza estaba sembrada de muertos y casi todos con las facciones contraídas y la piel de la cara, brazos y piernas de un color azul verdoso. Los que con las diversas medicinas que les aplicaban los médicos, más bien por hacer algo, pues nunca se ha sabido cuál es el mejor sistema para preservarse del cólera y para curarlo, lograban algún alivio, eran conducidos á una de tantas casas vacías y arrimados contra la pared para que no cayeran á causa del hambre y la debilidad. Juan, el Emperador y Espiridión, que hasta ese momento estaban sanos y fuertes, cargaban á los enfermos, les daban agua y una pequeña ración de vino, é iban y venían de la casa del cura á la plaza para vigilar y prestar sus servicios en esa especie de línea militar que se había establecido. La disciplina, que necesariamente se relajaba durante el día, se restablecía en la noche, y con la tropa sana y disponible se montaba la gran guardia y hacían exploraciones más ó ménos largas para evitar una sorpresa. Baninelli no se decidía á continuar la marcha, dejando abandonados á sus enfermos, pero por otra parte las defunciones continuaban, cada día era mayor el trabajo de Micaela y del cabo Franco para proporcionarse víveres, y veía que iba á ser completamente derrotado, por ese traidor y terrible enemigo invisible al que era imposible combatir.

Una noche se oyeron tiros de fusil en las lomas medio boscosas que formaban por el lado del pueblo la salida

del *Cañón de los Cinco Señores*. Baninelli y su tropa arrojaron un grito de alegría. Una acción contra las chusmas de Valentín Cruz era tal vez su salvación. El calor de la acción sería acaso el remedio contra la frialdad, que impedía la circulación de la sangre y que era uno de los síntomas del cólera; el humo de la pólvora se llevaría la peste y podrían después de la victoria continuar su camino y lograr una población de más recursos y que no estuviese infestada, y de allí volver al socorro de los enfermos y heridos.

Como de costumbre, el cabo Franco organizó su vanguardia, y seguido de los tres reclutas, que eran como sus ayudantes, se lanzó en busca del enemigo que, en efecto, apareció en la falda de las lomas, pero á los primeros tiros huyó. La mayor parte era caballería que de un galope se perdió de vista. Los de á pié entraron al *Cañón de los Cinco Señores* donde el cabo Franco no los quiso seguir, temiendo una emboscada. Durante el día no se presentó el enemigo, ni tampoco hubo ningún caso nuevo de enfermedad y solamente fallecieron seis soldados.

En la noche el cabo Franco volvió á situarse frente á las lomas y dispuesto al combate. El campamento allí era más fresco, y seguramente sano, pues su tropa estaba bien y muy animada. Dos vacas que estaban en un corral, seguramente de alguno de los riquillos del pueblo, sirvieron para dar á la brigada un rancho excelente. Micaela era incansable y más valerosa que toda la tropa junta. No tenía miedo ni á la guerra ni á la peste, y le importaba poco el calor y el frío. Absorbida absolutamente en su misión de cocinera, su familia la formaban dos soldados viejos que le ayudaban como galopines; su

ocupación era arreglar y lavar sus ollas y cacerolas, y su alegría llegaba al colmo cuando se apoderaba de un carnero, de una vaca ó de unas gallinas y podía ofrecer á su coronel y al cabo Franco un regular almuerzo en medio de las calamidades de que estaban rodeados. Era la Providencia de la brigada.

Después de haber cenado el cabo Franco y los tres reclutas un buen trozo de carne asada en unas brasas de leña de mezquite, que abundaba en el país, nombró á Juan escucha por dos horas. Eran cosa de las doce de la noche. Debería volver á las dos de la mañana.

Juan tomó sus armas y con cautela y poco á poco se dirigió por el rumbo por donde los enemigos se habían presentado. Reinaba el más completo silencio, la noche estaba clara, tibia y serena, y la luz de las estrellas permitía ver hasta las profundidades de un bosque de árboles pequeños y de tupidos ramajes que terminaban en la boca del *Cañón de los Cinco Señores*. Juan se sentó en un peñasco procurando alcanzar con la vista cuanto podía descubrir en su alrededor. Nada, todo quieto y completamente mudo y solitario. Siguió á poco avanzando y registrando cuidadosamente sin encontrar indicios algunos de que el enemigo estuviese por allí. Tranquilo y casi seguro de que no serían atacados, creyó que no debía alejarse más y volvió á sentarse debajo de un mesquite para esperar la hora de su relevo y dar cuenta de su guardia al cabo Franco. No pudo evitar el entregarse á una serie de reflexiones sobre los acontecimientos de su vida, y el extraño destino que lo había conducido á adoptar la carrera de las armas. La manera brutal con que lo había tratado el cabo Franco, cuando lo filió de soldado en el rancho de Santa María de la La-

drillera, lo habían indignado al grado de haber pensado muchas noches en asesinarlo, desertarse y reunirse con una partida de ladrones para vengarse robando y matando, y castigar así á una sociedad que no lo había admitido en su seno sino para martirizarlo; pero el cambio de conducta de su tirano, había cambiado también sus ideas. Era el preferido del cabo Franco; más bien dicho, su camarada y amigo, y él, huérfano y solo en el mundo, se figuró que Dios le había concedido en el regimiento de Baninelli una familia y un amparo, y, decidido á continuar en la carrera militar, pensaba que un día ú otro, no sólo podría recompensar, sino servir de una manera eficaz al licenciado Olañeta y á la buena frutera Cecilia, que consideraba que había reemplazado á su madre después de la muerte de la vieja Nastasita. No olvidaba á D.<sup>a</sup> Pascuala, y á Espiridión y á Moctezuma III los quería como si fuesen sus hermanos. Era Juan de una buena naturaleza y no cabían en su corazón más que sentimientos benévolos.

Haciendo este género de reflexiones y medio durmiendo, á causa de la fatiga y del trabajo ocupado del servicio militar y atendiendo además al cura, á los soldados enfermos y ayudando á Micaela á procurarse provisiones, se apoderó de él una especie de sopor como si hubiese bebido licores con exceso ó tomado algún narcótico. Repentinamente sintió que dos brazos como de hierro lo sujetaban por la espalda, á la vez que otra persona le ponía un trapo en la boca, y se lo ataba fuertemente en el cuello para impedir que gritase. En menos de un segundo, y sin darle tiempo para que hiciese uso de sus armas, le ataron fuertemente los brazos y piernas, lo levantaron en peso y cargaron con él, tomando,

según el pensó, la dirección del *Cañón de los Cinco Señores*.

Juan, por supuesto, no pareció en el campamento. El cabo Franco, que por la costumbre calculaba con exactitud las horas de servicio sin necesidad de reloj, entró en una grande inquietud, redobló sus precauciones y se entregó á toda especie de conjeturas.

—Juan ha caído en una emboscada ó se ha desertado, —le dijo á Moctezuma III.

—Ni lo uno ni lo otro, —le contestó Moctezuma, —lo conozco bien. Pertenece, como yo, al regimiento, y no es capaz de abandonarlo. Si se tratara de Espiridión, tal vez... pero Juan... ni por pienso, mi capitán.

El cabo Franco movió la cabeza con una especie de incredulidad, y dijo á Moctezuma III:

—Si dentro de dos horas no se presenta en el cuartel general, lo declaro desertor al frente del enemigo, y donde quiera que lo encuentre, identificando su persona, lo mandaré fusilar, pero de otra manera muy distinta... tú comprendes; no se salvará como el capitán Robreño.

Moctezuma trató en vano de desvanecer las sospechas del cabo Franco, pero éste meneaba la cabeza y decía:

—¡Lástima, tan buen soldado! pero ha consumado la deserción, no por miedo al enemigo, sino por miedo al cólera.

Espiridión; que había tenido especial cuidado de llevar alimentos y asistir al cura, que no podía aún moverse de su recámara, pidió permiso al cabo Franco para ir á verlo, y afectado con la ausencia de Juan y también algo preocupado con la peste, sintió dolor de estómago, desvanecimientos y náuseas; pero no dijo na-

da y tomó el camino del curato, y cuando llegó, el cura mismo le conoció en el lívido semblante que estaba herido de muerte.

El cabo Franco, con una especie de desconsuelo, de desaliento, de cobardía tal vez que jamás había sentido en su vida, se disponía á marchar al cuartel general á dar personalmente el parte de lo ocurrido á Baninelli, cuando oyó un rumor extraño como el de la estampida de un ganado salvaje, y á poco tiros de fusil y una chusma furiosa que se arrojó sobre su tropa, desvelada, enferma, diezmada por la enfermedad, pues durante la noche más de la mitad estaba atacada por la epidemia y apenas podía sostener el fusil.

—¡Rayos y centellas!—gritó el cabo Franco á sus soldados;—vale más morir matando que no como unas viejas cocineras, deponiendo el estómago y encomendándose á Dios. ¡Adentro, muchachos!

Y diciendo esto se puso á la cabeza de su gran guardia, se lanzó al centro de los numerosos enemigos que le atacaban. De pronto logró rechazarlos, pero eran tantos, que lo envolvieron, los soldados de línea vacilaron y comenzaron á dispersarse en desorden. La confusión y el pánico se apoderaron de la aguerrida tropa y echaron á correr unos por un lado, otros por el otro, pero la tropa vieja se encaminó con más calma al cuartel general.

Quedó solo en el campo Moctezuma III con unos cuantos indios reclutas, precisamente de los que sestearon amarrados en el corral del rancho de Santa María de la Ladrillera. Había oído hablar tanto de su antecesor Moctezuma I, le habían metido en la cabeza desde que tuvo uso de razón que él era el sucesor y heredero legítimo del monarca azteca, y estaba tan persuadido de



que todo esto era una verdad, que en esos momentos se creyó el único capaz de salvar, no sólo al cabo Franco y á Baninelli, sino á toda la nación, y recobrando toda la tenacidad y el valor de la raza india noble, se encaró con la docena de indios reclutas que lo seguían y les gritó:

—¡A libertar al capitán Franco y á matar á todos esos hijos de un demonio! ¡Soy el Emperador y el dueño de México; el que no sea cobarde, que me siga, y á morir como mueren los indios valientes, sin quejarse ni pedir misericordia!

Con espada en mano se lanzó sobre la multitud, repartiendo tajos formidables, sin cuidarse de las balas que chillaban cerca de sus orejas.

Los reclutas dispararon sus fusiles, los voltearon por la culata y se arrojaron en medio de los enemigos repartiendo porrazos tremendos que quebraban quijadas y cabezas y rompían piernas y brazos como si se tratase de muñecos de alfeñique. Esta resistencia inesperada desconcertó á los asaltantes, que á su vez echaron á correr, dejando tirado en el suelo el cabo Franco, que había sido traspasado por una bala y perdía sangre por la ancha herida que le había hecho una bala del calibre de á onza.

—Aun no estoy muerto, Emperador,—le dijo el cabo Franco;—te has portado como un hombre, quiero que Dios me dé vida sólo para contarle al coronel cómo te has conducido y recomendarle que seas mi sucesor. Es la peste la que nos ha derrotado y no estos collones.

Moctezuma III, sin contestarle y haciéndole la seña de que no hablase, lo tomó delicadamente en sus brazos, lo colocó sobre sus hombros, y seguido de sus valientes reclutas, se encaminó poco á poco al cuartel general.

Todo esto fué obra de instantes, de modo que Bannelli tuvo conocimiento del ataque y de la derrota casi á un mismo tiempo. Por más que con su energía habitual quiso organizar una columna y volar al socorro de su vanguardia comprometida, le fué imposible. Ya no era una brigada, sino un cementerio y un hospital. Apenas podía reunir sesenta hombres capaces de llevar el fusil. Más de cien muertos estaban revueltos con los enfermos. De los médicos sólo uno estaba en pié, y de los oficiales las dos terceras partes estaban enfermos y se habían refugiado á los jacales vacíos.

## CAPÍTULO XXI

### Hambre y peste

**D**ERROTADO Valentín Cruz en San Pedro, hemos dicho que huyó á Mascota con unos cuantos hombres de á caballo. Permaneció allí unos días y no pudo avanzar gran cosa. Entonces se dirigió á este pueblo y al otro, huyendo siempre de la persecución de Baninelli, pero sublevando el país, dando despachos de capitanes y de coroneles á los más perdidos y viciosos de los pueblos, y estos capitanes y coroneles improvisados, reclutaban á su vez gente de la peor especie para obrar por su propia cuenta, obedeciendo á Valentín Cruz de pura fórmula, recorriendo el país y cometiendo en los ranchos y haciendas toda especie de arbitrariedades y y demasías. Fué este el motivo que decidió al gobernador de Jalisco á mandar á Baninelli el correo extraordinario que lo alcanzó en el *Cañón de los Cinco Señores*. Baninelli hubiese dado cuenta fácilmente con todos esos

improvisados oficiales dispersándolos y derrotándolos, pero el cólera morbo se anticipó á dispersarlo y derrotarlo á él, primero que á los otros.

Atacada y vencida la vanguardia que mandaba el cabo Franco, las diferentes partidas reunidas y concertadas para destruir á Baninelli no se atrevieron á atacarlo, pero sí lo rodearon y establecieron un sitio en forma.

Cuando Baninelli vió llegar al Emperador cargando en sus espaldas al cabo Franco, que perdía sangre en abundancia y estaba pálido como la muerte y á punto de desmayarse, tuvo un movimiento de ternura muy ajeno á su carácter, pero del que no pudo prescindir. El mismo, manchando de sangre sus vestidos, ayudó al Emperador á depositar al herido en su propio catre y bajo su tienda de campaña, y una lágrima que se atrevió á asomar á sus ojos, la limpió pronto y con enojo con la manga de su uniforme.

—Me han matado,—dijo,—no sólo á mi mejor oficial, sino al amigo más querido. ¿Y no poder vengarlo? Veremos.

Los médicos y practicantes rodearon al cabo Franco, restañaron de pronto la sangre y le hicieron la primera curación. La bala había pasado cerca del corazón y sin interesarlo, y si dentro de dos horas podían extraerla, respondían de su vida. El cabo Franco, volvió de su desvanecimiento, y con semblante alegre y casi chameando dijo á Baninelli como de costumbre:

—Ninguna novedad, mi coronel. El cabo Franco, herido levemente y salvado por el Emperador. Los dos reclutas, Espiridión y Juan, han consumado la deserción al frente del enemigo, y he prometido que serán fusilados en el momento que se les encuentre. Si el cabo Fran-

co muere, el Emperador lo reemplazará, y ruego á mi coronel que lo distinga y que lo quiera como á mí.

El cabo Franco cerró los ojos y no pudo decir más. Los médicos le dieron con la pistera un poco de vino generoso, y uno de ellos quedó de guardia á su cabecera, mientras los otros fueron á hacer á su campo las disposiciones necesarias para extraerle la bala.

—Si me lo matan en la operación, ya pueden componerse, los fusilo como hay Dios,—les dijo Baninelli,—y ya sabrán otra vez aprender bien en la escuela de medicina.

Y recobrando su energía y su actividad dictó las órdenes convenientes, no sólo para defenderse, sino para organizar una columna y atacar á los pronunciados que, indecisos, habían quedado en su puesto sin atreverse á penetrar á la plaza del pueblo.

—Irás á mi lado,—le dijo Baninelli á Moctezuma III. —Te has portado bien y te repito que si no me matan, serás capitán como lo fué ese pobre cabo Franco.

—Mi coronel,—respondió Moctezuma III,—desde que abrí los ojos, mi madre, porque considero á D.<sup>a</sup> Pascuala como mi madre, me ha dicho que yo soy el descendiente del Gran Emperador de México Moctezuma I, y el licenciado Lamparilla, que es nuestro apoderado, me ha dicho muchas cosas y me ha dado un libro de historia de D. Carlos María de Bustamante que he leído y casi sé de memoria, y aquí en la brigada me llaman el Emperador, pues bien, mi coronel, un Emperador de México no debe tener miedo, como mi coronel no tiene miedo, cualquiera que sea el número de los enemigos, y ya vieron que no les dejé que cogiesen prisionero á mi capitán y se los quité de sus garras. Ya que la suerte me

deparó ser militar, quiero volver á mi rancho cuando pueda y probar á D.<sup>a</sup> Pascuala que la raza del Emperador de México no ha degenerado, y que yo no me dejaré engrillar de los españoles, ni matar de una pedrada. Lo que usted quiera, mi coronel, y no hay sino mandarme.

A pesar de la peligrosa posición en que se hallaba Baninelli, no pudo menos de escuchar con interés el singular y extraño discurso de Moctezuma III. El cabo Franco había concluído por indagar y saber la historia de los tres reclutas que tan arbitraria y violentamente había sacado del rancho de Santa María de la Ladrillera, y en el camino la había referido al coronel; así Baninelli había fijado su atención en estos tres robustos muchachos, y desde el ataque de San Pedro eran como quien dice sus favoritos. En ese momento supremo consideraba á Moctezuma como el mejor soldado de su brigada, y el valor con que rechazó á los enemigos y recogió al herido llamaron fuertemente su atención.

—No hay que perder tiempo,—dijo á Moctezuma III estrechándole la mano y cortando la conversación que no tenía trazas de concluir,—se formará una columna y atacaremos á esa canalla antes de que se atreva á entrar al pueblo; pero ¡qué diablos!... ¿por qué estás sólo y han consumado la deserción tus compañeros?

—No lo creo, mi coronel. Algo les habrá sucedido, pues de no ser así, estarían conmigo. Desde que fuimos filiados, juramos no separarnos. Los tres tenemos que correr la misma suerte; y el día que mi coronel lo determine, regresaremos á nuestra casa á cuidar nuestros intereses, y á D.<sup>a</sup> Pascuala que es nuestra madre, que está ya vieja y ha de haber tenido mucha pesadumbre cuando nos vió salir con la tropa.

Baninelli no acabó de oír lo que le platicaba el Emperador y dió sus órdenes para formar una columna... pero ¡imposible! Era un hospital y no había ni cien hombres capaces de llevar las armas y sostener un combate. La tropa que no había sido atacada de la enfermedad, estaba completamente desmoralizada, y Baninelli pensó que no era prudente dejarse derrotar y aniquilar; prescindió de su primera idea y se limitó de pronto á establecer algunas fortificaciones pasajeras y organizar una fuerza que en el momento posible saliese á buscar víveres. Este servicio lo encomendó al Emperador.

Los médicos se decidieron á hacer la operación y extraer la bala, y el cabo Franco la sufrió con tal valor que no lanzó ni un solo quejido, y ayudó él mismo á tener las hilas, vendas é instrumentos de los médicos.

Así pasaron cuatro días. Las pocas mazorcas de maíz y gallinas que podían conseguirse, costaban un combate, y el día que logró el Emperador apoderarse de una vaca le mataron dos hombres y le hirieron á cuatro. La situación era insostenible, y el cólera, aunque con menos intensidad, no dejaba de hacer sus víctimas. La resolución única que tenía Baninelli, que era la de retirarse á Mascota y de allí á Guadalajara, no se decidía á llevarla á cabo á causa del orgullo militar que más bien le sugería defenderse hasta morir, pero los mismos enemigos le hicieron mudar de propósito. Una noche se decidieron á acabar con Baninelli y cayeron todos á la vez sobre él. Gracias á las fortificaciones que había hecho, y á que sin duda carecían de parque, pues el fuego de fusilería no era muy nutrido, fueron rechazados con grandes pérdidas. Persuadidos de que no podrían tomar la plaza, donde se había fortificado el jefe de la brigada; establecieron

un sitio en toda forma, y así estaban seguros de que se rendiría por el hambre y tendrían la gloria de hacer prisionero á uno de los jefes más intrépidos del ejército de línea.

Baninelli se sostuvo el primer día con las provisiones que tenía reservadas la valerosa Micaela; el segundo no se pudo distribuir más que una ración de dos tortillas por soldado; el tercero el Emperador, no se sabe cómo, se apoderó de un cochinito que se distribuyó con la mayor economía entre toda la fuerza; el cuarto nada... nadie comió, y hubieron de contentarse con beber la agua cristalina de la fuente del curato; el quinto día, ni esperanza, y varios convalecientes murieron de hambre. Micaela les hacía un caldo de agua, sal y unas verdolagas y yerbas que cogía en el cementerio. Les hacía un daño visible; pero el sexto día, ni aun eso, las verdolagas que nacían de la barriga de los muertos enterrados hacía años en la parroquia, se habían agotado; los enfermos pedían por favor que se les matase; los soldados viejos del regimiento apenas podían levantar el fusil; las mulas de carga comían tierra y estiércol seco, y los perros de la tropa ladraban de hambre y roían los cueros de los aparejos. Baninelli, los médicos y los oficiales habían consumido las reservas del botiquín, es decir, unos cuantos botes de harina de trigo y de maíz, de tapioca y de arrorut y un par de botellas de jerez seco; quedaba un frasco de alcohol, y esto era todo.

Micaela se presentó ante Baninelli.

—Mi coronel,—le dijo,—estoy resuelta á marcharme al anochecer. Yo, que hace quince años que soy cocinera, no quiero morir de hambre. Aquí le traigo á usted las seis últimas tortillas duras que me quedan, le puedo



hacer una sopa sin sal, porque hasta la sal se me ha acabado. Ya veré si me como un pedazo de barriga de esos condenados, pero me voy con permiso de usted. Ya procuraré escapar, y si me matan, tanto mejor. Ya soy vieja y algún día he de morir.

Este corto discurso hizo mucha impresión en el ánimo de Baninelli.

—No tenemos más remedio, Micaela, que morir matando; no te vayas, nos iremos todos esta noche,—le contestó Baninelli.—Haz la sopa sin sal, tráemela y mañana ó estaremos cenando en la eternidad ó tendrás surtida la cocina como para un día de mi santo. Si logro llegar á San Dieguito, pueblo que yo conozco y no dista mucho de aquí, ya verás ¡qué legumbres y qué carneros! ¡hasta flores tendremos!

Baninelli estaba alegre y hasta se chanceaba, primero, porque se había ya fijado en la resolución de romper el sitio y tomar la dirección de un pueblecillo donde había estado diversas ocasiones, y recordaba que era muy fértil y comerciante, y sus labradores llevaban sus semillas, frutas y legumbres hasta la misma ciudad de Guadalupe, que no estaba muy cerca; y segundo, por la sopa de tortillas duras sin sal que le había prometido la buena Micaela. Hacía treinta horas que ni él ni los oficiales habían tomado más que una copa de Jerez de la última botella, ya agotada. Micaela volvió á cosa de una hora con una olla despidiendo un oloroso vapor. Micaela había encontrado en una bolsa de brin, donde echaba cuanto desperdicio encontraba, y que en esta vez le fué muy útil, cabezas de ajo, sal, tomillo, mejorana, cabezas de cebollas, mendrugos de pan, un trozo de queso de la barca, un armazón de pollo, en fin, tesoros por este

estilo. Con todo esto y las tortillas duras y agua á discreción, compuso una sopa abundante, y muy ufana y contenta la presentó al cuartel general.

Baninelli separó una poca para los enfermos, y el resto la comieron él, sus oficiales y los médicos.

Fué el más delicioso banquete de su vida. Confesaron que jamás habían gustado nada tan delicioso, tan exquisito, y se admiraron de que una mujer de carne y hueso hubiese podido guisar tal maravilla. Le llamaron la sopa de los ángeles, y en efecto, la mayor parte de los enfermos que la comieron, recobraron las fuerzas y cobraron ánimo para marchar, pues el coronel les declaró formalmente que en la noche rompería el sitio y tomaría la dirección del pueblo de San Dieguito, y que si lograba llegar, lo que quedaba de la brigada se salvaría.

Baninelli, gracias á su práctica militar y al conocimiento que tenía de los caminos, pues que años antes había hecho una campaña por esos rumbos, se proponía romper el sitio, tomar el camino con dirección á Mascota para engañar al enemigo, y cortar á la izquierda por una vereda que atravesaba una sierra pequeña en cuya falda opuesta se hallaba el pueblo de San Dieguito, lugar, en efecto, de abundantes recursos y apartado del camino real. Prescindiendo de su categoría de jefe y de su genial orgullo, quiso consultar con Moctezuma III y lo llamó aparte.

—Te ha bastado esta campaña,—le dijo,—para hacerte un buen soldado. ¿Qué harías tú, si estuvieses en mi lugar?

—Mi coronel, en vez de morir de hambre buscaría la manera de salir de aquí, engañando al enemigo ó dán-

dole de golpes hasta acabar con él ó que él acabase con nosotros.

—Pues precisamente es lo que voy á hacer esta noche, —le contestó,—y tú reemplazarás al cabo Franco é irás á la vanguardia.

—Como mi coronel ordene,—contestó Moctezuma.— Sólo que...

—Sólo que... ¿rehusarías obedecerme?—le interrumpió el coronel mirándolo con enojo.

—Sólo que,—prosiguió Moctezuma,—si mi coronel me deja escoger á los indios reclutas; le prometo que dejaré á los enemigos tan escarmentados que le permitirán que pase muy despacio con sus enfermos y heridos, y sobre todo con mi capitán Franco, que si no hay otro modo, yo mismo lo llevaré cargado en las espaldas.

—Concedido y escoge tu vanguardia.

—Esos indios, mi coronel, ya saben que soy su emperador y se dejarán matar uno á uno antes de abandonarme, y si otro oficial los manda, echarán á correr y se desertarán. Los indios somos así. El que nos trata bien y no nos desprecia, puede contar con nosotros, ni somos cobardes, ni ingratos, y si mi coronel...

Moctezuma, que había heredado sin duda de su antecesor la manía de los discursos (según el verídico historiador Solís), era interminable una vez que soltaba la lengua. Lamparilla le daba lecciones de retórica y elocuencia cuando iba al rancho de Santa María, mientras D.<sup>a</sup> Pascuala preparaba el almuerzo, y además lo había instruído perfectamente en la historia de su antecesor, de modo que sabía de memoria la ingratitud de Cortés, mandando prender al gran Moctezuma I, después que le había comido sus tamales y tortillas; lo de la tremenda

pedrada que le dieron en la frente sus mismos súbditos; la retirada del conquistador y sus lágrimas debajo del ahuchete de Popotla; por último, el sitio de México y su destrucción; el viaje á las Hibueras y el fin trágico del Mártir de Izancanac (que la baronesa de Wilson ha resucitado).

Esto y mucho más hubiese referido Moctezuma, no obstante lo apremiante de la situación, pero el carácter de Baninelli no era propio para escuchar largos discursos ni lo permitía el grave conflicto en que se encontraban; así le interrumpió en lo mejor de su peroración y se limitó á decir con el aire de autoridad que acostumbraba:

—Bien, bien, entiendo. Te formaré tu vanguardia como deseas, y si te portas bien, ya serás capitán; pero si sucede lo contrario y nos derrotan estas miserables bandas de ladrones, cuenta que te mando fusilar con los cuatro hombres y un cabo que me queden.

—Como usted quiera, mi coronel,—contestó simplemente Moctezuma, y se mordió los labios, disgustado de que no le hubiese permitido el coronel decirle cuál era su plan y el resultado que se prometía.

Baninelli estaba en la más desastrosa posición, no tenía más arbitrio que rendirse sin condiciones á esa siniestra reunión de bandoleros que lo habían sitiado; pero su carácter tenaz y su orgullo de soldado veterano lo sostuvieron, y no influyó poco en su resolución de intentar á todo riesgo una retirada, la confianza y serenidad de Moctezuma III. Restableció en tanto que pudo la disciplina y servicio conforme á ordenanza, de la gente que le quedaba, mandó formar con los fusiles inútiles y las mantas de los soldados muertos, camillas

para conducir á los heridos y enfermos de la peste, destinando la más cómoda para el cabo Franco, que se encontraba muy aliviado después de la extracción de la bala; organizó, finalmente, con los reclutas indígenas que habían sobrevivido la vanguardia, y confirió el mando á Moctezuma, nombrándolo capitán á reserva de la aprobación del gobierno. Concluído el terrible trabajo de organización, una brigada de muertos (moralmente) y de agonizantes y estropeados, Baninelli montó á caballo, mascó un pedazo de cecina con que lo obsequió Moctezuma y esperó el momento favorable. La noche había cerrado oscura y cargada de nubes; la vocería de los enemigos acampados en las cercanías venía de cuando en cuando con las bocanadas de aire, y los que podían llamarse más bien esqueletos que no soldados, preferían la muerte en el combate que la inacción en que estaban.

Moctezuma habló con sus indios :

—Si caemos en manos de esas bandas, que son más bien de ladrones que de pronunciados, seremos matados á palos y á balazos como perros hambrientos; si nos abrimos paso por en medio de ellos, escaparemos casi todos. Yo soy el emperador de México, vuestro emperador, y además capitán que me acaba de nombrar el coronel Baninelli, así yo os mando é iré por delante. No hay que tirar, pues apenas tenemos ya cartuchos. Andar juntos con dirección al enemigo, arrastrarnos por el suelo si es necesario, para no ser vistos, y cuando estemos cara á cara, voltear los fusiles y dar golpes y golpes, hasta que no quede ni uno. Ya veré si sois verdaderos indios y si dais la victoria al emperador y capitán Moctezuma III.

Otro de sus flacos era querer á los curas. Educado

cristianamente por D.<sup>a</sup> Pascuala, los curas eran para él unos semidioses, y les daba más importancia que á Lamparilla, así no quiso dejar el pueblo sin saber la suerte del cura, y dió un brinco al curato, que no estaba lejos, y cuál fué su sorpresa al encontrarse con Espiridión tendido en el suelo, inmóvil y verde como una figura oxidada de Pompeya. Con un visible esfuerzo abrió los ojos y echó una lastimera mirada á su amigo y compañero, sin poder hablarle una palabra. Al entrar al curato á llevarle algunas provisiones al eclesiástico, había sido atacado violentamente del cólera y caído á los piés de la cama, sin poderse ya mover ni, por consecuencia, regresar al campamento. El cura, por su extrema debilidad, no había podido prestarle auxilio ninguno, y en aquel momento los dos estaban convalecientes. El monstruo asiático los había perdonado, pero el hambre se los llevaba más que de prisa.

Moctezuma, que como su antecesor era espléndido, la había pasado menos mal que el mismo comandante de las fuerzas, y desde su salida de Guadalajara llevaba enredadas en la cintura algunas varas de *cecina* y una bolsa de *pinole* (1), y estas provisiones las renovaba constantemente, debido en parte á la amistad íntima que tenía con la que llamaremos la cantinera Micaela. Lo primero que hizo fué dar de beber agua cristalina en abundancia á los enfermos, dejarles una ración de pinole y de cecina, infundirles ánimo y marcharse; y ya era hora, pues Baninelli había movido las riendas de su caballo, y esa reunión de espectros iba entrando lentamente en las profundidades de una noche oscura.

---

(1) *Cecina*, carne seca; *pinole*, maíz tostado y molido con azúcar.

## CAPÍTULO XXII

### Triunfo del Emperador

**P**OR muchas y minuciosas que fueron las precauciones que tomó Baninelli para poder hacer su fuga más bien que su retirada, fué sentido de los enemigos que lo rodeaban, y comenzaron á moverse, á vociferar injurias y amenazas y á disparar sus fusiles, sin orden ni concierto y sin resultado, pues pudo salir de la plaza, atravesar una calzada de órganos y nopales que conducía al camino real y organizarse en la falda de la loma que tenía que atravesar, para internarse en la vereda estrecha que conducía al pacífico y apartado pueblecillo donde esperaba encontrar su salvación.

Fué este momento el que aprovechó Moctezuma para obrar y portarse en el campo de batalla con tanto brío y acierto como si hubiese sido el más famoso de los viejos emperadores aztecas.

Marchó con sus reclutas indígenas directamente hacia donde los gritos, las injurias y las amenazas de muerte eran más perceptibles, suponiendo por esto que allí debería encontrar el grueso del enemigo, ó más propiamente dicho, «el cuartel general.» Ocultándose en las filas cerradas de órganos no fué sentido de los contrarios sino cuando estuvo encima de ellos.

—¡Con las culatas y fuerte hasta acabar con ellos,—  
—dijo á sus indios,—que delante va el Emperador!

Y se lanzó, en efecto, disparando su fusil; los demás hicieron lo mismo, voltearon en seguida las armas por la culata y comenzaron á repartir á diestra y siniestra tan formidables golpes que crujían los huesos de las quijadas de los sublevados y caían al suelo despedazada la cara y derramando sangre. No esperaban tan vigoroso ataque de parte de las fuerzas del gobierno, y continuaron arrojando maldiciones y resistiendo á su vez cuanto tiempo fué posible; pero Baninelli, con el cuadro viejo de soldados que le había quedado que no pasaba de cien hombres, acudió con brío y con espada en manó en auxilio del Emperador, y en momentos se dispersó esa nube espesa de enemigos, mal armada y sin ninguna organización, de modo que pudo ya fácilmente tomar la vereda, encumbrar la loma y descender al lado opuesto sin ser perseguido, pero dejando en el tránsito un reguero de enfermos, de heridos en los combates anteriores y de gente que por el hambre y la fatiga no podían caminar y se quedaban debajo de los nopales abandonados á su propia suerte.

Al amanecer divisó Baninelli el pueblecillo como hundido ú oculto en un parque de altos y frondosos árboles; apenas la veleta de la torre de la iglesia que sobresalía



entre la verdura indicaba que allí había una población: un curso irregular de agua que provenía tal vez del ojo del curato y que brincaba de piedra en piedra para formar más lejos un riachuelo, indicaba la causa de la fertilidad de esa pequeña parte del país en lo general árido, desolado y triste con la sola vegetación de los órganos, nopales y pequeños magueyes, de los que se extrae ese alcohol que se llama mezcal, bebida favorita de los habitantes de ese rumbo.

Baninelli, antes de entrar en esta especie de oasis, hizo alto y pasó revista. De cerca de mil hombres con que salió del rancho de Santa María de la Ladrillera, no le quedaban más que cien útiles y cosa de doscientos heridos ó enfermos. De su tren de mulas, que eran como cuarenta, le habían quedado dos que cargaban la papelería y la comisaría, dos para los equipajes y una para el botiquín. Las demás, muertas de hambre ó rezagadas, los arrieros muertos de la epidemia ó desertados. Vestuario, armamento, parque y cuanto más trae una brigada, quedó abandonado por no poderse conducir. De esta desastrosa campaña sin resultado, insignificante si se quiere, y á la cual la historia no consagrará ni una línea y que costó como seiscientas víctimas, sólo tres personas parecía que no habían sufrido y conservaban sus fuerzas y su aspecto habitual, y eran Baninelli, el Emperador y la cocinera Micaela.

Ya entrado el día, Baninelli penetró en el pueblo. Sus recuerdos no lo habían engañado. El alcalde, con algunos del Ayuntamiento y muchos vecinos lo salieron á recibir, y quedaron asombrados con la breve narración que les hizo de su desgraciada expedición. Distaba el pueblo apenas diez leguas del lugar de los sucesos, y

nada sabían. Ni pronunciados, ni bandas de ladrones, ni el cólera, ni ninguna cosa que turbara la tranquilidad habitual de los moradores, afectos la mayor parte al gobierno de Jalisco. Ricos relativamente, pues poseían tierras cercanas, que cultivaban con inteligencia y esmero, nunca se habían mezclado en pronunciamientos ni rebeliones de ningún género, y se limitaban, cuando eran atacados, á defenderse, hasta que recibían auxilio del gobernador de Jalisco ó del de Zacatecas, pues estaban en el límite de los dos Estados.

El salón del Ayuntamiento fué convertido en hospital; la mejor casa fué cedida para que la habitaran el jefe y sus oficiales, y la tropa fué alojada en una capilla arruinada, pero no había otro local y relativamente prestaba ciertas comodidades. Al Emperador, cuya categoría supieron inmediatamente el alcalde y regidores, porque el mismo Baninelli se lo dijo, añadiendo que era el héroe de la jornada y le debía su salvación, se le alojó en la casa misma del alcalde, en compañía del cabo Franco, que estaba muy mejorado, y hecho todo esto en menos de dos horas se le sirvió á la tropa á medio día un rancho de carne fresca y de arroz y un almuerzo relativamente opíparo al jefe y á sus oficiales, y con esto se efectuó como por milagro la resurrección de los que se creían ya como muertos de hambre, de sed y de cansancio.

Baninelli envió por medio de un correo que le facilitó el alcalde, el siguiente parte al gobernador de Jalisco, para que lo transmitiera al gobierno :

«El enemigo vencido y rechazado. La brigada de mi mando completamente derrotada por el *cólera morbo*. El capitán Franco herido gravemente. Recomendando el comportamiento del capitán Moctezuma. Necesito orden

para regresar á México, reponer las bajas y reorganizar la brigada.»

Baninelli, con la poca fuerza que le quedaba, se fortificó en el hospitalario pueblecillo y esperó la contestación.

Los enemigos que sitiaban á la tropa expedicionaria del gobierno, vueltos en sí del brusco ataque de Moctezuma III, se arrojaron como si fuesen partidas de salvajes fronterizos resueltos á vengarse y llevarlo todo á fuego y sangre. Lejos de sospechar la marcha oblicua de Baninelli, que le proporcionó ocultarse entre las barrancas y arrugas de las lomas antes de un cuarto de hora, creían que había retrocedido y que los esperaba en la plaza, y así asaltaron por todos lados la población, excitados por el licor, pues en la noche habían hecho prisioneros á un arriero que traía en una mula dos barrilitos de mezcal. No encontrando resistencia, penetraron hasta la plaza y se encontraron que no había más que muertos, heridos quejándose dolorosamente y convalecientes del cólera que infundían terror por el color azulado de sus caras y por las contracciones y gritos que les hacían dar los calambres y náuseas.

Más furiosos todavía por no haber encontrado con quien desquitarse, unos prendieron fuego á algunas chozas de palma ó de pencas de maguey, mientras otros traían una vaca amarrada por los cuernos que se resistía á andar y la obligaban picándola con las espadas y dándole fuertes palos. Aquellos hombres, locos con el alcohol, hicieron una hoguera frente á la casa que acababa de dejar Baninelli y arrojaron la vaca viva á las llamas, al mismo tiempo que le metían la espada por todas partes, hasta que el animal, que se defendía y daba fu-

riosos saltos y bramaba de dolor, sucumbió y no pudo moverse. Entonces le quitaron la piel, cortaron trozos de lo mejor y los echaron á otra hoguera.

Como una hora duró este banquete salvaje de carne medio cruda, que hacían entrar á fuerza á sus estómagos con tragos del mezcal que les había quedado. No tardaron mucho en experimentar los efectos de esta asquerosa comida entre muertos y apestados. El cólera, que había disminuído dos días antes de la salida de la brigada, apareció de nuevo con una intensidad terrible, y como si fuese el instrumento vengador de la Providencia indignada de tanto exceso, atacó mortalmente á la mayor parte de esas chusmas de mala gente que creían haber obtenido una victoria y hecho huir á los soldados agueridos de Baninelli. Uno tras otro fueron cayendo en el lugar mismo en que acababan de comer, presa de dolores y de convulsiones horrosas. Se levantaban, querían huir, pero á pocos pasos caían para no volverse á levantar. Los que no fueron atacados, montaron á caballo y huyeron á galope tendido en todas direcciones.

Un viento fuerte que comenzó á soplar, revivió el fuego casi apagado de las chozas incendiadas y de las hogueras, y pronto se comunicó á la plaza casi llena de los que acababan de enfermarse, y que, arrastrándose aterrORIZADOS, querían huir de las llamas sin poderlo conseguir.

El cura y nuestro amigo Espiridión, que pudieron alargar un poco la vida con el escaso alimento que les había dejado Moctezuma III, escucharon los gritos, las vociferaciones amenazadoras y el fuego graneado de fusil. El peligro les dió fuerzas sobrehumanas, y trataron de huir, pero imposible, caían á cada paso que querían

dar y apenas lograron llegar á la cocina y tomar agua fresca y asomarse al mirador, contemplando con terror el incendio que rápidamente se extendía con dirección al curato. Próximos á morir primero de hambre y de debilidad, á no ser por el inesperado auxilio de Moctezuma, en ese momento estaban irremisiblemente condenados á morir quemados vivos.

Por fortuna para ellos, al viento fuerte siguió un huracán que cambió de dirección, y las chispas y llamas se dirigían con una una rápida velocidad á la plaza, que se convirtió á los quince minutos en una inmensa hoguera. Los cajones de parque que había dejado Baninelli estallaron, convirtiendo en ruinas las casas cercanas; los sacos de vestuario ardieron; las llamas, alimentadas con la grasa de los cadáveres y de las mulas muertas de hambre, lamían la superficie del suelo y abrasaban á los moribundos que lanzaban gritos de dolor y de desesperación que llegaban hasta los oídos del cura y de Espiridión, que, mudos de espanto, no despegaben su cara de las vidrieras del balcón.

Pasaron una parte de la noche en la más cruel agonía, temiendo que cambiase el viento y, llegando naturalmente las llamas al curato, fuesen abrasados sin medio alguno para escaparse, y por otra parte, aun cuando hubiesen podido salir ¿á dónde ir? el pueblo más cercano distaba diez ó doce leguas, y el estado en que se hallaban no les permitía ni aun bajar la escalera.

Amaneció un día turbio y tristísimo, como si la naturaleza hubiese también tomado parte en la catástrofe. El huracán había disminuído y soplaba en la misma dirección, y el fuego, habiendo devorado cuanto tenía que devorar, apenas se distinguía por una que otra pálida llamarada

producida por la pólvora y los cartuchos esparcidos por el suelo. Había algunos moribundos que, no habiendo sido quemados lo bastante para perecer, se quejaban y pedían socorro. Poco á poco se fueron extinguiendo estos ecos dolorosos, y el solemne silencio completó el pavor de esa escena en la que la peste y la guerra se unieron para hacerla más horrorosa. No quedaban en el pueblo más que el cura y Espiridión, y si Dios no les enviaba un auxilio, no contaban sino algunas horas más de vida.

Por este tiempo salió una misión del Convento Grande de Nuestro Seráfico Padre San Francisco de México y se dirigió á Querétaro, donde hizo sus predicaciones y dió una semana de *desagravios* (1); de esta ciudad tomó el rumbo de Jalisco, pero sin detenerse en poblaciones grandes, sino visitando pueblos pequeños de indígenas, á los que bautizaba y enseñaba la doctrina cristiana. Muchos de los indígenas no recordaban haber sido bautizados, y en la duda recibían las aguas sagradas é ingresaban en la comunión cristiana. En cambio de estos buenos oficios, los religiosos recibían abundantes provisiones que ya no cabían en sus sacos, y sobrándoles para su alimento, repartían lo que les quedaba á los pobres que encontraban en el camino ó en miserables rancherías. Eran cuatro robustos y valerosos frailes, animados de un espíritu evangélico y á los que no arredraba ningún género de dificultades ni de peligros, últimos restos quizá de los doce célebres y con justicia renombrados *apóstoles* que tantos beneficios hicieron á la raza indígena, ejercían su ministerio consagrándose á

---

(1) Práctica religiosa que dura tres ú ocho días. Misa, sermón, rezos diversos, penitencias, confesión general y por último comunión y misa solemne.

instruir á los ignorantes, á socorrer á los pobres y á mitigar las penas de los desgraciados. De vereda en vereda, después de caminar cosa de quince leguas sin encontrar á alma viviente, llegaron al lugar que acababa de ser presa de las llamas, y quedaron espantados del aspecto de las casas reducidas á ceniza y de los cadáveres insepultos y regados por las calles, ó carbonizados en la plaza. Recorrieron el pueblo y registraron las pocas casas que quedaban en pié sin encontrar á nadie, pues hasta las ratas y las sabandijas habían huído, y por último se dirigieron al curato. Un momento más y habrían encontrado dos cadáveres. La fe de que serían socorridos por Dios, cuando menos lo pensaran, dió fuerzas al cura y á Espiridión y prolongaron su vida, bebiendo la agua cristalina, y saciando así la sed devoradora que los atormentaba.

Los mismos misioneros, que tenían bien provistas sus alforjas hasta de medicinas, los atendieron con esmero, les administraron las medicinas que tenían á mano y que creyeron mejores, les prepararon alimentos sencillos, y á los dos días, estando capaces de caminar, salieron todos del horroroso lugar, y tomando casualmente la misma vereda que Baninelli, fueron á dar al ameno pueblo de San Dieguito.

Baninelli no recibía aún respuesta del gobierno; tanto mejor, su fatigada tropa se reponía visiblemente; la herida del cabo Franco cicatrizaba, y él mismo sentía recobrar su ánimo para hacer su marcha á la capital, reorganizar su regimiento y quedar en pocos días expedito para emprender otra expedición, no importa donde, si el Presidente se lo ordenaba. Recibió perfectamente al cura, á los misioneros y distinguió especialmente á Es-

piridión, llamándole valiente y tendiéndole la mano. El recluta la tomó, la estrechó entre las suyas y le dijo, que habiendo hecho voto, si quedaba con vida, de entrar en el convento y hacerse fraile, le pedía que le diese su licencia absoluta.

Baninelli rió mucho de la ocurrencia, trató de disuadirlo y de persuadirlo que era mejor la carrera de soldado que la de fraile, pero no hubo remedio; Espiridión insistió, no obstante las súplicas de Moctezuma III, que no quería separarse de él. Baninelli se dejó persuadir teniendo en cuenta que lo había ya dado de baja como desertor ó como muerto del cólera, le permitió que siguiese con los frailes misioneros y que cuando llegase él á México le conseguiría su licencia.

Pasaron los días absolutamente necesarios para la ida y vuelta de los correos en tan largo camino, y Baninelli recibió cartas muy satisfactorias del ministro de la Guerra, en las que lo autorizaban para regresar á México por la vía más corta, y le enviaba libranzas pagaderas por las administraciones de tabacos. San Dieguito tenía un encargado que surtía las haciendas y pueblos cercanos y colectaba regulares fondos. Baninelli pudo, pues, ponerse en camino, pagar con mano larga los gastos que había hecho su tropa durante su residencia y resistir con ventaja á las partidas diseminadas en el Estado de Jalisco que intentaron impedirle la marcha, pero sin atacarlo formalmente. Supo en su tránsito que el valiente recluta Juan no había consumado deserción, sino que al hacer su servicio de escucha había sido sorprendido y capturado por una temible partida que mandaba *Bueyes Pintos*.

Baninelli resolvió hacer su última jornada en el ran-



cho de Santa María de la Ladrillera para avisar desde allí al Presidente su llegada, reparar hasta donde le fuese posible los daños que había causado el cabo Franco en su primera expedición y conocer á la propietaria que servía de madre á los tres muchachos que tan valientemente se habían portado.

Espiridión emprendió su camino por rumbo opuesto en compañía del cura y de los cuatro misioneros, y como hacía cinco meses que habían salido, regresaban ya al Convento Grande de Nuestro Seráfico Padre San Francisco. Su propósito era el de descansar unos días y emprender nuevamente sus trabajos apostólicos por el rumbo de Chalco, Texcoco, Tepetlaxtoc, la Blanca, el rancho de los Coyotes, Ameca y Cuautla. La intención de Espiridión era de aprovechar los días de descanso de los religiosos para ver á sus padres, entrar en seguida de lego y seguir á los misioneros.

Al día siguiente de la llegada de Baninelli se presentó en el rancho de Santa María de la Ladrillera el jefe del Estado Mayor del Presidente y le entregó una carta en la cual el jefe del Estado le decía muchas palabras afectuosas, ordenándole al mismo tiempo que hiciese su entrada de noche para que el público no viese el estado deplorable en que venía la brigada, y que en la madrugada pasase á San Angel, donde permanecería para que convalecieran los enfermos, se hicieran nuevos reclutas y recibiese vestuario y sus haberes atrasados. El jefe del Estado Mayor, con quien comenzaremos á hacer conocimiento, era un hombre de más de cuarenta años; con canas en la cabeza; patillas y bigote que se teñía; ojos claros é inteligentes; tez fresca, que refrescaba más con escogidos coloretos que, así como la tinta de los ca-

bellos, le venían directamente de Europa; sonrisa insinuante y constante en sus labios gruesos y rojos, que enrojecía más con una pastilla de pomada; maneras desembarazadas y francas; cuerpo derecho y bien formado. Era, en una palabra, un hombre simpático y buen mozo, aun sin necesidad de los afeites. Vestía con un exagerado lujo, pero sin gusto ni corrección; colores de los vestidos, lienzo de las camisas, piel de las botas, todo finísimo, pero exagerado, especialmente en las alhajas, botones ó prendedores de gruesos diamantes que valían tres ó cuatro mil pesos, cadenas de oro macizas del modelo de las de catedral, relojes gruesos de Roskell, botones de chaleco de rubíes, además lentes con otras cadenas de oro más delgadas, en fin, cuanto podía poner de piedras finas y de perlas, permitiéralo ó no la moda, tanto así se ponía. Era notable su colección de bastones con puño de esmeralda, de topacio ó de zafir; era la admiración y la envidia aun de los generales cuya fortuna permitía rivalizar con él. Por esta extravagancia y lujo en su persona, el agudo y malicioso Ciego Dueñas le llamaba Relumbrón; otros lo conocían con el apodo de *Ocho duros*, porque no se le caía de la boca este ritornelo. Si se trataba de cualquier objeto por valioso que fuera, ofrecía siempre ocho duros por él; si daba un cigarro habano á un amigo añadía: es un puro magnífico, vale ocho duros el ciento; si concurría á un café y convidaba á los amigos y pagaba por ejemplo dos pesos, sacaba ocho duros de la bolsa y los tiraba sobre la mesa, diciendo al mozo: págate; el mozo se pagaba y le devolvía lo sobrante, y la exageración de esa palabra no tenía límite. ¡Ocho duros! ¡qué bonita muchacha! ¡Ocho duros! ¡qué golpe me he dado en la rodilla! ¡Ocho

duros! ¡qué bravos estuvieron los toros el domingo! y así, siempre que hablaba.

Vestido con su uniforme militar, y haciendo su servicio al lado del Presidente, era un hombre enteramente correcto. Ni refrán, ni ritornelo alguno, ni joyas, ni exageración en el vestir, ni aun pintura en los carrillos y labios. Un día que el Presidente lo miró con atención, dijo como si tratara de generalidades:

—Los militares que se pintan, se acicalan como mujeres y se ponen corsé, son indignos de pertenecer al ejército. El aseo y el vestido, conforme á la ordenanza, y es todo. Los refranes,—añadió,—son de gente ordinaria.

Relumbrón se corrigió, pero el sobrenombre se le quedó; pocos sabían pormenores de su familia. En su oportunidad seguiremos hablando de este singular personaje.

Baninelli y el jefe del Estado Mayor pasaron juntos el día y parte de la noche en el rancho de la Ladrillera, siendo obsequiados por Moctezuma III y especialmente por nuestra antigua conocida Jipila, que, muy inteligente en materias de campo y conociendo la historia y usos de cada planta y la manera de cultivarlas, había puesto sus cinco sentidos y reparado las pérdidas que ocasionó la irrupción del cabo Franco. Las tierras estaban todas sembradas; los potreros con un pasto verde y fresco; la casa aseada y compuesta, y una colonia de indios de Zacoales y San Cristóbal, conocidos antiguos de las dos brujas, hacía las labores y servicio de una manera regular, sin flojear ni robarse ni un elote. D.<sup>a</sup> Pascuala, con la llegada de Moctezuma que fué á verla á Tlalnepantla con su uniforme de sargento, y de Espiridión que llegó poco después acompañado de los frailes francisca-

nos, recobró de una manera milagrosa el uso expedito de la palabra, pues desde el día memorable en que el cabo Franco se llevó á los tres muchachos, tenía mucha dificultad en expresarse y guardaba el mismo estado de imbecilidad que D. Espiridión.

D.<sup>a</sup> Pascuala fué conducida al rancho y tomó de nuevo posesión de su aseada recámara, de su abastecida cocina y de sus burros, vacas y perros, que no la habían olvidado, y le demostraron su cariño con fiestas, ladridos y saltos. Espiridión partió con los frailes al Convento Grande de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, lo que fué muy del gusto de la madre, y Moctezuma III marchó con Baninelli, el que pagó largamente los gastos que hizo su destrozada tropa.

Relumbrón alojó en San Angel á su amigo el coronel en una casa lujosa de su propiedad, y la tropa y enfermos fueron á dar al Convento del Carmen, con gran disgusto de su prior el esclarecido y sabio Fr. Manuel Nájera.

Esta penosa y difícil campaña, en la que los verdaderos héroes fueron los tres reclutas del rancho de Santa María de la Ladrillera, apenas fué conocida en la República. Los editores del famoso periódico *La Sabiduría*, se limitaron á poner el siguiente párrafo:

«Anoche entró á esta capital y siguió para San Angel, procedente del rumbo de Jalisco, la brigada del coronel Baninelli. Sorprendida por el cólera morbo, ha tenido que retirarse batiendo en su tránsito algunas partidas de revoltosos. Un descuido del guarda parque ocasionó un incendio en el pueblo de los Amoles, donde estaba situado el cuartel general. El fuego se propagó en momentos, y la mayor parte de las casas fueron presa de las llamas.

El cura, que estaba enfermo en el lecho, fué quemado vivo y sólo escapó un muchacho que recogieron unos padres misioneros. Esta catástrofe ha sido muy útil y provechosa para toda la nación, pues que purificó la atmósfera y ha preservado á Guadalajara y á esta hermosa capital de la visita del monstruo asiático. Salvo el tifus que ataca en los barrios á la gente pobre y desaseada, el estado sanitario no puede ser más satisfactorio. Felicitamos al coronel Baninelli, que en pocos días se repondrá en el florido pueblo de San Angel.»

En el mismo periódico apareció un suelto que decía:


«A ÚLTIMA HORA

»El licenciado D. Crisanto Bedolla y Rangel ha sido sacado anoche de su prisión y conducido con una fuerte escolta (suponemos) al Puerto de Acapulco. Omitimos toda especie de comentarios.»



## CAPÍTULO XXIII

### Panzacola

ARECERÁN increíbles las escenas que acabamos de describir, pero lejos de eso, son de la más rigurosa exactitud. México es un país singular como no hay otro. Mientras en una población reina la peste y es destrozada por esa gente nómada que circula á pié y á caballo por el país sin oficio ni beneficio y en busca de ocasiones para *habilitarse*, en otra muy poco distante se disfruta de una paz y de una seguridad completa (1). Llega el jefe de una columna de tropa á un rancho, hacienda ó pueblo pequeño, dispone de la fortuna y aun de la vida de los habitantes, se hace servir por los alcaldes y regidores como si fuesen sus criados, se

---

(1) Tenemos que repetir á cada momento que México, en un período de diez años, ha cambiado de una manera tal, que el mismo autor de esta obra, ausente hace años, si regresase, creería que era otra ciudad distinta de la en que nació.

apodera de los caballos y á veces de las más bonitas muchachas, y se marcha dejando á los habitantes en la más grande consternación, á la vez que otro jefe, que camina por otro rumbo, se encuentra sin tener ni quien le proporcione una gallina, tiene precisión de pagar todo á precio de oro, deja en ese pueblo cuanto dinero tiene en caja, y saliendo á toda prisa del pueblo por no ser víctima de la hostilidad de las gentes que lo habitan, que favorecen la deserción de la tropa, se hacen pagar muy caro los más insignificantes auxilios, le roban los caballos y mulas del servicio y lo extravían en su ruta. Esto, que parece común, se repite frecuentemente, y Baninelli, que ha visto de todo, ha tenido á veces esas contrariedades, no obstante su carácter enérgico y poco sufrido.

Pero donde se pueden marcar bien tales contrastes es en la capital misma. Llegada la temporada de San Angel, ya no se piensa en otra cosa. Que la República arda por el Sur ó por el Norte, que el Ministerio cambie, que los generales se pronuncien, que las pagas de los empleados anden escasas, que el Gobierno caiga, todo esto y más todavía, es completamente indiferente para los habituados á la temporada de San Angel.

No les falta razón. Es un pueblo tan tranquilo, tan bello, de una dulce temperatura y tan sano, que muchos enfermos, aun de gravedad, con sólo el aire que respiran, logran la salud en menos de dos meses. Situado á cosa de 72 varas de altura, de sobre el nivel de la Plaza mayor de México, el aire no está impregnado de los miasmas deletéreos, producto de los desechos de una numerosa población, y el oxígeno de los pinos de la montaña y el perfume de las flores de los jardines influ-



yen en reconstituir el organismo de una manera tan rápida que parece fabulosa. Ninguno puede dar mejor testimonio de ello que el simpático y tiernísimo poeta Casimiro del Collado, que prefiere su castillo y sus extensos y aromáticos jardines de San Angel á los espléndidos y dorados salones que habitaba en un barrio aristocrático de París, en la calle que tiene el nombre de uno de los célebres escritores franceses (1).

El pueblo, solitario más de la mitad del año, las casas cerradas, los pocos vecinos vegetando más bien que viviendo en una especie de calma y soñolencia apacible de la que despiertan un momento el domingo, con el *tianguis* y con la llegada en su coche, ó en el ómnibus de algún propietario, que teniendo, como los Gargallos y Collados, sus casas dispuestas y amuebladas, van á descansar del trabajo y fastidio de la semana.

Pero apenas se comienzan á sentir en la capital los calores del verano, y se habla de casos de disentería ó de tifus en algunos de los barrios pobres y desaseados, cuando se arrebatan, como quien dice, las casas, y más de la mitad de los que las solicitan en arrendamiento, se quedan sin ellas. Ya en fines de Junio la animación, el movimiento y la alegría no conocen limite, no sólo en el pueblo, sino desde la garita del Niño Perdido. Coches y carretelas elegantes, pesadas máquinas antiguas que se conocían con el nombre de coches á la Bombé, carros y carretones de dos ruedas, burros cargados y caballeros galopando en buenos corceles, llenan la calzada, especialmente los sábados. Es más bien un paseo de tres leguas que no un camino transitado sólo una parte del

---

(1) Rue de Balzac.

año por los carros que conducen la leche y por los hortelanos que van á vender frutas y flores á la capital.

Antes de llegar al pueblo de San Angel se encuentra un río poco caudaloso en las secas, pero bien surtido de agua en la estación de las lluvias, las más veces cristalina, y ruidoso por su lecho de piedras sueltas y redondas, pero siempre sus orillas tapizadas de flores silvestres amarillas, rojas y azules. Termina esta calzada con un viejo y vasto edificio, de una fachada sucia con el polvo y las aguas y al parecer arruinado, pero disminuye su aspecto sombrío con el matiz verde de unos fresnos gigantescos que forman fresca bóveda antes de penetrar á los patios interiores.

Este edificio se llama el «Obraje de Panzacola,» porque en efecto se construyó, ó se adaptó por lo menos, en tiempos muy anteriores, para una fábrica de paño, que nunca pasó de ser muy ordinario y de malísima calidad, que se destinaba, en competencia con el paño de Querétaro, para vestir á la tropa de línea.

Cerróse la fábrica y quedó por algunos años abandonado el caserón, al cuidado de un jardinero y de algunos peones, destruyéndose día por día, y siendo, según malas lenguas, el refugio de ladrones; de manera que, al llegar á Panzacola los paseantes y viajeros, tenían miedo de ser asaltados y sacaban sus pistolas ó apresuraban el paso, y no se consideraban seguros, sino cuando pasaban la capillita que está cerca del puente y entraban en la larga y pintoresca calle de Chimalistac, que por esa parte parece el término de la llanura y el principio de la sierra frondosa que circunda al valle de México. Está formada esa calle recta por una serie de casas de campo con jardines y amplias huertas cerradas con muros de

piedra, sobre los cuales se derraman en graciosos festones las rosas enredaderas amarillas y blancas, las campanulas azules y las ramas de los perales y manzanos.

En una de estas casas, formando chaflán, su portada elegante adornada con dos altos pinos al frente, fué donde Relumbrón instaló á su amigo Baninelli.

La calle principal de Chimalistac termina en lo que se llama el Arenal, y desde allí se descubre como elevado expresamente á la manera de los jardines de Semíramis el pueblo de San Angel, dejándose apenas ver entre las verdes y frondosas copas de los fresnos las relucientes cúpulas de azulejos del convento del Carmen. Allí estaba alojada la destrozada brigada, y allí, haciendo su servicio con la mayor inteligencia y puntualidad, nuestro antiguo amigo Moctezuma III.

El Arenal es una calzada, ó mejor dicho, la continuación de la calle Real de Chimalistac. En el lado izquierdo viniendo de México, está la famosa huerta de los carmelitas, limitada con una alta muralla de piedra volcánica que permite, sin embargo, ver las copas de un cerrado bosque de peras y manzanas, y si se vuelve la vista por la derecha se recrea con el panorama que forman las lomas que suave y gradualmente conducen á lo alto de la montaña, en cuyo pié parece estar situada la hacienda de Guadalupe, como una isla rodeada del mar verde, que remedan las espigas del trigo y de la cebada cuando el viento pasa sobre ellas y las agita, ocasionando una verdadera tempestad. El Arenal es penoso para las mulas flacas de los coches pesados y para los caballeros que han galopado desde la garita y tienen que vencer con trabajo y á paso lento el fin de esa jornada, pero quedan sobradamente indemnizados con el ambiente suave y

perfumado de la montaña, con la alegría de un cielo azul y limpio, de un suelo verde y florido y con la dulce sombra de los copados fresnos del atrio del convento.

Estamos ya en el San Angel de la temporada. Las casas ocupadas, alegres, abiertas de par en par las puertas y ventanas desde las seis de la mañana, dejando ver sus patios y jardines, las más bonitas muchachas vestidas de trajes ligeros de colores fuertes y variados, entrando y saliendo á la iglesia, cuyas campanas sonoras llaman á la misa y á la festividad dominical, niños corriendo y saltando, jóvenes elegantemente vestidos de verano y señores graves y mayores con sus bastones de puño de oro y sus levitas de piqué blanco, revisando y fijando sus lentes en las devotas criaturas que tienen ocasión de lucir su garbo y su destreza en manejar sus rebozos de seda, y todo este moviente cuadro variado con las indias cargadas de fruta y de legumbres que se dirigen al tianguis, con los ómnibus que salen ó vienen de México y con los coches que llegan llenos de gente de buen humor y de convidados á una casa ó á otra á pasar un día de campo.

En la tarde paseos á Chimalistac ó á Tizapan y al Cabrío. Las señoras en burro, los hombres á pié ó á caballo, y los músicos detrás de la caravana para improvisar un baile debajo del primer grupo de árboles que encontrasen al encumbrar la montaña. No hay para qué decir que los tamalitos cernidos, el atole de leche y los chongos son todavía el elemento indispensable de estos paseos, en los que el amor, con todos sus graciosos y multiplicados incidentes, tomaba una parte activa, y no pocos casamientos se concertaron en el Cabrío y en las huertas frescas y floridas de Tizapan.

Imposible de mencionar San Angel sin recordar tiempos que pasaron, y que, como las golondrinas de Becquer, no volverán. Un capítulo sería poco para describir las variadas escenas de una *Temporada*, y la pluma más fácil y valiente haría siempre descripciones pálidas de esa naturaleza que, sin ser lujuriosa y exhuberante como las de las tierras calientes, tiene todo el año su alegre vestido de verdura salpicado de flores, donde se encuentra un clima templado y dulce y una serenidad y calma como la de los Campos Elíseos de los antiguos griegos. Basta, pues, con estos renglones, y volvámonos á Panzacola para no interrumpir el hilo de nuestra narración.

Un contratista de vestuario, (porque desde años atrás los contratistas de vestuario entendiéndose con algunos oficiales poco escrupulosos, y sisando hasta las hebras de hilo á las infelices mujeres que cosen *ropa de munición*, han hecho grandes fortunas y han ingresado á la aristocracia), compró esa grande finca casi en ruinas, donde además se decía que espantaban, desde que la policía descubrió unos fabricantes de moneda falsa, que huyeron dejando en circulación su imperfecta moneda y sus sombras para asustar en la noche á los que pretendieran habitar la desmantelada casa. El contratista, que era un viejo corrido de mundo, no se arredró por esto, obtuvo la finca por menos que nada, se propuso restablecer la fábrica de paños y reconstruyó de pronto el frente de la casa con todas las comodidades para habitarla en las temporadas de verano. En la fachada, que tenía vista á la calzada de los viejos fresnos, construyó un extenso salón ó mirador de cristales; á éste seguía otro salón decorado de blanco y oro, con una balconería en cada costado, desde la cual se descubría de un lado la ciudad de México con

sus cien torres y cúpulas, y como terminando en el pequeño cerro del Tepeyac con su capilla en la cumbre, y del otro el caserío de San Angel y la pintoresca graduación de lomas sembradas de trigo, que sirven como de una grande escala que termina en la alta montaña sombría cubierta de un bosque de pinos. Seguía una serie de piezas destinadas para alcobas, más ó menos bien decoradas, pero amplias y cómodas, que terminaban en el comedor, que cerraba el cuadro y tenía también un mirador de cristales que daba al campo. Lo demás del edificio, que sirvió para fábrica de paños y de moneda falsa, guardaba el mismo aspecto ruinoso y sombrío, esperando que su nuevo propietario ú otro cualquiera lo destinasen á una industria honesta y útil; pero esto no llegó á verificarse, pues el contratista que, como dicen, estaba en fondos, encontró que el juego podría ser un negocio mejor que el de fábrica, y dicho y hecho, apresuró cuanto pudo la conclusión de los trabajos de reparación, amuebló y adornó la casa con un lujo de hombre ordinario y sin gusto, y un domingo convidó á sus amigos, á los hombres de dinero y á todos los demás que podían perder quince ó veinte onzas. En el gran mirador de cristales apareció una mesa con su carpeta verde, sus dos velones y sus dibujos para designar el lugar de la talla, y en el comedor, una mesa aun más grande que la del juego, donde cómodamente podían sentarse cien convidados. La concurrencia fué mayor que la que esperaba, y la sesión de medio día le produjo doscientas onzas libres de todo gasto: la de la noche trescientas. Una utilidad á poco más ó menos de ocho mil pesos cada semana, ó treinta y dos mil al mes, le quitó de la cabeza toda idea de ser industrial y se decidió á ser *montero*.

La talla de medio día comenzaba entre doce y una, y terminaba á las tres y media de la tarde. A las cuatro la mesa del comedor estaba cubierta de guisados, de más de treinta frutas diversas, de *antes*, postres, jaleas, tortas y pasteles, como entonces se usaba, vino á discreción: nada de ordinarièces; chile y pulque ni olerlos. El rico contratista se había procurado uno de los raros cocineros franceses que había en la ciudad, y el viejo Paoli, con su exquisito beeftek, contribuía no poco á hacer que el banquete dominical fuese espléndido. La talla de la tarde comenzaba á las seis y duraba hasta las once de la noche. La mesa se cubría de nuevo con carnes frías, té, café, chocolate, helados y pasteles, y todos los concurrentes á la carpeta verde, y aun los que no lo eran, tenían plena libertad para entrar y salir al comedor, é inútil es decir que tal modo de conducir la negociación producía los mejores resultados. Cada domingo era más numerosa la concurrencia, y muchos no cenaban ó se ponían á dieta el sábado para llenar el estómago el domingo y darse gusto hasta más no poder. Unos pagaban bien caro la fastuosa hospitalidad y les costaba ciento ó doscientos pesos la comida; otros comían bien y retiraban en la noche con media docena de onzas en el bolsillo, y los dependientillos de almacenes y los muchachos que comenzaban á hacer sus excursiones al campo en caballos alquilados, ni se acercaban al salón de juego, comenzaban á comer de todo y por su orden, y no cesaban hasta la media noche, en que regresaban á México en camada sin haber perdido ni un centavo.

El negocio caminaba así viento en popa, hasta un domingo en que apareció por Panzacola nuestro conocido Relumbrón (y así le continuaremos llamando), que era

en el fondo rival del viejo contratista y en la apariencia amigo. Lo iba á visitar, pues hacía más de dos meses que no le veía, y aprovechaba la ocasión con motivo de la residencia en San Angel de su amigo el coronel Baninelli, pero su verdadera intención era probar fortuna. Por todo capital efectivo le quedaban veinte onzas y un par de cien pesos que había dejado en su casa para el gasto. Relumbrón, sin embargo, tenía casas en México, una hacienda, una huerta en Coyoacán, la casa que había cedido á Baninelli en Chimalistac y muchos otros negocios, y ganaba dinero por aquí y por allá, pero al mismo tiempo hacía cuantiosos desembolsos, pagaba libranzas por efectos comprados á crédito, sostenía tres casas con lujo, prestaba á los amigos y no les cobraba, hacía frecuentes regalos de valor á los personajes influyentes; en una palabra, ningún dinero le bastaba, y desaparecía de sus manos como si un prestidigitador se los quitase en uno de esos pases de destreza; no tenía ni orden ni contabilidad, y un dependiente le llevaba meros apuntes en un libro de badana encarnada, y eso cuando estaba de humor de darle los datos. Lo que sí llevaba con mucha puntualidad era un registro que cargaba en su bolsa, de la fecha en que debía pagar las libranzas que había aceptado. Ya tendremos ocasión, y pronto, en que él mismo nos cuente su vida y sus negocios.

La semana que precedió á su excursión á Panzacola, parece que habían llamado con campanita á sus acreedores, sastre, costureras, rentas de las casas de las odaliscas de su serrallo, letras vencidas, la mar... Fué para él una semana magna que la ocupó toda en pagar, no quedándole el sábado, á las seis, más que las cantidades que ya hemos dicho, pero era hombre de expedientes y



no se abatía cuando la fortuna se le presentaba un tanto uraña. ¿Pedir dinero? ni por pienso. Tenía seguridad de que con cuatro letras á cualquiera de los agiotistas á quienes conocía, habría tenido en el acto dos ó tres mil pesos, pero eso acababa con su crédito. El siempre la echaba de rico y decía frecuentemente, viniese ó no al caso ¡ocho duros! Nunca me faltan en mi caja mil ó dos mil onzas... ¿Hipotecar las fincas que tenía? Tampoco; eso era largo á causa de las formalidades que son necesarias, y además, algunas las había comprado al crédito y todo lo debía; así, alegre delante de su familia, pero, sin poderlo remediar, un poco alarmado, pues estaban próximas á vencerse otras libranzas por compra de unas cuatro mil cargas de maíz que no podía vender sino perdiendo la mitad, resolvió dar un golpe decisivo en Panzacola, y si le salía mal, vendería el maíz en cualquier cosa, empeñaría sus alhajas, y ya vería lo que le ocurría para completar.

Mandó poner el carruaje más elegante de los cuatro ó cinco que tenía y el mejor tronco de caballos; se vistió de verano, sin dejar de cubrir su pechera y puños de camisa con diamantes; se echó en la bolsa un grueso cronómetro con la leontina más escandalosa, una verdadera cadena de presidiario, de oro y rubíes, y como seguro de su buena estrella fué fumando habaneros por todo el camino, y sonriendo como si estuviese haciendo la corte á una hermosa dama. Fuese derecho al cuartel del Carmen, donde estaba seguro de encontrar á su amigo el coronel, que no se despegaba de su tropa, deseoso de reconstituir lo más pronto posible su derrotada brigada. No lo encontró; había, en efecto, trabajado desde las cinco de la mañana y acababa de retirarse á su casa, ó

mejor dicho, á la de Relumbrón. En menos de cinco minutos sus briosos caballos lo condujeron á ella.

Después de los saludos de costumbre y apretones de mano, los dos amigos entraron en conversación.

—Almorzará usted conmigo,—le dijo Baninelli;—almuerzo de soldado, pero bien hecho; Micaela, mi cocinera, está como en la gloria con tanta legumbre, frutas y carne como hay en este pueblo. Me contenta con dos ó tres platos, pero á cual mejor.

—No prosiga usted; ya sé qué casta de cocinera tiene usted y vale oro, especialmente en campaña, que cuando todo el mundo se muere de hambre, le sirve á usted un banquete; otro día aceptaré, lo que es hoy los dos almorzaremos ó comeremos en Panzacola. He venido con el propósito firme de derrotar á ese viejo ordinario que usted sabe se enriquece cada día más á costa de los soldados del ejército mexicano...

—Como que yo...—interrumpió el coronel.

—No diga usted más, ya sé que usted ha hecho proposición para que su tropa misma, en la que cuenta sastres y cortadores, construyan el vestuario por la mitad de lo que se le paga al contratista, pero no le han hecho á usted caso, ni le harán.

—¿Y cómo sabe usted tantos pormenores, aun los de mi cocinera?—le dijo Baninelli.

—¿Y cómo un soldado viejo como yo no sabría estas y otras cosas, siendo además jefe del Estado mayor del Presidente? El ha referido delante de mí, anécdotas muy curiosas de las campañas de usted y ¡ocho duros! lo que más en gracia me cayó fué lo relativo á Micaela y los ingeniosos medios de que se vale para apoderarse de las gallinas, palomas, cochinos y de cuanto encuentra; pero

dejemos eso. Vístase usted de paisano y venga conmigo á Panzacola, y allí pasaremos un día muy divertido y será usted testigo de una batalla como jamás la ha visto desde que es soldado.

—Y bien que la he visto,—le contestó Baninelli.—Campana de albures. Perdí una vez hasta la camisa, y ahora me alegro, aproveché la lección. Juré no volver á jugar en mi vida; van veinte años, y he cumplido mi palabra, pero eso no importa, lo acompañaré á usted y me divertiré con las caras de los jugadores; eso sí me gusta y me alegro mucho de ver las ansias de los que pierden, así las pasé y se quedó el montero con lo poco que tenía yo en Tampico, y hasta ahora no lo he vuelto á recobrar... vamos.

Y Baninelli comenzó á cambiar sus vestidos de paisano por el traje militar, con el cual nunca dejaba de presentarse en el cuartel.

—Creo,—le dijo Relumbrón,—que usted me traerá la fortuna aconsejándome, pues los jugadores desengañados siempre aciertan. Yo soy jugador viejo y he ganado mucho dinero, como usted lo sabe, y me he pasado noches enteras haciendo cálculos y llenando cuadernos enteros de ceros y de números, y combinando proyectos, á cual más brillantes, en el papel solamente, y ensayando jugar lugar y chicas y grandes, y cuanto usted pueda imaginarse, y cada vez estoy más convencido que en el juego de albures no hay más que dos extremos, ó *la fortuna* ó *la droga*, pero tengo además mis supersticiones para atraer á la fortuna. Quisiera hoy tener á mi lado una persona que nunca hubiese jugado en su vida. Le daría media onza para que jugara, y yo, quitándome de las preocupaciones y de las reglas de los jugadores, seguiría su elec-

ción. Le repondría la media onza aunque la perdiese ocho ó diez veces, y á la primera carta que acertase lo seguiría á la dobla. Así estaría seguro de no dejar ni un escudo á ese pícaro viejo. Hoy talla González, que es el hombre más honrado que hay entre la canalla de tahures, y se puede apostar sin riesgo de ser engañado.

Baninelli se quedó pensando un corto rato, y después dijo á Relumbrón:

—Amigo, nada es más fácil; en el cuartel tengo un valiente muchacho que le llaman el Emperador, porque se dice descendiente de Moctezuma, y lo creo un verdadero inocentón; lo cogió el cabo Franco de leva en un rancho y nos ha salido excelente.

Baninelli gritó al ordenanza y le dijo fuese á decir á Moctezuma que vistiese su traje de paisano y viniese en el acto.

Mientras los dos amigos platicaron de una cosa y de otra, llegó Moctezuma muy aseado y guapo, con un traje nuevo de paisano que había comprado con sus ahorros, pues la brigada recibió una buena suma á su llegada á México.

—¿Sabes lo que son albures?—dijo Baninelli á Moctezuma, luego que lo vió llegar.

—Sí, mi coronel. He visto jugar á la baraja muchas veces en Tlalnepantla y en Cuautitlan. Siempre que hay fiestas hay juego, y á ocasiones en la casa del alcalde.

—¿Y has jugado tú?...

Moctezuma se sonrió y contestó ingenuamente:

—Me han dado tentaciones, mi coronel, pero nunca me he atrevido, se habría enojado D.<sup>o</sup> Pascuala.

—Ese es mi hombre,—interrumpió alegremente Relumbrón.

—¿Y jugarías si yo te lo permitiese?—le preguntó Baninelli.

—Por mi gusto, no, con perdón de mi coronel, porque perdería lo poco que tengo, y sabe Dios cuando me devolverán mis bienes los Melquiades de Ameca, que por poco matan á mi tutor el licenciado Lamparilla. Me lo ha contado todo; usted lo salvó, y por eso daré la vida cuando mi coronel me la pida, y haré lo que mi coronel mande.

—¡Es mi hombre! ¡es mi hombre!—dijo Relumbrón sonando las manos.—Ahora estoy más seguro que nunca... vamos que se acerca la hora de la talla y es necesario coger buen lugar y no desperdiciar ni un albur. En el camino le daremos las instrucciones á este buen muchacho.

Baninelli, deseoso de presenciar esta campaña y de ver el resultado del capricho de Relumbrón, acabó de vestirse en pocos minutos y los tres bajaron la escalera y montaron en el carruaje. El Emperador, con todo y su desembarazo y su título que ostentaba entre los indios reclutas, estaba como avergonzado y confundido de verse sentado en un carruaje tan lujoso, frente de su coronel y de un señor tan rico.

—A Panzacola,—gritó Relumbrón.

—

Era el día de la fiesta del Carmen. La calzada estaba como nunca, completamente llena de carruajes y de gente á caballo y á pié. Las plazas de San Angel rebosaban de tanta gente, que el coche de Relumbrón transitaba muy lentamente y con dificultad, pero al fin llegó á Pan-

zacola y penetró al patio mismo del que podía bien llamarse palacio. Como no entraban coches más que de amigos íntimos, el viejo contratista salió al corredor á ver qué amigo era el que llegaba. Relumbrón subió de dos en dos las escaleras, y cuando el coronel y el Emperador que le seguían llegaron, ya Relumbrón había estrechado la mano del contratista y le había dado un abrazo tan sincero como el de Judas. Quién sabe que mal presentimiento tuvo el viejo que recibió de mal talante á su amigo (en el fondo le consideraba como su enemigo), que no le correspondió el abrazo, sin embargo, no pudo menos de decirle:

—Vaya, vaya, Relumbrón, ya se divertirá usted y soltará algunas onzas de oro.

A Baninelli le hizo esmerados cumplimientos con su estilo ordinario, y á Moctezuma se lo quedó mirando como con desconfianza y cólera, sin dirigirle la palabra, echó á andar y le siguieron al salón del tapiz verde nuestros personajes.

Hacía diez minutos que había comenzado la talla. González tenía en la mano las cartas; el oro, manejado por los gurupíes que pagaban y los puntos que recogían, dejaba oír ese sonido seductor, que no se parece á ningún otro sonido del mundo. El canto de las aves, la voz de una cantatriz, el cristal, la plata, nada es comparable con las monedas de oro cuando al contarse por una mano diestra chocan unas con otras y van despertando las más lisonjeras ideas de los placeres y comodidades que se pueden disfrutar con ese que algunos necios, y seguramente muy pobres, han llamado *vil metal*.

Como Relumbrón y Baninelli eran personas muy conocidas y respetadas en la sociedad, el uno por ser muy

rico y el otro por ser muy valiente, la mayor parte de los puntos se pusieron en pié, ofreciéndoles asiento, concluyendo por acomodarse él y Moctezuma, pues Baninelli, que no jugaba, prefirió permanecer en pié.

González barajó con mucha limpieza y dirigió á Relumbrón una mirada y una sonrisa, como diciéndole, no tengas cuidado, en mis manos nunca han andado las barajas de *pegue*, y si tienes suerte te llevarás el monte. Relumbrón dejó pasar tres ó cuatro albures sin apostar. Cuando lo creyó conveniente, puso media onza en manos de Moctezuma, y le dijo:

—Puedes apostarla á la carta que te salga de inclinación.

Moctezuma, como todos los muchachos y jugadores noveles, era aficionado á las figuras, y en la mesa había un rey de bastos y un tres de copas; por supuesto, y sin vacilar, puso su media onza al rey.

A las pocas cartas, dijo González:

—Tres de bastos viejo.

Moctezuma no pudo menos de sentir latir su corazón más fuertemente que la noche del asalto de San Pedro. Lanzó un suspiro y se quedó mirando triste y tímidamente á Relumbrón.

—¡Animo y no tengas miedo!—le dijo Relumbrón,—toma otra media onza.

González echó sobre la carpeta un seis y un cinco. Moctezuma no apostó. Relumbrón no le hizo ninguna observación y lo dejó obrar á su voluntad.

Siguió una sota y un siete. Moctezuma arrimó la media onza á la sota y la perdió.

Relumbrón volvió á darle otra media onza y decirle otra vez:

—No hay cuidado, sigue jugando las cartas que te agraden, que dinero sobra aunque pierdas todo el día.

—A mí sólo me gustan las figuras,—le contestó Moctezuma,—y como siempre pierden, es seguro que voy á quedar mal, y mi coronel se enfadará.

—Ni lo pienses,—le dijo Baninelli, que estaba de pié detrás de las sillas muy empeñado en ver el resultado de la experiencia que hasta aquel momento pintaba tan mal, —haz lo que el señor te ordene y nada más.

—Y yo no le ordeno,—contestó Relumbrón á Baninelli,—sino que lo animo, y suceda lo que sucediere le dejo que siga su voluntad, si le gustan nada más figuras, vengan ó no vengan, que apueste á ellas; estoy resuelto á hacer la experiencia hasta la última media onza.

En esto González había vuelto á barajar, y un caballo y un as estaban sobre la mesa. Moctezuma arrimó su media onza al caballo. El as vino á la puerta. Relumbrón, que hasta ese momento había estado jovial y chancero, sin jugar y platicando en voz baja con los que tenía á su lado, comenzó á desconfiar y á ponerse serio. Sin decir una palabra sacó otra media onza, pues había cambiado sus onzas en menudo, y se la dió á Moctezuma, que tranquilo, porque estaba seguro que el coronel no lo reñiría, seguía su capricho apostando sólo á las figuras; así fué perdiendo un albur tras otro, y cuando Relumbrón metió mano á la bolsa, no tenía más que la última media onza. Hacía calor y mucho en aquel salón de cristales lleno de gente, y el tiempo, además, estaba pesado, y las nubes espesas y bajas hacían una presión que sentían aun los menos nerviosos.

Relumbrón, sin embargo, sudaba frío. Sacó su pañuelo y se limpió la frente. Nadie había fijado su atención



en Moctezuma, completamente desconocido en aquella reunión, que apostaba una insignificante media onza y la perdía tontamente apostando á las figuras, cuando ganaban constantemente las cartas blancas; sólo Baninelli, que estaba en el secreto, observaba lo que sufría Relumbrón y la desesperación pintada en su semblante cuando sacó la última media onza y se la dió al funesto muchacho, que en ese momento detestaba con toda su alma.

—Juega, juega lo que te dé la gana, no necesito repetírtelo.

Moctezuma tomó la media onza, lo miró y no pudo menos de notar lo demudado de su cara, no obstante, estaba decidido á seguir su capricho.

—Espero un rey,—le dijo,—y en nombre de Moctezuma mi antecesor voy á ponerle esta última media onza; si no gano no jugaré más, y ya me duele perder el dinero aunque no sea mío.

Mientras esta escena extraña para los demás concurrentes pasaba á media voz, el monte había tenido una actividad como ninguno de los anteriores domingos. Las personas más ricas y más caracterizadas de la capital habían venido á San Angel con motivo de la popular y célebre función anual de Nuestra Señora del Carmen, y les había servido de pretexto para llenarse las bolsas de oro y dar su paseo á Panzacola. La partida habitualmente era de dos mil onzas de oro; en ese día era de tres mil, dos sobre la mesa y una debajo para reponer en el acto las pérdidas y tener siempre completas las dos tablas formadas de montones de veinte onzas, que brillaban á derecha é izquierda de González.

La fortuna hasta el momento en que Moctezuma es-

peraba la salida de la imagen de su antecesor (al menos él se lo figuraba así), estaba toda de parte del monte. Se habían atravesado apuestas de doscientas, trescientas y hasta setecientas onzas; pero los que se habían propuesto jugar á la dobla, al tercero ó cuarto albur sucumbían y los gurupíes de González rejuntaban con su varita verdaderamente mágica montones de oro en onzas y menudo. Relumbrón no había puesto tampoco cuidado en esto, preocupado con su proyecto.

Salió al fin un monarca á la carpeta verde, y le siguió un caballo. Era un compromiso para Moctezuma, pero fiel á su familia y á su raza, votó con una especie de orgullo, la última media onza que cayó en el centro del rey de oros.

Relumbrón, que pocas veces se conmovía, suspendió el resuello.

A las cuatro cartas rey de copas.

Relumbrón respiró ampliamente con todos sus pulmones.

Moctezuma se quedó como si tal cosa. Estaba seguro que iba á ganar.

Siguió la talla con un momento de interrupción, mientras González tomó una copa de Jerez y un bizcocho que le sirvió uno de los muchos criados.

Volvió á salir un rey, y no hay para qué decir que Moctezuma volvió á apostar á él y ganó y así sucesivamente cinco albures á la dobla. Cuando tuvo delante dieciséis onzas, Relumbrón tomó quince y comenzó á jugar.

—Sigue apostando,—le dijo á Moctezuma,—á la carta que te agrada y la suma que tú quieras, yo voy á comenzar, y seguiré tu elección.

González, contentísimo por la suerte que ese día había tenido la partida, pero con su seriedad y calma habitual, echó dos cartas sobre la mesa y dijo:

—Caballo y seis, *todo nuevo*.

Moctezuma arrimó su onza al caballo y Relumbrón las quince onzas. A las tres cartas caballo de bastos.

González miró al soslayo á Relumbrón y pensó desde luego, pues ya lo conocía, que tenía al frente un enemigo poderoso, pero sin desconcertarse barajó con mucha calma y echó á la tentadora carpeta verde un caballo y un as.

Relumbrón puso las 30 onzas, y el Emperador solamente una.

Volvió á ganar el caballo y detrás de él los tres caballos juntos, lo que llamó la atención de la numerosa concurrencia.

—¡Qué caprichos tiene la baraja!—dijeron varios en coro,—si no estuviese en manos de González (1) se diría que en Panzacola se *amarraban* los albuces.

Siguieron á este albur otros de cartas blancas.

El Emperador no apostó, ni Relumbrón tampoco.

González no quitaba la vista de Relumbrón, el que muy contento cuchicheaba con Baninelli que estaba detrás de él, y parecía ver con indiferencia el juego.

Apareció en la mesa un caballo y un rey. Moctezuma pareció vacilar, y teniendo su mano en el aire, no sabía dónde dejar caer dos onzas que tenía. Fiel á su raza co-

(1) González, que creo vive todavía, era empleado en la Tesorería General. Como ocupación más lucrativa pasó al servicio de los grandes y célebres jugadores y jamás se prestó á ninguna de las combinaciones de baraja que le proponían otros menos escrupulosos. Partida que dirigía Leandro Mosso, y donde tallaba González, era tan leal y segura, que se podía ir á ella con la seguridad de que en las ganancias ó pérdidas no intervenía más que la suerte.

mo lo hemos ya dicho, las puso al rey. Relumbrón arremató las 60.

El viejo contratista que rondaba y vigilaba la mesa, se acercó á González.

—¿Cómo vamos?—le preguntó al oído.

—Mal,—le contestó,—ese muchacho, que creo es la primera vez que juega, es enteramente aficionado á las figuras y á su oreja apuesta el coronel Relumbrón.

En efecto, á las dos cartas vino el rey. Relumbrón retiró 120 onzas. El contratista gruñó y dijo entre dientes contra Moctezuma algo que no se puede escribir. El monte perdió una gruesa suma, pues muchos seguían también el juego del Emperador.

Nueva talla y un caballo y un dos sobre la carpeta.

Moctezuma puso tímidamente una onza al caballo y Relumbrón las ciento veinte.

—Caballo á la segunda, viejo,—dijo González.

Relumbrón retiró las 240 onzas, hubo un murmullo en la concurrencia que se aumentaba más y se apiñaron cabezas sobre cabezas formando dos filas al derredor de los que ocupaban las sillas, interesados todos en esta lucha homérica entre el monte y el atrevido punto.

El señor y dueño de Panzacola se paseaba de un lado á otro del salón echando ternos entre dientes, y no sabiendo qué hacer para evitar una catástrofe, se resolvió á una medida suprema, y se acercó á la mesa.

—Señores á almorzar, la mesa está servida y tengo hoy unos vinos que acabo de recibir de Francia. Por ser el día de la Virgen del Carmen me he esmerado en obsequiar á los amigos. González, levante usted la baraja y á la tarde continuaremos, y en la noche gran baile, todas las familias de San Angel están convidadas.

Relumbrón se puso en pié y sacó el reloj.

—Amigo mío,—le dijo con voz enérgica y decisiva,—la talla debe concluir á las tres y media, y usted lo ha fijado así, y no son más que las tres. Falta, pues media hora.

—Es verdad,—le contestó, sacando también su reloj,—pero este es día de festividad extraordinaria, y sobre todo yo soy el dueño de mi casa y es mi dinero y yo haré lo que se me dé la gana.

—Usted no hará lo que se le dé la gana, sino lo que debe hacer,—exclamó Relumbrón furioso dando una palmada en la mesa que hizo temblar y resonar las onzas de oro de que estaba cubierta,—y yo no le permitiré semejante cosa y se las habrá usted ahora mismo conmigo.

Y á este tiempo tomó su silla para lanzarla á la cabeza de su amigo el contratista, pero las gentes que estaban junto á él lo contuvieron.

—Ese intruso que ha venido aquí de no sé dónde,—dijo el contratista señalando á Moctezuma III,—es el que ha venido á descomponerlo todo, yo no lo he convidado á mi casa, y por lo menos tengo el derecho de lanzarlo. ¡Afuera, afuera!—repitió con cólera y queriendo tomarlo del brazo.

—Su casa de usted,—dijo Baninelli,—desde el momento que pone usted el monte, es una casa pública, y este intruso es un oficial de mi brigada que ha venido en mi compañía. Déjese usted de voces y groserías y que continúe el juego hasta la hora convenida. Yo, ni soy jugador, ni he apostado una sola onza, pero si continúa usted con ese modo soez que acostumbra usar con todo el mundo lo castigaré á usted severamente.

El tono decisivo de Baninelli impuso al viejo contratista más que la amenaza de Relumbrón, y dijo con una especie de desprecio:

—Tengo dinero para tapar á todo el mundo, pero que diga González.

—Sí, que diga González,—apoyaron dos ó tres de los concurrentes.

Hubo un momento de silencio. González sacó su reloj, miró la hora, lo volvió á guardar y dijo:

—Creo que lo decente y lo justo es que continúe la talla hasta las tres y media.

Un rumor de aprobación se escuchó en toda la concurrencia que estaba aglomerada hasta la puerta de entrada; la calma se restableció y González, inmutable, tomó un nuevo paquete de barajas, las revisó de modo que todo su público viese que estaban completas, las barajó un minuto más que de costumbre y presentó en la mesa un caballo y un cinco.

Moctezuma, que había permanecido callado y tranquilo durante el incidente, puso con mucha modestia una simple onza al caballo. ¿Desconfiaba? ¿De ninguna manera? Simplemente no era jugador y no sabía aprovecharse de la suerte.

Relumbrón, que hizo ya poco caso de las groserías del contratista una vez que consiguió que siguiera el monte, contó con calma las 240 onzas que tenía delante y las puso del lado del caballo: otros muchos lo siguieron, de modo que el cinco quedó casi sólo.

A las pocas cartas aparecieron las patitas del caballo de espadas, de modo que González no quiso acabarlo de descubrir y lo anunció á su público, y los gurupies tuvieron que pagar además de las 240 onzas de Relum-

brón, apuestas de ochenta, de ciento, de ciento cincuenta onzas.

El Emperador había ganado hasta ese momento unas quince onzas, pero había sido, y continuaba siendo, el azote de la hasta entonces afortunada partida de Panzacola.

González siguió barajando con calma, pero la fortuna le era contraria y las cartas caprichosas, y volvió un caballo de oros, contra una sota de copas.

Los puntos se descompusieron y se titubearon, menos Moctezuma III que hizo un acto de arrojo mayor que cuando libertó al cabo Franco de las garras de sus enemigos y puso sus quince onzas al caballo. Relumbrón lo siguió con las 480, y los demás puntos con diversas cantidades cubrieron literalmente al caballo y dejaron á la sota con su ancha cara, enteramente sola.

—¿Responde el monte?—preguntó alguno.

—Responde,—contestó sencillamente González.

Relumbrón pidió la baraja para correr el albur.

González se la dió de tal manera que nadie pudiese ver la puerta, y el coronel jugador comenzó á correr el albur sin temblarle la mano. Hubo un instante de un silencio profundo. A las siete cartas apareció el caballo, y á la carta siguiente una sota descolorida y avergonzada de su derrota con una boquita chocante y diminuta como acostumbran pintarla los fabricantes de naipes.

Un murmullo de esos inexplicables que significan triunfo, alegría, felicidad, un desahogo que no ha imitado ninguna música y que denota que el corazón se ha descargado de algún peso, se hizo escuchar hasta la calle, á pesar del bullicio de la multitud y de los carros y carruajes que no cesaban de transitar. Hasta los que

no apostaron se alegraron, pues los banqueros son siempre odiados.

El viejo contratista estaba detrás de González, fijo como una estatua con las quijadas colgándole materialmente como si se le hubieran desprendido y los ojos fijos en la carpeta verde.

González, impasible, sacó el reloj, faltaban diez minutos.

—Señores, el último albur.

—¿Responde el monte?—volvió á preguntar alguno.

González consultó con el señor de Panzacola y contestó:

—Responde.

El contratista pensó que se agotaría la vena del intruso muchacho y que Relumbrón y los demás que lo seguían perderían en el último albur todo lo que habían ganado y su triunfo sería completo, y bien mirado era lo único que le quedaba que hacer.

González barajó de nuevo, y echó dos caballos á la carpeta. Decididamente se salían de la baraja y no abandonaban á los que los seguían. Volvió, pues, á barajar y salieron caballo y siete.

—Si las reglas no me engañan,—dijo González al oído del contratista,—el siete debe venir á la tercera ó cuarta carta. Vamos á recoger doble de lo que hemos perdido.

Moctezuma ya azorado y no queriendo perder lo que había ganado, puso únicamente una onza y se guardó lo demás en el bolsillo. Relumbrón, un poco tembloroso, arrimó las 960 onzas; los demás no jugaron precisamente á la dobla, pero apostaron fuertes cantidades; de modo que en esta vez la mesa estaba materialmente cubierta de oro.



—Corre,—dijo González.

En esta vez el silencio profundo lo interrumpía el leve é imperceptible latido de los corazones, pero leve como era, alguno que hubiese fijado su atención lo habría escuchado.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco cartas y ningún indicio.

Relumbrón, al parecer muy tranquilo, clavaba las uñas de su mano derecha en los barrotes de su silla, y con la izquierda jugaba con la pesada leontina de su reloj.

Diez, quince cartas y nada.

Allá en lo profundo de la baraja apareció el caballo de copas, que causó la ruina del monte. Por mera curiosidad de tallador, siguió corriendo González la baraja. Detrás del caballo de copas estaban los de espadas y bastos, el de oros estaba en la mesa. En seguida de los caballos venían los tres sietes juntos.

En esta vez fué un grito de triunfo, y Relumbrón, que sin sentirlo se había ido levantando de la mesa mientras se corría el albur, cayó á plomo en su silla.

Entre tanto pasaba esto, se había formado una tempestad en la montaña que caminó en momentos en la dirección de San Angel y Panzacola, y truenos y rayos, y no gotas sino cántaros de agua que caían del cielo, dispersaron la concurrencia de la calzada que se refugió debajo de los árboles ó en las casitas vecinas y ofuscó el vocerío de los jugadores del salón.

El contratista, furioso como un tigre, mandó cerrar el salón del comedor diciendo á gritos:

—¡A comer á la calle, aquí no hay comida, no hay nada! ¡mal rayo me parta! por dar la hospitalidad á los que vienen á llevarme mi dinero.

Y al mismo tiempo, criados más groseros que él, cerraban puertas y casi empujaban á los concurrentes hacia la escalera.

• Todos, aturdidos de esta brusca conclusión, no se atrevían á responder; los que tenían carruaje se apresuraron á tomarlo, y los que no lo tenían tuvieron que salir en medio de los aguaceros que no cesaban. Cuando el contratista se aproximó á donde estaban Relumbrón, Baninelli y Moctezuma III, Relumbrón le dijo:

—Aquí tiene usted mil novecientas veinte onzas que me pertenecen. Mañana ocurriré por ellas á su escritorio.

—Yo no guardo dinero de nadie, y sobre todo si lo quiere dejar, no respondo.

—Perfectamente,—contestó Relumbrón,—me lo llevo.

Relumbrón, Baninelli y Moctezuma llenaron sus bolsillos y pañuelos de oro, y con mucha dificultad pudieron retirar la cantidad total del tapiz verde. Montaron en el carruaje y bajo torrentes de lluvia se dirigieron á su casa.

## CAPÍTULO XXIV

### Caprichos de la fortuna

**R**ELUMBRÓN y el Emperador durmieron como unos bienaventurados. El uno tenía proyectos colosales para triplicar en pocos meses la suma que había ganado: el otro jamás había visto tanto oro junto, aunque no fuese todo de él, y se proponía con lo que le había tocado comprar una carretela y un buen tronco de mulas para que D.<sup>a</sup> Pascuala, que aunque muy aliviada, experimentaba alguna dificultad para andar, pudiese desde el rancho ir los domingos á la misa del cura de Tlalnepantla, y en caso ofrecido, un viajecito de recreo á México, donde hacía años que no ponía los piés.

Baninelli durmió mal. En unas cuantas horas su compañero el coronel Relumbrón, que no había ni olido la pólvora, era dueño de una fortuna bastante para hacer la felicidad de una familia, mientras él, que había consumido su juventud en los caminos y en los cuarteles y

con el cuerpo lleno de heridas, no tenía por todo capital más que doscientos pesos y cinco ó seis mil que le debía la Comisaría General y que probablemente no le pagaría nunca. El jugó una vez y perdió. ¿Por qué este capricho de la fortuna? El, á fuerza de años y de campañas, una tras otra, había ganado sus ascensos, mientras Relumbrón sentó plaza de capitán sin saberse cómo, y de la noche á la mañana subió á coronel, con el grado de general de brigada. ¿Qué razón para justificar este otro capricho de la fortuna? Estas comparaciones, que no podía menos de hacer mirando desde su cama el montón de oro que había quedado en la noche sobre la mesa, lo hacían desgraciado y lo ponían de un humor de todos los diablos, viniéndose también á su memoria las miserias y las penas que acababa de sufrir en la última y desgraciada campaña; pero en compensación algo sentía en su interior que le decía que él, pobre y simple coronel, pues había rehusado el grado de general porque el Presidente consintiera en hacer capitán al cabo Franco, era muy superior y valía mucho más que el ridículo y hasta cierto punto misterioso personaje que había sido el vencedor en el juego del contratista de vestuario.

Relumbrón, no obstante haberse acostado muy tarde, despertó á la madrugada, se lavó, se peinó, se puso encima cuantas alhajas de oro y brillantes tenía, y entró hecho una sonaja al cuarto del coronel Baninelli, el que, esperezándose y de mal gesto, hacía en su lecho las reflexiones que acabamos de apuntar.

—¡Arriba, coronel! vamos á hacer el balance para saber el resultado de la campaña de ayer, y fué tan completa la victoria, que me encontré además de lo que

hay sobre la mesa, con algunos escudos rezagados en los bolsillos de mi *guandarbur*,—y diciendo fué echando sobre la mesa puños de doblones.—Inútil es decirle, amigo Baninelli,—continuó Relumbrón,—que antes de que contemos puede tomar á discreción lo que quiera, pues al último usted me acompañó á esta peligrosa expedición, y desde que entré en su casa estuve casi cierto que usted me daría la fortuna y me la dió en efecto, con este muchacho que usted le llama el Emperador y que promete ser uno de los tunos más notables de México. Su ninguna experiencia le impidió ganar tanto como yo: entre los dos nos habríamos levantado el monte en menos de una hora.

Relumbrón se puso á contar las onzas de oro sin que Baninelli hubiese contestado si admitía ó no su oferta. La parte del Emperador estaba separada y arreglada en montoncitos de onzas y escudos en una esquina de la mesa. Importaba menos de tres mil pesos; la de Relumbrón cerca de treinta y siete mil.

—No es mal pico, amigo Baninelli. Con esto hay para almorzar bien el día de mi santo, que es el jueves próximo. Está usted convidado desde ahora. Ya sabe usted, entre las doce y la una...

—Convenido,—le contestó Baninelli,—si el servicio me lo permite y no ocurre algo de extraordinario.

—De todas maneras el cubierto estará sobre la mesa... pero no me ha contestado usted al ofrecimiento que le hice. El oro está contado sobre la mesa, separe usted lo que quiera.

—Espero que no será más que una chanza,—le respondió Baninelli con seriedad y mirándole fijamente,—pero ya que usted se empeña, deje una friolera para

darle á mi tropa un buen rancho el jueves, y celebrará el santo de usted.

—Feliz idea; no he hablado de chanza, y esperaba que no correría un desaire á un amigo... pero no hay que hablar más y me conformo.

Relumbrón entregó cuarenta onzas á Baninelli, así como lo que correspondía al Emperador, metió su dinero en las talegas que al salir le dió González, se despidió muy afectuosamente de Baninelli y, á riesgo de que se le desfondara su coche, montó á él con su tesoro y tomó el camino de México.

En la capital el lunes no se hablaba de política, ni de negocios, ni de ninguna otra cosa más que de Relumbrón y del contratista de vestuario y de su derrota.

—Relumbrón,—decían,—desmontó en Panzacola. Relumbrón ganó como cincuenta mil pesos. Ya era muy rico, porque es hombre que se mete en todos los negocios, pero hoy es más rico y les dará tantas vueltas á los cincuenta mil pesos, que dentro de dos meses tendrá doscientos mil más.

Estas y otras cosas parecidas y á cual más exageradas se platicaban en los cafés, en los teatros y en las calles, y á decir verdad, la mayor parte de las gentes se regocijaban en la ruina de Panzacola. El propietario era tan mal querido, que los mismos que en los domingos comían de balde en su mesa, salían hartos de buen vino y de exquisitos guisados criticándole por el más insignificante motivo.

Relumbrón llegó sin que se le desfondara el carruaje, y bien temprano por cierto, pero ya lo esperaban en la puerta más de veinte personas, unas para pedirle el barato y otras para proponerle negocios.

Los jugadores cuando ganan son por demás generosos, así Relumbrón dejó contentos á los que le pidieron *el barato*, y prometió ocuparse en la semana de los asuntos de los proyectistas; entre ellos había uno que tenía un secreto segurísimo para ganar siempre al juego, aunque la suerte le fuese contraria. Para muestra le dejó una baraja *compuesta* para que la examinara durante ocho días, y si le encontraba defecto, ó más bien dicho, el secreto, perdería ocho onzas, que sacó del bolsillo y que trataba de darle á Relumbrón para que las mantuviese en depósito.

—¡Ocho duros!—le contestó Relumbrón;—dónde diablos quiere usted que guarde sus onzas, si tengo tantas que no sé en este momento donde ponerlas, porque mi caja está repleta. En cuanto á las barajas, ya debe usted pensar que no nací ayer y que he visto infinidad de barajas mágicas, pero á mí me gusta jugar á la buena.

—Como apunte, pase, pues no puede usted hacer otra cosa,—le contestó el proyectista,—pero un día ú otro le dará la gana de ser montero, y entonces esta baraja vale una fortuna. No importa como quiera jugar, eso es cuento de usted. Mi secreto vale doscientas onzas y es barato. Quédese con estos dos paquetes, registre los con cuidado y haga las pruebas que quiera, y dentro de una ó dos semanas nos veremos. Estoy seguro que haremos negocio.

El proyectista, sin hacer caso de la respuesta de Relumbrón, le dejó los dos paquetes de cartas y se marchó con cierta indiferencia.

Relumbrón estaba de prisa, tenía muchas cosas que hacer, entre otras, ver á su compadre, pero no pudo re-

sistir á la curiosidad, y cuando el proyectista desapareció detrás de la puerta de su despacho, abrió los paquetes de cartas; eran de la fábrica nacional con el sello de la administración, absolutamente nuevas. Las examinó una á una con el mayor cuidado, las restregó con los dedos especialmente por los extremos, y las encontró sin el más pequeño defecto.

—Nunca he querido jugar con cartas compuestas. La fortuna me ha sido favorable y me ha bastado,—dijo Relumbrón,—y he temido, además, que si un día ú otro se descubría, perdiese yo la reputación que tengo de calavera honradísimo é inteligente, y á esto debo la elevada posición que tengo, la confianza del Presidente, el respeto de mi mujer, el amor de mi hija, de mi hija que es lo único que quiero en el mundo, y á la que á la vez respeto. Si ella supiera un día que su padre se había enriquecido por medios ilícitos, me miraría con desprecio en el fondo de su corazón, y tal vez llegaría hasta perderme el cariño. Para mí sería esto la muerte, pero si en efecto hay un secreto en esto que sea imposible que descubra el más consumado jugador, bien vale las doscientas onzas y se puede adquirir manejándose con tino y prudencia una renta segura y módica para no llamar la atención. Una partida que asegure una utilidad neta, siquiera de ciento cincuenta ó doscientas onzas cada mes y donde talle González dos veces por semana para infundir confianza al público, sería un bonito negocio. Pensaré mucho en esto, hablaré con el pillastre, y con la mitad de lo ganado en Panzacola se puede hacer un ensayo.

Relumbrón examinó por la sexta vez las cartas, pero el reloj dió las diez.



—¡Canario! mi compadre se va á la misa de once del altar del Perdón y no tendremos tiempo de hablar.

Guardó las cartas en su ropero, se vistió más modestamente, entró á las piezas interiores á saludar á su mujer y á su hija, y á poco rato tocaba el aldabón de una de esas casas pequeñas de la alcaicería que pertenecieron á la sucesión de Hernán Cortés, y desaparecía tras una puerta grasosa, pintada de color verde oscuro hacía lo menos treinta años.

El interior de la habitación correspondía al exterior, pintado, también hacía años, de cal y almagre, lleno de telarañas y de manchas negras dejadas por la iluminación de candilejas con sebo que no faltaban en la novena de Guadalupe y en la mayor parte de las festividades religiosas en que había *luces*. En una sala muy pequeña, con muebles antiguos de ningún mérito y recompuestos y vueltos á recomponer con piezas de madera de diferentes colores, llamaba sólo la atención un gran nicho de plata lleno de adornos de cristal y oro, con una Purísima Concepción de la renombrada escultura guatemalteca. Las hermanas del Marqués de Valle Alegre habían ofrecido tres mil pesos por ese nicho, y su dueño había sonreído diciéndoles que el conde del Sauz le había rogado que se lo diera en cuatro mil pesos y que había rehusado porque era como una alhaja de familia que venía de padres á hijos. En la recámara, unas cuantas sillas de tule, un aguamanil y una mesita de la calle de la Canoa, pero la cama era de plata maciza, no sólo imitando, sino mejorando la construcción de las camas inglesas de metal dorado, que eran rarísimas entonces. El comedor, muy aseado, con mesa y sillas de palo blanco, pero á la hora de la comida, la criada sacaba de un ar-

mario la vajilla y los cubiertos de plata. Sin embargo, el amo de esta curiosa casita comía en cazuelitas vidriadas de Cuautitlan que la cocinera colocaba en las macizas y bien cinceladas fuentes de plata que parecían obra cuando menos de un discípulo de Benvenuto Cellini.

Por último, la cocina toda de arriba abajo, así como el brasero, de azulejo blanco y limpia y propia hasta la exageración, lo mismo que la cocinera, que era una mujer de más de treinta años, de color algo más subido que trigüeño, pero guapetona, con buenos ojos, un poco de bigotillo fino en el labio superior, principio de patillas, y por el estilo y corte de Cecilia, de la que era conocida, pues le compraba para su amo la mejor fruta y las pocas pero muy escogidas legumbres que vendían nuestras antiguas amigas, la trajinera y las dos Marías. No hay para qué decir que guisaba de chuparse los dedos, y que el propietario de la casa de la calle de la Alcaicería era un gastrónomo de primera fuerza.

—Temía no encontrar á usted, compadre,—dijo Relumbrón sacando el reloj.—Faltan cinco minutos para las once y debía usted estar ya en la catedral. He encontrado en la calle tantos impertinentes que me han felicitado, que me ha sido imposible de llegar antes. Ya sabrá usted mi campaña de ayer... ya la fortuna se ríe á carcajadas con nosotros, ya volvemos á ser ricos.

—Nada sé, compadre. Cogí anoche un resfrío al salir de la Profesa, tomé al acostarme una infusión muy calentita de flores cordiales y me quedará hoy en la recámara y no bajaré á la platería, á pesar de que estoy muy atareado con la obra de la custodia para la capilla del Rosario que los señores de la cofradía quieren que se estrene el Jueves Santo.

—Ya comprendo por qué nada sabe usted, porque en toda la ciudad no se ocupan más que de nosotros, es decir, de la ganancia loca que hice ayer en Panzacola. Desmonté al avaro y grosero D. X\*\*\* y probablemente se muere hoy de la pesadumbre y del colerón que hizo ayer. A poco más ó menos, treinta y siete á treinta y ocho mil pesos, de los cuales, según hemos convenido, toca á usted la tercera parte, como en todos mis negocios, y poco es, con relación al dinero que usted me da cada vez que lo necesito.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del compadre, un tanto opacos y llenos de legañas á causa del catarro que había cogido en la puerta de la iglesia de la Profesa; pero trató de disimular, se abrigó con su capa y dijo simplemente:

—¿En oro?

—¡Oh, en oro, por supuesto! ya sabe usted que en Panzacola no se admite la plata.

—Viene ese oro, compadre, como mandado por Dios; lo emplearemos en la custodia y haremos un ahorro, porque en la Casa de Moneda cuesta muy caro, y las onzas corren con cuatro reales de premio, pero me decía usted, compadre, hace un momento, que la fortuna nos sonríe y que ya volvemos á ser ricos. ¿Pues que no lo éramos?

—Sí y no,—contestó Relumbrón acomodándose lo mejor que pudo en el canapé.—El dinero va y viene, y eso bien lo sabe usted, y hacía ya largos meses que me era contraria la fortuna y no he tentado cabeza que no me salga calva... nada le había dicho para no afligirlo, pero cambió el domingo y ahora le puedo contar cuanto quiera y responder á cuantas preguntas me haga.

—Usted,—dijo el compadre,—ha hecho algunas contratas de vestuario, y ese negocio solo es una fortuna.

—Un grave error, compadre, lo mismo creía yo, pero me he llevado un gran chasco. La falta de experiencia. He perdido no sé cuantos miles de pesos queriendo dar gusto al Presidente y derrocar completamente al viejo de Panzacola; le he dado la ropa más barata y de mejor clase; le he regalado dos vestidos completos y magníficos de paño fino para la música y la banda del batallón de Granaderos, y he pagado á las costureras dos reales y medio por camisa, real y medio por cada calzoncillo y así lo demás; una verdadera ruina. Pero ya se enmendará eso; por ahora todo es meter y meter dinero.

—¿El juego, entonces?

—Ha acertado usted, compadre; todo ha sido perder en más de dos semanas, no sólo en las partidas, sino en el tresillo.

—¿Y el descuento de libranzas?

—Protestadas más de veinte. Empleados drogueros y faltos de vergüenza que venden tres veces sus sueldos á los usureros, y es menester prorrogarles los plazos y no demandarlos, porque me sirven en los muchos negocios que tengo con el gobierno.

—Y supongo, compadre, que esos negocios de los cuales me ha referido usted, algunos irán bien, ya que todo lo demás está mal.

—Se equivoca usted, compadre, andan de todos los diablos. No sé que se le ha metido en la cabeza al Presidente de cuatro meses á esta parte, y él mismo manda hacer los pagos y distribuye el dinero y no cree que hay otra cosa que pagar más que á los soldados, sin acordarse de las contratas de mulas, de carros, de vestuario,

de cañones y otras en que tengo más ó menos parte. En lo que va corrido del año no he podido lograr más que un abono de mil pesos, y tenemos sólo en esos negocios un capital improductivo, ó tal vez perdido, de más de cien mil pesos.

—Las haciendas no estarán mal, el tiempo no ha podido ser mejor y la cosecha de maíz debe ser muy abundante,—observó el platero.

—Precisamente,—prosiguió Relumbrón,—á causa del excelente tiempo, el maíz ha bajado á un grado tal, que por mayor no se puede vender ni á tres pesos la carga. Es necesario guardarlo y esperar la ocasión. Otro capital improductivo de cerca de treinta mil pesos, teniendo que gastar más de diez en reponer la presa, y es cosa urgente, pues de lo contrario no habrá agua para regar el trigo el año entrante.

—¿Y las fincas?—dijo tristemente el compadre.

—Se ha gastado más en composturas que lo que han producido de rentas.

—¿Es decir, que todo va mal?

—Muy mal, de todos los diablos, ya se lo dije á usted al principio, y no me pregunte más si no quiere seguir oyendo lástimas. Decididamente soy un tonto, ó mejor dicho, un completo imbécil que no sé manejar los cuatro reales que tenemos, á la vez que los gastos son cada día mayores.

—Pero... pudiera usted moderar...—aventuró á decirle tímidamente el compadre.

—Imposible, ¿no ve usted que es necesario mantener el aparato y la representación? El día que esto acabe tendremos que pedir limosna, al menos yo, que usted, viviendo económicamente y con el trabajo de su plate-

ría, le sobra para vivir y morirse rico, y luego... ¿quiere usted que eche á la calle á Luisa, y á Rafaela, y á Juana... imposible, primero me muerdo un codo, y ni se dejarían, armarían un escándalo que llegaría á los oídos de Severa, lo sabría también mi hija, y era yo hombre perdido... por mi hija lo hago todo... decididamente yo no nací más que para jugador, y eso de apunte, y gracias á esto, he ido saliendo de tanto compromiso, y por esto, ya desesperado y aburrido con tanta contrariedad, me decidí ayer á dar un golpe fuerte que fuera histórico en los anales del juego, que hiciera ruido, que causara escándalo, y lo dí, compadre, mi casa está llena de oro, y este oro traerá más, y le repito, volveremos á ser muy ricos, como hace dos años, en que todos los negocios marchaban en prosperidad. No tiene usted idea, compadre, de la multitud de proyectos que tengo en la cabeza, á cual más atrevidos, y ya platicaremos despacio, por ahora me basta el ser yo el primero que le haya dado noticia de mi campaña de ayer. Le daré el oro que necesite para su custodia y me devolverá el importe en plata, porque todavía tengo más picos que la custodia que está haciendo, y sobre todo proceder á la reparación de la presa de la hacienda. Hasta más ver, y oiga usted lo que oyese de mí, no haga caso, que yo le informaré de la verdad en el momento que nos veamos, y no pasará de una semana.

Relumbrón estrechó la mano un poco calenturienta de su compadre, y se marchó á palacio á hacer su servicio ordinario, y ya se deja entender que fué recibido como en triunfo por los ayudantes y demás personas de la servidumbre.

Haremos un más amplio conocimiento con el compadre de Relumbrón.

¿Quiénes fueron los padres de este que podríamos llamar un artista imitador, sin saberlo, de Benvenuto, al que de seguro ni había oído mentar?

¡Quién sabe! ni importa saberlo.

Los antiguos vecinos del callejón de la Olla y de la Alcaicería decían que hacía años que lo conocían en la misma casa y trabajando en su platería, situada en la accesoria. En la puerta había una especie de mesa alta ó mostrador angosto cubierto con un abultado color de chocolate, sobre el cual adhería las láminas ó piezas de oro ó de plata, y desde las ocho de la mañana hasta las cinco ó seis de la tarde, con interrupción de la hora de comer, estaba con un pequeño martillo dando á los cincelados golpes compasados y secos que se escuchaban en toda la calle. En el fondo había una fragua con su fuelle, y á los costados de la pieza dos mesas de cada lado, pintadas de negro, de igual forma, en las que trabajaban bajo su dirección los oficiales. Las paredes estaban ennegrecidas con el carbón de la fragua y cubiertas casi todas con moldes fijados con clavos y alcayatas. En la puerta y al lado del mostrador donde trabajaba el maestro de ese taller se colocaba un aparador con cristales verdiosos, y ese aparador estaba lleno de dedales y milagritos de plata, de anillos de oro y de sartas de corales y de perlas pequeñas, alguna que otra mancerina de filigrana, y de tarde en tarde algún anillo ó fistol de diamantes, pero todo esto de una hechura muy común, y sin ningún aparato, y más bien parecía viejo, pues con el tiempo las piezas de plata, que eran casi siempre las mismas, se habían manchado y oxidado. Esta platería, por lo demás, era idéntica á otras que había en la misma calle, y de las que quedan ya muy pocas.

El platero se llamaba D. Santos Aguirre. Había comenzado hacía años como aprendiz, ascendido después á oficial, y finalmente, había, no sólo sucedido á su maestro en el taller, sino comprado la casa; pero de todas estas mudanzas se contaban por años y años, y de los vecinos y parroquianos pocos se acordaban ya del nombre del primitivo dueño de la platería y del inquilino que ocupaba los altos de la casita. Por esto se puede concebir que D. Santos Aguirre, que era conocido por D. Santitos, no era un niño. ¿Qué edad tenía? ¿Quién sabe! Tampoco le importaba á nadie el saberlo. Trabajaba lo mismo que el primer día, era metódico y hasta maniático, dormía bien y comía lo mismo; así, aunque viejo, representaba menos años que los que realmente tenía.

A las ocho de la mañana, menos cuando tenía resfrío ó catarro, que padecía frecuentemente, bajaba y abría él mismo la platería, distribuía el trabajo á los oficiales, que ya esperaban en la calle; hacía á veces algunas fundiciones en la fragua, y en seguida tomaba su martillo y no cesaba de cincelar y labrar hasta pocos minutos antes de las once. De un brinco se ponía en la catedral, oía su misa con mucha devoción y recogimiento y volvía al taller hasta las dos de la tarde, en que se cerraba para dar tiempo á que pudiesen ir á comer los oficiales. El comía poco de cada uno de los cinco ó seis sabrosos platos que le servía la cocinera, dormía media hora de siesta y á las cuatro se volvía á abrir la platería para no cerrarse sino cuando absolutamente era de noche y el sereno encendía el farol que estaba fijado en su pié de gallo, precisamente entre el zaguán de la casa y la acce-soria.



Las noches que había ejercicios en la Profesa, no faltaba. Tenía ya su disciplina en propiedad con estrellitas de fierro poco afiladas. Cuando después del sermón y los rezos se oscurecía la iglesia, se aplicaba en las espaldas algunos disciplinazos, con bastante moderación y de modo que no le hicieran daño. De una manera ó de otra, á las diez cenaba invariablemente una cazuelita de sopa de ajo y un cuarto de pollo muy bien frito y unas hojas de lechuga. A las once dormía profundamente. Esta vida, sin más variación que ir algunos domingos por la mañana á la alameda, había durado muchos años, y D. Santitos se conservaba perfectamente, y las gentes que lo conocían y trataban con él, decían: «No pasan días para D. Santitos, siempre lo mismo que lo conocimos hace quince años.»

¿D. Santos Aguirre era rico? Unos decían que sí, que era muy rico, pero muy avaro: jamás se le había visto dar un medio á un pobre, y añadían que en lo interior de su casa se trataba como un miserable; otros, por el contrario, aseguraban que hacía caridades muy en secreto, y que tenía sólo para vivir con desahogo, y salvo la cama y la vajilla de plata, no tenía otra cosa más.

¿D. Santos había sido casado y tenido familia? Nadie lo sabía. Los unos le creían viudo, la mayor parte soltero, y varios se avanzaban á decir que era padre de un hijo ya *logrado* que disfrutaba de una elevada posición social. En resumen, D. Santitos era un misterio que el público no había podido penetrar.

La verdad es que D. Santitos era muy rico, y para alcanzar esa buena posición había contado con dos poderosos elementos: los frailes de San Francisco y una D.<sup>a</sup> Viviana, corredora muy acreditada.

Una semana le mandaban hacer un copón, otra una custodia, el mes siguiente la imagen de algún santo de oro y plata maciza. No eran solamente las obras del convento de San Francisco, sino que los padres, que lo estimaban mucho, le procuraban las de los conventos de monjas y aun las de la catedral; el caso era que todo el año él y cuatro ó seis oficiales estaban ocupados en la construcción de vasos sagrados, á cual más preciosos por su forma y por las labores y figuras cinceladas con primor. Los frailes y las monjas se encantaban con las piezas que salían del taller de la Alcaicería; pero su fama no pasaba de ese círculo religioso, ni tampoco pretendía él más, ni lo necesitaba, ni siquiera tenía él mismo conciencia de su habilidad.

Pero el producto anual que le proporcionaba la corredora excedía con mucho al que le pagaban las iglesias. D.<sup>a</sup> Viviana tenía relaciones íntimas con la aristocracia de la ciudad.

¿Tenía alguna marquesa algún apuro que no podía confiar á su marido, á su padre ó á su hermano? Mandaba buscar con cualquier pretexto á D.<sup>a</sup> Viviana y le confiaba sus alhajas para que las llevase al monte pío.

¿Se ofrecía á algún conde ó á su presunto heredero hacer el día del Carmen ó de Guadalupe un regalo á excusas de su familia? Era D.<sup>a</sup> Viviana la que compraba la alhaja y la llevaba á la casa de la belleza que se le indicaba.

En las bodas D.<sup>a</sup> Viviana figuraba constantemente. Anillos, tembeleques para la cabeza, hilos de perlas, aretes, abanicos, pulseras, cuanto era de gusto y de valor, se encargaba á D.<sup>a</sup> Viviana.

Se ocupaba también de vender alhajas con abonos.

semanarios, y siempre tenía treinta ó cuarenta casas á quien servir ó complacer. Recogía mil y hasta dos mil pesos semanarios y los repartía entre los plateros que le habían proporcionado los aderezos, clavillos y perlas, guardándose con su comisión, que ella misma fijaba á su antojo, pues por comprar al fiado pagaban los clientes el doble de lo que valían los efectos que recibían.

Pero la principal ganancia de la corredora, que ya era rica, consistía en comprar oro, plata y piedras preciosas á los *pobres infelices*, como ella les decía.

Tenía dos casas: una buena vivienda con balcón á la calle en la calle de Ortega y otra interior y en piso bajo en la casa de *Novenas* de la Soledad de Santa Cruz.

En la calle de Ortega, hacía su comercio con la gente rica y pudiente de la cápital, recibía á las amas de llaves y lacayos y aun á las mismas señoras y duques y marqueses que necesitaban hablarle á solas y comunicarle sus asuntos con la mayor reserva. En el barrio de Santa Cruz recibía á los pobrecitos, envueltos á veces en una simple frazada y otras con buenas calzoneras con botonadura de plata que también vendían y compraban joyas de valor. En la casa de *Novenas* era conocida con el nombre de D.<sup>a</sup> Mónica. En la calle de Ortega, donde no se sospechaba la existencia de D.<sup>a</sup> Mónica, ya hemos dicho que se hacía llamar Viviana y que pasaba por un modelo de actividad y de honradez; y sobre todo, mujer, á quien se le podía fiar un secreto. Esto la hacía muy estimable, y por esto y por todo lo demás gozaba de mucho crédito.

Pues bien, D.<sup>a</sup> Viviana y D. Santitos eran dos personas distintas, y todavía más grave, de distinto sexo, en una sola persona. La mayor parte de los negocios los

hacia D.<sup>a</sup> Viviana con el platero de la Alcaicería. Unas mismas utilidades, una misma responsabilidad, las más hábiles mañas y un secreto inviolable.

Entraba los más días D.<sup>a</sup> Viviana y á cualquiera hora en el taller, saludaba á D. Santos y á los oficiales por su nombre y con mucho afecto y zalamerías, y siempre riéndose y enseñando una dentadura blanca y unos labios encarnados; hubiese ó no motivo para la risa.

—Necesito cuatro milagritos para Nuestra Señora de la Soledad, unos anillos de oro, una sarta de perlitas y dos ó tres aderezos de piedras finas y diferentes precios para enviarlos á D.<sup>a</sup> Ana y á D.<sup>a</sup> Dolores. Ya veremos lo que coloco en la semana, y si tiene usted otras cosas bonitas y baratas, vengan...

D. Santos correspondía al saludo riendo también, viera ó no al caso, abría su aparador y el cajón de la mesa y surtía el pedido de la corredora. Los oficiales, acostumbrados á esto, correspondían á sus saludos, llamándole D.<sup>a</sup> Vivianita, y continuaban su trabajo de fundición ó de labrado, sin fijar la atención en su patrón, ni había para qué. Eran los negocios diarios y el giro de la platería con D.<sup>a</sup> Viviana y con cuantos marchantes se presentaban, y por cierto no faltaban, especialmente los días de Corpus, de Guadalupe, de la Ascensión, de San José y de los demás santos célebres y populares.

Al recibir D.<sup>a</sup> Viviana el surtido y el apunte de lo que valían las prendas, deslizaba entre las manos de D. Santos uno ó más papelitos pequeños y cuidadosamente atados con seda, y le decía al oído:

—Todo esto por doscientos pesos. Si le gustan los pagaremos el sábado.

Guardaba el platero en su bolsillo los bultitos, acababa de despachar á la corredora y á los demás que entraban á comprarle algo, y seguía él y sus oficiales trabajando como si tal cosa. En la noche, cuando volvía de la Profesa, después de haberse azotado suavemente, abría el papelito. ¡Maravillas! Un anillo con un diamante como un garbanzo, una sarta de perlas netas y parejas, un alfiler de rubíes, una sortija antigua de rosas, una cadenita de oro sin el reloj (jamás D.<sup>a</sup> Viviana ni el platero admitían relojes), una perla suelta, un arete de coral, y todo por doscientos pesos, lo que, vendido barato, valía dos mil. El platero sonreía, volvía á envolver las alhajas y las guardaba en un armario pequeño de ébano que estaba junto á su cama y donde tenía siempre por valor de cien mil pesos en joyas á cual más ricas y preciosas. Cuando volvía la corredora le entregaba con el mismo disimulo los doscientos pesos en oro y recibía ó no otros ataditos, y así iba esta clase de comercio, que se extendía á objetos diversos de plata.

D. Santitos tenía una regla que dicen que es jesuítica: *No tengo que mezclarme en la conciencia y en los negocios de mi prójimo, sino cuando me convenga para el servicio de Dios*, y deducía esta consecuencia: Si lo que me venden me conviene, lo compro, no tengo que averiguar su origen, ni nada importa esto para el servicio de Dios. La responsabilidad será de D.<sup>a</sup> Viviana.

No hay para qué decir que D. Santos personalmente desmontaba las alhajas, fundía el oro y la plata y hacía con las piedras, añadiendo otras, joyas cinceladas admirables, y surtía á la corredora, la que las vendía á subido precio, quizá á los mismos á quienes se las habían robado. Al cabo del año este comercio producía miles

de pesos de los que Viviana tomaba una buena parte, según la recta conciencia de D. Santitos. Ya era rica, tenía oro guardado y refundido donde ni ella misma lo sabía, y había ya comprado dos casas de vecindad en el Puente de la Leña, precisamente limítrofes al almacén de fruta de Cecilia.

## CAPÍTULO XXV

### Caprichos de la fortuna

**M**ALES eran los compromisos y el enredo de los negocios de Relumbrón, que el producto de la ganancia del domingo desapareció en momentos de sus manos. Como se dice, tapó algunos agujeros para abrir otros nuevos, pero reservó un fondo para sus gastos diarios, para su lujo de alhajas, que no cesaba de comprar, ya en el monte-pío ó ya en la platería de su compadre, y para hacer frente á los primeros gastos de las atrevidas especulaciones que tenía proyectadas.

Como era su costumbre desde hacía algunos años, siguió concurriendo á reuniones donde se jugaba tresillo, de á peso el tanto, y de veinte pesos plato hecho, y á partidas de gran tono, donde con reserva jugaban los personajes más distinguidos de la política y solían también verse algunos propietarios y á veces comerciantes ricos. La fortuna fué varia para Relumbrón en un par

de semanas, y hecho el balance, en cifras redondas, resultó que había perdido entre el tresillo, el monte y el billar, (pues también echaba sus partidos de mil reyes en la Gran Sociedad) cosa de unos doce mil pesos. Era para su situación, no un simple agujero, sino un ancho boquete que tenía urgencia de cerrar, pues de lo contrario podía irse por allí su fortuna y su crédito.

Resolvió, pues, para llenar nuevos compromisos y pagar letras que se vencían próximamente, hacer una nueva campaña en Panzacola. El domingo siguiente al de su ruidosa ganancia, todos los puntos habían perdido, y la partida había recobrado ya una buena parte de lo que Relumbrón se había embolsado.

En su brillante carruaje, con un tronco de mulas cambujas de siete cuartas, Relumbrón se dirigió á San Angel, y lo primero que hizo fué buscar al coronel Baninelli. En la madrugada había salido con su tropa para México, dejando en el convento del Carmen una corta guardia con el depósito y algunos convalecientes. Moctezuma había marchado con la vanguardia, comisaría y parque desde la tarde anterior. Esta contrariedad puso de mal talante á Relumbrón, pues se había propuesto convidar á esas personas y repetir el ensayo que tan buen resultado le dió.

Durante una hora fué presa de una cruel vacilación, pues tan pronto salía de la casa para montar en el carruaje, que estaba todavía en la puerta, y regresar á México, como volvía, entrar para esperar, leyendo periódicos ó cualquier cosa, la hora de la talla en Panzacola. ¿Qué iba á hacer á México? Tenía que pagar en la semana lo menos veinticinco mil pesos, la mayor parte de letras que no podía dejar protestar. Una de sus deidades



tenía empeño en un aderezo de brillantes que había visto en el monte-pío, que valía mil pesos; su virtuosa señora, de la que hablaremos en su lugar, necesitaba lo menos mil pesos para que el novenario de la Merced fuese muy lucido; otra de las diosas quería mudarse de casa, pues junto á la que habitaba vivían mujeres escandalosas; en fin, picos por aquí, picos por allá y los más gordos sin poderlos aplazar para la semana siguiente. Resolvióse, pues, al peligroso viaje de Panzacola; mandó hacer un almuerzo ligero á su cocinera, que se lo sirvió debajo de los manzanos del jardín, y á la hora oportuna la emprendió para Panzacola, á donde llegó estrepitosamente, penetrando su carruaje hasta en medio del patio.

El contratista y González, que iba ya á sentarse delante de su carpeta verde, lo recibieron bien, pero con una especie de temor y de esperanza que no trataron de disimular.

—Amigo Relumbrón,—le dijo el dueño de la casa,—tiene usted mil onzas en la mesa y otras mil y quinientas debajo. No se las doy á usted, para que le cueste su trabajo ganarlas, pero las considero como perdidas. Dispense mi mal humor del último domingo; pero *me cargó*, no usted, sino ese coronel altanero que estaba detrás de usted, y sobre todo ese muchacho, especie de salvaje que se burlaba de mí cada vez que me veía. Ahora estamos solos y vamos á ver quién vence. Dinero no falta, gracias á Dios,—concluyó diciéndole con una especie de estilo sarcástico y burlón; le dió un par de palmadas fuertes en el hombro y se dirigió al comedor, mientras González, sin decir ni una palabra, tomó posesión de su silla delante de la carpeta verde; la concurrencia, que

era numerosa y lucida, fué acomodándose en las sillas, y detrás una fila de *parados*, y el juego comenzó.

Relumbrón comenzó á jugar, pero le faltaba el aplomo, el plan, la resolución firme que tuvo cuando ganó, de seguir la inspiración de Moctezuma, y durante una hora apostaba, dos, tres, cinco, seis onzas, perdía un albur, ganaba otro, y en resultado salía á mano ó ganando ó perdiendo un par de onzas. Como la talla acababa á hora fija y quería regresar á buena hora á México, se decidió por fin á jugar de veras. Llevaba bastante oro y se proponía no pedir caja.

Salió una figura contra un seis. Se propuso jugar como le gustaba á Moctezuma, puso veinte onzas al rey, y ganó, lo que llamó la atención de los puntos que habían asistido á la lucha pasada y que se figuraban que debía repetirse.

González barajó más tiempo que lo ordinario y salió una sota y un dos.

Relumbrón arrimó las cuarenta onzas á la sota. Casi todos los puntos arrimaron también montones de oro á la sota. A las tres cartas vino la sota. Un murmullo de satisfacción se escuchó. El propietario de Panzacola, que rondaba la mesa, gruñó y dijo algo entredientes contra Relumbrón.

González, á pesar de su experiencia y de su sangre fría, paseó su vista por el auditorio y comenzó á temer una pronta catástrofe, porque los puntos se habían propuesto seguir á Relumbrón y bastaron tres albures para que desaparecieran la mayor parte de las onzas que tenía delante el monte.

Barajó, pues, González con el mayor cuidado, como queriendo evitar que saliesen figuras; pero imposible,

echó á la carpeta otra vez una sota contra un siete. Los puntos se quedaron mirando unos á otros. ¿Cómo era posible que repitiera la sota? Esperaron que se apuntara Relumbrón, el cual sin vacilar puso con mucha calma y en orden, cuatro montones de á veinte onzas, en los piés de la valiente sota de espadas, que parece lo miró con unos ojos muy alegres. Los puntos se atropellaron por poner todo lo que tenían delante á la sota. La carta contraria quedó con unas miserables dos onzas que tiró uno de los que estaban en pié, que dijo:

—Vamos á ver lo que me sucede con ir contra la corriente.

Carta y carta, y nada... por fin, para calmar la ansiedad de los que ya se ahogaban, vino la sota vieja honda, muy honda.

González tuvo un momento de despecho y tiró un poco fuerte la baraja sobre la mesa, pero después la tomó sonriendo para disimular y comenzó á separarla y alejar las figuras unas de otras.

—Corre,—dijo, y cayeron sobre la mesa un caballo de oros y un as de copas.

Relumbrón sin vacilar, puso sus ciento sesenta onzas al caballo: los puntos, sin vacilar tampoco arrimaron su dinero, y el caballo desapareció cubierto de oro, y el punto que estaba en pié, dijo echando sus cuatro onzas al as.

—Contra la corriente siempre.

El caballo vino á las tres cartas. A pesar de la decencia, calma y moderación ejemplar con que se juega en las partidas de gran tono, un murmullo más estrepitoso que de costumbre se dejó oír hasta el patio y la calzada: dos se felicitaban mutuamente, y Relumbrón era el dios

tofabuloso, marido de la fortuna (que hasta entonces se le había tenido por doncella), que llenaba el salón y atraía por su audacia la atención de los numerosos concurrentes. González tuvo para pagar las apuestas que ocurrir á las mil y quinientas onzas del fondo de reserva que estaban debajo de la mesa. Hecha la liquidación y ordenado el oro, el silencio se restableció, y con el más profundo recogimiento esperaron que barajase González, y apareció una sota otra vez y un seis de oros.

Gravísimo compromiso para todos. Esperar que ganase la sota, era tentar á Dios de paciencia.

Relumbrón, sin embargo, puso todo lo que tenía delante á la sota, y lo mismo hicieron los demás puntos sin más excepción que el individuo que había jugado contra la corriente.

—Un momento, Sr. González,—dijo.—¿Me hará usted favor de darme trescientas onzas?

—Con el mayor gusto,—le contestó González, sacando un papelito de debajo de la carpeta y haciendo con su lápiz el correspondiente apunte.

—Contra la corriente siempre,—dijo el individuo.—Gracias, Sr. González,—continuó;—hágame favor de poner las trescientas onzas al seis.

—Juegan,—dijo González.

—¿Corre?—preguntó un gurupie dirigiéndose á los concurrentes.

—¿Puedo cambiarme?—preguntó Relumbrón á González.

Estupefacción general. ¡Cambiarle Relumbrón y abandonar la sota que le había dado la fortuna!

—Puede usted hacer lo que guste. No se ha visto la puerta,—le contestó González.

—Pues me cambio al seis de oros; lo estoy mirando á las pocas cartas y hasta puedo decir el palo. Es imposible que repita la sota.

Hubo un murmullo general. Voces contra Relumbrón, diálogos, vacilaciones.

—Jueguen ustedes con libertad, mis amigos,—les dijo Relumbrón,—y no me echen la culpa si pierden: yo cuando juego tengo caprichos extraños, y en este momento no es cuestión de cálculo, ni de reglas, es lo que se llama corazonada, el seis debe venir.

Continuaron los murmullos y las discusiones, y los que habían séguido la buena suerte de Relumbrón y no sabían á qué carta poner su dinero, se retiraron con lo que habían ganado y fué lo mejor que pudieron hacer.

—Pues que el coronel Relumbrón ha cambiado, voy á hacer lo mismo. Yo he de apostar contra la corriente y quiero ver lo que me sucede. Las trescientas onzas van á la sota.

—Juegan á la sota,—contestó González.

Nuevos murmullos y nuevas conferencias en voz baja y zumbona; entre unos y otros se trataba ya de una especie de desafío entre el individuo desconocido en lo general, que jugaba realmente por capricho contra Relumbrón, y éste que afectaba una superioridad, como jugador viejo y lleno de experiencia.

—Va á dar la hora, y en cuanto suene el rejoj levanto el monté y me retiro,—dijo González.

Con esta amenaza los puntos se dieron prisa, contaron y arreglaron en las manos su dinero é hicieron sus apuestas.

El seis de oros se cubrió de monedas, pues en lo general se decidieron todos á seguir la suerte de Relum-

brón. Era una corazonada, y fuera de esta superstición de jugadores que casi nunca se realiza, la repetición de la sota tantas veces gananciosa, era de todo punto imposible.

—¿Me daría usted cien onzas más de caja?—dijo el singular personaje que apostaba contra Relumbrón.

González hizo con la cabeza un signo afirmativo, sacó de nuevo su papel é hizo su apunte.

—A la sota si me hace usted favor, Sr. González.

—Juegan,—contestó González.

Resultó en definitiva que la sota tenía únicamente las cuatrocientas onzas de la persona que apostaba contra la corriente, y que el seis de oros estaba tapado con las onzas, que en total representaban cerca de cuarenta mil pesos. Jamás se había visto en Panzacola una lucha tan terrible.

González, antes de voltear la baraja que tenía en sus manos y enseñar la puerta, recorrió con una mirada la concurrencia y la carpeta, y dijo con cierta solemnidad:

—El monte paga con lo que tiene en la mesa.

Un murmullo de desaprobación se escuchó, pero Relumbrón no lo dejó continuar.

—Yo pago lo que le falte al monte y juegan por mi cuenta las cuatrocientas onzas que tiene la sota encima.

—Juegan,—dijo González; y como el individuo que las apostó no hizo ninguna observación, González dijo:

—¿Corre?

—Corre,—contestó un gurupie.

Un silencio solemne reinó, y González comenzó á correr *tupidilo*, dejando ver solamente el borde de las cartas.

—El seis de copas,—exclamaron á una vez como en

un coro de ópera, los que estaban al frente de González y habían visto asomar como una línea del dibujo de las copas.

—Quería saber lo que me sucedería por ir contra la corriente, y ya lo sé, perdí mis cuatrocientas onzas,—dijo el individuo con tranquilidad dirigiéndose poco á poco á la puerta.

González acabó de correr la carta y con una voz lastimera el coro de jugadores, dijo:

—*¡Era el cuatro!*

—¡Ah! entonces todavía hay esperanza,—dijo el misterioso individuo, volviendo á acercarse á la mesa.

González siguió corriendo las cartas muy despacio. A las pocas cartas apareció la sota de oros.

Relumbrón se dió una palmada en la frente, que le quedó tan encarnada como si se hubiese puesto un sinapismo; los demás puntos, en su mayoría hicieron un esfuerzo para contenerse, pero no dejaron de increpar á Relumbrón, que consideraron como la causa de su ruina por haberse cambiado al seis.

El desconocido personaje, que era un rico propietario de San Luis Potosí, que había venido á dar un paseo á la capital y estaba recomendado por la casa de Amoategui al propietario de Panzacola, dijo:

—Borre usted la caja, Sr. González, y hágame favor de mandar mañana á D. Pedro las cuatrocientas onzas que me pertenecen.

El reloj apuntaba la hora en que debía terminar la talle. González y sus ayudantes recogieron el oro de que estaba llena la mesa y se levantaron.

Relumbrón perdió lo que llevaba, que era mucho, lo que había ganado y las cuatrocientas onzas que tuvo

que pagar al propietario de San Luis, que fué el que lo desconcertó y al que echaba la culpa de su mala fortuna en el último albur. Después de reflexionar, que hizo muy mal delante de tanta concurrencia de darse tal soberbia palmada en la frente, procuró disimular, y con una risa nerviosa y forzada respondía á los que le hablaban y hacían comentarios sobre su fatal corazonada; pero la música estaba por dentro, y su interior era una verdadera caldera donde hervían cuantas pasiones juntas puede tener un hombre.

El propietario de Panzacola y González, que por el contrario estaban muy contentos, lo convidaron á comer en el comedor privado, y le instaron para que se quedara á la talla de la tarde y de la noche, y como él trataba de desquitarse, fácilmente consintió. Comió de todo y mucho con excitación, y regando los platos con copas una tras otra de diversos vinos. Entre una y otra conversación, versando todas sobre los caprichos del juego y el riesgo que corre un monte cuando la fortuna favorece á un punto atrevido y que sabe jugar, Relumbrón dijo á González:

—¿Cuánto debo de caja?

—No gran cosa, ya haré la liquidación esta noche y mañana nos veremos en su casa á eso de medio día; pero no se preocupe por eso, pues no sabemos lo que pasará esta tarde.

—Pase lo que pasare, ya sabe usted, González,—le contestó Relumbrón,—que soy muy exacto en mis pagos, y en este momento no tengo bastante dinero en oro para pagar la liquidación. Vamos á hacer una cosa si les parece.

—Lo que usted quiera,—interrumpió el propietario de



Panzacola,—y lo que tengo está á su disposición, y cuidado que no falta oro debido á la corazonada de usted.

Relumbrón se mordió los labios y contestó con amabilidad.

—Gracias, pero me gusta jugar con libertad. Tengo casas, fincas de campo, valores y alhajas. Vamos fijando el valor de cada casa, y una vez de acuerdo me darán caja hasta el precio que se convenga. Si pierdo y no puedo pagar á las veinticuatro horas en oro, cubriré la liquidación con las fincas, y mandaré en el acto tirar la escritura á favor de quien se me diga. Si gano, nada hay que decir ni que hacer.

El propietario de Panzacola, que estaba seguro que la suerte sería contraria á Relumbrón, no quiso desperdiciar la ocasión de ganarle algunas buenas fincas, ó en último caso de quedarse con ellas por la cuarta parte de su valor; hizo una corta y débil resistencia, debatió los precios, protestó que sólo por la amistad consentía en una cosa semejante, y al fin llegaron á una conclusión.

El propietario, de gruñón que era de costumbre, en ese domingo dichoso para él, se convirtió en un terrón de azúcar, dió amistosas palmadas en las espaldas á su amigo Relumbrón y lo condujo á una y bien amueblada recámara para que descansase mientras era hora de que volviese á comenzar el juego.

En vano quiso Relumbrón recobrar la tranquilidad y conciliar un rato de sueño en aquella fresca alcoba desde donde se veían por las ventanas árboles frondosos y apacibles montañas azules, la comida y los vinos fermentaban en su estómago, y las ideas de su segura ruina, si no lograba reponerse, turbaban su cerebro. Así se reclinó, ya en la cama, ya en un sofá, se levantó, se vol-

vió á sentar, se paseó de uno á otro lado, se asomó á las ventanas para recibir el aire fresco; nada, imposible de calmar este ardor febril, y en tal estado lo vino á encontrar el propietario de Panzacola, que lo tomó del brazo, como su viejo y querido amigo, y lo condujo al salón del tapiz verde, sentándolo en el mejor lugar.

Relumbrón estaba loco, tonto, imbécil; corrido de mundo, jugador viejo, hombre de sangre fría y de expedientes, jamás le había sucedido una cosa igual. Decididamente el propietario de San Luis con sus apuestas en *contra de la corriente*, le había echado un sortilegio fatal; no se reconocía, y los puntos, los gurupíes, González y el propietario, que no cesaba de rondar la mesa, se le convertían en figuras ridículas ó feroces que no le quitaban los ojos y le hacían perder el juicio. Tentado estuvo de retirarse y regresar á México, con la fresca de la tarde; pero el deseo de desquitarse lo tuvo clavado en la silla.

Ya hemos descrito las escenas de juego. Ninguna cosa particular hubo en esta última talla. Relumbrón jugó con suerte varia, pero al último apretó, y al sonar la hora había perdido casas, haciendas y hasta los botones de brillantes de su camisa. Ya entrada la noche regresó en su carruaje á México.

El lunes, Relumbrón se levantó tarde, con la cabeza pesada, los ojos inyectados de sangre, los miembros todos de su cuerpo doliéndole como si le hubieran dado una paliza.

—¡Valor, valor y audacia! dijo, —sacando con trabajo las piernas de entre las sábanas;—de pronto un baño de agua fría me hará bien, ó me dará una pulmonía, que acabe conmigo, y valdría más.

Pasó en el acto al cuarto de baño y se sumergió en una tina de agua fría. A los diez minutos salió temblando como un azogado, pero se frotó con cepillos y toallas, vino la reacción y comenzó á vestirse.

—Veamos lo que tengo que entregar de aquí á las seis de la tarde. Las deudas del juego son sagradas, y al día siguiente antes de que se ponga el sol deben estar liquidadas. En dinero; es decir, en oro, porque no me admitirían ni plata, diez mil quinientos pesos. El rancho de Xaltenango, las dos casas de la calle del Esclavo, la casa de Chimalistac con sus muebles, los créditos contra el gobierno, la casa y huerta de San Agustín de las Cuevas... en fin todo, hasta los botones de mi camisa, no me queda ni para darle el gasto la semana entrante á mi mujer. ¿Y qué hare para comprar el aderezo que quiere Luisa, y para mudar de casa á Rafaela? ¡Vaya una aventura! Jamás me había sucedido, soy un verdadero bruto y me fuí de bruces, como si hubiera acabado de salir de la escuela de ingenieros. No hay que vacilar. Hacer frente á la situación y desafiar á la fortuna, ó matarse. Por ahora prefiero lo primero, y bien mirado, me alegro de lo que me ha sucedido, porque me ha quitado toda especie de escrúpulos, ya no vacilo y estoy resuelto á llevar adelante mi vastísimo plan. Una vez que logre que mi compadre esté de acuerdo, ya no tendré obstáculo ninguno, así lo primero es hablar con él y hablarle con franqueza é imponerlo sin exageración de la desesperada situación en que estamos.

Concluyó su tocador, sin dejarse de poner un solitario en su camisa de Cambray y un reloj de repetición con una gruesa cadena de oro y rubíes en el bolsil lo de

chaleco, y los dedos con anillos de diamantes como si fuese una mujer.

La noticia de su derrota en Panzacola se difundió por la ciudad; con más velocidad que la de su triunfo; así no dejó de encontrar en su tránsito varias personas que lo detuvieron, y que con semblante queriendo afectar tristeza se condolían de su mala suerte; pero él, con la fisonomía que rebosaba alegría (también fingida) les decía:

—No ha sido cosa, exageran mucho; perdí menos de la mitad de lo que había ganado, y esto es todo, el domingo próximo recogeré lo que he dejado en Panzacola, como quien dice, á guardar.

Así entre uno y otro imprudente que lo trataba de detener exigiéndole que le contase los pormenores, pudo llegar á la Alcaicería y encontró á su compadre más aliviado de su catarro y en momentos de bajar á la platearía, para concluir la famosa custodia que le había encomendado la Archicofradía del Rosario.

—Un momento, compadre, ya tendrá usted tiempo de trabajar, siéntese, que tenemos que hablar muy detenidamente.

Estamos arruinados,—continuó,—no tenemos nada, ni para el gasto de la casa. He preferido hablarle con franqueza, y conociendo que es hombre cristiano, soportará con resignación este golpe, se conformará con la voluntad de Dios y me ayudará con todos sus recursos para que ganemos, no sólo lo perdido, sino mucho más y de una manera fija y permanente.

El compadre se puso blanco como si hubiese recibido un repentino baño de cal en la cara, se le aflojaron las corbas y se dejó caer como un plomo en el canapé.

—Pero ¡cómo ha sido eso, compadre! El juego, el maldito juego; se lo había yo dicho á usted mil veces; pero nunca me ha querido hacer caso.

—No, el juego no, compadre; yo siempre he ganado y con sólo eso he mantenido el lujo de mi casa, sino yo mismo, que soy un verdadero imbécil. Pude haberme retirado ganando trescientas onzas; pero González, con algunas palabritas picó mi amor propio, hice la barbaridad de no seguir con valor el juego de figuras con que me hizo ganar ese oficial del regimiento de Baninelli, perdí la cabeza, me volví casi loco, loco de remate, y hé aquí, nuestra ruina, ruina completa. Asómbrese usted, perdí todo el oro que tenía, después el rancho de Xaltango, que vale sesenta mil pesos, por diez mil; las casas de la calle del Esclavo, por cuatro mil cada una, y valen cuarenta mil, y así lo demás, ¿para qué es recordarlo? un verdadero desastre, no tenemos nada, nada; ni para amanecer como el último limosnero de la esquina.

El compadre se agarraba la cabeza con las dos manos, le parecía que era presa de una pesadilla y decía con una voz sofocada:

—¡Increíble, increíble! en tantos años que hace que nos conocemos nunca había sucedido esto.

—Es verdad, compadre; jamás había tenido esa especie de vértigo que me acometió el domingo. Con la mayor sangre fría he perdido y he ganado albures de quinientas onzas, y me he sabido retirar á tiempo, y lo que quizá no sabe usted, compadre, es que además de estar cargado de deudas y de compromisos, todo el patrimonio de mi mujer se ha hundido en este pozo sin fondo. Esto es lo más fuerte. Severa y mi hija me creen el me-

jor de los hombres así como muchas otras gentes; sólo usted me conoce, compadre, y eso no enteramente; pero quizá dentro de media hora me mostraré á usted tal como soy.

—Pero ¿qué hacer, compadre?—exclamó el platero que no había fijado su atención en el último razonamiento de Relumbrón.

—La respuesta,—dijo Relumbrón,—sería muy fácil y terminaría con nuestros infortunios personales; matarnos, y ya escogeríamos el modo más fácil y menos doloroso.

—¡¡Qué horror!!—exclamó el platero volviéndose á coger la cabeza con las manos.

—Pero eso no está en los principios religiosos de usted, ni en los míos, porque soy cristiano, aunque mal cristiano; así, apartemos ese pensamiento y procedamos con orden y con calma. En primer lugar pagar y liquidar antes de las seis de la tarde. Aquí tiene usted todas mis alhajas, creo que usted mismo las ha evaluado en treinta mil pesos. Necesito sobre dieciséis mil pesos para pagar la caja, dar mil pesos á mi mujer para un novenario á no sé qué virgen, y otros mil para un aderezo que tengo que comprar hoy... ya sabe usted, compromisos de honor que nunca faltan; busque usted, pues, á la corredora y que vaya al monte-pío; añada usted algunas de las piedras que tiene en el misterioso cajoncito, ó dinero si tiene usted, el caso es salir de los compromisos urgentes.

—La corredora no debe tardar,—dijo el compadre, tomando la cajita de manos de Relumbrón.

—Pues viene como de molde. He citado á González para las dos de la tarde para que liquidemos.

—Bien, compadre, tendrá usted el dinero...

Relumbrón no pudo contenerse y abrazó á su compadre, que para tomar la cajita de alhajas había cambiado de posición.

—Usted, compadre, es mi salvador, mi único y buen amigo, y le aseguro que si continuamos en sociedad, en muy poco tiempo volveremos á ser ricos; de pronto deme mil pesos para ir en el acto á comprar el aderezo, mande mil á mi mujer y antes de la una vendré en mi coche por el resto... en oro, todo en oro.

—¿Y después?—preguntó el platero con desconsuelo, desviando suavemente los brazos de Relumbrón que rodeaban su cuello.

—Después,—contestó Relumbrón muy contento,—voy á comprar haciendas y fincas, pues que he vendido las que tenía.

—¿Con qué dinero?—preguntó el platero,—pues el que tengo apenas bastará para tantos compromisos.

—No se necesita por ahora sino muy poco dinero, bastará la audacia y el modo... que con modo se consigue hasta el cielo.

Precisamente—continuó,—al estarme vistiendo recorría los periódicos, y en el oficial leí un aviso en el cual se anuncia la venta de una de las haciendas del marqués de Valle Alegre, que compró hace pocos años por el rumbo de San Martín. Se llama *Arroyo prieto*, tiene una gran existencia de trigo y de maíz. Si logro comprarla á reconocer, el trigo y el maíz aunque sea vendido á menos precio que el de plaza, me dará un producto de veinte á veinticinco mil pesos, y con esto marchamos adelante, abriendo, como de costumbre unos agujeros para tapar otros, hasta que se sistemen nuestros

asuntos de la manera que explicaré á usted á su tiempo. También se vende un molino en Perote, un molino que es absolutamente indispensable para mis proyectos. El apoderado es D. Pedro Martín de Olañeta, y con una recomendación del licenciado Chupita, marido de su hermana Clara, es negocio hecho. Ya ve usted, compadre, que no hay necesidad de matarse, sino de buscar expedientes, y además hará buen efecto en el público que la semana misma de mi pérdida en el juego compre haciendas valiosas, y servirá también de pretexto este negocio para tirar la escritura de la hacienda y casas que debo de entregar al propietario de Panzacola.

Con estos proyectos la frente del platero se desarrugó, y aunque, en pocas palabras, porque era de suyo de escasos razonamientos, le prometió ayudarlo y que él mismo estaría antes de la una en su casa con el dinero suficiente para pagar la caja.

Relumbrón, muy contento, y formándose un mundo de oro en su cabeza, fué al monte-pío, compró en mil pesos el aderezo codiciado y lo llevó á Luisa, sin entretenerse en muchas ternezas, pues tenía los minutos contados para concluir sus negocios antes de anochecer. De la casa de Luisa fué á la del marido de Clara á pedirle una recomendación, que obtuvo en el acto, y siguió á la casa del licenciado Olañeta, el que se excusó de intervenir en negocio alguno mientras desempeñase el cargo de juez, pero lo dirigió con una buena recomendación al licenciado Lamparilla, á quien, como hemos dicho, encomendaba varios negocios cuando él mismo no podía ocuparse de ellos. A las dos de la tarde González había recibido el importe de la caja y el escribano Orihuela estaba ya encargado de tirar las escrituras de las haciendas



y casas á favor de la persona que designara el propietario de Panzacola.

Relumbrón entregó sin sentimiento, sin emoción, sus valores y su dinero. Estaba seguro que dentro de pocas semanas los volvería á adquirir en un albur ó de cualquiera otra manera; pero quedó como si le hubiesen quitado una piedra que le pesaba en el pecho, cuando quedó pagada la caja. Para los jugadores de México es un punto de honor pagar la caja antes de veinticuatro horas, y raro es el caso en que alguno ha dejado de hacerlo. Tal género de deudas no se pueden cobrar judicialmente, pero el que falta, como dicen; se le *cierra la puerta* y jamás puede presentarse en ninguna partida sin que oiga un rumor sordo y hasta desagradable para él.

Relumbrón, muy jovial, entró á las habitaciones de su mujer, y le entregó mil pesos en oro para que á su antojo los distribuyera en los gastos del novenario.

D.<sup>a</sup> Severa era enemiga del juego, y por esta causa había tenido graves y frecuentes disgustos con Relumbrón; pero convencida de que era incorregible, se había propuesto no decirle ni una palabra; sin embargo, como no pudo dejar de saber por las visitas que recibía y por los criados las campañas de su marido en Panzacola, se limitó á preguntarle secamente al recibir el oro y colocarlo metódicamente en su costurero.

—¿Por fin, has perdido ó ganado?

—A mano poco más ó menos, así, así,—le contestó con indiferencia.

—¿Entonces este oro?

—Ya lo sabes, eso es aparte. Nunca toco tu dinero, que está en poder de mi compadre. A él pedí ayer los mil pesos, y él mismo me los trajo temprano.

—Bien está,—y desvió la cara cuando Relumbrón le quiso dar un beso en la mejilla.

—Te daré gusto,—le dijo el marido con mucha amabilidad,—te prometo no jugar más, ni en Panzacola ni en México. Voy á dar otro giro á mis negocios. Fincas de campo, es lo mejor; ya verás qué magníficas haciendas voy á comprar, y me admiten en cambio las casas de la calle del Esclavo que apenas dan doscientos pesos al mes.

—Dios me oiga y te haga bueno,—dijo sencillamente D.<sup>a</sup> Severa; cerró su costurero, se puso en pié, besó la frente de su marido, más con el cariño tierno de madre que con el entusiasmo de la mujer que llevaba años de casada.

Relumbrón, que no quería prolongar más la conversación se dió por satisfecho de que terminara así, entre él y su mujer la averiguación de sus ruidosas aventuras de Panzacola; protestó la urgencia de atender á asuntos urgentísimos de palacio, y en efecto, en su despacho lo esperaban mucha gente, la mayor parte eran, ó acreedores de picos pequeños, ó pobres vergonzantes que, no obstante su pérdida del domingo, venían á pedirle dinero. Pagó á los unos y medio contentó á los otros, y se desembarazó de tan importuna concurrencia.

En la puerta del zaguán lo esperaba una criada, que le dió una cartita perfumada, que decía:

«Ven á cenar esta noche, chatito mío. Te espera sin falta, tu *Luisa*.»

Aun no llegaba á la esquina cuando lo detuvo otra criada y le entregó un bulto pequeño y un papelito azul enrollado como un cigarro:


«Ya encontré una casa muy bonita. Te mando el pañuelo con tu cifra de mi pelo. Ven esta noche, cenaremos un pollo asado que tanto te gusta; pero no faltes, por que me enojaré, y arreglaremos lo de la mudada. Ya se me acaba el dinero. Tu *Rafaela.*»

Relumbrón se quedó como un bobo en la esquina pensando cuanto le faltaba que pagar, qué mentira inventaría para que no se enojase D.<sup>o</sup> Severa y dónde iría á cenar. De esta situación lo vino á sacar uno de los ayudantes del Presidente, que lo tomó del brazo y ambos caminaron rumbo á palacio.



## CAPÍTULO XXVI

### A m o r   c a s u a l

L compadre platero había tenido sus veinte años, ¿quién que ha llegado á cuarenta ó cincuenta no los ha tenido? Lo que quiero dar á entender por esto, es que á los diez y nueve, á los veinte y aun á los treinta años, Santos Aguirre era derecho, bien conformado, con unos ojos insinuantes y lascivos, con una abundante cabellera negra, la que con sólo lavarse con agua natural, se le rizaba, y metiéndose la mano en lugar de peine, se formaban aquí y allá rizos graciosos que le caían bien por la frente y hacían á su fisonomía muy simpática. A los veinte años era ya un oficial y un hábil oficial, que su maestro distinguía mucho, le confiaba las obras más delicadas y las comisiones en que se trataba de enseñar piedras preciosas, de cobrar cuentas de valor, de comprar plata y oro en la casa de moneda y de acompañar á las señoras á otras platerías ó almacenes cuando

no encontraban en la del patrón las alhajas ó efectos que deseaban.

Al taller de la Alcaicería venía de tiempo en tiempo una señora rica del Estado de Michoacan que poseía una serie de ranchos productivos y hermosos en las cercanías del lago de Pázcuaró que se llamaban los Laureles, sin duda por el mucho laurel rosa que crecía por donde quiera, hasta el punto que tenían que arrancarlo para que no perjudicase á las siembras ó á otras plantas de jardín. La señora habitaba indistintamente en uno ú otro de los ranchos, pues cada uno de ellos tenía una cómoda y bonita casa.

Por lo menos dos veces en el año venía á México, y su primera visita era á la platería de la Alcaicería. Gustaba de alhajas curiosas, pero de poco valor. Raras veces compraba un diamante ó un záfiro. En cambio hacía un consumo exagerado de milagritos de plata, de sartas de coral y de perlitas, sin duda para regalar á la gente de sus ranchos. Como en los primeros viajes no era muy práctica en las calles de la ciudad, rogaba siempre al patrón que alguno la acompañase, y Santos, como oficial de más confianza, era escogido, y así pasaban largas horas en la calle y en los almacenes, y si por casualidad se quedaba la señora el domingo, iban por la tarde al teatro Principal. El maestro sabía sólo que era una viuda rica, y no tenía inconveniente en fiarle quinientos y mil pesos y aun de darle dinero cuando le faltaba para otras compras.

El aspecto de esta señora, que no tendría treinta años de edad, era, sin ser bonita, de los más agradables. Una boca franca y con luz, pues cuando la abría para reír, y reía frecuentemente, enseñaba dos hileras de dientes

grandes, blancos y el sol entraba hasta la garganta, iluminando, no sólo las encías, sino todo el aparato húmedo, de esa carne bofa y rosada, por donde pasa el espumoso champaña y las tiernas pechugas de gallina y que absorbe también los besos ardientes del amor. Sus ojos grandes y color de aceituna, tenían una expresión tranquila, y el conjunto de su semblante revelaba una alma buena y sencilla. El gracioso acento moreliano ó el *dejo*, como se le llama en la capital al hablar de los provincianos, añadía mucho á la gracia de su boca y al sonido de su voz. Vestida con propiedad, pero sencillamente, con su cabello dividido en dos bandas, retenida una gruesa trenza por una peineta de carey y embozada en un tápalo de color modesto, era una de tantas personas que transitaban las calles, sin nada notable en el traje y en el modo de andar y de mirar que fuese digno de llamar la atención. Ni el maestro de la platería, ni Santos, ni nadie sabía donde se alojaba, tal vez sería en casa de una amiga íntima ó de una parienta; permanecía cuatro, seis y hasta quince días en México, y el día menos pensado desaparecía sin despedirse del maestro ni del oficial y no volvía sino á los tres ó cuatro meses, trayendo el dinero suficiente en oro para pagar lo que le habían fiado en la platería y en algunas otras tiendas.

No había dejado de llamar la atención de Santos la naturalidad, la gracia y la sencillez de esta mujer, pero no se había atrevido á decirle, salvo algunos cumplimientos, nada de formal; en primer lugar por no disgustar á su patrón, si lo llegaba á saber, y en segundo porque su humilde posición de oficial de una platería lo alejaba de una mujer seguramente rica y de familia distinguida de Pázcuaró, así es que pasaron meses y meses

sin que las relaciones avanzaran del punto que hemos indicado; es decir, un compañero atento que guiaba en la capital á la señora rica en las compras y asuntos que se le ofrecía, en guardarle á ocasiones dinero, efectos y alhajas, empaquetarlos y llevárselos hasta el mesón de Balbanera, de donde salía cada semana un coche para Morelia.

En uno de los viajes, la *señora de los Laureles*, como le llamaban en la platería, tuvo gana de pasear por la Alameda entre tanto regresaba á su casa una costurera que vivía en Corpus Cristi y á la que mandaba hacer sus trajes cada vez que venía á México. Sentáronse en una de las bancas de piedra que cercan las fuentes, y platicaron del fresco delicioso de aquel sitio, y se divertían mirando bajar y subir un limón colocado en el chorro de la fuente. De repente y con la mayor naturalidad y sencillez, dijo la señora de los Laureles á Santos Aguirre:

—Vea usted qué idea tan rara. Me casaría con usted de buena gana.

Santos no se sorprendió y creyó que era una broma.

La señora se lo conoció en el semblante.

—De veras,—continuó diciéndole,—no es chanza. Usted es un buen muchacho, muy hábil en su oficio, y las alhajas de plata y oro que usted hace no tienen igual en México. Además lo creo muy hombre de bien, pues su maestro le confía alhajas que valen miles de pesos, y aunque diga usted que no tengo vergüenza, me parece usted muy guapo, y sus ojos y su cabello me encantan.

Santos se rió á carcajada tendida.

—Hace usted bien de burlarse de mí por haber sido franca y haberle dicho lo que sentía, pero todo es inútil,



soy viuda y libre, completamente libre, no quiero á nadie, ni me gustan los hombres, pero no me puedo casar.

—No no me he reído por hacer burla á una señora que tanto favorece á mi maestro y á mí, sino porque me he figurado que me quiere usted volver loco y vale más reir que no tomar á lo serio estas cosas. ¿Qué no sabe usted que es bonita, y graciosa sin pretenderlo, y así como usted cree que yo soy hombre de bien, yo estoy seguro de que es usted muy buena? Con razón dice usted que no se puede casar, ¿ni cómo usted tan rica se había de casar con un oficial de platería que no gana más que un par de pesos diarios? Tendré reunidos unos trescientos pesos y es todo mi capital.

—¡Rica!—interrumpió la moreliana,—sí, muy rica en verdad, y por eso precisamente no me puedo casar, ya se lo explicaré otra vez.

La moreliana se levantó, y ambos se dirigieron al Monte-pío hablando de cosas indiferentes y como si nada hubiese pasado.

El resultado de conversaciones como la que acabamos de referir, vino á ponerse de manifiesto tres años después, en que vino como de costumbre á hacer sus compras y Santos la acompañó al comercio. Su talle había engrosado visiblemente, y su fisonomía era más abierta y luminosa. Estaba verdaderamente bonita y llamaba la atención de los que pasaban junto á ella. Caminaron por las calles más solas y llegaron á la misma glorieta de la Alameda.

—Es la ocasión,—dijo la moreliana,—de que te explique ahora por qué no me puedo casar contigo. Desde la primera conversación que tuvimos hace años en este mismo sitio y sentados en esta misma banca, concebí no

un capricho, sino un cariño tan grande por tí que no podía olvidarte por más que quería; los días se me hacían muy largos, y las semanas años, y con gran gusto de tu maestro mis viajes eran más frecuentes. Mañana desapareceré por dos meses, y nadie sabrá donde los pasaré.

Vas á saber porque. Mis padres me casaron muy joven, casi niña, con un señor riquísimo que tenía muy bien sus setenta años. Yo no supe lo que hice, ni mi marido tampoco, pero como yo era una inocente y no conocía más que los ranchos de los Laureles que mi padre tenía en arrendamiento, viví contenta sin deseos, sin ambición, sin tener ni siquiera idea de cómo era una ciudad, pues no conocía más que el pueblo donde me llevaba mi padre los domingos á la misa. Al cabo de cuatro años de casada murió mi padre, y fué tan grande la pesadumbre de mi madre, que á los tres meses lo siguió seguramente al cielo, pues los dos eran muy cristianos. Cuando esto sucedió sentí el peso del matrimonio, y mi marido, que había sido, si no bueno, así, así, se volvió imprudente, regañón y además enfermo, ya de un brazo, ya de una pierna, ya de la cabeza, de modo que me pasaba los días y las noches curándolo y velándolo. Cada semana venía el médico de Pázcuaru y le ordenaba tanta medicina, que el criado que iba en seguida á la botica, volvía con una canasta llena de ungüentos, de botellas de todos tamaños y con cajitas de polvos y píldoras de todos colores. Duró dos años esta fatiga, y estaba yo lo que se llama aburrída, pero lo disimulaba, tanto porque mi carácter es tolerante, como porque reflexionaba que no podía hacer otra cosa. Cuando mi pobre marido se vió ya muy grave de una enfermedad, que ni él ni el médico conocieron, me llamó á su cabecera, me

rodeó el cuello con un brazo que era el único que podía mover, se puso á llorar como un niño, me pidió perdón y me dijo: «Te dejo los ranchos de los Laureles y mis demás bienes, pues no tengo herederos forzosos, pero con una condición que tú sabrás á su tiempo. Tengo hecho en toda forma mi testamento en Pázcuaru, y te lo vendrán á notificar nueve días después de mi muerte.» A los pocos días de esta confidencia, murió, y según su voluntad, fué enterrado pobremente en el cementerio del curato del pueblo. A los nueve días justos vinieron de Pázcuaru un escribano y un licenciado á notificarme. Ni puedes imaginarte lo rica que soy, y un día te daré una lista de todo lo que tengo. El albacea que dejó mi padre es D. Cayetano Gómez, la persona más rica y más honrada de Morelia. Yo manejo los ranchos de los Laureles, y D. Cayetano, por medio de sus dependientes, los otros ranchos, haciendas y casas, me da cuanto le pido, en nada de mis asuntos se mezcla y yo entro y salgo y hago mi santa voluntad sin tener que darle á él cuentas ningunas, y antes bien él me las da á mí cada seis meses, pero por costumbre y porque así me conviene, le doy cuenta de todas mis acciones y no doy un solo paso sin su aprobación.

—Aun no me has dicho todavía la causa por que no te puedes casar,—dijo el oficial de platero, no pudiendo recobrase del asombro que le causaba el extraño carácter de esta mujer, á la que cada día iba queriendo más, habiendo comenzado por amores pasajeros, que, desgraciada ó afortunadamente, tuvieron consecuencias más serias.

—Es verdad, no te he dicho la causa porque nunca podré ser tu mujer y por eso debí haber comenzado. La

cláusula del testamento que me leyó el escribano, parece que la tengo impresa en el cerebro y no le falta ni un punto ni una coma: te la voy á decir:

«Hago mi testamento en mi sano y entero juicio, y como hasta este momento mi esposa D.<sup>a</sup> \*\*\* ha sido muy fiel y además atenta y cuidadosa conmigo, como si hubiese sido mi hija, la instituyo heredera de los ranchos de los Laureles, donde deseo que viva retirada el resto de su vida, y no teniendo herederos forzosos, la instituyo también heredera de mis demás bienes, cuyo inventario está en poder de mi albacea, pero con la condición de que no se volverá á casar. Si alguna vez se casare, no importa el marido que escoja, aunque fuese un rey ó si tuviese sin casarse un hijo, ó hiciere mala vida en el rancho ó en otra parte cualquiera, *perderá el derecho á todos mis bienes*, que pasarán á los que pretenden ser mis herederos, cuya lista está igualmente en poder de mi albacea. Llegado ese caso, conservará únicamente en los Laureles el rancho donde nació, y una pensión de cincuenta pesos mensuales que le será ministrada por mi albacea.»

Ya ves que larga como es esta cláusula, la sé de memoria. El resto del testamento no tiene importancia. Misas para su alma, limosnas para los pobres, un legado para el cura del pueblo y una cantidad para la función anual de la parroquia. Los herederos no forzosos, son más de cuarenta, y desde que supieron, no sé cómo, el contenido de la cláusula que acabo de referir, se han constituido en otros tantos espías para cogerme *en un renuncio*, y poder reclamar y repartirse los bienes, pero hasta ahora no han podido *agarrarse* de lo más mínimo, pues vivo sola con mis criadas en el mejor de los ran-

chos, y mis cortos viajes á México los hago con conocimiento y previa licencia de D. Cayetano Gómez, el que me conoció muy niña, me tiene cariño y mucha confianza en mi conducta. Las chucherías que compro en la platería, son para hacer regalos á mis criados y criadas, y también á varias personas que detestan á los supuestos herederos y me sirven para destruir las redes que no han dejado de tenderme, concluyendo por cansarse y tomar cada uno por su rumbo. Aquí en México existe una familia que fué muy amiga de mis padres. Vive cómodamente con una pensión que le doy cada mes, y primero les arrancarían la vida, antes que vender cualquiera de mis secretos. Las criadas me conocen con un nombre supuesto y paso por ser vecina de Toluca. Es en esa casa donde he habitado las cortas temporadas de mis viajes, y es en esa casa también donde daré á luz el fruto del único amor que he tenido en mi vida. Las criadas serán despedidas antes del acontecimiento, y no habrá más que la familia, para asistirme cuando el lance llegue. Ya comprenderás la importancia del secreto. En el momento que se descubriese vendrán veinte ó treinta pleitos encima, y por mucha que fuese la influencia de D. Cayetano, como la cláusula es terminante, me quedaré de la noche á la mañana en la miseria, y este hijo, que es la recompensa de un amor sincero, será cuando crezca un pordiosero.

—Eso no,—dijo el oficial de platería.—Lo que yo gane y lo que yo ahorre, será para él, pero reconozco, sin embargo, la importancia del secreto y lo guardaré como si estuviese depositado en un sepulcro. Tengo en ello, tanto interés como tú.

—Bien, perfectamente bien, y no esperaba menos de

tí. Voy delante,—dijo la moreliana levantándose,—sígueme tú, procurando no llamar la atención, y la casa en que yo entre, en la calle de la Estampa de Santa Teresa la Nueva, es donde vendrás á verme, cuando recibas una carta mía. Dí á tu maestro que partí para el rancho de los Laureles, y que á mi regreso, dentro de dos meses, le pagaré los doscientos pesos que le resto, según su cuenta, con la que estoy conforme.

La moreliana y Santos, después de esta conversación, no se volvieron á ver en efecto, sino á los dos meses y ocho días en que recibió la carta prometida y ocurrió á la cita en la casa de que se ha hablado. Allí encontró un niño, sano, robusto y que prometía, cuando se desarrollara y acabase de respirar bien el aire del mundo, ser un primor de gracia y de hermosura. La madre había partido á su rancho, visitando de paso en Morelia á su protector D. Cayetano Gómez, el cual se manifestaba cada vez más satisfecho de la conducta hasta ejemplar que observaba la que él decía que era como una de sus hijas.

Las relaciones entre Santos y la moreliana cesaron con el nacimiento del niño. Continuó haciendo sus apariciones en México de cuando en cuando, comprando siempre objetos en la platería, sin necesitar ya (ni le convenía) de la compañía de Santos. La última vez que habló con él á solas, y evitando las caricias que trataba de hacerle, le dijo:

—Nada, nada de palabras, ni menos de caricias, yo no soy como todas las mujeres. Te quiero, como el primer día, pero si el cariño y la naturaleza (porque nunca fuí de veras casada) me precipitaron á cometer una falta, no caeré en la segunda, que pondría en peligro el porvenir de nuestro hijo...

Como Santos quería hablar, ella le tapó la boca con la mano, y continuó diciéndole:

—Nada, nada... desde hoy, tú no eres más que el oficial de la platería, que acompañaba la señora de Morelia cuando venía á surtirse de alhajas en casa de tu maestro.

Santos no insistió, y las cosas quedaron en el mismo estado que la primera vez que vino á México la misteriosa moreliana, y los presuntos herederos no tuvieron ni aún la menor sospecha de la estupenda droga que les hizo. ¡Lo que son las mujeres! El diablo les tiene miedo; con llorar cinco minutos, son perdonadas de sus flaquezas, como la Magdalena, y todas se van al cielo. El infierno debe estar doblemente triste con la falta absoluta de la bella mitad del género humano.

El afortunado niño se crió sano y guapo entre esa buena familia que se componía de una viuda y dos niñas casaderas, abrigado este personal con las canas de un tío que dormía catorce horas, empleando el resto en comer y rezar en la iglesia de Santa Teresa. El secreto fué fielmente guardado, como se supone, pues en caso de descubrirse por alguno, perdían la amplia mesada que con la mayor exactitud les ministraba la moreliana.

El maestro de Santos murió y le dejó en herencia su taller y su clientela. La moreliana compró la casa de la Alcaicería y se la regaló á Santos, con lo que quedó bien establecido y ganando el dinero que quería con su habilidad en el noble arte de la platería.

Cuando el niño tuvo la edad conveniente, se le puso en una escuela y después en el seminario, y consultándole sobre la carrera que quería seguir, respondió que la militar, en consecuencia se le trasladó del seminario

al colegio de Ingenieros, que justamente se acaba de establecer en el antiguo edificio de los Belemitas.

Pasaba por ser huérfano de padre y madre. Su padre al morir le había dejado un regular capital y al cuidado de la familia donde se crió y de D. Santos Aguirre, en cuyo poder estaba su dinero. En esta creencia y sin hacer muchas averiguaciones, había crecido este sér misterioso que conocemos en esta verídica historia con el nombre de Relumbrón, porque así le llamaban sus muchos amigos y por no confundirlo con D. Santos Aguirre, cuyo apellido llevaba.



## CAPÍTULO XXVII

### Algo de la vida íntima de Relumbrón

**D**URANTE algún tiempo, Relumbrón fué uno de tantos oficiales del ejército que no llamó la atención del público, y su círculo estaba reducido á tres ó cuatro de sus compañeros de colegio, á las relaciones superficiales que le proporcionaba el platero, que era conocido por su habilidad y por las exquisitas piedras y diamantes que proporcionaba á sus marchantes. El género de industria que ejercía y lo acreditado del taller de la Alcaicería que contaba años de existencia, lo ponían en contacto tan pronto con Cecilia, que le compraba sargas de corales, como con el marqués de Valle Alegre, que le mandaba hacer un aderezo de záfiro, ó con el prior de Santo Domingo, que exigía para el día solemne de la función de iglesia un juego de candeleros de plata. El influjo que ejercía y las relaciones que en el transcurso del tiempo adquirió con perso-

najes muy elevados, lo empleaba todo en favor de su hijo y se complacía, lo mismo que la moreliana, en guardar el secreto y en ver como el fruto de un amor que pasó como un fuego fatuo, se desarrollaba, progresaba con asombro y envidia de la mayor parte de los militares, é iba tomando un buen lugar en la sociedad mexicana. Cuando lograron por estos manejos en que no entraba por algo, sino por mucho, el dinero, que no escaseaba la propietaria de los ranchos de los Laureles, que fuese admitido como Ayudante del Presidente, cambió mucho su posición, y lo que se llama público en mayor ó menor número, comenzó con más seriedad á ocuparse de él. Decían unos que era hijo natural del marqués de... R, que á su muerte había dejado una cantidad muy fuerte de dinero en poder de D. Santos. Otros aseguraban que era uno de los noventa ó cien hijos del conde de J\*\*, y que como esé hijo lo había tenido en una señora muy ilustre y rica del Saltillo, lo había entregado al platero para que le diese una educación muy esmerada que lo hiciese lo que podría llamarse un hombre de importancia, para lo cual daba cuanto dinero era necesario. Por este estilo se formaban cuentos y novelas á cual más interesantes respecto al origen de Relumbrón, sin que ninguno hubiese llegado á penetrar el misterio que sólo sabían la moreliana, el platero y la familia en cuya casa nació, de la que solo existía ya el viejecito enfermo y sordo como una tapia. La madre había muerto, y las dos muchachas, bien casadas con el dote que les dió la moreliana, habían seguido á sus maridos establecidos en el interior de la República.

A esta protección decidida, como se ha dicho en el capítulo anterior, se añadió el carácter fácil y la viveza

natural de Relumbrón y su casamiento con una persona rica de la mejor reputación. Con tales elementos, el círculo de sus relaciones se ensanchó, concluyó por conocer y tratar á las personas más notables del comercio, del foro y de la Iglesia. El Presidente lo distinguió, lo elevó á un grado superior y le dispensó su confianza, con lo que pudo proporcionarse negocios de esta y de la otra naturaleza. Entonces el platero, con el consentimiento de la moreliana, celebró con él una compañía con la más grande reserva y únicamente con la fe de la palabra, para entrar en toda clase de negocios en que él tendría una tercera parte, Relumbrón otra tercera, y la restante para una persona que ministraría cuanto dinero fuese necesario, pero que quería ocultar su nombre. No hay necesidad de decir que esa persona era la moreliana, que sin necesidad de pedir dinero al albacea de su difunto marido, dedicaba el crecido producto de los ranchos de los Laureles al fomento de las empresas de su hijo, que no sabía cuáles eran, ni le importaba ganar ó perder, y ni siquiera trataba de indagar las veces que venía á México.

En tal estado estaban las cosas, cuando hemos presentado á nuestros lectores estos nuevos personajes, dejando olvidados á otros que ya han figurado y aparecerán cuando sean mezclados, más ó menos, á nuevos acontecimientos.

Más para dar una idea de las relaciones sociales de Relumbrón y de espigar, aunque sea un momento, la vida íntima de este singular personaje, bueno será que le consagremos algunas líneas más. Relumbrón tenía en arrendamiento en la calle de... una casa que después compró, que tenía dos patios, una habitación alta con

dos salas, ocho ó diez recámaras y gabinetes, azotehuela, una amplia cocina, y en los bajos, local bastante para los coches y caballos, en el fondo todavía un corral y un jardín; en resumen, un verdadero palacio á la antigua, con mamparas de lienzo, puertas irregulares, pesadas mochetas, ventanas altas y bajas en todas las piezas, con rejas de fierro, pero en el conjunto, aunque no brillante y bien decorado, era muy cómodo y podían vivir dos ó tres familias.

D.<sup>a</sup> Severa, la esposa de Relumbrón, era mayor que él, su figura y sus costumbres guardaban una perfecta analogía con su nombre. Era delgada, derecha, muy blanca, con una nariz afilada y grande, boca pequeña y seria, cuyos labios más bien se recogían que no se desplegaban para sonreír. Risa franca y abierta jamás la tuvieron, pues siendo el carácter adusto y triste, las carcajadas alegres y francas nunca se oyeron, ni aun cuando era joven, en las habitaciones de D.<sup>a</sup> Severa.

La mirada de sus ojos de azul oscuro, no era soberbia, ni altanera, pero sí severa como su nombre, y cualquier desmán en el hablar ó en las acciones de los que tenían trato con ella, lo contenía su mirada, en la que se reflejaba el desagrado. Cuando no había nada que chocara con sus costumbres y modo de pensar, esa mirada era benévola y un tanto insinuamente para las personas á quienes estimaba y dispensaba su confianza y amistad.

Cada sábado D.<sup>a</sup> Severa y su hija se ponían su saya y su lujosa mantilla trapeada, y á las ocho de la mañana se iban á la iglesia de la Encarnación donde las esperaba su confesor, y las seguían sucesivamente las criadas de la casa, y todas juntas el domingo muy temprano iban á comulgar al Sagrario. En las noches se rezaba

el rosario en coro y se concluía con la estación cuando sonaba en la iglesia cercana la plegaria de las ocho. Con los cocheros y demás criados era un poco indulgente, pero no dejaba de exigirles en Cuaresma su cédula de confesión, y si no la entregaban en la semana de Dolores, eran invariablemente despedidos. Poco después de las ocho comenzaban á entrar las visitas de confianza, tomaban el chocolate en el comedor y después pasaban al gran salón que describiremos á su tiempo.

El casamiento de D.<sup>a</sup> Severa y de Relumbrón fué obra exclusiva del platero y de la moreliana, no precedieron ni citas, ni cartas perfumadas, ni apretones de manos, ni besos furtivos y ardientes. Relumbrón visitó la casa de D.<sup>a</sup> Severa un par de meses, lo que era bastante *para tratarse*, nunca pasó de darle la mano al despedirse y menos le habló de amores, y la conversación era más bien de funciones religiosas, que de otra cosa, pues los dos estaban entendidos que si después de *tratarse confrontaban* se casarían.

Confrontaron y D.<sup>a</sup> Severa se casó, porque desde que le presentaron á Relumbrón, concibió como si fuera una Julieta de diez y seis años un violento amor por él, pero se guardó muy bien de confesarlo, ni aun de demostrarlo, y tuvo la fuerza de voluntad bastante para aparecer ante él más *Severa* de lo que era.

Relumbrón se casó porque le gustó la novia, y en efecto, la compostura y severidad de Severa con su fino cabello negro, su dentadura completa y sus carnes todavía frescas y blancas, tenía quizá más atractivo para los hombres que los labios pintados, las muecas y risas forzadas de una coqueta, y en efecto, era solicitada, no sólo de Relumbrón, sino de tres ó cuatro pretendientes más,

con quienes se hubiera podido casar, pero no le simpaticizaban. Además, Severa tenía dinero, una reputación sin tacha, ningún pariente, era una ganga. Para establecerse sólidamente en la sociedad, necesitaba Relumbrón una familia. Qué mejor medio podía escoger que casarse con una persona que no tenía más defecto que su modesto y regular modo de vivir, observando su religión y cumpliendo con sus deberes de mujer de casa y de excelente madre, porque á poco más de un año de casada nació una hija que llevó á bautizar el Platero á la parroquia del Sagrario y que se le puso el nombre de María Amparo. He aquí por qué D. Santitos era padre y compadre de Relumbrón.

Desde los tiempos en que la moreliana rica hacía sus visitas á la capital, hasta los acontecimientos que referimos, habían pasado algunos años. El maestro platero no era ni sombra del guapo oficial que escuchó en la glorieta de la Alameda la intempestiva declaración de amor de la señora de los Laureles. Rayando en los setenta, aunque representando poco más de cincuenta, el continuo trabajo agachado en su mesa cincelandos custodias y cálices, lo había encorvado; sus ojos nada tenían de seductores, y hasta habían en su revestimiento cambiado de figura á fuerza de aplicarlos al lente para reconocer las piedras preciosas, y su modo de hablar y sus maneras, más bien parecían de una persona educada en un convento de frailes. Su carácter moral había sufrido también notables modificaciones. Se había vuelto devoto á la exageración, á la vez que hipócrita misterioso y reservado aun para las cosas más insignificantes, á la vez que se había desarrollado en él una avaricia y un deseo de acumular oro y piedras preciosas que no

podía resistir. Tenía en piedras preciosas y en oro más de cien mil pesos, sin contar con lo que le producía su trabajo diario y los negocios de Relumbrón; de modo que aunque éste perdiese la camisa, nada le importaba, y sin embargo quería tener y guardar más y más; por esa tonta pasión, había prescindido de sus escrúpulos cristianos y formándose una moral especial, comprando piedras y alhajas robadas.

Los años no habían pasado para la moreliana, con todos sus dientes, sin una cana, un poco más gruesa, pero fresca, amable, simpática como el primer día que vino á la Platería de la Alcaicería á comprar los milagritos y las santas de perlas.

Cuando venía la moreliana á México y ya sin sobresalto y sin tener que ocultarse de los presuntos herederos, tratando al platero como á un amigo viejo, los dos se complacían en ver cómo, ayudándoles la fortuna, habían hecho de Relumbrón un personaje notable; cómo lo que no habían logrado militares cubiertos de heridas como Baninelli, había alcanzado su hijo; cómo habitaba una gran casa; cómo se había casado con una señora rica y principal, y cómo de ese matrimonio que ellos habían hecho, resultó una adorable criatura graciosa, bella, amable y buena, como lo eran la madre y la abuela. Era Amparo el encanto de la madre, que había puesto sus cinco sentidos en educarla, y también el encanto de Relumbrón, que nunca se había ocupado de ella, pero que la quería entrañablemente; y este amor era el único punto luminoso, en el corazón oscuro de este hombre, absorbido en el juego, en los negocios, en la sed insaciable de ganar dinero, mucho dinero, pues nada le era bastante.

Lo espacioso y cómodo de la casa le permitía tener una habitación independiente y separada de la de su mujer, y en ella recibía sus visitas, trataba sus negocios y obraba con tanta libertad como si fuese un soltero. Su mujer hacía otro tanto, y ella y su hija, viviendo en su habitación, como si no tuvieran ni marido la una y ni padre la otra, recibían también visitas de amigas, de clérigos, de priores y padres graves de conventos, y seguían el método de vida que mejor les acomodaba, y aun pocas veces se reunían á las horas de comer, pues el jefe de la casa, por el servicio en el palacio, por sus negocios ó porque siempre tenía invitaciones aquí y allá, raras veces asistía al comedor á las horas de costumbre.

El gran salón era el que reunía invariablemente los jueves á la familia y á los amigos. Era la pieza más grande y también la más curiosa de la casa. Dos grandes balcones á la calle, dos puertas á los costados que comunicaban á las recámaras y dos en frente de los balcones que conducían al interior de la habitación, y esas seis puertas con grandes cortinas de damasco con franjas de galón amarillo, del corte y hechura de las cortinas de iglesia, y efectivamente el damasco de china de ese rojo morado que ha vuelto á entrar en moda, provenía de uno de los conventos de frailes que lo había regalado á D.<sup>a</sup> Severa, en cambio ó como gratitud por las largas limosnas que acostumbraba hacer á las iglesias.

En el frente del salón había un nicho de ébano y cristales, con un Señor atado á la columna casi del tamaño natural, y el nicho bajo de un dosel también de damasco rojo con colores amarillos. Delante del nicho, dos magníficos jarrones de china de la más remota antigüe-



dad, y de cada lado dos sillones dorados con vestidura de terciopelo. Esa parte del salón tenía el aspecto de una lujosa sacristía. Entre los dos balcones, un piano, ó un *forte piano*, como se le llamaba entonces; es decir, un instrumento tan bueno como podía encontrarse en México y en Europa. En medio del salón una mesa de bálamo con su tapa de tecali de Puebla, y en el centro de la mesa una gran jarra de plata que nunca dejaba de tener un ramo de olorosas flores naturales. En el macizo que quedaba entre las dos puertas que comunicaban al interior, estaba dedicado al *estrado*, compuesto de un canapé, sillas y sillones distribuidos contra la pared en líneas rectas y simétricas, donde se sentaba la ama de la casa y recibía á los concurrentes á medida que iban llegando. El conjunto presentaba un aspecto singular, pues entre los adornos y objetos que podrían llamarse místicos, se mezclaban muebles exquisitos que Relumbrón había hecho venir á gran costo de París. En los días ordinarios el salón estaba alumbrado por dos velones de cera, colocados en unos pequeños blandones de plata, delante del Señor de la Columna, y una gruesa vela de sebo en un candelero también de plata con su platito de despabiladeras que iba de la mesa de tecal á una y otra rincónera. Cuando acudían más visitas se traían dos ó tres velas más. Delante del nicho era donde D.<sup>a</sup> Severa con su hija y sus criadas rezaba todas las noches su rosario y demás devociones, y no pocas veces las visitas de confianza que entraban más temprano eran invitadas á participar de estos piadosos ejercicios.

Pero los jueves era otra cosa. Una lámpara de plata con doce arbotantes y seis pantallas de Venecia, distribuidas en las paredes, iluminaban con velas de esperma este

salón de aspecto tan variado y extraño, que á veces creían los concurrentes estar en una iglesia el día de Jueves Santo, y la ilusión era más completa cuando sonaba en el piano alguna de esas piezas religiosas de la música clásica alemana. Las recámaras se arreglaban y se abrían, y toda la casa, en especialidad el comedor, estaba á disposición de las visitas. El servicio de los bajos de la casa se hacía por hombres; el portero, los cocheros, los lacayos, los mozos de caballeriza y demás; el de los altos por mujeres muy limpias y afables, con sus armadores blancos, su cabello muy alisado, su calzado de cordobán nuevo, como criadas de un convento, y en efecto, D.<sup>a</sup> Severa acudía á las monjas cada vez que necesitaba una sirvienta.

Concluídas las devociones á las ocho y cuarto, la casa *se encendía*, quedaba perfectamente arreglada y dispuesta para la tertulia, y D.<sup>a</sup> Severa y Amparo se sentaban en el estrado, pero no estaban mucho tiempo solas, porque las visitas iban entrando.

La familia de la casa de en frente era la más puntual. La señora y dos niñas de diez y seis y veinte años, y el esposo de más de cincuenta, ejerciendo con provecho su profesión de abogado. Acostumbraban tomar los jueves chocolate, y D.<sup>a</sup> Severa ó Amparo, después de los cariñosos saludos de costumbre, los conducían al comedor, donde todo estaba dispuesto. En seguida, otra familia de San Cosme, compuesta de tres señoras ya de cierta edad, propietarias y doncellas viejas; después esta y la otra persona, de modo que antes de las nueve, el salón estaba lleno, y parte de las recámaras y el comedor, con la concurrencia más rara y más heterogénea que pueda imaginarse.

D.<sup>a</sup> Severa, por su parte, convidaba á sus amigas y

conocidas, y Relumbrón, por la suya, á personas de tan diverso carácter y categoría, que resultaba una mezcla rara que representaba las distintas escalas de la sociedad mexicana sin descender muy bajo. Eran, por ejemplo, un escribano, un capitán ó teniente, un senador, un diputado ó director de rentas, un magistrado, un médico, un minero, un comerciante y un usurero. Relumbrón conocía á todo México y todo México le conocía á él; así cada jueves, además de los tertulianos antiguos, se solían ver caras nuevas en el salón, y no era esto por llenar su casa, sino porque en la serie de negocios que emprendía y en la vida que llevaba, un día ú otro, podría necesitar un servicio, y nunca estaba por demás el atender sus relaciones para desarrollar el grande plan que durante tres años turbaba su cabeza y era una obsesión constante que lo molestaba y lo tenía inquieto y pensativo. Clara, la hermana de D. Pedro Martín de Olañeta, y su marido el licenciado, no faltaban los jueves, á no ser que alguno estuviese enfermo; las otras dos hermanas visitaban á D.<sup>a</sup> Severa de día, porque su vida metódica no les permitía estar fuera de su casa pasadas las nueve de la noche. D. Pedro Martín, á quien no se cansó de invitar Relumbrón, fué una ó dos noches, jugó dos manos de tresillo y no volvió. La esposa y la hija le merecían mucha estimación; tenía conocimiento y sabía los buenos antecedentes de D.<sup>a</sup> Severa, y le elogiaba el cuidado con que había educado á Amparo, pero Relumbrón le parecía ligero de cascos, finchado como un portugués; no tenía la mejor idea de su moralidad y no quería tener intimidad con personas de ese carácter. Bedolla y Lamparilla no faltaban, y el primero se daba una importancia tal, que le huían los jóvenes en cuanto

lo veían, y si alguno caía en sus manos, ya tenía para toda la noche, pues gustaba mucho á nuestro licenciado contar anécdotas de su tierra, referir las riquezas que tenía su familia que fué arruinada por los insurgentes, y la influencia que había adquirido él, quizá por este motivo, y cuya influencia no dejaba de poner á disposición de los tertulianos con quienes entraba en conversación. La aristocracia no escaseaba en ese extraño salón, y más de una vez se vió allí, al hijo del marqués de Aguayo, al primo del conde de Santiago y al marqués de Valle Alegre, que estimaba mucho á D.<sup>a</sup> Severa y platicaba con ella y con Amparo, lo más de la noche, cuando concurría, y era lo menos una vez al mes, á no ser que estuviese en sus haciendas. A Baninelli, por más instancias que hizo, no consiguió que fuese su tertuliano. Consintió en ir una noche, pero apenas vió el salón, pareciéndose á una capilla, y la clase de concurrencia, cuando se marchó y juró no volver más.

Una de las recámaras, que eran bien amplias, se convertía en sala de tresillo, y se ponían dos ó tres mesas con las barajas, *patoles* ó frijolitos encarnados, *fichas* de concha y lo demás necesario. Algunos de los tertulianos concertaban de antemano sus partidas de tresillo, y á medida que llegaban se apoderaban de una mesa, y sin muchos cumplimientos, ni hacer caso de las señoras y de las muchachas bastante bonitas, que no faltaban, permanecían absorbidos en sus *codillos*, *puestas* y *bolas*, hasta las doce de la noche. Relumbrón solía hacer terno, y como era fuerte en el juego, les ganaba algunos pesos. Bedolla, á quien enseñó Lamparilla á jugar al tresillo, sin que nunca lo pudiese aprender bien, para consolar-se, decía, *desgraciado en el juego, afortunado en amores*,

y echaba una mirada á Amparo, lo que desagradaba mucho á D.<sup>a</sup> Severa.

La otra recámara estaba reservada para las visitas que no podían ó no querían asistir al salón, y sin embargo, gozar de la tertulia y ver sin ser vistos. Servín de la Mora, fraile de talento, y muy relacionado en la buena sociedad de México, era grande amigo de Relumbrón, y por lo menos una vez al mes entraba á eso de las ocho y media, tomaba posesión de una butaca de vaqueta, se desembarazaba de sus hábitos, y colocado cómodamente en un lugar oscuro de la recámara, no perdía nada de lo que pasaba en el salón, y solía estar acompañado de algún otro fraile grave de San Agustín, ó de alguno de los capellanes de los regimientos, y de dos ó tres tertulianas entradas en edad, que en traje de casa, preferían permanecer en la sombra por no dejar ver su *toilette* y sus canas á la luz de la esperma, pero en ese departamento á media luz, gozaban mucho platicando de lo divino y de lo humano, dejando á las muchachas que se divirtieran en libertad. D. Lorenzo Elizaga, no sólo pianista famoso, sino compositor distinguido, que, exagerando por un espíritu de patriotismo le llamaban el Rosini mexicano, no faltaba nunca. Era el maestro de Amparo, la que había hecho progresos tales, que con justo motivo pasaba por una celebridad. A las diez de la noche el salón estaba completo, los grupos se habían ya formado, según las edades y las relaciones más ó menos estrechas de los concurrentes. Los del tresillo, gente formal y de edad, absorbidos con los *mates* y las *puestas*; los jóvenes paseando la sala y agrupándose en los balcones para tomar el fresco y hacer desde allí señas significativas á las que estaban sentadas en las si-

llas; las señoras de mayor edad en sabrosa plática, y D.<sup>a</sup> Severa, á pesar de su seriedad habitual, multiplicándose para complacer y tener contentos á todos, y platicando tan pronto con los dominicos retraídos en la recámara, como con los oficiales y jefes que no dejaban nunca de aceptar las invitaciones del rico coronel; para todos tenía una palabra amable, y regresaba al estrado á seguir la conversación con las personas que la rodeaban. Era una mujer á la vez seria, amable y digna, para quien todos no tenían más que elogios y alabanzas que escuchaba con modestia y sin orgullo ni vanidad. Amparo, graciosa, dulce por su carácter, y con la ingenuidad y sencillez de los diez y seis años, era el encanto de la concurrencia, y ninguno de los jóvenes y oficiales que frecuentaban la casa se había atrevido á hacerle la menor insinuación ni á decir delante de ella palabras que no fuesen enteramente correctas y delicadas.

La entrada del maestro Elizaga era cada jueves un acontecimiento; hombres y señoras se ponían en pié, le estrechaban la mano, le saludaban y le decían tantas y tan afectuosas palabras, como si en años no le hubiesen visto. Era el maestro agradable, de buena figura y hombre de mundo, y correspondía á tanto agasajo con desembarazo y amabilidad, dejando contentos á todos sus amigos. Platicaba y reposaba un rato, y después, sin que nadie le rogase y sin dar á conocer cuanto le agradaban los aplausos de aquella reunión, se ponía al piano y encantaba á los que le oían, pues poseía una destreza, una dulzura y una propiedad para manejar el diapason, que hoy que tantos y tan insignes pianistas hay en Europa y en América, sería una notabilidad. Generalmente, en lugar de tocar las piezas de música que se usaban en

en ese tiempo, improvisaba y producía melodías que eran completamente desconocidas.

En seguida invitaba á Amparo y le acompañaba una aria ó una canción, y Amparo, á su vez, recibía tantos aplausos como su maestro, especialmente de los misteriosos, ó mejor dicho, de los Religiosos tertulianos reunidos en las sombras de la recámara. Otras muchachas cantaban canciones y duos, y para variar y á instancias de los jóvenes, se arrimaba á un lado la mesa de *tecalli*, y se organizaban unas cuadrillas, rara vez valse, que no le gustaba á D.<sup>o</sup> Severa y que jamás permitió á Amparo que bailase.

Las criadas, limpias, listas, con sus armadores blancos y su andar menudito, no cesaban de entrar y salir con charolas de plata llenas de copas de buenos vinos, sole-tas, rebanadas de queso, rodeos y puchas. Relumbrón había querido y cada miércoles insistía en que se sirvieran el jueves helados de Veroli, champagne, carnes frías y pasteles franceses, y que en vez de las doncellas de servicio fuesen criados de casaca y corbata blanca los que sacasen las charolas al salón, pero D.<sup>o</sup> Severa no quería salir de la moda antigua, y decía en su apoyo:

—En cuanto nuestra tertulia se vuelva de tono, no durará ni un mes, y además, los padres dominicos y agustinos que nos hacen favor no vendrán más. Si queremos que la tertulia dure y que no haya críticas, dejemos las cosas como están.

Relumbrón, por nada de esta vida dejaba de presidir la tertulia de los jueves; el resto de la semana lo dedicaba á sus negocios, al teatro, al café, á Luisa, á Rafaela, á mil cosas más que por supuesto no sabía D.<sup>o</sup> Severa.

Hacia los honores del salón con tanto ó más despejo

y tacto que su mujer, y afable y chancero, era el primero en aplaudir al maestro Elizaga, llenar de elogios y regalar ramitos de flores y cajitas del *Templo de las dulzuras*, de la famosa D.<sup>a</sup> Enriqueta la Francesa. Se acercaba á las mesas de tresillo, y entre mano y mano, tomaba la baraja, sacaba de las bolsas del chaleco un puñado de oro menudo y echaba sus *chilitos* (albures), dejándose ganar, menos de Bedolla, á quien tenía entre ojos y no le hacía ninguna concesión: de la sala de tresillo pasaba á la recámara, donde estaban á la sombra los reverendos, platicaba con ellos sobre misas, iglesia y sermones, y no pocas veces les dejaba cuatro ó cinco duros para que mandasen decir misas por el alma de su padre, (que aún estaba muy entero y fuerte en la platería), y por su madre, (que habitaba muy contenta, gruesa y bien conservada en el rancho de los Laureles), y los religiosos no podían menos de alabar al buen hijo que, en medio de la alegría, recordaba á los que le habían dado el sér; así, por estas atenciones, por la afabilidad de D.<sup>a</sup> Severa, que dominaba su carácter triste, y por la belleza, gracias y talento de Amparo, quedaban todos muy complacidos, las horas se pasaban sin sentir y cuando los relojes de las cien iglesias de México tocaban doce campanadas, los amigos de la casa iban con pena y sentimiento á buscar sus sombreros y abrigos, para retirarse á sus casas, estrechando la mano á Relumbrón y besando en los carrillos (las señoras y niñas se entiende) á D.<sup>a</sup> Severa y á la primorosa Amparo, sin poder evitar al salir el echar una mirada respetuosa al Señor atado á la columna, que con sus espaldas desgarradas por los azotes de sus verdugos, su cuerpo manando sangre y sus ojos dulces, humildes y resignados, presenciaba cada jueves la tertulia.



## CAPÍTULO XXVIII

### Grandes proyectos

**E**xtrañas aberraciones de la naturaleza humana! Los hombres que de una manera ó de otra han llegado de la nada á una posición social, si no elevada, al menos visible y cómoda, son los menos que se conformen con ella, y así como los americanos dicen *adelante*, ellos dicen *arriba*, y suben; pero de la subida más alta, la caída más lastimosa.

El compadre platero, que era rico, que era un prodigio de habilidad, que era estimado de sus parroquianos y que ganaba con su honrado trabajo lo que quería, y que además tenía la protección de la moreliana y podía contar con cuanto dinero quisiere; no estaba contento y decía *arriba, arriba*, y compraba alhajas robadas y protegía á la corredora y vendía al mismo Relumbrón (su hijo) en mil pesos los diamantes que había comprado en doscientos.

Relumbrón, en cuanto es posible en el mundo, era feliz, con todo y las alternativas en el juego y en los negocios. Con un poco de orden y reflexión habría logrado sanear una fortuna, si no monstruosa como la de algunos agiotistas que ya contaban millones, sí bastante para sostener á su familia con lujo, y aun para sus caprichos y amoríos.

En la intimidad de su familia era aun más feliz, sin merecerlo. ¿D.<sup>a</sup> Severa sabía las relaciones constantes y casi maritales de Relumbrón con Luisa y con Rafaela? Es de presumir que no, porque su delicadeza de mujer legítima que lo amaba no le hubiese permitido sufrir, ni mucho menos tolerar, con paciencia tamaña afrenta. Sospechaba quizá que su marido tendría devaneos pasajeros; pero como mujer prudente no quería profundizar, ni se mostraba celosa, ni hacía indagaciones, ni escuchaba chismes. Tenía amor y con el amor fe ciega en su marido, y no pensaba turbar la armonía que reinaba en la casa por sólo vanas sospechas. Además tenía en consideración de que su hija, educada á su lado y vigilada constantemente por ella, ignoraba todavía ciertas cosas mundanas y trataba de que siempre ignorase en lo que verdaderamente consistía una infidelidad conyugal. D.<sup>a</sup> Severa tenía, pues, una vida tranquila, ocupando la mañana en el gobierno de la casa, y las noches con la sociedad de personas que la distraían con su conversación y apreciaban sinceramente su elevado carácter y sus virtudes domésticas. D.<sup>a</sup> Severa, fría en apariencia, trataba con amabilidad á Relumbrón, le adivinaba los pensamientos para que estuviese contento y palpase las ventajas y goces de la vida doméstica, y nunca lo mortificaba. Modelo de casada como hay pocas, era envidiada

de muchos de los que frecuentaban su casa, que tenían mujeres imprudentes, celosas, exigentes y que no los dejaban descansar á sol ni á sombra. D.<sup>a</sup> Severa adoraba á Amparo, no escaseaba los medios de tenerla contenta comprándole trajes de moda y alhajas curiosas y de valor que el compadre hacía expresamente para ella; la llevaba los jueves al paseo, y algunas noches al teatro, y si protegía las ideas de su marido recibiendo visitas, y presidiendo la tertulia era precisamente por que se divertiese Amparo y no pensase en los novios; pero Amparo no pensaba efectivamente en ningún novio, porque tenía, si no un amor violento, sí una inclinación secreta á una persona que mencionaremos después.

El orden y el método reinaban en el interior de la casa, y, debido á esto, D.<sup>a</sup> Severa economizaba de lo que recibía para el gasto, y aparte de sus bienes propios, que manejaba su marido, tenía en su ropero un repuesto de onzas de oro.

Relumbrón, por su parte, desordenado en su modo de vivir y en sus negocios, con amores permanentes y pasajeros cuando la ocasión se le presentaba, se portaba con su familia como el mejor de los maridos. Apenas D.<sup>a</sup> Severa manifestaba el menor deseo de cualquier cosa, cuando se apresuraba á darle gusto; jamás la celaba ni la importunaba, ni se oponía á sus prácticas cristianas y el único motivo de disgusto que turbaba esta armonía era el juego. D.<sup>a</sup> Severa lo detestaba, y cuando el marido le anunciaba una gran ganancia y acompañaba la noticia con valiosos regalos para ella y Amparo, era precisamente cuando se incomodaba más, y se atrevía á decirle algunas palabras duras y amargas y á indicarle que quería manejar ella misma sus bienes para no de-

jarlos expuestos á los azares de la fortuna que el día siguiente podría mostrarse adversa, y entonces se perdería la ganancia, y tras ella iría al abismo todo ó la mayor parte de su dinero, como ya hemos visto que sucedió.

Relumbrón, no sólo toleraba sin réplicas los fuertes sermones, sino que llevaba las cosas á la chanza; decía algunas agradables frases á su mujer, le daba su palabra de honor de que no jugaría más, y, dejándola medio contenta, salía de allí mismo á algún *encierrito* donde perdía ó ganaba ciento ó doscientas onzas.

A pesar de estas peripecias, Relumbrón era feliz en su hogar doméstico; él mismo lo decía: «Soy muy feliz, no merezco ni á mi mujer, que es una santa, ni á mi linda hija, y sobre esto á nadie tengo que envidiar ni deseo más;» pero bajo otros aspectos sí tenía mucho que envidiar y que desear, porque estaba poseído de una ambición tan loca, tan desmesurada y, por lo que va dicho de su vida, tan sin razón de ser, que constituía realmente una monomanía, una verdadera aberración de la naturaleza humana.

Al meterse dentro de las sábanas y en los pocos momentos que necesita una persona en buena salud para conciliar el sueño, Relumbrón hacía sus reflexiones, y aunque hubiese ganado en esa noche trescientas onzas y realizado cualquiera de sus negocios, se consideraba desgraciado, ese dinero no le bastaba, quería ir *arriba*, siempre *arriba*.

Pensaba en ese puñado de ricos que el público llamaba agiotistas, y le daba una rabiosa envidia la facilidad con que ganaban su dinero, y el rango que ocupaban en la sociedad, formando una autocracia desdeñosa

y egoísta, incapaz de hacer un servicio á nadie, ni aun de dar medio real á un ciego ó á un anciano. En un contrato de balas huecas, de tiendas de campaña, de empedrados, de fusiles de nueva invención, de cualquier cosa, y antes de que esos proyectiles se hubiesen entregado y antes de que las calles se hubiesen empedrado ó los mercados construído, ya las cajas de fierro de los agiotistas, por este ó por el otro artificio, estaban llenas de los sacos de á mil pesos salidos de la Tesorería, y él, el miserable pordiosero, degradado, teniendo que abrir las puertas de la Presidencia, que sonreír, que adular, que doblarse, ¿qué ganaba de ese trajín diario, constante que tenía el Palacio lleno de ricos y de hambrientos? Nada, ó una parte muy pequeña, ó un regalo ridículo, como un lapicero de oro, un reloj de repetición un millar de habanos, cualquier miseria, y entre tanto, él, tan noble, tan apto, tan activo como ellos, teniendo necesidad de ir al juego para ganar dos ó tres mil pesos, que comprar maíz *al rejón* á los hacendados pobres; que prestar á interés á pobres diablos que se dejaban protestar las libranzas; que pedirle prestado á su compadre el platero para comprar el aderezo á Luisa, para mudar de casa á Rafaela, para que D.<sup>o</sup> Severa diese dinero á los frailes para un novenario...

¡Qué situación! ¡Qué penas! ¡Qué trabajo de gañán, que comenzaba desde las ocho de la mañana y no concluía sino en la madrugada del día siguiente! La miseria, en fin, pues días había en que sin los auxilios de su compadre no hubiese podido ponerse el puchero en su casa, ni una botella de Jerez para los tertulianos de los jueves.

Se olvidaba en esos momentos de las virtudes de su

mujer, de la belleza de su hija, del caudal de alhajas que le había valido el título glorioso de Relumbrón, de los bienes raíces que poseía, del raudal de oro que había salido de Panzacola é inundado su casa, del valimiento de que gozaba con los gobernantes, de la buena posición relativa que ocupaba, sin merecerlo, en la sociedad; en una palabra, de que era feliz como lo repetía á todo el que le quería oír, y el demonio de la ambición le tiraba de los cabellos y de las entrañas, y le decía *arriba, arriba*, dinero y más dinero y no importa los medios para adquirirlo.

---

Se acababa de levantar Relumbrón listo, fresco y contento. La noche anterior había ganado unas cien onzas, cenado con Luisa, tomado café y unas copas con Rafaela; su hija Amparo le había dado dos amorosos besos en la frente, y su compadre el platero regalado un fistol de un bello diamante color de canario. Era feliz, y sin embargo, al estarse rasurando, le vinieron á la cabeza, como una corriente de lava ardiente, la serie de pensamientos que acabamos de bosquejar. Cambió de humor y de semblante y el mismo lo notó al acabar de arreglar su barba delante del tocador; en esto le avisaron que una persona le buscaba y tenía que hablarle de un negocio urgente. Como había acabado de vestirse dió orden de que lo introdujesen al despacho. Era el viejo y desengañado jugador que le había propuesto venderle unas barajas compuestas.

—¿Qué vientos traen á usted por acá, D. Moisés?

Se llamaba Gallegos, pero los talladores, sus compañeros, le llamaban así por el peinado que usaba, consis-

tiendo en el pelo liso por la frente y á los lados dos cuernitos de canas erizas que lo hacían parecer al profeta de cartón que figuraba la semana santa en los monumentos de las iglesias, y se había conformado con este apodo, abandonando su apellido.

—Vientos no, mi coronel; sino arranquera y necesito dinero, y si no le es á usted útil mi baraja hágame favor...

—No me acordaba ya de tal baraja. La registré y nada le he encontrado de particular.

—Eso es lo que tiene de bueno, y si usted, que es tan vivo, nada le ha encontrado, otros, menos vivos, imposible que den con el secreto, que me ha costado diez años de estudio; pero, ¿en qué quedamos? ¿hacemos el negocio ó no? Tengo muy buenas ofertas; pero ya sabe usted, mi coronel, soy consecuente y agradecido á los favores que me ha hecho en mis malas circunstancias y no he querido hacer trato antes de avisarle.

—No digo que no,—respondió Relumbrón, que estaba majestuosamente arrellanado en su sillón mientras el tahir estaba en pié frente del bufete;—pero necesitaría las pruebas. Sabe usted que soy hombre de reserva y que por nada de esta vida revelaré el secreto si no hacemos el negocio. Vea usted, abra el estante de enfrente y en el primer cajón de la derecha, está la baraja, sáqueela usted.

D. Moisés sacó la baraja y dijo:

—Precisamente porque usted es hombre de empresa y de secreto, me he dirigido á usted antes que á otras personas, y si tiene usted un cuarto de hora desocupado se convencerá por sus propios ojos del milagro, porque milagro es el descubrimiento hecho por mí, que es, como todos, bien sencillo. El huevo de Colón.

—Bien,—dijo Relumbrón,—cierre usted la puerta y diga que nadie nos interrumpa hasta que yo avise.

D. Moisés transmitió al portero la orden, volvió, cerró la puerta con llave, acercó una silla y se instaló frente á Relumbrón.

—Baraje usted como guste, mi coronel,—añadió dándole el paquetito.

Relumbrón barajó y volvió las cartas á D. Moisés, el que presentó en la mesa un tres de oros y un cinco de copas.

—¿A cuál va usted?

—A cualquiera, al cinco, un par de pesos, para que no se diga que vamos de *va*. El juego, cuando no hay interés, fastidia, aunque sea de chanza.

—¿Qué quiere usted, ganar ó perder?

—Ganar,—respondió riéndose Relumbrón,—y me dará mucha satisfacción de ganar, aunque sea dos pesos, al tatur más viejo y más famoso que tiene México.

—Pues ganará usted,—le contestó D. Moisés, y comenzó á correr las cartas;—el cinco vino.

—¡Bah!—exclamó Relumbrón,—casualidad y nada más.

—Como usted quiera, mi coronel; ese es el juego, casualidad y nada más.

Barajó y echó dos cartas en la mesa.

—Seis de espadas y siete de bastos.

—Al siete,—dijo Relumbrón sin vacilar, y se apuntó con otros dos pesos.

—Bien, mi coronel, ¿qué quiere usted ahora?

—Perder,—contestó Relumbrón.

—Pues va usted á ganar, aunque no quiera.

—Imposible.



—Ya veremos,—y corrió de nuevo la baraja.

Relumbrón ganó.

—Ya está satisfecho el deseo de usted de ganar á un viejo jugador, que, sin embargo de su trabajo y de su habilidad, está pobre. Pero usted me va á hacer rico. Desde este momento todas las apuestas que usted haga las perderá cualquiera que sea la carta que escoja.

—Será curioso.

—Y muy curioso, por eso repito que esta baraja vale mucho dinero.

D. Moisés echó á la mesa más de diez albures y todos los perdió Relumbrón.

—¿Está usted convencido?—le preguntó satisfecho D. Moisés.

—Puede que la suerte entre por mucho,—le respondió Relumbrón manifestando ó fingiendo duda.

—¿Pues quiere usted ganar?

—Veamos,—dijo Relumbrón.

D. Moisés echó cinco albures y todos los ganó Relumbrón.

Repitieron de mil maneras las experiencias hasta que, convencido perfectamente, Relumbrón dijo:

—Trato hecho; ¿cuánto quiere usted por el secreto? no me paro en el precio y pago al contado y en oro.

—El secreto morirá con mi vida,—contestó D. Moisés.

—¿Entonces?

—Puedo componer lo mismo que éste cuantos paquetes quiera usted; pero yo he de ser el que talle, pues las barajas en manos de González ó de otra persona son como cualquier baraja. En mis manos es otra cosa.

—Bien, está bien, y no deseo otra cosa, sino que usted sea el que talle; pero ¿qué arreglo haremos?

—Me da usted al contado, como le había yo dicho, doscientas onzas que necesito para pagar mis deudas y vestir á mi familia, que está desnuda; en seguida buscaremos una casa en México y otra en San Angel para los domingos y días festivos, y ponemos unas partidas de mil onzas, no se necesita más. Yo seré el director y socio de usted, que pondrá el dinero. Si quiere usted que figure su nombre no hay inconveniente, y si, al contrario, quiere usted quedarse en la sombra, tampoco lo hay con tal que no falte el dinero. Tomaremos buenos talladores y algunas veces á González. Si al monte gana, con sólo la fortuna, tanto mejor; pero, si pierde, entraré á restablecer la moral con mi baraja, sin que lo sienta la tierra; bien entendido que muchas veces me dejaré ganar, y que los padres maestros del juego hagan sus tres albures á la dobla para inspirarles confianza, al grado que prefieran nuestra partida á cualquiera otra de las que existen. De las utilidades de toda especie, pagados los gastos de casa y dependientes, la tercera parte será para mí, mientras viva y trabaje, y el resto para usted, que se obligará también, mientras viva y sea tolerado el juego, á mantener por lo menos una partida de mil onzas.

Relumbrón hizo algunas observaciones, pero concluyeron por convenir, y se extendió un contrato, que firmaron por duplicado, no haciendo, por supuesto, ni remota mención de las barajas compuestas. Los dos eran bastante listos para escribir nada que los pudiese comprometer. D. Moisés salió muy contento á buscar las casas para que antes de un mes comenzara á funcionar la negociación. Relumbrón necesitaba dentro de ese término unos veinte mil pesos para dar cumplimiento al contrato.

Apenas había salido Moisés, cuando entró de rondín y sin anunciarse un hombre alto, de espaldas anchas y vestido lujosamente de ranchero, es decir, una rica calzonera de paño fino azul oscuro, con botonadura de plata, su chaqueta larga de paño negro, y un sombrero ancho fino con chapetones de oro y plata. Era un chálán ya rico que proveía, no sólo la caballeriza de Relumbrón, sino las de Palacio, la del marqués de Valle Alegre, y aun la muy modesta de Lamparilla, que no pasaba de tres caballos.

—¡Hola, Sotero! ¿qué vientos te traen por acá?—(era una manía también de Relumbrón al saludar á los que lo iban á ver para negocios);—meses hacía que no te veía la cara.

—La feria de San Juan de los Lagos y de Monterey se nos vienen encima, mi coronel,—contestó Sotero tendiendo la mano que Relumbrón estrechó cariñosamente. —¿Qué hacemos este año?

—Lo de todos los años; siéntate, fúmate un buen puro de la Habana, y dí cuanto necesitas,—le respondió Relumbrón presentándole una cajita de cedro llena de sedosos y aromáticos puros.

—Por ahora unos cuatro mil pesos, y ya por el principio de Diciembre algo más para el viaje, y para mis muchachos,—contestó Sotero.

—Perfectamente.

Relumbrón escribió cuatro letras en una tira de papel y se la dió á Sotero.

—Ya sabes, en la platería de mi compadre, tienes á tu disposición cuanto necesites. Tengo un tronco de mulas mañosas y un caballo que falsea. Te los llevarás.

—Lo que usted disponga, mi coronel.

Sotero estrechó de nuevo la mano de Relumbrón, y se marchó fumando su puro.

En el discurso del año, Sotero recogía á vil precio de la ciudad cuantos caballos viejos, mañosos ó lacrados había en las caballerizas de los muchos parroquianos que conocía, compraba de lance en los mesones, mulas y caballos buenos y malos, y hacía cambalaches, curaba y engordaba los animales, y caminaba con lo mejor para la feria de San Juan y de Monterey. Era muy listo para todo esto, tenía unos grandes corrales y caballerizas en la calle del Estanco de los Hombres, y como albeitar práctico, no había otro mejor en México.

Este negocio lo hacía cada año con Relumbrón, que lo habilitaba con el dinero necesario, no sólo para sus compras y cambios en México, sino para sus exploraciones en Durango y Tamaulipas, de donde regresaba con una partida de las más hermosas mulas del criadero de doña Rita Girón, y con los más hermosos caballos de las haciendas del conde del Sauz, de quien era amigo, es decir, esa amistad de amo á criado, y de gran señor á chalán, pero el conde lo consideraba mucho por sus conocimientos en albeitería, y porque le compraba casi toda la caballada, y en ocasiones partidas de carneros.

Apenas había salido Sotero, cuando entró el licenciado Lamparilla con dos grandes rollos de papeles envueltos en pañuelos blancos, y que parecía le habían causado grande molestia.

—Coronel,—le dijo después de saludarlo y poner los pesados papeles en la mesa,—aquí tiene usted los títulos de las haciendas; tengo plenos poderes del licenciado Olañeta, y puede usted adquirirlas muy baratas y con una corta exhibición, el resto lo entregará usted en pla-

zos, y el primero, que será de diez mil pesos, se pagará cuando regrese el marqués de Valle Alegre de la hacienda de su suegro, pues ya sabrá usted que se fué á casar con D.<sup>a</sup> Mariana, la condesa, y única heredera. Están en la luna de miel, y esa luna es muy larga para los enamorados, y dicen que la muchacha ha estado á punto de volverse loca por él.

—Sí, lo sé,—respondió Relumbrón,—y algunas cosas más, pues han hablado de ella en la tertulia de casa, pero por el momento lo que nos interesa, supuesto lo que usted dice, es que se prolongue la luna de miel, y con este buen elemento podamos comprar las haciendas, y como no es posible que yo tenga tiempo para leer todos esos papeles, usted me informará y me dará su opinión.

—Eso es lo que precisamente iba á proponer á usted, —se apresuró á contestar Lamparilla, y sentándose en el mismo lugar que acababa de dejar el chalán, desató los legajos, y comenzó á informar al coronel del precio, extensión de las tierras, productos, proyectos para hacerlas producir doble renta, y cuanto más podía apetecer Relumbrón para decidirse á formalizar el negocio.

—Perfectamente,—dijo el coronel cuando Lamparilla dejó de hablar y de hojear los cuadernos que tenía delante,—y no es necesario saber más; pero lo que sí es indispensable es hacer una visita á las fincas, pues deseo conocer exactamente la situación que guardan, y de eso no se forma idea cabal, sino con una vista de ojos.

—Cuando usted quiera,—dijo Lamparilla,—y hoy mismo sacaré una orden del licenciado Olañeta, y si usted quiere lo acompañaré.

—Muy buena idea,—le interrumpió Relumbrón;—obtenga usted la orden, y esté listo para principios de la



entrante semana. El camino está perfectamente seguro, y hay muy buenas escoltas desde la garita de México hasta Veracruz.

—De acuerdo; el lunes próximo estaré aquí á estas horas, y nos iremos el miércoles, pues el martes ni te cases ni te embarques.

—¿Es usted preocupado?

—No, no; pero vale más.

Lamparilla sonrió, estrechó la mano del coronel, y se marchó cargando debajo del brazo sus voluminosos cuadernos.

Relumbrón se frotaba las manos muy contento, soñándose ya dueño de la hacienda de Arroyo Prieto y del Molino de Perote, y se disponía á salir á la calle cuando volvió Lamparilla acompañado de dos hombres de gallarda presencia, bien vestidos á la manera del pueblo decente de México. Eran dos galleros, clientes de Lamparilla. Necesitaban dinero para ir á establecer, desde sus cimientos, una plaza de gallos á la feria de San Juan de los Lagos. En cinco minutos se hizo el negocio á terceras partes de utilidades, y Lamparilla quedó encargado de redactar las condiciones. Relumbrón no trató de poner dificultad alguna para poder disponer á su antojo de Lamparilla, y arreglar como mejor le conviniese el negocio de las haciendas.

Fuéronse definitivamente los tres personajes, pero estaba, no de Dios sino del diablo, que viniesen en ese día los individuos que necesitaba para el desarrollo de sus proyectos. Se presentó en la puerta un hombre vestido sencillamente de paño azul oscuro. Era de baja estatura, de anchas espaldas, de ojos que apenas se le veían de puro pequeños; cutis muy blanco, lleno de pecas, y pelo

corto y amarillo como el azafrán. Este hombre era un alemán llamado Gilberto Wanderhott, pero le llamaban sus conocidos mexicanos Guillermo Banderote, y escribían con B este apellido. Tenía el alemán una mujer del mismo tamaño, del mismo color, de la misma figura que él, de modo que con el vestido de paño azul de su marido en vez del de mujer, habríase dicho que era su hermano. El matrimonio había producido cuatro hijos, sumamente parecidos al padre y á la madre. El menor no cumplía tres años y la mayor no llegaba á diez.

A este alemán, por recomendación de una casa de comercio, lo había protegido Relumbrón, y habilitado para que pusiera una fonda á la europea en la calle del Coliseo. El alemán venía precisamente á decirle que el dinero se estaba perdiendo, que al principio acudía mucha gente, pero que día por día disminuía hasta el grado que el anterior sólo dos personas habían concurrido á almorzar, y una sola á comer, que tenía noticias por uno de los cocheros de las diligencias, que la fonda de Río Frío estaba abandonada, porque el que la tenía ya no podía aguantar á los ladrones que iban á alojarse allí, pero todavía menos á la tropa de las escoltas que comía y bebía y no pagaba, y que el día que se puso serio y cobró, le pagaron con darle una cintareada, que lo tuvo ocho días en cama, y en cuanto estuvo medjo restablecido huyó, dejando abandonado lo poco que tenía.

—Estoy resuelto,—dijo el alemán que, aunque con acento gutural, hablaba bastante bien el español,—á sufrir á los ladrones y á las escoltas con tal de ganar dinero, y ganaremos, pues que corren hoy cinco diligencias diarias y todas paran en la venta. Es un buen ne-

gocio, y con la protección de usted, ningún perjuicio me harán los ladrones ni las escoltas, y usted arreglará eso. Todo el material que existe en la calle del Coliseo se puede aprovechar, y el dinero que se necesite para la instalación y para tener un buen surtido de vinos, conservas y granos, no debe pasar de dos á tres mil pesos.

Como de molde vino á Relumbrón el proyecto, accedió inmediatamente á cuanto exigió el alemán, lo autorizó para que arreglase el arrendamiento con el propietario del monte, y le dijo que hiciese todos sus preparativos para la semana siguiente, pues él tenía que hacer el viaje, y aprovecharía para dejarlo instalado.

Ya con el sombrero puesto y en la puerta, entró la criada de Luisa con una cartita que abrió Relumbrón.

«Chato feo:

»Estoy furiosa contra tí porque no viniste á cenar. Me tuviste muerta de hambre hasta las nueve. He visto otro aderezo en el montepío. Vé y míralo tú en el aparador, es el único que hay, y está valuado en una friolera, creo que ochocientos cincuenta. Si no me lo traes no vuelvas más. Ya sabes que con decir una palabra á quien tú sabes, tendría el aderezo y cuanto más quisiera, pero sabes que te es muy fiel, tu *Luisa*.

»¿Vienes esta noche? Mándamelo decir, pero no me engañes.

»Otra vez tu *Luisa*.»

A la criada de Luisa seguía la de Rafaela con otra carta que también abrió y leyó, y decía:



«No te cansarás de ser informal y embustero. Te esperé hasta las once, y tuve que cenar con tu amigo el licenciado Lamparilla que se me encajó, y platica y platica hasta que tuve que convidarlo. Te lo digo para que no te vayas á encelar.

»Estoy muy disgustada en esta casa. Peor que la otra: mándame dinero con la criada, porque ya no tengo para mañana.

»Te espera sin falta esta noche, tu fiel *Rafaela*.»



## CAPÍTULO XXIX

### El viaje

**Q**UESTOS de acuerdo Relumbrón y Lamparilla, se encontraron en la casa de diligencias el miércoles de la semana siguiente á la que tuvieron la conferencia de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior. Lamparilla llevaba los papeles necesarios para enterarse, aunque fuese á vista de pájaro, de los linderos, y Relumbrón quiso instalar personalmente á la familia alemana en la venta de Río Frío, y para que de pronto le fuese útil en el viaje, en la covacha del carruaje venían dos cajones que encerraban los útiles, víveres, vinos y conservas más indispensables para un almuerzo improvisado.

Como de costumbre, la diligencia de Veracruz partió á las cuatro de la mañana, y caminó sin tropiezo ni accidente hasta que comenzó á encumbrar la montaña. Allí se apareció la escolta. El examen que hizo Relum-

brón al sacar la cabeza por la portezuela, y encontrarse con caras siniestras y patibularias, le confirmó en la idea que tenía por las narraciones de diversas personas que habían hecho el viaje, de que la tal escolta era más bien una temible cuadrilla de bandidos, que no de honrados militares, *guardianes de la ley* como les llamaba el licenciado Bedolla cuando solía escribir parrafillos en los periódicos que protegía en los tiempos felices de su privanza en el Palacio.

Preguntó Relumbrón á uno de los soldados que galopaban cerca de la portezuela dónde se encontraba el comandante, y le respondió que creía lo encontraría *más arriba*.

La diligencia continuó lentamente el difícil camino que tenía que hacer hasta el descenso á Río Frío.

—Licenciado,—dijo Relumbrón á Lamparilla,—¿conoce usted personalmente al jefe de la escolta?

—Nunca me he encontrado con él, pues en el camino de México á Chalco, que es el que á causa de mis negocios suelo tramitar, no hay escolta ninguna y está muy seguro, pero he oído decir maravillas del arrojito de ese oficial, que es el terror de los bandidos de Río Frío, bien que dicen también que los soldados que tiene á sus órdenes se hacen pagar caro el servicio y exigen á los viajeros gratificaciones que pasan de lo ordinario. A uno de mis clientes, que fué á Jalapa hace algunas semanas, le costó diez pesos, es decir, todo lo que llevaba en la bolsa, pero sea como fuere, vale más eso que no estar expuesto á los insultos y violencias de la canalla, y sufrir la humillación de tenderse boca abajo en el suelo. Yo no he sufrido, gracias á Dios, semejante ultraje, pues cuando he hecho viajes á Puebla, precisamente en com-

pañía de ese desgraciado Bedolla del que le hablaré después, ha sido con escuadrones de caballería, en diligencia extraordinaria y con las ínfulas de todo un comisionado.

—Pues yo sí conozco á ese comandante que usted cree que es muy famoso y terrible, porque lo he visto varias veces en Palacio, y se ha interesado conmigo para que el Presidente lo reciba, y no he podido conseguirlo, porque le tiene aversión lo mismo que yo. Me parece que no es más que lo que llamamos *baladrón* y no otra cosa, pero en fin, mejor es tener amigos que no enemigos, y ya verá usted cuantas consideraciones me va á dispensar luego que sepa que voy en la diligencia.

Relumbrón dió á los soldados que iban cerca de la portezuela unos cuantos pesos, y el coche siguió encumbrando trabajosamente la montaña; Lamparilla y Relumbrón, platicando de una cosa y de otra, y la familia alemana tranquilamente dormida como si estuviesen en su cama.

Al acabar de subir la cuesta, se divisó un grupo de hombres á caballo. A su cabeza estaba el comandante, que se adelantó á galope á recibir la diligencia, é hizo seña al cochero para que se detuviese. Acercóse á la portezuela, y reconoció inmediatamente á Relumbrón, que estaba asomado á la ventanilla, lo saludó respetuosamente, y se quitó el sombrero; en los demás pasajeros no hizo alto, pero Lamparilla reconoció en el acto en el comandante de las escoltas del camino de Veracruz, al pasajero á quien había dado hospitalidad Cecilia en su canoa la noche del naufragio.

Es necesario recordar que Cecilia, por no despertar celos y dudas en el corazón de Lamparilla, no sólo le había ocultado todo lo relativo á Evaristo, sino procu-

rado que lo olvidase enteramente. Cuando supo, en la calle como todo el mundo, que Baninelli había organizado compañías de rurales, y nombrado un capitán que los mandase, estuvo muy lejos de figurarse que ese capitán fuese el pasajero de la canoa, y por otra parte, no teniendo necesidad de hacer viajes más que á Chalco y á Ameca cuando fuese necesario para los asuntos de Moctezuma III, le importaba poco que nombrasen á este ó al otro para que mandase las escoltas. Lamparilla, temiendo ser á su vez reconocido por Evaristo, volvió la cara á otro lado, se puso á murmurar una canción popular, y sacó la cabeza por la portezuela del lado opuesto. La diligencia descendió rápidamente la cuesta, y toda la escolta la siguió á carrera abierta hasta que se detuvo en la puerta de la venta, donde descendieron los pasajeros. Abandonada hacía dos semanas por el fondista, se habían instalado provisionalmente y sin avisarlo á nadie, unas figoneras que hacían un mal almuerzo que pocos pasajeros aceptaban, prefiriendo aguantar la hambre ó comer alguna cosa dentro del coche.

La familia alemana tomó posesión inmediatamente, bajáronse de la covacha los cajones de provisiones, y con el auxilio del fuego y de lo que era más pasable, de los guisos de las figoneras, improvisaron el almuerzo para Relumbrón, su compañero y el comandante de la escolta. Los pasajeros del segundo coche tomaron asiento en otra mesa, y fueron servidos por las figoneras que, á su modo y con sus escasos recursos, todo lo tenían preparado.

Durante el almuerzo, el comandante y Lamparilla no atravesaron palabra, y se miraban á hurtadillas. Ni á uno ni á otro les quedó duda de que se habían recono-

cido. No podía Lamparilla reponerse del asombro que le causó tan inesperado encuentro, y apenas picaba los platos, y contestaba á la conversación sin término de Relumbrón, que estaba muy contento, pues á él semejante encuentro venía que ni de molde para sus propósitos.

—¿Cómo,—se decía Lamparilla para sus adentros,—no he podido por los lances pasados, por las pláticas de Cecilia y por mil otras circunstancias, no reconocer en este personaje al bribón de Chalco, ni reflexionar que de maldad en maldad, había podido sorprender á las autoridades, figurar como un labrador honrado y después conquistar la fama de un hombre valiente y decidido?

Todas estas cosas las reunía rápidamente en su imaginación, y le ministraban pruebas evidentes de que el comandante que tenía á su lado era el capitán de los bandoleros, y sus soldados los antiguos bandidos de Río Frío, que por mucho tiempo estuvieron despojando á los pasajeros. Esta convicción, por lo demás, la tenían los pueblos cercanos y en la misma capital muchas de las personas que hacían viajes ó tenían negocios en la extensa provincia que realmente mandaba y dominaba Evaristo. Sólo el gobierno no sabía nada y le dispensaba toda su confianza. Como las diligencias estaban ya listas, y los cocheros urgían á los viajeros, no hubo tiempo de hablar. Lamparilla apenas saludó al comandante, y Relumbrón dijo al comandante:

—Si usted insiste en que el Presidente lo reciba, espéreme en la venta, precisamente dentro de ocho días que regresaré á México. Hablaremos espacio, y le prometo que lo serviré en cuanto puedo y valgo en el Palacio.

Evaristo, no sólo prometió concurrir á la cita, sino

acompañarlo con su valiente escolta hasta la garita de la capital.

—¿Pero cómo es posible?—dijo Lamparilla á Relumbrón, luego que estuvieron solos en el carruaje y que el comandante que lo siguió á galope una media legua, saludó respetuosamente y se retiró con sus soldados,—que este hombre que para mí es un temible bandido, goce de tanta fama y haya merecido las consideraciones de las autoridades superiores?

—El mismo juicio formé yo cuando lo examiné un día con detención en el ministerio de la Guerra. Venía con la cabeza envuelta en un pañuelo, y herido en una mano, dizque por una cuadrilla de ladrones que batió y derrotó en el camino. Trabajo me costó reconocerlo hoy, y aun creí que era un nuevo jefe de las fuerzas rurales de este rumbo. He tenido tantos asuntos encima en estos días, que no me he ocupado de estas cosas que llaman la atención solamente á las personas á quienes por sus asuntos interesan; pero es el mismo, no me cabe duda; pero ¿qué quiere usted? Juan Baninelli lo nombró y lo sostiene con su influjo, y no hay remedio; á no ser eso, ya lo habría echado á la calle el Presidente, pues no le cayó muy en gracia cuando se lo presentó el ministro de la Guerra.

—Si el coronel Baninelli supiese el pájaro que es, no sólo dejaría de protegerlo, sino que acaso lo fusilaría bajo su responsabilidad. Va usted á oír lo que yo sé de él.

Lamparilla refirió á Relumbrón cuanto sabía acerca de Evaristo, cuanto pensaba de él y cuanto pudo inventar, pues quería aprovechar la ocasión para vengarse, y que el gobierno, informado por una persona tan caracterizada como Relumbrón, no sólo le quitase el mando,



sino le formase un consejo de guerra y lo fusilase. Concluyó su larga narración diciendo, que él apostaría un ojo de la cara á que Evaristo y la escolta eran los mismos bandidos que mucho tiempo estuvieron en posesión de Río Frío.

Relumbrón escuchó con una grande atención cuanto le quiso decir el licenciado, conviniendo en sus apreciaciones, y en esto llegaron á Puebla, y se alojaron en la casa de diligencias.

A la mañana siguiente, muy temprano, montaron á caballo, y, seguidos de unos mozos, la emprendieron para la hacienda de Arroyo Prieto. Estaba situada en el extenso y hermoso Valle de San Martín. Desde el camino real se veía en el horizonte, que limitaba una serranía poco elevada y de color azul oscuro tirando á negro, una casa pequeña y una torrecita. La distancia la hacía parecer diminuta, y como si fuese de baraja para divertir á los niños, ó figurar en un *nacimiento*, pero acercándose se reconocía un extenso y sólido edificio edificado por los jesuitas, á quienes perteneció la finca, con su habitación, compuesta de salones y amplias alcobas, sus trojes y oficinas, y una capilla que podía pasar por un templo de segundo orden en cualquier ciudad. Aislada en medio de la extensa llanura, su acceso no era, sin embargo, fácil, pues el límite de sus tierras lo marcaban grietas profundas, hechas por la naturaleza, ó zanjas cavadas á mano, y tenía una sola entrada por un puente de vigas, y en ese lugar estaban esparcidas las casas de adobe, techadas con pencas de maguey donde habitaban los peones, de modo que, levantado el puente, el paso era muy difícil para hombres de á caballo. Detrás de la casa había un arroyo poco profundo sembrado de peñas-

cos enormes que no se sabía cómo habían sido colocados allí, á no ser por las terribles erupciones en tiempos remotos de los dos volcanes. La mayor parte del año ese arroyo estaba seco, pero en cierta estación se llenaba de unas aguas sucias y turbias hasta parecer negras, sin duda por ciertas plantas y raíces que se encontraban en el curso que seguían antes de llegar á la hacienda; pero que, contenidas por presas, se derramaban por las tierras y eran muy provechosas por el mucho limo que contenían. Era la finca muy triguera, y además producía excelente maíz y algún pulque de un magueyal sembrado en la falda de la serranía. El licenciado Olañeta formó una combinación provechosa para descargar á los bienes del marqués de Valle Alegre, quitándole las hipotecas y pasándolas á la hacienda vendida ya á Relumbrón en alto precio, y resultando una utilidad en dinero que sería pagada á largos plazos. Como Relumbrón quedó, no solamente satisfecho, sino entusiasmado con la vista de ojos, porque convenía á sus proyectos, no se paró ya en el precio, y ratificó el borrador de escritura que Lamparilla había formado. Regresaron, pues, á Puebla muy contentos, y dos días después se pusieron en camino á caballo para visitar el Molino de Perote.

Esta finca era enteramente distinta. Del triste pueblo de Perote se tomaba el camino real de Veracruz, y á cosa de una legua, se descubría una ancha vereda que iba gradualmente encumbrando hasta entrar en el bosque. El aspecto de desolación de un país que parece quemado, y lo fué en efecto en alguna época remota con las erupciones del Cofre, cambiaba enteramente. Veíanse calzadas de pinos pequeños alineados como si hubiesen sido plantados á mano, después, lo que los campesinos

llaman *motas*, ó grupos de árboles frondosos al estilo de los parques ingleses, y luego bosque cerrado y tupido, enmarañado con los arbustos, juncos y enredaderas, y este bosque tenía una ó dos salidas, para calzadas, regulares y anchas como la que hemos descrito al principio, y por todas partes el suelo verde y húmedo, surcado de arroyuelos de agua cristalina, que en las depresiones del terreno formaban pequeñas cascadas. Estas aguas, después de mil rodeos, se juntaban, y formando una especie de riachuelo, cuyo lecho ellas mismas se habían cavado, se derrumbaban en un pequeño valle donde estaba edificada la casa que aprovechaba la caída del agua para mover las piedras y lavar los trigos.

Esta finca en litigio muchos años, estaba abandonada. Las puertas y muebles de la casa, desbaratándose de puro podridos, las paredes húmedas, la maquinaria descompuesta, las aguas cayendo indolentemente sobre las piedras inmóviles, arrastraban día por día los fragmentos del edificio, y turbias y sucias descendían, y desparrramadas por los declives, volvían á reunirse, ya purificadas para formar otra ruidosa cascada que caía en una barranca profunda, casi al nivel de la inculta llanura de Perote.

Relumbrón quedó encantado, no sólo de la belleza salvaje y primitiva de la montaña, sino del lugar delicioso que ocupaba el molino, de lo difícil que era su acceso, y de lo apartado y escondido que estaba, lejos de toda población é inaccesible á las miradas é indagaciones de los curiosos, de modo que si no hubiesen llevado un guía que estuvo al servicio del dueño durante años, no habrían podido encontrarlo, y se habrían extraviado hasta el grado de perecer en lo intrincado de la selva.

Relumbrón y el licenciado Lamparilla regresaron al anochecer á Perote, muy satisfechos de su excursión, y al día siguiente á Puebla, donde sin grandes dificultades dieron la última mano á los contratos que cuadraban bien á la oportuna é ingeniosa combinación del licenciado Olañeta, para dejar libres los bienes que quedaban al marqués de Valle Alegre, y si era posible sacar la hacienda de las manos de Rodríguez de San Gabriel.

Lamparilla rehusó decididamente regresar por la diligencia á México, por no encontrarse con el bandido Evaristo, el que (aunque lo disimulaba) le causaba terror, y pensaba que un día ú otro tendría que habérselas con él. Alquiló caballos y mozos, y tomó el camino por entre los dos volcanes para San Nicolás; de los ranchos, descendió á Ameca en el más estricto incógnito, se alojó en el mesón bajo un nombre supuesto, dió sus paseos por las haciendas de Moctezuma III, que ostentaban sus logradas milpas de maíz, sus extensas tablas de cebada y sus gordos ganados en los potreros. Decididamente la suerte favorecía á los Melquiades, y la cosecha de ese año los iba á hacer más ricos de lo que ya eran. ¿Qué hacer? ¿Cómo arrancar de manos de esos detentadores que ya formaban una aristocracia temible en el valle de Ameca, unas fincas tan productivas? ¿Qué le importaba á él los ciento ó doscientos pesos que de vez en cuando arrancaba con mil penas á la Tesorería general, comparada tal miseria con la posesión en propiedad de una de esas fincas administrada y cuidada por la inteligente Cecilia? Se le volvieron á calentar los cascos, y le vino una idea luminosa, que fué la de interesar á Relumbrón en el negocio, y obtener por medio del influjo que ejercía en Palacio la suspirada orden que declarase á Moctezu-

ma III heredero directo del gran Moctezuma II, mandándolo poner en posesión de sus inmensos terrenos, que llegaban hasta el cráter mismo del volcán.

Alegrísimo, creyendo haber encontrado la solución de tan dilatado enigma, se dirigió á Chalco, donde tuvo la fortuna de encontrar á Cecilia, que, ya más tranquila, y sabiendo que Evaristo no se despejaba del camino real de Veracruz, había ido á dar un vistazo á sus intereses abandonados durante muchos meses. Abrazó Lamparilla con exagerada emoción de cariño á la frutera, y no retiró sus brazos que la estrechaban hasta que no sintió bien contra su seno el seno abultado, blando y oloroso de Cecilia. Moderado su entusiasmo por la calma, la compostura y la naturalidad de Cecilia, que sin rechazarlo no dejaba pasar las cosas de un cierto punto, entráronse en el memorable comedor donde tantas veces, desde la época del venturoso naufragio (como él decía), habían saboreado juntos la excitante comida nacional. Lamparilla refirió minuciosamente lo que le había pasado desde su salida de México, el asunto que había ocasionado este improvisado viaje, y las esperanzas que tenía de triunfar, por medio del valimiento de Relumbrón, de los Melquiades, arrojándolos de las haciendas, cuya hermosura y valor exageró para que esta perspectiva de una riqueza y felicidad ya próximas, hiciese impresión en el ánimo de la Dulcinea de sus pensamientos.

Cecilia, nada; ni una palabra le confió de lo que le había pasado con Evaristo, pero sí fijó su atención en la gravedad del encuentro con el bandido.

—Lo de las haciendas es muy alegre y muy seductor, señor licenciado,—le dijo Cecilia,—pero sabe Dios cuando será. Llevamos años de esto, y me voy haciendo vie-

ja y gorda, y cuando usted sea dueño de alguna de estas fincas, ya seré más fea de lo que soy, y usted no me querrá, pero lo que sí me puede mucho, es el que se haya encontrado con ese demonio de hombre. De seguro que cuando el coronel hable con él, y ya habrá hablado á estas horas, le dirá que usted le ha contado su vida y milagros, y querrá deshacerse del que es dueño de sus secretos. Lo mismo pasa conmigo, y el día menos pensado, quién sabe qué daños nos hará.

Lamparilla, que delante de Cecilia la echaba de valiente y era un león, la tranquilizó, le prometió que ya pensaría el modo de quitar á Evaristo de en medio, le dió otro abrazo y siguió su camino, teniendo necesidad de ver inmediatamente al licenciado Olañeta, y terminar el negocio, pues así se lo había recomendado Relumbrón.

Cecilia, con las noticias que le había comunicado, quiso salir lo más pronto posible de Chalco, y á la madrugada del día siguiente, ya navegaba en pleno canal.

Lamparilla, á las once del mismo día, tocaba la puerta del despacho del licenciado D. Pedro Martín de Olañeta.

Todo lo hecho por Lamparilla (que nada le dijo con relación á Evaristo), pareció muy bien al viejo licenciado, el que le dió sus últimas instrucciones para tirar las escrituras, y recibir el dinero y valores que debería entregar Relumbrón. Al despedirse dijo Olañeta:

—¡Qué idea me ocurre en este momento! Nada tiene que ver con el negocio que debemos dar por concluido, pero no puedo dejar de aprovechar lo que se llama una oportunidad, y usted me va á servir en esto.

—En cuanto usted ordene,—se apresuró á responderle Lamparilla.

—Tengo en el convento una muchacha de quien soy tutor, y le cuido los pocos bienes que tiene,—(D. Pedro Martín mentía, quizá por la primera vez en su vida y se puso encarnado, lo que por fortuna no advirtió Lamparilla),—desea salir del convento,—continuó diciendo y tragando saliva,—y en ninguna parte estará mejor que con D.<sup>o</sup> Severa. El coronel me parece un poco ligero y aturdido, pero su señora es un modelo, en todos sentidos, de la mujer honrada y de la madre de familia, y mi recomendada les servirá al pensamiento de criada, y aun de maestra y de compañera de Amparo. Tengo una estrecha amistad con D.<sup>o</sup> Severa, lo mismo que mis hermanas, nos visitamos de cuando en cuando, y Clara concurre á las tertulias de los jueves... vaya, no se puede pedir más, pero con todo y esto, mi carácter, no es para molestar á nadie, aun en cosas pequeñas, así usted será el que haga la insinuación, y si agrada, me lo dirá, y entonces yo veré á D.<sup>o</sup> Severa... ¿Usted me entiende? No me agradan estas que se pueden llamar intrigas, sino ir derecho á un objeto, y no decir más que la verdad desnuda, pero en un asunto sencillo, liso y llano, acaso puede ser permitido llegar al objeto por un medio indirecto.

—Pierda usted cuidado, señor licenciado, — le dijo Lamparilla,—bien sencillo por cierto es el asunto. Yo hablaré sin pérdida de tiempo á D.<sup>o</sup> Severa, y creo que en vez de poner algún obstáculo, tendrá una verdadera satisfacción de recibir á personas que tengan su respetable recomendación.

Vamos á explicar por qué D. Pedro Martín, que no había pedido un favor á nadie en los años que llevaba de vida, y por no molestar aun en su misma casa; en

vez de pedir un vaso de agua, él mismo lo llenaba en la estiladera, se resolvió á ocupar á Lamparilla y á doña Severa, como reclamando una insignificante compensación á Relumbrón por el servicio que había prestado en la venta de las haciendas.

La religiosa, á cuyo cargo estaba Casilda, era á poco más ó menos de la misma edad que ella, hermosa, de un carácter dulce y de habilidad sorprendente para costuras, bordados y toda clase de obras curiosas de mano. Sin duda, algo de íntimo y de tristes recuerdos había pasado en su vida, que en su semblante, al parecer tranquilo, daba á conocer sin que se pudiese dudar que no era feliz, sino más bien humilde y resignada, que todo lo sufría y lo ofrecía á Dios, y en el sentido místico podía llamarse la verdadera esposa de Jesucristo. Aislada y sola en medio de las religiosas, era afable con todas, pero nunca distinguió á ninguna. Recibió á Casilda con repugnancia, sólo por la recomendación de D. Pedro, y orden de la superiora. Las primeras semanas la trató con frialdad, pero no pasaron dos meses sin que hubiese entre ellas una intimidad, tal como si fuesen dos hermanas. El carácter y las maneras cariñosas y sumisas de Casilda la cautivaron, y se dedicó á enseñarle cuanto sabía, y á aprender de ella la rara habilidad que tenía para la cocina. Desde ese momento, la religiosa fué feliz, y desapareció el velo de tristeza que cubría su rostro, ocupadas con utilidad las horas que les dejaban libres las reglas del convento, pasaban la vida sin sentir su peso y sin desear otra cosa más que vivir juntas todo el resto de su vida.

No duró mucho la felicidad de que gozaban, porque es ley terrible de la vida que la dicha sea pasajera y fu-



gaz. La religiosa perdió la salud, se puso pálida, se apagó el brillo de sus ojos, una pesadez en el cuerpo y un tedio profundo le impedían hasta el cumplimiento de sus deberes religiosos, de modo que se quedaba algunos días en su celda melancólica é inerte, y sin más consuelo que la compañía de Casilda, que en vano se esforzaba en alentarla para que volviese á su vida habitual de trabajo y de devoción. Un mal interior se desarrollaba con rapidez, y que acaso provenía de la vida sedentaria, y que por pudor no quiso revelar al médico, sino cuando no tenía remedio, terminó con su existencia. Casilda la lloró como si hubiese perdido á su madre, y á su vez fué presa de una melancolía tal, que el convento le parecía un sepulcro, y no encontraba alivio ni en el trabajo ni en la devoción. No pudiendo ya sobreponerse, como trató de hacerlo, escribió á su protector para que la sacase del claustro.

El primer movimiento de D. Pedro Martín al enterarse de la causa (que él creyó justa), por que Casilda quería abandonar el monasterio, fué llevársela á su casa; pero madurando su idea en los paseos que habitualmente daba en el salón de su biblioteca, cambió de modo de pensar. Una noche prolongó su paseo una hora más, presa de la más molesta indecisión. Tan pronto pensaba que guardando cierta reserva y compostura podría habitar Casilda en la casa, sin que sus hermanas concibiesen ninguna sospecha, como desechaba esa idea como inmoral, y dando en el extremo contrario, resolvía enviarla muy lejos, quizá á la hacienda del Sauz, donde suponía que fijarían su residencia por largo tiempo la condesita Mariana y el marqués de Valle Alegre. Acosóse sin resolver nada, y ya se supone que no pudo pe-

gar los ojos y fué presa de peligrosas pesadillas y de fatales insomnios. La presencia de Lamparilla para darle cuenta del resultado de la visita á las haciendas, resolvió la cuestión. Pensó en la excelente D.<sup>a</sup> Severa, donde Casilda estaría lejos y cerca de él, se atrevió á costa de una inocente mentira, semejante á las que autorizaba San Francisco, á decir su pensamiento á Lamparilla, y le salió tan á su gusto, que dos días después Casilda salía del convento, y el mismo D. Pedro la presentaba á D.<sup>a</sup> Severa, que le hizo la más amable acogida, diciendo que precisamente necesitaba de una bordadora en oro para que acabase de perfeccionar á su hija Amparo.

Lamparilla no cabía en sus pantalones. El arreglo del negocio le proporcionaba á la vez unos regulares honorarios, y un influjo decisivo con D. Pedro Martín, por el servicio que le había prestado colocando á Casilda al lado de una persona tan respetable; y con Relumbrón por el arreglo pronto y fácil de la compra de las haciendas, y estaba decidido á no desperdiciar la casión para obtener la orden de tomar posesión de las hermosas haciendas de Moctezuma III. Apenas se acordaba de su íntimo amigo el licenciado Crisanto de Bedolla y Rangel, y lo dejaba podrir en el castillo de Acapulco, donde había sido trasladado por un movimiento de piedad del Presidente, al acabar de leer una carta llena de bajas adulaciones que le escribió y en la cual, si no acusaba formalmente á Lamparilla, sí daba á entender que había tenido no poca parte en que estallase el motín de San Pedro. ¡Así son los amigos, y así las cosas de este mundo!

—La parte que debía tocar á Bedolla en el negocio de los bienes de Moctezuma III, se la cederé al coronel Re-

lumbrón, y separaré una cantidad para hacer un obsequio á D. Pedro Martín, que lo rehusará, y entonces me lo aplicaré yo como parte de honorarios. D.<sup>a</sup> Pascuala morirá pronto. Moctezuma se considerará muy feliz con una hacienda, un rancho para Espiridión y una magueyera para ese muchacho Juan, recomendado del licenciado Olañeta, y lo demás para mí en *cuenta de honorarios*. Bedolla estará perfectamente en el castillo de Acapulco, bien comido y bien asistido, y si no es así, ¿quién le manda ser animal, y escribir cartas que por poco causan mi ruina, y poner sus aspiraciones tan altas hasta el punto de creer que podía derrocar un ministerio y encargarse de formar otro? ¡Qué imbécil, y qué presuntuoso!

Haciendo Lamparilla estas y otras reflexiones, y sin dejar de consagrar á Cecilia todos sus momentos desocupados, esperaba con impaciencia el regreso de Relumbrón, pero éste dilató tres ó cuatro días en Puebla, ocupado en asuntos que tenían relación con el gran plan que iba á desarrollar en pocas semanas. Púsose, en fin, en camino, citando á Evaristo y á su escolta para el pueblo de San Martín.

Quizá importe al lector saber algo de lo que pasó entre coronel y comandante en la memorable conferencia de San Martín. Diremos lo que se dijeron en voz alta, aunque en medio de la soledad, y debajo de un grupo de árboles, cercano de la casa donde se come el buen pan y la fresca leche, que lo que se confiaron á la oreja sólo Dios lo supo; pero el lector que tenga la paciencia de seguir leyendo, lo adivinará por sólo la simple narración de los sucesos.

Después del saludo muy respetuoso de Evaristo, pues

inclinó la cabeza, y su ancho sombrero tropezó con las raíces de los fresnos que sobresalían á flor de tierra, fué el primero que habló.

—Mi coronel,—dijo,—tengo miedo que le haya usted hecho mala sangre ese licenciado que tengo de matar un día ú otro, que acompañaba á usted, y que sin duda por miedo no ha vuelto en la diligencia.

—Si la conversación ha de comenzar con amenazas y baladronadas, vale más no tenerla,—le contestó Relumbrón con mal humor,—mandaré poner mi carretela, y regresaré á Puebla, y para nada necesito la escolta, con mis pistolas basta y sobra. Solamente que el Presidente quedará bien informado de lo que pasa en el camino.

—Perdone mi coronel,—le contestó Evaristo asustado y dominado por el tono decisivo y altanero de Relumbrón,—pero he hablado de un negocio particular que nada tiene que ver con el servicio. Este licenciado y yo tenemos cuentas pendientes. Hace tiempo, él y yo solicitábamos una muchacha rica y muy bonita de Chalco. La muchacha se decidió por mí, y de esto viene el pique, y sé bien que me anda desacreditando por todas partes, y ha de haberle dicho mil cosas feas de mí, pero no crea usted nada, son mentiras, y yo soy un hombre que con mi trabajo he logrado tener un ranchito, y sirvo bien al gobierno, y expongo mi vida peleando con tanto ladrón como hay por estos caminos.

Relumbrón cambió de humor y se puso á reír.

—No andemos con hipocresías,—le dijo.—Ese licenciado que vino conmigo de México, nada me ha dicho; pero yo todo lo sabía, todo lo sé, y el Presidente sabe algo ya, y la primera vez que te vió,—(Relumbrón tutea-

ba á Evaristo, y le hablaba como si fuera su criado),— concibió muy mala idea de tí, y sólo confirmó tu nombramiento de capitán de rurales por no desairar al coronel Baninelli; pero te repito, todo lo sé.

—¿Todo?—exclamó maquinalmente Evaristo, atolondrado y confundido con el tono decisivo con que le hablaba el coronel.

—Sí, todo, todo;—le contestó con intención el coronel, aunque no sabía más que una parte;—todo;—volvió á repetirle,—y como tenía el propósito de hablarte muy claro, tomé mis medidas con mucha anticipación. Mira, mira con cuidado.

Evaristo, que volvió la cara hacia el camino de Puebla, vió un cuerpo de caballería, interpuesto ya entre el grueso de la escolta que mandaba, mientras que á su lado no tenía más que los cuatro hombres y un cabo que lo seguían constantemente. Consideróse perdido, creyendo que había caído en una celada, y pálido é inmovil, esperaba su sentencia.

—Puedes escoger,—le dijo Relumbrón,—y te dejo en plena libertad. Piénsalo dos ó tres minutos mientras enciendo un habano, entre ser fusilado dentro de ocho días, pues te mandaré preso á México con esa tropa de caballería, que se apoderará también de tu escolta, que es compuesta de bandidos, ó ser, no mi amigo, yo no puedo tener amigos de tu clase, pero sí mi subordinado, mi dependiente, no sé el nombre con que te clasificaré; pero, en una palabra, obedecerme en todo y por todo, lo mismo que tu gente y tu segundo.

La alma volvió al cuerpo de Evaristo, y cayendo de rodillas, exclamó quitándose el sombrero, y tendiendo la mano al coronel:


—Aquí me tiene usted en cuerpo y alma, mi coronel. Soy suyo hasta la muerte.

Relumbrón retiró la mano, y dijo con voz imperiosa:

—Levántate, la caballería se acerca, y no está bien que te vean así.

## CAPÍTULO XXX

### Las paredes oyen

 ESES hacía que Relumbrón no ponía los piés por la Alcaicería. Su compadre estaba muy inquieto, lo había buscado diversas veces en su casa, y ya se decidía á visitar á D.<sup>a</sup> Severa, y saber si alguna cosa de grave había pasado, cuando el mismo coronel en persona penetró hasta el saloncito que ya conoce el lector.

—De intento,—dijo Relumbrón á su compadre, tomándole la mano y estrechándosela con afecto,—he escogido un domingo, y como quien dice de madrugada para hablar detenidamente y que nadie nos interrumpa. Si pierde usted tal vez la misa de once, mañana oirá dos, y quedará á mano con la iglesia.

—Tanto tiempo hace que no viene usted á esta casa, me dió tanto gusto en verle, que por primera vez en muchos años faltaré á la misa de once, pues que usted

lo quiere así. Siéntese usted, y platiquemos cuanto quiera, que estamos perfectamente solos, pues la cocinera se ha marchado al mercado.

—Tanto mejor,—le respondió el coronel acomodándose en el canapé, y señalando el sillón para su compadre.

—No quería ver á usted hasta que el plan de que varias veces he hablado, estuviese á poco más ó menos organizado, y ya lo está en parte, y va usted á saberlo, precedido de una corta explicación á guisa de sermón ó de lo que usted quiera llamarle. No hay necesidad de andarse con rodeos, ni entre usted y yo hay necesidad de secretos ni de misterios ni de engaños. El plan es ganar dinero por todos los medios posibles, robar en grande, ejercer, si usted quiere, el monopolio del robo.

—¡¡¡Compadre!!!—exclamó el platero levantándose de la silla.

—Lo que usted oye. Siéntese, óigame y no hay que alarmarse, que todas las medidas están tomadas, y se adoptarán otras cuando vaya *tomando crédito* y vuelvo la negociación.

—¡Pero compadre!...

—Siéntese usted y cálmese, y no hay motivo de alarma. Creí que mis conversaciones le habían, por lo menos, dado alguna idea de mis planes, pero veo que usted ó no me ha entendido ó no me ha querido entender.

Escuche mis creencias privadas, pues que es tiempo de decírselas. La mitad de todos los habitantes del mundo ha nacido para robar á la otra mitad, y esa mitad robada, cuando abre los ojos y reflexiona, se dedica á robar á la mitad que la robó, y le quita no sólo lo robado, sino lo que poseía legalmente. *Esta es la lucha por la*



*vida*. Las excepciones se contarán en muy corto número.

El tendero no sólo vende, sino que roba á los marchantes cuanto puede, dándole efectos malos, disminuyendo la cantidad, usando balanzas falsas, *encajando* moneda falsa, echando agua á la leche y á los licores, mezclando la mantquilla con sebo, y el sebo con manteca, dando gallinas muertas de peste y carne dañada, en fin, alterando constantemente la cantidad y calidad de los efectos, y haciendo el contrabando para ahorrar gastos, y arruinar al tendero de en frente, y esto se hace todos los días y á todas horas, y en una escala tan grande, que todos los habitantes de la ciudad tenemos que pagar esta contribución forzosa para formar la fortuna de una gran parte de los abarroteros. Al cabo de un año esto importa millones.

De los cocheros y cocineras no digo nada, usted lo sabe mejor que yo, y la excepción será esa guapa cocinera, que es probable le sirva para otra cosa más que para guisarle los sabrosos platos que come usted en la soledad de su comedor.

—¡¡¡Compadre!!!

—Siéntese usted, compadre, le vuelvo á decir. Estamos hablando sin máscara, y la máscara de la honradéz es la que usan de preferencia los que más roban. ¿Cree usted que no soy el primero que robo á la nación? Por una hora de asistencia diaria al Palacio, y una guardia cada quince días, trescientos y pico de pesos cada mes. Así son la mayor parte de los militares y empleados. Un oficio mal redactado, y que no pasa de una cara de papel, suele costar á la Tesorería sesenta ó setenta pesos, porque el escribiente no hace más que eso en un mes, ó

tal vez nada. Y de los que se llaman banqueros, y de los que el público señala con el apodo de agiotistas, ¿qué me dice usted? ¿Cree usted que esas fortunas de millones se pueden hacer en ninguna parte del mundo con su trabajo diario y honesto como el de usted que se ha pasado la vida dando golpes con el martillo, y se ha enriquecido, y se le han doblado las espaldas? ¿Qué le ha producido á usted más, las custodias y los cálices que ha hecho para las iglesias, ó el rescate de diamantes y de plata robada?

—¡¡¡Compadre, por Dios!!!

—Es la verdad, compadre, y es tiempo de decirla.

Tengo un buen amigo que es también excepción de la regla. Tenía una tienda de sedería, que con un diestro dependiente le tocó en el reparto de sus bienes que dejó á su muerte el padre á varias personas. Muy buen negocio. ¿Qué hacía el dependiente? Se aprovechaba de la ignorancia ó del descuido de los marchantes. Al indio, en vez de darle las piezas de listón á dos y medio reales, (valor legal del comercio), se las encajaba á cuatro reales. A las criadas, en vez de una libra de seda, le envolvía en un papel tres cuartos, gracias á la exactitud de sus balancitas, y así todo. Cuando mi amigo se enteró de este manejo, despidió al dependiente, y él mismo se puso á despachar en la tienda con tal legalidad, que al cabo del año estaba á punto de quebrar.

«En el comercio, para ganar, se necesita robar, me dijo un día. El único dinero que se gana legalmente es el que da la tierra. Dios da buenas cosechas, y el precio de ellas es el de plaza, ni más ni menos, y vendiendo así, es una bendición, y la conciencia queda tranquila.» Le proporcioné una pequeña hacienda que pagó con lo que

pudo salvar de la sedería, y se retiró á labrar la tierra, y á vivir como un ermitaño, separado de ese mundo de ladrones que se llama comercio. Antes de dos años volvió á mi casa. «Mi conciencia, me dijo, no me permite seguir con la hacienda. Con real y medio ó dos reales de jornal, los indios apenas pueden alimentar á su familia con unas tortillas y un poco de chile, y en los inviernos no tienen con que comprar una frazada, de consiguiente estoy robando impunemente á esos infelices, que obligo á trabajar de sol á sol; además los que introducen su cebada sin pagar derechos, bajo el pretexto que es para las mulas de la artillería, no pagan derechos y la venden barata; si entro en competencia con ellos, pierdo el dinero. Vendo, pues, la hacienda en lo primero que me den por ella.» Logré que le comprasen la hacienda en un buen precio, y hoy tiene usted á mi amigo viviendo á razón de doce reales diarios, y comiéndose peso á peso lo que le ha quedado sin emprender ningún negocio, porque, examinados todos por él, con la conciencia de un buen cristiano, encuentra que no se puede ganar dinero sin robar. Este es, no sólo una excepción de la regla general, sino un hombre único en el mundo.

—Es una exageración de honradez,—interrumpió el compadre,—un maniático y nada más.

—Me alegro mucho, compadre,—le contestó Relumbrón,—que vaya usted entrando en mis ideas, y ensanchando un poco su conciencia. Persuádase usted que el que no roba es porque no puede, ó teme ser descubierta; pero desde que cualquiera está seguro, segurísimo de la impunidad, se apropia lo que le viene á la mano, y si no fuese así, no existirían en nuestro idioma y quizá

en otros, los refranes tan conocidos. *La ocasión hace al ladrón. Al arca abierta el justo peca.*

—En parte dice usted la verdad, compadre, pero no en general; no soy absolutamente de la opinión de usted, pero dejemos esa cuestión: ¿á qué conclusión quiere usted venir?

—Creo habérselo dicho á usted bien claro, compadre, sólo que hoy se ha empeñado usted en no entenderme. Se lo explicaré mejor. Usted conoce mi buena posición en la sociedad, las muchas relaciones que tengo con las personas más distinguidas de la ciudad y de los Estados, el respeto que inspira mi casa, gracias á la conducta irreprochable de mi mujer; tengo además dinero, aunque no siempre lo bastante para mis propensiones al lujo y al brillo y elevación que deseo; pero pase por ahora, con todas estas circunstancias, ¿quién podrá creer en México ni en ninguna parte donde me conozcan que soy capaz de robarme un alfiler, como nadie creerá que usted, compadre, rescata por un pedazo de pan alhajas robadas de gran valor y estimación, y que usted mismo me ha vendido en lo que se le ha dado la gana? con que ya ve usted que lo primero y esencial, que es la impunidad, está asegurada, y tampoco vaya usted á figurarse que voy á ensillar mi caballo y á lanzarme al camino real á detener las diligencias, ni á salir por las noches puñal en mano á quitar el reloj á los que salen del teatro y se retiran por los rumbos lejanos y mal alumbrados de la ciudad, nada de eso, el robo se hará en grande, con método, con ciencia, *con un orden perfecto*, si es posible, sin violencias ni atropellos. A los pobres no se les robará, en primer lugar, porque un pobre nada tiene que valga la pena de molestarse, y en

segundo porque eso dará al negocio cierto carácter de *popularidad*, que destruirá las calumnias é injustas persecuciones de los ricos que sean *sabia y regularmente* desplumados. Yo seré, pues, el director, pero un director invisible, misterioso, y manos secundarias, que ni me conocerán ni sabrán quién soy, ni dónde vivo, darán aquí y allá los golpes según se les ordene y las circunstancias se presenten, y así marcharán las cosas en los diversos ramos que abraza este plan.

El compadre, descolorido y presa de un pánico nervioso, se levantaba, se volvía á sentar, abría la boca, y sus miradas descarriadas erraban por las paredes del saloncito, experimentando una especie de fascinación al oír el aplomo y seguridad con que su compadre hablaba de la honradez de la raza humana.

Relumbrón, después de un momento de pausa, de encender un habano y de arrojar bocanadas de humo que nublaron el saloncito é hicieron toser al platero, cruzó las piernas, se acomodó bien en el canapé y continuó:

—Parece que la casualidad se ha puesto á mis órdenes, y me ha presentado, y como quien dice, metido dentro de mi casa, los principales elementos que necesitaba.

Me faltan aún otros, pero va usted á juzgar de los que ya tengo.

Me eran indispensables dos fincas situadas á poca distancia del camino real de México á Veracruz, y ya las tengo, y con ellas un licenciado activo, ambicioso y travieso que hará cuanto yo le diga, y mucho más si logro arreglarle un negocio que hace años trae entre manos dizque para devolver los bienes á un muchacho in-

dígena que dice ser el heredero de Moctezuma II. Poco me importa que esto sea cierto ó no. Aprovecharé un rato de buen humor que tenga el Presidente, le arrancaré la orden para la posesión de las fincas, y esto me valdrá una buena suma que me ha prometido. Lamparilla, que no es otro el licenciado de quien estoy hablando, lo tendré, como se dice, de rienda. Lo emplearé en la defensa de todos los rateros, pletistas y borrachines, que con más ó menos cartas de recomendación se conseguirá que los pongan libres, y antes de seis meses, Lamparilla será el hombre más popular y querido de esa gente viciosa, y yo me serviré de ella por su conducto, sin que él ni sospeche el objeto, ni esa gente sepa si existo yo en la tierra.

—Pero no alcanzo, compadre,—le interrumpió el platero,—qué relación tenga la compra de esas haciendas, con los planes de que usted me está hablando.

—Se le ha ido á usted hoy la cabeza, compadre. Usted que me entiende á las dos palabras, ni modo de que me comprenda en este momento después de una hora de conversación. Siéntese usted, compadre, y no esté violento, pues aun tenemos mucho que hablar antes que vuelva la cocinera del mercado, y almorcemos, pues hoy almorzaré con usted, y me dará á probar esos vinos añejos que he sabido que le regalaron á usted las marquesas de Valle Alegre, y de paso, ¿sabe usted si el marqués ha regresado ya con su esposa?

—Nada sé, compadre, pues no lo he vuelto á ver desde el día en que vino por sus alhajas que le limpié y compuse haciéndole otras nuevas, por cierto joyas antiguas muy ricas, que con sesenta mil pesos no se conseguirán hoy.

—¡Bah! con que sesenta mil pesos,—dijo Relumbrón con cierto interés,—pero esto por el momento importa poco, y no nos desviemos del asunto, que la cocinera no dilatará, y estas cosas no se deben hablar delante de nadie, y aun en voz baja es peligroso, pues *las paredes oyen*. Compré las haciendas, compadre, porque son muy productivas, y de un precio ínfimo, atendido lo poco que hay que exhibir al contado, el modo fácil de pagar el resto y la utilidad que por otro aspecto me van á proporcionar. Esas haciendas serán el cuartel general, y el servicio y las labores, si hasta allá se puede, serán hechas por gente especial y complicada en la negociación principal. En ningún punto de la República habrá más orden, más seguridad, más tranquilidad que en el valle de San Martín, y en el distrito de Perote, lo que abonará en mi favor. Además con esto he conseguido entrar en relaciones y mayor intimidad con ese viejo abogado testarudo de D. Pedro Martín de Olañeta, que desde luego ha colocado en mi casa, como maestra de bordado, á una de esas criaditas santuchas de convento que no tiene malos bigotes, y que me gusta como un dulce, pero ya sabe usted que en mi casa soy un santo. La pupila de D. Pedro Martín se ha ganado en pocos días el cariño de Severa y de Amparo, y esto basta. Es sagrada para mí. Por otra parte, el marqués de Valle Alegre me quedará agradecido, y este noble calavera es extremadamente simpático y capaz de hacer cualquier servicio. Ya ve usted cuántas cosas he conseguido con comprar esas fincas, que al principio traté de adquirir por sólo hacer ruido y disimular la gran derrota de Panzacola que nos puso á dos dedos de la ruina.

El platero, que había salido un poco de su estupor,

pudo ya dirigir sus descarriadas miradas á su compadre, y aprobar con la cabeza la compra de tan excelentes fincas.

—Me faltaba gente propia para la dirección de las haciendas,—continuó diciendo Relumbrón,—y la casualidad me la proporcionó. Había visto en Palacio al capitán de rurales que manda la escolta del camino de Puebla, y aun le había prometido interesarme para que el Presidente lo recibiese, pero todo esto sin fijar la atención, porque nada me importaba ni la seguridad del camino, ni la persona del capitán, pero no fué así cuando me encontré con él en el camino. Ya decían muchas historias sobre este personaje, pero Lamparilla, que lo conocía ya, me contó su vida y milagros, con lo que tuve bastante para cerciorarme que era un asesino y un bandido de profesión, con cierto talento y maña para haberse impuesto á los vecinos de Chalco y de Texcoco, y alucinado hasta tal punto á Baninelli que lo recomendó y logró que lo hiciesen capitán de rurales, facultándolo para que levantase una compañía que, como debe usted figurarse, los soldados son tan ladrones y asesinos como él; pues bien, toda esa gente es ya mía, lo mismo que el comandante, que entiende también de agricultura, pues es dueño ó arrendatario de un rancho de la hacienda Blanca, y al hacerse cargo de las haciendas, las labrará bien y se ocupará, sin dar motivo á ninguna sospecha, de las diversas operaciones que yo le encomiende. Le tengo cogido; y por su interés propio guardará secreto y me servirá al pensamiento. Con media palabra mía, el Presidente lo mandaría entregar á Baninelli y no viviría dos horas.

Para el licenciado Olañeta, y para lo que pueda ofre-



cerse en su juzgado, tengo también cogido medio á medio al marido de Clara su hermana. Este abogado de gran crédito, que pasa por el hombre más estricto y puntilloso de México, no es más que un falsificador. Enamorado perdidamente de Clara, que por carácter es altiva y gastadora como no hay otra, necesitaba echar polvo de oro á los ojos de su novia y de D. Pedro Martín, el cual, aunque con repugnancia, consintió después de algunos meses en que se verificase el casamiento.

La especie de locura que le ocasionó su pasión por Clara, que lo trataba, como dicen, á la vaqueta, no tuvo límites. Clara, antes de darle el sí, le dijo terminantemente que ella estaba acostumbrada á las comodidades y al buen trato, que su hermano nada le negaba y la quería más que á Prudencia y á Coleta (y esto era verdad), que si casándose había de perder en vez de mejorar, prefería quedarse doncella, que en consecuencia había de tener casa grande en una de las principales calles de la ciudad, coche á la puerta, criados y buena mesa. Por todo pasó el licenciado Chupita, y sin pararse en precios tomó una magnífica casa frente á la Alameda, la amuebló con lo más exquisito que pudo encontrar, compró un coche inglés y dos troncos de mulas, y en cuanto á las donas, ni se diga, lo más costoso y rico que pudo comprar ó mandar hacer. Clara, contentísima, entusiasmada, y el licenciado Olañeta, alucinado hasta cierto punto; pero el resultado de este aparato fué que acabó con el dinero que tenía, y que no pudiendo retroceder, falsificó la firma de uno de sus clientes ricos y negoció así á seis meses de plazo unas libranzas por valor de quince mil pesos.

No escaseaban los clientes y los negocios en su bufete, y el licenciado Olañeta, aunque no lo quería y tenía un triste concepto de su capacidad como abogado, no dejaba de encomendarle algunos negocios ni de recomendarlo en sus muchas relaciones, pero el tren que estaba obligado á sostener no le permitía hacer economía ninguna. A medida que el tiempo pasaba, crecían las angustias del desgraciado. Si llegaba el plazo y él no había recogido las letras, el tenedor las cobraba al cliente rico, el delito forzosamente se descubría y él era hombre perdido para siempre. Perdió la salud y se enflaqueció de tal manera, que las mejillas se le chuparon hasta un grado tal, que sus pasantes, burlándose de él, le pusieron el sobrenombre de *Chupado* que degeneró, como más adecuado según ellos, en el de *Chupita*.

Por una casualidad y entre los cambios y tratos que sabe usted que hago frecuentemente, se me ofrecieron esas letras que acepté en el acto, pues las firmas no podían ser mejores; pero cuál fué mi sorpresa al ver entrar muy temprano en mi casa al licenciado desmejorado, inconocible, vacilando y sin poder articular palabra, echándose á mis piés y abrazando mis rodillas. Contóme todo el caso, me pintó lo desesperado de su situación y me suplicó con las lágrimas en los ojos que lo matase ó lo sacase del compromiso en que se hallaba. Por fortuna la noche anterior había yo ganado algunas onzas en la partida reservada de la calle de Tiburcio y estaba de buen humor, y sin muchos preámbulos me arreglé con él haciéndole firmar pagarés por treinta mil pesos, de los cuales me ha satisfecho cuatro, reservándome el derecho de hacer uso de las libranzas falsas y de acusarlo ante los tribunales. Cada pagaré que se vence es una

agonía para el licenciado, que tiene que pedirme prórrogas sobre prórrogas, al punto que creo que ni en cuatro ni en cinco años me complete los quince mil pesos. Ya ve usted, este hombre es mío, absolutamente mío, y quien es capaz de falsificar una firma y negociar por este medio un dinero que sabía que no le era posible pagar, es capaz también de cualquier cosa; será, pues, mi socio en los negocios que vamos á emprender, mi segundo, que me sustituirá en caso de ausencia ó enfermedad. Si no tiene gran capacidad como abogado, sí tiene talento para el mal. El capitán de rurales y el marido de Clara harán maravillas bajo de mi dirección.

Voy á dar á usted cuenta de otro negocio, absolutamente seguro é inagotable como una mina en bonanza, y es una baraja, no sólo maravillosa, sino milagrosa. Todos los suertistas que usted habrá visto en su vida, no han hecho con las cartas lo que yo he visto hacer con las que puedo decir que son mías. Se ganan cuantos albuces se quieren, y en el momento que conviene se pierden los que sean necesarios para alucinar á los puntos y alejar toda sospecha. Si no lo hubiese experimentado no lo creería. Para abarcar todos los ramos de industria, cuento con galleros que dan munición á los gallos y les hacen otras maniobras para que se haga á voluntad, *la chica ó la grande*, con chalanes que cambian y venden caballos mañosos y lacrados por otros sanos y de alto precio, en fin, con cuanta canalla estudia el modo de *pelar* impunemente al prójimo. Mi personalidad no figura en todo esto sino para habilitarlos con un poco de dinero. Si son descubiertos irán á la cárcel y yo me presentaré como acreedor embargándoles lo que les quede, si no lo son, como no es posible que lo sean, tendré

mi parte en las utilidades sin que para nada suene mi nombre.

¿Cree usted, compadre, por lo que le llevo dicho, que arriesgamos ni lo negro de una uña?

El compadre movió la cabeza con un aire de duda, pero concluyó por convenir que en cuanto es posible en lo humano, las precauciones estaban bien tomadas.

—Un negocio también importante es la falsificación de moneda, y estableceremos nuestra fábrica en el Molino de Perote y usted será el director. Bastante habilidad tiene usted para construir la maquinaria y abrir los troqueles, aquí mismo, en la platería. Las piezas sueltas de fierro las mandará usted hacer sin que el herrero sepa el uso que deben tener, y los troqueles ninguno los hará con más perfección que usted. Se imitarán, mejor dicho, se igualarán aun en sus más insignificantes pormenores, los pesos nuevos de la casa de moneda de Guanajuato, de los cuales vienen muchos cada mes á México con motivo de la bonanza de las minas. Tendremos constantemente unas cuatro ó seis talegas de pesos legítimos en el molino y regresarán á México mezclados con 200 ó 300 de los que nosotros fabriquemos y así se hará el cambio sucesivamente. Ya calculará usted que tengan ocho ó diez por ciento de liga, de modo que no se altere el sonido ni se descubra que son falsos por las mordidas que suelen darle los indios ó los refregones contra la hoja de lata de los mostradores; en una palabra, que no les *salga el cobre*, usted sabrá mejor que yo, compadre, hacer la manipulación.

—¡Oh! respecto de eso no tenga usted cuidado,—respondió maquinalmente el platero entusiasmado de que se le encomendase una obra de arte, que se prometía

desempeñar con más perfección que si se tratase de una custodia ó un cáliz cincelado para la capilla del Rosario, pero inmediatamente quiso reparar su ligereza y continuó diciendo:—Eso es grave y necesita pensarse... ya en otra conferencia diré á usted mi opinión...

—Nada, nada de excusas, ni necesitamos otra conferencia, manos á la obra y desde mañana dése usted trazas de comenzar á construir la maquinaria. Voy á comprar nuevos aparatos para el molino, pues los que hay en él están inservibles, y todo irá junto, de modo que nadie adivine que allí se molerá harina y se fabricarán pesos.

—¿Y los operarios?

—Lo más fácil; los pillastres que saque de la cárcel Lamparilla nos servirán á pedir de boca, y Lamparilla mismo no sabrá para quién trabaja. Yo arreglaré esto y la parte artística será de cuenta de usted, y al avío, ¡¡ocho duros!! no hay que vacilar.

Se me olvidaba lo mejor,—continuó Relumbrón,—usted tiene que desempeñar un importante papel, y es indagar la vida y milagros de todos los clientes que tiene usted en la platería, y de cuantas personas pueda, y lo puede hacer directamente y por medios indirectos. Ejemplo. Viene como de costumbre la corredora, y le dice á usted que vendió un anillo á D.<sup>a</sup> Fulana. Es necesario saber si esa doña es casada ó vive en un estado más fácil, si tiene hijos, hermanos, tíos, sobrinos ó amigos, si es rica, si tiene alhajas y dinero guardado y en dónde, si deja olvidadas las llaves, si duerme sola, si deja las puertas abiertas, á qué hora sale ó entra; en una palabra, todo lo que trataría de indagar un marido celoso de su mujer para cogerla en un renuncio...

—Entiendo, entiendo, compadre,—contestaba el platero maquinalmente inclinando la cabeza y no atreviéndose á dirigir la vista á Relumbrón, que ya se ponía en pié, ya se volvía á sentar, encendiendo con sus trastes de lumbre, el puro que dejaba apagar á poco rato.

—Para esto se necesita tiempo, paciencia, maña, pero ya conozco á la corredora, es liebre corrida, está que ni mandada hacer para esto, y además, ligada con usted con motivo del importante comercio de alhajas que hacen ustedes particularmente de dos años á esta parte. Más adelante estableceré también por medios indirectos una especie de Agencia, y llegaré á saber los interiores de las casas de medio México.

Relumbrón, cansado de hablar y con la garganta seca, tomó de una charola de plata que había en medio de la mesa, una botella de cristal llena del vino añejo regalado por el marqués de Valle Alegre, se sirvió una copa, la bebió hasta la última gota, tronó con placer los labios y se dejó caer en el canapé como fatigado, no precisamente de hablar, sino de la grandeza del plan que había desarrollado ante el compadre.

Hubo como diez minutos de silencio.

El platero, sin poder discutir ni meter baza en la seguida, larga y decisiva conversación de Relumbrón, estaba aturdido y presa de una enajenación mental, y tan pronto veía inconvenientes y peligros en cada uno de los proyectos, como admiraba la facilidad y la sencillez de las combinaciones para apropiarse por diversos caminos el bien ajeno. La influencia que ejercía Relumbrón en su ánimo lo dominaba, sin saber por qué, considerándose en el fondo satisfecho de ser el padre de un hijo que desplegaba en todos casos un talento y una fe-

cuidad de ideas que lo dejaban absorto. El amor de padre y el temor de que un día ú otro fuese á descubrirse el hilo de la maraña, lo inspiró y tuvo un buen movimiento y abrió la boca para revelar á Relumbrón el secreto de su nacimiento y conjurarlo á que abandonase todos sus peligrosos y diabólicos planes, que se redujese á una vida modesta, contentándose con su posición y con los goces legales y sencillos al lado de su bella Amparo y de su virtuosa mujer, que él, su padre, seguiría trabajando y pondría á su disposición las pedrerías valiosas que encerraba su estante, y el dinero en oro y plata que tenía guardado en el Monte de Piedad. Este sano pensamiento pasó como un relámpago.

¿Entregar á Relumbrón los paquetitos de záfiro, de rubí, de diamantes y de esmeraldas? ¿Sacar de la caja del monte-pío sus onzas de oro españolas? Imposible. Para negocios era diferente. Relumbrón era vivo y afortunado y le había dado buenas cuentas, excepto el día del desastre de Panzacola. Los proyectos de Relumbrón le sonreían, especialmente el de la moneda falsa, y ya había pensado visitar el molino y disponer las cosas de tal manera, que si se descubría la fábrica, con sólo quince minutos de tiempo no se encontrase más que harina y trigo. Por otra parte, descubrir el secreto á Relumbrón equivalía á deshorrar á la Moreliana y reducirla á la miseria si Relumbrón concebía el deseo de conocerla, y locuaz como era, con una palabra que se saliese, bastaba para que alguno de tantos supuestos parientes pidiese la ejecución de la cláusula del testamento. Todo esto era remoto y no sucedería tal vez; pero el platero lo consideraba como un peligro inminente para contrariar y hacer imposible la ejecución de las ideas honradas que ha-

bían pasado por su mente como palomas descarriadas. En resumen, la ambición, más fuerte que la idea moral, triunfó, pero repentinamente se le vino una idea terrible que no había pasado por su mente en el discurso de la conversación, y abandonando el cúmulo de pensamientos que se sucedían sin cesar en su cerebro, salió el mutismo en que se había encerrado, y con una voz cavernosa exclamó:

—¡Y el infierno, compadre!

Relumbrón, estupefacto, pues todo esperaba menos esta observación, se puso en pié como si un resorte lo hubiese movido.

Relumbrón, que llevaba la vida alegre, nunca pensaba en la muerte, ni menos en el infierno; pero en el lance en que se hallaba, no dejó de llamar su atención la pregunta de su compadre, y sin quererlo se presentaron á su imaginación las calderas de azufre hirviendo y el plomo derretido que, como arroyos de agua, bañaba los cuerpos descarnados de los réprobos, y una gran parte de los réprobos, en vida habían sido ladrones, asesinos, lujuriosos y jugadores, pero reponiéndose de su pánico, se volvió á sentar y contestó con calma á su compadre:

—De verdad, no había pensado en esto, pero me parece fácil arreglar estas cosas en la tierra. En primer lugar, no se trata de asesinar, ni de herir, ni de maltratar á nadie, ni de quitar el pan de la boca á los pobres, y, por el contrario, en mi plan entra que todo se haga con *metodo y orden*, y ya ve usted que con esto casi ni hay pecado, y si lo hay no pasará de venial, y en cuanto al dinero de los ricos, es dudoso si es pecado mortal ó una obra meritoria. La Biblia, que yo he leído casi entera, dice: «*Que los ricos tienen obligación de dar*



á los pobres,» y el hecho es que no les dan ni agua; pero dejando á un lado estos argumentos, me ocurre uno que lo dejará á usted perfectamente tranquilo. ¿Es usted cristiano y creyente fervoroso?

—Y como que lo soy, compadre,—respondió el platero,—y de otra manera no me habría ocurrido la observación que acabo de hacerle.

—Pues bien, el pecador, por endurecido que sea y por horribles que sean sus crímenes, quedan perdonados con sólo un acto verdadero de contrición á la hora de la muerte, porque la misericordia de Dios es infinita. ¿Qué cosa más fácil que un acto de contrición, especialmente para usted que es tan arreglado y tan bueno?

—Y si muero repentinamente de una apoplejía, ó me cae un rayo, que en la estación de las aguas son frecuentes en México, ¿dónde voy á dar?

—A donde iría usted á dar ahora mismo, pues el comercio que tiene usted con la corredora puede muy bien pasar de pecado venial, pero eso es muy contingente, sería una casualidad y siempre estamos en riesgo de morir en pecado mortal, pues que no somos unos santos. Por otra parte, cuando nuestros negocios estén en pleno desarrollo, no dejaremos de hacer limosnas, y tal vez de construir una iglesia, como lo hacían los nobles de antaño para asegurarse el cielo, pero todo eso está lejos y por ver, y debemos ocuparnos de lo presente.

Sobre este tema siguieron discuriendo, pero por más que Relumbrón se esforzó en sus argumentos, no pudo lograr que su compadre le diese una resolución definitiva, y le pidió el plazo de ocho días para resolverse.

—Convenido,—le dijo Relumbrón,—pero tiene usted que saber lo más esencial, y es que necesito dinero, mu-

cho dinero. Para sacar oro de un tiro de una mina es necesario antes echar mucha plata en el otro tiro, y si concedo á usted ocho días de plazo es para que tome sus medidas y no me deje en las cuatro esquinas en ocasión tan solemne. La feria de San Juan de los Lagos está próxima, y allí hemos de comenzar nuestras operaciones y lograr una abundante cosecha.

Estas últimas palabras hicieron más impresión en el ánimo del platero que la larga conversación que había precedido. Desde el desastre de Panzacola, desconfiaba mucho de la fortuna y de la habilidad que había demostrado su compadre meses antes en los negocios en que se atravesaban grandes cantidades de dinero. Sin embargo, ninguna observación especial le hizo y se limitó á repetirle: *Dentro de ocho días.*

Ruido de pasos, de llaves y de cacerolas dieron fin á la conversación.

—La cocinera ha llegado ya y debemos terminar,—dijo el platero.

—Y como que sí,—contestó Relumbrón,—y si las paredes oyen, las cocineras más, y no sería malo que usted la llamase para advertirla que hoy almuerzo con usted, y mientras usted da sus disposiciones para tratarme como á cuerpo de rey, no perderé el tiempo, pues ya debe concebir cuanto tendré que trabajar. Antes de las doce estaré de vuelta.

Relumbrón salió, el compadre dió sus instrucciones á la cocinera, sacó el vino de Jerez añejo, se lavó y se vistió con más cuidado que el de costumbre, y muy tranquilo, al parecer, se dirigió á la catedral, pues tenía tiempo sobrado para rezar sus devociones y oír la misa de once.

Pero lo más importante de lo que pasó en esa mañana memorable es que al salir la cocinera, dejó la puerta abierta, pues habiendo hecho abundantes provisiones el sábado, no tenía necesidad de ir al mercado, y le bastaba con lo que podía encontrar en los puestos y tiendas de la misma calle de la Alcaicería, y se proponía regresar antes de cinco minutos, como en efecto lo hizo. Subió sin hacer ruido, calzaba como Cecilia zapatos de seda, y se deslizaba más bien que andaba por las alfombras de la casa. Notó que, contra la costumbre, su amo no estaba en la recámara, á donde ella entraba diariamente antes ó después de volver del mercado á tomar sus órdenes y preguntarle si deseaba algún *antojito* especial para el almuerzo ó la comida, se dirigió al salón, lo encontró cerrado, oyó voces, espíó por el agujero de la llave y vió al platero sentado en el sillón con la cabeza entre sus manos, como si estuviese con una fuerte jaqueca (y las solía padecer), y á Relumbrón en pié frente de él manoteando y perorando en alta voz, como el que dice un discurso el 16 de Septiembre en la Alameda.

La cocinera contenía la respiración y aplicaba alternativamente el ojo y el oído al agujero de la llave. Vió lo que pasó y se enteró de la mayor parte de la conversación. Cuando concluyeron se retiró de puntillas dirigiéndose á la puerta de entrada, movió la llave como si acabase de entrar, pasó á la cocina, é hizo todo el ruido posible con los platos, cubiertos y cacerolas.


Dijo muy bien Relumbrón, que en todo pensaba y todo lo preveía:

—«Las paredes oyen y las cocineras mucho más.»



## CAPÍTULO XXXI

### El día de la boda

 MIENTRAS el platero se da trazas á reunir dinero suficiente, escribe á la moreliana invitándola para que viniese á ver unas alhajas nuevas que había recibido de París (él las había montado con las mejores piedras robadas), y Relumbrón trabaja día y noche para dar una organización segura y perfecta á los diversos proyectos que había presentado al examen y deliberación de su compadre, tenemos sobrado tiempo para hacer un viaje á las haciendas del Sauz, y enterarnos de los acontecimientos que siguieron al frustrado enlace de Mariana con el marqués de Valle Alegre.

¿Acabó de sacar el conde su espada cuando Mariana respondió *no* á la segunda pregunta que le hizo el obispo? ¿Quiso acabar de matar á su hija, ya caída y exánime como estaba, ó sólo fué una amenaza colérica, suge-

rida por su repentina y enérgica resolución? ¿Quién sabe? La sorpresa de todos los que estaban cerca del altar al escuchar el *no* sonoro y firme que repercutió en las bóvedas de la capilla, fué tal, que no se exageraría si se asegurase que todos perdieron por un momento el uso de la razón.

Pero sea lo que fuere, cuando la multitud curiosa que se oprimía y juntaba estrechamente pecho con pecho y cabeza con cabeza, y no despegaba los ojos de los principales personajes, vió que el conde había puesto la mano en el pomo de la espada, lanzó un grito de horror que se propagó hasta la puerta y de allí al atrio y á la calzada donde esperaban la salida de los novios los muchos que no pudieron penetrar á la capilla.

El conde, por una de sus excentricidades, había determinado que, tanto él como Valle Alegre fuesen á la ceremonia vestidos con el uniforme de capitanes del ejército español, y por otra inconveniencia mayor, el conde ciñó su larga espada de *taza y cruz*, mientras el marqués sólo portaba un espadín corto de parada, pero el conde estaba en su casa y cualesquiera que fuesen sus caprichos nadie se atrevía á hacerle la menor observación.

Al ademán agresivo del conde se interpuso el obispo, cubriendo con su cuerpo á Mariana, á riesgo de ser traspasado de parte á parte.

—¡¡En nombre de Dios, señor conde, conténgase y no cometa un horrible crimen!!

El conde, ciego de furor, tenía convulsivamente la mitad de la espada fuera de la vaina, y buscaba con los ojos inyectados en sangre á su hija entre las vestiduras moradas, blancas y de oro que había revestido el prelado para dar mayor brillo á la solemnidad.

El marqués de Valle Alegre, vuelto en sí del aturdimiento que le causó la escena que, á pesar de todo, esperaba, se puso en pié, sacó su espadín y encarándose con el conde, gritó:

—¡Eso no, conde, eso no; jamás permitiré que á pesar de la afrenta que acabo de recibir asesine usted á su hija en mi presencia! ¡Atrás, ó le paso de parte á parte con mi espada!

Al mismo tiempo Juan, desprendiéndose del brazo del practicante que lo sujetaba, sacó el puñal y levantó el brazo para hundir la arma traidora en las espaldas del conde, pero el practicante dió un salto, se echó con todo su peso sobre Juan para desviarlo y el puñal hirió el espacio, pasando á dos líneas del hombro del conde. Esta escena rápida, que no duró veinte segundos, produjo otro grito de horror en la multitud, que no sabía si retroceder ó arrojarse sobre los elevados personajes que estaban á punto de asesinarse mutuamente.

El practicante, con una fuerza que no sospechaba tener, tomó á Juan por la cintura, y empujándolo y echándolo como una catapulta sobre la multitud compacta, pudo abrirse paso y salir con él fuera de la iglesia, gritando:

—¡El conde ha asesinado á su hija! ¡Venganza, venganza!

Los gritos del practicante, que encontró una buena oportunidad para saciar su encono contra los ricos y contra los títulos de Castilla, se reprodujeron y ocasionaron una reacción repentina en aquella gente sumisa y respetuosa, que inclinaba la cabeza y casi se arrodillaba cuando veía pasar al conde en su caballo ó en su carruaje tirado siempre por cuatro mulas casi cerreras.

Todo lo que el conde era temido, pero detestado por su aspecto arrogante y despreciativo, su hija era amada y respetada de la gente que estaba al servicio de la hacienda y de la que habitaba los ranchos y aldeas cercanas. El tiempo que le dejaban libre sus enfermedades y sus hondos pesares, lo empleaba Mariana en visitar á los que se hallaban enfermos, en platicar con las ancianas, en hacer cuantos beneficios podía á los peones y sirvientes y aun á los que no lo eran, y como la veían tan hermosa, tan buena, tan majestuosa, á la vez que tan dulce y tan amable, la consideraban más bien como una santa, á quien el conde, lejos de adorar, se empeñaba en martirizarla y hacerle la vida dura y difícil. No sabían lo que realmente pasaba en el interior de la casa de la hacienda; pero los pesares de Mariana se revelaban en sus ojos tristes y en su melancólica sonrisa. Don Remigio contribuía á desarrollar los instintos caritativos de la condesita y le daba cuanto dinero le pedía, sin que por esto el conde hiciese observación ninguna, cuando de tiempo en tiempo pasaba sus ojos por las cuentas y hablaba de negocios con él.

Los alegres y pacíficos campamentos formados con motivo de las bodas, y donde se escuchaban las francas risas, los agudos sonidos de las jaranitas y los monótonos cañitos populares, se tornaron en un momento en otros tantos focos de rebelión, y la cólera y la insubordinación se apoderó de esas gentes, excitadas con las vociferaciones del practicante. Este se aprovechó de la confusión y del desorden, y acompañado siempre de Juan, que se dejaba conducir como un niño, se dirigió á las caballerizas, se apoderó de dos de los mejores caballos que estaban ensillados, y él y Juan montaron,



enfilaron la calzada y, ganando los campos, hicieron rumbo al pueblo que habitaba.

Juan, vuelto en sí de esa visión terrible que había pasado ante sus ojos en la capilla, y sin darse cuenta si realmente Mariana había sido asesinada y él había matado al conde, quiso retroceder y arrendó su caballo para volver á la hacienda, pero su amigo el practicante lo contuvo, y adivinando sus pensamientos, le dijo:

—No intentes regresar á la hacienda, piensa en tu padre, en tu padre que es el mejor de todos los hombres. Nada tenemos que hacer ya. La condesita vive, no se ha casado con el marqués y te ama, y ese amor le dará fuerzas y vida, la volverás á ver. Si no me apodero con todas mis fuerzas de tu brazo, que parecía de fierro, habrías matado al conde y eso habría sido la ruina y la desgracia eterna de D. Remigio. El marqués y el conde se las avendrán, y la multitud, cansada del despotismo del amo, se vengará mejor que tú de él y salvará á la hija de las garras de ese tigre. Tu padre está allí y modificará como quiera los acontecimientos; vámonos, sigamos nuestro camino para mi pueblo.

Dominado Juan por este razonamiento, se dejó conducir, y azotando ligeramente á los caballos, marcharon primero á galope y después al tranco para dar lugar á llegar entre dos luces al pueblo y no llamar la atención, ni estar expuestos á las preguntas de los amigos y conocidos.

El practicante, en todo el camino trató de consolar á su amigo, de abrir su corazón á la esperanza y de apagar en su cerebro el volcán ardiente que por un momento lo había convertido en un loco furioso. Al día siguiente de la llegada al pueblo y alojado y todavía medio

oculto en la casa del practicante, Juan cayó en un delirio nervioso que le duró cuatro días, pero curado, y más tranquilo, tomó la resolución de buscar á Baninelli para definir de una manera ú otra su situación y presentarse después resueltamente á pedir al conde la mano de su hija, caso de que los acontecimientos que pasasen en la hacienda se lo permitiesen. Ya el lector se ha enterado del extraño resultado de este paso aventurado que estuvo muy lejos de aprobar su amigo el practicante, que en vano lo trató de disuadir, ofreciéndole que él mismo se pondría en camino, procuraría encontrar á Baninelli, sondear su ánimo, continuar á México, y asegurarse antes de que el indulto le sería concedido. Nada valió en esta vez. Juan se encaprichó y no hubo remedio. ¡El destino de las gentes!

---

Volvamos á la capilla de la hacienda del Sauz. Una parte de la gente salió vociferando detrás del practicante y otra se quedó, entre curiosa y amenazadora, queriendo todos á un tiempo llegar cerca del altar y cerciorarse por sus propios ojos si Mariana estaba muerta. Esto produjo un remolino humano, y empujándose los unos á los otros, amenazaban y envolvían á los altos personajes que estaban en las gradas. El marqués del Apartado pronunció en voz tan alta como pudo un pequeño discurso amonestando á la multitud para que tuviese calma y guardase el respeto debido al santo lugar donde estaban y á los altos personajes que ocupaban el altar, pero no fué escuchado, y su voz débil y opaca, á pesar de lo que se esforzaba, se perdió en el confuso murmullo de la gente que á cada momento se acercaba más.

La madrina, que por primera vez visitaba la hacienda y no tenía la más remota sospecha de lo que iba á pasar, quedó aterrada y muda cuando oyó pronunciar el *no* á la condesita y vió sacar la espada al airado conde, pero pasado ese momento y dirigiendo la vista á donde estaba el obispo y Mariana, á quien creyó muerta, comenzó á llorar y á lamentarse de una manera estrepitosa, por más que quería contenerse y que se tapaba la boca con su pañuelo.

Los curas, revestidos con sus casullas resplandecientes de oro, se agruparon en derredor del obispo, dejaron el altar en desorden, el libro de los evangelios encuadernado de nácar cayó al suelo y se rompió y desencuadernó; los muchachos acólitos tiraron los incensarios, esparciéndose en la alfombra los carbones ardiendo, y fueron á ocultarse debajo del púlpito, y el desorden é indecisión era mayor á medida que se notaba que los que estaban delante, empujados por los de atrás, concluirían por romper la barandilla de ébano y plata que los separaba de las gradas del altar.

El conde y el marqués, que notaron el peligro que corrían de ser atropellados, arrollados y pisoteados por la multitud, se encararon con espada en mano, y desafiaron á la turba irritada y ya deseosa de dar una conclusión trágica y definitiva á estas extrañas y desgraciadas bodas.

—¡Atrás, canalla!—gritó el conde con una voz de estentor,—y el primero que se atreva á dar un paso más lo traspaso con mi espada.

Y en efecto blandía furioso el acero, y quería saltar la barandilla, y comenzar á herir á los que ocupaban la primera fila. El movimiento de avance se suspendió,

y al murmullo amenazador sucedió el silencio más completo. Tanto así impone la decisión terrible de un hombre valiente que desafía á la muerte; pero todavía fué más eficaz la voz de D. Remigio. Observando que su hijo Juan, arrastrado casi por el practicante no estaba ya en la capilla, subió al altar, se interpuso entre el marqués, el conde y el obispo y la condesita desmayada, de suerte que no podían hacer uso de sus espadas sin tocarlo á él. Este movimiento estratégico del administrador, tenía por objeto el impedir el derramamiento de sangre en la iglesia, y el socorrer pronta y eficazmente á su querida ama, que con trabajo sostenía el santo obispo, y tan preocupados estaban los actores de estas escenas, que no advirtieron la presencia del administrador, el que, aprovechándose del momentáneo silencio, se dirigió á los que formaban el tumulto, y les dijo unas cuantas palabras en un tono enérgico á la vez que afectuoso, que calmó los ánimos, y en vez de avanzar, fueron abandonando la capilla hasta que quedó vacía. Entonces él mismo cerró la puerta, se dirigió al altar, tomó en sus brazos á Mariana (y era lo que más importaba), y la condujo por la sacristía, que se comunicaba con la casa, hasta su alcoba, depositándola en su lecho, regresando á la capilla.

Sin oponerse los altos personajes á lo que hizo don Remigio, quedaron en silencio y en la actitud que estaban, esperando, sin duda, ser guiados por el que había tenido la influencia necesaria para contener el desorden.

—Señor conde,—dijo respetuosamente D. Remigio,—le ruego á usía que pase á su habitación. Lo que ha ocurrido es muy terrible, y necesita usía calmarse y reposar.

El conde envainó su larga espada, se volvió hacia el marqués, le echó una de esas miradas que significan sangre y muerte, y con pasos lentos y majestuosos entró á la sacristía, y de allí á sus habitaciones, arrojó la espada por un lado, el uniforme por el otro y se echó en el lecho murmurando con una voz ahogada y ronca, como si fuese el estertor de un moribundo.

—¡A él, á ella, á todos los he de matar, á la canalla insolente también! Remigio es el único hombre que quedará vivo, el único en el mundo que me respeta y me quiere. ¡Maldita humanidad, viles, miserables, malditos gusanos!...

Su voz espiró en su garganta, y dando una vuelta nerviosa, enterró su cabeza en los almohadones.

Desembarazados los personajes que quedaron en la capilla del cuidado que les inspiraba la desgraciada condesita, y de la presencia del feroz conde, recobraron el uso de la palabra y entraron en una calma relativa, tratando de consultar con D. Remigio lo que sería conveniente hacer después de las rápidas pero conmovedoras escenas que acababan de pasar.

—La gente se ha insolentado,—les dijo D. Remigio,—y trabajo nos va á costar volverla al orden, y lo que van á solicitar, es ver á la señora condesita muerta ó viva, y ya pensarán sus señorías que eso es por ahora imposible. Lo primero que hay que hacer, es cuidar de la seguridad de la casa. Les ruego me esperen un momento, y cuando vuelva, pensaremos lo que se ha de hacer, y mi mayor cuidado es en este momento por el señor conde. Si llega á saber que continúa el tumulto y el desorden, es capaz de salir solo con su espada, y verdad es que matará á muchos, pero al último lo harán pedazos.

—Si tal hace,—interrumpió el marqués,—yo estaré á su lado, es mi deber.

—De poco ó nada servirá el sacrificio de usted, señor marqués,—le contestó D. Remigio,—y ya tentaremos otros medios. No dilato.

D. Remigio desapareció por la sacristía.

—Lo primero que hizo fué dirigirse á las habitaciones del conde. Éste continuaba en su lecho, hundida la cabeza en los almohadones.

D. Remigio salió de puntillas, y un siniestro pensamiento pasó por su cabeza:

—Si por fortuna se hubiese ahogado con los almohadones, todo cambiaría de aspecto, y la condesita podría todavía ser feliz. Juan no estará lejos.

De las habitaciones del conde, y arrepintiéndose á medias de lo que entre dientes había murmurado, pasó á las de la condesa. Las camaristas la habían desnudado, y colocado en su lecho y haciéndole respirar vinagre, trataban de volverla en sí.

D. Remigio acercó su oído al pecho de Mariana. Su corazón latía, y su respiración, aunque débil, tenía cierta regularidad.

¿Entre la vida del conde y la de su hija?... Ni qué vacilar.

Recomendó el mayor cuidado á las criadas, mientras él volvía, y continuó por todos los cuartos y vericuetos de la casa, cerrando puertas y ventanas, bien que todas las que daban á la calle tuviesen gruesas rejas de hierro. En seguida subió á la torre de la capilla, ocultándose entre las columnas y macizos de modo de no ser visto.

El rápido examen que pudo hacer, no dejó de ponerlo en cuidado. Un gentío inmenso que parece que había

brotado de la tierra, ocupaba la calzada principal, y se extendía por todo el derredor de la casa. Los alegres campamentos se habían convertido en otros tantos focos de rebelión, y los mozos mismos del conde y del marqués parecían mal dispuestos, pues presenciaban con cierta alegría desde las caballerizas y sentados en las piletas, el movimiento de insubordinación de los que habían venido de los ranchos y de las aldeas á asistir al matrimonio, y que en ese momento eran otros tantos enemigos. Según pudo comprender D. Remigio, los de los campamentos habían resuelto quemar las puertas de la iglesia, y juntaban los trozos de leña y ramajes que les habían servido para calentar su comida, y se afanaban por acumular todo este material en la puerta de la capilla.

D. Remigio descendió y dió parte á los que lo esperaban, de lo que había observado desde la torre, añadiendo que creía urgente que en cualquier sentido se tomase una resolución, pues de lo contrario, era seguro que quemarían la puerta de la iglesia, y enfurecidos con este triunfo, seguirían con la hacienda.

El marqués de Valle Alegre, caballero y valiente como era, fué de opinión que los criados que había dentro de la casa, que pasaban de veinte, se armaran, y que él en su caballo favorito, se pondría á la cabeza, cargaría sobre los amotinados, y los reduciría á la obediencia.

La señora D.<sup>a</sup> Pomposa, que con tan buena gana había venido á servir de madrina, sufría las más crueles angustias, pero por su educación y carácter grave, disimulaba lo más que podía, pero no pudo menos de oponerse á la resolución del marqués.

—Van á hacer á usted pedazos, señor marqués, con

todo y sus mozos, y á nosotros, una vez que se abran las puertas de la casa, nos asesinarán sin piedad.

En esto el ruido y vocerío aumentaban tanto, que se podían oír las injurias que dirigian al conde, exigiendo que D. Remigio les presentase á la condesa, ó les asegurase bajo su palabra que no estaba muerta.

—El deber sagrado de mi alto ministerio,—dijo el santo obispo con una voz solemne,—me ordena hacer un sacrificio y exponer mi vida para salvar la de los que viven en esta hacienda.

Y acabando de pronunciar estas palabras, abrió el sagrario, sacó una custodia de oro con la santa hostia consagrada, la tomó en sus dos manos, y continuó diciendo con una profunda convicción:

—No se atreverán á profanar el Santo Sacramento, y si así lo hicieren, Dios se encargará de castigarlos, y pagarán muy caro la sangre que derramen.

El que quiera y tenga la fe y la confianza en Dios que me anima, que me siga. Los que sean débiles de corazón, y no crean que la Providencia protege y vela por los inocentes, que se queden y se oculten en lo más recóndito de la casa. D. Remigio, abra usted de par en par las puertas de la iglesia.

Y sin esperar respuesta alguna, se adelantó hasta la puerta que D. Remigio trataba de abrir lo más espacio que podía, no confiando mucho en el éxito.

El marqués de Valle Alegre se colocó el primero al lado derecho del obispo, y sacó su espadín blandiéndolo con coraje como si ya estuviese luchando con la turba que rugía afuera.

—Nuestra misión es de paz y no de sangre, señor marqués,—le advirtió el obispo.—Envaine usted su es-



pada. Haría muy mal efecto una arma junto al relicario que encierra al Dios vivo.

El marqués de Valle Alegre, sin replicar, envainó su espada.

El marqués del Apartado, sereno y perfectamente tranquilo como si nada grave hubiese pasado, se colocó al lado izquierdo del obispo, saludándolo dignamente con la cabeza, como aprobándole la resolución que había tomado, y le dijo:

—Señor obispo, es usted un digno prelado que honra á la iglesia mexicana. Aquí me tiene usted á su lado.

D.<sup>a</sup> Pomposa, con más entereza y resolución de la que puede suponerse en una mujer, se colocó detrás del prelado, y los curas, temblando dentro de sus casullas doradas, la siguieron sin poder pronunciar una palabra, tal era el pánico que les había sobrecogido desde que comenzaron y se sucedieron rápidamente las escenas que hemos tratado de referir.

D. Remigio se decidió, abrió las puertas de par en par, y él fué el primero que salió al atrio.

El obispo alzó la custodia de oro, y bendijo con ella á la multitud turbulenta y gritona, diciendo en voz alta, perceptible y solemne:

—«La paz sea con vosotros, hijos míos. Os bendigo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y esta santa bendición alcanzará á vuestros hijos.»

Como si un profeta de otros tiempos hubiese hablado, un silencio profundo sucedió al clamoreo insano, y parece que hasta los animales que lo acompañaban con su desacorde ruido, sintieron la influencia de la pacífica exhortación del venerable obispo. Las gentes que estaban cerca y lo escucharon sin perder una palabra, caye-

ron de rodillas, y las que estaban más lejos, con sólo ver la custodia de oro con que los bendecía el obispo, hicieron lo mismo. El pueblo estaba ya dominado, y la batalla ganada sin necesidad de la tizona del conde (que permanecía en su lecho como un insensato), ni del espadín del marqués de Valle Alegre.

La improvisada procesión se abrió paso por entre la multitud compacta y ya respetuosa. El obispo repetía sus exhortaciones de paz, bendecía de nuevo con la custodia, y D. Remigio les aseguraba en seguida que la condesita no había muerto, que lo que tenía era un pasajero desmayo, pero luego que se repusiera, saldría al balcón y saludaría á sus queridos labradores, en señal de gratitud por el interés que tomaban por ella.


Así el santo obispo, triunfante, lleno de gozo y dando fervientes gracias al Todo-Poderoso, recorrió los campamentos, y cuando regresó á la iglesia, la gente había vuelto á la calma más completa. Los unos tornaron á sentarse con los suyos en los campamentos á comentar los sucesos á su manera, y á consumir el resto de las provisiones; los otros ganaban lentamente las calzadas, dirigiéndose á su pueblo.

Cuando vino la noche, llena de sombras y de siniestras nubes, la soledad y el silencio más profundo reinaban en la hacienda del Sauz.

En la capilla oscura, el obispo, los marqueses, los curas, D.<sup>a</sup> Pomposa y D. Remigio, caían también de rodillas ante la custodia de oro colocada en el altar, daban gracias á Dios por haberlos salvado del inminente peligro que corrieron, y le rogaban con las lágrimas en los ojos se apiadara de la desgraciada condesita.

## CAPÍTULO XXXII

### La venganza de Gordillo

A capilla estaba alumbrada apenas por la vacilante llama de una lámpara que ardía delante del altar del Santísimo Sacramento, y los personajes, concluida su oración de gracias, permanecían arrodillados y silenciosos en la oscuridad, sin saber que hacerse. Su posición era, en efecto, difícil. Partir á esas horas para las ciudades de donde habían venido, no era posible. ¿Quedarse en la Hacienda, expuestos al tratamiento brutal del conde, á quien creían todavía frenético por el funesto desenlace que había tenido la boda? tampoco. En una y otra cosa, el tiempo había pasado, los delicados manjares se habían quedado en la cocina y en el comedor esperando á los novios y á los convidados. Ni el obispo ni los curas se habían desayunado, ni D.<sup>a</sup> Pomposa, que se había propuesto comulgar, y la parte material de la humanidad, pasado el conflicto, reclamaba el sustento diario.

D. Remigio, poco instruído, á no ser en las prácticas usuales de la agricultura, era, sin embargo, un hombre de talento natural, de una rectitud y honradez que estaba en su naturaleza, y, sobre todo, de un buen sentido práctico y propio para tener contentos á las personas con quienes trataba, y su posición misma de administrador, ó, mejor dicho, de amo de la finca cuando el conde no estaba en ella, le había dado la norma de lo que en ciertas y determinadas ocasiones tenía que hacer.

Dejó obrar al obispo, porque mejor que nadie conoció la impresión que había de hacer en la multitud la presencia de un prelado con el Santo Sacramento en las manos, y después de una breve vacilación, se resolvió á abrir la puerta de la capilla, persuadido que si lo que se iba á hacer por el venerable obispo no surtía efecto, menos lo había de surtir cualquiera otra cosa que se imaginase, incluso el empleo de la fuerza.

En esta vez se revistió de cierta energía, que se notó aun en su voz, y creyó deber reasumir el carácter de amo de la finca, pues el que lo era había cometido tantos desaciertos, y probablemente se disponía á cometer otros nuevos.

—Señor obispo,—dijo,—me permitirá Su Ilustrísima, que en ausencia del señor conde, pues como ausente lo debemos de considerar, visto el estado de irritación en que se halla, sea yo el que mande en esta hacienda y haga sus veces.

—Nada mejor que eso, señor D. Remigio,—le contestó el obispo,—pues de verdad que después de lo que ha pasado, estamos en la más cruel indecisión y no sabemos qué partido tomar, ni qué tenemos que decirle al conde por la extraña conducta que ha tenido, no sólo







J. F. Párrés - Editor.

B. R.

Lit. M. P. Párrés - Editor.

## El conde del Saúz.







con su pobre hija, sino con personas respetables á quienes debía la más completa hospitalidad, puesto que nos invitó para venir á su casa, y estábamos muy lejos de que en el hogar preferido de un noble caballero, pasasen tan singulares como dolorosas escenas.

D. Remigio encendió cuatro velas de cera del altar mayor, y con esto disminuyeron las sombras espesas de la capilla á medida que adelantaba la noche y el cielo se cubría cada vez más de nubes negras y espesas.

—Los señores curas pueden pasar á la sacristía á desnudarse de sus sagradas vestiduras; no hay ya ningún peligro, y la hacienda y la ranchería están en la más completa quietud.

Los curas, en efecto, salieron en ese instante de su atarantamiento, y uno tras otro tomaron el camino de la sacristía. El obispo se sentó en uno de los sillones, y el marqués de Valle Alegre y del Apartado hicieron otro tanto sin hablar una palabra. D.<sup>a</sup> Pomposa significó que deseaba ser conducida á su recámara, pues el estado de su corazón era tal, que creía que si permanecía media hora más, prorumpiría en dolorosos gritos.

D. Remigio dió el brazo á la señora D.<sup>a</sup> Pomposa y suplicó á los demás que lo esperasen un momento.

Colocó á la infortunada madrina en su alcoba, y la dejó dos camaristas para que la asistiesen. Fué en seguida á las habitaciones del conde resuelto á hablarle con energía é impedir que continuase en la noche el escándalo de la mañana. Por fortuna encontró al conde en la misma posición y medio sofocado por la cólera y por el calor de los almohadones.

—Señor conde,—le dijo con voz respetuosa pero enérgica,—usía está en un estado tal, que puede decirse que

está enfermo, y lo que de pronto le conviene es el reposo y el silencio más absoluto, y cualquier conversación con las personas que están en la hacienda renovaríala pena tan grande que ha tenido usía en este desgraciado día.

Reuniendo la exhortación á la acción, tomó al conde por la cintura y lo colocó en el canapé. Arregló él mismo el lecho, acabó de desnudar al conde y lo acostó. El conde no chistó una palabra; no preguntó por Mariana ni por los marqueses, ni por nadie más, y murmurando quien sabe cuantas cosas ininteligibles, dejó hacer cuanto quiso su administrador, bebió un medio vaso de vino, comió una rebanada de pan y se acomodó en su lecho, dócil como un niño ó como un insensato. Es que su cabeza ardía y que estaba atacado de una fiebre nerviosa. D. Remigio salió de la pieza cerrando la puerta y echándose la llave en el bolsillo, quedando ya por ese lado tranquilo, pues temía que por impulsos de la fiebre y de la rabia intentase matar ó por lo menos maltratar á su hija, ó cometer algún desmán con las personas que tenían por forzosa necesidad que permanecer en la hacienda. Se reservaba el visitar la recámara á cada momento y servirle al conde alimentos y medicinas calmantes, según les necesitase.

Pasó en seguida á la alcoba de Mariana. Había vuelto en sí del síncope que le acometió en la capilla. El extraordinario esfuerzo nervioso para pronunciar la palabra solemne que causó tan grande trastorno en todos los circunstantes, había agotado sus fuerzas, y los miembros todos de su cuerpo tenían una flojedad tal, que parecía más bien un cuerpo de seda relleno de salvado; se la levantaba un brazo y lo dejaba caer como si no tuviese

ya ni nervios ni huesos, y así su cuello, su cintura y todo. De cuando en cuando entreabría sus grandes ojos negros y los volvía á cerrar, goteando del párpado una lágrima. D. Remigio apeló al buen surtido botiquín y ordenó á las camaristas le diesen fricciones espirituosas, además de cuantos remedios caseros que, con más ó menos éxito, se emplean en las poblaciones que carecen de médicos. Habría mandado, de buena gana, buscar al practicante, pero pensó que no estaría ya en el pueblo sino caminando con Juan con dirección á la capital ó á otro rumbo. Una copa de vino generoso, que con trabajo y á cucharaditas hicieron beber á la condesita, pareció reanimarla un poco; abrió bien los ojos, miró á don Remigio con una expresión de tierna gratitud, se volvió del otro lado sin el auxilio de las camaristas y pareció que un sueño tranquilo había venido en su auxilio para hacerle olvidar por algunas horas sus terribles desgracias.

Resuelto D. Remigio á no abrir la puerta de la habitación del conde, aun cuando intentase echarla abajo si despertaba de su letargo, y algo tranquilo respecto á la salud de la condesita, fué al gran comedor, mandó que retirasen los abundantes manjares y vinos de que estaba cubierta la mesa, y que se dispusiera una modesta cena en el comedor chico; exhortó á la servidumbre para que guardasen el respeto, la obediencia y compostura con que acostumbraban servir, y regresó á la capilla, invitando afablemente á los huéspedes á que lo siguiesen. Después de que cambiaron ropa en sus recámaras concurren al pequeño comedor.

La cena fué silenciosa, una verdadera cena de tristeza y de duelo, pues cada uno aun tenía, según su carácter y posición, impresiones diversas, pero igualmente des-

agradables. Se atravesaron muy pocas palabras. El marqués de Valle Alegre, hombre de mundo y bien educado, procuraba disimular, cumplimentaba á los demás con una gracia exquisita, y decía con cierta indiferencia:

—¡Cosas de la vida! ¡Cosas de la vida!

El marqués del Apartado, con igual indiferencia, respondía:

—Los hombres nobles y de experiencia son superiores á imprevistas contrariedades, señor marqués.

El obispo añadía:

—La voluntad de Dios y nada más. Es necesario inclinar la cabeza y resignarse. Quizá lo que ha pasado, y que llamamos con justo motivo una desgracia, ha evitado otras mayores.

D. Remigio, con un tacto delicado, no permitía que la conversación se entablase entre los personajes presentes, y con motivo de los manjares ó de los vinos, terciaba, obsequiándolos como si la cena no hubiese sido precedida de lamentables acontecimientos. Así se pasó hasta la media noche, en que cada uno tomó el camino de su habitación. El resto de la noche fué relativamente tranquila.

Antes de salir el sol, D. Remigio estaba á caballo en el campo ordenando los trabajos y designando á cada uno la labor que le tocaba. Encontró á la gente enteramente sumisa. Los alborotadores, que en su mayoría eran de las aldeas vecinas, se habían marchado y no pensaban más que en volver á la hacienda.

Acabado esto, y tranquilo por esa parte el administrador, regresó al interior de la casa para examinar el estado en que se encontraba cada uno de los que la habitaban.

El conde estaba atacado de una fiebre violenta; el obispo y el marqués del Apartado le manifestaron sus deseos de regresar á su domicilio, con pretexto, ó en realidad, porque tenían negocios urgentes y querían, no sólo alejarse, sino olvidar el día tormentoso y desagradable que habían pasado. D.<sup>a</sup> Pomposa se empeñó en quedarse para atender y cuidar á Mariana, la cual continuaba en el mismo estado de postramiento y de debilidad. Hablaba con los ojos, pero sus labios no pronunciaban ninguna palabra.

El marqués de Valle Alegre durmió hasta la hora del almuerzo, en que fué preciso despertarlo, y manifestó la intención de permanecer en la hacienda hasta que el conde muriese ó recobrase la salud.

—No es posible,—dijo,—que yo me separe sin despedirme de él, y de que arreglemos cuentas.

Tal declaración, hecha con cierta frialdad é indiferencia, no dejó de alarmar á D. Remigio, pero no dijo nada, y se dedicó á preparar el viaje del obispo y del marqués del Apartado, que partieron en sus carruajes, después del mediodía y escoltados por los mozos de la hacienda.

—¿Qué cuentas eran las que tenía que arreglar el marqués?—pensó D. Remigio.—Sin duda recoger las alhajas que había dado á la condesa, puesto que el matrimonio no se había verificado, y esto le parecía muy natural, y con tal de evitar una discusión entre los dos orgullosos personajes, él mismo habría tomado la responsabilidad de entregárselas, pues sabía dónde se hallaban, y estaba seguro de que Mariana, cuando estuviese capaz, se lo aprobaría, no queriendo ni debiendo quedarse con regalos de tanto valor; pero no era eso lo que quería el marqués, sino otra cosa más seria.

Las palabras que él obispo dijo en la capilla al administrador, le entraron directamente al corazón y lo llenaron de vergüenza.

—Si él obispo, que es todo humildad y paciencia, se ha ofendido de la manera verdaderamente brutal con que se ha conducido el conde, en un lance inesperado que exigía la mayor prudencia, ¿cómo he de partir de esta hacienda sin tener una explicación con el conde? De satisfacerme tiene, luego que le pase el acceso de fiebre que le ha ocasionado su infernal carácter, ó nos veremos las caras.

A estas reflexiones que le sugería el orgullo de noble y la delicadeza de caballero, el marqués de Valle Alegre añadía otras de un carácter más grave, y no imaginaba cómo podría salir de su situación. Las alhajas que había regalado á Mariana valían seguramente cien mil pesos. ¿Cómo pedirselas, ya al conde, ya á la misma novia que lo había desdeñado? ¿Perderlas? Tampoco se resignaba á ello, atendido el mal estado de sus intereses.

Contaba, para acallar murmuraciones y restablecer la paz turbada en su familia por la escasez de dinero, con los trescientos mil pesos que el conde le había prometido entregar en la casa de moneda de México. Roto y para siempre el enlace con su prima, ¿qué papel iba á hacer en México con las manos vacías? ¿Qué dirían, además, sus parientes, sus numerosos amigos y el licenciado Olañeta, que tanto había combatido sus ligeros é irreflexivos proyectos? ¿Cómo podría soportar el ridículo papel de novio despedido violentamente ante la burlona sociedad de México? ¿Cuál era su porvenir de noble sin un peso, y de galán despedido ignominiosamente? De verdad, y en cuanto á lo moral, su situación era peor

que la del conde. Cuando pensaba en esto, á las horas de recogerse ó en sus solitarios paseos por los campos de la hacienda, se ponía nervioso, no se aguantaba á sí mismo, y no encontraba más solución que provocar al conde, matarlo ó morir si la suerte le era adversa, pero al menos el honor quedaba salvado.

Pasaron dos semanas en una calma relativa. El conde, en su lecho recargado de cortinajes, parecía una momia. La fiebre había desaparecido, pero en su lugar, el régimen impuesto por D. Remigio, que se reducía á no darle más que agua de limón, le había ocasionado una postración y una debilidad tal, que trabajo le costaba mover los brazos.

Mariana mejoraba cada día, gracias á los cuidados de su madrina, que no se separaba de ella más que unas cuantas horas en la noche, pero desde que pronunció el *no* había entrado en un mutismo tal, que cuantos esfuerzos se hicieron para hacerla hablar fueron inútiles.

D. Remigio escribió á Agustina, y le mandó un *aviso* para que viniese á la hacienda, dejando depositado en la casa de moneda, y á nombre del conde, el dinero que tuviese existente, quedando el escribiente encargado de la casa de D. Juan Manuel y de los pocos asuntos que se ofreciesen. Esperaba que la presencia de esta antigua servidora, influiría en mejorar mucho la salud y la existencia de la condesita, y dejaría libre á D.<sup>a</sup> Pomposa para regresar á su casa. Poco le importaba al administrador que el conde aprobase ó no su conducta. Él obraba en el sentido que más convenía á los intereses de sus amos, y con esto quedaba satisfecho. Cansado de sufrir al conde, y ya viejo y con el dinero que tenía ahorrado, se habría marchado á la frontera á vivir con Juan, pero

no le era posible abandonar á Mariana, á quien amaba como si fuese su hija, ni mucho menos desde que las cosas habían tomado un sesgo tan peligroso; así se decidió á obrar y hacer frente á los caprichos y á las excentricidades del conde.

En cuanto al marqués de Valle Alegre, comía y dormía bien, platicaba de cosas indiferentes con D. Remigio, montaba á caballo, hacía largas excursiones á los lugares más pintorescos del país, y no daba trazas de ponerse en camino. D. Remigio llegó á pensar que se proponía intentar la conquista de Mariana y persuadirla, por medio de la dulzura y de atenciones delicadas, á que volviese al altar, y que, con asombro de todos, dijese *sí* en vez del *no* fatal que dió motivo para tan complicados y graves acontecimientos. Pero no, el marqués estaba muy lejos de pensar en ese extremo imposible. Lo que quería era que el conde se repusiese, adquiriese salud y fuerzas, para entonces penetrar á sus habitaciones, despedirse de él y marcharse en seguida, pudiendo decir en México algo que disminuyese el ridículo de su regreso.

Y el conde, como si tuviese los mismos deseos que el marqués, se repuso y muy pronto. Devoraba más bien que comía; bebía los vinos más añejos, y trataba de mostrarse dócil y contento con D. Remigio, que era el único á quien trataba, pues él mismo le servía en las comidas, y una camarista se encargaba del aseo cuando el conde entraba á la biblioteca, donde permanecía largas horas recostado en mullidos sillones. De Mariana, ni una palabra, como si no existiese. La misma conducta en ese sentido había observado el marqués de Valle Alegre.



—Tanto mejor,—decía para sí D. Remigio.

Pasaron semanas y las cosas guardaban el mismo estado. El marqués había despachado su avío á México, quedándose solo con tres criados, su famoso caballo y un carruaje ligero, y había escrito á su familia que pronto regresaría con su esposa. El conde se ocupaba de sus asuntos con D. Remigio, montaba á caballo y salía á recorrer los campos, evitando el encontrarse con el marqués. Mariana, repuesta un tanto físicamente, en lo moral se veía que ganaba poco, y continuaba su mutismo, entendiéndose por señas con D. Remigio y con doña Pomposa que la colmaban de atenciones. El practicante hizo en riguroso incógnito una visita á la hacienda, é informó á D. Remigio que Juan, su hijo, se había incorporado con una banda de hombres desalmados que, con el carácter de pronunciados, merodeaban por Jalisco, infundiendo el terror en las haciendas y pueblos del Estado. Por el pronto esta fué una invención del mediquín para decir algo á D. Remigio, y tener motivo para visitar la hacienda, é informarse de lo que pasaba, y dar noticias á Juan cuando conviniese y pudiese hacerlo. En el fondo, el practicante estaba de lo más contento y satisfecho. Mariana no se había casado, y la sublevación que promovió había dado á entender á la nobleza de provincia, lo que valía un pueblo irritado contra sus constantes y eternos opresores.

La situación era tirante y no podía prolongarse. El marqués se decidió á salir de ella de cualquier manera.

Una mañana se levantó frotándose las manos con cierto contento, como quien ha recibido una buena noticia, ó como el que está en momentos de realizar alguna empresa amorosa.

—No hay cosa peor que la indecisión,—se dijo; se lavó, peinó con cuidado su abundante cabello y su brillante barba, y se vistió con más esmero y coquetería que lo que acostumbraba, salió de su habitación, se dirigió á la del conde y tocó recio la puerta.

—¿Quién se atreve á tocar mi puerta de esa manera?—dijo el conde con voz que denotaba su enojo, pues, en efecto, nadie, con excepción de D. Remigio, se atrevía á penetrar á sus recámaras sin haberle pedido permiso el día anterior.

—No creo necesitar permiso para visitar á mi primo el conde, cuya salud me interesa demasiado,—respondió el marqués de Valle Alegre, y empujando la puerta, se presentó ante el conde que, envuelto en su rica bata de terciopelo carmesí, tomaba en ese momento su desayuno.

El conde se puso en pié rápidamente, y al hacer el movimiento, tiró el servicio de plata que rodó por el suelo. El marqués no se fijó en esto, y desvió con el pié una taza que había caído cerca de él y manchado ligeramente su pantalón.

—No he querido marcharme de la hacienda,—continuó el marqués con el desembarazo y tranquilidad de un hombre resuelto á todo,—sin tener una explicación necesaria. He esperado que pasase la crisis, que la salud fuese completa y que os repusieseis de la debilidad ocasionada por la enfermedad y la dieta, por lo que pudiese resultar...

—¿Me proponéis un desafío?—le interrumpió con alternería el conde.

—Precisamente un desafío, no. De pronto pido sólo una explicación, y por ligera y vaga que ella sea, me

conformaré con ella. Quiero olvidar, no sólo que soy pariente del conde de San Diego del Alamo, sino el día desgraciado en que pisé las tierras de la hacienda, de modo, que al marchar, sacudiré como los apóstoles el polvo de mis sandalias.

—Es más que un desafío, es un insulto cobarde el que me hacéis.

—Precisamente cobarde, no; es lo que siento, y no quería marcharme sin decirlo. ¿Para qué fingir en estos momentos después de lo que ha pasado?

—Bien, acabemos,—dijo el conde,—¿qué género de explicación queréis?

—La que debéis al santo obispo; la que debéis á esa rica señora á quien habéis convidado á vuestra casa; la que es necesario deis al marqués del Apartado y á mí, que somos nobles y caballeros como vos, y que, además, sabemos tener bien en el puño una espada de Toledo.

—¡Desafío, insultos y amenazas!—gritó el conde.—¡Vive Dios! ¡No sé cómo sufro todo esto, y como á vuestra primera palabra no os he castigado como merecéis!

—¡Castigado decís!—interrumpió el marqués,—eso merece risa y nada más; pero bajad la voz y pensad que soy vuestro huésped, que estoy en vuestra recámara solo y desarmado, y que cualquier cosa que intentéis, ni está bien á vuestra cuna, ni á vuestro valor. No os hago la injuria de pensar que vos, que manejáis bien la espada, me queréis asesinar. Permitid que os acabe de decir el motivo de mi queja, y después estoy á vuestras órdenes.

—Perdonad un movimiento de mi carácter violento,—dijo el conde,—podéis decir cuanto os venga á la boca, seguro que no os tocaré al pelo de la ropa.

—Sería difícil,—le interrumpió el marqués.

—Y que arreglaré las cosas de modo que podamos terminar en otro terreno la querrela,—continuó el conde sin darse por entendido de lo que, sonriendo desdeñosamente, le dijo el marqués.

—Si no me hubiese yo conducido como un niño de la escuela, podría decir que me habéis engañado al llamarme á esta hacienda para casarme con Mariana; pero dejemos eso á un lado, pues, en resumen, veo que es una víctima del despotismo paternal que excede, y con mucho, de los límites racionales. Lo que no os perdona el obispo, ni mucho menos yo, es que en un templo hayais sacado la espada para herir á una mujer indefensa, y esa mujer era nada menos que vuestra hija. Eso es horroroso é indigno, señor conde; os lo digo frente á frente, y tentado me ví de traspasaros de parte á parte con mi espadín.

—Sois un insolente, marqués,—dijo el conde con una voz como salida de una caverna del infierno, y adelantándose hacia el marqués,—y no os arrojó al suelo á bofetadas, porque...

—¡Atrás, miserable!—le contestó el marqués.—Os conozco y no vine desprevenido. Si dais un paso más, os traspaso el pecho con este puñal.

Y al mismo tiempo sacó del bolsillo del costado de su levita un largo y afilado cuchillo toledano.

El conde retrocedió y cayó temblando de cólera en el sillón en que poco antes estaba sentado tomando su desayuno.

—¡A muerte!—le gritó al marqués.

—¡Sí! ¡á muerte!—respondió el marqués.—Cuanto más pronto mejor.

—¡Salid! ¡salid de aquí; pero pronto os mandaré buscar!

—Cuando queráis. No abandonaré la hacienda sin volveros á ver con la espada en la mano.

El marqués salió pálido y demudado, pero pronto se repuso, cambió de traje, montó en el caballo que todos los días estaba ensillado á esas horas y echó á correr por los campos hasta la hora del almuerzo, en que se presentó al comedor, donde lo esperaba D. Remigio. Almorzó con apetito, y estuvo tan alegre y chancero como de costumbre, de modo que el administrador ni pudo sospechar que poco antes había tenido tan terrible altercado con el conde.

Pasaron cuatro días, durante los cuales, permaneció el conde encerrado en su biblioteca escribiendo cartas, desatando legajos y arreglando papeles. El sábado llamó á D. Remigio y le dijo:

—Estos negocios del matrimonio de Mariana, me han ocasionado, entre tantos disgustos, el enajenarme la amistad y la consideración de gentes á quienes estimo. Fuí ligero, la cólera me cegó y debo una satisfacción, y la más amplia, al obispo y al marqués del Apartado. Aquí están dos cartas escritas, no sólo con una exquisita cortesía, sino hasta con humildad y como jamás las he escrito á nadie; pero reconozco mi falta y es necesario que la satisfacción sea tan grande como la ofensa.

D. Remigio, con la cabeza y con la expresión plácida de su semblante, manifestaba su aprobación y el contento que le causaba el que su amo volviese al estado de racional y hubiese desaparecido del todo la locura furiosa que lo impulsó á cometer tantos desaciertos, comen-  
zando por el de pretender forzar la voluntad de su hija.

—Veo,—dijo el conde,—que apruebas el paso que voy á dar; pero no basta eso, sino que tú mismo llesves las cartas, las entregues en mano propia y añadas de viva voz, en mi nombre, cuanto te parezca conveniente, hasta que esos personajes tan respetables queden enteramente contentos y obtengas una contestación que me traerás inmediatamente.

D. Remigio pensó en el acto que el conde trataba de quedarse solo para cometer algún acto de violencia con su hija, y dijo:

—Las labores de la hacienda exigen en estos momentos mi presencia en el campo, señor conde; el mayordomo está en cama, y si yo falto, de seguro que se pierden algunos miles de pesos. Es necesario, además, hacer una corrida para separar caballos de cuatro años, pues hay un pedido de México, seguramente para la feria de San Juan de los Lagos.

—Todo eso lo haré yo, y sabes bien que cuando quiero soy mejor administrador que tú. Estoy más fuerte que antes de la fiebre; los disgustos van pasando, y me hará mucho bien correr por los campos en vez de estar-me entre las cuatro paredes de mi biblioteca, y por otra parte, tengo la compañía de mi primo el marqués, al que daré todavía más amplia satisfacción que al obispo; ya lo creo, mucho más completa. Así no hay que inventar obstáculos, ni que replicar una palabra. Mañana á la madrugada te pondrás en camino para Durango. Ve con Dios.

D. Remigio salió de la habitación del conde para disponer su viaje, sin atreverse á replicarle, pero con el corazón grueso, y seguro de que sucedería una gran desgracia durante su ausencia.

Al concluir la cena, y retirados los criados, dijo al marqués:

—Mañana salgo para Durango, el conde ha sido inflexible y me despacha con unas cartas que bien podían ir por el correo. Algún designio tiene y no le conviene que yo esté en la hacienda. Señor marqués, si no me juráis velar y defender á esa desgraciada criatura, que está como una insensata á causa de la bárbara conducta de su padre, suceda lo que suceda, no partiré.

El marqués, naturalmente, pensó que el conde despachaba á su administrador, á causa del desafío que iban á tener y no porque tratase de hacer nada en contra de su hija; así no tuvo dificultad de prometer á D. Remigio cuanto quiso, y, por otra parte, pensó que, pues estaba seguro de matar al conde, nada, aunque quisiese, podría hacer en daño de Mariana.

D. Remigio partió, en efecto, á la madrugada.

Concluyendo de almorzar, uno de los criados entregó al marqués una carta del conde:

«Primo,—le decía,—perdón si os he hecho esperar. He empleado estos días en arreglar mis papeles, en añadir algunas cláusulas á mi testamento y en dejar á Remigio (á quien he alejado por el momento) las instrucciones necesarias para que haga después de mi muerte lo que en ellas le digo, entre otras cosas, que recoja en la habitación de Mariana las alhajas que le habéis regalado, y os las devuelva, pues que el matrimonio no tuvo efecto. Dejo además un legado de 50,000 pesos para mis primas, vuestras hermanas. No por esto vayáis á creer que desisto de que arreglemos por medio de las armas nuestra querella, ni pretendo daros una satisfacción, ni

os daré jamás otra que no sea con la punta de mi espada.

»Me encontraréis con la más completa calma, y todo lo arreglaremos como se hace entre nobles y entre caballeros.

»Os espero en la biblioteca mañana á las diez en punto. Os aconsejo que no almorcéis. Estaríais pesado y podría yo mataros con ventaja.

»Os saluda vuestro primo,

*El conde del Sauz.»*

—¡Extraña carta!—dijo el marqués cuando la acabó de leer.—Después de la escena de antes no esperaba yo que se condujere así. Este hombre está loco, no hay remedio, y tendré que matarlo, pues, si con motivo del legado á favor de mis hermanas, esquivo el duelo, lo que bien podría hacer, me llamará cobarde, y es capaz de caer sobre mí á bofetadas, cosa indigna y propia de cargadores y gente baja... Vamos, y Dios dirá lo que ha de ser.

El marqués se vistió de una manera conveniente para la circunstancia, y escribió una carta para D. Pedro Martín de Olañeta, por si le cupiese la suerte de ser atravesado por el conde, encargando en un papel á D. Remigio que la encaminase á su destino. Colocó todo en un lugar visible de la mesa, y, sonando las diez, puso los piés en el umbral de la puerta de las habitaciones del conde.

Recibiólo un criado, que era el cochero José Gordillo, á quién, según recordará el lector, mandó atar el conde á la rueda de su coche y azotarlo cruelmente.

El conde había conservado á Gordillo como cochero



para acreditar ante las gentes de servicio que, después de haberlo castigado, no le tenía miedo, y se aventuraba sólo con él por los potreros y caminos, y el cochero había á su vez continuado en el servicio porque tenía un buen sueldo y con la esperanza de vengarse un día ú otro, sea desbarrancando á su amo, sea medio matándolo; pero de manera que no pudiese resultar culpable ni ser perseguido.

El conde, en el curso del tiempo, lo había tratado con dureza; pero sin que hubiese tenido motivo para infligirle otro castigo corporal, y antes bien le había aumentado el sueldo para que tuviese cuidado de tener las pannotias limpias y en un perfecto arreglo.

—Mi amo me ha ordenado que conduzca al señor marqués á la biblioteca,—dijo Gordillo, quitándose respetuosamente el sombrero.

—Ve delante,—le respondió el marqués, y ambos atravesaron las espaciosas piezas que componían el suntuoso departamento que ocupaba el conde. Gordillo se retiró y los dos campeones quedaron solos.

—He sido puntual á la cita,—dijo el marqués sacando el reloj.

—Así lo esperaba yo,—respondió el conde con voz tranquila.—He mandado quitar cuanto podía estorbarnos. Las ventanas nos dan una luz igual y bastante clara para lo que tenemos que hacer. ¿Os parece bien elegido el sitio, ó, si preferís el campo, no hay más que montar en el carruaje, que, como de costumbre, está dispuesto. Gordillo nos conducirá donde queráis.

—Cualquier sitio es igual para mí,—le contestó el marqués con indiferencia;—pero si vos habéis escogido éste, me parece, en efecto, amplio, bien alumbrado y

enteramente adecuado al intento. ¿Nadie nos interrumpirá?

—Nadie,—dijo el conde.—Gordillo, que es criado antiguo y de toda confianza, presenciará el combate. Si alguno de los dos cae muerto, ó los dos, que bien puede suceder, tiene orden de avisar al cura, que ha quedado en la hacienda, y el cura sabrá lo que ha de hacer. ¿Os parece?

Le pareció también extraño al marqués que fuese el cochero el único testigo del duelo; pero conociendo las rarezas y caprichos del conde, no hizo observación ninguna. Lo que quería era salir del lance lo más pronto posible; así respondió con la misma indiferencia:

—Todo lo que dispongáis me parece bien, conde, con tal que cuanto antes empuñemos las armas.

—Soy de la misma opinión. Venid y escoged.

Y, diciendo así, lo llevó delante de las panoplias, llenas de toda especie de armas á cual más finas y vistosas por el brillo y perfecto aseo.

El marqués tomó una espada española, el conde hizo otro tanto.

—¿Habéis hecho vuestro testamento?—le preguntó el conde midiendo las dos espadas, que resultaron perfectamente iguales.

—Lo tengo hecho hace tiempo y está en poder del licenciado Olañeta, y nada tengo que añadir,—le contestó el marqués empuñando su espada y blandiéndola con resolución.

El conde empuñó también la suya y gritó á Gordillo, el que se presentó en el acto.

—El marqués y yo,—dijo el conde al cochero,—vamos á divertirnos y á ejercitarnos en las armas mientras se

dispone el almuerzo; pero, como podría pasar un accidente, te quedarás en la puerta sin mezclarte en nada, vieres lo que vieres, ni hablar una palabra, porque serás muerto en el acto por cualquiera de los dos.

Si yo ó el marqués, ó los dos, por casualidad caemos heridos de gravedad, de gravedad, ¿lo entiendes? te limitarás á avisarle al cura, cuya habitación, como sabes, está junto á la capilla, y cuando te pregunten, cualesquiera que sean las personas, te limitarás á responder que, jugando á la espada, nos hemos herido casualmente, lo cual puede muy bien suceder y no dirás más que la verdad. Colócate en la puerta y no te muevas.

Gordillo se colocó en el marco de la puerta, y se quedó inmóvil.

El conde y el marqués calzaron el guante, empuñaron bien las largas espadas, se arrojaron una mirada, la del conde de ira y odio, la del marqués de burla y de desprecio, lo que aumentó su enojo, y se desplantó contra su contrario, el que á su vez, con un quite en cuarta, desvió la espada, que le venía recta y firme al corazón. Los dos, después de este prelude, se pusieron bien en guardia, gallardos, imponentes, dejando ver entre las finas camisas, remangadas y abiertas, sus pechos fuertes, cubiertos de vello, y sus brazos llenos de nervios, gruesos y duros como las cuerdas de un bajo.

Entonces comenzó una lucha verdaderamente romana. Los Horacios y los Curiacios no serían tan apuestos ni tan intrépidos, ni sus movimientos serían tan correctos y tan gallardamente vistosos como los de estos caballeros, muestra todavía y últimos restos de la nobleza mexicana, que, si bien no educada en las ciencias, en las artes y en la bella literatura, ninguno en el mundo

les excedía en los ejercicios de las armas, en la hidalguía y en la corrección de sus maneras cuando llegaba, por un motivo ó por otro, un lance supremo como el que muy pálidamente apenas podemos describir.

Los dos eran discípulos del célebre maestro Cantera, el Saint-Georges del Nuevo Mundo, y del cual decían los andaluces de Veracruz que jamás usaba paraguas, pues, cuando lloviznaba, sacaba su florete y con él se quitaba las gotas de modo que ni una sola caía en su sombrero.

Los dos eran esforzados y valientes, los dos trataban de vencerse y matarse con la terrible estocada al ojo derecho que les había enseñado su maestro, y ninguno de los dos había podido en cerca de media hora tocarse el pelo de la ropa. Independiente de la querrela, se había ya comprometido su amor propio de buenos tiradores, y alguno de los dos tenía que vencer. El marqués era ligero en los movimientos, rápido al acometer, sereno y tranquilo hasta la exageración para evitar que la punta de la espada de su contrario entrase en el círculo que describía la suya, formando como un escudo invisible que le cubría el cuerpo; pero el conde era más seguro al acometer, tenía el puño tan firme y su golpe era tan certero, que traspasaba ese círculo mágico que formaba el marqués con su espada (que era el colmo de la destreza), y la punta de la del conde estuvo más de diez veces á dos líneas de su corazón.

Pasó más de media hora de lucha y las espadas bajaron hasta tierra simultáneamente, pues sus puños, ya hormigueándoles, no las podían sostener. Las gotas del sudor corrían por su frente y pecho y apenas podían articular una palabra.

—¿Si descansamos diez minutos?—dijo el conde.

—Sea,—respondió el marqués, y, conservando sus espadas cada uno, se recargó contra los estantes de la biblioteca, y se limpió el sudor con el pañuelo.

Gordillo continuaba inmóvil y como petrificado, tanta así era la admiración que le causaba la destreza y el valor de estos nobles personajes, á quienes detestaba en el fondo, especialmente al conde.

No pasaron quince minutos sin que el marqués, blandiendo su tizona, y comó si fuese á comenzar el combate, saludó al conde y se puso en guardia.

El conde hizo lo mismo, y el combate comenzó de nuevo con más furia. El amor propio estaba empeñado. Durante diez minutos el mismo resultado. Las espadas se cruzaban, chocaban violentamente; las chispas se veían, no obstante la claridad del día. Retrocedía el conde perseguido por el marqués; pero dos minutos después ganaba terreno, dirigía dos ó tres terribles estocadas á su contrario y lo hacía retroceder. Entonces, con la ligereza y flexibilidad, que eran las dotes especiales del marqués, prescindía de la estocada de Cantera y se dirigía al pecho y al costado derecho del conde, el que perdía un poco de terreno; pero en seguida se quitaba los golpes y arrojaba lejos la espada del marqués.

En uno de esos lances, los dos se hirieron ligeramente en el brazo, y la sangre corrió.

—No es nada,—dijo el conde;—continuemos.

El marqués, sin responder, contestó atacando.

Parece que la sangre que corría irritó más á los contendientes, y, no pudiendo contenerse y temiendo que se volviesen á agotar sus fuerzas, no haciendo caso de las reglas, se comenzaron á tirar en todos sentidos esto-

cadas terribles y certeras. La sangre corría más, y, de improviso, se oyó una exclamación:

—¡Válgame Dios, soy muerto!

A esta exclamación hidalga del conde, respondió un quejido del marqués, que llevó su mano izquierda al costado.

Los dos cayeron en tierra derramando sangre por sus heridas, y abandonando sus manos las manchadas y filosas espadas.

Gordillo salió de su estupor, se acercó de puntillas y se agachó para examinarlos bien. Cerciorado de que estaban muertos, se dirigió á las recámaras, abrió las cómodas y las gabelas que él conocía, recogió el dinero en oro y las alhajas del uso diario del conde, salió en seguida, cerró la habitación y se echó la llave en la bolsa; montó el famoso caballo del marqués y tomó dos de los mejores de las caballerías y salió paso á paso de la hacienda, lo que ninguno de los vaqueros y gente que trabajaba en el campo extrañó, y, cuando estuvo ya á cierta distancia, tomó á galope el camino real, resuelto á unirse con la primera partida de bandoleros que encontrase.

## CAPÍTULO XXXIII

### El Herradero

**R**ELUMBRÓN era hombre de á caballo, es decir, de esos elegantes que la echan de rancheros y de conocedores de los buenos caballos que montan vistosamente ataviados con su calzonera de paño fino pegada á la pierna, y cerrada en los costados con una serie de botones de plata, su chaqueta larga de color oscuro, su ligero sombrero jarano, blanco, con toquillas negras en forma de culebra enroscada, con la cabeza de oro, los ojos de brillantes y la cola de plata, la reata en los tientos, la espada con una fina cubierta de cuero labrado, bien colocada entre la arción y debajo de la pierna izquierda. Nada iguala á este tipo singular de caballeros, exclusivamente mexicanos. El caballo, de no muy alta estatura, de un corte finísimo, de cabeza pequeña y de ojos chispeantes y vivos, de cola recta y bien provista de cerdas finas, de manos de venado, con una pe-

zuña que parece de acero bruñido y una boca que obedece al menor toque de las riendas. Ni el caballo de carrera inglés, ni el soberbio andaluz, ni el pesado normando, se le parecen ni le igualan. Cada una de estas especies tiene su belleza y su utilidad relativa, pero ninguna de ellas es comparable á la raza de los buenos caballos mexicanos, adiestrados también de una manera particular para los ejercicios del campo. Los arneses, finos y bien hechos con gusto, tampoco tienen comparación ni con la pesada silla de los árabes, ó la española, que se le semeja, por más que debajo, encima y por todas partes se adorne con bordados y terciopelo de colores chillantes, ni con el albardón inglés, en el cual está el jinete tan inseguro que casi no resiste á un movimiento irregular y repentino del caballo. La silla mexicana, ligera, segura, comodísima para el lomo del caballo y para los asientos del jinete, permite que la piel lustrosa del caballo, sus manos ligeras y su anca redonda, se puedan admirar, á la vez que prestar comodidad, y sobre todo, una seguridad tal para el que monta, que es necesario ser muy *colegial* para caer, aun cuando el animal galope, corra ó haga de esos saltos de través cuando se espanta, ó se para de manos y corcovea cuando está alegre. Esos hombres de á caballo, que abundan en los paseos de la capital y que, en efecto, pagan á peso de oro los más hermosos caballos de las haciendas del interior, suelen echar una mangana con facilidad, colear un toro y tirarlo, cuando no es muy pesado, se sostienen bien en la silla y son un bello y variado adorno en Bucareli, galopando al lado de las elegantes carrozas, pero están muy lejos de igualar en destreza, en gallardía y en fuerza á los verdaderos rancheros del Jaral, del Mezquital y



Tierra Fría. Rafael Veraza (el paje favorito del duque de Wellington), á quien ya conocen nuestros lectores, que era no sólo un hombre de á caballo, sino una especie de centauro, se deshacía en elogios por los caballeros, de que hemos tratado de dar idea en pocas líneas, y jamás usó otro traje, ni cabalgó más que en caballos mexicanos y con los arreos mexicanos, que por su experiencia contribuyó mucho á perfeccionar.

Relumbrón, si no era un tipo acabado, hacía buena figura en la Alameda, donde concurría todos los días á las primeras horas de la mañana, paseando y platicando con muchos personajes distinguidos que tenían la misma costumbre. En la época de que vamos hablando, montaba á caballo, no sólo por paseo, sino por concluir lo más pronto posible los muchos asuntos que tenía que arreglar antes de que se celebrase la feria de San Juan de los Lagos. Parece que no tenía que buscar á la *Casualidad* ó á la *Fortuna*, porque estas dos deidades (si es que son dos) salían á su encuentro.

Regresaba *al tranco* por la calle de San Andrés á cosa de las diez de la mañana para estar en su casa á esa hora, pues lo esperaba D. Moisés, cuando sintió que una varita de membrillo le tocaba el sombrero. Volvió la cara y se encontró que era Pepe Cervantes, que venía también á caballo de los potreros donde tenía unas yeguas y algunos caballos escogidos procedentes de la hacienda del Sauz y que había comprado pocos días antes.

—Aprovecho la ocasión, coronel,—le dijo Cervantes tendiéndole la mano,—para invitarlo á que del domingo en ocho, vaya á pasar el día á la *Grande*. Tenemos feria en Tepetlaxtóc y he elegido ese día para herrar algunas reses, potros y yeguas. Usted es, no sólo aficionado, sino

muy diestro para *la cola y la mangana*, y tendrá ocasión de lucirse y de enseñar á los vaqueros de San Servando de Tlahuilipa que también los *catrines* de México sabemos algo de campo. Almorzará usted en casa una buena *barbacoa* y beberá el magnífico pulque fresco que me ha ofrecido mandar Manuel Campero, y si no es usted aficionado, no faltarán unas botellas de Chateau Margaux y de la viuda Clicot.

Relumbrón aceptó con entusiasmo la invitación de Cervantes y le aseguró, que no sólo no faltaría, sino que se permitiría ir el sábado en la tarde para madrugar el domingo y dar un paseo por el encantador molino de Flores y estar listo para probar fortuna en los ejercicios campestres, en los que confesaba no podía competir con su buen amigo. Así continuaron departiendo y caminando muy despacio lado á lado hasta la Plaza Mayor, donde cada uno tomó el rumbo de su casa.

La ocasión se le venía á las manos. Hacía días que buscaba Relumbrón la manera de reunir á la gente de bronce, hacerse conocer de ella é imponerse como su protector, ó más bien dicho, como su jefe, pero era necesario que esto fuese naturalmente, como por casualidad, sin manifestar pretensiones ningunas, sin humillarse hasta solicitar la cooperación de gente ordinaria y desalmada, superior á él en valor y audacia, pero muy inferior en nacimiento, condición y situación social. Daba vueltas y vueltas este pensamiento en su cabeza y no llegaba á combinar ningún plan que fuese de su entero gusto. La invitación de Pepe Cervantes le proporcionó la solución. En las haciendas y en el pueblo se encontraría necesariamente la flor y nata de los valentones y de los salteadores de camino real, no sólo del

valle de México, sino del interior, pues para hombres de esa clase cuarenta ó cincuenta leguas no es nada, y en un galope, como ellos dicen, salvan grandes distancias por tener el placer de concurrir y lucirse en un coleadero y en una corrida de toros.

El capitán de rurales era hombre á propósito para darlo á conocer como gran personaje, muy poderoso para salvarlos en caso ofrecido de cualquier mal paso. El, por su parte, se dejaría querer, se arriesgaría en unión de Pepe Cervantes, á echar unas cuantas manganas á las yeguas y á levantar la cola de un becerro, y con esto y pagar el pulque y las enchiladas á los indios y rancheros, ya tenía de pronto lo bastante para ser conocido y respetado de toda esa gente, que se paga mucho de las atenciones y de la amistad de los *señores ricos* que se familiarizan con ellos.

Evaristo sería el jefe visible de toda esa turba de desalmados que iba á arrojar á la sociedad trabajadora y pacífica, y él, el jefe misterioso é invisible que, detrás de su lujo y de su grandeza relativa, movería, no las pitas, sino los alambres duros que tendría con una mano firme.

Con la actividad que le era genial, é impulsado por la monomanía del robo, no perdió tiempo, hizo venir á Evaristo de la montaña, conferenció largamente, diciéndole (en lo que le convenía) sus planes, y ocultándole todavía su verdadero designio, é invitándolo á que, con la mayor parte de sus rurales, asistiese á la feria de Tepetlaxtoc y reclutase allí cuanta gente creyere necesaria para formar dos ó tres cuadrillas, que podían servir alternativamente de soldados ó de caballeros errantes, que recorrerían el país según conviniere, y que los que vo-

luntariamente quisiesen aceptar la honrosa carrera que les proponía, tendrían parte en las utilidades, y, entre tanto, él les pagaría á razón de un peso diario con tal que se presentasen montados y armados.

Evaristo recibió con entusiasmo la confianza de Relumbrón, aseguró que la mitad del camino estaba andado, que concurriría, no sólo al pueblo, sino á la Hacienda Grande, pues conocía al amo D. Pepe y tendría mucho gusto en hacerle una visita.

—Descanse usted, mi coronel,—le dijo Evaristo al concluir la conversación que había tenido lugar en la calzada de la Tlaxpana,—tendrá usted dos cuadrillas compuestas de muchachos de primera fuerza. Tengo ya nuevos reclutas, y entre ellos un José Gordillo, antiguo mozo de la hacienda del Sauz, que vale la plata, y ese nos servirá de capitán para la gente que vaya por el interior, que es muy socorrido. Hasta el domingo, mi coronel.

Relumbrón y Evaristo se separaron muy contentos el uno del otro, y entendidos perfectamente, sin mayores explicaciones del papel que cada uno tenía que representar en la mentada feria de Tepetlaxtoc.

Antes de seguir adelante, no será inútil dar á conocer mejor el pueblo de Tepetlaxtoc, que tantas veces hemos mencionado en el curso de nuestro largo estudio de costumbres mexicanas.

Tepetlaxtoc es uno de los pueblos más antiguos y cuya fundación se pierde entre las dudas y las oscuridades de los remotos tiempos. Perteneció, sin duda, al reino de Texcoco y estuvo gobernado por distinguidos monarcas, entre otros, el sabio *Netzahualcoyotl*.

Como todos los pueblos de los antiguos mexicanos, su nombre tenía íntima relación con su situación topográfica

ca y estaba representado por un geroglífico tallado en una piedra, que podría bien ser equivalente á los escudos ó armas de las viejas ciudades de España.

El de Tepetlaxtoc era una especie de figura aproximándose á la de un corazón, con unas labores en el centro, descansando en una greca horizontal.

El sabio anticuario D. Antonio Peñafiel, dice:

«*Tepellaoxtoc.—Tepella-osto-c.* El geroglífico parece incompleto para dar las radicales *Tepetl*, cerro, *Tepella*, serranía, ó *tepellatl*, tepetate (roca volcánica), pues se compone de *petlat*, estera, debajo del signo fantástico de *oztolt*, cueva, caverna y también tribu. Las figuras dicen solamente *Petla-osto-c*; sin embargo, la primera palabra se conserva todavía en varios lugares, y, por consiguiente, la escritura puede tenerse como una abreviatura que significa: *En las cuevas de tepetate.*»

Comparando esta curiosa interpretación del geroglífico con el aspecto del terreno, ninguna le conviene. Verdad es que el suelo es árido, con un fondo de tepetate que ha disimulado la cultura, formándose con el tiempo una capa de tierra vegetal, pero en las cercanías no se encuentran cuevas de tepetate, y la serranía está lejos. La interpretación se acercaría más á la exactitud si se dijese *tribu que vino á establecerse en el tepetate*. Los cronistas é historiadores, al acaso y hablando de diversas cosas de la Nueva España, se ocupan muy de paso del pueblo de Tepetlaxtoc, y dicen que sus habitantes eran muy inteligentes en el cultivo del maíz y, *por ende*, también muy celosos de sus derechos, pues que un día que llegó en son de guerra (estando en paz los dos reinos) una partida de mexicanos, la castigaron é hicieron *tornasen avergonzados á sus tierras*.

El pueblo puede haber sido en otra época más poblado, con casas de mejor apariencia y aun con jardines, á lo que eran muy aficionados los texcocanos, pero después de la dominación española quedó despoblado y de un aspecto triste. Unos cuantos sauces, derechos ó llorones, cercas de espinos con escasas magueyeras, *órganos*, y uno que otro *pirú*, todo de un verde opaco y ceniciento, una larga calle de jacales y una plaza con una pequeña iglesia y algunas casas de alto, pintadas con cal y manchadas con el sol y el agua, hé aquí el pueblo de Tepetlaxtoc.

Los descendientes de los primitivos fundadores eran propietarios de un cierto espacio de terreno que cultivaba cada familia, y así fueron sucediéndose los propietarios, sin más títulos que la tradición y sin más derechos que una larga posesión.

Vinieron más adelante á establecerse en lo que fué reino de Texcoco los inmediatos descendientes de los conquistadores, y formando lo que, según su importancia y extensión territorial, se conocen hoy con el nombre de haciendas y ranchos, y sin necesidad de citas de autores ni de comprobación, debe reconocerse con sólo el hecho que estos valiosos establecimientos rurales no han podido formarse sino á costa de los primitivos propietarios y sus sucesores hasta la época de la conquista; así los vecinos nobles que quedaron en Tepetlaxtoc fueron perdiendo día á día sus terrenos, y, pobres y despechados, emigraron á otra parte ó murieron, quedando *los macehuals* y uno que otro de la nobleza azteca, que, por una rara excepción, conservaron sus antiguas posesiones.

Fundóse probablemente una misión de religiosos dominicos, cerca del pueblo mismo, resultando con el

tiempo casi lindando con el caserío, dos haciendas con sólidos y amplios edificios y oficinas de cal y canto, como se dice de las buenas construcciones, que se llamaron la Hacienda Grande y la Hacienda Chica, que pertenecieron á los misioneros de Filipinas.

Tepetlaxtoc se convirtió entonces en una verdadera misión ó comunidad cristiana, más bien sumisa y dependiente de los frailes que de la autoridad civil.

El alcalde, el Ayuntamiento, el cura, todo funcionario civil y eclesiástico, era nombrado por el influjo de las haciendas, y las gentes, trabajando y viviendo en ellas todo el día y retirándose de noche á dormir á sus casas, encontraron una felicidad relativa, y por mucho tiempo, nada hubo más tranquilo, más arreglado, más moral y pacífico que el pueblo de Tepetlaxtoc.

Las casas se mejoraron, el cura renovó y pintó de nuevo su presbiterio, los pequeños propietarios quedaron en pacífica posesión de sus maguheyas y labores, y entre los pueblos del valle de Texcoco pasaba Tepetlaxtoc como modelo, y sus habitantes como el tipo de los hombres más honrados.

Por virtud de diversas leyes de desamortización, la Chica y la Grande vinieron á poder del gobierno, que las administró mal, hasta que fueron adquiridas por el marqués de Salinas.

Bajo la administración de su hijo que hemos visto caminar al lado de Relumbrón por las calles de México, el pueblo sufrió una notable transformación. Las haciendas bien cultivadas necesitaron de más gente, así, además de los habitantes antiguos, vinieron otros á establecerse, y edificaron sus casas, y trajeron á sus familias, y emplearon en el comercio sus pequeños capitales.

Se construyó desde sus cimientos una gran pulquería, que por las figuras de Xochilt y de Netzahualcoyotl, pintadas con fuertes colores en la fachada blanca de la pared, llamaban la atención; se abrieron dos tiendas nuevas surtidas de los efectos y mercancías más disím-bolas, desde clavos hasta cohetes, desde chinguirito hasta Champaña, desde sombreros de palma hasta vasos y copitas de cristal fino y ordinario, y para que nada faltara, un rincón de los aparadores estaba surtido de medicinas, y en las puertas estaban colgados lienzos de algodón, tápalos, pañuelos y zapatos de mujer y de hombre. La calle principal se compuso tapando los agujeros, aplanando la tierra y quitando las piedras, y lo que fué mejor, el cura substituyó la campana rajada de la torre por una más grande, nueva y sonora que le regaló el arzobispo. El Ayuntamiento, con ayuda de la Hacienda Grande, formó otra plaza más amplia. Se arrancaron los viejos y marchitos sauces, para substituirlos con piés de fresno ya crecidos y logrados.

En una palabra, Tepetlaxtoc tuvo su época de moda, y los domingos, que era el señalado para el *tianguis*, las gentes de las haciendas y ranchos cercanos venían á pasear, á comprar fruta y á oír la misa cantada del cura. Algunos domingos se ponían unas cuantas vigas, atadas con reatas, en la plaza, que llamaremos Mayor, y se lidiaban tres ó cuatro becerros bravos que se bajaban del monte de Champingo. Increíble era entonces la animación y la alegría sin límites de los vecinos; nadie se quedaba en su casa, y cuando el sol se metía, el pueblo se alumbraba con luminarias de ocote, al alrededor de las cuales, los muchachos brincaban y reían y gritaban hasta las nueve ó diez de la noche. A esto



debe añadirse que se disfrutaba de una completa seguridad, pues desde el pulquero hasta el último peón eran gente honrada que cultivaban sus pequeños terrenos en las cercanías ó trabajaban en las haciendas.

Tal estado de cosas, era obra de Pepe Cervantes. Desde que llegó á las haciendas lo primero que hizo fué ganarse la voluntad y el respeto del pueblo de Tepetlaxtoc, de donde tomaba la mayor parte de los trabajadores, para el servicio de las fincas, y en poco tiempo logró su intento, no tanto á costa de algún dinero, sino por su buen modo y trato afable. Su familia y él mismo honraban el tianguis con su presencia, lo que era causa de mucha satisfacción para los vecinos. Cuando el *amo D. Pepe* paseaba á pié, ó en sus finos caballos, que remudaba todos los días, por la calle real del pueblo ó por los campos, todo el mundo se quitaba el sombrero y lo saludaba con respeto. Vivían él y los suyos en las haciendas Grande y Chica más seguros que en su magnífica casa de México.

Un día se presentaron dos charros bien vestidos y montados en buenos caballos y se apearon en la pulquería. Pidieron de almorzar, y, aunque no había fonda, el pulquero se prestó de buena voluntad á que su mujer les hiciera cualquier cosa, con tal de complacerlos, como lo acostumbraba hacer con todos sus marchantes, para acreditar la famosa pulquería de Xochilt, que vendía los pulques más finos de los Llanos de Apam.

Los charros almorzaron bien, bebieron y charlaron lo más del día. A la tarde, al ajustar la cuenta, armaron camorra con el pulquero, salieron á relucir las espadas y los puñales, pero, en vez de sangre, el negocio concluyó por hacerse dueños del establecimiento, mediante

una cierta cantidad de dinero que, muy religiosamente pagaron al día siguiente.

El antiguo y honrado pulquero se fué á Texcoco, y los nuevos propietarios se instalaron inmediatamente, mandaron borrar de la pared las históricas imágenes de Xochitl y Nezahualcoyotl, pintando la pared de colorado, y construyendo un cobertizo sobre la puerta y unas bancas de ladrillo contra la pared.

Fué en esta pulquería donde robaron á Evaristo sus pistolas y su jorongo. Quién había de decirle que más tarde sería casi el amo de esos mismos pulqueros y de los temerarios que sucesivamente vinieron á habitar el pueblo.

Desde que cambió de dueño la pulquería, venían, quién sabe de dónde, hombres de á caballo de mala traza, pasaban bebiendo y disputando hasta la tarde que se retiraban unos, mientras otros se quedaban á dormir, y á la madrugada desaparecían. Los escándalos y riñas iban en aumento, pero el alcalde, por miedo, no se atrevió á tomar ninguna providencia, ni aun á avisarlo al prefecto de Texcoco, y con esta tolerancia aumentó la concurrencia de esta gente sospechosa que se fué estableciendo, como una nueva colonia de ociosos y desalmados, mientras fueron uno á uno emigrando los antiguos vecinos, ya á Texcoco, ya á las haciendas donde había ranchería ó real, como dicen por la Tierra Caliente.

Cuando Pepe Cervantes se apercibió de esta peligrosa transformación, ya no tenía remedio, y no encontró más arbitrio que armar á sus sirvientes, reforzar las puertas de entrada y de los corrales, establecer un vigía en las noches y tomar cuantas precauciones aconsejaba, no el miedo, sino la prudencia.

No obstante esto, atravesaba solo en su mejor caballo y sin armas el pueblo y visitaba las labores, y era recibido por los que lo encontraban con las mismas muestras de consideración y de respeto.

—Buenos días ó buenas tardes, amo D. Pepe,—le decían, quitándose el sombrero, los nuevos vecinos de fisonomías hoscas y patibularias, y lo dejaban pasar sin inquietarlo aun en las horas peligrosas del crepúsculo. Cervantes correspondía al saludo y paso á paso atravesaba entre ellos. A ocasiones lo acompañaban hasta la puerta de la Grande.

Una noche en que, sin duda, supieron que se había quedado en México y que la familia estaba sola, se desprendió un grupo de cinco ó seis hombres que estaban á caballo en el cobertero de la pulquería y á galope se dirigieron á la hacienda. La puerta estaba ya cerrada, y el vigía, que sintió el galope mucho antes de que llegasen, avisó á Manuelita, no obstante que ya dormía.

Manuelita, esposa de Cervantes, era la hija del famoso general Cortazar, que se puede decir que fué rey de Guanajuato en largas épocas.

Varonil y animosa, como su padre, se vistió con calma, mandó que los mozos se levantasen y se armasen y ella misma tomó un par de pistolas cargadas que tenía siempre en su recámara. Los mozos quedaron bien distribuidos en las posiciones que les señaló, y ella fué al comedor, encendió las luces y se sentó en la silla principal que ocupaba á las horas de comer. Los asaltantes habian llegado y daban fuertes y repetidos golpes á la puerta.

Manuelita mandó abrir.

Los de á caballo se precipitaron en el patio, y miran-

do luz en el comedor, avanzaron hasta el pié de una pequeña escalera, y no pudieron menos de quedarse asombrados al ver á la propietaria, sentada muy tranquila, al parecer, examinando ó contando algunos cubiertos de plata que, en unión de jarrones, vasos, botellas y platos, habían quedado en la mesa.

—Adelante, quien quiera que sea,—les gritó con una voz firme.—¿Qué se ofrece á estas horas, para venir á llamar á las puertas de la hacienda? Pero no importa, adelante, y sabremos qué desean.

No acertaban á responder, pero uno de ellos, avanzó hasta la puerta y dijo, como vacilando:

—Venimos á buscar al amo D. Pepe.

—El amo D. Pepe está en México, pero lo mismo que si estuviera, aquí estoy yo.

—Veníamos... veníamos... — tartamudeó el ranchero...

—Pasen, pasen, y tomarán un trago de vino, ó de aguardiente, si lo prefieren; pasen.

Manuelita sonó una campanilla, y tres ó cuatro mozos, con sus pistolas en el cinto, aparecieron.

—Trae copas y una botella de ese buen aguardiente catalán que tenemos para los amigos. ¿Cuántos son ustedes?... Pasen, pasen...

Los valentones se apearon de sus caballos. Uno se quedó teniéndoles y cuatro penetraron al comedor.

Los cuatro eran mocetones robustos, de no malas figuras, uno con barba cerrada, espesa y negra; otro lampiño; los dos restantes, con solo bigote. No estaban mal vestidos y sus cuellos y camisas muy limpias. Procuraban dar á sus fisonomías un aire terrible; y al descender del caballo hicieron de intento un ruidero des-

agradable con las espuelas y sables con cubiertas de acero.

Manuelita no hizo caso de esto, llenó las pequeñas copas de aguardiente de España y se los fué dando al más fornido y temible de sus criados para que se los sirviese.

—La Hacienda Grande,—les dijo,—ha sido para Tepetlaxtóc una providencia. Solamente Dios podría haberle hecho mayores beneficios que nosotros. Aquí ni debemos ni tememos. Si ustedes vienen con buenas intenciones, no tienen más que abrir la boca y se les servirá, pero si tratan de hacernos el menor daño, hay muchas balas y muchachos tan valientes como vosotros, que se rifarán, como dicen ustedes. Con que beban su trago, y digan lo que quieren.

Una viva impresión de simpatía y admiración por el valor y entereza de aquella mujer delicada, pequeña y bonita, se produjo en el ánimo de los charros, y en vez de acometer y llevar á cabo los malos propósitos con que salieron de la pulquería, chocaron los vasos, bebieron y gritaron como si se hubiesen puesto de acuerdo.

—¡Viva el amo D. Pepe!

—¡Viva la marquesa de Salinas!

—Nos tiene su merced á sus órdenes con alma y vida,—dijo el que parecía fungir de jefe, quitándose el sombrero.—Personas como su merced son *parejas* y *ansi* nos gustan y nos matamos por ellas. La Grande y la Chica, de hoy más, como si estuviesen encerradas en un baul. ¡Palabra!—y volvieron á beber hasta la última gota.

Manuelita no creyó conveniente llenarles de nuevo los vasos, temiendo que su entusiasmo no fuese á sufrir un cambio.



—Es tarde, muchachos, les dijo, y mañana tengo que madrugar para ir á México y volver en la tarde. Ya lo saben; y si los encontramos á eso de las seis de la tarde, á la entrada de Texcoco, nos acompañarán, porque suele haber mala gente á esas horas.

Este último rasgo de confianza los acabó de cautivar.

—¡Si mi ama fuera tan buena,—le dijo uno con muestras de respeto,—que nos recomendara con el amo D. Manuel Campero para que nos vendiera cuatro cargas diarias de su mejor pulque, cuánto se lo agradeceríamos! Somos los dueños de la pulquería de Xochilt, en el pueblo de Tepetlaxtoc, y ganamos nuestra vida honradamente.

—Y como que lo haré. Pepe escribirá á D. Manuel, y pasado mañana pueden venir por la carta. Ustedes mismos se la pueden llevar á la hacienda; pero no en la noche,—añadió sonriendo,—será mejor de día.

Los rancheros se despidieron haciendo una reverencia á su modo y besando la mano á Manuelita.

Ninguna sorpresa causó á Cervantes el lance, cuando se lo refirió al día siguiente su señora. La conocía demasiado, y sabía que, como su padre no temblaría delante de un escuadrón que viniese á hacerla pedazos.

—Hiciste muy bien en abrirles la puerta. A esa gente se la debe tratar así ó matarla; pero vale más no tener enemigos.

No obstante que Cervantes considerase sus fincas á poco más ó menos seguras, después de este suceso, observaba que día por día el pueblo de Tepetlaxtoc cambiaba de aspecto, que los viejos habitantes que él conocía desaparecían y eran reemplazados por otros, cuyas figuras no decían nada bueno en su favor y que no tendrían

acaso los sentimientos quijotescos de los pulqueros, que al fin eran jóvenes y tenían ciertas proporciones para vivir y, según se había informado eran dos de ellos hijos del administrador de un ingenio de Tierra Caliente, y los otros parientes de un tendero rico de Cuernavaca. No hay necesidad de decir que les dió la carta de recomendación para el amo Campero, y que con las cargas de pulque finísimo que le compraban, la taberna de Xochilt se convirtió en un magnífico negocio.

Cuando Cervantes supo que Baninelli había organizado una fuerza de rurales y dado el mando á un hacendado del monte, creyó que la mala gente de Tepetlaxtoc concluiría por abandonar el país dejando tranquila la comarca, alarmada con la presencia de tantos hombres sospechosos y siempre armados y bien montados, ocasionando escándalos en las pulquerías, entrando á los corrales á sacar caballos, apaleando á los indios y obligándolos á que les llevasen barcinas de paja al pueblo y pagándoles lo que se les daba la gana; pero no tardó en convencerse que el remedio había sido peor que el mal.

La presencia de Evaristo en Tepetlaxtoc, en vez de corregir, alentó á los valentones y los autorizó á cometer más desmanes, y cuando indagó, además, que la mayor parte de los rurales que formaban las escoltas del camino eran de lo peor y más insolente de Tepetlaxtoc, ya no le quedó duda de que el jefe no era más que un capitán de ladrones, y se asombró de que un militar tan severo y honrado como Baninelli no hubiese tomado los informes necesarios antes de confiarle un mando tan importante.

Confirmóse en esta opinión cuando Evaristo, con su escolta, hizo una visita á la hacienda. No le gustó ni la

facha ni el lenguaje baladrón y algo insolente del llamado capitán, pero se calló, porque no quería meterse en chismes, y se limitó á mantener, con buen arte, y sin chocar directamente con nadie, el respeto tradicional que se había guardado á las haciendas *Chica y Grande*, que jamás habían sido asaltadas, ni molestadas por la gente ociosa y brava de los pueblos del valle.

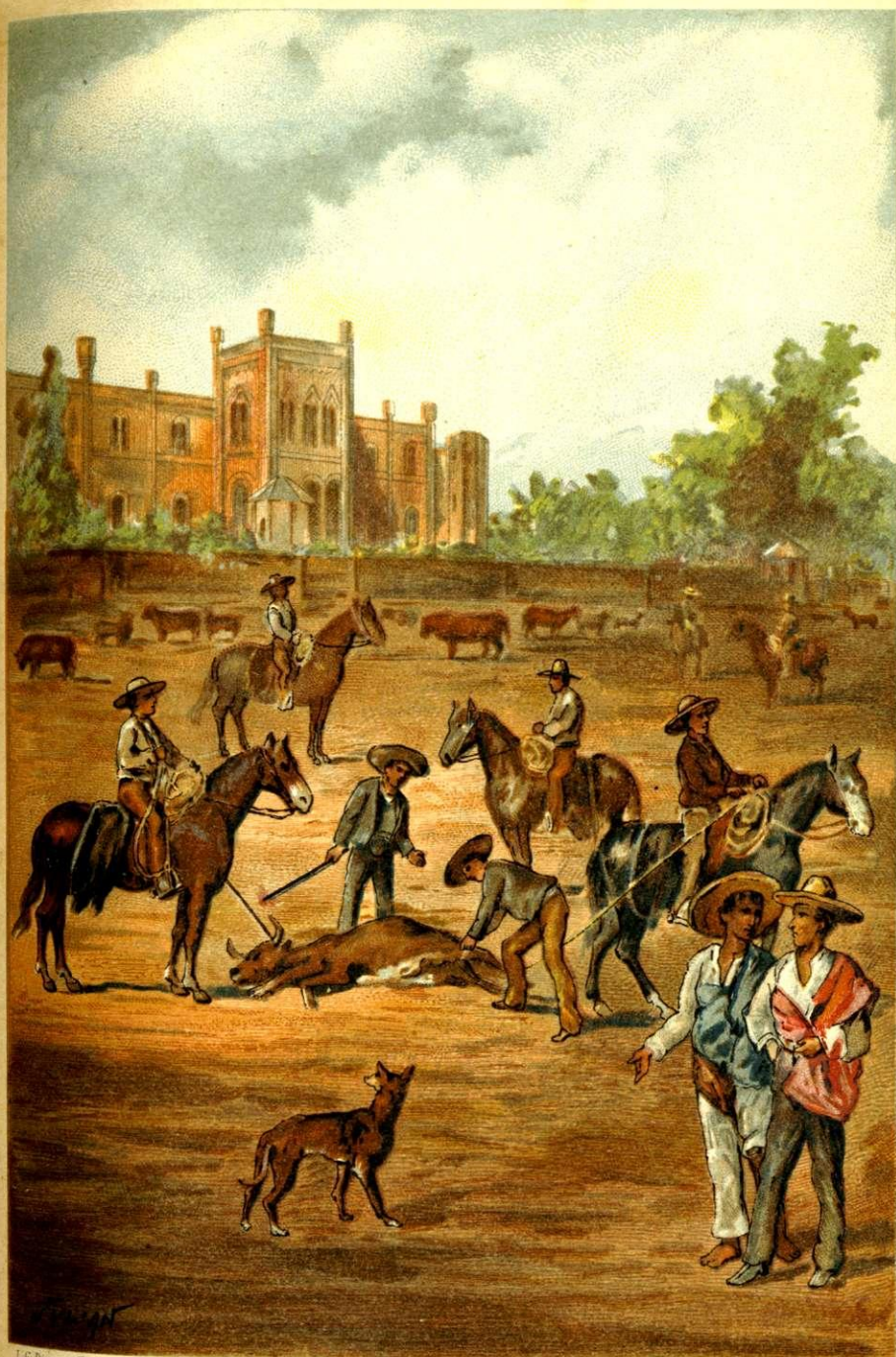
Tal era el estado que guardaban las cosas, cuando le fué concedida una feria de tres días al pueblo de Tepetlaxtoc, por el gobernador del Estado, y Pepe Cervantes, deseando conservar en lo general la estimación de la gente del país y aumentar, si era posible, la influencia que tenía en ella, dispuso un herradero, que necesariamente aumentaría la concurrencia y sería la principal diversión entre las muchas que había dispuesto el alcalde, que, parte por miedo, y parte por conveniencia, no era más que el instrumento de los valentones, los protegía y hacía cuanto se les daba la gana.

Al herradero, con invitación ó sin ella, concurrieron casi todos los hombres de á caballo de México. Relumbrón, como lo había prometido, llegó el sábado en la noche con sus mozos y caballos, y fué alojado en la *Grande*; y el domingo muy temprano ya estaban allí Evaristo é Hilario, con la mayor parte de la escolta para *guardar el orden*. El camino real quedó abandonado y no había miedo que robaran á nadie en esos días. A las diez, que comenzó el herradero delante de la casa de la *Grande*, era tal el número de gente, especialmente de á caballo, que formaban una valla opuesta á la larga cerca de la hacienda, y un cómodo carril por donde arrancaban los animales cuando se les estampaba en su anca derecha el fierro ardiendo, se les soltaba y partían









J. F. Pintos - Editor

B. R.

Lic. M. Putada - Barcelona.

## El herradero.





como demonio dando saltos, bramando de dolor y proporcionando á los coleadores el seguirlos hasta la puerta del corral, donde lazaban otras bestias y las traían al lugar del sacrificio. A las dos de la tarde los huéspedes de Cervantes, llenos de sudor y de polvo y fatigados con los ardientes rayos del sol, se retiraban á la hacienda, donde Manuelita les tenia surtido hasta el exceso el amplio comedor, con cuanto la cocina mexicana y la francesa tienen de exquisito. A las cuatro toda la gente se dirigía á los toros del pueblo.

En la plaza mayor de Tepetlaxtoc se habia formado, con vigas y tablones, una amplia plaza de toros. En el frente se levantó un tablado ó palco adornado con las viejas cortinas de damasco que prestó el cura de Texcoco. En ese tablado presidía Manuelita, rodeada de las muchachas de las familias principales de Texcoco, que fueron invitadas: al lado derecho de Manuelita, la mujer del alcalde, y á su derecha el alcalde mismo vestido de chaqueta y pantalón de paño negro. No dejaba de estar vistoso el grupo, pues entre las muchachas muy aseadas y vestidas de lienzo de caprichosos dibujos y colores chillantes, había algunas muy bonitas, y todas muy contentas, riendo y luciendo con ese motivo sus dentaduras blancas.

En el redondel, algunos de los hombres de á caballo de México, sin que faltasen Pepe Cervantes, Relumbrón, Ramón Couto y el capitán de rurales, que diz que tenía fama de buen coleador. Al derredor y contra la barrera de vigas, apiñada una multitud compacta que había venido de Texcoco, de Chalco, de Ameca, y aún de *lejos tierras*. Detrás de esa gente, dos filas de rancheros y charros de las haciendas y de los pueblos del valle, y aun

del Mezquital y San Servando de Tlahuililpa, que habían sido convidados por los mozos de la Grande, que en su mayor parte eran de esos rumbos.

El primer día dió los toros la Hacienda Grande, el segundo Chapingo, el tercero Cotixtlan. Seis toros en cada corrida, cuatro de capeo y cola y dos de muerte, que hacían picadillo los aficionados y al fin tenían que lazarlos y acabarlos de matar el carnicero.

Relumbrón, instado por Cervantes y queriendo lucirse y echarla de ranchero delante de toda esa gente sobre la cual quería ejercer influencia más adelante, se aventuró á correr tras de los toros, pero *quihac*, Ramón Couto y Pepe Cervantes le ganaban por la mano, le arrebataban la cola, *metían arción* y hacían dar lá vuelta completa al becerro. Aplausos ruidosos para ellos, y chiflidos para Relumbrón, que contenía su caballo y se retiraba avergonzado al centro del redondel. Por fin se empeñó su amor propio; Ramón le hizo lado, y logró dar una caída, recibiendo una completa ovación que lo dejó orgulloso y satisfecho. Concluída la corrida, la masa compacta se dirigía al centro del pueblo que estaba adornado con arcos de tule y cortinas. En la calle principal había puestos de comida, de naranjas, jicamas y cacahuetas, de charamuscas y pepitorias, de bebidas fermentadas y aguas frescas, y todo esto bajo la bóveda de azul brillante del cielo, los rayos ardientes del sol, y nubes de polvo menudo y calizo que levantaba un viento caliente del Sur y penetraba hasta la garganta. La pulquería de Xochitl era la más concurrida, y allí en esos días se reunió la flor y nata de la gente de bronce. Relumbrón estaba que no cabía en sus pantalones. Su plan había salido á medida de sus deseos, porque Evaristo, con el prestigio

de capitán y jefe de las escoltas del camino real de Veracruz, y el dinero que le había dado Relumbrón para costear el almuerzo y el pulque de todos aquellos valentones, había podido platicar con ellos, ganarse su confianza y hacer una abundante recluta de gente brava y decidida á todo, y á la que no faltaba más que un jefe que la guiase para emprender por esos mundos de Dios hazañas dignas de los tiempos fabulosos.

El tercer día fué el más solemne y concurrido. Vinieron de México las marquesas de Valle Alegre, las condesas de Regla, las de Santiago, las de Guardiola, toda la nobleza y parentela de Pepe Cervantes, y además infinidad de *barilleros* con sus papeleras surtidas de espejitos, bolitas de hilo, botones, alfileres, agujas y otras chucherías; jugadores con pequeñas ruletas y con barajas, dados y cascabeles, que se instalaron en la calle y en la primera plaza, alternando con los puestos de fruta. Esto comunicó una nueva animación al pueblo y á las casas de las dos haciendas, donde se repartieron los nuevos huéspedes, pero entre tantos personajes, dos llamaron la atención, y fueron D. Moisés y D. Pedro Cataño. Era éste un hombre que podía llamarse hermoso: tostado por el sol, de barba negra y cerrada, de ojos centellantes y dominadores, de color de aceituna, una nariz de noble y un cuerpo robusto y bien proporcionado. Montaba un soberbio caballo, y venía seguido de seis mozos, igualmente guapos y bien montados y vestidos como su amo. Este personaje parecía ser un rico hacendado y venía de Guanamé, recomendado á Pepe Cervantes por D. Domingo Rascón.

Relumbrón presentó á Cervantes á D. Moisés, como uno de los *monteros* más ricos de México.

Cervantes presentó á D. Pedro Cataño, como uno de los más ricos hacendados del interior.

Relumbrón saludó y estrechó la mano de Cataño, pero apenas se la soltó cuando comenzó á mirarlo con interés y como si quisiera reconocer á un viejo amigo.

D. Pedro Cataño hizo lo mismo, pero los dos disimularon, y después de algunas palabras insignificantes, se dispersaron entre la mucha concurrencia.

A la hora de costumbre el herradero comenzó. Todos, sin ceremonia, muy alegres y llenando de elogios á Manuelita, admirando el orden y aun lujo de la hacienda, descendieron al terrado, donde se habían colocado unas sillas y unos toldos para que las señoras pudiesen ver bien sin ser molestadas por el sol. Durante el herradero, fué D. Pedro Cataño y sus mozos los que hicieron el gasto. Echaban unas *manganas* con una facilidad y limpieza que daba gusto; lazaban con una precisión tal, que nunca iba la reata al cuello, sino á los cuernos del toro sin rozarle los ojos, ni hacer brutalidades propias de gente salvaje, y que además no está diestra en esa clase de ejercicios. Los ojos de las señoras estaban fijos en el recién llegado, admirando su destreza y la elegancia y facilidad de sus movimientos y la maestría de su caballo. Hombre y animal formaban un todo armonioso, y mucho más fantástico que los pesados centauros de la fábula.

Acabado el herradero, pasaron, como el día anterior, al comedor. A D. Pedro Cataño, por casualidad, le tocó sentarse al lado de Relumbrón, y los dos guardaron silencio, pero al fin de la comida, Relumbrón le dijo muy quedito en la oreja á D. Pedro Cataño:

—Nos conocemos, y no sólo nos conocemos, sino que somos amigos viejos.



El fingido Cataño se removió en la silla, y dirigió una mirada severa á su interlocutor.

—No hay temor de que yo diga una palabra. ¿Recuerda usted que yo lo introduje á las habitaciones del presidente cuando vino de la Frontera, y que después...

El supuesto Cataño lo miró con fiereza como imponiéndole silencio.

—Tiene usted razón, hablaremos en voz alta de otras cosas para evitar sospechas,—le dijo Relumbrón,—y en la noche, antes de recogernos, tendré el gusto de estrecharle otra vez la mano como un buen amigo.

Como Cataño estaba á punto de levantarse de la mesa, Relumbrón lo detuvo, y le dijo en voz alta:

—Vamos á tomar una copa por el viejo Rascón, que es amigo completo. Si quiere usted montar esta tarde uno de mis caballos, quedará contento, los que he traído son precisamente de Guanamé.

Siguieron hablando de unas cosas y de otras, y, dada la señal, descendieron la escalera. Después unos á pié y otros á caballo, se dirigieron á Tepetlaxtóc, donde no esperaban sino que llegase Manuelita para comenzar la corrida.

El segundo toro, negro, con ojos enchilados y una cornamenta sólida que terminaba en unas puntas como de una aguja, era casi salvaje, y lo apartaron los vaqueros con mucho trabajo del ganado que se remonta en lo más espeso los montes de Chapingo. Pepe Cervantes, con sus ribetes de mala intención, lo dedicó á los amigos de México, que la echaban de jinetes, de atrevidos y de coleadores. Comprometido el amor propio, ninguno faltó, y entraron en el redondel á esperar á la fiera, con un susto que disimulaban con mucho trabajo. Abierto el toril, de

un salto el bicho se plantó en el centro de la plaza, rascó la tierra y miró con visible rabia á tantos objetos extraños para él, y como un rayo se lanzó sobre Evaristo, metió las astas en la barriga del caballo, lo sacudió fuertemente, hizo un impulso hacia adelante, y caballo, jinete y toro rodaron en la arena revueltos y hechos una bola.

Ocho ó diez lazos cayeron inmediatamente sobre el grupo sangriento, pero con tan mala suerte, que lazaron á Evaristo en vez del toro, y ya los catrines *metían cabeza de silla*, cuando Pepe Cervantes les gritó:

—¡Lo matan, lo matan, no jalen!

A ese tiempo varios de los rancheros que estaban fuera de las vigas que formaban la plaza, saltaron á ella, y con los jorongos procuraban apartar al toro, que se encarnizaba y hacía pedazos al caballo, que rugía de dolor y se defendía dando vigorosas patadas al aire y sin resultado.

D. Pedro Cataño se acercó sin pretensiones ni estrépito, tiró el lazo, que cayó justamente en las llaves de la fiera, metió cabeza de silla y apartó al toro, el que se le vino encima con igual furia; pero lo evitó, y le dió un tirón de través que lo hizo caer.

Ramón Couto le echó otro lazo y así tirando cada jinete en sentido inverso lo mantuvieron quieto, mientras levantaron á Evaristo creyéndolo muerto ó gravemente herido. El pobre caballo hizo el último esfuerzo para levantarse, pero cayó sin vida mientras Evaristo se puso en pié cubierto de polvo y de sangre, pero lo reconocieron los que lo rodeaban, y él mismo se tentó por todo el cuerpo. No tenía ni un araño. Le volvió el alma al cuerpo y comenzó á echar ternos contra el toro, y farronadas, asegurando que si no hubiese estado des-

cuidado, habría seguido al becerro y agarrándole la cola le habría dado una buena caída para *quebrantarlo*. Pepe Cervantes tuvo la prudencia de disponer que un animal tan puntal y salvaje volviese al corral y saliese otro en su lugar, como en efecto sucedió, y con el cual, que era más bien correlón que bravo, se desquitaron los *catrines* de México. Evaristo se empeñó en salir á la plaza, en otro de sus mejores caballos, y logró coger la cola y darle una caída redonda, recibiendo estrepitosos aplausos de la multitud, que estaba afuera agrupada contra las barreras.

Concluída la función, Manuelita condujo al jardín de la hacienda á las visitas que habían venido en mayor número ese día, y los *catrines* de la capital quedaron dentro de la plaza, comentando los sucesos de la tarde, ponderando cada uno las cualidades del caballo que montaba, haciendo experiencias de *cuantas varas rayaba* y dándose *caballazos* para probar lo bien que acometía su corcel con sólo alzarle la rienda.

Evaristo, lleno de orgullo con los aplausos que había recibido de la mayor parte de los valentones del pueblo y de su escolta, encarándose con el fingido D. Pedro Cataño le sostenía con cierta jactancia que su caballo no era capaz de competir con el suyo, en fuerza y en mañas para los caballazos, y que en una lucha con espada en mano, tenía la seguridad de matar á su contrario ó derribarlo antes de que pudiese ofenderlo.

—Manos á la obra,—contestó D. Pedro sacando su espada,—y aquí tenemos testigos y jueces que sentenciarán cual de los dos caballos se acomoda más y es más diestro.

—Con espada no,—les interrumpió Pepe Cervantes;

—alguno de los dos puede lastimarse, y me sería muy sensible que sucediese esto en mi casa, como quien dice, pero en cuanto á una diversión que dé á conocer la maestría de los jinetes y caballos, es otra cosa, todos estamos conformes y aplaudiremos al que sea más listo.

Y apenas había acabado de decir estas palabras, cuando el llamado capitán de rurales y el fingido hacendado se separaron, se pusieron á cierta distancia y dispararon sus caballos. D. Pedro evitó el choque y arrendó su caballo á la izquierda para coger de lado á Evaristo, pero éste, listo, le presentó el frente, y uno y otro jinete se dieron un rodillazo que sonó hasta el grado que Ramón dijo:

—Esos bárbaros se han quebrado las piernas.

Larga media hora estuvieron acometiéndose sin resultado. La verdad es que los dos eran diestros y buenos jinetes, y los caballos les ayudaban á esta lucha en que parecía que tomaban parte animados también de los sentimientos de enojo y hasta de furia que ya tenían los jinetes.

La gente, que se había dispersado, volvió á reunirse para presenciar esta diversión que no estaba anunciada en los carteles que había mandado imprimir y circular el alcalde, y ya aplaudían, ya silbaban al que lograba alguna ventaja y disparaba con más atrevimiento su caballo.

Caballos y jinetes, chorreando el sudor, jadeando, echando, bestias y hombres, espuma sanguinolenta por la boca, y lanzando los segundos maldiciones, en cada lance frustrado, ya no podían más, y estaban á punto de cesar, sin que la victoria se decidiese. El fingido D. Pedro Cataño pareció un momento que huía, y Evaristo

lanzó una de esas carcajadas ordinarias y burlescas y se alzó la lorenzana, disponiéndose á seguir á su ya derrotado enemigo, cuando éste gobernó rápidamente á su caballo, le prendió las espuelas y le alzó la rienda, y el animal, dando un salto como para salvar un foso de tres varas, fué á caer con todo su peso sobre Evaristo, y habiéndolo cogido de costado, el capitán de rurales y su caballo dieron en el suelo un tremendo zapotaso.

D. Pedro Cataño se quitó el sombrero y saludó á la concurrencia.

Gritos y palmoteos celebraron por más de un cuarto de hora la hazaña de este campeón del interior, que por primera vez veía con admiración toda esa gente de á caballo que se había reunido en la feria de Tepe-tlaxtoc.

Pepe Cervantes y los catrines de México rodearon al falso Cataño, le estrecharon la mano y lo colmaron de elogios. Relumbrón le ofreció desde luego mil pesos por el caballo, y Manuel Campero añadió que cuando su dueño quisiera deshacerse de él, no tenía más que enviarlo á su casa y recibir mil quinientos pesos. Relumbrón añadió que él daría hasta dos mil, y en estas y en las otras nadie se había acordado de Evaristo. Caballo y jinete estaban tendidos en la tierra sin movimiento.

Cataño fué el primero que se apeó, dió su caballo á un criado para que lo paseara y fué á levantar á Evaristo, que no tenía más que el susto y un poco adolorida la pierna derecha y la espalda. El caballo se levantó manqueando.

Ramón Couto y Pepe Cervantes condujeron al capitán de rurales á una pieza de la hacienda, le dieron ellos mismos una fricción de chinguirito, le jalaron las pier-

nas y brazos y le acomodaron los huesos á usanza de los coleadores, y el famoso caballo fué á la cuadra, donde los mozos le untaron los encuentros con pencas de maguey asadas.

Aconsejaron á Evaristo que se acostara y reposara un par de horas, y luego todos en bola y armando jácara salieron á recorrer el pueblo de Tepetlaxtoc, confesando que entre las diversiones de la feria, ninguna había sido mejor que el improvisado torneo entre el ranchero de Guanamé y el capitán de rurales.

El pueblo todo, desde el acalde hasta el último peón, no se ocupaban más que *del pleito de chanza* entre los dos capitanes, pues suponían que Cataño era capitán. La opinión se dividió, y en tanto que los soldados de Evaristo y los valentones que habían sido cómplices en sus robos en el camino de Río Frío, lo proclamaban como el más valiente é invencible, á pesar de los porrazos que había recibido, otros, imparciales é independientes, decían que en el Valle de Texcoco, sin agravio del amo D. Pepe, jamás se había visto un hombre igual al capitán Cataño.

Relumbrón pensó que era necesario, á toda costa, hacerse de este proscrito, de este fusilado por desertor al frente del enemigo, de este muerto vivo, que debería estar lleno de ira y de venganza contra una sociedad y contra unas leyes que habían ejercido contra él crueldades tan terribles como las de la Inquisición en los tiempos antiguos, y él, hombre de mundo, cortesano y rico, no se equivocaba en tan probables apreciaciones, y se proponía sacar todo el partido posible de este hombre anómalo, que no tenía más alternativa que el suicidio ó la venganza y el crimen. Tan luego como se presentó la

oportunidad, se apoderó Relumbrón del brazo de Juan y pian piano, y como distraídos y platicando, salieron á las afueras del pueblo.

—Por más que tenga curiosidad, no quiero preguntar á usted nada, ni que me cuente sus extrañas aventuras, lo que deseo es que acepte mis amistosos deseos de servirle en todo lo que pueda.

No debe usted tener ya duda de que lo he reconocido y que estoy hablando con el bizarro teniente coronel D. Juan Robreño.

Cuando leí el parte que publicó el periódico oficial de que había usted sido fusilado, no lo quería creer; imposible me parecía que Baninelli hubiese matado friamente á un amigo, y me sospeché que había cerrado los ojos para que usted se escapase, y por esto no me causó asombro, cuando me fijé en sus facciones, el encontrarlo vivo.

Robreño iba á responder alguna cosa á Relumbrón, pero éste le cortó la palabra y prosiguió:

—Me ocurre una idea y creo fácil realizarla si usted está de acuerdo. El poco influjo que tengo en el gobierno me permitirá conseguir el indulto de usted; es decir, volverlo á la vida social y aun á su empleo, refiriendo, por ejemplo, que usted quedó como muerto, y que un gañán del campo ó el cura del pueblo cercano recogió á usted y lo llevó á su casa, donde fué curado; en fin, cualquier patraña, pues sabe usted que cuando hay favor se consigue aún lo más absurdo é imposible. ¿Qué le parece á usted?

—Casi pasó el lance como usted se lo ha figurado,—le contestó Robreño;—pero usted sabe lo mismo que yo que á todo el que se fusila, se *le da el tiro de gracia* y se

le entierra; así es que mi aparición en el mundo nos cubriría de ridículo y además no viviría yo una semana, pues tendríamos un duelo á muerte Baninelli y yo, y pagarle con una bala lo que hizo conmigo faltando á su deber y engañando al gobierno y á la sociedad entera, no ha entrado nunca en mis ideas. Le agradezco á usted mucho, coronel, sus buenas intenciones, pero no puede ser. Largo é inútil sería referir á usted la historia de mi vida en los últimos años, pero me bastarán dos palabras para que conozca mi situación.

Abandoné el campamento por algunas horas por salvar la vida de una mujer á quien amaba y á quien amo todavía. Regresé tarde, se me juzgó como desertor al frente del enemigo y se me condenó á muerte. Errante mucho tiempo, me ocurrió presentarme á Baninelli, el que quiso conciliar sus deberes militares con los de amigo, y me salvó la vida. El día que yo vuelva á la sociedad con mi verdadero nombre, Baninelli será perdido para toda la vida, y un oficial tan valiente tendrá por premio de sus heridas y servicios, el desprecio del gobierno. El secreto que usted ha descubierto debe ser eterno.

El día que se sepa lo que ha pasado será el último de la vida de usted, coronel, porque lo juro, le mataré á usted donde quiera que lo encuentre.

Relumbrón soltó el brazo de Juan Robreño y se separó alarmado.

—Pero no habrá necesidad de eso y nada tema. Me ha dado usted su palabra de caballero y de soldado, y esto basta...

Relumbrón volvió á tomar con afecto el brazo de Juan, y éste continuó:

—Me dirá usted que ¿por qué no me he suicidado? A



un hombre en mi situación y con el infierno de penas y dolores que tengo aquí dentro, no le quedaba otro remedio, pero tengo que velar por la vida de la que se ha sacrificado por mí, y la esperanza de encontrar un día ú otro á un hijo. Dejar estas personas abandonadas en el mundo sería una cobardía, y dar un pesar á mi padre, una infamia. Vivir oculto y como un prófugo en el país, ya lo he hecho. Pasar la frontera y vivir tranquilo en Tejas con los recursos que me proporcionaría mi padre ya lo he pensado. El pesar, la rabia, el horrible fastidio me volverían loco. Yo necesito vengarme de una sociedad que me ha rechazado, de unas leyes que me han matado por unas cuantas horas de ausencia. ¿Para qué explicar á usted, hombre rico y feliz, las terribles y dañosas pasiones que queman mi corazón sin que lo pueda evitar? ¿Para qué decirle que un día llegará en que pueda arrebatar, viva ó muerta, á la mujer que amo, y no dejar piedra sobre piedra de la hacienda donde vive secuestrada y como enterrada viva.....

—¡Pero cómo! ¿de qué familia, de qué hacienda se trata? Acaso podría yo.....

—No se empeñe usted en saber más, bastante he dicho, y escuche por último otro secreto que si lo descubre le costará la vida.

Mi resolución es ya irrevocable. El teniente coronel fusilado vuelve al mundo con el nombre de Pedro Cataño, que será el más temible de los jefes pronunciados (por cualquier cosa), y el más implacable de los bandidos. Unos papeles que aquí traigo, y siempre estarán en mi bolsillo, probarán que soy Pedro Cataño, natural de Durango y antiguo dependiente de la señora Campa. Estos documentos, cuatro muchachos resueltos y bien mon-

tados, mis dos buenos caballos, que usted ha visto maniobrar, mis armas y unas cuantas onzas en el bolsillo, hé aquí los elementos con que comienzo una guerra á muerte, sin tregua ni descanso contra la sociedad entera. Así, en caso de que sea cogido, juzgado y condenado á muerte, mi padre no quedará deshonorado ni Baninelli comprometido. La casualidad me proporcionó los papeles; la generosidad del viejo amigo Rascón, los caballos y el dinero.

Vea usted lo que son las cosas, coronel,—continuó Juan,—si usted, aunque reconociéndome, disimula y no se da por entendido, habría regresado á su casa muy tranquilo, mientras ahora, dueño de los secretos que el destino ó la casualidad le han hecho saber, le pueden costar la vida.

—Entre soldados como usted y yo,—le respondió Relumbrón con cierto acento fanfarrón,—la vida, como dice la gente baja, importa un pito. La casualidad que ha hecho que me encuentre con usted, ha sido para mí una fortuna. Tengo grandes empresas y necesitaba precisamente un hombre tal como usted para asociarlo á ellas. A usted lo impulsa la venganza, á mí el dinero. Usted necesita reconquistar su posición y lo hará un día ú otro sin perjuicio de Baninelli; necesita usted vengarse y castigar á quien tiene secuestrada á su querida y recobrarla viva ó muerta; yo necesito mantenerme en la elevada posición en que estoy ya colocado y subir si es posible, pero nunca descender ni un escalón. Una familia que está acostumbrada á ciertas comodidades y hasta al lujo, tres ó cuatro muchachas á las que no se puede poner en medio de la calle, el juego que es la pasión que me domina, los amigos que me sirven pero que viven á mi costa, los

sastres y costureras, los caballos y los carruajes, las tertulias y días de campo y mil cosas más, no pueden hacerse con el escaso sueldo de un coronel. Subí y no puedo bajar. Desengáñese usted, lo primero que se necesita es tener dinero, y cuando se *tiene*, el público se inquieta muy poco de su origen, y el rico es siempre considerado y agasajado por la mayor parte de los pobres que esperan que un día ú otro les servirá de algo. Más de cuatro ricos podría citar á usted que merecen la horca ó el presidio y se sientan á la mesa del presidente y se tratan tú por tú con los títulos de Castilla.

Hubo un momento de silencio, y los dos se detuvieron y se miraron fijamente.

—Nos hemos entendido,—continuó Relumbrón.—Usted tiene ya el secreto de mi vida, y yo el secreto de su muerte. El día que yo lo denunciara, Baninelli caería en el más completo ridículo y usted... no sé ni qué decirle el papel que haría un muerto resucitado. Si usted me denunciara, ni quiero pensar en lo que me pasaría.

La muerte sería el menor de los males. Con que venga esa mano, y amigos, amigos para siempre.

D. Pedro Cataño tendió la mano y Relumbrón, con las dos, le dió tres ó cuatro apretones. Como se habían alejado mucho sin apercebirse de ello, voltearon caras con dirección á Tepetlaxtóc, donde ya los muchos conocidos que tenían habían notado su ausencia y los buscaban por todas partes, entre otros el capitán de rurales, que, restablecido con la curación y una hora de sueño, volvía á la fiesta y necesitaba que Relumbrón le diese sus instrucciones para el resto de la noche.

En la plaza de toros se había colocado un castillo con gruesas bombas y soles más de carbón que de pólvora:

Diéronle fuego, y fueron girando los soles con un chisporroteo opaco, llenando de humo todo el pueblo y reventando alternativamente las bombas, con un estrépito tal, que hacía ladrar á los perros de los reales situados á grandes distancias.

La famosa pulquería de Xochitl ardía, como suele decirse. Debajo del cobertizo tendió Evaristo un rico jorongo del Saltillo, sacó una baraja y un montón de morralla lisa y pesos falsos, y les puso el monte á los indios y rancheros.

Sentados en la banca de piedra, tres ciegos rascaban dos bandolones y un guitarrón, y los valentones, ya se acercaban y se ponían en cuclillas al derredor del jorongo de Evaristo y apostaban dinero á puños, recogiendo, si ganaban, pesos falsos y moneda lisa, ya taconeaban en unos tablones y haciendo mudanzas, frente á las *inditas de razón*, ó á mujeres que habían ido de los pueblos del valle á gozar de la gran feria.

En las calles, luminarias, toritos, bailando y echando chispas y cohetes al son de una chirimía y un tamboril.

Pepe Cervantes y Manuel Campero, personas muy correctas y arregladas, se retiraron, y las puertas de la Grande se cerraron á buena hora, pero la Chica quedó á disposición de los amigos.

D. Moisés, con sus *achichincles*, se instaló en el comedor y puso un *burlotito* con oro y plata, y no tardaron en acudir algunos de los hombres de á caballo de México, y los tenderos y gente riquilla de los pueblos.

Relumbrón se quedó en el pueblo y se instaló en la casa del alcalde, donde puso también un *burlote*, al que de preferencia concurren como apuntes los valentones, que era precisamente lo que deseaba.

D. Moisés, seguramente con su baraja mágica desplumó á todos los apuntes, mientras Relumbrón se dejó ganar por el alcalde y los valentones el montón de plata y algunos escuditos que tenía delante.


Se bebió, se bailó y se jugó toda la noche.

Al día siguiente, el pueblo de Tepetlaxtoc tenía un aspecto de desolación y de tristeza, como si una banda de cosacos hubiese entrado la noche anterior á robar y á degollar á sus habitantes. Las casas cerradas; la plaza y las calles solitarias llenas de basuras y de huesos de pato y de gallina que devoraban con furia los perros callejeros; uno que otro indio tlachiquero con su cuero y su acocote cargado en las espaldas, trotando con dirección á la loma á raspar los magueyes, y la aguda campana de la iglesia llamando á la misa del cura, que no dejaba un solo día de decir en cuanto salía la luz.



## CAPÍTULO XXXIV

### La Feria de San Juan de los Lagos

A moreliana acudió inmediatamente al llamado del platero, el cual le manifestó, con muy buenas razones, la necesidad de ayudar al hijo que tan bien *se les había logrado*, que ya era un coronel que trataba con lo más florido de la sociedad mexicana y que estaba comprometido en negocios *de alto interés* que debían darle unas utilidades fabulosas y tan seguras, como si ya estuviese el dinero en caja. Se guardó muy bien de explicarle qué clase de negocios eran, pues á haberlo hecho así, la moreliana, tan rígida, tan ferviente cristiana y que nunca había entrado en transacciones con su conciencia como el platero, se habría escandalizado y cortado para siempre sus relaciones y negado todo auxilio al hijo que se proponía seguir tan torcido y peligroso camino. Combinando de este modo y del otro, los dos antiguos amantes, la manera de sacar avante á su hijo, cuyo

talento y *cuyas buenas prendas* no se cansaron de elogiar, reunieron una fuerte cantidad para tenerla á disposición del hombre de negocios á medida que la fuese necesitando.

La moreliana, que casi nada gastaba en su persona y que lograba buenas cosechas en sus ranchos, lejos de tener dificultad le dió mucho gusto el poder hacer uso del dinero que tenía reunido y enterrado por miedo de ser robada, no obstante que en la comarca donde ella vivía se disfrutaba de la más grande seguridad.

Relumbrón, á causa de la invitación que le hizo Pepe Cervantes para el herradero, avisó á su compadre que difería el almuerzo para el domingo siguiente, y visto el buen resultado que tuvo para sus planes su paseo á la feria de Tepetlaxtoc, aprovechó el resto de la semana para dar la última mano á la organización del ejército de vanguardia que debía hacer sus primeras campañas en la Feria de San Juan de los Lagos.

El capitán de rurales obtuvo una licencia por tres meses, y bien la necesitaba para curarse de los moretones y boyos que tenía en el cuerpo, dejando á Hilario al frente de las escoltas, pero su principal objeto era cooperar al plan que tenía meditado Relumbrón. De común acuerdo se organizaron tres gavillas, ó partidas, ó bandas, ó como guste más al lector llamar á estos intrépidos guerreros que se proponían desafiar y combatir contra la sociedad entera.

La primera gavilla entraría en plena posesión del monte de Río Frío y camino de Puebla hasta Perote. Sería mandada por alguno de los muchachos más listos y más valientes de Tepetlaxtoc. Evaristo la dirigiría desde la hacienda de Río Prieto, donde debería residir como



administrador. La fábrica de moneda falsa en el molino de Perote estaría al cargo inmediato de Relumbrón y del platero, el cual haría frecuentes viajes con el pretexto de visitar á su compadre en sus nuevas posesiones.

Esta partida tomaría el nombre de *Roque*.

La segunda y más numerosa, sería mandada por el difunto Juan Robreño, resucitado con el nombre de don Pedro Cataño, que expedicionaría por la Tierra Caliente, y la tercera, que ocuparía los caminos del interior, la pusieron al mando de un muchacho de mala cabeza (que había venido de Guanamá con Cataño), borracho y pendenciero, pero muy audaz y valiente, que era ahijado de D. Domingo Rascón, y se hacía llamar Cecilio Rascón.

Repartiéronse entre los tres jefes los muchachos más atrevidos, por no decir desalmados, que concurren al herradero de la Grande. Los había de Guanamá, del Matehuala, del Jaral, del Mezquital y Tierra Fría, del Valle de México, de Tenancingo y de Chalco.

¡Pero qué muchachos! La flor y nata de los baladrones y malas cabezas de los pueblos y haciendas. Cada uno montado en un caballo de primera, con su espada debajo de la pierna, su reata en los tientos y una pistola más ó menos buena en la cintura. Ver maniobrar á esos verdaderos hombres de á caballo, daba gusto, especialmente contra los reclutas de caballería del ejército de línea, que custodiaban los caminos, á los que tenían especial ojeriza. Se habían medido con esta gente en varias escaramuzas aquí y allá, y siempre habían hecho rodar por los barrancos y piedras á los pobres indígenas que, cogidos de leva y no sabiendo qué hacer con su caballo y sus grandes espadas de acero y sus shakos hundidos hasta los ojos, caían al menor *encontronazo*. Le alzaban

pelo á los lanceros del general Arista y á los dragones de D. Juan Andrade, pero fuera de eso se rifaban con cualquiera tropa, inclusa la infantería de Baninelli. Ninguno de estos muchachos pasaba de treinta años.

Las reuniones eran en las noches en casa de Luisa. Relumbrón le había comprado una casa por el rumbo de Santa Clarita, y otra en Mixcoac, y las dos se las había compuesto con sus cielos rasos de manta, sus frisos pintados por D. Julio y sus muebles de lo mejor que había en las almonedas de la calle de Donceles. Cuando Luisa vivía en Mixcoac, la casa de Santa Clarita quedaba sola y Relumbrón podía disponer de ella para citas casuales ó extraordinarias, y la aprovechaba igualmente para tratar asuntos reservados. Allí concurrieron el falso D. Pedro Cataño y el valiente y honrado capitán de rurales D. Evaristo Lecuona. En una semana arreglaron sus fuerzas y, con pretexto de comprar reses y caballada, hacían por las tardes en los potreros de Balbuena que maniobraran los *muchachos*, y era un placer verlos acometer, sentar sus caballos y fingir que huían y repentinamente volvían caras con el lazo en la mano y lo tiraban sobre el que figuraba de enemigo, con una precisión tal, que si de veras hubiese amarrado el lazador á cabeza de silla, el lazado habría sido hombre perdido; en fin, mil otras cosas de destreza, de fuerza y de astucia, que causaba admiración. No eran esos hombres (que en general los llamaremos de Tepetlaxtóc, pues allí se habían reclutado), de esos ordinarios y rateros que se ocultan en las sucias casas de vecindad de los barrios de México y que tienen á gala llamarse el *Tecolote*, el *Matrero*, la *Zorra*, el *Correlón*, el *Trepa Casas*, y que se asocian con mujercillas *hilachentas* que se llaman la *Chinche*, la *Ga-*

*rrapata*, la *Frijolera*, que andan con las enaguas sucias y la faja llena de tlacos y cuartillas, no; nada de esas ordinarièces de cobardes rateros que esperan la oscuridad de la noche, detrás de una esquina para acometer al catrín que sale de la ópera y quitarle el reloj y los pocos reales que les dió vueltos el dulcero del teatro, y luego corren á ocultarse entre la basura y los paredones del barrio de *Tepito*, no; ellos eran de otra masa distinta de esos descendientes de los antiguos *encebados*, que por todo vestido tenían una *pichita* que dejaban en manos del sereno que los perseguía y seguían corriendo por las calles como su madre los parió, escandalizando á las viejas que salían de misa y silbados por los muchachos que entraban en la escuela y los perseguían tirándoles de pedradas; ellos eran cristianos verdaderos, que se llamaban Cecilio, Julián, Roque, Pantaleón, Cristóbal, y no cambiaban el nombre de su santo por el de ningún animal; oían su misa cuando podían, no se enconaban con un pañuelo sucio, ni con un sombrero viejo, ni con los cuatro reales lisos de un catrín. Cuando acometían era á cara descubierta, y no con la máscara de esos indios garroteros que tanto terror ocasionaron á ocho millones de habitantes. Cuando era necesario *rifarse*, *se rifaban*, se alzaban la lorenzana y entraban al pleito con la cara descubierta y se medían con *cuicos*, con gendarmes, con caballería, con escoltas y veintenas, con los diablos mismos, si á los diablos, que son de infantería, los hubiese ocurrido un día montar á caballo y entrar á la pelea con ellos. Si querían muchachas, no pensaban ni remotamente ir las á buscar entre las que se pasean por las noches en las Cadenas de la Catedral con las enaguas de indiana almidonadas, haciendo mucho ruido, diciendo

malas palabras y fumando su cigarrito, sino que se sacaban *al hombre* una rancherita, sana, colorada, gorda y hasta rubia, ya de un pueblo, ya de un rancho, la montaban en la silla y echaban á galopar, y si los perseguían, hacían uso de su pistola y doblaban de un balazo al alcalde, ó al mayordomo de la hacienda, ó á cualquiera que tratase de quitarles á su prenda. Pocas veces cargaban cuartillas en el bolsillo, y de una manera ó de otra siempre tenían un par de pesos para convidar á pulque á los amigos y á *naide* le pedían ni agua.

Tales eran, en lo general, los muchachos que reclutó Relumbrón, la mera aristocracia de la raza de hombres que, sin ser españoles, sino meros mexicanos, tampoco son indios, que no saben el significado de la palabra miedo, y dispuestos lo mismo á un pronunciamiento como á una corrida de toros ó un coleadero, ó á lo mismo que al trabajo del campo ó á las aventuras del camino real. Ya se ve que la banda de enmascarados, Evaristo incluso, eran una verdadera farsa, y que lo que faltaba á los valentones de Tepetlaxtóc era una organización, un jefe ó jefes que los mandase y los mantuviese unos días, mientras ellos podían ganar su vida honradamente.

Sin que nadie se los dijera, ni mucho menos Relumbrón, adivinaron que ese debería ser un día más tarde ó más temprano su verdadero jefe, y que de pronto tenían por lo menos un protector, y un hombre de dinero y de relaciones en la capital que les daría *su valenteada* cuando se les ofreciese. En cuanto á la subsistencia diaria, Evaristo les había prometido que no les faltaría, y en efecto, se les designó un peso diario, mientras que se disponía saliesen de la ciudad para recorrer el país en busca de lances y aventuras.

Evaristo y Relumbrón arreglaron muy fácilmente este asunto. Se aumentarían las escoltas del camino, bajo el pretexto de que se había organizado en la *Malinche* una numerosa banda, y ese sueldo se aplicaría á los valentones. Y bajo el pretexto de estar la tropa que formaba la escolta colocada á lo largo de un camino de más de sesenta leguas, no se podía pasar revista de presente. La tesorería federal, en resumen, pagaba los muchachos que iban á operar de cuenta y mitad con el hábil financiero hijo de la virtuosa y rica moreliana.

Muy puntual estuvo Relumbrón el domingo fijado para el almuerzo. Se trataba nada menos que de la cuestión de fondos, y los necesitaba, pues la feria de San Juan estaba muy cercana y no había que perder tiempo. Las festividades de Tepetlaxtoc le habían costado un pico regular.

La cocinera del platero hizo un almuerzo de chuparse los dedos, todo de platillos mexicanos del gusto de su amo y de Relumbrón, pero no omitió, en cuanto observó que se encerraban en la sala, de fingir que salía para dejarlos solos, y regresar á poco rato de puntillas y aplicar alternativamente el ojo y el oído al agujero de la llave y enterarse de cuanto pasaba entre los compadres y de oír y retener bien en su memoria lo que platicaban.

Relumbrón refirió minuciosamente á su compadre cuanto le había pasado en la hacienda Grande y en el herradero, su encuentro y amistad con el guapo rancharo de Guanamé (sin revelarle ni su verdadero nombre ni su historia), su intimidad relativa con los más guapos muchachos del pueblo, la recluta milagrosa que hizo (sin dar la cara), la organización admirable que había dado á sus fuerzas en menos de una semana, y la

probabilidad de dar mucho que decir (sin que remotamente apareciese su nombre) en la próxima feria de San Juan.

El compadre, tímido y algo irresoluto, y volviendo á su tema del infierno, no dejó de cansar á preguntas y á observaciones á Relumbrón, pero al último se dejó vencer por diversos y sólidos argumentos, y dijo á su compadre que el dinero (aunque no mucho), estaba listo y que él había ya comenzado á ocuparse de construir ó adquirir (sin que nadie lo supiera) cuanto fuese necesario para la acuñación de moneda falsa, que saldría mejor que la de las casas de moneda.

—Este negocio, sí me gusta, compadre, —añadió, —y no me remuerde la conciencia. ¿Qué derecho tiene el gobierno para adjudicarse el monopolio de la fabricación de moneda? Si se dejara en libertad á los particulares para que cada uno acuñase su moneda, ya vería usted cómo se iba perfeccionando y sustituyendo ese horrible zopilote (alias águila) que está grabado en los pesos y onzas mexicanas.

Cuando hubieron concluido su conversación, abrieron la puerta y pidieron el almuerzo. La cocinera, mientras se cocían los manjares á fuego lento, había tenido tiempo de aplicar alternativamente el ojo y el oído al agujero de la llave, y de enterarse de cuanto dijeron los compadres en su importante conferencia.

—

Yo no sé si el mes de Diciembre de cada año es hoy tan alegre en México como en los tiempos á que se refieren los acontecimientos de nuestra larga historia.

El 8 de diciembre Nuestra Señora de la Concepción;

el 12, el gran día de Guadalupe; el 24, la Noche Buena seguida de la Pascua, y el Año Nuevo para cerrar la serie de novenarios de *luces* y de festividades religiosas que se enlazaban íntimamente con las escenas de familia.

En casa de las Conchas y las Guadalupe, que las había en abundancia, muy bonitas, de precisión había de haber comida y baile, ó día de campo; después, las *Posadas*, y las había aún en las pobres casas de vecindad de los barrios, y al último los Manueles de Año Nuevo, que no se quedaban atrás en divertirse con su familia y amigos. El mes de Diciembre, en resumen, era un mes bendito, y las prácticas religiosas daban lugar á todo género de diversiones. Para el comercio era, de consiguiente, un mes maravilloso. Platerías, tiendas de ropa, vinaterías, cafés, fondas, hasta la plaza del mercado tenían un movimiento excepcional, con motivo de las cuelgas, de las comidas espléndidas y de las cenas con que terminaba cada noche la jornada de los peregrinos que caminaban á Belén.

Poca cosa era esta serie de días festivos, que no concluían en la capital sino en los primeros días del nuevo año, con lo que pasaba en el interior. Querétaro triste, solo, austero, mejor dicho, muerto todo el año y con sus palacios cerrados y polvorientos, parece que resucitaba; las festividades se sucedían unas á otras como en México, pero había una especial que conmovía y llenaba de alegría y de entusiasmo, no sólo á los queretanos, sino á todos los pueblos situados en esa maravillosa llanura que se llama el Bajío, y que termina en las montañas de Plata de la capital del Estado de Guanajuato. Esta festividad era el Rosario de Celaya.

Una imagen de bulto de la Santa Virgen, rodeada de

los curas de los pueblos cercanos y de los religiosos de diversas órdenes monásticas, y seguida de más de ocho mil personas con velas y cirios de cera en la mano, salía en la noche de Querétaro, y por los callejones de cercados de fruta del pueblo de Apaseo, se dirigía á Celaya, donde llegaba al amanecer, y esa especie de colosal serpiente luminosa que se retorció y deslizaba, siguiendo los tornos y accidentes del camino en medio del silencio de una noche pura y diáfana alumbrada por las scintilantes estrellas del cielo, tenía algo de fantástico y como de sobrenatural, que no era posible explicar, pero que sentían todos los que formaban parte de esa piadosa peregrinación.

Pero las festividades de la capital, las del interior, y el Rosario de Celaya eran poca cosa comparadas, si comparación es posible, con la feria de San Juan de los Lagos. La de Tepetlaxtóc no era más que una farsa de indios.

Lagos, camino de Guadalajara, es una villa situada en un terreno pedregoso y árido; San Juan, que le sigue, es todavía más triste, y si Querétaro, con todo y sus grandes casas, sus portalerías y sus calles rectas tenía todo el año un aspecto melancólico, San Juan parecía positivamente abandonado por sus habitantes, que no volvían á su hogar sino cuando se acercaba la feria.

¿Por qué se eligió para esta cita anual de todo el comercio de la República, un pueblo pequeño, triste, árido, con pocas casas para tanta concurrencia, sin paseos, sin teatros, sin portalerías, sin nada que lo pudiera hacer cómodo y agradable, y sin más atractivo religioso que un pequeño santuario en un cerro, y cuya Virgen no tiene como otras tanta fama de ser milagrosa?



La verdad es que no se sabe ni aun la época fija en que comenzaron esas ferias y su desarrollo progresivo hasta á hacerlas famosas en las ciudades manufactureras de Francia, Inglaterra y Alemania y que fuese una cita general para nacionales y extranjeros.

En París se preparaban surtidos especiales de mercería fina y ordinaria y de telas de algodón, lino y seda de colores chillantes y dibujos fantásticos, y se embarcaban con anticipación en los pesados paquetes de vela que venían á Veracruz procedentes de Burdeos y el Havre de Gracia.

En Liverpool y Hamburgo se cargaban hasta la cubierta unos barcos fuertes y veleros que daban la vuelta al Cabo de Hornos, y después de cuatro ó cinco meses de una peligrosa navegación venían á fondear en San Blas y Mazatlan, y de allí, atajos de mulas conducían la lencería inglesa y alemana, el cristal y la loza á la feria, y de este modo llegaban con la más grande exactitud, teniendo tiempo bastante para encaminar las mercancías, establecer sus almacenes en San Juan y hacer cambios y ventas que llegaban á muchos miles de pesos.

De Veracruz, ni se diga. Entre la sedería de lujo y los mil dijes y curiosidades de la joyería y mercería francesa, que mandaban á México para el consumo del mes glorioso de Diciembre, y lo que reservaban y encaminaban á su tiempo para la feria, quedaban los almacenes vacíos y aprovechaban la ocasión para salir de las *mulas* que no habían podido vender ni á la mitad del precio.

De Chihuahua venían unos carros que parecían casas, tirados cada uno por diez ó doce mulas gigantes, pues pasaban de siete cuartas, y carreteros, mayordomos y

gente que escoltaba el cargamento para defenderlo de los indios bárbaros, tenían un aspecto salvaje é imponente. Todos eran altos, fornidos, de barbas espesas y negras y vestidos con unas blusas encarnadas y unas botas de grueso cuero hasta el muslo y en su cintura cartuchos, pistolas y puñales. Los valentones de Tepe-tlaxtoc lo habrían pensado mucho antes de medirse con estos fronterizos. Los carros venían llenos de algodón, de cueros, de barras de plata y de cobre, de tejos de oro y de mil otros productos de esas lejanas tierras.

De Nuevo México venían numerosas pastorías de esos carneros de fino y espeso vellón blanco, todos con la cabeza negra que no se han vuelto á ver más por el interior: de Tejas venían igualmente carros parecidos á los de Chihuahua, cargados de lienzos de algodón ordinarios, de loza corriente y de ferretería é instrumentos de labranza.

De las diversas haciendas de Tamaulipas, especialmente de los potreros de D.<sup>a</sup> Rita Girón, salían partidas de mulas que eran vendidas al más alto precio á causa de su alzada y de su hermosura. Ni en las ferias de Andalucía se veían mejores. Los chalanes las compraban relativamente baratas, formaban troncos y los vendían á su regreso á la capital en 500 y 600 pesos cada uno.

Lo que era muy mentado y buscado en la feria, eran los caballos de las haciendas de Guanamé y el Sauz. D. Remigio nunca dejaba de mandar de mil á mil y quinientos escogidos, y se vendían desde 40 á 100 y 200 pesos, y con esto sólo, bien lo puede concebir el lector, que el padre de Mariana tenía una renta anual que bastaba para comer, desperdiciar y todavía sobraba. Parte de

este dinero iba á dar á las cajas de madera de Agustina, y parte quedaba en la hacienda en poder de D. Remigio.

Lo que llamaba la atención en la feria era la cantidad y la variedad de dulces. Camotes de Querétaro, camotitos de Santa Clara de Puebla, calabazates de Guadalajara, ubate de Aguascalientes, guyabates de Morelia, el turrón y *colación* de México, pero todo con tal profusión y de tan bella apariencia, que daba gusto el recorrer las hileras de mesas llenas de esas golosinas que formaba una larga calle. En la mayor parte de esos puestos, adornados con flores y guirnaldas de papel de colores, abundaban las velas de cera de todos tamaños, gruesos y colores.

Era también muy singular y curiosa la reunión de mujeres de los diversos Estados. Separados unos de otros por grandes distancias y difícil y costosos los viajes, las gentes de cada localidad no se movían nunca de su casa sino de tarde en tarde y por una forzosa necesidad, de modo que una mujer de Chihuahua, una jarocho de Veracruz ó una china de Puebla eran como extranjeras y como objetos de curiosidad. ¡Qué diferencia entre una mujer de la frontera, blanca como el alabastro, con su abundante cabello negro, vestida con un traje azul hasta el cuello y pegado al cuerpo, y una china poblana (que va siendo cosa rara) ampona, con dobles y triples enaguas, su castor encarnado con lentejuelas de oro, su rebozo al hombro y su pierna desnuda. Eran estos dos tipos, y otros que se pueden citar como de diferentes y lejanas naciones, pero en la feria se encontraban poblanas, tapatías, zacatecanas, aguascalienteñas, sanmiguelenas, queretanas, sanluiseñas, tamaulipecas, chihua-

hueñas, morelianas, sinaloenses, poquísimas de Oaxaca, una que otra jarocho y ninguna de los Estados del Sur, de la costa del Golfo.

Caminaban en burros, en mulas, en caballos, en carros de dos ruedas, entrapajadas y sucias de polvo y lodo, con sus sombreros de petate encajados hasta los ojos para no quemarse con el sol, pero llegando á San Juan se aseaban, se ponían sus mejores trapitos y comenzaban á circular, curiosas y vivarachas, por las calles é improvisadas plazas, llenando de alegría y de animación la festividad comercial y religiosa. Podía el viajero comparar la sal y garbo de las tapatías, poblanas y zacatecanas, con el reposo y frialdad de las blancas y robustas fronterizas, y conocer y apreciar la belleza ó fealdad relativa de las mujeres de los diversos Estados de la República, tan distantes unos de otros como París de Berlín, ó Madrid de Burdeos.

El pueblo polvoriento y sucio los once meses del año, se vestía de limpio y se lavaba la cara el mes de Diciembre. Las fachadas de las casas se sacudían ó se pintaban de nuevo de blanco y de diversos colores, la iglesia se cubría de colgaduras rojas, de macetas de flores y de ramos, y alumbrada día y noche con velas de cera en todos los altares. Las calles pedregosas se medio arreglaban, y los caminos y avenidas se disponían de modo que fuese más fácil el tránsito de tanto coche, de tantas recuas de mulas, carros grandes y pesados, y de dos ruedas y ligeros, que conducían de todos los ángulos de la República, pasajeros y mercancías.

Entre las villas del interior, San Juan pasa por ser una de las más grandes, pero en Diciembre era una verdadera bicoca; pero esta falta se suplía con una ciudad im-

provisada en menos de un mes que rodeaba el cerro y el pueblo de piedra. Tajamanil, vigas apenas labradas, clavos y muchas piezas de lona y de lienzo de algodón ordinario eran los materiales para estas ligeras construcciones. Plaza de Gallos, Teatro Principal, donde representaban sainetes las compañías de la legua y á veces hasta comedias enteras desempeñadas por los actores de México; salón de títeres, cafés, fondas y hoteles, pero todo de lo más frágil, de lo más ligero; un huracán se habría llevado en cinco minutos á toda esa nueva ciudad y en diez un incendio la habría reducido á cenizas. Los hoteles eran de lo más originales y cómicos. Un gran cobertizo, formando una galería de cincuenta ú ochenta varas de largo por seis ú ocho de ancho. Las divisiones entre cuarto y cuarto, consistían en una cortina de manta ordinaria, por cuyo tejido, sin necesidad de hacer un agujero, se podía ver lo que pasaba en casa del vecino. Los muebles consistían en un catre de tijera, con ó sin colchón, una pequeña mesa de madera y dos sillas, un candelero y un cacharro de barro, para lo que pudiese ofrecerse á media noche. Los matrimonios, verdaderos ó improvisados, que tenían en algo el pudor y el aislamiento en ciertas horas críticas, tenían que añadir sus jorongos al débil y transparente lienzo que los separaba de los vecinos. Cada uno de estos cuartos valía por una noche cuatro pesos, y tomándolos por la temporada, tres pesos diarios, por supuesto, sin asistencia ni comida. La fonda, de una construcción tan ligera como el hotel, estaba en frente, y los precios en relación con el alojamiento. Cuando llovía ó venteaba el agua pasaba á chorros por los débiles y mal colocados tejamaniles del techo, y las divisiones de lienzo arrancadas por el viento

volaban y desaparecían, dejando á la vista que recorriera el curioso espectáculo de muchas gentes de los dos sexos que, creyéndose solas y en su casa, se encontraban repentinamente á los cuatro vientos. Afortunadamente había poca luz, pues las iluminaciones rojizas, medio apagadas y los farolitos con velas de sebo no dejaban ver todas las maravillas que se hubiesen descubierto con el alumbrado de gas ó con los modernos acumuladores eléctricos.

Las casas de cal y canto del pueblo, algunas muy amplias y dispuestas para el objeto, se arrendaban en precios fabulosos. Los ricos comerciantes de Mazatlan pagaban mil y dos mil pesos por la temporada.

Después de la ciudad de piedra, seguía la de madera, y después los campamentos. Los cincuenta ó sesenta carros de Chihuahua con sus muladas, ocupaban un espacio inmenso en el declive de la loma, y allí formaban un paralelogramo extenso, en cuyo centro colocaban los tercios de algodón y de otras mercancías, cubriéndolas en las noches con gruesos abrigos impermeables. El carro que contenía la plata, estaba vigilado día y noche por una guardia, lo mismo que la entrada de esa especie de plaza fuerte, y la oficina y el despacho estaban en otro carro vacío, y allí se hacían los cambios, las compras y ventas y tenían su casa con recámaras, comedor y dispensa los dueños ó dependientes, mucho mejor abrigados y cómodos, se supone, que los desgraciados viajeros que se veían forzados á tomar un cuarto en los hoteles de que hemos hablado. Los carros de Coahuila y de Tejas, á cierta distancia tenían la misma organización. Formando un semicírculo se colocaban los hatos de las diversas recuas de arrieros, que conducían de todas partes

del país vinos, aguardientes, ropa, semillas y cuanto Dios creó, y se esperaban todo el tiempo de la feria para lograr carga de retorno.

Más adelante, y formando horizonte, se establecían las pastorías de carneros de las haciendas de Coahuila, Chihuahua y Nuevo México, desperdigándose un poco por aquí y por allá buscando y arrancando con trabajo la escasa yerba que nacía en aquel terreno pedregroso y que no dejaba de estar fresca y apetitosa por las lloviznas del invierno.

Los caballos de Guanamé, del Sauz, de Tamaulipas, de Coahuila y de otros puntos, la mulada de D.<sup>a</sup> Rita Girón estaban á mayor distancia en corrales formados de vigas, y atendidos con buenas pasturas, pilas de agua y revolcaderos. El alto precio á que se vendían, valía la pena del gasto. Los cerdos y burros, también en corrales, cerraban este inmenso círculo, que, como hemos dicho, hacía horizonte y se perdía de vista entre los pliegues del terreno. Cuando en la madrugada se disipaba la niebla que, como un inmenso abrigo, cubría en la noche todo ese conjunto disímulo de casas, de barracas, de corrales, de gentes dormidas y de animales despiertos que daban al viento sus diversos y variados tonos, y el sol aparecía en el horizonte y levantándose con majestad en el ancho y despejado cielo, iba matizando con sus relucientes rayos de oro las diversas escenas á que daba lugar la reunión al aire libre de tantas gentes y de tantos objetos distintos, el paisaje en conjunto presentaba un aspecto grandioso y de una novedad que atraía á multitud de personas ricas del interior, que, sin tener negocios ni comercio, se pasaban ocho ó quince días, no sólo contentos, sino casi locos, viviendo en sus coches,

que eran salones de recibir y comedores durante el día, y recámaras muy abrigadas en las noches. A las ocho de la mañana comenzaba el movimiento en todos sentidos. El desayuno era lo más urgente, y la variedad de panes, bizcochos y bebidas calientes, y las ordeñas de gordas vacas negras que se establecía en el centro de la ciudad improvisada, los gritos particulares de los que vendían sabrosas golosinas, y las músicas ambulantes de bandolones, guitarras y jaranitas que preludiaban cancioncillas del país, para llamar la atención de los muchos que iban y que venían, y adquirir así algunos cuartos para comenzar el día, y el andar garboso y los vestidos singulares y provocativos de las tapatías, zacatecanas y poblanas y el afán de los comerciantes y vendedores de mil y mil cosas raras y curiosas, como los guajes y tecomates de Morelia, y los muñecos de barro de Colima y los jarros y loza de Guadalajara, y las muchas frutillas secas desconocidas en México, y los muchos y primorosos fustes, frenos, cabestros, aparejos, reatas, frenos espuelas, y frenos de Amozoc, y los coches, carros y atajos que llegaban y buscaban local para establecerse, y para que este cuadro variado se completase con una pincelada de maestro, las puertas de la capilla se abrían de par en par, los altares se iluminaban con profusión con cirios de cera, las campanas con sus sonidos agudos llamaban á los fieles, y el cura revestido con una pesada casulla bordada de oro y rojo, sacaba la custodia del sagrario, y con fe y ternura bendecía á los miles de gentes que se reunían en San Juan en esta época del año.



## CAPÍTULO XXXV

### Viaje de Relumbrón

**R**ELUMBRÓN, no sólo obtuvo licencia para pasearse en la feria todo el tiempo que se le diese la gana, sino que el Presidente le comisionó para que de paso visitase Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes y Guadalajara, para que observase cómo se portaban los gobernadores, y el estado de la opinión pública, pues ya se andaba diciendo que Valentín Cruz había vuelto á reunir gente, que de un día á otro se repetiría el motín de San Pedro y que el gobernador, que era rival secreto del Presidente, cerraría el ojo y dejaría que, sin responsabilidad suya, prendiese el fuego revolucionario. En efecto, el nuevo gobernador de Jalisco era uno de esos viejos militares, valiente, testarudo, muy dominado por la Iglesia, no por cierto muy amigo del Presidente y aspiraba sucederle en el mando.

Con tales ínfulas, Relumbrón creyó, y no sin funda-

mento, que sus negocios serían más lucrativos, más fáciles y podría dirigirlos él mismo, dejando para el regreso la visita secreta á otros Estados.

Mandó con anticipación tomar dos de las más amplias y mejores casas que conocía en San Juan, pues no era la primera vez que visitaba la feria, una destinada para él y sus amigos, y otra exclusivamente para D. Moisés, con sus gurupíes y dependientes.

Desde principios de Noviembre, los medios de comunicación con la capital de Jalisco, con Lagos y con San Juan se aumentaba de cuantas maneras era posible. Los coches de la casa de Diligencias hacían viaje diario en vez de tres cada semana, y en Diciembre aumentaban sus postas y hacía correr dos ó tres coches. Además las carrocerías de México y Puebla tenían siempre listos un número de enormes *bombés*, que bastaba á los pedidos, pues ya los jugadores, ya los comerciantes ricos ó ya familias enteras que querían divertirse, preferían las comodidades que presta un carruaje particular y con chicos, criadas, colchones y hasta muebles y una dispensa bien surtida, hacían en esa especie de casa ambulante doce ó quince días de camino y llegaban sin tener, como hemos dicho, necesidad de buscar mesón ó casa, pues se acomodaban como podían para dormir dentro del mismo coche y almorzaban y comían en cualquiera de las fondas y todo entraba en la diversión.

D. Moisés tomó uno de esos coches; le acompañaban dos gurupíes, el contador tesorero y un par de criados, en la tablita. Dentro del coche, en las cajuelas, colocó con muchas precauciones dos talegas de onzas de oro, y algo en plata para los gastos del camino, y delante y detrás del pesado carruaje, baules y cajas con ropa, provi-

siones y vinos exquisitos en abundancia. Las sillas, mesa, carpetas verdes, candeleros, camas, colchones y muebles para la casa de juego y para la de Relumbrón habían marchado con anticipación en dos carros. En una palabra, era un tren de príncipes.

Relumbrón caminaba detrás á poca distancia en su carruaje propio, muy elegante y dispuesto para cuanto podía ofrecerse en un camino donde no abundaban los mesones y buenas fondas, que hoteles no se conocían más que en las casas de diligencias, mejora de importancia para los caminantes que había introducido el amo D. Anselmo, dueño de las líneas de diligencias y patrón de nuestro conocido el cochero Mateo.

Desde el carruaje y ocupando, medio acostado y reclinado en cojines, toda la testera, iba Relumbrón, y en frente, en el vidrio, el licenciado Lamparilla, que era ya abogado y agente de negocios de la casa con cubierto diario en la mesa y una muy buena *igualada* anual.

Los galleros habían partido un mes antes acompañados de carpinteros, amarradores, criados y cuantos más elementos eran necesarios para construir una amplia plaza y desafiar á todos los galleros del interior, con los cincuenta soberbios gallos de Jalapa y de otras poblaciones del Estado de Veracruz.

Sotero el chalán había recogido cuanto caballo lacrado y mañoso encontró en la ciudad, y caminaba á jornadas cortas, cuidandó y engordando sus animales, para salir de ellos á buen precio, á dinero ó por medio de cambalaches, que al fin todo era ganancia, pues que Relumbrón daba el dinero.

D. Javier Eras, con *Mariano, la Monja, el Chino* y otros picadores iban á tentar fortuna y á construir de

cualquiera manera una plaza de toros, y D. Chole con ocho mujeres que cantaban y bailaban y sus cajones de titeres, caminaban poco á poco, en dos carretones de dos ruedas tirados por mulas flacas.

El camino real de la ciudad de México al interior, muy transitado en todo el año, en los meses de Noviembre y Diciembre no podía bastar á tanta gente de á pié, á tantas recuas de mulas, cargadas de cuantas mercancías son imaginables, de tantos coches bombés, es decir, en forma de globos, tirados por ocho ó diez mulas, de tantas partidas de rancheros y de mujeres caminando en bandadas, cantando, riendo, comiendo y durmiendo la siesta en las orillas del camino; una aglomeración, en fin, como quien dice, del mundo entero que salía de su casa y se encaminaba á la feria de San Juan de los Lagos. Las peregrinaciones al Sepulcro de Mahoma, las ferias de Sevilla, las verbenas de Cataluña, las kermeses de Francia, serían iguales, pero no superiores por la numerosa concurrencia, por el movimiento, alegría y riqueza de la gran feria mexicana.

Muy despacio, con dificultades á cada paso y envueltos en espesas nubes de polvo calizo, caminaban nuestros personajes en la forma que hemos apuntado. Rendían su jornada, se alojaban como mejor podían, ó se quedaban en un rincón del camino ó en un mal jacal; pero el buen humor no se acababa, y Relumbrón y Lamparilla, con todo y su bambolla, hicieron cartorce días de camino, y noches hubo que tuvieron que quedarse dentro del coche, abrigados en una milpa.

En cuanto á los muchachos y valentones, unos servían de escolta á D. Moisés y á Relumbrón, y los demás á las órdenes de sus jefes, pero de pronto caminando

solos ó en grupos desperdigados y confundidos entre la multitud de viajeros y entendidos que se reunirían en la feria, donde se les daría una final organización. Entre tanto ganaban su peso diario y manos limpias, pero advertidos de no desmandarse mucho, pues acaso el coronel, que era su protector, no tendría medio de salvarlos de un mal paso, si eran cogidos y sumidos en la cárcel en tierra extraña. Jalisco era una tierra extraña, necesitaban conocer las gentes, y no se sabía qué clase de jueces, ni de *cuicos* y *soplones* habrían por esos barrios de Dios. La partida de D. Pedro Cataño debería tomar más adelante un color político, si convenía, pero de pronto ni pensarlo, ni había para qué. Cualquier intento de pronunciamiento ó aun de simple motín habría espantado al comercio de todo el país, y adiós feria, que acabaría en un abrir y cerrar de ojos. Así la gente que había reclutado Relumbrón de pronto contribuía con las escoltas que estaban tendidas de México á Querétaro, de Querétaro á Guanajuato y de Guanajuato á Jalisco, á la completa seguridad del camino.

No obstante estas prudentes y arregladas instrucciones, dictadas en bien del comercio, los muchachos y valentones prometían obedecerles, pero hallándose á caballo, con armas y chinos libres por esos mundos de Dios, se proponían divertirse, pero no perder el tiempo, y pescar cuanto les viniese á la mano. En llegando á la feria entre dos mil, tres mil, quince mil personas, ¿quién los había de conocer, ni qué caso harían sus jefes de ellos? Se proponían caer á las partidas, hacer *Espíritu Santo* (1),

---

(1) *Espíritu Santo*. En el lenguaje de los jugadores quiere decir apagar las luces, hacer ruido, dar golpes á los puntos, introducir la confusión y el espanto, robarse el dinero y escapar.

sin perdonar ni á la de D. Moisés, y largarse con las bolsas llenas de onzas de oro á buscar fortuna á otra parte. Así fueron platicando y urdiendo sus tramas en el camino, y como todo tiene fin en esta vida, nuestros personajes y cuantos conocidos y desconocidos ocupaban el camino real fueron unos tras otros llegando á la feria.

Cuando el coche de Relumbrón paró en la puerta de la magnífica casa que había alquilado en San Juan, la feria comenzaba en esos momentos, y el espectáculo era de tal manera sorprendente, que antes de entrar en los aposentos, que ya estaban amueblados y dispuestos, se detuvo en el portal y permaneció mudo y abismado queriendo abarcar y escudriñar con su mirada la nueva ciudad improvisada y construída á continuación de la antigua, y que, siguiendo las ondulaciones del terreno, formaba como una caprichosa tela pintada por un maestro, representando un pueblo extraño, medio oriental, medio ruso, parecido á todo menos á lo que de ordinario se ve en México ó en el centro de la Europa.

En efecto, la feria en ese año era mucho mejor que la de los dos años anteriores, y habían concurrido á esto diversas circunstancias. La paz se había conservado en el país durante el año, y con excepción de algunas partidas de merodeadores, tan insignificantes como los indios enmascarados de Evaristo, los caminos estaban seguros, las haciendas y aldeas tranquilas, y lo más positivo y serio que había acontecido era la reunión de los valentones de Tepetlaxtoc; pero aun no era posible conocer el resultado, pues iban á estrenarse en la feria misma. De Valentín Cruz, ni quien se acordara, se había sumido completamente, desde que supo que el licenciado Bedolla había sido mandado á la isla de los Caba-

llos, y que Baninelli, con su regimiento, ya repuesto y que contaba 1,200 plazas, venía de guarnición á Jalisco. Habían llegado á Mazatlan tres fragatas procedentes de Liverpool. Los agiotistas y contrabandistas habían hecho un negocio con el gobierno ahorrando el 50 por 100 de los derechos, y ocho ó diez mil tercios de géneros y mercería inglesa estaban ya en la feria.

A esto se añadió que el gobernador de Jalisco había mandado á San Juan una fuerte guarnición y llenado todo el camino de escoltas de buena caballería, mientras el prefecto de San Juan, hombre activo y de progreso, había arrendado el terreno muy barato, dirigido la construcción de la nueva ciudad de madera y ordenado la colocación de los mercaderes. Había de Norte á Sur, y de Oriente á Poniente anchas y espaciosas calles tiradas á cordel y que tenían nombres adecuados. En la calle central, que era la más ancha y se llamaba de la *Alegría*, estaban de uno y otro lado los llamados hoteles, las fondas y puestos de fruta y de dulces, las músicas ambulantes, los teatritos pequeños, los títeres, los bailes, las neverías y refrescos, los muñecos de barro, los tecomates de Morelia, la cecina de Tamaulipas, los quesos de la Barca y de Sonora; en una palabra, cuanto es agradable al olfato, á la vista y al oído, omitiéndose por pudor la descripción numerosa é íntima de lo que pasaba en las barracas habitadas en aquellos días por multitud de muchachas amables, bonitas, salerosas y francas de casi todas partes de la República, sin que faltara alguna que otra francesa y norte-americana.

La calle de Mazatlan era, por su riqueza, la más famosa. No habiendo capacidad en las casas de la villa

para almacenar tanta mercancía, estaban colocados, de uno y otro lado, formando la calle, los quince ó veinte mil tercios de mercancías, procedentes de los puertos del mar del Sur, abrigados en las noches, ó de día, si llovía, con telas embreadas para preservarlos de todo daño. Los diferentes dueños de estos cargamentos tenían el escritorio en las casas alquiladas en la villa, y allí trabajaban, comían y dormían mientras sus dependientes, al cuidado de los fardos, enseñaban en la calle las muestras de lo que tenían á disposición del público, y era de ver la variedad de pañuelos y pañolones de seda, de brillantes colores, la variedad de indianas, las frescas y blancas piezas de lino de Irlanda, las docenas de medias de hilo de Escocia, los cortes de vestidos de brillantes colores para señoras, los estampados para la clase pobre, los paños y casimires para trajes de hombre, la infinidad de espejitos, de anillos, de adornos de tocador de loza y cristal, de juguetes para niños, de mil cosas curiosas de todas partes del mundo y aun de China, pues únicamente en San Juan era donde cada año se encontraban esos maravillosos chales de China que eran la delicia y usaban las ricas y principales señoras de Guadalupe, de México y de Veracruz. Apenas bastaban dos días para enterarse y ver lo que había expuesto en la calle de Mazatlan.

En la calle de la Azúcar se encontraban cargamentos inmensos de las azúcares de Veracruz, Cuautla, Cuernavaca y Matamoros, y de piloncillo de Linares y Monterrey, y además, cacao de Tabasco y Soconusco, vainilla de la costa del Golfo, cañas de azúcar, dátiles, plátano pasado, quesos de higo y de tuna, palanquetas de nuez de Pachuca, cuero de membrillo, tamarindos de Páz-



cuaro y quién sabe cuántas otras confecciones por ese estilo.

En la calle de las Pieles se encontraban zaleas de piel de carnero, esponjadas y teñidas de colores, pieles curtidas de tigre y de pantera, grandes cueros de cibolo y de gamuza, industrias casi únicas de los indios salvajes de las praderías fronterizas y pieles de chivo para charreras y tapa fundas, y allí había también un surtido muy interesante de sillas de montar, aparejos, atarrias bordadas y fustes de Querétaro.

La fantasía y la actividad del prefecto influyó mucho ese año en el sorprendente éxito de la feria y la clasificación y reunión de mercancías análogas formando calles, agradó á los comerciantes, facilitó las ventas y cambios y proporcionó una diversión nueva y continua á los viajeros y simples curiosos.

Serían las nueve de la mañana cuando Relumbrón llegó á la puerta de su casa de Lagos, ya todo el comercio estaba organizado, habían quitado las cubiertas de petate y encerado á sus fardos, adornando y arreglando sus instalaciones; las muchachas, garbosas con sus rebozos de seda y sus camisas blancas y limpias, sus piernas desnudas y sus piés pequeños calzados con zapatos de seda de color, recorrían contentas las callés; las músicas de guitarras y jaranitas preludiaban sus alegres aunque un poco monotonas canciones, y el movimiento de carruajes y carretones de arrieros y de gente de á caballo era continuo, tanto que parecía que la feria toda se trasladaba á otra parte. Los animales, según sus diferentes especies, dejaban oír su voz, pidiendo su almuerzo ó reclamando la cena de la noche anterior; en fin, ruidos extraños y diversos, risas sonoras, carcajadas es-

trepitosas, gritos, chiflidos y no pocas interjecciones que no es necesario escribir, y todo esto bajo un cielo azul purísimo, y un sol de invierno cuyo ardor templaba un airecillo frío y picante que de cuando en cuando venía de las montañas.

Relumbrón no pudo resistir, y á pesar del cansancio y del polvo de que estaba cubierto hasta las cejas y pestañas, en vez de entrar descendió por la calle del costado de casas que en suave pendiente conducía á la plaza, que era el punto donde comenzaban las nuevas construcciones y partían las pintorescas y concurridas calles de que hemos hablado.

—Todas estas riquezas podrían ser mías en dos horas. Una sorpresa de los desalmados valentones de Tepetlaxtóc podría acabar con una guarnición descuidada y dispersa, y los comerciantes no podrían organizar una defensa... ¡Qué dicha! En dos horas ser rico, riquísimo, dueño de millones, porque millones hay aquí como quien dice tirados en este triste pueblo y en estos campos estériles. D. Cayetano Rubio, D. Gregorio Mier, y Agüero González serían unos pobretes, comparados á mí.

Y Relumbrón recorría con placer las calles, y los ojos le bailaban de alegría, y en su ilusión de avaricia y en su monomanía de robo, se figuraba el dueño y señor de todos los tesoros que veía reunidos, formando esas largas calles que no terminaban sino con los campamentos, de tanta gente que no tenía albergue y que con frazadas, petates, orcones y monillos formaba una habitación que tenía tanto de frágil como de pintoresco.

Una jauría de perros que seguían á todo escape á una perra amarilla, tropezó con Relumbrón, lo hizo vacilar y lo sacó al mismo tiempo de ese loco delirio.

—¡Imposible!—dijo limpiando su pantalón con su pañuelo,—¡malditos perros! ¿Qué haría yo con todo esto, aunque fuese mío? ¿Dónde lo ocultaría? ¿A quién lo vendería? ¿Qué cosas tenemos los hombres! Contentémonos con lo que Dios pueda proporcionarnos buenamente sin riesgo y sin inconvenientes. ¡Oro, plata! eso es lo mejor y más fácil de guardar, sobre todo el oro, el oro.

Ya más tranquilo, dió la vuelta para entrar á su casa, que estaba ya arreglada. En el camino tropezó con Evaristo, que con su gran chaquetón azul con sus presillas de plata que indicaban su categoría, seguía muy ufano á tres tapatías que caminaban riéndose y chanceando y dejaban ver en cada meneo hasta la mitad de sus gruesas y encarnadas pantorrillas.

—Muy temprano es para campañas amorosas, capitán,—le dijo Relumbrón sonriendo,—y lo que extraño es que no me haya usted buscado antes de ocuparse de mujeres.

—Justamente vengo de la casa de usted, que me costó trabajo encontrar,—le contestó Evaristo quitándose el sombrero con fingida humildad,—y el cochero que estaba paseando las mulas en la calle me dijo que había ido mi coronel á las calles de la feria.

—Bueno, no quiero que pierda usted la ocasión. Las tapatías ya se alejan. Nos veremos en la noche; y entre tanto combinamos lo que se debe hacer, que nuestra gente tenga mucho orden, que no se emborrachen ni cometan la menor falta. Necesitamos acreditarlos y sobre todo no llamar la atención. Tenga usted cuidado y vea dónde cambia y les da algo de mi parte á los muchachos, pero recomiéndeles la obediencia.

Relumbrón sacó del bolsillo unas seis onzas, las dió á

Evaristo, y sin despedirse le volvió la espalda. Evaristo cogió el oro, se encajó el sombrero hasta las cejas enojado por la brusca despedida del coronel y corrió abriéndose paso con los codos entre la multitud en busca de las tapatías, que ya había perdido de vista.

Cuando entró Relumbrón en su casa todo estaba en el mejor orden y hasta la mesa puesta. Lamparilla, que era su abogado, su apoderado, su dependiente, su brazo derecho, todo lo había prevenido, y dispuso las cosas antes de la salida de México, de tal manera, que cuando llegaron ya los muebles estaban colocados, la cocinera en su cocina perfectamente arreglada, y la dispensa llena de los exquisitos vinos, de los buenos quesos y de las variadas latas y salsas.

D. Moisés no se quedó atrás; jugador viejo, veterano de cuenta y buen vividor, se aprovechó de la ocasión, y no omitió gasto. Había descubierto la piedra filosofal y todo saldría de los puntos. La casa que tomó Relumbrón para habitarla era buena, pero la de D. Moisés mucho mejor. Cortinas de color rojo en los balcones, el gran salón con su carpeta de paño verde, los candeleros de metal dorado con sus grandes velones. El comedor con mantel puesto y refrescos, fiambres, vino y puros, gratis para los concurrentes que recibían en la puerta una tarjeta del convidador. A la canalla no se le dejaba entrar, y tres ó cuatro individuos de la policía rondaban la calle y entraban y salían al patio para impedir todo desorden. Había cuatro ó cinco partidas *de oro* repartidas en el centro de la villa, aparte de las de plata y multitud de garitos, pero ninguno tan aristocrático y elegante como la de don Moisés.

A las ocho de la noche se abrió la partida, y D. Moisés,

con sus dependientes y gurupíes, comenzó la talla, que debía cesar á las doce de la noche y seguir el burlote hasta la madrugada. Las sillas estaban ocupadas por los comerciantes más ricos de Monterey, de Chihuahua, de San Luis y de Guadalajara. Relumbrón fué el primero que entró á la partida y dió el ejemplo echando con garbo diez onzas á la primera carta que salió, sin esperar la segunda. ¿Para qué repetir lo que ya hemos presenciado en Panzacola? El juego de albuces, como los toros, son diversiones bárbaras y monotonas. Los mismos lances, las mismas impresiones de placer y de susto. En los toros se ve la barbarie física, en el juego la barbarie de la inmoralidad. En una noche un hombre acomodado y rico puede dejar sin pan á sus hijos el día siguiente.

D. Moisés jugó limpio esa noche, y se confió á la suerte.

González, que se hallaba en la feria, tuvo una hora las cartas en la mano. La partida perdió cosa de cuatrocientas onzas, y Relumbrón individualmente como cien, pero tanto D. Moisés como Relumbrón exageraron las pérdidas, y el público mucho más. Se afirmó que D. Moisés había sido desmontado y que el coronel de México dejó sobre la carpeta seiscientas amarillas.

Esto acreditó á la partida, y la noche siguiente la policía tuvo que intervenir, pues no cabía la concurrencia (toda selecta) ni en el salón, ni en el patio.

D. Moisés, con mucho tiento y cordura, pasó lo más de la noche en alternativas, que proporcionaron ganancias á los puntos mezquinos ó pijoteros, pero á las once y media tomó en sus manos la baraja mágica y en unos cuantos albuces recogió algo más de lo que había perdido la noche anterior. Relumbrón siempre perdía y

y hablaba á todo el mundo de la sal que le caía encima.

Relumbrón pasaba el día en comidas y francachelas y las noches en las casas de juego. Su mesa era frecuentada por las personas más distinguidas del comercio y de la política, á quienes conocía más ó menos; pero con la apariencia de un buen vividor se informaba entre copa y copa y con maña tal que nadie se apercibía de ello, de la dirección que tomaron tales y tales mercancías acabada la feria, de la fortuna de los diversos negociantes, en qué lugar residían, qué alhajas tenían y cómo se manejaban en el interior de sus casas ó haciendas con los dependientes y criados. Cuando se retiraba á las dos ó las tres de la mañana hacía sus apuntes en su cartera, con cifras y palabras que él solo entendía, y en seguida cerraba todas las puertas, se metía entre las sábanas y se dormía contento de su obra. Esperaba completar sus indagaciones para formar el plan de ataque y dar sus órdenes á D. Pedro Cataño y al capitán de rurales.

Una mañana, cosa de las diez, Relumbrón y Evaristo platicaban de sus asuntos en la entrada del portal de la casa, cuando llamó su atención el sonido agudo de una campanilla, y casi al mismo tiempo se presentó el sacristán que la tocaba seguido del cura revestido de su capa y teniendo el sagrado Viático en las manos: las cuatro varas del palio las llevaban unos muchachuelos que sonreían é iban muy contentos, entre andando y bailando. Cerraba esta pequeña procesión un acólito con un aceite con agua bendita y unos cuantos curiosos. Relumbrón y Evaristo siguieron maquinalmente al cura, que descendió la calle, y se dirigió á la feria atravesando por entre la multitud, hasta una especie de plazoleta, que formaban la plaza de gallos, la de toros y un circo. En

esa plazoleta estaba formado un cuadro de soldados. Relumbrón y Evaristo, instigados por la curiosidad, se pudieron abrir paso y seguir de cerca al cura hasta que llegaron al cuadro, encontrándose repentinamente de manos á boca con el general gobernador de Jalisco, que había llegado la noche anterior.

Relumbrón lo conocía personalmente como á la mayor parte de los generales y oficiales de graduación del ejército, así es que se acercó á él y lo saludó con respeto, pero con cierta confianza.

—Coronel,—le contestó el gobernador, devolviéndole con la cabeza su saludo y tendiéndole la mano,—pues que supongo que como muchos ha venido á la feria á divertirse, va á usted á gozar de un espectáculo que sin duda no esperaba. Publiqué quince días antes de que comenzara la feria un bando imponiendo la pena de muerte al que se robase cualquier cosa que valiese más de dos pesos. Muy piadoso he sido en dejar á los rateros que roben pañuelos que valgan menos de dos duros, sin que nada tengan que temer.

Anoche tres ó cuatro bribones cayeron sobre unos roleteros, y les quitaron su capital, que serian unos treinta pesos, y no contentos con eso, los golpearon y les rompieron la cabeza. De cuatro que eran, dos se fugaron, y dos fueron aprendidos por una patrulla que pasaba á ese tiempo por el lugar del suceso. Anoche mismo fueron identificadas sus personas, y dentro de un cuarto de hora serán fusilados.

Relumbrón y Evaristo cambiaron una mirada.

Relumbrón aprobó casi con entusiasmo la energía del general, añadió que era duro matar un hombre por tan poca cosa, pero que no había otro remedio para dar ga-

rantías y seguridad al comercio, y al acabar esta arenga, tendió la mano al general para despedirse de él y marchar lo más lejos que pudiese de ese sitio.

—No, no se vaya usted y verá la ejecución,—le dijo el general,—pues quiero que usted, cuando regrese á México, se lo cuente al Presidente. No pueden dilatar los reos.

En efecto, á pocos minutos apareció un grupo de soldados, trayendo en el centro dos hombres sin sombrero y con las manos ligadas por detrás con un cordel.

Evaristo inmediatamente reconoció á dos de los valentones de Tepetlaxtoc, y dió con el codo á Relumbrón.

—No he querido que sus almas vayan al infierno, y por eso supliqué al cura que los viniese á confesar, que les diese el Viático, los bendijese y los rociase con agua bendita. Dios los perdonará y se los llevará á la gloria. Lo que es yo no los he de perdonar, y lo que siento es que no hayan caído algunos pollos gordos que andan por aquí, según me escriben de México.

Evaristo se puso como un papel, y á Relumbrón le dió un vuelco el corazón. Se le figuró que el general había adivinado sus pensamientos y sabía todos sus planes. Tosió fuertemente, se sonó, se limpió la cara con su pañuelo y dijo con voz hueca al general.

—Muy bien hecho, con los ladrones no hay otro remedio.

Se tocó el tambor, se nombró por el oficial el pelotón que había de hacer la ejecución, se colocaron á los de Tepetlaxtoc con el frente al gobernador, rodeado de sus ayudantes, y teniendo á Evaristo á la izquierda y á Relumbrón á la derecha. Los reos no se intimidaron por estos preparativos y paseaban sus miradas por la multi-



tud que se había aglomerado, fijáronse en el gobernador que los había condenado á muerte y le echaron una mirada de odio y de desprecio, pero cuando se fijaron en Relumbrón y en Evaristo, la mirada fué de esperanza. Pensaron un momento que los iban á salvar.

Relumbrón y Evaristo no pudieron sostener la mirada de estos hombres en camino para la eternidad, y pensaron que iban á invocar su protección y á denunciarlos si no la obtenían. Fué un momento de agonía terrible, especialmente para Relumbrón. Nada podía probársele y el gobernador no haría caso de unos hombres que se agarrarían á una ascua ardiendo antes de morir, pero su conciencia le acusaba.

El cura colocó el Viático en una mesa que se había pedido prestada á uno de tantos vendedores, se acercó á los reos, los exhortó, les leyó algunas oraciones, los reconcilió, les dió el Viático y los roció con agua bendita, pues así lo había deseado el gobernador, y se retiró en seguida para hacer lugar á los soldados.

Algunos sollozos de mujeres se escucharon.

—¡Pobrecitos!—dijeron otras,—¡derechitos se van al cielo!

Los desgraciados de Tepetlaxtoc dirigían sus miradas suplicantes á Relumbrón y al capitán de rurales, pero en vano.

El pelotón se organizó; vendaron los ojos á los reos, no obstante su resistencia; se dió la voz de mando, tronaron los fusiles, y los de Tepetlaxtoc cayeron como masas inertes, acribillados de balazos. El sargento les dió el tiro de gracia y otros soldados levantaron los cadáveres, los colocaron en unas parihuelas y se los llevaron al cementerio, diéronse los toques de ordenanza, la tropa

marchó á su cuartel y el general gobernador tomó el brazo de Relumbrón y le dijo:

—¿Ha quedado usted contento?


—Contentísimo,—respondió Relumbrón.

—Pues cuando regrese usted á México, cuéntele al Presidente lo que vió en la feria.

El general se dirigió á las casas municipales, donde estaba alojado, y Relumbrón entró cabizbajo y pensativo á la suya.

## CAPITULO XXXVI

### Las piedras rodando se encuentran

A repentina y rápida ejecución de los dos valentones de Tepetlaxtoc infundió el terror, no sólo en las cuadrillas dirigidas y pagadas por Relumbrón, sino en los cientos de rateros, de borrachos y gente de mala vida que había venido de los cuatro ángulos de la República. No fué necesario que Evaristo les hiciese ninguna recomendación, y el mismo Evaristo se vió por un momento perdido, figurándose que había sido denunciado por Cecilia ó por el mismo licenciado Lamparilla, que veía con desconfianza al lado de Relumbrón y apenas lo toleraba.

Los comerciantes y la gente honrada y buena aplaudió la energía del general y se alegró mucho de la muerte de los valentones, y los más piadosos decían, Dios los haya perdonado, pero vale más que estén ya muy lejos de Lagos, donde es seguro no volverán á hacer otra fe-

choría, y lo que es por ahora los que trabajando buscamos nuestra vida, podemos andar en la feria con el oro en las manos, seguros de que nadie nos chistará ni una palabra.

El general fué al día siguiente á la iglesia á dar gracias á la Virgen y á oír hincado de rodillas y con mucha devoción, una misa cantada que le dedicó el cura; en seguida salió á dar un paseo por la feria, acompañado sólo de un ayudante que lo seguía de lejos. La gente se hacía á un lado para darle paso, y se quitaba respetuosamente el sombrero. Cuando tropezaba con alguno (y había muchos), cuya fisonomía tenía algo de raro ó de siniestro, se detenía y se le encaraba, como diciéndole: ya me la pagarás si te robas siquiera una gallina. Regresó á las casas municipales, almorzó su caldo de gallina y su sopa de pan, pues padecía del estómago, y se acostó muy tranquilo á dormir su siesta, como si nada hubiese pasado. Así era este viejo veterano, ¿por qué no le hemos de nombrar? se llamaba D. Mariano Paredes y Arrillaga. Mientras gobernó Jalisco, realmente se podía andar por todo el Estado, como decían los comerciantes de la feria, con el oro en la mano.

Pero todo pasa pronto en la vida, y mucho más en México y en San Juan de los Lagos. Tres días después, nadie se acordaba ya de los dos valentones de Tepetlaxtoc, muertos heroicamente y como buenos, sin que el amor á la vida, que es tan grande, les hiciese denunciar por lo menos á Evaristo. Con media palabra lo hubiese fusilado allí mismo el inflexible gobernador.

Relumbrón recobró su buen humor, y acompañado de Lamparilla, continuaba en los juegos y en sus paseos, aprovechando el tiempo para perfeccionar sus averigua-

ciones, á lo que le ayudaba Lamparilla, sin sospechar por qué era Relumbrón tan curioso como una mujer y tan indagador de vidas ajenas como una casera de casa de vecindad.

Evaristo, pasado el susto, aumentó su audacia y su descaro. Arrendó en 50 pesos diarios un llamado hotel que contenía un salón, tres cuartos, una cocina, todo de tablas y tela de algodón, que presentaba un mejor aspecto que las demás barracas cercanas. Tenía un gran letrero en la entrada que decía *Otel de los Tapatíos*. Evaristo, de acuerdo y en perfecto arreglo con las tres tapatías, dedicó el salón para cantina, fonda, café y baile. Las muchachas, que eran guapas, desempeñaban perfectamente su papel: la una guisaba, la otra servía y cobraba muy caro, un par de pesos por una pierna de pollo asado con ensalada, ¡pero qué miradas y qué garbo! y la tercera andaba en el mercado y en los *puestos* de las calles y volvía siempre seguida de tres ó cuatro galanes que dejaban buenos pesos en la fonda y en el juego.

De las tres llamadas recámaras, una estaba dedicada al juego, donde Evaristo, con un montón de moralla vieja y falsa delante, era el tallador y el montero; otra para comedor particular, y otra para las contingencias que se ofrecieran.

A las once de la noche, el ligero é improvisado mostrador se arrimaba á un lado, se sacaban mesas y sillas á la calle, se despejaba el salón, comenzaba el baile, á peso la entrada, y toda la noche se sucedían el *aforrado*, el *jarabe*, el *canelo* y el *tapatío*, y con la orquesta de jaranitas y guitarras, se cantaban coplas verdes, coloradas y de todos colores, y las tres tapatías se daban gusto y

lucían la persona bailando, y competían en el canto con las muchachas de todas partes del país que venían á pasar el rato en el famoso *Otel de los Tapatíos*.

Una noche, Evaristo, después de haber desplumado á los concurrentes, levantó el monte y salió al salón á bailar y cantar, acompañando á los músicos y enseñando mudanzas á las tapatías mismas, tirándoles el sombrero á los piés, y obligándolas á que levantasen sus enaguas hasta la mitad de la pierna, sintió que repentinamente dos manos pesadas y toscas le tapaban los ojos, chanza muy usada entre la gentuza alegre.

—¿Quién soy yo?

Evaristo, furioso de que tan bruscamente hubiese algún malcriado interrumpido el *zapateado*, luchaba por apartar las manos de sus ojos, pero imposible, eran unos dedos de fierro que le machacaban las pupilas.

—¿Quién soy yo?

—¡El demonio!— contestó Evaristo tratando de dar una patada al tenaz que no quería soltarlo.

—Con todo y tu chaqueta de capitán y lo desfigurado que estás por lo gordo y por los dibujos que le has hecho á tu cabello y á tu barba, te conocí desde la puerta y me escurrí sin que tú me vieras, para taparte los ojos, conque echa un abrazo, amigo Evaristo, y en seguida voy á llamar á los demás que están por aquí cerca y se alegrarán mucho de verte, de bailar y de beber contigo un trago, como lo hacíamos en la pulquería los domingos y los lunes. Anda, Evaristo, vuelve á tus quince y vamos á darnos una emborrachada como la noche en que nos mataste á Tules, ¡qué bruto! y tan bonita que era tu mujer; mejor nos la hubieras *pechado* como compas y te quitabas así de ella, para largarte con la Ca-

silda. Sabemos tu vida mejor que el juez que metió en la chinche á tanta pobre mujer de la vecindad.

Quien había tapado los ojos á Evaristo y le decía en voz alta todas estas cosas, era el tuerto Cirilo, y tras él fueron entrando los antiguos parroquianos de la pulquería de los Pelos.

Esa acreditada pulquería, donde se reunían al aire libre, no sólo los artesanos más hábiles de la ciudad, sino los ladrones más audaces del barrio, ya no existía, y el jacalón caía á pedazos. Los escándalos de los domingos y de los lunes habían llamado la atención del gobernador y del Ayuntamiento, y de común acuerdo no la mandaron cerrar, porque no tenía puertas, pero la redujeron á la nulidad, permitiendo sólo á D. Jesús el tinacalero que vendiese dos barriles de *tlachique*, despachándolo á las criadas de las casas, sin permitir que hubiese bebedores ni jugadores de rayuela. D. Jesús subsistió allí unos cuantos meses, después se destinó en otras pulquerías, y por último se reunió é hizo compañía con los más valientes del barrio para buscar su vida de una manera menos honrosa pero más productiva. Los amigotes del tiempo en que Evaristo pasaba sus San Lunes en la pulquería de los Pelos, habían vivido bien que mal después de la clausura de la pulquería ejercitando su industria de *mascaderos* en las iglesias, en las puertas de los teatros y en la Alameda.

No hay necesidad de decir que mientras que Evaristo había establecido sus reales en Río Frío, ellos los tenían en las calles de la capital, y que á consecuencia de sus fechorías, habían entrado y salido muchas veces á la cárcel, pero nunca les había faltado un *valedor* que influyese en que los echasen libres por falta de pruebas

para condenarlos á limpiar las atargeas con la cadena al pié. En la época en que van desarrollándose estos acontecimientos, los antiguos conocidos de la pulquería de los Pelos gozaban de su libertad, habitaban en las casas de vecindad del barrio de San Pablo, estaban muy bien aperados de ropa, en sana salud, y los años transcurridos, lejos de deteriorarlos, les habían dado cierta dureza de carnes; las mujeres sobre todo, habían engordado y de sus carrillos inflados brotaba el chile colorado; en una palabra, era gente feliz, que vivía con amplitud y hacía sus gastos y se divertía á costa del vecindario de la capital y al abrigo de los valientes aguilitas, que se contentaban con ser *ayudantes* ó más bien criados de los regidores, en vez de perseguir á los rateros.

Llegada la época de ponerse en camino para la feria, se concertaron en un día de campo en Santa Anita, alquilaron á escote un par de carretones, y aunque muy despacio, llegaron á San Juan con toda felicidad, y cuando el tuerto Cirilo reconoció en el salón de baile á Evaristo, y le tapó los ojos, ya llevaban ocho días de pasearse en el pueblo y habían ya sacado más de tres docenas de mascadas y como quince relojes de plata y oro. La ejecución de los dos valentones los contuvo un poco, y resolvieron de común acuerdo ser *hombres de bien* por unos cuantos días, y divertirse y gastar el dinerito que traían y que fácilmente reemplazarían cuando llegasen á México, vendiendo lo que habían robado á la corredora de la casa de Novenas de la Soledad de Santa Cruz, la que, sea dicho de paso, cada día estrechaba sus relaciones con el compadre Platero.

Volvamos, después de esta necesaria digresión, al salón de baile.



Ensartando el tuerto Cirilo, con una voz ronca, toda la parte más interesante de la vida del capitán de rurales con palabras chocarreras é interjecciones que se adivinan sin necesidad de escribir, insistía en tenerle los ojos tapados, y una lucha de las manos de Evaristo se entabló con las del tuerto, sin que en algunos minutos pudiera decidirse, pero cuando escuchó Evaristo el nombre de Tules, fuera de sí, de rabia hizo un esfuerzo y logró quedar libre.

—¡Maldito tuerto, si hablas una palabra más te encajo en la barriga este puñal!

El tuerto se echó á reír, y tomándole la mano, que ya Evaristo tenía el mango del puñal, le dijo:

—No es para tanto ni hemos venido á la feria para matarnos. *Naide* ha escuchado nada, que demasiado entretenidos están con las bailadoras. Se acabó todo y amigos.

Rápida como fué la escena que acabamos de describir, no pasó desapercibida, y un grupo de curiosos se formaba ya en derredor. Una de las tres tapatías acudió con cierta inquietud á informarse de lo que pasaba y á impedir que hubiese un pleito. Evaristo reflexionó que estaba enteramente á merced de sus antiguos *compinches*, y no le quedó más medio que hacerse á la banda y disimular.

—Son amigos viejos que me he encontrado aquí, mujer, y no hay nada de pleito,—dijo Evaristo á la tapatía.

—Todos hermanos y compas, y tráenos de beber de lo mejor que tengas.

Evaristo arrastró al tuerto Cirilo, á Pancha la Ronca, á otra dizque sobrina que la acompañaba y los demás *conclapachos* á la pieza interior reservada, y con calma y seguridad les dijo:

—De la manera como soy capitán y tengo muchos soldados á mis órdenes, ya se los diré, pero no hay para que andarnos con cuentas atrasadas, ni decir recio cosas que á nadie le importan, ni menos delante de estas muchachonas, que me hacen ganar mucho dinero. Este recreo tapatío es mío, pero ellas lo manejan, y ya ven qué alegre y qué lleno de gente principal está. Ya hablaremos solos, recordaremos nuestros tiempos, y espero que el tornero de la pulquería de los Pelos, convertido en capitán,—y les enseñaba su chaquetón azul y sus presillas de plata,—les hará ganar mucho dinero; con que mucho secreto, compas como siempre y venga esa mano y hasta la muerte. A la madrugada iremos á dar una vuelta por el campo y hablaremos.

Toda la comparsa de la arruinada pulquería de los Pelos arrojó un grito de aprobación, se apiñó alrededor de Evaristo, abrazándolo, estrechándole la mano y acariciándolo, y Pancha la Ronca se adelantaba hasta darle de besos. La tapatía entró en esto, seguida de una fregona, cargada de botellas y vasos, y de unos platos de frituras y de chorizones, y todos se colocaron en las mesas y comenzaron á beber y á cenar alegremente, mientras el baile y las canciones nacionales seguían en el salón, donde cada vez aumentaba la gente, hasta hacer difícil la entrada.

Lamparilla, después de haber concluído el trabajo que necesitaba la dirección de la casa de Relumbrón, salió á pasear, entró en una partida, después en otra, ganó unas cuantas onzas, cenó en el bodegón de más fama y fuése en seguida á recorrer las calles de la feria; todas llenas de gente, animadas y bien iluminadas con faroles y fogatas, y así andando de una parte á otra, fué á dar

al Otel del Tapatío, cuya música y algazara se escuchaban desde muy lejos. Con dificultad se abrió paso por entre la mucha gente reunida en la puerta, pagó su entrada, logró encontrar un asiento y quedó muy complacido de encontrarse en un lugar bien iluminado, con regulares muebles y donde había más de veinte mozas, la mayor parte bonitas, chanceras y salerosas que no cesaban de remudarse en el baile, y mientras unas descansaban, las otras cantaban y reían y volvía á comenzar el turno. Lamparilla era picado de la araña y pronto trabó conversación con una de las tapatías, y olvidando por momento á Cecilia, emprendió una conquista. No duraron mucho sus amorosos coloquios. Un hombre no mal vestido, un término medio entre lo que se llama leperillo y gente decente, se le presentó delante, y con cierta familiaridad le tendió la mano.

—No lo hacía yo á usted en la feria, licenciado, quizá no se acordará de mí, pues hace tiempo que no nos vemos.

Lamparilla levantó los ojos que tenía clavados en la cara alegre y picaresca de la tapatía, y no reconoció de pronto al que le dirigía la palabra.

—Si usted me olvida, yo no lo olvido nunca. Usted fué el que me quitó de portero de la logia de los masones y el que me echó de la plaza del mercado, por favorecer á esta montonera de Cecilia... ¡ah! ya se va usted acordando de mí, y ahorita que somos iguales, nos veremos las caras y me ha de pagar lo que me ha hecho... ¿Me conoce usted por fin, soy San Justo, más liberal que todos los masones juntos y más hombre también para romperle á usted la crisma...

Lamparilla, sorprendido con esta repentina apari-

ción y con el lenguaje insolente de San Justo, á quien le costó trabajo reconocer, reflexionó á poco, que lo mejor era levantarse y salirse de aquel garito, y no dar lugar á un escándalo que lo comprometería con el coronel Relumbrón, y quizá con el terrible gobernador.

—No,—dijo San Justo deteniéndolo,—y no se me va así como así, que algún día habíamos de ajustar cuentas. O me pide perdón de rodillas de los daños que me ha hecho, y me asegura á fe de hombre que me repone en el empleo de portero de la logia, ó ve para qué nació.

La tapatía, más animosa que Lamparilla, se puso en pié, empujó á San Justo y le dijo:

—¡Afuera, borracho! que viene aquí á interrumpir el baile y á insultar á los caballeros. Ya andará por aquí la policía y voy á llamarla para que lo saque, si en el momento no sale de aquí.

San Justo no estaba completamente borracho, pero sí había bebido lo bastante para tener la obstinación y el valor ficticio que produce el alcohol, así á su vez dió un empujón en el pecho á la tapatía é intentó lanzarse sobre Lamparilla, pero un tercer personaje intervino en la contienda cuando menos se esperaba.

Una mujer, sin rebozo, pues que se lo quitaron ó lo dejó entre el remolino de gente que se formaba en la calle y en la puerta gritando, ¡al ladrón! ¡al ladrón! y abriéndose paso con las caderas y con los codos, llegó hasta donde estaba San Justo, lo tomó de los cabellos por la nuca, y le dió tan fuerte tirón que le derribó al suelo.

—Ya me figuraba yo que tú eras el ladrón y no las poblanas con quien estábamos cenando,—dijo la mujer agachándose y tirando del bolsillo de San Justo una

mascada encarnada de china que tenía en unas esquinas un nudo con monedas de oro y plata dentro.—¡Toma!— y con el mismo nudo le dió un golpazo en el pecho.

San Justo se levantó algo atarantado, echando horrendas maldiciones y trató de lanzarse sobre la mujer, buscando en sus bolsillos alguna arma.

—¡Ah! y tras de sin vergüenza y ladrón, asesino... ¡Toma, para que te acuerdes de mí toda tu vida!— y antes de que San Justo hubiese encontrado la arma que buscaba, la mujer sacó con rapidez un cuchillo y le rebañó la nariz, de modo que un trozo amoratado como un medio tomate cayó al suelo, y un chorro grueso de sangre se desprendió de la cara de San Justo, el que lanzó un grito, dió tres pasos y cayó al suelo clavando las uñas en la tierra de rabia y de dolor.

El baile y la música cesaron, de las pocas mesas que había contra la pared rodaron al suelo vasos, botellas y platos, y se produjo una confusión espantosa.

Lamparilla aprovechó este momento para esquivarse.

—¡Insolente bribón!—dijo cuando ya se vió lejos del peligro,—mal rato me hubiese hecho pasar. ¡Qué vergüenza! ¡qué compromiso al tener que pelear en un garito con este borracho, que yo creía ya muerto hace tiempo!... pero ¡bah! Dios castiga sin palo ni cuarta.

A los gritos y al estallido de la quebrazón de bancas, mesas y trastes, salió Evaristo de su comedor privado, y tras él las dos tapatías y sus amigos de la pulquería de los Pelos. Se hizo lugar derribando á derecha é izquierda á los que los estorbaban y penetró hasta la rueda de gente que rodeaba á San Justo, que permanecía tirado, dando de gritos y desangrándose.

En dos palabras: la agresora, á la que dos de los con-

currentes tenían sujeta por los brazos, impuso á Evaristo de lo ocurrido.

—Este *huila*, que está tirado gritando como un cochino, por una cortadura que le he dado, es un pechado sin vergüenza. Lo traje á la feria, me ha gastado todo mi dinero, y después de habérmela pegado con unas poblanas, me robó el dinero que me quedaba. Delante de todos le he sacado esta mascada de la bolsa. ¿No es verdad? —preguntó á la rueda enseñando la mascada.

—Es verdad,—respondieron en coro.

—Y después me iba á matar; antes de que sacara el puñal le madrugué, y esto es todo. Todos lo han visto aquí. ¿No es verdad?

—Mucha verdad,—repusieron todos,—y además,—dijo una de las tapatías,—estaba insultando y amenazaba á un caballero.

Los gritos de San Justo se iban apagando gradualmente, la sangre seguía corriendo, sus ojos se cerraban. Evaristo vió que la situación era crítica, que el Otel del Tapatío y su persona corrían gran riesgo si llegaba á conocimiento del gobernador el suceso, y en consecuencia comenzó á obrar con prontitud para salir del paso.

—No es nada, señores; orden, orden y á bailar, y que toque la música.

Las jaranitas y guitarras comenzaron con más brío que nunca el aforrado.

—Celos y borracheras,—continuó Evaristo,—cosas de la feria; ¿y dónde no hay de esto? Y usted, doña, ya que se desquitó, váyase, que no soy soplón, y lo que quiero es que no se comprometa el establecimiento, que es el más famoso de la calle.

Los hombres que tenían sujeta á la mujer por los bra-

zos la soltaron, y ella, asustada, porque veía ya á San Justo casi muerto, no esperó á que se lo dijeran dos veces; se marchó confundiéndose á poco entre la multitud de gente que llenaba la calle y que cada vez más se agolpaba á la puerta.

Evaristo, que temía que se le muriese allí el herido, se agachó á reconocerlo y observó que aún manaba sangre de las narices; pidió agua, lo lavó él mismo y le rellenó después el agujero con tierra que recogió del suelo, sacó un pañuelo de su bolsillo y lo vendó muy apretado abriéndole la boca para que resollara. San Justo, por la pérdida de la sangre, se había desmayado.

—Está curado ya,—dijo levantándose;—voy á mandarlo á su casa, mañana estará ya bueno,—y al tuerto Cirilo, que estaba cerca, le dijo al oído:—Llévate á este borracho, y lo tiras muy lejos, en cualquiera barranca ó en la milpa que está detrás de la loma. La noche está muy oscura y cada cual se ocupa de su negocio. Cárgalo en las espaldas y lo taparemos con un jorongo.

Dicho y hecho. El tuerto Cirilo, que era un Hércules, cargó á San Justo en las espaldas; Evaristo lo cubrió con una frazada de las camas, y seguido de D. Jesús el tinalero, caminaron con el moribundo, y algunos minutos después salieron de la calle y se perdieron en la oscuridad de la noche. Evaristo mandó inmediatamente echar tierra en la sangre, tiró á los perros, que abundaban, el pedazo de narices de San Justo, se barrió la sala, se recogió la quebrazón y se repusieron los vasos y botellas. Evaristo, ayudado de las tres tapatías, en menos de un cuarto de hora puso todo el tren mejor que antes. La música celebró esta nueva instalación con un jarabe rasgado, y las tapatías, haciendo mudanzas, á cual más di-

ficiles y dejando á veces y con un maligno intento ver más allá de las pantorrillas sus gordas y encarnadas piernas, restablecieron la alegría y aumentaron el bullicio.

A los que preguntaban lo que había pasado se les respondía:

—¡Nada! ¡cualquiera cosa! Un borracho que se metió, y su mujer celosa, que vino tras de él, que le dió una cortada en la cara. La mujer se fué y al herido por caridad se lo llevaron á su casa.


Era la consigna que había dado Evaristo y que Pancha la Ronca repetía en la puerta del Gran Hotel á cuanto curioso se lo preguntaba.

¿Y la policía?... Ni su sombra. El prefecto se hallaba muy divertido en la partida de D. Moisés, y el terrible gobernador hacía muchas horas que dormía en la Casa municipal el sueño del justo.



## CAPÍTULO XXXVII

### Grandeza y decadencia de un patriota

OMO no sabemos si San Justo, con la cataplasma de lodo que le puso Evaristo en las narices y con lo fresco de la noche, volvió en sí, y pudo irse á su alojamiento á curarse, ó si al contrario, falto de sangre, pasó del desmayo á la muerte y quedó en el barranco donde lo tiraron el tuerto Cirilo y D. Jesús el tinacalero, tenemos que hacer una digresión para que siquiera no se pierda en la historia el nombre de este distinguido patriota y entusiasta liberal.

Cuando San Justo fué despedido de la logia yorkina, á la vez que separado de la administración del mercado, no quedó tan tirado á la calle. Además de las multas arbitrarias que recaudaba en dinero, contaba con las contribuciones forzosas en fruta, legumbres, chorizos y mantequillas, y con esto, no sólo abastecía su cocina, sino que le proporcionó una renta diaria, pues tenía con-

trata con la fonda de las Calaveras, con la de Puesto Nuevo y con la cocinera del compadre platero, á quien surtía de quesos y mantequillas de Toluca. Con estos ahorritos tan legalmente ganados á costa de los pobres vendedores del mercado, se propuso trabajar, sin tener necesidad de los masones, ni de Lamparilla, contra el cual concibió un odio profundo, proponiendo vengarse tan pronto como se le presentase la ocasión.

Tomó en arrendamiento un *truco* situado en la calle de las Moras, junto al mesón de San Dimas, y allí, haciendo él mismo de *coime*, desplumaba á los fuereños, no por el medio real que cobraba por tregua, sino por las drogas que les hacía cuando jugaba con ellos. Pronto se vió lleno el *truco* de los vagos del barrio de Santa Catalina, y no había noche en que no hubiese un escándalo, hasta que el regidor del cuartel mandó cerrar el garito de parte de Dios, que puede más que nadie. San Justo gritó, protestó, amenazó y dió cuantos pasos le sugirió su interés y su audacia; pero no hubo remedio, tuvo que darse por vencido, pero su capital se había aumentado de tal modo, que pudo arrendar un mesón en la calle de Santa Ana. En esta posición elevada y de la cual hay personas que han pasado á ocupar un ministerio importante, San Justo pensó en la política. «O me quito el nombre que tengo del gran revolucionario francés, ó dentro de dos años he de ser regidor, y regidor de mercados, para ponerle el pié encima á Cecilia y burlarme de ese pícaro pica-pleitos y romperle media crisma á la primera que me vuelva á hacer.» La posición de arrendatario ó más bien dueño (así lo hacía creer) de un mesón, lo ponía en contacto con la gente del pueblo, á quien no perdía ocasión de predicarle las más exageradas y

absurdas ideas de libertad, que hoy se llamaría comunismo, prometiéndoles que en cuanto él fuese nombrado regidor se empedrarían las calles, se traerían al barrio las aguas potables de la villa de Guadalupe y se harían otras mil mejoras por ese estilo. A fuerza de tanto hablar y prometer á todo el mundo y de hacer algunos préstamos con medio diario en cada peso, y de convidar á almorzar á los carniceros, á los vinateros y á los dueños de los principales tendejones, logró hacerse de amistades y de cierta popularidad, hasta el grado que en las primeras elecciones de ayuntamiento ya San Justo era una entidad política. Se le citó á juntas, se le consultó sobre las personas que debían salir electas, se le dieron listas blancas y coloradas y cada partido de los que competían le hizo ofertas de dinero (que nunca le dieron), pero á él poco le importaba eso, ya estaba á punto de lograrse su objeto. Era jefe de barrio, y de jefe de barrio á presidente del Ayuntamiento no hay más que un paso.

En el año siguiente el triunfo de San Justo fué casi completo. Salió electo por unanimidad octavo regidor suplente, y estuvo á punto de entrar al Municipio y formar parte de la comisión de hacienda, pero Lamparilla, que no lo perdía de vista, informó qué casta de pájaro era, y la corporación impidió su ingreso, haciendo que volviese el propietario que había renunciado.

No dejó de saber un día ú otro que su enemigo capital era á quien debía su derrota, y ya su odio no tuvo límites. No había noche que no pensase en la manera de asesinar á Lamparilla, pero tenía miedo á que lo cogieran, y dejaba el negocio para otro día. Su triunfo electoral, sin embargo, le voló la cabeza, y se la voló más el dinero que ganaba en el mesón. Era ya rico; es decir,

tenía tres ó cuatro mil pesos, y con esa suma, su fatuidad y su orgullo subieron á tal punto, que á los dueños de las haciendas de Aragón y Ahuehuetes y á los Trujanos á quienes compraba semillas los trataba tú por tú. Solía ir á la plaza del Volador muy bien vestido á comprar fruta á Cecilia, le votaba un par de pesos, le decía algún insulto y se marchaba sin querer recibir lo vuelto. Cecilia no se quedaba callada, y le tiraba á la cara ó á la espalda las monedas que le sobraban. Cecilia se quejaba con Lamparilla, el cual prometía corregirlo é impedirle, bajo pena de muerte, el que no se acercase al puesto de fruta, pero la verdad es que consideraba que el tal San Justo era un desalmado y le tenía miedo.

Entre tanto llegaba la época de las nuevas elecciones, en las cuales estaba seguro San Justo de salir electo presidente del Ayuntamiento, y meter la mano hasta el codo; se propuso pasar buena vida, y no tan sabio como Salomón, pero tan enamorado como él, se entregó enteramente á las mujeres y fué su perdición como la del gran rey. Tenía una en el mesón, que ante el público aparecía como la que dirigía la fonda; otra en el callejón de Tepechichulco; otra en la calle del Estanco de los hombres; otra en el Chapitel de Santa Catarina, justamente junto á la modesta casita de Agustina; otra en la puerta falsa de Santo Domingo, y por último, una india en Santa Anita, donde solía ir los domingos.

Teniendo San Justo, como debe suponerse, mucho menos dinero que el rey Salomón, pronto dió al traste con los fondos, que él creía inagotables, y siguió con los productos diarios del mesón sin que le alcanzase para pagar las cuentas de carbón, leña y posturas que tomaba al fiado.

Mientras tuvo para pagar las viviendas y cuartitos de las casas de vecindad que habitaban las que los *veteranos* modernos llaman *gatas*, para darles la *asadura* más ó menos escasa, y habilitarlas con algunas pesetas para que fueran al Parian (1) todo marchaba á las mil maravillas, pero cuando los caseros cobraban y en los braseros apenas había una ollita con agua y unos cuantos fríjoles y era menester mandar á la tienda el rebozo en cambio de unas tortas de pan, cada visita de San Justo era una campaña formal y las muchachas lo ponían como trapo de cocina y á veces no salía sin un buen tirón de cabellos. No un infierno, sino muchos infiernos eran las casas que ya hemos citado. Sin embargo, San Justo hacía esfuerzos prodigiosos, las elecciones se acercaban y en el momento que fuese, como él creía, nombrado presidente del Ayuntamiento, toda la escena cambiaría como por encanto. Los fondos municipales daban para todo, y el eminente liberal, el hombre de principios fijos, no sólo se reconciliaría con los masones, sino que de un brinco, en vez de portero de la logia, llegaría al grado 33.

Lamparilla, en ese caso, sería hombre perdido. Ya procuraría que el *hermano terrible* lo matase por traidor.

Tres días más, y el triunfo de San Justo era completo; contaba (según él), con todo el barrio y con dos ó tres barrios más, y tenía amigos por todas partes, y el triunfo de los patriotas contra los monarquistas era seguro, y él era el hombre más atrevido, más á propósito y más popular para ponerse á la cabeza de la antigua Tenoxtitlan. En la puerta del mesón predicaba á voz en cuello sus proyectos: odio á la monarquía, en primer lugar, y

---

(1) Edificio situado frente del Portal de Mercaderes, que fué derribado, y donde estaba reunido el comercio y lo que aun se llaman cajones de ropa.

después, quemar en la plaza pública la colección de retratos de los virreyes, echar por el balcón los archivos, reducir á pedazos el caballito de Troya (1) y otras medidas de progreso tan útiles como esas.

Era un viernes. El domingo tenían lugar las elecciones, pero el sábado fueron viniendo, unas tras otras, las mujeres, y como no pudo satisfacerles sus antojos, una lo llenó de injurias y se largó, otra que llegó después le arrebató el reloj y la cadena y le rompió el chaleco, y la última se permitió coger piedras de la calle, y la que tenía de mesonera, viendo lo mal que andaban las cosas, aprovechó la oportunidad, y mientras San Justo estaba encerrado en un cuarto para guarecerse de las pedradas, recogió cuanta ropa, alhajas y dinero había, y se marchó con su tía, que era lavandera del rumbo de Belén. En una palabra, concurso de acreedores, y de acreedores que gritaban, que amenazaban, y que, aburridos y engañados, ya no escuchaban razones; pero lo que coronó la obra fué la llegada de un barbaján seguido de seis carros. Era un dependiente de los Trujanos.

—El amo D. Sabas,—dijo,—me ha mandado para que ahora mismo me entregue el dinero que le debe, ó recoja las semillas.

San Justo, que había logrado que la furiosa mujer se fuese, dándole cuanto tenía en el bolsillo, y salía de su escondite, respondió:

—Mañana tendrá su dinero.

—Mañana es domingo,—respondió el barbaján.

—Entonces, el lunes.

—Hoy mismo,—insistió el barbaján, y acto continuo

---

(1) Estatua ecuestre de Carlos IV.

se entró con sus carreros á la bodega donde estaban apilados los tercios de cebada y de maíz y comenzó á cargarlos en los carros.

San Justo suplicó, hizo proposiciones, amenazó, nada valió; el dependiente de los Trujanos no le hacía caso, se limitaba á empujarlo para quitárselo de encima y le decía:

—Si grita mucho me lo llevo yo mismo á la cárcel, pues que estas semillas son robadas á mi amo D. Sabas, ó entrégume *orita* el dinero y así seremos amigos y quedaremos en paz.

En la noche no existía más que un montón de paja en el mesón; ni San Justo tenía una camisa que mudarse ni quien le hiciera una taza de chocolate, pues criados y fregonas se habían largado también llevándose cada cual lo que encontró á la mano, hasta una burra, que le daba la leche á San Justo, porque sus desórdenes habían quebrantado su salud, y andaba enteco, con granos en las piernas y con las narices abultadas y rojas, lo que facilitó la operación instantánea de que hemos dado ya cuenta.

En cuanto á la esperanza única que lo sostenía de salir electo regidor se desvaneció como el humo. La noticia de la catástrofe se propagó por todo el cuartel, y cuando fué á la casilla, ya encontró instalados á los contrarios que le rompieron la boleta y lo echaron llamándole borracho y comerciante quebrado, y poco faltó para que le diesen unas buenas bofetadas. ¡Qué injusticia! ¡Y á esto se llama voluntad del pueblo! La capital quedó privada de un magnífico presidente del Ayuntamiento que en un año hubiera hecho de ella la primera ciudad de la América.

San Justo, abatido, pero no rendido, se fué á refugiar al callejón de Tepechichilco. La querida era carbonera; mejor dicho y sea con verdad, era dueña de una carbonería que San Justo le había arreglado, y un día con otro ganaba doce reales libres. Encontró de pronto un modesto refugio, se arregló con los Trujanos abandonándoles el mesón y se echó á buscar su vida por ese México, abrigo y socorro de todos los afligidos.

Cuando acabó en la carbonería y dejó á la pobre carbonera hasta sin petate, adoptó el oficio de *tercero*, no en discordia, sino en una honrada casa de la calle de Chiconautla, de donde sacó á la intrépida Judit, que si no le cortó la cabeza, sí le echó abajo las rojas y abultadas narices.

Al fin de su carrera encontró al compasivo tuerto Cirilo que lo cargó en las espaldas y lo tiró como basura en el muladar de la feria de San Juan de los Lagos.

Lástima que la patria, ingrata con los hombres de verdadero mérito, desconociera los talentos y recomendables prendas del eminente liberal y distinguido portero de la logia yorkina, y no lo hubiese sacado de su mesón y sentado en el gran sillón de la secretaría de hacienda.

—

Olvidemos estas lastimosas historias, como la olvidó en cinco minutos el capitán de rurales, y continuemos nuestro paseo en el pueblo de San Juan y sus numerosas é improvisadas calles y plazas.

Mientras le cortaban las narices á San Justo, Relumbrón apuraba copas y copas de Champaña. La feria estaba á punto de terminar, los negocios estaban ya aflo-



jando, las familias, cansadas de dormir en el campo ó en sus propios coches, se disponían á regresar, y los negociantes esperaban ya para el día siguiente los atajos, ó las partidas de carros para cargar sus mercancías. Los que habían traído manadas de caballos se llevaban tercios de manta. Los poblanos, que habían traído tejidos de las fábricas de la Constanca, regresaban con botas de sebo y cueros de res; los de Chihuahua, que trajeron barras de plata, cargaban sus carros con un surtido de ropas y quinquillería de Liverpool; los matanceros y hacendados de México encaminaban poco á poco sus miles de carneros y sus partidas de caballos, yeguas y mulas; las casas de madera de las improvisadas calles estaban vaciándose, y al mismo tiempo los carpinteros desclavando y recogiendo sus tablas. Mariano, la Monja y el Chino daban su última corrida, y D. Chole había desbaratado su barraca de títeres y guardado cuidadosamente al negrito, al monigote y á la poblana; las figoñeras lavaban sus grandes cazuelas de barro, y se limitaban á guisar cualquier cosa para contentar á los pocos que concurrían á almorzar; era, en una palabra, una dispersión rápida y completa de cuanto se había reunido y aglomerado allí, quince días antes. Ni Relumbrón, ni D. Moisés quisieron desperdiciar la oportunidad de redondear sus negocios. Relumbrón dió una espléndida comida en su casa, entre siete y ocho de la noche, al estilo de París. Lamparilla fué el encargado de convidar personalmente. El feroz gobernador lo recibió secamente.

—Diga usted al coronel Relumbrón que un general con mando y desempeñando funciones oficiales no debe comer más que en su casa ó en el cuartel. Déle usted las

gracias. El coronel Relumbrón ha sido siempre un hombre atento y cumplido. Déle usted las gracias.

Con un gesto despidió á Lamparilla, que salió corrido y colérico de la Casa Municipal, pero fué más feliz en sus siguientes visitas, y Relumbrón tuvo en su mesa al prefecto, al coronel del cuerpo que estaba de guarnición, á dos de los alcaldes, al cura, y sobre todo á los principales comerciantes de Guadalajara, de Mazatlan, de Chihuahua y aun de Guaymas y la California, entre ellos un inglés, dos americanos y tres alemanes, y al viejo y conocido francés Mr. Bastón de Mazatlan. Esa clase de convidados necesitaba Relumbrón. Se alegró mucho de que no hubiese aceptado ese soldado feroz que había visto matar con tanta sangre fría á los desdichados valentones.

El Champaña corrió como agua, y en la mesa se sirvieron los manjares más raros y exquisitos, desde pescado fresco de Chapala, hasta el delicado queso de Morcoto.

*El espagnol non bebe...* Relumbrón servía á todos, hasta lograr que el gas alegre de los vinos subiese al cerebro de sus convidados, pero él apenas besaba la espuma del Champaña y al disimulo tiraba el resto debajo de la mesa, y chanceando con uno y platicando con el otro, logró saber los negocios más notables que se habían verificado; quién había ganado ó perdido; los rumbos para donde se dirigían los efectos comprados, ó retirados de la feria; el dinero acuñado, ó en barras que tales ó cuales personas llevaban, en fin, cuanto pudo y deseaba saber. En Lagos no había ni banco ni casas que pudiesen hacer giros sobre todas las plazas de la República, y así la mayor parte del dinero circulante debería ser retirado

en talegas por sus respectivos dueños. Relumbrón quería que le tocase, sin haber comerciado, algo ó mucho si era posible.

Acabada la comida, á eso de las diez de la noche, Relumbrón se levantó, brindó por la prosperidad del comercio, por el presidente de la República y por el general, á cuya energía era debida la absoluta seguridad que se disfrutaba en la villa de San Juan y en los caminos reales de la República, y concluyó diciendo:

—¡Señores, mil gracias por la honra que me han hecho, y el café lo tomaremos en casa de D. Moisés, donde está preparado!

Y entre vivas, aplausos y risas, toda la camada siguió á Relumbrón y se precipitó en la casa de D. Moisés, que estaba á poca distancia.

El portal, el patio y sobre todo el salón del juego de la casa de D. Moisés era un hervidero de gente. Habíase necesitado poner una guardia en la puerta para conservar el orden. Unos salían despavoridos y rabiosos y huían de aquel infierno donde habían dejado hasta el último escudo de oro; otros, por el contrario, contaban su dinero, sonaban sus bolsillos repletos de pesos y onzas y trataban de hacerse paso para volver á la mesa de juego en busca de más fortuna.

D. Moisés había, con el tacto y mañas de viejo tahir, mantenido la partida en un ten con ten, con el fin de inspirar confianza y atraerse los puntos de las demás partidas; pero ya en el último día, tomó en sus manos las cartas maravillosas para dar un golpe definitivo y levantar el campo el día siguiente.

Los convidados de Relumbrón se dirigían al salón, pero éste les dijo:

—No, amigos míos, la sala donde está preparado el café está en el fondo. Vamos allá; D. Moisés parece que está de vena esta noche y no querría yo que vosotros, que sois ricos, perdiéis vuestro dinero, que lo que es á mí ya me ha llevado unas cien onzas y esta noche no pondré una más.

Así entraron á la pieza donde estaba una mesa, no sólo con el café, sino con botellas de licores diversos, y la advertencia que les hizo Relumbrón, en vez de contenerlos, no hizo más que despertar su apetito, y poco á poco se fueron deslizado y haciéndose lugar hasta lograr asientos en la mesa de juego. Relumbrón, lleno de placer, observó la marcha de sus improvisados amigos, y á su vez penetró hasta ponerse en frente de D. Moisés y le guiñó el ojo. La victoria fué completa. La mayor parte de los comensales de Relumbrón, atarantados con el vino y los licores, atraídos por ese ruido seductor del oro, comenzaron á jugar, á perder y tratar de disgustarse, y á las doce de la noche, que se corrió el último albur y se levantó la partida, no sólo habían perdido lo que tenían en los bolsillos, sino pedido cajas considerables.

Relumbrón se esquivó, no queriendo en esos momentos de desastre hablar con sus convidados, y en lugar de entrar en su casa se encaminó por la calle de la Alegría, donde encontró á Lamparilla, que acababa de escapar de las manos de San Justo.

—Mi coronel,—dijo el licenciado Lamparilla,—¿no ha estado usted en el *Otel del Tapatio*, del que, según parece, es empresario el capitán de rurales?

—Ya sabía algo de eso, pero no me había ocurrido, ocupado en obsequiar á mis amigos, y extrañé que no

hubiese usted estado en la mesa, cuando tanto ha trabajado para que fuese, no sólo lucida, sino espléndida.

—No me convidó usted expresamente, y me figuré que quería usted estar solo y libre con sus amigos.

—¡Qué bobera! Si usted es de casa, de la familia, como quien dice, y no necesitaba convite. Por el contrario; de mucho me hubiera usted servido. Le perdono esta escapada. En la feria no es uno dueño de sí mismo, y quizá prefería usted comer con alguna tapatía de tantas y tan bonitas como hay por aquí.

—Nada de eso, mi coronel. Soy hombre discreto, y esto es todo,—le contestó Lamparilla;—pero en cuanto á muchachas, ya verá usted las del Otel del Tapatío, y parece que se han dado cita las más alegres y garbosas que han concurrido á la feria.

Lamparilla, rabiando su alma contra San Justo, y avergonzado de sí mismo por no haber dado de patadas al insolente desde el momento que se le presentó delante, aprovechaba la ocasión para volver en compañía de Relumbrón, y si aun permanecía allí el portero de la logia, acusarlo de escandaloso y de ladrón y llevarlo con todo y sus narices cortadas al cuartel para que al día siguiente lo fusilara el general. Ya hemos visto que el tuerto Cirilo se lo había llevado y que Lamparilla creía que la herida no pasaba de un simple araño.

En esto los dos amigos llegaron á la puerta del Otel del Tapatío, donde había mucha menos gente, pero en el salón se tocaba, se cantaba, se bailaba y se bebía alegremente como si nada hubiese pasado.

Evaristo *pespunteaba* y *zapateaba* con tanto entusiasmo con una de las tres tapatías (la más bonita), que no advirtió la llegada de Relumbrón. Las coplas se sucedían

sin intermisión, y cada estribillo era saludado con aplausos y con el grito de costumbre: ¡obligala! ¡obligala! y aquí del bandido de Río Frío, tirando el sombrero á los piés de la bailarina y haciendo resonar sus tacones en unas tablas que cubrían la sangre derramada por el inocente San Justo.

Relumbrón y Lamparilla no tuvieron dificultad en encontrar asiento, pues estaban libres las de las seis ú ocho parejas que bailaban. Lamparilla buscó con los ojos á San Justo, y ya más calmado se alegró en el fondo de no encontrarlo y evitarse un nuevo disgusto y consideró inútil contar al coronel lo que había pasado. Relumbrón, picado de la araña, y lleno de satisfacción y de gozo con la completa victoria de D. Moisés, quedó encantado con la belleza de las mujeres y con la animación de aquel baile popular, debido al talento organizador de Evaristo; pero era tanta la canalla ya un poco ebria, tanta la aglomeración de gente que no despedía el mejor olor y tantas las insolencias y groserías de las coplas, que se sintió avergonzado, y trató de marcharse antes de ser reconocido por Evaristo, cuando entraron y se sentaron á su lado tres mozos de no mala presencia y vestidos decentemente de paño al estilo del país, con sus sombreros galoneados, sus buenas toquillas de plata y sus pistolas en la cintura.

Relumbrón, que andaba á caza de gente que pudiera serle útil, se volvió á sentar y esperó cualquier incidente que le hiciese entrar en conversación con los recién llegados, lo que no tardó en suceder. Uno de ellos, el más guapo, por su erguido y robusto cuerpo y su buena cara que denotaba más bien un muchacho de buena familia que no un bandolero ó por lo menos un hombre ordina-

rio de la plebe, desde que tomó asiento, no quitaba la vista del capitán de rurales, que con tanto brío y entusiasmo estaba ocupado de sus tapatías, pero le veía, no los piés, sino la cara. Cuando al parecer había rectificado su opinión y estaba seguro de haber reconocido al bailaror, sacó una pistola de su cintura, la reconoció, la volvió á colocar en su lugar y se disponía á levantarse con ademán de encararse, con Evaristo. Nada de esto escapó á la atenta observación de Relumbrón, y pensó naturalmente que la casualidad le proporcionaba saber de ese mocetón y de sus dos compañeros más de lo que deseaba.

—Amigo,—le dijo,—como soy hombre de mundo y de experiencia, no he quitado la vista de usted desde que entró. Usted viene buscando á ese hombre que está bailando, ó algo ha tenido ó tiene usted con él que le molesta.

Juan, que no era otro el personaje de que se ha hablado, se sorprendió al escuchar esta especie de interpelación, y quedándose quieto y quitando la mano de la pistola le respondió con respeto, acostumbrado como estaba al servicio militar.

—Mi coronel,—le dijo,—si usted conoce á ese hombre y me pudiera decir quién es, me haría un gran favor, aunque no me cabe duda que lo he reconocido.

—Ningún inconveniente tengo en satisfacer su curiosidad. Lo conozco, como á la mayor parte de los militares. Se llama Pedro Sánchez y es el capitán que manda las escoltas del monte de Río Frío.

—¡Qué suerte!—dijo el mocetón.—Cuando debería estar ahorcado. Sí, no me cabe duda, él es,—continuó hablando solo.—Esos ojos, esas carcajadas, esa desver-

güenza en sus movimientos; sí, no me cabe duda, él es, y en esta ocasión ya verá quién es el aprendiz á quien daba de patadas y le tiraba las sobras de la comida, como á un perro.

Relumbrón escuchaba con grande atención y veía ya una historia misteriosa de que podía sacar provecho. Era un coleccionador de secretos que explotaba cuando le convenía, y aquí había un secreto.

—Es curioso y raro lo que dice usted, amigo, y si como ya creo tiene usted cuentas que arreglar con el capitán Sánchez, yo le puedo ayudar. La figura de usted me interesa y apostaría á que usted ha servido en el ejército. Su modo y sus maneras son de un militar.

—Puede que sí, son cosas de la vida y largas de contar, y lo que me importa ahora es que este capitán ó lo que sea no se me escape, y aquí ó cuando salga de aquí tengo que agarrarle el pescuezo, darle muchos golpes y á la menor resistencia pegarle un balazo.

—¡Qué tontería! son los años los que hablan y no la prudencia; le aconsejo que nada intente aquí. El gobernador es muy severo y es probable que se daría la razón al capitán y usted sería fusilado.

Juan se sonrió amargamente y dijo:

—Eso me importaría poco, con tal de vengarme.

—Ya tendrá usted tiempo y yo se lo proporcionaré sin que corra riesgo ninguno; pero vamos, si se puede saber, ¿quién, según usted, es ese capitán Pedro Sánchez?

—No se llama Pedro Sánchez, sino Evaristo Lecuona, era de oficio tornero, casado con una mujer muy buena y muy bonita á quien asesinó cobardemente una noche. Esa mujer hizo conmigo oficios de madre, la quería como á mi madre, y juré vengarla.



—¡Chist!—le dijo Relumbrón,—no hay que decir esas cosas recio, bastará que yo las sepa.

—Podría yo ir á ver al prefecto, á un alcalde, al mismo gobernador y denunciarlo y probarle su delito; pero no soy denunciante,—continuó Juan en voz más baja,—y lo que quiero es matarlo personalmente, martirizarlo, reducirlo á pedazos como él hizo con la pobre doña Tules.

—¡Calma, amigo! y ya tendrá usted tiempo, llévase de los consejos de un hombre que ha vivido más que usted y tenga confianza en mí. Dígame, si no tiene interés en callar, cómo se llama y en qué se ocupa usted y sus compañeros.

—Me llamo Juan, Juan simplemente, porque ignoro quiénes fueron mis padres, y mis compañeros, que están aquí, son Valeriano y Romualdo, y otros tres más que andan de paseo por otra parte. Todos somos del Resguardo de Tepic, que hemos venido custodiando un cargamento.

—Bien,—dijo Relumbrón,—ya se conoce que son ustedes gente de provecho y no unos perdidos. Razón más para que se guíen de mis consejos.

Juan, que era de una naturaleza altiva, pero dócil, y que tenía respeto á sus superiores, agachó la cabeza y respondió:

—Como usted quiera, mi coronel.

—Bien, ahora les diré que soy el coronel Y\*\*\* jefe del Estado mayor del Presidente y vivo en México en la calle de \*\*\*, y mucho me alegraré de ver á tan guapos muchachos, pero de pronto haremos bien de salir de este garito donde hombres y mujeres están ya ebrios y no tardará en haber algún desorden.

Relumbrón se levantó y tuvo que llamar la atención de Lamparilla, que estaba encantado con los piés y las piernas de las tapatías, y no dejaba de divertirse con las mudanzas de Evaristo. Todos salieron juntos y tomaron á lo largo de la calle de la Alegría, que todavía estaba llena de gente.

## CAPÍTULO XXXVIII

### Fin de la Feria

**L**A última noche de la feria fué más que toledana, y se puede afirmar que ninguno durmió. Antes de las ocho de la mañana ya los puntos que perdieron sus onzas de oro la noche anterior habían pagado con toda puntualidad, como es costumbre, sus *cajas* en oro ó en buenas libranzas sobre Guadalajara y México. D. Moisés, envuelto en una capa redonda con un gran cuello de nutria, daba sus órdenes en el portal de la casa, para que cargasen con cuidado todos los *triques* que había traído de la capital; el coche con ocho mulas estaba listo, y á poco, dejando abierta y completamente vacía la casa, él y sus sacrificantes colocaban con mucho cuidado la arca de la alianza (que pesaba arrobas), envuelta en un jorongo del Saltillo en el centro del coche. Los cocheros tronaron el látigo, las mulas se encabritaron, y el carruaje bajó como un rayo la pequeña colina

que conducía al camino real, seguido de diez mocetones bien montados y armados, que eran los de más confianza de la banda de nuestros conocidos de Tepetlaxtoc.

Relumbrón no quitó su casa sino dos días después, y apenas le bastaron para los diversos negocios que tenía que dejar arreglados antes de regresar á México.

Juan fué el primero que habló con él, y ya que hemos vuelto á encontrarnos con nuestro huérfano, se nos permitirá una corta digresión. Recordaremos que cuando estaba de escucha en la desesperada campaña que estaba haciendo bajo las órdenes de Baninelli y del cabo Franco (capitán), fué sorprendido y conducido al interior de un bosque, ó más bien de los matorrales y barrancos del escabroso camino. Los que lo aprendieron eran unos dispersos de las fuerzas de Valentín Cruz, pero estos dispersos no eran bandoleros, sino muchachos de buenas familias de la clase media, que por calaverada ó entusiasmo por la vida libre y aventurera, habían tomado parte en el pronunciamiento. El uno era dependiente de un almacén de abarrotes en Guadalajara; dos, estudiantes perdularios y reprobados en los exámenes del Instituto Jaliciense, y los tres últimos, hijos de rancheros ricos, que no habían querido dedicarse ni á cuidar sus propios intereses ni á ninguna otra carrera, pero no eran criminales ni habían cometido faltas graves; eran, en una palabra, calaveras de pueblo, que conocían más ó menos á Valentín Cruz y se reunieron con él, sin idea de sostener ningún plan político, y sólo para *hacer algo*, saliendo de San Pedro bien montados y armados de su propia cuenta y con algún dinero en el bolsillo. Uno de los estudiantes fué hecho prisionero en una escaramuza, y entonces los demás se propusieron, aunque

les costase la vida, espiar la ocasión de coger á su vez al cabo Franco, ó á Moctezuma III, ó á Espiridión, ó á Juan, que siempre (más bien como espías que no como combatientes) habían observado que iban delante y á gran distancia del grueso de la tropa de Baninelli. Tocó á Juan el servicio de escucha, le cayeron encima y se lo llevaron con la intención de guardarlo en rehenes, hasta que pudiesen cangearlo.

—No temás nada,—le dijeron, quitándole la venda que tenía en los ojos, cuando se creyeron seguros en su matorral,—no te haremos mal, sino te guardaremos para cambiarte por nuestro amigo Vicencio, que cayó prisionero. Si nos lo entrega el coronel Baninelli, te entregamos también nosotros, pero si lo manda fusilar ó sabemos que lo ha fusilado, hacemos lo mismo contigo. Somos muchachos que por calaverada hemos salido de nuestras casas, y nos importan un pito tanto Baninelli como Valentín Cruz, y si el diablo se los lleva á los dos, tanto mejor. Si nos das tu palabra de hombre que no te escapas, te soltamos y caminarás con nosotros como amigo, y comerás lo que nosotros comamos; pero si te niegas, te traeremos amarrado día y noche, y al menor intento para escaparte te damos un balazo.

Juan se negó redondamente á empeñar su palabra en ningún sentido, y en consecuencia caminó con ellos varios días por veredas y montañas que ninguno de ellos conocía. Su intención era, ya que no habían podido lograr el rescate en el curso de la campaña, llegar á una población pacífica, tomar lenguas y obrar según las cosas se presentasen. De volver á sus casas, ni pensarlo. Tenían doble miedo á sus familias y á la autoridad militar. En resumen, eran hombres al agua. El dinero se les

había acabado y era necesario vivir. En esto se acercaron á Tepic y descansaron dos días en un rancho inmediato.

Juan persistía en su negativa, caminaba siempre amarrado, y cualquiera de ellos caminaba á su lado con la pistola en la cintura, pero el modo de portarse de Juan era tan natural, su carácter tan franco y su valor tan tranquilo cuando en sus caminatas había algún peligro, ó cuando lo amenazaban, que había logrado, no sólo hacerse querer, sino hasta ejercer cierta influencia en muchachos poco más ó menos de su misma edad.

En los días de camino tuvo Juan tiempo de reflexionar, y reflexionó en efecto que era necesario, de una manera ó de otra, poner un término á una peregrinación indefinida.

Cuando estaba ocupado en la campaña ó en algún trabajo no se acordaba de su vida pasada, pero en los momentos en que se hallaba en completa ociosidad, venía á su vista como si estuviese delante de un panorama la serie de cuadros á cual más tristes de su vida desde que podía acordarse de ella. El entierro de la viejecita, la pobre perra enferma y coja que la seguía, la casa del tornero, la bellísima Tules que quería como á su madre, la fresca y robusta Cecilia, el patio triste y los fresnos del hospicio, el negro ataúd de donde salió la figura lívida de Carrascosa, el rancho tranquilo y silencioso de Santa María de la Ladrillera, el cuartel, y después el asalto de San Pedro, el cansancio de las marchas, la guerra, la peste, la hambre, el incendio, la muerte y la miseria por todas partes; pero sobre todo, lo que nunca se le quitaba de la imaginación era el sauce seco y torcido, los jacales arruinados y escuetos, y la mañana fría

en que un hombre, en la plenitud de la vida, había caído mortalmente herido por las balas y la pólvora, y él mismo había sido uno de los forzosos verdugos. Nada más llano ni más fácil que se enderezara al centro del país en busca de Baninelli, presentar á los muchachos que le tenían prisionero, procurar el rescate del estudiante y el indulto de los demás. Juan quedaría de nuevo en el servicio de las armas, que le agradaba, y los calaveras perdonados regresarían á su casa. Vióse tentado de proponerles ese plan, y más de tres noches, á pesar del cansancio, le quitó el sueño esta idea, pero tuvo miedo. Conocía el carácter terrible de Baninelli, que lo consideraría como desertor frente del enemigo, lo que se confirmaría precisamente llegando unido á unos cuantos revoltosos. Tal resolución no daría otro resultado que conducirlo á la muerte, á una muerte segura é ignominiosa, al pié de otro sauce seco y torcido y junto á unos jacales arruinados, fusilado tal vez por Espiridión y Moctezuma III, que nada podrian hacer para salvarlo. Quedaba también por saber si los muchachos calaveras tendrían suficiente confianza en él, y querrian exponerse á ser cuando menos filiados como soldados. Dió vueltas en su cabeza á éste y otros pensamientos, y no encontró al fin de sus meditaciones ninguna salida.

—No hay más,—concluyó diciendo para sí,— que dejarse arrastrar por la fatalidad, que ha marcado mi vida. Apenas he encontrado un modo de vivir tranquilo, cuando ha venido un suceso inesperado á cambiar mi posición sin que yo haya podido remediarlo. Yo no he aspirado á nada, no he buscado nada, no he podido tener voluntad propia, y desde que fuí colocado de aprendiz en la casa de ese maldito tornero, he sido como

arrebatado por una fuerza superior á mí. Bien; ni lucho, ni lucharé más, porque sería inútil; así, soldado, arriero, *pronunciado*, mozo de una hacienda, ladrón, todo me es igual. Esta última aventura me ha dejado sin salida, y no tengo ya que pensar sino en dejarme llevar de la corriente. El mundo ha sido bien triste y bien ingrato para mí, y no vale la pena en que me fije en ciertos movimientos de mi alma que se pueden llamar piedad, honradez, trabajo, bondad, vergüenza, posición social, nada; todo esto no es para mí, ni hay que pensar en ello... *A vivir como se pueda y á morir cuando Dios quiera.*

Con un hondo suspiro que le hizo venir las lágrimas á los ojos, con un recuerdo de Tules, de Cecilia, de Casilda, de Casilda sobre todo, del buen licenciado D. Pedro Martín, de la excelente D.<sup>a</sup> Pascuala y de sus alegres compañeros Espiridión y Moctezuma III, terminó sus reflexiones.

—¡Buenas gentes!—dijo limpiándose los ojos,—¡ya no los volveré á ver en la vida!

La lágrima se secó, y una mala levadura envolvió el corazón del huérfano.

Las amargas reflexiones de que apenas ha sido posible dar una idea, martirizaron, trituraron, por decirlo así, el cuerpo y el alma del muchacho, y el mismo dolor y la fatiga le produjeron un sueño pesado y letárgico, de modo que era entrado el día cuando entró Romualdo, el dependiente de la casa de abarrotes, y lo removió con el pié.

—Amigo Juan, no le diré que se le han pegado las sábanas, porque hasta el nombre se nos ha olvidado, sino que se le han pegado los ojos. Levántese y ensille su caballo, que es hora de ponernos en camino.



Los cinco muchachos que habían hecho prisionero á Juan, se puede decir que le querían y que ya eran amigos, pero ese Romualdo que lo despertó lo distinguía más. Se prestaba á vigilarlo para dejarlo más en libertad en el camino, y ya habían prescindido de amarrarlo en la silla ó quitar el freno á su caballo y conducirlo persogado con una reata.

—¡Ah! es verdad; no sé qué diablo de pesadillas he tenido en la noche;—contestó Juan levantándose, pues dormía vestido en un petate ó en un cuero como los demás;—el cuerpo me duele como si me hubiesen dado cien palos. Tengo alguna cosa que decir, pero desearía que estuviesen todos juntos.

—Aquí están y nos vienen á buscar,—dijo Romualdo; y en efecto, entraron ya con sus espuelas y sus cuartas colgadas de un botón de las calzoneras, dispuestos á montar á caballo.

—Amigos,—les dijo Juan en cuanto los vió.—Anoche he pensado mucho y he tomado mi resolución. Soy todo de ustedes, lo que hagan haré yo, lo que coman será mi alimento, en los riesgos, si los hay, seré el primero, si algo se gana me darán la parte que quieran, todo á fe de hombre, y si no me creen, un balazo lo hace bueno; porque ya me cansé yo, y ustedes más de cuidar y mantener un gandul que sirve de estorbo. Suyo hasta la muerte.

Juan se descubrió el pecho, y se les puso frente erguido y con su fisonomía franca, donde se veía que lo que decía era espontáneo y sincero.

Romualdo se quitó el sombrero y lo tiró por lo alto, gritando:

—¡Viva Juan!

Los demás hicieron lo mismo.

—Que nuestro prisionero sea nuestro capitán. ¿Les parece?

Aclamaron todos á Juan, lo abrazaron, y se pusieron locos de contentos como si se hubiesen sacado una lotería. Pasado este primer momento comenzaron á deliberar. Entre todos apenas tenían para pagar la hospitalidad que les había dado un vecino del pueblo, y la cena y el desayuno en una fondita cercana. Dos días más y no tendrían ni para la pastura de sus caballos.

—Yo conozco al principal de una casa de Tepic, que es la que surte de todo á mi patrón de Guadalajara. Tepic, á donde he venido muchas veces, no dista de aquí más que dos leguas. Déjenme ir á verlo y él nos puede ocupar en algo, y en último caso no me negará algunos pesos con que podamos vivir un par de semanas. Tepic es país de comercio muy socorrido y donde hay mucho dinero, y no nos faltará. Parto en el acto, y al caer la tarde estaré de vuelta.

Aprobaron todos la idea, Romualdo partió á galope y los demás muy contentos, y de tú por tú con Juan, quedaron esperando en el alojamiento, se pasearon en el pueblo y almorzaron en el figón.

Al caer la tarde en efecto Romualdo regresó con buenas noticias. Se trataba de una expedición larga y peligrosa que interesaba á la casa, y precisamente necesitaba de algunos hombres resueltos. Todos, pues, y con esperanza de buena recompensa, tenían colocación.

A la mañana siguiente, la pequeña y animosa cuadrilla estaba en Tepic, instalada en un buen alojamiento, y Juan y Romualdo arreglaron en la tarde con el gerente de la casa de comercio las condiciones de la expedición.

Dos días después, guiados por un dependiente de la casa, al que acompañaban dos mozos con una mula de carga, se pusieron en camino tomando el rumbo de San Blas. Siguieron por la costa teniendo que vadear en la baja marea diversos bayucos, retirándose un poco al interior, para encender con matorrales y ramas una lumbrada, comer los víveres secos ó conservados que llevaba el dependiente, y pasar así la noche. A los cuatro días de esta marcha misteriosa por un país desierto y salvaje que por la primera vez quizá era hollado por una planta humana, se encontraron en un lugar delicioso. El dilatado mar Pacífico había penetrado un poco en la costa y formado una concha extensa, ó mejor dicho, una bahía que, en miniatura, remedaba la de Acapulco, pues estaba abrigada á derecha é izquierda por dos cerros tapizados de un verde claro y salpicados de graciosas palmeras. Las olas azules y mansas iban á terminar dulcemente á esa playa, dejando al retirarse un mosaico de conchitas y de esmaltados caracoles. Los aventureros, muchachos que no conocían el mar, quedaron pasmados al contemplar esta grandiosa escena, y se alegraron de haberse fugado de su casa y de gozar de la vida libre y fantástica con que ellos habían soñado. Juan fué feliz en ese momento, y los cuadros siniestros de sus desventuras desaparecieron de su imaginación. En la tarde, que era luminosa y espléndida, registraron el horizonte y vieron salir de sus lejanos límites que se confundían con el cielo azul ligeramente veteado de rojo y oro, un pequeño palo, como del grueso de un taco de billar, después, otro y otro, hasta que brotó de las ondas una fragata de tres palos, con su velamen blanco, hinchado, como si fuese un gran alción fabuloso. Poco á poco fué

acercándose á la costa con mucha precaución, hasta que fondeó á cierta distancia, arrió sus velas y quedó balanceándose majestuosamente en las azules aguas. Una ballenera se desprendió de su costado con el capitán y cuatro remeros vigorosos, y á la media hora desembarcaron en la tranquila bahía, entregaron al dependiente dos baules y un rollo de papeles, y se volvieron á bordo.

El campamento con toldos de lona, que en unión de los víveres venían en las cajas que cargaba la mula, se estableció en las orillas de la concha, y al día siguiente comenzó la descarga. En la tarde de ese día llegó un atajo de mulas de lazo y reata, en la mañana siguiente, otro, y así sucesivamente hasta que se completó el número de mulas necesarias para levantar la carga que iba saliendo del vientre de la fragata y que dos lanchones traían sucesivamente á tierra. A poca distancia y al terminar el arenal, había un bosque espeso y sin que se conocieran los límites, de maderas de tinte y un corte en forma estaba situado en el interior de la arboleda y precisamente en frente de la hermosa concha que se ha descrito. De los muchos corteños se tomaron los hombres necesarios para ayudar á la descarga, y en las dos semanas que duró la operación, pues no siempre se podía trabajar á causa del viento, esa pequeña porción de la ignorada y solitaria costa del Sur de México presentó un aspecto de animación y de vida como si fuese una ciudad recién fundada por activos y laboriosos colonos. Al fin los arrieros cargaron, la fragata levó anclas, y los atajos lentamente se internaron por una vereda del monte para llegar por caminos de travesía conocidos únicamente de los contrabandistas á la feria de San Juan de los Lagos, sin haber tocado ni en la capital de Jalisco

nien ninguna otra ciudad de importancia. Juan y sus compañeros fueron ampliamente recompensados, con lo que tuvieron para pasearse en la feria y aun les quedaba bastante dinero en los bolsillos.

La residencia de Relumbrón en la feria y las observaciones que había hecho le hicieron modificar el primer plan que había adoptado antes de su salida de México. Le faltaban algunas personas á quien mandar directamente y confiar hasta cierto punto en ellos, y ninguno le pareció mejor que Juan, á quien juzgó muy favorablemente sin darse razón de la causa. Le simpatizó, y esto bastaba. Convino que él y sus compañeros serían sus inmediatos dependientes.

—Tengo haciendas, molinos, talleres, atajos de mulas, cuanto hay, porque comercio en todo, y ustedes me pueden ser muy útiles. Les pagaré un par de pesos diarios y el caballo mantenido, pero á fe de hombres, me jurarán obedecerme sin replicar. El día que no estén á gusto me lo dirán con franqueza, y se retirarán llevando un pequeño capital que les entregaré para que puedan trabajar y vivir por su cuenta.

Juan y sus compañeros convinieron con el mayor gusto, entusiasmáronse con la perspectiva de viajes como el que acababan de hacer y aventuras más peligrosas que las que tuvieron siguiendo á Valentín Cruz. En cuanto á Juan, estaba resuelto á dejarse llevar de la corriente y nada más.

Al difunto Juan Robreño lo confirmó en su nombramiento de árbitro y señor de la tierra caliente, pudiendo disponer á su antojo de los ingenios de azúcar y de las fábricas de aguardiente.

José Gordillo, cochero de la hacienda del Sauz, indi-



có que deseaba expedicionar por el rumbo de Sombrerete, donde esperaba recoger un día ú otro algunos tejos de plata, y que á la hora que se ofreciera tendría *caballos orejanos* (1) de la hacienda del Sauz para remontar las partidas. Gordillo quería regresar á los terrenos de la hacienda para indagar si todos los diablos se habían llevado á los dos nobles caballeros que dejó encerrados nadando en su sangre, habilitarse de ciertos caballos magníficos que él conocía, y poder hacer frente á don Remigio en caso de que saliese á perseguirle con mozos armados. Se dió gusto á Gordillo, formándosele una cuadrilla de quince hombres, racionados y pagados por un mes. Pasado ese plazo, ellos buscarían el modo de pasar la vida, con la obligación de dar la mitad de todo lo que ganaran á Evaristo Lecuona, ó mejor dicho, á D. Pedro Sánchez, capitán de rurales de la provincia de Chalco.

Cecilio Rascón quedó nombrado, bajo el mando de Evaristo y de Hilario, para ocupar Río Frío, pero de pronto recibió una comisión muy importante.

La canalla compuesta del tuerto Cirilo, y *conclapaches* marcharía á la capital á ocupar sus guaridas provisionalmente, y ya se desorganizaría más adelante y se le darían órdenes.

Entre los secretos que sorprendió Relumbrón durante su residencia en Lagos, y especialmente el día que dió el gran banquete á los comerciantes, fué el siguiente:

Mientras Relumbrón con la copa en la mano gritaba: *¡bomba, bomba!* y pronunciaba brindis elocuentes por la prosperidad del comercio, dos comerciantes de Tepic,

---

(1) Se dice ganado orejano al que no tiene el fierro en la anca que indica la hacienda á que pertenece.

dependientes precisamente de la casa que había hecho alijar la fragata en la costa del Pacífico, hablaban de negocios en voz no tan baja que no pudiese escucharla Relumbrón.

—Ya he encontrado el modo,—le dijo uno al que tenía á su lado.

—Pues mucho me alegro, porque yo me he devanado los sesos y nada de lo que discurría me agradaba. Dí, ¿qué has pensado tú?

—Cargamos un atajo con el aguardiente y la azúcar que hemos comprado. Apartamos cinco mulas que llevarán cascotes vacíos, y dentro del aparejo, perfectamente envueltas en papeles, bien aseguradas y cosidas, colocamos 500 onzas; así el oro irá muy seguro y sin pagar derechos lo embarcaremos en el primer barco de guerra inglés que se presente en la costa.

—¿Pero no temes que los arrieros?...

—¡Oh! tú no sabes que á los arrieros se les puede fiar oro molido. Sin embargo, no hay necesidad de que lo sepan todos. Cipriano y Tomás harán con nosotros la operación y descargarán el chinchorro, y no hay que pedir escolta ni mozos, porque vamos más seguros sin ese aparato. Para cualquier cosa, nosotros y los mozos iremos bien armados. Escogeremos las cinco mulas cambujas que tienen las atarrias encarnadas con el nombre de Rivera, irán juntas y en caso de accidente, lo que es muy remoto, las podemos cortar, y si registran no encontrarán más que barriles vacíos.

Relumbrón, fingiéndose muy distraído, y platicando, brindando y sirviendo Champaña á los amigos que tenía en frente en la mesa, pudo enterarse de lo más sustancial de la conversación, aun cuando perdió muchos de

los detalles y observaciones que hacía uno de los comerciantes, quedando al fin convencido de que habían convenido en que el oro sería conducido de la manera indicada. Siguió Relumbrón chanceando y al parecer muy entusiasmado en una discusión con el convidado que estaba á la izquierda, sobre si las tapatías eran más garbosas y más *buenas* que las poblanas, y después se volvió á los comerciantes.

—Van ustedes á ser jueces,—les dijo, contándoles el motivo de la discusión.

Los comerciantes, que no tenían idea de las chinas poblanas, pues eran de la costa del Sur y nunca habían estado en Puebla, se decidieron por las tapatías.

—Pues lo mismo da,—contestó Relumbrón, —tratándose de muchachas bonitas. Brindemos por las tapatías, — y llenó las copas de Champaña, y todos bebieron alegremente.

Los comerciantes se despidieron en seguida, diciendo que tenían negocios urgentes que terminar, y en efecto, se fueron á la casa amplia que habitaban y se encerraron á acomodar ellos mismos y los dos arrieros de confianza el oro, en los aparejos de las cinco mulas camujas.



## CAPÍTULO XXXIX

### El ordenador de la victoria

**J**ULIANA, pues ya es tiempo que sepamos el nombre de la cocinera del platero, conocía perfectamente, no sólo las costumbres, sino los caprichos de su amo. Cuando el compadre Relumbrón anunciaba de palabra ó por escrito su visita para el domingo, ya sabía que el platero se levantaba más temprano, anticipaba su misa en el Sagrario, volvía inmediatamente para esperar á su compadre, platicar con él á sus anchas y almorzar en seguida algo de extraordinario y apetitoso.

En esta vez Relumbrón anunció por escrito su visita en una tarjeta que recibió y leyó Juliana y la colocó en un lugar visible de la mesa.

—Hoy es viernes, Juliana,—dijo el platero en cuanto pasó los ojos por la tarjeta, — mi compadre vendrá el domingo á almorzar, y como acaba de llegar de un largo viaje y ha pasado mil trabajos, es necesario que

pongas tus cinco sentidos para que se desquite de las malísimas comidas de los figones del camino, que, como sabes, no pasan de mole aguado y frijoles parados, sin manteca.

Juliana por toda respuesta inclinó la cabeza y salió inmediatamente á hacer con anticipación sus provisiones. El platero conocía también, no sólo las costumbres, sino los caprichos de su cocinera, y quedó tranquilo con sólo esta inclinación de cabeza.

El domingo el platero se levantó todavía más temprano, se fué al Sagrario y oyó dos misas, una por cumplir con el precepto y otra por su compadre, que no era de o más observante, y regresó á esperarlo, con su conciencia tan blanca y tan limpia como el vellón de un cordero.

Relumbrón no se hizo esperar, y pasados los saludos, los apretones de manos y los abrazos, se instalaron, como otras veces, uno en el sillón y otro en el canapé, y comenzaron á departir.

—Viaje feliz, y muy feliz bajo todos aspectos. Polvo, calor en el camino á medio día y frío en la madrugada; pero esto es, si usted quiere, agradable, pues se varía de escena, se respira mejor en el aire libre del campo. En San Juan, banquetes diarios, Champaña, y de cuando en cuando algo de sabroso. Por cierto no faltaban muchachas como un dulce; pero ya sabe usted que soy casado y fiel marido, y Severa no tendrá que quejarse de mí.

Relumbrón soltó una carcajada, como para celebrar su fidelidad ó burlarse de ella, dió una palmada en el hombro á su compadre y se acomodó en el sillón.

—¡Ah! y antes que se me olvide, le he traído á usted una capa soberbia, de paño de Sedán, color de vino,

con cuello de nutria de cerca de media vara de ancho. Es la última moda. Compré tres: una para mí, otra para usted y otra que le regalé á D. Moisés. ¡Ochocientos tecolines! pero valía la pena. Ya verá usted.

—¿Para qué meterse en esos gastos, compadre? Gracias, ya sé que siempre se acuerda usted de mí; por lo demás, la capa no me servirá gran cosa...

—¿Cómo que no? Para ir á misa temprano bien abrigado en tiempo de frío, como ahora. Un día, si no se lleva usted de mi consejo, va usted á coger una pulmonía. Precisamente para que no le suceda eso le compré la capa. Su vida de usted es muy interesante, particularmente en estos momentos; pero vamos á los negocios.

Le diré á usted, en primer lugar, que la baraja mágica de D. Moisés nos ha producido cincuenta y ocho mil pesos, libres de todo gasto.

—¡Es posible, compadre!—interrumpió el platero bailándole los ojos de alegría.

—Como usted lo oye. Los tengo ya depositados en la casa inglesa que usted sabe.

—Ahí tiene usted, compadre, ganancia muy lícita. Puede uno ir á comulgar, y en seguida comprar una buena finca con ese dinero. El juego es un vicio, y los que juegan y pierden, en el pecado llevan la penitencia. ¿Quién se los manda? y no se canse usted, compadre, yo no creo en esas barajas *de pegue*; eso es imposible; la suerte, y nada más que la suerte. D. Moisés es afortunado.

—Lo que usted quiera, compadre; pero el caso es que tenemos ya el dinero en caja. Yo, individualmente, gané en eso que llama usted vicio unas cuatrocientas onzas,

con lo cual he hecho mis gastos y comprado para Severa, para Amparo y para mi Luisa admirables cosas de China de que no se tiene ni idea en México. Algo curioso tengo también para el Presidente.

—Bien, ¿y los demás negocios?

—Poca cosa. Por más drogas que se hicieron en los gallos, dándoles munición á los contrarios y haciéndoles beber qué sé yo qué bebistrajos para acobardarlos, se sacrificaron más de ochenta sin mayor resultado; construcción de la plaza y tantos malditos galleros viciosos y gastadores, se han llevado las utilidades; así, los miserables mil pesos que se utilizaron se los dejé para que se los repartieran. El que hizo una regular campaña fué Sotero. Salió de su regimiento de inválidos y se ha traído unos caballos de primera. Me han tocado seis potros de la hacienda del Sauz, que seguramente valen una talega cada uno. Ya Román Chaves (1) sacará unos caballos de primera.

Los muchachos no pudieron hacer gran cosa. Ese bárbaro monarquista que está de gobernador, me fusiló dos, y los demás se sumieron, y vea usted, compadre, me alegro, porque esa gente es como la piel del diablo y nos podían haber comprometido. En resumen y en números redondos, el viaje me ha valido unos sesenta mil pesos netos y una gran consideración con el Presidente. Me encargó una misión política en Guanajuato, Aguascalientes, Guadalajara y Zacatecas, y la he cumplido satisfactoriamente, y ya tiene usted explicado el motivo de mi dilación, más de dos meses de viaje, pero no se ha perdido el tiempo. Debe usted figurarse que al gover-

---

(1) Un célebre arrendador de caballos.

nador de Jalisco lo puse en su verdadero punto de vista como un rival, y he sabido inspirar tal desconfianza al jefe del Estado, que no pasará un mes sin que su caída sea tan estrepitosa como definitiva. Ya ha mandado el ministro de la Guerra que Baninelli, que está en San Luis, vuelva á Jalisco con toda su brigada, y se sitúe en San Pedro, que deje estallar el pronunciamiento en la capital, haciendo entender que lo secundará, que en el instante caiga como un rayo sobre los revoltosos, los bata y los haga pedazos y fusile á los cabecillas. La red está bien tendida y el ejemplo será terrible. Ya me pagará ese mocho la vida de mis dos pobres é inocentes muchachos. Por treinta pesos que robaron á un rolero los mandó fusilar, y naturalmente, los demás no pudieron buscar su vida y se han mantenido á mis costillas. ¿Me dará usted verdugo igual?... pero dejemos eso, que ya pasó y continuemos ocupándonos de nuestros negocios.

—¡Pobrecitos! ¡Dios los haya perdonado! — dijo el platero, inclinando la cabeza.

—Vamos, ahora entre usted y yo, á organizar la campaña y preparar la victoria en esta gran capital, mientras viene la feria del año entrante.

¿Cómo tiene usted nuestra casa de moneda?

—Concluída enteramente, montada y lista, y no esperaba yo más que el regreso de usted para que comencemos la acuñación.

—¡Bravo, compadre! venga un abrazo.

—Yo debía habérselo dado antes por el acierto y fortuna que ha tenido D. Moisés.

Los dos compadres se abrazaron estrechamente y se volvieron á sentar.

—¿Y cómo se ha compuesto usted con la gente?... vea usted que es muy peligroso, fiarse de...

—No tenga usted cuidado, compadre. D.<sup>a</sup> Viviana la corredora me la ha proporcionado. Vea usted qué casualidad. Por el rumbo de Tlaxcala había una fábrica de moneda. El jefe político olfateó algo, y comenzó á hacer pesquisas. El protector de los monederos, que era un richacho de México, tuvo miedo, la cerró y despidió á los operarios, que vinieron á habitar en la casa de Novenas, en una vivienda contigua á la de la corredora. Como ella los escuchó hablar varias veces y le encargaron les buscara colocación, muy pronto comprendió qué clase de gente era. Me platicó de sus nuevos conocidos, encargándome acomodo para ellos y concluyó por traerme al que hacía de jefe, y como ya el dinero se les acababa, fácilmente nos ajustamos, y ya los tiene usted en el molino ganando un par de pesos diarios desde hace un mes.

—Todo se nos viene de manos á boca, compadre,— le contestó Relumbrón. — ¿Y qué plan tiene usted para la acuñación?

—Es muy sencillo, compadre, y se lo voy á explicar en dos palabras. No imagine usted que vamos á fabricar pesos de plomo ó de cobre, que los conocen al vuelo los gachupines de las tiendas, y que los indios muerden y le encajan el diente, ó los raspan contra las losas é inmediatamente se les ve el cobre; nada de eso, haremos pesos de plata, de buena plata del cuño de Guanajuato, que resistan al diente del indio, y aun á la agua fuerte de los plateros, el sonido será idéntico al de cualquier peso de México ó Guanajuato, solamente que la liga será en la proporción de un treinta por ciento, de modo

que, deduciendo los gastos de reacuñación, nos quedará una utilidad neta de veinte y cinco por ciento. He logrado descubrir una liga, compuesta de cobre, zinc y estaño, que desempeña perfectamente, y se necesitaría del ensaye por la vía seca y por la húmeda para descubrir la falsificación. Haremos un depósito de los metales necesarios, iremos llevando al molino unos diez ó doce mil pesos, en coche y poco á poco, y, ya todo listo, comenzaremos la acuñación. A cada talega de pesos legítimos de la casa de moneda de Guanajuato se le mezclará la tercera parte de nuestra moneda, y esa talega así compuesta se revuelve con talegas de pesos de las diversas casas de moneda, y en esta revoltura vaya usted á saber y adivinar. Ni el diablo. ¿Me comprende usted, compadre?

—Perfectamente. Vea usted, cada cual sabe su oficio. Yo solo, ni en un año hubiera podido establecer la casa de moneda, y además habría tenido que valerme de tan diversas gentes, que, después de pagarles muy caro, quedariame el temor de una infidelidad.

—Por de pronto nos contentaremos con una pequeña utilidad de dos ó tres mil pesos cada mes, — continuó diciendo el platero,—si las cosas van bien, podremos rivalizar con la casa de moneda de México, al fin todo el dinero se lo llevan los ingleses para encerrarlo en el Banco de Londres ó enviarlo á la india oriental, así ¿qué más da que tengan los pesos diez dineros, veinte granos, que cinco dineros y diez granos? Un señalado servicio hacemos á la nación con nuestra industria.

El platero concluyó estas juiciosas reflexiones con su acostumbrado estribillo.

—Compadre, desengáñese usted. Después de haber acuñado cien mil pesos de la manera que le he dicho á usted, podemos ir á comulgar, y si la muerte nos coge, nos vamos á la gloria derechitos.

—Necesitamos una contabilidad, una dirección. En los libros figurarán tercios de harina en vez de talegas... El molino también ha de estar en corriente para moler únicamente el trigo de la hacienda, y sobre todo para cubrir las apariencias.

—Eso sí es cuenta de usted, compadre, — dijo el platero, — yo no puedo cerrar mi platería, y sólo de vez en cuando iré á dar un vistazo...

Relumbrón se quedó meditando un rato, luego dióse una palmada en la cabeza.

—¡Eureka! Ya encontré mi hombre.

—¿Quién?

—Nada menos que el cuñado del licenciado D. Pedro Martín de Olañeta.

—¿Es posible?

—Y muy posible. Creo haberle contado á usted una historia de unas libranzas falsas; pues bien, esas libranzas falsas están en mi poder y el que las firmó y me las debe es ese licenciado, que por enjuto y delgadito, le llaman *Chupadito* ó *Chupita*, marido de D.<sup>a</sup> Clara, cuyo lujo y cuyos gastos rayan ya en escándalo, pero no es el interés de que me pague el que me mueve á proponerle ese destino, sino el *complicarlo*. ¿Quién se atrevería ni siquiera á pensar que el cuñado del magistrado que pasa por ser el más honrado y el más severo de la República, tiene un cuñado monedero falso? Aceptará, quiera ó no. Si rehusa, entregaré las libranzas á un juez, y acabamos. Si admite, él traerá y llevará el dinero, se ocupará per-



sonalmente de la contabilidad y aparecerá como socio mío en el molino de trigo. Su mujer no desea otra cosa, sino separarse de él, pues parece que además de su carácter duro y altanero, tiene sus amoríos con ciertos personajes de alto copete. Su marido, apasionado de ella en los primeros meses de su casamiento, arruinó su reputación y su bufete por ella, hoy está aburrido y la aguanta por consideración á D. Pedro Martín, que no deja de protegerlo y darle negocios. Verá, pues, el cielo abierto con una colocación semejante. Tendremos, pues, al terrible juez á nuestra disposición por un lado por su cuñado, y por el otro, por el licenciado Lamparilla.

—¿Que Lamparilla esta enterado de nuestros secretos?

—Ni por pienso. Yo he catado á mi hombre, es vivaracho, activo, abogado práctico y chicanero, pero hablador, ligero, incapaz de guardar cinco minutos un secreto. Así lo ocupo en negocios sencillos, le doy comisiones que le agradan y en los que aparezco como generoso, desprendido y honrado, y me llena de elogios y es capaz de meter por mí las manos en la lumbré; me considera como un gran calavera, lleno de buenas cualidades. Además lo tengo cogido con un negocio con que sueña día y noche y trata de que lea yo una resma de documentos y escrituras que no se entienden, del tiempo de Carlos V y Felipe II. Dice que es el apoderado del último descendiente en línea recta de Moctezuma II. Este muchacho, que es militar en la tropa de Baninelli, fué la causa de que yo desmontara la partida de Panzocola. Añade Lamparilla que todo el volcán del Popocatepetl es de Moctezuma III, así como seis ú ocho haciendas del valle de Ameca. Creo que todo esto es una pura

fantasía, y tratando así el negocio como yo lo trato, no me será difícil sacar del Presidente, en un rato que tenga de buen humor, una orden para que le den posesión de sus bienes al supuesto ó verdadero Moctezuma III. Si los que los tienen ahora se defienden, ya irán ante los jueces para que decidan quién tiene razón, y si se trata sólo de la fuerza, el que tenga más fuerza ganará, y eso será también cuenta de Lamparilla. Me ha prometido que me regalará una hacienda si le consigo la orden para la entrega de los bienes, y me he reído, como me reí de la baraja mágica de D. Moisés, y ya ve usted el maravilloso resultado que nos ha dado. Ya sabe usted, compadre, quién es Lamparilla y el papel que representa á mi lado; pero volvamos á nuestros asuntos, que va siendo hora de almorzar y *mi talento*, como dice D. Joaquin Patiño, *es de estómago*.

Lo de la casa de moneda y molino lo debemos dar por arreglado. En la semana entrante haremos los tres un viaje á las haciendas, y quedará instalado el licenciado Chupita en su puesto. Mañana mismo lo veré.

Son tantas las cosas que tengo en la cabeza, — prosiguió diciendo Relumbrón, — que me olvidaba de decir á usted que tengo un negocio que llamaremos *de las mulas cambujas*. Tienen los aparejos llenos de oro. ¡Quince, veinte, treinta mil pesos! Estas mulas deben cortarse de la recua en el punto que sea posible, y en vez de llegar á su destino encaminarse á la hacienda, y no deben dilatar, tomando en cuenta la fecha en que yo salí de San Juan. Esta expedición, en que más se requiere astucia que fuerza, está confiada á D. Pedro Cataño, cuyos antecedentes é historia sabe usted ya. Ha sido de mi parte un ensayo atrevido, y lo probable es que no vuelva yo

á ver ni á D. Pedró Cataño ni á las mulas cambujas. Si logra cortarlas hará bien de largarse con ellas, ganar la frontera y no volverse á acordar ni de su ingrata patria ni de nosotros. En su caso, yo haría otro tanto, y en seguida me iba á comulgar, como usted dice, y si me moría, derechito me iba al cielo. Diré á usted de una vez, para concluir, mis planes y la parte que deberá tomar en ellos, pues cuando me siento á mesa no me agrada hablar de negocios.

Voy á despedir, dándole una buena gratificación al dependiente que tengo. Yo llevaré personalmente mis cuentas y el dinero estará muy seguro en la casa inglesa, que es de absoluta confianza y reserva. Cesarán mis amistades y relaciones en la apariencia con D. Moisés y con los galleros y chalanes; no habrá, pues, ni entrantes ni salientes en mi casa y mucho menos de la calaña de los desalmados pillos de Tepetlaxtoc; jugaré poco, me dedicaré á nuestros negocios sin estrépito ni bulla, frecuentaré la buena sociedad y pondré mis cinco sentidos en dar más brillo á mi tertulia semanal. Severa, por sus virtudes y trato, y Amparo, que cada día se pone más hermosa, tienen encantada á la concurrencia. Ya ve usted, compadre, que sigo sus consejos, y en vez de un calaverón, me vuelvo un hombre formal y *rangé*, arreglado, como dicen los franceses.

Para facilitar nuestros negocios y alejar toda sospecha, necesitamos varias cosas. Voy á conseguir una contrata de vestuarios y usted se encargará de buscar un local amplio, no muy en el centro de la ciudad, y allí será realmente nuestro despacho y el lugar en que podremos despachar nuestros asuntos sin llamar la atención, puesto que en un taller semejante no es extraño que entren y

salgan toda clase de personas. No es mi propósito ganar á costa del trabajo y de la sangre de las pobres mujeres que *cosen ropa de munición*, pagándoles á real cada camisa y á tres cuartillos cada pantalón, poniendo las agujas y el hilo, eso se queda para los miserables usureros que hacen una fortuna en momentos, robando á la vez al gobierno y á los infelices; no, por el contrario, costureras, sastres y talabarteros estarán en sus glorias, pues se les pagará doble, y no se les sujetará á multas y á rebajas cuando no entregan los sábados la ropa que se les da á coser. En cambio escogeremos con tacto y sin que ellos mismos se den cuenta, los numerosos espías que necesitamos. En las casas más principales, en los cafés, en los teatros, en los toros, en las oficinas, en los conventos mismos, necesitamos personas que nos den razón de la vida íntima de las familias, para calcular con acierto y madurar el golpe; en una palabra, una policía secreta en toda la ciudad y en las ciudades, haciendas y pueblos, á donde se extiendan nuestras operaciones. La recamarera en una casa, el portero en otra, el aguador en la de más allá, el cochero, el lacayo en las casas de los agiotistas y de los hacendados; en los cafés, un viejecito en un rincón tomando su copa, fingiendo que dormita y escuchando al mismo tiempo las conversaciones; en los teatros, una ó más personas, bien vestidas, trabando amistad con los payos que vienen del interior para averiguar el dinero que traen, en qué lo van á emplear y cuándo regresan y por qué camino. Los ladrones hasta aquí no han sido más que seres depravados, generalmente unos brutos, que no han tenido plan ninguno. Detienen á un hombre en una noche oscura, le ponen el puñal al pecho y le roban un relox de plata ó de cobre que vale tres pesos.

Asaltan una casa, donde en vez de dinero hay miseria y se llevan un paquete de ropa vieja. Atacan la diligencia donde acaso no van más que mujeres y muchachos que por no tener ó no querer pagar el almuerzo, comen pan y queso dentro del coche, y se contentan con seis ú ocho pesos y algunas piezas usadas de los baules de equipaje, como lo ha hecho ese pícaro capitán de rurales, que no ha salido hasta ahora de penico perro con todo y su insolencia y sus baladronadas... nada de eso, compadre, todo ese método es ineficaz y mezquino. Dos ó tres golpes certeros en un año valen más que uno diario que no produce ni para comer frijoles. Reflexione usted en la suerte de todos los ladrones, ó los ahorcan, si dan con desalmados como Baninelli y el gobernador de Jalisco, ó se pudren en las cárceles si dan con jueces como Bedolla, y si va usted á indagar lo que tienen, les faltan siete y medio reales para completar un peso, y sus mujeres ó sus queridas necesitan prostituirse para llevarles á la cárcel la comida, el chinguirito y la baraja. Poco nos costará esa policía. De las mismas mujeres y de los artesanos que concurran al almacén de vestuario del ejército mexicano, sacaremos lavanderas, cocineras, recamareras, costureras, amas de llaves, mozos, lacayos, cocheros y hasta escribientes, para las diversas casas que los necesiten. Tenemos á nuestra disposición una buena cuadrilla de viejos ladrones del barrio de San Pablo, con los que se ha entendido el capitán de rurales, y que me puso delante de las ventanas de mi casa de Lagos para que los conociese, y bien dirigida nos será de mucha utilidad. A uno de ellos, *al más honrado*, le pondremos una regular tienda de *comistrajo*, que tenga poquísimo capital y mucha apariencia, y él se encargará de dar los *pa-*

*peles de conocimiento* (1). D.<sup>o</sup> Viviana la corredora será nombrada directora del taller de mujeres, ella les distribuirá las prendas, les repartirá el hilo y las agujas, les pagará su raya los sábados, se hará con este motivo de confianza con ellas, sabrá su vida y milagros y las irá colocando á medida que se necesite y ellas lo pidan, les aconsejará que vayan á ver á nuestro tendero, al que apenas ella conoce, pero que está segura que es muy hombre y muy caritativo, y que sin dificultad les dará el papel de conocimiento. En cambio del servicio D. Viviana no exigirá de ellas sino que la vengán á visitar cada semana, y en las visitas les hará preguntas discretas hasta que se entere exactamente de la vida íntima de la familia en cuya casa sirve; por ejemplo, á qué horas entra y sale el padre, el marido ó el amante, si hay plata labrada y alhajas en la casa y dónde acostumbran guardarlas; si hay armas y cuáles son; si son descuidados y dejan las puertas abiertas, si hay niños y cuántos son; que clase de gentes frecuentan la casa; cuántos criados son y si viven en el piso bajo; qué clase de persona es el portero, etc., etc. Todo es muy interesante y ningún pormenor se debe omitir; por muy insignificante que parezca. Viviana tiene una facha de mujer quieta y honrada, y á eso debe la fortuna que ha ganado en su comercio; es además discreta, reservada y muy lista para esta clase de indagaciones, y desempeñará su papel admirablemente. Además de su sueldo entrará en sociedad con nosotros y le dejaremos libres dos días de la semana, para que continúe en su comercio de alhajas y de ropa usada, lo que como usted

---

(1) En México, para admitir á un criado, basta que presente un papel que diga: «Conozco á fulano de tal que se ha portado con honradez durante el tiempo que me ha servido. Y para que conste, etc.»

sabe mejor que yo, nos conviene mucho. Bien entendido, compadre, que en todo esto, no tendré arte ni parte. Yo apareceré simplemente como el contratista serio, más bien severo, aunque afable en el trato con los artesanos, costureras y dependientes, que no debén apercibirse de nada, ni ocuparse más que de la construcción del vestuario. Tome usted en arrendamiento una casita de campo por merced de las Huertas, y allí se va usted como á descansar y á pasear los días que esté de humor y recibir allí á Viviana y cuantas otras personas sea necesario. En México no debe usted ser más que platero y nada más que el antiguo y acreditado platero amigo de las monjas, de los frailes y de los canónigos, especialmente de los de la colegiata de Guadalupe, que con las medallas y milagros le dan lo bastante para comer como un príncipe y regalar hasta la exageración á su buena y guapa Juliana.

—No diga usted semejantes cosas, compadre, Juliana es mi cocinera y nada más. La conservo y le pago bien, porque en todo México no habrá quien guise mejor que ella.

—Lo mismo puedo decir de Luisa y de la otra. Son simplemente mis conocidas y jamás me ha pasado por la imaginación el... pero doblemos la hoja y continuemos, que aun tengo que decirle y se nos ha pasado ya la hora del almuerzo.

Necesitamos un mesón y un corral grande. El mesón para que nos sirva de una especie de garita donde se adquieran noticias de los caminos. Quién entra, quién sale, qué cargamentos van y vienen, en qué consisten y si se puede intentar alguna sorpresa segura, y también á los mesones concurren ladrones que podemos reclutar ó

perseguir, según nos convenga. El corral será el cuartel general de los valentones de Tepetlaxtoc y demás canalla que hemos reclutado, menos la gente de D. Pedro Cataño, si es que vuelve, tendrá también su cuartel general en la hacienda ó en el molino, y nos servirá de escolta para traer y llevar el dinero cuando no expedicione por la tierra caliente. En el corral se venderá paja, cebada y maíz, se comprarán y venderán caballos, se alquilarán carros y coches, en fin, un comercio en forma, que nos produzca siquiera lo bastante para mantener la caballada que se emplea en el servicio de las expediciones. Yo iré al corral de vez en cuando, con un pretexto ó con otro para dar un vistazo, pero la dirección inmediata la tendrá D. Pedro Cataño (si vuelve), ó algún otro, á quien yo eche el ojo, quizá alguno de los muchachos con quien hice conocimiento en la feria y que á estas horas deben estar ya esperándome en la hacienda de Arroyo Prieto. Nada me ocurre ya encargar á usted, compadre, y aunque me ocurriera me callaría la boca, porque tengo ya un agujero en el estómago.

—¡Qué talento, compadre! Dios se lo ha dado á usted y no hay que negarlo, pero tiene usted mucha razón y ya es tiempo que pasemos al comedor.

El platero torció la llave de la puerta de la sala y la abrió de par en par. Se dirigió á la cocina y encontró á Juliana en los momentos de hacer en el sartén una tortilla de huevos con chorizos de Extremadura.

—Parece que has adivinado mi pensamiento, precisamente ese plato que tú haces muy bien, como todo, quería ofrecérselo hoy á mi compadre, pero con tanta ocupación como tengo, se me pasó el decírtelo.

—Siempre le adivino á usted sus pensamientos, pero



no es gracia, pues que conozco los platos que le gustan á usted y al señor coronel. Me da gusto que quede contento cuando viene á comer ó almorzar con usted. He preparado también un pulque de piña con canela y algo de chile mulato.

El platero no pudo menos de dar un beso en el cuello redondo y blando de Juliana, aunque un poco sudoroso, con el calor de la cocina.

—¿Si se enfría la tortilla?—dijo Juliana dejándose acariciar, —no será culpa mía si la encuentran mala. A almorzar.

El compadre entró en el comedor, repitiendo también:

—A almorzar;—y los compadres se sentaron en la mesa repartiéndose por mitad la humeante y olorosa tortilla con chorizones de Extremadura.

No hay necesidad de decir que la cocinera, como los domingos anteriores, durante la conversación de los compadres había aplicado alternativamente el oído y el ojo á la cerradura de la llave.



## CAPÍTULO XL

### Las cinco mulas cambujas

**C**ostó mucho trabajo á Relumbrón que el licenciado Chupita aceptara el cargo de director de la casa de moneda del molino de Perote. Se resistía á lanzarse de lleno en una carrera de perdición, pero no hubo remedio. Por una parte tenía que sostener el lujo de su mujer, y los negocios de su bufete no le daban lo bastante, y por otra, Relumbrón lo puso entre la espada y la pared. O aceptaba el empleo con todas sus consecuencias, ó las libranzas falsas pasaban á las manos de un agente de negocios.

El licenciado Chupita pidió tres días para arreglar sus negocios; dijo á su mujer y á D. Pedro Martín, que había admitido el cargo de administrador de la hacienda de Arroyo Prieto, celebrando una especie de compañía con el coronel, en la que tenía, además de un sueldo fijo, el veinticinco por ciento de las utilidades. D. Pedro Mar-

tin, que vivía en eterna discordia con su hermana por causa de su lujo y de su conducta un poco libre, aprobó la resolución y le aconsejó que se llevase á Clara, pero ésta se resistió, lo que agradó á Chupita, pues era imposible ponerla al tanto del secreto, ni Relumbrón lo hubiese consentido, aun cuando la mundana señora se hubiese resignado á enterrarse en un desierto. Quedó contenta con una mesada de 250 pesos cada mes, y así quedaron arreglados los asuntos de familia.

Una hermosa mañana de primavera, el cuñado de D. Pedro Martín de Olañeta, Relumbrón y su compadre el platero, montaron en un amplio y fuerte coche con tablita por detrás y por delante (era ya el coche de la hacienda), y se pusieron en camino con dirección á San Martín. Llevaban cargados en el coche para comenzar la falsa amonedación, unos ocho mil pesos en huacales, al parecer llenos de fruta y además una buena provisión de víveres y á Juliana bien acomodada y con un paraguas en la tablita delantera á reserva de meterla dentro del coche pasada la garita.

El tiro de mulas no era tan bueno como los del marqués del Valle Alegre, pero suficiente para que el primer día llegasen á Ayotla y el segundo á la hacienda, habiendo sido escoltados en el monte por Hilario. Nada había en la hacienda que infundiese sospechas; era una hacienda como cualquier otra, lejana del camino real, administrada interinamente por un mayordomo, se daban los últimos barbechos para preparar la tierra y sembrar el maíz temporal. La hacienda y el país, todo solo y tranquilo. Ningún inconveniente había en que Juliana y cualquiera otra persona residiera allí. Relumbrón encontró ya instalados á Juan y sus compañeros. El ma-

yordomo los juzgó de pronto malhechores, pero le dieron tales señas y tales pormenores del coronel que los enviaba, que se tranquilizó y les permitió que se alhojasen en una troje vacía.

Mientras que Relumbrón hacía su expedición por el interior, su compadre había cumplido los encargos que le dejó encomendados. El comedor, la sala y tres ó cuatro recámaras de la hacienda, las había dispuesto y arreglado modestamente, pero con cuanta comodidad era indispensable para que pudiesen alojarse cuatro ó cinco personas. La maquinaria para el molino de harina, de estilo moderno, estaba instalada, y en cuanto á la casa de moneda, no había ni qué desear. Las de Guajuato y México no estarían mejor. Los troqueles él mismo los había grabado. Los volantes los mandó hacer á un hábil herrero que hacía años servía al platero y le construía cuanto necesitaba para la acuñación de medallas. En esta vez, le dijo que los canónigos de Guadalupe le habían mandado hacer dos mil del tamaño de un peso, y el volante fué mayor que los que otras veces la había construído, así ni modo de que nadie sospechase el verdadero objeto, y para lo que pudiese suceder, y en caso de una visita de gente extraña al molino, tenía ya arreglado con el Abad de la colegiata la acuñación de un número considerable de medallas. La habitación arruinada del molino estaba completamente reparada, y nada faltaba en ella para una vida cómoda y tranquila.

Relumbrón se estableció durante algunos días en la hacienda, esperando de un momento á otro la llegada de las cinco mulas cambujas, y entre tanto habló detenidamente con Juan y sus compañeros y dió sus disposiciones para el giro de las fincas. Juan le contó algo

más de su vida y aventuras, entre otras cosas le dijo que durante mucho tiempo había estado en un rancho y sabía todo lo necesario para poder gobernar una hacienda de campo, y decidió encargarle provisionalmente la administración de la hacienda; á Romualdo lo hizo mayordomo, y á los otros les encomendó el cuidado de los caballos y tiros de mulas.

—Todos ustedes,—les dijo,—están prófugos de su casa, proscritos, sentenciados á muerte ó á presidio en San Juan de Ulúa, que es peor que la muerte. Desde que llegué á México he hecho las mayores diligencias para alcanzar su perdón, sin poderlo conseguir, pues el gobierno está inflexible con los partidarios de Valentín Cruz. Aquí en la hacienda tendrán lo necesario, nadie los conoce, y pasarán por dependientes de la finca y estarán muy seguros, pero en cambio han de prometerme á fe de hombres, obedecerme en todo y por todo, y hacer lo que yo mande sin replicar ni hacer observación ninguna. En una palabra, como soldados. Tienen tiempo de reflexionarlo.

Juan y sus compañeros se hacían mil conjeturas y no podían comprender cómo la casualidad les había proporcionado un protector tan generoso, pero no teniendo de pronto ni otra ocupación, ni deseos de regresar á sus casas y menos de ser cogidos y enviados á San Juan de Ulúa, aceptaron con entusiasmo las proposiciones de Relumbrón y le juraron por el santo de su nombre y por el alma de su madre que lo obedecerían en todo y que podía contar con ellos.

En cuanto á Juan, individualmente se conformó en su propósito de dejarse llevar de la corriente.

Ni por la mente le pasaba cuando estaba arrimado en

el rancho de Santa María de la Ladrillera, que había de llegar á ser administrador de una gran hacienda del Valle de San Martín.

Relumbrón había perdido ya la esperanza de ver llegar las cinco mulas cambujas. O á D. Pedro Cataño le había pasado algún accidente, ó se había aprovechado de la ocasión y cogídose el oro encerrado en los apajeros.

—Golpe en vago, compadre,—le dijo al platero,—y pues que todo está arreglado en la hacienda y nada tenemos que hacer, vámonos mañana al molino á dar posesión de su empleo al licenciado y comenzar las labores, pues cada día que pasa perdemos lo menos cien pesos.

A cosa de la media noche cada uno se acostó en su recámara, y apenas acababan de conciliar el sueño, cuando dieron tres toques en la puerta principal de la especie de muralla que precedía á la entrada de la casa.

Relumbrón, el primero, se levantó.

—O nos han denunciado y vienen á prendernos, ó son las cinco mulas cambujas.

¿Quién los había de denunciar cuando habían tenido tantas precauciones y no comenzaba aún la acuñación de moneda falsa?

La conciencia era la que denunciaba á Relumbrón á cada momento.

Los golpes en la puerta se repitieron, Relumbrón se acabó de vestir, tomó sus pistolas y salió á abrir. El licenciado y el compadre, que oyeron los toquidos, temblaban de miedo, se fingieron dormidos y se cubrieron la cabeza con las sábanas. Juan y sus compañeros roncaban profundamente encerrados en la troje.

Relumbrón abrió decididamente la puerta, y D. Pedro

Cataño y las cinco mulas cambujas escoltadas por seis muchachos bien montados y armados, entraron en el patio. Relumbrón se hizo conocer, D. Pedro Cataño se apeó del caballo y se estrecharon la mano.

—Todos duermen en este momento,—le dijo Relumbrón,—que se descarguen las mulas, y en mi misma recámara colocaremos los aparejos, y mañana ya se verá donde se guardan.

Los mozos de Cataño descargaron las mulas, dejaron los barriles vacíos y los sacos de maíz en el patio y colocaron los cinco aparejos en la recámara de Relumbrón; las bestias fueron llevadas á las caballerizas y la gente al cuarto de raya, que era amplio y tenía bancas y esterres, donde mal que bien, podían pasar el resto de la noche.

—¿Viene todo completo?—preguntó Relumbrón cuando entraron en la recámara cerrando tras sí la puerta.

—Supongo que sí, pues los aparejos no se han tocado, y yo he dormido sobre ellos durante el camino.

—¡Soberbio!—exclamó Relumbrón.

—Cumplí exactamente la comisión que usted me confió,—respondió con modestia Cataño,—nada tiene esto de particular.

—¡Maravilloso! pero cuénteme,—continuó diciéndole Relumbrón.—¿Cómo ha pasado el lance?

—Corté las cinco mulas cambujas y me las traje, y aquí están los aparejos que no me dejan mentir,—contestó sencillamente Cataño, que estaba sentado sobre los mismos aparejos.

—¡Admirable!—dijo Relumbrón,—¿pero no hubo lucha, ni balazos, ni heridos?

—Nada absolutamente,—respondió Cataño.—Salí con



seis muchachos, siguiendo los atajos, que se componía de cosa de cincuenta mulas que cargaban aguardiente y azúcar, y en el centro observé las cinco mulas cambujas. Detrás de los atajos iban los dos dependientes, seguidos de dos mozos, todos bien armados. A las dos horas de camino, me reuní con los dependientes, dejando muy atrás á los muchachos, y así caminamos en buena amistad cinco ó seis días. Me dijeron que regresaban á Mazatlan, después de haber vendido muy bien un cargamento de ropa, parte en dinero que habían remitido á D. José Palomar á Guadalajara aprovechando el regreso del regimiento que había hecho el servicio en la feria, y parte en azúcar y aguardiente que esperaban vender muy bien, pues no había existencias en el puerto. A mi vez les dije yo, que había venido á la feria á comprar sombreros de palma, zapatos y frazadas, que escaseaban en San Francisco de California, donde yo vivía y tenía un comercio, que mi carga había salido hacia seis días para San Blas, y yo me dirigía á Mazatlan á esperar un bergantín para embarcarme. Establecida ya esta confianza recíproca, almorzábamos y cenábamos juntos, y yo dormía en mi campamento cerca del *jato* de los arrieros, á cuyo cargo estaban las cinco mulas cambujas, de las cuales quizá adrede no parecían hacer mucho caso los dependientes. Platicando á ratos con los arrieros, les dí á entender que yo era también dependiente de la casa, y encargado expresamente de conducir esas mulas á un rancho cerca de la costa y no al puerto de Mazatlan. Así seguimos en la mejor inteligencia. Generalmente la jornada comenzaba antes de amanecer para aprovechar el fresco y que no se fatigasen las bestias. Atravesábamos un día por un bosque muy sombrío y tupido de árboles. En

la noche cayó una fina llovizna, y antes de amanecer, la niebla era tan espesa, que no se veían ni las manos. Los dependientes y los mozos y arrieros dormían profundamente debajo de las tiendas de campaña, que se formaban con zarapes y con las mantas de los arrieros. Desperté á los de las cinco mulas cambujas, les dije que necesitábamos adelantarnos, para dejar los cascos de vino vacíos en un rancho, y levantar en su lugar unos sacos de pasturas que ya nos faltaban, para que cuando llegasen las recuas, pudiésemos juntos rendir la jornada. Los arrieros, tanto por la intimidación en que me habían visto con los dependientes, como porque tal vez no sabían lo que contenían dentro los aparejos, no vacilaron en obedecerme, y aparejaron y cargaron las mulas, y nos pusimos en camino, mientras el resto del campamento permanecía todavía quieto y entregados todos al más profundo sueño. Una vez emprendida esta aventura tentativa, me resolví á llevarla á cabo por bien ó por mal, así que dí la lección á mis muchachos. Si era sentido, yo haría frente á los dependientes y á los mozos, razonando y engañándolos si podía, y si no dándoles de balazos y cuchilladas, mientras ellos lazaban las mulas y se internaban en la selva, donde nos deberíamos reunir, á la señal de uno ó más silbidos, convenidos y conocidos solamente de nosotros, pero de nada de esto tuvimos necesidad. Incliné la marcha por el rumbo opuesto al derrotero que debía seguirse para llegar á Mazatlan. Avanzamos terreno por las veredas de ganado que las mulas seguían por instinto, de modo que cuando salió bien el sol ya estábamos lejos de donde habíamos salido, y cercanos á una ranchería donde llegamos en veinte minutos y donde efectivamente encontramos maíz y rastrojo

de la reciente cosecha, lo que tranquilizó completamente á los arrieros. Resolví hacer alto allí todo el día, y parecerá extraño, pero hice esta composición de lugar: si extrañan las mulas, las buscan y vienen á dar aquí, nos batimos, y la cuestión de las *cambujas*, quedaba terminada de una manera ó de otra; si no vienen en todo el día y en el resto de la noche, es que nos han buscado, pero que han extraviado el camino y van alejándose en vez de acercarse, y en ese caso, puedo ya seguir mi ruta hasta San Martín en más ó menos días, pero con la más perfecta seguridad. Toda la noche la pasamos en vela y con las armas en la mano y vigilando á los arrieros, que cuando acabaron su trabajo, comieron sus gordas y se acostaron al parecer sin desconfianza ninguna. Amaneció Dios, y ni una alma, ni el menor indicio. Se cargaron las mulas con toda calma, en dos de ellas, y entre los cascotes de vino vacíos, se colocaron unas sacas con maíz y rastrojo, y echamos á andar. Como yo conozco los senderos, montañas y caminos del país, como el patio de mi casa (cuando la tenía), fácilmente tomé el rumbo; comprando maíz, sal y algunas veces gallinas, hemos llegado hasta aquí. Los arrieros al cabo de algunas jornadas, comenzaron á desconfiar, hasta que un día se negaron á cargar las mulas. Los amenacé y les puse una pistola en la frente para matarlos, pero me pareció inútil y les tuve lástima. Les propuse que se marchasen á su casa, sin decir una palabra á alma nacida, les dí algún dinero y les encargué que no entraran á ninguna población grande. Me lo juraron por la sangre de Cristo que nada dirían, y me aventuré á dejarlos, porque mientras ellos quedaban á pié, yo habría avanzado lo bastante para que, aunque fueran á hacer denuncia á cualquier

pueblo, no me podrían dar alcance. En verdad corría riesgo, pero no pude matar fríamente á dos infelices, que tampoco estaba yo cierto si sabían el secreto de los aparejos. Mi odio á la sociedad y mi despecho no llegan hasta allá. Un asesinato frío no haría sino aumentar los dolores de mi corazón; pero no se trata ahora de entermecerme, ni á ustedes les importan nada mis cosas privadas, y acabemos, que lo que deseo es tirarme en cualquier parte. Andando, días y días, pues las jornadas tenían de ser cortas y con precaución, comiendo unos días piñole, como en la frontera, ó gordas, como en el interior, bebiendo leche fresca ó agua cristalina, muertos de sed y de hambre otras veces, hemos logrado llegar y que sea el mismo coronel quien nos abra la puerta.

El licenciado y el compadre, que se habían levantado en paños menores, tan luego como advirtieron que no había peligro, acurrucados en un canapé escucharon atentamente la narración de D. Pedro Cataño, como un cuento de las mil y una noches, creyendo que si se descosían los aparejos no se encontraría más que borra y zacate.

—Si aprovecháramos lo que queda de la noche para extraer el oro, sería lo mejor,—dijo Relumbrón;—todos duermen, y aunque son gentes de mi confianza, mejor será que nada sepan, porque el refrán es un evangelio: *La ocasión hace al ladrón*, pero antes será bueno que ofrezcamos un buen refrigerio á este intrépido amigo, que ha sabido dar cima á una aventura más difícil que las de D. Quijote de la Mancha. Compadre,—continuó dirigiéndose al platero,—usted que conoce mejor que yo los recursos de esta casa, tráiganos algo bueno, y echaremos un trago á la salud de mi amigo D. Pedro Cataño.

El compadre, tiritando de frío, y en calzoncillo blanco, se dirigió al comedor con un cabo de vela y volvió á poco con unas botellas de rancio, copas, pan, queso y salchichón.

El intrépido Cataño hizo honor á la colación, y el licenciado Chupita, azorado al presenciar escenas tan inesperadas como extrañas para él, no dejó de cargarse la mano, y mientras que se disponía el registro de los aparejos, y se ponían en orden de batalla, fueron á vestirse de una manera más honesta y volvieron para ayudar á la operación.

En la apariencia nada contenían, y no se sabía por donde debería comenzarse, pero en el costado izquierdo de cada lado, se notaba una doble costura de pita blanca formando labores.

—Aquí está el secreto,—dijo Relumbrón, y en efecto descosió cuidadosamente con su cortaplumas, levantó el forro, y entre cuero y carne, como quien dice, fueron encontrando unas especies de placas, de gamuza gruesa, encerrando cada una una cierta cantidad de onzas de oro, equilibradas y dispuestas de tal modo, que no molestasen á la mula ni aumentasen sensiblemente el peso del aparejo. Todo el resto de la noche se empleó en sacar el oro, resultando una cantidad de veintidós mil pesos. Inmediatamente se arrancó el nombre de Rivera bordado con paño en las atarrias, y los aparejos fueron conducidos por Relumbrón mismo y Cataño á una troje, colocados en un rincón y cubiertos con paja. El licenciado y el compadre, incapaces de levantar cosas tan burdas y pesadas, ayudaban alumbrando con la escasa luz de dos velas que á cada momento se apagaban con el viento de la noche.

Vueltos á la recámara, Relumbrón dijo á Cataño:

—De veras, amigo mío, que ha dado usted un golpe maravilloso, y además de la utilidad que ha producido, ha hecho usted un servicio al Estado. Este oro es parte del producto de un cargamento introducido de contrabando por una poderosa casa de comercio, que de ese modo aumenta cada día su fortuna, pero en esta ocasión ha llevado buen chasco, y aunque se lo juraran, no podría creer que el fruto de su fraude esté sobre esta mesa. Según nuestras convenciones tiene usted, además de los gastos, el veinticinco por ciento, puede usted tomarlo ó disponer de él, en México ó donde quiera, que yo tengo crédito en todas partes.

—Coronel, ya he dicho á usted que mi padre es rico, que soy su hijo único, y que no tengo más que hacerle llegar una carta, lo cual es muy fácil, y tendré cuanto dinero quiera. Los gastos no han sido gran cosa, pero lo que sí deseo, es vestir á mis muchachos con un lujo, que llame la atención. Botonaduras de oro y de plata, sombreros muy finos y toquillas tejidas de oro fino, vestido de paño azul oscuro, caballos y armas de lo mejor, y siempre algo de dinero en la bolsa para no estar ateni-<sup>9</sup>dos, como quien dice, á buscar la amanesca. Para mí nada, pues le vuelvo á repetir que soy rico. Usted tiene delante, más que un hombre, á un loco, á quien el destino le ha deparado una vida singular y extraña. No hablemos, pues, más de dinero, puede guardarse todo ese oro, y ponga á mi lado un hombre de su confianza, una especie de comisario, como tenemos en la tropa, para que me dé el dinero que sea necesario para organizar una partida de cincuenta ó sesenta hombres con el lujo que he indicado. Esta partida llevará el nombre de Pedro

Cataño, pero en cuanto sea conocida le llamarán *Los Dorados*.

Chupita y el platero tuvieron ocasión de admirar más este hombre, que á la vez que era valiente y sagaz, era desprendido al extremo, y se cansaron de rogarle que aceptase la parte que le tocaba, pero todo fué inútil, y quedó convenido que al regreso á México del platero, se dedicaría de preferencia á construir botones, agujetas, toquillas y fustes con la cabeza y teja guarnecidas de plata para aperar la cuadrilla, como su jefe deseaba, y que antes de un mes le sería entregado todo. Con esto, cada uno se retiró satisfecho á descansar las pocas horas que faltaban, pero el más contento que todos fué el organizador de la victoria, que encerró en su ropero el oro que contenían los aparejos de las cinco mulas cambujas.

---

Al día siguiente Relumbrón gratificó generosamente al indio mayordomo, lo despidió, pues no le inspiraba mucha confianza, dió á reconocer á Juan como administrador de la hacienda, le señaló su habitación, así como la de los criados y dependientes y muchachos, é instaló á D. Pedro Cataño en la recámara que abandonaba el licenciado Chupita, recomendándole que permaneciese hasta su regreso. No consideró que por el momento había necesidad de hacerle conocer el molino, ni ponerlo en el secreto de la amonedación.

Después del almuerzo, que fué muy cordial, como si se tratase de gentes que se hubiesen conocido de años, Relumbrón, el licenciado y el platero, montaron en el coche, en el que se habían colocado en las cajuelas la


noche anterior unos tres mil pesos, y enderezaron para Puebla, á donde llegaron ya entrada la noche, alojándose en el mejor mesón. La segunda jornada comenzó á las tres de la mañana á todo riesgo, pues ellos mismos no estaban seguros de tener un mal encuentro en el sombrío pinal de San Agustín. Fatigado el buen tronco de mulas al que interpolaron dos de las cinco, fantásticas cambujas, llegaron sin novedad cerca de las diez de la noche á Perote, apeándose en una amplia casa baja que había arrendado el platero, y donde había cuanto era necesario para vivir y para establecer una correspondencia y tráfico con el molino á donde no podían llegar carretones. Se ve claro que cada uno de los asociados cumplía á las mil maravillas con su deber, y como había dinero, las cosas marchaban *como sobre carrillos*. Descansaron dos días, visitando Relumbrón á los vecinos más notables, que estaban muy contentos de que comenzase á andar el molino y á cultivar las tierras *colgadas*, pero muy fértiles que tenía, porque suponían que el pueblo casi muerto, tendría alguna animación y tráfico. Por lo menos la tienda principal vendería más á los molineros y harineros.

Al tercer día se les puso el aparejo á las dos mulas cambujas, y disimulados en costales de maíz y cebada cada una, cargó mil y quinientos pesos. El arriero era uno de los monederos falsos, pues dos se habían quedado allí para cuidar la casa y para lo que se ofreciera. Nuestros tres felices amigos á caballo y siguiendo á las cambujas, tomaron la vereda, y dos horas después se apeaban en aquel ignorado y encantador vergel.



## CAPÍTULO XLI

### Una corazonada

IENTRAS que el ostentoso y benemérito coronel acaba de arreglar su casa de moneda, tenemos tiempo de hacer nosotros un viaje á la hacienda del Sauz é informarnos de lo que pasaba allí.

No había andado D. Remigio tres leguas, cuando detuvo su caballo, encendió un cigarro y se puso á reflexionar.

—Decididamente, cueste lo que cueste, yo desobedezco al conde y me devuelvo á la hacienda. Le diré que se me olvidó el dinero, que mi caballo perdió una herradura, cualquier cosa... ¿en qué puede parar? en que se ponga furioso, en que me eche un regaño de los que suele cuando se le contraría su voluntad despótica, en que me despida de la hacienda... eso no... no lo hará nunca... Una corazonada me dice que algo horrible ha de haber pasado en las pocas horas que llevo de estar ausente. ¿Habrá muerto la condesita? ¿Habrá habido un pleito

entre el conde y el marqués? Quién sabe; algo ha de haber sucedido, el corazón me lo dice... no hay que pensarle más.

Y al afirmarse en esta resolución tiró la colilla de su cigarro y enderezó el caballo á galope con dirección á la hacienda.

José Gordillo, que no esperaba el regreso de D. Remigio y que lo creía ya lejos, quedó sorprendido al divisarlo por el camino. No había medio de retroceder ni de dar una disculpa satisfactoria, así no hubo más que jugar el todo por el todo, prendió las espuelas al caballo y con los que llevaba de mano pasó como un rayo rozando á D. Remigio, que se sorprendió de esta fuga, y se confirmó más las siniestras sospechas que había concebido. Pensó correr tras de Gordillo ó hacer que uno de sus criados le siguiese, pero en esta indecisión el fugitivo había ganado terreno y perdiéndose de vista. Consideró que lo más urgente era dirigirse á la hacienda, pues si el cochero se había robado unos caballos (esto pensó D. Remigio), poca cosa era, comparado con la catástrofe que se figuraba.

Cuando entró D. Remigio á la hacienda, todo estaba tranquilo y en el mismo estado que lo dejó; las parejas trabajando en el campo; el caporal, con los jarochos, apartando potros; los mozos en el patio y caballerizas limpiando los caballos; las mulas guarnecidas y pegadas como de costumbre á la carretela. Preguntó, desde luego, por el cochero.

—Puso las mulas en la carretela,—respondió uno de los criados,—y después ensilló y dijo que iba á pasear los caballos de los amos que están muy obachones y se están volviendo mañosos.

D. Remigio meneó la cabeza, se apeó y se dirigió á la habitación del marqués. Las criadas, aprovechando su ausencia, aseaban en ese momento la recámara.

—¿Ha salido el señor marqués á pié ó á caballo? — les preguntó D. Remigio.

—No lo hemos visto. Cuando hemos entrado, la recámara estaba vacía. Se ha vestido de limpio, pues su ropa de ayer está aquí.

D. Remigio se dirigió entonces á las habitaciones de Mariana. La encontró paseando de un lado á otro de su pequeño jardín, silenciosa y triste como de costumbre desde el día siguiente de su frustrado casamiento. Levantó la cabeza, sonrió á D. Remigio y continuó sus paseos.

De la habitación de Mariana pasó á las del conde. La puerta estaba cerrada. Llamó suavemente, después más recio... nada, ninguna respuesta... aplicó el oído... silencio profundo.

—Aquí está el misterio. Si el conde me despide, tanto mejor, pero yo voy á romper la puerta si es necesario.

Dió la vuelta y á poco volvió acompañado del herrero de la hacienda, provisto de los instrumentos necesarios. La puerta era sólida, y la chapa antigua, muy tosca, pero fuerte y complicada, pero al fin cedió.

D. Remigio penetró y recorrió salones y recámaras y nada, todo solo... Se decidió á ir hasta la biblioteca... cerrada también. El vengativo cochero había tenido la precaución de cerrar también la puerta de la biblioteca y llevarse la llave.

Fué más fácil la operación de forzar la cerradura, y las puertas se abrieron de par en par.

D. Remigio y el herrero retrocedieron espantados. El

conde y el marqués, con sus espadas en la mano, estaban exánimes en el suelo, nadando en un lago de sangre.

—¡Santo Dios, qué desgracia! ¿Qué hacer?

Después de algunos minutos de indecisión, D. Remigio dijo al herrero:

—Corre, que vengan aquí dos mozos y otro monte á caballo, que lleve uno de mano y que venga inmediatamente con el practicante.

El herrero salió corriendo á cumplir las órdenes, y D. Remigio se arrodilló para cerciorarse de si estaban muertos ó respiraban todavía.

—¡Si van á decir que yo los he asesinado! ¿Cómo justificar un duelo entre parientes tan cercanos, que seguramente no ha presenciado más que el maldito cochero? Veamos.

D. Remigio puso el oído en el corazón del conde y en seguida en el del marqués.

—¡Gracias á Dios!—dijo,—aun viven, y no están más que desmayados.

Como aun brotaba la sangre de las heridas de los dos campeones, y mientras los criados venían para levantarlos y transportarlos á sus lechos, D. Remigio sacó su pañuelo, lo rasgó y procuraba restañar la sangre. Al levantarse se encontró como una fantástica pintura, engastada en el marco de la puerta, á la condesa, con el cabello apenas recogido con una cinta azul y un peinador blanco, tal como acostumbraba en las mañanas pasearse en el jardín.

Una corazonada tal vez, ó la idea de mudar de objetos, por el estado de enajenación que guardaba, vacilando su organización entre la razón y la insensatez, loca mansa y

dócil hasta entonces, no se daba cuenta de sus acciones, ni de sus movimientos, y callaba y no respondía más que á D. Remigio, porque á los demás los consideraba como enemigos y no quería que le hablasen de ninguna de las cosas que habían pasado, que sin embargo tenía en su imaginación como si constantemente fuese presa de un sueño siniestro. Ratos tenía de calma y de olvido á tal punto, que se creía como otro tiempo, triste pero esperando la llegada de Juan para celebrar su casamiento, y la de Agustina con su hijo muy crecido y muy hermoso. Su padre se enternecía, los perdonaba, les tendía sus brazos y continuaban todos viviendo en la hacienda del Sauz muy felices, corriendo como en otro tiempo por los campos cubiertos de verde grama y de florecillos blancas.

Larguísimas eran esas meditaciones, ya sentada en su sillón á las horas del crepúsculo, ya en sus pascos matutinos por el jardín, y cuando en ese estado de apacibilidad ó de cristiana resignación la veía D. Remigio, concebía tales esperanzas, que aseguraba á las muchas personas que preguntaban por ella que no tardaría cuatro ó cinco semanas en estar completamente restablecida.

Fué en uno de estos momentos cuando salió maquinalmente la condesa del jardín; siguió á D. Remigio á distancia sin que éste lo advirtiese y penetró á las habitaciones ya abiertas, hasta la biblioteca, en cuya puerta se detuvo contemplando aterrada á su padre y al marqués tendidos en el suelo y nadando en su sangre.

El apacible cuadro que traía en su imaginación, trazado en el jardín y que era por un fenómeno nervioso una especie de tregua á sus dolores, se desvaneció y volvió en ese momento á la plenitud de su razón.

Helada de espanto, llevaba las manos á los ojos, se los limpiaba y los fijaba de nuevo en los dos cadáveres nadando en su sangre.

—¡D. Remigio, D. Remigio!—exclamó con una voz trémula—¿qué es esto? ¿qué ha sucedido? ¡Por Dios, que me diga usted una palabra que me explique este horror! Tengo en este momento toda mi razón, pero siento que se me escapa, siento que mis nervios me levantan, me empujan á una carrera loca, interminable. ¡Mi padre muerto!—¡El marqués lo ha matado!... ¡no, no, yo le he matado, debí obedecerlo y casarme!... ¡pero no pude, D. Remigio... no pude... ya le explicaré á usted... era imposible!...

Y volvía á limpiarse los ojos y los abría grandes y los fijaba en los cadáveres.

—Se han batido, señora condesa, pero están heridos solamente, respiran, viven, sanarán si los atendemos prontamente, y ya que Dios por su misericordia le ha vuelto la razón, tenga valor, ayúdeme á restañar la sangre, si no van á espirar.

—¡Sí, sí!—dijo Mariana saliendo de la inacción en que había estado sin pasar del marco de la puerta,—¡los salvaremos á los dos, es mi padre, mi padre, injusto, caprichoso, pero soy su hija y él está moribundo por mí!

Pronunciando estas palabras con firmeza mezclada de una profunda ternura, desgarró un pedazo de su ligero vestido y corrió á arrodillarse junto á su padre, abrazó al que parecía ya cadáver, le limpió el rostro desfigurado y lívido, le besó la frente con amor y respeto, retiró el pedazo de lienzo que había puesto D. Remigio, buscó la herida debajo de la sangrienta camisa, y suave y delicadamente comenzó á limpiar la llaga á falta de

agua en aquel momento con la poca saliva que tenía en sus labios. En el momento de esta piadosa ocupación, un rayo de esperanza vino á iluminar su mente un instante para desaparecer y dejarla en una noche tenebrosa. La herida era pequeña y poco profunda, un piquete apenas de la larga y acerada espada del marqués.

—Mi padre sanará, el marqués también, reflexionarán en la falta que han cometido, me perdonarán, los dos se esmerarán en cuidarme, en darme la libertad, y el obispo, tan santo y tan bueno, se interpondrá, rogará por mí, y quiza volverá Juan á la hacienda y será mi marido y traerá á mi hijo, al hijo de mis entrañas...

Un sueño de dicha y de paz, un rayo de ilusión de cielo pasaba sobre aquella frente blanca, y de sus ojos negros cayó una gruesa lágrima sobre la herida, como el bálsamo milagroso que debía volver la vida al conde...

El conde entreabrió los ojos, y volvióllos á cerrar.

Mariana lo llamó.

—¡Padre! ¡padre! ¡yo soy, yo, la que curo la herida!... ¡Viviréis, sí; viviréis, para perdonar á vuestra hija que os ama, para ser feliz en vuestra casa, rodeado de los que os respetan y os quieren!

Mariana, con más tiernas palabras que las que pueden escribirse, quería volver la vida á su padre y que le respondiera una sola palabra, y si de Dios estaba que muriese, que al menos le dijese: «Te perdono.»

El conde, oyó, sí, esa voz en la profundidad nebulosa de su síncope, y en esa lucha de la vida contra la muerte tuvo la conciencia de que era la voz de su hija, y haciendo un esfuerzo supremo como hace el sér humano para vivir al momento de salir de la vida, abrió los ojos, y torvos, severos, vengativos, los fijó en los de

su hija, que retrocedió aterrada y llevó las manos á sus cabellos... después el conde, crispando los dedos de su mano derecha, con la izquierda rechazó á Mariana, queriendo pronunciar una maldición terrible que espiró en sus labios.

Mariana se levantó inhiesta y severa, clavó á su vez sus ojos centelleantes en su padre, que había vuelto al desmayo.

—¡Cruel é implacable hasta la hora de morir!—dijo, y arrancándose los cabellos y desgarrando su vestido blanco manchado de sangre, desvió con fuerza á D. Remigio que la quería detener, atravesó las habitaciones y emprendió por los campos una carrera vertiginosa, lanzando gritos de rabia y de desesperación:

—¡Mi hijo, mi hijo, mi pobre hijo!

Como en la capilla, el día del casamiento, estas escenas habían sido rapidísimas. D. Remigio, con todo y la firmeza y al mismo tiempo calma de su carácter, estaba sobrecogido y no sabía á qué atender. Si seguía á Mariana, dejaba abandonados á los dos cuasi cadáveres, expuestos á morir si no se les prodigaban los más pronto socorros, y si permanecía con ellos, ¿qué iba á ser de la pobre muchacha, que en sus ratos de enajenación creía que criados, camaristas, pastores y todo el mundo eran sus enemigos?

La habitación del conde, á pesar del respeto tradicional, había sido invadida por la gente que estaba ya alerta desde los sucesos anteriores. D. Remigio salió de su embrutecimiento momentáneo, dió sus órdenes para que detuviesen á la condesa y la condujesen á su habitación, mientras él ordenó á los criados que levantasen cuidadosamente los cuerpos y los colocasen en sus lechos. El



mismo lavó las heridas, é hizo pasar, aunque con dificultades, una buena copa de vino Jerez á los heridos, dejándolos en reposo mientras llegaba el practicante.

La carrera de Mariana, impulsada por sus nervios, era tan rápida que parecía más bien que volaba. Los que la seguían no la pudieron contener sino cuando, falta de aliento, cayó en la orilla de un jaguei, y se habría ahogado si no la socorren tan á tiempo. En la especie de fuga de Mariana, que quería huir de sí misma é interponer una distancia infinita entre ella y la espantosa biblioteca, había desgarrado sus vestidos, y desnuda y cubierta con las cobijas de sirvientas, la volvieron á su habitación.

Las gentes de la hacienda estaban despavoridas y en una extrema confusión, no sabiendo realmente lo que pasaba. Las camaristas sollozaban y daban de gritos al mirar á la condesita conducida en brazos de dos gañañanes, y desnuda, sangrienta, con las manos crispadas entre sus cabellos. Los mozos y criados se atropellaban, sin hacer nada más que estorbarse mutuamente, y quebrantando el respeto y la obediencia, invadían las habitaciones de los amos.

D. Remigio, aturdido y conmovido profundamente con las escenas de sangre y horror, especialmente con lo que pasó entre la condesa y su padre, parecía una estatua y, paralizados sus miembros, no podía moverse por más esfuerzos que hacía. Un quejido del marqués que entreabrió los ojos y los dirigió á D. Remigio como reclamando su auxilio, lo sacó de esa enajenación mental. Recobró de nuevo su energía, dispuso que levantasen al conde y al marqués, los llevasen en brazos con el mayor cuidado y los depositasen en sus lechos, entre tanto iba

él mismo á ocuparse de Mariana, á la que hizo que las camaristas le diesen fricciones aromáticas, la vistiesen con sus mejores ropas, y le compusiesen sus cabellos. La fatiga de la carrera había agotado su aliento y sus fuerzas, y parecía que pocos instantes le quedaban de vida.

—Todo va á acabar hoy,—dijo tristemente.—Mañana no habrá más que tres cadáveres.

Fuése, sin embargo, á la recámara del conde, él mismo lavó con agua clara su herida, le puso una venda, lo desnudó, lo abrigó y con mucho afán le hizo tragar otra vez cucharadas de vino de Jerez. En seguida se dirigió á la habitación del marqués, hizo lo mismo, y salió al portal á esperar al practicante, que no tardó en aparecer por la calzada seguido del criado. Los dos venían á galope tendido.

—Ya sabrá usted después lo que ha pasado, pero lo que importa ahora es que auxiliemos en el acto á los que están casi moribundos.

El practicante se apeó y ambos entraron en la recámara del conde. La herida era grave, pues había interesado un poco el hígado, pero sobre todo la pérdida de la sangre ponía la vida del paciente en inminente peligro.

El practicante, que nunca salía á una expedición sin estar provisto de cuanto podía ser necesario, sacó su bolsa de instrumentos, amplió con el bisturí la herida del conde, que no presentaba sino el diminuto agujero que había hecho la punta de la espada. D. Remigio, alarmado, se oponía á la operación.

—Es el único medio de salvarlo. De otra manera, de aquí á mañana habría una abundante supuración interior, y no sería más que cuestión de días. Verdad es que

se nos puede quedar hoy entre las manos, pero veremos, se hará lo posible. Que me preparen una infusión fuente de yerbas aromáticas, lo voy á vendar, y en seguida veremos al marqués.

Fuéronse á la recámara del marqués, que aun no volvía del desmayo.

—La misma historia,—dijo el practicante.—La pérdida de la sangré, pero la herida no presenta gravedad,—añadió después de haberlo reconocido cuidadosamente.

La herida parece más grave, pero no es así, la espada resbaló entre dos costillas y no ha interesado ninguna entraña noble. Una pulgada más alta, y habría tenido el corazón traspasado de parte á parte. De buena ha escapado.

Lavó la herida, colocó un emplasto sobre ella, la vendó cuidadosamente, mudaron camisa y ropa de cama al paciente y le hicieron pasar una copa del elixir maravilloso que había ya administrado á Mariana, y era medicina de su propia invención, lo dejaron reposar bajo la guardia de dos camaristas y volvieron á la casa del conde, el cual no daba señales de vida.

El practicante y D. Remigio frotaron fuertemente al conde con la infusión de yerbas muy caliente mezclada con alcohol, le hicieron pasar una copa del elixir maravilloso, le arreglaron su lecho y lo dejaron en reposo, vigilado igualmente por dos camaristas.

—Nada hay que hacer más que dejarlos reposar,—dijo el practicante á D. Remigio;—si dentro de dos horas no han vuelto en sí, es que no tienen remedio. Veamos ahora á la condesa, que me interesa más que estos dos ganapanes espadachines que les ha dado la gana de matarse. La patria no perdería mucho si no vuelven á reso-

llar, pero no haya cuidado, D. Remigio, mi deber es salvarlos y si es posible en lo humano los salvaré y será un milagro.

La condesita no presentaba mejor aspecto que los heridos.

—Parece que duerme y no hay por ahora otra cosa que hacer más que dejarla reposar y observarla. *El elixir de la vida*,—como él llamaba á su específico,—no haría más que excitarla, y desengañese usted, D. Remigio, para las heridas y los dolores morales las boticas juntas de todo el mundo serían inútiles. Estoy seguro que algo muy cruel debe haber sufrido, y esto ha sido causa de que la encuentre en tan deplorable estado.

Se sentaron en la cabecera de la cama, hicieron que salieren las criadas, y D. Remigio le contó punto por punto lo que había ocurrido.

—Me temo que la locura mansa y melancólica en que la dejé en mi última visita, haya degenerado en locura furiosa,—dijo el practicante.—En el curso de mi vida, y con motivo del ejercicio de la medicina, tanto en los hospitales de México como en las poblaciones donde he residido, he hecho una observación, que más bien es de hombre de mundo que no de estudiante ni de sabio.

La locura se determina casi siempre cuando *absolutamente se pierde la esperanza*. La esperanza es una especie de alimento moral que mantiene el cerebro. Cuando este alimento falta, mueren las funciones regulares y ordenadas del entendimiento, lo mismo que toda la máquina del hombre se descompone y aniquila por el hambre.

Figúrese usted que un padre cargado de familia ve á su mujer enferma, á sus hijos llorando de hambre, y en

tan extrema situación no encuentra ni trabajo, ni quien le dé ya un peso, ni qué vender, ni qué empeñar y pierde absolutamente la esperanza de salir de esa situación. O se vuelve loco ó se suicida.

Figúrese usted un dependiente que ha tomado de la caja de su principal diez mil pesos, que los ha jugado, que no tiene humanamente medios de reparar su falta y que pierde la esperanza de recobrar su honor y su posición. Se vuelve loco ó se suicida.

Figúrese también un hombre enamorado, que por este ó por el otro motivo le traiciona su novia y la sorprende en brazos de otro y pierde completamente la esperanza de ser feliz. Se vuelve loco, mata al rival, á la novia, á la madre de la novia y á cuantos puede. Es que se volvió loco, y ya loco se suicida.

Así podría yo citar á usted mil ejemplos y no le dé usted vueltas, D. Remigio, los que se suicidan son todos locos, por más muestras que den de estar en su cabal juicio, escribiendo cartas y haciendo disposiciones testamentarias, ó almorzándose un buen rosbif y bebiéndose una botella de Champaña antes de matarse.

Esté usted tranquilo, D. Remigio, Juan, su hijo, hará cuantas diabluras sean imaginables, pero no se volverá loco, ni atentará á sus días, porque en sus dos amores, que son Mariana y usted, tiene fundada su esperanza. Si usted y Mariana mueren, apostaría hasta mi camisa que no sobreviviría una hora más. Acababa su esperanza y para nada le serviría la vida. Me río yo de esos médicos charlatanes que hay en México que se titulan ellos mismos alienistas y hacen bañar en agua fría á sus pobres enfermos para volverles la razón ó los encierran en unos cuartos oscuros y húmedos para que sanen.

¿Para qué lo he de ocultar á usted, D. Remigio? Me alegraría en el alma que se muriese el conde. ¿Para qué sirve en el mundo ese viejo atrabiliario, sino para martirizar á un verdadero ángel, como es esta infeliz criatura, loca porque perdió la esperanza en la funesta escena que usted me acaba de referir? Si el conde, restablecido de su herida, y yo haré todos los esfuerzos humanos para lograrlo, la perdonara y consintiese en su matrimonio con su hijo de usted, en el acto le volvería su razón, clara, completa, admirable como la ha tenido. Yo, que soy el único que puedo encontrar á Juan, á quien quiero como un hermano, se lo presentaría y ya daríamos modo de que fueran dichosos. En cuanto al pobre marqués, no hay que desearle la muerte. En vez de una muchacha y de trescientos mil pesos, no ha hecho el viaje á esta famosa hacienda sino para recibir una estocada.

A la condesa, no hay que darle más medicinas, sino las que basten para modificar cuanto se pueda la tensión de sus nervios, procurarle reposo y consuelos, y tratar, aunque es muy difícil, que renazca la esperanza en su corazón.

—Dice usted la verdad en todo,—dijo D. Remigio cuando el practicante cambiando de sillón y echando una mirada á la cama de la condesa, acabó de hablar,—ya me habría yo vuelto loco si no tuviese la esperanza de que esta situación cambiara. Quiero al conde, con todo y su carácter terrible, porque á mí me ha tratado mejor que á su mujer, mejor que á su hija y á sus parientes y amigos, pero en resumen ¿para qué quiere la vida? Caprichoso, irascible, intratable, está metido como un hurón días enteros en su biblioteca, y cuando

sale al campo galopa cuatro ó cinco horas por el campo, remudando caballos, hasta cansarlos, sin hablar una palabra con los criados ó conmigo si exige que lo acompañe, pero sobre todo, amigo mío, lo que no le paso es su crueldad con su pobre hija. ¿Creerá usted que desde el lance de la capilla no ha preguntado ni una sola vez por ella? Cualquiera, siquiera por curiosidad, indagaría si vive ó muere. Nada... mudo, y cuando se figura que quiero hablarle de su hija, me mira con unos ojos feroces y me significa que quiere estar solo.

—¡Increíble! —repuso el practicante;—esta dureza y este encono porque no ha querido casarse. Esto es contrario á la naturaleza, y además, ¿qué diría si supiera que debe la vida á esa misma hija á la que tanto tiraniza? No sé si observaría usted, que si no es por mí, Juan, ya á punto de ser acometido de una locura furiosa, porque casada su novia perdía *toda esperanza*, habría matado al marqués, al conde, á usted mismo, al obispo, á todo el mundo. Dios me dió fuerzas bastantes para sujetar su brazo armado de un puñal, para arrancarlo del lugar que ocupaba cerca del conde y para arrastrarlo materialmente fuera de la iglesia... ya ve usted, la desgraciada condesa no podía pronunciar el *sí* exigido por la Iglesia para que se verificase el matrimonio, sin ocasionar una espantosa tragedia que se habría sabido con horror en todo el país.

D. Remigio inclinó la cabeza, quedó un rato pensativo y luego contestó al practicante:

—Tantas y tan inesperadas cosas sucedieron en momentos, que no las puedo recordar todavía sin temblar, y ahora que usted me refresca las ideas, convengo en que usted nos ha prestado á todos, y á mí en particular,


un servicio que no tendré con qué pagarle, sino es con una gratitud eterna, pero el conde, que no es capaz de ningún sentimiento afectuoso, lo hará con su dinero, si usted logra, como se lo ruego, salvarle la vida...

En estas y otras pláticas estaban, cuando la condesa que había continuado, al parecer, no sólo quieta, sino con signos de debilidad y abatimiento, dió un lastimero grito, saltó de la cama como si un fuerte resorte la hubiese impulsado, y se lanzó hacia la puerta para renovar otra vez la vertiginosa carrera que estuvo á punto de costarle la vida.



## CAPÍTULO XLII

### Prosperidad de los negocios de Relumbrón

ADA tan completo y tan perfecto como la casa de moneda del Molino de Perote. Volantes poderosos, máquina de acordonar, un par de hornos para la fundición, crisoles para la plata y parâ la liga; en una palabra, cuanto era necesario, en pequeña escala, para que medallas y monedas pudieran ser acuñadas con perfección. Relumbrón y el licenciado Chupita quedaron maravillados. Se comenzó el trabajo con la acuñación de unas quinientas medallas de plata de la Virgen de Guadalupe, del tamaño de un peso, y con el título la de la moneda, para que pudiesen ser reconocidas y quintadas en la casa de moneda de México. Esto proporcionaba la más completa seguridad para la acuñación de la moneda falsa. El platero mismo llevaría las medallas, antes de entregarlas á los canónigos, á la casa de moneda, sin tener que ocultar que para esta indus-

tría legal tenía los aparatos necesarios, y en caso de una denuncia y de una visita de la justicia no encontrarían en el molino más que medallas de vírgenes y santos, y esto, en vez de ser un crimen, aparecía como una industria piadosa. Había en el edificio escondrijos de tal manera dispuestos para ocultar la moneda falsa, que escaparían al más minucioso registro. Con esto y con la cómoda y hasta lujosa habitación destinada al director, la frescura y belleza del sitio y el hallarse lejos de su mujer, el licenciado Chupita tomó con verdadero placer posesión de su empleo y se creyó el hombre más feliz de la tierra. No pudo menos de reconocer y manifestar hasta con palabras tiernas, que Relumbrón era su doble salvador, y le debía primero la honra y en esos momentos la quietud y la felicidad para el resto de sus días.

Después de la acuñación de las medallas siguió la de los pesos. Los operarios, ejercitados de años atrás en el oficio, en las cuevas de las montañas de Tlaxcala, se portaron á las mil maravillas, manejando con destreza la maquinaria, haciendo las fundiciones con acierto y secundando en todo al platero, que consideró que apenas sería necesario un viaje cada uno ó dos meses, pues todo marchaba perfectamente sin necesidad de su presencia, tanto más cuanto la gente estaba por su parte enteramente contenta con sus nuevos amos y más que satisfecha de su situación. Un par de pesos diarios de jornal, buena comida, mejor habitación y un tanto por ciento en las utilidades. ¿Qué más querían? Se habrían dejado matar mil veces antes que denunciar á Relumbrón y al platero. En cuanto al molino, con unas cuantas cargas de trigo que había en la hacienda de la cosecha del año anterior, se puso en movimiento y

dió igualmente el mejor resultado. Era una turbina que por primera vez se ensayaba, y que más adelante se adoptó en la mayor parte de los molinos de México y Puebla.

Relumbrón y D. Santitos el platero regresaron directamente á México, trayéndose las medallas de la Virgen de Guadalupe y dos talegas de pesos falsos que revolviéron con otros buenos, y así comenzó desde luego á circular esta nueva moneda que, de verdad, era tan perfectamente imitada, que un peso legal de Guanajuato y otro de la fábrica del Molino se parecían como dos gotas de agua.

Después de una larga ausencia y de acabar tan peligrosas hazañas, Relumbrón, á su regreso á México, sintió la necesidad de descansar siquiera una semana. La dedicó á su familia, á sus queridas y á sus amigos. Abrió las cajas que le habían llegado de San Juan de los Lagos y comenzó á repartir sus regalos, y los más preciosos, debemos decir con verdad, fueron para su hija y para D.<sup>a</sup> Severa. Este hombre fastuoso, perseguido por la monomanía del robo, disipado jugador, goloso é insensible, cuando estaba delante de Amparo, que era su adoración, se convertía en el más moral, en el más honrado en el mejor de los hombres. Llenaba de caricias y de elogios á su hija, le daba oro nuevo para que lo guardase, y no había objeto precioso en los almacenes y tiendas de México que no se lo comprase. Se podría decir que Amparo era rica con sólo lo que le había regalado su padre. En esos momentos, Relumbrón sentía un agudo remordimiento, y tenía miedo, no por él, sino por Amparo. ¡Si llegase á saber que su padre es el director de los ladrones!

Formaba el propósito de limitar sus especulaciones conservando sólo las que no le ocasionaron ningún género de peligro, y aun abandonar esas mismas, cuando ya tuviese una buena cantidad de dinero. D.<sup>a</sup> Severa sorprendía en estas expansiones de cariño á su marido y á su hija, tomaba parte en ellas, había ligeras y discretas insinuaciones de celo, ojos húmedos, palabras dulces, alusiones á otros tiempos mejores, protestas y promesas, y todo cuanto hay de sincero y de agradable en el cuadro de familia mejor pintado, y abrazados los tres se dirigían al comedor, donde encontraba Relumbrón flores olorosas, canarios y calandrias que cantaban, y algún dulce ó guisado apetitoso que nunca dejaban de prepararle con sus propias manos D.<sup>a</sup> Severa ó Amparo. Ese día Relumbrón era el hombre amable del hogar, no salía en la noche, jugaba al porrazo con Amparo, se acostaba á buena hora; y D.<sup>a</sup> Severa, tan fría, tan seria en la apariencia, se convertía en la esposa más tierna y más amante. Una francesa de veinte y cinco años no le igualaba en afectos y en caricias.

D.<sup>a</sup> Severa, á pesar de los años transcurridos, estaba enamorada de su marido. Relumbrón era bien parecido, robusto, ardiente, simpático, representaba diez años menos de los que tenía. Aunque hombre hecho, era joven todavía. La luna de miel se renovaba por una semana. Esto suele acontecer entre casados viejos, pero es muy raro.

Esos instantes de verdadera felicidad desaparecían como las etrellas errantes en las oscuras profundidades del alma de Relumbrón. Al salir de su casa dejaba en la puerta sus buenos recuerdos y mejores intenciones y nunca le parecía bastante suma la de ciento, la de dos-

cientos ó trescientos mil pesos... más, mucho más, sin límite ni medida, y entraba en casa de Luisa, que era su favorita, y allí con otras amigas de menos que del medio mundo, pasaba la noche bebiendo y riendo y diciendo propósitos obscenos, y contaba á D.<sup>o</sup> Severa y á su hija que el Presidente lo había ocupado para que vigilara los cuarteles ó para cualquiera otra cosa.

Las primeras visitas que hizo Relumbrón después de la de Luisa, fueron á la casa de D. Pedro Martín de Olañeta, y regaló á Coleta y á Prudencia medallas de plata y cintas y medidas benditas de Nuestra Señora de San Juan, sin olvidar un par de las medallas de Nuestra Señora de Guadalupe acuñadas en el Molino. De allí se fué á la casa de Clara, le aseguró que su marido estaba muy contento, que comía mucho y que cuando volviese estaría gordo como una bota, en lugar de chupado como un espárrago. Clara hizo un gesto de desprecio, pero cuando le añadió que le traía de su parte doscientos pesos, entonces sonrió y cambió su semblante.

—Al fin no es tan malo mi marido,—dijo,—y siempre se acuerda de mí; pero dígame usted que este dinero apenas me basta para pagar lo que debo, y que me mande más inmediatamente. Figúrese usted que no tengo vestido con que presentarme á la tertulia de usted. El último, que costó ciento veinte pesos, le he llevado ya dos veces y se lo he dado á vender á D.<sup>a</sup> Viviana la corredora y le han ofrecido diez pesos.

Relumbrón le aseguró que no carecería de nada, que el Molino molía día y noche, y que como el licenciado estaba interesado en las utilidades, dentro de pocos meses le sobraría el dinero.

De la casa de Clara se fué á la de las marquesas de

Valle Alegre, que tenía mucho empeño en que concu-riesen sin faltar un jueves á la tertulia. Las encontré tristes y cuidadosas. Habían oído decir quién sabe qué cosas que no querían creer. El marqués les había escrito muy lacónicamente dos veces, anunciándoles que venía, pero pasaban semanas y el marqués no llegaba. Relumbrón las tranquilizó, y picándole la curiosidad se decidió á ir á la casa de D. Juan Manuel. Sabía que D.<sup>a</sup> Agustina tenía siempre mucho dinero en unas cajas de cedro, que los caballos de la hacienda del Sauz se habían vendido á muy alto precio y que su importe había sido pagado en México, que no había más hombres en la casa que el dependiente que se retiraba á las seis de la tarde y el portero que era ya viejo, incapaz de defenderse. En cuanto á las criadas, no sabía el número, y eran temibles por los gritos y escándalo que podían hacer, pero ya se vería. Comiendo viene el apetito, como dice un refrán francés. De la visita y la conversación con las marquesas de Valle Alegre, le vino la idea de explorar la casa de la calle de D. Juan Manuel, y le puso la puntería.

Relumbrón no era amigo del conde, porque el conde no tenía más amigo que D. Remigio, pero sí era conocido, y como los dos eran espadachines, varias veces se habían medido en la sala de armas de la casa de don Juan Manuel. El portero, el dependiente, los criados, los dependientes, todos lo conocían y se quitaban respetuosamente el sombrero cuando entraba, y el conde había dado orden que le avisaran á cualquiera hora del día ó de la noche en que el coronel se presentara.

Andando de la casa de las marquesas de Valle Alegre á la del conde del Sauz, Relumbrón formó su plan. Tocó

la puerta (siempre cerrada). El portero espíó por el ojo de buey, y reconociendo á Relumbrón le abrió.

—Venía á saber de la salud del conde,—le dijo al portero.—He sabido que salió de la hacienda hace más de cuatro semanas, y supongo que estará en casa. Yo estaba también en viaje, y por esa causa no había venido, pero hágame favor de anunciarme.

—El portero, que esperó que acabase Relumbrón, le contestó:

—El señor conde no ha venido; hemos sabido aquí que tanto él como la señora condesita están mal, y quizá por eso ha venido un *avío* de la hacienda por D.<sup>a</sup> Agustina. Mi mujer y mi hija la han acompañado, porque no está bien de salud, no sabemos qué tiene, pero ella está muy triste y muy abatida. Mi hijo está destinado de mayordomo en la hacienda del marqués de Valle Alegre, que está embargada, pero le han dejado en su destino.

Relumbrón, no sólo aguantó, sino que le agradó mucho la relación del portero, que respondía á los pesquisas é indagaciones que él se proponía hacer. Siguió platicando, y supo que el portero por el momento estaba solo en su cuarto, D.<sup>a</sup> Agustina se había marchado y que arriba habitaban la cocinera antigua de la casa, ya doblada de puro vieja, una muchacha de convento que había reemplazado á Tules y la costurera, y que por acompañarse, porque tenían miedo á los muertos, dormían en el comedor.

Relumbrón se retiró muy satisfecho de su visita, y prometió volver en el momento que supiera que el conde había regresado de su hacienda.

En los días subsecuentes, continuó visitando á cuantas personas creyó que un día ú otro podrían serle útiles,

aprovechando la oportunidad para hacer indagaciones minuciosas, sin que los propios amigos pudiesen ni remotamente maliciar el objeto de ellas. De su segunda entrevista con el Presidente hay necesidad de dar alguna idea.

El día que escogió para hablarle de los asuntos que le importaban, el Presidente estaba del mejor humor, y Relumbrón aprovechó la ocasión.

—Hay, señor,— le dijo,—un hombre desgraciado, el licenciado Bedolla, que implora la clemencia de usted y yo me intereso mucho por él.

—¡Ah! un licenciado muy revoltoso y muy lleno de ignorancia y de vanidad.

—Un poco hay de eso, pero en el fondo no es un mal hombre.

—Y bien, ¿qué quiere ahora? ¿Volver á su Juzgado? Eso es imposible. Ocupa el puesto un magistrado sabio y honrado y le sirve sólo por complacerme, pues ni del sueldo necesita. Es hombre rico.

—Ni por pienso, Sr. Presidente; se conformaría con que lo sacase usted de la situación extrema en que se halla.

—¿Pues dónde está?

—Donde usted dispuso que estuviese; en un calabozo del castillo de Acapulco, y quizá á estas horas habrá muerto.

—Me había olvidado completamente donde había mandado á Bedolla. Tal vez el ministro de la Guerra lo despacharía; por lo demás, no se perdería mucho si se muriese. Estos licenciados, vestidos de negro, chiquitos, habladores é inquietos, traen á la nación revuelta y no dejan establecerse sólidamente á ningún gobierno. El



día que desaparezcan de la escena, tendrá paz y orden la nación; pero vamos al asunto. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Ya se lo supliqué á mi General; que me haga la gracia de disponer que venga á México el licenciado Bedolla, y le doy mi palabra de que, lejos de que vuelva á conspirar, nos podrá ser muy útil, especialmente por el rumbo de Jalisco, del cual me permitiré hablar á usted. Tendría antes que solicitar otra gracia, y esta es más fácil de conceder, porque no tiene relación con la política.

—Ya veo,—dijo con afabilidad y buen humor el Presidente,—que hoy es día de mercedes. Hable usted y diga lo que quiere, para que nos ocupemos otra vez de Jalisco.

Relumbrón repitió las muchas lecciones que sobre el negocio de Moctezuma III le había dado Lamparilla, y dijo:

—Existe en México un heredero directo del Emperador Moctezuma, y hace tiempo que gestiona sin resultado el que lo ponga la secretaría de Hacienda en posesión de sus bienes, que consisten en muchas haciendas en la falda del volcán y una parte del volcán mismo. Desde hace años que diversos gachupines, diciéndose apoderados de títulos de Castilla, residentes en Madrid, están reclamando esos bienes diciéndose herederos del emperador azteca, pero la razón natural rechaza esta suposición. Moctezuma era mexicano, así sus descendientes y herederos tienen de por fuerza que ser indios y mexicanos, y hasta ridículo es que un duque ó conde español sea heredero de un indio azteca. Esto salta á los ojos. Entre tanto, han corrido los años, y los vecinos de Ameca, mirando que los ranchos y las haciendas esta-

ban abandonadas, se han apoderado de ellas. Con una orden del ministerio de Hacienda, Moctezuma III entrará en posesión de su herencia, y si hay reclamaciones legales, queda su derecho á salvo á los agraviados para ocurrir á los tribunales.

Como ya le habían hablado diversas personas y á cada momento de los herederos de Moctezuma, que eran muchos, y él creía en el fondo que no había ningunos, porque después de tres siglos ni polvo había quedado ni del emperador azteca ni de sus herederos directos ó indirectos, le agradó la última conclusión de Relumbrón.

—Es una buena idea, — le contestó, — pondremos en posesión á este heredero, si tiene sus documentos en regla, y de esta manera me quito de encima á cinco ó seis herederos que reclaman también y que se valen hasta del influjo de los ministros extranjeros. Los tribunales darán la razón á quien la tenga. ¿Pero qué clase de heredero es ese que vamos á favorecer? En libertad Bedolla, y elevado, como quien dice, á Emperador un indio cacique, tenaz y engréido como son todos ellos, vamos á tener una guerra de castas, y vale más evitarla que no reprimarla.

—Ni por pienso, Sr. Presidente, — dijo Relumbrón riendo, al observar que el jefe supremo decía esto en tono de chanza. — Moctezuma III es un valiente muchacho y debe haber hablado á usted de su buen comportamiento en la campaña el coronel Baninelli. Usted lo ha hecho capitán, es íntimo amigo de ese bizarro oficial que llaman el *Cabo Franco* y que creo que es ya teniente coronel.

—Ya, ya recuerdo todo y no necesito más explicaciones. Con mucho gusto firmaré el acuerdo, y vive Dios

que pondremos en posesión de sus bienes á ese célebre Moctezuma III.

Escriba usted los acuerdos.

Relumbrón tomó una pluma, escribió los acuerdos á su satisfacción y el Presidente los firmó sin leerlos.

—Volvamos ahora á hablar de Jalisco.

Relumbrón renovó cuanto había expresado en la primera conferencia sobre dicho asunto y añadió algo más. En consecuencia, el primer plan para apresurar la caída del gobernador se modificó notablemente. Quedó convenido que una vez puesto en libertad el licenciado Bedolla, Relumbrón lo enviaría á Guadalajara, como de paso para su pueblo, donde se proponía vivir retirado, acompañando á su padre ya muy anciano y enfermo; que una vez quieto en su casa, procuraría indagar el paradero de Valentín Cruz, hasta encontrarlo, lo que no sería difícil, pues probablemente estaría oculto en algún pueblo cercano ó en el mismo San Pedro; que, de acuerdo con él, combinasen un pronunciamiento fundado en que las elecciones eran nulas, que se había falseado la voluntad nacional, que se convocase á nuevas elecciones ocupando provisionalmente la presidencia el gobernador de Jalisco.

Seducido seguramente el gobernador, por lo menos *dejaría quererse*, y correr la bola *sin contrariar la voluntad nacional*. En ese caso había ya motivo para destituirlo del mando y declarar Guadalajara en estado de sitio. Las fuerzas de Valentín Cruz no serían perseguidas como la vez pasada, y Baninelli se situaría á su tiempo en un lugar cercano para dominar la situación y caer sobre el gobernador, ó sobre Valentín Cruz si era necesario y no obedecía la consigna.

El plan no era muy acabado, y por encima saltaban sus defectos; pero Relumbrón quedó autorizado para perfeccionarlo cuando hubiese hablado con Bedolla. Entre tanto se mandó situar á Baninelli en Guanajuato, casi el centro de la República, para que atendiese á cualquiera emergencia.

Terminada por de pronto la parte política del plan de Relumbrón, se dedicó á seguir organizando la victoria que se proponía obtener en la guerra que había declarado á la sociedad, y especialmente á los habitantes de México. Era una empresa que tenía algo de atrevido y de grandioso en la escala infinita del crimen. Un hombre, acompañado de unos cuantos cómplices, contra doscientos cincuenta mil habitantes.

La partida de juego de D. Moisés quedó instalada en una amplia casa en la esquina del Colegio de Niñas. A los muebles que sirvieron en la feria, se añadieron ricos cortinajes, y mesas de caoba, y de palo de rosa, y cuadros representando á Napoleón á caballo, casi desbarrancándose en el Monte Blanco, á Napoleón despidiéndose de Fontainebleau de sus granaderos, con gorras de oso más grandes que las que sirvieron de modelo al gobernador de Puebla. Una lámpara de muchas luces, que se reflejaban en las mamaderas de cristal, iluminaba el gran salón por las noches, y una mesa, con licores, puros y cigarros y carnes frías estaba constantemente á disposición de los abonados á las mesas de tresillo, colocadas en las otras piezas. Hizo ruido en la ciudad la instalación de esta partida, se volvió de moda y la gente más aristocrática y rica concurría por lo menos á jugar al tresillo.

D. Moisés, desde que regresó de la feria, no abando-

naba su capa con cuello de nutria. Compró un coche, tomó una buena casa, la amuebló con cuanto lujo era posible, y la gente de comercio y de rumbo lo visitaba. Daba semanariamente una comida á amigos muy distinguidos. Relumbrón, después de algunos días de instalada la partida, tuvo un disgusto (fingido) con D. Moisés, y delante de testigos dijo que D. Moisés era un ingrato, que se daba más importancia de la que merecía y que no volvería á poner un peso en la partida.

Casi al mismo tiempo D. Jesús, el tinacalero, muy bien vestido de paño negro; pero sin chaqueta y con su camisa muy limpia estaba al frente de la *Gran ciudad de Bilbao*, situada en la plaza de Santa Clarita. Era una tienda de dos puertas con un armazón bien combinado y pintado de rojo, lleno de botellas con aguas de color, fingiendo vinos y licores, pilones de azúcar en el tapanco, barriles y tercios arrumbados en la trastienda y mirándose desde la calle. Mucha apariencia y en la realidad poca cosa; no faltando, sin embargo, un surtido de cuanto podían necesitar los vecinos del barrio. Lo que tenía de importante la negociación era que se vendía más barato que en cualquiera otra de su género.

Costó algún trabajo conseguir los corrales; pero al fin el platero, por interposita persona, se arregló con los Trujanos, que le arrendaron el mesón en que hizo su pequeña fortuna el gran mexicano San Justo, y un corral con caballerizas y pila para dar de beber á las bestias.

En una casa vieja, pero grande como un palacio, situada en la calle del Montepío viejo, se estableció el taller de vestuario, y tan luego como concluyeron los albañiles y carpinteros, el almacén se llenó de piezas de

pañó de Querétaro, azul, verde, rojo y amarillo, de tercios de manta, de paquetes de botones y de cuanto más era necesario.

Relumbrón, con la influencia que había adquirido en el gobierno con su viaje al interior, no tuvo dificultad en obtener una contrata de veinte mil vestuarios para caballería é infantería, y desde luego se comenzó el trabajo, bajo la dirección de la corredora D. Viviana, que, como mujer lista y entendida, se encargó también de la contabilidad.

Los valentones de Tepetlastoc quedaron distribuidos en el corral y en el antiguo mesón de San Justo, y Evaristo volvió con sus fuerzas á sus posesiones de Río Frío.

D. Pedro Cataño y los pocos muchachos que le habían ayudado en la aventura de las cinco mulas cambujas, quedaron en la hacienda en espera de órdenes positivas y encargados entre tanto de dar sus vueltas por el Pinal y la *Malinche* (1), para hacerse dueños del terreno é impedir que se estableciese una cuadrilla desconocida y de mala gente.

Juan siguió administrando la hacienda con acierto, aprovechando las lecciones que había recibido en el rancho de Santa María de la Ladrillera, y Valeriano, Romualdo y sus compañeros tenían el encargo de escoltar al licenciado Chupita, que cada quince días hacía un viaje á México en un coche dispuesto á propósito y cuyas cajuelas venían llenas de pesos falsos y regresaba con pesos buenos, para beneficiarlos con un veinticinco por ciento de utilidad. El licenciado en cada viaje traía

---

(1) Alta montaña entre Tlaxcala y Puebla.

á Clara dos ó trescientos pesos, pasaba la noche con ella y así el matrimonio era el más feliz del mundo.

La organización que dió Relumbrón á sus negocios produjeron de pronto un beneficio á la ciudad y á los caminos.

Las diligencias hacían sus viajes redondos con la mayor regularidad y sin el menor accidente. Hilario y sus soldados habían adquirido una educación tan fina como si estuviesen recién salidos de un colegio francés. Si los pasajeros les daban algunos pesos los recibían con buen modo, si no les daban nada siempre se quitaban con respeto el sombrero y se retiraban en orden á su puesto. El correo de gabinete del plenipotenciario inglés hacía su viaje mensual con mayor rapidez, y siempre encontraba en el camino gentes de á caballo que le ayudaban á remudar en las postas y lo acompañaban dos ó tres leguas. Cuando D. Rafael Veraza creía que podía haber peligro ó necesitaba de ayuda para subir un poco la montaña y evitar los lodazales del camino real, donde no podía galopar, no tenía más que echar mano á su pito y de lo espeso del bosque salía gente de á pié y de á caballo que lo auxiliaba, lo guiaba por las veredas y lo sacaban al buen camino. El ministro inglés estaba encantado de esto y escribía al *Forcing office* notas muy favorables á México. En la ciudad habían cesado los frecuentes robos en las casas y en las calles. Las familias vivían muy seguras en Tacubaya, San Angel, San Agustín de las Cuevas y Mixcoac, algunas veces mapa de los ladrones, parecía un convento de capuchinos, tal era el silencio y la tranquilidad que reinaba. D. Pedro Martín de Olañeta y los demás jueces estaban mano sobre mano, y apenas se ocupaban de riñas y heridas en las pulquerías,

que ya se habían instalado, mediante amistosas composiciones, en el centro de la ciudad.

La tienda de D. Jesús, muy acreditada, no consentía borrachos, ni ociosos; presentaba un aspecto de orden y de honradez en el manejo y devolución de las prendas empeñadas que recibía; que le captó la voluntad de todo el barrio; pero cuando se cerraba á las nueve de la noche entraban el tuerto Cirilo y su comparsa, y jugaban á la baraja, bebían y combinaban sus robos; pero, de pronto, estaban quietos, esperando órdenes y se retiraban á deshoras de la noche á sus madrigueras sin atacar ni molestar á nadie. D. Jesús les abonaba un par de pesos diarios, y estaban contentos.

Relumbrón había, sin dar la cara, impuesto su voluntad á toda esa gente. No quería que se armasen ruidos ni escándalos por cuatro reales, sino que se obrase á golpe seguro y con una utilidad relativa á los fuertes gastos que exigía esta vasta organización.

D. Moisés obraba con mucho tacto, no usaba de su baraja mágica sino cuando la suerte lo abandonaba completamente, y dejaba á los puntos siempre contento, permitiéndoles que ganasen pequeñas cantidades. A ocasiones, bajo el pretexto de enfermedad, abandonaba la partida á González, que inspiraba confianza á los jugadores de toda la república, y tal era su suerte, que, sin necesidad de droga, González le entregaba buenas cuentas, porque es sabido que las partidas con el descuento de las puertas y las pasiones irresistibles de los puntos un mes sí y otro no, hacen sus gastos y salen ganando. El bien montado establecimiento de la calle del Colegio de las Niñas producía invariablemente á D. Moisés y á Relumbrón de dos á tres mil pesos cada mes líquidos,



teniéndose en cuenta que D. Moisés, como director, se abonaba además cuatro onzas diarias.

El platero no tenía ya tiempo para trabajar. La acuñación de las medallas de la Virgen de Guadalupe lo habían levantado á una grande altura en la estimación del Abad y canónigos de la colegiata, y tenía pedidos de medallas de la Soledad, de Santa Cruz, del Señor del Sacro Monte, del Señor de Chalma, de todas partes. Tenía seis oficiales en lugar de tres, y ya daremos también la razón principal de tanto recargo de trabajo.

La casa de moneda marchaba despacio; pero con mucha solidez. Chupita, encantado con su buena casa, con su buena mesa, pues uno de los monederos falsos guisaba como un *chef* francés, y con estar lejos de su mujer, ponía sus cinco sentidos en desempeñar su encargo. Llevaba perfectamente la contabilidad con cifras, que no entendían más que él y Relumbrón, y cada viaje quincenal producía por término medio unos mil pesos de utilidad.

Relumbrón mismo moderó sus gastos, dejó de ser calavera, prescindió de las orgías en casa de Luisa y se dedicó exclusivamente (en la apariencia) al servicio del Palacio y á las tertulias de los jueves de su casa, donde no perdía el tiempo, y platicando con tan diversas gentes de importancia que concurrían, terminaba, al fin de la noche, por saber la vida y milagros de las familias más notables de la ciudad y aun de muchas del interior. Había dado en una manía. En su casa y en la calle cuando hablaba con un amigo ó simple conocido, le decía:

—¿Qué horas tiene usted, porque mi reloj se ha parado?

El cándido á quien se le dirigía esta pregunta sacaba su reloj y le decía la hora. Relumbrón fingía que daba cuerda á su reloj y aprovechaba la ocasión para examinar con una mirada ejercitada y calcular el mérito y valor del reloj que le mostraban.

Así pasaron las cosas semanas y semanas hasta que la red estuvo bien tendida y colocados, por las mañanas de D.<sup>a</sup> Viviana, sirvientes distintos en las casas principales de México. En casa del marqués de Valle Alegre, el cochero y el lacayo; en la de D. Pedro Martín, la cocinera; en la de D.<sup>a</sup> Dominga de Arratia, la recamarera; en la de Lamparilla mismo, el portero. En las secretarías de estado y diversas oficinas, escribientes y aun oficiales; en una palabra, todo México se puede decir estaba dominado por un espionaje y por una policía inconsciente de su misión; pero por medio de la cual sabía Relumbrón cada semana, todo y aun más de lo que le importaba saber.

En el momento que Relumbrón obtuvo la orden amplia y terminante para que se pusiese á Moctezuma III en posesión de la herencia de su antecesor, el gran Moctezuma II, que tuvo el honor de haber sido el amigo íntimo de D. Hernando Cortés, y otra aun más expresa para que el patriota Bedolla viniese de su destierro y pudiese circular libremente por la república entera, tuvo la delicadeza de ir personalmente á casa de Lamparilla para entregárselas en mano propia.

Lamparilla, á pesar de las esperanzas que le daba Relumbrón, cada vez que le hablaba llegó á creer que el negocio de los bienes de su tutelado estaba tan embrollado y tan difícil como al principio; en cuanto al de Bedolla, le importaba muy poco, y más bien le convenía

que no viniese este buen amigo á cargar sobre él y reclamarle, cuando el caso llegara, la considerable parte que le había ofrecido de la soñada presa. Sin embargo, cuando Relumbrón, después de saludarlo, sacó del bolsillo unos papeles, y los leyó en alta voz, creyó que un golpe de sangre le venía al cerebro, se llevó las manos á la cabeza y al corazón, y en su explosión de júbilo y de entusiasmo, sin poderlo remediar, saltó al cuello de su protector, exclamando:

—¡El volcán! ¡el volcán! Todo es nuestro, con su fuego hirviente, con su azufre para surtir de ácido sulfúrico á toda la Europa; con su nieve, sobre todo con su nieve eterna, que no se acabará sino al fin del mundo.

El día en que se nos antoje, no enviaremos nieve, y, llegando Julio, los habitantes de México tendrán que pedirnos de rodillas un trozo de nieve para refrescar su garganta ardiendo con el calor. Entonces será la nuestra. A cuatro pesos arroba, á cinco si nos da la gana... ¿Cuántas arrobas de nieve cree usted que tendrá el Popocatepelt?... Un millón... dos millones; ponga usted lo que quiera.... cien millones; calcule usted por lo bajo á dos pesos arroba, sólo por ese lado tendremos doscientos millones de pesos, y cuando menos un millón de azufre, y son trescientos millones... no hay que decir nada de esto á Bedolla; es muy pícaro y muy ambicioso... ¿y las haciendas?... eso no es casi nada. ¡Casas de campo para divertirse y vivir tranquilo!... ¡Oh! coronel, usted me ha hecho feliz... Con tanto dinero, hasta presidentes de la república podemos ser usted y yo...

Relumbrón reía y no podía interrumpir la palabra al licenciado, y con trabajo apartó los brazos que lo ceñían

y que habían estropeado un poco su irreprochable camisa y medio desprendido el fístol de brillantes.

—Cálmese usted, licenciado,—le dijo Relumbrón arreglando su camisa y el chaleco,—y modere su entusiasmo: el negocio es bueno; pero no como usted lo cree, porque no es fácil encontrar cien millones de gentes que compren la nieve á dos pesos arroba por más calor que tengan. Esta orden está dada por la secretaría de Hacienda, con la condición de que por ahora se ha de guardar la más profunda reserva, pues no quiere que se vayan á levantar los pueblos de Ameca, con pretexto de que se les despoja de sus tierras y del derecho que creen tener para cortar nieve del volcán y venderla en México. Además, como usted mismo me ha referido, los Melquiades son temibles y revoltosos, y si usted se acercase por Ameca le pasaría peor que la vez en que fué á buscar el documento que necesitaba y que al fin le proporcionó el Dr. D. Pedro Martín.

Lamparilla, con estas explicaciones, moderó su entusiasmo; pero siempre se consideró como el más dichoso de los hombres, pensando en que el papel que tenía en la mano equivalía á un tesoro, y este tesoro, aunque no realizado, le proporcionaría un triunfo completo en casa de Cecilia.

—Hablemos cinco minutos de otras cosas, que mi tiempo está contado,—le dijo Relumbrón;—dé traza de que su amigo Bedolla venga lo más pronto posible á esta capital, pues tenemos una importante misión que confiarle, y empiece usted á ocuparse en una comisión que le ha de honrar; que en cuanto á dinero, parece que no le fué mal en la feria, á juzgar por los muebles de la casa y el coche que está en el patio.

—Verdad es que no carezco de nada,—le respondió Lamparilla,—y hasta mi bufete he abandonado, y á no ser por las consideraciones que debo á D. Pedro Martín, cerraría yo mi estudio y me iría á dar un paseo á Veracruz, pero tratándose de usted, el alma y la vida, y no tiene más que mandar. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Una cosa muy meritoria y muy sencilla. Servir á los pobres. Los jueces de lo criminal, por hacer algo, por darse importancia y fama de justicieros, sin exceptuar á D. Pedro Martín, que tiene sus caprichos de cuando en cuando, condenan diariamente á multitud de infelices á penas que no merecen. Un robo insignificante de un pañuelo, un reloj, una sábana vieja, una morcilla en la tocinería, cualquier cosa, es castigado con un año ó dos de grillete, y los sacan con la cadena al pié á limpiar las atargeas, sin contar los que cada noche despacha el gobernador á Yucatán, por vagos y mal entretenidos. Pues que nosotros tenemos dinero más ó menos, y una buena posición social, es necesario no ser egoistas, y mirar algo por los pobres, que al fin son nuestros compatriotas, y los que en definitiva, cuando los cogen de leva, van á las filas del ejército, se baten y derraman su sangre por la libertad.

Edificado quedó Lamparilla con estas cuatro palabras y consideró á Relumbrón como uno de esos hombres benéficos y humanos, que, apareciendo como calaveras, ligeros y disipados, en el fondo no eran más que generosos y modestos, y se confirmó más en esta opinión, cuando Relumbrón continuó:

—Y con todo, licenciado, que el encargo que doy á usted, es un beneficio á la humanidad, no trabajará usted de balde, pues puede ponerme en la cuenta de hono-

rarios de mis negocios, los que devengue por la defensa de los desgraciados. Bastante vivo é inteligente es usted, para que yo le dé lecciones y le diga lo que hay que hacer; pero será conveniente que usted estreche su amistad con el gobernador, con los jueces, con los escribanos, con los dependientes, que dé sus vueltas por la cárcel y vea si se ofrece algo á los presos. Ocúpese también de la defensa de las mujeres. Aunque las vea usted en la cárcel, todas son inocentes. Su gran delito es el amor, y por el amor y los celos, cortan la cara con un tranchete al amante ó á la rival; pero eso no es nada, cuando más alguna criada que se aparta los tomates y los garbanzos...  
• buena gente en lo general.

Lamparilla, que ya había prometido á su protector el alma y la vida, se la volvió á prometer, añadiéndole que pondría sus cinco sentidos en el desempeño de la comisión que le había confiado, y de los demás asuntos que quisiese poner en sus manos.

—No hay que mencionar mi nombre para nada, querido licenciado,—y acentuó la palabra *querido*.—La caridad debe hacerse como dice el Evangelio. Lo que sepa la mano derecha, debe ignorarlo la izquierda.

—Pierda usted cuidado, que mi pecho es un sepulcro,—respondió Lamparilla, encantado de que un tan alto personaje como Relumbrón le hubiese llamado *querido*, y con esto terminó la memorable visita.

Relumbrón tenía ya un abogado activo, travieso y bien relacionado en México, que le defendiese su gente.

En cuanto llegó Relumbrón á su casa, procuró por los medios indirectos de que se valía dar las instrucciones más precisas á toda su servidumbre. Si caían presos, *negar* y siempre *negar*. Suprimida la Inquisición y el tor-

mento, ningún daño habrá en negar y sí mucha ventaja. No denunciar á los cómplices ni al pié de la horca, en la confrontación desconocer á todo el mundo. Fiarse en el Licenciado Lamparilla, que los sacaría un día ú otro de la cárcel y los libertaría del presidio ó de la horca. En cuanto á recursos, nada faltaría á ellos, ni á sus familias y no tenían más que ocurrir á la tienda de la Gran Ciudad de Bilbao.





## CAPÍTULO XLIII

Los negocios de Lamparilla no van de lo peor

**D**URANTE el transcurso del tiempo que Relumbrón había empleado en tejer su extensa red con una habilidad de que apenas se ha podido dar una débil idea, las cosas públicas, como ya se ha indicado antes, marchaban, no sólo bien, sino que parecía que una especie de verano había sucedido á las tempestades que años atrás habían soplado en la siempre vacilante organización del gobierno, que pasaba de la exagerada libertad á la dictadura militar. En la época en que se desarrollan los acontecimientos que refieren los últimos capítulos, había una dictadura militar que producía los beneficios de la paz y de una seguridad relativa, pero que estaba minada en sus cimientos por la escasez de dineros para pagar un ejército más numeroso del que podía mantener la nación; mas por el momento es necesario repetir que reinaba un alegre verano.

Valentín Cruz, olvidado completamente y reducido á la nulidad, pasaba de un escondite á otro, sin poder alzar cabeza. Los Melquiades, asegurados (por medio de su abogado que los engañaba), de que *jamás* el ministerio de Hacienda daría la orden para poner á Moctezuma III en posesión de sus bienes, seguían disfrutándolos, y por su propio interés, mantenían en orden los distritos de Ameca y Chalco, y perseguían á los ladronzuelos sueltos, que solían aparecer y que no estaban filiados en la cuadrilla de Hilario, y el astuto y temible Hilario se portaba bien y hacía sus rondas, no sólo en el camino de Río Frío, sino por los pueblos del valle. Los rumores de un levantamiento por el rumbo de Jalisco se habían desvanecido completamente, no obstante los calumniosos informes de Relumbrón, y el ministro de la Guerra se hallaba completamente satisfecho de la conducta del gobernador.

La feria de San Juan de los Lagos había estado como ningún año, se habían hecho grandes negocios, y realizado tal cantidad de mercancías que parecía increíble, y las poblaciones abatidas en todo ese rumbo, se habían reanimado con el tránsito de los atajos y partidas de carros y habían vendido sus semillas á doble precio, las aduanas marítimas, á pesar del contrabando escandaloso, habían producido mucho más dinero, hasta el grado de haberse podido pagar al ejército quincena por quincena y sobrar para que se diese completa una paga á los empleados que hacía seis meses no recibían más que prorrateos de doce y catorce reales.

En cuanto á la capital, nada de particular, inundada y llena de lodo en tiempo de aguas, y de polvo y basura en la seca, la iba pasando alegremente. Los empleados

gastando el tiempo en almorzar en sus oficinas, y las mismas personas todo el año en el teatro Principal, sin cansarse de admirar los gestos de Soledad Cordero; el patio del palacio lleno de viudas y de retirados, y los corredores transitados por oficiales y generales con uniformes de todos colores. El Estado mayor del Presidente con un lujo de galones de oro que daba envidia á las pobres viejas. Con el ancho galón del pantalón de cualquiera de los ayudantes, quemado y vendido á D. Santitos, el platero de la Alcaicería, tenían para comer una semana. Relumbrón, en los días que estaba de guardia, por su rico uniforme, por la soberbia de su andar y por su cabeza alzada sobre el cuello dorado, daba dolores de estómago á los viejos militares que habían peleado bajo las órdenes del cura Hidalgo y del gran Morelos, y que se morían de hambre y estaban reducidos á vivir en un cuartito de una casa de vecindad.

En cuanto á los juzgados, poco tenían que hacer y se dormían sobre las causas. D. Pedro Martín, fastidiado y convencido de que de nada servía, renunció el cargo, pero no le fué admitida la renuncia, y para contentarlo, le dieron licencia por algunas semanas y se retiró á descansar á su casa; pero imposible, D. Pedro era hombre que estaba condenado á trabajar. Día y noche recibía antiguos y nuevos clientes que le iban á pedir consejo, á poner en mano sus negocios y hacerle consultas de toda especie. D. Pedro era en su profesión un especialista, y su diagnóstico en los negocios era infalible. La disposición de su espíritu no le permitía ocuparse de negocios. Disgustado con la conducta de su hermana Clara; perseguido constantemente con la imagen de Casilda, tal como la vió engastada en el cortinaje carmesí;

inquieto por la desaparición de Juan, cuya suerte ignoraba, y molestado hasta cierto grado por las exigencias religiosas y manías de sus otras dos hermanas Prudencia y Coleta, lo que quería era no ver á nadie, no ocuparse de negocios y pasar el tiempo en su biblioteca en sociedad con sus viejos y queridos libros, pero no podía realizar este plan por fácil y sencillo que pareciese. Uno de los que primero interrumpió la quietud de D. Pedro Martín, fué el licenciado Lamparilla. Lleno de alegría, le mostró la orden para recuperar los bienes de Moctezuma, dándole mil agradecimientos, porque sin el precioso documento que le dió, jamás habría logrado la resolución de la secretaría de Hacienda que, aparte el influjo de Relumbrón, no pudo resistirse á las concluyentes pruebas que se encontraban reunidas en el voluminoso expediente que se había instruído durante largos años. De confianza en confianza Lamparilla se avanzó hasta contarle sus amores con Cecilia y su proyecto de casamiento.

—Ciertas cosas son muy difíciles en México,—le dijo D. Pedro Martín después de haberlo escuchado,—y una de ellas, es el recobrar los bienes de Moctezuma III, aunque lo manden los cuatro ministros juntos, y muchos quebraderos de cabeza ha de tener usted antes de que ponga usted un pié en las haciendas, ó pueda cortar un trozo de nieve. Será necesario que ocurra algo impensado ó la casualidad le proporcione dominar á los Melquiades. Se defenderán hasta el último extremo y por cuantos medios puedan. En cuanto al casamiento con Cecilia, ese es negocio muy personal. Cecilia es una hermosa mujer, y en mi juicio, muy honrada y de excelente corazón. Trabajadora y activa, eso se ve, y es una

cosa muy digna de atenderse que una mujer joven, sin persona que la dirija y le aconseje, haya sabido conservar su honra, descartarse de amantes, de envidiosos y de enemigos y hacer su fortuna, porque yo creo que relativamente es rica. Yo soy años hace su marchante, y para mí es ya como una necesidad dar á ciertas horas de la mañana un paseo y escoger yo mismo mi fruta. Cuando es mucha, uno de los muchachos la carga en su canasta. Manías de estudiante y de viejo. Todos los de una época somos así... y á propósito, ¿qué sabe usted de ese pobre muchacho Juan, tan inteligente y tan simpático, y que usted colocó en el rancho de Santa María de la Ladrillera.

—Referí á usted la llegada al rancho de una partida de tropa, y los desperfectos que hicieron y que se llevaron de leva á los muchachos...

—Es verdad, y á pesar de tantos asuntos como pesan sobre mí, lo recuerdo perfectamente, pero no me ha dicho usted la suerte que han corrido, y debía usted haber comenzado por eso, pues que se trata de su ahijado ó de su tutelado.

—Tanto era mi deseo de darle á usted las gracias y mostrarle mi reconocimiento, que debí comenzar por eso. Espiridión se reunió no sé cómo en la campaña con unos padres misioneros franciscanos, que lo catequizaron, y se lo trajeron al convento, le enseñaron latín, algo de filosofía y á cantar en el coro, pues tiene muy buena voz. Tomó afición á la carrera eclesiástica y pasó al Seminario, donde ha hecho muy buenos estudios y va á ordenarse. Mi comadre D.<sup>a</sup> Pascuala está encantada, y sería la mujer más dichosa del mundo, si su hijo llegase á ser cura de un pueblo. ¿Usted Sr. D. Pedro que tanto

influjo tiene con el arzobispo, no podría conseguir que para comenzar fuese Espiridión vicario de Ameca? Quizá nos serviría mucho en las cuestiones que tenemos que ventilar con los Melquiades.

—No rehusaría recomendarlo, si en efecto lo merece, pero no ha concluído usted de satisfacer, más que mi curiosidad, el deseo que tengo de saber la suerte de Juan.

—Juntos hicieron la campaña Espiridión, Moctezuma III y Juan. Del primero ya tiene usted noticia. Moctezuma es hoy todo un capitán y ha pasado á la caballería en unión de otro muchacho muy valiente que le dicen el cabo Franco, ambos muy queridos y protegidos por el coronel Baninelli, pero en cuanto á Juan, ni su luz, desapareció en una retirada desastrosa que hicieron los del gobierno, allá por unos andurriales desconocidos por el rumbo de Jalisco y Tepic, seguramente ó lo mataron ó se extravió en los montes y pereció de hambre, ¿quién sabe? El coronel Baninelli lo ha buscado por mar y tierra, y sus indagaciones no han dado ningún resultado.

D. Pedro Martín se puso un dedo en la boca, se quedó pensando y se vino á la imaginación la mañana en que escuchó en el comedor la conversación que tuvieron Casilda y Juan. Se levantó de la silla en que estaba sentado, abrió un estante, buscó una cajita común que había encerrado unas píldoras que acostumbraba tomar cuando tenía jaqueca, la abrió y encontró el mechón de cabellos que Cecilia arrancó á Evaristo; el pellejo sanguinolento estaba seco y arrugado. Un día ú otro,—dijo para sí,—caerá este malvado,—y luego volviéndose á Lamparilla, disimulando la turbación que le habían causado tan desagradables recuerdos, le dijo:

—Volviendo á lo del casamiento, no veo sino un inconveniente, y es la desigualdad de condiciones. Buena y más que bonita como es Cecilia, no es igual á usted, y cinco minutos después de la bendición del cura, le entraría el arrepentimiento. ¡Ah! amigo, mío,—continuó exhalando un profundo suspiro,—si pudiésemos sacudir las preocupaciones de nacimiento, de raza, de fortuna, de categorías, qué felices fuéramos; pero todo ello es una utopía, y de lo que no se puede prescindir es de la diferencia de educación; pero en resumen, si pasa usted por todo, y si considera que ha de ser feliz, cierre los ojos, y como quien se arroja á un río caudaloso, cátese y deje al mundo que hable y que critique. ¡Ojalá yo pudiese hacer lo mismo!

D. Pedro Martín suspiró de nuevo, pensó en Casilda, que cada día estaba más bonita y más bien educada, pues se esmeraba en imitar los modales de Amparo. Don Pedro quiso recoger esta confesión, que involuntariamente salió de sus labios, pero no pudo por más que desvió la conversación á un lado y otro.

Lamparilla sorprendió realmente un secreto del alma del inflexible juez, y se retiró cavilando y procurando descifrar el enigma, pero muy contento y animado con el consejo, y como eran más de las seis de la tarde, fuese al Portal de las Flores y no tardó en encontrarse con Cecilia, que, acompañada de María Pantaleona, daba su paseo y hablaba con sus conocidas las floreras antes de dirigirse á su casa. Caminaron en silencio, Lamparilla al lado de Cecilia y detrás la María á cierta distancia, pero luego que llegaron á la casa del Puente de la Leña, y se encendieron las luces, el licenciado no pudo contenerse y se echó en brazos de la fresca y apetitosa frutera, que

además del olor especial y embriagante de la mujer, tenía las aromas de las flores y del azahar.

—Cecilia, hija mía, querida mía,—le dijo Lamparilla, —déjate abrazar, ya somos felices, hazte cuenta que somos marido y mujer, pues ya no hay impedimento en que me case contigo, ya tengo la orden para que me entreguen los bienes de Moctezuma III, ya soy dueño de todo el valle de Ameca, de los dos volcanes, de la nieve que tienen encima, del azufre que tienen dentro, de los bosques vírgenes que están en la falda, de todo; y todo es para tí.

Cecilia se desprendió delicadamente, pero no sin dificultad, de los brazos de Lamparilla, entraron á la recámara y se sentaron en las toscas pero cómodas sillas que tenía la frutera.

—No creas que te miento,—le dijo Lamparilla,—aquí está la orden, te la voy á leer:

«*Secretaría de Hacienda, etc., etc.*

»Examinada la última instancia presentada por el licenciado D. Crisanto Lamparilla, como apoderado de D. Pascual José de Moctezuma, y resultando plenamente probado que es el heredero directo del emperador Moctezuma II, emperador de México; S. E. el Presidente ha tenido á bien disponer que se ponga al heredero en posesión de las haciendas, ranchos, potreros, bosques, nieves, azufres del volcán y cuanto además le pertenezca, conforme expresa la Real Cédula del emperador Carlos V y la reina D.<sup>a</sup> Juana, que se acompaña en copia. Dispone también S. E. que se diga al interesado que por los perjuicios que le hayan causado los detentadores en el tiempo que ha estado privado de sus propie-



dades, tiene su derecho á salvo para demandarlo ante los tribunales competentes, en el concepto de que esta orden se comunicará oportunamente á las autoridades que corresponda. Dios y Libertad, etc., etc.»

Cecilia oyó con mucha atención esta lectura, tomó el papel de manos de Lamparilla, lo leyó muy despacio una y dos veces y se lo devolvió diciendo:

—Es verdad, señor licenciado, no tiene duda, pero lo difícil es entrar á esos campos, y ya ve lo que le sucedió la vez pasada. Los Melquiades son terribles, si fuese con los Trujanos me comprometería á avenirlos en menos de una semana.

—No tengas el menor cuidado, que los campos con todo lo que se encuentra en ellos, será nuestro dentro de poco tiempo, porque está de por medio un coronel muy poderoso del cual soy abogado. Con su protección los Melquiades tienen que rendir la cerviz.

—Y si no la rinden, lo mismo da,—respondió Cecilia muy satisfecha,—pues que usted me ha cumplido su palabra, consiguiendo esa orden de que me ha hablado desde que nos conocemos, yo tengo que cumplir la mía. Para qué son delicadezas y rodeos como los de las niñas decentes. Yo soy franca y tengo la verdad en los labios. Desde ahora, menos en ciertas cosas, soy su mujer, ordinaria, no lo puedo remediar, pero honrada hasta las uñas. Si los Melquiades no se rinden, no exponga su vida, ni sé dé cuidados. Yo tengo dinero, no mucho, pero lo bastante para que compremos un rancho regular para meternos á trabajar y á vivir queriéndonos.

Lamparilla, entusiasmado con tanta generosidad, quiso abrazar de nuevo y llenar de besos á Cecilia, pero

ésta se defendió poniendo una cara muy risueña y mirando intencionalmente á Lamparilla.

—No, no, estése quieto, señor licenciado. ¿Qué dejaremos para después? No sea tonto. Los hombres hacen malas á las mujeres y después se quejan. Mejor es aguardar. ¿Qué diría usted de mí después de casados?

Lamparilla conoció la verdad y solidez de las reflexiones de Cecilia, y volvió á la quietud y al orden como lo había hecho otras veces. Quería de veras á Cecilia y no podía por eso llevar más adelante sus atrevidas empresas.

—Razón tienes, Cecilia, y de veras soy tonto. No hablemos más de estas cosas hasta el día que los asuntos estén arreglados y nos casemos. Me voy, y es conveniente que me vaya, porque no respondería de mí. Envía un canasto de tu mejor fruta al coronel. Esta tarjeta dice donde vive, da bien las señas á María y que ella misma la lleve. A las doce comen.

Lamparilla se marchó aun sin dar la mano á Cecilia con la cabeza llena de ilusiones, y mientras va á buscar á los individuos que componían la Junta de Cárcenes para que le permitieran hacer con ellos la visita, nosotros volveremos otra vez á la casa del Dr. D. Pedro Martín.

Se había retirado ya á su biblioteca, cavilando, no sobre la mecha de los cabellos y el pedazo de casco seco, sino en el funesto personaje á quien pertenecía, cuando se encontró en frente de otro á quien de pronto desconoció.

—Lo pensaba yo, doctor,—le dijo el recién llegado. —Sin anunciarme he penetrado hasta la biblioteca, aconsejado por sus señoras hermanas, que tampoco me reconocieron de pronto.

—¡Marqués! Es posible que tan mudado vea yo á usted,—dijo D. Pedro Martín levantándose de su sillón y tendiendo la mano al marqués del Valle Alegre.

—Cuando haya yo hablado con usted media hora, ya verá que no ha sido sin motivo.

Sentáronse y comenzaron á hablar; D. Pedro Martín estaba aturdido. El marqués, tan buen mozo, con los colores de la salud en sus mejillas, con su cabello negro y sus dientes muy blancos, y su buena sonrisa alegre, aun en momentos en que sus asuntos iban mal, era absolutamente otro hombre y D. Pedro había tenido mucha razón en no reconocerlo de pronto. Nada había perdido el marqués en sus maneras nobles y francas, ni en la elegancia y sencillez de su vestido, pero su pelo estaba ya entrecano, sus mejillas pálidas y hundidas, y en lugar del vientre que iba redondeándose con la edad, se reconocía un hueco, como si en tres días no hubiese comido.

D. Pedro le tuvo lástima y se lo dijo.

—Digno de compasión soy, pero no daré mi brazo á torcer, mi suerte ha cambiado, pero me conformaré con ella...

—¿Y las bodas y el casamiento? Ni una letra de usted en tantos meses. En la casa donde me informaba yo, notaba inquietud, pero me decían que estaba usted bien, que cada momento venían y regresaban mozos de la hacienda del conde, pero yo no creía nada.

—Verá usted... deme uno de esos buenos puros que tiene reservados para los buenos amigos, y hablaremos despacio.

El marqués refirió al licenciado D. Pedro Martín su feliz viaje, el espléndido y ceremonioso recibimiento

que le hizo el conde, y todo lo demás que ya sabe el lector hasta la extraña y no prevista escena de la capilla.

—Yo no tenía maldita la gana de batirme con el conde. Con cualquiera palabra que me hubiese dicho habría quedado contento, y me habría puesto en camino inmediatamente para esta ciudad, pero sus insultos groseros me exaltaron y no hubo remedio, nos batimos con tal furor, que olvidando cuantas lecciones de esgrima habíamos aprehendido, nos dimos de cuchilladas durante un cuarto de hora hasta que caímos heridos y sin fuerza ni aliento para levantarnos. Por un extraño capricho del conde, el único testigo del lance fué José Gordillo el cochero. Luego que nos vió exánimes, forzó los armarios del conde, robó las alhajas y dinero, cerró la puerta y se marchó llevándose también mi caballo favorito, que usted sabe que lo quería yo como si fuese una gente.

D. Remigio, ese hombre que vale un oro, y el Dr. Ojeda, nos salvaron, de lo contrario habríamos en seis u ocho horas más, perecido de debilidad y de hambre. Aquí el marqués se extendió mucho en la narración de lo que sufrió á causa de la pérdida de su sangre y la asistencia continua y cariñosa de D. Remigio, pero sobre todo, continuó, yo no tenía ni la menor idea de que en un pueblo tan lejano de la capital hubiese un médico tan hábil ni tan afectuoso; D. Remigio le llamaba el practicante, pero yo le llamo el doctor, y será doctor dentro de poco tiempo. Ha venido conmigo, y si es posible le daré una fuerte suma de dinero para que viva un poco de tiempo en México, se presente á sus últimos exámenes y reciba la borla de doctor, tanto más cuanto que el viaje en mi compañía le iba á costar la vida, pero

no quiero anticipar los sucesos, si no seguir el orden que me he propuesto en mi narración.

Como era la hora de la cena, D. Pedro Martín instó tanto al marqués para que lo acompañase á la mesa, que no pudo resistir y pasaron al comedor donde estaba ya puesta una abundante comida, y Prudencia y Coleta esperando que llegasen el marqués y D. Pedro Martín.

No escasearon las dos buenas señoras, lástimas, cumplimientos y palabras muy afectuosas al marqués por el deplorable estado en que estaba. Hablaronle de multitud de remedios caseros, y le instaron para que se aplicara cualquiera de ellos, seguro de que antes de un mes recobraría la salud y se pondría tan sano y robusto como se hallaba el día que fué á despedirse de ellas, y con este motivo le hicieron pregunta tras de pregunta, no haciendo caso de las significativas ojeadas de D. Pedro Martín. El marqués, como hombre de mundo, evadió hábilmente las cuestiones y concluyó la cena sin que supiesen la causa por que el marqués estaba tan cambiado y qué asunto había motivado su inesperada y misteriosa visita.

El café se sirvió en la biblioteca, despidieron á la criada, cerraron la puerta, y el marqués, que había recobrado algo de su genial alegría, continuó así:

—No tiene usted idea, por más que se exagere, del carácter del conde del Sauz. De piedra, de fierro, de acero, es poco decir, realmente tiene el carácter de demonio.

Cuando su herida iba cicatrizando y pudo ya hablar con D. Remigio, le preguntó:

—¿El marqués vive y está en la hacienda?

—D. Remigio le contestó afirmativamente. Pasaron semanas sin que volviesen á mentarme.

Nuestra convalecencia había sido penosa y difícil. Las heridas estaban perfectamente curadas, pero la anemia nos aniquilaba. Gracias á los cuidados del Dr. Ojeda, revasamos.

Cuando el conde se creyó un poco fuerte, llamó á don Remigio, y le dijo:

—¿Crees que el marqués podrá manejar una espada?

—Está tan débil,—le respondió D. Remigio,—que no podría levantar una paja del suelo.

—El conde calló, y yo no supe esto sino después, y en efecto, lo único que podía manejar era el bastón para apoyarme, porque no podía andar sino asido del brazo de D. Remigio ó del Dr. Ojeda.

El conde y yo no nos veíamos. El permanecía en su habitación y yo en la mía, pero solía dar mis paseos por el gran patio y por la calzada que conduce al camino real. En uno de esos paseos y acompañado del Dr. Ojeda pasé cerca de las piezas que ocupaba mi prima. Gritos descompasados y lamentos desgarradores me llegaron al corazón.

—Está en una de esas crisis nerviosas que la destrozan, —me dijo el doctor,—y de veras no sé cómo resiste. Cada cinco ó seis días se presenta el fenómeno, que dura diez ó doce horas. Después sigue una calma completa. No conoce más que á D. Remigio y á mí. Comienza á delirar y cuenta toda su triste existencia y revela los más recónditos secretos de su alma, pero permítame que lo deje un momento para atenderla. Creo que está usted bastante fuerte para continuar su paseo con sólo el auxilio del bastón.

El Dr. Ojeda entró en la habitación de mi prima Mariana, y yo dí la vuelta y me encontré en la reja del pequeño jardín. En mi vida he tenido rato más amargo. Los gemidos y los sollozos que vienen de los padecimientos del alma tienen un carácter tan particular, que llegan al corazón de quien los oye, por frío y egoísta que sea. Un cuarto de hora estuve escuchando á la pobre Mariana. Este cuarto de hora cambió radicalmente mis ideas. Yo era hasta cierto punto culpable, yo había contribuído, lo confesaré á usted francamente, por sostener mi posición social, á violentar á esta mujer y á reducirla al miserable estado en que se encontraba; yo era, en una palabra, el reo que estaba ante su víctima. Me retiré vacilando, temblando de susto y de remordimiento, me encerré en mi cuarto, le diré á usted Sr. D. Pedro Martín, aunque me cause vergüenza, me retiré á llorar, y se lo juro á usted, á llorar, por la primera vez de mi vida. Volví á caer en cama y volvió el Dr. Ojeda á salvarme la vida.

En las noches, el doctor, que se quedaba acompañándome en la cabecera de mi cama hasta que conciliaba el sueño, me contó porción de pormenores, á cual más tristes, de la vida de Mariana. Desde muy joven se apasionó del hijo de D. Remigio, que era un capitán muy guapo y arrogante de las compañías fronterizas. Fuerte y valiente hasta la temeridad, era el terror de los indios comanches. En las visitas que hacía á su padre cada cuatro ó seis meses, conoció á Mariana, se amaron, y la soledad y la libertad de que gozaban en las ausencias del conde, y el amor, que puede más que todo, produjo sus efectos.

Mariana dió á luz un niño en una casita apartada de

la ciudad, propiedad de Agustina, la ama de llaves. El capitán de Presidiales (que ya había pasado á las tropas de línea), por salvar á su hijo en la hora suprema, desertó al frente del enemigo, fué condenado á muerte y anda fugitivo y errante. Toda una novela en que yo represento un papel bastante odioso.

D. Pedro Martín, que nada sabía de esta sombría historia de familia, se agarraba la cabeza con las dos manos.

—¡Dios bendito!—decía,—¡qué secretos y qué misterios se descubren en las familias que se creen más felices y que parece que la desgracia no se atreve á entrar por las puertas de sus palacios, y cómo en los vinos más generosos se encuentran en el fondo amarguísimas gotas!

—Ya un poco repuesto,—continuó diciendo el marqués,—pensé decididamente en abandonar la hacienda y regresar á México, porque me daba horror estar cerca de la víctima de mi vanidad y de mi codicia, pero el doctor Ojeda no consideraba que podría soportar el camino. Un día la muchacha que me servía me entregó una carta del conde, que decía así:

«Primo:

»Si tiene buena memoria recordará que nuestro duelo *fué á muerte*, y que puesto que la misericordia de Dios nos tiene vivos, fuerza es que volvamos á comenzar hasta que uno de los dos vaya á la eternidad. Cuando tenga usted su brazo capaz de manejar la espada, lo espera en la biblioteca su primo

»*El conde del Sauz.*»

Cuando acabé de leer tan insensata carta, me dieron ganas de buscar un puñal, dirigirme á su recámara y



matarlo como se mata á una fiera dañina del bosque; pero entró á ese tiempo D. Remigio, me calmó, me dijo que ya sabía lo de la carta y que no hiciera caso, que el conde no estaba en el completo uso de sus sentidos. Cuantas razones me dió D. Remigio no fueron bastantes para quedarme un día más en la hacienda. Persuadí al doctor Ojeda á que me acompañase, y dispuse mi viaje. Escribí al conde una carta que supliqué á D. Remigio le entregase á los cuatro ó cinco días después de mi salida.

«Primo: Recibí su carta, mi brazo apenas puede manejar un bastón, pero aun cuando estuviere fuerte como un Hércules no me batiría con un insensato. Cuando vuelva usted al uso de su razón, encontrará á donde quiera á su primo

»*El marqués de Valle Alegre.*»

D. Remigio tuvo que consentir en mi partida y permitió al Dr. Ojeda que me acompañara, á condición que volviere en cuanto hubiesen terminado sus exámenes. Quería que regresara con el magnífico avío y el mismo aparato con que llegué; rehusé y me contenté con una carretela ligera y dos mozos. Había yo guardado silencio sobre mis alhajas, que en resumen y reducido á la pobreza, era mi única esperanza. D. Remigio tuvo la delicadeza de entregármelas obedeciendo á las órdenes de Mariana, que en los intervalos lúcidos que tenía, se lo encargaba encarecidamente.

Le voy á contar á usted una cosa realmente vergonzosa. Me robaron las alhajas y me dejé robar como un cobarde y como un miserable. Llegamos á buen paso y sin novedad hasta el Fresnillo. A la mitad del camino para

Zacatecas, se presentó de improviso y detuvo á la carretela un hombre armado que me puso una pistola al pecho y me dijo:

—Señor marqués, ha resucitado usted, pues yo lo dejé muerto en la biblioteca de la hacienda, y pues que no se casó usted con mi ama la condesa, debe traer las alhajas; démelas pronto ó le pego un balazo en la chapa del alma.

Era José Gordillo, el vengativo cochero. La sorpresa que me causó este encuentro me quitó el uso de la palabra y quedamos el doctor y yo inmóviles en nuestros asientos. En esto aparecieron cuatro hombres más á caballo y armados hasta los dientes. Uno de ellos quedó teniendo los caballos, y los demás se apearon, se apoderaron de nosotros y nos amarraron con las reatas á las ruedas del carruaje, todo esto en momentos, y nosotros, estupefactos y mudos, no opusimos ninguna resistencia. Gordillo no había dejado un momento de amenazarnos con la pistola, y yo le veía en los ojos que al menor movimiento de resistencia nos mataría. Luego que nos vió amarrados levantó los cojines de los asientos, sacó de la cajuela la cajita de alhajas, hizo que el cochero montara en las ancas de su caballo, los demás foragidos montaron también y desaparecieron. Todo esto fué tan rápido que más me he dilatado en referírsele á usted. A pesar de lo bien amarrado estaba temblando de ira. Yo que no había pestañeado ante la punta de la certera espada del conde, me había dejado sorprender y amarrar por un bandido, pero pronto á este sentimiento sucedió otro, el del temor de la muerte y de una muerte horrorosa. El lugar donde nos detuvieron los ladrones era una cañada que desciende al mineral de Veta-Grande.

Sopla un viento tan fuerte, que es capaz de voltear un carruaje y no hay año en que no se cuente una desgracia. El viento comienza á soplar con ímpetu á la caída del sol, y era precisamente la hora en que fué el asalto, calcule usted, Sr. D. Pedro, nuestra agonía. Las mulas podían partir espantadas, soplando el viento empujar la capota de la carretela, y como estábamos al principio de una bajada, el carruaje descendería rápidamente y nosotros daríamos vueltas con las ruedas haciéndonos pedazos contra las piedras; en una palabra, un suplicio como no lo inventaron ni los inquisidores. El día que yo encontrase á Gordillo, no lo mataría con un puñal y ni con una pistola, sino con un alfiler, hasta que muriese. Por una grandísima fortuna, las mulas que se habían fatigado al subir la cuesta, se estuvieron quietas, y el viento no sopló sino más tarde. Un cuarto de hora duró este suplicio; pero nos pareció un siglo, y creo que en ese lance fué donde la mitad de mis cabellos negros se volvieron blancos como usted los ve.

El marqués inclinó la cabeza para que le examinara D. Pedro Martín.

—¿Y cómo salieron de tan espantosa posición?—preguntó D. Pedro Martín.

—Divisamos unos arrieros, que cortando camino encumbraban la montaña, les pedimos socorro con los gritos terribles que sugiere la desesperación; acudieron desde luego, uno nos desató mientras otro contenía las mulas y las quitaba de la carretela. Parece que el viento esperó á que estuviéramos libres, porque apenas estuvimos en pié, reventó con tal violencia, que volcó la carretela y la arrojó á veinte varas de distancia; los arrieros y nosotros tuvimos que tendernos en el suelo para

no ser azotados contra las piedras. Cuando el huracán calmó un poco, el doctor y yo á pié nos dirigimos á la hacienda de Veta-Grande, donde los Arpides, á quienes contamos nuestra aventura, nos dieron la más generosa hospitalidad.

Se despacharon mozos en persecución de los ladrones, pero su correría no dió ningún resultado. Levantaron la carretela y la trajeron á la casa y esto fué todo. Hasta ahora no he vuelto á saber qué suerte corrieron los dos mozos que saqué de la hacienda y las mulas de remuda.

Una semana permanecemos en Veta-Grande, mimados y atendidos cariñosamente por los Arpides y partimos en un buen carruaje, con mozos de confianza, con la ropa indispensable de que carecíamos y con dinero más que bastante para el camino, y llegamos á esta ciudad sin otro accidente.

Pero me esperaba otra decepción bien amarga. A usted, Sr. D. Pedro Martín, que además de ser mi amigo es mi abogado y mi confesor, se lo contaré todo. Mi familia me recibió, no sólo fríamente, sino mal. Como les escribí la buena acogida que me hizo el conde, y su generosidad de entregarme trescientos mil pesos en la Casa de Moneda, y me veían llegar demacrado, casi sin ropa, sin haberme casado y como un hijo pródigo, me abrazaron el aire sin que sus brazos tocasen mi cuerpo, no presentaron sus mejillas para recibir el beso fraternal, y guardaron un silencio que puede llamarse criminal, pues con todo y lo cambiado de mi semblante no se informaron de mi salud. ¡Figúrese usted, Sr. don Pedro Martín, qué tristeza, qué desengaño y qué vergüenza, pues el Dr. Ojeda fué testigo de estas escenas! En la noche tuve una explicación muy desagradable con

mi hermano, y fué necesario toda mi resignación para que no hubiese escándalo. Durante mi ausencia había comprado dos carruajes y los debía; mis hermanas tenían cuentas pendientes con las modistas, el dinero que yo dejé para pagar diversas facturas se había gastado en otros objetos; en una palabra, una nueva quiebra de las más vergonzosas, pues se componía de acreedores de cincuenta, de cien pesos, que no querían esperar más.

He venido, Sr. D. Pedro Martín, no á quejarme, pues que he recibido el castigo de mis propias faltas, sino á desahogarme y pedirle consejo.

—Mi querido marqués, y permítame que le hable así, en prueba del interés que me inspira. Lo que ha pasado usted en pocos meses habría bastado para matar al hombre más fuerte; pero cálmese y consuéllese, que Dios manda los trabajos y las penas quizá para encaminar al hombre al buen sendero, pero no lo abandona enteramente. Sepa usted que es todavía, no sólo rico, sino muy rico, y no le dé pena por no haber recibido los trescientos mil pesos de esa desgraciada condesa. En el archivo de su casa tenía usted un tesoro, y el refrán de que más tiene el rico cuando empobrece, tratándose de la casa de Valle Alegre, se ha convertido en un evangelio. Asómbrese usted, cerca de un millón de pesos en censos y escrituras que no han caducado. Algunas de ellas incobrables, pero otras de fácil realización, pues tienen buenas hipotecas, y los deudores se darán por bien servidos en hacer una transacción en que se les perdone la mitad de los réditos vencidos. Me he entendido con mi compañero el licenciado Rodríguez de San Gabriel. Ya sabe usted que los abogados nos decimos horrores en los estrados y en

los tribunales, pero cualquier incidente, por pequeño que sea, nos reconcilia. A él mismo le he encargado el examen y la gestión de los asuntos del marquesado, porque yo, siendo juez, no puedo actuar. Muy pronto estos trabajos, que se han hecho con actividad mientras usted ha estado ausente, nos darán por resultado que la hacienda embargada y donde está fundado el mayorazgo, con sus ranchos anexos, vuelva á poder de usted, y que le queden nuevas escrituras á su favor al seis por ciento de rédito y con buenas hipotecas y una cantidad muy regular en dinero. Conque ya ve usted que no todo es negro en este mundo, y dé gracias á Dios, que usted y yo somos cristianos viejos y debemos reconocer que todo se lo debemos.

Fué tal la sorpresa y la emoción que causó al marqués, que se creía arruinado y en vísperas de pedir limosna, de considerarse rico, y más rico todavía que en sus buenos tiempos, que no pudo contestar, se desmayó en el sillón y el licenciado D. Pedro Martín tuvo que llamar á sus hermanas para que le hiciesen oler álcali y le frotasen las mejillas y el cerebro con vino jerez.

—¡Qué cobardía! qué debilidad! ¡qué poco ánimo!—dijo el marqués cuando volvió en sí,—el estado de mi salud es muy precario, usted y sus buenas hermanas me dispensarán. Por el amor de Dios, les ruego que no vayan á contar á nadie que el petulante y orgulloso marqués de Valle Alegre se ha desmayado como una doncella de quince años.

Coleta y Prudencia tranquilizaron al marqués, y observando que estaba ya repuesto, creyeron que debían retirarse para que continuase la conferencia.

—Otro secreto tengo que confiar á usted,—continuó

el marqués, cuando las hermanas habían salido y cerrado la puerta.

—Cualquiera que sea, quedará aquí;—le contestó don Pedro Martín, llevando la mano al pecho.

—Estoy enamorado, pero enamorado profundamente. ¡A mi edad! Esto le sorprenderá á usted.

—De ninguna manera. El corazón siempre es joven, —le contestó D. Pedro Martín suspirando profundamente.

—El estado desastroso de mi casa, me decidió á aceptar la mano de mi prima Mariana, y se lo confesé á usted francamente, pero no le dije que hacía tiempo adoraba á una mujer.

—¿Una querida tal vez, alguna inferior á usted?

—Bah, eso no, todo lo contrario; una perla, una verdadera joya. Belleza, educación, buen carácter, talento, nada le falta; y se lo diré de una vez, Amparo, la hija de D.<sup>a</sup> Severa.

—Nunca lo hubiera sospechado, — dijo D. Pedro Martín.

—Ni nadie,—prosiguió el marqués.—Amores platónicos hasta ahora, y jamás le he dicho ni una sílaba, pero con el instinto de mujer debe ella haber conocido que me interesaba. Hay una buena diferencia entre nuestras edades. La madre si tiene defectos, es el de ser demasiado virtuosa y estricta; y en cuanto al padre, qué quiere usted que le diga, su facha de portugués, la excesiva coquetería en el vestir, ese lujo de diamantes y cadenas de oro que le han valido un sobrenombre ridículo, no me agradan; pero la hija, repito, es un tesoro y ninguna culpa tiene de las rarezas de su padre.

Frustrado mi casamiento con mi prima, curado de mis

heridas, comencé á pensar en Amparo, y tenía precisamente su imagen delante cuando fuí asaltado en la Cañada de Veta-Grande. Perdí mis alhajas y con ellas la esperanza. ¿Podría presentarse como pretendiente un marqués arruinado? Relumbrón y D.<sup>a</sup> Severa los primeros habrían pensado, y con razón, que rechazado por el conde y por mi prima, venía á costa suya y con sacrificio de su hija á reponer mi fortuna. Ahora me ha vuelto usted, con la fortuna, la vida y la felicidad, Sr. don Pedro.

—¿Pero; cuenta usted con la voluntad de Amparo, y no teme se repita la escena de la capilla de la hacienda del Sauz?

—Yo no cuento con nada hasta ahora, y le repito que no le hecho la menor insinuación; pero pierda usted cuidado, la enamoraré como si tuviese yo veinte años, y cuando esté absolutamente seguro de que me ama y de que ningún otro sentimiento más que el del cariño la impulsa á unir su suerte con la mía, entonces hablaré, ó mejor dicho, usted la pedirá á sus padres para que sea la compañera de mi vida. Por de pronto frecuentaré la casa; es decir, asistiré con más puntualidad á las tertulias de los jueves, que supongo continuarán todavía, y con modestia, con las delicadezas que inspira un amor verdadero, iré poco á poco ganando su corazón. Para mi completa dicha, sólo faltaría, si Amparo fuese al fin mía, el saber que la pobre Mariana ha vuelto á la razón, que había encontrado á su hijo, y que su padre, no teniendo ya remedio las cosas pasadas, le había otorgado su perdón. Esta va á ser también una de las ocupaciones preferentes de mi vida, y espero con la ayuda de usted que llegaremos á domesticar esa fiera encerrada



en la biblioteca de la hacienda del Sauz. Bendita herida si por algunos días de sufrimiento me produce el realizar tan bellas ilusiones. Lo único que suplico á usted es que cuando vaya á visitar á D.<sup>a</sup> Severa, como quien quiere y no quiere la cosa y sea oportuno, le platique del estado satisfactorio de los negocios de mi casa.

—Sí haré,—le respondió D. Pedro Martín,—tan luego como me lo permitan los muchos negocios que me ocupan, especialmente los de usted; y á proposito, voy á darle un billete de depósito para que pueda usted retirar del Montepío diez mil pesos cobrados por las transacciones ya hechas. Mi compañero Rodríguez de San Gabriel tiene las actas y las cuentas, y eso será para más adelante. Por de pronto ya habrá paz en la familia, el hermano tendrá para pagar las deudas y las hermanas se presentarán con un traje nuevo en el teatro, y usted, marqués, sabiendo y queriendo sobre todo manejar sus intereses, volverá á ser el hombre elegante, amable y simpático para toda la buena sociedad de México. ¡Animo y olvidar lo pasado!

Abrió un cajón de su bufete y le entregó el billete.

El marqués estrechó afectuosamente la mano del abogado, y se despidió prometiendo volver la siguiente semana.


Cuando el marqués se retiró, D. Pedro Martín se quedó un rato pensativo, y al tomar la vela para pasar á su recámara y acostarse, dijo como si se dirigiese á alguno:

—Decididamente iré mañana á la tertulia de Relumbrón y anunciaré á D.<sup>a</sup> Severa mi visita para el viernes. Necesitaba un pretexto para satisfacerme á mí mismo. Hace cerca de un mes que no veo á Casilda.



## CAPÍTULO XLIV

### Los Dorados

o que en la capital de México se llama tierra Caliente lo componían antiguamente la Cañada de Cuernavaca y el plan de Cuautla, lugar histórico y célebre por la resistencia del general Morelos á las aguerridas y numerosas tropas españolas que lo cercaron. Hoy, de esos ricos territorios, se ha formado el Estado de Morelos. Por lo demás, las vertientes, tanto al Sur como al Norte de la gruesa cadena de montañas que forma la Sierra Madre, son de un clima templado, y á medida que se desciende á la costa todo es caliente y la tierra propia para la producción de la caña de azúcar, del café y del cacao.

El que no haya dado un paseo por el rumbo que se acaba de indicar y que, como quien dice, está á un paso de la gran ciudad, no tiene idea, aunque se lo explique la Biblia, de cómo era el Paraíso terrenal. El viaje, par-

ticularmente á caballo, ni es difícil, ni tiene lugar de arrepentirse el que se resuelva á hacer esta excursión.

Después de subir hasta lo más alto de las montañas que rodean el valle de México, y de internarse en boscosos senderos, repentinamente, y como si se hubiese descrito un gigantesco telón, se presenta á la asombrada vista un panorama de oro y azul, inmenso, profundo, que parece que va hasta las playas del grande Océano, y la ilusión es tal, que se ven hervir y estrellarse las olas en sus ardientes y desiertas playas.

Es tanta la luz y la reverberación, que es necesario hacer una sombra con la mano sobre los ojos para poder distinguir los pormenores de ese gran cuadro que se mira al través de un espeso polvo de oro.

Así, con las manos sobre las cejas y arrugando los ojos, observó Relumbrón en uno de sus viajes, desde las alturas de Huichilaque esa hermosa planicie, casi pudo contar las haciendas con sus imponentes edificios y sus altas chimeneas, elevando sus espesas y rectas columnas de humo negro, perdiéndose y desvaneciéndose en el éter azul; sus campos de caña de un deslumbrante y sedoso verde, y los cristalinos *apantles* (1) refrescando y humedeciendo la tierra sedienta y ardiente.

—Todo esto es mío, todo me pertenece,—dijo con esa fe con que se mudan las montañas de una á otra parte.— El trabajo de dos ó tres meses en mantener hirviendo las calderas y secando los panes de azúcar, y elaborando el aguardiente, es tiempo perdido; en una noche yo dejaré limpios los cuartos de raya, y las tiendas, y los almacenes. Para esto era únicamente necesario unos

---

(1) Corrientes de agua que sirven para regar los campos de caña.

cuantos hombres resueltos y un jefe que los mandase. Ya lo tengo todo.

En efecto, la gavilla de D. Pedro Cataño se había organizado perfectamente por los especiales cuidados del platero que, sin perjuicio de dar una vuelta por la casa de moneda del molino, había trabajado día y noche en pulir y arreglar las medallas de la Virgen de Guadalupe para entregarlas al Abad y surtir á los *Dorados* de cuanto ocurría á su fantasía. D. Pedro Cataño estaba vestido decente, pero sencillamente, tal vez su traje era severo. Calzonera ceñida á la pierna, y chaqueta larga, y chaleco negro con botonadura oscura. Sombrero blanco, muy fino, de Puebla, sin exagerada ala, y con una toquilla representándose doblemente enroscada una culebra disecada con su cabeza de oro y los ojos de dos brillantes negros. No hay que decir que el caballo era el famoso que derribó á Evaristo en la hacienda Grande, y las armas, espada, pistolas y puñal de lo más fino y exquisito que se podía conseguir en la época en que pasaban estos sucesos.

Los que formaban la gavilla, que sin ofensa del ejército les llamaremos soldados, por ser más fácil y llano, estaban vestidos con absoluta igualdad, todos eran casi de una misma edad, de presencia imponente, de obrar resuelto y de pocas palabras. Para la ejecución, sumisos y obedientes á la menor insinuación de D. Pedro Cataño, pero entre ellos, alegres, joviales, chanceros, buenos amigos; en sustancia, no era mala gente cuando se les sabía tratar, pero una legión de demonios era un juego de niños si se les contrariaba y se les disputaba lo negro de una uña.

Conociendo á uno, ya se conocían á todos, pues aun la

estatura ofrecía muy pocas diferencias; sombrero negro con toquillas gruesas de trenzas de oro fino, vestido mezclilla oscuro, la calzonera con botonadura de bolitas de plata, fuste guarnecido, espada filosa debajo de la pierna, reata en los tientos y un par de buenas pistolas en el cinto, dinero siempre en la bolsa, y con que cubrirse en las lluvias y en las tempestades. Todo muy bien arreglado y ligero, lo primero los caballos que parecían venados. No eran muchos, treinta y dos hombres, pues D. Pedro Cataño no había querido admitir más

No se crea que esta pequeña pero brillante tropa salió á son de trompas y clarines de la hacienda de Arroyo Prieto, sino al contrario, fué desapareciendo sin que la tierra lo sintiese. Un día D. Pedro Cataño, seguido de su mozo, vestido como todos los mozos de campo, se marchó sin decir adiós á nadie, enderezó para el Valle de México, entró por una garita y salió por otra y fué á dar á la Grande, dondè encontró á Pepe Cervantes, almorzó con él, fué en seguida á echar un trago á la famosa pulquería de Xochitl, se cercioró de que el pueblo de Tepetlaxtoc con la ausencia de los valentones se hallaba en la mayor tranquilidad; de allí bajó á Texcoco, visitó en Coxtitlan á D. Antonio Palomo y en Chapingo á don Agustín Zaro, y provisto de cartas de recomendación, pues precisamente para eso fué (1), se internó por Ameca y fué á dar al Plan de Cuautla de las Amilpas, y del Plan de Cuautla pasó á la Cañada de Cuernavaca. El gran ingenio de San Carlos, Pantitlan, Casasano, Santa Clara, Santa Inés, el Hospital, la pequeña y primorosa

---

(1) El ciego Dueñas decía que un vaso de agua, un popote para limpiarse los dientes y una carta de recomendación á nadie se niega. D. Pedro Cataño pasaba por un rico campesino del interior.

hacienda de Calderón, Atlahuayan, por último San Vicente y Chiconcuaque, desde donde tomó el camino real de Cuernavaca á México, y de la capital otra vez á la hacienda de Arroyo Prieto, quedando enteramente contento de su expedición. Había reconocido el terreno á su sabor.

En todas las haciendas que hemos mencionado y otras que dejamos en el tintero, porque la lista es larga, según se acostumbra, fué recibido á cuerpo de rey. La cocina de esas fincas, sus dispendiosos gastos, el mucho dinero que circula y la amplia hospitalidad que se concede aún á las personas desconocidas, tiene algo de grande y de novelesco. En unas de las haciendas estaban los dueños, en otras los administradores, en otras momentáneamente sólo los dependientes secundarios, pero en todas D. Pedro, por sólo su buena facha y sin la presentación de sus cartas de recomendación, era recibido con franqueza y buena voluntad, comía ó cenaba (si llegaba de noche) perfectamente y se le alojaba en la mejor recámara. A título de viajero y de curioso hacía pregunta tras de pregunta, observaba las entradas y salidas de la finca, la disposición de la casa y del real (1), las armas de fuego de que podía disponer el administrador, si éste era querido ó era odiado de la gente del campo; en fin, cuanto podía serle necesario para dar el golpe seguro. En cuanto á los caminos, veredas, *apantles*, ríos y cortaduras, poco trabajo le costó, la tierra en lo general era plana y los pequeños ramales de la sierra que la cortaban y que formaban las ondonadas donde estaban las labores no necesitaban mucho estudio para un hombre

---

(1) Se llama en las haciendas de caña el pueblecito que se forma dentro ó fuera de la finca, donde habitan los operarios y sus familias.

nacido en el campo y criado entre los salvajes. Bastaba que una vez pasase por un camino cualquiera para que no tuviese ya otra vez necesidad de que lo guiasen.

Mientras él hizo esta necesaria y provechosa excursión, sus muchachos se alistaron siguiendo su mismo sistema. Un día desaparecía uno y regresaba á los tres ó cuatro días con su silla guarnecida de plata, con su vestido nuevo y acaso con otro caballo mejor. Así al regreso de D. Pedro Cataño los treinta y dos estaban listos, y, como se ha dicho, en seguida fueron uno á uno desapareciendo. D. Pedro Cataño los dió cita para el Cerro de Atlihuayan, y calculando el tiempo que emplearían en el camino les fijó la fecha y la hora en que debían llegar, aconsejándoles que caminaran cada uno por su lado y cuando más de dos en dos. Las horas eran entre las ocho y las nueve de la noche. Entendidos en esto y en otros pormenores, y con su santo y su seña para reconocerse en la oscuridad, cada cual tomó su rumbo.

D. Pedro Cataño se puso igualmente en camino, llegando sin novedad á Yantepec, y pasó el día sin novedad en la casa del prefecto, informándose, entre cigarro y cigarro, que en casi todos los pueblos de la tierra caliente no había sino una especie de guardia nacional muy mal organizada, con unos cuantos fusiles viejos de diversos calibres; que cuando se necesitaba de la fuerza armada los alcaldes convocaban á la gente, y que la mayor parte no quería salir por no perder su jornal en el trabajo de los ingenios.

—Por lo demás,—añadió el digno funcionario,—todo el país está tranquilo y no necesitamos de fuerza armada.

D. Pedro Cataño, al montar á caballo, le dijo:



—Cúidese usted, sin embargo, porque cuando menos se piensa suele aparecer mala gente.

—No haya cuidado, comandante; los batiremos, los batiremos.

D. Pedro Cataño no sabía por qué el prefecto le había llamado comandante, pero no consideró necesario hacer ninguna observación, y dándole otro apretón de mano, tomó la frondosa calzada de gigantescos naranjos que conduce al camino real, y ya al tranco, ya á sochi-galope cuando el terreno lo permitía, antes de las ocho de la noche estaba ya en la cumbre del cerro de Atlahuayan. Uno á uno fueron llegando los muchachos, y antes de las nueve estaban reunidos los treinta y dos. D. Pedro los pasó revista y consideró que, como Napoleón delante de las Pirámides, debía echar una arenga.

—Muchachos,—les dijo:—Esta noche, los que quedemos con vida, cenaremos una buena ensalada de lechuga en la hacienda de Atlahuayan; á los que les toque una bala, irán á cenar con todos los diablos; conquese de dos en fondo y adelante.

La noche estaba tibia; la atmósfera transparente, y las estrellas y luceros brillaban con tal claridad, que se podían distinguir desde la cúspide del alto cerro la inmensa llanura cubierta de cañas, la masa negra y confusa de los edificios de las haciendas y las altas chimeneas que de vez en cuando arrojaban chispas y llamas que se perdían en el vacío como si fuesen meteoros, exhalaciones ó fuegos fatuos que subiesen de la tierra. Era el tiempo de la zafra. Las casas de calderas estaban hirviendo; los molinos, en su vertiginoso movimiento, devorando las cañas y haciendo correr, como en los cuentos de niños, arroyos de miel; los trabajadores en continuo

movimiento llenando y vaciando formas, y los administradores y dependientes atendiendo aquí y allá las diversas operaciones para elaborar la azúcar. Esto era en lo interior de las haciendas, pero en lo exterior la más completa calma, la más plácida tranquilidad. Ecos de ruidos muy lejanos, el zumbido de las alas de algún murciélago descarriado, bocanadas de viento caliente que traía el olor de la miel y de los naranjos. Después, calma completa y bochornos como si estuviese reverberando el sol de medio día.

El cerro de Atlihuahayan, visto desde cierta distancia, es semejante á un inmenso pan de azúcar, de cerca, pierde algo de su forma. La vertiente que mira á la llanura está casi tajada á pico, y una vereda de piedras sueltas, un verdadero camino de cabras, es el único sendero, rarísimas veces transitado, por donde se puede llegar sin ser visto ni sentido hasta la puerta de la hacienda.

Las piedras que rodaban arrastrando otras y otras en su caída, las herraduras de los caballos que chocaban contra la roca y resbalaban sacando chispas, y una que otra enérgica exclamación de algún jinete en peligro de desbarrancarse y caer del pendiente precipicio hasta el pié de la montaña, formaban en esa tibia y serena noche un concierto extraño, compuesto de ruidos indefinibles que cesaban para volver á comenzar y mezclarse con el soñoliento murmullo de los apantles, que en esos momentos regaban los campos.

Más de una hora dilató la silenciosa tropa en bajar de esa peligrosa pendiente, mas al fin todos sanos y salvos se encontraron con su jefe á la cabeza en frente de la puerta gótica de la espesa muralla que acababa de cons-

truir el marqués de Radepont, y cercaba completamente por ese lado la hacienda de Atlihuahuan (1).

Mientras D. Pedro Cataño y los suyos discuten la manera de penetrar en la hacienda, digamos dos palabras del marqués de Radepont y de su formidable muralla.

El marqués de Radepont era uno de tantos títulos de Francia arruinados por éste ó por el otro motivo. Vino á México agregado á la Legación y con buenas recomendaciones.

Al cabo de cierto tiempo el ministro francés se retiró, Radepont cesó de ser agregado, parece que la pensión que le venía de Francia cesó también, y se vió precisado á solicitar protección de los buenos amigos que tenía. Hombre de finos modales, de variada instrucción y particularmente afecto á los estudios agrícolas, Escandón y Jecker, que eran dueños de la hacienda de Atlihuahuan, lo colocaron como administrador con facultades para que aplicase todos los adelantos de la ciencia á la elaboración de la azúcar y del aguardiente. ¿Por qué, dijeron, han de ser precisamente españoles los administradores de las haciendas? ¿Son ellos los únicos que saben fabricar la azúcar? ¿Hemos de estar siempre con los viejos trapiches del tiempo de la conquista movidos por mulas? ¿No hay molinos horizontales que se mueven por vapor y muelen en un día más caña que los trapiches antiguos en un mes?

Salgamos de la rutina; y como tenían dinero para salir de la rutina, encargaron un molino moderno á Francia y cuantos aparatos nuevos eran necesarios, é instala-

---

(1) Todo lo que sigue, hasta la conclusión del capítulo, es de la más rigurosa exactitud, y más bien son páginas sueltas de las memorias del autor, testigo de muchas de las escenas mezcladas en la novela.

ron en la hacienda al marqués de Radepont. Los españoles que había empleados en la hacienda y que hacían sus labores de siembra, riego y molienda con regularidad, se disgustaron y se fueron á otras fincas, donde no les faltó colocación.

La casa de la hacienda estaba en lo interior toda pintada de blanco con cal; las camas de lona blanca, con sólo sus mosquiteros transparentes y blancos; los muebles de madera pintados al óleo, de blanco; las vidrieras sin cortinajes; nada de cuadros ni de estampas pegadas en las paredes; los suelos de ladrillo, muy unidos y parejos, sin dejar la menor hendidura; toda esta primitiva y sencilla decoración, era la mejor para evitar que anidasen las avispas, las abejas, los alacranes, los ciento piés y las tarántulas y culebras, que se producen en esas benditas tierras con más abundancia y facilidad que la caña y el café, y poder registrar y percibir en lo blanco de las paredes y de las camas la pequeña pero horripilante silueta de cualquiera de esos venenosos bichos.

El marqués, según su modo de ver las cosas, encontró la casa en un estado *salvaje*, y dijo que era indispensable decorar la habitación de una manera *confortable*, lujosa y digna de los dueños de la finca y de la grande importancia que tenía; en consecuencia trasladó de su casa de México sus pesados cortinajes de brocatel con flecos, borlas y abrazaderas, sus muebles Luis XV, sus cuadros de paisaje, su panoplia, sus pieles de león, sus estantes y cómodas y cuanto había traído de Francia, siendo lo más importante cuatro cajones de libros, de los cuales la mitad trataban del cultivo de la caña de azúcar, de las clases de azúcar, de la forma de la azúcar, del análisis químico de la azúcar, del riego de las cañas de azúcar,

de la venta de la azúcar, todo era azúcar y aguardiente en la biblioteca, exceptuándose algunas novelas y diccionarios. El marqués decoró finalmente al estilo Luis XV la habitación, ordenó su biblioteca, comenzó, ó mejor dicho, continuó estudiando *la azúcar y el aguardiente*, y aplicando inmediatamente las teorías que leía hoy á las labores del día siguiente, alterando y echando por tierra el método antiguo seguido por los macheteros y por los segadores y por los maestros de la casa de calderas. Hasta varió el curso de los *apantles*, y los riegos de la caña se daban conforme lo decían sus libros y no como lo habían hecho hasta entonces los bárbaros y salvajes operarios de la hacienda. Como la fábrica de aguardiente estaba en ruinas, comenzó desde luego á hacer otra, copiando el edificio de una estampa que representaba un antiguo castillo de Normandía que se decía ser del tiempo de Guillermo el Conquistador. Una puerta gótica con su pesada reja de fierro y dos torreones á los lados con almenas y troneras formaban la fachada, y de uno y otro lado también seguía la espesa y alta muralla, que, tocando con los edificios antiguos, impedía toda comunicación con el campo. Este edificio, que no dejaba de ser imponente, no era más que la sustitución de la fábrica vieja. Aun estaba á medio hacer y ya se habían gastado cien mil duros.

La decoración y el lujo de la casa produjo el resultado que debía esperarse. Antes de un mes, los pliegues y graciosas ondulaciones de las cortinas eran nidos de arañas y de alacranes; en los florones matizados del tapiz de papel, se paseaban sin ser vistos toda clase de insectos dañinos; debajo de los pesados sillones y canapés empañados con la humedad de la atmósfera, trataban

de anidarse ciertas culebritas caseras más ó menos dañinas. El marqués había sido picado por un alacrán, y curádose gracias al maravilloso específico que liberta de la muerte á la gente que trabaja en los campos de caña, y del cual se burlaba pocos días antes, diciendo que eran brujerías y supersticiones de la ignorancia en que vivían esos pueblos. Precisamente hablaban de eso el marqués y Escandón, que estaban sentados en la mesa del comedor, tomando café después de haber cenado tan bien como lo podrían haber hecho en el restaurant Helder de París.

—Me alegraré, marqués,—le decía Escandón,—que le piquen á usted dos y tres veces más los alacranes. Estos adornos y este lujo es bueno para la capital; pero en estas tierras, blanco y nada más que blanco por todas partes, porque de esa manera se ven venir los enemigos.

Si una semana antes vengo á la hacienda, por nada de esta vida le habría permitido que tapizara las paredes y que colocase estas cortinas. Afortunadamente se le olvidó á usted reformar la última recámara, y á esa he tenido que refugiarme. Si continúa usted durmiendo en su gran cama de madera, la noche menos pensada se le descuelga á usted del pabellón un escorpión ó un ciento piés, y amanece usted muerto; pero cada cual tiene su gusto. Lo que me parece grave es lo de los campos; la caña no ha crecido como debía, las hojas están como marchitas; en fin, yo no entiendo de nada de esto, pero lo que no puede dudarse es que los campos de otras haciendas me parecen mejores que los de Atlihuayan, y es sin duda porque ha suprimido usted un riego, según me han informado.

—No tenga usted cuidado alguno—le respondió el mar-

qués con mucha calma;—precisamente la caña debe estar como usted la vé. Los campos que presentan un aspecto muy frondoso, no dan mucha miel, y ya verá que este año Atlihuayan molerá cien mil arrobas de azúcar, mientras las haciendas que usted admira no llegarán á sesenta mil, y si es verdad que se ha suprimido un riego es porque no se pudra la raíz, y por que la caña extraiga de la tierra más sustancia sacarina.

Escandón meneaba la cabeza con un aire de incredulidad. Los viejos operarios le habían informado que el marqués de Radepont todo lo echaba á perder, que la caña se estaba secando, y que él lo trataba de hacer conforme lo decían unos libros que leía todo el día, y no según la experiencia de años.

Como hacía un calor sofocante, sin llamar á los criados, entre Escandón y el marqués sacaron casi la mitad de la mesa del comedor á un terrado, y colocaron las velas en unas guardabrisas, á donde no tardaron en acudir, atraídos por la luz, multitud de bellas de noche, de catarinas, de mosquitos microscópicos, de variedad de bichitos alados de todas formas y colores. Escandón y el marqués se divertían con tan infinita variedad de animalitos, y seguían la discusión, el primero defendiendo la práctica para el cultivo y manejo de la hacienda, y el segundo apoyándose en la autoridad de los cientos de autores que leía, cuando el silencio que reinaba, pues habían cesado los trabajos, fué turbado por el disparo de una arma de fuego, que se reprodujo en el eco de la bóveda de la poterna de ese extraño castillo.

—Nos asaltan,—dijo el marqués poniéndose pálido.— Ya me habían dicho que un día ú otro tendríamos que sostener una verdadera batalla, y vea usted la razón por-

que con motivo de reparar una fábrica de aguardiente que se caía he construído un castillo. No tenga usted cuidado, nos defenderemos, y no entrarán. Voy á buscar mis armas y á reunir á la gente.

—No, nada de eso, marqués,—le contestó Escandón con mucha serenidad.—Observe usted por alguna parte. Si en efecto es gente que trate de entrar ó algún viajero que ha disparado su arma de intento para llamar la atención, y que se le dé hospedaje.

—Podrá muy bien ser eso, voy á ver;—le respondió el marqués, y en efecto subió á la azotea, donde había un lavadero con un cobertizo, y desde allí se descubrían no sólo las oficinas y patios de la hacienda, sino el campo á una gran distancia. El marqués registró cuidadosamente con la vista y no tardó en descubrir con la claridad de las estrellas á los asaltantes al pié de la muralla. Descendió precipitadamente y dió parte á Escandón.—Son muchos hombres, á caballo quizá doscientos.

—¿Entonces es una tropa del gobierno tal vez?

—No lo creo,—dijo el marqués.

—Pues sea quien se fuere, lo mejor es hablarles por la reja y abrirles la puerta.

Escandón, que no era espadachín, que en su vida había tenido una pistola en la mano, y que hasta hacía gala de ser tímido, tenía, sin embargo, rasgos de verdadero valiente, como lo hemos visto en el asalto de la diligencia, y sobre todo, era tal su manía de hacer negocios, que su amor propio quedaba satisfecho con hacer negocio con un ladrón y figurarse que no obstante ser robado había ganado alguna cantidad.

—Ni por pienso, D. Manuel,—dijo el marqués cuando Escandón insistió en que se abriese de par en par la



reja y la segunda puerta;—nos van á asesinar, y yo moriré, pero moriré matando.

—No se haga usted ilusiones, marqués. Si efectivamente es una banda de ladrones y entran en la hacienda, los operarios tendrán más simpatías por ellos que por nosotros y lo dejarán á usted solo en la pelea, y en ese caso puede contarse como muerto. Abramos.

El marqués que no abriría, Escandón que sí, y en esta discusión estaban, cuando un hombre alto, bien proporcionado y bien vestido de oscuro, con una fisonomía varonil é imponente, se presentó ante ellos con una pistola amartillada en cada mano.

—Al menor movimiento disparo y son muertos sin remedio,—les dijo con una voz firme y resuelta, y en esto y en sus ojos conocieron que no decía mentira, y que no tenía más que apoyar el dedo en el gatillo y en un segundo pasaban de Atlihuayan á tierras más calientes quizá, pues de seguro Escandón y el marqués estaban en pecado mortal.

Al marqués le temblaba la barba de cólera, debajo de espeso bigote entrecano. Escandón se había quedado mordiéndose las uñas, como lo tenía de costumbre desde el momento que trataba un negocio grave, y D. Pedro Cataño, con el cañón de sus pistolas dirigido al pecho de sus víctimas, estaba también inmóvil como una estatua. Esta situación no podía durar muchos minutos. Escandón fué el primero que rompió el silencio, y aunque con las quijadas un poco caídas, pudo decir:

—No hay necesidad, coronel;—Escandón, que pensaba en todo, no quiso decirle capitán, porque ese título aplicado al jefe de una banda de ladrones habría podido parecerle ofensivo y juzgó que el título de coronel era

mucho más adecuado.—Coronel,—repitió acentuando la palabra,—no hay necesidad de armas, estamos desarmados y muy ajenos de oponer resistencia alguna, tome usted asiento y hablaremos.

—¿Tengo el honor,—dijo D. Pedro Cataño,—de hablar con el Sr. D. Manuel Escandón, dueño de Atlihuahayan?—Y al mismo tiempo colocó las pistolas en el cinto y tomó asiento sin ceremonia y como si estuviese en su propia casa. Escandón inclinó la cabeza y se sentó maquinalmente; el marqués siguió también el movimiento.

—No hace muchos días, quizá ni un mes, que he almorzado en este mismo comedor y en esta misma mesa con el Sr. marqués de Radepont á quien entregué una carta de recomendación.

El marqués, sorprendido, atarantado y presa de mil encontrados sentimientos, no se había fijado en el personaje que tan repentinamente se había presentado, pero la indicación de D. Pedro Cataño lo hizo volver en sí.

—Querido amigo,—le dijo tendiéndole la mano,—¿por qué no apretar el botón que está en la reja de la puerta? habría sonado la campana y habría usted entrado á cenar con los amigos que trae. Es hora todavía y algo ha de haber en las cocinas.

—Precisamente eso dije á los muchachos hace poco rato en la cumbre del cerro. Les prometí que cenaríamos bien, pues estamos como, quien dice, en ayunas, y veo que por la finura y galantería francesa les puedo cumplir mi palabra. Tendría usted la bondad de mandar abrir la puerta y que entren y acomoden sus caballos.

El marqués no esperó que su *cher ami* se lo dijese dos veces. El mismo bajó, abrió la puerta de la reja, cuya llave tenía, y los muchachos de D. Pedro entraron, y bien

aleccionados como estaban, se repartieron en las entradas y patios, listos para la defensa por si los operarios ó amos intentaban la defensa. Dijeron al marqués que cuando bajase su capitán se sujetarían á sus órdenes. Los mozos subieron á refrescar la mesa del comedor, y el cocinero francés del marqués se dispuso á cubrirla de nuevo de buenos platos y de frutas, calabaza en tacha y otros dulces exquisitos.

D. Manuel Escandón no volvía en sí de la sorpresa. Llegó á pensar, pero lo desechó como mal pensamiento, que el marqués era cómplice del capitán de la cuadrilla, ó entre los dos habían fraguado una farsa para sacarle dinero.

D. Pedro Cataño descendió á dar sus órdenes. Dejó montados y armados guardando la puerta que quedó abierta á diez hombres, con orden de no dejar entrar ni salir á nadie, á los demás les permitió que dieran un pienso á sus caballos sin quitarles la silla, y les añadió que cuando acabara él de cenar con los amos, ellos cenarían en el mismo comedor, y que lo podrían hacer despacio y con tranquilidad, pues él los cuidaría.

El marqués observaba azorado todas estas disposiciones dictadas con tanto aplomo y seguridad como si fuese el dueño de la hacienda.

Cuando esto se terminó, el marqués y D. Pedro Cataño volvieron al comedor donde había permanecido Escandón pensando cómo acabaría este lance, y qué partido podría sacar de su mala ventura. La cena estaba servida y Escandón y el marqués, que estaban ya muy tranquilos, no dejaron de picar algunos platos y beber unas copitas de vinos viejos y brindar por la salud de su extraño convidado.

—Vea usted,—le dijo D. Pedro Cataño al marqués,— como á veces las mayores precauciones son inútiles. ¿De qué le ha servido á usted este castillo feudal y las gruesas barras de fierro de la reja? La verdad, no toqué la campana porque el día que estuve aquí de visita no ví el botón de la reja ni aun la campana que está en la segunda entrada, y si lo hubiese sabido, quizá en la hora que era me habría convenido entrar por otra parte.

—Es admirable, coronel, lo que usted ha hecho,—le dijo Escandón,—si no es indiscreción, ¿nos podría decir cómo entró y pudo aparecérsenos repentinamente?

—De una manera la más sencilla. Arrimamos un caballo muy manso á la muralla, uno de los muchachos se paró sobre él como un cirquero, otro pretendió subirse en los hombros del que estaba en pié sobre la silla del caballo para alcanzar la muralla, pero salió mal la suerte y los dos vinieron abajo, ninguno se lastimó pero se salió de la pistola un tiro, que ustedes han debido escuchar. Ya no había remedio, estábamos descubiertos y era necesario no perder tiempo. Repetimos el ensayo y yo quise entrar el primero á la hacienda, era mi deber, alcancé una almena la lacé con una reata y me descolgué al otro lado. La luz me guió, tomé la escalera, y sin encontrar á nadie, llegué hasta donde estaban ustedes muy tranquilos pensando en la inmortalidad del cangrejo. Ahora somos ya amigos ó por lo menos conocidos, y ya se puede decir todo; y á propósito y para que sigamos en buenos términos: exijo el más completo secreto, no hay que decir ni una palabra de esto en México, como si nada hubiera pasado, no hay tampoco que dejar salir fuera de la puerta de fierro á ninguna persona, al menos por cuatro ó cinco días. No olvidar que la vida va de

por medio, y que si alguna denuncia se hace á la autoridad, usted D. Manuel y usted marqués, un día ú otro y con mucho sentimiento mío, serán cosidos á puñaladas. Los operarios estarán advertidos en el curso de la noche por mis soldados, y pues han manifestado simpatías por nosotros, poco hay que temer de ellos. Arreglado esto nada tienen ustedes que temer y continuemos platicando como buenos amigos. Me han recibido como caballeros y como hombres de mundo, y de la misma manera me portaré.

Para inspirarles más confianza, D. Pedro Cataño se quitó sus dos pistolas del cinto y las puso sobre la mesa.

Siguieron en plática hasta muy entrada la noche, y tanto Escandón como el marqués quedaron muy prendados de las maneras del capitán ó coronel, como le llamaban, y de lo variado y florido de su conversación. Les contó sus viajes en la provincia de Tejas y á Nueva Orleans, donde había ido por tierra; sus campañas con los indios comanches, la vida patriarcal de los habitantes del extenso territorio que los españoles llamaban provincias internas, las aventuras de su juventud que más de una vez pusieron en riesgo su vida; pero por más que Escandón hizo, no pudo descubrir por qué con tan buenos elementos de educación, con tan robusta salud y con tan notable valor había adoptado una carrera tan peligrosa, en vez de buscar una colocación honrosa y productiva. Se avanzó hasta á ofrecerle un destino en las minas ó en alguno de los establecimientos agrícolas ó industriales de que era dueño.

D. Pedro, por toda respuesta, le dijo:

—Es el destino el que me guía; hace tiempo que no tengo voluntad propia, no puedo disponer de mí. En

cuanto á dinero nunca me ha faltado, y ¿para qué lo quiero?

Cataño, á quien la benevolencia de Escandón había despertado los recuerdos de amor, sacó de la bolsa un puño de oro, lo tiró sobre la mesa, y casi enternecido, repitió:

—¡Para qué lo quiero, para qué me sirve!... ¡sin ella!  
—añadió en voz baja, y limpiándose con su pañuelo el sudor de la frente, más bien la humedad de sus ojos, se levantó y salió al terrado, donde se paseó agitado por más de un cuarto de hora.

Cualquier cosa habrían dado Escandón y el marqués por satisfacer su curiosidad y saber quién era este raro y misterioso personaje, pero tuvieron miedo de insistir y cuando regresó del terrado lo invitaron á descansar y lo condujeron á una recámara, mientras los muchachos ocuparon el comedor que ya comenzaba el cocinero á surtir de nuevo de manjares.

¡Dormir!... ¡quién había de dormir en esa noche que se pasó en fumar y en tomar el fresco por los patios! Fue á la madrugada cuando D. Pedro Cataño, después de dar ciertas y terminantes disposiciones, sacó un catre de lona, y se recostó y durmió profundamente un par de horas. Escandón y el marqués se retiraron á sus habitaciones, pero ni se desnudaron ni pudieron pegar los ojos.

Todo el resto del día estuvo D. Pedro Cataño y su gente en Atlihuayan, y cuando cerró bien la noche se pusieron en camino.

—Estoy seguro—le dijo Cataño á Escandón al despedirse,—que no seré tan bien recibido como aquí en la hacienda donde pienso pasar la noche; pero ya veremos, de la misma manera me portaré yo.

Escandón dió la mano á Cataño y le deslizó un pape-lito. Cataño lo abrió y lo leyó. Era un vale de tres mil pesos al portador.

Cataño se quedó mirando fijamente á Escandón, y le preguntó:

—¿Se puede cobrar?

Escandón, con otra mirada, contestó cuanto le quería preguntar Cataño, y le dijo con naturalidad y sencillez:

—No lo habría dado.

Cataño guardó su papel, dió las gracias con los ojos á Escandón, prendió las espuelas á su caballo y á poco se perdió entre la bruma de la calurosa noche.

—Hemos hecho un magnífico negocio,—le dijo Escandón al marqués al entrar y cerrar tras sí la gruesa reja de la puerta gótica.

El marqués se detuvo y se lo quedó mirando.

—Sí, señor, muy buen negocio. Este coronel ó este capitán podría muy bien habernos matado... matado no, porque no es ese su negocio, pero sí exigido lo menos diez mil pesos... Se ha contentado con tres... hemos ganado siete.





## CAPÍTULO XLV

### Asalto de la hacienda del Hospital

**D**E la hacienda de Atlihuayan se dirigió D. Pedro Cataño, á la cabeza de su gente, á la del Hospital. No era tan fácil la empresa, pero precisamente buscaba la ocasión de imponer su voluntad al país con una hazaña que hiciera ruido en la capital misma, y que llegara, por consiguiente, al conocimiento del Gobierno. Relumbrón quería el robo y el dinero. Cataño la lucha para morir en ella ó siquiera entretener su imaginación, y desterrar con fuertes é inmediatas sensaciones las lentas, pero punzantes penas que destrozaban su corazón. Su padre y Mariana eran los ídolos de este hombre fuerte y fiero. ¡Qué lejos estaba de ellos! ¡Qué esperanza tan remota de juntarse algún día en paz y en familia!

La hacienda del Hospital no presentaba á la vista el aspecto imponente de un viejo castillo de los tiempos de Guillermo el Conquistador, sino al contrario, una extensa edificación española, que alzaba del suelo apenas

unas seis ú ocho varas, pero muy completa en sus oficinas, muy cómoda y amplia en las habitaciones, y sobre todo de una solidez á prueba de bomba y positivamente habría resistido más un bombardeo que el castillo feudal construído por el marqués de Radepont. Además la finca no pertenecía á personas tan pacíficas como Escandón y el marqués, sino, por el contrario, á hombres belicosos que no se dejaban de nadie y á los cuales era necesario tratar con todo miramiento. Mientras en épocas de turbaciones políticas, que aprovecha siempre el bandidaje para hacer de las suyas, la mayor parte de las fincas de la tierra caliente habían padecido más ó menos, el Hospital había salido hasta ganando, pues su azúcar y su aguardiente se habían vendido á mejor precio, porque la carga de los Peñas nunca era detenida ni robada en el camino.

Los Peñas eran dueños de la hacienda del Hospital. Los Peñas eran todo lo que había que ser en México. Peña hermanos era la razón social de la casa, pero uno de los hermanos era licenciado; el otro propietario, casado con una rica y noble señora; otro corredor de esos que son solicitados para los grandes negocios en Palacio; el mayor, general instruído y valiente, y que hacía de jefe de la familia á quien los hermanos respetaban. Finos y sociables todos ellos, con maneras distinguidas como educados en Madrid, en París y en Londres, tenían las mejores relaciones con las principales familias de la ciudad. Relumbrón se jactaba mucho de ser amigo de los Peñas, y cuando se encontraba con algunos de ellos en una reunión en el campo, donde se jugaba tresillo ó al-bures, no se cansaba de ofrecerles dinero. Eran, en una palabra, los Peñas, hombres activos, que trabajaban en

cuidar sus intereses, se pasaban una vida regalada, y pasaban por ser atrevidos y calaveras. Relumbrón quería parecerse á ellos y los quería imitar sin llegarlo á conseguir.

D. Pedro Cataño calculó bien su camino, fué á ses-tear al frondoso bosque de Casasano, y cuando lo consideró conveniente volvió á ponerse en camino para caer á la hacienda del Hospital á eso de las diez de la noche. La casa y oficinas tenían una cerca de más de media vara de espesa de poca altura, y más fácil de escalar que la muralla de Atlihuayan; pero D. Pedro sabía que por las noches, una patrulla de seis ú ocho veladores armados de buenos fusiles, recorrían los patios y las cercas y aun á veces abrían la sólida puerta de madera y acechaban por el campo. Además, tres ó cuatro de los hermanos Peñas vivían en la hacienda en la época de la zafra, tenían excelentes armas francesas, y eran hombres que no se dejaban intimidar. Era necesario un asalto, y D. Pedro venía decidido á intentarlo, y tenía el secreto para triunfar, aunque exponiendo su vida y la de sus muchachos. En la visita previa de inspección que hizo á la tierra caliente, había notado que por la parte del jardín, un pedazo de la cerca estaba cayendo, y que entre tanto se componía, se habían colocado unas piedras redondas para impedir provisionalmente el paso de animales. Si, pues, la cerca no estaba reparada y los vigilantes andaban por otro lado, por allí haría la entrada. Reconoció con mucho cuidado, y encontró en efecto la cerca en el mismo estado de deterioro. Quitando las piedras redondas, lo cual era muy fácil, se podía penetrar á caballo por entre las flores olorosas y magnolias del jardín hasta el patio principal de la ha-

cienda. Más tardó en pensarlo, que en hacerlo. Después ordenó que seis de sus muchachos llamasen la atención por el frente, disparando sus armas y armando ruido, vocerío y gritos como si fuese mucha gente. Los veladores ocurrieron al ruido, dispararon también sus armas, y amos, operarios y criados, acudieron á la defensa al lugar del peligro. Eso precisamente quería D. Pedro Cataño, y así que consideró que estaban muy empeñados en rechazar el asalto del frente, penetró por la espalda del edificio, y hollando rosas y destrozando claveles, atravesó el jardín, y él y sus muchachos, con espada en mano, hicieron una repentina irrupción en el patio principal, arrojando y dando tajos y reveses á los grupos de gentes sorprendidas, que no trataron de defenderse sino de guarecerse en los almacenes, en el cuarto de raya, en la casa de calderas y donde podían. En medio de los gritos, de los balazos y de la confusión, los hermanos Peñas pudieron subir á la habitación, cerraron las puertas y resolvieron defenderse como Carlos XII de Suecia hasta con las cazuelas de la cocina. Verdad es que tenían buenas escopetas y pistolas de dos tiros, y algunos fúsiles de munición, pero no estaban cargados, ni nadie dispuesto para resistir en la misma casa un asalto que no esperaban; así, mientras buscaron el parque, y cargaban las armas, y disputaban entre sí la manera de defenderse, cerrando uno las puertas y abriéndolas otro, D. Pedro Cataño en su arrogante caballo se colocó en el centro del patio y gritó con todas sus fuerzas:

—¡A nadie se le tocará el pelo de la ropa, si no hay resistencia! ¡Viva México!- ¡Vivan los operarios de tierra caliente! ¡Viva la hacienda del Hospital! ¡Vivan los hermanos Peñas! ¡Todo el mundo quieto!

Acabando para las circunstancias su inesperada proclama, se apeó del caballo, colocó centinelas con pistola en mano en la casa de calderas, en los almacenes y en las demás partes donde se habían refugiado, y subió precipitadamente á la habitación á donde había visto entrar á los dueños de la finca.

D. Pedro Cataño obró en ese acto como un gran político. En ese momento había dentro de la hacienda del Hospital entre mozos, dependientes y operarios cosa de cien hombres, que no tenían más que ir al almacén y armarse de machetes, de coas y de barretas, que, al revés de lo que pasaba en otras haciendas donde detestaban á los administradores españoles por su carácter duro y despótico, los Peñas eran populares y queridos. Pasada la sorpresa bastaría una señal de los amos para que una turba cayera sobre los muchachos, y por mucho que se defendiesen serían hechos picadillo con los machetes. ¿Reunir su gente, y fugarse, por donde había venido después de haber tomado la plaza? ¡Imposible! eso no entraba en su plan. Primero muerto que derrotado, tanto más que necesitaba del ruido de una victoria para dominar la tierra caliente. Además Relumbrón le había encargado expresamente que no hiciese daño á los Peñas, y él mismo, aunque no los conocía personalmente, quería aprovechar una ocasión para hacerse amigo de ellos. Estas consideraciones le sugirieron la proclama, que surtió el mejor efecto.

No se necesitó que tocase la puerta, los Peñas le abrieron y se le presentaron desarmados.

—Grité tan recio como pude, — les dijo D. Pedro Cataño, — para que todo volviese al orden después de mi brusca entrada, y me alegro que me hayan escuchado

desde el balcón, y la prueba de la confianza que tienen en mis palabras es que ustedes, que son hombres decididos y que lucharían hasta morir por la defensa de sus intereses, me reciben desarmados. Haré yo lo mismo; aquí tienen mis pistolas, me molestan mucho y les suplico que me las guarden.

D. Pedro se quitó las pistolas y se las entregó á uno de los hermanos, que las recibió maquinalmente, pues aun no salían de la sorpresa que les habían causado tanto la súbita aparición, como el singular comportamiento del jefe de la banda, que se había posesionado de la hacienda.

—Suplico á uno de los Sres. Peñas, con quienes supongo hablo, que dé sus órdenes para que continúen los trabajos de la finca y cada uno vuelva á sus ocupaciones ó al descanso. Le ruego también que disponga que se les dé un pienso á los caballos de mis muchachos, y como sé que en estas haciendas hay víveres de sobra para un regimiento, nos bastarían unas tortas de pan, un trozo de queso y unos tragos del Holanda que produce la fábrica.

En esto fuéronse entrando á la sala, y los Peñas, hombres de imaginación y afectos á aventuras, cada vez estaban más asombrados de lo que veían, y simpatizando con su aparecido huesped, lo hicieron sentar, devolviéndole sus pistolas y colmándolo de francas atenciones.

La hacienda, en efecto, entró en quietud; cada cual siguió en sus tareas, y los muchachos de Cataño desensillaron (con su permiso) los caballos, los colocaron en las cuadras y se diseminaron por la hacienda. Como del asalto, balazos, ruido, vocerío, no resultaron sino tres ó cuatro contusos, sin gravedad, pronto fraternizaron

en los patios y oficinas, asaltados y asaltantes, amos, criados y operarios. La época de la zafra es un continuado festín en las haciendas de tierra caliente, y la del Hospital se distinguía entre todas por lo alegre y bullicioso de sus dueños. Siempre tenían algunos amigos, comían como príncipes, cenaban tarde y permanecían en la mesa entre conversación, chanzas y bromas, hasta horas avanzadas. En esa noche estaban de visita Ambrosio Uscola y Pepe Escubi, pero con el pretexto de que estaban cansados y dormían, permanecieron en sus recámaras sin asomar las narices durante la refriega, hasta que los Peñas, con grandes risotadas, los fueron á buscar, presentándoles al temible D. Pedro Cataño. En la mesa todo fué algazara, chanzas, alegría y pícaras conversaciones. Pocos momentos bastaron para que Cataño adquiriese la convicción de que los Peñas no lo habían de denunciar, y los Peñas la certeza de que Cataño ni su gente les habían de hacer daño; así, alegres, que no bebidos, fuéronse todos á la cama y durmieron con absoluta tranquilidad hasta las nueve de la mañana del día siguiente. Cataño mandó ensillar y se despedía sin hablar ni una sílaba de dinero. Los Peñas, más listos que Escandón, se anticiparon, lo llevaron al escritorio y abrieron la caja.

—Habra aquí tres ó cuatro mil pesos,—le dijeron,—puede usted disponer de ellos; pero la verdad es que nos harían mucha falta para la raya. En casa, en México, podemos disponer de lo que usted quiera.

Cataño había buscado en la hacienda del Hospital, un hecho de armas y el escándalo consiguiente, en cuanto á dinero le importaba poco, y no tenía mucho empeño en llenar la caja de Relumbrón, así es que les contestó:

—Quería hacer conocimiento con ustedes, pero como se hace entre calaveras. La primera vez que visité la hacienda, ninguno de ustedes estaba aquí; me recibió un dependiente, me trató muy bien y me enseñó cuanto había que ver, y lo que me pareció más interesante, fué la cerca arruinada del jardín por donde abrí un portillo y pude penetrar con mi caballería hasta el patio, mientras defendían ustedes la entrada que sale al camino.

—Fortuna, que no desgracia, ha sido para nosotros, pues en adelante no necesitará entrar por el portillo, sino por la puerta, y cuando vuelva, dé con el aldabón tres toques fuertes, se le abrirá y se le tratará como á cuerpo de rey. En la casa de México se come á la una en punto. El día que tenga humor de ir, tendrá su cubierto, somos hombres solos, y, como aquí, no hay ceremonia. ¿Pero irá usted?—añadió Peña con marcada intención.

—Lo prometo á fe de hombre,—le contestó Cataño, acentuando también las palabras; y esto diciendo, prendió las espuelas al arrogante caballo, que no se habían cansado de elogiar los propietarios de la hacienda del Hospital, y desapareció entre una nube de polvo seguido de sus treinta y dos muchachos.

Antes de emprenderse la expedición á la tierra caliente, Relumbrón y Cataño habían concertado un plan, que era el siguiente:

Tratar con muchas consideraciones á los propietarios si se encontraban en sus fincas. Hacerles entender que tenían que dar dinero, pero no exigírselo por la fuerza.

Adular y proteger á los trabajadores oprimidos por el despotismo de los administradores y por las *tiendas* que la mayor parte de las haciendas tenían, y donde se veían



forzados á comprar con pequeños pedacitos de papel ó monedas de cobre ó de hoja de lata, con un sello particular, la ropa y cuanto necesitaban, á doble ó triple precio del corriente, y el sábado entregarles como parte de su raya esta moneda fiduciaria.

Intimidar á las autoridades, amenazándolas con la muerte si denunciaban ó se atrevían á poner preso á cualquiera de los que componían la cuadrilla de los Dorados.

A tratar con el mayor rigor á los administradores gachupines, quitándoles sus buenos caballos y recogiendo cuanto dinero hubiese en los escritorios y cuartos de raya, y obligándolos á que soltaran cuanto tenían escondido, bajo la pena de que si no entregaban el dinero, matarían ó se llevarían los bueyes adiestrados para las delicadas labores de los campos de caña.

No maltratar gravemente ni menos matar á nadie, á no ser en legítima defensa.

Ahorcar ó fusilar en el acto á todo denunciante ó á cualquiera autoridad que intentara perseguir á cualquiera de los que militaban á las órdenes de Cataño.

Relumbrón conocía de vista ó era amigo de la mayor parte de los propietarios, é impuso á Cataño del capital que tenían, de algunos rasgos notables de su carácter, de las épocas en que iban á sus fincas, de las precauciones con que caminaban y de su modo de vivir en sus haciendas; en fin, de cuanto podía convenirle, y estas noticias las confirmó Cataño en la previa visita que hemos dicho hizo, y así se explicó su comportamiento en las haciendas de Atlihuayan y el Hospital.

Cataño, en los primeros años de su carrera militar en la frontera del Norte, trató de preferencia con familias

ó españolas, ó de origen español, pues sabido es que esa parte de la república se pobló con vizcaínos, asturianos y montañeses; así más bien que odiar, amaba á los españoles y hasta su pronunciación y acento parecía más bien de la Península que no de México; pero su situación personal y sus fatales relaciones con el conde del Sauz, le habían hecho cambiar sus afecciones en un odio profundo, que no tenía razón de ser; pero que existía en su corazón sin que él mismo lo pudiese remediar; así aceptó hasta con entusiasmo las proposiciones de Relumbrón para expedicionar por la tierra caliente, y se propuso, no asesinar, porque nunca el valiente es asesino, pero sí mortificar á los gachupines que habían realmente monopolizado las feraces y ricas regiones de Cuernavaca y de Cuautla.

En vez de encargarse el secreto en la hacienda del Hospital, salió de ella, como quien dice, á son de trompa y tambor, y no esperó la noche para caer sobre otras haciendas, sino, por el contrario, la clara luz del día.

La noticia del asalto y toma á viva fuerza de la hacienda del Hospital se esparció á los dos días con tanta velocidad en la comarca, como si hubiese en ese tiempo estado establecido el telégrafo eléctrico entre todos los pueblos y haciendas; pero, como sucede siempre, el suceso no se refería como pasó, sino abultado enormemente. Se decía que había precedido á la toma de la hacienda un combate que duró desde las nueve de la noche hasta la cinco de la mañana, que el jefe de la casa de los Peñas había muerto acribillado á balazos, y que por no descomponer sus negocios se ocultaba el suceso, que otro de los Peñas estaba gravemente herido y que por último

la hacienda había sido saqueada, y entre unos y otros pasaban de sesenta los muertos y heridos.

Cataño recorrió rápidamente las haciendas y pueblos. Trataba á la vaqueta á los administradores, recogía cuanto dinero encontraba, los amenazaba con la muerte; al menor intento de resistencia, se apoderaba de los mejores caballos, se hacía servir para él y los treinta y dos muchachos los vinos y manjares más exquisitos, y cuando terminaba una expedición, en vez de huir, entraba como triunfador al pueblo más cercano; hacía comparecer al prefecto y á los alcaldes, les imponía sus órdenes y les notificaba que teniendo que residir por largo tiempo en la tierra caliente, exigía que lo protegieran ya junto con su fuerza, ó individualmente á cada muchacho, dándole asilo y ocultándolo, si tropas del gobierno lo perseguían, que la menor falta sería castigada con la pena de muerte. Del pueblo salía agasajado y festejado por la población en general, porque arengaba á la multitud, aseguraba que los iba á redimir del despotismo de los gachupines, y del dinero que recogía en las tiendas, en los municipios y en las haciendas, repartía una parte á los pobres. Fué tal el prestigio que adquirió la partida de los Dorados en tres semanas, que bastaba que uno solo de ellos entrase á un pueblo para que se abrieran todas las puertas para recibirlo. Los administradores y dependientes españoles, por su parte, presa de un pánico que no pudieron dominar, huyeron á México, dejando las fincas á poco más ó menos abandonadas, los arrieros rehusaban ir á cargar y los compradores del interior se retiraron. Una verdadera desolación en toda la tierra caliente.

Cuando ya no hubo dinero ni caballos que coger, don

Pedro Cataño se retiró en dispersión como había venido, y él y los treinta y dos fueron llegando á la hacienda de Arroyo Prieto con tres mulas tordillas, cargadas de dinero, y diez caballos de mano de los mejores que había en la tierra caliente.

Relumbrón fué á recibir á Cataño, lo felicitó, lo abrazó y le dijo cuanto podía lisonjear su amor propio; pero descargadas las tres malas tordillas, estuvieron muy lejos de parecerse á las cinco mulas campujas. Unos seis mil y pico de pesos en morralla lisa, mezclada con pedazos de cobre y de hoja de lata, sellados, con que los ricos explotaban á los peones y trabajadores. Verdad es que cada uno de los treinta y dos muchachos se había llenado las bolsas de dinero y recogido el poco oro que se encontraba en las cajas de los hacendados. Lo de más importancia era el vale de tres mil pesos de Escandón y el almuerzo en la casa de los Peñas.

—¿Pero cómo cobrar este vale, — preguntó Relumbrón,—sin peligro de caer en una celada?

—¿Ha pensado usted, ni por un momento, que Escandón sea un denunciante? poco le conoce entonces. Yo cobraré personalmente el vale, é iré á almorzar con los Peñas.

Relumbrón miró á Cataño con un aire de admiración y de duda.

—No haya cuidado, coronel,—le dijo;—si algún día caigo en manos de la justicia, primero me desollarían vivo que nombrar á ninguno de mis cómplices. Yo no tengo más cómplice que mis desgracias. Por no poderme matar y pasar el tiempo, hago esto.

Relumbrón fué á hacer una visita al Molino, y D. Pedro Cataño cambió de vestido y de caballo y se dirigió á

la hacienda Grande á visitar á su amigo Pepe Cervantes, que lo menos que pensaba era tener en su mesa al temible jefe de los Dorados. Después de tres días de pasearse en Texcoco, en Chalco y en Tepetlaxtoc, pasó á México á alojarse en la casa de Merced de las Huertas, cambió su traje de campo por el de ciudad, que sabía llevar como un verdadero caballero, que en elegancia y buenas maneras habría podido rivalizar con el marqués de Valle Alegre. Cobró personalmente el vale en casa de Escandón, llevó el dinero en un coche al compadre platero, el que en el mismo carruaje lo condujo al monte-pío, donde ya estaban acostumbrados á que Santitos llevara y sacara dinero.

Cataño al día siguiente se presentó en la casa de los Peñas á la una en punto de la tarde. Encontró su cubierto puesto, pues desde el día que se lo prometieron se ponía un cubierto y un asiento en la mesa que quedaba vacío, hasta que llegase el día de ser ocupado.

No se asombraron los Peñas de que D. Pedro Cataño se presentase, pues bastó el poco tiempo que pasó en la hacienda para que conociesen su carácter. Nunca lo pudieron considerar como un bandido común ni como un vil asesino, sino como un personaje misterioso que por extrañas aventuras había adoptado una manera de vivir que no era conforme con su nacimiento y educación. El almuerzo fué alegre y expansivo, pero por más que circuló el Champaña y por más hábiles conversaciones, no pudieron adivinar, ni de lejos, el verdadero misterio de la vida de este capitán de bandidos. Los Peñas, como Escandón, le decían coronel, y lo que más llegaron á penetrar fué que en alguna época de su vida había sido militar.

Cuando se despidió, ya muy entrada la tarde, el jefe de la casa sacó de la bolsa una cajita de oro con rapé y le ofreció. Después un cartucho con onzas de oro y se lo deslizó en la mano. D. Pedro se lo devolvió.

—No, gracias, soy rico, no necesito dinero; aceptaré la caja de polvos.

---

Desde que se supo en México el asalto de la hacienda del Hospital con las consiguientes exageraciones, los hacendados se llenaron de inquietud, pero cada uno esperaba recibir noticias de su administrador para resolver alguna cosa. Lo que más les llamaba la atención era que Escandón, que había regresado, no dijese una palabra. Fué una comisión á preguntarle y respondió con la mayor indiferencia:

—Nada sé, ni nada ha pasado en Atlihuayan mientras yo he estado allí. Escribiré al marqués, y si algo grave hubiese se los comunicaré.

En la casa de los Peñas, el mismo silencio. Habían mandado un mozo, con carta para su casa, diciendo que ninguna novedad había. ¿Entonces, la aparición en la tierra caliente de una banda que ya la llamaban de los dorados, era una fábula, y la toma á viva fuerza de la hacienda del Hospital una mera fantasía? Los Garcías eran los más curiosos de saber la verdad y los más interesados, pues tenían en su hacienda de Santa Clara mucho dinero, importe de las ventas de azúcar que habían hecho allí, pero tampoco tenían ni la menor noticia. La precipitada fuga de los administradores, su llegada, todavía azorados, á México, el abandono de las fincas y la retirada de los arrieros, pusieron al fin á los hacen-

dados al tanto de su lamentable situación. Entonces la aristocracia azucarera salió de su habitual apatía y se reunieron en junta.

Graves, serios, desdeñosos, criticando, aunque con cierta reserva, al país y al gobierno, á quien veían con el más profundo desdén y consideraban como una calamidad, perdieron el tiempo, y no fué sino á la cuarta ó quinta sesión cuando acordaron nombrar una comisión que se acercase al Presidente para manifestarle que, si no se tomaban providencias urgentes, la ruina de la tierra caliente era segura y se perdían millones y millones. Se alargaron hasta hacer un supremo esfuerzo y ofrecerle al gobierno quince ó veinte mil pesos que se les pagarían (casi en el acto) con los derechos que vencieran en la aduana el azúcar y el aguardiente.

El gobierno, por su parte, nada sabía de oficio, y entre tanto pasó el tiempo y D. Pedro Cataño tuvo, como se ha visto, tiempo sobrado para hacer su expedición con toda felicidad, regresar á la hacienda de Relumbrón, que era el cuartel general, venir á México, hacer sus visitas, cobrar el vale y dispersar sus muchachos, que con otros trajes y otros sombreros se entregaron al paseo y á la diversión, con el dinero que tenían, residiendo, ya en Puebla, ya en México, en el antiguo mesón de San Justo, donde tenían comida y caballo mantenido.

El gobierno, como bueno, cumplió su palabra, aprovechando la ocasión de complacer á los *ricos homes*, creyendo ganar así partidarios y amigos, y sin aceptar sus ofrecimientos de dinero dispuso que en el acto (cuando ya no existía ni un solo dorado en tierra caliente), marchara una fuerza de caballería á la cabeza de un jefe intrépido que persiguiese sin tregua ni descanso á los ban-

didos y los aprendiese para que recibiesen el condigno castigo conforme á las leyes.

Ese jefe intrépido no fué otro que el famoso Evaristo, y por otro nombre D. Pedro Sánchez, capitán de rurales (ya con grado de teniente coronel).

Relumbrón no se había descuidado, y como él mismo recibió á la respetabilísima y poderosa comisión de hacendados y la introdujo al salón del Presidente y escuchó cuanto pasó; apenas salió cuando fué á indicar al ministerio de la Guerra, que nadie era más á propósito que D. Pedro Sánchez para tan importante expedición. En consecuencia, se le ordenó que en el acto marchase con todas sus fuerzas á la tierra caliente, dejando á Hilario con unos cuantos hombres para que custodiase el camino de Río Frío.

Evaristo quiso lucirse y meter la mano hasta el codo, y reunió á todos los valentones de Tepetlaxtoc que se hallaban dispersos, buscando su vida aquí y allá con robos de poca importancia que no daban que decir, y formando una columna de caballería entró como un conquistador en la ciudad de Cuautla y sentó de pronto sus reales en el ingenio de San Carlos. Bien sabía él que no había enemigos con quienes combatir, pero en toda la tierra caliente no veían más que Dorados por todas partes. Prometió exterminarlos hasta no dejar ninguno, y saliendo de su cuartel general comenzó su expedición.

En menos de dos semanas recorrió la mayor parte de las haciendas y pueblos dizque buscando á los Dorados, pero Atila y su caballería no habría hecho tanto daño como los de Tepetlaxtoc. Cuando llegaba á una hacienda, aunque le ofrecían caballerizas y pasturas, decía que sus caballos necesitaban refrescarse y los echaba á los



campos de caña y de maíz, los valentones se exparcián por todas las oficinas registrándolo todo, cogiéndose lo que podían, pisando con sus zapatos sucios la azúcar en los asoleaderos, exigiendo que se echase á perder una caldera de miel para comerse una calabaza en tacha, llamando á los administradores y dependientes gachupines, collones y *huilas*, que no habían tenido valor para defenderse de cuatro borrachos, pues los tales Dorados, decía Evaristo (alias Pedro Sánchez), no eran más que cuatro borrachos cobardes, y con este motivo echaba bravatas y ternos, apuraba copas de Holanda fino y amenazaba comerse á la tierra entera. De una hacienda pasaba á un pueblo, insultaba al alcalde y al Ayuntamiento, y á los vecinos que encontraba regularmente vestidos con buenos sombreros y con toquillas que tuviesen algo de plata ó de cobre, los consideraba como Dorados y se los llevaba presos. En la hacienda del Hospital se equivocó. Uno de los Peñas, el más atrevido que había quedado allí, cuando vió el desorden de la tropa le marcó el alto al capitán de rurales.

—Con nosotros poco y bueno. Aquí se les dará lo que necesiten á usted y á sus soldados,—le dijo,—pero si se desmandan en lo más leve, le vuelo á usted la tapa de los sesos, pues si no nos hemos dejado de los Dorados, mucho menos de las tropas del gobierno.

Evaristo, que conoció que podía pasarla mal, se sumió, refrenó á los valentones y dió mil satisfacciones al propietario.


Por fin, cargando con ocho prisioneros, de los cuales calificó á cinco como Dorados y tres como cómplices, regresó á la capital á dar parte de que la tierra caliente disfrutaba de la más completa seguridad, que los Dora-

dos habían huído y que sólo había podido coger á ocho de los más terribles.

Cuando los hacendados tuvieron noticias exactas de lo que había pasado, á poco más ó menos, en todas las haciendas, y de la manera como se habían portado las tropas que habían ido á redimirlos, se volvieron á juntar de nuevo, disputaron entre sí acaloradamente, se expresaron (bajo de reserva) con mucha vehemencia en contra del gobierno y resolvieron nombrar una comisión para suplicar al Presidente que no los volviese á socorrer ni á mandar fuerza armada, y que preferían correr su suerte y entregarse en manos, no sólo de los Dorados, sino de los diablos mismos del infierno.

## CAPÍTULO XLVI

### Pasos en la azotea

UANDO regresó Evaristo y contó sus hazañas á Relumbrón, éste se frotó las manos y reía á carcajadas.

—¡Qué chasco! ¡Qué chasco para esos señorones que parece que no los merece la tierra! ¿Qué te ha dicho el gobierno?

—Aquí está un oficio muy satisfactorio,—le contestó Evaristo,—en que me da las gracias y me previene me vuelva á mi puesto, porque parece que la diligencia ha sido robada por el Pinal. Me voy en el acto á ver lo que pasa, y creo que será alguna fechoría de Hilario, que se va volviendo muy pícaro y muy voluntarioso.

Por una garita se fué el capitán de rurales á Río Frío, y por otra garita salió D. Pedro Cataño á su segunda expedición á la tierra caliente. Se proponía en esta vez pasar tres ó cuatro días en Atlhuayan con el marqués,

mientras iba llegando su gente al cerro y de allí caer á la hacienda de Santa Clara, donde había mucho dinero, recoger cuanta suma pudiese, y dar por lo menos una buena paliza á los Garcías, á quien odiaba de muerte, aunque no los conocía ni de vista.

Por este tiempo se descolgó en el antiguo mesón de San Justo, José Gordillo, el cochero del conde del Sauz.

Gordillo sabía cuanto había pasado en la hacienda, hasta la escena de las alhajas entre el marqués y Mariana, pues se la había referido una de las camaristas con quien tenía amores; no se le ocultaba la importancia del robo, pero estaba todavía muy lejos de creer que valían más de cien mil pesos, y cien mil pesos era una suma que no podía comprender; pero de todas maneras se las hubiera cogido y con su producto se hubiese marchado á Tejas ó á cualquiera otra parte sin hacer maldito el caso de sus compromisos con Evaristo y con Relumbrón, pero desde luego se le presentó una invencible dificultad. ¿Cómo realizar estas alhajas? En cualquier ciudad del interior que las intentase vender, llamaría la atención que un simple campesino vestido de gamuza amarilla fuese dueño de un tesoro semejante, sería, en consecuencia, perseguido y puesto en la cárcel, perdiendo, como se dice vulgarmente, hacha, calabaza y miel.

No hubo remedio, tuvo que resignarse, se relleno los bolsillos de perlas, de diamantes, de záfiro y de rubíes, y se encaminó á México á seguir bajo la férula de Relumbrón. Con unos saquitos de seda llenos de oro menudo que Mariana había puesto por distracción en la cajita de alhajas, le bastó, no sólo para el camino, sino que le quedó un buen sobrante.

Relumbrón quedó agradablemente sorprendido al ha-

cer su visita semanal al mesón para arreglar cuentas, de encontrarse con Gordillo, al que creía no ver en mucho tiempo.

Se encerraron en un cuarto, y de los bolsillos del cochero del conde pasaron las alhajas á los del coronel Relumbrón, y como era domingo, de allí se fué derecho á la casa de su compadre el platero á almorzar, y no pudiendo resistir, aun sin la precaución de cerrar la puerta, echó á granel sobre el blanco mantel la abundante pedrería. No hay necesidad de decir el apetito con que comieron los compadres los sabrosos guisados de Juliana, ni la alegría y buen humor con que platicaron hasta muy tarde.

Las alhajas eran magníficas, pero muy antiguas: contaban como ciento cincuenta años y habían ido pasando de generación en generación en la casa de los marqueses de Valle Alegre, aumentándose cada día hasta la época del malogrado casamiento. Santitos, desde que terminado el almuerzo se marchó su compadre, se encerró, encendió su soplete, sacó los instrumentos necesarios y se puso á desmontar, á clasificar las piedras y á envolverlas en sus papelitos blancos, como acostumbran los joyeros. Al día siguiente comenzó á trabajar para montarlas maravillosamente en anillos, collares, aretes, relicarios y demás primorosos dijes, que á medida que estaban concluídos los encerraba en estuches de terciopelo y seda que mandaba comprar en París, y que en el centro tenían un letrero dorado que decía:

*Santos. Platero. México. Calle de la Alcaicería*

Como se ve, los asuntos de Relumbrón caminaban viento en popa, y su grandioso plan estaba á poco más

ó menos desarrollado. D. Moisés, además de su parte de utilidades, se había asignado diez onzas diarias como director de las partidas, pero como los *puntos* eran de lo más rico de México, para todo había y presentaba un balance mensual con un saldo á favor de la compañía de tres á cinco mil pesos. La casa de moneda, dirigida con un cuidado extremo por el licenciado Chupita, que decía que era mejor, paso que dure, que no trote que canse, producía un mes con otro sus tres mil pesos líquidos, y los hábiles monederos iban á gran prisa haciendo sus economías para el caso de una desgracia. La hacienda, bajo la inteligente dirección de Juan, tenía unos frondosos sembrados de trigo, de cebada y de maíz, y no sólo daba para sus gastos, sino que siempre tenía Juan en el cuarto de raya dinero sobrante.

Las expediciones de D. Pedro Cataño más eran de ruido que de dinero; sin embargo, podía calcularse en seis ú ocho mil pesos cada mes entre *vales al portador* y *morralla* que se recogía en las tiendas y cuartos de raya.

A pesar de esto, la población de la capital no se resentía de una manera notable de esta agresiva organización. Los gachupines de las haciendas, con tal de que no volvieran las fuerzas del capitán de rurales, habían concluido por entenderse con los Dorados, y como su jefe, salvo la tentación que tenía de dar una paliza á los Garcías, era de lo mejor y no habían mediado ni asesinatos, ni incendios, se ordinariaron las cosas, al grado que don Pedro Cataño y sus treinta y dos muchachos habitaban en tierra caliente con tantas comodidades y seguridad como en su propia casa. Por miedo, por egoismo, por conveniencia propia, ningún vecino pensaba en denunciarlos ni en perseguirlos. Las personas á quienes trajo

presas el capitán de rurales, fueron puestas en libertad mediante los pasos y actividad de Lamparilla, y como el gobierno tenía tantas cosas más graves de que ocuparse, los negocios de la tierra caliente fueron mal que bien arreglándose solos y la azúcar y el aguardiente comenzaron á llegar y á venderse en la ciudad con la regularidad de costumbre.

Faltaba á Relumbrón, para complemento de su plan, darle la última mano al servicio de la ciudad.

El tuerto Cirilo y su pandilla estaban comiendo de balde, entreteniéndose en armar bola en las puertas de las iglesias, en pasearse y comer cacahuetses, naranjas y coco en las luces de Regina y de la Merced, aprovechando ellos y sus mujeres la ocasión de sacar algunos pañuelos y cortar las faldas de las *rotas* (1), por sólo hacerles daño. Tal situación no podía prolongarse y perjudicaba notablemente á Relumbrón, pues Lamparilla se ocupaba constantemente de sacar de la cárcel á mascareros y borrachines.

Cuando, como se dice en México, se sueltan los ladrones (como si alguna vez hubiesen estado amarrados), los robos se verifican de dos maneras: en las calles deteniendo á los transeuntes en alguna calle solitaria y exigiéndoles el dinero y el reloj, y por las azoteas. Este género de robo presenta un carácter de especialismo, que creo exclusivo de la capital de México.

La construcción de la ciudad parece que se presta á ello. Tiradas las calles á cordel de Sur á Norte y de Oriente á Poniente, está dividida por *manzanas*; cada manzana forma un espeso cuadrilongo de doscientas va-

---

(1) *Roto, Rota*; así llama la gente del pueblo bajo á los hombres y señoras bien vestidos.

ras de largo por ciento de ancho. En él están juntas, pegadas unas con otras, casas chicas, medianas y grandes, ó *solas*, es decir, de una habitación, y todas tapadas con techos enladrillados de más de media vara de espesor. Cada casa tiene, por lo menos, un corredor descubierto que da luz á un patio y á las piezas interiores, pero la mayor parte tienen corredor y azotehuela, es decir, un espacio de techo descubierto, lo que se concibe bien siendo la mayor parte de las casas de un piso bajo y de un segundo alto. La ciudad, es regular, hermosa y por lo general de elegantes construcciones; pero para los acostumbrados á vivir en Europa, donde hay casas hasta de siete pisos que se confunden con las nubes, la ciudad les parece un gran tablero, al que una raza de gigantes aplastó y niveló hasta el ras de la tierra. Estas azoteas, que no dejan de tener sus peligros para quien no las conoce, se comunican con razas excepciones, y son el amplio campo de maniobras para los ladrones.

Como Relumbrón iba precisamente á *soltar* á los ladrones, tenía á su disposición para emprender sus hazañas las muchas calles, plazas y callejones de la capital y sus espaciosos terrados.

Pero Relumbrón quería golpes seguros y de resultados positivos. Como su tertulia de los jueves era cada vez más concurrida y la asistencia constante del marqués de Valle Alegre le había traído una parte de la rica aristocracia, particularmente de caballeros, ya sabía, con la manía de preguntar la hora que era, quiénes tenían relojes de doscientos pesos arriba; quiénes sortijas y botones de brillantes, y á poco más ó menos el dinero que acostumbraban llevar en la bolsa. En cuanto al interior de las familias, poseía pormenores tan curiosos y tan precisos



que hubiese podido escribir un *Diablo Cojuelo* más interesante que la insulsa novela que tan inmerecida fama ha dado á su autor.

Era ya tiempo y comenzó á obrar.

A las siete en punto de la mañana se presentaba doña Viviana la corredora en la tienda de la Gran Ciudad de Bilbao, y le leía, por ejemplo, el siguiente apunte á don Jesús el tinacalero:

«D. Sebastián Camacho. Relox de oro inglés con diamantes, cadena de oro con un botón ó corredera de záfiro. Se retira á las nueve de la noche á su casa, pasa por la plazuela de San Fernando. No carga armas y es tímido.»

«D. José Govantes. Botones de gruesos brillantes en la camisa. Mucho dinero en oro en la bolsa. Vive en la calle de Medinas, es muy gordo, muy viejo y muy cobarde. Con un grito se sume. Al entrar en la puerta de su casa se le pueden arrebatar los botones. Es tuerto.»

«El escribano Orihuela. Carga mucho dinero cuando se retira de su oficio. Por la calle de Santa Inés se le puede asaltar en una noche lluviosa, pues va envuelto en su capa y abrazándole por detrás no se moverá, pero será necesario taponarle la boca, pues dará de gritos al sereno. Cobardísimo.»

«Casa n.º 6 del Puente de Solano. Vive el capellán de la Santísima Virgen de la Soledad de Santa Cruz y tiene mucho dinero de las limosnas y las alhajas de nuestra madre y señora. Observar la casa y decir cómo se dará el golpe de seguro.»

«Casa n.º 5 de la calle de la Pila Seca. Un matrimonio muy rico. Viven solos con una criada, el portero es

borrachín. Observar la casa y preparar por el zaguán de la calle ó por la azotea un asalto.»

«El lunes próximo, 16 de Setiembre, armar mucha bola en la alameda cuando acabe el discurso del orador. Los regidores tienen buenos relojes y cadenas de oro. Aprovechar todo lo que se pueda.»

Por este estilo seguían las instrucciones de D.<sup>o</sup> Viviana, y una vez que acababa, rompía en pedacitos menudos el papel y se marchaba. D. Jesús el tinacalero, con su mala letra, pero muy buena memoria, escribía á su vez otro apunte que guardaba cuidadosamente en su bolsillo. En la noche, cuando iban entrando uno á uno el tuerto Cirilo y sus *conclapaches* (1), sentados en la trastienda al derredor de una mesa y tomando buenas copas de cuanta variedad de licores había en la tienda, recibían sus instrucciones, y D. Jesús á su vez hacía menudos pedazos su papel. Al día siguiente, bajo la dirección del tuerto Cirilo, que era el jefe, la cuadrilla de *trabajadores de la tierra* se ponía en movimiento. Cada semana, según las circunstancias, se modificaba ó variaba el plan de operaciones. En la tienda y bajo la responsabilidad de D. Jesús, se guardaban las prendas robadas para hacer la liquidación. Además del sueldo fijo de dos pesos diarios que tenían asignados los de la banda, se abonaban al tuerto Cirilo veinte pesos por cada reloj de oro; diez pesos por cada cadena ó bejuco de oro, como entonces se decía; dos pesos por cada reloj de plata; la mitad del dinero que se sacase del bolsillo de cada víctima, y desde un peso hasta veinte por cada anillo, según su valor y calidad. Los pañuelos, mascadas, guan-

---

(1) Compadres, amigos y cómplices.

tes, capas, sombreros, etc., quedaban á beneficio de la cuadrilla. El tuerto Cirilo, cada mes, hacía su liquidación y repartía por iguales partes el producto entre las mujeres y pillastres que le ayudaban. Todos estaban juramentados, y en caso de caer en la cárcel, negar, negar siempre negar, y asegurar, en caso de evidencia, que no había cómplice y que el acusado era el único responsable.

Surtió el plan más allá de lo que se esperaba. No había semana en que no se reuniesen dos ó tres relojes de oro y otras tantas cadenas, seis ú ocho de plata, anillos y lentes de oro, sin contar más de sesenta mascaradas y pañuelos sacados de los bolsillos en la solemnidad del 16 de Setiembre. A D. Sebastián Camacho, afortunado desde que nació, no lo pudieron pillar porque le ocurrió retirarse en coche para conservar su salud, pues era tiempo de aguas. A Govantes lograron arrancarle de su camisa un par de solitarios que seguramente valían cuatro mil pesos. Al escribano Orihuela le vaciaron los bolsillos y perdió más de trescientos pesos que sus clientes le habían pagado ese día; pero Góvantes, como era tesorero general é intendente de ejército y perdió en los estrujones el ojo de vidrio que tenía, le pareció que era ridículo que un personaje que tenía obligación de ser valiente se hubiese dejado robar impunemente en la puerta de su casa. El escribano Orihuela reflexionó que, aunque se descubriesen y se cogiesen á los ladrones, su dinero quedaba definitivamente perdido, tuvo á bien callarse y no contar la aventura más que á su mujer.

Lo que preocupaba más á Relumbrón, muy contento con la adquisición de los solitarios del intendente de ejército, era el capellán de la Soledad y D.<sup>a</sup> Dominga de

Arratia. Ella misma, que era parlanchina y le gustaba hacer alarde de sus riquezas, le había contado lo mucho que le producían sus haciendas y sus fincas, añadiéndole que, desconfiando de todo el mundo, aun del Montepío que podía quebrar algún día, ella misma guardaba su dinero, pero escondido de tal manera en su casa, que desafiaba á todos los ladrones de México á que lo encontraran. La dificultad era llegar á saber cuál era el escondrijo para no dar un golpe en vago. Relumbrón previno terminantemente á D.<sup>a</sup> Viviana se dedicase á esta averiguación y diese las instrucciones que fuesen del caso al tuerto Cirilo. La casualidad vino á ayudar al intento. D.<sup>a</sup> Viviana llenó su saco con una colección de alhajas preciosísimas; eran precisamente parte de las del marqués de Valle Alegre, transformadas por D. Santitos el platero, y se dirigió á casa de D.<sup>a</sup> Dominga de Arratia, que acababa de vender su cosecha y estaba del mejor humor. Dos verdaderas tarabillas, platicaron hasta que se quedaron sin saliva, y D.<sup>a</sup> Dominga concluyó por comprar á la corredora por valor de trescientos pesos que le pagó en el acto. Al despedirse ya en el portón, D.<sup>a</sup> Dominga le dijo:

—Me va usted á hacer un favor, D.<sup>a</sup> Viviana, y es buscarme una muchacha, pero fea, muy fea, porque la que tengo es muy visvirinda y bonitilla, y mi marido no me deja criada á vida. Lo creerá usted, mi cocinera va á cumplir los sesenta, y todavía mi marido, cada vez que puede, hace viajes á la cocina donde nada tienen que ver los hombres.

—Difícil es lo que usted quiere,—le contestó la corredora,—porque no hay feos quince años, y todas nuestras muchachas tienen mal que bien algo que guste á los

hombres, pero trataré de hacer su encargo, y si le consigo criada como usted la desea, se la mandaré con un recado.

La casualidad, como se ha dicho, hizo que á los dos días se presentara en el taller de vestuario una anciana acompañada de una muchacha que no tendría veinte años; se llamaba Inocencia.

Era baja de cuerpo, muy delgada, de tez morena oscura, ojos muy pequeñitos que parecían dos cuentas negras de azabache, una boca que era un verdadero agujero con delgados labios morados, la nariz muy pequeña, lo mismo que las orejas, era una miniatura, pero una miniatura extraña y de la más clásica fealdad. Venían á solicitar se les diese ropa de munición y traían un papel del cura del Sagrario en que decía:

«La portadora se llama Inocencia Cuervo, es muchacha honrada, confiesa y comulga cada ocho días, mantiene á una tía anciana y busca trabajo.»

D.<sup>a</sup> Viviana le dijo que por el momento no había ropa que dar á coser, pero que le proporcionaría colocación, y la despachó con el mismo papel del cura, á la casa de D.<sup>a</sup> Dominga.

En el momento que D.<sup>a</sup> Dominga la recibió, leyó el papel, alzó los ojos y examinó á Inocencia, la admitió y aumentó un peso al salario que acostumbraba dar á las recamareras y dijo:

—Si de esta se enamora mi marido, es que está dejado de la mano de Dios.

La visvirinda bonitilla fué despedida al día siguiente.

El domingo inmediato, la tía y la sobrina Inocencia fueron á dar las gracias á la corredora y le dijeron que estaban muy contentas. La tía tenía asegurado el pago

de un cuartito de á doce reales en la plazuela de Villamil y el bocadito, y la sobrina muy contenta del trato de la ama.

—Sólo el señor,—añadía Inocencia,—es un poco serio.

Bastaron cuatro semanas de conversación para que la corredora supiese cuanto interesaba á Relumbrón, y el asalto se dispuso.

El tuerto Cirilo había tomado en arrendamiento, ó mejor dicho, la *Palomita*, una muchacha alegre amiga de Pancha la ronca que formaba ya parte de la pandilla, una vivienda en una casa de vecindad en la calle de la cerca de Santo Domingo. Habían pagado tres meses adelantados y metido algunos muebles, y esto bastó á la casera. La vivienda tenía una azotehuela y con una escalera de mano, era fácil la subida á la azotea, y una vez en la azotea, el descender á la casa de D.<sup>a</sup> Dominga, era todavía más fácil, ya con una cuerda amarrada á una canal, ya con la misma escalera.

Como la casa de vecindad de la calle de la cerca de Santo Domingo era muy grande y habitaban en ella más de cien personas de la clase de artesanos y gente pobre, desde que se abría á las seis de la mañana la puerta, hasta las diez de la noche en que se cerraba, el entrar y salir de toda clase de personas, en trajes diferentes, según su condición, no tenía término; así, sin llamar la atención, pudieron entrar á la vivienda de la *Palomita* cinco de los más resueltos de la banda del tuerto Cirilo y él á la cabeza como jefe y director del asalto. Allí permanecieron en silencio hasta un poco después de las doce de la noche. Ya sabían que no había en la casa más que D.<sup>a</sup> Dominga, su marido, la cocinera vieja é Inocencia, que se recogían temprano y dormían profundamente

desde las siete de la noche hasta las siete de la mañana, hora en que tomaban su chocolate y su vaso de agua destilada que les servía Inocencia. En cuanto á la portera, porque no había portero, se encerraba á las diez en el cuarto bajo y dormía hasta las seis en que abría el zahuán. De dos escaleras de mano que llevó entre sus muebles la Palomita para poder subir á tender su ropa en la azotea, una la aplicaron á la pared y otra la subieron para servirse de ella. El material que llevaban para el ataque consistía en cuerdas gruesas y delgadas, pañuelos ordinarios de algodón, una colección de ganzúas, unas tenazas, cuatro ó seis mordazas y un par de puñales muy afilados cada persona.

D.<sup>a</sup> Dominga, como tenía de costumbre, se estuvo platicando hasta las nueve con las hermanas de D. Pedro Martín, á quienes visitaba frecuentemente cuando estaba en México, y su marido jugando su ajedrez en el café del Aguila de Oro. A las nueve y media se reunieron en su casa, cenaron su arroz de ollita, sus lomos de carnero asado y sus frijoles refritos, y á las once ya estaban los dos muy abrazados en la cama, donde no tardaron en dormirse profundamente. Cerca de la una de la mañana el marido se incorporó y despertó á su mujer.

—¡Dominga!—le dijo con las quijadas temblorosas.— ¡Pasos en la azotea!... ¡escucha!

—¡Quita allá y déjame dormir! siempre estás creyendo que anda gente, cuando son los gatos... ya sabes, es la época... y hacen un ruido como si los techos fuesen á caer.

Nada hay tan aterrador para las familias de México como los pasos en la azotea en el silencio profundo de la noche. A los pasos en la azotea sigue la efracción, el

robo y muchas veces la muerte. Yo recuerdo que cuando era niño no había semana en que no hubiese en la casa en que vivía, pasos en la azotea que nos dejaban á todos helados de terror. Muchos años después, á la segunda ocasión que hubo pasos en la azotea de la casa de la calle de Santa Clara que yo habitaba, apagué las luces, y cuando los ladrones amarraban un grueso cordel en la cabeza de la canal, les disparé un tremendo balazo con mi fusil de munición de guardia nacional, y no aparecieron más; pero hecha esta digresión volvamos á la casa de D.<sup>a</sup> Dominga.

Pasaron diez minutos. D.<sup>a</sup> Dominga se había incorporado, el marido casi estaba sin resuello.

Pasos compasados y solemnes como los del convidado de piedra se escucharon de nuevo.

—¡Sí, en efecto, son pasos en la azotea!—dijo D.<sup>a</sup> Dominga;—¿si nos querrán robar?

—¿Está cerrada la azotehuela?—preguntó el marido.

—¡Sí,—respondió ya muy asustada D.<sup>a</sup> Dominga;—pero se me olvidó poner la tranca!

—¡De seguro nos roban y nos matan esta noche, Dominga!

—¡Espera, escucha, hay ruido en la azotehuela! ¡Están forzando la puerta!

—¿Y el comedor está cerrado?

—¡Abierto, abierto!—respondió D.<sup>a</sup> Dominga.

—¡Santo Dios! ¡nos matan esta noche!

—¡Levántate!—le dijo temblando D.<sup>a</sup> Dominga,—abre el balcón y grita al sereno!

El cuitado marido hizo un esfuerzo, saltó de la cama al parecer con mucho ímpetu, pero en la mitad de la sala se le doblaron las rodillas y cayó sin poderse levantar.



D.<sup>a</sup> Dominga descendió á su vez de la cama, temblando, y á tientas trató de reunirse con su marido, pero tropezó con un mueble y cayó también, porque sus rodillas flojas no la podían sostener.

La vidriera se abrió con estrépito y el tuerto Cirilo, con un farolillo en una mano y un largo puñal en la otra, se introdujo en la recámara dirigiéndose á la cama que encontró vacía. Pensó naturalmente que los esposos, habiendo oído el ruido que hicieron al forzar la puerta de la azotehuela, habían acudido al balcón á pedir socorro y era necesario impedir esto. Registró con la dudosa y escasa luz de su farol la pieza y no encontró á nadie. Penetró resueltamente á la sala y tropezó con D.<sup>a</sup> Dominga, y á poca distancia con el marido. El miedo les dió fuerzas para arrodillarse ante el bandido sin poder articular palabra, pues el miedo que les aflojó las piernas les trabó las quijadas.

El tuerto Cirilo y dos más que lo seguían no estaban pintados con sebo negro, sino que tenían unas narices disformes de cartón con erizados bigotes de pelos de cochino que les daba un aspecto siniestro, que aumentó el pánico del infortunado matrimonio.

—¡Vaya, levántense y no sean collones! — les dijo el tuerto Cirilo,—nada se les hará si no arman escándalo y dan las llaves.

D.<sup>a</sup> Dominga, un poco animada con esta promesa, se puso en pié y al hacerlo pisó su camisa de dormir, rompióse la jarreta, y la ropa cayó al suelo dejando á la virtuosa señora en el traje primitivo de nuestra madre Eva, menos las hojas de higuera. El tuerto Cirilo alumbró y recorrió la luz por todo el cuerpo de D.<sup>a</sup> Dominga, y él y sus dos compañeros se recrearon un momento con

este espectáculo, pues es menester decir, en obsequio de D.<sup>o</sup> Dominga, que pudo más el pudor que el miedo, pues levantó su camisa, se cubrió y corrió á la recámara á refugiarse en su cama.

—Para lo vieja que es,—dijo el tuerto Cirilo,—no parece tan de lo peor, pero no venimos á eso, que bastante tenemos en nuestra casa. Adelante y á concluir pronto.

Fuéronse donde estaba el marido sin movimiento, lo levantaron en brazos, le llevaron á la cama, lo acostaron junto á su mujer y con los cordeles que ya llevaban preparados los amarraron uno contra el otro, de modo que no pudieran mover ni piés ni manos. Encendieron en seguida las velas de una pantalla, uno se quedó con puñal en mano vigilando al matrimonio, y el tuerto Cirilo, con su compañero, entraron con su farolillo en la mano á las demás piezas de la casa, que no eran muchas, y no encontraron nada de particular. Buscaban á las criadas que encontraron en la cocina.

Inocencia y la cocinera no sintieron los pasos en la azotea, pero despertaron al ruido que hicieron los ladrones al romper la cerradura de la puerta. Cuando entraron Cirilo y sus dos compañeros con la vacilante luz del farolillo vieron encima de ellas las caras con las disformes narices y los bigotes erizados, y prorrumpieron en estrepitosos gritos de horror.

—¡Misericordia! ¡misericordia! ¡no nos maten, señores ladrones; nosotras somos unas pobres criadas!... ¡piedad, por la Santísima Virgen de los Dolores!—y seguían gritando más fuerte cada vez que los ladrones las amagaban con los puñales.

No hubo medio de hacerlas callar, y era un peligro, pues podrían oirse los clamores en la vecindad. En me-

nos de cinco minutos las amarraron fuertemente, les rellenaron la boca con los trapos de la cocina les envolvieron la cabeza y cara con unos pañuelos ordinarios, y descendieron rápidamente la escalera por si acaso los gritos hubiesen despertado á la portera. Todo estaba oscuro, silencioso y tranquilo; la portera nada había escuchado y dormía. Uno de los ladrones, con puñal en mano, quedó de guardia en el patio, y los demás volvieron á subir.

—¡Vengan las llaves y señalen dónde está el dinero! —dijo el tuerto Cirilo al matrimonio que, temblando, esperaban de un momento á otro ser asesinados.

—¡Prometo darles cuanto tenemos, con tal de que no nos quiten la vida! Las llaves están debajo de la almohada y en la cómoda está el dinero y las alhajas.

El tuerto Cirilo, sin responder, metió bruscamente las manos debajo de la almohada, retiró un manojo de llaves pequeñas y se dirigió á una gran cómoda de caoba y no tardó en avenir una de ellas á los cajones y abrirlos.

Encontró en unos canastillos de chaquira algunas monedas de oro y algunos pesos y plata menuda, que eran destinados al gasto diario de la casa. En los otros cajones encontró rosarios de perlas y de corales, libros de misa, pañuelos y algunos otros objetos de poca importancia.

—¡No es eso, vieja maldita!—le gritó Cirilo,—y te voy á hundir este puñal y me das la llave que necesito!

—¡Ninguna otra llave tengo, lo juro, ni hay más dinero en la casa!—contestó D.<sup>a</sup> Dominga,—se los juro por los cinco señores...

—¡Por los cinco demonios que te van á llevar al infierno en este instante!—y el tuerto levantó el brazo armado de un puñal muy agudo de una tercia de largo.

D.<sup>a</sup> Dominga dió un grito como si hubiese recibido una puñalada, y dijo:

—¡Daré la llave, la daré, pero no me maten!

—¡Venga la llave, pronto; venga la llave y no hay que gritar!

El marido tenía las quijadas trabadas y no podía articular una palabra; pero el temblor de su cuerpo era tan fuerte que sacudía á su mujer, contra la cual estaba amarrado, y hacía rechinar la cama.

—¡Venga la llave!—gritó ya furioso el tuerto.

D.<sup>a</sup> Dominga se resistía, y con razón, y ya veremos por qué; pero ante el puñal, cuya punta le picaba la barriga, tuvo que ceder.

—¡En el seno de la dolorosa que está en la rinconera está una llave muy pequeña, esa es!

El tuerto Cirilo tomó una vela, abrió la puerta del nicho, rasgó la vestidura negra de una pequeña virgen y cayó una llavecita de plata. Sin decir ya una palabra se dirigió á la sala, y entre él y otro descolgaron un gran cuadro que contenía una imagen de la Virgen de Guadalupe. D.<sup>a</sup> Dominga, que desde la cama en que estaba amarrada veía esto, dió un grito ahogado y perdió el conocimiento.

El tuerto Cirilo, alumbrando bien la pared con la luz y pasando suavemente la mano por el tapiz de papel encontró al fin un pequeño agujero, metió la llave, le dió dos vueltas y se abrió una alacena tan perfectamente disimulada que de día claro no se hubiese podido reconocer. La alacena estaba llena de ropa blanca, de zapatos, de sombreros, de retazos de todos colores, y todo al parecer del uso diario de una casa. Cirilo sacó con impaciencia el contenido y regó la sala con todos los

trebejos, quedando vacía y limpia la alacena, y volvió á la sala.

—¡Vieja avarienta, nos ocultabas tu tesoro, y debes dar gracias á la Virgen de Guadalupe que no te matemos por embustera! Levanta y ven á abrir el secreto de esta trampa, que detrás deberá estar la morralla; ya verás lo que te pasa si no encontramos nada.

Cirilo desató á D.<sup>o</sup> Dominga, la tiró con fuerza de un brazo y la pobre mujer, en camisa, fué á enseñar el secreto, que por cierto no consistía más que en una corredera. La pequeña y fingida alacena salió con facilidad con sólo oprimir un botón, y se descubrió un agujero oscuro, Cirilo aplicó la vela; allí estaba el tesoro. Sacaron cinco talegas de pesos y se llenaron las bolsas, hasta no caberles más, de oro, en onzas, medjas onzas y escuditos. En cuanto á la plata, después de consultarse entre sí, en el idioma figurado con que se entienden los ladrones en todos los países, resolvieron dejarla y sólo tomaron unos puños de pesos para regalarlos á la Palomita. Volvieron á meter las talegas en el secreto, hicieron que D.<sup>o</sup> Dominga metiese la ropa, y lo que estaba esparcido en la sala, colgaron el cuadro de la Virgen de Guadalupe, se guardaron la llavecita de plata, volvieron á amarrar más fuertemente á D.<sup>o</sup> Dominga y al marido, apagaron las luces de la pantalla y se marcharon por donde habían venido, retirando su escalera.

Pasaron la noche en la vivienda de Palomita platicando, contando el dinero que habían robado, y acomodándolo en pedazos de trapo, pero con el mayor silencio, y á la mañana siguiente, cuando abrió la casera, y comenzaron á salir los artesanos á su trabajo y á entrar la *Cebera*, la *melcochera* la india de las venas de Chile,

los aguadores y los vendedores de tapabocas, fueron esquivándose los amigos de la Palomita uno á uno, vestidos como cualquiera de los de la vecindad, llevando en la bolsa sus ordinarias narices de cartón y enredados á raíz de la cintura los cordeles sobrantes. La Palomita, que recibió su regular ración, salió como de costumbre á barrer su pedazo de corredor y en seguida cerró su puerta, y con su canasta en el brazo salió á hacer su mandado.

Entre tanto la portera de la casa de D.<sup>o</sup> Dominga, también abrió la puerta como de costumbre y salió á barrer y á regar la calle, pero viendo que eran cerca de las diez y que la cocinera no bajaba para comprar la leche y los *huesitos de manteca* para el desayuno, entró en cuidado, subió, encontró cerradas las puertas que daban al corredor, y comenzó á llamar á sus amos, los que de adentro respondieron con gritos desgarradores. Atados fuertemente el uno contra el otro, marido y mujer, y en una misma postura desde las dos de la mañana en que acabó la función, se les habían dormido las piernas y los brazos y materialmente ya se morían.

La portera descendió, y lo primero que la ocurrió fué llamar al tendero de la esquina, el que se prestó á venir acompañado de dos de sus dependientes provistos de martillos, achas y barretas por si fuese necesario derribar las puertas. Peco se necesitó para abrir una. Penetraron en la habitación, y encontraron á los esposos, presa de los más erueles sufrimientos; el marido que estuvo en silencio toda la noche, se le habían compuesto las quijadas y gritaba como un desaforado. Fueron inmediatamente desatados (y fué necesario cortar con un cuchillo los cordeles, pues tantos nudos así tenían) y vestidos ma-


ruido y mujer, comenzaron á referir el lance y á recorrer las piezas de la casa para saber la suerte que habían corrido Inocencia y la cocinera. Las encontraron en la cocina amarradas, les quitaron los pañuelos paliacates con que tenían envuelta la cabeza, sacaron á prisa los trapos que rellenaban su boca; todo en vano. Inocencia y la cocinera estaban muertas.





## CAPÍTULO XLVII

### El capellán y el cura

UCHO ruido en la ciudad á causa del robo de la casa de D.<sup>a</sup> Dominga de Arratia, tanto porque era una persona conocida de muchas familias, como porque no dejó de saberse con todos sus pormenores el descubrimiento del secreto de la caja fuerte que había hecho construir desde que compró la casa en la espesa pared divisoria.

• D.<sup>a</sup> Dominga mandó poner trancas y cerrojos en todas las puertas; pidió al Ayuntamiento dos serenos de confianza, uno para la azotea y otro para el portal de la calle; el marido compró pistolas y escopetas, y mucho parque, pero ya era inútil. El oro sacado de la alacena no volvería más. Hecha un mar de lágrimas, no tenía más consuelo que visitar las más noches á Prudencia y á Coleta, hablarles de su desventura y de las agonías que experimentó desde que escuchó los pasos en la azotea

hasta que la portera la vino á libertar. ¿Quién había indagado dónde guardaba su dinero, pues ni á su confesor se lo había comunicado? Recayeron sus sospechas en Inocencia, pero la pobre muchacha había sido la primera víctima, así no era posible, y desechó ese mal pensamiento; se devanaba los sesos y no podía descifrar el enigma. El marido, acobardado, pasaba las noches en vela y con las pistolas en la mano, escuchando siempre pasos en la azotea. No pudo aguantar más y se decidió á marcharse á la hacienda, donde jamás habían penetrado los dorados y se consideraba más seguro. Ella, tan nerviosa y tan enferma del susto, concluyó por pedir asilo por unos días á sus amigas, y D. Pedro Martín no tuvo dificultad en consentir.

El juez de turno, á quien tocó hacer las primeras averiguaciones, desplegó la mayor actividad, registró las azoteas y no encontró rastro ninguno, cateó la mayor parte de las casas de vecindad y no pudo averiguar la menor cosa. A la vivienda de la Palomita ni entrar quiso, pues la casera y los vecinos le dijeron que era una muchacha muy quieta que se mantenía de coser ropa de munición y que no la visitaba más que un tío y una tía, y eso de tarde en tarde. Sentadas las declaraciones de D.<sup>a</sup> Dominga, de su marido y de la portera que nada vió, terminó la averiguación llevándose los cadáveres á enterrar, quedando la causa en tal estado, como muchas otras que había en los juzgados.

Pero el ejemplo de este robo, hecho con tanta destreza y fortuna, animó á los ladrones de la ciudad que no estaban afiliados á la banda del tuerto Cirilo, y los pasos en la azotea se escuchaban cada noche, ya en una casa, ya en otra, y sea que fuesen efectivamente de ladrones ó

de gatas enamoradas, en las altas horas de la noche se abría un balcón y se asomaban, muchachos ancianos y hombres barbudos, algunos de ellos coroneles y generales, gritando con voz trémula (1):

—¡Serenos! ¡Serenos! ¡Ladroones! ¡Ladroones!...

El sereno de la esquina tocaba el pito, venían corriendo con sus farolitos en la mano cuatro, cinco ó seis serenos, aplicaban la escalera al balcón, entraban á la casa con el chuzo en la mano dispuestos á combatir, registraban debajo de las camas, en los roperos, en la carbonera de la cocina, seguidos de la familia en paños menores con cabos de vela en la mano alumbrándoles y guareciéndose detrás de ellos. Finalmente con mil trabajos subían la escalera de la calle, la metían entre dos por las recámaras, apenas podía entrar por la cocina, la aplicaban al borde de la azotea que á veces era más alta, pero al fin lograban montar en la barda, y ya eran dueños de todo el terrado de la manzana. Recorrían con precaución á pasos de lobo, alumbraban con los faroles los rincones oscuros, se asomaban á las azotehuelas, examinaban el suelo para ver si descubrían cordeles, puñales ó ganzúas tirados, y al cabo de dos horas..... nada.

La familia daba las gracias á los serenos..... cuando más una peseta para todos, y después, comentando el suceso, los hombres, echando verbos y baladronadas y las mujeres encomendándose á San Dimas, se acostaban cuando salía la luz y no había el menor peligro y dormían hasta medio día.

El barrio, ó por lo menos la calle de una y otra acera,

---

(1) Esto no habla con los valientes.

se alborotaba. Los balcones se abrían y los de la casa se asomaban preguntando al vecino de al lado qué sucedía, cuál era la casa asaltada, cuántos eran los ladrones, cuántos eran los matados, cuánto dinero habían robado. El vecino de al lado, que nada sabía, preguntaba al que le seguía y así sucesivamente hasta que concluían por no saber nada.

El alcalde del cuartel escribía al día siguiente al inspector de policía un parte concebido así:

«En la calle de la Quemada, n.º 5, á cosa de las once de la noche pidieron auxilio por el balcón gritando que había ladrones. Habiendo ocurrido los guardas números 65, 68, 70 y 71, registraron la casa y las azoteas, y no habiendo encontrado nada se retiraron sin novedad.»

Estas escenas se repetían noche á noche por diversos rumbos. En algunas casas los vecinos ya prevenidos, y valientes, en cuanto oían pasos en la azotea disparaban sus armas, en otras cerraban herméticamente las puertas reforzando las trancas con mesas, colchones y sillas, y se ponían á rezar la letanía en el momento que escuchaban el son compasado y solemne de las pisadas, sin atreverse á llamar al guarda por no abrir el balcón.

Relumbrón, que como si fuese el director de la policía tenía un parte diario circunstanciado de lo que pasaba en la ciudad, se reía y se burlaba de la tontera de los ladronzuelos sueltos que no querían entrar en la banda del tuerto Cirilo, y se exponían á caer, ó en la cárcel, ó de una azotea por robar ropa usada, y el prorrato de algún pobre empleado, alegrándose, por otra parte, de los escándalos nocturnos porque ellos ocupaban la atención del público y de la poca policía de que podía disponerse para la custodia de una ciudad ya bastante grande,

y le dejaban tiempo para combinar y llevar á efecto los golpes seguros y productivos que tenía meditados.

El tiro echado al capellán de la Soledad de Santa Cruz fué más sencillo, aunque menos productivo que el de D.<sup>a</sup> Dominga de Arratia.

La casa del viejo capellán estaba situada en la mera esquina del Puente de Solano, y el costado de ella daba al canal, cuyas aguas turbias y cenagosas se confundían y mezclaban con las que manaban las dos atargeas de la calle de la Acequia; la casa era sola, pequeña, sombría, húmeda, triste, enfermiza; pero así y todo el capellán y su hermana la habitaban hacía treinta años. Estaba cerca del templo y esto bastaba.

Durante dos semanas, el tuerto Cirilo observó la casa y adquirió cuantas noticias le eran necesarias. El capellán pasaba de los setenta, y su hermana, de poco menos edad, ambos inofensivos por carácter y débiles por los años, no podrían oponer resistencia, y además eran muy confiados, porque en treinta años nada les había sucedido; y confiaban en que la Virgen de la Soledad cuidaba su dinero y sus joyas. La hermana vestía y desnudaba á la Virgen, limpiaba y cambiaba las alhajas de su manto, y las que no estaban en uso las conservaba más ó menos días guardadas en una primorosa cajita. El padre vaciaba los cepos de la iglesia, recogía las limosnas y las ofrendas secretas, y de todo se llevaba cuenta y razón con la mayor honradez y se entregaban las cuentas al tesorero de la archicofradía. El capellán y su hermana eran servidos por una indita que tenían como huérfana, que no cumplía los catorce años. La puerta de la calle estaba apollillada y lo mismo las demás de la casa, pero no había necesidad de entrar por la calle ni por la azotea. En

el costado que daba al canal había á poca altura un balcón pequeño con barandal de hierro. Ese balcón comunicaba á un entresuelo muy bajo de techo y oscuro, que no pudiendo darle otro destino, lo había destinado el capellán á guardar palos y trastes viejos. La puerta que daba al descanso de la escalera estaba entreabierta, y sujetas las hojas con un mecate para que no se abriesen con el viento.

El tuerto Cirilo arregló sus procedimientos conforme á estas noticias. Compró á los Trujanos un chalupón viejo en cuatro pesos, y él y *Chucho el garrote* se ensayaron algunos días en remar en el canal y recorrerlo hasta encontrar el recodo que conducía al costado de la casa del capellán.

Eligieron una noche oscurísima para su expedición, y á las nueve estaban en la chalupa, debajo del puente, esperando que acabasen de cerrar los tendejones de la calle y que hubiese una soledad completa; lo que acontecía habitualmente, pues las gentes de ese barrio triste se recogían muy temprano. A las diez una oscuridad, que ni las manos se veían, y un silencio que podía oirse el zumbido de un mosco. Las aguas, pesadas y sucias, se estrellaaban con un ligero ruido en la orilla izquierda, dejando al retirarse un depósito de basura y de yerbas. Colocáronse en la chalupa debajo del balcón, y con facilidad echaron una reata al barandal; por ella subió el tuerto Cirilo y *Chucho el garrote* quedó en la chalupa esperando el resultado.

El capellán y su hermana, acostumbraban cenar una cazuelita de sopa de pan cada uno, un caldo de frijoles y un vaso pequeño de pulque; platicaban una hora siempre de la Virgen, de la iglesia, de las festividades religio-

sas, de las limosnas y de los diamantes y perlas de los vestidos de la afligida Madre de Dios, y tales asuntos eran para ellos inagotables, pues ni tenían más ocupación y las demás cosas que pasaban en el mundo les eran completamente indiferentes. Entretenidos, delante de una pequeña mesa de pino, acababan su modesta colación y la hermana daba, precisamente, cuenta al capellán, que en la mañana había llevado las alhajas más valiosas á D. Santitos el platero de la Alcaicería para que las hiciese ciertas composturas necesarias y las limpiase, cuando se presentó repentinamente como si hubiese salido de una trampa el tuerto Cirilo con sus deformes narices de cartón y un afilado puñal que puso al pecho del capellán.

—¡No hay que moverse ó son muertos!—les dijo con una voz ronca que procuró hacer más terrible é impo-  
nente.

La anciana dió un grito y se tapó los ojos; el capellán permaneció sereno.

—No hay necesidad de un crimen, y dos viejos ninguna resistencia pueden hacer,—dijo con voz entera, y des-  
vió con la mano el puñal que el tuerto Cirilo mantenía cerca de su pecho.

—¿Dónde está el dinero y las alhajas?—interpeló el bandido retirando el puñal.

—Aquí, seguidme,—le contestó el capellán tomando la vela de la mesa.

—¿Qué vas á hacer?—interrumpió la hermana algo animosa, al ver que el ladrón había guardado ya el puñal en su cintura.

—Cedo á la fuerza,—dijo tranquilamente el capellán, y andando delante, condujo al tuerto Cirilo á su recámara y abrió los cajones de una cómoda antigua de caoba.

En ella estaba la cajita de las alhajas, casi vacía, y una serie de tecomates. El capellán recogía cada semana el dinero de los cepos, y como algunos cristianos destinan para las limosnas la moneda más lisa é inservible que tienen, y á veces la falsa, tenía el cuidado de separar los tostones, pesetas, reales, medios y cuartillos, y echarlos en los tecomates amortizando la sospechosa, que, con la inservible, enviaba al platero de la Alcaicería para que la fundiese.

El capellán, que tenía con mano firme el candelero de cobre con un cabo de sebo, alumbró la cómoda, sacó la cajita de alhajas y se la mostró al tuerto Cirilo.

—Mira,—le dijo,—está casi vacía, y lo que ves es lo de menos valor. Por fortuna las piedras más preciosas están en poder de un hombre honrado, y si se las robaran, las pagaría sin vacilar un momento.

Después sacó uno á uno los tecomates y los acercaba á los ojos del ladrón.

—Ya ves,—continuó,—hay de todas monedas y es mucho, quién sabe cuánto, no lo he contado todavía, pero todo ello no es mío ni de mi hermana, sino de Dios, de la Virgen y de la Iglesia. Son las ofrendas de personas piadosas, seguramente más felices que tú, que estás en carrera de terminar en la horca y en las llamas eternas del infierno si no te toca Dios al corazón y te arrepientes á tiempo. Una vez que sabes esto, toma lo que quieras ó llévate todo, y yo mismo te abriré la puerta si no quieres salir por donde has entrado á turbar la paz que durante treinta años ha reinado en esta casa; pero si exiges mi consentimiento no te lo daré y puedes sacar tu puñal y matarme. Será la voluntad de Dios, y entraré al cielo mártir, y mis pecados me serán perdonados.



Borracho era una fiera el tuerto Cirilo, pero cuando tenía entre manos una expedición no bebía ni un trago; quedó verdaderamente pasmado y le hizo tal impresión la actitud del sacerdote y la energía y decisión con que pronunció sus últimas palabras, que en cinco minutos no pudo articular una palabra.

—Bien, padre, bien, usted tiene razón, eso no es de nosotros, no quiero nada, no me llevaré nada, se acabó... me voy... me voy por el balcón, que abajo me espera mi compañero...

Y dando pasos atrás y como asustado de la figura tranquila pero imponente del viejo capellán que le iba alumbrando con el cabo de sebo en el candelero de cobre, bajó la escalera, entró en el cuarto de muebles viejos, se descolgó del balcón á la chalupa, quitó la reata y tomando el remo le dijo á Chucho el garrote:

—Ya te contaré, nos han *chafado*, habría querido entrar en casa de todos los diablos y no aquí.

La chalupa, deslizándose silenciosa en las aguas negras del canal, desapareció á poco entre las sombras de la noche.

—

Evaristo en su rumbo tuvo en esos días dos lances. Cuando mandaba personalmente la escolta de Río Frío, nunca dejaba de saludar á los pasajeros con muy buen modo, de preguntarles si habían tenido novedad en el camino, y en seguida metía la cabeza por la ventanilla de la portezuela, examinaba á los viajeros, les daba un momento de conversación, y las más veces almorzaba con ellos. La fonda del alemán protegido de Relumbrón había sufrido una completa transformación. Un gran bra-

sero en el fondo con su chimenea de campaña, mesas de madera blanca, con toscas tablas y gruesos piés, platos de porcelana colgados simétricamente en la pared, vasos y jarras de metal blanco; en suma, una taberna holandesa de las más acabadas, y para completar el cuadro, él y las muchachas con su pelo liso amarillo y la salud brotándoles por sus mejillas rojas. El aspecto de la taberna ahumada, la vista de la montaña cubierta de cedros, la niebla y la llovizna continua y la sonrisa franca y las caras redondas y simpáticas de las alemanas, formaban un cuadro tan interesante, que se podía hacer el viaje sin más objeto que gozar de él, almorzando y bebiendo buenos vinos y la deliciosa cerveza de Gambrinus. La cuadrilla de Evaristo tenía sus guaridas y cuevas en el centro de la montaña, pero no necesitaban de ellas. Relumbrón había añadido al edificio antiguo algunas construcciones de madera y piedras, bastante amplias y cómodas, donde podían caber gentes y caballos y mulas en gran número. Los valentones tenían allí sus habitaciones, comían y cenaban en la fonda, y allí también vivían Evaristo é Hilario cuando no estaban en México, en Texcoco ó en el rancho de los Coyotes, que no desatendían. El alemán no hablaba ni una palabra de estas cosas á nadie, y postillones, ladrones, criados y fondistas, vivían en la más completa armonía. Cuando pasaban de tránsito Relumbrón, el platero ó el licenciado Chupita para el molino ó para la hacienda, y se supone, lo hacían con frecuencia por sus negocios, mandaban avisar con Romualdo ó con cualquiera de los muchachos, y el alemán ponía sus cinco sentidos y les preparaba un banquete; así, que en realidad, en vez de fatiga eran días de campo agradables y tranquilos, pues no había para estos perso-

najes ni el más leve temor de que fuesen interrumpidos por los balazos de los bandidos.

Uno de tantos días, á la hora en que llegaron las dos diligencias, Evaristo estaba de servicio, y, según hemos ya dicho, examinó los coches. En el que iba para Puebla viajaban cuatro mujeres, un religioso dominico y un caballero muy elegantemente vestido. Evaristo almorzó en la mesa redonda y se fijó mucho en el caballero, mientras una de las mujeres agachaba la cabeza sobre su plato y se cubría con el rebozo tanto como podía, echando ojeadas furtivas al capitán de la escolta y como queriendo reconocerlo.

Terminado el almuerzo y remudados los caballos, los cocheros subieron al pescante y los pasajeros tomaron sus asientos. Evaristo se acercó al cochero de la diligencia en que iba el caballero y le dijo algunas palabras; después se dirigió á la portezuela y dijo al caballero:

—¿Usted es el Sr. D. Carloto Regalado?

—Servidor,—contestó con cierto aire de dignidad.

Cuando Evaristo se había presentado á saludar á los pasajeros, D. Carloto no correspondió al saludo, y durante el almuerzo no se dignó echarle una mirada.

—Pues entonces tengo una carta que entregar á usted en mano propia y algo que decirle, si me hace favor de bajar.

D. Carloto no tuvo dificultad en bajar. Evaristo mismo abrió la portezuela y le puso el brazo para que se apoyase.

A ese mismo tiempo la primera diligencia partió, los caballos de la segunda, de la cual había bajado D. Carloto, se encabritaron y partieron como un rayo, sin que los pudiese contener el postillón que soltó la reata con que los sujetaba.

—¡Qué chasco! ¡qué chasco! ¡Cochero, cochero, párate, párate! ¿Qué hago aquí?—exclamaba D. Carloto; entre tanto la diligencia había desaparecido entre una nube de polvo.

—No hay más remedio que quedarse esta noche y esperar la diligencia de mañana,—le dijo Evaristo aparentando mucha calma.—La posada no es mala y la cena muy buena. No hay más que conformarse, y pues que ha cesado la llovizna, si usted gusta daremos un paseo por el bosque.

D. Carloto, dando con el pié en el suelo y muy colérico, se dejó conducir por Evaristo.

Los postillones se retiraron á sus caballerizas; el alemán y las muchachas á la taberna, y Evaristo con su presa del brazo fué internándose en el monte.

—Bien, ¿dónde está la carta?—preguntó D. Carloto sacudiendo del aturdimiento que le había causado tan rápida como inesperada escena.

—La cartá, la... la carta... ya se la daré,—le contestó Evaristo fingiendo que la buscaba en sus bolsas;—¿pero para qué la he de buscar? ya vamos á llegar á un sitio muy hermoso donde podremos sentarnos.

D. Carloto no sabía qué pensar de esta aventura, y sin saber por qué comenzaba á tener miedo, pero no quiso manifestarlo y continuó andando siempre del brazo de Evaristo, hasta que llegaron á un lugar donde los árboles estaban tan cerrados y el ramaje tan espeso que era imposible penetrar. Evaristo soltó el brazo de D. Carloto, se colocó cerrando el camino por donde habían entrado, sacó una pistola y apuntó á la cabeza de D. Carloto.

—Ahora nos hemos de ver la cara, roto, arrastrado, y

ño en la calle de Plateros. ¿Cree que porque ya pasó tiempo se me han olvidado los palos que me dió? Aquí en la frente tengo todavía el verdugón.

D. Carloto, helado, no salía de su estupefacción. Se acordaba tanto de los bastonazos que había dado á Evaristo como de la primera camisa que se puso, ni mucho menos podía pensar que ese lepero á quien apenas vió y cuya fisonomía se le había borrado del todo, fuese el capitán de la escolta que cuidaba de la seguridad de los viajeros en el camino de Veracruz.

—Pero... lo que está pasando es imposible,—murmuraba D. Carloto queriéndose volver loco.—Usted es un capitán y no puede ser el mismo... quizá una equivocación... no es posible, pero en todo caso, ya ha pasado mucho tiempo... y no me matará, abusando del puesto, porque al fin esto se sabrá y yo tengo amigos...

—Deme el bastón,—le interrumpió con altanería Evaristo.

D. Carloto, sin replicar, le dió el bastón, cuyo puño y regatón de oro eran los mismos que tenía el bastón que quebró en las costillas de Evaristo en la calle de Plateros.

—Ahora, no con la pistola, porque eso sería hacerle mucho favor, sino con el mismo bastón con que usted me pegó, se lo voy á romper en la cabeza.

Evaristo se encajó la pistola en el cinturón y comenzó á blandir el bastón y á amenazar á D. Carloto.

—Pero esto no es posible; no hará usted tal cosa... ya recuerdo, quedamos amigos y reconciliados, usted prometió no vengarse y yo dí el dinero que se me pidió...

—Eso es mentira, dió usted doscientos pesos y no los trescientos á que lo sentenció el gobernador, y aprovechó la ocasión de que renunciara para recoger el bastón... de

balde, *pechado*... sin vergüenza... si siquiera hubiese cumplido su palabra, ahora le valdría de algo.

—Si es por eso, nos podremos arreglar, capitán,—dijo D. Carloto, viendo una salida, pues creía que el amago de la pistola y la prometida paliza terminarían con dar una suma más ó menos fuerte.

—Tengo más dinero que usted, *pechado*, y para nada necesito el suyo; tenga, si quiere *jambarse*.

Evaristo sacó un puño de pesos de su bolsillo y se los tiró con fuerza á la cara.

D. Carloto dió un grito de dolor y la sangre comenzó á escurrirle de su frente, pero más lastimado su orgullo que su cara, le dijo con una concentrada rabia:

—¡Es una infamia lo que hace usted! y ya que ha llegado á capitán, tenga el comportamiento de los de su clase del ejército. Ninguno de ellos obraría como obra un cobarde. Le hago el favor de creerlo valiente, y pues que le ofendí, le daré satisfacción como un caballero y nos batiremos aquí mismo. Deme una pistola y á cinco pasos...

D. Carloto, que veía que le esperaba una muerte horrible, apeló á ese recurso. Quizá triunfaría, ó en último caso, un balazo á quema ropa terminaría su vida sin ser martirizado.

Evaristo soltó una forzada y brutal carcajada.

—No me faltaba más sino que le diera yo una pistola á este roto para que me matase después de haberme dado de palos.

Y alzando el bastón lo dejó caer en la cabeza de don Carloto, pero éste evitó el golpe con las manos, asió el bastón fuertemente y se trabó una lucha, en la que, como más fuerte, salió triunfante Evaristo. Ya no conoció límites su rabia. Se retiró algunos pasos, y volteando

el bastón por el grueso puño de oro, donde estaba en diamantes el nombre del dueño *Carloto Regalado*, le descargó tan tremendo golpe en la mejilla, que el infeliz cayó al suelo, gritando:

—¡Misericordia! ¡estoy dado; perdón, capitán, daré todo cuanto tengo, pero la vida, la vida, por Jesucristo Crucificado!

Á medida que D. Carloto suplicaba, Evaristo gritaba blasfemias, y los aullidos de dolor de la víctima se confundían con las exclamaciones de rabia del verdugo. Dióle tantos palos en la cara, en la cabeza y en el cuerpo, hasta que se hizo pedazos el bastón y no quedó más que el puño de oro y brillantes. Evaristo, fatigado, apenas podía respirar. D. Carloto ya no respiraba.

—¡Condenado roto!—dijo Evaristo sentándose en una piedra,—cómo me ha hecho trabajar. Esta gente tiene la vida dura como los gatos. Hoy he estado de fortuna; nunca creí que me podía vengar. Lo que siento es que no hubiera estado aquí Casilda,—y se quedó un rato pensativo.—Casilda... Casilda, ¿habrá muerto? ¿dónde estará? Voy á gastar cuanto dinero tenga para encontrarla; pero quien me la encontrará es el coronel; ya veré cómo arreglo esto...

Evaristo se vió las manos; las tenía sangrientas, se las limpió con tierra y hojas caídas de los árboles, examinó el puño del bastón y leyó *Carloto Regalado*.

—Ya tuvo hoy buen regalo.

Se acercó y D. Carloto respiraba, y abrió un momento el ojo que tenía bueno (pues el otro estaba saltado), y miró á su asesino de tal manera que dió miedo á Evaristo, el que tomó la pistola de su cinturón y le disparó un balazo que le acabó de hacer pedazos el cráneo.

—Ya no me mirarás más, roto arrastrado,—y tomando lentamente la vereda por donde había venido, descendió á la venta de Río Frío, donde le sirvió el alemán un copioso almuerzo, pues cuando asistió á la mesa de los pasajeros apenas probó bocado, ocupado en observar á D. Carloto y meditar el plan para matarlo.

Cuando las diligencias partieron, los postillones, con los caballos ya refrescados, se metieron á las caballerizas y las alemanas á la fonda; así probablemente nadie notó que Evaristo había entrado con un pasajero de la diligencia al monte y regresado sólo, pero el ojo de la Providencia ve al asesino, y el ojo de la Providencia era D.<sup>a</sup> Rafaela la dulcera, antigua vecina de la casa de Regina, que con motivo de negocios con las monjas de Puebla, hacía cada tres ó cuatro meses un viaje. Nunca había encontrado á Evaristo, y no fué poca su sorpresa y su miedo cuando lo reconoció, no obstante el tiempo transcurrido y el diverso traje que tenía. Fijó su atención en el pasajero á quien llamó Evaristo, y tuvo por seguro que ese desgraciado iba á ser víctima del asesino de Tules.

---

Una semana después Hilario, para dar, como quien dice, muestras de vida, pues hacía mucho tiempo que no ocurría nada de particular en el camino de México á Veracruz, dirigió á la autoridad respectiva el parte siguiente:

*Hestando de ronda por el monte por que supe que abia jente mala, encuentre un ombre echo lla cadaver, tan desconosido que no ubo quien lo conosiera por tan carcomido*



*por los collotes y los aguiluchos que no hubo quien cono-  
siera ni sus uestos que senterraron, sin encontrar quien lo  
mato pero lo busco y lo remitire preso.*

*Por ausencia en el servicio  
de mi capitán*

*Ilario Trueno.*

La ausencia prolongada de D. Carloto Regalado no llamó la atención de sus numerosos amigos de México. Era D. Carloto un pequeño propietario; con la renta de dos casas vivía con ciertas comodidades, no teniendo familia ni otras atenciones que le menguasen su renta. Era elegante, aseado, muy cócora con los criados, muy pagado de sí mismo, muy altanero y muy déspota con los pobres, y jamás hizo un servicio á nadie ni dió un medio de limosna. Muy relacionado con lo que se llama la alta aristocracia, tenía los días de la semana repartidos, y el lunes comía, por ejemplo, en casa de los marqueses de Valle Alegre, el martes en casa del conde de Santiago, el miércoles en la de Relumbrón (y tenía puesta la puntería á Amparo), y el jueves con los Peñas.

Cuando reunía algún dinero, se marchaba á París, á donde había hecho seis viajes, y generalmente no se despedía de nadie, porque le gustaba rodearse de cierto misterio y le gustaba escribir desde París, desde Bruselas, desde Hamburgo, y así al mismo tiempo avisaba su partida y su llegada escribiendo maravillas de sus viajes; así sus amigos decían:

—Seguramente se marchó D. Carloto á la francesa, como lo tiene de costumbre; dichoso él que es hombre solo y puede gastar su dinero. ¡Qué regalada vida se es-

tará dando con las *loretas* en el encantador jardín de *Mabille*.

¡Qué lejos estaban de creer que, por no haber querido comprar hacía años una curiosa almohadilla, había perecido á manos de Evaristo el tornero.

---

Como á esta famosa hazaña de Evaristo siguió otra, la colocaremos en este mismo capítulo, para ocuparnos en el siguiente de uno de nuestros amigos que ha hecho un interesante papel en esta verídica historia.

---

Uno de los valentones más perversos de Tepetlaxtoc, que le llamaban *Marcos el gallero*, porque no había fiesta de pueblo donde no topara gallos, le dijo á Evaristo:

—Mi capitán, ya ví que se sacó usted de la diligencia... un... y no ha vuelto á aparecer.

—¿Y por qué has dado en espiarme? ¿qué te importa lo que yo haga?

—Al fin era un *roto*, mi capitán, y ha hecho muy bien de quitárselo si le estorbaba. Yo nunca espío á mi capitán. Entré al corral á dar una poca de pastura á mi caballo, y al salir divisé por casualidad á mi capitán que seguía la vereda agarrado del brazo con el roto, pero nada le hace, y tenía que decirle á mi capitán de un golpecito fácil que nos puede convenir.

Marcos el gallero y Evaristo entraron á la taberna, pidieron *refino* y se sentaron en una mesa. El alemán les sirvió, y él y sus hijas se retiraron en seguida, y los dos bandidos quedaron solos con sus vasos y la botella delante.

—¿Conoce mi capitán el pueblecito de *Coatlinchan* y la hacienda de *Tepetitlan*?

—He pasado de noche varias veces, pues por el rancho de San Jerónimo se corta camino para los Coyotes.

—Pues no le hace,—le contestó Marcos.—Conozco esa tierra como mi casa y yo lo guiaré.

—¿Se trata de caer sobre la hacienda de *Tepetitlan*?

—Eso no, ya lo sabe mi capitán; ni al amo D. Pepe, de la Grande, ni al amo D. Manuel, de *Tepetitlan*, los roba nadie en sus casas ni en el camino. El amo D. Manuel duerme con las puertas abiertas, con las caballerizas apenas cerradas con una tranca, y eso por los lobos que bajan del monte. Ya nos lo tiene dicho en una fiesta que dió el día de su santo:

—Duermo con las puertas abiertas,—nos dijo á todos.—Cuando quieran algo no es necesario que me despierten; lo cogen y se marchan sin hacer ruido. Cuando quieran un caballo, se lo llevan, pero dejan otro.

No tiene malos caballos, sus sillas y frenos de plata, y un poco de dinero para la raya, y es todo; la casa está cayéndose y la está haciendo de nuevo. El día que robáramos la Grande ó *Tepetitlan*, todo el pueblo de *Texcoco* nos perseguiría hasta matarnos. Esta es la costumbre desde antes que mi capitán viniera por acá.

—Pues entonces, ¿qué golpe tenemos que dar?—le preguntó Evaristo.

—A un indio gordo como un marrano y relajo como un caballo zarco (1). Ese indio se llama D. Antonio Galicia, y es alcalde del pueblo de *Coatlinchan*. Ha juntado

---

(1) Llaman los rancheros *zarco* al caballo que tiene los ojos de cierta manera, que parece que ve los objetos aumentados, y por eso es quizá muy desconfiado y espantadizo.

en oro y en plata como cosa de siete mil pesos, y se los ha dado á guardar al cura, y el cura los ha escondido en las soleras de las vigas de su recámara.

—¿Y cómo sabes eso?—le preguntó Evaristo.

—Pues un muchacho sobrino de mi mujer es peón de D. Antonio Galicia, y ha oído las conversaciones con el cura. Es golpe seguro, y con tres ó cuatro bastamos, pues que el cura duerme solo, y al curato se puede entrar por la iglesia y por cualquier parte.

—Bueno, me gusta la expedición. Iré yo mismo y me acompañarás tú y Quirino.

Los dos interlocutores consumieron media botella de refino y salieron de la taberna con dirección al camino real, y acabaron de concertar su expedición y de fijar la noche en que debían ejecutarla.

El curita de Coatlinchan, como le decían por cariño los vecinos del pueblo y los de Texcoco, era un hombre de menos de treinta y cinco años, alto, fuerte, bien parecido, de una sencillez grande y de una bondad inagotable. No cobraba derechos de bautismo, ni de casamiento, ni de entierro. Se mantenía frugalmente de la limosna que le daban las haciendas donde decía la misa los domingos, y lo que le sobraba lo repartía entre los ciegos, cojos y mancos que no dejaban de abundar en el curato, procedentes de los pueblecillos inmediatos.

El único defecto que tenía era el de ser, no sólo amante, sino entusiasta por la caza. Tenía rifles y escopetas á cual mejores, y en la estación oportuna salía del curato, subía la montaña, y en los triguales de las laderas se estaba hasta dos noches, acostado entre las matas, esperando á los venados, y nunca regresaba sin traer uno ó dos indios cargados con las víctimas de su buena punte-

ría, pues no erraba tiro. Fuera de esto, era hombre sin vicio alguno.

El pueblo de Coatlinchan era entonces de menos de trescientos habitantes, agricultores y *acheros* (1). Las casas de piedra suelta y techos de terrado sostenidos por *orcones*, presentaban el triste aspecto de unas ruinas; ni sembrados, ni macetas de flores, ni nada que alegrase la vista, pues el terreno árido estaba como sembrado de grandes peñascos derrumbados de la ladera con la fuerza de las aguas. La iglesia, comenzada á construir por los jesuitas, tuvo una planta atrevida, con un carácter de arquitectura que aspiraba á ser romana; pero expulsados de México estos religiosos, no se concluyó, y los del pueblo la completaron con piedras sueltas y lodo, y las naves las cerraron con tan poco acierto, que en la estación de las lluvias la agua se filtraba é inundaba el pavimento de ladrillos quebrados y mal puestos. El tiempo vino á completar esta desolación, aflojando las piedras, reduciendo á hojarasca las puertas, y desnivelando las escaleras que conducían á la casa del curato y al campanario, y poniéndolo todo en un estado de inseguridad, que habría bastado el más ligero temblor para que el edificio se convirtiese en un montón de escombros.

La habitación del cura guardaba relación con el templo. Una gran pieza con cuatro ventanas ojivas que daban al atrio le servía de recámara. Otra pieza cuarteada y dejando ver el lodo que revestían las paredes, estaba habilitada para salón, despacho y comedor, y lo menos malo era la cocina, que tenía un brasero con tres hor-

---

(1) Llamam *acheros* á los indios que provistos de una *acha* que es de su propiedad, suben á los montes ajenos á cortar leña, y los de Coatlinchan constantemente invadían el monte de la hacienda de Chapingo.

nillas, su carbonera y lavadero. Una alacena con puertas nuevas servía al cura para guardar el breviario, el misal, algunos otros objetos de la iglesia, además el pan, el vino de consagrar, el recaudo, la manteca y la carne. Era la única parte donde no podían penetrar las ratas que anidaban en los muchos agujeros del edificio.

Sin embargo, en medio de estas ruinas y de esta monótona soledad, el curita era el hombre más feliz de la tierra. Se levantaba al rayar el día, bajaba á la iglesia, él mismo aseaba la sacristía, limpiaba los vasos sagrados y las vinajeras, sacudía los ornamentos, se los revestía y se acercaba al altar á decir su misa. Al toque de la campana nunca dejaban de ocurrir algunos fieles, y el primero que llegaba le ayudaba la misa. Un día en la semana, si tenía auditorio, subía al púlpito, y en una verdadera plática familiar exhortaba á los oyentes para que fuesen caritativos y honrados, buenos padres y respetuosos hijos, y á las mujeres, esposas amantes y sumisas, prometiéndoles que con este comportamiento ganarían el cielo, y si eran borrachos, ladrones y pendencieros, sin remedio caerían en los profundos infiernos. Algunas veces estas pláticas hacían mella en las inditas, rudas y sencillas, y salían de la desvencijada iglesia limpiándose los ojos con la punta de sus rebozos. Don Antonio Galicia, muy amigo del cura, nunca dejaba de asistir á la misa, y las más veces él la ayudaba. Terminado el servicio religioso y los asuntos del curato, como bautismos, entierros, consultas de los matrimonios desavenidos y demás chismería del pueblo, subía á la cocina, encendía la lumbre, tomaba un ligero desayuno, ponía un puchero en una hornilla con la carne, gallina y légumbres que le regalaban los feligreses, dejándolo á

fuego lento para encontrarlo á la noche bien cocido y sabroso. En seguida ensillaba su caballo y se marchaba á la hacienda Grande, al Molino de Flores, á Coxitlan, á Texcoco, á Tepetlaxtoc, á cualquier parte, y en todas, llegando al medio día, estaba seguro de encontrar una buena comida y una mejor compañía, pues no tenía más que amigos y todo el mundo lo quería en la comarca.

A las siete de la noche volvía de su excursión, desensillaba su caballo, lo colocaba en la caballeriza con abundante ración de grano, subía á la cocina, ponía su limpia servilleta en una pequeña mesa de pino, y se sentaba muy contento á saborear su puchero, apurando por conclusión un gran vaso de agua fresca y cristalina.

Entre paseos en el atrio, ó en el salón y el rezo del breviario, daban las ocho. Tocaba él mismo la plegaria de ánimas tirando de la cuerda que descendía hasta el rincón de la entrada de la iglesia, y subía á su salón á recogerse, no sin haber examinado antes sus escopetas y rifles que siempre tenía cargados y apoyados en la pared junto á su cama.

Tal era la persona á quien Evaristo el tornero y Marcos el gallero se proponían robar y matar si era necesario.

---

Evaristo el *tornero*, Marcos el *gallero* y Quirino el *mechudo* salieron de sus antros y calcularon lo que tenían que andar para llegar á cosa de las dos de la mañana á Coatlinchan.

Evaristo, tentado por la codicia y desconfiando de Marcos, quiso él mismo ser el jefe de la expedición. ¡Un cura! Un cura de un pueblacho. Bonito era el capitán de

rurales para tener miedo á un cura; se lo comería de un bocado si intentaba hacer la menor resistencia, y si tenía la ocurrencia de predicarle un sermón, no haría lo que el tuerto Cirilo (ya sabía la historia del Puente de Solano) sino que se reiría á carcajadas y se llevaría hasta la sotana. Lleno de placer y de esperanza de verse llenas las bolsas con el oro de D. Antonio Galicia, llegó sin novedad, acompañado de los dos valentones que conocían toda esa tierra á palmos. En una calzada de árboles del Pirú que une al pueblo con la hacienda de Tepetitlan dejaron bien persogados á sus caballos, y á pié anduvieron la corta distancia que los separaba del curato.

Marcos el *gallero*, entrando al atrio, impuso al capitán de rurales de lo que había que hacer, le mostró las ventanas del salón donde dormía el cura, que no tenían más resguardo que unas vidrieras débiles de lo que llaman *caramelito*; es decir, de pedacitos de vidrio formando labores, con soldaduras de plomo, mezquina y pobre imitación de las catedrales góticas. No había más sino que Quirino, que era alto y fuerte, se pusiese contra la pared y él ó el capitán, si quería, se subiese sobre sus hombros... un empujón y ya estaban dentro, le apretaban el pescuezo al cura, que estaría profundamente dormido, y de su cama á la eternidad.

Si no le parecía bien á Evaristo, entonces harían un agujero á la puerta de la iglesia y la madera, tan podrida y tan seca como una yesca, cedería en menos de cinco minutos, y para eso tenían sus puñales tan gruesos y tan bien afilados. Una vez hecho el boquete, no había más que entrar hasta el fondo de la iglesia, á la izquierda se hallaba la sacristía, y á la izquierda también una escalera de piedra, por donde se subía y entraba al salón.



A la puerta tan vieja y apolillada como la de la iglesia bastaría darle un empujón y se abriría sin hacer ruido.

Así hablando, muy quedito y andando con precaución, dieron sus vueltas por el edificio, é hicieron sus ensayos. Marcos, subido sòbre los hombros de Quirino, alcanzaba perfectamente el borde de las ventanas, pero aunque mal cerradas había que hacer ruido para abrirlas, y despierto el cura, era necesaria una lucha. Se trataba de sorprenderlo y matarlo dormido. Una puñalada y que ni resollara, y ellos tendrían entonces bastante tiempo para registrar las soleras de las vigas, recoger el oro y la plata que pudiesen y marcharse antes de amanecer. Cuando los peones de Tepetitlan saliesen al campo, ya ellos estarían muy cerca del rancho de los Coyotes.

Se decidieron á entrar por la puerta de la iglesia, y en efecto, en menos de diez minutos, sin más ruido que el que haría una rata al roer, tenían ya en descubierta una entrada por donde cómodamente pasaba la cabeza y las anchas espaldas de Quirino.

Entraron á la oscura iglesia. Allá en el fondo la llamita pequeña de la lámpara dejaba ver apenas en el altar un Santo Cristo de cuerpo entero. Los ladrones tuvieron miedo y se quitaron el sombrero; Evaristo sintió que los pelos se le paraban en la cabeza. Se acordó de su aventura en la casa de Cecilia y se llevó mano á la cabeza al lugar donde le arrancó el mechón de cabellos con todo y casco y que no le habían vuelto á salir.

Los ladrones, por lo general, toman tales precauciones que les parece imposible que nadie los descubra, y sin embargo, siempre sueltan una prenda ó cometen alguna falta que les parece insignificante y que los descubre ó les destruye el golpe más bien meditado.

Al apearse y amarrar sus caballos en los árboles de la calzada, se quitaron las espuelas naturalmente para poder andar con más comodidad y no hacer ruido contra los peñascos. En el ensayo para escalar la ventana cayeron las espuelas que Quirino tenía colgadas en la cabeza de la pistola que tenía en el cinturón, formando un ruido que cualquier hombre de campo habría fácilmente interpretado *gente de á caballo*, y esto dijo el cura, que tenía el sueño muy ligero, saltando de la cama y aplicando el ojo á un vidrio roto de la ventana que tenía más cerca.

La noche estaba un poco nublada, pero no tanto que no pudiese notar las siluetas de hombres que se movían con precaución, se separaban, se volvían á juntar y hablaban en secreto, y su cuchicheo en el profundo silencio de la noche llegaba hasta las ventanas, parecido al lejano aleteo de moscardones que se alejan.

Tuvo el cura la presencia de ánimo suficiente para ponerse sus pantalones, su chaqueta y sus zapatillas, tomó una de sus armas y volvió á espiar. Los hombres habían desaparecido. En la pobre iglesia nada había que robaran. El cáliz, el copón, las vinajeras y la custodia de plata sobredorada estaban guardadas en la alacena. D. Antonio Galicia, un mes antes, se había llevado su dinero para pagar unos terrenos que había comprado, así no comprendía qué venían á buscar los ladrones. Esto se le vino á la cabeza al montar el rifle, pero, pues que era evidente que se trataba de un asalto, no había más remedio que defenderse (1).

---

(1) Este suceso es enteramente cierto. El cura Hernández se presentó al juez de Texcoco y al Arzobispo, que lo declaró irregular por haber derramado sangre. A los seis meses pasó al curato de Omitlan.

Quedóse escuchando y con el arma preparada en el rincón oscuro donde tenía su cama. En el ángulo opuesto estaba la puerta y allí reflejaba la escasísima luz que podía penetrar por los vidrios cubiertos de polvo de las ventanas ojivas.

A los diez ó doce minutos escuchó las pisadas de los bandidos que, acabada de hacer la abertura de los tabloncillos viejos de la puerta de la iglesia, habían penetrado en ella... Un momento después subían la escalera y estaban en la puerta del salón. Marcos, que era el guía, iba por delante, le seguía Quirino el mechudo y al último, como era su costumbre en todos los lances, Evaristo el tornero. Marcos metió su puñal en la hendidura de la puerta, y formando palanca la hizo ceder con un ligerísimo ruido y penetró con el puñal en la mano; Quirino le siguió, y Evaristo asomó apenas la cabeza.

El cura, recogiendo la vista, pudo ver esas sombras confusas que parecían acercársele, apuntó á ese grupo de fantasmas é hizo fuego. La bala del rifle americano, que el cura usaba sólo para la caza de los leopardos, hizo explosión en el cráneo de Marcos y lo hizo mil pedazos que se estrellaron en las paredes y ventanas. Por un movimiento inconsciente tomó una de las escopetas y soltó otro tiro que traspasó el pecho de Quirino, que tuvo un momento de fuerza para huir y fué á dar contra Evaristo que retrocedía espantado, y los dos rodaron la ruinosa escalera.

Ningún quejido, ningún ¡ay!... nada, un silencio profundo sucedió al estallido de las armas; los dos valentones habían caído como heridos por un rayo. El salón estaba lleno de humo y el cura en su mismo lugar con otra escopeta cargada en la mano. No hizo fuego, esperó

un momento, se avanzó con precaución, abrió una de las ventanas y procuró registrar en la oscuridad; no sabía cuantos eran los que lo atacaban, y en el momento en que los sintió se le figuraron muchos. ¿Volverían á la carga? ¿Encendería la luz? ¿Tal vez sería una imprudencia y lo cazarían desde la oscuridad? ¿Había matado á alguno ó habían huído? ¿Vendrían los del pueblo ó los de la hacienda á auxiliarlo? Nada sabía, y lo único que pensaba era que no tenía más arbitrio que defenderse hasta morir; le quedaban cuatro buenas escopetas bien cargadas, y cuando acabasen los tiros, con las culatas haría lo demás.

Evaristo, aterrizado, pero precisamente por eso con el enérgico instinto de salvar la vida, pudo desembarazarse del cadáver de Marcos, salió de la iglesia por el mismo boquete por donde había entrado y echó á correr con dirección á la calzada para tomar su caballo.

El cura, que vió una sombra salir del atrio, apuntó y disparó su tercer tiro... Evaristo dió tres grandes pasos, como un ebrio que quiere avanzar y no es dueño de sus movimientos, y cayó de bruces en el suelo.

## CAPÍTULO XLVIII

### Mártir de la Patria

**A**l orden y prosperidad de los primeros meses, sucedió el desorden y la decadencia en los negocios. Relumbrón estaba, no sólo disgustado, sino aburrido con sus dependientes y cómplices.

D. Moisés, con todo y su baraja mágica, se había dejado desmontar por Juanito Roo (1), que le levantó de la mesa mil onzas en un día de campo en Tlalpan; los gastos de la partida de la Esquina del Colegio de Niñas, iban cada día en aumento, y pasaban ya tres meses sin que se hubiesen podido, por un pretexto ó por otro, liquidar las cuentas, así las discusiones entre los dos socios eran cada vez más agrias, al grado de haberle amenazado D. Moisés con una separación completa. El secreto de la baraja era suyo y él tenía bastante dinero con que continuar la partida sin la ayuda de nadie.

---

(1) Juanito Roo era un joven inglés muy simpático, socio de una casa inglesa muy respetable en México.

El licenciado Chupita en verdad que desempeñaba perfectamente la administración del Molino. Las cifras de su contabilidad eran exactas, la acuñación aumentaba y los costales de plata y de harina caminaban con regularidad á Puebla y á México, pero las exigencias de Clara eran cada vez mayores, y su lujo ya escandalizaba á D. Pedro Martín, que la reñía frecuentemente; pero en definitiva el marido tenía que darle fuertes sumas de pesos que apuntaba á su cuenta, lo que equivalía á absorberse más de la mitad de la ganancia mensual.

D.<sup>a</sup> Viviana, la corredora, había adquirido tal influencia y tal dominio en la fábrica de vestuario, que ya la consideraba como suya, y en punto á cuentas se hallaban más enredadas que las de D. Moisés. Relumbrón tenía que pagar al contado las remesas de paño de Querétaro, las rayas y los demás gastos, y á pesar de su influencia en el gobierno, de tarde en tarde la Tesorería general le abonaba dos ó tres mil pesos. D.<sup>a</sup> Viviana, sin embargo, tenía al tanto á Relumbrón de todo lo que pasaba en la ciudad y fuera de ella, y era el vehículo de comunicación con todas las bandas, aun de la que mandaba D. Pedro Cataño. Cada día las redes de D.<sup>a</sup> Viviana se extendían por toda la capital y sus pueblos cercanos, por Texcoco, por Chalco y por el mismo monte de Río Frio. Donde quiera tenía espías y servidores. Era la rueda motriz de la *Gran fábrica de robos*.

D. Pedro Cataño, con las singulares relaciones que adquirió con Escandón, con el marqués de Radepont y con los Peñas, había modificado mucho su carácter y su modo de obrar. Asaltar una hacienda hoy, otra mañana y comenzar otra vez cada semana, no era ni productivo ni conveniente. Los hacendados habrían tenido que sus-

pende forzosamente sus labores, el país quedaba pobre y desierto y los mayores rigores del mundo no habrían sido bastantes para sacar en ese estado de cosas un solo peso, así el terrible capitán de los dorados, cuyo nombre causaba terror á los que no lo conocían, concluyó por establecer tácitamente un *modus vivendi*, como si fuese un alto personaje diplomático, que le proporcionaba la manera de que viviesen ampliamente sus treinta y dos muchachos, de que sin zozobra volviesen los *gachupines* á sus puestos y las haciendas siguiesen sembrando la caña y moliendo la azúcar.

Los treinta y dos muchachos se habían establecido pacíficamente, unos en Yantepec, otros en Cuautlá, otros en Puente de Ixtla, tenían ya sus mujercitas, y se habían aquerenciado y dado á respetar, tanto como los ulanos en Francia. Bastaban tres ó cuatro dorados, para que el alcalde en persona saliese á entregarles las pocas armas de que podía disponer en el pueblo de su mando, ni más ni menos como lo hacían los prefectos terrestres y marítimos de Francia en tiempo de la guerra con los alemanes. Cuando era necesario, D. Pedro Cataño los juntaba en el lugar que le convenía, y los disolvía y les daba suelta cuando no le eran necesarios, y él, libre también, se pasaba lo más del tiempo en la hacienda Grande, en el molino de Flores, con los Cervantes y Camperos, que ni remotamente pensaban que era el jefe de los dorados. Como hemos dicho, lo consideraban como un rancharo rico de la frontera, amigo íntimo del viejo Rascón. Cataño iba á sus excursiones en casa de esos amigos, acompañado del doctor Ojeda, y es oportuno decir cómo se habían encontrado. La última vez que se vieron después del escándalo de la capilla de la

hacienda del Sauz, convinieron en corresponderse por medio de cifras. D. Pedro Cataño escribía precisamente cada semana á su buen amigo el practicante el lugar en que se hallaba y á donde pensaba ir, y el practicante le contestaba con un nombre convenido y cada vez distinto, al punto donde le señalaba su amigo. De esta manera fué fácil al doctor Ojeda encontrar á D. Pedro Cataño á los pocos días de llegado á México, y la cita fué precisamente en el molino de Flores, donde se vieron y se contaron mutuamente sus aventuras, aprovechando la ausencia de los propietarios de tan ameno lugar, que estaban en México ocupados de asuntos graves de familia. El doctor Ojeda exigió decididamente de D. Pedro Cataño que se separase de Relumbrón, manifestándole que un día ú otro debería descubrirse esta gran maraña de robos y asesinatos, y él sería tal vez complicado en tan vergonzosos acontecimientos. Desde luego convinieron los dos en que las alhajas robadas al marqués de Valle Alegre deberían en su mayor parte estar en poder de Relumbrón, pues que el antiguo cochero del conde pertenecía á las bandas subordinadas al coronel y jefe de estado mayor. D. Pedro Cataño reconoció la fuerza de las observaciones de su amigo, y le juró que aprovecharía la primera oportunidad para separarse de Relumbrón y dar otro destino á sus treinta y dos muchachos, que cada día le eran más fieles y se portaban mejor con él.

Una de las veces en que D. Pedro Cataño y Relumbrón se veían, la conversación no fué muy agradable.

—Compañero D. Pedro,—le dijo Relumbrón, (como militares se trataban de compañeros),—los negocios van mal; sepa usted que estoy perdiendo el dinero, el man-



tener á tanta gente, el dar gratificaciones por un lado y por otro el prestar á tanto petardista como hay en México, pero á los que es preciso contemplar, porque son malos enemigos si no se les complace; en multitud de otros gastos se me va más dinero que el que entra en mis cajas, y el mes pasado, como quien dice y no dice, me ha costado una pérdida de cuatro mil pesos. Esto no puede marchar así. Es preciso que usted me ayude, como hemos convenido, y para el mes entrante necesito unos diez ó quince mil pesos. Esos hacendados, que trata usted como si fuesen sus hermanos, se han echado con las petacas, y dan los pesos como quien da una limosna. Haga usted una de las suyas. Amarre usted y fusile, si es necesario, á Escandón ó á uno ó á todos los Garcías, y ya verá como los demás andan en un pié.

D. Pedro Cataño le contestó seca y lacónicamente:

—Si no está usted contento, no tiene más que enviar á la tierra caliente á ese baladrón de Río Frío y á sus cincuenta asesinos, y yo me marcharé á otra parte. Tiene usted tres días para resolverse.

Como al decir estas palabras había vuelto la espalda á Relumbrón, éste lo llamó, le dió mil satisfacciones, le estrechó la mano y concluyó por abrazarlo y asegurarle que jamás se separaría de un compañero tan querido y juntos correrían una misma suerte.

D. Pedro Cataño, por un movimiento de debilidad que no pudo evitar, pareció reconciliarse y permaneció unido á Relumbrón, pero sin darle gusto y resuelto á separarse de un compañero tan farolón y tan pícaro, que ya le chocaba.

El tuerto Cirilo daba también á Relumbrón disgustos

diarios. Se había envalentonado de tal manera, que no se podía aguantar. Rodeado de la mayor parte de los vagos y pillastres de los barrios, emprendía asaltos y robos de su propia cuenta; los pasos en las azoteas tenían ya aterrorizados á los habitantes y el resultado era completamente nulo, pues ó no consumaban el asalto, ó si lo lograban, recogían prendas de un valor insignificante ó ropa usada; además, Relumbrón había notado que á la vez de que se quejaban (por vía de conversación) muchos de sus amigos de haber sido despojados de sus buenos relojes, al salir del teatro ó entrar á su casa, en la tienda de la «Gran Ciudad de Bilbao,» aparecían relojes de oro, es verdad, pero de poco valor y distintos de los que Relumbrón, con pretexto de dar cuerda, había examinado y reconocido en poder de los más íntimos amigos que frecuentaban la tertulia. El tuerto Cirilo era un verdadero cartujo, en la época en que figuraba los lunes en compañía de Evaristo, comparada su conducta con la que observaba bajo la protección del coronel. Recorría las pulquerías que un gobernador del distrito, entusiasta por las mejoras materiales y amante del progreso y de la cultura, había permitido que se estableciesen en las calles más centrales y concurridas de la ciudad, y allí reunido con sus *aparceros*, pasaba las mañanas bebiendo pulque, vociferando, profiriendo las más asquerosas desvergüenzas é insultando á los que pasaban, especialmente á las señoras. D.<sup>a</sup> Severa y Amparo fueron insultadas un día, llamándolas el tuerto Cirilo y la canalla que lo rodeaba, *rotas*... y otras cosas, que las llenaron de rubor, y tapándose las orejas y la cara con la mantilla, se desprendieron con trabajo de la boia que habían formado los borrachos, pretendiendo que les die-

sen un beso... eran esas gentes los amigos de su marido y de su padre.

El licenciado Lamparilla no tenía tiempo ni para desayunarse; andaba de juzgado en juzgado y á la casa de los escribanos para defender á tantos pillos, pues de esas reuniones resultaban forzosamente los escándalos y riñas con su sal pimienta de tranchetazos y puñaladas. No pasaba día sin que tres ó cuatro de la banda de Cirilo cayesen en la *Tlapiloya* (1), y él exigía imperiosamente que se les pusiese en libertad á los tres días.

Relumbrón creyó una mera fábula la narración que D.<sup>a</sup> Viviana le hizo de la escena entre el tuerto Cirilo y el capellán de Nuestra Señora de la Soledad de Santa Cruz.

—Este Cirilo,—dijo Relumbrón con un acento de verdad,—es un solemne ladrón; ha dejado al pobre capellán hasta sin sotana, y ha querido que comulguemos con ruedas de molino. El tiene las alhajas.

D. Santitos, el platero, lo desengañó más tarde, y entonces con el mismo acento de convicción, dijo:

—Después de todo, Cirilo es un buen muchacho.

Al capitán de rurales lo tenía también entre ceja y ceja. Las diligencias habían sufrido algunos asaltos en el Pinal, que eran dirigidos por Hilario, que mandaba á los valentones ociosos á que hicieran de las suyas por el camino y por el monte de la Malinche. Tlaxcala estaba continuamente amagada, y una noche, antes de las ocho, entró una partida de diez hombres hasta la plaza, robó la tienda de la esquina y se salió paso á paso, y lo más que hicieron los habitantes fué cerrar sus puertas y atrancarse por dentro.

---

(1) La cárcel.

El asalto al curato de Coatlinchan, que naturalmente hizo mucho ruido en Texcoco y aun en la capital, disgustó mucho á Relumbrón, y cuando Evaristo le enseñaba su sombrero traspasado de parte á parte por el balazo que le tiró el cura, Relumbrón dijo para sus adentros:—Si le hubiera dado en la mitad del cerebro, qué fortuna hubiera sido.—Costaba mucho dinero á Relumbrón esta banda de ladrones que no le daba ninguna utilidad, pues no se había podido realizar ningún golpe de provecho, y cavilaba día y noche en modificar su organización ó deshacerse de tan mala gente. El único de sus dependientes que lo tenía contento era Juan. Las labores de la hacienda nada dejaban que desear; las cosechas abundantes, el ganado bien cuidado, las cuentas al día. Juan se había dedicado en cuerpo y alma al trabajo y no se mezclaba en nada, ni preguntaba nada, y evitaba todo género de indagaciones que lo pudiesen comprometer. Notaba ciertas cosas irregulares y extrañas, como por ejemplo, los treinta y dos muchachos tan bien vestidos y montados que entraban y salían á la hacienda, ya juntos, ya separados, y no acertaba á saber si era una fuerza organizada por el gobierno ó una gavilla de ladrones, ó de pronunciados que iban á merodear y se reunían de tiempo en tiempo, habiendo elegido la hacienda por su cuartel general. Desde que llegó D. Pedro Cataño, fijó su atención en él y no tardó en reconocer por su fisonomía y por la cicatriz que marcaba su frente, que era el mismo desgraciado oficial que fué fusilado por orden de Baninelli, pero se guardó muy bien de esclarecer el misterio. Disimulaba éstas y otras cosas, se hacía el desentendido, trataba muy bien á cuantos se presentaban en la finca, y tiempo le faltaba para trabajar y

cumplir sus obligaciones. Relumbrón sabía apreciar bien esta discreción, y sin quererlo tenía verdadera simpatía por el único hombre de bien que contaba entre su variada pandilla.

Pero por más que quedase satisfecho del estado de la hacienda, en la última visita que hizo, no era esto bastante, y necesitaba un lance que fuese parecido en utilidad al de las cinco mulas cambujas.

Se le habían clavado en el cerebro, y las tenía como fotografiadas, dos casas. La del conde del Sauz y la de Pepe Carrascosa. En las dos había dinero y mucho. El producto de la caballada y mulada, vendidas en la feria, estaban en las cajas de la casa de la calle de D. Juan Manuel, y Pepe Carrascosa, que debería tener mucho dinero en oro y sobre todo en alhajas y curiosidades de un valor inapreciable, y si lograba que cayesen en su poder, se proponía venderlas en Europa, á donde un día ú otro tenía la intención de hacer un viaje.

Estos golpes maestros eran de suma utilidad, especialmente el de la calle de D. Juan Manuel, y no veía otro medio sino intentarlo personalmente, pero quería que esto coincidiera con otro acontecimiento que llamase la atención del público.

La llegada del licenciado D. Crisanto Bedolla á la capital, después de estar meses y meses desterrado, vino como de molde á sus proyectos.

Lamparilla, fiel amigo (hasta cierto punto) de Bedolla, fué á recibirlo en su coche hasta Tlalpam. Se figuraba encontrarlo flaco como un bacalao, enfermo, postrado hasta no poderse tener en pié. Nada de eso; Bedolla estaba alegre, gordo, fuerte y vanidoso, y engreído por haber sufrido una injusta persecución por la patria y por

sus opiniones políticas, solamente que estaba muy amarillo y vestido de una manera extravagante, con un saco, ó más bien dicho, un costal de *nipe* atado á la cintura con una correa, y unas zapatillas de tafilete encarnado.

Los primeros días sufrió mucho Bedolla. Al día siguiente de llegado al puerto de Acapulco, lo trasladaron á la isla de Caballos y lo dejaron con un cántaro de agua y unas galletas duras en una choza de palma. Los mosquitos hambrientos cayeron en nubes sobre el extranjero que venía tan á propósito á servirles de pasto; pero al día siguiente, Comonfort, administrador entonces de la Aduana, que supo la llegada de Bedolla, se interesó con el comandante de las armas y fué trasladado al castillo y alojado en un buen pabellón, como si fuese uno de tantos oficiales que estaban de guarnición. En el curso del tiempo tenía la ciudad por cárcel, comía en casa de Comonfort (insigne gastrónomo), pescado fresco, frutas y dulces exquisitos y vinos de lo mejor.

Esto y mucho más, relativo á su persona y al puerto de Acapulco, contaba Bedolla á su amigo, mientras el coche con muy buen tronco de mulas caminaba por la calzada con dirección á la ciudad, donde entró al cabo de hora y media. Detuviéronse en un almacén donde había 200 mil piezas de ropa hecha. Bedolla se vistió allí de redondo desde la camisa hasta los botines, dejando abandonado y para tirarlos al carretón, su saco de *nipe* y sus demás trastos como él llamaba á su ropa.

Lo primero que preguntó Bedolla cuando ya estuvieron instalados en el salón de la casa de Lamparilla esperando que el criado avisase que la comida estaba servida, fué el estado que guardaba el negocio de los bienes de Moctezuma III, negocio en que cifraba toda su espe-

ranza para retirarse á su pueblo á vivir tranquilo, pues estaba resuelto á no mezclarse en política. Tenía ya bastante experiencia, estaba desengañado y no obstante la bondad y los favores de Comonfort había sufrido mucho en esa costa ardiente de Acapulco, donde, según San Agustín, no podían vivir seres humanos.

Lamparilla, con el más grande aplomo, le contestó que el negocio de los bienes de Moctezuma III lo consideraba enteramente perdido, que por el influjo de personas muy respetables se había ya declarado heredero directo de Moctezuma II á un grande de España y que no había remedio. Sin embargo no quitaba el dedo del renglón, pero en verdad con pocas esperanzas.

—Pero no importa esto,—añadió,—tenemos un amigo muy influyente con el primer Magistrado de la República, y me ha prometido enderezar el negocio en cambio de servicios muy importantes que tenemos que hacer á la patria. No quiero anticiparte nada, él mismo te dirá el plan mañana á las once. Ya sabe tu llegada y estamos citados.

Bedolla meneó la cabeza con aire de duda, no quedó muy contento, pero al último no podía hacer otra cosa sino dejarse guiar por su amigo; y en efecto, á la hora citada la junta se verificaba en el gabinete reservado de la casa de Relumbrón.

La República aparentemente estaba en paz, y salvo la invasión de los Dorados en la tierra caliente, que ya estaba olvidada, ningún otro suceso grave había ocurrido que llamase la atención del público, pero los partidarios de la reacción azuzaban secretamente al gobernador de Jalisco para que *saltase las trancas*, y los sansculotes exaltados excitaban al gobierno, y por todos

los medios posibles para que diese un *golpe seguro* al gobernador. Era una doble conspiración sorda, pero tenaz y persistente. Relumbrón se aprovechaba de este estado de cosas para dar él su *golpe seguro* á la casa de la calle de D. Juan Manuel, y perfeccionar el plan apenas bosquejado hacía pocos meses.

Relumbrón se hallaba sentado en un sillón dorado (que en ese tiempo sólo se usaba en las iglesias), envuelto en una bata de seda azul celeste, zapatillas del mismo color, bordadas de oro por su hija Amparo, y un gorro griego calado hasta las cejas.

Cuando Lamparilla y Bedolla aparecieron en el marco de la puerta, los recibió con una amable sonrisa llena de dignidad, y con los ojos les hizo seña de que acercasen unas sillas y se sentasen.

—Un poco acatarrado, mala noche, destemplanza... no es cosa... ya pasará.

—¿Habrà venido el médico?...—dijo Lamparilla con interés.

—No, no creo que sea necesario... veremos... me han recomendado á un doctor Ojeda, que es un prodigio para el diagnóstico. Acaba justamente de calarse la borla de doctor.

—Ya lo creo,—contestó Lamparilla,—nada menos es médico del marqués de Valle Alegre, y según se cuenta resucita muertos.

—Cabal,—interrumpió Relumbrón,—y precisamente es el marqués de Valle Alegre quien lo ha recomendado á mi familia; pero repito, mi catarro no vale la pena y se reirá el doctor Ojeda si lo llamo por tan poca cosa; no hay que hablar de esto y no perdamos tiempo, porque mis horas son contadas (y sacó el reloj), y de aquí á la



hora del almuerzo tienen de venir más de cuatro personajes (esperaba á Evaristo con quien quería concertar el asalto á la casa de la calle de D. Juan Manuel). ¿Cómo ha ido por esas tierras calientes, licenciado?—continuó dirigiéndose á Bedolla.

Bedolla iba á contestarle pero Relumbrón anticipó la respuesta.

—Ya veo licenciado que no tan mal, gordo, muy gordo, pero amarillo, muy amarillo, el sudor; por lo demás bien, muy distinto y muy mejorado respecto á como lo ví la última vez en palacio, después del regaño del tío, pero él es así, no se acuerda ahora de nada, ni aún se acordaba de que estuviese usted preso en el castillo de Acapulco; Lamparilla lo sabe, se lo he contado todo. Se trata ahora de encomendar á usted una misión de la más alta importancia, nada menos quizá de salvar á la patria, y usted será su salvador. Ya verá si es grave el negocio.

Bedolla abrió la boca para hablar, pero Relumbrón no se lo permitió y continuó:

—Ya sabe usted mejor que yo que el gobernador de Jalisco es enemigo mortal del Presidente.

Bedolla quiso otra vez hablar, pero apenas pudo inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

—Un día ú otro,—prosiguió Relumbrón,—nos dará un dolor de cabeza. Es menester evitarlo, ¿me entiende usted?

—Perfectamente,—pudo contestar Bedolla.

—El modo es muy fácil y sencillo. Se marcha usted rumbo á Jalisco, me busca usted á Valentín Cruz, cuyo indulto está sobre la mesa, y puede tomarlo, ese sobre con el sello de la Secretaría de guerra.

Bedolla se levantó y tomó la carta que le indicaba Relumbrón.

—Una vez asegurado Valentín Cruz de que no será perseguido por el gobierno... Ya me entiende usted... reunen su gente... y se pronuncian por la reacción, proclamando dictador al gobernador de Jalisco... naturalmente, esto le halaga... cae en el lazo, acepta y modifica el plan á su gusto, y ya lo tenemos... Las numerosas fuerzas dispuestas y avisadas con tiempo, caen sobre él, lo destrozan y hacen pedazos.

—¿Y nosotros?—se atrevió á preguntar Bedolla.

—Parece que ahora comienza usted á ocuparse de política, licenciado, cuando se ha envejecido en ella. Ustedes, en el momento que las tropas del gobierno se acerquen, abandonan al gobernador, y se vienen á presentar á México. Valentín Cruz será confirmado en su grado de general, y usted ocupará uno de los primeros puestos del Estado. Le doy mi palabra. Dinero no faltará, y entiéndase con su tocayo Lamparilla. Con que hemos concluído, y feliz viaje, licenciado. Tenemos confianza y los trato como amigos.

Relumbrón se levantó de su sillón y les tendió la mano; los dos licenciados se la estrecharon y salieron del gabinete.

—No hay que decir por ahora nada al Presidente,—dijo Relumbrón luego que vió salir á los licenciados,—veremos qué hace este Bedolla y el resultado que tiene este lío. De todos modos, Baninelli tiene ya sus instrucciones; Jalisco está rodeado de tropas fieles, y si el gobernador se alucina, se da un frentazo. Entonces será tiempo de que yo refiera al tío que me debe este pequeño servicio. ¿A qué horas vendrá este bribón de D. Pedro Sánchez?

Parece que D. Pedro Sánchez oyó el elogio, pues acabando de decir Relumbrón estas palabras, asomó por la puerta la cabeza grande y mechuda de Evaristo.

Regresó Lamparilla á su casa en compañía de Bedolla, y sentados los dos, sin que les pudiera pasar el asombro de la volubilidad con que Relumbrón había trazado en pocas palabras un gran plan revolucionario, se entregaron á diversas reflexiones.

Lamparilla juzgó el plan como muy peligroso. Las revoluciones comienzan un día, pero no se sabe cuándo acaban ni á dónde van á dar, pero se guardó muy bien de hacer estas reflexiones á Bedolla, y se anduvo en la conversación con pormenores de ninguna importancia. Quería que Bedolla, con un motivo ó con otro, se entretuviese en algo y se alejase de México, para que llegado el día de la reconquista (que no veía muy lejos) de los bienes de Moctezuma III, no viniese á reclamarle la parte considerable que le había ofrecido. Una vez repartidos los bienes entre él, D.<sup>a</sup> Pascuala y Moctezuma III, ya vería como lo contentaba dándole cualquier cosa. Meditaba también no darle nada á Espiridión y menguar cuanto pudiese la parte de Relumbrón.

Bedolla por su parte no fué esplicito en la conferencia que siguió á la visita de Relumbrón. Tampoco le parecía bien combinado el plan, pero él se reservaba á mejorarlo según las circunstancias se fuesen presentando.

Bedolla, cuando llegó á México la primera vez, era liberal exaltado, cuando fué juez se convirtió en liberal moderado, y durante su residencia en Acapulco se convirtió en un reaccionario tan furioso, que opinaba hasta por el restablecimiento de la Inquisición. Por todos los poros de su cuerpo respiraba venganza, cuando recor-

daba la manera indigna con que había sido tratado por todos los que, cuando tenía entrada franca en los salones de palacio, le iban á adular y hacer antesala á su casa. De Lamparilla mismo no estaba muy satisfecho. En vez de mandarle una mesada fija, cada dos ó tres meses recibía unos miserables cien pesos, y no era eso lo tratado. Lamparilla tenía muchos negocios, ya iba para millonario y debía haber dividido sus utilidades con él.

La proposición de Relumbrón, aunque disparatada, convenía mucho á los planes del licenciado Bedolla. El Sur de Jalisco era todo de ideas reaccionarias. Una vez que encontrase á Valentín Cruz y lo pusiese al tanto de cómo andaban las cosas, con el salvo-conducto que le entregaría, podría recorrer libremente esa parte del Estado y preparar la gente. El gobernador de Jalisco, reaccionario hasta los huesos, si no adoptaba el plan, proclamándolo dictador, dejaría por lo menós desarrollarse los acontecimientos. Las tropas del interior, en vez de atacar á los pronunciados, secundarían el plan, y el presidente, viéndose el peligro, no sólo de perder el puesto, sino tal vez la vida, abandonaría el país, se iría á Turbaco, á Cartagena ó á San Tomás, y dejaría el campo libre á su rival. Bedolla entonces sería el hombre de la situación.

Por este estilo, la venganza y el aspirantismo unidos, le sugirieron un mundo de ilusiones. Los dos amigos se engañaron mutuamente sobre su modo de pensar, respecto á la política, y Bedolla, provisto de algunos cientos de pesos, partió de México, echando una mirada feroz á los ricos muebles, á la lustrosa carretela y á las mulas limpias y gordas que estaban amarradas en el patio de la casa de Lamparilla, prometiendo volver triunfante.

dentro de pocos meses, y vengarse de todos sus enemigos, y hasta del mismo Lamparilla.

El viaje fué feliz y llegó sin accidente á su pueblo, donde su padre, el viejo y honrado barbero, lo recibió con los brazos abiertos. Se le llenó de flores la mesa como á los que salen de ejercicios, se colgaron ramajes en las puertas de la casa, se convidó al cura y al prefecto, que no concurrió por estar ausente, y las gentes del lugar, la mayor parte fanáticas y reaccionarias, se pusieron muy contentas con la llegada del famoso licenciado, y lo invitaron á comer y le mandaron abundantes regalos. Bedolla tenía la aureola de mártir, y los fanáticos llevaban la exageración al grado de decir que de noche, la cabeza de Bedolla estaba circundada de luces de azul, rojo y oro.

Valentín Cruz, que andaba á salto de mata, había estado precisamente algunas horas antes oculto en la casa del padre de Bedolla, y se había marchado rumbo á Mascota. Escribióle Bedolla dándole parte de su indulto, se enviaron correos de á pié y de á caballo, por distintos rumbos, y antes de dos semanas, Valentín Cruz entraba en triunfo en un buen caballo y seguido de los tres muchachos, compañeros de Valeriano y de Romualdo en el pueblo la Encarnación. Esos troneras, ya un poco ricos y fastidiados de escoltar á Chupita, ó estar ociosos en la hacienda de Arroyo Prieto, habían pedido licencia á Relumbrón para regresar á su casa, y en el camino habían encontrado á su antiguo jefe, y amigo.

La liga estrecha entre Bedolla y Valentín Cruz hizo el más grande efecto en el pueblo. En la calle y aun en la casa misma del prefecto no se hablaba más que de un pronunciamiento por la religión, por los fueros y por la dictadura perpetua.

Platicaron, combinaron su plan y resolvieron juntar alguna gente de pelea, darse cita y reunirse un día dado en San Pedro. Allí se pronunciarían en primer lugar por el gobernador, y después seguirían los demás artículos. ¿Cómo los había de perseguir el gobernador? Imposible. En todo caso no arriesgaban ni lo negro de una uña. Así se lo aseguró Bedolla á su padre, cuando dándole un estrecho abrazo se separó de él, montó á caballo y partió á la campaña seguido de Valentín Cruz y los tres muchachos aventureros.

---

Una noche el gobernador de Jalisco, después de tomar su parca cena (pues siempre estaba de dieta), y de rezar sus devociones, se retiró á su recámara y se disponía á entrar en las sábanas, cuando se le presentó San Ciprián y le entregó una carta.

San Ciprián era un tapatío brusco, osado, valiente, audaz, fuerte, pues tenía un cuerpo que pasaba de dos varas, una cabeza, una melena y una fisonomía de león africano, unas espaldas anchas, unas gruesas muñecas y unas manos enormes. Con un revés había aplastado la cara á varios soldados. Era coronel, ayudante del gobernador y fiel y adicto como un perro.

—Es un anónimo,—le dijo el gobernador á San Ciprián.—Veremos qué dice.

Se puso los anteojos, y leyó:

«Un amigo íntimo de usted le participa que esta noche habrá un pronunciamiento en San Pedro, pero no haya cuidado. El grito será *Religión y Fueros*, nombrando á usted *Dictador*.»

—Ya desborda la opinión,—dijo el gobernador des-

arrugando su cara siempre adusta y quitándose los anteojos.

No sé qué será esto, puede ser un chisme para desvelarme, ó una celada, ó un motín para robar, qué sé yo, pero sea lo que fuere, en Jalisco no se ha de mover una mosca sin mi permiso.

Mira, San Ciprián, ve á los cuarteles, toma un batallón del regimiento de Tepic y un escuadrón de lanceros de Jalisco, y te vas á paso de carga á San Pedro á ver lo que pasa. Ya te sigo; que monte mi escolta.

El autor del anónimo, era el licenciado Bedolla.

San Ciprián, sin darse mucha prisa, se fué á los cuarteles, y antes de una hora la columna estaba organizada, y á paso veloz atravesaba las calles de Guadalajara y se dirigía á San Pedro. San Ciprián á pié iba delante.

Los pronunciados, en corto número, se habían reunido en San Pedro en la antigua casa de Valentín, y muy tranquilos y saboreando copitas de mezcal, discurrían sobre el efecto que habría causado al gobernador la lectura del anónimo, y suponían que dormiría muy descansado en la noche, y á la mañana temprano vendría en persona á enterarse de lo ocurrido. Si aceptaba el plan, tanto mejor, y si por modestia no lo admitía, se disolverían pacíficamente, dejando para mejor ocasión el hacer otra prueba. En todo caso tenían en el bolsillo el indulto del gobierno general, y como tenía la fecha en blanco, la llenarían el día que les conviniese. Era Bedolla el que hacía estas reflexiones, y los que le escuchaban las aprobaban con signos visibles, y aun palmoteaban para celebrar el claro talento del secretario del general Valentín Cruz, pues tal título tenía, esperando serlo antes de ocho días del gobernador de Jalisco.

Los muchachos aventureros no estaban en la reunión ni bebían mezcal, sino que en compañía de otros amigos de su edad, estaban en la calle formando un grupo, diciendo chuscadas, platicando de muchachas, contándose sus aventuras desde que no se habían visto, y riendo á carcajadas por cualquier tontería.

Uno de ellos gritó repentinamente :

—¡Estamos vendidos! ¡Bedolla nos ha traicionado!

Era que San Ciprián, con unos diez soldados de descubierta, estaba ya sobre ellos con la espada desnuda.

Los muchachos sacaron sus pistolas é hicieron fuego á quema ropa.

—¡Cara... amba! no se recibe de este modo á los amigos.—Se hizo á un lado San Ciprián, y gritó:—¡Fuego!...

Avanzó la primera compañía é hizo una descarga cerrada.

—¡Me han llevado una oreja!—rugió San Ciprián.

¡Cara... amba!—y volvió á gritar:—¡Fuego!...

Se avanzó la segunda compañía y descargó sus fusiles sobre un grupo que salía huyendo de la casa de Valentín Cruz.

Después todo quedó en silencio.



## CAPÍTULO XLIX

### En la calle de D. Juan Manuel

**F**UÉ Serapio, uno de los tres muchachos que, estando bien hallados en la hacienda de Arroyo Prieto, quisieron, como hemos dicho, buscar nuevas aventuras, quien contó á Relumbrón y á Lamparilla, que se hallaban justamente de paseo en la finca, el inesperado desenlace del segundo pronunciamiento de Valentín Cruz, y el fin trágico de este caudillo y de su secretario el licenciado D. Crisanto de Bedolla y Rangel.

Serapio fué el primero que descargó su pistola á quemarropa sobre San Ciprián y el primero también que corrió á uña de caballo, escapando milagrosamente de la primera descarga. Lo que hizo, aprovechando la confusión y la noche, fué entrar á Guadalajara y refugiarse en casa de sus parientes, y allí al día siguiente supo que sus dos compañeros habían sido heridos y conducidos al hospital, que Valentín Cruz se había defendido como un

valiente, trabándose una lucha personal entre él y San Ciprián, y que el licenciado Bedolla, queriendo huir sin duda, había recibido como veinte balazos en la espalda. Pasado el susto y temiendo Serapio ser perseguido, determinó volver á la hacienda, donde por lo menos tenía casa y pan seguro.

Cuando acabó Serapio su relación (pues por el correo nada se había sabido hasta entonces), se retiró á descansar, y Lamparilla y Relumbrón quedaron solos.

—Me lo temía,—dijo Lamparilla,—¡pobre Bedolla! ¡qué pronto dió fin á su empresa! pero yo me lavo las manos, se lo dije, y se lo repetí al despedirme, nunca aprobé su plan. Mi conciencia está tranquila.

—Más está la mía,—le contestó Relumbrón.—Le confié una comisión delicada creyéndolo un hombre de mundo y de experiencia, y no un niño ni un imbécil, que fué á meterse en la boca del lobo, y al fin, y según nos lo ha contado, todo fué en sustancia culpa de Serapio, pues si no dispara su pistola... es claro que...

—Los hubieran cogido á todos,—interrumpió Lamparilla,—y amarrados los mandan á México.

—Ya eso hubiera sido otra cosa, y además, amigo mío, el que se mete en la política que se llama militante, algo tiene que exponer... ¿qué quiere usted? el destino, la fortuna, y en realidad, un pícaro menos en el mundo y un revolucionario de menos en México. El tío no podía ver ni pintado al tal Bedolla, y no sentirá mucho su muerte.

—¿Y qué va á decir el tío, como usted le dice al Presidente, cuando le refiera usted los pormenores?

—Lo esencial es que Valentín Cruz, que era el coco de Jalisco, desapareció de la escena, y de todas mane-

ras es una ganancia... y ya pensará usted que nadie me dirá que sea desagradable, y yo, en verdad le he hecho un gran servicio y trataré de sacar todas las ventajas posibles.

Con estos y otros propósitos relativos al suceso, los dos amigos montaron en el coche que ya los esperaba en la puerta de la hacienda para regresar á México, y como se ve no derramaron ni una lágrima por la muerte del famoso licenciado. A Relumbrón, que apenas lo conocía, le era completamente indiferente, y Lamparilla, por su parte se alegraba en su interior de no tener un amigo que ya le molestaba, y que no hubiera dejado de causarle muchas dificultades cuando llegara un día de liquidar el negocio de Moctezuma III, que era únicamente cuestión de días. ¡Así es la naturaleza humana! y con razón dicen los rancheros de tierra adentro, que no hay más amigo que Dios, ni más pariente que un peso.

Sucesivamente fueron llegando á México cartas de Guadalajara en que bajo reserva contaban el suceso de mil maneras distintas. Los enemigos de San Ciprián aseguraban que el licenciado Bedolla tenía una muchacha muy guapa á quien protegía, y que San Ciprián supuso un motín (que no había sido más que un día de campo que duró hasta el anochecer) para asesinarlo cobardemente y quedarse con la muchacha, saciando su rabia aun después de muerto el pobre licenciado disparándole muchos balazos, pues su cuerpo parecía un arnero.

Otros referían que no era más que una humorada del *tirano de Jalisco*, que nunca dormía tranquilo si no derramaba sangre en la mañana, ó en la tarde después de comer. Se cambiaron comunicaciones reservadas muy importantes entre el ministerio y el gobernador de Jalisco;

se mandó instruir una causa y poner preso en su cuartel á San Ciprián; los periódicos se ocuparon y establecieron una polémica tremenda, los unos en favor de San Ciprián y otros en contra, hasta el grado de haberse verificado dos desafíos, sin resultado, á pesar de que se batieron con pistolas de *Cukenrait* que, con permiso del gobernador, les prestó Nacho Castera (1), en fin, un ruido y una bola espantosa, resultando que el gobierno quedó muy contento con haberse quitado de encima á Valentín Cruz y á su secretario, quedando el finado licenciado Bedolla declarado, por la mayoría de la prensa, *mártir de la patria*.

Para concluir con la fugaz y desgraciada carrera política del licenciado que con tan buenos auspicios comenzó á brillar en la capital, diremos, refiriéndonos siempre á los rancheros de tierra adentro, *que Dios castiga sin palo ni cuarta*, y que no hay más que fijarse en los sucesos humanos y seguir la carrera tortuosa de las gentes para convencerse de que un día ú otro las malas acciones reciben un castigo terrible el día menos esperado. Bedolla, que hizo derramar tantas lágrimas á los infelices vecinos de la casa de Regina, que en vez de buscar á Evaristo, el verdadero asesino, condenó á muerte á los que no habían tenido ninguna parte en el crimen, vino á terminar su vida en una empresa de desorden y de ambición, y en la realidad su muerte no fué sentida sino de su padre.

Para el pobrecito barbero del pueblo de la Encarnación, su hijo, como letrado y como orador, era superior á Cicerón; como valiente y como militar, Napoleón

---

(1) Esas célebres pistolas, cuyo autor tiene un nombre alemán, difícil de escribir, las tenían muy pocas personas en México, y entre ellas Castera, excelente tirador.

era un triste cabo de escuadra comparado á él, y como severo y honrado, Catón era un perdulario, junto al esclarecido Bedolla. Todos estos nombres de Napoleón, Catón y Cicerón, era Bedolla mismo quien le había revelado que tan esclarecidos hombres habían existido, y él guardaba religiosamente estos recuerdos históricos para poder hacer, cada vez que se ofrecía, comparaciones con su hijo, á medida que la ocasión se le presentaba. Pocos días antes de que saliese Bedolla para la capital en la segunda expedición que hizo y que hemos ya contado, rogó á un muchacho del pueblo que había cursado en la Academia de San Carlos la clase de dibujo, que lo retratara, y lo verificó con carboncillo y desfomino y no salió tan mal. Este retrato lo colocó el barbero en un marco antiguo de un Señor San José, y los jueves, mientras el patriarca estaba relegado y boca abajo en un rincón, á la imagen sombría de Bedolla le ardían dos velas de cera. Para el barbero, valía tres veces más su hijo que el casto varón con todo y su vara de azucenas. ¡El amor de padre no tiene límites!

Tantos días como pudieron los vecinos del pueblo, que estimaban mucho al barbero, le ocultaron la tragedia terrible de San Pedro, pero ya el viejecito estaba inquieto é iba de casa en casa tratando de indagar lo que en verdad había acontecido, preguntando sobre todo por su hijo, á quien, aunque derrotado, esperaba ver de un momento á otro. En ninguna parte podría encontrar mejor refugio que en su pueblo, pues nadie lo había denunciado y el prefecto mismo estaba complicado hasta cierto punto, pero el hijo no venía y fuerza era desengañarlo, porque aburría á todo el mundo y no dejaba descansar á ninguna de las gentes que encontraba en la ca-

lle; el cura y el prefecto mismo se encargaron de esta triste misión.

—Vamos, amigo,—le dijo el cura,—es necesario que se arme usted de valor.

—¡Cómo! ¿qué me va usted á decir, señor cura? ¿le ha sucedido alguna desgracia? Supongo que me viene usted á hablar de mi hijo.

—Nada, no se alarme usted... está prisionero...

—En Acapulco otra vez, en esta tierra maldita, donde se lo comerán las serpientes y los alacranes,—respondió el barbero con una cierta entereza, pues con tal de que su hijo estuviese con vida, le daba cierto orgullo el que sufriese por la patria. Recordaba que regresó de la prisión gordo, sano y contento, y esto le volvió la alma al cuérpo.

—No precisamente en Acapulco,—continuó el cura, que no sabía como acabar de darle la infausta noticia,—sino en un hospital.

—¡Enfermo, sin duda, enfermo á causa de las fatigas de la campaña!—interrumpió el viejecito.

—No precisamente enfermo,—dijo el cura,—sino herido.

—¡Herido! ¡herido! ¡Válgame Dios! ¿herido mi hijo, herido?

—Sí, sí, resígnese usted, amigo,—continuó el cura,—y de alguna gravedad.

El barbero abrió la boca y quiso pronunciar alguna palabra, pero le fué imposible.

—¿Para qué le hemos de ocultar á usted la verdad?—dijo el prefecto, que ya estaba impaciente y no quería prolongar más los sufrimientos del anciano,—la duda es más terrible. Bedolla murió en el campo de batalla como

un mártir. Resignación, amigo, conformidad, aquí estamos nosotros para darle las fuerzas y el valor necesario para soportar tamaña desgracia.

Pero el viejecito abría más la boca y meneaba las manos, y revolvía las pupilas en los ojos... Se levantó de la silla, como queriéndose echar en brazos del cura, pero no pudo y cayó de espaldas, sofocado del dolor.

Dejemos ya en la eterna paz de la tumba á Bedolla y á su pobre padre, y volvamos á ocuparnos del amigo Relumbrón. Todo el ruido que causó el suceso que acabamos de referir le venía como de molde para realizar su empresa.

Era el momento de obrar. El golpe á la casa solariega de D. Juan Manuel tenía que darlo personalmente, pero encontraba más dificultades que las que á primera vista se presentaban. Convenía apartar, ó suprimir si era necesario, al antiguo dependiente de la casa. Era este don Lucio Quintana, gachupín de teta y nalga, como dicen también los del interior, testarudo como un burro, honrado hasta la exageración y mezquino hasta la miseria; había servido durante treinta años al conde, sufriendo, sin alterarse, todas las tempestades y regaños, y respondiendo invariablemente: «muy bien señor conde, se hará lo que su señoría disponga,» con lo que lograba aplacar los ímpetus de su amo. Ya en la hacienda unas temporadas, ya en la casa de la calle de D. Juan Manuel otras, llevaba sus cuentas en un libro forrado de badana encarnada, por un sistema que, lejos de ser doble, era el más sencillo y más claro del mundo, pues constaba en los asientos una razón muy circunstanciada del motivo por que entraba ó salía el dinero, para lo que obraba de entero acuerdo con Agustina, que era la

tesorera. Si por el carácter peculiar del conde y la manera desordenada en que llevaba sus negocios, se perdían algunas cantidades, D. Remigio y D. Pedro Quintana estaban prontos para advertir los errores y hacer los cobros, y sobre todo la fortuna ayudaba por ese lado al conde, y sus cuantiosos bienes daban para todo.

D. Lucio Quintana, durante los años de servicio que contaba al lado del conde, había economizado casi todos sus sueldos, pues tenía la casa y la comida, y con un par de zapatos cada seis meses y un vestido redondo de paño burdo cada año estaba perfectamente. Había ya comprado una casita por el Puente de Alvarado y prefería vivir en ella especialmente cuando Agustina estaba en la hacienda. Asistía desde las diez hasta las cuatro de la tarde al escritorio, que estaba en una pieza baja, frente al cuarto del portero, á esas horas se retiraba, daba sus paseos por la Alameda, al oscurecer se encerraba en su casa y á las nueve de la noche estaba ya durmiendo. Cuando las cajas estaban muy llenas, con discreción y en un coche del sitio iba llevando las talegas al montepío, donde el conde siempre tenía en depósito una fuerte cantidad. Escribía al conde ó á D. Remigio cuatro letras, y esto era lo más fuerte de su trabajo.

Era, pues, de toda necesidad, ocuparse en primer lugar de este dependiente. Relumbrón, en sus conversaciones con el marqués de Valle Alegre, había sabido lo que acabamos de referir y otras cosas más, acerca de la casa de la calle de D. Juan Manuel.

El marqués de Valle Alegre conocía los interiores hasta los más insignificantes de la casa del conde del Sauz, no sólo por su parentesco, sino por las indagaciones que tuvo que hacer antes de su desgraciado viaje á la hacien-



da, y por las largas confianzas de D. Remigio, que le tomó mucha afición durante su convalecencia, reconociendo su noble y franco carácter y en el fondo benévolo y bueno; así, Relumbrón se complacía en platicar en su tertulia de estas cosas con el marqués, dejando el tresillo y las discusiones sin interés con las demás personas que concurrían, y el marqués, por su parte, queriendo captarse la voluntad de su futuro padre político, nada le ocultaba é iba perdiendo la repugnancia que tenía por Relumbrón, único obstáculo que le impedía el decidirse resueltamente á casarse con Amparo.

¿Qué hacer, pues, con D. Lucio Quintana? La resolución urgía. De un momento á otro podría volver Agustina de la hacienda, ó el conde mismo, como lo anunciaba D. Remigio en la última carta que le escribió al marqués, ó lo que era más inmediato, que estando las cajas de cedro llenas de talegas de pesos con el producto de las ventas del ganado en la feria de San Juan, Quintana las trasladase al montepío. Después de desvelarse varias noches, de concebir mil proyectos distintos y de hablar con Evaristo, de quien, á su pesar, tenía necesariamente que valerse, resolvió *suprimir á Quintana*, pues si se dejaba existir, al día siguiente sería descubierto el robo.

Quedaba el portero. No había que vacilar. Suprimir también al portero.

¿Y qué se hacía con las criadas viejas? Ya verían...

Evaristo apoyaba estas ideas, animaba á Relumbrón que vacilaba y adrede inventaba obstáculos y se comprometía á hacer personalmente estas operaciones, sin ruido ni escándalo.

Faltaba que resolver una dificultad. El dinero era mucho y la mayor parte en plata. ¿Cómo sacarlo sin

ser descubierta y dónde se guardaba inmediatamente, pues no podía entrar ni á la casa de Relumbrón, ni al taller de vestuario, ni mucho menos al montepío ó la casa inglesa donde guardaba sus fondos? Eso sería después y poco á poco y bajo diferentes motivos.

Los desanimó esta dificultad, y en las diversas conferencias que con este motivo tenían, Evaristo y Relumbrón estuvieron á punto de abandonar el proyecto.

La casualidad, que hasta entonces favorecía siempre á Relumbrón, les volvió el ánimo. Una casa grande, pero en completa ruina, se remataba en pública almoneda ese día mismo, para liquidar una testamentaria. Relumbrón vió en el periódico oficial el aviso é inmediatamente fué á verla y la encontró que ni mandada hacer. Un patio extenso, zahuán grande por donde podría entrar un coche, y piezas apartadas y enmascaradas unas con otras, un verdadero laberinto de los que solían construir los primeros españoles que, habiendo hecho alguna fortuna en el comercio, se *fincaban* después.

Encargó á Lamparilla que la comprase en su nombre, pues intentaba regalársela y darle además en cuenta de honorarios lo que necesitase para la reparación completa. Lamparilla podía construirse un palacio. Al sordo se lo dijeron. A las tres de la tarde que concluyó la almoneda, Relumbrón era dueño de la casa. Uno de sus coches, el primero que había tenido, que por pasado de moda y viejo estaba consignado en un rincón de la cochera bajo el pretexto de que estorbaba y era menester dejar lugar para colocar el nuevo carruaje que efectivamente había encargado á París, lo mandó á la casa de Balbanera, y de pronto quedaron allí también las mulas. Preparado así todo, les faltaba una persona que les ayu-

dase, y echaron el ojo sobre Valeriano, que precisamente había pedido una licencia para dar una vuelta por su tierra y saber la suerte que habían corrido sus amigos heridos en la escaramuza de San Pedro. Relumbrón se la concedió, pero le previno que viniese á México y se detuviese algunos días con el objeto de que llevase ciertos encargos á Jalisco. Valeriano se despidió de Juan, de Romualdo y de los demás dependientes de la hacienda, y vino de pronto á habitar la casa de Balbanera y á tener cuidado de las mulas, quedando pagado y despedido el portero.

Nada faltaba ya, sino elegir el momento de dar el asalto. Relumbrón dió tres días antes su vuelta por la casa de D. Juan Manuel y dijo al portero que el conde no tardaría en llegar, y sacó una carta de la cual leyó un párrafo:

«Amigo coronel: (diz que le decía el conde). Probablemente dentro de una semana estaré en esa, y tengo ya deseos de medirme con usted, lo creo ya más fuerte que yo que he estado enfermo y hace meses que no tomo una espada en la mano. Tendremos un asalto formal en mi sala de armas, al que convidará usted á nuestro amigo D. Pánfilo Galindo. Deseo á usted, etc., etc.»

—Ya ves,—le dijo Relumbrón al portero echándose en la bolsa la fingida carta,—es mi deber irlo á recibir y tengo un dependiente en la garita de Vallejo para que me avise en el momento que divise al picador que viene siempre delante del coche. Por lo menos tendré tiempo de estar en la puerta de esta casa, minutos antes de que llegue.

El portero respetaba al conde, mejor dicho, le tenía miedo, pero no lo quería, así que no recibió con agrado la noticia de su llegada.

—¿Qué quiere usted, señor coronel? Los criados tenemos que obedecer á los amos. El señor conde es así, como usted le conoce, llega repentinamente y á veces en la noche y sin que nadie lo sepa, así es milagro que se lo haya comunicado á usted; no le agrada que se limpie ni se sacuda la casa, así es que desde que D.<sup>a</sup> Agustina se fué, sólo la cocina y los cuartos de las criadas conocen la escoba. En lo demás de la casa, ni se puede andar: la calle está más limpia. Que venga cuando guste su señoría.

Tranquilo por esa parte Relumbrón, se procedió á la primera supresión.

Una tarde, cerca de la oración, D. Lucio Quintana se retiraba muy quitado de la pena á su casa y llevaba en un pañuelo unas roscas de pan que llaman *estribos* y que acostumbraba comprar para su desayuno en la panadería de San Diego, cuando lo detuvo un hombre, bien vestido, pero á la manera de campesino ó ranchero de tierra adentro.

—Dispense, señor, que lo detenga, pero como conozco á usted y sé que es el dependiente del señor conde del Sauz, desearía saber cuándo llegará la partida de yeguas, pues trato de comprarla, ó al menos la mitad.

Como efectivamente D. Remigio había escrito al dependiente (Relumbrón lo sabía por el marqués de Valle Alegre), que mandaría una partida de yeguas, ningún inconveniente tuvo Quintana en entrar en conversación con el que lo interpelaba.

—Amigo, no es lugar este de hablar de negocios,—le contestó,—pero ya que nos encontramos, le diré que no sé si han salido ya de la hacienda las yeguas, pero en todo caso hacen más de treinta días de camino, pues

vienen poco á poco, aprovechando los pastos; así creo que estarán en los potreros de Valbuena á fines del mes entrante.

—Me conviene, me conviene mucho, pues precisamente á fin del mes recibiré dinero de mi rancho para pagar al contado las yeguas. Ya le daré *conocencia* de mi persona.

—Ya se ve que se necesita, pues la casa del señor conde no trata con desconocidos.

—Tiene usted razón y no dilataremos mucho en ser amigotes.

En esta conversación fueron andando y llegaron al Puente de Alvarado. La acequia antigua que, según dice la historia salvó de un brinco el célebre conquistador, no estaba aún cegada, y de uno y otro lado los muros de las casas formaban un callejón oscuro que los vecinos y la policía ayudándoles habían convertido en un asqueroso muladar. El tuerto Cirilo agarró fuertemente del brazo á D. Lucio Quintana, lo empujó al callejón y sacó un puñal.

—Oiga bien lo que voy á decirle, viejo arrastrado. Me va á acompañar hasta mi casa agarrado de mi brazo como si fuésemos dos buenos *conclapaches*. Si grita, si chista, si dice cualquiera palabra á los que pasen junto á nosotros, ó llama al sereno, le encajo en el corazón este puñal hasta el mango. ¿Ha entendido bien?

Demasiado que lo entendió Quintana, pues fué tal su sorpresa que no pudo pronunciar palabra.

El tuerto Cirilo enlazó su brazo derecho en el de Quintana, lo sacó del callejón y continuaron en silencio y al parecer en buena armonía hasta una casa de vecindad de la plazuela de San Sebastián, sin que en todo el trán-

sito encontrase Quintana una alma que lo pudiese socorrer, pues apenas habría la boca para pedir misericordia al bandido, cuando sentía la punta del puñal en su corazón. Era la casa de un solo piso, con más de treinta cuartos, todos habitados por ladrones, formando parte de la banda de Cirilo reforzada con nuevos reclutas establecidos en lo más retirado de los barrios de la ciudad y donde hasta de día era peligroso andar.

Ya estaban avisados los vecinos y salieron á recibir al tuerto Cirilo con su presa. Cerraron el zahuán, metieron á Quintana á uno de los cuartos que alumbraron con tres ó cuatro cabos de vela de sebo pegados á la pared, lo bolsearon quitándole su buen reloj de oro y las pocas monedas que tenía, lo amarraron de piés y manos, lo llevaron al segundo patio donde había un pozo profundo y lo arrojaron vivo de cabeza. En seguida echaron piedras y escombros de los muchos cuartos que estaban derrumbados, pues el propietario ni quería reedificar la casa, ni se atrevía ningún cobrador á entrar en ella para percibir la renta. El verdadero propietario era el tuerto Cirilo.

Que el pobre D. Lucio Quintana gritó, se resistió, lloró, imploró la compasión de los desalmados, ¿quién puede dudarle? El hizo todo lo posible en defensa de su vida, pero ni sus gritos fueron escuchados por nadie, ni en ninguno de esos seres feroces hubo un rasgo de compasión. Cuando medio llenaron el pozo, fueron á lo que podía llamarse salón, que era un cuarto grande que daba á la calle, donde una de las mujeres que vivía con ellos les tenía preparada una fritanga de chorizos y unos cubos de pulque. Comieron y bebieron, y los unos se quedaron borrachos, tirados en las vigas, y los otros sa-

lieron á recorrer con sus puñales bien afilados las calles oscuras de la ciudad.

Cuando Relumbrón fué en la mañana siguiente al taller de vestuario, supo por D.<sup>a</sup> Viviana que el asunto del dependiente del conde del Sauz se había *concluido felizmente*, no quiso saber ni cómo había sido, ni D.<sup>a</sup> Viviana lo sabía en realidad, pero si acto de contrición era capaz de tener Relumbrón, lo tuvo en ese momento, y habría prescindido de su empresa, pero ya era tarde. Toda la semana anterior había estado tan preocupado y triste, que D.<sup>a</sup> Severa y Amparo se lo conocieron, atreviéndose á preguntárselo.

—Si es un apuro de dinero, ya sabes,—le dijo su mujer,—que puedes disponer de lo mío.

Amparo hizo más, fué á su ropero, sacó su cajita llena de moneditas de oro y se la presentó.

—La he guardado para tí;—y al decirle esto, le enlazó el cuello con sus brazos y le dió un beso en la frente.

Relumbrón se desprendió de ella sin responderle una palabra y se limpió los ojos con su pañuelo. Con estas impresiones recibió la noticia de la supresión de Quintana. Pero hemos dicho que no había remedio. Fuerza era que el golpe se diese en la noche misma.

A cosa de las ocho Relumbrón, Evaristo y Valeriano estaban reunidos en la casa de la calle del Puente de Balbanera. Relumbrón llevaba una bolsa de lona debajo de su capa que contenía martillo, pinzas, berbinquim, ganzúas, todo un aparato para forzar las chapas ó romper las cajas en caso necesario, pues suponían que no encontrarían las llaves. Evaristo y Relumbrón, aunque sabían bien que no tendrían que combatir más que con un viejo débil y tres mujeres tímidas, se armaron con

pistolas y puñales de todas dimensiones. Los dos, sin saber por qué, tenían más miedo que si se tratase de un asalto en el monte á la diligencia. Valeriano no tenía ninguna arma, y era el que estaba tranquilo, pues ignoraba lo que iban á hacer y obedecía simplemente al que acostumbraba después de mucho tiempo á llamar su patrón. Entre Evaristo y Valeriano guarnecieron las mulas y las pegaron al coche. Relumbrón entró dentro y Evaristo y Valeriano subieron al pescante. Cerca de las nueve salió el coche del patio de la casa. Evaristo se bajó del pescante á cerrar la puerta y guardó la llave en su bolsillo y partieron al trote.

A poco, pues no había que andar más que la calle de Balbanera, el coche paró en la casa del conde.

La calle estaba sola y sombría, las casas cerradas y los ricos homes que vivían en ellas entregados al sueño rezando ó echando en familia su mano de malilla ó de tresillo. El tiempo húmedo y en el nublado cielo se dejaban ver apenas algunas estrellas.

Relumbrón se apeó y sonó suavemente el aldabón. En cinco minutos ninguna respuesta. Probablemente el portero se había dormido. Volvió á tocar un poco más fuerte, y nada. A la tercera vez, la ventanita enrejada del postigo se abrió y aparecieron detrás de ella, los ojos y las narices del viejo.

—¿Quién es á estas horas?

—José, el conde ha llegado,—le contestó Relumbrón.  
—Abre, enciende el farol y sube á despertar á las criadas y entre tanto yo quedaré aquí. Se rompió cerca de la garita un rayo á una de las ruedas grandes del coche y se han detenido componiéndolo, pero es poca cosa y no dilatará en llegar



El portero tuvo desde luego una corazonada y vaciló, quedándose con sus narices pegadas á la rejilla y los ojos clavados en Relumbrón.

—Abre,—le dijo Relumbrón,—comienza á llover y fuerte.

En efecto, una nube gruesa pasaba por encima de esa parte de la ciudad arrojando un copioso rocío.

El portero no se atrevió ni le ocurrió ninguna excusa, ni podía tener sospecha ninguna de un coronel, de un hombre rico y de un amigo de su amo; sin embargo, llamó su atención que el picador y parte de los criados, que llegaban un cuarto de hora antes que el conde cuando venía de la hacienda, no hubiesen aparecido.

Con cierta duda y repugnancia entró á su cuarto, encendió una segunda vela y descolgó de un clavo de la pared la llave chica del postigo; las demás de la puerta, pues eran tres, estaban reunidas de una argolla y pendientes de otro clavo.

Apenas se abrió el postigo, cuando entró Relumbrón. Por un momento tragó que el viejo José no le abriría, con lo que, no sólo se frustraba el golpe, sino que, asesinado Quintana, su falta se notaría al siguiente día; el portero lo avisaría al marqués de Valle Alegre, que suponía ser el esposo de Mariana, pues ignoraba lo ocurrido en la hacienda; se harían sus averiguaciones, y de ellas resultaría que la venida del conde era una falsedad y la visita nocturna de Relumbrón en la casa de D. Juan Manuel con ese pretexto, la prueba concluyente de su culpabilidad. Cuestión de vida ó muerte para Relumbrón, que tuvo diez minutos de verdadera agonía. Tras de Relumbrón entró Evaristo, y los dos, con la precipitación que da el miedo, cerraron el postigo, se apodera-

ron de la llave y cayeron sobre el portero, que tenía en la mano una palmatoria con un cabo de vela, la que soltó cayendo al suelo, quedando solamente la rajadura de luz de la puerta del cuarto donde ardía otra vela. El portero, viéndose acometido, dió un grito de terror; pero no pudo dar el segundo, porque Evaristo lo había agarrado del cuello y con sus dos toscas manos callosas le apretaba fuertemente, hasta que le hizo salir toda la lengua y las pupilas de los ojos. En la lucha suprema de la muerte, el portero, aunque viejo, hizo un esfuerzo, se agarró de los cabellos de Relumbrón y de Evaristo y los tres cayeron révueltos en las losas del tránsito del zahuán al patio.

Un momento quedó ese grupo de piernas, brazos y cabezas revueltas, y formando en la media oscuridad de la noche lluviosa una especie de quimera ó figura infernal, que se fué descomponiendo poco á poco, pues Relumbrón quedó un momento aturdido con el golpe, hasta que se pusieron en pié, quedando frente á frente los dos asesinos con los cabellos erizados y las fisonomías descompuestas por el miedo y el crimen, y su víctima, retorcida é inerte, con la lengua saliéndosele de la boca y la fisonomía espantosa de las cariátides y monstruos de piedra que circundaban la cornisa de la azotea del tristísimo y sombrío palacio de la calle de D. Juan Manuel.

—Nos hemos salvado,—dijo Relumbrón después de una larga pausa y respirando fuertemente, pues faltaba aire á sus pulmones, y metiendo la mano entre sus cabellos para alisarlos.—Si este miserable viejo no nos abre, somos perdidos, y no hubiéramos tenido más que escoger entre el suicidio ó la fuga.

Buscaron sus sombreros, que habían rodado por el patio, y entraron al cuarto del portero, donde había, como se ha dicho, una luz, y se apoderaron de las llaves grandes del zahuán, pero antes de abrirlo para que entrase el coche, cogieron por los pies al cadáver del portero, lo llevaron arrastrando hasta su cuarto, lo acostaron en la cama y lo cubrieron con las ropas y almohadas.

Costóles trabajo manejar los grandes cerrojos y aldabones, pero al fin lo lograron, y Valeriano entró con el coche, y les dijo que desde que llegaron ni un alma había pasado por la calle y que ni los serenos estaban en las esquinas, pues se habían marchado con sus faroles. Relumbrón lo había ya previsto y arreglado.

Cerradas de nuevo las pesadas puertas del zahuán, Valeriano quedó en el patio al cuidado del coche, y Evaristo y Relumbrón, con la palmatoria en la mano, subieron las escaleras. La lucha que tenían que emprender con las mujeres era más dificultosa; Relumbrón, por las conversaciones diversas que había tenido con el marqués de Valle Alegre, sabía que las cajas de cedro en que encerraba Agustina el dinero estaban en un cuarto de bóveda, detrás del archivo ó biblioteca, y que se entraba por uno de los muchos estantes, llenos de libros y papeles, de que estaba rodeada la pieza. ¿Pero por cuál de ellos? Eso era lo que no sabía Relumbrón, y si era necesaria, para abrir la enmascarada puerta, una llave especial, ú oprimir un resorte ó quitar una moldura. Las criadas, especialmente las dos más antiguas de la casa, deberían estar en el secreto, y el trabajo era descubrirlo por medio de amenazas y promesas. Si no se lograba esto habían perdido su tiempo y matado inútilmente á

dos personas. En toda la noche era imposible demoler más de veinte estantes, ni los útiles que traían eran bastante para ello.

Con esta duda acabaron de subir las escaleras, y cuando observaron que todo estaba en silencio y las puertas cerradas, les ocurrió otra dificultad. ¿Y si las criadas no nos quieren abrir, se asustan y suben á la azotea y gritan á la calle?

—Los serenos no vendrán,—dijo Relumbrón contestando á las observaciones de Evaristo,—pues aunque no saben lo que va á pasar, se han comprometido con el tuerto Cirilo á no aparecer por las Esquinas sino hasta cosa de las cuatro de la mañana; pero alguna ronda de caballería puede pasar ó algún vecino oirlas, pues no es tarde para que en todas las casas estén durmiendo profundamente. ¡Qué diablos! debimos haber pensado en todo esto, y no haber ahorcado al portero sino después de haberlo forzado á que despertara á las viejas. ¿Qué hacer?

Y andando con estos temores á pasos de lobo por los corredores, examinaban con la escasa luz del cabo de vela las puertas y las encontraban cerradas, cubiertas de polvo y de telarañas, y de tal solidez, que era imposible que cediesen haciendo uso de los instrumentos que habían traído y creído solamente útiles para forzar las cajas.

Dieron por fin con una puertecilla de menos resistencia que las otras y que conjeturaron que comunicaba á un pasadizo que conducía al cuarto de las criadas.

Relumbrón había varias veces visitado la casa, entrando directamente á las habitaciones del conde hasta la sala de armas, pero no conocía el archivo, ni había es-

tudiado ni fijado su atención en las demás, pues que cuando tiraba la espada con el conde, ni remotamente pensaba que un día, ó mejor dicho una noche, volvería como un bandido á robarle su dinero. De estudio en estudio de las puertas, y de reflexión en reflexión, se decidieron, pues no había más remedio, por la puertecilla ya indicada. Usaron de la colección de ganzúas, que era sin duda la mejor que había en México, y lograron abrirla sin ruido.

Era efectivamente un pasillo donde estaban las estiladeras, y llenas las paredes de jarros de Guadalajara, tocomates de Pázcuaru, de platos de China, de muñecos y de otras curiosidades con que se acostumbraba en las casas grandes adornar las paredes de los pasadizos y antecomedores. El pasadizo, de seis ó siete varas de largo, terminaba con otra puerta también cerrada. Aplicaron las ganzúas y lograron también abrirla sin ruido alguno. Esa puerta daba entrada á una especie de vivienda que formaba un conjunto con la cocina, despensa y cuarto donde se planchaba y guardaba en grandes estantes la mantelería y ropa blanca. Todo ello, por supuesto, oscuro, lo veían con la vacilante luz de la vela, que estaba á punto de acabarse, y el más profundo silencio reinaba. Un largo ronquido, como de alguno que ha estado mucho tiempo acostado sobre el pulmón y se voltea, los guió. Abrieron una puerta que sólo tenía un picaporte y penetraron al cuarto de las criadas, que dormían profundamente. Evaristo y Relumbrón sacaron los puñales, y con pequeños pasos y mucho tiento examinaron el local. Eran dos piezas: en una había dos camas ocupadas por dos ancianas. La cocinera y la recamarera antiguas en la casa y contemporáneas de Agustina. Las de-

más criadas, y había más de cuatro, galopina, fregona y recamareras, habían sido despedidas por no ser necesarias, desde que el conde y Mariana se marcharon á la hacienda, y obedeciendo también el rarísimo capricho del conde de que sin su orden expresa no se había de sacudir ni barrer su habitación. En la segunda pieza, muy aseada y bien amueblada, había un solo lecho, y en él una muchachuela como de diez y ocho años, descubierta el seno, y en parte las piernas, que salían fuera de las sábanas, sin duda á causa del calor de los cuartos completamente cerrados. La muchacha, lo mismo que las dos criadas viejas, dormían con el sueño sabroso de la buena conciencia y de la seguridad completa, pues jamás habrían pensado que ladrones de ninguna clase hubiesen podido penetrar en aquel castillo, respetado y temido por todo el mundo por más de cuarenta años. El nombre sólo del conde inspiraba miedo.

Evaristo, disoluto y atrevido, intentó quitar enteramente las sábanas que cubrían á la muchacha, pero Relumbrón le agarró el brazo y lo contuvo.

—No, no venimos á eso,—le dijo con mucha cólera.  
—Con el dinero que te tocará tendrás para cien mujeres.

Después de la muerte de Tules quiso Agustina tener una compañera, y sacó del convento de San Bernardo á una muchacha, huérfana, llamada Consuelo, que adoptó por hija, y á favor de la que hizo su testamento al marcharse á la hacienda. Era ésta la que, descuidada, dormía en su cama y que excitó los perversos instintos de Evaristo.

—Nada de violencias por el pronto,—dijo Relumbrón en voz baja,—ó no sabremos donde están las cajas.

—Las cajas yo sé donde están, pues he entrado varias veces á esta casa,—le contestó Evaristo en la misma voz,—pero no sé qué demonios tengo, que siento como si me apretaran la cabeza con un fierro; ¿cómo no me acordé del pasadizo y de estas piezas? De aquí saqué á mi mujer, y de fijo que dormía en este mismo cuarto y en esta misma cama donde está la muchacha.

—Lo sé todo; de aquí sacaste á tu mujer, á quien asesinaste en una noche de borrachera.

Evaristo se quedó mirando á Relumbrón con ojos iracundos.

—¡Vamos! retírate, y déjame hacer lo que me parezca.

Relumbrón comenzó por cubrir con las ropas de la cama á la muchacha, y moverla suavemente.

—Despierta, muchacha,—le dijo,—pero no vayas á gritar ni te asustes. No queremos hacerte ningún daño.

La muchacha abrió los ojos, se encontró con los de Relumbrón, que había guardado su puñal y tenía en la mano la palmatoria con la vela.

—No grites, no grites, sería inútil, pues nadie te oirá, y ya te digo, no tengas miedo...

Consuelo quiso de pronto gritar, pero la fisonomía de Relumbrón, que no le era desconocida, y además simpática en vez de ser siniestra, le inspiró cierta confianza, y se contuvo, aunque sobrecogida de un temblor interior nervioso que le hacía dar diente con diente.

Como ya hablaba Relumbrón en voz alta lo mismo que Evaristo y se había escapado un pequeño grito agudo á Consuelo, las dos criadas ancianas despertaron, y mirando hombres extraños á tales horas, comenzaron á gritar, á encomendarse á Dios y á pedir misericordia.

Evaristo, que había encendido una vela que estaba en la mesita cerca de la cama de Consuelo, acudió con puñal en mano á la otra recámara.

—¡Silencio, malditas brujas, ó las hago pedazos con este puñal! ¡Callen! nada se les hará con sólo que respondan á lo que se les va á preguntar.

¿Dónde están las cajas con el dinero?

—Las cajas están en la recámara de D.<sup>a</sup> Agustina,—respondió temblando la cocinera;—no tienen más que entrar, pero por Dios y por su Santísima Madre, no nos quiten la vida.

—¡Quietas y sin chistar!—les dijo Relumbrón.

Evaristo y Relumbrón pasaron á la vivienda de Agustina, que se componía de dos piezas: una de costura y otra que le servía de recámara. Efectivamente había allí dos cajas medianas, y cuyas cerraduras forzaron fácilmente con los instrumentos que traían. Encontraron talegas vacías, papeles, y un costalito fronterizo, tejido con algodón de colores, que contendría sesenta ó setenta pesos en moneda menuda.

—¿Y para esto hemos venido y hemos ahorcado al portero?—dijo Evaristo encarándose á Relumbrón con insolencia.

—No son estas las cajas que buscamos, Evaristo,—le contestó Relumbrón.—Las que tienen el tesoro están en la biblioteca. Es necesario transigir, para que nos guíen.

Y diciendo esto volvieron á los cuartos de las criadas, que temblando de miedo no osaban respirar recio ni abrir los ojos.

—¡Vamos! no sean tontas,—les dijo Relumbrón con voz suave.—Vístanse y vengan con nosotros para enseñarnos dónde están las cajas del conde. Las que hemos



visto no tienen más que papeles y talegas vacías, y deben ser las de D.<sup>a</sup> Agustina.

Las dos viejecitas obedecieron, y dentro de las sábanas se vistieron. Consuelo ya lo había hecho.

—Las cajas del señor conde,—dijo la cocinera,—nunca las hemos visto en los años que llevamos en la casa; están detrás de la biblioteca, pero no sabemos por cuál de los estantes se entrará. Vamos, pues que ustedes así lo mandan.

Camaron las tres criadas escoltadas por Evaristo y Relumbrón, atravesaron varias piezas lúgubres, con los muebles resguardados con fundas y alfombras cubiertas de telarañas y polvo, hasta que llegaron al gran salón, que ya conocen los lectores. Una puerta primorosamente labrada y con sus cortinajes como las demás, les dió entrada á la biblioteca. Era una pieza formando un cuadrilongo de cosa de siete varas de largo por seis de ancho, con un artesón de gruesas vigas de cedro con ménsulas terminadas en distintas figuras fantásticas, y rodeada completamente de toscos estantes de cedro con gruesos alambrados.

¿Cuál de estos estantes daba entrada á la bóveda donde estaba el tesoro?

—Ya les hemos asegurado,—les dijo Relumbrón á las criadas con voz casi afectuosa,—que no les haremos ningún daño si nos señalan cuál es el estante que da entrada á donde están las cajas, y la manera de abrirlo. Si se resisten, ya será otra cosa. Espero que no nos obligarán á un extremo al que no queremos llegar.

Relumbrón se dirigía á la cocinera que, como más vieja, suponía enterada de los secretos de la casa.

—Por esta santa cruz,—é hizo la señal con la mano,

—juro que no sé por dónde se entra. Creo que dos veces en mi vida, en veinte años que llevo de servir al señor conde, he entrado en esta pieza; así nada puedo decirles, y por la sangre de Cristo, que no me digan más, pues si me mataran sería lo mismo. Nada sé.

Relumbrón, por supuesto, creyó que la fidelidad tradicional de las criadas que se engrían en una casa y sirven muchos años en ella, impedía á la cocinera revelar el secreto, así, se dirigió á la otra hasta con súplicas, y obtuvo la misma respuesta.

Entabló con la muchacha, aunque suponía que era la que menos podía saber el secreto, un diálogo, no sólo cariñoso y haciéndole mil promesas distintas, sino que llegó al grado de rogarle y prometerle que le sacaría esa misma noche de la casa, le aseguraría su suerte, y si era necesario la tendría en su casa como su hija. Por supuesto, promesas que no pensaba cumplir, pero quería agotar hasta lo último el sistema de persuasión y de ruego antes de llegar á las amenazas. Más de media hora luchó sin resultado; siempre la misma negativa; y la verdad era que las dos viejas ignoraban completamente el misterio, y sólo lo sabía Consuelo, que cada vez que había que introducir ó sacar dinero entraba con Agustina y le ayudaba. Consuelo, joven robusta y fuerte, servía más para esto que el mismo portero, viejo y cansado.

Relumbrón y Evaristo se miraban sin saber qué partido tomar.

—Pues que nada nos quieren decir, estamos perdiendo aquí el tiempo, no hay más que matarlas.

El tono decisivo con que el bandido pronunció estas palabras y el largo puñal que sacó de la bolsa de su cha-

queta, persuadió á aquellas pobres mujeres que había llegado el último día de su vida, y cayeron de rodillas llorando amargamente y pidiendo misericordia á gritos.

—Cinco minutos tienen,—les dijo Relumbrón, que le agradó el efecto que había producido la amenaza de Evaristo,—para encomendar á Dios su alma, pero de ustedes depende; si nos revelan el secreto, serán perdonadas.

—¿Nos promete usted la vida, señor coronel, y yo que sé el secreto se lo diré y abriré el estante?

—¡Desgraciada!—exclamó Relumbrón.—¿Tú me conoces?

—Al principio, no, por la sorpresa y el miedo, pero después recordé que usted ha venido varias veces y ha entrado á la sala de armas con el señor conde. Desde el corredor los he visto entrar y salir.

Relumbrón no sabía si tal muchacha existía en la casa del conde, pero no se sorprendió de que lo hubiese reconocido, así es que le contestó con calma:

—Tanto mejor, muchacha, así estarás segura de que soy incapaz de hacerte ningún mal. Abrenos la puerta del estante, que es lo que nos importa.

Consuelo se dirigió á un estante situado en el fondo de la pieza, torció la llave que estaba pegada y lo abrió. Los libros que contenía eran de cartón, tan perfectamente imitados, que no se distinguían de los demás. El fondo estaba hueco, y quitando una simple trabilla de madera, se abría una puertecilla de madera que el conde dejó provisionalmente, mientras mandaba hacer una de fierro, lo que nunca llegó á verificar.

Después de tantas ansias y dudas Relumbrón y Eva-

risto estaban en posesión del tesoro, y con la temblorosa llamita de la vela de sebo, alumbraban dos grandes cajas de cedro de tres llaves cada una y con chapas y brazos de fierro, fuertes y labrados con la curiosidad de los herreros flamencos del siglo XVIII.

—¿Y las llaves?—preguntó Relumbrón á Consuelo.

No tuvo necesidad de esperar la respuesta, pues alumbrando con la vela la oscuridad de la bóveda, vió en la pared un gancho donde colgaba un manojo de llaves reunidas en una cadena.

Agustina, llena de pesares, enferma y con las terribles noticias de la hacienda, había dejado las cosas de la casa en el mismo estado, sin tomar precaución ninguna, y por otra parte en ese tiempo, que no había cajas de fierro, ni billetes al portador, ni bancos de depósito, el dinero se guardaba así, ó en el montepío, ó en casa de un comerciante de confianza, ó se enterraba; pero sea lo que se fuere, confianza ó descuido, los dos ladrones no tuvieron ya trabajo ni necesidad de usar de sus herramientas y abrieron las cajas.

—¡¡Llenas de dinero!!

Relumbrón y Evaristo se quedaron un momento abortos.

—No hay que perder tiempo,—dijo Relumbrón sacando el reloj,—el tiempo ha volado, son las diez y media,—y luego dirigiéndose á Consuelo:—vas á venir conmigo para que me proporciones bandas, ceñidores, cuerdas, en fin cualquier cosa para amarrar á ustedes, sin lastimarlas, sólo por el tiempo, que no será largo, de sacar el dinero. Es una precaución que debemos tomar; anda y procura también más luces.

Relumbrón y Consuelo entraron á las piezas y deja-

ron á oscuras á Evaristo, cuidando á las dos criadas viejas.

A poco volvieron con dos luces y varios ceñidores, bandas y rebozos.

Amarraron fuertemente de los piés y de las manos á las dos ancianas, y la última fué Consuelo, las colocaron en sus camas y comenzaron á vaciar las cajas.

¿Cuánto dinero había en ellas?

Quién sabe, pero era mucho, y como la mayor parte estaba en plata, la dificultad era sacarlo todo; pero no se arredraron. Relumbrón colocó tres talegas de á mil pesos en los hombros robustos de Evaristo, tomó él otra, y cada uno con su palmatoria en la mano, atravesaron las sombrías piezas de la casa, bajaron las escaleras y metieron el dinero en el coche. En seguida bajaron otras cuatro, y con esto bastó, por temor de que fuese á desfundarse el coche, que no era ni fuerte ni nuevo. Abrieron con precaución el zahuán, miraron si alguien pasaba por la calle, y hallándola sola y casi oscura, salió el coche conducido por Valeriano. Cerraron el zahuán sin echar los pesados cerrojos, y llevándose la llave del postigo, echaron á andar Relumbrón dentro y Evaristo en el pescante. Llegando á la vieja casa de Balbanera, hicieron la misma operación de abrir, entrar y cerrar, descargando las talegas en el cuarto que para esto habían destinado, y regresaron á la calle de D. Juan Manuel.

Por mucha que fuese la actividad y la prontitud con que trataban de vaciar las cajas, no pudieron hacer más que seis viajes hasta las tres de la mañana, y era menester cesar, porque á las cinco las garitas se abrían y comenzaban á entrar los atajos de burros, y los indios

cargados con carbón y madera, y á salir las gentes á la calle, y además ya estaban rendidos de fatiga, y el copioso sudor tenía pegadas al cuerpo sus ropas interiores. Las cajas aun tenían mucho dinero, pero en plata. Resolvieron, por último, vaciarlas completamente para ver si en el fondo lograban encontrar el oro, como en efecto sucedió. En una de ellas se hallaba un talego fronterizo de gamuza, que al parecer contenía mil onzas de oro.

—Parece que por ahora hemos concluído, mi coronel, —dijo Evaristo, —¿volveremos mañana?

—De ninguna manera. Si esta noche hemos caminado con felicidad, mañana quién sabe lo que nos pasaría.

—Es que hay todavía, como usted vé, doble de lo que hemos acarreado, y es verdadera tontera dejarlo aquí.

—Es lástima, —dijo Relumbrón, —pero mañana tal vez vienen á tocar á la casa con motivo de algún asunto, ó llegan criados de la hacienda, quizá la misma doña Agustina... no, nada; estoy decidido; esta noche terminamos.

—Como mi coronel quiera, —dijo Evaristo con tristeza. —Vámonos, pero... ¿qué hacemos con estas mujeres?...

Relumbrón meneó la cabeza, se quedó un momento pensativo, y respondió:

—He pensado mucho, al tiempo mismo que sacábamos el dinero... y no me ocurre nada... no hay otro remedio.

Evaristo sacó su puñal y se dirigía á las recámaras oscuras donde estaban las mujeres.

—No, no, —le dijo Relumbrón, —darles de puñaladas, no; llenar las camas de sangre... no, no...

—¿Entonces?—preguntó Evaristo.

Relumbrón pensó en Consuelo, mejor dicho, en Amparo. Consuelo á poco más ó menos de la misma edad que ella, los mismos ojos, el mismo corte de cara...

—¿Si fuese á ser mi hija también?—pensó Relumbrón. —He tenido en mi vida tantas fortunas con las mujeres... ¡Quía! eso no... Me ocurre una idea.

—¿Cuál, mi coronel?

—Si nos lleváramos á Consuelo...

—La verdad, mucho me gusta, y mi coronel lo ha conocido, pero llevarnos á esa muchacha, sería llevar la horca con nosotros. Conoce á usted, y por más que prometiera callar, el día menos pensado se escaparía... ni pensarlo, mi coronel... mucho me gusta, pero es imposible que quede con vida.

Relumbrón volvió á pensar en Amparo. En aquel momento, no sólo habría prescindido del dinero que habían robado, sino habría dado doble por no haber pisado en esa noche fatal los umbrales de la casa del conde.

—Mi coronel tiene un buen corazón y no es para estas cosas... Váyase al coche á esperarme, y yo dejaré todo aquí arreglado... le juro que no derramaré una gota de sangre.

Relumbrón, pensando en Consuelo, mejor dicho, en Amparo, bajó lentamente las escaleras y se metió dentro del coche.

Evaristo, cuando se vió solo, se encaminó con su palmaria en la mano á las recámaras de las criadas. Tomó á una amarrada como estaba, la cargó en las espaldas y se la llevó á la bóveda donde estaban las cajas, asegurándole siempre que nada le iba á hacer. Allí le rellenó la boca con pedazos de papel de China que en-

contró en la biblioteca, le envolvió la cabeza con un rebozo y la acostó en el fondo de una caja.

Lo mismo hizo con la otra anciana.

Llegó su turno á Consuelo.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Como habían sacado todo el dinero en plata entalegado, para buscar el oro que al fin encontraron, Evaristo fué vaciando los pesos sobre los cuerpos de las tres desgraciadas, hasta que los cubrió y se llenó la caja. El resto del dinero lo echó en la otra, las cerró y colocó las llaves en el mismo gancho donde estaban.

—¡Qué lástima!—dijo al bajar la escalera con su palmatoria en la mano,—que no me hubiera podido llevar á la muchacha y al dinero que queda, pero no era posible, bastante tengo con que Cecilia esté todavía viva, pero ya le llegará pronto el día de su santo.



## CAPÍTULO L

### La Providencia

**R**el acontecimiento de San Pedro se le echó tierra; San Ciprián fué absuelto en el consejo de guerra, y publicó un folleto vindicando su conducta refiriendo los sucesos á poco más ó menos como pasaron, pero descargando toda su furia contra el licenciado Bedolla, que ya no podía vindicarse. Los dos muchachos calaveras murieron en el hospital á resultas de sus heridas.

El atrevido golpe de Relumbrón no hizo ni poco ni mucho ruido. Parece que en ciertos períodos, más ó menos cortos, se suspende la acción benéfica y reguladora de la Providencia, y permite á los malvados cometer con la más completa impunidad los más horribles crímenes. La casa del conde del Sauz siguió, como de costumbre, silenciosa, sombría y cerrada como si nada hubiese pasado. El dependiente acostumbraba cada se-

mana escribir una carta de estampilla á D. Remigio, diciendo generalmente que no había novedad, ó dándole noticia de los pocos asuntos que ocurrían, y acababa de echar su carta al correo, cuando fué sorprendido por el tuerto Cirilo. Relumbrón esperaba, pues, que pasarían muchos días antes de que pudiera descubrirse el crimen, y aun entonces, ¿por qué se lo habrían de atribuir á él, ni quién podía ni remotamente sospechar que había sido el autor? El único testigo que hubiese podido un día ú otro comprometerlos, era Valeriano, y ese había desaparecido. Cuando con el oro que encontraron terminaron el último viaje, tomó Evaristo las riendas de las mulas del coche y se dirigió á la Viña. Valeriano continuó á su lado en el pescante, silencioso y preocupado. No tenía ni la más leve idea de que su amo, el dueño de la hacienda de Arroyo Prieto y del Molino de Perote, pudiese ser un ladrón, pero no le podía caber duda, lo veía, él mismo era cómplice involuntario, y todavía no lo quería creer; pero ya en la situación en que estaba, no tenía más que obedecer, hasta que concluyera la aventura. Evaristo condujo el carruaje por calles extraviadas hasta los callejones apestosos de esa ciudad de basura que hemos descrito al principio de esta obra, donde la vieja Nastasita salvó á Juan, que estaba á punto de ser devorado por los perros hambrientos.

—¿Si te apearas á componer las riendas, pues creo que se han enredado?—dijo Evaristo á Valeriano.

Valeriano no tuvo dificultad en obedecer, y al tiempo que bajaba del pescante, Evaristo le hundió el puñal en el cerebro. La muerte fué instantánea y el muchacho cayó sin exhalar un gemido. Entre Evaristo y Relumbrón echaron sobre el cadáver cuanta basura pudieron;

el uno volvió á montar al pescante y el otro dentro del carruaje, y se dirigieron, dadas las cuatro de la mañana, á la casa del Puente de Balbanera, quitaron las mulas, las dejaron sin cenar, después de haberlas hecho trabajar toda la noche, y emplearon el tiempo hasta que amaneció en contar y colocar convenientemente en el cuarto el dinero que se habían robado. De día ya, Evaristo se dirigió al llamado mesón de San Justo, donde tenía sus caballos, y de allí regresó al monte, y Relumbrón, envuelto en su capa, entró á su casa á tiempo mismo que su mujer y su hija salían, como lo tenían de costumbre, á oír su misa á la iglesia más cercana.

Relumbrón se estremeció, pero pudo disimular y tenía preparada de antemano su respuesta pronta para los casos que se ofrecían.

—¡Desvelado toda la noche en palacio!—les dijo,—me tocó la guardia, y cuando el Presidente comienza á referir la historia de sus campañas desde que fué cadete, no hay medio de cortarle la palabra, ni mucho menos yo que tengo que obedecerle.

D.<sup>a</sup> Severa creyó ó no lo que decía su marido, pero estaba decidida á no hacer indagaciones ni mortificarlo con preguntas, y nada le contestó.

Amparo, que no era capaz de sospechar de su padre, á quien adoraba, le tendió la mano, pero Relumbrón no se la dió. La tenía sucia de la plata que había manejado y de la basura é inmundicias que había echado sobre el cadáver de Valeriano.

Cuando de pié en la puerta del zahuán vió alejarse con paso tranquilo á su mujer y á Amparo, tuvo un dolor en el corazón, como si le hubiesen clavado un puñal. Consuelo era idéntica en la cara y en el cuerpo á su

hija, y Consuelo acababa de ser violada, asesinada por su cómplice Evaristo. Se le volvió á pasear por la imaginación la terrible idea. ¿Si será mi hija? y entró á sus piezas, haciendo un examen de conciencia y recordando la serie de mujeres á quienes había conocido, y las épocas de sus amores. Mientras más recordaba su vida, más presunciones tenía de que Consuelo era su hija.

—¡Bah!—dijo metiéndose en las sábanas,—¡qué tonterías se le meten á uno á veces en la cabeza! pensemos en el negocio de Carrascosa...—Y pensando en él, cerró los ojos y se quedó profundamente dormido. La fatiga y el cansancio pudieron más que sus negros remordimientos.

El negocio de Carrascosa era robarlo como había robado las cajas del conde del Sauz. Era un negocio quizá más productivo, pero no se atrevía, no podía hacerlo personalmente.

Desde la aventura tragico-cómica del cementerio, Pepe Carrascosa había cambiado de carácter y de modo de vivir. El golpe cuando los muchachos del hospicio dejaron caer el ataúd, la emoción de verse ya á punto de ser enterrado vivo, pero más que todo la cólera contra sus parientes, que creía habían tenido la criminal intención de deshacerse de él, le produjeron una enfermedad muy grave, de la que felizmente sanó al cabo de tres semanas, y en la convalecencia tuvo tiempo de reflexionar, y sus reflexiones ocasionaron que cambiase completamente de vida. De pronto, y antes que todo, hizo un nuevo testamento, y como buen cristiano, reconociendo que Dios lo había salvado, por medio del muchacho que dejó caer el ataúd, de una muerte horrorosa y de la enfermedad que le vino en consecuencia, instituyó

legados para las parroquias pobres, con obligación á los curas de hacer cada año una función solemne y repartir limosnas á las familias vergonzantes de la feligresía; dotó con 500 pesos anuales á diez niñas huérfanas que dieran testimonio ante el arzobispo de buena conducta, y por ese estilo seguían otras cláusulas. Lo que restara, cumplidas esas mandas, debería dividirse entre los pobres del hospicio y el muchacho que por travesura ó por casualidad dejó caer el ataúd en la puerta del cementerio. Recomendaba, y así se lo encargó al escribano, que ese testamento se abriera en presencia de su cadáver, que el médico, ó médicos que lo asistieran, le abrieran el pecho, le sacasen el corazón y conservándolo en un frasco de espíritu de vino lo colocasen junto al ataúd en el sepulcro que expresamente mandaría hacer en San Fernando, como lo hizo desde el momento que pudo salir á la calle. El mismo llevó también á dos de los periódicos de más circulación, un aviso prometiendo muy buena recompensa á quien le presentara ó le diera razón del muchacho; este aviso debía reproducirse constantemente tres veces por semana.

Pero antes de que llegase el momento en que otra enfermedad se lo llevase y los médicos le sacasen el corazón, se propuso no pensar en la muerte y pasarse una vida de príncipe, pues que su dinero le permitía hacerlo, dejando todavía lo bastante para que se cumpliesen las mandas de su testamento.

Abandonó el infecto tugurio donde voluntariamente se había martirizado tantos años, y trató de buscar una muy buena casa, pues las de su propiedad estaban ocupadas. Recorriendo las calles más céntricas de la ciudad, fué á dar á la de León. La casa, cuyos papeles en los

balcones anunciaban que estaba vacía, era sola, con seis piezas y cocina, muy aseada y hasta lujosa. Por todos aspectos le convenía. Era propiedad de Relumbrón, que la había adquirido en uno de tantos cambios y tratos que hacía con amigos y jugadores, y el que por aquel momento no tenía aún la idea de organizar sus lucrativos negocios como lo hizo después. El arreglo entre propietario é inquilino no fué difícil.

Pepe Carrascosa y Relumbrón desde antes eran amigos. Se habían conocido en el Montepío. No faltaban cada mes á las almonedas de alhajas, y uno y otro no salían del gran palacio del conde de Regla, sin haber comprado lo más curioso que se ofrecía á la venta pública. Carrascosa tenía á Relumbrón por hombre muy experto y conocedor en diamantes y piedras, y Relumbrón consideraba á Carrascosa como el más inteligente en materia de chácharas y antigüedades; así se consultaban mutuamente y sabían lo que cada uno compraba y guardaba, pues los dos tenían la manía de comprar y guardar curiosidades, ó hacer cambalaches por lo que les ofrecían de más curioso. Así continuaron mucho tiempo las relaciones amistosas de Relumbrón y Carrascosa, y se les veía salir del Montepío brazo á brazo, platicando muy entusiasmados de las curiosas adquisiciones que habían hecho, y solían caminar juntos hasta la Alcaicería para que el compadre platero les diese su parecer ó les hiciese de unos aretes antiguos un juego de botones ó cosa semejante.

Esta armonía se interrumpió por una verdadera friolera. El santo obispo Madrid, había fallecido hacía tiempo, hubo de terminarse su testamentaría y se pusieron en venta, por orden judicial, los muebles de su casa y mul-

titud de objetos curiosos, porque el prelado, lo mismo que Carrascosa y que Relumbrón, era apasionado por las chácharas, y sus viajes en Europa le habían proporcionado la ocasión de adquirir objetos tan raros y curiosos que no se encontraban en ninguna otra casa de México. La almoneda fué muy concurrida, y por supuesto Relumbrón y Carrascosa fueron de los primeros. Durante dos horas se vendieron diversos objetos á precios muy bajos. Carrascosa compró unas cosas, Relumbrón y las demás personas otras, y la sesión iba á terminar con el remate de un relicario insignificante que encerraba una *cera de agnus*.

—Este relicario,—dijo el vendedor,—está tocado al Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo en Jerusalén, y bendito por Su Santidad en Roma, y el difunto señor obispo lo traía siempre colgado al cuello.

Carrascosa, que tenía la superstición de que si llegaba á adquirir un objeto cualquiera tocado al Santo Sepulcro, jamás le acontecería ninguna desgracia, antes de que el vendutero lo pregonara, dijo:

—*Veinticinco pesos*.

Relumbrón, desde el otro extremo de la pieza, dijo inmediatamente:

—*Cincuenta pesos*.

Sabiendo Amparo que su padre iría precisamente al remate, le encargó que le comprase un relicario (que debería haber muchos) que estuviese bendito. Como éste, no sólo lo estaba, sino tocado al Santo Sepulcro, Relumbrón se propuso á toda costa dar gusto á su hija.

Carrascosa en el acto dijo cien pesos.

—Relumbrón: 200 pesos.

—Carrascosa: 400.

—Relumbrón: 1,000.

—Carrascosa: 2,000.

Relumbrón se quedó un momento pensando, pero no se decidió, y salió de la sala lanzando una mirada colérica á Carrascosa.

El vendutero, asombrado de esta escena que pasó en instantes, creía que se habían burlado de él y de su relicario. Carrascosa, con mucha calma y sin haber hecho caso de la mirada de Relumbrón, le dijo:

—Nada es más cierto si no que hemos de veras pujado este relicario, ¿qué quiere usted? caprichos que tenemos las gentes. El relicario es mío por el precio ofrecido.

Cuando Relumbrón á la hora de la mesa, refirió lo que había pasado, Amparo se quedó callada, pero doña Severa, con un cierto aire de desprecio, le dijo:

—Si hubieras ofrecido cuatro mil pesos, te los habría pagado yo de mi dinero, con tal de no dejarte humillar por un estrafalario como Carrascosa, y tener una reliquia tocada al Sepulcro de Nuestro Señor... En tantas otras cosas gastas más, ¿para qué queremos cuatro coches?

Relumbrón se mordió los labios, y se propuso que más tarde ó más temprano sería dueño del relicario.

Pasó tiempo, y ya en la época del pleno desarrollo de su tenebrosa trama, una de sus víctimas señaladas era Carrascosa.

Volviéronse á encontrar en el Montepío, se saludaron como si nada hubiese pasado, y Relumbrón, lejos de manifestarse ofendido, trabó conversación con él, le habló de hacer mejoras y reparaciones en la casa, se convinieron en hacer el gasto á medias, y con este motivo, hizo frecuentes visitas á Carrascosa, llevó carpinteros, pintores y herreros, entró y salió á su sabor, las composturas



se concluyeron, la habitación quedó muy lujosa, y los dos más amigos que antes; pero Relumbrón tenía llaves dobles de todas las puertas, y la servidumbre de Carrascosa era toda de la devoción de D.<sup>a</sup> Viviana.

Así estaban las cosas después del asalto de la casa del conde del Sauz y todo preparado. La ejecución era lo difícil, y Relumbrón acallaba sus remordimientos, formando el plan para otro crimen, y pasando las noches en casa de Luisa, cenando y bailando con amigos y conocidas.

Relumbrón era audaz, pero no valiente; vivo, pero no de talento; descreído y supersticioso, con una alma un poco sucia, un amor propio desmedido, un corazón indiferente y el órgano del robo muy desarrollado en su cráneo. Con estos elementos sus concepciones nada tenían de ingenioso ni de extraordinario, y si había llegado á tender una red á la sociedad de México y á formar una vasta asociación de ladrones y asesinos, no era debido á sus combinaciones, sino á la casualidad, á la fortuna y á los agentes de que se había rodeado.

D.<sup>a</sup> Viviana y el platero por un lado, y el tuerto Cirilo y Evaristo por el otro, eran los que habían trabajado sin descanso y organizado de una manera admirable el servicio, de modo que no se erraba golpe ninguno, y en la ciudad y en los pueblos del valle, y en los caminos hasta Guanajuato y hasta Veracruz, se cometían diariamente robos que no llegaban á conocimiento de Relumbrón ni de la policía, sino después de muchos días y cuando todas las pesquisas é indagaciones eran inútiles. Un libro podíamos llenar con anécdotas más ó menos extrañas ó terribles, pero nos tenemos que reducir á los lances en que tomaba parte muy directa Relumbrón.

El negocio de Carrascosa, como él le llamaba, lo quería hacer solo, pero por más vueltas que le daba no le era posible, ó mejor dicho, no se atrevía. Teniendo en su poder las llaves de todas las puertas y los criados á su disposición, lo más fácil era entrar disfrazado, atacar á Carrascosa en medio de su sueño, amarrarlo y apoderarse de lo más valioso, puesto que hasta sabían donde estaban las alhajas y chucherías. Pues no se atrevió; tuvo miedo.

¿Fiar el asalto al tuerto Cirilo? Tampoco. El tuerto era un desalmado. Mataría á Carrascosa y robaría al mismo Relumbrón.

Concibió un término medio un poco absurdo, pero se fijó en él.

Las más veces Lamparilla acompañaba á Relumbrón á la hacienda. En esta vez se marchó solo, no se detuvo en Río Frío á almorzar y á pasar una especie de revista á los muchachos de Evaristo, sino que siguió hasta Puebla; allí pidió caballos y llegó al anochecer, encontrando á Juan solo en ella, que era lo que quería. Cataño andaba por la tierra caliente; Romualdo y los demás en el camino de Perote, y Juan, muy ocupado en el cuarto de raya, arreglando sus cuentas y disponiendo sus trabajos para el día siguiente. Ni le sorprendió ni extrañó su visita; le recibió con respeto, ordenó á los criados que pusiesen la mesa para la cena y lo siguió á la sala.

—¿Estás contento á mi servicio?—le preguntó Relumbrón, desembarazándose de su abrigo y haciéndole seña de que tomase asiento.

—¿Cómo no?—le contestó Juan;—en mi vida he estado mejor.

—Me alegro. Creo que eres un muchacho fiel y que me tienes gratitud, porque al fin...

—Y mucha, señor coronel, mucha.

—¿Es decir que estarías dispuesto á hacer sin replicar lo que yo te mandase?

—A todo, señor coronel; ¿y cómo podría dejarlo de hacer, á no ser que me quisiese separar de la hacienda?

—Bien, eso basta. Se trata de arriesgar algo... no materialmente tu vida, pero es para hacer una buena acción. No me hagas preguntas ni trates de hacer indagaciones, después lo sabrás todo. Por ahora escucha. Tengo un amigo á quien quiero como si fuese un hermano; este amigo va á ser robado y asesinado. Por una circunstancia que no te puedo explicar, hoy tengo el secreto y quiero salvar á este amigo al menos de la muerte. Vive en una casa de mi propiedad, tengo, como siempre que se ponen chapas nuevas y francesas, dobles llaves de toda la casa y conocimiento con los criados. Tú entrarás á ciertas horas de la noche, te conducirán á una pieza donde permanecerás oculto para observar lo que pase. Los ladrones, ó mejor dicho el ladrón, porque será uno solo, entrará después. Déjalo que robe las alhajas y que abra los cajones, que amarre á mi amigo, que le impida que grite, pero si ves que lo trata de matar, sálvalo, aun á costa de tu vida si es necesario. Si el ladrón, como es posible, se resiste, lucha con él, y ten presente que es hombre fuerte y atrevido, pero antes preséntale esta ficha, y en cuanto la vea te obedecerá y nada te hará. Si ha robado ya algo, pídeselo y te lo entregará. Lo guardas y me lo traes, diciendo á la persona que habita la casa que el que le ha salvado la vida le devolverá sus prendas, que guarde silencio, porque le

va la vida de por medio. Mañana marcharemos á México, y allí te daré las instrucciones precisas para el buen resultado de esta cosa tan delicada que tenemos entre manos.

Relumbrón, fatigado del largo trozo que espetó á Juan, sin puntos ni comas, guardó un momento de silencio.

Juan quiso hablar, pero Relumbrón se lo impidió.

—Nada me contestes por ahora, y ya que sabes cuál es el asunto, reflexiona bien toda la noche. Si no tienes voluntad, me lo dices francamente mañana... por ahora vamos á cenar, y no hablemos más de esto. Toma.

Relumbrón entregó al muchacho una medalla de metal más grande que una cuartilla (acuñada por el plate-ro), que tenía dos letras: C. L.—*Compañía de ladrones*. Este era el talismán que servía para reconocerse como pertenecientes á la gran asociación.

La criada entró á decir que la cena estaba en la mesa, y pasaron al comedor, cenaron con apetito y hablaron de las cosas de la hacienda que en todos sentidos estaban cada día mejor.

¿Dormirse Juan? Imposible. Entre todos los lances y aventuras de su vida, ninguna tan rara ni tan misteriosa como ésta, y por más vueltas que le daba no podía comprender el extravagante plan de su patrón, y el simple sentido común le decía que si Relumbrón sabía cuándo y á qué hora debería ser robado y asesinado su amigo, lo más natural y sencillo era avisárselo á él para que se saliese de su casa, para que ocultase su dinero y sus alhajas, ó avisárselo á un alcalde, á un juez, al gobernador, para que introdujese á la policía y cogiese infraganti al ladrón ó ladrones. Las entradas y salidas de don Pedro Cataño con su gente, las escoltas del molino, los

viajes intempestivos de Relumbrón, la protección que dispensaba á Evaristo, todo esto unido al misterio que envolvía lo que parecía una obra meritoria de amistad, hacía que entrasen y saliesen en el ánimo de Juan terribles sospechas, de modo que ya bien tarde se durmió con el ánimo firme de decir resueltamente á su patrón que se separaba de la hacienda, y marcharse en efecto con lo que había economizado á buscar fortuna en el interior.

Al despertar había cambiado de resolución. La curiosidad y el arranque de la juventud pudo en él más que nada.

—Dirá que tengo miedo.

Y con este ánimo mandó ensillar los caballos, y amo y dependiente llegaron á San Martín al tiempo que pasaba la diligencia para México.

—

Apenas frotó suavemente Juan, cuando la puerta se abrió y una mano suave se apoderó de la suya, volvió á cerrar sin haber hecho el menor ruido y lo condujo á las tinieblas de una escalera. Con el mismo silencio atravesaron unas piezas, aun más oscuras, hasta que se detuvieron en un gabinete.

—Aquí, aquí,—le dijo al oído una voz, y al mismo tiempo sintió que dos labios gruesos se habían pegado un instante en su oído.

No esperaba Juan que comenzase la aventura de una manera tan agradable, y trató de cerciorarse con las manos de qué clase de sér misterioso lo guiaba.

—No, no,—le dijo la voz, y los labios gruesos volvieron á pegarse esta vez á su carrillo;—nada más la cara.

Juan tentó una frente lisa y no ancha, unos cabellos gruesos, unas cejas pobladas, una nariz chata y un tanto abultada, unos labios carnudos y frescos, como los había sentido, una barba terminada en un hollito, unos carrillos como seda.

—Nada más,—dijo la voz;—ahora yo.

Con la misma suavidad y cariño que había usado Juan, comenzó la misteriosa muchacha á recorrer su cara.

—Guapo,—dijo así que terminó el agradable paseo de sus dedos.—Ahora callados.

Y le puso un dedo en la boca, se arrimó junto de él y así permanecieron más de media hora, sentados en un canapé.

Se escuchó un ligerísimo ruido de pasos como de un gato que haya olido al ratón, y á poco se fué dibujando en la pieza contigua la silueta de un hombre.

—¡Quieto, es él!—dijo la muchacha á Juan.

—¿Quién es él?

—El tuerto Cirilo.

Y el tuerto Cirilo, con un farolillo en la mano, pasó por la puerta del gabinete negro, donde estaban arrebu-  
jados uno contra el otro Juan y la doncella.

Era un hombre cuadrado, con un pantalón y una chaqueta de pana rayada, color de gato de carbonería. Juan pudo notar una cara ancha llena de costuras y verdugones, un ojo vacío, sangriento y rasgado, la boca entreabierta, enseñando una fila de dientes como de bulldoc. Fué una visión instantánea de aparición diabólica que entró en la oscuridad, pues el tuerto Cirilo dió otra dirección á su farolito y se sumergió en la sombra.

Juan involuntariamente se arrimó más contra la muchacha.

—No, no te hará nada... pero no importa; ¿traes armas?

—Sí,—contestó Juan.

—¿Y la medalla?

—También.

—Bueno, entonces, ven... muy quedito... ni resuelles. Yo te diré lo qué tienes que hacer. D.<sup>o</sup> Viviana me ha dado bien la lección.

Y Juan y la doncella se pusieron á seguir á pasos de gato al tuerto Cirilo. Éste entró en una pieza que era un museo. Los muebles eran antiguos y exquisitos, de incrustaciones de nácar y marfil, las paredes llenas de cuadros de verdaderos maestros, los rincones de tibores de China de las dinastías de hace 500 años, mesitas por aquí y por allá llenas de objetos de marfil; en fin, la aglomeración de cuanta cháchara había comprado Carrasco durante muchos años en la almonedas del Montepío y en las testamentarias. El tuerto Cirilo no hizo caso de nada de eso. Fué directamente á un ropero tosco de cedro, un poco mugriento en las puertas á fuerza de tanto uso, aplicó una llave, lo abrió, puso el farolillo en una de las tablas y comenzó á llenarse las bolsas profundas de sus pantalones y de su chaqueta de diversos objetos, que escogía porque no podían caberle ni la cuarta parte de los que contenía aquel armario mágico. De los cajones sacó sin duda diamantes y piedras preciosas, pero no parecía satisfecho, y buscaba alguna cosa que no podía encontrar. Con la misma facilidad con que abrió el ropero de cedro, aplicó llaves á otros muebles finos, los abrió, tomó algunos objetos, pero siempre buscaba algo con una especie de impaciencia nerviosa. Convencido de que no podía encontrar lo que buscaba, cerró los ar-

marios, cogió su linterna y se dirigió á la recámara de Carrascosa.

La doncella tomó á Juan por la mano, lo condujo á la recámara de Carrascosa y lo instaló detrás del pabellón de la cama, mientras que el tuerto Cirilo acababa de cerrar los estantes.

—Aquí,—le dijo,—te estás viendo lo que pasa. Si el tuerto Cirilo intenta matar al amo, se lo impides, si se resiste, lo matas, nada se perderá, no lo puede ver mi alma. El amo mismo te salvará, y él que nos manda á todos, que puede más que nadie, te lo agradecerá. No tengas miedo, estoy por aquí cerca y te ayudaré.

La doncella imprimió un beso silencioso en la boca de Juan y desapareció en la oscuridad.

Pepe Carrascosa respiraba tranquila y regularmente. Nada había interrumpido ni el silencio ni la aparente tranquilidad de la casa de la calle de León.

A los pocos instantes se presentó el tuerto Cirilo, con su farolillo en la mano, alumbró la recámara, se acercó al lecho de Carrascosa, puso su farol en la mesa de noche, le cogió con la mano derecha el cuello y sin sacar el puñal, le dijo:

—¿Dónde está el relicario?

Carrascosa se sintió presa de una horrorosa pesadilla; pudo removerse y llevar la mano á su cuello para quitarse lo que le oprimía.

—¿Dónde está el relicario?—volvió á decir Cirilo, quitando la mano de la garganta de Pepe Carrascosa para que pudiera responderle.

—¿El relicario?—dijo Carrascosa,—no lo tengo, no lo tengo;—y al mismo tiempo llevó la mano debajo de su almohada, donde estaba el relicario, y lo empujó hasta



el fondo, enterrándolo entre el colchón y la cabecera.

Carrascosa, sorprendido y atarantado como todo el que vé su sueño interrumpido por una visión espantosa y no sabe si está soñando ó despierto, estaba completamente seguro que si ocultaba y defendía á toda costa su relicario, tocado á Tierra Santa, nada le había de suceder.

El tuerto Cirilo tenía orden expresa de D.<sup>a</sup> Viviana de buscar entre las alhajas un relicario con cera de agnus, ó de exigirlo á Carrascosa, amenazándolo con la muerte si no lo entregaba. Relumbrón quería regalarlo á toda costa á su hija Amparo, y contentar con esto á su mujer, que hacía semanas que apenas le dirigía la palabra.

—¡El relicario ó te mato!—gritó entonces con una voz ronca por el aguardiente que, contra su regla, había tomado esa noche.

—El relicario no lo tengo,—le gritó Carrascosa con la fe que da la firme creencia que tenía arraigada.—Róbate lo que quieras, mátame si puedes, pero el relicario no te lo he de dar.

Furioso el tuerto Cirilo de la respuesta de Carrascosa, sacó el puñal y le dijo:

—Lo tienes debajo de la camisa, y te lo he de sacar con la vida;—y á este tiempo le agarró con una mano la camisa y con otra le asestó una puñalada, pero el puñal no llegó á herirle, porque Juan le dió al tuerto Cirilo tan soberbio revés en la sien, que trastravillando fué á rodar á dos varas de la cama.

Carrascosa se sentó en su cama, se restregó los ojos; estaba atónito, no sabía lo que pasaba.

La doncella entró al mismo tiempo con una vela encendida en la mano.

Juan, sin perder tiempo, recogió el puñal del tuerto Cirilo que había rodado por el suelo, se acercó á él y le puso el pié en el pescuezo para que no pudiera levantarse, pero no había necesidad, el tuerto Cirilo, aunque no le salía sangre por ninguna parte, había perdido el sentido.

—¡La Providencia! ¡la Providencia! y nada más,—exclamó Carrascosa sentándose en su cama, sacando el relicario, de donde lo había escondido y besándolo con emoción;—yo sabía bien que este relicario me salvaría la vida. Habría dado toda mi fortuna por él. Si Relumbrón hubiese ofrecido cien mil pesos, yo habría pujado hasta doscientos mil... ¿pero me quieres decir, Luz, qué ha pasado, qué es esto? Tiéntame y muéveme, para que crea que no estoy soñando. ¿Quién es este mozo que tan á tiempo derribó á ese ladrón para évitár que me hubiese clavado el puñal en el corazón? habla, dí algo, Luz, ¿por qué estás aquí? ¡Qué cosas tan espantosas me suceden á mí, y siempre salvado por un milagro! Esto es más raro todavía que lo que me pasó el día en que mis parientes me querían enterrar vivo, y un muchacho, un simple muchacho del hospicio, me salvó de una muerte espantosa. Habla, habla, Luz, si no quieres que me vuelva loco...

Y Pepe Carrascosa, diciendo esto de una pieza, no cesaba de besar el relicario.

Cuando pudo hablar Luz, le dijo:

—Bien despierto está usted, señor, y dice muy bien que Dios lo ha salvado. Este muchacho es mi novio, me vino á ver y estuvo á tiempo en que este ladrón, que sin duda se quedó oculto en la caballeriza, lo iba á asesinar, pero él le contará á usted lo demás, y lo que importa

por ahora es que este hombre que está tirado se marche de aquí.

—¡Si está muerto!—dijo Carrascosa mirando al tuerto Cirilo, que no se movía del lugar donde había caído.

—¡Qué muerto! si estos brutos nunca mueren, ya verá usted...—y corrió á las piezas interiores, volviendo á los dos minutos con un pomo de alcalí que pegó á las narices del tuerto Cirilo, el cual hizo un gesto, arrojó un ronquido como de un marrano y se solivió sobre el codo.

—Ahora te largas en el acto,—le dijo al oído la visvirinda Luz,—si no quieres que el amo llame al guarda y te lleven á la cárcel.

El tuerto Cirilo, atarantado del soberbio bofetón, miró á todos lados, se limpió el ojo tuerto de donde le escurría un licor viscoso, se levantó y fué tomando el camino de las piezas que parece sabía muy bien. Luz lo acompañó hasta la puerta del zahuán y lo despidió diciéndole:

—¡Bruto! nunca sabes hacer bien las cosas, has venido borracho, bien me lo advirtió D.<sup>a</sup> Viviana.

—Ya me la pagarás,—le contestó el tuerto Cirilo,—me has vendido por quedar bien con tu querido que tenías escondido; te he de matar antes de una semana.

Luz volvió y encontró á Carrascosa todavía sentado en su cama y á Juan delante, asombrados y sin poderse decir una palabra, tanta así era la impresión que les causaba lo que estaba pasando.

Juan á su vez, como Carrascosa, bendijo á la Providencia en su interior. Después de transcurridos años y años, un suceso, el más raro é inesperado, lo ponía en contacto con aquel muerto que cargaba en sus hombros

y que sin voluntad, sino por causa de una piedra mal puesta y de un calzado viejo, había dejado caer en la puerta del cementerio. ¿Y el relicario? ¿Y el nombre de Relumbrón en los labios de Carrascosa? ¿Y la lucha entre los dos por una prenda cuyo valor no pasaría de diez pesos? ¿Y esa moza, bonita y simpática, cómplice seguramente de los ladrones, que se declaraba desde luego su novia, que le había dado un amoroso beso en la oscuridad y en el curso de una singular aventura? Todo esto le impidió el uso de la palabra. Reflexionó sin embargo que era necesario no desmentir á Luz, y que pues ella había dicho que era él su novio, era claro que así convendría á los planes del mismo Relumbrón.

—Después de lo que ha pasado tendrás que hablar con el amo,—dijo Luz á Juan.—Todo está cerrado y seguro, y ese bruto se ha marchado. Tú lo explicarás todo.

—Bien quisiera explicar á usted lo que pasa,—dijo Juan á Carrascosa, que no volvía de su asombro,—pero me es imposible. Una persona á cuyo servicio estoy y que me ha prohibido expresamente revelar su nombre, me envió á que salvase á usted si era amenazado de muerte, y desde luego debe ser muy buen amigo. Supo que debían asaltar á usted esta noche los ladrones, y matarlo si se resistía á entregar las llaves de los cofres y roperos, ó si trataba de defenderse ó daba gritos. He cumplido mi misión con toda felicidad, y no me pregunte usted más, ni acerca de esto, ni acerca de la muchacha, porque nada podré responder, y parte de estas cosas son también para mí un misterio. Como usted he creído y creo en la Providencia divina y me he entregado enteramente á su voluntad, dejando que ella me con-

duzca en el camino de la vida, y ella me ha conducido á encontrar al que salvé una vez de ser enterrado vivo y he salvado ahora del puñal de un asesino.

Carrascosa apenas oyó esto, cuando saltó de la cama y se colgó al cuello de Juan.

—¡Tú, tú eres ese muchacho que he buscado años y años sin poderlo encontrar! Mira, mira en ese periódico, en ese otro, y en ese otro,—y le mostraba periódicos esparcidos en las cómodas y mesas,—está el aviso señalando una recompensa al que me diese noticia de tí. Sábelo; tú eres mi heredero, mi hijo, mi familia, mi todo en el mundo, porque soy solo y no cuento sino como enemigos á los desnaturalizados parientes que me quisieron enterrar vivo... pero debí haberlo adivinado, debí haber abrazado á mi salvador, pero yo no estaba en mi acuerdo, no sabía si soñaba; era tan extraño lo que pasaba, que ahora mismo no salgo de la sorpresa. Todo se lo debo á este relicario, tocado al Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo en Jerusalén, y que compré en la testamentaría del señor obispo Madrid.

—¿Del señor obispo Madrid?—interrumpió Juan.

—Sí, míralo, míralo.

Carrascosa buscó el relicario en la cama para presentárselo á Juan, y como al esconderlo y al manejarlo con entusiasmo había impensadamente oprimido el débil recorte que detenía las tapas, el relicario se desbarató y cayó un pequeño papel curiosamente plegado que tenía dentro. Carrascosa se apresuró á ajustar las dos tapas del relicario.

—Ignoraba que tuviese este papel, nunca había querido abrir el relicario porque no fuese á romperse la *cera de agnus*,—y lo desdobló, y acercándose á la vela, leyó:

«Está bautizado, deberá llamársele Juan Robreño. Su padre es caballero y militar. Su madre de la primera nobleza de México. Dios lo ayude en su vida.»

—¡La Providencia, la Providencia!—exclamó Juan á su vez.—Ese relicario es mío, yo lo he llevado en el cuello, y fué entregado al señor obispo por la caritativa mujer que me recogió y me sirvió de madre...

Luz entró de puntillas, pero Juan le hizo señal de que se fuese.

—Cuenta, cuenta si puedes toda tu historia, pues lo que me está pasando es tan maravilloso, que si se escribe nadie lo creerá y parecería invención de un poeta romántico. ¿Por qué misterio oculto de la Providencia, ese amo á quien sirves y que no puedo dudar que sea un verdadero amigo mío, te envió á esta casa y por qué fuiste á escoger por novia á Luz, esta muchacha recamaraera de toda mi confianza?

Sentáronse, dejando para después el registrar los armarios y cerciorarse de lo que se había embolsado el tuerto Cirilo, y Juan contó á Pepe Carrascosa, á poco más ó menos, toda su vida, callando aquello que convenía para no descubrir ni aun de lejos á Relumbrón.

—Bien, bien. ¡Bendito sea Dios que todo lo dispone y todo lo ordena según su voluntad! Guardemos nuestros secretos, porque así conviene. Nada digas á la persona que te envió aquí de lo que has descubierto. Ya eres rico, eres como mi hijo, puedes dejar el destino y venir conmigo á tener cuidado de mis asuntos y de mis cosas, pero más adelante. No hay que decir ni una palabra del robo. Lo que se ha llevado ese asesino no es gran cosa, y aunque fuera. Las alhajas y las cosas verdaderamente curiosas y de valor las tengo en otra parte, y nada gana-

ría yo con quejarme á un juez y comprometer al amigo que me ha salvado, y aun á tí mismo y á Luz. Nada, nada más que silencio por ahora. Venme á ver frecuentemente; esta es tu casa, todo lo que hay en ella es tuyo.

Juan le dijo que vivía muy lejos de México, rumbo del interior, pero que no dejaría de volver pronto, y como en esto ya iba amaneciendo, Juan y Carrascosa se despidieron, haciéndose mutuas protestas y estrechándose la mano.

Luz estaba en la puerta de la calle esperando á Juan.

—Me voy contigo,—le dijo.

—Pero...

—Quieras ó no, me confrontas y es bastante. Además yo no quiero estar un día más en esta casa, sirviendo de espía y formando parte de la banda de ladrones que depende de D.<sup>a</sup> Viviana... ya te contaré. El tuerto, antes de ocho días, ha prometido asesinarme y lo cumplirá. Tú eres hombre y me defenderás, y aunque no fuera por eso, me voy contigo, porque te quiero y acabóse.

Luz metió una llave en la chapa de la puerta, la cerró, tomó á Juan del brazo y echaron á andar por la silenciosa calle de León.





## CAPÍTULO LI

### Las libranzas de Relumbrón

**R**ELUMBRÓN quedó muy disgustado de la tentativa contra Pepe Carrascosa. Se había propuesto hacerse de algunos diamantes y perlas de alto precio, y sobre todo del relicario. D.<sup>a</sup> Severa y Amparo, que no eran más que bondad y cariño para Relumbrón, habían entrado en una frialdad tan grande, que no hablaban dos palabras en la mesa, y á cuantas cuestiones promovía de intento Relumbrón, no contestaban más que con monosílabos. Las mujeres son así. D.<sup>a</sup> Severa hubiera perdonado, como perdonaba en su interior, veinte infidelidades de su marido, y no podía tolerarle que por unos cuantos pesos hubiese dejado escapar una reliquia tocada al sepulcro de Jesucristo, y Amparo, aunque sumisa y respetuosa, seguía el humor de la madre, y no dejaba también de tener en el fondo un poquillo de sentimiento de que su padre, conociendo sus inclinaciones

religiosas, no le hubiese ofrecido un obsequio que hubiese agradecido más que un collar de diamantes.

El tuerto Cirilo, con una insolencia que ya pasaba de raya, se quejó con D.<sup>a</sup> Viviana, y la dijo que esa puerca que había colocado de recamarera con Carrascosa, lo había vendido y metido en la casa á su compinche, y que la Luz y el querido antes de una semana serían asesinados. D.<sup>a</sup> Viviana lo calmó, pero él en sus trece; entregó muchos milagritos antiguos de plata y oro, botonaduras de calzoneras y varias chucherías por ese estilo, y se guardó lo mejor que había robado de los armarios de Pepe Carrascosa.

La Lucecilla, por más que hizo Juan, no pudo quitársela de encima, ni tuvo valor para dejar en medio de la calle á una muchacha tan seductora que por una singularidad se había enamorado de él, con sólo recorrer con sus dedos redondos las facciones de su cara. Fuese Juan con ella á la hacienda, llevándola en ancas de su caballo, sin pretender ni de chanza, hablar antes con Relumbrón. Demasiado avisado era para no haber comprendido que lo que su patrón quería, era que hubiese, sin matar á Carrascosa, robádole cuanto tenía, y atando cabitos y no pudiéndose explicar las entradas y salidas de la gente de D. Pedro Castaño y mil otras cosas, se persuadió antes que ninguno, que el que tenía por amo no era más que el jefe de una formidable banda de ladrones. Tales pensamientos quedaron en sus adentros, pero le sirvieron para pensar muy seriamente, no sólo en separarse, sino en alejarse á mil leguas de distancia, si era posible, y sus economías le permitían tomar esa resolución aun sin contar con Carrascosa. A Lucecilla, que le hizo olvidar á Casilda, la dejó en San Martín, en casa de

una buena familia que revendía la leche y los quesos de la hacienda, y él volvió á ella á ocuparse de sus quehaceres ordinarios.

No tardaron muchos días sin que se presentara Relumbrón en Arroyo Prieto en busca de D. Pedro Cataño, que estaba ausente; pero como siempre dejaba á algunos de sus muchachos que sabían dónde podían hallarlo, montaron á caballo y prometieron volver con él antes de veinticuatro horas. En ese intervalo, naturalmente, Juan y su patrón tuvieron necesidad de hablar y hablaron de todo menos de lo acontecido en casa de Pepe Carrascosa, lo que agradó mucho á Juan y lo sacó de un verdadero compromiso. D. Pedro Cataño, que se vivía en el Molino de Flores, llegó antes de las veinticuatro horas con seis de sus muchachos.

Relumbrón, lleno de enredos y de tantos negocios á cual más complicados, tuvo una apuración momentánea para pagar unas letras de París. El dinero robado al conde no había podido sacarse todo de donde lo habían escondido; la baraja mágica de D. Moisés había perdido á ocasiones su prestigio; la mujer del licenciado Chupita gastaba casi todo el producto de la moneda falsa; la multitud de ladrones que tenía á su disposición, robaban por su cuenta autorizados por el tuerto Cirilo; el Gobierno le pedía vestuarios que tenía que entregar en grandes cantidades, y no le pagaba; Luisa, Rafaela, Dolores, Cayetana y otras más, dilapidaban con profusión; en una palabra, Relumbrón, al menos por el pronto, no podía satisfacer sus compromisos y tuvo que echar su firma á la plaza. Un corredor anduvo aquí y allá sin lograr que nadie le quisiese descontar, pues todos se habían excusado con buenas palabras. El corredor fué por

último á dar á casa de los Bermejillos. El encargado entonces, porque los principales estaban en Europa, tenía á Relumbrón en el concepto de muy rico y de muy formal y estaba dispuesto á entrar en el negocio; pero cuando estaba ya al concluirse y pendientes sólo del tipo del descuento, entró al escritorio uno de estos gachupincitos que se quitan las alpagatas en la aldea para venir á Cuba ó á México en busca de fortuna, y que apenas la encuentran cuando se vuelven más altaneros y orgullosos que los potentados que viven en la calle de Alcalá, y saludando apenas al corredor, se acercó á la mesa y echó el ojo sobre los papeles.

—Mal día, paisano,—le dijo al jefe de la casa de los Bermejillos.

—¿Por qué?—le preguntó éste dándole la mano que le presentaba.

—Porque este amigo anda molestando á todo el mundo con sus libranzas. Ya estuvo en casa y me figuré que vendría para acá.

—¡Y quién lo autoriza á usted para meterse en negocios ajenos!—le dijo el corredor lleno de cólera.—¡Salga usted de aquí y déjeme acabar mi negocio!

—Eso quisiera usted,—le contestó el gachupincito,— y me iré ó no me iré, pero antes diré á mi paisano quién es Relumbrón. Escuche... es un verdadero Relumbrón que da pala con sus anillos de diámanes y cadenas de oro y sus carruajes, pero vaya usted á registrar sus cajas. Quién diablos sabe dónde las tiene, ni lo que tienen dentro; además, es un jugador perpetuo y jugador que no puede poner los piés en la partida de D. Moisés, donde, como sabe usted, va lo mejor de México, y con esto le digo á usted todo... vamos, un completo Relumbrón,

y... infórmese usted con el ciego Dueñas, que sabe la vida y milagros de todo el mundo, y le contará la casta de pájaro...

—¡Es usted un gachupín insolente,—le dijo el corredor dándole un puñetazo en el pescuezo,—y le he de cortar á usted y á todos los gachupines la lengua por canallas y por denigradores de los mexicanos; después que vienen de su tierra con una mano atrás y otra adelante!...

El gachupincillo de pronto quedó atarantado; pero no acababa el corredor de hablar cuando ya tenía encima una cachetada que lo dejó sin vista, y cerrados los ojos tiraba al aire puñadas y juraba como un cargador.

El jefe de la casa, indignado y ofendido de los atroces improperios del corredor contra los españoles, tomó su bastón, que estaba en el ángulo del escritorio, propinó en las espaldas unos cuantos palos al corredor, le encajó sus libranzas en la bolsa, y á empujones lo echó á la calle.

El corredor, un poco maltratado, fué á dar cuenta de su misión á Relumbrón y á devolverle sus documentos. Relumbrón, con una calma aparente, le prometió que pediría como caballero ó por la vía judicial, completa satisfacción de los insultos y vías de hecho, y le pagó generosamente. El resultado fué que Relumbrón tuvo que ocurrir á su compadre; el platero (que era agarrado y no le gustaba sacar su tesoro del montepío) escribió á la Moreliana, la que, como siempre, orgullosa de poder servir á su hijo, lo sacó del atolladero.

Lleno de rabia Relumbrón, humillado de que nadie en México hubiese á ningún tipo querido descontar sus letras, odiando en el fondo á los españoles y especialmente á los de tierra caliente, prometió vengar al corre-

dor y vengarse él de una manera que dejara memoria en los anales del crimen, y luego que arregló sus pagos marchó á la hacienda, como hemos visto, en busca del terrible D. Pedro Cataño.

Luego que concluyeron de cenar entablaron la conversación. Relumbrón refirió á su compañero el coronel lo que acabamos de decir, añadiendo algunos otros pormenores.

—Nada de consideraciones ni de clemencia con esa canalla, especialmente con los Bermejillos y los Garcías. Esta expedición debe ser á fuego y sangre. Si fuera posible que no quedara piedra sobre piedra de San Vicente y Chiconcuac, sería el día más feliz de mi vida. Usted, compañero, que como yo detesta á los gachupines, tiene la ocasión de vengarse.

D. Pedro Cataño, que había permanecido sin hacer ninguna pregunta ni manifestar interés en los asuntos de Relumbrón, le contestó fríamente:

—Las ocasiones de vengarme no me han faltado, pero yo no soy instrumento de venganzas ajenas; así no cuente conmigo ni con los míos para esa expedición, y le aconsejo que se ponga á la cabeza de otras gentes de que pueda disponer, y usted mismo entre á fuego y sangre en las haciendas de San Vicente y Chiconcuac. Eso hace un hombre...

—Pero ¿cómo es posible?—le interrumpió Relumbrón sorprendido.—Rehusa usted á obedecerme. ¿No sabe usted que está á mis órdenes, que eso hemos convenido y que me he fiado en su palabra?...

Cataño sonrió desdeñosamente y contestó:

—No he de ir...

Relumbrón se exaltó, quiso echarla de valiente, dió

golpes con la mano en la mesa, y Cataño muy tranquilo, fumando su puro y sorbiendo cucharaditas de café sin hacerle caso.

Siguió Relumbrón con sus bravatas hasta que perdió la paciencia Cataño. Se puso en pié, agarró fuertemente del brazo á Relumbrón y lo condujo á su recámara, diciéndole:

—Por ahora acuéstese y descanse, compañero, que mañana nos daremos de balazos usted y yo; Juan será testigo.

Se le bajaron los humos á Relumbrón, como si le hubiesen echado un cántaro de agua fría. No contestó ni una palabra y consideró que lo que mejor podía hacer era acostarse.

Cataño volvió al comedor á continuar con su puro y su café y llamó á Juan para platicar.

Juan y Cataño habían hecho muy buenas migas. Siempre que llegaba á la hacienda cuidaba de que su recámara estuviese arreglada, la comida muy variada, los caballos con abundante pastura, y solían dar sus platicadas en la mejor armonía, hablando de siembras, de ganados, de caballos y de otras cosas de campo; pero nunca, ni uno ni otro, de los asuntos de Relumbrón, ni de la poca ó mucha parte que tenían en ellos; ni tampoco se había atrevido Juan á preguntar á Cataño algo referente á su vida, ni Cataño á indagar nada relativo á Juan, que, en resumen, era para él lo mismo que Romualdo ó cualquiera otro de los muchachos calaveras que tenía á sus órdenes.

—¿Has oído, Juan?—dijo Cataño arrojando una bocanada de humo y acomodándose en tres sillas al estilo americano.

—Está tan cerca el escritorio del comedor,—le contestó Juan,—que no he perdido una palabra.

—Entonces ya sabes que mañana tengo que matar á ese hombre. Tú serás el único testigo. Admitiré todas sus condiciones, pero aunque la distancia sea de cuarenta pasos, lo mismo será para él, morirá infaliblemente. Además, tiene miedo.

Juan se puso un dedo en la boca significando á Catañño que se callara, fué á cerciorarse si Relumbrón estaba dormido y volvió á poco.

—Está profundamente dormido, podemos seguir la conversación,—dijo á Robreño.

—Te encargo que mis caballos estén listos y los muchachos avisados, porque luego que le plante una bala en el ojo derecho, nada tengo que hacer aquí.

—¿Y yo?—preguntó Juan con cierto acento de duda y tristeza.

—Te quedas aquí para dar parte á la justicia y enterrar el cadáver ó mandárselo á su familia á México, y de veras lo siento por su hija. Todo el mundo dice que es de lo mejor que hay en la capital.

—¡Qué suerte la mía! Apenas encuentro una posición tranquila cuando vienen sucesos raros é imprevistos, como este desafío, á sacarme violentamente de ella y á ponerme en peligro. Coronel, usted se larga con sus muchachos, y yo nunca podré probar que no he sido el asesino de mi patrón. El cuento del desafío nadie lo creerá y el Juez se reirá de él, y, de una manera ó de otra, de pronto de aquí iré á la cárcel; pero no importa, me quedo; esa es mi suerte y no puedo ni debo hacer otra cosa. Me dejo llevar de la corriente, y como siempre en estos casos, confío en la Providencia. No hable-



mos más, seré testigo único del duelo y los caballos de usted y sus muchachos estarán listos.

—¿Sabes que eres un valiente, Juan, y que me interesas? Vas á quedar, en efecto, en una situación crítica, y si quieres y puedes cuéntame cómo has venido á dar aquí, y si eres cómplice de Relumbrón, porque eso no confronta bien con la confianza en los designios de la Providencia, que no puede favorecerte á tí, instrumento de un gran ladrón como es nuestro coronel. Yo no soy muy buen cristiano, que digamos; pero mi padre y mi madre me infundieron en mi niñez principios religiosos que no se olvidan jamás, y si me ves aquí es por otras causas bien distintas. Te diré simplemente que yo no soy un jefe de ladrones y debes creerlo. Si tú tienes secretos, como yo tengo los míos, y no los quieres revelar, guárdatelos; pero si algo te conviene referirme para que pueda ayudarte, háblame. Soy tu buen amigo.

—Ningún secreto hay, ni ningún empacho tengo en contarle, coronel, lo que me ha pasado en la vida; pero antes quiero que me diga si ha conocido usted ó conoce á un D. Juan Robreño,—dijo Juan con mucha naturalidad.

Al oír este nombre D. Pedro Cataño se levantó de la silla como si lo hubiese despedido un resorte, y el puro se le cayó de la mano; pero se repuso inmediatamente y volvió á sentarse con aparente tranquilidad...

—Robreño es un apellido muy común,—le contestó, —lo mismo que el nombre de Juan. Hay una familia de Robreño en Aguascalientes, otra por el interior; pero yo personalmente no he conocido á ninguno.

—Pues es lástima,—dijo Juan, que no se apercibió de la sorpresa de Pedro Cataño, porque en ese momento,

oyendo ruido, volvía la cara hacia la recámara de Relumbrón.

—Lástima, ¿y por qué?—le preguntó Cataño.

—Porque aunque ya he adelantado mucho encontrando de la manera más extraña un protector y un amigo, nada me llenará el corazón hasta que yo no sepa quiénes son mis padres y quién soy yo.

Cataño, que no se había fijado en las facciones de Juan, en su estatura derecha y fuerte, en sus ojos grandes y expresivos, desde que oyó en boca del muchacho el apellido de Robreño, encontró que se le parecía y que tenía tanto de él como de la condesa; pero se hizo el ánimo de disimular y de no consentir en una dicha inesperada hasta no tener una prueba que podría hallarse en lo que Juan le refiriese.

—Pues que tanto fías en la Providencia,—le dijo Cataño con mucha calma y hasta con cierto aire de duda,—quizás un día, y no muy lejos, tus deseos serán satisfechos; pero al grano y ya te escucho. Que nos sirvan más café y fuma un puro de este famoso Relumbrón, que mañana á estas horas estará en la eternidad dando cuenta á Dios de sus buenas obras.

Juan se levantó y fué á la cocina; volvió con la cafetera llena de café ardiente, encendió su puro, y contó á D. Pedro Cataño toda su historia, que comienza en los primeros capítulos de estos libros y que el lector sabe perfectamente. Juan terminó leyendo el misterioso papequito encontrado en el relicario que compró Pepe Carrascosa en la testamentaría del obispo Madrid.

Pedro Cataño, en lugar de arrojar un grito destemplado y de abrazar á su hijo, diciéndole en sollozos, como en las comedias: «¡Hijo mío! ¡Hijo de mis entrañas!» se

levantó del asiento, se atusó el negro bigote y con un tono de autoridad, le dijo á Juan:

—Mañana dejamos á este ladrón muerto en medio del campo y nos marchamos. Ya amaneció, ve á disponer todas tus cosas, manda ensillar tus caballos y los míos y esperemos ya preparados á que se levante el enemigo para acabar con él.

El enemigo no tardó en aparecer, su sueño no fué muy tranquilo y antes de su hora de costumbre ya estaba en el comedor.

—Seguramente no ha dormido usted, compañero,—le dijo á Cataño tendiéndole la mano, que fué aceptada de mala gana.

—No tenía sueño,—le contestó Cataño,—y quise estar dispuesto para la hora en que usted se levantara y que acabemos.

—Lo de anoche fué un acaloramiento. Pensé mucho y convengo en que tiene usted mucha razón. Un golpe escandaloso, y más si había sangre de por medio, podría descomponer nuestros negocios. Estaba yo muy irritado y, por consiguiente, no sé ni lo que dije. Espero, compañero, que recibirá usted mis excusas y que continuaremos como siempre. No hay que hablar más y venga esa mano.

D. Pedro Cataño se la tendió, con los dedos tiesos.

—Pues así lo quiere usted,—le contestó,—yo no insisto ni tengo otro motivo para reñir con usted más que el que se ofreció.

—Bien, muy bien,—dijo Relumbrón muy alegre;—es usted un completo caballero. Ahora espero que no me negará el favor de quedarse en la hacienda con algunos de sus muchachos hasta que regrese yo dentro de


una semana. Quiero que me acompañe usted al Molino.

Cataño, que estaba absolutamente preocupado con la historia de Juan, aceptó el desenlace con gusto, pues ningún empeño tenía en matar á Relumbrón, y reflexionó que para marcharse con Juan á donde se le diese la gana, cualquier día era bueno, así le contestó ya con muy buen humor que lo esperaría los días que quisiere y que no se hablaría más de lo pasado.

Relumbrón, Cataño y Juan tomaron chocolate muy contentos, y en cuanto el coche estuvo listo, Relumbrón, escoltado por seis muchachos de la banda de los Dorados, tomó el camino de México.

## CAPÍTULO LII

### San Vicente y Chiconcuac

ELUMBRÓN se detuvo en Río Frío, donde Evaristo, como de costumbre, le tenía preparado un buen almuerzo en la taberna alemana. Allí los dos vomitaron infernales injurias contra D. Pedro Cataño, contra el Gobierno, contra los ricos de México, contra el género humano, y quedó convenido que Evaristo se pondría á la cabeza de la expedición, y la noche menos pensada caería sobre San Vicente y Chiconcuac, robaría, mataría, destruiría las calderas y cuanto pudiera, y de allí se iría á Santa Clara á hacer lo mismo con los Garcías.

Los más perversos y atrevidos valentones de Tepetlaxtoc se habían desperdigado por el Bajío (1), formando cuadrillas de cuatro, seis y ocho hombres, que, ya caían

---

(1) Llanura entre Querétaro y Guanajuato.

á una hacienda, ya á otra. Las poblaciones de Celaya, Salamanca, Irapuato estaban aterrorizadas, pues la audacia de los bandidos llegó hasta penetrar á la Cañada de Marfil, lo que obligó al gobernador á salir en persona con su secretario y la fuerza de que pudo disponer para perseguirlos y exterminarlos, pero en la noche volvió triunfante sin haberles podido dar alcance.

Relumbrón, de regreso á México y con el negro pensamiento de que su venganza se realizaría pronto, se dedicó á su familia como un buen esposo, á sus queridas como un buen amante, y á sus negocios como un hombre de grande importancia, sin dejar de cumplir sus deberes militares en el palacio. En su interior se vanagloriaba del talento que había desplegado para cometer sus crímenes de modo que ni remotamente pudieran sospechar que él era el autor. La casa de la calle de Don Juan Manuel permanecía cerrada y nadie había fijado su atención, y aunque un día ú otro, como debía suceder, se descubriese el robo, ¿quién se atrevería á figurarse que Relumbrón era el autor?

Pepe Carrascosa, callada la boca, fué sacando de sus armarios todas sus alhajas y curiosidades, y depositándolas en el Monte-pío; dejó á los criados en sus puestos y á nadie contó lo que le había pasado; como de costumbre concurría á las almonedas del Monte-pío, donde encontraba á Relumbrón, se daban la mano, platicaban y compraban lo que les parecía mejor, como si nada hubiese pasado. Todo esto daba á Relumbrón nuevos bríos, y no hacía á la hora de acostarse más que pensar en nuevas empresas.

Pocos días bastaron para que Evaristo reuniese á los valentones y organizase su expedición á la tierra caliente.

Hizo el camino por los montes, que ya conocía perfectamente, y fué á salir á la cuesta de Huichilaque.

Desde allí, con la mayor precaución y con carabina en mano, siguió poco á poco bajando la cuesta y llegó á cosa de las nueve de la noche á la hacienda de San Vicente, y observando que estaba cerrada y que había vigilantes en las azoteas, no se atrevió á tocar; desperdigó su gente y se retiró á cierta distancia en el mayor silencio, á pensar lo que tendría que hacer ó á esperar el día para caer de improviso cuando abriesen. ¡Asaltar la hacienda! ni por pienso; no era del temple de D. Pedro Cataño, y si tal hubiese intentado, la derrota era segura, pues en la finca había armas y los dependientes resueltos á defenderse.

Vagando de un lado á otro y alejándose siempre de la hacienda vió venir un hombre por una calzada que conducía á Chiconcuac. Puso espuelas á su caballo, marcó el alto al pasajero y á los cinco minutos se juntó con él.

—¿A dónde va?—le preguntó poniéndole la pistola al pecho.

—No tengo nada más que un mal reloj, tres pesos en la bolsa y este caballo flaco, aquí lo tiene usted todo y no hay necesidad de su pistola para eso, pues no vengo armado,—le contestó el caminante con cierta sangre fría.

—No quiero ni sus tres pesos, ni su reloj, sino que me diga qué anda haciendo por aquí á estas horas y á dónde va, porque supongo que no se ha de quedar en el campo ni este es el camino para ir á México.

El caminante no quería responder, pero Evaristo le dijo con voz resuelta:

—Si no responde lo mato,—y preparó la pistola.

El pasajero, aislado completamente en el campo, en

una noche oscura y rodeado de los bandidos que se habían ido acercando, no veía medio ninguno de salvación, y amagado de nuevo por Evaristo, que le dió cinco minutos para decidirse, tuvo que contestar:

—Voy aquí cerca, á San Vicente; soy dependiente de la hacienda.

—Basta; eso debía haber dicho desde el principio, allá voy yo también,—contestó Evaristo.—Soy el jefe de una fuerza del gobierno, y como la caballada está cansada, necesitamos descansar y darle un pienso.

Al decir esto, uno de los bandidos se acercó al dependiente, lazó con una reata el cuello del caballo, le quitó el freno y amarró á cabeza de silla.

—Así está bien,—dijo Evaristo,—ahora adelante.

Diseminados y con mucho silencio, caminaron hasta la puerta de la hacienda de San Vicente.

—Ahora,—le dijo Evaristo sacando un puñal,—va usted á tocar la puerta, á decir que una partida del gobierno que anda en persecución de los Dorados, pide asilo, pues que trae gente y caballos cansados; que pueden abrir sin temor, en fin, deles todas las seguridades hasta que abran. Si no abren ó disparan armas, le meto en el corazón este puñal hasta la cachea.

El dependiente sentía en el cuello la punta del puñal de Evaristo. El bandido, que había caminado junto de él tirando al caballo por el pescuezo, le tenía la pistola amartillada puesta en la sien. No había remedio; el pobre hombre tocó la puerta y haciendo un esfuerzo para componer su voz, entabló un diálogo con los de adentro que dió por resultado que las puertas se abriesen de par en par. Una irrupción de demonios con machete en mano y disparando las pistolas ocupó inmediatamente el



patio. Algunos tiros fueron disparados por los dependientes de la hacienda, que dieron por resultado que Evaristo, acobardado al principio, creyendo en una resistencia formal y furioso después, hiciese picadillo á cuchilladas y puñaladas á tres de los dependientes, sin contar al desgraciado que los había introducido, que con todo y caballo arrastró por el patio el facineroso que lo conducía. A la gente de trabajo que había en la hacienda, á caballazos y á cintarazos la hicieron entrar en el almacén y la encerraron.

Dueños ya de la hacienda, se introdujeron por todas las habitaciones y oficinas en busca de dinero y de licores y cosas que comer. Robaron en el cuarto de raya y el despacho cuatro ó cinco mil pesos; vaciaron la dispensa; lo que no pudieron beber y comer lo destruyeron, y beodos de sangre y de vino, con trabajo y á cintarazos los pudo reunir Evaristo, y al amanecer abandonaron la hacienda, tomando el camino de la montaña. Evaristo, asustado con su triunfo, no se resolvió á ir á Santa Clara, y eso salvó á los Garcías.

Cuando se supo en la capital esta sangrienta catástrofe fué universal el sentimiento de horror y de indignación. El gobierno inmediatamente mandó fuerzas de infantería y caballería á la tierra caliente, puso enérgicas circulares á las autoridades de toda la República para que contribuyesen á la destrucción de la banda de foragidos, nombró un juez especial para que instruyera la causa, é hizo cuanto pudo para acallar el clamor público. El encargado de la legación de España pasó una terrible nota al gobierno, concluyendo por decirle, que si dentro de ocho días no estaban aprehendidos y ahorcados los asesinos, abandonaría la legación y la guerra sería declara-

da. Como no fué posible que en una semana se hiciese esto, el diplomático abandonó la legación y partió para Madrid (1).

El terror de Relumbrón fué tal, que cayó enfermo y en una semana no pudo salir de su recámara. D.<sup>o</sup> Severa y Amparo olvidaron el asunto del relicario y lo llenaron de cuidados y atenciones.

El Dr. Ojeda, que ya tenía su título y una buena clientela, llevó la noticia á la hacienda de Arroyo Prieto.

—Vengo,—le dijo á su amigo el fingido D. Pedro Cataño,—á sacarte del infierno en que te has metido. Lo que ha hecho tu amigo Relumbrón y el capitán de rurales, porque ellos son sin duda, es horroroso, y como se trata de evitar una guerra con España, el gobierno no descansará hasta no descubrir la maraña. Bastante hemos hablado tú y yo para que no comprendas lo que ha pasado y de dónde viene la trama en que tú puedes aparecer como un vil asesino sin haber tenido la más leve parte. Además D. Remigio me ha escrito una carta muy alarmante. Las incursiones de los comanches, que otros años han sido de partidas pequeñas que él ha podido perseguir con los vaqueros de la hacienda, va á ser este año formidable. Un cautivo de la hacienda del Torreón, que logró escaparse, ha contado todos los pormenores á D. Remigio. Las diferentes tribus de comanches se han reunido en las Praderías bajo el mando de Mangas Coloradas, á quien tú conoces, y en número de quinientos á seiscientos van á caer sobre los estados de

---

(1) Este suceso, á poco más ó menos como queda referido, pasó durante la administración del general Comonfort, pero ya varias veces se ha dicho que en esta novela se reasumen los acontecimientos de una época, y no deben extrañarse los anacronismos necesarios para darle interés.

Chihuahua, Coahuila, Durango y N. León para recoger toda la caballada que puedan y venderla ó cambiarla en las factorías americanas, por pólvora, rifles y avalorios. Figúrate cómo van á quedar esas haciendas. Los administradores huyen ya y las están dejando abandonadas. Tu padre sabes lo que es, primero largará el pellejo, y luego, en la hacienda, tenlo presente, está Mariana, mejor, un poco mejor, me dice D. Remigio. Hay otra cosa que me llama mucho la atención. Me dice don Remigio que hace mucho tiempo que Quintana, el dependiente, no le escribe, cuando tenía costumbre de hacerlo cada ocho días, y me encarga que me informe de si está enfermo ó se ha muerto. Fuí en consecuencia á la casa de la calle de D. Juan Manuel, toqué la puerta y ni quién respondiera. Fuí también al Puente de Alvarado y lo mismo, toqué más de media hora y ni alma viviente. Algo grave ha de haber pasado, pero no he querido meterme en averiguaciones, porque lo más urgente era verte á ver. ¿Qué dices?

D. Pedro Cataño llamó á Juan.

—Mañana al amanecer salimos de aquí; así, esta noche dispones tus cosas y no repliques, porque es por tu bien.


—No deseaba otra cosa,—le contestó Juan.—La Providencia me llevará por buen camino.

Al día siguiente, á las cuatro de la mañana, D. Pedro Cataño, Juan, Romualdo, el Dr. Ojeda y los muchachos que estaban allí reunidos abandonaron, para no volver más, la misteriosa hacienda de Arroyo Prieto.



## CAPÍTULO LIII

### Sentencias de muerte decretadas por Evaristo

os horrores y sangre de la hacienda de San Vicente, las agitaciones políticas de la capital y los tormentos del alma de Relumbrón, no habían turbado la serenidad del cielo azul en que vivían D.<sup>a</sup> Severa, Amparo y Casilda, y mencionamos á Casilda porque ya no era criada, sino que se contaba como de la familia, tanto así supo la muchacha granjearse el cariño de sus amas.

Las tertulias de Relumbrón cada vez eran más lucidas. La asistencia, sin faltar un solo jueves, del marqués de Valle Alegre, les había impreso un carácter altamente aristocrático. Ya no concurrían allí tenientes de caballería, ni escribientes de la Dirección de loterías, ni corredores de semillas, sino personas de todo peso por su dinero, por su posición social ó por su talento como poetas y literatos. El maestro Elizaga no faltaba, y cada

semana era un valse, unas cuadrillas, una improvisación del más refinado gusto y de la más completa novedad. Todo pasaba de la manera más cordial, y las horas se deslizaban sin sentir. Se platicaba, se cantaban piezas escogidas por las señoritas más adelantadas de entre las discípulas del maestro Elizaga, y solían las criadas arriar las sillas á los costados del salón y bailarse algunas contradanzas y cuadrillas. A las diez y media los convidados pasaban al comedor, donde encontraban sabrosos helados de Veroli, platos variados de esa multitud de golosinas en forma de pastelitos, yemas y quesadillas de Guatemala, y para los más golosos carnes frías, Jerez, Burdeos y Champaña en abundancia. Volvía la reunión al salón á continuar la conversación, la música y el canto, y antes de las doce cada cual sabía que tenía que tomar su sombrero y despedirse.

Amparo y D.<sup>a</sup> Severa eran cada una, según su edad y carácter, el encanto de la concurrencia, á todos atendían, con todos platicaban un momento, y las más veces, de esas conversaciones con las amigas, resultaba auxiliada con dinero una viuda con hijos, una muchacha doncella en peligro colocada en las Vizcaínas ó en un convento, un empleado pobre y enfermo socorrido con médico y botica; en fin, alguna obra de caridad, porque hija y madre nunca se acostaban contentas si no habían hecho una buena obra. La tertulia solía interrumpir el viernes el método de su vida, pero el resto de la semana no dejaban de oír su misa temprano, de practicar sus devociones con los criados y de confesar y comulgar cada mes.

En cuanto á Relumbrón, pasado el disgustillo ocasionado por el relicario tocado al sepulcro de Jesucristo, no

daba motivo aparente para que su familia tuviese ningún motivo fundado de queja. Sus almuerzos y cenas con Luisa no habían llegado á noticia de su mujer, y en cuanto á los robos, heridas y pleitos en la ciudad y fuera de ella, el público echaba todo á cargo del gobierno y de las autoridades, sin que nadie, ni remotamente (quizá sólo el ciego Dueñas), se atreviese á pensar que era el jefe de una terrible asociación.

Pero el contento y la satisfacción de D.<sup>a</sup> Severa se habían aumentado con un suceso que ella esperaba de un momento á otro, y que con los ojos de madre había observado cuidadosamente hacía meses. El marqués de Valle Alegre *se había declarado* oficialmente, y D. Pedro Martín de Olañeta fué encargado de pedir con toda solemnidad la mano de Amparo.

El marqués, con el tacto y experiencia de hombre de mundo, había ido gradualmente conquistando la confianza de Amparo, y ganando su corazón por tiernas y multiplicadas finezas que sólo saben hacer los hombres de exquisita educación y que aman de veras, y el marqués llegó á abrigar en su pecho una loca pasión por tan encantadora muchacha, y á formarse un delicioso plan de felicidad doméstica.

Amparo por su parte no había amado á nadie. Los tertulianos no pasaron nunca de eso que llaman *flores*, es decir, frases comunes de elogio, que cuando son dichas por gentes de cabezas vacías hacen reír á las muchachas ó cuando menos las dejan enteramente frías. El marqués no era un joven, pasaba ya de los cuarenta, pero la vida regular, el buen orden que había puesto D. Pedro Martín de Olañeta en sus negocios y el amor y el trato diario con Amparo, lo habían rejuvenecido.

El color rosado sobre una piel fina y blanca había vuelto á sus mejillas, la barba negra apenas tenía una que otra cana que le hacía bien, y con el entusiasmo y las ilusiones de novio, el brillo y la expresión de sus ojos, acompañaba á sus palabras insinuantes, y después era tan delicado y respetuoso con Amparo, que ésta comenzó por apreciarlo, y concluyó, sin sentirlo, por enamorarse perdidamente de él, y no pensar ya ni en sus santos y vírgenes favoritas, y confiarle á la madre sus secretos sentimientos, sus temores y sus esperanzas. El único obstáculo que había detenido al marqués para resolverse definitivamente era la desigualdad de condiciones. ¿Quién era Relumbrón? Nadie lo sabía en México. ¿De qué familia procedía? Tampoco. ¿Podía explicarse satisfactoriamente la procedencia de un hombre que nunca hablaba de su padre, ni de su madre, y que no tenía parientes, ni personas que lo hubiesen conocido en su niñez ó en su juventud? Bien á bien, ni se sabía donde había nacido: unos decían que en Morelia, otros que en Jalapa, la mayor parte en Veracruz. El ciego Dueñas decía que no era más que un pícaro habanero.

El marqués tenía muy presente la dolorosa catástrofe de la hacienda del Sauz, en que realmente figuró él mismo con el doble carácter de verdugo y de víctima. Si el conde hubiese consentido en el casamiento de Mariana con el hijo de su administrador, en vez de haber martirizado cruelmente á su hija y héchola perder la razón, labrando él mismo su desgracia, tendría unos nietos que alegrarían su vejez, sus intereses muy bien atendidos y su única hija llena de felicidad, agradecida y amorosa con un padre que de una manera natural y sin esfuerzo ninguno había sabido hacerla dichosa. ¿Qué le importa-



ba, en resumen, al marqués de Valle Alegre que Relumbrón no fuese como él marqués ó conde, si su hija, además de la hermosura, tenía la verdadera nobleza, que consiste en los elevados sentimientos y en una vida irreprochable, y aparte estas consideraciones, amaba apasionadamente y era amado, y esto bastaba para que no sacrificara la felicidad de su vida á las preocupaciones sociales?

Así cuando D. Pedro Martín de Olañeta, conforme á las instrucciones del marqués, se presentó á pedir á Amparo, los padres contestaron (ó mejor dicho D.<sup>a</sup> Severa), que no eran dueños del corazón de su hija, y que la dejaban en la más completa libertad. Amparo, que no conocía el disimulo ni se detenía en fórmulas vanas y mentirosas, contestó decididamente que su corazón era del marqués, y que si sus padres consentían, ella no deseaba otra cosa sino hacer feliz al hombre que la había escogido para compañera de su vida.

Dió mucho en que pensar este suceso á Relumbrón, como el más importante de su vida íntima. De por fuerza le vinieron á su alma, aunque criminal y envilecida, los sentimientos paternos y los recuerdos de la educación religiosa que recibió de las buenas gentes á quienes fué entregado por la moreliana. Si un día ú otro (porque los criminales siempre están llenos de temores), se descubría alguna de sus fechorías, ¡qué golpe tan terrible sería para su esposa y para su hija! Resolvió sin vacilar apartarse de la carrera que había seguido, de cortar á costa de mucho dinero, si era necesario, sus relaciones con toda la canalla, liquidar sus cuentas con D. Moisés, y arreglar todas sus cosas de modo que no tuviese ningún motivo de inquietud, ni quedase rastro

de sus maldades, marchándose en seguida á Europa, y dejando á su hija establecida y á su mujer al lado de ella, mientras él se daba sus verdes en ese París, que es el sueño dorado de los mexicanos que hacen alguna fortuna, y van á gastarla en los teatros, en los cafés y en los centros del placer de esa capital del mundo, como le llaman, no sin alguna razón, los franceses.

Fácil le parecía á Relumbrón lograr su intento. El compadre platero no era posible que lo denunciase y entraría fácilmente en el arreglo. Liquidadas sus cuentas, bien les quedaban limpios en oro, plata y buenas fincas, más de 400,000 pesos. El licenciado Chupita estaba ya muy rico, y el molino de Perote quedaría sólo para harinas, destruyéndose troqueles y maquinaria; el tuerto Cirilo no lo conocía personalmente y se entendía con D.<sup>a</sup> Viviana, la que, muy rica también, guardaría por su propio interés un silencio eterno, y quedaría muy contenta con la mitad de las utilidades de la fábrica de vestuario. D. Moisés quedaría en libertad de seguir ó no en la partida de juego y tendría que callar también, y además nadie podía probar que su baraja mágica había despojado á comerciantes ricos á punto de quebrar. El obstáculo serio que se le presentaba era Evaristo. Un borrachón cobarde, insolente, cómplice de todas las maldades de Relumbrón, y el único que estaba en el secreto del robo de la calle de D. Juan Manuel, no lo dejaría vivir tranquilo y era un amago constante, pero creyó encontrar el medio probable de hacerlo desaparecer para siempre. No había más que ponerlo en frente de Juan, autorizándolo para que obrara como se le diese la gana. Habría un duelo ó cosa semejante, y en la lucha estaba seguro Relumbrón que Juan mataría á su

adversario ó los dos se matarían. Relumbrón había prometido á Juan que le proporcionaría la ocasión de vengarse, y no era necesario más que cumplirle la palabra.

Las cosas urgían. El marqués había comprado una casa en la Rivera de San Cosme, con un hermoso jardín y unos muebles muy de moda, venidos de París para regalárselos á Amparo; preparaba al mismo tiempo los regalos de boda, y el compadre platero le había vendido cosa de diez mil pesos de alhajas (las mismas robadas al marqués y transformadas), y las amonestaciones deberían comenzar á leerse dentro de pocos días en la parroquia.

Relumbrón no perdió tiempo, y marchó al Molino, donde no le costó trabajo persuadir al licenciado Chupita, y quedó convenida la manera de despedir á los operarios y de destruir la maquinaria. Del Molino caminó al día siguiente para la hacienda, y ¡cuál fué su sorpresa al encontrarla sola y silenciosa! Llamó al mayordomo de campo, que era un indio muy práctico en las labores pero que no sabía leer ni escribir, y procuró informarse de lo que había pasado. El mayordomo, acostumbrado á las entradas y salidas de gente de á caballo y de las ausencias de Juan, más frecuentes desde que tenía á Lucecilla en San Martín, no había hecho alto en el acontecimiento, así ninguna explicación pudo dar á su amo. Relumbrón entró al despacho y al cuarto de raya: ni una carta, ni un renglón escrito en ninguna parte. Los papeles estaban en orden, el dinero en la caja, las cuentas liquidadas hasta el día de la fuga. La última raya la había hecho el mayordomo, y en la mesa estaban los medios y cuartillas sobrantes. Evidentemente no había habido robo, sino otra causa muy grave les había obli-

gado á esa repentina deserción. Relumbrón recibió con esto un golpe terrible, y un pánico se apoderó de él, creyendo que este suceso era la señal de su desgracia. Dejó al mayordomo encargado de la finca, y regresó á México cabizbajo y triste. Al día siguiente, cuando menos lo esperaba, lo sorprendió Evaristo, colándose de rondón hasta su despacho.

Hubo otra persona que se sorprendió más que Relumbrón de esta visita intempestiva, y fué Casilda. Uno de los quehaceres que tenía en la casa era entenderse con la lavandera, preparar la ropa limpia de Relumbrón, examinarla, pegarle los botones, y colocarla en su lugar de modo que todo estuviera en orden y á la mano, porque en este punto nuestro héroe era lo que en familia se llama *muy cócora*, y D.<sup>a</sup> Severa y Amparo querían darle gusto hasta en esas cosas insignificantes. Entre el despacho y la recámara de Relumbrón había una pieza larga y oscura, y allí se habían colocado unos armarios y percheros donde Relumbrón tenía toda su ropa blanca y de paño perfectamente colocada. Casilda, cuando observaba que Relumbrón se había levantado y pasado á trabajar á su gabinete, sacudía y hacía la cama, retiraba la ropa sucia y colocaba la limpia en los armarios, de modo que la encontrase ya arreglada Relumbrón, que muchas veces designaba en la noche el pantalón, el chaleco, la levita, frac ó uniforme que debía ponerse al día siguiente.

Esa mañana Casilda hizo lo de costumbre y se retiraba, cuando una voz que la llenó de terror y que escuchó en el despacho, la detuvo junto á la puerta. Aplicó el ojo en la cerradura, y reconoció al instante á Evaristo. ¿Cómo este hombre, del cual ni se acordaba ya, estaba

allí, vestido como un caballero? No lo podía comprender. La curiosidad, el susto, el temor de hacer ruido al abrir la puerta de la recámara que había cerrado, ó todo junto, la clavaron en aquel lugar, sin que hubiese sido dueña de moverse, aun cuando su amo hubiera tenido la idea de entrar por cualquier motivo al cuarto oscuro.

—Coronel, estamos en un gran peligro. En uno de estos días seremos descubiertos, y ya se figurará lo que pasará,—dijo Evaristo quitándose el sombrero y sentándose en una silla con la mayor confianza.

—¡Cómo así!—le contestó Relumbrón,—eso es imposible. ¿Que alguno de los nuestros?...

—No, ninguno de ellos, sino esa maldita frutera de la plaza que mal rayo la parta.

—Cuenta, cuenta, pero brevemente, la sustancia, lo principal, al grano, habla,—le contestó Relumbrón con una visible agitación.

—Uno de mis muchachos (pues les doy sus licencias para que bajen á la ciudad y estén así contentos), estaba sentado en un puesto cercano al de Cecilia, comiéndose un taco de mezclapiques con ahuate, cuando llegó allí el licenciado Lamparilla, que mal rayo parta, y á quien usted consiente tanto, coronel. La Cecilia y él hablaron de varias cosas, y entre otras de lo de tierra caliente.

—¿No se ha sabido por fin,—le preguntó la frutera al licenciado Lamparilla,—quiénes son los asesinos de la hacienda de San Vicente?

—¿Quiénes han de ser, muchacha,—le contestó el licenciado,—más que los Dorados? Pero échale un galgo; un escudito de oro se le puede dar al que coja siquiera uno de ellos.

—¡Qué dorados ni qué plateados!—respondió Cecilia;

—apostarí mis dos orejas que no es otro que ese que llaman D. Pedro Sánchez, capitán de rurales, que es el mayor asesino que hay en México.

Hablaban en voz baja, coronel, pero mi muchacho no perdió una palabra, y así que acabó de comer su taco y Lamparilla se fué, montó á caballo y me vino á referir todita la conversación como se la cuento á usted.

—Vaya,—dijo Relumbrón,—yo creí que la cosa era más grave,—¿quién va á hacer caso de dichos de fruterías y de gentes de la calle que digan lo que se les dé la gana? ¿Y las pruebas?

—Coronel, no es eso,—le contestó Evaristo,—sino que esa frutera tiene todos mis secretos y se los comunica al licenciado Lamparilla, que es su amante, y al licenciado Olañeta, que es su protector. Tenemos la vida vendida, créame V., y yo he tomado ya mis medidas para quitarnos esas gentes de encima.

—¿Qué medidas has tomado?

—Matarlos, pues no hay otra cosa que hacer, y lo he dispuesto todo antes de venir á ver á V.

—Eso nos va á comprometer quizá más,—dijo Relumbrón alarmado de la sangre fría con que Evaristo refirió la sentencia de muerte que había decretado contra las tres personas.

—¡Más comprometidos que lo que estamos!—dijo Evaristo,—pero no tenga usted miedo, y escuche:

El licenciado Lamparilla se retira del teatro entre once y doce. En la puerta de su misma casa recibirá seis ú ocho puñaladas. La calle está sola, y cuando el sereno se mueva ya los muchachos estarán en la plazuela de San Sebastián, y se meterán á su casa á dormir muy tranquilamente.

La condenada frutera morirá de un par de buenos *bigarrasos* en la cabeza. Tres ó cuatro de mis muchachos irán al mercado, comprarán cualquier cosa, se harán de razones, se agarrarán á las trompadas, después levantarán piedras, y por casualidad le tocará una á la frutera que le haga saltar los sesos. No chistará palabra, caerá redonda, yo se lo aseguro, coronel. Los muchachos en la bola que se arme y á la que concurrirán otros, se escaparán, y si los cogen dirán que no lo hicieron adrede y que era entre ellos que se apedreaban. El licenciado, que todas las noches toma su chocolate, al mascar la última sopa caerá de la silla como si lo hubiese partido un rayo. Una herbolaria me ha dado unas bolitas, que no hay más que echar cuatro en el jarro donde se hace el chocolate, y la cocinera, que es nuestra, está comprometida. Al servir el chocolate se marchará, y nadie la volverá á ver.

—¿Y cuándo vas á hacer todo eso?—le preguntó Re-lumbrón.

—Mañana todo quedará concluído: á cosa de las diez el pleito en la plaza; á las siete el chocolate del licenciado D. Pedro; á las doce de la noche su merecida á Lamparilla, y pasado mañana no tendremos enemigos.

—Mi opinión es que no hagas nada ni se necesita; yo hablaré con Lamparilla y con D. Pedro, y con maña indagaré lo que ellos saben y el mal que nos pueden hacer... hasta entonces...

—Yo no espero ni una hora,—dijo Evaristo.—No me puedo fugar, porque entonces pierdo todo el dinero que he ganado, que no me puedo llevar, y tampoco quiero que por una denuncia cualquiera nos cojan, y una vez

en manos del licenciado D. Pedro, somos perdidos. Quiera usted ó no quiera, lo he de hacer, y estoy resuelto á todo. Si á usted no le parece, no me empeño; entonces yo mismo me iré á presentar al juez, y si me da palabra de perdonarme la vida, le daré la punta del hilo y él desenredará la maraña. Es mi última palabra.

—Pero todo lo que estás diciendo es insensato, no lo haría un chicuelo.

—Pues yo lo haré y no hay más que hablar.

—Me lavo las manos, ¿lo entiendes?—le dijo Relumbrón.—Haz cuenta que nada me has dicho.

Los dos personajes siguieron hablando en voz más baja, se levantaron de los asientos y salieron al corredor. Casilda aprovechó el momento para esquivarse, y reponiéndose en su cuarto de la sorpresa y emoción que le causó la escena que acababa de presenciar, fué á pedir licencia á D.<sup>a</sup> Severa con pretexto de ver á las monjas de San Bernardo, y no había pasado media hora cuando ya estaba Casilda en la casa del licenciado Don Pedro Martín de Olañeta.

Casilda, ya lo hemos dicho, sin perder nada de los atractivos sensuales que la hacían tan notable en el Portal de Mercaderes cuando vendía chucherías de madera, había mejorado. La tez de su cara era tan suave y tan fina como la envoltura delicada del huevo; su cabello, cuidado y peinado diariamente, se había desarrollado de tal manera, que las gruesas y lustrosas trenzas arregladas diestramente en su cabeza, le formaban un peinado que realzaba las perfecciones de su simpática fisonomía. D. Pedro Martín, luego que la vió, perdió los estribos, como quien dice, y se quedó contemplándola



como si nunca la hubiese visto, ó como un niño al que por primera vez se pone delante un objeto curioso que no esperaba ver.

—¿Qué te trae aquí, muchacha? Hacía un siglo que no te veía. He estado en casa de tus amos varias veces, y ni tu sombra. No te dejas ver, y haces bien, porque cada día estás más hermosa. Vamos, se ve desde luego que te tratan bien y que llevas buena vida. ¿Qué se te ofrece?... dí... ya sabes que tienes, aquí... en fin... como tu padre... algún disgusto... esta es tu casa.

D. Pedro decía esto porque veía que Casilda se ponía encarnada, quería hablar y no podía, y llevaba las puntas de su rebozo á la cara para cubrirse, como si tratara de acusarse de algún acto vergonzoso.

—Lo diré de una vez, señor licenciado, usted va á ser envenenado esta noche. No tome usted el chocolate.

—¿Cómo, Casilda! habla; esto es grave, y lo creo, porque no eres capaz de decir una mentira,—dijo don Pedro levantándose de la silla.

Casilda le refirió entonces la conversación que había escuchado, pero sin nombrarle personas, ni lugar, ni nada que pudiera dar indicio de que Relumbrón tenía parte en tenebrosas combinaciones con Evaristo. Casilda quería salvar la vida de su protector sin perjudicar á la familia que tan buena acogida le había dado, y como D. Pedro le hacía preguntas y trataba de averiguar, Casilda se echó á sus piés llorando.

—No me pregunte usted nada, señor licenciado, no le puedo decir más de lo que he referido para salvar á usted y á las otras dos personas. Si usted procede como lo hacen los señores jueces, soy perdida, ¡quién sabe qué haría!... me mataría antes de aparecer con una fea

mancha. Haga usted lo que quiera, pero jamás diga que yo le dí el aviso.

D. Pedro Martín no sabía qué pensar y todo se volvía conjeturas y sospechas, pero en fin, como la cosa urgía, despidió á Casilda cariñosamente, asegurándole que jamás se sabría que ella había revelado este importante secreto.

—Sea lo que fuere, y verdad ó mentira, lo que importa es evitar el golpe, pues que tenemos noticia hasta de la hora en que se deben cometer mañana estos delitos.

Con uno de los pasantes mandó buscar por todas partes á Lamparilla, y él mismo se encargó de vigilar desde el comedor á la cocinera. Lamparilla llegó acompañado del pasante, que lo había encontrado en los tribunales.

—No me haga usted ninguna pregunta ni trate de hacer averiguaciones. Me obedece usted y se acabó,—le dijo D. Pedro Martín luego que lo vió entrar.

—Como usted lo ordene,—le contestó Lamparilla sorprendido, pues no sabía de lo que se trataba.

—Se va usted inmediatamente al mercado, y le dice á Cecilia que mañana cierre el puesto, y ella y sus criadas no salgan de su casa sino á lo muy preciso, hasta que usted mismo les avise. Que haga esto sin hablar palabra á nadie.

En seguida va usted á su casa, monta á caballo, y con sus mozos bien armados se marcha usted al rancho de Santa María de la Ladrillera, donde se quedará usted hasta que yo le mande decir que puede regresar. Indagará usted si la herbolaria ha dado en estos días á una persona una semilla ó alguna otra yerba venenosa. Esto, ¿lo comprende usted?... con maña para saber la verdad.

Mucho secreto en todo y ni una palabra más por ahora. Vaya usted, y no pierda ni minutos.

Lamparilla, sorprendido con tan inesperada conferencia y sin atreverse á hacer ninguna pregunta á su maestro, salió á cumplir inmediatamente con las instrucciones que acababa de recibir.

A la primera palabra que Lamparilla dijo á Cecilia comprendió ella que Evaristo trataba de matarla, pero sin discutir, arregló sus cosas, cerró su puesto y antes de la hora de costumbre se retiró á su casa, y durante tres días no asomó ni las narices á la calle.

Lamparilla, armado hasta los dientes y seguido de tres criados, llegó sin novedad al rancho de Santa María de la Ladrillera. No obstante lo preocupado que estaba y pensando naturalmente que lo amagaba un grave peligro del que trataba de salvarle el licenciado Olañeta, ó más bien dicho, seguro de que Evaristo quería asesinar á Cecilia y á él, fué esta visita un motivo de agradables recuerdos. Los negocios de su profesión, sus amores con Cecilia y la certeza que tenía ya de recobrar los bienes de Moctezuma III, le habían hecho diferir de día en día su visita, esperando, cuando estuviese en posesión siquiera de una hacienda, dar una sorpresa á su comadre. El rancho, bajo la inteligente dirección de Jipila, de un lugar monótono y triste se había convertido en un sitio encantador, al cual se citaban ya algunas de las principales familias de México para pasar días de campo. El jardín, que comenzaba en las quiebras de la cuesta, plantado al estilo de los célebres jardines de Netzahualcoyolt en Texcoco, presentaba desde lejos el aspecto de una gran alfombra oriental; las flores y las plantas más exquisitas crecían entre el verde césped en abultados y

graciosos macetones, formando armonía por los distintos verdes de hojas y por el color de sus flores; los tristes sauces llorones habían sido reemplazados por fresnos nuevos, ostentando sus frescas y redondas copas verdes, y dando sombra á unos asientos rústicos construídos por la misma Jipila; las rejas de las ventanas se veían entrelazadas curiosamente con plantas enredaderas, de donde pendían gruesas campánulas azules y blancas, y en las paredes, colocados con simetría, cuernos de donde brotaban con profusión esas flores lujuriosas del nopalillo, rojas hasta deslumbrar la vista, y brotando de su centro multitud de estambres cubiertos de polvo de oro. Los perros muy limpios y juguetones; las vacas, con sus collares encarnados, haciendo sonar la campanilla; los carneros y ovejas con una lana blanca de reflejos dorados; en fin, todo limpio, oloroso, fresco, que encantaba los sentidos, que convidaba al descanso é inspiraba ideas sanas y buenas.

D.<sup>a</sup> Pascuala había engordado tanto, que trabajo le costaba moverse, pero en lo demás, poco había cambiado, y la cara daba idea todavía de que no había sido una moza despreciable. Estaba muy contenta porque Espiridión había recibido las sagradas órdenes, y como el arzobispo lo distinguía entre todos sus discípulos, lo había nombrado vicario del curato de Ameca. Moctezuma III de vez en cuando se había aparecido por el rancho, muy buen mozo, con su uniforme militar y siempre seguido de dos dragones; sólo de Juan no había noticia, y D.<sup>a</sup> Pascuala no lo podía recordar sin que sus ojos se llenasen de agua.

En cuanto á Jipila, como siempre, no había pasado día por ella; muy peñadita, con su cabello negro muy

lustroso, sus mejillas muy frescas y sus dientes, muy parejos y blancos, siempre de fuera, pues no la abandonaba una sonrisa y no podía hablar sino así.

Lamparilla no tuvo ninguna dificultad para saber lo que el licenciado D. Pedro Martín consideraba como muy delicado y difícil.

A la primera interpelación de Lamparilla Jipila le contestó riéndose:

—¡Ya iba yo á darle yerbas venenosas ni á ese ni á ninguno! Vino aquí un ranchero que le llaman el *Aposentador* y que vende pasturas á los arrieros y á las caballerías que andan en el monte. Aquí compra mucha cebada y paja, y se la lleva en carros. Me dijo que tenía una mujer que le daba mala vida y se la pegaba con todo el mundo, que estaba celoso y la quería matar, pero de modo que no se conociera que él lo había hecho. Me rogó, me ofreció dinero, me amenazó y cuanto usted quiera, y yo á ni responderle á tanto chisme, hasta que por quitármelo de encima le dí unas semillas secas de árbol del Pirú, asegurándole que con cuatro semillas que se echaran en el chocolate ó en el caldo, bastaba para matar una gente sin que quedara rastro alguno que los médicos pudiesen conocer.

Lamparilla, contento con su residencia en el rancho y con las pláticas de D.<sup>a</sup> Pascuala, pensó que había alguno sorprendido con una falsa denuncia á D. Pedro Martín, y rió mucho con la ocurrencia de Jipila.

—¿Y si viene á reclamarte, cerciorado de que no han hecho efecto las bolitas, y diciéndote que te has burlado de él?

—Yo le contestaré cualquier cosa, y si me molesta lo amenazaré con el juez de Tlalnepantla; pero nada hará,

porque en ninguna parte encuentra mejor pastura ni más barata que aquí.

D. Pedro Martín, con la mayor prudencia y secreto, dispuso que gente de policía disfrazada rondara por la casa de Lamparilla, y en efecto, fueron aprehendidos por sospechosos tres hombres, á quienes se les encontraron puñales, y fueron enviados á la cárcel por portadores de armas prohibidas. En el mercado se estableció su vigilancia, y se vieron hombres de mala catadura que acechaban el puesto, pero como estaba cerrado, nada hicieron que diese motivo para aprehenderlos, y en cuanto al chocolate, él mismo sorprendió á la cocinera en el momento que echaba en la leche unas bolitas negras. Cargó con el jarro á su cuarto, diciendo á la criada que guardase el más profundo silencio si no quería ser castigada, y lo envió á D. Leopoldo Río de la Lora para que lo analizara. Al día siguiente el sabio químico lo devolvió, diciendo que no había más que cuatro semillas secas del árbol del Pirú, lo que comprobó después la declaración que hizo Jipila á Lamparilla. Evitado el peligro y frustrada la tentativa de un triple asesinato, Lamparilla volvió á México y Cecilia á su puesto, quedó este negocio en el secreto, y el licenciado Olañeta mismo no le dió gran importancia, pero reunido esto á los antecedentes que tenía, pensaba que un momento ú otro tendría entre las manos los hilos de una tenebrosa trama que quizá lo envolvería á él mismo en una eterna desgracia, y esperaba á cada instante una nueva visita de Casilda.

## CAPÍTULO LIV

### Celos indiscretos

**J**ULIANA era lo que puede llamarse una buena mujer en la extensión de la palabra, sobre todo *muy segura*, como dicen familiarmente nuestras señoras cuando quieren abonar de honrada á una sirvienta. En efecto, los relojes, las piedras preciosas, los pedacitos de oro y de plata, los arreglaba todos los días Juliana en la mesa y cajones de su amo el platero, sin que en años le hubiese faltado la más insignificante cosa, pues hasta las perlititas que solían caer al suelo, las levantaba al barrer y las echaba en una cajita de cartón, sin decir una palabra ni hacer mérito de ello. En cuanto á su ocupación principal en la cocina, difícil hubiese sido encontrar quien la mejorase. Por inclinación y especiales disposiciones de su naturaleza, era una buena cocinera, pero ella había querido perfeccionarse y sobresalir en su noble arte, adquiriendo recetas de guisos, pasteles y dulces, que por las noches escribía, para que no se le

olvidaran, con una letra no del todo mala, y así había logrado formar una colección que ya tenía honores de libro, pues cuando tenía, por diversos ensayos, la certeza de que la receta era buena, la cosía con hilo á las que ya tenía experimentadas. El platero, que no era goloso, sino gastrónomo y que le gustaba comer bocaditos, estaba encantado con su criada.

En cuanto á su moral, tenía la de la gente buena y pobre. Creía de cabo á rabo en el catecismo del padre Ripalda; oía su misa los domingos y días festivos, y confesaba y comulgaba la cuaresma. Nada se guardaba en las compras de la plaza (y es raro en cocinera), ni lo necesitaba, pues ella manejaba el gasto y gobernaba la casa, se pagaba su ración y su sueldo, y el platero en vez de tomarle cuentas le hacía frecuentes y buenos regalos, de modo que podía decirse que con sus ahorros era ya riquilla. Aunque de constitución robusta y sanguínea, y, como hemos dicho, de la especie voluptuosa de Cecilia, no había mujer más quieta que ella, y hasta la edad que tenía no había conocido lo que se llama amor. Al platero ni lo quería ni lo aborrecía. Lo aguantaba porque era su amo, y le era fiel porque no tenía otras distracciones de inclinación que la condujeran al mal. Así pasaron algunos años, pero á cada capillita se le llega su fiestecita.

Juliana, como todas las cocineras, estaba amarchatada en la plaza con Cecilia para la fruta, para los bizcochos en casa de Ambris, para el pan en la panadería de Tesoreli, para la carne en la antigua carnicería de la Alcaicería, y no la sacaban de este círculo, y el platero estaba muy conforme, porque todo lo que presentaba Juliana era de lo mejor.



El partidor de la carnicería se enfermó y fué sustituido por otro, por un muchacho, ¡pero qué muchacho!... ¡si era un serafín! Muy blanco, muy bien formado, de ojos azules, de pelo rubio; seguramente era producto de un equívoco de algún hijo de la Germania ó del Norte América. Tenía unos 22 años y se llamaba Alberto. ¡Imposible! no podía negar su procedencia extranjera.

Ver Juliana al nuevo partidor de carne y enamorarse de él, todo fué uno. Disimuló cuanto pudo, pero al cabo de algunas semanas el Alberto tampoco encontró mal las buenas formas, los labios encarnados y el modito seductor de la cocinera, y ambos se entendieron perfectamente, resguardándose mucho de que sus amores fuesen conocidos por el platero y por el dueño de la carnicería.

Como el último que sabe las cosas es el dueño de la casa, D. Santitos ignoró por mucho tiempo estos amores, hasta que una noche que venía de la Profesa de rezar sus devociones y darse unos cuantos azotes, divisó una pareja que atravesaba la calle con dirección al oscuro callejón de la Olla, y que la parte femenina de la pareja era algo semejante á Juliana. Se envolvió más en su capa, se fué deslizando al abrigo de la sombra de las paredes sucias, y los siguió. Eran ellos: Juliana y el partidor de la carnicería, á quien había visto varias veces al pasar, y no había dejado de llamarle la atención por su buena figura.

D. Santitos en toda su vida había sido mordido por esa mala culebra de los celos, pero en compensación, esa noche le encajó el reptil todo el colmillo en la mitad del corazón.

Buscó instintivamente si tenía en la bolsa una pistola,

un cuchillo, un cortaplumas siquiera, para hacerles algo, aunque fuese darles un piquete; desgraciadamente no tenía más que la disciplina con que acostumbraba vapulearse suavemente algunos días de la semana en las sombras del templo de la Profesa. Tuvo la firmeza de estar oyendo los cuchicheos del partidor de carne y de Juliana por más de un cuarto de hora.

Desde luego, mientras D. Santitos oraba y se azotaba en la Profesa, Juliana había arreglado sus citas amorosas, y cuando el amo regresaba la encontraba muy quitada de la pena, rebanando la cebolla para los frijoles fritos de la cena.

D. Santitos, por esa noche no hizo más que disimularse en la sombra, dar tiempo á que Juliana llegase y abriese la casa para entrar él en seguida y pedir la cena como si nada hubiese visto. La música estaba por dentro.

Esa noche no durmió. Reconoció que por primera vez de su vida, y ya muy adelantado en años, estaba, no sólo enamorado, sino profundamente apasionado de su cocinera. ¿Había amado á la moreliana? se preguntaba él mismo. No, de ninguna manera. Esos habían sido amores de casualidad, de interés acaso; la moreliana más bien lo había seducido á él. En todo caso ya eso estaba olvidado, y la moreliana y él se veían cuando tenían asuntos como dos buenos conocidos, como tendero y marchante, y el famoso hijo que había salido al mundo, quién sabe cómo, ya tenía bastantes alas para volar y también lo quería como tendero y marchante. Absorbido por el trabajo y la codicia, y haciéndose una conciencia y una religión especial, no tenía ni miedo al infierno, ni un gran deseo de la gloria eterna, y confor-

mándose con estar unos cuantos meses en el purgatorio, tenía ordenado en su testamento que se dijese treinta mil misas por su alma y cien mil responsos de á real... nada de esto turbaba su alma, sino el amor, el amor ardiente que tenía á Juliana y que no había descubierto sino desde el momento en que la vió hablando en la oscura puerta del callejón de la Olla con el partidor de carne de la esquina de la Alcaicería. Se volvía de un lado á otro, se retorcia como una culebra, y nada de conciliar el sueño.

Los pensamientos más siniestros se le venían en montones á su cabeza, que ya ardía, y en ninguno se fijaba, hasta que por fin se resolvió, ya á cosa de las dos de la mañana, á levantarse y á ir al cuarto de Juliana... ¿á matarla, á hacerla pedazos como hubiese podido, con tantos instrumentos cortantes que tenía?... no, señor; iba resuelto á pedirle perdón de haberla espiado, á echársele de rodillas, á llorarle como un chiquito, á pedirle por favor que no comprase la carne en la esquina y que no volviese ni á saludar al partidor.

Pero su plan, si plan era, no pudo realizarse. El cuarto de Juliana estaba cerrado con llave y aldaba. Tocó, primero suavemente, después recio, después más recio... lo mismo. Oía los ronquidos compasados que denotaban que Juliana dormía tranquilamente boca arriba, y sobre todo que no le quería abrir, y tuvo que regresar á sus piezas descalzo, encorvado, teniéndose los calzoncillos blancos y con la desesperación en el alma... ¡Escenas singulares que cubren los techos de las casas!...

Desde esa noche fatal la vida fué un infierno para el compadre. No se atrevía á decirle nada á Juliana y disimulaba todo lo que podía, porque pensaba, y no sin

razón, que á la primera palabra que pronunciara, la contestación de Juliana era coger su rebozo y largarse con el partidor; pero cada vez más atormentado de los celos, en vez de trabajar en las alhajas del conde de Valle Alegre, que estaba transformando, daba continuas vueltas por la calle para ver á su rival, que, sin cuidarse de él y con un cuchillo á la mano, cortaba los lomos de carnero y los trozos de ternera para despachar á los marchantes. En las noches, en vez de ir á escuchar al padre Abolafia á la Profesa, se estaba embebido en las puertas de las casas, esperando que Juliana saliese de la suya para ir á reunirse al callejón de la Olla con su idolatrado partidor, y volvía y se repetían las escenas de la noche primera, y al día siguiente no tenía valor ni para levantar los ojos cuando su cocinera le servía el almuerzo.

Una noche, y ya iban muchas de este espionaje, se pudo colocar el platero en la puerta siguiente á la en que se ocultaban los amantes, y lo que pudo oír de amores, de promesas, de cariños y de esperanzas (porque los dos se amaban) no es para escrito; pero lo que coronó el amoroso coloquio fué una cascada de besos dulces y sonoros, que fueron á repercutir en el lacerado corazón de D. Santitos. Dejó, no obstante, que los amantes se separasen, esperó el tiempo necesario como las otras noches para que Juliana llegara á la casa, y después, agarrándose de las paredes, se dirigió él á ella, no cenó y cayó en cama agobiado, debilitado, martirizado, hecho mil pedazos del dolor y de la impresión que le había causado el contacto, el choque de aquellas dos bocas frescas y juveniles.

Al siguiente día, á la hora del almuerzo, el platero escupía verde, su estómago estaba lleno de bilis, y no

pudo ver con calma, no sólo la serenidad, sino la cara contenta de Juliana, que parecía como rejuvenecida, como acabada de bañar, como si le hubiesen quitado diez años de encima; vaya, como en los días en que el platero la había tomado á su servicio.

—Parece que estás hoy muy contenta,—le dijo el platero escupiendo en el plato una papa, que desde luego le pareció ó nacida ó muy dura.

—Como todos los días,—contestó Juliana con indiferencia.

—Cada vez haces el almuerzo peor,—le dijo el platero mirándola por primera vez con cólera.

—Lo mismo que todos los días,—contestó Juliana devolviéndole su mirada.

Estaba ya resuelta á separarse, y ella y el partidor de carne habían encontrado colocación en una casa grande, con la condición de que antes se casaran, y estaban resueltos á casarse. Esta fué la conversación que no pudo oír el platero, no enterándose sino del final, que terminó con frases entrecortadas y la abundante cascada de besos.

—¿Sabes que de pocos días acá te encuentro muy cambiada, Juliana?—volvió á insistir el platero, escupiendo otra papa que en efecto estaba podrida.

—Estoy lo mismo que siempre,—le respondió con la misma indiferencia,—y si el señor no está contento no tiene más que buscar otra.

—Lo que tú eres, es... vaya, una ingrata, después que te he llenado de regalos, de que tú dispones de toda la casa, de que tú eres la ama y la señora... ¿A qué sales de noche, di?...—continuó el platero con cólera aventando el plato de papas que rodaron por la mesa.

—Yo no salgo de noche...

—Si sales, yõ te he visto... yo te he espiado... con tu novio, con ese perdido de la carnicería... al callejón de la Olla... ¿no es verdad? No lo niegues... yo te he visto, no una, sino muchas noches... y caramba esto ya no se puede sufrir.

Y el platero alzaba la voz, y le metía las manos en la cara á Juliana, que se retiraba poco á poco, pero sin manifestar susto ni miedo, ni mucho menos arrepentimiento.

—Habla, habla, di algo en tu defensa, so puerca, so indecente.

—Pues que ya lo sabe usted,—le interrumpió Juliana, queriendo tomar la puerta,—¿para qué es que me maltrate? Sí, tengo mi novio, me voy á casar con él; no es un perdido, sino un muchacho honrado, que tiene así de casas (y hacía seña con los dedos) donde lo recibirán de criado, y con eso y mi trabajo tengo bastante para mantenerme.

La terminante declaración de Juliana encendió de tal manera el furor del platero, que aventó la mesa y se abalanzó á Juliana.

—Pero antes de irte te he de arrancar del pecho este collar de corales que te regalé, y has de saber lo que es un hombre ofendido, colérico y celoso.

Y en efecto, con una mano la desgarró la camisa y el collar de corales, que rodaron por el suelo, y con la otra le aplicó tan formidable bofetón en las narices, que con todo y ser Juliana fuerte, gruesa y grande, la hizo trastavillar, y, queriendo huir, tropezó con una silla y fué de costado á herirse la sien contra el filo de un canapé, quedando inmóvil y como muerta.

Luego que el platero vió correr la sangre en abundancia, volvió á su razón y se rasgó el velo rojo que había cubierto sus ojos. Quedóse inmóvil por un momento, pero después se hincó de rodillas, acarició á Juliana, la llamó con los nombres más tiernos, le pidió perdón, y más asustado mirando que la sangre no cesaba de salir de la cabeza y de las narices, corrió como un loco á la cocina á buscar vinagre, diciendo: «la he matado.» Con sus pañuelos le limpió la sangre, le puso fomentos de vinagre, y le dió á oler esencias, y no fué sino á cabo de una hora, cuando la muchacha volvió en sí, se solió sobre su brazo, después se levantó, y derecha como una fantasma, sin quejarse ni hablar una palabra, y arrojándole una mirada de odio y de venganza, fuese á su cuarto y se encerró con llave y aldaba.

El platero, con esta escena, quedó como muerto, y fué también después de media hora cuando pudo levantarse del canapé donde había caído anonadado, arreglar la mesa, limpiar la sangre que había corrido por el suelo y poner en orden el cuarto donde había tenido lugar la primera y última hazaña de tan hábil y distinguido artista.

Lo que quería el platero al día siguiente, ya más calmado, era, primero que todo quedase en el más completo secreto, y después reconciliarse con Juliana, pasar, si fuerza era, por el novio, con tal que se olvidase la escena pasada y continuase viviendo en la casa. El mismo hacía su comida como podía (y asistía á Juliana, que los primeros tres días ardió en calentura), lavaba los trastes y mandaba por lo necesario con un muchacho que se procuró en el mercado. Los oficiales de la platería no supieron nada, ni el compadre Relumbrón, á quien

mandó solamente decir que estando la cocinera un poco enferma no viniese á almorzar hasta nuevo aviso.

Cuando Juliana pudo levantarse, volvió á tomar la dirección de la casa, como si nada hubiera pasado. No entraba en conversación con su amo, pero le daba los buenos días con buen modo, y respecto de la comida, no tenía por qué quejarse. El platero estaba en el colmo de su dicha, se figuró un momento que su corrección había producido buen efecto, que Juliana se había quitado de la cabeza su afición por el partidor y que con el tiempo volvería todo al estado de quietud y de calma en que había estado tanto tiempo.

Una mañana, antes de las cinco, Juliana se levantó, espío de puntitas al platero, que ya había recobrado su tranquilidad y dormía profundamente. Cerciorada de esto, volvió á su cuarto, puso sobre su cama su baul con todas las buenas ropas y alhajas que le había regalado el platero, se fajó en la cintura sus sueldos que tenía ahorrados, se echó en el seno su libro de recetas y otros papeles, salió sin ser sentida de la casa, cerró la puerta y echó la llave por debajo.

—

Cecilia estaba ocupada en lavarse los piés, que los tenía como si fuesen hechos de hojas de rosa; en sacar de los almacenes su fruta; en despachar á una de sus Marías, que siempre la precedía en el mercado, cuando se le presentó Juliana, la que, apenas le vió, cuando se le echó al cuello, hecha un mar de lágrimas y fué un llorar de quién sabe cuántos minutos sin interrupción. Todo el sentimiento que había guardado desde el día de la



bofetada que le dió el platero, lo echó por los ojos. La venganza quedaba en el corazón.

Cuando se calmó, Cecilia le dijo que se explicara, y ya ella algo suponía de grave, pues que cerca de dos semanas habían pasado sin que fuese á la plaza. Por lo menos la creía gravemente enferma.

Entonces Juliana le contó, con una rara minuciosidad, cuanto había oído, explicándole las relaciones que existían entre el platero, Relumbrón, el capitán de rurales, D.<sup>a</sup> Viviana, el tuerto Cirilo y demás gente, y Cecilia se agarraba la cabeza, no queriendo creer tanta atrocidad y que personas tan ricas estuvieran complicadas con tan vil canalla.

—¿Y qué quieres que hagamos?—preguntó Cecilia á Juliana cuando acabó de oirla.

—Tú conoces mucho al juez, es tu marchante y te ha de hacer caso. Si yo voy sola ó veo al gobernador, dirán que soy chismosa, calumniadora; me meten en la cárcel y no vuelvo á salir jamás.

Cécilia se quedó pensando un momento; después le dijo:

—Si estás resuelta, no tengas cuidado, el Sr. D. Pedro Martín nos oirá. Yo también le he contado algo y tendré que contarle más. Ya estoy cansada de vivir con una espada encima y llena de zozobra, no sabiendo si ir á Chalco ó quedarme aquí, y teniendo miedo de todo. De una vez acabaremos, ó ellos ó nosotros. Cálmate, no te acongojes, ayúdame á hacer mis cosas; almorzaremos y de aquí nos iremos en casa del Sr. D. Pedro Martín.

Casilda no había vuelto á aparecer en casa del licenciado Olañeta; en la de Relumbrón se ocupaba todo el mundo de los preparativos de las bodas de Amparo, que deberían ser magníficas; los presuntos reos aprehendidos cerca de la casa de Lamparilla, habían declarado que las armas de diversas clases que les habían cogido eran de su oficio, que el uno era carnicero, el otro zapatero y el otro carpintero, y en efecto, uno tenía un cuchillo de carnicería, otro un tranchete y otro un largo punzón. (Estas eran mañas del tuerto Cirilo para cuando agarraban á sus ladrones.) Lamparilla mismo había estado para su eterno asunto de los bienes de Moctezuma III, manifestándose muy tranquilo y contándole largamente muchas cosas agradables del rancho de Santa María de la Ladrillera, así el viejo abogado estaba fumando sus cigarrillos en el comedor, reflexionando en los antecedentes que se acaban de referir, y tratando de echar fuera de su mente los pensamientos siniestros que le había causado la visita de Casilda, cuando Coleta y Prudencia entraron á decirle que Cecilia, la fruitera, (que les había entregado un canasto con lo más hermoso de la estación), acompañada de otra mujer muy parecida á ella, deseaban hablarle.

Sin saber por qué, al escuchar á las hermanas, dió un vuelco el corazón al licenciado, que lo dejó por un instante sin aliento; pero se repuso, saludó afablemente á las dos mujeres, dió las gracias á Cecilia por el regalo de su excelente fruta, y seguido de ellas se entró en su biblioteca y cerró la puerta.

Coleta y Prudencia regresaron á la cocina, donde amasaban unos tamalitos para el día siguiente, que era domingo, y Clara y D.<sup>a</sup> Dominga de Arratia habían prome-

tido venir á comer para enterarse de todo lo relativo á las bodas de Amparo.

—Vamos, Juliana, no hay que turbarte. Diselo todo al señor licenciado, como me lo dijiste á mí. Venimos resueltas, señor licenciado,—añadió Cecilia,—y ya que sabe usted parte, sépalo todo, que es un horror, y sólo porque ésta me ha jurado por la memoria de su madre que es verdad, lo creo.

Juliana estaba, en efecto, algo turbada, viéndose en presencia de un hombre tan severo y de aspecto tan imponente como D. Pedro Martín; pero con la peroración de Cecilia y un pellizco que le dió en el brazo, recobró el uso de la palabra, sacando antes del seno su libro de recetas, de guisados, pasteles y postres.

Juliana cada noche, mientras el platero estaba encerrado con el soplete desarmando las alhajas robadas que le traía D.<sup>a</sup> Viviana, ella cogía su tintero y se ponía á escribir, por ejemplo :

«Cocada de huevos. Para un coco dos reales de huevos, real y medio y cuartilla de azúcar; medio de canela.—(*Pesos falsos.*)

«Pasta de camote morado.—(*Doña Viviana.*)—Ante de mamey.»

«A dos ó tres mamilles una libra de azúcar. Se clasifica primero la almíbar, se echa el mamey molido y se bate, etc.—(*Diamantes y perlas.*)

Organizó sus recetas en el bufete del licenciado, que había tomado asiento en su sillón, apartó unas á un lado, otras á otro y se guardó las que no le eran útiles para el caso. Cada vez que encontraba en una receta

una indicación, como las que van apuntadas, la clasificaba, y así que estableció el orden, comenzó á hablar, con tanta precisión, con tanta claridad, que transmitió, casi sin faltar una coma, todas las conversaciones entre Relumbrón y su compadre el platero; y como si hubiese rasgado un velo oscuro, el juez tuvo delante de sí un teatro de maldades increíbles é inauditas, que no han podido contarse más que una pequeña parte en esta verídica historia, porque parecerían increíbles y por no hacerla demasiado naturalista.

D. Pedro Martín, con la cabeza apoyada en sus dos manos, escuchaba con profunda atención, y de vez en cuando, exclamaba:

—¡Qué horrores! ¡Qué abominaciones! ¡Semejantes gentes mezcladas con la canalla y peores que ella!

La confesión de Juliana terminó, y Cecilia siguió diciendo lo que sabía y lo que maliciaba.

—¿Están ustedes dispuestas á declarar ante el tribunal lo que aquí me acaban de referir?

—Resueltas á todo, señor licenciado,—respondieron á una voz.

—Bien, hijas mías,—les respondió con una aparente calma;—vayan con Dios; no tengan cuidado, á nadie se castiga por decir la verdad.

## CAPÍTULO LV

### Sepultura de plata

**L**ARGO rato quedó D. Pedro Martín con la cabeza apoyada en sus manos. Cuando salió del aturdimiento causado por la casi inverosímil relación que acababa de escuchar, su frente estaba bañada de sudor.

—Es preciso apurar el cáliz hasta la última gota. Jesucristo nos ha dado el ejemplo,—dijo levantándose y paseándose agitado de uno á otro extremo de la biblioteca. —¡Clara complicada en estas atrocidades!... Clara, no... pero su marido sí, casi es lo mismo. Después de las pruebas que tengo y de haber escuchado á estas mujeres,—continuó diciéndose,—ya no puedo excusarme, tengo, como quien dice, todos los hilos de una trama tenebrosa, y la sociedad reclama mis servicios; no puedo excusarme, sería una cobardía, una falta que jamás me perdonaría yo, y pesaría hasta mi muerte sobre mi conciencia. Quizá esta mujer, excitada por la venganza, ha

mentido en muchas cosas ó por lo menos ha exagerado, y si voy á proceder de ligero y á quedar en ridículo, manchando la reputación de personas altamente colocadas en la sociedad como ese Relumbron, ¿qué va á decirse de mí y qué papel voy á representar? Acabar con el porvenir de esa niña que va á casarse con el marqués, es cosa terrible. No quiero ni pensarlo... En fin, tratemos de tener calma y espereemos.

Y en efecto, D. Pedro Martín esperó un día, otro día, hasta cuatro; pero al quinto se presentó en su casa una mujer de edad, pero bien vestida y de buen aspecto, diciendo que tenía un secreto que comunicarle. Era doña Rafaela la dulcera, que introdujeron á la biblioteca Prudencia y Coleta, como habían introducido, como hemos visto, á Juliana y á Cecilia.

D.<sup>a</sup> Rafaela, buena cristiana pero muy ocupada y poco pecadora, no *frecuentaba*; pero llegó el día de su santo en que se propuso confesar y comulgar. Consultó al padre si era caso de conciencia el ir á declarar á un juez que el jefe de la escolta del camino de Río Frío no era otro más que el asesino de Tules. El confesor le dió opinión favorable, y en consecuencia, D.<sup>a</sup> Rafaela fué al día siguiente á contar á D. Pedro Martín su encuentro con Evaristo en la diligencia, y cómo este hombre había sacado con engaños á D. Carloto (á quién de vista conocía D.<sup>a</sup> Rafaela) y lo había metido al monte. D. Pedro Martín se explicó entonces la repentina desaparición de ese personaje, y por qué nadie sabía dónde estaba, ni á nadie había escrito una letra en largos meses. Preguntó D. Pedro á D.<sup>a</sup> Rafaela si estaba dispuesta á declarar, y ella contestó que, no sólo ella, sino las antiguas vecinas de la casa que habían sobrevivido y vuelto á ocupar sus

cuartos, y reconocerían entre mil al malvado, por cuya culpa Bedolla las había hecho padecer tanto en la cárcel.

A la mañana siguiente temprano se presentó el marqués de Valle Alegre, muy alarmado.

—Un caso singular, licenciado,—le dijo presentándole una carta,—lea usted.

D. Pedro abrió la carta y leyó. Era la tal carta de don Remigio, y decía entre otras cosas, de menos interés, que habían pasado meses sin que se tuviese en la hacienda noticia ninguna de Quintana, que escribía antes con mucha puntualidad cada semana; que tanto de la casa de moneda, como de otras personas con las que tenía el conde negocios, le habían escrito que la casa de la calle de D. Juan Manuel estaba cerrada, que habían muchas veces ido á llamar á la puerta y que nadie respondía; que suplicaban, por lo mismo se les dijese con qué persona podían entenderse en México para los asuntos que tenían pendientes para entregar el dinero que debían, ó cobrar las cuentas que estaban por pagar.

D. Remigio rogaba al marqués de Valle Alegre que indagase si se había muerto el dependiente Quintana, y lo que había pasado á las criadas, autorizándolo, para que tomase cuantas medidas creyere necesarias. El conde, añadía D. Remigio, aunque presa todavía de una especie de monomanía por la esgrima, pues todo el día está tirando la espada contra una panoplia, como si fuese un enemigo terrible, esperaba que su primo le prestaría este servicio, confiaba en él, rogándole que no recordase nada de lo pasado.

—En efecto es raro el caso, y debe ser algo extraño lo que ha pasado,—dijo D. Pedro Martín, pensando en Re-

lumbrón, aunque Juliána nada había dicho acerca de esto.—Que el dependiente se haya enfermado nada tiene de particular, pero que criadas viejas y antiguas en la casa la hayan robado y dejádola cerrada, eso es imposible. ¿Qué quiere usted que hagamos marqués?

—Atacar al toro por los cuernos,—contestó el marqués,—es decir, que usted, acompañado del escribano y testigos, vaya en mi compañía, primero á la casa del dependiente para cerciorarnos si está muerto en su cama ó lo que ha sucedido, y en seguida á la calle de D. Juan Manuel, á registrarla y descubrir, si se puede, este misterio.

—Es el procedimiento,—repuso D. Pedro Martín,—si usted me lo pide por escrito, acompañando la carta de D. Remigio.

—Y como que lo pediré,—dijo el marqués.—No sólo porque quiero dar pruebas al conde de que no le guardo rencor, sino por curiosidad. Quisiera que fuésemos ahora mismo.

—Sea lo que fuese, no hay necesidad de armar escándalo. Venga usted mañana antes de las seis con su escrito, habilitaré las horas como caso urgente; á esas horas poca gente pasa por la calle, lograremos quizá abrir la puerta sin llamar la atención. Que venga con usted un buen herrero.

A las seis de la mañana del día siguiente ya estaba el marqués, con su escrito firmado por Lamparilla, y un buen herrero con un gran manojo de llaves y ganzúas y los instrumentos necesarios por si fuese necesario forzar tan formidable puerta.

En el carruaje del marqués y en otro de alquiler se dirigieron al Puente de Alvarado, encontrando la casita de



Quintana con las puertas y ventanas cerradas. Tocarón dos veces por fórmula, pues bien sabían que nadie les había de contestar. Después el herrero abrió con facilidad y entraron, encontrando todo quebrado, destruído y en el más completo desorden. Hasta las sábanas de la cama se llevaron, obra acabada del tuerto Cirilo y socios.

Sentadas en toda forma las diligencias judiciales, volvieron á montar en los carruajes, y en pocos minutos llegaron á la casa de D. Juan Manuel.

Allí el herrero tuvo más trabajo, pero al fin, entre tanta llave, encontró una que le viniese á la chapa, el postigo se abrió y todos penetraron al patio. Un hedor venenoso, acre é insoportable los rechazó, pero se sobrepusieron, cerraron el postigo, porque ya comenzaba á pasar gente y á fijar la atención, y entraron al cuarto.

Del portero no existían más que los huesos que asomaban aquí y allá entre tortas de asquerosos gusanos que se movían como devorando y disputándose la poca carne podrida que quedaba. D. Pedro, el escribano y los testigos, por cumplir con su deber, estuvieron el tiempo necesario para poder sentar la diligencia, pero el marqués y el herrero retrocedieron horrorizados hasta en medio del patio.

Concluídas las diligencias en los bajos de la casa, subieron las escaleras, penetraron por las puertas que habían quedado abiertas por toda ella, examinando cuidadosamente los muebles, camas y rincones sin encontrar nada que les llamase la atención. El juez descubrió unas huellas apenas visibles en la capa de polvo que tenían las alfombras, y este indicio los guió hasta la biblioteca, pero en la biblioteca se perdían las huellas y nada les daba allí muestra de violencia ni de desorden.

—¿Y dónde acostumbraba guardar el conde su dinero? —preguntó D. Pedro Martín al marqués.

—Aquí,—dijo el marqués,—es decir, en un cuarto de bóveda, cuya entrada es por uno de estos estantes. Déjeme usted recapacitar. El conde más de una vez me ha hecho entrar y me ha enseñado sus cajas llenas de dinero.

El marqués dió vuelta por toda la biblioteca, abrió y cerró varios estantes y golpeándose la frente, dijo:

—¡Imposible!... no recuerdo... nada habremos hecho si no examinamos las cajas, y será necesario demoler todos los estantes y sacar libros y papeles. Ni en una semana se hace esta operación.

El herrero, con su natural instinto de abrir puertas, forzar chapas y arreglar cerraduras, daba también sus vueltas por la biblioteca y examinaba los estantes.

—Este estante,—dijo,—tiene trazas de haber sido abierto y forzado un poco. ¿Quieren ustedes que se rompa?

—Y como que sí,—dijo D. Pedro Martín,—proceda usted, maestro.

El herrero con la mayor facilidad metió en la hendidura del estante una barra pequeña de fierro que sirvió de palanca, tiro del botón, el estante se abrió y se encontraron con la bóveda cuya segunda puerta no cuidó de cerrar Evaristo.

Como á la vista estaban las llaves colgadas en la pared no hubo más que abrir las cajas y comenzar el reconocimiento. Se percibía un ligero olor á muerto, pero no al punto de causar incomodidad ó náuseas. La caja más grande estaba, al parecer, llena de dinero, y una capa compacta de pesos nuevos aparecía brillante á los ojos de los que asistían á esta escena.

—Supongo,—dijo D. Pedro,—que está llena de dinero, y largo y difícil sería contarlo todo, pero necesito saber realmente lo que contiene hasta el fondo.

El herrero y los testigos se pusieron á vaciar los pesos en el suelo y no tardaron en tropezar con una cosa blanda. Despejaron con ansiedad y encontraron el cuerpo de Consuelo, desnudo, blanco, lustroso, intacto, como si acabase de acostarse tranquilamente en ese lecho de plata.

Un grito de horror salió unánime de la garganta de los circunstantes. D. Pedro tuvo que apelar á toda su energía para continuar las diligencias. El marqués no creía lo que estaba mirando.

D. Pedro mandó sacar el cadáver de Consuelo y tenderle en la biblioteca, y los testigos, el herrero y el marqués mismo continuaron con una especie de furor febril sacando los pesos, encontrando en el fondo los cadáveres intactos de las dos viejas criadas.

Enterradas vivas, cubiertas con los pesos y cerrada la caja que tenía buenos ajustes, el aire no penetró y los cuerpos se conservaron. En los ojos abiertos, en las facciones contraídas y en las manos crispadañ, se reconocían los horrores de la agonía. Unas manchas moradas en el albo cuello de Consuelo, indicaban que había sido sofocada antes de encerrarla en la caja.

El herrero iba á cerrar la caja, pero como había aun algunos pesos y destrozos de ropa, el juez mandó que todo se sacase, y entre los pedazos de trapo apareció una cosa roja y oro que llamó la atención.

D. Pedro Martín la examinó. Era una cartera pequeña que había bordado Amparo y regalado á su padre. Tenía esta dedicatoria: *Amparo á su querido papá en el*

*día de su santo.* En las bolsitas interiores de la cartera había tarjetas con el nombre de Relumbrón; una carta de Luisa en que pedía dinero y amenazaba á Relumbrón, y algunos apuntes de cuentas con D. Moisés.

D. Pedro Martín entregó la cartera al marqués, el que la miró por todos lados, leyó el nombre de Amparo, se la pasó precipitadamente de una mano á otra como si fuese una ascua ardiendo y la devolvió al juez, como queriendo deshacerse de un diabólico talismán que en un instante hubiese envenenado su alma y cambiado el curso natural de su vida.

Ambos, sin decirse una palabra, habrían caído en el suelo á no encontrar unas sillas por allí esparcidas en la desesperada lucha que Consuelo sostuvo con Evaristo.

El escribano y los testigos, con los cabellos erizados y las manos temblorosas, continuaron más bien borro-neando que no escribiendo en el papel de causas criminales que llevaban.

El herrero, de pié y con su manajo de llaves colgadas en el brazo, no podía quitar los ojos de aquellos tres cadáveres desnudos, que parecía querían levantarse y pedir al juez un castigo terrible, la pena del Talión para sus miserables asesinos.

## CAPÍTULO LVI

### Moctezuma III reconquista su reino

**D**ESPUÉS de marchas y contramarchas, de escaramuzas y de encuentros con partidas más ó menos numerosas de pronunciados ó de ladrones, Baninelli había dejado el centro de la república completamente pacificado y restablecido, al menos en la apariencia, la armonía entre el gobierno y el Estado de Jalisco; el incansable y valiente jefe dejó el mando de su brigada, y recibió en premio de sus servicios la banda de general y el mando político y militar del Estado de Tamaulipas, y tenía al puerto de Tampico, donde residía, como una taza de China de limpio, y como un convento de monjes de arreglado y tranquilo. En el curso de su carrera y de sus expediciones, había educado oficiales que por su valor, por el orden y disciplina en que tenían sus compañías ó escuadrones, y por su honradez y exactitud en el servicio, eran la gloria del ejército me-

xicano, y naturalmente, apreciados y distinguidos por sus superiores.

Entre estos oficiales debemos contar á nuestros amigos el cabo Franco y Moctezuma III, que ya eran coroneles y mandaban cuerpos de caballería formados de piquetes y de desertores indultados, y los habían disciplinado y organizado de tal manera, que prestaban tan buenos ó mejores servicios que los cuerpos organizados desde años atrás y atendidos de preferencia por el gobierno.

Después de la calaverada de San Vicente, como la llamaba Evaristo, riéndose y platicando con los suyos, los valentones, rechazados del Estado de Guanajuato, habían establecido su domicilio en los pueblos de la tierra caliente. Amagando á todo el mundo é imponiéndose á fuer de atrevidos, habían logrado la tolerancia de los vecinos, de modo que salían á los caminos juntos ó separados á hacer sus fechorías, y volvían después al pueblo y se metían en su casa, y allí comían, vivían y dormían tranquilos, sin que nadie se atreviese á inquietarlos ni á denunciarlos.

Pero los hacendados, por su parte, también desde la calaverada de San Vicente habían despertado de su sueño y desatado el cordón de sus bolsas, y no economizaban dinero, con tal de acabar de cualquier manera con tanto malvado. El gobierno, por su parte, interesado en restablecer sus buenas relaciones con España, los había secundado, y como al jefe del Estado le agradaba hacer las cosas directa y personalmente, sin cuidarse de las fórmulas oficiales de los ministerios, había mandado llamar al cabo Franco.

—Después de los horrores y atentados de Chiconcuac,

—dijo el Presidente al cabo Franco luego que se le presentó,—se nos ha vuelto á llenar la tierra caliente de bandidos, y no se pasa día sin que roben una tienda ó á los mozos y dependientes que llevan la raya á las haciendas. Te vas con tu cuerpo (el Presidente tuteaba á los oficiales jóvenes que había distinguido y elevado) á la tierra caliente, y me la dejas limpia de ladrones; tú sabrás cómo; no hagas caso de alcaldes, ni de jueces, ni de nada, porque eso es perder el tiempo. Te doy facultades extraordinarias, y me tienes á mí que te sostendré. La Tesorería te dará cuantos recursos necesites. Vé, y no te presentes hasta que todo ese país esté tan seguro que se pueda llevar una talega de onzas sin peligro de ser asaltado.

El cabo Franco por toda contestación dijo:

—¿Tiene V. E. alguna otra cosa que mandar?

—Lo dicho, y ¡cuidado!—le contestó el jefe del Estado volviéndole las espaldas.

El cabo Franco salió muy contento de Palacio, arrastrando su espada y contoneándose con las manos metidas en las bolsas de su pesado pantalón militar. A los cuatro días entraba en Cuautla con su regimiento.

El cabo Franco conocía de vista á muchos de los valentones de Tepetlaxtóc y á otros como ellos. Sabía sus mañas y guaridas, y se había dedicado á espiarlos desde el combate que sostuvo con ellos en Río Frío; así esta comisión le fué muy agradable, y se propuso no dejar uno, formando en su cabeza un plan que llevó á efecto y le dió muy buenos resultados.

El regimiento aparentemente no hacía nada en Cuautla. Sus toques de ordenanza, la agua á los caballos en el arroyo, la diana, la retreta, su vigilancia necesaria,

su *¿quién vive?* después de las diez de la noche, y por lo demás ni molestaba á los vecinos, ni á las autoridades, y todo lo pagaba al contado. En pocos días se grangeó las simpatías de la población. A la media noche montaba á caballo, y seguido de un piquete que no pasaba de diez á quince hombres y de dos guías que conocían á palmo el terreno y sabían dónde vivían los alcaldes, concejales y personas notables de los pueblos, se echaba á andar, procurando en todo lo posible el silencio, y escogiendo veredas y callejones poco frecuentados. Antes de amanecer caía á un pueblo, se dirigía á la casa del alcalde, y hacía que le abriesen en nombre de la ley.

—Señor alcalde,—le decía sin más ceremonias,—se levanta usted, y muy en silencio nos vamos usted y yo á la casa de un ladrón que vive aquí y que ustedes toleran y no denuncian por miedo. En esta vez no tenga usted cuidado, no volverá más.

—Pero señor oficial...—decía el alcalde, soñoliento y aturdido,—yo no sé...

—Nada de peros... usted sabe y bien, y yo no me puedo esperar ni hacer un viaje de ocho leguas de balde... ó me lleva usted á la casa del bandido, ó viene usted conmigo y lo fusilo en Cuautla como cómplice. Vea usted la orden terminante del ministro de la Guerra.

El cabo Franco sacaba una pistola de la bolsa de su chaquetón militar y un papel cualquiera, empujaba al alcalde para que se acabase de vestir, y así, de grado ó por fuerza (porque varios de los alcaldes se prestaban de buena voluntad), caminaban en silencio hasta la casa del bandido, que dormía muy ajeno de lo que le iba á suceder. El cabo Franco rodeaba la casa con sus po-



cos soldados, y hacía que hablase el alcalde, al que había dado la lección por el camino.

—D. Quirino, levántese pronto,—decía el alcalde tocando la puerta,—porque ha llegado tropa al pueblo y lo vienen á prender. Me voy si no se mueve pronto, porque el comandante de la fuerza irá á requerir mi auxilio, ándese pronto.

El D. Quirino, azorado, se levantaba para buscar sus armas y ensillar su caballo atado en el corral, y apenas entreabría la puerta cuando se le arrojaba el cabo Franco, lo agarraba del pescuezo con una mano y con la otra le ponía en la frente el cañón de una pistola.

—Dése preso, amigo Quirino,—le decía el cabo Franco con mucha calma,—ó disparo.

Los dragones, bien aleccionados, acudían, y bastaban dos ó tres para amarrar al facineroso y sacarlo de su casa. Si, como sucedía frecuentemente, había mujer y muchachos en la casa, los lloros, gritos y súplicas no faltaban, pero el cabo Franco, como si fuese completamente sordo, nada escuchaba, y cuando la escena duraba mucho y se enfadaba, amenazaba á los muchachos con la cuarta y á las mujeres con llevárselas presas, y cargaba con su ladrón, custodiado por su piquete dividido en dos filas cerradas, haciéndolo andar á cintarazos si se resistía. Del alcalde se despedía con cariño, estrechándole la mano.

—Hasta más ver, amigo, y cuidado con otra. En cuanto se aloje por aquí algún Quirino como éste, no hay más que mandarme un correo á Cuautla, que allí estoy á sus órdenes, y por ahora callarse la boca y no decir ni al cura lo que ha pasado.

Caminaba así con su ladrón media hora, hasta que

encontraba un lugar que le parecía á propósito, lo hacía hincar de rodillas, le mandaba dar cuatro balazos y lo colgaba en un árbol, y si no lo había, lo dejaba tirado en el camino real, para que los que pasasen lo vieses al día siguiente, y él regresaba pian piano á Cuautla, entrando él solo, como si viniera de paseo, y sus dragones, uno á uno, para no llamar la atención. El servicio ordinario del cuartel continuaba como de costumbre, y él se trataba á cuerpo de rey, pues los vecinos le regalaban fruta de las huertas, cecina y cuanto de bueno produce la tierra caliente. Después de almorzar daba su paseo por la plaza, arrastrando su sable y con sus manos medidas en la bolsa del pantalón, y después entraba al cuartel y dormía en su pabellón una sabrosa siesta.

A los tres ó cuatro días, nueva salida y captura y ejecución de otro Quirino sorprendido en otro pueblo. Hubo veces que la operación no fué tan fácil. Había bandidos que dormían con sus carabinas y pistolas debajo de la cabecera, y que al menor ruido se levantaban, y aunque tocara el alcalde no le abrían, y si forzaban la puerta, lo encontraban con su pistola en una mano y su machete en la otra, y se defendía contra cualquier número de gente que lo atacase hasta morir ó lograr la fuga. En una de estas ocasiones el cabo Franco perdió un pedacito de oreja, que le llevó una bala disparada por un Quirino que no se dejó coger vivo, y que murió peleando como un héroe, después de haber recibido más de veinte balazos y otras tantas cuchilladas de los dragones. En otra vez otro Quirino, tan valiente como el anterior, pero más listo y astuto, tenía su caballo ensillado en el corral, y se escapó por en medio de los dragones sin que le tocara ninguno de los balazos que le tiraron.

En fin, de una manera ó de otra, los bandidos aque-  
renciados en la tierra caliente, mirando que ya iban col-  
gados más de veinte de sus compañeros, abandonaron  
el país y dejaron á los alcaldes en paz.

El cabo Franco, una hermosa mañana se despidió de  
las autoridades y principales vecinos, formó su tropa,  
dió los tres toques de marcha, comenzando á las cuatro  
de la mañana, y antes de las seis ya estaba en marcha  
para México. Luego que llegó, con el polvo del camino  
fué á presentarse al Presidente.

—Mi general,—le dijo después de saludarlo con todo  
el respeto militar,—cuando quiera V. E. puede ir á la  
tierra caliente con una talega de onzas de oro, y nadie  
se la quitará.

—Lo sé yo antes que tú me lo dijeras. Una comisión  
de los hacendados ha venido á darme las gracias. Ve á  
descansar con tu tropa, y ocurre á la Tesorería y te da-  
rán dos pagas extraordinarias y un vestuario completo  
para tus soldados.

—Muy bien, mi general,—y el cabo Franco, sin dar  
las gracias ni añadir más palabra, atravesó contoneán-  
dose, arrastrando su sable y con las manos metidas en  
su pantalón, hasta la puerta grande, donde había dejado  
su caballo y asistente.

Pero los bandidos arrojados de la tierra caliente por  
el cabo Franco, fueron á formar su nido á la montaña.  
No pensaron ya en Evaristo, porque nada les daba ni  
los ocupaba en nada, y resolvieron unos cuantos con-  
vocar á otros y obrar de su propia cuenta. Tenían necesi-  
dad de vivir, de mantener sus queridas y sus caballos,  
y era preciso buscar trabajo.

Eligieron por guarida y cuartel general un punto inac-

cesible, allí nadie los sorprendería ni de día ni de noche. Era la hacienda de Buena Vista, situada en la falda del Volcán Grande.

Hay muchas haciendas de Buena Vista en México, pero la de que se trata bien merece el nombre, pues desde el mirador de la casa se descubre la sorprendente escena del valle de México, que el historiador Prescott describió, sin haberla visto, con una exactitud fotográfica (1).

Esta hacienda de Buena Vista era nada menos que una de las fincas reclamadas por Moctezuma III. La casa no tenía nada de particular, y más bien destruída que otra cosa. Para llegar á ella es preciso seguir una vereda estrecha y empinada, cubierta casi de ramajes y de flores silvestres, un verdadero camino de cabras, pues en tiempo de aguas los caballos suben con dificultad, y resbalan y caen varias veces antes de llegar al portillo. El portillo es un tejido de gruesas vigas de encina, aseguradas con grandes clavos, y apenas hay un lugar tan estrecho para entrar, que es necesario apearse del caballo para no estropearse las rodillas. Media docena de hombres con buenas armas de fuego, colocados detrás de la cerca gruesa de piedra que rodea la casa, y que está levantada en la orilla de un profundo precipicio, bastarían para detener á un ejército entero. Y ni modo de sitiarla y tomarla por hambre, pues por el lado opuesto está la montaña, que tiene agua, pájaros, venados, liebres, frutas silvestres y cuanto puede apetecer el hombre más goloso para mantenerse por años.

Los Melquiades no eran bandidos, ni lo necesitaban; eran simplemente detentadores de los bienes de Mocte-

---

(1) *Historia de la conquista de México*, por W. Prescott.

zuma III; pero como casi tenían la hacienda abandonada y convenía á sus intereses, dejaron reunir allí á los valentones, y en breve se formó una fuerza respetable bajo todos aspectos. Los Melquiades se aprovecharon de la ocasión, y, escondiendo el cuerpo, levantaron la población de Ameca, y toda la provincia de Chalco se alarmó de tal manera, que nadie quería transitar por esos caminos.

Tocó su turno á Moctezuma III, que fué llamado á su vez por el Presidente.

—Acabamos con los bandidos de tierra caliente y tenemos que seguir con los de tierra fría,—le dijo el primer magistrado de la Nación.—Ahora te toca á tí; veremos si lo haces tan bien como el coronel Franco.

—Como mi general lo disponga,—le contestó Moctezuma III, con mucho laconismo, pues en el modo de hablar, de andar y en todo le había bebido los alientos al cabo Franco.

—Ameca está un poco revuelto, la gente honrada y pacífica de ese rumbo muy alarmada y la falda del volcán llena de salteadores y de gente perdida. El prefecto estuvo ayer aquí y me ha dado por escrito una relación exacta de lo que pasa, que leerás (y le entregó un cuadernillo escrito) para que te sirva de gobierno en tus procedimientos. Parece que los Melquiades, ricos hacendados de ese rumbo, son los que mueven todo bajo de cuerda, pero ya los castigaremos.

Cuando oyó esto Moctezuma III no saltó ni bailó de gusto por respeto á su superior, pero en sus miradas conoció el Presidente que su subordinado, lejos de repugnarle el servicio militar que le mandaba, lo recibía con singular contento.

—Parece que no te desagrada la comisión; así me gustan los soldados, resueltos y valientes como tú. ¿Qué fuerza tienes?

—Seiscientos hombres, mi general,—contestó Moctezuma.

—¿Te basta con esto?

—Si le parece á mi general, no sería de más una batería de cañones de montaña y dos compañías de infantería.

—Me parece muy bien, y ya se vé desde luego que eres oficial educado por Baninelli, y menos confiado que Franco, que cree siempre que con cuatro hombres y un cabo se puede conquistar al mundo entero. Ve al ministerio de Guerra y allí te arreglarán lo necesario.

—¿Tiene mi general alguna otra cosa que mandar?—dijo Moctezuma, imitando al cabo Franco.

—Antes de cuatro días en marcha y portarse bien,—le contestó el Presidente inclinando la cabeza para saludarlo y despedirlo.

Moctezuma III salió también de Palacio, como el cabo Franco, contoneándose, arrastrando el sable y con las dos manos metidas en los bolsillos de su pantalón, pero más contento que si hubiese sacado la lotería de veinte mil pesos. Tenía por segura la conquista de su reino, y el exterminio de toda la abominable raza de los Melquiades. ¡Qué gloria para él, ir á vengar á su abogado Lamparilla, y á ganar con la espada en la mano sus valiosos dominios usurpados después de tres siglos!

Al tercer día salía de México Moctezuma III, al frente de su brillante tropa, y al cuarto, se presentaba frente del pueblo de Ameca.

No era aquello un simple motín de indios borrachos

como el que asustó al licenciado Lamparilla, sino que tenía el carácter de un alzamiento en toda forma. Los Melquiades, que tenían fusiles de munición y parque ocultos, los repartieron á los valentones que habían bajado de la hacienda de Buena Vista; las entradas del pueblo estaban fortificadas, y con ramas, piedra y lodo habían construído unas trincheras, al parecer inexpugnables, y una guerrilla de cosa de cuarenta hombres á caballo, con carabina en mano, parecía que intentaba acometer ó detener á la tropa.

En su vida había tenido Moctezuma III más placer que el que experimentó á la vista de aquel aparato militar, y bendijo el día en que el cabo Franco lo cogió de leva en el rancho de Santa María de la Ladrillera. Tomando las precauciones militares de ordenanza, pero imitando también el arrojo de su antiguo jefe Baninelli, dió sus disposiciones para cualquier evento, y poniéndose al frente de un escuadrón arremetió furioso sable en mano contra la guerrilla, que disparó unos cuantos tiros y se metió á escape dentro de las fortificaciones.

En la noche hizo sus reconocimientos, cambió algunos tiros con los de adentro y resolvió batir en la madrugada con su artillería las trincheras y dar en seguida el asalto. Bastaron unos cuantos tiros de cañón para destruirlas, y abierto el paso formó una columna con la infantería y á la cabeza de ella penetró intrépidamente en la población. Una fusilada nutrida lo recibió, viniendo de todas partes, pero duró momentos, después reinó el silencio, y cuando llegó á la plaza y formó delante del curato, el pueblo estaba sólo, las tiendas y las casas cerradas, nadie se atrevía á sacar las narices.

Entonces hizo su entrada formal con todas sus fuerzas

y ocupó la población sin más dificultad. Por su parte un muerto y cuatro heridos, no de gravedad; los enemigos dejaron cerca de la plaza, donde fué lo más caliente del combate, una docena de muertos. Los Melquiades huyeron rumbo á Cuautla, y los valentones que quedaron vivos ganaron por las asperezas del Volcán grande la hacienda de Buena Vista.

Glorioso para la patria y provechoso para Moctezuma mismo, fué el asalto de Ameca, pero faltaba lo más difícil, que era arrojar á los bandidos de la hacienda de Buena Vista, y esto, no sólo parecía difícil, sino imposible. Encontróse por fortuna Moctezuma, con que Espiridión era, no sólo vicario, sino cura interino de Ameca, por promoción del propietario. Espiridión, de naturaleza bueno y amable, se había sabido ganar la voluntad de sus feligreses, de manera que ya ejercía grande influencia, y toda la empleó, como se ha de suponer, en ayudar á Moctezuma y buscar el modo de apoderarse de la hacienda, que no tardó en presentarse. Una de sus muchas hijas de confesión, era mujer de un indio que había nacido y criádose en Buena Vista, y en esos momentos él y dos peones más vivían allí, ocupados en cuidar la casa y cultivar la huerta, que tenía muy buenos árboles frutales y no dejaba de dar un regular producto anual á los Melquiades. La solicitud de su mujer se reducía á que le permitiesen á su marido bajar al pueblo sin ser puesto preso ni molestado, por venir de país enemigo. Entre el cura y Moctezuma formaron su plan. Ese indio les daría razón del número de hombres que había en la hacienda; de los recursos y armas con que contaban, y finalmente, aprovechando una noche oscura y el momento en que estuviesen durmiendo ó descuidados, les



abriría el portillo, y una vez entrado por allí un hombre, los demás, que estarían ocultos en los ramajes y escalonados en la vereda, penetrarían y la victoria no era dudosa. Ese plan era de lo más atrevido, pero no había otro. Otorgado el permiso, la mujer subió á la hacienda y á la tardecita volvió á Ameca en compañía de su marido, el que no tuvo dificultad en dejarse persuadir por el señor cura y prometió hacer lo que le mandaran.

Los valentones reunidos allí, tenían cuanto era necesario para vivir. Con la mayor facilidad mataban un venado, pues como no había cazadores, abundaban, y pasaban sin temor á la vista de los hombres, y con el maíz que existía depositado hacían sus tortillas, pero, como á los tlaxcaltecas, les faltaba la sal y otra cosa más importante, algo espirituoso que beber, pues no tenían más que los hilos de agua cristalina que bajaban de la nieve que se fundía diariamente en el volcán, y eso, que para otros hubiera sido una delicia, para ellos era un tormento.

Creyendo los valentones engañar á su vez al jefe militar que los había batido, permitieron al indio que bajase, con la condición de que á su vuelta les traería oculta-mente sal, manteca y algunas otras cosas, pero sobre todo aguardiente.

Le dieron dinero y le prometieron recompensarle ampliamente. El cura y Moctezuma se frotaron las manos. Los bandidos, con esto, solitos se entregaban. El indio subió y bajó varios días de la hacienda á Ameca, y en cada viaje les llevaba una damajuana de aguardiente, y las orgías nocturnas eran solemnes. Al derredor de la lumbrada, comiendo sus trozos de venado tierno y sus

tortillas calientes, bebían á su sabor y cantaban canciones obscenas y al fin caían, sin fuerzas, debajo de los árboles del patio ó en las piezas de la casa.

Moctezuma III, bien informado de todo esto, se decidió. Una noche oscura ya muy pasada, más bien á las dos de la mañana, tomó la vereda de la hacienda con cien infantes, y con mucho silencio y favorecido por un tiempo seco, fué subiendo y llegando cerca del portillo, los escalonó como pudo, aunque con riesgo de que cayeran á las barrancas. Las trancas del portillo, untadas de sebo por el indio, corrieron sin ruido y Moctezuma III el primero entró al patio, y así dos á dos fueron penetrando los soldados, de modo, que cuando uno de ellos tropezó su fusil contra las trancas é hizo ruido, lo que despertó á los valentones que estaban todavía durmiendo el sueño de la borrachera, había más de cincuenta soldados. Moctezuma gritó:—*¡Fuego graneado!*—y comenzó una de todos los diablos. Los valentones, aturcidos, no encontraban sus armas, ni se daban razón de lo que había sucedido, pero los que estaban dentro de las piezas contestaban el fuego y otros acometían á los soldados con arma blanca; en esto los soldados que faltaban acabaron de entrar y aquello parecía un castillo; el fuego, en la dirección de las sombras fantásticas y vacilantes que se agitaban en todas direcciones, continuaba. De los bandidos unos pudieron ganar por detrás de la casa las asperezas del volcán, otros, locos y atarantados, buscaban la cerca y caían al precipicio profundo, otros quedaron tendidos en el patio y en las piezas.

Cuando amaneció Dios, no había ni un enemigo, y Moctezuma III, más resuelto que su ilustre antecesor, en vez de dejarse matar á pedradas, había arrojado á

balazos á sus enemigos y reconquistado plenamente sus dominios.

Los soldados, que habían trabajado bien, riendo á carcajadas del terror que habían manifestado los valentones al ser sorprendidos, arrojaron los muertos á la profundísima barranca y comenzaron á hacer lumbre para sazonar y comerse medio venado que había quedado allí.

Moctezuma III mandó á los peones al pueblo para que trajeran pan, vino, chile, frutas y cuanto encontraran, y jamás banquete tan alegre ni tan espléndido se había dado cerca de la nieve eterna de los grandes volcanes y en los que fueron dominios del célebre emperador de los mexicanos.



## CAPÍTULO LVII

### La red

**D**ON Pedro Martín de Olañeta, un verdadero sabio en su profesión, ilustrado á la moderna y hasta cierto punto amigo del progreso, en materias de dogma y de religión no transigía con nadie. Como doña Rafaela la dulcera no *frecuentaba*, porque tenía mucho que hacer, y porque Casilda no dejaba de ocasionarle ciertos malos pensamientos, que en obsequio de la verdad, diremos que procuraba desechar.

En esta vez, creyó necesario cumplir con el Sacramento para pedir á Dios le diése imparcialidad y acierto para administrar recta justicia, y la fortaleza necesaria para no cometer una debilidad por salvar á las personas hasta cierto punto de su familia que estuviesen complicadas en la tenebrosa trama. Hízolo así, y antes de abrir públicamente la causa, pidió una audiencia al primer magistrado de la república.

El crimen de la calle de D. Juan Manuel se había transpirado apenas, y era en voz baja y en secreto como hablaban de él muy pocas personas. Los cadáveres, después del reconocimiento del médico de cárceles, habían sido llevados á las primeras horas de la mañana á la Santa Veracruz, y depositados en un nicho del panteón, por si en el curso de la causa fuese necesaria una inhumación, y la casa, custodiada en lo interior por dos agentes de policía, permanecía cerrada como de costumbre. El juez había procurado el más grande sigilo en todos sus procedimientos, á fin de que los culpables, sabiendo que la justicia procedía, no evitasen con la fuga el castigo merecido.

El primer magistrado concedió la audiencia pedida, pero el día antes, el marqués de Valle Alegre se presentó en la casa de D. Pedro Martín. Su fisonomía estaba completamente cambiada; en su vestido, siempre tan esmerado, se notaba algún desorden, hasta en el modo de andar y en las inflexiones de su voz se reconocía lo que había sufrido.

—Vengo á desahogarme, licenciado, con usted, que es mi paño de lágrimas. Soy el hombre más infeliz de la tierra y cambiaría mi vida por el más miserable de los pordioseros que piden limosna en la puerta de las iglesias, con tal de que se me mitigase este dolor que me destroza el corazón.

El marqués llevó su mano al pecho, y en efecto, medio sofocado se dejó caer en un sillón que le presentó D. Pedro Martín, el que no pudo menos de enternecerse mirando la honda pena que, con mucha razón, afligía á su amigo.

—Figúrese usted, licenciado, por un momento mi si-

tuación. El domingo pasado se leyó en la parroquia la última amonestación. El Arzobispo está ya avisado que el jueves próximo nos va á dar las manos. Todos mis parientes y lo más principal de México, convidados para la boda. Un gran banquete de cien cubiertos dispuesto en la nueva casa de la Ribera de San Cosme, las papeletas impresas, todo arreglado, listo...

¡Qué campanada, qué catástrofe!

¡Qué horror en toda la población cuando se sepa que!... ¡Qué va á ser de mí, qué va á ser de esa Amparo, que es un ángel, de esa madre y de esa esposa, cuya vida ha sido ejemplar. Me vuelvo loco, licenciado... mi cabeza es un volcán... ¡Qué haré? ¡Qué haré? ¡No habría medio de que Relumbrón?...

D. Pedro Martín se puso en pié y miró al marqués con un aire terrible.

—Señor marqués de Valle Alegre,—le dijo,—si vuelve usted á pronunciar otra palabra semejante, saldrá de mi casa y no volverá á ella jamás.

El marqués, en medio de su agitación, conoció la grave falta que había cometido, y queriéndose arrojar á los piés del juez, exclamó:

—Perdón, perdón, Sr. D. Pedro, usted ha escuchado á un loco, á un desgraciado que no sabe lo que dijo. Olvide esa palabra y vuélvame su amistad, que es lo único que me ha quedado en el mundo.

El marqués inclinó su cabeza sobre el bufete, se metió las manos entre los cabellos como queriendo sacar de entre ellos las ideas negras de que estaba llena su cabeza, y derramó un torrente de lágrimas.

D. Pedro dejó que se desahogara, y después le dijo con cariño:

—Vamos, amigo mío, cálmese usted; nadie mejor que yo conoce lo terrible de su situación, pero hay cosas que no tienen remedio y en estos momentos no hay más refugio que en Dios, que dispone estas cosas misteriosas sin que alcancemos sus designios.

—¿Y Amparo, y Amparo?—repetía el marqués.

—Mártir, mártir por la conducta de su padre, encontrará en la religión y en las virtudes de su alma el consuelo que ni usted ni nadie le puede dar ya. ¿Ha ido usted á la casa?—le preguntó el juez.

—No he tenido valor ni sé si lo tendré. ¿Qué consejo me da usted?—le contestó el marqués.

—Yo ninguno le puedo dar á usted; no soy más que juez, y además, esas son cosas muy personales.

Así siguieron hablando largo rato hasta que las gentes comenzaron á llegar al estudio de D. Pedro para diversos negocios. El marqués, aparentemente, se retiró más tranquilo, pero sostenía una lucha dura y terrible en su corazón. ¿Echaría á un lado, arrollando con todas las consideraciones sociales, y se casaría con la hija de un ladrón, ó la abandonaría á la suerte, tomaría la diligencia y se marcharía á Europa sin volverla á ver? Tal era el dilema que rompía sus sienes y trabajaba su mente. El marqués amaba profundamente á Amparo, ¿y Amparo, cuando estallara ese volcán que tenía á sus piés, correría aceptarlo como marido?

—

A la hora señalada, D. Pedro Martín se presentó en Palacio; las puertas se le abrieron inmediatamente y un ayudante le introdujo al salón de audiencias, donde no tardó en presentarse el Presidente.



—Asuntos desagradables, pero muy graves, me traen aquí, señor Presidente,—dijo D. Pedro con mucha calma y respeto,—y tengo necesidad de pedirle á usted permiso y perdón por las preguntas que le voy á hacer.

El Presidente, que consideraba y estimaba mucho á este íntegro magistrado, le había dado la mano y lo había hecho sentar en un sillón frente de él, le respondió con afabilidad:

—Nada de lo que viene de usted me parece mal, y el perdón anticipado es inútil, pues usted no es capaz de cometer la más leve falta.

—Gracias, señor Presidente, gracias. Necesito para un suceso, el más raro de cuantos se registran en los anales del crimen, que me preste usted su autoridad y su poder por veinticuatro horas. Eso bastará.

—No sé el asunto y ni me lo diga usted si no conviene, pero mi influencia personal y mi poder como Presidente lo tiene usted por cuantas horas lo necesite.

D. Pedro se inclinó; en una mirada que dirigió al Presidente le expresó su profundo agradecimiento por tan grande confianza, y comenzó á referirle en extracto las revelaciones de Juliana y de Cecilia y la confirmación plena que había tenido en su conciencia cuando, practicando las diligencias en la casa de la calle de D. Juan Manuel, encontró en la caja de dinero la cartera que, sin duda, en el afán de sacar los pesos, cayó del bolsillo de Relumbrón. El juez refirió también con todos sus pormenores lo que pasó en casa del conde, y la manera como fueron encontrados el cadáver de la pobre Consuelo y los de las dos viejas sirvientas.

El Presidente se agarraba la cabeza y no podía creer lo que el magistrado le estaba refiriendo.

—Aquí tiene usted la cartera, señor Presidente, con las tarjetas del coronel y una carta de una de sus queridas.

El Presidente examinó una y dos veces la cartera y la devolvió al juez.

—De su pobre hija,—le dijo,—no cabe duda. ¡El malvado! Lo tenía yo por calavera, pero habría metido las manos en la lumbre por él... me ha servido más de una vez en asuntos importantes con fidelidad y honradez... lo protegía yo, ganaba en varios negocios y me daba yo razón de su lujo. ¿Qué quiere usted que se haga, señor licenciado?

—Es necesario echar la red y coger á un mismo tiempo á todos los culpables, y antes que todo al coronel.

—Ahora recuerdo,—dijo el Presidente;—ese hombre ha de haberse marchado ya para Europa. Le dí una licencia por seis meses y hace ocho días que se despidió de mí... Espere usted, si se fué lo buscaremos en Veracruz, en todo el mundo... no se me escapará.

El Presidente tocó la campanilla y el ayudante entró.

—Se va usted ahora mismo á la casa del coronel Y...; si no está en ella lo busca usted donde quiera que esté y me lo trae sin separarse un momento de él, y si intenta fugarse le mete usted la espada. Mucho secreto y no se presente sin el coronel, porque le mandaré á usted á un castillo.

El ayudante prometió cumplir con su comisión y salió del salón. D. Pedro siguió hablando y le expuso el plan que había formado para la captura de los reos, el que fué aprobado.

—Voy á poner á disposición de usted dos personas que lo secundarán y que no omitirán nada, aunque les

cueste la vida, por cumplir con lo que usted les ordene; son los coroneles Franco y Moctezuma.

—Perfectamente,—le contestó D. Pedro,—con eso me basta; al primero lo conozco de vista, al otro más íntimamente; con eso me basta.

El ayudante, entre tanto, más bien voló que no corrió á la casa de Relumbrón, y como compañero y amigo que era, se coló hasta su recámara y lo encontró en pechos de camisa, muy afanado en componer su baul. Tenía sus letras para Londres y París, sus buenas cartas de recomendación, su billete tomado en el Paquete Inglés, todo arreglado y dispuesto para la marcha que debía verificar al día siguiente del casamiento de Amparo.

El ayudante disimuló y le dijo simplemente:

—Vístase usted, compañero, que el Presidente lo llama para un asunto urgente, y ya sabe que no le gusta esperar.

Relumbrón, sin sospechar nada, y acostumbrado á recibir órdenes cuando menos lo pensaba, cerró el baul, se vistió con su uniforme y sus cruces, pues el Presidente no consentía que sus ayudantes se le presentasen en traje civil, y siguió á su compañero.

No acababan D. Pedro y el Presidente de combinar todas las medidas que había que tomar en el caso, cuando la puerta se abrió y se presentó Relumbrón. En el acto que vió allí á D. Pedro y echó una mirada al rostro airado del Presidente, se puso pálido como un muerto, pero trató de reponerse, y con la sonrisa en los labios, saludó al licenciado y dijo:

—Aquí me tiene usted, mi general, dispuesto á recibir sus órdenes.

—¿Conoce usted esta prenda?—le dijo el Presidente con un tono severo presentándole la cartera.

Relumbrón, que ni remotamente pensaba haberla perdido, y que la creía guardada en algún cajón de su mesa, contestó con mucha seguridad:

—Sí, señor Presidente, es mía, y me la regaló mi hija el día de mi santo.

—¿Y sabe usted dónde se ha encontrado esta cartera?

—Ignoro... la habré dejado en alguna parte...

—¿La habrá usted dejado por casualidad en el fondo de la caja de dinero del conde del Sauz, en la calle de D. Juan Manuel?

Fué tal el terror de Relumbrón al oír estas palabras, dichas con un tono terrible, que no teniendo cerca silla ni pared en que apoyarse, se le aflojaron las rodillas y sin poderlo evitar cayó al suelo.

La cólera del Presidente no tuvo entonces límites.

—¡Levántese usted, miserable!—le dijo,—¡al crimen de un salvaje añade usted la cobardía de una mujer! ¡Levántese usted ó le mando dar aquí mismo cincuenta palos! ¡Levántese usted!

Relumbrón hizo un supremo esfuerzo, se levantó, buscó la pared para apoyarse, y su vista descarriada se dirigía al techo y á las puertas por no encontrarse con las miradas del Presidente y del juez.

El Presidente se le acercó lentamente, y á medida que se le acercaba corrían por la frente de Relumbrón gotas de sudor frío, y temblaban todos sus miembros.

—¡Cobarde, cobarde, miserable!—repitió el Presidente,—ha deshonrado usted al ejército, y no merece que lo maten las balas de los soldados. Va usted á ser entrega-

do á la justicia ordinaria. Es usted indigno de llevar esas presillas y esas cruces.

Y al decir esto le arrancó las presillas de los hombros y las cruces del pecho, y las tiró al suelo; tocó después la campanilla y entró el ayudante.

—Lleve usted á este hombre al cuartel de Ordenes, lo encierra usted en un calabozo seguro, le pone dos centinelas de vista y dice usted al jefe que manda el cuerpo, que él me responde del preso, que le pongan pan y agua y quedará rigurosamente incomunicado. Nadie entrará ni lo verá más que el señor juez, y mucho secreto, nadie tiene por ahora que saber esto.

El ayudante tomó del brazo á Relumbrón, que apenas podía andar, y se lo llevó al cuartel, y, como lo había mandado el Presidente, quedó encerrado en un calabozo.

—Siéntese usted un momento, señor D. Pedro,—le dijo después de un rato el Presidente,—y dispéñeme, quizá no debí... pero no me pude contener.

El Presidente se dejó caer en un sillón y más de diez minutos estuvo respirando con trabajo. La cólera le sofocaba. Ya más calmado, dijo al juez.

—Señor D. Pedro, yo mismo daré las órdenes y todo quedará por ahora en el mayor secreto. Usted tiene mi poder, es el Presidente de la República en este asunto. Esta noche, ó mañana muy temprano se presentarán en la casa de usted los coroneles Moctezuma y Franco, con orden de obedecerlo como si yo lo mandara. Estoy seguro que quedarán bien.

—Es que tengo que prender al capitán de rurales y á toda su gente,—dijo D. Pedro.

—A todo México si es necesario, señor D. Pedro; le

repito que usted es el Presidente y que los que vengan á quejárseme ó á suplicarme no encontrarán apoyo ninguno.

D. Pedro Martín salió de Palacio enteramente satisfecho y fuerte para administrar justicia, con la decidida protección del Presidente.

A la mañana siguiente, antes de que se levantara, ya estaban en la antesala de D. Pedro, Moctezuma III y el cabo Franco.

El plan de D. Pedro Martín era coger en un mismo día, y si era posible en una misma hora, á todos los culpables para que ninguno se escapara, y los dos militares, que no se andaban con chicas y abundaban en expedientes, le facilitaron el trabajo.

—Aunque hagamos el oficio de policías,—le dijeron, —cuenta usted, señor juez, con que será servido. Lo manda el Presidente y no tenemos más que obedecerlo y cumplir.

Moctezuma mandaría un escuadrón, con un oficial de confianza, para que cayese al Molino de Perote y se trajese, amarrados codo con codo, al licenciado Chupita y á los monederos falsos con toda su maquinaria. En Perote había carros, mulas y cuanto era necesario, perteneciente á la misma negociación. Moctezuma marcharía á Río Frío con el resto de su caballería para prender á Evaristo.

El cabo Franco, con piquetes de tropa de infantería, sorprendería los ladrones que se reunían en la tienda de Santa Clarita, y á D.<sup>a</sup> Viviana, en su casa ó en el almacén de vestuario. El gobernador, por disposición del juez, se encargaría de la partida de juego de don Moisés.

D. Pedro Martín se encargó de ir personalmente á la casa del platero.

Combinado así el plan veamos cómo se desarrolló. A la casa de Relumbrón se mandó decir con un ayudante del presidente, que no tuviesen cuidado, pues estaba ocupado en una comisión del servicio, así cuando el marido estaba ya á buen recaudo, en la casa había la mayor tranquilidad y se disponían de antemano guisados, y dulces, y flores, y luces, y adornos para el día de la boda.

El marqués, como loco y sin saber qué resolución tomar, no se había atrevido á ir á la casa; de pronto no le ocurrió otra cosa más que escribir á Amparo que estaba muy afanado en concluir lo que faltaba en la casa de la Ribera de San Cosme. Así la prisión de un personaje tan visible y conocido en México como Relumbrón no fué sabida de pronto por el público.

El oficial comisionado por Moctezuma hizo sus jornadas sin fatigar á la caballería, y al sexto día entró de rondón en el Molino de Perote. La gente ocupada en el trabajo de fabricar la moneda no hizo resistencia alguna, y el licenciado Chupita, al verse descubierto y preso, se desmayó; pero el oficial no le anduvo con consideraciones, amarró codo con codo á cuantos encontró allí, y al licenciado Chupita, desmayado como estaba, lo mandó amarrar también, envolver en una sábana y cargarlo por dos de los monederos, y así bajaron todos á la casa de Perote. Al día siguiente se recogió el dinero y lo principal de la maquinaria, y cargado todo en unos carros, con Chupita, que volvió en sí, dieron la vuelta para México, habiendo mandado antes un extraordinario á su coronel informándole que había cumplido con su comisión.

Seguro ya de esto Moctezuma, hizo montar el resto de su caballería y se dirigió directamente á Río Frío, resuelto á matar personalmente al capitán de rurales si no lo podía coger vivo; pero la fortuna le ayudó. Llegó como á las siete de la noche y encontró en la taberna holandesa reunidos á todos los bandidos, que habían llevado sus mujeres, y estaban bebiendo, cantando y bailando. Cuando acordaron, y volvieron en sí con el susto de la borrachera, ya estaba el edificio rodeado de caballería, y, en la única puerta de salida, Moctezuma con pistola en mano y diez hombres con las carabinas preparadas.

—¡Que se presente aquí el capitán!—gritó con energía.

—No está aquí,—respondió el mismo Evaristo, que no veía otro medio de salvación.

—Ya veremos si está aquí. Afuera la familia del alemán, y pronto.

El alemán y sus hijas salieron y se fueron á refugiar al monte. Los soldados les dejaron pasar.

Moctezuma llamó al resto de su fuerza y volvió á gritar:

—Si no se presenta el capitán, fuego, hasta que no quede uno.

Evaristo tuvo que vencer su cobardía y se presentó. Dos dragones se apearon, le quitaron una sola pistola que tenía en la cintura y le amarraron. Así fueron haciendo con todos los demás, y colocándoles entre filas, advirtiéndoles que al menor movimiento que hicieran para escaparse, serían muertos á balazos. A Evaristo lo tenían lazado del cuello y de la cintura y llevadas por dos soldados las reatas, de modo que, teniendo las manos amarradas por detrás, al menor movimiento que hiciera



para escaparse se ahorcaba él mismo. Así, de grado ó á cinstarazos, hizo entrar en filas á treinta bandidos, tomando inmediatamente el camino para México y adelantando un soldado para que avisase al juez.

Siguió entonces la prisión de los de la tienda, que no tuvo dificultad. Juliana había señalado hasta las horas en que se reunían allí para repartirse los robos. Una patrulla llegó al mismo tiempo que iban á cerrar. El primero que cayó, y quiso hacerse el valiente, fué el tuerto Cirilo; pero el cabo Franco le quitó los bríos con una soberbia bofetada, y amarrado, como á todos, se los llevó al cuartel de los Gallos, que á la sazón estaba vacío y fué puesto á las órdenes de D. Pedro Martín.

D.<sup>a</sup> Viviana fué capturada al salir de su casa para dirigirse al taller. Se cerró su habitación que quedó al cuidado de un agente del juzgado.

Hechas todas estas prisiones, tocó su vez á D. Pedro Martín. Quiso personalmente hacer la captura, porque con mucho fundamento supuso que el platero tenía gran cantidad de piedras preciosas robadas, dinero y papeles de importancia.

Dirigióse á la calle de la Alcaicería, acompañado solamente del escribano de diligencias y de un agente del juzgado, y los dejó un poco atrás antes de llegar para que ni las gentes fijaran su atención, ni se alarmase el platero. Entró al taller y encontró la fragua encendida, los sopletes en actividad y seis ú ocho oficiales trabajando muy afanados bajo la dirección del compadre.

—Me encuentra usted precisamente, señor licenciado, —le dijo,—muy atareado para concluir pasado mañana las alhajas que el señor marqués del Valle Alegre va á regalar á su novia. Ya le he entregado bastantes; pero él

se empeñó á última hora, como quien dice, en que le hiciese otras nuevas, pues nada le basta, y quisiera el mundo entero con todas sus riquezas para regalárselo á Amparito, pues parece que no la ama, sino que la adora como una Virgen. Aquí están todos los estuchés y las alhajas ya listas; se las voy á enseñar á usted.

—Si le parece á usted,—le dijo el juez con calma,—mejor las veremos en su casa.

En esto llegaron el escribano y el agente. D. Pedro se separó un poco, y dijo al agente, en voz baja, que no se apartase del taller y no permitiese que saliese ni entrase ninguna persona. El platero, sin desconfianza, y tomando la delantera para servir de guía, subió á su casa, seguido del juez y del escribano.

—Las funciones de un juez son penosas,—le dijo D. Pedro luego que estuvieron en la sala;—pero es preciso cumplirlas y vengo yo mismo á intimarle que me siga.

—Pero, señor licenciado, ¿qué es esto?—le dijo el platero tartamudeando y turbándose,—yo soy un hombre honrado; usted mismo me ha visto trabajando: alguna calumnia, algún chisme... es una arbitrariedad...

—Usted no es más que un ladrón, y la mitad, si no todas las alhajas y valores que tiene usted, son procedentes de robos y de maldades. Queda usted preso y ya vendrá la fuerza armada para llevarlo á usted á donde están su compadre y los demás cómplices, y me obliga usted á decirle esto, para probarle que todo lo sabe la justicia y que no hay arbitrariedad ninguna. Entre tanto, nada de escándalo, y si es usted inocente, lo probará en el curso de la causa el abogado á quien elija usted para que lo defienda; entre tanto vamos á formar el

inventario de cuanto tenga usted aquí y en el taller, propio y ajeno.

Mientras el juez, con una voz seca y dura, decía esto, el platero se fué levantando lentamente de la silla en que estaba sentado, y fueron presentándose en su fisonomía fenómenos nerviosos, los más extraños y horribles. Los ojos se le contraían, y mientras uno bajaba casi á la mitad del carrillo, el otro subía y parecía que la pupila quería hundirse en el cerebro; la boca tan pronto se le cerraba y aparecía imperceptible como se le abría ancha, queriendo articular palabras, ó gritar, sin poderlo conseguir; las orejas y las narices tomaron un color amoratado sanguinolento, y los cabellos se le erizaron en la cabeza.

D. Pedro y el escribano llevaron involuntariamente sus manos á los ojos, para apartar de su vista ese monstruo, que, como aparición de otro mundo fantástico, se les presentaba, en lugar del platero de fisonomía amable é hipócrita, á quien habían ido á residenciar.

Todo esto duró apenas cinco ó seis minutos, y D. Santitos, sin haber podido proferir una palabra, cayó muerto, dando contra el mismo mueble que había lastimado á la cocinera Juliana.



## CAPÍTULO LVIII

### D. Pedro, mártir de su deber

**P**ARA necesario hacer el inventario y asegurar los considerables valores que en oro, plata y piedras preciosas existían en el taller y en la casa del platero; así su cadáver no podía permanecer allí ni un momento más. El juez dispuso que fuese llevado provisionalmente al Hospital de San Andrés. Los oficiales de la platería quisieron salir, el agente del juzgado se lo impidió y todo esto hizo que se fuese reuniendo gente, se formó escándalo y con esto acabó el secreto riguroso que hasta entonces se había guardado. El juez tuvo necesidad de mandar á un cuartel por fuerza armada que despejara la calle y guardase las esquinas, y pudo ya entonces dedicarse á practicar las diligencias que, como se debe suponer, fueron largas, y á recoger la colección maravillosa de diamantes, rubíes, záfiro y esmeraldas, además de multitud de alhajas y entre ellas un fístel he-

cho con la exquisita perla del marqués de Valle Alegre que Mariana aceptó con tanta indiferencia, y que se hablaba entre las alhajas que fueron robadas por el vengativo cochero José Gordillo. La platería fué cerrada y de pronto enviados á la cárcel los oficiales.

La causa se proseguía con la mayor actividad habilitando horas, y el juez apenas tenía tiempo para comer un bocado y dormir tres ó cuatro horas en la noche. La ciudad toda era presa de una curiosidad y de una excitación tal, que no se hablaba de otra cosa, especialmente porque el frustrado casamiento del marqués de Valle Alegre se mezclaba de una manera especial en este inesperado acontecimiento.

La primera visita que recibió D. Pedro Martín, fué la de su hermana Clara, que entró como un huracán hasta la biblioteca, sin que la pudiesen contener Prudencia y Coleta.

—¡Siempre lo he dicho!—le dijo bruscamente á D. Pedro Martín, encarándosele y arrebatándole el papel en que escribía;—¡tú eres el tirano de tu familia! ¿Cómo te has atrevido á poner preso á mi marido, y complicarlo con esa causa de ladrones y de asesinos? Sábetete que es muy honrado, y que si donde estaba empleado se hacían ó no pesos falsos, era con tu consentimiento, y entonces el primer preso deberías ser tú. Ahora mismo me firmas una orden para que salga en libertad, ó armo un escándalo.

—¡Clara! ¡cierra esa boca,—le gritó D. Pedro levantándose indignado,—ó me obligarás... á no sé qué cosa! ¡Sal de aquí! ¡Coleta, Prudencia!... ¡saquen á esta mujer, ó soy capaz de hacer un disparate!

Coleta y Prudencia, que estaban en acecho, acudie-

ron, y Clara, asustada con el aspecto imponente y la voz terrible de su hermano que se le había acercado para obligarla á salir de la biblioteca, cambió de sentimientos, como sucede generalmente á las mujeres, y se arrojó hecha un mar de lágrimas á los brazos de su hermano.

—Retírate, Clara,—le dijo,—porque después de haber proferido tan grave insulto, no debes poner los piés en esta casa.

—¡Perdónalo, perdónalo, en tu mano está salvarlo!—continuó diciendo Clara.—¿Qué va á ser de mí? ¿Quién volverá á saludarme en la calle? ¿A qué casa iré donde no me cierren la puerta? ¡Considera mi situación, hermano mío, y salva á mi marido!

—¡Tú, tú,—le interrumpió D. Pedro quitándose del cuello los brazos de Clara que lo oprimían,—eres la que has conducido á tu marido al crimen y te has labrado la situación en que efectivamente vas á quedar! Ese lujo, esas alhajas, esos carruajes con que no sólo llamabas la atención, sino que escandalizabas á la sociedad de México, han obligado á ese hombre á hacer gastos cuantiosos y á ligarse con un gran criminal. Me cansé de darte consejos que nunca quisiste escuchar y ya ves el resultado. Yo, nada puedo, nada soy, nada valgo, no puedo castigar ni perdonar. La ley sola es la que obra en estos casos. Si tu marido por las diligencias que se practiquen es inocente, saldrá en libertad y se rehabilitará en la sociedad, pero si es culpable, ni lágrimas, ni súplicas, ni amenazas servirán de nada. La ley lo castigará. Es mi última palabra, Clara.

D. Pedro Martín volvió las espaldas, y Prudencia y Coleta, tomando del brazo á Clara y calmándola en

cuanto les era posible, la sacaron casi á fuerza de la biblioteca.

Por la corredora D.<sup>a</sup> Viviana se empeñó medio México. Tenía tantas relaciones con las familias principales, y era tan complaciente, tan viva, facilitaba tanto los negocios y se portaba con tanta honradez y exactitud en sus contratos, que nadie creía que pudiese estar complicada en robos y en maldades, y atribuían su prisión á las calumnias y á la venganza de algunas personas que, habiéndoles fiado alhajas y trajes, no le querían pagar y había tenido necesidad de citarlas ante un juez. D. Pedro fué inflexible, y contestaba lo mismo que dijo á su hermana.

La visita que le causó una impresión profunda fué la de D.<sup>a</sup> Severa y de Amparo. Vestidas sencillamente de negro, entraron á la biblioteca, se sentaron temblorosas sin poder articular palabra, y durante un cuarto de hora hubo un lúgubre silencio que asustó á Prudencia y á Coleta, y se escaparon conmovidas á sus recámaras, no queriendo, ni por curiosidad, saber lo que iba á pasar.

¿Qué había de decir el juez? Quería comenzar la conversación para que de cualquiera manera terminara tan penosa entrevista, pero no sabía cómo hacerlo, sin agravar más el dolor de las desgraciadas víctimas de Relumbrón.

En pocos días la juventud lozana de Amparo había acabado como si hubiesen pasado años y años; sus mejillas blancas, estaban hundidas y como transparentes; sus ojos, antes dulces, tenían una mirada de amargura, y en su fisonomía toda, que no podía contemplarse sin emoción, estaban retratados los agudísimos sufrimientos de su alma.



Ella fué la primera que rompió el silencio, y con una voz dolorosa, apenas pudo decir:

—¿Si fuera posible?... Usted, señor, que tanto nos ha querido...—y sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz se ahogó en su garganta.

El juez aprovechó la oportunidad comprendiendo lo que Amparo quería decirle, para terminar, aunque fuese dolorosamente, una conferencia que no podía tener ningún resultado favorable.

—Es verdad,—le dijo á Amparo,—no sólo las he querido sino que las he estimado y admirado por sus virtudes, y me duele el corazón, pero no soy en este momento más que el juez inflexible que tiene que cumplir con la ley.

D.<sup>a</sup> Severa y Amparo comprendieron que eran inútiles sus ruegos; no hablaron más, se levantaron, tomaron ambas las manos del juez para significarle lo que sufrían, y se retiraron lentamente, sin esperanza, mudas, tristes, pálidas, como dos sombras que caminan al oscuro recinto de las tumbas y de las eternas lágrimas.

—

Inútil es referir al lector las muchas peripecias, trámites é incidentes de tan ruidosa y complicada causa, que llenó no cuadernos, sino resmas de papel, y bastará darles cuenta de lo más esencial y del final resultado.

Relumbrón comenzó por negar obstinadamente diciendo que era víctima de una vil calumnia, pero concluyó por confesar, presentando su defensor, como circunstancia atenuante, la organización especial que lo arrastraba sin poderlo evitar al robo, lo que constituía

una verdadera monomanía que lo hacía irresponsable de sus acciones. Cuestión de frenología que apenas había dado á conocer D. José Ramón Pacheco, y que no hizo ninguna impresión en el ánimo del juez.

Evaristo al principio negó también y fué osado é insolente en las respuestas, más adelante confesaba unas cosas y se desdecía después, quería echar la culpa entera á Relumbrón y complicar al licenciado Lamparilla y á Cecilia, pero habiendo sido reconocido en rueda de presos por D.<sup>a</sup> Rafaela la dulcera y las vecinas de la Estampa de Regina como asesino de Tules, y confrontándose el mechón de cabellos que le arrancó Pantaleona con la cicatriz que aun tenía en la cabeza, ya confesó todas sus fechorías haciendo gala de ellas y sintiendo solamente no haber matado á Cecilia y á Lamparilla, que consideraba autores de su desgracia. Si Cecilia lo hubiese querido y casándose con él, en vez de un ladrón sería un hacendado, rico y honrado.

Hilario dijo que él no era más que un soldado que recibía órdenes de su jefe y que de nada era culpable ni responsable, y que él personalmente no había asesinado á nadie.

D.<sup>a</sup> Viviana lloró desde que la prendieron hasta el día de la sentencia. Toda se retorció, enclavijaba las manos, pedía misericordia y perdón sin descansar, no comía ni dormía y estaba á punto de morir de miedo á la muerte.

Solo el tuerto Cirilo se estuvo firme. Primero *mártir que confesor*. A cuanta pregunta le hicieron en el curso de la causa, respondió invariablemente que él era un hombre de bien que ganaba su vida como *jicarero* (1) de

(1) El que despacha el pulque.

una pulquería de la Sra. Adalid, y que eso lo sabía todo el mundo, y que no tenía más que decir, que si lo mataban poco le importaba *y es cuanto*, y así terminaban los interrogatorios.

Relumbrón, Evaristo el tornero, Hilario Trueno, el tuerto Cirilo y cuatro de los valentones á quienes se probó que habían cometido varios asesinatos en el camino de Río Frío, fueron condenados á muerte. D.<sup>a</sup> Viviana á veinte años de trabajos forzados en la cárcel, y los demás reos que resultaron culpables, á cinco, diez y veinte años de presidio. Los oficiales de la platería y Luisa, á quien de pronto se puso presa, salieron en libertad. La sentencia fué confirmada y negado el indulto.

---

Mientras estos acontecimientos pasaban en México, otros no menos graves ocurrieron en casa de personas con las que hemos hecho ya conocimiento, y mientras los reos se disponen á bien morir, daremos una ligerísima idea de ellos en el capítulo siguiente.



## CAPÍTULO LIX

### Una incursión de salvajes

**L**os comanches, en el tiempo en que pasaron estos acontecimientos, vivían diseminados en esas interminables y solitarias praderas de la frontera del Norte, que hoy son atravesadas por grandes líneas de caminos de fierro, que unen las Californias con Nueva York y México.

Para cazar el búfalo se citaban, se reunían, celebraban un gran consejo, discutían y formaban su plan de campaña, y en seguida marchaba un considerable número de guerreros, atravesando á caballo en poco tiempo grandes distancias, hasta que reconocían, con un instinto admirable que sólo ellos tienen, los lugares por donde debían pasar las numerosas manadas de búfalos, que, huyendo del frío de las regiones heladas del Norte, venían á buscar el pasto á veces muy cerca de nuestras fronteras. Con flechas, lanzas y armas de fuego, los indios hacían

una carnicería horrible en esos inofensivos animales, les quitaban las pieles y las lenguas, y las iban á vender á las factorías de la frontera de los Estados Unidos, recibiendo, en cambio, armas de fuego, pólvora, tabaco, avallorios y aguardiente. Cuando se habían provisto de todo esto, se dividían de nuevo en tribus, más ó menos numerosas, mandadas por un capitancillo y comenzaban á penetrar en las fronteras mexicanas, cometiendo en los ranchos y pequeñas poblaciones indefensas de los Estados de Sonora, Chihuahua y á veces Durango, Coahuila y Tamaulipas, todo género de atrocidades.

Desorganizadas las antiguas compañías presidiales, é inútil la tropa de línea para esa clase de guerra, de marchas rapidísimas y de continuadas sorpresas, las gentes de esos países comprendieron que era necesario organizarse y defenderse, y entraron en ciertas combinaciones, de modo que cuando *se sentían los salvajes*, como dicen todavía por allá, cada hacienda ó pueblo concurría con cierto número de hombres montados y armados que se reunían en un punto dado, comenzaban la persecución de la partida ó partidas de indios, y lograban muchas veces quitarles los cautivos y la caballada que se habían robado, ó por lo menos los hacían huir, ocultarse en la sierra, ó entrar á los desiertos de la frontera americana.

D. Remigio ya estaba acostumbrado á esta clase de guerra, y muchas ocasiones, sólo con los vaqueros de la hacienda había *arriado* á los indios, logrando salvar á la caballada y mulada que abundaba en los potreros y que era el producto principal de la finca. El conde mismo, por diversión y por hacer gala de su denuedo, acompañaba á D. Remigio en estas aventuras, y su gran deseo

era cautivar siquiera un comanche, lo que nunca pudo conseguir.

Pero cuando una *manga de trescientos gandules* penetraba en la frontera, ya era una cosa seria, y en la imposibilidad de batirlos las gentes se encerraban en sus casas y ranchos, y los ganados, esparcidos en una inmensa extensión de terreno, quedaban á merced de tan astutos enemigos. En esta vez las declaraciones del cautivo y las demás noticias que comunicó D. Remigio al Dr. Ojeda, fueron enteramente exactas, y en el momento en que menos se esperaban se presentó al rayar el día á la vista de la hacienda del Sauz una *manga* como de doscientos guerreros. D. Remigio armó á los vaqueros y apenas tuvo tiempo de juntar algún ganado, colocarlo en el lugar más seguro y encerrarse en la casa para defenderse desde las azoteas y desde el campanario de la iglesia, pero el conde se empeñó en que habían de salir á batirlos con todos los hombres de que pudieran disponer. D. Remigio le hizo cuantas reflexiones le sugería su larga experiencia, pero no hubo medio de convenirlo.

—¿Se dirá,—contestaba á todos los argumentos,—que el conde del Sauz, hallándose en su hacienda, tuvo miedo á cuatro indios desnudos y con flechas y palos. Mi primo, el marqués de Valle Alegre, cuando lo sepa se reirá y se burlará de mí. Ni por pienso; vamos, D. Remigio, y si tiene usted miedo, quédese.

D. Remigio no tuvo más camino sino obedecer y salieron á la cabeza de unos cincuenta vaqueros y caminaron derechos á encontrar á los salvajes, que estaban á tan corta distancia que podían contarse desde la torre de la iglesia.

Apenas los comanches vieron venir las gentes de la hacienda arrojaron (según su costumbre) horriblos alaridos que llenaron el aire, agitaron sus *chimales* (1), en señal de desafío, se dividieron en varios trozos y echaron á correr. El conde, entusiasmado, picó su caballo y se lanzó como un insensato á perseguirlos. D. Remigio y los vaqueros tuvieron que seguirle, pero la fuga no fué sino simulada, y casi al momento hicieron una evolución contraria y las gentes del conde quedaron rodeadas completamente. Un alarido unánime y más aterrador que el primero resonó, y al mismo tiempo una nube de flechas y muchas balas silbaron en el aire. Los caballos de los vaqueros, asustados con los alaridos, arrancaron sin que de nada valiese el freno, y en minutos quedó dispersa la fuerza con que el conde presentó su batalla campal. Don Remigio, con una admirable serenidad, reunió á los que tenía más cerca, tomó osadamente las riendas del caballo del conde, lo hizo retroceder y comenzó la retirada con un mediano orden, haciendo fuego á los salvajes para que no se les acercaran, porque sabía que el sistema de ellos es no perder, si es posible, ni un hombre, sino acometer cuando casi no hay riesgo; así lograron acercarse á las tapias, trancas y puerta de la hacienda, pero al momento de entrar y como cesasen de hacer fuego, se escuchó otro alarido, y con la velocidad del rayo se les vino encima el grueso de los gandules. D. Remigio, pensando en Mariana, apenas tuvo el tiempo de entrar á la casa con los vaqueros que lo seguían, el conde quedó cortado y los salvajes lo hicieron prisionero.

No puede haber idea de la alegría feroz de los bárba-

---

(1) Escudos hechos de pieles.



ros, que bailaban, disparaban flechas al aire, dando saltos y haciendo mil gestos y contorsiones espantosas. Aparearon al conde del caballo, le quitaron su famosa espada de Toledo, con la que en vano trató de defenderse, lo amarraron fuertemente en un árbol y se dispusieron á sacrificarlo á su manera.

La tarde declinaba y los indios esperaron que la noche cerrase para comenzar sus lúgubres ceremonias.

Delante de la casa colocaron una especie de gran guardia armada de flechas y rifles americanos para impedir toda salida, y á poca distancia del árbol en que estaba amarrado el conde, encendieron un gran círculo de hogueras, y *Mangas Coloradas* y sus capitancillos ocuparon el centro, encendiendo, fumando y pasándose de una mano á otra una tosca pipa de barro, que rellenaron dos ó tres veces de tabaco. Terminada esta ceremonia, *Mangas Coloradas* pronunció en pocas palabras la sentencia de muerte del conde y el exterminio completo de la hacienda por medio del incendio. Un alarido, que contestaron los que estaban cerca de la casa, fué la señal de aprobación, y mientras unos aglomeraban cerca de las puertas ramas, leña y cuanto combustible tenían á mano, otros bailaban y saltaban como demonios salidos del infierno al derredor de las hogueras, proyectándose en el suelo y desapareciendo alternativamente las sombras de sus grandes cuerpos medio desnudos y de sus penachos adornados con plumas de aves y abalorios brillantes. Cuando terminaban sus saltos y cabriolas, cada capitancillo tomaba un tizón de las hogueras y lo iba á aplicar al cuerpo del conde medio desnudo, pues le habían arrancado á pedazos una parte de sus vestidos.

El conde bramaba de rabia y de dolor, y gritaba: «¡malditos, malditos, bárbaros, acábenme de matar!» y se retorció furioso como una culebra herida, pero sin poder hacer uso de las manos ni de los piés, pues estaba fuertemente atado con cuerdas hechas de nervios de animales.

*Mangas Coloradas* quiso tener el honor de arrancar la cabellera del conde, reconociéndolo como amo y señor de la hacienda, y se acercó con un mal cuchillo de fierro en la mano para hacerle la incisión al derredor del cráneo, tirar después por el centro de los cabellos y lograr completa é intacta la cabellera con todo el pellejo.

D. Remigio veía esto desde la azotea, y nada podía hacer, pues en el momento que cualquiera puerta se hubiese abierto habría penetrado la banda de salvajes y asesinado con la misma barbarie á todos los que estaban dentro. D. Remigio no temía por él, pues nada le importaba ya su vida, sino por Mariana, que hubiera sido cautivada y conducida á los lejanos aduares de la indiada (1).

Mariana se había escapado de la vigilancia de Agustina y subido á la torre de la iglesia, y desde allí, con los ojos muy abiertos y el semblante impasible, contemplaba tranquilamente todos esos horrores como si hubiera sido una farsa ordenada expresamente para divertirla.

D. Remigio sufría un martirio comparable quizá al del conde, y tan pronto quería salir con los criados que le quedaban y pelear hasta morir, como cambiaba de

---

(1) Los indios salvajes raras veces matan á las mujeres y á los jóvenes. Se los llevan cautivos y los destinan á mezclarlos con su raza.

resolución considerando la inutilidad del sacrificio y las consecuencias de una irrupción dentro de la casa.

*Mangas Coloradas*, para dar más solemnidad á la ceremonia de arrancar la cabellera al conde, dispuso que se repitiese la danza infernal al derredor de las hogueras, y estaba al terminar esta farsa sangrienta, cuando se oyeron voces en español seguidas de una nutrida descarga de balazos y un grito que llegó á los oídos de D. Remigio:

—¡Aquí está Juan Robreño, salvajes! ¡no necesito más que la cuarta de mi caballo para echaros lejos de aquí!

Y en ese mismo instante, Juan Robreño, seguido de Juan, del doctor Ojeda y de sus muchachos, se presentaron repartiendo cuchilladas á diestra y siniestra, y metiendo sus espadas en los ojos, en las barrigas, en los lomos gordos y tostados de los indios, que, sorprendidos y acobardados, huyeron por todas direcciones, y diez minutos bastaron para que no quedasen más que muchos indios muertos en la calzada y patio de la hacienda.

D. Remigio salió de la casa á recibir á sus salvadores, el doctor Ojeda, que vió al conde casi moribundo, lo desató, y entre él y D. Remigio lo cargaron y colocaron en su lecho.

La Lucecilla, á caballo, haciendo jornadas largas, más fuerte, más animosa que cualquiera de los hombres, había acompañado á Juan, y en largas conversaciones con él y con el fingido D. Pedro Cataño, se había impuesto de la historia de ambos y sabía también por el doctor Ojeda, que la quería mucho, los más insignificantes pormenores y hasta las entradas y salidas de la casa de la hacienda. Ella acabó de descubrir la verdad, de poner en contacto franco y cariñoso al padre y al

hijo y se comprometió á curar á la condesa y á volverle el juicio con una sorpresa, así en cuanto vió abiertas las puertas de la hacienda, se apeó del caballo, y sin hacer caso de nada, pisando muertos y heridos, penetró en el patio y no paró hasta la torre donde había divisado á Mariana. Llegó, se apoderó de ella dándole muchos besos, tomándola del brazo y conduciéndola haciéndole mil cariños hasta la recámara. Luego que la sentó sin miramiento alguno, le dijo bruscamente y muy recio:


—¡Señora condesa, le traigo á usted á su esposo y á su hijo, que es mi cielo! ¿lo oye usted? ¡á su esposo y á su hijo á quien adoro! pero no haya cuidado, seré, no su criada, sino su esclava. Ya le contaré á usted, señora condesa... pero por ahora, óigame usted bien: ¡le traigo á su esposo y á su hijo y aquí están, mírelos usted!—y en efecto, el fingido D. Pedro Cataño y Juan estaban delante de ella.

Mariana los miró un minuto como incrédula, pasó la mano por su frente como queriendo quitarse una cosa que la oprimía y después ocultó su pálido y bello rostro en el seno de Lucecilla, derramando un torrente de lágrimas.

La locura había desaparecido.

## CAPÍTULO LX

### Magnetismo

A Lucecilla, que había adquirido una repentina influencia sobre todas las gentes de la hacienda con la milagrosa curación de la condesa, ordenó que todos saliesen de la recámara y la dejaran sola con ella. A las lágrimas silenciosas siguió un abatimiento y una debilidad tal que no permitía á Mariana ni aun levantar su cabeza reclinada en el robusto y abundante seno de la muchacha. Así pasó más de media hora, y observando Lucecilla que la condesita había cerrado los ojos, y creyendo que un sueño tranquilo completaría la curación, la colocó suave y delicadamente en los almohadones, cerró las ventanas y se sentó en un sillón para observarla y cuidarla, no permitiendo la entrada ni al mismo Robreño, que cada minuto se acercaba á la puerta, ansiando estrechar en sus brazos á la adorada mujer que tanto había sufrido por él.

Al cabo de tres horas despertó Mariana, y un alienista (si los hay) habría podido observar fenómenos sorprendentes. Sus ojos, saltones y fijos, habían entrado en sus órbitas y vuelto á recobrar la expresión y el brillo como en los días felices en que corría alegre por las praderas de la hacienda asida del brazo de su amante; su fisonomía tranquila no daba muestras de ningún sufrimiento y se acordaba con calma y resignación de sus tiempos de soledad y de tristeza. Con una lucidez admirable, comenzó á interrogar y á platicar con la Lucecilla siguiendo un orden metódico, como quien ha clasificado con anterioridad en su cerebro la serie de cuestiones que tiene que tratar.

—No sé quién eres,—le dijo á la Lucecilla,—ni cómo, ni de dónde has venido, pero sentí un consuelo tal desde el momento que ví tu graciosa cara, pasó por mis nervios una corriente tan deliciosa cuando me abrazaste y acariciaron tus manos mi cuerpo, me reanimaron tanto tus palabras dulces, que sentí ganas de unirme á tí, de que tu cuerpo formase parte del mío, y me vinieron á los ojos las lágrimas que me quemaban por dentro, y á medida que las derramaba, sentía que mi cabeza se despejaba, que por mi pecho pasaba más facilmente el aliento, que era, en una palabra, una nueva mujer, y que la antigua había desaparecido con la memoria de todos los dolores y agudas penas que la habían martirizado por largos años, no conservando sino las memorias deliciosas, aunque vagas, de que tenía un marido y un hijo, porque tú me dijiste que me traías á mi amante y á mi hijo, y dos figuras que yo creía haber visto allá hace como mil años, como en otra existencia anterior, aparecieron delante de mí rodeadas, como los santos, de una

aurora luminosa. Yo nunca te he visto aquí, pero no importa, tampoco he visto á los ángeles que están en el cielo, y ahora creo en ellos más que antes, porque si los ángeles están destinados por Dios para consolarnos, tú eres sin duda uno de ellos. Ven, ven que te estreche en mis brazos y que te dé un beso como besa una madre, en esa boca, de donde no salen más que palabras de amor y de consuelo.

La Lucecilla, encantada y amorosa, estrechó otra vez en sus brazos á la noble condesa, le aplicó sus labios frescos como la rosa con el rocío de la mañana á sus labios todavía secos y pálidos, y un largo y casto beso unió estas dos almas puras y vírgenes.

—Ya está,—dijo la condesita, descendiendo con facilidad del lecho y sentándose en un sillón,—estoy tranquila y no quiero precipitar los acontecimientos que tienen algo todavía de amargo y de punzante para este corazón. Dime ahora quién eres, cómo has venido y qué santa mano, la de Dios sin duda, te ha traído aquí.

—Una pobre huérfana,—contestó la Lucecilla,—arrojada á la calle cuando apenas tenía seis años, por una tía medio loca que pedía limosna en las calles, y criada entre mala gente, pero Dios me dió esto bueno,—y señalaba al mismo tiempo su corazón,—y aprendí á leer, á mal escribir, á coser y sobre todo cuando fuí mayor á preservarme de los hombres, hasta que un acontecimiento muy raro que no esperaba me hizo encontrar á Juan en una pieza oscura, y con sólo estar junto á él y pasar mis manos por su cabeza y su cara sentí no sé qué cosa que nunca había sentido en mi vida, y lo quise más que á mí misma y me juré que nunca me había de separar de él hasta la muerte, y él, tan bueno, me dió uno

de sus caballos y venimos todos juntos hasta la hacienda, donde encontramos á los salvajes, que en cuanto nos vieron corrieron como perros rabiosos; yo, que sabía lo que pasaba en esta hacienda, no tenía miedo á nada y no pensaba en otra cosa más que encontrar á la madre de mi Juan, y ya me tiene usted aquí. Esta es la mitad de la historia y Juan contará la otra mitad, pero no tenga usted cuidado, señora condesa, seré criada de usted y así lo veré, lo adoraré todos los días, y es bastante, con eso me contento...

—Calla, calla, muchacha, y no prosigas. Vé á buscar á mi hijo y á una señora que se llama Agustina y tráelos aquí pronto, y que no entre nadie más.

Lucecilla salió de la recámara, y antes de diez minutos volvió acompañada de Juan y de Agustina.

—No hay que llorar, mi vieja y pobre madre, pues que tú has sido mi madre desde que murió la desgraciada que me dió el sér, porque tus lágrimas volverían á dañar á mi corazón que milagrosamente ha curado esta muchacha, y tú, Juan, acércate, no me mires ni con temor, ni con respeto, sino con amor; sí, sí, eres mi hijo, aun cuando lo negase todo el mundo. Tienes tu cara formada de las facciones de tu padre y de las mías, te pareces á los dos, sí, vivo retrato, el que te vea junto á mí tiene que decir por fuerza que eres mi hijo, y tu padre con sólo verte no puede negar que eres su hijo.

Quisiera saberlo todo de una vez, pero no es posible, es necesario tener calma,—continuó diciendo la condesa.—Hace años, pero muchos años, no sé cuantos, que mi primer pensamiento, al despertar, era para tí y para tu padre y esperaba verlos, tenía fe en que los vería algún día, porque me lo había prometido la virgen mila-



grosa de las Angustias. Te contaré, sí, te contaré cómo naciste, pero siéntate en frente de mí, mírame, porque tu mirada me reanima, me da vida.

Sola con Agustina, en una casita que parece que la estoy mirando, agonizaba yo y creí que pocos instantes me quedaban de vida, pero no estábamos solas. Teníamos por celestial compañera una madre más desgraciada que yo, que tenía á su hijo en sus brazos, su blanco cuerpo desconjuntado, cubierto de heridas y de sangre. Estaba muerto, y de los ojos de la hermosa madre silenciosa se desprendía un hilo de lágrimas. Era la virgen de las Angustias y Jesús, que había sido martirizado y crucificado por los judíos.

Yo, que iba á ser madre y que estaba en un trance supremo, en vez de enterrarme un puñal en el corazón y llevar á cabo el infernal pensamiento que me había quitado el sueño tres noches, descendí del lecho, me postré ante la madre de Dios y le pedí su amparo y ví, te lo juro, que aquellos ojos húmedos me miraban con ternura, oí su voz (todavía la oigo) dolorida, pero suave y dulce que me decía: «Ten confianza en mí, tú verás á tu hijo.»

Entre la vida y la muerte, Agustina, que tú ves aquí envejecida no sólo por los años sino por lo que ha sufrido por mí, hizo un esfuerzo, me cargó como si fuese una niña, me colocó en mi lecho, me acarició y me dijo que confiase en la Virgen.

Naciste, hijo de mis entrañas y de mis dolores. Tu padre entró por el balcón, me besó la frente, me dijo en el oído unas palabras de amor y de esperanza, te tomó en sus brazos, te envolvió cuidadosamente en su capa y descendió á la calle oscura y tenebrosa.

Desde entonces... tu padre, proscrito, errante, perseguido... y tú... no sé... no ha habido un solo día que deje de derramar lágrimas por los dos... después una oscuridad en mi memoria... una noche negra y eterna y sólo de cuando en cuando una esperanza y una luz viva que interrumpía mi agonía, y veía á la Santa Virgen, y la casita de Agustina, y la calle lóbrega, y á Juan envuelto en su larga capa militar, y á tí, pequeñito, débil, que te daba un beso, y pasabas de mis brazos á los de tu padre... Pero todo pasó como un sueño pesado... déjame que vea bien, que te vea, que te toque, que te abrace para convencerme que no soy presa de una alucinación, y que esta muchacha que tengo á mi lado y que será tu mujer, me repita las palabras que me sacaron de ese mundo vago y sombrío donde he vivido para volverme á este mundo real, á este sol radiante, á esta dicha de tener á mi lado á los que tanto he amado, y que es una compensación superior á las penas y á las amarguras que he sufrido.

Mariana, como Lucecilla lo había hecho, pasaba suavemente sus manos por la cabeza y cara de Juan, y lo contemplaba con una especie de santo éxtasis.

—Bien, muy bien, guapo, hermoso, fuerte, valiente, como tu padre. ¿Qué importa lo que he sufrido si los tengo á los dos, á Agustina, á D. Remigio... á todos y á esta nueva hija que me ha enviado Dios?...

Mariana tomó con sus manos los carrillos de Juan, le dió en la frente un beso y se dejó caer en el sillón.

Todos se alarmaron y se acercaron temiendo una nueva crisis y que se perdiese en un momento lo que se había adelantado en su curación moral.

—No tengan cuidado,—les dijo,—estoy fuerte y ani-

mada y resuelta á vivir y á vivir largos años. La felicidad ha venido tarde, pero no importa, es tan grande y tan completa...

Diciendo esto inclinó la cabeza, porque un pensamiento triste había venido á mezclarse entre las dulces emociones de la dicha, pero se repuso y dijo en voz muy baja:

—*Nos perdonará, estoy segura de ello.*

Que Juan hubiera querido, desde que entró á la recámara de la condesa, arrojarle á sus brazos y estrecharla y derramar las lágrimas del huérfano de tantos años, en el seno de una madre que acaba de encontrar, ¿quién lo duda? pero el respeto y la extraña novedad de la situación lo contenía y lo tenía en un estado semejante al que experimenta el condenado á muerte á quien repentinamente se le dice que está perdonado. El muchacho anónimo, entregado á los accidentes de una caprichosa fortuna, escapado realmente de un antro de ladrones, se había cerciorado en el camino de que tenía un padre y una seductora muchacha que lo adoraba, y por último, después de una rápida lucha y sangrienta carnicería en que forzosamente había tomado parte, se encontraba en una lujosa recámara de la hacienda al frente de una condesa que lo llamaba su hijo, de una mujer majestuosa y todavía resplandeciendo su belleza, que le llenaba de caricias, que le besaba la frente... le parecía todo esto increíble y necesitaba palpase él mismo, reflexionar, ver y volver á ver á las personas que lo rodeaban, para convencerse que estaba despierto y que lo que le pasaba era una realidad. Apenas pudo, tímida y respetuosamente, corresponder al beso de la madre, acercando sus labios á las mejillas todavía pálidas y hundidas de Mariana. Ella

comprendió bien la situación de su hijo, quedó contenta y no exigió más, ni lo deseaba, porque el exceso de dicha le habría hecho daño. Se calmó y dijo á la Lucecilla al oído que se llevase á Juan y trajese á Robreño.

La Lucecilla, viva y lista, adivinaba los pensamientos de la condesa. Tomó á Juan del brazo, y al salir por la puerta del jardín le dió un beso y le dijo:

—Vé, monta á caballo, que te dé el aire del campo, tus carrillos arden y vas á enfermarte. Piensa que tienes que cuidarte y vivir para tu madre, para tu madre y para mí... para mí, si algo me quieres.

Juan, como un niño, mejor dicho, como un imbécil, obedeció, montó en el primer caballo que encontró ensillado en las caballerizas y echó á correr por las verdes praderías de la hacienda. Entre tanto Lucecilla buscó á Robreño, á quien no tardó en encontrar, lo introdujo en la recámara de Mariana, cerró la puerta y se dirigió al jardín á cortar flores para formar un ramillete, diciendo:

—Marido y mujer deben de estar solos después de no haberse juntado desde que nació su hijo. ¿Quién les había de decir que yo?... ¿Quién sabe?... Cuando dentro de algunos días reflexionen, ni por sirvienta me querrán en su familia.

Y con este pensamiento siniestro comenzó á cortar los claveles olorosos y las anémonas moradas y tristes como su alma en aquellos momentos.

—Ven mi hombre querido,—dijo la condesa á Robreño, cuando observó que tan discretamente había desaparecido Lucecilla y cerrado la puerta;—mi hombre valiente y fiel que has sufrido tanto por mí; ven y que sienta tus brazos, tu cuerpo, tus besos, tus caricias, este esque-

leto, esta sombra que ha luchado con la muerte y que ha vivido sólo para verte, sí, porque en las tinieblas que me oscurecieron el mundo en los últimos días, siempre veía un punto claro, una luz lejana, y en medio de esa luz, estabas tú, gallardo, guapo, animoso, queriendo venir hacia mí, pero cuando más esfuerzos hacías para acercarte, más la luz se alejaba y volvían las sombras y las tinieblas á cercarme, y dormía, dormía un sueño como de muerta, hasta que volvía esa luz consoladora. Era la esperanza, así debe ser la esperanza, y entonces pensaba que era fuerza vivir, que algún día deberías acercarte á mí, hasta que te tuviese en mis brazos, como te tengo ahora. Ya ves que triunfé, que fuí más fuerte que la muerte misma, que no se atrevió á cerrar para siempre estos ojos con que te miro amorosa y agradecida á tu constancia y á tu amor... Habría resucitado, habría levantado la losa de mi sepulcro, por pesada que fuese, con sólo oír tu voz, esa voz que escuché y estremeció mi corazón cuando gritaste á los salvajes que nos mataban, y los hiciste huir como perros cobardes y hambrientos... Sí, todo lo veía al través de no sé qué velo espeso, que fué aclarándose y cambiando poco á poco, hasta que lo acabó de arrancar la mano de una criatura bella, risueña, amorosa, que me tomó en sus brazos, me acarició, me colocó en mi lecho y me hizo dormir un sueño tranquilo y dulce, y al despertar ví á tu retrato, á mi retrato, á nuestro hijo, y después á tí, á tí, querido mío... que sólo la muerte podrá ya separarnos. Los amores ligeros y los casamientos fáciles, acaban á la semana, al mes, al año, pero los amores desgraciados duran la eternidad, y las penas pasadas hacen más dulce el momento en que la fortuna, Dios más bien, permite que se junten y de dos

vidas hagan una vida, y de dos cuerpos una sola alma... pero no es el momento de sufrir, sino de gozar, y las lágrimas se han hecho para las mujeres y no para los hombres valientes y fuertes como tú.

Efectivamente; Robreño, que tenía á su adorada Mariana sentada en sus rodillas, y enlazados los brazos, y juntos los carrillos, y cercanas las bocas, y cruzando por sus miradas rayos de amor, de gozo infinito, de suspiradas delicias, de ilusiones de cielo, tenía ya los ojos llenos de ese líquido que sale del alma, se convierte en brillantes y resbala por las mejillas, no sólo de los desgraciados que sufren, sino de los amantes felices que gozan. Mariana se levantó, tomó un pañuelo, lo pasó por la cara de su amante, le dió en seguida un beso ardiente y le dijo:

—No más, no más; si exageramos hoy nuestra felicidad, quién sabe si nos haría mal y volveríamos á ser desgraciados... Vé, vé, y cuando vuelvas, dime algo de mi padre y de D. Remigio.

No era la primera vez que Mariana asistía, desde las azoteas de la casa, á un combate entre los indios y los vaqueros de la hacienda, y estaba, como quien dice, acostumbrada á ver salir á D. Remigio y á su padre mismo, seguidos de los mozos armados, ya á pié, ya á caballo, en persecución de los salvajes, cuyos alaridos, balazos y vocería no la asustaban porque veía también volver alegres y triunfantes á las gentes de la hacienda, y principalmente porque en su enajenación mental contemplaba con indiferencia las cosas que pasaban por extrañas que fuesen. En esta vez y al volver á la vida real por esa graduación de fenómenos nerviosos que ella misma había tratado de explicar en sus conversaciones con

la Lucecilla, con su hijo y con su amante, no sospechaba que su padre hubiese sido herido, y suponía que, como de costumbre, estaba retraído en sus habitaciones. Se acordaba de él, más bien por la relación íntima y necesaria que tenía su suerte futura, que no por cariño. Mariana no tenía motivos de afección con el que había sido más su verdugo que su padre, y sus esperanzas y sus ilusiones por una vida quieta y feliz de familia, al lado de las personas queridas, eran turbadas con la duda de si el conde persistiría en su feroz obstinación para impedir su casamiento, bien que la Lucecilla, breve pero hábilmente, le hubiese contado en sus conversaciones la importancia del servicio de Robreño, que había salvado á la hacienda y á cuantas personas la habitaban. Fué este penoso pensamiento el que interrumpió su sabrosa conversación con Robreño; bastante le significó en pocas palabras que deseaba ya que D. Remigio, ó él mismo, ó los dos, tuviesen con el conde la última conversación que debería decidir de su suerte.

La extraña confianza de Mariana, más fantástica y complicada todavía que la que se ha referido en estas últimas líneas, y que no se transmite íntegra porque no parezca al lector inverosímil, puso en gran cuidado á Robreño y amargó hasta cierto punto las delicias de que disfrutaba escuchando la tierna y dulce voz de Mariana, recibiendo sus caricias y sintiéndola en sus brazos; temía que volviese á extraviarse su razón y que no fuese más que un intervalo lúcido, producido por la influencia desconocida y rara que ejercía la Lucecilla; así que se guardó muy bien de decir lo que efectivamente había pasado en el combate con los salvajes, se alegró de que Mariana misma hubiese dado fin por el momento á la entrevista,

y salió resuelto á contar lo ocurrido á D. Remigio y al doctor Ojeda, y acordar cómo deberían obrar, enviando entre tanto á la Lucecilla para que acompañase y platicase con ella.

Las heridas que recibió el conde no eran, según los médicos dicen, esencialmente mortales, pues que no interesaban ninguna de las partes de la máquina necesarias para las funciones de la vida, pero sí muchas y muy dolorosas. Dos salvajes se habían divertido en tirarle flechazos con poca fuerza y sólo para que entrase en su cuerpo la punta de la lanceta, riéndose estrepitosamente de cada exclamación, ó mejor dicho, de cada maldición que la cólera, el dolor y la humillación arrancaban al conde. Otros tomaban de las hogueras ramajes encendidos, y con ellos lo azotaban por las piernas y por las espaldas. Se remudaban para hacer mil variaciones en el martirio, arrancándole violentamente á pedazos la ropa, y aplicando á la carne descubierta tizones ardiendo. *Mangas coloradas* ordenó que nada le hiciesen que lo pudiese matar, pues quería martirizarlo lo menos dos ó tres horas, y arrancarle él mismo la cabellera, arrimar en seguida las hogueras y asarlo vivo. Dió sus disposiciones en consecuencia, y él mismo se acercó y trazó con un cuchillo al rededor del cráneo la línea á donde debería hacerse la incisión, lo que fué celebrado con saltos y alaridos, y en esto estaban cuando llegó Robreño y sus muchachos repartiendo cuchilladas y tirando pistoletazos á quema ropa en los lomos y en las caras horripilantes de los gandules.

La llaga más dolorosa era la de la frente, quemada con un tizón, y que habia interesado el ojo izquierdo y producido una inmediata inflamación. En tal estado fué



desatado el conde por el doctor Ojeda del árbol donde lo habían amarrado, conducido en brazos por los vaqueros y colocado en su lecho casi exánime. El doctor curó inmediatamente sus llagas, les aplicó algodón, bálsamos, calmantes y vendas, pero en la noche sobrevino una fuerte calentura y la inflamación de las quemaduras presentó un mal aspecto, anunciando el cáncer. El doctor Ojeda exigió que se dejase al paciente en un completo reposo y que no se le hablase de nada que pudiera causarle emoción, ni mucho menos de su hija, ni de casamientos, ni de perdón.

—El conde morirá irremisiblemente,—dijo el doctor Ojeda,—pero antes tendrá algunos instantes, quizá tal vez una hora, de calma, que puede aprovecharse. Si esto sucede, yo mismo iré á buscar á la condesa, y si no, vale más dejarlo morir en paz y que ella no lo sepa sino cuando no pueda producirle la noticia una crisis que á todo trance debemos evitar; que Lucecilla no la abandone, que la divierta, que la lleve al jardín, que no se despegue de ella, y esto es lo que por ahora tengo que ordenar. Existe entre la condesa y la Lucecilla una afinidad magnética que no puedo definir y que la ciencia acaso explicará más tarde. Si otra persona le hubiese dado la noticia de que estaban allí al lado de su lecho su marido y su hijo, no habría producido efecto ninguno. Yo no hubiese tentado la experiencia por no quedar en ridículo, y pues que á la muchacha se le ocurrió y surtió efecto, es necesario atribuirlo á una cosa hasta ahora misteriosa y desconocida que dará mucho que hacer más adelante á los hombres de estudio y de ciencia.

Convinieron en que se suplicaría al obispo de Duran-

go que viniese á la hacienda para dar la absolución al conde, si lo alcanzaba vivo, y dar las manos á Juan Robreño y á la condesa, que de una manera ó de otra estaban resueltos á no dilatar más su enlace.

Se dispuso un coche con buen avío, y D. Remigio escribió una carta muy respetuosa y atenta al prelado. Entre tanto el doctor Ojeda dispuso que el conde guardase el más completo reposo y no se le hablase de nada. El mismo lo curaba, lo vendaba y permanecía á su lado horas enteras, ministrándole cuantas medicinas creía necesarias, y además fuertes dosis de opio para que pudiese á ratos dormir y descansar de los agudos dolores que le causaban las quemaduras. Lucecilla fué encargada de platicar con la condesita é instruirla poco á poco de la extremidad en que se hallaba su padre. El obispo llegó á la hacienda cuando el conde estaba aun vivo, y al día siguiente se presentó en el enfermo el fenómeno que había anunciado el doctor Ojeda y debía preceder á la muerte. La calentura disminuyó, los dolores desaparecieron, y recobró la calma y el uso expedito de sus sentidos. Todos creían que el enfermo había rebasado, menos el doctor que le daba pocos momentos de vida.

No había que perder tiempo; el obispo entró á la recámara, y tan luego como el conde lo vió, se dispuso como cristiano viejo á confesar todos sus pecados y á implorar con fe y contrición el perdón de Dios.

El obispo le dió la absolución y le impuso brevemente de lo que había ocurrido, y como por una especie de milagro había llegado Robreño y lo había salvado de una muerte horrible, añadiendo, que, pues que su hija la condesa y el hijo de su honrado administrador se amaban, no había más remedio sino que se casasen y él les

diese su bendición. No consideró necesario el prudente prelado añadir que existía también un nieto que había contribuído también á salvar la hacienda, y una muchacha desconocida y aventurera que por una causa que debía creerse providencial logró en instantes sanar á la condesita de un mal que, como todos los de su especie, era incurable. D. Remigio, en su carta, había dado al obispo, para que viniese ya prevenido, todas estas y otras explicaciones relativas á los negocios íntimos y reservados de la familia señorial de los condes del Sauz.

El moribundo conde ninguna dificultad opuso á las cristianas exhortaciones del obispo, y antes bien le suplicó que él mismo trajese á su hija, á Robreño, á don Remigio y á Agustina.

Mariana, enterada de la gravedad del conde, sin temer una nueva crisis, se dirigió á las habitaciones con serenidad, y más bien diremos con indiferencia y con cierto sentimiento de rencor en el corazón, pero luego que vió á aquel hombre desfigurado, monstruoso, inconocible, con la inflamación que le había reventado el ojo, y con las manos hinchadas y amoratadas con las señales de las cuerdas con que lo habían atado, toda especie de sentimientos mal sanos desaparecieron, no se acordó de otra cosa sino de que estaba delante de quien le había dado el sér, y cayó de rodillas inclinando su cabeza en el lecho del moribundo, tomándole suavemente su mano estropeada, cubriéndola de besos y pidiendo perdón.

—¡Perdón! yo te lo debo pedir á tí por tanto como te he hecho sufrir, y á este valiente hombre que me ha salvado, y á mi fiel Remigio, que ha sido mi mejor amigo, y á Agustina, y á todos, y pues que el santo obispo, á

quien ofendí con mis extrañas locuras, me ha procurado el perdón de Dios, yo les ruego que me perdonen también, y así moriré tranquilo y entraré valeroso á esa eternidad que tengo delante...

Las fuerzas del conde se agotaban y su voz era apenas perceptible.

—Acércate, Juan,—le dijo al hijo de Robreño;—toma la mano de Mariana, y que el prelado, lo mismo que yo y que D. Remigio, bendiga esta unión que debí hacer entre fiestas y regocijos, y no entre sangre y lágrimas... Nunca es tarde para el arrepentimiento, y Dios está lleno de misericordia para los pecadores...

Robreño se acercó; el conde, por medio de un supremo esfuerzo, le tendió su dolorida mano, y la puso en la de Mariana.

El obispo pronunció unas breves palabras llenas de ternura y de unción, y bendijo á los esposos.

Todos cayeron de rodillas, y reinó por algunos minutos un silencio profundo.

La alma del conde había volado á esos espacios sin principio ni fin que no puede abarcar la imaginación humana, ni adivinar sus profundos misterios.

—

Los funerales del conde fueron solemnes. Los dependientes y trabajadores de la hacienda, y las gentes de los pueblos cercanos, asistieron respetuosos á las plegarias y oraciones de la iglesia, por la alma del soberbio señor, ante cuyo ceño habían temblado. Pasados los nueve días se abrió el testamento. El conde nombraba albaceas á D. Pedro Martín de Olañeta y al marqués de

Valle Alegre, y les dejaba cien mil pesos en oro á cada uno, y el resto á su nieto con los títulos de nobleza. El conde había sospechado, más bien tenido evidencia, de la falta de su hija, y en sus ideas raras y en su orgullo y extraviada conciencia, había creído que debía castigar severamente la falta de su hija, pero que su raza directa y la fortuna de los bienes amayorazgados no periciesen, cualesquiera que fuesen los acontecimientos.

A D. Remigio le dejaba el quinto de sus bienes, con la obligación de mandar decir un cierto número de misas cada año por el descanso de su alma.


Apenas pasó el tiempo necesario para desvanecer un poco la tristeza de estos sucesos, cuando Mariana, de acuerdo con su marido y con D. Remigio, fué la primera en persuadir á la Lucecilla, que se resistía, á que recibiese á Juan como su marido, y Juan, que no quería otra cosa y que con el tiempo y el trato había logrado tener cierto desembarazo y confianza, fué el momento que escogió para contar toda su historia y cubrir de besos y de caricias á su madre.

Mariana, que estaba triste por lo que ella creía frialdad de su hijo, recibió con estas caricias una especie de bálsamo mágico y consolador que fortificó su corazón, lo hizo como nuevo y lo sanó completamente de las heridas causadas por los sufrimientos de los largos años pasados.



## CAPÍTULO LXI

### Reos de muerte

A sentencia de muerte fué notificada á los reos con todas las solemnidades de estilo. Relumbrón quiso aparentar serenidad, pero no pudo y cayó en una silla, presa de una espantosa convulsión de nervios. Después se operó una reacción momentánea, púsose en pié furioso, recorriendo á grandes pasos el calabozo y maldiciendo al platero y al día en que se había asociado con él, á poco vino la debilidad y volvió á sentarse, tapándose la cara con las manos, y sollozando, y gritando que le dejaran ver á su hija, que no quería morir sin ser perdonado por ella y por su esposa. En la noche fué presa de la fiebre y del delirio.

Evaristo quiso hacer la última ensayada. Así que acabó de oír la sentencia se echó á reír á carcajadas, saltó, bailó y dijo mil disparates y absurdos, fingiéndose loco, pero no lo creyeron. El médico de cárceles entró á re-

conocerlo y declaró que todo era una farsa. Entonces Evaristo se enfureció también y comenzó á proferir horrendas blasfemias contra Relumbrón, contra Cecilia y contra Lamparilla, al punto que lo amenazaron con ponerle una mordaza. Cambió de táctica, pidió humildemente perdón y dijo que tenía que hacer importantes revelaciones. No le hicieron caso. En la noche, lo mismo que Relumbrón, fué presa del delirio y de la fiebre. Su rancho de los Coyotes, su dinero en oro y plata que tenía enterrado; toda la noche habló de esto. El centinela que lo vigilaba se enteró de todas las particularidades, las refirió, cuando le relevaron, á su jefe, y el jefe las refirió al juez, lo que dió por resultado que se descubriese y recogiese en el rancho el mucho dinero que había robado, y que no había querido decir dónde lo ocultaba.

El tuerto Cirilo, Hilario y los valentones, oyeron la lectura con la más completa indiferencia, y sin fingirse valientes siguieron muy naturalmente fumando sus cigarrillos.

Todos los reos fueron puestos en capilla. En el tiempo á que se refieren estos acontecimientos, el día que había ahorcado, era festividad nacional, al menos en ciertos barrios de la ciudad inmediatos al lugar donde solían hacerse las ejecuciones, y el sentenciado ó los sentenciados á muerte eran los tres días de capilla objeto de la más tierna solicitud de la parte de algunas gentes que consideraban esto como una obra meritoria y piadosa. Había en la Santa Veracruz una cofradía llamada del *Señor del Petate*, que durante los tres días no abandonaba al delincuente y lo conducía con toda pompa y solemnidad hasta el lugar del suplicio.



Los balcones y puertas de las calles por donde debía pasar el ahorcado, se llenaban de curiosos desde muy temprano, y las calles mismas tan concurridas, que era necesario que la tropa formase valla y despejase el camino.

Los hermanos de la cofradía del Señor del Petate se apoderaron, pues, de los reos (sin que dejaran de tener sus centinelas de vista) y comenzaron á obsequiarlos, y como se trataba de un *ahorcado gordo*, es decir, de elevada categoría, las festividades fueron espléndidas. Misa cantada en la Santa Veracruz, frailes y clérigos que se ofrecían á auxiliar noche y día á los reos, y comidas abundantes y bien sazonadas. Se trataba á los criminales á cuerpo de rey hasta el momento en que se apoderaba de ellos el verdugo. Relumbrón, el primero y segundo día de capilla no quiso comer, y unos trozos de pan y vasos de agua con vino fueron su alimento. Tampoco se quiso confesar ni recibir los Sacramentos, por más exhortaciones que le hicieron varios sacerdotes á quienes se permitió la entrada en la prisión. El tuerto Cirilo y los valentones devoraban el buen almuerzo y comida que se les servía y se reían de las amonestaciones de los sacerdotes para prepararlos al viaje de la otra vida, pero al fin el viejo capellán de la Soledad de Santa Cruz, pidió permiso para ver al tuerto Cirilo, le recordó las circunstancias del robo que intentó hacer de las alhajas de la Virgen, y logró con paciencia y buenas palabras que él y los valentones se confesaran y les dió su absolución. En cuanto á Evaristo, á quien también vió, estaba ya positivamente loco; la proximidad de la muerte por el garrote lo llenaba de terror y no hacía más que temblar, llorar y gemir como una mujer y beber mucha

agua, pues lo devoraba la sed y se quemaba por dentro.

El último día, D.<sup>a</sup> Severa, enlutada y cubierta con un espeso velo, pidió permiso, que le fué concedido, para despedirse de su marido. Apenas la vió Relumbrón cuando quiso echarse á sus brazos, gimiendo y pidiéndole perdón.

—No, no vengo á eso. Dios es bastante misericordioso, —le dijo con un acento amargo y decisivo,—y si te arrepientes de corazón de los horrosos crímenes que has cometido, acaso te perdonará, pero yo no. Has condenado á la vergüenza y á los más horrosos martirios á Amparo por el resto de su vida. Si la hubieras matado con un puñal, y valía más, entonces te perdonaría.

Relumbrón quiso acercarse y abrazar á D.<sup>a</sup> Severa.

—Aparta, malvado, — le interrumpió, rechazándole con la mano,—no me manches con la sangre y el cieno de que estás cubierto. Vengo, sin embargo, á hacerte el último servicio. Si no quieres ser objeto de la curiosidad, del odio y de la burla del pueblo en el tránsito que vas hacer desde aquí á la horca, ten valor, y haz cuando yo salga lo que el verdugo hará dentro de una hora. Toma.

D.<sup>a</sup> Severa sacó una navaja de barba que tenía oculta, se la entregó á su marido, se echó el espeso velo al rostro y salió de la prisión.

A poco se escuchó un grito doloroso; entraron las diversas personas que había encargadas por la justicia de visitar á los reos, y encontraron á Relumbrón tendido en la cama y bañado en sangre y una navaja de barba tirada en el suelo. Acudió inmediatamente el médico de cárceles, reconoció al preso y le hizo la primera curación. Era una herida leve. Relumbrón no había tenido valor para cortarse la arteria. Se consultó al gobierno si

debía suspenderse la ejecución, y la respuesta inmediata fué que, muerto ó vivo, se llevase á Relumbrón á la horca.

La imagen de Cristo Crucificado, bajo la modesta sombra formada con petates en lugar de palio de tela de oro, y conducida por los hermanos, vino á la cárcel y la procesión fúnebre se organizó. Abría la marcha un piquete de infantería al mando de un oficial, seguía inmediatamente el Señor del Petate y cosa de cuarenta trinitarios vestidos con unas túnicas de paño rojo y gruesos achones de cera en la mano, seguían los hermanos de la cofradía con sus escapularios, padres franciscanos, dieguinos y dominicos, mezclados, y cerrando la marcha los reos, con un sacerdote á cada lado con un crucifijo en la mano, que alternativamente rezaban oraciones en latín y exhortaban al delincuente á que se arrepintiera de todo corazón de sus crímenes.

A Relumbrón, que más bien se arrastraba que no andaba, le sostenían de los brazos dos hermanos de la cofradía, y de la venda blanca que le había puesto el médico en la herida, caían algunas gotas de sangre.

Evaristo se detenía, se resistía, era necesario empujarlo, y dos soldados iban pegados á él, pues temían que intentara escaparse.

El tuerto Cirilo y los demás caminaban por su pié, muy serenos, mirando á todas partes y sin hacer caso de los rezos ni de las amonestaciones de los padres.

La tropa tenía que despejar el terreno y formar valla, las calles y balcones llenos de curiosos, y así lentamente iba caminando esta extraña procesión, que se parecía algo á un auto de fe, hasta que llegó á la plaza de Mixcalco, tan repleta de gente que se podía andar por las

cabezas. Allí un cuadro de tropa estaba formado y en el centro las máquinas destinadas á la ejecución, que eran bien sencillas: una viga, un banquillo y un anillo de fierro.

Quince minutos después los criminales habían dejado de existir y permanecieron hasta la noche sentados en sus banquillos con el pescuezo tronchado por la *mascada*, las cabezas inclinadas y las lenguas negras de fuera.

Varios incidentes ocurrieron mientras caminaban los reos al suplicio. En un remolino de gente que se formó y que trataban los soldados de contener dando culatazos á diestra y siniestra, cayó una mujer, se asustó, naturalmente, la metieron á un zaguán y allí dió á luz una criatura. Un caballo escapado de una caballeriza, corría furioso atropellando gente y lastimando á dos muchachos; pero la desgracia más grave fué la caída de un balcón de madera de una vieja casa, y explicaremos en qué consistió, al menos para nuestra narración, la importancia de este acontecimiento.

La moreliana había tenido muy buenas cosechas en sus ranchos, estaba muy ocupada en vigilar y dirigir las diversas reparaciones que se hacían en las trojes y en las casas, y además contenta y hallada en su tierra, pero necesitaba hacer varias compras y resolvió el viaje á México, á donde hacía meses que no ponía los piés. Cuando llegó notó cierta agitación en la ciudad, pero no fijó su atención, y antes de ver al platero se fué derecha á la casa en que acostumbraba alojarse. Allí le dijeron sus amigas que al día siguiente había muchos ahorcados, la convidaron para verlos pasar, y ella, por una mera curiosidad, más bien por no desairar á las personas que tanto la instaban, fué con ellas á una casa vacía situada

en una calle angosta, por donde precisamente tenía que pasar la comitiva para entrar á la plaza donde estaban ya dispuestas las máquinas para la ejecución. Llamó mucho la atención de la moreliana el aparato de la tropa con sus uniformes de gala, los trinitarios con sus largas túnicas color de sangre, el Santo Cristo debajo de un palió de petates, y los muchos señores con frac negro y sus escapularios al cuello, mezclados con frailes mercedarios, franciscanos, dominicos y agustinos, y todo este cuadro animado y moviente se desprendía y ocultaba por intervalos entre una multitud compacta de pueblo que se atropellaba y se empujaba por lograr un puesto de preferencia para ver de cerca á los ahorcados.

La moreliana estaba absorta; nunca había visto ni aun imaginado un espectáculo semejante.

—Pobres hombres,—dijo á sus amigas con su sencillez de campesina,—no sé para qué los llevan á morir con tanto bullicio y acompañamiento como si se tratara de la procesión de una virgen; valía más que de noche ó en la madrugada los ajusticiaran, sin que nadie los viese, y así sufrirían menos.

—Es para escarmiento,—le respondió una de sus amigas.—Mirando esto los ladrones ya se guardarán de robar más.

—¡Quiac!—dijo otra.—Aquí mismo y al pié de la horca, si los soldados los dejan arrimar, habrá muchos que se aprovechen de la bola para sacar mascadas y relojes; pero ya vienen, pongamos cuidado.

Y todas callaron y se dedicaron, agachando la cabeza, encogiéndose y levantándose para poder ver á los reos de muerte que en ese momento pasaban á poca distancia del balcón.



La moreliana no tenía los sentimientos tiernos y exagerados de las madres que crían, que educan, que viven con sus hijos años y años, aun cuando lleguen á viejos. Nunca había podido tener ni trato ni intimidad con el suyo; lo conocía simplemente, tenía, en las pocas ocasiones que platicó con él en entrevistas proporcionadas por el platero, que disimular y que mostrarse indiferente; hasta llegaba á pensar algunas veces que ese personaje ya crecido y elevado á cierto rango social, era inventado por el platero, y no el hijo que ella había dado á luz y confiado á los cuidados de una buena y honrada familia, pero cuando estas sospechas se desvanecían, sentía en su interior cierto orgullo de tener un hijo tan logrado, pero ninguna afección viva, que era por otra parte ajena de su carácter; así cuando se fijó en uno de los reos que caminaba ya casi moribundo y con una venda en el cuello manchada con la sangre que aun brotaba á gotas de su herida, y reconoció y no le cupo duda de que era Relumbrón, es decir, su hijo, su estupefacción y asombro fué tal, que quedó privada de la palabra y sus ojos seguían esa visión terrible y repentina hasta que desapareció entre las cabezas hirsutas y negras de la plebe que se agrupaba y se revolvía cada vez más.

La moreliana no quería ni podía decir nada á las amigas que tenía á su lado, las apretaba fuertemente los brazos y las miraba alternativamente con el semblante pálido y desencajado. Las señoras creyeron que le iba á dar un accidente y trataron de retirarla á la pieza. En ese mismo momento crugió la madera apolillada, el barandal se desprendió y las tres personas se hundieron dando en el suelo, que era de tierra y no de losas. Por fortuna el balcón no estaba alto y no hubo muerte inme-

diata. La gente se agolpó, la policía, que abundaba en ese día por allí, se acercó, encontró que las desgraciadas estaban desmayadas y como muertas del susto, creyóse que había roturas de huesos ó que se habían reventado por dentro, se mandaron traer unas camillas y fueron llevadas al Hospital de San Andrés. Las dos amigas y la moreliana volvieron en sí antes de llegar al hospital, y como reconocidas por los practicantes de guardia encontraron que no tenían lesión alguna, las despacharon á su casa; á la moreliana, que no podía dar un paso y se quejaba dolorosamente, pues tenía un pié dislocado, la subieron en brazos, la colocaron en una cama, le hicieron la primera curación y la dejaron entregada á sus pensamientos y á sus dolores agudos.

Al día siguiente el médico de la sala, ayudado de los practicantes, la reconoció, le colocó los huesos y las coyunturas en su lugar, lo que le ocasionó sufrimientos tales que le arrancaron gritos y lágrimas, pero colocado el aparato entró en cierta calma y fué entonces cuando se le volvió á presentar la visión horrenda, seguida de su caída del balcón, y le parecía que estaba en un abismo negro sin fin y que ella y el lecho se hundían seguidos de la figura vacilante, lívida y sangrienta de Relumbrón. Todo esto fué calmándose y pasando como pasa una pesadilla. En las noches de silencio y de soledad que pasaba en la sala, pensó que debía guardar estrictamente su secreto, no darse á conocer y rectificar el nombre supuesto que había dado al acaso cuando la interrogaron, esperar que estuviese curada y capaz de andar, para salir del hospital, y sin ver á sus amigas ni buscar al platero (cuya muerte ignoraba), marcharse á sus ranchos, y continuar su vida ordinaria, triste y preocupada en ver-

dad, porque á pesar de no tener, como hemos dicho, exagerados sentimientos maternales, siempre le había hecho impresión el fin trágico y desastroso del que había considerado como su hijo.

Una mañana se presentó el administrador del hospital y con mucha afabilidad, le dijo:

—Señora, el médico ha declarado que está usted curada y que podrá usted ya andar, conservando la venda que le pusieron á usted ayer. Vístase, levántese y ande por la sala; entre tanto vuelvo.

La moreliana vió el cielo abierto, se consideró ya en su casa y por ese momento desapareció de su mente la visión que la perseguía y no miró más que sus campos llenos de maíz, su casa por donde entraban alegres los rayos del sol, y las flores olorosas de sus jardines. Levantóse muy contenta, anduvo sin dificultad por el salón y esperó al administrador que no tardó en llegar. Bajaron ambos las escaleras y atravesaron los grandes patios. Un coche de alquiler estaba en la puerta. La moreliana subió á él, y el administrador la saludó afectuosamente, y antes de cinco minutos, sin saber por qué ni cómo, la moreliana estaba en una antecámara ó asistencia de una casa de la calle de la Canoa (1).

¿Por qué la habían conducido allí, en lugar de dejarla en la Alameda, en San Diego, en San Cosme, en otro lugar cualquiera de los que ella conocía? Cansada de esperar cosa de una hora, se levantó de donde estaba sentada, se dirigió á la puerta y quiso salir, ganar la calle para irse á su pueblo, á sus sementeras verdes, á sus jardines de mil colores.

---

(1) Casa de locas.



Una matrona que estaba en observación desde la pieza contigua, salió y se lo impidió y le dijo con mucha dulzura que esperase, que el médico no tardaría en llegar.

La moreliana, que pensaba que se trataba de hacerle un final reconocimiento de su pié, esperó con paciencia una larga hora. El famoso alienista llegó por fin, habló en voz baja unas cuantas palabras con la matrona y luego se dirigió á la moreliana. Le preguntó su nombre, su estado, su edad, lugar de su nacimiento, etc.; á todas estas preguntas, seguidas rápidamente unas tras de otras, contestó cambiando su nombre, aumentando su edad y diciendo que era de Querétaro. Tenia tal miedo de decir la verdad y de darse á conocer, que vacilaba, se quedaba pensando y se contradecía cuando el médico la urgía con otra multitud de cuestiones las más extravagantes, y que la dejaban confusa y aturdida.

Después le ordenó que se pusiese en pié, la reconoció y midió con un instrumento el ángulo facial, la tentó y examinó las protuberancias de su cabeza, la miró fijamente en los ojos, y le dijo:

—Animo y tranquilidad, hija mía, ya trataremos de curarla. El susto de la caída del balcón pasará y volverá V. sana á su tierra.

Sin esperar respuesta se marchó á continuar su visita á las salas, diciendo á la matrona:

—Es una mansa, de buena índole, según parece; la observaremos con cuidado y ya me dirá V. sus manías y cómo se conduce. Por ahora será conveniente tenerla á dieta, es de compleción sanguínea y debemos evitar la aglomeración de sangre al cerebro.

La moreliana fué internada en un salón donde habia otras mujeres silenciosas, sentadas y ocupándose de hilar

ó de coser ropa, pero en cuanto la vieron se pusieron en pié, la rodearon diciéndole cada una mil despropósitos y asegurándole que estaban en su juicio y que las tenían encerradas allí por fuerza. La moreliana, llena de terror, se refugió en un rincón, se dejó caer en una estera y se cubrió los ojos con sus manos. Reconoció que estaba en la casa de locas. Cuando la mátrona, que había escuchado la algazara, entró, cada una volvió á su puesto y el silencio se restableció.

A la moreliana la habían declarado loca en el hospital y remitido á la calle de la Canoa, porque en sus profundas cavilaciones durante su enfermedad, hablaba á solas, consultándose sus dudas, preguntándose lo que sería bueno hacer cuando sanara, y trazando para su futura vida diversos planes, entre ellos el de no volver más á México y cortar toda especie de relaciones con el platero. Pronunciaba con este motivo palabras incoherentes, ya en voz baja, ya en voz alta, hacía mil gestos y contorsiones, según los muchos pensamientos tristes que pasaban por su cabeza, y casi no dormía, pasando las noches sentada en su cama y queriendo, por el cansancio, bajarse de ella é intentar un paseo por la sala, pues se sentía aliviada de su pié. Las enfermeras, daban cuenta diariamente, á la hora de la visita, aumentando las cosas y manifestando temores de que una noche se enfureciese y hubiese un escándalo.

El célebre alienista decía, platicando con sus amigos:

—Tengo un caso muy curioso que ha dado en la manía de las riquezas. Desde que entró y con sólo hablarle dos palabras y tentarle la protuberancia de la *adquisividad*, adiviné su enfermedad. En el fondo es una buena mujer de Querétaro, muy pobre y sin alma que vea por

ella, que se ha soñado rica, y dice que tiene haciendas y casas y jardines, y en la hora de la visita me llama aparte y me dice en el oído:

—Soy capaz de dar á V. hasta cien mil pesos, y le firmaré un papel como V. quiera, pero me ha de sacar usted de aquí y me ha de llevar á mi tierra. Está V. ganando un miserable sueldo y yo lo haré rico y lo quitaré de estar todos los días viendo lástimas con estas mujeres que, dicen bien, que las tienen encerradas por fuerza, como á mí.

Tiene semanas en que llora día y noche y no quiere responder á ninguna pregunta y es necesario, por fuerza, darle caldo ó leche para que no se muera de hambre, pues rechaza toda clase de alimentos. Después pasa el acceso, vuelve la calma y me renueva sus proposiciones á cual más tentadoras. Estoy,—continuaba diciendo el doctor soltando una estrepitosa y franca carcajada,—por hacer una calaverada y fugarme el día menos pensado con mi loca, volverme rico, comprar una hacienda y abandonar la carrera, pues de veras se ven lástimas con estas pobres mujeres. En eso dice muy bien la loca.

¿La moreliana salió de la casa de la Canoa ó se quedó allí hasta su muerte?


¿El doctor, reconociendo que había algo de verdad ó queriendo hacer una experiencia científica, se animó á fugarse con ella y llegó á ser un rico hacendado?

Créese que esto último es más probable, pero no se ha podido averiguar todavía.



## CAPÍTULO LXII

### Ironías de la vida

IENTRAS Relumbrón, Evaristo, Hilario, el tuer-  
to Cirilo y socios marchaban lentamente por  
las calles de México, hasta el lugar donde de-  
bían ser ejecutados, y la moreliana era conducida al  
hospital, una alegre caravana entraba en el pintoresco  
pueblo de Ameca.

Moctezuma III había sido nombrado jefe de una espe-  
cie de zona militar, compuesta de Ameca, Chalco y Tex-  
coco, y estaban también á su mando las escoltas del ca-  
mino de Río Frío, formadas de valientes dragones bien  
montados, que hacían su servicio conforme á ordenanza  
y no recibían de los viajeros ninguna gratificación. El  
primer cuidado de Moctezuma, como se debe suponer,  
fué tomar posesión de sus fincas, autorizado por la orden  
del Ministerio de Hacienda, que Lamparilla le entregó.  
No se dejó, siendo un muchacho tan listo y entendido,

engañar de su abogado. Le consignó, en pago de sus servicios, el magnífico rancho de Tomacoco, y él, D.<sup>a</sup> Pascuala y Espiridión, que consideraba como si fuesen de su familia, quedaron dueños y señores de los bienes.

D.<sup>a</sup> Pascuala, ya rica, quiso premiar el señalado y oportuno servicio que le hizo Jipila prestándole su dinero, y le hizo donación por escritura pública del rancho de Santa María de la Ladrillera.

Cecilia cedió el puesto de fruta á sus dos Marías, y, cumpliendo su palabra, dió sus disposiciones para casarse con el licenciado Lamparilla, el que, demasiado vivo para complicarse en los malos negocios de Relumbrón (aunque algo le pasaba por las narices), no tuvo más que dar ciertas declaraciones que en nada le comprometieron, y casi loco de gusto porque iba á llegar el suspirado día de unirse con Cecilia, activó las diligencias matrimoniales y obtuvo la licencia para que lo pudiese casar el cura de Ameca.

Todas estas personas se pusieron de acuerdo para hacer juntos el viaje. D.<sup>a</sup> Pascuala, acompañada de Cecilia y de Jipila, en un buen coche; Lamparilla en su carretela y Moctezuma III á caballo, con una escolta de dragones de su regimiento. A Juliana la habían mandado el día antes en un carro cargado de vinos, conservas y provisiones para habilitar las haciendas y celebrar la boda.

Espiridión los esperaba ya, con un buen refrigerio y alojamientos en su curato.

Cecilia, antes de entrar al curato, quiso cumplir su promesa y subir á la pequeña y pintoresca montaña, en cuya cima está la capilla del Señor del Sacro Monte, para darle gracias de haberla libertado del naufragio en el ca-

nal de Chalco y del puñal de Evaristo cuando acometió su casa. Llevaba sus retablos pintados y con marco dorado, y sus milagros de plata preparados y añadió una trenza de sus cabellos. D.<sup>a</sup> Pascuala, á causa de su extremada gordura, no los acompañó; pero los demás sí, y por supuesto, Lamparilla, que había prometido hacer en unión de su idolatrada Cecilia esa piadosa peregrinación.

Acabados los rezos, y colocados los milagros y retablos, descendieron todos al curato, donde encontraron ya en la mesa una sopera, humeante y olorosa. Ese día por lo menos se consideraron enteramente felices, y sólo extrañaron á Juan, que creían muerto, y brindaron de corazón por su memoria.

Al día siguiente el cura dió las manos á Cecilia y á Lamparilla, que quisieron fuera el casamiento muy modesto, y una semana después cada cual estaba en sus fértiles y hermosas posesiones, dándose una vida regalada. El reinado de la dinastía de los Melquiades había terminado, y se levantaba espléndido y brillante el de Moctezuma III.

---

Este cuadro de luz, de flores y de alegría, formaba contraste con otro de sombras, de lágrimas y de tristeza.

D. Pedro Martín sentenció á su cuñado á ocho años de prisión, como monedero falso, y bien que el Presidente lo hubiese indultado (por consideración especial al íntegro Juez) y reducido su pena á cuatro años de confinamiento absoluto en su propia casa; las recriminaciones de Clara fueron tan continuadas y violentas,

que tuvo que echarla de su casa. Coleta y Prudencia, que habían sido cariñosas, consideraron en conciencia que había sido excesivamente cruel y deshonorado á su familia, lo abandonaron, dejándole escrita una carta no muy lisongera, pues lo llamaban *hermano desnaturalizado*.

El viejo magistrado, irritado contra la familia, solo en su biblioteca, fatigado con el trabajo y desengañado del mundo, se refugió en el secreto amor que profesaba á Casilda y aun pensó echar á un lado toda especie de consideraciones sociales, comprar cerca de México un rancho ó hacienda, casarse con la muchacha y acabar sus días separado como con una muralla del resto del mundo, pero su posición y fama que aumentó con el ruido que hizo la célebre causa, lo tenían en una constante duda y en un tormento que aumentaba á medida que reflexionaba en los inconvenientes y dificultades de tal determinación; pero un incidente fatal lo sacó de esta violenta situación.

Un día que estaba reclinado en los pergaminos de su biblioteca y presa de un desaliento infinito, recibió un papelito de Amparo en que le decía que fuese inmediatamente, porque Casilda hacía seis días que estaba gravemente enferma.

El corazón le dió un vuelco, creyó que se ahogaba, y así y todo se vistió de prisa, tomó su sombrero y su bastón y marchó con presteza, como si tuviese veinte años, á la casa de D.<sup>a</sup> Severa, donde no había puesto un pié desde que comenzó la causa, pensando, naturalmente, que sería mal recibido y que el dolor, el despecho, la situación espantosa en que habían quedado D.<sup>a</sup> Severa y su hija después de la muerte de Relumbrón, origina-



ría ya violentas, ya tristísimas escenas que creía debían evitarse.

Nada de eso sucedió. Amparo, cadavérica, con unos círculos morados al derredor de sus bellos ojos, pero humilde y resignada, recibió al magistrado con una triste sonrisa, quiso disimular lo que sufría y no pudo, cogió la mano del juez, la quiso llevar á sus labios, y el viejo sintió caer en ella dos lágrimas que le quemaron como si hubiesen sido dos gotas de plomo derretido.

D. Pedro Martín tomó delicadamente la cabeza de Amparo y la reclinó en su seno.

—Eres una santa, hija mía,—le dijo,—y me das lecciones de generosidad, de paciencia y de conformidad con la voluntad de Dios.

—Por causa nuestra se ha enfermado Casilda,—le contestó Amparo.—Ya debe usted pensar lo que hemos padecido y lo que tendremos que sufrir todavía. Mi mamá ha estado á la muerte sin querer absolutamente que la viese el médico. Casilda la ha curado, la ha velado dos semanas, sin quitarse la ropa ni descansar un momento; ha salido á deshoras de la noche lloviendo para traer de la botica las medicinas caseras que nos ha ocurrido podrían aliviarla. Los últimos días yo no pude soportar la fatiga y caí también en cama, y ella me atendió lo mismo que si fuera su hija ó su hermana. La consecuencia ha sido una fiebre... y la creo muy grave, y por eso me atreví á escribir á usted....

Mi mamá no tendrá todavía fuerzas ni valor para hablar con usted... pero, ¿quiere usted ver á Casilda?

—¿Cómo no, Amparo? sí que la veré,—le contestó,—guíeme usted, y vamos...

La recámara era amplia, aseada y con muy buena

ventilación. A pesar de esto, al abrir la puerta y penetrar en ella se sentía una atmósfera cálida mezclada con extraños olores de botica y de cosas pútridas.

D. Pedro y Amparo se acercaron resueltamente al lecho, sin asco y sin temor del contagio.

Casilda estaba inmóvil como un tronco; sólo su pecho levantaba las sábanas con una respiración sorda y trabajosa de agonizante; su cara, entre roja y amoratada, ardía como si le acabasen de pasar por la frente y los carrillos una plancha ardiendo; sus cabellos en desorden, esparcidos y como arrojados en fracciones sobre las almohadas limpias y blancas; un brazo torneado y una pequeña mano floja y caliente, salía de la sobrecama, y en el cuello descubierto se notaban unas manchas redondas y rojas. Casilda tenía una fiebre maligna que la quemaba viva y se la llevaba por momentos.

D. Pedro se retiró pensativo, melancólico y cabizbajo, pero resignado. Amparo le había dado el ejemplo, y no quería ser más débil que la huérfana á quien él había dejado sin padre.

Para él era asunto concluído. Pocos días, quizá pocas horas de vida quedaban á Casilda, y con ésta muerta se enterraban también las esperanzas y las ilusiones del viejo abogado y sus últimos años de vida serían de sombras y de duelo.

Llegó á su casa, y fué la vez en que se consideró algo feliz de estar solo y que sus hermanas, que le servían de molestia, que espiaban sus acciones y que lo mortificaban por cualquier cosa, se hubiesen marchado. Formó entonces la resolución de darles una pensión, con tal de que no le volviesen á ver. Sentóse en su bufete y escribió á Amparo:

«Desde este momento, buena, y diré mejor, santa niña, soy tu padre y tienes que obedecerme. Casilda no tardará en morir. Sal en el acto de esa casa maldita, y vé á habitar con tu madre mi casa de San Angel. Te envío á mi dependiente y en mi carruaje conducirá á ustedes al campo. Yo cuidaré de todo lo demás.»

Llamó á uno de sus pasantes de más confianza y le dió sus instrucciones, y no hay para qué decir que al mismo tiempo envió médicos y enfermeras, proponiéndose él, ir diez, veinte veces, si era necesario, á visitar á la enferma, con la intención, quizá un poco criminal, de que se le pegase la fiebre y tal vez muriese y fuese enterrado en compañía de la mujer que silenciosamente había amado tantos años.

Tranquilo en la apariencia con estas disposiciones, se sentó en su poltrona.

—Dentro de dos horas, que ya habrán salido de la casa D.<sup>a</sup> Severa y Amparo, iré á ver á Casilda, y no la abandonaré hasta que exhale el último aliento.

Así pensando y haciendo propósitos firmes de tener valor, fuerzas, resignación y también esperanza de morir pronto, se quedó como aletargado dormitando en el sillón, pero no le duró mucho tiempo ese fatigoso sopor; la criada vino á avisarle que un señor deseaba verlo con urgencia, y casi al momento asomó la cabeza por la puerta de la biblioteca el doctor Ojeda. Acababa de llegar de la hacienda del Sauz, con poderes amplios de Mariana, de Robreño y de D. Remigio, para arreglar los asuntos pendientes y que se cumpliese el testamento cuyo original traía en el bolsillo.

Contó el doctor con precisión y minuciosidad la curación milagrosa de Mariana, por medio de la influencia

magnética que ejercía en ella la muchachita aventurera con que se había encontrado Juan la noche del robo de D. Pepe Carrascosa; la invasión de los salvajes; la muerte del conde y el casamiento de Robreño, y cómo el nieto había quedado heredero de los títulos de nobleza. Cuando terminó la narración, entregó el testamento á D. Pedro y le dijo:

—Como una muestra del carácter singular del conde, se acordó de su primo á quien quiso matar en un duelo terrible, y le dejó un legado de cien mil pesos, y otro de igual suma á usted, á quien hacía años que no veía, mientras para mí, que lo desaté moribundo del árbol en que los indios le habían amarrado, que lo llevé en brazos, que le asistí y velé noches enteras, y que hice cuanto la ciencia me enseñaba para salvarlo, no tuvo ni memoria, ni siquiera una mirada de gratitud, pero no importa, he sido recompensado con grandeza, y Robreño y la condesa son como de mi familia.

—¡Qué crueles ironías tiene la vida!—dijo D. Pedro con desaliento, tirando en la mesa el testamento que tenía en la mano.—¿Para qué me sirven ahora cien mil pesos? Mis hermanas se han marchado en casa de doña Dominga de Arratia, y esa mujer, á quien he servido años sin cobrarle honorarios, me ha puesto una carta llena de insultos; la huérfana desvalida, que era un dechado de virtud y un prodigio de hermosura... y digo que era, porque quizá habrá muerto ya... y yo en las puertas del sepulcro, ¿para qué quiero cien mil pesos? ¿para qué los quiere el marqués de Valle Alegre que tiene más penas y desgracias que caudal? pero así es la vida, doctor, y yo repararé la falta de memoria del conde, abandonando á usted el todo ó parte de ese legado, si

me salva usted á Casilda, pues no me cabe duda que es usted y no la muchacha aventurera la que ha salvado á la condesa... Vamos, vamos, y se lo suplico, sino tiene usted inconveniente, y por mi parte haré el sacrificio de encargarme de la testamentaría, y contaré á usted cuanto ha pasado aquí en la célebre causa que ha abreviado los días de mi vida.

—Con mucho gusto, y sin interés ninguno, haré cuanto usted quiera, y veremos á la enferma, y la salvaré si es posible. Vamos.

El abogado y el doctor salieron platicando de sus asuntos por la calle, y antes de media hora estaban en la recámara de Casilda, donde se encontraban tres médicos reconociéndola y procurando refrescar con agua helada sus labios hinchados y ardientes.

El doctor Ojeda, presentado por D. Pedro, los saludó, reconoció á Casilda con la más escrupulosa atención, meneó la cabeza de una manera significativa y los cuatro doctores se retiraron á un gabinete á conferenciar, cerrando la puerta tras ellos para que nadie pudiera escuchar.

D. Pedro salió al corredor, y durante media hora, que le pareció un siglo, se paseó agitado pero con un resto de esperanza, pues que la esperanza es la última que abandona al hombre, especialmente cuando es desgraciado. Por fin, el médico de cabecera hizo entrar á D. Pedro.

—Amigo y señor Licenciado,—le dijo,—usted es filósofo, hombre de mundo y además fuerte y enérgico, y ya se han visto todas estas cualidades en la célebre causa formada al dueño de esta casa y socios.

D. Pedro se veía tentado de dar un empujón al doctor y echarlo de la casa, pero el doctor continuaba im-

pasible su preámbulo hasta que soltó lo que le costaba trabajo decir.

—El *caso* es desesperado,—continuó,—sin la fiebre que es intensa, la debilidad se lo llevaría. Estos *casos* tienen, por lo común, un desenlace fatal. Hemos hecho cuanto la ciencia aconseja, y nuestro distinguido doctor podrá decir si el tratamiento que hemos seguido ha sido el más *acertado*. Pero repito, respetable amigo, el *caso* no tiene remedio, es inútil hacerle ya más medicinas y lo mejor es dejarla tranquila y que muera en paz.

Y diciendo esto, tomaron sus sombreros, estrecharon afectuosamente la mano de D. Pedro, que oía aterrado esta sentencia de muerte, y bajaron de prisa la escalera deseosos de abandonar la funesta casa donde se había abrigado el crimen y donde se respiraba una atmósfera mortal.

El doctor Ojeda procuró consolar á D. Pedro, pero no pudo menos de declararle que quedaban á la pobre Casilda pocos momentos de vida.

El doctor Ojeda se marchó también; las enfermeras, soñolientas y fatigadas, se habían esquivado echándose en los sillones y canapés, y las criadas habían huído á las remotas piezas de la sala. D. Pedro quedó solo, miró á todos lados y se dirigió con miedo, como quien va á cometer un crimen, á la recámara de la enferma.

Por una ventana entreabierta entraba el último rayo del sol de la tarde é iluminaba el lecho. Casilda acababa de espirar. La sangre hirviente que había dado á sus mejillas y á su frente un color rojizo amoratado, se heló repentinamente con la muerte y cambió su fisonomía dándole el aspecto plácido y tranquilo que tiene el que duerme después de las fatigas de un largo viaje. Casilda

había hecho el viaje de la vida entre zozobras, penas, recogimiento y esperanzas, y entraba casi sin saberlo á las puertas de la eternidad, pues desde el segundo día perdió el conocimiento y quizá lo recobró un instante mientras los médicos discutían y el único hombre que la había amado en el mundo se paseaba nervioso y agitado en los corredores de la casa.

D. Pedro quedó más de un cuarto de hora como petrificado sin despegar los ojos de la muerta; después, como volviendo en sí de un letargo, salió de la recámara para observar si alguien venía, escuchó los ronquidos de las enfermeras, se cercioró de que estaba solo, y no pudiendo aguantar más cayó de rodillas junto al lecho, derramó abundantes lágrimas y cubrió de besos la mano rígida de la pobre Casilda. Oyendo ruido, se levantó precipitadamente asustado y tembloroso como si hubiese acabado de matar á la muchacha, se limpió los ojos con su pañuelo, trató de componer su fisonomía descajada y cadavérica y se dirigió á la pieza inmediata.

Era una de las criadas que venía á ver si algo se ofrecía.

—Murió ya,—dijo D. Pedro tratando de dar á su voz un tono tranquilo, y sacó un puñado de pesos de la bolsa.—Que compren cera, y que las enfermeras la vistan con la mejor ropa, y que la velen, y recen toda la noche. Volveré.

Cuando D. Pedro entró en su casa era ya de noche, y se encontró que le esperaba el marqués de Valle Alegre, que no sabía nada, ni de la enfermedad de Casilda ni de la traslación de la familia de San Angel. Por más esfuerzos que había hecho no lo habían querido recibir ni D.<sup>a</sup> Severa ni Amparo, y la consigna era tan rigurosa

que no había podido penetrar ni al patio de la casa. Desolado, sin saber qué partido tomar, ni qué hacer, ni cómo quedar bien con la familia desgraciada en su calidad de amante y de caballero, iba á platicar y á pedir consejo á D. Pedro. Así, cuando supo la nueva catástrofe, se apresuró á decirle:

—Por mis sentimientos, puedo adivinar los de usted. En cierta edad, las pasiones son más fuertes y más violentas. Los jóvenes fácilmente se consuelan, y si pierden, por la muerte ó por cualquier otro motivo (como me ha sucedido á mí), una muchacha, á la vuelta de una esquina encuentran otra, pero nosotros nos encaprichamos en querer á una sola mujer... y no hay remedio.

D. Pedro quiso negar y protestar, pero el marqués no le dejó.

—Nada, nada... amigo mío,—le dijo;—á mí me toca servir á usted, y poco hago en ello comparado con lo que usted me ha servido reponiendo mi fortuna aumentada con el legado del conde. Aquí tengo la carta en que me da la noticia el doctor Ojeda. ¿De qué me sirve ahora? Antes poco habría sido para rodear á Amparo con el lujo de una reina... pero ya hablaremos de eso. Por ahora quede usted en su casa reposando, que bien lo necesita, y yo me encargaré de todo. Hasta la vista...

Y el marqués, recobrando su actividad, y distraído un momento de sus penas, salió, y en efecto, dispuso lo necesario para el entierro de la muerta que descansaba ya para siempre en su lecho con cuatro gruesos cirios de cera que goteaban y chisporroteaban en la oscuridad, iluminando siniestramente las cabelleras negras y enmarañadas de las veladoras, que dormitaban reclinadas en los rincones tenebrosos de la recámara.



Al día siguiente, á las seis de la mañana, un ataud revestido de terciopelo negro con galones de plata, conducido por cuatro cargadores y seguido de un solo coche en el que iban silenciosos y cabizbajos D. Pedro y el marqués, caminaba despacio con dirección al cementerio de Santa Paula. Allí estaba preparada la capilla donde se celebró una misa de cuerpo presente; se rezaron las oraciones de difuntos, y los dos personajes, vestidos de negro, sombríos, mudos, andando y moviéndose maquinalmente, vieron con aparente calma regar el ataud con agua bendita, colocarlo en el nicho y cerrarlo con ladrillos y mezcla, interponiendo esta débil pared entre la vida del mundo y la eternidad, á donde había volado el alma de la buena y hermosa Casilda.

D. Pedro y el marqués, sin decirse una palabra, entraron en el coche y regresaron á la ciudad.

---

Con la casi repentina muerte de Casilda, una cosa terrible de que aun no podía darse cuenta, había caído en la vida sedentaria y hasta cierto punto tranquila del magistrado. Le parecía que la tierra estaba oscura, que el sol ni calentaba ni alumbraba, que el mundo estaba hueco y que él bajaba, bajaba constantemente á un abismo sin fin. Un velo, más espeso, más fúnebre que el que había oscurecido la vida de Mariana por algunos años, le cubría los ojos, le envolvía en los pliegues y no le dejaba respirar, y sólo de vez en cuando aparecía el busto desnudo y tentador de Casilda, engastado entre las cortinas de damasco rojo de los balcones de su recámara, pero se desvanecía y borraba enteramente y era

sustituído por el ataúd negro que los sepultureros colocaban en el húmedo y estrecho nicho del panteón.

Durante los nueve días D. Pedro cerró herméticamente las puertas de su casa y no se dejó ver de nadie; pero pasado este tiempo los negocios, y especialmente el de la testamentaria del Conde del Sauz, le obligaron á ser superior á sus pesares, aumentados con el vil comportamiento de sus hermanas.

Clara, el día menos pensado, recogió todas sus alhajas, ropa y dinero, llenó á su confinado marido de improperios, llamándole hipócrita, ladrón, monedero falso, presidiario, bandido y otros calificativos por ese estilo (y que en parte merecía), y se marchó sin que de pronto se supiese á dónde, aunque malas lenguas dijeron que su rumbo era por San Luis, donde estaba de guarnición un alférez de artillería, con el que hacía tiempo tenía relaciones.

D.<sup>o</sup> Dominga de Arratia, medio chiflada desde que la robaron, formó una liga estrecha con Coleta y Prudencia y las tres no se ocupaban día y noche más que de conspirar contra D. Pedro y escribirle cartas urgiéndole porque hiciera su testamento y que de pronto les diese dinero, inventando que estaban en la miseria, que no tenían ropa, que debían mucho, que estaban obligadas bajo de promesa á costear ciertas funciones de iglesia y á dar limosnas como lo habían acostumbrado toda la vida, y que, puesto que la ley las constituía herederas, querían saber lo que cada una heredaría para así echar sus cuentas. Todas las cartas concluían así: «Tus desgraciadas hermanas á quienes echaste de tu casa.»

Pepe Carrascosa, ó el muerto resucitado, como le decían, vino á dar también al estudio del licenciado Ola-

ñeta. Informado por el doctor Ojeda de lo ocurrido y del casamiento de Juan con la Lucecilla, quiso hacer la cesión prometida de la mitad de su caudal á los esposos como un regalo de boda, y marchar á la hacienda del Sauz á vivir algún tiempo con los que él llamaba sus hijos.

—Hasta que tuve familia,—decía muy contento y res-  
tregándose las manos.

D. Pedro concluyó pronto este negocio, y Pepe Carras-  
cosa, cargado de curiosidades de plata, oro y esmalte  
que había comprado en las almonedas del Monte-pío,  
marchó á la hacienda del Sauz acompañado de una  
fuerte escolta de caballería, cuyos haberes se compro-  
metió á pagar.

Quedaba lo más difícil y más grave para D. Pedro,  
que eran los asuntos del marqués de Valle Alegre; no  
los asuntos de dinero, que marchaban bien, sino los  
asuntos del corazón y en los cuales tomaba una parte  
muy directa para pagar así lo que el noble caballero ha-  
bía hecho por él. Era más que su abogado su verdadero  
amigo desde el día que lo acompañó al modesto y triste  
entierro de Casilda.

El marqués, después de pensar, de meditar mucho,  
de considerar bajo todos los aspectos la cuestión, había  
decidido firmemente el echar á un lado todas las difi-  
cultades sociales y llevar adelante su casamiento con  
Ámparo, suprimiendo solo el lujo y el aparato que le  
acarrearía las murmuraciones y la crítica amarga del  
público.

Fuerte con esta resolución y tranquilo hasta cierto  
punto, como se encuentra cualquiera persona que sale  
de un estado penoso de duda y de indecisión, se dirigió

á la casa de D. Pedro, le comunicó sus ideas y le suplicó que lo ayudase é interpusiese su influencia con D.<sup>a</sup> Severa y con Amparo.

—¿Qué influencia podré tener,—le dijo D. Pedro,—con personas á quienes he dejado sin esposo y sin padre?

—Ellas conocen bien,—le contestó el marqués,—que usted tuvo que cumplir con un deber, y cualquiera otro juez habría hecho lo mismo. Las pruebas no dejaban duda de la culpabilidad de ese hombre desgraciado ó maniático cuyo crimen mayor ha sido deshorrar á dos infelices mujeres que merecen el nombre de santas, pero no importa, yo tengo el valor y la voluntad suficientes para volverlas á la vida social. Mi nombre y mi nobleza, nunca manchada, serán un escudo que las defenderá y las pondrá á cubierto de la maledicencia. Estoy resuelto, y si no salimos bien del intento, haré cuenta que una fiebre arrebató á Amparo y que Dios dispuso que fuese á acompañar á la pobre Casilda. Tendré valor como usted, y me conformaré con la voluntad de Dios.

Por más que D. Pedro procuró disuadirlo, y le hizo, hasta con cierta dureza, todo género de observaciones, no hubo modo de convencerlo, y convinieron en hacer el viaje á San Angel y caer como de repente á la casa de las inconsolables y desoladas señoras, que no se habían atrevido ni aun á abrir las ventanas que daban á la calzada, ni á salir siquiera á oír misa á la ermita cercana.

A D. Pedro no podían cerrarle la puerta, y como don Pedro iba acompañado del marqués, entraron juntos, y fué Amparo la que los recibió en la puerta.

La casa de campo de D. Pedro estaba situada en la

calzada ó calle principal de Chimalistac. Sombria y húmeda, las recámaras tenían ventanillas altas que les daban poca luz y aire; los muebles, no antiguos, sino viejos, forrados de percales oscuros con dibujos negros medio borrados y sucios; los cielos rasos, mal pintados, no presentaban más que una aglomeración de manchas á causa de las goteras; los pisos de ladrillo, ya casi negros y mal colocados, contribuían á dar un aspecto más triste á las habitaciones. D. Pedro, en vez de componer la finca, la había dejado arruinar. No gozaba de las delicias de la *temporada*, como otros muchos abogados, porque sus constantes ocupaciones no se lo permitían. Solía ir los sábados y regresar á México los lunes ó martes. La sala era lo mejor de la casa, pues tenía grandes ventanas á la calle, una alfombra muy usada, unos canapés antiguos, una mesa con una gran plancha de *tecali*, cuatro sillones muy cómodos y un curioso candil de Venecia colgado en el centro y cubierto con una funda de gasa que caía en pedazos.

En esa sala leía los periódicos, comía y dormía, y jamás pasaba á las otras piezas que permanecían cerradas. La mujer del jardinero le guisaba y lo asistía, pues sus hermanas detestaban la casa, decían que en el momento que entraban les dolía la cabeza, añadían que se espantaban y tenían miedo á los ladrones y á los muertos.

La huerta sí era deliciosa, particularmente después de salir de las piezas tenebrosas. Un bosque de peras, melocotones, manzanas, castaños, ahucates y ciruelas, y aquí y allá, en desorden, elevados fresnos, de copas inmensas como las cúpulas de las catedrales. En el suelo una profusión de flores de todos matices, y en el aire y en las ramas abejas, colibrís y pájaros de colores que

alegraban con su ligereza y sus cantos aquel pedazo de tierra fértil un poco salvaje y donde el sol y las corrientes de agua clara suplían el descuido del jardinero. ¡Cuántas veces quizá Evaristo escaló la vieja y alta tapia, y Casilda lo esperó al pié de ella con su rebozo dispuesto á recibir las manzanas y las ciruelas de España que se robaban para ir las á vender los domingos al Portal, dejando ver á sus muchos marchantes sus piés pequeños y desnudos, calzados con el zapatito verde oscuro!

Al ver Amparo al marqués, sintió una conmoción profunda. No lo esperaba ni lo había visto después de la memorable noche en que fijaron el día y la hora de la boda. D. Pedro lo advirtió y la tomó del brazo.

—Valor y resignación, hija mía,—le dijo.—Casilda murió, y ha sido enterrada cristianamente. El marqués y yo la hemos dejado en su última morada. No la veremos más. La casa de ustedes está cerrada. Cuando pase la infección de la fiebre, arreglaremos todas las cosas. Adivino tus deseos. Ya ves que yo necesito también valor y resignación; Casilda era como mi hija.

El marqués, conmovido, no pudo ni aun saludar á Amparo, y todos se dirigieron al abandonado salón que despedía un olor de vejez y de humedad.

Amparo entreabrió una ventana, y un alegre rayo de sol penetró, y con él la brisa de la mañana, y los olores del campo, y los pequeños insectos que se pusieron á revolverse y á vivir contentos en la ráfaga tibia de luz. Las tres personas miraron con ternura esta pequeña escena de alegría de la naturaleza, que formaba contraste con sus pensamientos fúnebres y con la amarga melancolía de sus corazones.

—Tenemos que correr un velo sobre lo pasado, mejor dicho, que interponer una espesa pared. No hay que acordarse de ello. Dios lo dispuso así, y ya que has sido tan piadosa, tan generosa y tan buena que has estrechado la mano del inflexible verdugo de tu padre, sé todavía mejor dándosela á quien te ama y que dedicará su vida entera á curar tu adolorido corazón. Vengo de nuevo á pedir tu mano para el marqués. ¿Qué dices? Serénate, piensa un poco, haz un esfuerzo, no hagas caso de la sociedad ni de ninguna persona, piensa solamente en tí y en él.

Hubo quizá media hora de silencio. Los insectos microscópicos seguían sus evoluciones en el rayo del sol; una golondrina entró por la reja, dió la vuelta por lo alto del salón para buscar en la casa un nido que había dejado en el invierno; el viento fresco disipó el olor de la humedad, y los personajes, sentados en los apolillados canapés, levantaron los ojos, vieron todo esto y ninguno se atrevía á hablar. Era el gran conflicto que iba á decidir de la vida de los dos que tanto se habían amado.

—He tenido,—dijo Amparo,—como un siglo de agonia antes de poder responder, pero era necesario, y me lo temía, pasar por este trance, el más amargo, el más terrible, el más penoso de mi vida. Imposible de borrar los recuerdos ni curar los dolores del corazón. Quizá con el tiempo, y lo dudo, podrá pasar esta como tempestad horrorosa que descargó en nuestra casa. Dios ha juzgado á mi padre y confío en que lo habrá perdonado; á mí no me toca más que respetar su memoria y guardar en mi alma el cariño que le tuve en vida, pero la mía está condenada á la tristeza, á la oscuridad, al retiro

de toda la sociedad humana, hasta que se olviden todas estas cosas increíbles y funestas.

Casarme con el señor marqués,—continuó diciendo Amparo con una voz que denotaba sus ansias y el esfuerzo que hacía,—sería hacerlo infeliz para el resto de la vida, y mucho lo he amado y lo amo todavía para pagarle con una acción indigna, sí, indigna, pues sería hacerlo partícipe de la ignominia que pesa sobre nuestro nombre. ¡Qué dicha, qué alegría, qué paz doméstica podría yo proporcionarle, y como soportaría yo una mala mirada, un desprecio, cuando, pasado algún tiempo, reflexionase que tenía por esposa una mujer á quien era necesario ocultar de la sociedad, cambiarle el nombre, expatriarse á una tierra extranjera, sin esperanza de volver á la patria! No, no, de ninguna manera, no me pidáis cosas imposibles... no, no puedo, primero la muerte...

Y Amparo, no pudiendo más, se cubrió el rostro con sus manos, se levantó con visible esfuerzo del canapé y entró en las solitarias y sombrías recámaras.

D. Pedro y el marqués se quedaron estupefactos y como clavados en los asientos.

—No hay esperanza, marqués, y no hay que insistir más,—dijo D. Pedro.—Amparo tiene razón. Este matrimonio no tendría ni aun la luna de miel, sería un duelo eterno. Vámonos y pensemos en aliviar siquiera la infausta suerte que ha tocado á estas dos desgraciadas.

Los dos amigos, más contristados y pensativos de lo que entraron, salieron de la abandonada y vetusta casa de campo.

—



Amparo y D.<sup>a</sup> Severa no quisieron recibir nada de lo que pertenecía á Relumbrón, y dispusieron que los muebles, coches y alhajas que no habían sido secuestrados porque pertenecían á ellas ó estaban en su nombre, se vendiesen dedicándose sus productos á limosnas, á familias pobres y á establecimientos de beneficencia. El marqués hizo un donativo á Amparo de cincuenta mil pesos, y con esto y con los bienes propios de D.<sup>a</sup> Severa, D. Pedro les formó una renta para que pudieran vivir. Se fijaron en Celaya con el nombre de viuda é hija de D. Agustín Santelices, fallecido en España, y amigo y pariente cercano del marqués. Amparo no quiso entrar al convento ni salir fuera de la patria, y tuvo que conformarse con la precisa necesidad de cambiar de nombre y aceptar esta muerte civil, por no ser objeto del horror y del desprecio de las gentes, que supiesen ó recordasen el fin trágico de su padre. Allí, tristes, ignoradas y enfermas ya de una cosa ya de otra, esperaron con resignación el momento del espanto final, que es la muerte.


El marqués de Valle Alegre logró en su familia la paz y el cariño, fingido tal vez, en cuanto les hizo saber que había prescindido completamente de Amparo, y les regaló los cincuenta mil pesos restantes del legado del conde del Sauz.

El doctor Ojeda, que había cooperado á todos estos arreglos y concluido satisfactoriamente los negocios de la condesa y sus amigos, dispuso hacer un viaje á París para estudiar las enfermedades nerviosas. El marqués aprovechó la oportunidad de un tan buen compañero y se marchó con él, decidido á dar la vuelta al mundo y á sacudir su fastidio y desembarazarse de sus pesares con las emociones y peligros de los viajes.

D. Pedro Martín, muy triste, muy viejo y acabado, y muy rico, renunció la magistratura, cerró definitivamente su bufete, se negó á recibir á sus hermanas por más ruegos y súplicas que le hicieron por escrito ellas y D.<sup>a</sup> Dominga de Arratia, y no tenía más distracción que hacer cada mes un viaje al pueblo de Ameca en compañía de Lamparilla, y pasar un día en una hacienda y dos ó tres en otra, complacido con el sincero afecto que le tenían Cecilia, D.<sup>a</sup> Pascuala y Juan, que con su alegría, ocurrencias, buen humor y sabrosa cocina, le hacían olvidar á ratos la letal tristeza que lo consumía.

## CAPÍTULO LXIII

### Cosas de otro tiempo

OMENCÉ esta novela en las orillas del borrascoso mar Cantábrico, mirando desde mis ventanas salir las barcas de los pescadores en las noches serenas y apacibles, con el cielo limpio y las estrellas radiantes, y volver en días en que amenazantes nubes venían del horizonte como á sorber las pequeñas embarcaciones que desaparecían por momentos entre la verdosa espuma de las olas, y con el esfuerzo de vigorosos remeros entraban en el puerto llenas del agua de la mar y de peces plateados, moviéndose todavía y queriendo saltar de los canastos y volver al líquido elemento, de donde habían sido sacados.

Así, saliendo como del fondo de las aguas, iban apareciendo y llegando las barcas, y los pescadores acostumbrados á la mar, á los vientos y á las sorpresas espantosas del golfo turbulento de Gascuña, desembarcaban,

mojados de la cabeza á los piés, rendidos de fatiga, pero como encontraban en la playa á sus mujeres, á sus madres, y sus hijos, reían, hablaban, contentos, abrazaban á sus deudos y besaban y tomaban en sus brazos á sus chicos, robustos, fuertes, y, como ellos, con los colores de la salud en las mejillas.

Echaban al muelle cientos y miles de sardinas, de merluzas, de rayas y de pulpos... Era su riqueza, el fruto del trabajo de sus brazos robustos, el precio de sus noches de peligro y de espera en la soledad de las aguas procelosas y profundas... nada... á ocasiones esa riqueza quedaba abandonada, no había compradores, unos cuantos cuartos, cuando más, qué no les alcanzaban ni para comprar una malla de lana para cubrirse en el invierno...

Y á veces las mujeres y los chicos esperaban en la playa á la barca que faltaba, y pasaba el día con su sol ardiente, llegaba la tarde con sus brisas frescas, cerraba la noche con sus estrellas brillantes, y las mujeres y los chicos esperaban todavía á la barca, y la barca no volvía.

Venía otro día, y otro, y esperaban siempre á la barca, y la barca no volvió jamás.

Mirando estas cosas tristes, pensando en la vida tormentosa é infeliz de los pescadores, teniendo siempre delante de mis ojos esa inmensidad del cielo azul y de las aguas verdes y profundas de la mar, pensaba también en las cosas de otro tiempo, de mi patria lejana, y llenaba cuartillas de papel con mis recuerdos, sin saber á cuántas páginas llegaría esta labor que absorbía algunas horas diarias de mi vida aislada, y la poblaba á veces de personajes fantásticos ó reales que venían á acompañarme y á platicar conmigo cuando yo los evocaba,

cualquiera que fuese el lugar en que se hallaban ó el sepulcro en que estuviesen durmiendo el sueño final de los seres humanos.

No puse mi nombre al frente de la novela, entre otras cosas, porque no sabía si mi edad y mis pesares me permitirían acabarla...

De entonces á hoy ¡cuántas cosas tristes han pasado en mi vida, cuántos dolores, aun más agudos que los que he podido imaginar para mis personajes fantásticos! ¡Qué espanto tan terrible cuando he visto entrar y sentarse en mi pacífico y dichoso hogar á la negra melancolía y á la punzante amargura!... La novela se interrumpió; los lectores se enfadaron.

Dios ha permitido que yo siga todavía el penoso viaje de la vida, y la obra ha terminado en la costa de Normandía, delante de una playa desierta, de un mar como un espejo y en un hotel donde no había más viajero que yo. Allí, en la quietud y soledad de mi cuarto, he pensado también en las «cosas de otro tiempo,» completando más de dos mil páginas que habrán fatigado, más que á mí, al más sufrido y paciente de mis lectores.

---

En una de las épocas en que gobernó la República el general D. Antonio López de Santa Anna, se desarrolló el robo en la capital, en sus cercanías y en el camino de Veracruz, de una manera tal, que llamó la atención de las autoridades; pero no eran robos comunes y vulgares, sino golpes premeditados y ejecutados con una precisión asombrosa, y rodeados siempre de circunstancias singulares y misteriosas.

Por medios, también raros y casuales, se descubrió

que un coronel Yáñez, ayudante del general Santa Anna, Presidente de la república, era el jefe de una asociación, que tenía cogidas como en una red á la mayor parte de las familias de México. El aguador, la cocinera, el cochero, el portero, todos eran espías, cómplices y ladrones, y, por más seguridades que se tomaran y los mejores *papeles de conocimiento* que se exigieran, nunca se llegaba á saber si se tenían sirvientes honrados ó pertenecían á la banda de Yáñez.

Hé aquí los pocos recuerdos que conservo. Que ese Yáñez era muy sociable y simpático en su trato personal, que tenía, como se dice vulgarmente, muy buena presencia, que era lujoso y hasta exagerado en el vestir, pues siempre traía cadenas muy gruesas de oro enredadas en el chaleco, botones de hermosos brillantes en la camisa y anillos de piedras finas en los dedos; que el ciego Dueñas hablaba muy mal de él y le había puesto Relumbrón, á causa de las muchas alhajas que ostentaba, que el general Santa Anna, aunque le distinguía mucho, al cerciorarse de los crímenes atribuidos á su ayudante, hizo una cólera que lo tendió en la cama, que lo entregó á la justicia ordinaria y algunos añadían que le arrancó las presillas de los hombros y se las tiró á la cara antes de entregarlo al juez que personalmente fué á prenderlo al Palacio Nacional.

A la captura del coronel Yáñez siguieron otras, y más de ciento cincuenta personas de diversas categorías fueron encerradas en la cárcel, y otras, como unos bilbaínos de gran rumbo y apariencia, lograron fugarse y volver á España.

En el curso de la causa, un fiscal muy enérgico y terrible fué envenenado en el chocolate y murió como

herido de un rayo al tomar la segunda sopa, y un escribano fué casi muerto á palos en una calle oscura. Esto infundió tal terror, que nadie quería ya encargarse de la causa, hasta que la tomó á su cargo un valiente fiscal, que creo se llamaba Castro.

Por último, el coronel Yáñez y tres ó cuatro más fueron condenados á muerte y ejecutados, y cosa de cincuenta, enviados á los presidios de Perote y San Juan de Ulúa.

El coronel Yáñez trató de suicidarse en la prisión con una navaja de barba; pero no tuvo el valor suficiente y se hizo solamente una herida en la garganta. Los médicos le hicieron la primera curación y lo vendaron; y con todo y la herida, sostenido del brazo de dos personas, caminó á pié hasta la plaza de Mixcalco, donde le dieron garrote en unión de sus cómplices.

Recuerdo también que se dijo que la navaja de barba con que intentó degollarse se la llevó su mujer, que era de buena familia y de excelentes prendas.

Los autos de tan célebre causa los vi, y eran, no cuadernos, sino cuatro ó cinco resmas de papel. Antes de que yo pudiera obtener permiso para registrarlos habían desaparecido. Antes ó después de la desaparición de los autos se imprimió un folleto que tenía por título *Extracto de la causa del coronel Yáñez y socios*. Por más diligencias que he hecho, imposible me ha sido conseguir ese escrito, y he tenido que atenerme á los pocos recuerdos que llevo apuntados y de cuya exactitud no estoy bien seguro. El personaje, pues, que figura en la novela ha existido realmente; pero por más que he hecho para inventar lances, robos y asesinatos, me he quedado muy atrás de la verdad, y el extracto de la causa habría sido

más interesante que cuantas novelas se pueden escribir. Ajusticiado el coronel Yáñez y sus socios, acabó á los pocos días la curiosidad pública; los robos cesaron también por mucho tiempo, y no se volvió á saber de la familia de este célebre criminal. Un abogado, casado con una señora principal de México, complicado en la causa, se constituyó prisionero en su casa y no volvió á salir de ella sino cuando lo sacaron cuatro cargadores para enterrarlo.

Con este material escaso, con el título alarmante que me dió mi buen amigo D. Juan de la Fuente Párres, y con algunos sucesos contemporáneos, formé la trama y he escrito esta novela, *no de largo, sino de larguísimo aliento*.

Cerraba yo mi carta para Barcelona remitiendo estas últimas cuartillas y muy contento de haber concluído, cuando entró el criado del hotel con un paquete de cartas, que me apresuré á abrir, y en una de ellas noté la palabra «Bandidos» escrita con letras muy claras. Con cierto enfado la puse en un extremo de la mesa, proponiéndome no leerla ni al día siguiente ni nunca, pues los bandidos, y particularmente los de Río Frío, me salen ya por los ojos.

La curiosidad por un lado y la firma con que terminaba la carta de tres pliegos de letra menuda, me determinaron á leerla. Era el nombre de un viejo y querido amigo.

No voy á imponer al lector el cruento y último sacrificio haciéndole tragar la carta entera. Me contentaré con extractos, y eso en razón á que completa, como quien dice, la novela y modifica notablemente el carácter de algunos de los personajes.

---



«No sé qué razones de gran peso tuviste,—me escribe mi amigo,—para no poner tu nombre al frente de la novela y convertirte en un *Ingenio de la Corte*. No recuerdas que los ingenios de la corte en tiempos pasados se han llamado Calderón, Lope, Tirso, Moreto y Ruíz de Alarcón, y en los presentes Pereda, Selgas, Cánovas, Núñez de Arce y otros muchos. ¿Tendrías la pretensión de quererte introducir como de contrabando entre esas gentes, y cuando se descorriese el velo del anónimo aparecer como un prodigio... de talento? No lo creo, porque nunca te he conocido ni orgulloso ni fatuo, y mal que bien, desde hace años y años, has firmado tus artículos, sufriendo con paciencia la crítica y recibiendo con modestia las alabanzas. Por otra parte, es del todo imposible que quieras ocultarte cuando escribes. Todo en tí se reduce á plática, y lo mismo es un discurso en el Congreso, que una novela, ó que una charla insustancial en un café. No te ofendas por esto, pero es la verdad, y de poco te ha servido el leer á los clásicos franceses, y á los clásicos italianos, y á los clásicos españoles, y á los clásicos de todo el mundo. Tú has quedado el mismo, sin aprender nada y sin corregirte de tus defectos, pero vamos á lo esencial.

»He recibido con exactitud las *entregas* de los BANDIDOS DE RÍO FRÍO que ha publicado nuestro amigo Párres. Buen papel, letra moderna, que llaman elzeviriana, tinta un poco negra, pues hoy, por moda ó por economía, se imprime, particularmente en Barcelona, con tinta blanca. Los lectores, de aquí á cien años encontrarán las hojas de los libros blancas como salieron de las fábricas de papel. A Párres, pues, no hay motivo para criticarlo, á tí tal vez, pero parapetado tras del *Ingenio de la*

*Cóрте* estarás á salvo y no tendrás que tomar la pluma para contestar, pero, repito, no es esto lo esencial, y me desvíó de mi camino.

»Entre los personajes que figuran en tu novela, los hay evidentemente fantásticos, como ese Evaristo que á cada momento le daban golpes y pedradas en la cabeza, y que en el curso de su vida criminal no tuvo un lance ni medianamente interesante que diera idea del arrojo, de la destreza en manejar el caballo, de la mezcla de generosidad, barbarie y elegancia salvaje que caracterizaba, hace años, á los bandidos de nuestro país.

»En cuanto á Relumbrón no me ha gustado nombre tan retumbante, pero así en efecto le llamaba el ciego Dñeñas al célebre coronel Yáñez, y has debido conformarte con la historia y la tradición. Mucho siento no haberte podido enviar el folleto que me encargaste, pues habrías, sujetándote solamente á los hechos, escrito un libro más interesante y menos voluminoso.

»En otros personajes designados con nombres diversos inventados al correr la pluma, he creído reconocer á individuos de carne y hueso que han existido, y á quienes hemos hablado y dado la mano, como, por ejemplo, á Cecilia. Los dos hemos comido sabrosas frutas durante largas temporadas en el puesto de Cecilia en la plaza del Volador. Los dos hemos admirado, y á cual más, ese pecho apiñonado y turgente que se adivinaba debajo de una camisa fina y bordada; los dos hemos elogiado las sartas de perlas finas que ostentaba el cuello torneado de esa rica y hermosa frutera que ganaba el dinero que quería; los dos hemos visto llenar de duraznos, de peras y de chicos zapotes el pañuelo paliacate de D. Pedro Martín de Olañeta, y lo hemos visto salir contento de la

plaza del mercado en compañía de D. Andrés Quintana Roo; los dos, en fin, recordamos á ese D. Diego de Noche que en compañía de otros calaveras que llegaron después, como el general Arista, á ser grandes hombres, desbarataban bailes, apagando con un sablazo la lámpara de *mamaderas* de cristal y batiéndose después con el dueño de la casa ó con cualquiera de los galanes que asistían á estas tertulias y bailes caseros que han desaparecido completamente.

»No sé qué conclusión tendrás meditada para tan estu-penda novela, pero por si pudieses hacer uso, te daré noticia de la suerte que han corrido algunos de tus personajes.

»La moreliana, que se llamaba D.<sup>a</sup> María Josefa Quintero y Rubio, salió al fin de la casa de locas.

»Fué D. Cayetano Gómez de Morelia, que era su banquero y apoderado, el que la sacó de la horrenda prisión cuando estaba á punto de perder de veras el juicio. El doctor alienista no quiso reconocer su error, y afirmó que él la había curado con cierto método usado en los hospitales de París.

»Algunos de los parientes de la moreliana habían muerto, y con los que quedaban celebró una transacción D. Cayetano Gómez, y quedó expedita, sin perder su fortuna, para casarse con el doctor alienista, que era quince años menor, pero él y ella no tenían malos bigotes y llamaban la atención en el paseo de Bucareli, á donde no dejaban de ir todas las tardes aunque lloviera y tronara. Por supuesto, nadie sabía los deslices de la moreliana con el platero de la Alcaicería, que dieron por resultado que viniese Relumbrón á escandalizar el mundo. El ciego Dueñas únicamente olfateó algo de esta

antigua y oscurísima historia y la contaba muy en secreto á pocas personas. Seguramente te la refirió á tí y la aprovechaste para tu novela, omitiendo el nombre de la moreliana, que ya no hay necesidad de ocultar. Murió de parto (era ya de la edad de Santa Isabel), y el alienista la siguió al sepulcro á los tres años, dejando un huérfano riquísimo y que á su mayor edad probablemente no tendrá ni camisa limpia que ponerse, pues faltando D. Cayetano Gómez, que también falleció, los licenciados y tutores se lo comerán todo.

»La guapa Cecilia no cambió ni de maneras, ni de lenguaje, ni de honradez, pues ha sido fiel y buena mujer hasta lo último, pero Lamparilla no pudo darle (pues ya era tarde), ni las maneras, ni la instrucción, ni la dulzura de una señorita educada en los colegios de México, y al lado de una familia fina y de modales cortesanos.

»Tarde reflexionó Lamparilla en esto : mientras pasó la luna de miel en la soledad y las comodidades del rancho, no notó estos defectos, pero pasados dos años, se arrepintió como de sus pecados de haberse casado con una frutera, peor todavía, con una traginera que había tenido amores con un bandido que había acabado en la horca. A los dos años le ocurrió acordarse de ciertas escenas, de comentarlas á su modo, y de convertirse en un fingido Otelo. Se encelaba del mozo que servía la comida; de los peones que trabajaban en el campo; de su sombra misma, y todo esto era para concluir con una reconciliación que daba por resultado el que Cecilia, llorando como una niña, le abandonase sus alhajas, ó una parte del dinero en oro que tenía escondido. Lamparilla había dado en beber y lo que es peor, en jugar. En el curso del tiempo fué perdiendo, y perdiendo, hipotecó

el rancho quizá en más de lo que valía para pagar las cajas y dió en seguida tras de lo que Cecilia había llevado á su lado, que no era poco. Raras veces se le veía en el rancho y la mayor parte del tiempo lo pasaba en México en casa de D. Moisés, que logró burlar á la justicia, vivía de una manera misteriosa y tenía sus *encierros*, donde concurría lo mejor de México, y hacía prodigios con su baraja mágica. Lamparilla, sin embargo de ser corrido de mundo, era una de sus víctimas, y con todo y esto tenían la mayor intimidad y almorzaban juntos por el rumbo del Rastro en casa de los matanceros.

»D.<sup>a</sup> Pascuala, que quería á Cecilia como si fuera su hermana, trataba de componer el matrimonio y ponerlo en paz, pero *quiah*... imposible. Lamparilla prometía enmendarse, y cada vez era peor. La verdad es que, desde que se hizo verdaderamente rico, sació sus deseos y se vió ligado para toda la vida con una traginera, y reflexionó que hubiera podido casarse con una hermana del marqués de Valle Alegre, y ser un aristócrata (como hay muchos en México), y sentarse en un sillón del Congreso, y heredar el acreditado bufete de D. Pedro Martín; le entró en su corazón tal odio y tal desprecio por la pobre de Cecilia, que sólo lo disimulaba cuando quería sacarle dinero para saciar los dos feos vicios en que había dado, por *despecho*, cuando algún amigo le solía ir á la mano y hacerle una observación. Dicen bien que Dios castiga sin palo ni cuarta, porque Lamparilla, por más que se diga, estuvo complicado en más de una de las muchas travesuras de Relumbrón, y se salvó por el ciego cariño que le tenía D. Pedro Martín, que lo creía el más honrado de los abogados jóvenes que había tenido por discípulos.

»El mal estado de los negocios de Cecilia y sus pesares domésticos afectaban mucho á D.<sup>a</sup> Pascuala, pero más que todo esto, la postró enteramente la larga ausencia de Moctezuma III que fué enviado con su regimiento á pacificar á los indios de las orillas del río Yaqui, y la prevaricación de su hijo Espiridión. Sí, señor, óyelo bien, la prevaricación de Espiridión, que empezó á estudiar la religión protestante. El arzobispo lo removió del curato de Ameca, quizá injustamente, y concibió tal encono y tal odio que no hallaba como desquitarse. Dió precisamente en esos momentos con un inglés, maquinista de la fábrica de Miraflores, que no era más que un propagandista disfrazado, trabaron amistad y ahí tienes á nuestro antiguo y cristiano cura negando quién sabe cuantos misterios de la religion católica, persuadiendo á D.<sup>a</sup> Pascuala que no debía confesarse á la hora de la muerte y tratando de que comulgara con vino y un pedazo de tortilla mojado en el cáliz. La infeliz madre no pudo ya resistir á estos pesares y ellos y los años muchos que tenía la llevaron á la eternidad. Un día Cecilia que la fué á visitar y á quejarse de las groserías de Lamparilla, la encontró muerta en su cama.

»Pero lo que debes sentir más es lo relativo á D. Pedro Martín de Olañeta. Se te conocé de á legua que has tenido sincero afecto, y con razón, á ese magistrado tan sabio y tan honrado. Pues vas á ver. Después de sus malogrados amores, pues no cabe duda que estaba profundamente enamorado de esa Casilda (que se convirtió de zalamera y vendedora de fruta en el portal, en una monjita ejemplar), la única distracción que tenía era hacer de cuando en cuando un viajecito á Ameca y vivir una corta temporada, ya en el curato, ya en el rancho de Ce-

cilia, ó ya en la hacienda cercana donde residía D.<sup>a</sup> Pascuala. La conducta de Lamparilla, la apostasía de Espiridión y la muerte repentina de D.<sup>a</sup> Pascuala, lo alejaron de Ameca y no volvió más. Desde entonces su tristeza era tan profunda y tan amarga, que no se mató porque era buen cristiano. Se le veía en el café de Manrique todas las tardes tomando café, pero cebaba tanto con copas de refino el café, que al último resultaba que era una taza de aguardiente con unas gotas de café. Otro magistrado, igualmente sabio y respetable como él, lo acompañaba y como él tomaba también su café compuesto de la misma manera. La tertulia era silenciosa, no hablaban más que una que otra palabra, y al oscurecer se retiraban á su casa cabizbajos, vacilando y temiéndose en las paredes y en los postes de las esquinas. Con todo y los agravios que le hicieron Prudencia y Coleta, fué tan bueno D. Pedro que las dejó de herederas. A Clara la desheredó.

»Cuando se abrió el testamento delante de las tres en la casa de D.<sup>a</sup> Dominga de Arratia, los sollozos de dolor de Prudencia y de Coleta se oían hasta la calle acompañados de las maldiciones é improperios de Clara, que salió furiosa de la casa dirigiéndose á la de Lamparilla para que promoviera inmediatamente la nulidad del testamento.

»Las honras en la Profesa por el alma de D. Pedro Martín de Olañeta, fueron solemnes y asistieron los magistrados de la Côte Suprema, los jueces, el Colegio de Abogados todo entero y lo más granado de la sociedad de México.

»Durante los nueve días lloraron de un hilo Prudencia y Coleta, sus ojos eran unos manantiales que podrían ha-

ber formado un río navegable, pero terminado el duelo oficial, sus ojos se secaron completamente y comenzaron á contar sus dineros y á tomar posesión de sus fincas. Habían quedado riquísimas. Mediante tres mil pesos que dieron á Lamparilla (que en el acto fué á perder al juego), lograron que Clara desistiera de su pretensión, y mientras ellas vivían en una gran casa en la calle principal de la ciudad, Clara se metía en las ajenas á pedir limosna, que no le escaseaba gracias á la memoria y al respeto que, aun después de muerto, tenían á D. Pedro Martín los que habían sido sus amigos y sus clientes.

»Coleta y Prudencia eran feas de encargo y viejas, pero ricas, y esto bastaba para que tuviesen pretendientes á montones. Jovencitos imberbes les hacían el oso, las seguían á las iglesias y rondaban la calle, pero ellas despreciaban á todos esos fífiriches mexicanos. Querían á toda costa á un extranjero que las llevase á París.

»Al fin sus deseos fueron colmados. Una se casó con un peluquero francés y otra con un italiano que vendía figuras de yeso. La vieja luna de miel la fueron á pasar á París y á los baños de moda. Me han contado que el francés ha llegado á ser comendador de la legión de honor; se titula marqués del Volcán y está recibido en los mejores círculos de la sociedad parisiense. Es, además, miembro del Jockey Club de la Rue Royale. El italiano es príncipe de Rustipoli y habita una elegante quinta en las cercanías de Florencia. Coleta es marquesa del Volcán y Prudencia princesa de Rustipoli. Por supuesto, cuando un mexicano, por error de cuenta, va á visitar á estas nobles damas, ni la puerta le abren. Por la reja de la ventanilla del portal los despide el portero.

»Clara volvió á sus amores con el teniente de infante-



ría, y vinieron los dos á vivir en un cuarto del mesón de San Dimas. Todo lo que juntaba Clara de limosnas, especialmente del marqués de Valle Alegre que le pasaba una mesada, lo gastaba el teniente con unas mujeres asquerosas que vivían por el Puente Blanco, y cuando la que él llamaba su mujer se atrevía á encelarse ó á hacerla la más ligera observación, le daba una felpa de padre y muy señor mío, que á veces la tendía en cama por dos ó tres días.

»Ya que vino á la pluma el nombre del marqués de Valle Alegre, te daré algunas noticias del tipo verdadero y acabado de la antigua nobleza mexicana, muy distinto por cierto de los ridiculos personajes que tú y yo conocemos, y que porque tienen unos montones de pesos ganados con la usura y el agio, se figuran grandes hombres, se titulan ellos mismos aristócratas, no tratan más que con ministros extranjeros y cónsules, y ven con el más alto desprecio al resto de la sociedad mexicana.

»Se dijo aquí en la Lonja y en las reuniones del gran tono, que el marqués, triste y sin esperanzas ningunas de unirse con Amparo, se había remontado á las nieves de la Suiza y era monje en el convento de San Bernardo, y viajeros mexicanos lo habían visto con una barba blanca muy crecida, vestido con un grueso sayal pardo oscuro, precedido de cuatro ó cinco perros, buscando y salvando á los *touristas*, á quienes cada año envuelven en sus sudarios de cristal las avalanchas del Monte Blanco. También han asegurado haber visto bailando muy contento, con las *cocottes* en los jardines de París, al pobre D. Carloto, que tú sabes muy bien que desapareció misteriosamente de la noche á la mañana, y nadie ha vuelto á saber de él. Tú has inventado que Evaristo

lo mató en el monte de Río Frío, y que la dulcera de la Estampa de Regina lo reconoció, pero esto no se probó suficientemente en la causa que se siguió al coronel Yáñez y socios. La verdad, el único que conoce los secretos del marqués es D. Manuel Campero, que es su apoderado y su amigo. Parece que el marqués regresó á México de incógnito, é inmediatamente se dirigió á sus haciendas del interior. Supo que D.<sup>a</sup> Severa había fallecido, que Amparo estaba sola, aislada, consumiéndose de dolor y de fastidio y realmente muriendo en vida. Logró verla, le rogó tanto y le dió tantas pruebas de sincero cariño, que al fin la persuadió, y se casaron en secreto, y viven retirados en una hacienda, y tan felices como pueden serlo en esta tierra de lágrimas, donde no hay dicha completa.

»El doctor Ojeda, que regresó de Europa con el marqués, contribuyó mucho á este desenlace inesperado y novelesco que la imaginación misma no preveía.

»El doctor Ojeda es hoy un hombre muy rico, no cura más que á sus amigos ó á gentes muy escogidas, que le ruegan mucho y que le pagan con puñados de oro. Es un prodigio, especialmente para las enfermedades nerviosas, y se cuentan maravillas hasta el grado de resucitar muertos. Si hubiera inquisición ya estaría el doctor en un calabozo.

»¿Qué te parece que hizo Juan, el huérfano recogido del muladar por la buena vieja Nastasita? Ni lo creerás, pues estás acostumbrado á ver que los jóvenes de casas principales y á los que ningún trábajo ha costado ganar el dinero, se embarcan para Europa á tirarlo, á ser víctimas de los *escrocs* de levita que se fingen condes y marqueses y á encenegarse en los vicios parisienses.

»Juan hizo todo lo contrario. Con el permiso de sus padres se marchó á París con su esposa, con la encantadora Lucecilla. Él se dedicó al estudio y se vivía en la Escuela de Artes y Oficios y en la de Agricultura, y Lucecilla era media pensionista en un convento de monjas del Sagrado Corazón de Jesús. A las seis de la tarde Juan iba por Lucecilla al convento de la calle de Rochechard, comían en un gabinete de la Rotonda, en la esquina del boulevard Hausman, daban en seguida un paseo, ó concurrían algunas noches al teatro, y antes de la media noche se retiraban á un apartamento lujoso que tenían arrendado en la calle de Miromesnil. A los tres años de esta vida Lucecilla hablaba francés como una parisiense, tocaba el piano, pintaba paisajes, escribía correctamente el español y el francés, y tenía nociones de historia, de geografía, de historia natural, y sobre todo, los modales decentes y finos para brillar en la mejor sociedad. En cuanto á Juan, era ya un inteligente agricultor capaz de dirigir bien cualquiera finca de campo é introducir en ella las mejoras que los adelantos de las ciencias aconsejan.

»Cuando Juan y Lucecilla regresaron de Europa y llegaron á la hacienda acompañados de vacas bretonas y suizas, de caballos árabes y andaluces, de carneros merinos de Meklemburgo y de España, de perros de razas finísimas, de burros blancos de Egipto, de becerros de Veraguas, en fin, de una arca de Noé, D. Remigio estuvo á punto de volverse loco de alegría, y la condesa y Robreño no cesaban de acariciar y de llenar de elogios á ese hermoso par resplandeciente y dichoso que parecía rodeado de una alegrísima y luminosa aureola.

»La condesa y Robreño entregaron la dirección de la

casa á Lucecilla y la de las haciendas á Juan, y resolvieron hacer un viaje á la capital, donde llegaron con un tren tanto ó más lujoso que el que llevó el marqués de Valle Alegre cuando hizo el desgraciado viaje de novio.

»Vendieron la funesta casa de la calle de Don Juan Manuel, y compraron otra en la Ribera de San Cosme, arreglaron sus negocios y regresaron á sus posesiones á vivir tranquilos y felices en compañía de sus hijos, teniendo sólo el pesar de no encontrar ya á Agustina, que había pasado á mejor vida, dejando de heredera á Mariana y encargándole que trasladase la milagrosa Virgen de las Angustias á la capilla de la hacienda.

»Si algo te sirven estas noticias para la conclusión de tu novela, aprovéchalas, y si no resérvalas para cuando te dediques seriamente á escribir las *Cosas de otro tiempo.*»

Aproveché, pues, la carta de mi viejo amigo, y con los extractos que acaban de leerse, envié las pruebas á la imprenta de Barcelona, y termino, á Dios gracias, la interminable novela de LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO.

Hotel del Rhin, Dieppe, Julio de 1891.

*Manuel Payno.*

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO

## ÍNDICE

---

Capítulos	Págs.
I.—Los Granaderos . . . . .	5
II.—Misión diplomática de Bedolla . . . . .	19
III.—La ópera en el monte . . . . .	31
IV.—¿Qué dirán los extranjeros? . . . . .	49
V.—¿Qué dirán los extranjeros? (Continúa) . . . . .	61
VI.—El triunfo de Bedolla . . . . .	75
VII.—Los reos de muerte . . . . .	93
VIII.—Tragedia de los enmascarados . . . . .	107
IX.—El cabo Franco . . . . .	137
X.—El capitán de rurales . . . . .	165
XI.—Los almacenes de fruta . . . . .	187
XII.—El tumulto . . . . .	213
XIII.—La procesión de Lamparilla . . . . .	239
XIV.—Terrible combate en Río Frío . . . . .	253
XV.—Revolución más formidable que el tumulto . . . . .	267
XVI.—Víctima del despotismo . . . . .	281
XVII.—Cambia la escena . . . . .	297
XVIII.—Juan fusila á su padre . . . . .	315
XIX.—Aventuras de los tres reclutas . . . . .	335
XX.—Derrota del cabo Franco . . . . .	349
XXI.—Hambre y peste . . . . .	363
XXII.—Triunfo del Emperador . . . . .	375
XXIII.—Panzacola . . . . .	391
XXIV.—Caprichos de la fortuna . . . . .	419
XXV.—Caprichos de la fortuna . . . . .	439
XXVI.—Amor casual . . . . .	461
XXVII.—Algo de la vida íntima de Relumbrón . . . . .	473
XXVIII.—Grandes proyectos . . . . .	489
XXIX.—El viaje . . . . .	507
XXX.—Las paredes oyen . . . . .	527
XXXI.—El día de la boda . . . . .	549

<u>Capítulos</u>	<u>Págs.</u>
XXXII.—La venganza de Gordillo. . . . .	563
XXXIII.—El Herradero. . . . .	587
XXXIV.—La Feria de San Juan de los Lagos . . . . .	623
XXXV.—Viaje de Relumbrón . . . . .	641
XXXVI.—Las piedras rodando se encuentran. . . . .	658
XXXVII.—Grandezá y decadencia de un patriota . . . . .	673
XXXVIII.—Fin de la Feria . . . . .	691
XXXIX.—El ordenador de la victoria. . . . .	705
XL.—Las cinco mulas cambujas. . . . .	723
XLI.—Una corazonada. . . . .	737
XLII.—Prosperidad de los negocios de Relumbrón. . . . .	753
XLIII.—Los negocios de Lamparilla no van de lo peor. . . . .	777
XLIV.—Los Dorados. . . . .	803
XLV.—Asalto de la hacienda del Hospital . . . . .	825
XLVI.—Pasos en la azotea . . . . .	843
XLVII.—El capellán y el cura . . . . .	865
XLVIII.—Mártir de la Patria. . . . .	893
XLIX.—En la calle de D. Juan Manuel . . . . .	913
L.—La Providencia . . . . .	945
LI.—Las libranzas de Relumbrón . . . . .	969
LII.—San Vicente y Chiconcuac . . . . .	981
LIII.—Sentencias de muerte decretadas por Evaristo. . . . .	989
LIV.—Celos indiscretos . . . . .	1007
LV.—Sepultura de plata. . . . .	1021
LVI.—Moctezuma III reconquista su reino . . . . .	1029
LVII.—La red . . . . .	1045
LVIII.—D. Pedro, mártir de su deber . . . . .	1061
LIX.—Una incursión de salvajes . . . . .	1069
LX.—Magnetismo. . . . .	1077
LXI.—Reos de muerte. . . . .	1095
LXII.—Ironías de la vida. . . . .	1109
LXIII.—Cosas de otro tiempo. . . . .	1131



PAUTA  
PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

---

TOMO I

	<u>Págs.</u>
Portada.	
El rancho de la Ladrillera . . . . .	24
La bruja Matiana cargando al niño . . . . .	74
Seguidme, dijo el conde . . . . .	87
Los dos militares se internaron en la espesura. . . . .	107
Y derramando un torrente de lágrimas, cayó de rodillas . . . . .	122
San Lunes . . . . .	268
¡Son mis parientes que me han querido enterrar vivo! . . . . .	348

TOMO II

Ataque de la diligencia . . . . .	68
Cecilia . . . . .	184
Juan fusilando á su padre . . . . .	334
El conde del Sauz . . . . .	566
El herradero . . . . .	605













1001757923



385601153856011538